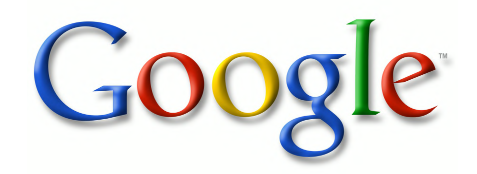




NPO
Breton

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO LVI.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON MANUEL

BRETON DE LOS HERREROS.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª,
CALLE RACINE, 26, CERCA DEL ODEON.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON MANUEL

BRETON DE LOS HERREROS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

EDICION AUTORIZADA POR SU AUTOR Y SELECTA POR SI MISMO,

CON UN PROLOGO,

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO SEGUNDO.

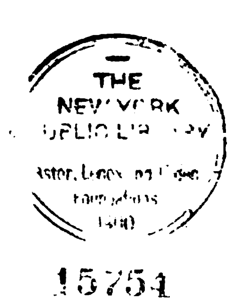


PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, PISO PRINCIPAL,
CERCA DEL PUENTE DE LAS ARTES.

1853


THE
NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

OBRAS ESCOGIDAS

DE

BRETON DE LOS HERREROS.

OBRAS DRAMATICAS.

FLAQUEZAS MINISTERIALES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 26 DE OCTUBRE DE 1838.

PERSONAS.

VIOLANTE.	FONSECA.	SOUZA.	PORTEROS.
MARTA.	ALMEIDA.	MARTIN.	PRETENDIENTES.
RAMIRA.	PEREIRA.	UN SARGENTO.	VIUDAS.
EL MARQUÉS.	CASTRO.	OFICIALES.	SOLDADOS.
EL BARON.	MONZON.	ESCRIBIENTES.	

La escena se supone en Lisboa (1).

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Violante. La puerta principal á la derecha del actor: en frente la que guia á lo interior de la casa entre una chimenea francesa y una puertecilla secreta. En el foro un balcon. La habitacion estará amueblada con lujo.

—

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE, PEREIRA.

Per. No hay remedio, prima mia.
O el dinero desembolsas,
Que te he pedido, ó veamos
Si un buen empleo me logras.
Viol. No me hables mas de dinero.
Con tanto pedir me acosas.
¿Tengo acaso alguna mina?
¿Quieres que venda mis joyas
Para que pagues tus vicios?
Per. ¿Mis vicios?... ¡La virtuosa!
Viol. Séale yo, ó no lo sea,
Tú no eres juez de mis obras.
Bastante hago en mantenerte.
Per. ¿Y basta la triste sopa
Para un hombre como yo?
¿No he de vestir á la moda?
Hay en la ciudad billares,
¿Y no he de coger las bolas?

(1) Lo mismo que en *Lisboa* pudiera el autor haber fijado su fábula en *Madrid;* pues en España como en Por-

¿Preguntaré en el café
Si ha gustado ó no la ópera?
¿No he de dar á mis amigos
Una comida de fonda?
Con tantas obligaciones,
Y no hago mérito de otras,
No debes maravillarte,
Prima, si deudas me agobian.
Viol. Si has de vivir á lo duque
Siendo un cualquiera...
Per. ¡Ay, señora!...
Ved que mal puede brillar
Quien a los suyos no abona.
Si os dice prima un *cualquiera*,
¿Quién ha de creer en Lisboa
Que sois condesa? Violante,
Ten presente nuestra historia.
No te olvides...
Viol. ¡Y te atreves,
Vil autor de mi deshonra,
A recordarme...!
Per. Violante,
Dejémonos de parodias
Sentimentales. Nacimos
Ambos á dos, no lo ignoras,
Con propension admirable
Yo á ser tuno, tú á ser loca.
Yo aborrecia los libros,
Y tú la aguja y la escoba.
Yo hidalgo, pero sin bienes;
Tú plebeya, pero hermosa;
Yo emprendedor, tú coqueta;
Yo barbilindo, tú moza;
Tu espejo por una parte
Y mi ociosidad por otra...,
Los dos perdimos á un tiempo,
Violante, la poca cholla
Que nos quedaba, y ni tú
Puedes acusarme ahora
De seductor, ni aplaudirme
Debo yo de la victoria.
Viol. Tú me robaste, perjuro,
Del hogar paterno...
Per. ¿Lloras?
¡Bien por Dios!
Viol. Y, sin cuidarte
De promesas ni parroquias,
Me abandonaste en Oporto...
Per. Y por no afligirte sola,
Te dejaste consolar
Por el cónsul de Liorna:
Y mientras yo fugitivo
Por mas de una trapisonda
Andaba de Ceca en Meca,
Paseabas tú en carroza.
Viol. Dios me ha dado un corazon
Amante, sensible, y todas
Mis faltas y mis flaquezas,
Primo Pereira, son propias
De mi frágil condicion
Mujeril. Hoy que me sopla
Mas que á tí próspero el viento,
No es justo que tú me expongas
A que naufrague contigo
Porque tu nave zozobra.
Per. No te quiero yo tan mal;
Pero desde el alta popa
Puedes darme sin peligro
Un cable que me socorra.
Capitulemos, Violante.
Yo respetaré en buen hora
Tu condado artificial
Y tu viudez de tramoya.
Eres ambiciosa y vana;
Sé que á tus planes estorba
Un comensal de mi temple
Y un pariente de mi estofa;
Mas tambien tengo yo acá
Mi orgullo, y ya me abochorna
El recibir á hurtadillas
Una racion de limosna.
Sácame pues un destino,
Violante, un empleo de honra
Y provecho, que te es fácil
Hoy que un ministro te ronda.
Así con solo una firma
Ganas el pleito y las costas,
Y emancipando la tuya
Autorizas mi persona.
Viol. Me preguntará el marqués
En qué méritos se apoya
Tu pretension...
Per. Si los mios
Le parecen poca cosa,
Alega en mi obsequio, prima,
Los muchos que á tí te sobran.
Y mas que digan después
Que yo no entiendo una jota
De negocios y expedientes;
Que como de esos idiotas

tugal regia entonces y rige aun el gobierno representativo: y alli como aqui hay ministros; y donde quiera que los ministros sean hombres estaran sujetos á las *flaquezas humanas*, como *hombres* y como *ministros*. Pero, aunque en esta comedia no juega como resorte principal la politica; ni pasan de ser veniales las flaquezas en cuestion; ni soñó siquiera el autor en retratar á persona viviente, como los partidos estaban entonces muy enconados y se interpretaba violenta y malignamente la expresion mas inofensiva, tuvo á bien emigrar con su inocente musa á una de las naciones vecinas. Por análogos motivos la hizo viajar á Francia cuando mas adelante dió á luz su *Editor responsable*.

Están mandando provincias,
Y donde es tal la langosta
De empleados ignorantes,
Que haya uno mas poco importa.
Viol. Bien está. Haré lo que pueda;
Pero es condicion forzosa
Que has de salir de la córte.
Per. Con mil amores; y en posta,
Que harto me conocen ya
Los judíos de Lisboa.
Viol. Veremos... Aun no te doy
Palabra...
Per. Deja esa prosa
Ministerial, y acabemos.
O mañana me colocas,
O sin mas contemplaciones
Canto claro y arde Troya.

ESCENA II.

VIOLANTE.

Y lo hará como lo dice.
Es preciso á toda costa
Apartarle de mi lado
Si he de vivir sin zozobra.

ESCENA III.

VIOLANTE, MARTA, RAMIRA.

Marta. Condesa y señora mia,
Perdóneme vuecelencia
Que haya entrado sin licencia...
Viol. Hoy no hay costura. Otro dia...
Marta. Lo siento, que de eso como,
Porque donde no hay arraigo...
Pero esta cuenta que traigo...
Viol. Para eso está el mayordomo.
¿Habrá gentes mas groseras?
¿Quién tanto fuero les dió?
No me comunico yo
Con humildes costureras.
Marta. Si hay otras de mala nota,
Yo no, y aunque poco valga,
Soy honesta, soy hidalga,
Y soy viuda de un patriota.
Yo pido una friolera,
La cuentecilla es corriente,
El mayordomo está ausente...,
Y el comer no tiene espera.
Viol. ¿No tengo yo mas asunto
En que entender...?
Marta. ¡Suerte avara!
Otro gallo me cantara
Si viviera mi difunto.
Rica me ví y regalada
Cuando él manejaba el pósito...
Pero se murió á propósito
Para hacerme desdichada.
Viol. Tanta cháchara me irrita.
Vuelva la viuda mas tarde
O en la antesala me aguarde,
Que ahora espero yo visita.
Ram. Sí, madre, vamos de aquí.
Vale mas en mi opinion
Morir de hambre en un rincon
Que verse tratada así.
Viol. ¡Oiga! ¿Se ofende la niña?
¡Vaya!
Marta. ¡Alto! Ni rey, ni Roque,
Nadie sufro que la toque
Al pelo de la basquiña.
Si lucís tan lindo talle
Lo debeis á nuestro esmero,
¡Y así premiais...! El dinero,
O aturdo á gritos la calle.
Viol. ¡Basta, basta! Venga pues
Esa cuenta, que da grima...
(*Se la da Marta.*)
(Quiero echármelas de encima,
Que va á venir el marqués.)
(*Examinando la cuenta se dirige á su tocador y saca dinero de un cajon. Entre tanto hablan aparte Marta y Ramira.*)
Marta. Ramira, ¡qué mala estrella!
¡Lo que va de ayer á hoy!
Ram. Aunque me maten, no doy
Mas puntada para ella.
Marta. ¡Qué orgullo! ¡Qué malos modos!
Yo tambien, á fe de Marta,
De sufrirla estoy tan harta
Que aunque me coma los codos...
Ram. Ya lo he dicho. Ni un repulgo...
Marta. Mal con su alta calidad
Se aviene... ¿Será verdad
Lo que anda diciendo el vulgo?
¡Pobre de ella si averiguo...!
Viol. Tome su cuenta...
(*Dando dinero á Marta.*)
Marta. Cabal.
(*Contando el dinero.*)
Viol. Aunque el vestido está mal
Y su corte es muy antiguo.
Marta. Por el figurin francés
Mas bonito y mas flamante
Se cortó...

ESCENA IV.

VIOLANTE, MARTA, RAMIRA, EL MARQUÉS.

Marq. ¡Bella Violante!
Marta. ¡Aquí el ministro!
Viol. ¡Marqués!
Disimulad... Estas gentes...
Váyanse. ¿Qué hacen aquí?
Marta. Perdonad; que, pues el cielo
Me depara tan feliz
Coyuntura, su excelencia
Mis cuitas habrá de oir.
Viol. Para audiencia de importunos
No se hizo mi camarin,
Y es extraño...
Marq. Perdonad...
Yo no puedo prescindir... —
Las despacharé al momento.
(*En voz baja.*)
(La chica es un serafin.)
Viol. ¡Qué fastidio!
Marta. Mi consorte
Domingo Faria Moniz,
Administrador de pósitos,
Murió en la guerra civil...
Marq. Esperad. (¡Qué ojos! Qué talle!)
(*Mirando á Ramira.*)
Como tengo sobre mí
Tanto negocio, olvidaba... —
Dadme licencia. (*A Violante.*)
¡Martin!
(*Acercándose á la puerta de la antesala.*)

ESCENA V.

VIOLANTE, MARTA, RAMIRA, EL MARQUÉS, MARTIN.

Mart. Mande ucencia.
Marq. A esas mujeres
(*En voz baja.*)
Con cautela has de seguir.
Averigua dónde viven
Y ¡silencio!
Mart. Lo haré así.

ESCENA VI.

VIOLANTE, MARTA, RAMIRA, EL MARQUÉS.

Marq. Decíais... (*A Marta.*)
Viol. ¡Qué impertinencia!
Al ministerio acudid...
Marta. Como sé que las palabras
Se lleva el viento sutil,
Siempre vengo prevenida,
Por lo que pueda ocurrir,
Con un memorial en regla.
(*Saca uno y se lo entrega.*)
Tomad. Con este son mil
Los que tengo presentados,
Y un escudo baladí
A cuenta de mis haberes
No he logrado recibir.
Si sobre ser tan escasa
Mi viudedad...
Viol. ¿Concluís?
(*Al marqués con impaciencia.*)
Marq. ¿Cuántas mesadas os deben?
Marta. No he cobrado desde abril...
Marq. Vamos...
Marta. Del año pasado.
Marq. No hay fondos...
Marta. Bien los hay; sí,
Para mas de cuatro tunos
Que viven sobre el país.
Marq. Ya veis; las clases pasivas...
Marta. Sin comer pueden vivir;
Por supuesto. No inventó
Nomenclatura tan ruin
Ninguna viuda indigente;
Ningun exclaustrado, ni...
Marq. Basta. Yo haré que os socorran.
Marta. Si esa palabra cumplís
Mi gratitud será eterna,
Y á san Pedro y á san Gil
Rezaré...
Viol. La letanía
Será larga, si la ois.
Marta. Tengo otro asunto pendiente.
Esta doncella gentil
Es mi hija...
Ram. Y vuestra humilde
Criada.
Marta. Y quiere...
Marq. Decid.
Viol. (Me consumo.)
Marta. Lo que todas:
Casarse. Para este fin
Las cria Dios. Pero el novio,
Aunque es muy patriota y muy...

Viol. Ya no hay paciencia. ¡Marqués!
Marta. No ha podido conseguir
Que le coloquen...
Marq. Veremos...
Id al ministerio. Allí...
Marta. Es muchacho de carrera.
Siguiendo desde el Brasil
Al emperador don Pedro...
Viol. ¡Oh!
Marq. Basta.
Marta. En mas de una lid
Defendió la libertad...
Marq. Bien.
Marta. Contra el bando servil.
Viol. Marqués, ¿no soy nadie yo?
(*Irritada.*)
¿No habrá audiencia para mí?
Marq. No mas. Yo os oiré despacio...
(*A Marta despidiéndola.*)
Marta. No quiero ser incivil.
Beso á vuecencia...
Viol. ¡Acabemos!
(*Echándola.*)
Ram. Guárdeos el cielo.
Viol. ¡Salid!

ESCENA VII.

VIOLANTE, EL MARQUÉS.

Viol. Hoy estais muy filantrópico.
Marq. Es deber inseparable
De mi cargo el escuchar
Con apacible semblante
A todo el mundo, y sin mengua
De las arcas nacionales
Puedo dar... buenas palabras
A una viuda miserable.
Viol. ¡Oh! Las viudas siempre fueron
Para un ministro galante
Beneméritas...
Marq. Sin duda;
Y mas si son tan amables
Como vos.
Viol. Y mas si vienen
Con niñas interesantes.
Marq. ¿Zelos, condesa?
Viol. No sé;
Pero mas os humanásteis
A las gracias de la hija
Que á los ruegos de la madre.
Marq. Aprensiones. No os haceis
Justicia, hermosa Violante.
Damas del mérito vuestro
No tienen zelos de nadie.
Viol. Ya que zelos no, pudieran
Mostrar quejas de un desaire
Como el que vos me habeis hecho.
Marq. No fué mi ánimo agraviarte;
Pero ¿adónde irá un ministro
Que importunos no le asalten?
¿Qué sagrado les liberta
De una viuda vergonzante?
No hablemos mas del asunto
Y hagamos, mi bien, las paces.
Viol. En buen hora, mas con una
Condicion.
Marq. ¿Cuál es?
Viol. Que pague
Como ministro vuecencia
Lo que pecó como amante.
Marq. El amante y el ministro
Son tus siervos: ya lo sabes.
Viol. Tambien yo soy pretendiente,
Y si alguna cosa valen
Mis méritos...
Marq. Esos ojos
No han menester memoriales.
Decid pues.
Viol. Yo tengo un primo...
Marq. ¿Primo? Me tiemblan las carnes.
Viol. ¡Malicioso!
Marq. ¿Es jóven?
Viol. Sí;
Pero no se sobresalte
Vuecencia, porque le miro
Con odio irreconciliable,
Y á no hablarme en su favor
Los vínculos de la sangre...
Es un tronera, un perfido.
Sobre darme mil pesares
Me come un lado.
Marq. ¡Qué alhaja!
Viol. No tiene madre, ni padre,
Ni oficio, ni beneficio...
Es forzoso colocarle.
Marq. ¡A un vago! ¿Qué dirá el mundo?
Ya que amor tan entrañable
El tal primo os ha inspirado,
¿No será mejor echarle
A un presidio?
Viol. ¿Y el borron
Que caería en mi linaje?
Marq. ¡Pero si él no sabrá nada!...
¿En qué carrera...?
Viol. ¡Qué diantre!
Si le dais un buen empleo
Y así..., de cierto carácter...,
No tengais cuidado, que él
Sabrá salir adelante;
Que teniendo subalternos
En cuyos hombros descanse
El peso de los negocios,

Y aprendiendo cuatro frases
De rutina expedientil;
Poner decretos al márgen,
Firmar como en un barbecho,
Quitar la vara á un alcalde,
Imprimir una proclama
Patriótica cada martes,
Cobrar el sueldo corriente,
Ir á la oficina tarde,
Exigir el tratamiento
A porteros y oficiales,
Y mandar sin ton ni son,
Y no obedecer á nadie,
No es cosa del otro mundo:
Eso cualquiera lo sabe.

Marq. Linda sátira habeis hecho.

Viol. Vos me dais los materiales.
Soy dama vuestra, y no es mucho
Que algo entienda yo de achaques
De administracion.

Marq. Veremos...

Viol. Eso no me satisface.

Marq. En Lisboa, no es posible...

Viol. Pues bien; en cualquiera parte;
Cuanto mas lejos, mejor.

Marq. Está bien. Ahora hay vacantes...
Que haga la solicitud,
Y venga á verme... (*Mira el reloj.*)
Ya es tarde.

Viol. ¿Os vais?

Marq. Volveré á la noche.
Ocupaciones muy graves...

Viol. Mal hayan ellas, que así
Me escatiman los instantes
De mi ventura.

Marq. El bien público...

Viol. Es un tirano insociable.

Marq. Adios. (*Besándola la mano.*)

Viol. Adios.

Marq. (No me puedo
Olvidar de ella. Es un ángel.)

ESCENA VIII.

VIOLANTE.

Con tanto extremo me quiere
Que hará cuanto yo le mande.
Por fin me libro de tí,
Primo Pereira. No sabe
El marqués hasta qué punto
Le agradezco...

ESCENA IX.

VIOLANTE, EL BARON.

(*Abrese la puertecilla secreta, y entra el baron.*)

Baron. Dios os guarde.

Viol. ¡Ah!... ¿Quién...? ¡Baron!...

Baron. No tan alto.

Viol. ¡Vos aquí! ¿Con qué licencia...?

Baron. ¿De cuándo acá mi presencia
Os causa tal sobresalto?

Viol. Pero entrar por esa puerta...

Baron. Es cierto: parece mal
Teniendo la principal
A todas horas abierta;
Mas no es delito tan grave
El abrirla yo atrevido,
Que mayor lo ha cometido
Quien vende así vuestra llave.

Viol. ¡Qué oigo!

Baron. Otra vez de este templo
Fiad, condesa, el cancel
A otro iniciado mas fiel...

Viol. ¡Infamia!...

Baron. A mí, por ejemplo.

Viol. ¡A vos!

Baron. Pues; por mi destino,
Si no por mi amor, Violante;
Que soy guarda vigilante
De todo honrado vecino.
Ni es tan rara anomalía
En un siglo pecador
Que por donde entra el amor
Se cuele la policía;
Que él buscando regocijos
Y ella á caza de pecados,
Ambos son aficionados
A misterios y escondrijos.

Viol. Baron, esa demasía
Perjudicial á mi honor
Ni es fina prueba de amor
Ni abona á la policía.
Pero ¿qué quereis en fin?
Por ventura algun registro...

Baron. No hace mucho que un ministro
Salió de este camarin.

Viol. ¡Bien por Dios! ¿Me está vedado...?

Baron. No; ni es cosa extraordinaria
Que vos seais secretaria
De un secretario de Estado.

Viol. No hay ningun secreto aquí,
Y estais sobrado importuno...

Baron. Decis bien, que si hay alguno,
No es secreto para mí.

Viol. Yo...

Baron. Vos obrais sin malicia :
Lo creo así y lo divulgo ;
Pero recelo que el vulgo
Os haga menos justicia.
Viol. ¿Y qué dirá en conclusion?
¿Dirá que el marqués me adora,
Y que yo le amo? En buen hora.
¿No es libre mi corazon?
Baron. Bien pudiera haber, no obstante,
Quien culpase su perfidia...
Viol. Poco me importa la envidia
De algun desdeñado amante.
Baron. Perdonad si no me cuento
Entre ellos. Sabeis muy bien
Que hay lances en que al desden
Se anticipa el escarmiento.
Viol. Zeloso estais, y eso basta...
Baron No hay zelos cuando al mejor
Entre uno y otro postor
Se adjudica la subasta.
Respetuoso subalterno
Del marqués y de vuecencia,
No he de entrar yo en competencia
Con el timon del gobierno.
Viol. Mas sabiendo que él me ama
No meditais, y es muy raro,
Que os puede costar muy caro
El injuriar á su dama.
Baron. Esa dama no querría,
Por razones que no digo,
De amigo hacerse enemigo
Al jefe de policía.
Viol. ¡Cómo!...
Baron. Yo sé vuestra historia...
Viol. Bien... (Si no cedo me pierde.)
Baron. Permitid que os la recuerde
Si sois flaca de memoria.
Viol. ¡Eh, no...!
Baron. Conozco el imperio
De vuestros hechizos...
Viol. ¡Ba!...
Baron. Pero la cárcel está
Mas cerca que el ministerio.
Viol. ¡Baron!...
Baron. Oid : no hay testigos.
Pues á entrambos nos conviene,
Por la cuenta que nos tiene
Seamos buenos amigos.
Viol. Consiento.
Baron. Vuestra beldad
Es político resorte,
Porque ya sois en la córte
Una *notabilidad* (1).

(1) *Notabilidad*, persona importante y notable en cualquier línea. Este es uno de los muchos vocablo franceses que van introduciéndose en nuestra lengua; y ha podido dársele pasaporte con menos inconveniente que á otros, pues tiene gracia y energía en su significacion, y no hay otro equivalente en castellano.

Quien no cede á vuestro influjo
Porque el amor se lo inspira,
A vuestro favor aspira
Por vanidad y por lujo.
Hecha esta salva, garante
De mi conducta ulterior,
Por si os falta un protector,
Ganáos otro, Violante.
Vos valeis una corona.
Feliz el marqués os ama;
Mas tanto como la dama
Le envidio yo la poltrona.
No os oculto mi ambicion,
Porque si á colmarla llego
Es para inmolarme luego
Por el bien de la nacion.
Ya hace dias que trabajo
En mi plan con buena estrella.
Si vos me ayudais, la bella,
Pronto el marqués viene abajo.
Viol. ¿Yo? Si no hablárais tan serio
Diría... ¿Qué pretendeis...?
Baron. Vos un ministro quereis
Y yo quiero un ministerio.
Viol. ¿Y quereis unirme á vos
Para lograr...?
Baron. Eso es.
Si yo suplanto al marqués
Nos remediamos los dos.
Viol. ¿Y qué he de hacer?
Baron. Emplead
Vuestras artes de mujer
Y acabará de perder...
Viol. Sí; la popularidad.
Baron. Logrará por mil caminos
Mujer tan sagaz y bella
Que haga un ministro por ella
Garrafales desatinos.
Vuestros dengues sean lazos
Que aprisionen su virtud...,
Y ¡adios pública salud
Si os desmayais en sus brazos!
Viol. Si de mi pobre talento
Tanto esperais, vuestra soy.
Baron. Pues ya el parabien me doy.
Manos á la obra.
Viol. Al momento.
Baron. Dadme ahora esa mano y... ¡chito!
No os olvideis, alma mia...
Viol. ¿De quién?...
Baron. De la policía.
(*Abriendo la puerta secreta.*)
¡Adios, hermosa! (*Con amable sonrisa.*)
(*Desaparece.*)
Viol. ¡Maldito!

ACTO SEGUNDO.

Salon en el ministerio. Puerta á la derecha del actor, que es la mas próxima á la calle. Otras dos á la izquierda; la primera guia al despacho del ministro, y la segunda á la secretaría: en el foro una chimenea francesa y un balcon: la mesa del portero junto á la puerta de la derecha; sillas decentes al rededor de la sala.

—

ESCENA PRIMERA.

MONZON.

(*Aparece sentado á la mesa de la portería, sobre la cual habrá escribanía, pliegos cerrados, registros, periódicos, etc.*)

¡Pues! ¡El pan de cada dia!
(*Suspendiendo la lectura de un periódico.*)
La oposicion no descansa.
Injurias y mas injurias,
Y sátiras sobre sátiras.
Hoy las fulmina el progreso,
El *statu quo* mañana...
Así los pobres ministros
Se aburren, sueltan la carga,
Y como sombras chinescas
Asoman, bullen y pasan:
Así al portero impasible
Que es eco del que le manda,
O mas bien trasto oficial
Adyacente á una mampara,
El tiempo le alcanza apenas
En tan vario panorama
Para estudiar tantos genios
Y analizar tantas caras:
Así, apenas se publica,
Miente como una bellaca
La Guia de Forasteros;
Y así en confusa baraja
Multiplica mi cartera
Los pésames y las pascuas.

ESCENA II.

MONZON, MARTA.

Marta. Señor Monzon, buenos dias.
Monz. ¿Qué se ofrece?
(*Casi sin mirarla y volviendo á su diario.*)
Marta. Yo soy Marta...
Monz. Está bien.
Marta. ¿Podré decir
Al ministro dos palabras?
Monz. No ha venido.
Marta. ¿Vendrá pronto?
Monz. No sé; pero es excusada
La pregunta.
Marta. Es que...
Monz. No damos
Audiencia por la mañana.
Marta. Su excelencia, mas amable
Que su portero...
Monz. ¡Qué audacia!
Hábleme con mas respeto
La exponente, y no se salga
De la cuestion.
Marta. El ministro
Se duele de mis desgracias.
Esta mañana tomó
De mis manos una instancia
Con suma afabilidad,
Y me prometió...
Monz. ¡Bobada!
Marta. Escucharme...
Monz. ¡Ba!
Marta. En audiencia
Particular...
Monz. No me bastan
Esos recados verbales.
Un decreto: esa es la práctica.
Marta. Pero ¡si él me dijo...!
Monz. ¡Ya!
Siempre ellos dan esperanzas...
Por supuesto... Ya se ve...
Como eso no cuesta nada...
Mas yo, que estoy dispensado
De atenciones cortesanas,
Oficialmente os respondo:
No ha lugar á la demanda.
Marta. Veremos. Yo esperaré...
Monz. En la primera antesala;
No aquí. El portero inferior
Ha cometido una falta
Imperdonable en dejaros
Penetrar...
Marta. Soy ciudadana,
Soy viuda, soy bello sexo,
Y donde entran otras damas
Puedo entrar yo.
Monz. Mi consigna...
Marta. ¡Eh! No hay consigna que valga.
Monz. Os ireis.
Marta. Que no.
Monz. ¿Por qué?
Marta. Porque no me da la gana.

ESCENA III.

MONZON, MARTA, ALMEIDA.

Alm. ¿Quién disputa aquí? ¿Qué es esto?
Monz. Esa tia.
Marta. Ese fantasma...
¡Qué veo! ¡Señor Almeida!
(*Va á su encuentro y hablan lejos del portero, que sigue leyendo.*)
Alm. ¿Quién sois vos...? ¡Ah! ¡Doña Marta!
Marta. ¿Estais empleado aquí?
Alm. Sí tal.
Marta. No sabía nada.
Alm. Jefe de seccion.
Marta. Me alegro.
Sea por cien años.
Alm. Gracias;
Aunque segun nos relevan
Desde que hay leyes y cámaras,
Todos somos ya efemérides
Sin ayer y sin mañana.
Marta. Razon mas para que vos
Me dispenseis sin tardanza
Vuestra proteccion.
Alm. Contad
Conmigo, aunque es muy escasa
Mi influencia. Fué mi amigo
Vuestro esposo que Dios haya...
Marta. El pobre murió de un cólico...
Alm. ¡Ya lo sé!
Marta. Cerca de Braga.
Alm. ¿Y qué tal? La viudedad...
Marta. Un siglo ha que no me pagan.
Alm. Ya veremos...
Marta. Por fortuna
Mi Ramira es una alhaja...
Alm. ¡Oiga! Ya estará crecida.
Marta. Es una linda muchacha...,
Mejorando lo presente.
La pobrecilla trabaja
Dia y noche, y con su aguja
Y su tijera y su plancha
Vamos tirando. El marqués,
A quien hoy por una rara
Casualidad hemos visto,
Promete enjugar mis lágrimas.
Ya ha tomado el memorial...
¡Ah! ¿No sabeis que se casa
La chica?
Alm. ¡Bueno! ¿Con quién?
Marta. Es jóven de circunstancias...
Vos debeis de conocerle
Alm. Veamos. ¿Cómo se llama?
Marta. Alfonso de Castro...
Alm. Mucho.
El hijo de doña Braulia...
Marta. El mismo.
Alm. Es mozo de mérito.
Marta. Y quizá por esa causa
Se halla sin colocacion.
Alm. El que no llora no mama.
Un memorial...
Marta. Aquí está.
Alm. Bien. ¿Qué pretende?
Marta. Una plaza
De secretario...
Alm. Veamos
(*Toma el memorial y lo examina.*)
Si viene en regla la instancia.
Marta. En una administracion
General.
Alm. Muy bien. Hay varias
Vacantes; tiene talento,
Y es destino que le cuadra.
¿Está informado el ministro...?
Marta. Ya le tiré una puntada...
Y ahora venía á entregarle
El memorial... ¡Cuánto tarda!
Alm. Justamente es negociado
De mi seccion y á ella pasan
Todas estas pretensiones.
Le hablaré con eficacia,
Y si os recibe benévolo,
Tanto mejor.
Marta. Él me trata
Con bondad y cortesía,
Mas el portero me ataja
Porque dice que está exento
De tener buena crianza.
Alm. ¡Cómo!...
Marta. Y ni esperar me deja
Al ministro en su antesala.
Alm. Tiene órdenes generales...,
Pero esas con vos no hablan. —
Permitid á esta señora, (*A Monzon.*)
Pues pide tan leve gracia,
Que espere al señor marqués.
Monz. Bien; mas si ella se desmanda...
Alm. No lo hará.
Monz. Soy funcionario
Público...
Alm. Si esta mañana (*A Marta.*)
No le veis, para la audiencia
De esta noche no hagais falta.
Se os pondrá en lista.
Marta. Vivais
Mil años.
Alm. Ahora me llaman
Mis tareas. Soy muy vuestro.
Marta. Yo vuestra humilde criada.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el ministerio. Puerta á la derecha del actor, que es la mas próxima á la calle. Otras dos á la izquierda; la primera guía al despacho del ministro, y la segunda á la secretaría: en el foro una chimenea francesa y un balcon: la mesa del portero junto á la puerta de la derecha; sillas decentes al rededor de la sala.

—

ESCENA PRIMERA.

MONZON.

(*Aparece sentado á la mesa de la portería, sobre la cual habrá escribanía, pliegos cerrados, registros, periódicos, etc.*)

¡Pues! ¡El pan de cada dia!
(*Suspendiendo la lectura de un periódico.*)
La oposicion no descansa.
Injurias y mas injurias,
Y sátiras sobre sátiras.
Hoy las fulmina el progreso,
El *statu quo* mañana...
Así los pobres ministros
Se aburren, sueltan la carga,
Y como sombras chinescas
Asoman, bullen y pasan:
Así al portero impasible
Que es eco del que le manda,
O mas bien trasto oficial
Adyacente á una mampara,
El tiempo le alcanza apenas
En tan vario panorama
Para estudiar tantos genios
Y analizar tantas caras:
Así, apenas se publica,
Miente como una bellaca
La Guia de Forasteros;
Y así en confusa baraja
Multiplica mi cartera
Los pésames y las pascuas.

ESCENA II.

MONZON, MARTA.

Marta. Señor Monzon, buenos dias.
Monz. ¿Qué se ofrece?
Casi sin mirarla y volviendo á su diario.)
Marta. Yo soy Marta...
Monz. Está bien.
Marta. ¿Podré decir
Al ministro dos palabras?
Monz. No ha venido.
Marta. ¿Vendrá pronto?
Monz. No sé; pero es excusada
La pregunta.
Marta. Es que...
Monz. No damos
Audiencia por la mañana.
Marta. Su excelencia, mas amable
Que su portero...
Monz. ¡Qué audacia!
Hábleme con mas respeto
La exponente, y no se salga
De la cuestion.
Marta. El ministro
Se duele de mis desgracias.
Esta mañana tomó
De mis manos una instancia
Con suma afabilidad,
Y me prometió...
Monz. ¡Bobada!
Marta. Escucharme...
Monz. ¡Ba!
Marta. En audiencia
Particular...
Monz. No me bastan
Esos recados verbales.
Un decreto: esa es la práctica.
Marta. Pero ¡si él me dijo...!
Monz. ¡Ya!
Siempre ellos dan esperanzas...
Por supuesto... Ya se ve...
Como eso no cuesta nada...
Mas yo, que estoy dispensado
De atenciones cortesanas,
Oficialmente os respondo:
No ha lugar á la demanda.
Marta. Veremos. Yo esperaré...
Monz. En la primera antesala;
No aquí. El portero inferior
Ha cometido una falta
Imperdonable en dejaros
Penetrar...
Marta. Soy ciudadana,
Soy viuda, soy bello sexo,
Y donde entran otras damas
Puedo entrar yo.
Monz. Mi consigna...
Marta. ¡Eh! No hay consigna que valga.
Monz. Os ireis.
Marta. Que no.
Monz. ¿Por qué?
Marta. Porque no me da la gana.

ESCENA III.

MONZON, MARTA, ALMEIDA.

Alm. ¿Quién disputa aquí? ¿Qué es esto?
Monz. Esa tia.
Marta. Ese fantasma...
¡Qué veo! ¡Señor Almeida!
(*Va á su encuentro y hablan lejos del portero, que sigue leyendo.*)
Alm. ¿Quién sois vos...? ¡Ah! ¡Doña Marta!
Marta. ¿Estais empleado aquí?
Alm. Sí tal.
Marta. No sabía nada.
Alm. Jefe de seccion.
Marta. Me alegro.
Sea por cien años.
Alm. Gracias;
Aunque segun nos relevan
Desde que hay leyes y cámaras,
Todos somos ya efeméride
Sin ayer y sin mañana.
Marta. Razon mas para que vos
Me dispenseis sin tardanza
Vuestra proteccion.
Alm. Contad
Conmigo, aunque es muy escasa
Mi influencia. Fué mi amigo
Vuestro esposo que Dios haya...
Marta. El pobre murió de un cólico...
Alm. ¡Ya lo sé!
Marta. Cerca de Braga.
Alm. ¿Y qué tal? La viudedad...
Marta. Un siglo ha que no me pagan.
Alm. Ya veremos...
Marta. Por fortuna
Mi Ramira es una alhaja...
Alm. ¡Oiga! Ya estará crecida.
Marta. Es una linda muchacha...,
Mejorando lo presente.
La pobrecilla trabaja
Dia y noche, y con su aguja
Y su tijera y su plancha
Vamos tirando. El marqués,
A quien hoy por una rara
Casualidad hemos visto,
Promete enjugar mis lágrimas.
Ya ha tomado el memorial...
¡Ah! ¿No sabeis que se casa
La chica?
Alm. ¡Bueno! ¿Con quién?
Marta. Es jóven de circunstancias...
Vos debeis de conocerle
Alm. Veamos. ¿Cómo se llama?
Marta. Alfonso de Castro...
Alm. Mucho.
El hijo de doña Braulia...
Marta. El mismo.
Alm. Es mozo de mérito.
Marta. Y quizá por esa causa
Se halla sin colocacion.
Alm. El que no llora no mama.
Un memorial...
Marta. Aquí está.
Alm. Bien. ¿Qué pretende?
Marta. Una plaza
De secretario...
Alm. Veamos
(*Toma el memorial y lo examina.*)
Si viene en regla la instancia.
Marta. En una administracion
General.
Alm. Muy bien. Hay varias
Vacantes; tiene talento,
Y es destino que le cuadra.
¿Está informado el ministro...?
Marta. Ya le tiré una puntada...
Y ahora venía á entregarle
El memorial... ¡Cuánto tarda!
Alm. Justamente es negociado
De mi seccion y á ella pasan
Todas estas pretensiones.
Le hablaré con eficacia,
Y si os recibe benévolo,
Tanto mejor.
Marta. Él me trata
Con bondad y cortesía,
Mas el portero me ataja
Porque dice que está exento
De tener buena crianza.
Alm. ¡Cómo!...
Marta. Y ni esperar me deja
Al ministro en su antesala.
Alm. Tiene órdenes generales...,
Pero esas con vos no hablan. —
Permitid á esta señora, (*A Monzon.*)
Pues pide tan leve gracia,
Que espere al señor marqués.
Monz. Bien; mas si ella se desmanda...
Alm. No lo hará.
Monz. Soy funcionario
Público...
Alm. Si esta mañana (*A Marta.*)
No le veis, para la audiencia
De esta noche no hagais falta.
Se os pondrá en lista.
Marta. Vivais
Mil años.
Alm. Ahora me llaman
Mis tareas. Soy muy vuestro.
Marta. Yo vuestra humilde criada.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el ministerio. Puerta á la derecha del actor, que es la mas próxima a la calle. Otras dos á la izquierda; la primera guia al despacho del ministro, y la segunda á la secretaría: en el foro una chimenea francesa y un balcon: la mesa del portero junto á la puerta de la derecha; sillas decentes al rededor de la sala.

—

ESCENA PRIMERA.

MONZON.

(*Aparece sentado á la mesa de la portería, sobre la cual habrá escribanía, pliegos cerrados, registros, periódicos, etc.*)

¡Pues! ¡El pan de cada dia!
(*Suspendiendo la lectura de un periódico.*)
La oposicion no descansa.
Injurias y mas injurias,
Y sátiras sobre sátiras.
Hoy las fulmina el progreso,
El *statu quo* mañana...
Así los pobres ministros
Se aburren, sueltan la carga,
Y como sombras chinescas
Asoman, bullen y pasan:
Así al portero impasible
Que es eco del que le manda,
O mas bien trasto oficial
Adyacente á una mampara,
El tiempo le alcanza apenas
En tan vario panorama
Para estudiar tantos genios
Y analizar tantas caras:
Así, apenas se publica,
Miente como una bellaca
La Guia de Forasteros;
Y así en confusa baraja
Multiplica mi cartera
Los pésames y las pascuas.

ESCENA II.

MONZON, MARTA.

Marta. Señor Monzon, buenos dias.
Monz. ¿Qué se ofrece?
(*Casi sin mirarla y volviendo á su diario.*)
Marta. Yo soy Marta...
Monz. Está bien.
Marta. ¿Podré decir
Al ministro dos palabras?
Monz. No ha venido.
Marta. ¿Vendrá pronto?
Monz. No sé; pero es excusada
La pregunta.
Marta. Es que...
Monz. No damos
Audiencia por la mañana.
Marta. Su excelencia, mas amable
Que su portero...
Monz. ¡Qué audacia!
Hábleme con mas respeto
La exponente, y no se salga
De la cuestion.
Marta. El ministro
Se duele de mis desgracias.
Esta mañana tomó
De mis manos una instancia
Con suma afabilidad,
Y me prometió...
Monz. ¡Bobada!
Marta. Escucharme...
Monz. ¡Ba!
Marta. En audiencia
Particular...
Monz. No me bastan
Esos recados verbales.
Un decreto: esa es la práctica.
Marta. Pero ¡si él me dijo...!
Monz. ¡Ya!
Siempre ellos dan esperanzas...
Por supuesto... Ya se ve...
Como eso no cuesta nada...
Mas yo, que estoy dispensado
De atenciones cortesanas,
Oficialmente os respondo:
No ha lugar á la demanda.
Marta. Veremos. Yo esperaré...
Monz. En la primera antesala;
No aquí. El portero inferior
Ha cometido una falta
Imperdonable en dejaros
Penetrar...
Marta. Soy ciudadana,
Soy viuda, soy bello sexo,
Y donde entran otras damas
Puedo entrar yo.
Monz. Mi consigna...
Marta. ¡Eh! No hay consigna que valga.
Monz. Os ireis.
Marta. Que no.
Monz. ¿Por qué?
Marta. Porque no me da la gana.

ESCENA III.

MONZON, MARTA, ALMEIDA.

Alm. ¿Quién disputa aquí? ¿Qué es esto?
Monz. Esa tia.
Marta. Ese fantasma...
¡Qué veo! ¡Señor Almeida!
(*Va á su encuentro y hablan lejos del portero, que sigue leyendo.*)
Alm. ¿Quién sois vos...? ¡Ah! ¡Doña Marta!
Marta. ¿Estais empleado aquí?
Alm. Sí tal.
Marta. No sabía nada.
Alm. Jefe de seccion.
Marta. Me alegro.
Sea por cien años.
Alm. Gracias;
Aunque segun nos relevan
Desde que hay leyes y cámaras,
Todos somos ya efemérides
Sin ayer y sin mañana.
Marta. Razon mas para que vos
Me dispenseis sin tardanza
Vuestra proteccion.
Alm. Contad
Conmigo, aunque es muy escasa
Mi influencia. Fué mi amigo
Vuestro esposo que Dios haya...
Marta. El pobre murió de un cólico...
Alm. ¡Ya lo sé!
Mar a. Cerca de Braga.
Alm. ¿Y qué tal? La viudedad...
Marta. Un siglo ha que no me pagan.
Alm. Ya veremos...
Marta. Por fortuna
Mi Ramira es una alhaja...
Alm. ¡Oiga! Ya estará crecida.
Marta. Es una linda muchacha...,
Mejorando lo presente.
La pobrecilla trabaja
Dia y noche, y con su aguja
Y su tijera y su plancha
Vamos tirando. El marqués,
A quien hoy por una rara
Casualidad hemos visto,
Promete enjugar mis lágrimas.
Ya ha tomado el memorial...
¡Ah! ¿No sabeis que se casa
La chica?
Alm. ¡Bueno! ¿Con quién?
Marta. Es jóven de circunstancias...
Vos debeis de conocerle
Alm. Veamos. ¿Cómo se llama?
Marta. Alfonso de Castro...
Alm. Mucho.
El hijo de doña Braulia...
Marta. El mismo.
Alm. Es mozo de mérito.
Marta. Y quizá por esa causa
Se halla sin colocacion.
Alm. El que no llora no mama.
Un memorial...
Marta. Aquí está.
Alm. Bien. ¿Qué pretende?
Marta. Una plaza
De secretario...
Alm. Veamos
(*Toma el memorial y lo examina.*)
Si viene en regla la instancia.
Marta. En una administracion
General.
Alm. Muy bien. Hay varias
Vacantes; tiene talento,
Y es destino que le cuadra.
¿Está informado el ministro...?
Marta. Ya le tiré una puntada...
Y ahora venía á entregarle
El memorial... ¡Cuánto tarda!
Alm. Justamente es negociado
De mi seccion y á ella pasan
Todas estas pretensiones.
Le hablaré con eficacia,
Y si os recibe benévolo,
Tanto mejor.
Marta. Él me trata
Con bondad y cortesía,
Mas el portero me ataja
Porque dice que está exento
De tener buena crianza.
Alm. ¡Cómo!...
Marta. Y ni esperar me deja
Al ministro en su antesala.
Alm. Tiene órdenes generales...,
Pero esas con vos no hablan. —
Permitid á esta señora, (*A Monzon.*)
Pues pide tan leve gracia,
Que espere al señor marqués.
Monz. Bien; mas si ella se desmanda...
Alm. No lo hará.
Monz. Soy funcionario
Público...
Alm. Si esta mañana (*A Marta.*)
No le veis, para la audiencia
De esta noche no hagais falta.
Se os pondrá en lista.
Marta. Vivais
Mil años.
Alm. Ahora me llaman
Mis tareas. Soy muy vuestro.
Marta. Yo vuestra humilde criada.

Porque pedí lo que es mio,
No aquí...
Viol. ¡Jesus, qué mujer!
Marta. Y los sordos han de oirnos
Si suelto la de sin hueso.
Viol. Por no hacer un desatino
Me voy. — Dad esa tarjeta
(*Al portero.*)
Al marqués. Yo me retiro.
Ved aquí los resultados
De admitir en este sitio
A mujeres de...
Marta. ¿De qué?
¿De qué?
Viol. De bajos principios.

ESCENA VIII.

MARTA, MONZON.

Marta. ¡Cómo se entiende!... Oiga, espere;
La diré cuántas son cinco.
Monz. Señora, ved que no estais
(*Recogiendo la tarjeta, los periódicos y algunos pliegos.*)
En la plaza del Rocío.
Respetad...
Marta. Teneis razon.
Me contengo, me reprimo...
Pero yo no me he criado
En las malvas, y si digo
Lo qué sé de ella...
(*Monzon entra sin hacer caso de Marta en el despacho del ministro.*)
Que á fe
Que me ha contado un vecino
Maravillas; y ojalá
Las hubiera yo sabido
Esta mañana temprano,
Que ¡voto va, no va á Cristo...!

ESCENA IX.

MARTA, PEREIRA.

Per. ¿Ha venido su excelencia?
Marta. ¡Qué insulto! ¡Qué despotismo! —
¿Conoceis á esa señora
Que en la escalera habreis visto?
Per. ¿A la condesa Violante?
Marta. Esa. El título es postizo.
Per. Mirad...
Marta. Es una embustera.
Per. Señora...
Marta. Y en el hospicio
Las hay mucho mas honradas.
Per. ¡Cómo!
Marta. Y si el jefe político,
O sea administrador
General de este distrito,
Supiera lo que se pesca,
La pondría...
Per. ¡Qué vestiglo!
Escuchad...
Marta. Donde merece.
Sí, señor; á ella, y á un primo
Que tiene...
Per. ¿Qué...?
Marta. A un tal Pereira...
Per. Mirad lo que...
Marta. Que es un pícaro.
Yo no le conozco; pero
¡Qué lástimas de presidio!
Per. ¡Deslenguada! Si supiérais
Quién soy...
Marta. Me importa un pepino
El saberlo.

ESCENA X.

PEREIRA, MARTA, MONZON.

Monz. ¡Con mil diablos,
Señora...!
Marta. Y digo, y repito...
Una voz dentro. ¡Su excelencia!
Otra voz mas cerca. ¡Su excelencia!
Monz. ¡Silencio!
(*Abriendo la mampara.*)
¡A un lado! ¡El ministro!
(*Apartando á Marta y á Pereira.*)

ESCENA XI.

PEREIRA, MARTA, EL MARQUÉS, MONZON.

Marq. Monzon.
Per. Señor...
Marq. Un momento...
(*A Pereira.*)
Monz. Mande ucencia.

Marta. Excelentísimo..
Señor ..
Marq. Tomad esta nota,
(*Dando un papel á Monzon.*)
Y que el jefe del archivo
Os entregue sin tardanza
Los documentos que pido.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS, MARTA, PEREIRA.

Marta. Señor...
(*Le toma la delantera Pereira.*
(¡ Se puso delante !)
Marq. ¿Qué quereis?
(*A Pereira tomando su memorial.*)
Per. Yo solicito
Que vuecencia me coloque...
Marq. Todos pretenden lo mismo,
Y para acallar á todos
Veo que será preciso
Establecer en el reino
Para cada hombre un destino.
Per. Ya debe de estar vuecencia
Informado... Soy el primo
De Violante.
Marq. ¡ Ah ! Lo celebro.
Marta. (¡ Qué escucho !)
Marq. Sereis servido.
(*Siguen hablando en voz baja.*)
Marta. (¡ Y yo entre oreja y oreja
Mil tempestades le he dicho
Sin conocerle ! Me alegro.)
Marq. Id...
Per. No tengo mas padrino
Que vuecencia...
Marq. Id descuidado.
(¡ Tiene una traza de pillo !...)
Per. Dios guarde á vuecencia...
Marq. Adios.
(*Con afabilidad.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS, MARTA.

(*El marqués se dirige á su despacho y le detiene Marta.*)

Marta. ¡ Señor ! ..
Marq. No os había visto. —
¡ Ah ! ¡ Sois vos !
Marta. Os vengo á hablar
Sobre aquel memorialito...
Marq. Tengo prisa...
Marta. Y á entregaros
Este otro sobre el destino
Para mi yerno futuro.
(*El marqués lo toma con la mano izquierda y lo conserva en ella sin desdoblarlo, teniendo en la derecha el de Pereira.*)
Marq. (¡ Para su yerno ! ¡ Maldito
Sea su yerno !) Id con Dios.
Marta. ¿Y así..., con ese desvío
Me despedís?
Marq. No hay un cuarto.
Marta. Pero...
Marq. No puedo serviros.
(¡ Solo falta que la madre
Me dé ahora un tabardillo !)
Marta. Esta mañana me disteis
Palabra...
Marq. Fué un compromiso...
Marta. ¡ Ni media paga siquiera !
Marq. ¡ Qué importunidad ! Ya he dicho...
Marta. Si á lo menos me empleárais
Al muchacho...
Marq. Y ¿con qué títulos
Viene á pretender...?
Marta. Mayores
Los tendrá tal vez el primo
De Violante.
Marq. ¿ Qué decís ?
Marta. ¡ Vale mucho un buen palmito!
Marq. ¡ Qué osadía ! Retiráos.
No volvais mas á este sitio.
Tomad vuestro memorial.
(*Tira al suelo hecho pedazos el memorial de Pereira y dobla un pico al de Castro.*)
Marta. ¡ Qué injusticia !
Marq. Así castigo
(*Entrando en su despacho.*)
A insolentes.

ESCENA XIV.

MARTA.

Yo... ¡ Me ha dado
Con la puerta en los hocicos !

ESCENA XV.

MARTA, CASTRO.

Cast. ¡Señora... !
Marta. ¿Quién...? ¡Pobre Castro!
(*Volviéndose.*)
En hora menguada vienes.
Maldiciendo aquí me tienes
La triste vida que arrastro.
Confiado en tu virtud,
Vendrás á saber ansioso
El resultado dichoso
De aquella solicitud.
Hijo mio, no hay consuelo
Para tí ni para mí.
Mira el memorial allí
Hecho trizas en el suelo.
¡Qué horror, ánimas benditas!...
Y eso que en cas de Violante
Dió palabra terminante
De dolerse de mis cuitas.
¡Ahora tanta displicencia,
Y antes brindaba mercedes!
Explícame tú si puedes
Tan extraña inconsecuencia.
O ha perdido su cordura
En un romántico acceso,
O le ha baldado el congreso
Con un voto de censura.
Cast. Otra es la causa, señora,
De su rabia y su despecho,
Y el desaire que os ha hecho,
No á vos, á él solo desdora.
No mendigo su favor,
Porque ya le conocí.
Vengo á arrancaros de aquí
Para salvar vuestro honor.
Marta. ¡Cómo!...
Cast. Tan noble en su ira
Como en su amor... de visir,
Ha querido seducir
A mi adorada Ramira.
Se introdujo en vuestra casa
Un agente de sus vicios.
No es mucho: tales servicios
Se suelen premiar sin tasa.
Aventuró su osadía
La infame proposicion,
Que con casta indignacion
Rechazó la prenda mia.
Porfiaba temerario,
Llego entonces, oigo, acudo,
Y fué mi primer saludo
Un puntapié al emisario.
Entonces el perillan
Me amenazó con su amo,
Y de un tramo en otro tramo
Le eché rodando al zaguan.
Marta. ¡Traidor...! ¡Ahí está el busilis!
¡Y teniendo ya otra moza
Que se pierde una coroza...!
¡Hum...! Se me enciende la bilis.
Estoy hecha un Satanás,
Y si le pillase ahora...
Cast. Huyamos de aquí, señora,
Y no volvamos jamás.
Marta. ¿No volver? No vuelvas tú,
Que eres hombre, y no conviene;
Mas yo ¡perene y perene,
Por vida de Belcebú!
Lo que yo vengo á pedir
Es mio, y mio, y remio:
Sí, señor, y el monte-pio
No me dejará mentir.
Yo pido justicia neta,
Y para instalarme aquí
Me traeré la cama; si,
Como hoy traje la calceta.
¡Eso faltaba! ¡Hola, hola!
En casa la niña. ¡Tate!
Yo estoy fuera de combate
Y ya puedo andarme sola.
Su rabia será completa
Cuando vea de contino
En vez de un rostro divino
Una cara de vaqueta.
Cast. Venid...
Marta. Y pronto, y cabal
(*Tomando el brazo de Castro y yéndose.*)
Ha de darme la mesada,
O esta noche hay asonada...
Cast. ¡Vamos!
Marta. Y arde Portugal.
(*Vanse por donde entraron.*)

ACTO TERCERO.

Despacho del ministro ricamente adornado. Gran mesa de escritorio con papeles, expedientes, libros, etc. A la derecha del actor la puerta de la antesala. En frente de esta dos balcones, y entre ellos una chimenea. Puerta en el foro que da paso á la secretaría, y otra mas pequeña en la misma linea.

—

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS, ALMEIDA.

Marq. ¡Otra personalidad!
(*Sentado en un elegante sillon delante de la mesa, con un periódico en la mano.*)
¿Qué tienen que ver el trono,
Ni la patria ni la ley
Con si yo como ó no como,
Si me visto ó no me visto
Con este sastre ú el otro,
Si es bella ó no mi querida,
Si madrugo ó si trasnocho,
Si gasto coche ó landó,
Si estoy flaco ó si estoy gordo?
Alm. Siempre fué la comidilla
(*Con un legajo en la mano.*)
De esos papeles periódicos
Satirizar al que manda,
A no mediar... ¡Pues! Supongo
Que me entendeis. Pero al hombre
De Estado, á fuer de filósofo,
Ni le acobardan las pullas
Ni le ablandan los piropos.
Marq. Las personales diatribas,
Bien, pasen: yo las perdono;
¡Pero sumar, como lo hacen
En este artículo anónimo,
Con mi sueldo de ministro
Lo que de mis tierras tomo,
Y en la partida de data
Acumular á su antojo
Guarismos sobre guarismos
Con el intento piadoso
De insinuar que cubro el *déficit*
Enorme con lo que robo!
Alm. Acaso no ha pretendido
Sino acusaros de pródigo...
Marq. ¿Qué sabe él lo que yo gasto?
¿Qué sabe él lo que yo cobro?
Robar... ¿De dónde? Imposible.
¿Manejo yo acaso fondos?
Arruinarme..., puede ser;
¿Mas qué le importa á ese zoilo,
Pues yo no le pido nada,
Que me lleven los demonios?
Alm. Ea, no hay que sofocarse,
Señor marqués. — Vaya un polvo.
(*Saca la caja y se lo ofrece.*)
Marq. No lo gasto.—Y, no hay remedio,
De ese falso testimonio
¿Qué infiere el vulgo maligno?
Que soy ladron ó tramposo;
Y esto, ya pasa de injuria
Personal.
Alm. ¡Eh!... Segun cómo...
Marq. No hay segun. Aquí se ataca
Al gobierno...
Alm. En cierto modo...
Marq. Y es preciso denunciar
El escrito.
Alm. No me opongo...
Marq. Al momento. De real órden.
Alm. ¿Como artículo injurioso?
Marq. Como subversivo.
Alm. Pero...
Marq. ¿Dudais...?
Alm. No; ni por asomo...
(¡Cómo ciega la pasion!)
Pero el jurado...
Marq. Es negocio
Concluido. ¿Hay algo mas
Que despachar? Venga pronto.
Alm. Nada por hoy. — No me atrevo,
Como os veo en tal enojo,
A preguntaros si aquel
Proyecto de ley famoso...
Marq. ¿El de las *medidas*?
Alm. Ese.
Marq. Desechado por cien votos
Contra veintinueve.
Alm. ¡Malo!
Marq. Contaba con el apoyo
Del centro, y se me desfila
A la izquierda.
Alm. ¿Sí? ¡*Malorum!*
Y esa oposicion terrible
¿Contra vos se ha alzado solo,
O se extiende á los demás
Compañeros?
Marq. Sí, sí; á todos.
Alm. Vaya por Dios. Mal de muchos
Dix que es consuelo...
Marq. De tontos.
Alm. Aunque no estais para gracias,
Os recuerdo respetuoso
Las plazas de secretarios
Que vacan...
Marq. Hoy me propongo
Proveerlas.
Alm. Bien sabeis

Que tengo el genio algo corto
Y nunca os pedí mercedes
Para mí ni para otros;
Mas hoy por primera vez
Vuestra proteccion imploro
En favor de un pretendiente
Que juzgo muy á propósito
Para una de esas vacantes.
Es un excelente mozo.
Marq. Lo creo, mas...
Alm. Muy honrado...
Marq. No obstante...
Alm. Muy estudioso,
Y sus principios...
Marq. Hay muchos
Empeños... Cada neófito
Tiene sus Mecenas...
Alm. Yo...
Marq. Hé aquí el mayor escollo
De un ministro: el *personal*.
Alm. Sujeto por quien yo abogo,
Podeis creer...
Marq. Otro tanto
Dicen los demás patronos;
Pero las plazas son cinco,
Y tengo ya un promontorio
De memoriales.
Alm. Si al fin
Ha de haber tantos quejosos,
¿Qué mas da...?
Marq. ¡Si es una peste!
Como buitres, como lobos
Al olor de una vacante
Se abalanzan de ocho en ocho.
¿Qué digo vacante? Ayer
Fué acometido de un cólico
El contador de correos,
Y al salir del dormitorio
Me pidieron hoy su plaza
Media docena de prójimos.
Alm. No lo extraño. Pero el mérito
De mi ahijado... Habrá muy pocos...
Marq. En fin, veremos... Se hará
Lo que se pueda.
Alm. Yo os cojo
La palabra...
Monz. La condesa
(*Anunciando desde la puerta de la derecha.*)
Del Rosicler.
Alm. (¡Un estorbo!)
Marq. Adelante. Permitid...
Alm. (¡Faldas! Mi gozo en un pozo.)
(*Saluda al ministro y á Violante y se retira por la puerta de la secretaría.*)

ESCENA II.

VIOLANTE, EL MARQUÉS.

Marq. ¡Violante!
Viol. ¡Gracias á Dios
(*Sentándose al lado del marqués.*)
Que al fin nos vemos los dos!
Marq. Vuelto me tienen el juicio
Los asuntos del servicio.
Viol. No hay forma de hablar con vos.
Hoy me sequé en la antesala
Con gente soez y espuria,
Y después ¡oh mengua! ¡oh furia!
Marq. ¿Qué es eso?
Viol. Me siento mala.
Marq. ¿Qué te duele?
Viol. ¡Atroz injuria!
Marq. ¡Cómo!...
Viol. La esposa altanera
Del vizconde de la Riva
Suelta al verme la saliva
Y tomando la otra acera
Me mira de abajo á arriba.
Marq. ¡Eh! ¿Qué importa...?
Viol. A un estropajo
No se trata...
Marq. Eso no es nada.
Aprension...
Viol. ¡Estoy medrada!
¿Aprension? ¿Y el salivajo?
Marq. Puede que esté embarazada.
Viol. Es muy justa mi querella
Y el alma se me destroza...
Marq. No hagas caso. Así resuella
Porque eres tú mejor moza
Y mas elegante que ella.
Viol. Tal creo; mas sin castigo
No ha de quedar el insulto.
Marq. Si tiene envidia, consigo
Lleva la pena.
Viol. ¿Hay indulto?
Pues no vuelvo á hablar contigo.
Marq. Niñadas...
Viol. A tí te alcanza
El desaire que me aflige.
Ella, ó yo. No hablo de chanza.
Marq. Pero, hija mia...
Viol. O venganza,
(*Se levanta.*)
O hago dimision. Elige.
Marq. Yo soy tu esclavo, Violante;
(*Levantándose.*)
Mas, ya ves, la injuria ha sido
De mujer, y no es bastante...
Viol. Pague la pena el marido.

Marq. ¡Cómo...!
Viol. Déjale cesante.
Marq. Pero, hija, ¿has perdido el seso?
¡A un director general
Dejar cesante por eso!
¿Qué dirian? No haré tal.
¡Y sin forma de proceso!
Viol. De eso no me cuido yo;
Mas ya dije mi *ultimato*.
¿Le depones? Sí, ó no.
Marq. Es una injusticia.
Viol. ¡Ingrato!
Marq. Pero, mujer...
Viol. ¡Se acabó!
(*Yéndose.*)
Marq. ¡Qué! ¿te vas?
Viol. ¡Quién lo creyera!
¡Mantener á ese hombre en zancos
Después de injuria tan fiera!
¡Y quizá vota en los bancos
De la oposicion!
Marq. Espera.
Con efecto, hoy desertó
De las filas del gobierno.
¿Y por qué mi subalterno
No ha de votar como yo?
Mas se va á armar un infierno...
Viol. Basta. ¡Adios..., adios...!
(*Llorando.*)
Marq. Detente.
Todo por tí lo atropello...
(*Toca la campanilla, se sienta y escribe rápidamente.*)
Viol. Gracias. Mi honor iba en ello.
(*Sentándose.*)
Marq. Que venga inmediatamente
(*Al portero, que asoma.*)
El señor Souza Coello.
Viol. (Es mucha mi autoridad.
Con cuanto quiero me salgo.)
Marq. Lo siento, que es buen fidalgo.
(*Escribe.*)
«De órden de su majestad,
Et cœtera.»

ESCENA III.

EL MARQUÉS, VIOLANTE, SOUZA.

Souza. ¿Quereis algo?
Marq. Esta minuta interesa.
Haced que sin dilacion
Venga copiada á mi mesa.
Viol. (No dirá el señor baron
Que he faltado á mi promesa.)
Souza. Está bien. — ¡Exonerais
(*Ojeando la minuta.*)
De su destino al vizconde!
Marq. Sí.
Souza. (¡Qué injusticia!) ¿De dónde
Viene el golpe...?
Marq. No os metais
En lo que no os corresponde.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, VIOLANTE.

Marq. ¿Quieres mas? ¿Estás contenta?
Viol. Sí, mi bien.
Marq. Por darte gusto
Hago un descontento mas.
¡Vale Dios que no son muchos!
Viol. Tambien ganas un amigo
En el director futuro,
Y la misma cuenta sale.
Marq. ¿Quién sabe...?
Viol. Váyase el uno
Por el otro.
Marq. Cuando sepan
Que por un antojo tuyo...
Viol. No te enfades, que aun estoy
(*Con zalamería.*)
Afectada de los músculos,
Y de ver ese entrecejo
Me estremezco y me atribulo.
En premio de esa fineza,
Que agradezco hasta lo sumo,
Exige de mí imposibles,
Que no puede haber ninguno
Para el amor que te tengo;
Y si aun es débil tributo
Mi honor por tí abandonado
A los sarcasmos del vulgo,
Pide mi sangre, mi vida,
Y contenta iré al sepulcro.
Marq. ¡No mas! ¿Qué dices? Yo soy
Tu amante, no tu verdugo.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, VIOLANTE, SOUZA.

Souza. Aquí teneis puesta en limpio
(*Dándole un oficio.*)
La real órden...

Marq. Dadla curso.
(*Después de firmarla.*)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, VIOLANTE.

Viol. Si no temiera abusar
Hablaría de otro asunto...
Marq. ¿Qué asunto?
Viol. Un empeño mio.
Nunca faltan importunos...
Marq. Bien. ¿Qué quieres?
Viol. Una plaza
De oficial; se entiende, de último
Oficial del ministerio...
Marq. ¿Para quién?
Viol. Para un alumno
De no sé qué seminario.
Dicen que promete mucho...
Marq. Algun niño que tal vez
Está estudiando gerundios.
Viol. Yo no sé; pero su padre
Es hombre rico y de influjo...
Le he dado ya mi palabra,
Y, ya veis; si no la cumplo...
Marq. Pero, hija, ¡si no hay vacante!
Viol. No le hace. Se quita á alguno...
Marq. No mas alcaldadas; no.
Viol. Pues bien; tomad otro rumbo.
Dad la plaza del vizconde,
Plaza de honor y de lucro,
A uno de esos caballeros;
Los ascensos por su turno
A los demás, y á mi ahijado
La resulta; así á ninguno
Se agravia...
Marq. ¿Y los pretendientes?
¿Y qué dirá luego el mundo
Si el agraciado es un tonto
Sin práctica, sin estudios...?
Viol. Ya se irá soltando aquí
Poco á poco. Otros mas rudos...
Marq. Vaya que hoy tienes caprichos
Originales, absurdos.
Viol. ¿Hay mas que dejarle luego
Cesante? ¡Vaya un apuro!
Salga yo del compromiso
En que su padre me puso,
Y lo demás...
Marq. De ese modo...
Viol. ¿No te admira mi discurso?
(*Sacando un papel que pone sobre la mesa.*)
Aquí queda el memorial.
Cuando tengas dos minutos
De tiempo dictas las órdenes...
Marq. ¡Eso es! ¡Así! ¡De barullo!
Viol. Me envias el nombramiento...
Marq. Bien está; pero te anuncio,
Que si es necio, á las primeras
De cambio le destituyo.—
Y, por Dios, mira otra vez
Por quién te empeñas.
Viol. Te juro
No volver á molestarte.—
Solo falta que á ese tuno
De mi primo... ¿No ha venido
A presentarse...?
Marq. Aquí estuvo;
Me entregó su memorial;
Yo doblé, como acostumbro,
Un pico... (*Lo busca en la mesa.*)
Viol. Ya entiendo. En muestra
De favor.
Marq. Pues es el único
Que hoy he doblado... Aquí está.
Voy á decretarlo al punto.—
«Concedido.» (*Escribiendo.*)
Puedes darle
El parabien.
Viol. Te aseguro
Que es mia la enhorabuena,
Porque me da mil disgustos,
Y hasta perderle de vista...
Pero adios, adios, que abuso
De tu bondad demasiado.
Si lo permite el bien publico,
¿Irás á verme esta noche
Al palco?
Marq. Lo dificulto.
Hay consejo de ministros;
Tengo entre manos un cúmulo
De negocios...
Viol. ¡Jesus! ¡Siempre
Negocios! Yo me consumo.
¿Sabes que ya tengo zelos
De Portugal?
Marq. Son injustos.
Adios.
Viol. (¡Hé aquí un grande hombre!
¡Pobretes! Todos son unos.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.

Ya se ha ido. Respiremos.
¡Es singular el influjo
De esa mujer sobre mí!
Si á mi corazon pregunto
La causa, nada responde;

Y si en mi razon la busco,
De mi flaqueza me acusa
Y romper me manda el yugo.
A ser yo supersticioso
Diría que algun conjuro...
Cuando de ella me separo
Tengo vehementes impulsos
De olvidarla para siempre;
La vuelvo á ver, y sucumbo.
¡Pero es tan sagaz, tan bella
Y tan nombrada en el mundo
Diplomático!... Un virey
Que millonó en Pernambuco,
Un embajador, un duque
Y un milord de alto coturno
Disputaban sus favores,
¡Y al cabo fué mio el triunfo!
¡Esto es glorioso! No obstante,
Por satisfacer un lujo
Pueril arruino mi casa
Y mi opinion aventuro.
Aquella preciosa niña...
Por solo un halago suyo
Daría... Mas ¿quién creyera
Que aquel vestidillo oscuro
Cobijara una virtud
Tan tenaz, tan fuera de uso?
Ya se ve; yo no esperaba
Que defendiese aquel muro
El temerario galan
Que á Martin dejó contuso.
¡Cómo ha de ser! Soy ministro,
No gladiador; y renuncio
A esa beldad si es forzoso
Ganarla á fuerza de puños.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, EL BARON.

Baron. ¿Dais vuestro permiso? (*Entrando.*)
Marq. ¡Entrad,
Señor baron! Adelante.—
No venís de buen talante.
¿Hay alguna novedad?
Baron. Temo... Todo está tranquilo...
Nada se confirma aún...
Pero si es cierto el run, run,
Teneis la vida en un hilo.
Marq. ¡La vida! ¿Cómo...?
Baron. Yo os hablo
De vida ministerial.
La cosa se pone mal
Y no se descuida el diablo.
Marq. Intrigas de ciertas gentes;
Pandillas...
Baron. Sí; yo confieso...
Pero, como ya el congreso
Os ha enseñado los dientes...
Marq. Eso me da en qué pensar.
Baron. La derrota de este dia
Despopularizaría
Al hombre mas popular.
Marq. Ya recobrará su imperio
El gabinete.
Baron. Tal vez;
Pero desde hoy á las diez
Se habla de otro ministerio.
Marq. Yo deseo mi retiro,
Que es duro el vivir así.—
Pero ¿qué dicen de mí?
¿De dónde me viene el tiro?
Baron. No sé. Cada cual se escuda
Con la opinion nacional...
Marq. Y la entiende cada cual
A su manera.
Baron. Sin duda.
Ello es que va progresando
La pública antipatía.
Dicen que os falta energía
Y no os sobra el don de mando.
Hay quien os llama indolente.
Otro parece que ha dicho:
« No hay mas ley que su capricho;
Es un sátrapa de Oriente. »
Dice otro, que en lo privado
Impertinente se interna:
« Quien su casa no gobierna
Mal gobernará el Estado. »
Guerra igual, el mismo enojo
En los dos bandos se advierte;
Este os acusa de fuerte
Y aquel os tilda de flojo.
Otro dice: « En sus espaldas
Sustentar no puede el solio. »
Otro habla de monopolio,
Y si hay faldas ó no hay faldas.
Ya el culparos es precepto
General, segun parece,
Y el que mas os favorece
Dice que sois un inepto.
Marq. Al oiros me confundo.
¿Sois mi juez, ó sois mi amigo?
Baron. Yo no os digo lo que digo;
Digo lo que dice el mundo.
Marq. Sí; los de la otra bandera
Y cuatro amigos ingratos;
Pero los hombres sensatos
Hablarán de otra manera.
Baron. No basta obrar con justicia;
Que, si callan los prudentes,
Siempre hallan los maldicientes

Alimento á su malicia.
Marq. Es verdad.
Baron. Un golpe en falso
Disteis ayer, y hay patriota
Que como crimen lo nota
Y os llevaría al cadalso.
Marq. Bien; ¿y qué ha sido por junto?
Baron. Una leve distraccion:
Dar una administracion
General...
Marq. Pero...
Baron. A un difunto.
Marq. ¡Cómo!
Baron. Don Pascual Mondego...
Marq. Ese el agraciado es.
Baron. Murió del tífus ha un mes
En la ciudad de Lamego.
Marq. ¿De veras? Con tanto asunto...
(*Se rie.*)
El bueno de don Pascual
Me remitió el memorial
Y no la fe de difunto.
Dios le dé la gloria, amen.
Aunque siento el *lapsus linguæ*,
Al cabo la plaza es pingüe
Y á otro le vendrá muy bien.
Baron. Pero lo que mas aviva
La saña de esa faccion
Es...
Marq. ¿Qué?
Baron. La destitucion
Del vizconde de la Riva.
Marq. ¿Qué decís? Hace un instante
Que firmé el decreto, ¡y ya...!
Baron. Y añaden: «¡Bravo! Ya está
Vengada doña Violante.»
Marq. ¿De veras? Por vida mia
(*Sonriéndose.*)
Que sois un Argos, un lince,
Y á *Fouché* dais falta y quince
En eso de policía.
Baron. No alabeis mi perspicacia,
Que aunque yo no me descuido,
Todo el pueblo lo ha sabido
Antes que yo.
Marq. ¡Vaya en gracia!
Con público tan profeta
¿Quién respira sin que suene...?
Baron. Tambien el público tiene
Su policía secreta.
Marq. Con que ¿es inminente el riesgo?
Baron. Aprovechad el aviso.
Marq. Pues conjurarle es preciso,
¿Qué opinais? A ver qué sesgo...
Baron. No sé... Disolver las Córtes...
Marq. Habrá reeleccion.
Baron. Lo temo.
Marq. Y ese es un partido extremo...
Busquemos otros resortes.
De Lisboa desterrad
Al que esos planes concierta
Y á sus secuaces...
Baron. (Desierta
Quedaría la ciudad.)
Aun está la trama oculta.
Dias ha que sudo el quilo
Hasta descubrir el hilo...
Veremos lo que resulta.
Marq. Mientras gastais tanta flema
Descargar puede el nublado.
Baron. Si dais un golpe de Estado
Mayor será el anatema.
Atacar la libertad
Del ciudadano, es exceso;
Y no espereis del congreso
Un voto de indemnidad.
Marq. No, que es ya contrario mio,
¡Y dura todo un trienio!
Baron, ¡aquí del ingenio!
Solo en el vuestro confío.
Alguna farsa inventad;
Yo pagaré al corifeo;
Y volvedme al apogeo
De mi popularidad.
Baron. Entiendo el maquiavelismo.
Pues el enemigo mina,
Vuecelencia determina
Contraminar...
Marq. Eso mismo.
Haceis que de pronto estalle
Una faccion...
Baron. ¿De cartistas?
Marq. Mejor es de miguelistas.
Cuatro tiros en la calle...
Generala y mucha bulla,
Y gendarmes, y metralla...;
Se dispersa la canalla;
La persigue una patrulla...;
Cogemos en el garlito
Con teatral aparato
A algun pobre mentecato
De los que dieron el grito...
Con esto, y una proclama,
Y un bando, y una justicia,
Y una cruz á la milicia,
Sube al cielo nuestra fama.
Baron. Basta, basta. Si eso es
Lo que quereis, arda Troya.
Marq. Pues; un motin de tramoya...
Baron. Sereis servido, marqués.

ESCENA IX.

MARQUÉS.

Lo hará á las mil maravillas,
Porque es astuto y sagaz
Como él solo. Si yo caigo,
Tambien el baron caerá.
Mi garante es su interés
Que le obliga á ser leal.
(*Mira el reloj y toca la campanilla.*)
Ya es tarde y tengo consejo
De gabinete. — Estarán
Esperándome. — ¡Monzon!
Monz. Mande vuecencia.
(*Junto á la puerta.*)
Marq. Llamad
A Almeida.
Monz. Está bien.
Marq. Volando.
(*Entra Monzon en la secretaría.*)
Esta crisis ya es fatal,
Mas yo espero que la reina
Me apoye.

ESCENA X.

EL MARQUÉS, ALMEIDA.

Alm. ¿Qué me mandais?
Marq. Tomad esos expedientes
Que están decretados ya.
Estos otros, á la noche.
Mañana se nombrarán
Los secretarios vacantes.
Alm. Y entre ellos ¿tendrá lugar
Mi ahijado?
Marq. Hoy estais, Almeida,
Importuno por demás.
Hay otros mas beneméritos.
Ya os he dicho...
Alm. Perdonad.
Yo creí... Como dijísteis...
Marq. Bien, bien. Otra vez será.

ESCENA XI.

ALMEIDA.

Mal humor lleva. Sin duda
La crisis ministerial,
Que se va haciendo muy seria,
Le da mucho en que pensar.
Llevemos estos papeles
A las mesas... Aquí hay
Un pico doblado. ¿A ver?
¿Será cosa de entidad...?
Leamos. Alfonso Castro....
¡Qué veo! Es el memorial
De Marta. La misma letra;
El mismo papel: ¡no hay mas!
Pues ¿cómo el marqués...? Veamos
El decreto marginal. (*Lee.*)
« Concedido. » ¡Y su excelencia
Le acaba de desahuciar!
¡Qué sorpresa! ¡Extraño modo
De mostrarme su amistad!
Pero, señor, ¿es posible...?
¿Lo habrá cambiado quizá
Por otro? ¡Qué! no. ¿Y el pico?
Es cosa particular.
Ni siquiera oyó su nombre,
Y ahora... Habrá sido tal
La porfía de la vieja....
Algun empeño eficaz...
Pero en fin mi protegido
Se coloca, tendrá pan
Su familia, y habrá boda,
Y yo seré en el altar
Su padrino... Y siendo así,
¿A qué hilarme con afan
El seso...? Hágase el milagro
Y aunque lo haga Satanás.
(*Entra en la secretaría.*)

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo.—Es de noche.

—

ESCENA PRIMERA.

MARTA, MONZON, PRETENDIENTES.

(*Marta, multitud de viudas y huérfanas y otros dos ó tres pretendientes ocupan la chimenea. Los demás hombres pasean por la sala ó hacen corrillos. Todos charlan á un tiempo, especialmente las mujeres.*)

Monz. ¡Señoras! ¡Por Dios! ¡Silencio!
Este es ya mucho desórden.
Mujer 1ª. ¿Ni aun hablar nos dejarán?

Mujer 2ª ¡Miren el bruto!
Mujer 3ª. ¡El bodoque!
(*Siguen charlando las mujeres.*)
Homb. 1º. Ya veis si tengo servicios.
(*Al segundo, mostrándole sus papeles.*)
Ya veis qué buenos informes.
Aquí certifica el cura,
Aquí cinco regidores,
Aquí el administrador
General de Tras-os-Montes...
Pues si me dan el destino,
Clávenmelo en el cogote.
Homb. 6º. Ya me canso de esperar.
Caballeros, buenas noches. (*Vase.*)
Marta. Si esta noche no cobramos
(*En voz baja á las mujeres.*)
Y seguís mis instrucciones,
Va á haber aquí, sin recurso,
Mostrencos y capirotes.
Oid...
(*Cuchichean con gestos y manoteos expresivos.*)
Homb. 3º. ¿Se trata de nuevo
(*En un corrillo.*)
Ministerio?
Homb. 7º. Sí; no se oye
Otra cosa.
Homb. 3º. ¿Y quiénes son
Los que...?
Homb. 7º. Hay varias opiniones.
Homb. 3º. Hoy han estado terribles
Los diputados á Córtes.
Homb. 7º. La oposicion es compacta.
Homb. 3º. Ha habido interpelaciones.
Homb. 7º. Al paso que de hora en hora
Pierden terreno esos hombres,
El descontento del pueblo
Crece, y las voces que corren
Son para inquietar, y mucho,
A los ministros.
Homb. 4º. Señores,
Portugal está perdido.
No hay que formar ilusiones.
Mientras las cosas no cambien
¿Qué sirve mudar los nombres?
Homb. 3º. Con todo...
Homb. 4º. Nunca saldremos
De galeras y de azotes.

ESCENA II.

FONSECA, MONZON, MARTA, PRETENDIENTES.

Fons. Salud, amigo Monzon.
Monz. Dios os guarde y os corone
De gloria, señor Fonseca.
Fons. Hoy se ha despoblado el orbe
Para haceros la tertulia.
Monz. ¡Oh qué guirigay! Me rompen
La cabeza.
Fons. ¡Cómo charla
La femenina cohorte!
Monz. Muy temprano habeis venido.
Fons. Ya lo veo. Se conoce
Que el marqués no es pretendiente.
Monz. Sentiré que os incomode
El esperar...
Fons. Nada de eso.
Ya sabeis mis aprensiones.
La antesala de un ministro
Me divierte mucho. ¿Dónde
Pudiera pasar el rato
Mejor que aquí?
Monz. Y ese jóven
¿Logrará...?
Fons. ¿Mi chico? ¡Vaya!
El que á buenos aldabones
Se agarra... La condesita,
Aunque bocado de prócer,
Es humana y accesible.
Cum quibus et nostras voces...
Monz. Entiendo.
Fons. Mañana mismo
Recibiré la real órden.
Monz. ¿De veras?
Fons. ¡Toma! Ya el sastre
Está haciendo el uniforme.
Monz. Recibid mi enhorabuena,
Y que mil años la goce...
Fons. Os daré buenas albricias.
Monz. Gracias por tantos favores.
Fons. ¡Coutiño! ¡Vos por acá!
(*Al hombre 1º, apartándose de la mesa del portero.*)
Homb. 1º. Ya lo veis.
Fons. Pues ¿no erais dómine
Allá en el Algarbe...?
Homb. 1º. Sí;
Pero tronaron los monjes
Y tras de ellos la obra pía,
Y me quedé á buenas noches.
Fons. Pedireis colocacion...
Homb. 1º. Un destinillo mediocre.
Tengo pocas esperanzas...
Fons. Yo lograré que os coloquen.
Espero tener en breve
Grande favor en la córte.
Homb. 1º. ¡Ah, señor!
Fons. Ya nos veremos.—
Vuesarcedes me perdonen.
(*A los del corrillo, pasando á la chimenea.*)
Señoras... ¡Oh doña Marta!

¿Qué tal?
Marta. Firme como un roble.
Fons. ¿Un polvito?
(*Sacando la caja.*)
Marta. Venga pues.
(*Lo toma.*)
Fons. A esas señoras, que tomen
(*Dando la caja á Marta, y cada vieja toma un polvo.*)
Si gustan...
Mujer 1ª. ¡Cucarachero!
Mujer 2ª. ¡Qué bien huele!
Fons. (¡Cómo sorben!)
Mujer 5ª. Yo no lo gasto.
Fons. Esta niña
Preferirá unos bombones.
(*Saca la caja de los bombones y obsequia á las jóvenes.*)
Mujer 5ª. Por no despreciar...
Fons. ¿Y vos?
Mujer 6ª. Vaya.
Fons. Son de los mejores.
Mujer 3ª. Yo, sin perjuicio del polvo...
Fons. (Esta es golosa *in utroque.*)
Vos ahora... Vos tambien...
Mujer 7ª. ¡Si ya no hay mas!
Fons. ¡Qué demontre!
Lo siento.
(*Guarda la caja de bombones.*)
Mujer 1ª. Tomad la caja.
(*Le da la del tabaco.*)
Fons. Llena estaba hasta los bordes,
(*A uno de los pretendientes que están sentados.*)
Y tambien vuelve vacía.
Mas ¿qué importa? A poco coste
Gano fama de galante
Y doy un recreo pobre
A la nariz de las viejas
Y al paladar de las jóvenes.
(*Vuelve á encararse con el hombre 1º y habla con él en voz baja. La conversacion se anima otra vez en la chimenea y en los corrillos.*)

ESCENA III.

FONSECA, MONZON, MARTA, PEREIRA, PRETENDIENTES.

Per. Pasad recado al instante
(*Acercándose al portero.*)
Al señor Almeida.
Monz. ¡Bien,
Por cierto! ¿Y quién sois vos? ¿Quién...?
Per. Soy el primo de Violante.
Monz. ¿Y por eso tanto fuero?
Per. Vengo...
Monz. ¿Qué Violante es esa?
¡Vaya, vaya!...
Per. La condesa
Del Rosicler.
Monz. Caballero...
(*Con dulzura y sumision poniéndose en pié.*)
Perdonad... No os conocía...
Voy á llamarle al momento.
Per. (¡Bárbaro!)
Monz. Tomad asiento.
Sentáos por vida mia.
(*Entra en la secretaría.*)

ESCENA IV.

FONSECA, MARTA, PEREIRA, PRETENDIENTES.

Per. Bien estoy. (¡Miren qué listo
Mudó de tono el cerbero!
Si vuelve á hablarme altanero,
Le sacudo, vive Cristo.)
(*Llega paseando adonde está Fonseca, y este le mira.*)
Fons. Perdonad. Yo creo que esa...
Sí; esa cara...
Per. Dios os guarde.
Fons. ¿No estabáis vos esta tarde
En casa de la condesa...?
Per. (¡Catadura extravagante!)
Con efecto; estaba allí...
Fons. ¿Sois de su tertulia?
Per. Sí...
Yo soy primo de Violante.
Fons. (Este será el camarada...)
Si de alguna cosa valgo,
Podeis...
Per. Gracias.
Fons. ¿Sabeis algo
De mi asunto...?
Per. No sé nada.
(*Saliendo al encuentro de Almeida.*)

ESCENA V.

FONSECA, MONZON, ALMEIDA, MARTA, PEREIRA, PRETENDIENTES.

Fons. (¿Habrá zanguango...?)
(*Habla en voz baja con Monzon, que vuelve á su sitio.*)
Per. Salud.
Alm. Servidor.
Per. Vengo afanado
A saber el resultado,
De aquella solicitud.
Alm. ¿Qué solicitud? Hay mil...
Per. Vos debeis tener la mia.
Pido una secretaría
De administracion civil.
Alm. Como hay mas de una vacante,
No sé...
Per. El despacho interesa.
Soy primo de la condesa...,
De la condesa Violante.
Alm. (¡La querida del marqués!)
Per. El marqués, ¡bello sujeto! —
Puso al márgen el decreto :
« Concedido... » Eran las tres.
Alm. (¡Qué oigo!)
Per. Ya veis que me explico.
Ella que la vió, al momento...
Item mas. El documento
Tenia doblado un pico.
Alm. (¡Pecador! ¡Ya no hay recurso!
Bien dije; una trocatinta...
La cosa es ya muy distinta...)
Está bien. Se dará curso...
(¡Y yo que á la pobre viuda
Ya iba á dar el parabien...!)
Per. Mirad que urge...
Alm. Bien; sí..., bien...
(*Distraido.*)
Per. Mañana...
Alm. Sí tal; sin duda...
Per. Vos teneis el negociado.
Alm. Sí.
Per. La instancia ya depende
Tan solo de vos...
Alm. Se entiende.
Per. Yo...
Alm. La del pico doblado.
Id tranquilo. (¡Y es un tonto!)
La tengo clavada aquí.
(*Con la mano en el corazon.*)
Per. ¡Oh!
(*En tono de agradecimiento.*)
Alm. Y como penda de mí,
Se despacha bien y pronto.
Per. Basta. Mi amistad desea
(*Apretándole la mano.*
Manifestaros que soy
Muy. .
Alm. Gracias, gracias... (Me voy
Antes que Marta me vea.)
(*Entra en la secretaría.*)
Per. (Allí está... Sí; aquella es
La farotona de marras.
Vóime huyendo de sus garras.)
Expresiones al marqués.
(*A Monzon con petulancia.*)

ESCENA VI.

MONZON, FONSECA, MARTA, PRETENDIENTES.

Marta. Sí, señora, me la quiso
(*A la viuda que tiene á su lado, á media voz. Todas la oyen con atencion é interés.*)
Seducir.
Mujer 1ª. ¡Qué picardía!
Mujer 2ª. ¡Qué Tarquino!
Marta. Ya se ve,
Como la muchacha es linda...
(*Baja mas la voz y no se la oye.*)
Mujer 3ª. (¡Qué suerte tienen algunas!
Mi Ramona es mas bonita,
¡Y nadie la dice nada!)
Mujer 4ª. ¡Qué horror!
Marta. Pero mi Ramira
Le puso de oro y azul;
Que aunque tierna corderilla
El honor la dió coraje.
Mujer 3ª. ¡Embustes! ¡Gazmoñerías!
(*A la que está á su lado.*)
Marta. Y eso que llegó el *atélite*
Cuando ella estaba solita;
Pero luego...
Una voz dentro. ¡Su excelencia!
(*Suenan mamparas.*)
Monz. ¡Su excelencia!
(*Abriendo la suya.*)
Las mujeres. ¡Arriba! — ¡Arriba!
(*Murmullos, codadas, confusion.*)
Monz. ¡Orden, órden! Abrid paso.
¡Orden! ¡Silencio! En dos filas...
(*Se colocan los pretendientes á ambos lados de la puerta : las mujeres en una fila; los hombres en otra.*)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, MONZON, MARTA, FONSECA, PRETENDIENTES.

El ministro se coloca de pié junto á la chimenea y van llegándose á él los pretendientes.)

Fons. (¡Eh! Le hablaré después que haya
Despachado á esa cuadrilla.)
(*Se separa á un lado y habla aparte con Monzon.*)

Homb. 1°. No desestime vuecencia
(*Entregando al ministro su memorial. Todos hacen á su tiempo lo mismo.*)
Esta súplica. Es la quinta.

Marq. Ya os conozco. No hay vacantes...

Homb. 1°. Sí, señor; una en Coimbra,
De oficial cuarto...

Marq. Está bien.
Como ya no esté provista,
Se os dará.

Homb. 1°. (Fecha atrasada...
Y yo me quedo *per istam.*) (*Vase.*)

Homb. 2°. Señor, cargado estoy ya
De razon y de familia.
Soy cesante...

Marq. ¿Desde cuándo?

Homb. 2°. Un año hará por ceniza.

Marq. Yo no era ministro entonces.
Esa fecha es muy antigua
Para el siglo en que vivimos.

Homb. Me hicieron una injusticia.

Marq. ¿Y yo la he de reparar
Con otra?

Homb. 2°. Yo no decía...

Marq. Tened paciencia. Veremos...—
¿Vos...? (*Al hombre* 3°.)

Homb. 2°. (No hay remedio. ¡Me archiva!) (*Vase.*)

Homb. 3°. Yo soy el recomendado
(*Bajando la voz.*)
Del marqués de Alga-florida...

Marq. ¡Ah! Sí...

Homb. 3°. Me ha dado expresiones
Para vos, y esta esquelita...
(*Se la da.*)

Marq. Dadme... Celebro... (Con este
Es mas fácil la salida.)
Dad un recado al marqués,
Y á los tres ó cuatro dias
Él os dará mi respuesta.

Homb. 3°. Por supuesto...

Marq. (*Negativa.*)
Por supuesto...

Homb. 3°. Dios os guarde. (*Vase.*)

Marq. Abur. (¡A mí con epístolas!)

Homb. 7°. Aquí presento á vuecencia
Este plan...

Marq. ¡Oh! ¿Proyectista?

Homb. 7°. Sí, señor. Soy consumado
En mineralogia y química.

Marq. Sea en buen hora.

Homb. 7°. Y prometo,
Si el gobierno me anticipa
Cuatro millones de réis,
Descubrir en mi provincia...

Marq. ¿Alguna conspiracion?

Homb. 7°. Un venero de platina.

Marq. ¿Y pedís cuatro millones
De réis?

Homb. 7°. ¡Oh! Se necesitan
Para las primeras obras...

Marq. (No valdrá tanto la mina...
Si la encuentra.) Os llamaré
Cuando haya en tesorería
Fondos sobrantes. (Primero
Se comerá la polilla
Tu proyecto.)

Homb. 7°. Sin embargo,
Pase vuecencia la vista
Por ese escrito, y verá
Las brillantes teorías...

Marq. Yo estoy por lo positivo.

Homb. 7°. Pero...

Marq. ¡Oh Dios! ¡Qué pesadilla!
(*Entre dientes.*)

Homb. 7°. Yo haré...

Marq. Hay otros esperando,
Y aquí no estais de visita.
Permitid...

Homb. 7°. (¡Por no escucharme
Se pierde la monarquía!) (*Vase.*)

Homb. 8°. No quiero ser importuno,
Que vuecencia está de prisa.
Ahí está mi memorial.
Obre vuecencia en justicia,
Y ¡salud! (*Vase.*)

Marq. (Le atenderé.
(*Doblando el memorial.*)
Su franqueza me cautiva.)

Homb. 9°. Si vuecencia no me emplea...
(*Con tono de amenaza.*)

Marq. ¡Cómo!...

Homb. 9°. No me ando en chiquitas. —
Me pego un tiro. (*Vase.*)

Marq. (¡Demonio!
Pero, en fin, peor sería
Que me lo pegase á mí.)

Homb. 5°. Señor, yo soy periodista...
Marq. Sí; ya me consta...
Homb. 4°. Y acérrimo
Defensor de las doctrinas
Del ministerio.
Marq. Lo mismo
Al de antaño defendiais.
Homb. 5°. Es verdad, mas cura el tiempo
Los yerros de la política.
Marq. ¿Qué quereis?
Homb. 5°. Un sueldecito...
La suscripcion es mezquina...
Marq. Justo castigo de Dios
Al crímen de apostasía.
Homb. 5°. ¿Y sois vos quien lo decís?
¡Ingratitud inaudita!
Marq. No quiero camaleones.
Homb. 5°. Pues os haré la mas rígida
Oposicion...
Marq. No os creerán.
Homb. 5°. Mojaré en sangre, no en tinta,
Mi pluma. (*Vase.*)
Marq. Es arma embotada
Que ya ni corta ni pincha.
Homb. 4°. Yo, señor, aunque cesante,
No tengo horror á la vida
Como el otro majadero
Que iba á hacer la tontería
De matarse. Haced de modo
Que yo vuelva á mi oficina,
O desde hoy soy comensal
De vuecelencia ilustrísima.
Marq. No como en casa.
Homb. 4°. No importa.
Yo os sabré seguir la pista,
Y vos que sois tan galante
No me hareis la grosería
De rehusarme un cubierto.
Marq. ¡La ocurrencia es peregrina!
Nuevo modo de sitiar
Por hambre.
Homb. 4°. Mi artillería
Es esa.
Marq. A tal embestir
No hay plaza que no se rinda.
Id con Dios. Mañana mismo
Cesará la cesantía.
(*Vase el hombre* 4°.)
Marq. Vos, señora...
(*A la mujer* 1ª.)
Mujer 1ª. Yo no traigo
Memorial, ni estas amigas
Tampoco. Viudas y huérfanas,
Todas una cosa misma
Pedimos: dinero, pan;
Y pues nos sobra justicia,
No pidais mas expediente
Que estas caras afligidas.
Mujer 2ª. Diez y ocho meses nos deben.
Mujer 3ª. Tened de estas pobrecitas
Compasion...
Mujer 4ª. ¡Una mesada!
Todas. ¡Piedad! ¡Piedad!
Marq. Pero, hijas.
Si no hay fondos... Un poquito
De paciencia. Me lastima
Vuestra suerte, pero...
Mujer 3ª. Vamos,
Que si poneis vuestra firma...
Marq. ¿Qué importa que yo la ponga
Si están las arcas vacías?
Mujer 4ª. ¡Señor!...
Marta. ¡Basta, sexo débil!
(*Con acento grave y varonil.*)
Esas lágrimas me irritan.
Marq. ¿Eh? ¿Quién es ese insolente...?
(*Encarándose hácia donde suena la voz.*)
Marta. Yo.
Marq. (¡Marta! Dios nos asista.)
Marta. No supliqueis á un tirano.
¡Valor! ¡Constancia! ¡Energía!
Mujer 4ª. Tiene razon. ¡Que nos paguen!
Todas. ¡Que nos paguen!
Fons. ¡Como gritan!
Marq. ¡Silencio! No me obligueis...
Todas. ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!
Fons. ¡Qué sarracina!
Marq. Yo hablaré con el ministro
De Hacienda...
Mujer 2ª. ¡Excusas!...
Marta. ¡Mentiras!
Unas. ¡Pan! ¡Pan!
Otras. ¡Que nos matan de hambre!

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, FONSECA, MONZON, MARTA, MUJERES, SOUZA, OFICIALES, ESCRIBIENTES, PORTEROS.

Marq. ¡Despejad!
Marta. ¡Así, hijas mias!
Firmes... y ¡viva el escándalo!
Marq. ¡Echad á esa foragida!
Llevadla á una cárcel...
(*Los porteros se disponen á obedecer, y el arrojo de Marta los detiene.*)
Marta. ¡No!
Primero han de hacerme trizas.
Defendedme, compañeras.
No abandoneis á esta víctima

De la castidad... filial.

Mujer 1ª. ¿Y quién tendrá la osadía
De poner cobardes manos
Sobre ancianas desvalidas?

Marta. ¡Que vengan! Uñas tenemos
Y dientes de hambre canina.

Unas. ¡Guerra!

Otras. ¡Dinero!

Otras. ¡Socorro!

Marq. ¡Basta!

Mujer 1ª. O no salimos vivas,
O nos pagan.

Marq. Bien. Mañana,
Aunque venda mi bajilla.

Marta. ¡Hoy ha de ser!

Todas. ¡Hoy!

Souza. ¡Señoras!

Fons. Por las ánimas benditas...

Monz. Corred; llamad á la guardia.
(*A un portero.*)

(*Vase el portero. Todos procuran aplacar á las mujeres.*)

Marq. (¿Por dónde me escaparía...?)
(*Yéndose.*)

Mujer 6ª. ¡Que se va!

Mujer 2ª. ¡Guerra!

Marta. ¡Arañadle...!

(*Las mujeres se disponen á la embestida sin poderlas contener los hombres. Fonseca da un salto y se pone al lado del marqués.*)

Fons. A defenderos me obliga
La gratitud. ¡Alto ahí!
(*Su grito restablece el silencio.*)
¿Sois mujeres, ó sois víboras?
El marqués está inocente,
Que no es ave de rapiña.
(*Murmullo sordo de las mujeres.*)

Marq. (¡Oh qué idea!) Yo deseo
Dar remedio á vuestras cuitas,
Pero el nuevo pagador
Es un hebreo agiotista,
Y aunque reciba dinero
Para las clases pasivas,
Yo recelo...

Mujer 1ª. ¡Se lo come!

Varias muj. ¡Nuestra sangre!

Otras. ¡Nuestra vida!

Marq. Ahora bien; ¿es el ministro
Quien merece esa ojeriza,
O el pagador... que no paga?

Todas. ¡El pagador!

Marq. Pues, malditas,
(*Mostrando á Fonseca.*)
Ahí teneis al pagador.
Saciad en él vuestras iras.

(*Las mujeres embisten á Fonseca, y aprovechando la ocasion entra rápidamente el marqués en su despacho. Los oficiales, porteros, etc., todos rien, á excepcion de Fonseca y Monzon. Llegan el sargento y ocho soldados.*)

ESCENA IX.

FONSECA, MONZON, MARTA, MUJERES, SOUZA, OFICIALES, ESCRIBIENTES, PORTEROS, EL SARGENTO, SOLDADOS.

Fons. ¡Embuste!

Mujeres. ¡Traidor!

Otras. ¡A él!

Fons. ¡Soldados!... ¡Monzon!... ¡Arpías!

Monz. Dejadle, que está inocente.

Sarg. ¡Apartad!

(*La guardia pone en salvo á Fonseca y separa no sin trabajo á las mujeres.*)

Fons. ¡Vaya una risa
(*A los oficinistas, que siguen riéndose.*)
Impertinente y bestial,
Que me da dolor de tripas!
(*Se redoblan las carcajadas.*)

Mujer 5ª. ¡El que nos daba bombones!

Fons. ¡Y así me pagais, inicuas!

Mujeres. ¡Perro...!

(*Queriendo acometer de nuevo á Fonseca.*)

Souza. Haced vuestro deber,
Sargento.

Fons. ¡Y á la oficina
Los bufones, ó desnuco
Al primero que se ria!

Sarg. ¡Afuera!

Souza. ¡Adentro!

(*A los de la secretaría, y todos entran en ella siguiendo á Souza.*)

Mujeres. ¡Sayones!
(*A los soldados.*)

Marta. ¡Oh atrocidad! ¡Oh ignominia!
(*Con tono declamatorio.*)
Esas armas que la patria,
Ciudadanos, os confia
Para amparar á los débiles
Contra tiranos califas,
¿Las volveis contra nosotras
Y equivocais la consigna?
¡Defendednos! ¡Rebeláos!
¡La constitucion peligra!
¡La patria se hunde!

Sarg. ¡Ea, basta!

¡Afuera! Aquí no se chilla.
Monz. ¡Afuera!
Fons. ¡Vayan á hilar!
Sarg. ¡Calen... arr!
(*Los soldados calan bayoneta.*)
Mujeres. ¡Vírgen santísima!
(*Huyendo.*)
Mujer 5ª. ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!
Otras. ¡Huyamos!
Otras. ¡Por Dios!
Marta. ¡Gallinas!
¡Dejarme sola! Mal haya
Quien de mujeres se fia.

ESCENA X.

MONZON, FONSECA.

Fons. ¡Gracias á Dios! ¡Qué garduñas!
¡Y á mí, que soy una malva...!
Si el sargento no me salva,
Hoy espiro entre sus uñas.
Monz. ¡Qué furias! ¡Qué rebelion!
Sabe Dios que lo sentí
Cual si hubiera sido á mí.
Fons. Un poco menos, Monzon.
Mas yo, que mi propia renta
No administro, ¡pagador
Del ministerio! ¡Qué horror!
El marqués me dará cuenta...
Monz. Ya veis; en apuro tal...
Fons. ¡Conmigo inocente pega
Y al brazo seglar me entrega
De una legion infernal!
Monz. Ha sido una chanza.
Fons. ¿Chanza?
No: sino atroz despotismo...
Monz. No os conoce...
Fons. Por lo mismo
Choca mas la confianza.
Monz. Ya os dará satisfaccion...
Fons. Si no estuviera al despacho
El destino del muchacho,
Le juro...

ESCENA XI.

FONSECA, MONZON, MARTIN.

Mart. ¡Monzon!... ¡Monzon!
(*Entra acelerado.*)
Monz. Sudas..., corres como un gamo...
¿Qué ocurre...?
Mart. Voces tremendas...
Hay grupos... Cierran las tiendas...
Fons. ¿Jarana?
Mart. ¿Dónde está mi amo?
Monz. En su despacho.
Mart. Entro pues,
Que quizá no sabe nada.

ESCENA XII.

FONSECA, MONZON.

Monz. ¡Nos faltaba una asonada
Para fin del entremés!
(*Se asoma al balcon.*)
Fons. Y en una noche tan fresca
¿Qué diabólico proyecto...?
Monz. Venid.
(*Se asoma Fonseca.*)
¿Oís?
Fons. Con efecto,
Se oye á lo lejos la gresca...
Yo me marcho, que esto es serio.
Monz. Esperad...
Fons. Cuando hay bullangas,
Monzon, no se cogen gangas
En donde está el ministerio.
Adios. Guardemos el bulto...
Cerca voy.
Monz. ¡Triste de mí!
Fons. Yo volveré por aquí
Si se apacigua el tumulto.
Monz. Ya sale Martin.

ESCENA XIII.

MONZON, MARTIN, EL MARQUÉS.

Monz. ¿Qué ha dicho?
Mart. ¡Nada! ¡Se rie!
Marq. Martin.
(*Saliendo de su despacho con un pliego.*)
Monz. (¡Reirse cuando hay motin!
Vaya, que es raro capricho.)
Marq. A la condesa este pliego,
Volando.
Mart. Estará asustada...
Marq. ¡Ba! Dila que eso no es nada.
Mart. Bien.
Marq. Que duerma con sosiego.

ESCENA XIV.

MONZON, EL MARQUÉS.

(*Oyese vocear confusamente á lo lejos.*)

Monz. ¡Señor! ¿No oís el bullicio?
Si aquí la chusma se encaja...
Marq. (El baron es una alhaja.)
Monz. ¡Jesus, qué dia de juicio!
Ved que cunde el movimiento
Por las calles y las plazas.
Mirad... Eso tiene trazas...
Marq. ¿De qué?
Monz. ¡De un *pronunciamiento!*
(*Acuden azorados Almeida, Souza y demás oficiales y dependientes.*)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS, MONZON, ALMEIDA, SOUZA, OFICIALES, ESCRIBIENTES, PORTEROS.

Todos. ¡Señor!...
Marq. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?
(*Enojado.*)
Alm. ¿No sabeis la novedad...?
Se amotina la ciudad...
Marq. ¿Y qué? ¡Todos á su puesto!
No os asuste la canalla
Pagada por don Miguel,
Que la guarnicion es fiel
Y hay repuesto de metralla.
Alm. Pero, señor, yo contemplo...
Marq. No hay contemplacion que valga.
¡A trabajar! Nadie salga;
Nadie. Yo os doy el ejemplo.
(*Se vuelven por donde vinieron, murmurando unos entre sí, y otros encogiéndose de hombros.*)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS, MONZON.

(*Se oye mucho mas cerca el tumulto y algunos tiros.*)

Monz. ¡Un tiro! ¡El cielo nos traiga
A puerto de salvacion!
¡Escuchad...!
Voces. ¡Traicion! — ¡Traicion!
(*Dentro.*)
Otras. ¡Caiga el ministerio! — ¡Caiga!
Monz. Se va á hundir el hemisferio.
El pueblo está encarnizado...
Marq. (Esto ya no es lo tratado.)
Voces. ¡Caiga, caiga el ministerio!
(*Dentro.*)
Marq. (Pero el baron ¿á qué espera...?
No sé qué pensar...)
Monz. ¡Qué infierno!
Mujeres. ¡Libertad! ¡Muera el gobierno!
(*Dentro.*)
¡Caiga el ministerio!
Homb. y Muj. ¡Muera!
(*Dentro.*)
Monz. ¿Tambien entran en la danza
Mujeres? ¡Ay, san Fulgencio!
(*Cesan de pronto los tiros y los gritos.*)
Marq. ¡Qué repentino silencio!
(Recobremos la esperanza.)
Monz. No os fieis porque han callado.
Harto será que esa calma
No anuncie, marqués de mi alma,
Un horroroso nublado.
Marq. (¡Bien! Ha triunfado el baron,
(*Después de una breve pausa.*)
Y la chusma fugitiva...)
Voces. ¡Que viva la reina! — ¡Viva! —
(*Dentro, mas distantes. Las últimas se perciben apenas.*)
¡Viva la constitucion! —
¡Viva! — ¡Viva!...
Monz. ¡Que me place!
Eso ya tiene otra cara.
Pero, señor, ¿quien pensara
Que tan feliz desenlace...?
Marq. Dadme sombrero y baston.
(*A Monzon, y este entra en el despacho del ministro.*)
Ya la frente alzo serena.
Voy á dar la enhorabuena
A su majestad...

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS, EL BARON.

Marq. ¡Baron!
(*Dándole la mano.*)
Decidme...
Baron. Todo está en calma.
Marq. ¡Cuánto os debo!
Baron. No, señor;

A mí, nada...
Marq. Este favor
Vivirá eterno en mi alma.
Baron. Perdonad : yo no os oculto,
Marqués, lo que ha sucedido.
Marq. Pues decid...
Baron. La reina ha sido
Quien ha aplacado el tumulto.
Marq. ¡Eh! Reservad la modestia
Para el lenguaje de oficio,
Mientras yo os premio el servicio...
Baron. No os tomeis esa molestia.
(*Vuelve el portero con el sombrero y el baston, y los toma el marqués.*)
Marq. ¡Cómo...!
Baron. La reina, os repito,
Lo ha hecho todo, y satisfecho
El pueblo...
Marq. Pero ¿qué ha hecho?
Baron. ¡Qué! ¿no escuchásteis el grito...?
Marq. El coche.
(*A Monzon, y este sale por la puerta de la derecha.*)
Hablad sin misterio.
(*Al baron.*)
Baron. Viendo que el actual no gusta,
Promete María augusta
Nombrar otro ministerio.
Marq. ¿Qué decís? ¿No armásteis vos
El motin...?
Baron. (Ya está convulso.)
Sí; pero dado el impulso...
¿Qué os diré? ¡Estaba de Dios!...
Marq. ¡Del diablo!
Baron. Tomó otro rumbo
El popular somaten,
Y mi plan...
Marq. ¡Estamos bien!
Creí triunfar, ¡y sucumbo!
Baron. No temais. En el portal
Segura escolta os espera,
Por si hay algun calavera...
Marq. Mas ¿qué accidente fatal...?
Baron. Se hizo demasiado serio
El tumulto popular.
Dieron todos en gritar :
« ¡Caiga, caiga el ministerio!...
Marq. ¡Oh!...
Baron. ¡Y allí fué la de Dios
Cuando ví llegar un grupo
De viejas, y el pueblo supo
Que se quejaban de vos!
Marq. ¡Ah! ¡Las viudas!...
Baron. Desde entonces
Ya no hubo freno ni valla;
Ya era inútil la metralla,
Y los sables, y los bronces.
Mas de cien mil insurgentes...
Marq. ¡Nuevo ministerio!
Baron. Sí.
La reina lo ha dicho.
Marq. ¡Así
Me sirven mis dependientes!
Baron. ¡Si estais desacreditado...!
Ya lo dije acá *inter nos.*
Y en fin, yo no os sirvo á vos;
Sino á la reina, al Estado.
Marq. ¡Qué audacia! Su majestad
Sabrá de mi boca quien
Sirve mal y sirve bien.
Vuelo á sus piés...
Baron. Escuchad.
Bueno será que de paso
Lleveis vuestra dimision.
Marq. Eso no. Tengo teson.
Ni la reina haría caso...
Baron. En colchon de plumas lleno
Podeis caer si me oís;
Pero si vos preferís
Caer sobre duro..., ¡bueno!
Marq. ¿A quién fia la Corona
La formacion de ese nuevo
Gabinete?
Baron. No me atrevo...
Marq. ¡Vaya!
Baron. A mi indigna persona.
Marq. ¡Ah! ¿Luego habeis conspirado
Por vuestra cuenta esta noche?
¡Qué horror!
Monz. Os espera el coche.
(*Entrando.*)
(*Se queda á una distancia respectuosa.*]
Baron. Nunca lo ajeno he jugado.
Marq. ¿Y teneis la presuncion
(*A media voz, y el baron contesta del mismo modo.*)
De suplantarme...?
Baron. Así es.
Todos tenemos, marqués,
Nuestro poco de ambicion;
Y sería un desatino
Con honores de simpleza
Arriesgar yo mi cabeza
Por laurear la del vecino.
Marq. Muy pronto cantais victoria.
De vuestro orgullo me rio,
Que en la rectitud confio
De María de la Gloria.
Guarde Dios al arrogante;
Al de la alta policía.
(*Yéndose. Monzon le abre la mampara.*)
Mañana será otro dia.
Baron. (Mañana serás cesante.)

ESCENA XVIII.

EL BARON, MONZON.

Baron. (¡Tanto amor á la poltrona!
Tendrá en la mano el decreto
De destitucion airada,
Y el pobre no ha de creerlo
Todavía. — Pero yo,
Que le critico severo,
Tras de haberle derribado
Sin reparar en los medios,
¿Tendré menos aficion
A las riendas del gobierno?
¿Las empuño por ventura
Todavía? Otro mas diestro
Se pudiera aprovechar
De mi afan y mis desvelos. —
¡Ah! Volvamos á palacio.
Son preciosos los momentos.)
(*Vase por la puerta de la derecha sin cuidarse de Fonseca, que entra por ella al mismo tiempo y le hace reverencias.*)

ESCENA XIX.

FONSECA, MONZON.

Monz. ¿De cuándo acá saludais
Con tan profundo respeto
Al baron...?
Fons. Pues ¿no sabeis
Lo que sabe todo el pueblo?
Monz. ¿Qué hay?...
Fons. Es el hombre del dia.
Monz. ¡El hombre del dia!
Fons. Miento.
Es el hombre de la noche.
Monz. ¡Qué escucho!
Fons. Está en candelero.
Tendrá plaza, de seguro,
En el gabinete nuevo.
Yo lo sé de buena tinta.
Monz. Con que ¿cayó el ministerio?
Fons. Sí. ¡Y un portero mayor
No lo sabe! Eso es ya viejo.
Monz. ¡Voto á brios Baco!...
Fons. Mañana
Será tal vez jefe vuestro.
Monz. ¡Pecador que no le abrí
La mampara! Y aun por eso
Al salir de aquí el marqués
Llevaba tan agrio el gesto,
Y el baron se sonreía...
Mas como hablaban tan quedo...
¡Qué diablo...! ¿Con que otro jefe?
Cero, y van mil y doscientos.
Fons. Harto me pesa, que ya
Solté parte del dinero,
Y el empleo del muchacho
Se me va á volver, lo temo,
Agua de cerrajas.
Monz. No;
Que si aprovechais el tiempo
Aun os queda una esperanza.
Fons. ¿Qué esperanza?
Monz. El testamento.
Fons. Decís bien. Por esta noche
Aun tiene vida el enfermo.
Monz. Pues.
Fons. Y además, los ministros
Son hombres de privilegio
Que siempre mueren en gracia...
Y testan después de muertos.

ACTO QUINTO.

La decoracion del acto tercero.

—

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

(*Entrando.*)

¡Ni un portero para abrirme
La mampara! ¡Qué insolente
Canalla ruin! No lo extraño.
Ya por cesante me tienen,
Y con el nuevo ministro
Temerán comprometerse.
Yo les juro que si logro
Afirmarme en el bufete...
Y quizá... ¿Quién sabe...? Anoche
Me recibió como suele
La reina, muy afectuosa,
Y aunque puse reverente
Mi dimision á sus piés,
Puede ser que no la acepte.
En el Diario oficial
Ningun decreto aparece,
Ni un solo renglon que anuncie
Mudanza de gabinete.
De crisis mas apuradas
Ha salido muchas veces
Sano y salvo un ministerio,

Y aunque hay síntomas de muerte,
No desespero...

ESCENA II.

EL MARQUÉS, MARTIN.

Mart. Señor...
(*Con un impreso en la mano.*)
Marq. ¿Qué traes? ¿Qué papel es ese?
Mart. El suplemento al Diario
Del Gobierno...
Marq. (Mal me huele.)
Dame acá. — « Reales decretos... »
(*Leyendo.*)
Aquí yace el presidente
(*Continúa leyendo para sí y hablando alternativamente.*)
Del consejo. — Aquí el ministro
De la guerra. — Este otro *requiem*,
Para el ministro de hacienda. —
Aquí sigue... — El mio es este.
Em... Em... Em... « Su quebrantada
Salud... » ¡ Pues, sí, lo de siempre!
Jamás me sentí mejor; —
Esto es, corporalmente.
En cuanto á salud política
Estoy para que me entierren. —
« Quedando muy satisfecha
De su lealtad y eminentes
Servicios... » ¡Lindo epigrama,
Linda música celeste,
Y linda ayuda de costa
Para el que todo lo pierde! —
Veamos qué sucesor
Me nombra. — ¡ El baron!... ¡Aleve!
Mart. Si algo os puede consolar,
Señor, en trance tan fuerte,
Una noticia os daré...
Marq. ¿Qué noticia? ¿Se conmueven
(*Con viveza.*)
Las masas? ¿Hay reaccion?
Mart. No; todo el mundo está alegre
Y tranquilo. La noticia
Es mas casera. Se entiende...
Marq. Acaba.
Mart. Anoche, poco antes
Que se agitara la plebe,
Viendo entrar en una casa
Al osado mozalbete,
Novio, hermano, ó lo que sea,
De aquella niña rebelde,
Al que dió tan mal despacho
A mi embajada solemne,
Me escurro á la policía,
Vuelvo con cuatro corchetes,
Y doy con él en la cárcel.
¡Que nos la eche de valiente
Ahora!
Marq. Eso es una infamia
Que mi opinion compromete.
Mart. Señor, yo creí servir
A vuecencia...
Marq. De esa suerte
No quiero yo que me sirvan.
No acostumbro á que me venguen
Esbirros y carceleros
De un rival, sea quien fuere.
Mart. Sea mia la venganza.
No es necesario que suene
Vuecencia. Yo soy plebeyo,
Y me quejaré á los jueces...
Marq. Tú ¿de qué?
Mart. ¡ Buena pregunta!
¿Pues no me hartó de cachetes
Y puntapiés? ¿No es milagro
Que aun tenga en la boca dientes?
Marq. Eso no puede injuriar
A villanos tan soeces
Como tú.
Mart. Ya...; no me injuria...;
Es verdad..., pero me duele.
Marq. ¡Cobarde animal!... Volando,
A desdecirte, y que suelten
Al preso.
Mart. Señor, yo siento...
Marq. Vete; ó ¡vive el cielo...! Vete.

ESCENA III.

EL MARQUÉS, MONZON.

Marq. ¡Todo el mundo contra mí!
Hasta ese bruto me vende
Con su celo temerario.
¿Quién le mandaba...? ¡Parece
Que lo hace el diablo!
Monz. Este pliego
(*Entrando.*)
Para...
Marq. Démelo, y despeje.
Monz. Tome ucencia. (¡Ya no es nadie,
Y aun la está echando de jefe!)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

(*Rompe el sobre, y lee para sí rápidamente.*)

¡Pues! El mismo real decreto.
¿Para qué tantos papeles?
El suplemento bastaba.
¡Qué empeño de que me entere...!
¡Eh! Son golpes de fortuna...
Paciencia. — ¿Seré tan débil
Que al soltar el cartapacio
Me aflija y me desespere?
¡Hay ya tantos camaradas!
Esa carrera es tan breve
Que debo maravillarme
De haber durado seis meses.
Si el mandar tiene atractivos,
Tambien tiene inconvenientes;
Y pues todo es ilusion,
Y los vientos van y vuelven,
Mirándolo á sangre fria
Y filosóficamente,
De un ministro á un ex-ministro
¿Qué va? Una e y una x.—
Ahora bien; antes que venga
(*Sentándose.*)
El baron y nos releve,
Hagamos el codicilo
De costumbre. — ¿Qué hay pendiente?
(*Recapacitando.*)
Se reemplazó al director...
Aquel Fonseca ya tiene
El despacho en su poder...
¡Por vida...! Lo mas urgente
Se quedaba en el tintero.
Aun están sin proveerse
Las plazas de secretarios...
Pondré en lista á los clientes.—
El yerno de mi nodriza...
(*Consultando apuntes.*)
Sí, que es hermano de leche
Como quien dice.
(*Escribe los nombres.*)
Juan Robres.—
Aquí tengo este billete
Del embajador inglés.
¿Quién desaira á los ingleses?
¡Y en Portugal! — Luis Moreira. —
El tercero, Ambrosio Mendez. —
Quedan dos. Una, al hermano
De la vecina de enfrente. —
Pedro Cascaes. — La otra...
Es razon que se reserve
Para el primo de Violante.
Quitémonos ese duende
De encima. Y... ¿cómo se llama?
¡Voto va al chápiro verde!...
No lo sé. — Su memorial...
(*Recorriendo papeles.*)
¿Por dónde...? Almeida lo tiene.
(*Toca la campanilla.*)
Él dirá...

ESCENA V.

EL MARQUÉS, MONZON.

Marq. Al señor Almeida
Que venga inmediatamente.
Monz. No está.
Marq. Pues á otro oficial.
Monz. No hay ninguno. Todos vienen
Mas tarde...
Marq. Teneis razon.
(*Mirando el reloj.*)
Son las doce menos veinte...
Monz. ¡Pues! Ya veis...
Marq. Yo he madrugado.
Monz. (¡Oh! No hay cosa que desvele
Como una destitucion.)
Marq. (Es tarde; el tiempo se pierde.
Yo tengo que despedirme
De la reina. Mis deberes
De súbdito y caballero
Lo exigen. Tengo papeles
En su despacho... Y... ¿quién sabe...?
Si acierto á estar elocuente...
Aun es tiempo. Si á lo menos,
Ya que yo no recupere
La silla ministerial,
Consigo que no la herede
Ese pérfido...) Esperáos.
(*A Monzon, que se retiraba.*)
(A fuer de buen pretendiente,
Ya habrá hablado con Almeida
El tal primo. Lo mas breve
Es escribir... (*Escribe.*)
« Para el primo
De Violante. » — Y por apéndice...
(*Escribe.*)
« El del memorial doblado
Por el pico. » ¡Lindamente!)
(*Pone un sobre á lo que ha escrito.*)
Monz. (¿Qué hará, que escribe y cavila,
Y... ¡Ba! ¿Qué ha de hacer? Pasteles.)

Marq. (Ahora por la puerta falsa,
(*De pié y tomando sombrero y baston.*)
No haga el diablo que me encuentre
Al baron...) — Para el señor
(*A Monzon dándole el pliego.*)
Almeida. Luego. Es urgente.

ESCENA VI.

MONZON.

Ya ni sabe dónde pisa.
Mucho es que da con la puerta.
Se aturde, se desconcierta...
El pliego no corre prisa.
Ni aun á mandar un muchacho
Casa de Almeida me atrevo
Hoy que esperamos al nuevo
Secretario del despacho.
Con toda mi comitiva
Le he de saludar galante.
Primero es que la cesante
La autoridad efectiva.
Y nadie lo extrañará,
Porque mi conducta explica
Que el que viene gratifica
Y maldice el que se va.
(*Entra Almeida.*)
Mas ¿quién entra? Almeida. Bien.

ESCENA VII.

ALMEIDA, MONZON.

Alm. ¿Ha venido el jefe?
Monz. Debo
Suponer que hablais del nuevo
Para darle el parabien.
Alm. Uno solo tengo yo;
Lo es el marqués todavía,
Y á ver al marqués venía.
Monz. Ya. Pues el marqués salió...
Alm. Muy bien.
Monz. Dejando este pliego
Que ha escrito muy azorado,
Y en mano propia me ha dado,
Y en propia mano os entrego.

ESCENA VIII.

ALMEIDA.

Veamos de qué se trata.
(*Abriendo el pliego.*)
De alguna disposicion
Testamentaria...
(*Lee para sí rápidamente.*)
¿No digo?
Ya se sabe; es de rigor.
Los nombramientos me manda
Extender sin dilacion
De aquellas secretarías
Que vacaban. Uno, dos...
Cinco son los agraciados
Y cinco las plazas son.
¡El pobre Castro!... En su apoyo
Alcé sin fruto la voz. —
¡Pues! Todos son paniaguados...
(*Recorriendo la lista.*)
¿Qué dice en este renglon? —
« Quinto. — El primo de Violante. »
(*Leyendo.*)
No fué vano mi temor. —
« El del memorial doblado
(*Volviendo á leer.*)
Por el pico. » — Ya, ya estoy...
Mas ¿cómo se llama ese hombre?
Que á esta hora no lo sé yo.
Y el marqués, por lo que veo,
Tambien lo ignora. ¡Por Dios,
Que estamos medrados! ¿Quién
Me dará ahora razon
De su nombre? ¡Tanto pueden
La intriguilla y el favor,
Que logra un *quidam* anónimo
Lo que un buen patricio no!
¿Quién me alumbra en este cáos?
¡Por vida del gran Mogol!...
Que Violante tiene un primo
Y es el que anoche me habló,
Es evidente, y tambien
Que la Violante en cuestion
Es dama de su excelencia.
Tantas razones en pro...
¡Pero el nombre...! Poco á poco.
Si en lugar de ese bribon
Yo empleara al pobre Castro
Que ha dias lo mereció...
La instancia recomendada
¿No es de Castro? Sí, señor.
Luego si á Castro coloco
Obediente al jefe soy. —
Mas lo de primo y Violante
Está claro como el sol.

Y la conciencia me dice
Que ha habido aquí algun error. —
Lo malo es que apura el tiempo,
Y si pierdo esta ocasion...
¡Qué diablo! El marqués se va,
Y no es crímen tan atroz,
Siendo póstuma la órden,
Glosarla á mi gusto yo.
Como consiga cubrir
El expediente por hoy...
¡Ah, qué idea! Doña Marta,
Que ripio nunca perdió,
Para contarle sus cuitas
Está esperando al baron.
La llamaré. — ¡Doña Marta!
(*Desde la puerta.*)
Venid, venid.
Marta. Allá voy. (*Dentro.*)

ESCENA IX.

ALMEIDA, MARTA.

Marta. ¿Leísteis el suplemento...?
Alm. Sí.
Marta. ¡Qué gusto! Ya cayó...
Alm. No hablemos de eso, señora.
Escuchad. ¿Conoceis vos
A la familia de Castro?
Marta. Mucho. Su padre nació...
Alm. ¿Tiene primos?
Marta. Cuatro ó cinco...;
Sí; cuatro hembras y un varon.
Alm. Nombradlos.
Marta. Roque...
Alm. Las hembras.
Marta. Mariquita de la O,
Juana, Rosa y Petronila.
Alm. ¡Eh! Por las cuatro no doy
Un chícharo.
Marta. Perdonad.
Todas son como una flor.
Alm. Otras, otras, aunque sean
Tan remotas, que veloz
No pueda alcanzar un galgo
El parentesco.
Marta. Leonor...
Alm. No me sirve.
Marta. ¿Qué locura
Os ha dado? Acá *inter nos*,
¿Quereis casaros...?
Alm. ¿No hay mas?
(*Impaciente.*)
Marta. ¡Vaya, que es rara aprension!
No recuerdo... ¡Ah! Sí; su tia
La cónsula del Ferrol
Tiene dos niñas; Violante...
Alm. Basta.
Marta. Y Cármen...
Alm. Basta. Adios.
Recibid mi parabien.
Marta. Pero ¿de qué?
Alm. Loco estoy
De contento.
(*Dentro ruido de mamparas.*)
Una voz. ¡Su excelencia!
(*Dentro.*)
Alm. Idos. Ya está aquí el baron.
(*Corriendo hácia la secretaría.*)
Marta. Mejor. Aquí le hablaré...
Alm. Pero...
Marta. ¡Nada! No me voy.
(*Almeida entra en la secretaría. Marta se retira á un lado.*)

ESCENA X.

EL BARON, MARTA.

Baron. ¡No ha venido mi glorioso
Predecesor todavía!... —
¿Quién sois vos, señora mia,
(*Viendo á Marta.*)
Que entrais á roso y velloso...?
Marta. Viendo la antesala llena,
¿Qué hago? Me escurro... Aquí estoy;
Y así la primera soy
En daros la enhorabuena.
Baron. Muchas gracias; pero ahora...
Marta. Yo soy una pobre viuda,
Y si ucencia no me ayuda...
Baron. Pero aun no es tiempo, señora...
Antes de instalarme aquí
Y de tomar posesion
Del ministerio, ¿es razon
Que vos la tomeis de mí?
Marta. Señor, el hambre me hostiga.
Ya veis; sin cobrar un mes
En año y medio... El marqués,
Ese hombre que Dios maldiga...
Baron. Si aspirais á mi favor
No me hableis de nadie mal.
Yo no vengo á ser fiscal
Del ministro antecesor.
(*Dentro sollozos de mujer y rumor confuso.*)
Marta. Mas si yo me enciendo en ira,
Motivo me sobra y mucho...
Baron. ¿Qué es esto? ¡Llantos...!
Marta. ¿Qué escucho?

¿No es la voz de mi Ramira?
Baron. ¿Quién grita? ¿Qué es eso?
(*Toca la campanilla y acude Monzon.*)
Marta. ¡Ah!
Monz. La hija de esa señora...
Por ella pregunta, llora...
Ram. ¡Venganza! ¡Favor! ¡Mamá!
(*Dentro.*)
Marta. ¡En mi alma resuena el grito!
(*Dirigiéndose á la puerta.*)
Baron. Que entre esa jóven.
Monz. Entrad.
(*A la puerta.*)

ESCENA XI.

EL BARON, MARTA, RAMIRA.

Ram. ¡Qué infamia! ¡Qué iniquidad!
Marta. ¡Oh! ¿Se consumó el delito?
(*Con terror.*)
¡Feroz marqués! Hoy le arrastro.
Ram. No le he visto.
Marta. ¡Ay perla mia!
Pues ¿qué hay?
Ram. Que la policía
Ha preso á mi novio.
Marta. ¡A Castro!
¿Cuándo?
Ram. Anoche. ¡Pobrecito!
Baron. ¡Ah! Ya sé...
Ram. Sin mas ni mas
Le cogieron cuatro, y ¡zás...!
Desde la cárcel me ha escrito.
Marta. ¡Infamia!... Ya no hay aguante...
Ram. Por ser yo constante y pura...
Baron. No os aflijais, criatura.
Yo os volveré vuestro amante.
Ram. ¡Ah! Mi eterna gratitud...
Marta. Mas ¿cómo...?
Baron. Fuí sorprendido.
Después todo lo he sabido
Y aplaudo vuestra virtud.
Ya está libre Castro.
Ram. ¿Sí?
El cielo os lo premiará.
Vamos á verle, mamá.
Baron. No hay para qué. Vendrá aquí.
Me han dado buenos informes
De ese mozo, y verle quiero.
Marta. Es patriota verdadero,
Y con méritos... enormes.
Baron. No dudo...
Marta. Y leal...
Baron. Lo sé;
Mas dejadme solo, os ruego...
Marta. Si dais palabra...
Baron. Bien... Luego...
A su tiempo os llamaré.

ESCENA XII.

EL BARON.

El marqués no se apresura
A resignar la cartera.
No me admiro; ¡y en mis manos
Que ayer fueron subalternas!
Estará muy resentido;
Mas la política guerra
Tiene su táctica aparte
Y su especial estrategia.
Lo que el vulgo llama intriga,
Dolo, perfidia, vileza,
Porque no están á su alcance
Los misterios de la ciencia,
Entre los hombres del gremio
Es penetracion, cautela,
Sagacidad, prevision,
Tacto, genio, inteligencia,
Y por fin razon de Estado
Y diplomacia moderna.—
Pero es ya mucha tardanza...
¿Si revocará la reina
El decreto...? ¡Eh! No es posible...
Vamos á dar una vuelta
Por esa secretaría...
Ya avisará cuando venga.
(*Entra en la secretaría, y al cerrarse la mampara abre el marqués por dentro la puerta secreta.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.

(*Toca la campanilla.*)

¡Golpe en vago! Despachemos
Cuanto antes. (*Entra Monzon.*)
Llamad á Almeida.
(*A Monzon.—Entra este en la secretaría.*)
Su majestad no desiste.
No ha dado lumbre la arenga.

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS, ALMEIDA.

Marq. ¿Traeis eso?
Alm. Sí.—Ha venido
El baron...
Marq. Sea en hora buena.
(*Sentándose.*)
Dadme: firmaré...
(*Almeida va presentando oficios y los firma el marqués después de leerlos rápidamente.*)
Corriente.—
Ahí está la salvadera.
(*Almeida va recogiendo los oficios después de echarles polvos.*)
Alm. (Si Dios me saca con bien...)
Marq. Veamos.—Don Luis Moreira.
Bien. Tomad.—Ambrosio Mendez...
Alm. La lista ha sido mi regla.
Marq. Cascaes... Está conforme.—
Alfonso de Castro y Léiria...
Supongo que este es el primo
De Violante...
Alm. Pues; y en prueba
Aquí está su memorial,
Y de vuestro puño y letra
El decreto...
Marq. Sí; es el mismo...
(*Echando una ojeada al memorial.*)
Cuando os escribí la esquela
No recordé... Que se cierren
Al momento...
Baron. ¿Dais licencia?
(*A la puerta de la secretaría.*)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS, EL BARON, ALMEIDA.

Marq. ¡Señor baron! Adelante.
(*Levantándose y afectando jovialidad.*)
Alm. (¡Gracias á Dios! Aun me tiemblan
Las carnes.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS, EL BARON.

Baron. ¿Qué haceis? Sentáos.
Marq. Bien estoy. La silla es vuestra.
Baron. ¡Oh! Yo no la admitiré
Estando en vuestra presencia.
Marq. No la hagais ascos ahora.
Arrellanáos en ella.
Baron. Si como dicen las gentes
Es potro con oro y seda...
Marq. Vos no lo creeis así.
Baron. No lo sé por experiencia,
Pero temo que en efecto
Sea carga muy molesta...
Marq. Como son flacos mis hombros
Y no pueden sostenerla,
La tomais sobre los vuestros.
Mil gracias por la fineza.
Baron. Señor marqués...
Marq. Dispensadme
De haceros formal entrega.—
Los papeles reservados
(*Abriendo un cajon de la mesa.*)
Están en esa carpeta.
Ya os dirán los oficiales
La marcha que aquí se lleva.
Baron. No mas; basta.
Marq. Adios. Veremos
Si es mejor vuestro sistema
Que el mio.
Baron. Sin agraviaros...,
Procuraré que lo sea.
Marq. El ramo de policía
Estará al menos en regla.
Baron. Marqués..., no quiero humillaros
Ofreciéndoos mi indulgencia.
Marq. Entiendo. En este lugar
Fueran pueriles mis quejas.
En la Cámara os aguardo.
Baron. No rehuso la palestra.
Marq. Mi venganza será noble
Mas que lo ha sido la ofensa.
Pero si yo no conspiro,
Otros seguirán la senda
Que habeis trazado.
Baron. Tal vez...
Marq. Tenga presente vuecencia
Lo de «quien á hierro mata
No es mucho que á hierro muera.»
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA XVII.

EL BARON.

¡Qué mosca lleva el marqués...!
(*Sonriéndose.*)
Pero ¡qué mosca me deja!
(*Pensativo.*)

ESCENA XVIII.

EL BARON, MONZON.

Monz. Señor, don Alfonso Castro
Vuestras órdenes espera.
Baron. Que entre.
Monz. ¿Tambien las señoras...?
Baron. Tambien. (Dios me dé paciencia.)

ESCENA XIX.

EL BARON, MARTA, RAMIRA, CASTRO.

Cast. Señor baron...
Baron. Engañado
Por una infame denuncia
Anoche os hice encerrar
En una cárcel oscura,
Pero informado después
De vuestra honrada conducta,
Os he puesto en libertad.
Cast. Las cárceles no me asustan,
Que está sana mi conciencia,
Y si un tribunal me juzga,
Sabrá Lisboa...
Baron. Es inútil,
Porque ya nadie os acusa.
Vuestra novia se ha quedado
Con su honra ilesa y pura,
El amo con sus deseos
Y el lacayo con su zurra.
Falta que yo os desagravie
De mi involuntaria culpa.
Si en algo puedo serviros...
Marta. ¿Que si podeis? ¿Quién lo duda?
Dias ha que solicita
Con mas razon que ventura
La plaza de secretario...
Cast. ¡Señora...!
Marta. No callo. De una
Administracion...
Baron. Si en eso
Toda su ambicion se funda,
Pues ya me consta su mérito,
Yo os prometo...
(*Toca la campanilla y acude Monzon.*)
Marta. ¡Ah! ¡Qué fortuna!
Cast. Señor...
Marta. ¡Tontazo! Aprovéchate
(*En voz baja.*)
De tan buena coyuntura.
Baron. ¿Quién es aquí el encargado
(*A Monzon.*)
Del personal?
Monz. ¿Quién...? (*Dudoso.*)
Marta. Pregunta
Por don Hilarion Almeida.
Monz. Si; él es...
Baron. Que venga.
Monz. (¡Esa bruja...!)
(*Mirando de reojo á Marta.*)
(*Entra Monzon en la secretaría.*)
Ram. ¡Qué diferencia del otro,
Que hizo pedazos tu súplica...!
Cast. Excusad á esa señora...
Baron. La pretension es muy justa.
Marta. A tres personas hareis
Felices con una rúbrica.

ESCENA XX.

EL BARON, CASTRO, MARTA, RAMIRA, ALMEIDA.

Marta. Ahí está el señor Almeida.
Vereis como él asegura...
Alm. ¿Qué mandais, señor baron?—
Tomad, amigo, y con mucha
(*En voz baja á Castro dándole un oficio.*)
Salud...
Marta. ¿Qué papel es ese?
(*Acercándose á Castro.*)
Baron. Tendré complacencia suma
En colocar á ese jóven.
Cuando una vacante ocurra,
Avisad...
Alm. Ya está servido.
Baron. ¿Cómo es eso?
Alm. Ya disfruta
El empleo que pretende.
Cast. ¡No! Primero me consuma
(*Rasgando el oficio después de leerlo.*)
De hambre y de pesar.
Alm. ¿Qué haceis?
(¡Adios fruto de mi industria!)
Baron. ¿Qué rompeis?
Alm. ¡Su nombramiento!
¿Se ha visto mayor locura?
Baron. ¿Qué causa...?
Cast. Señor baron,
Hay gracias que son injurias.
Baron. Pero...
Cast. Es mala credencial
Una firma que me insulta.
No quiero deber favores
A quien mi afrenta procura.
Quiero vivir pobre, oscuro,
Pero deshonrado ¡nunca!

Alm. ¡ Hombre !...

Baron. Bien hecho y bien dicho.
Ese rasgo os asegura
Mi amistad; y pues ahora
Soy yo el dueño de la pluma,
Señor de Castro, y supongo
Que mi firma no os repugna...

Cast. ¡ Oh ! No.

Marta y Ram. ¡ No !

Baron. Nueva edicion
(*A Almeida.*)
Hágase de la minuta.
Dios perdone á la primera :
Yo firmaré la segunda.

Alm. ¡ Volando !
(*Entra corriendo en la secretaría*)

Marta. El cielo os conserve
Para consuelo de viudas.

ESCENA XXI.

EL BARON, MARTA, RAMIRA, CASTRO, MONZON.

Monz. Don Crisóstomo Fonseca...

Baron. Fonseca... Me alegro...

Monz. Os busca...

Baron. Decidle que entre.

Monz. Adelante.
(*Abriendo la mampara.*)

Baron. (¡ Extraña caricatura !)

ESCENA XXII.

EL BARON, MARTA, CASTRO, RAMIRA, FONSECA.

Fons. Agradeciendo la audiencia,
Con la mayor reverencia
Y con sumo regocijo
Doy gracias á vuecelencia
Por el empleo de mi hijo.

Baron. Sé que le han hecho oficial,
Pero antes que la corona
Me confiase...

Fons. Es igual.
Ha variado la persona ;
Pero no el ente moral.
Esto sea sin perjuicio
De saludar al baron
Y ofrecerme á su servicio
Como está puesto en razon. —
¿ Gustais ? (*Presentándole la petaca.*)

Baron. No tengo ese vicio.

Fons. Yo una tercena consumo. —
¡ Hola ! ¿ Aquí estais, buena alhaja ?
(*A Marta.*)
¡ Ah! Si preferís al humo (*Al baron.*)
Rapé exquisito, mi caja...
(*Saca la caja del rapé.*)

Baron. Ni tomo polvo, ni fumo.

Fons. Perdonad, señor baron,
Si el muchacho todavía
No ha tomado posesion.
Está malo el alma mia.

Baron. ¿Sí? ¿Qué tiene?

Fons. Sarampion.
Luego que pase la peste...

Baron. ¡ Angelito !

Fons. Ya vendrá...

Baron. No es razon que se moleste
Y otra enfermedad le cueste.
Está remplazado ya.

Fons. ¡ Eh ! No lo puedo creer.
Sois chancero...

Baron. No lo soy.

Fons. La órden no puede ser
(*Sacando un papel.*)
Mas fresca. Fecha de ayer...

Baron. ¿No es mas fresca la de hoy?

Fons. Sí tal; pero ¿quién diría...?

Baron. Que estudie y que se haga grande.
En esta secretaría
No entrarán mientras yo mande
Niños de la Escuela Pía.

Fons. ¡Tambien es mucho pesar
Que sea mi hijo el primero
Con quien se haga un ejemplar!
¿Y el dinero? ¿Y mi dinero?
¡ Abur ! Tirado á la mar.

Baron. ¡Justo castigo de Dios
A tan ilícito tráfico !

Fons. Sea dicho entre los dos,
Baron, ¿sois ministro vos,
O capuchino seráfico?

Baron. Habeis pecado, no obstante,
Por ignorancia, y me pesa...

Fons. Si mi suerte os interesa,
La estafadora es Violante...

Baron. Sí; la fingida condesa.
Ya ha salido de la córte,
Condenada á reclusion.

Marta. ¡Bien ! ¿ Y el primo? ¿ Aquel bribon...?

Baron. A Ultramar, franco de porte,
Remando en un galeon.

Fons. Vamos; eso me conforta.
Aunque es duro el escarmiento,

La chulada es lo que siento:
El dinero no me importa.

ESCENA XXIII.

EL BARON, MARTA, FONSECA, CASTRO, RAMIRA, ALMEIDA.

Baron. ¿Traeis ese nombramiento?
Alm. Sí, señor.
(*Dándole un oficio.*)
Baron. Dadme.—Tomad.
(*Dándoselo á Castro despues de firmarlo.*)
Cast. ¡Ah, señor! Tanta bondad...
Marta. Permitid que á vuestros piés...
Baron. Alzad.—Volveré despues.
(*A Almeida.*)
Me espera su majestad.
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA ULTIMA.

FONSECA, MARTA, CASTRO, ALMEIDA, RAMIRA.

Marta. ¡Oh qué amable, qué benigno!
¡Con qué dulzura nos trata!
¡Jesus!... Este sí que es digno
De que le den serenata
Y le compongan un *higno.*
Fons. ¡Eh!...
Ram. ¡Tan generoso...!
Fons. Ya...
Marta. ¡Tan justo!... Lo que se llama
Un buen ministro.
Fons. Quizá...
Marta. Y si programa nos da,
¡Qué bueno será el programa!
Fons. ¿Programa? Eso es lo de menos.
Todos dan, señoras mias,
Programas y garantías.
Todos son buenos, muy buenos...
Los primeros quince dias.

UN DIA DE CAMPO,

ó

EL TUTOR Y EL AMANTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 4 DE MARZO DE 1839.

PERSONAS.

SABINA.	DON SIMON.
DOÑA CELEDONIA.	DON TOMAS.
DOÑA RUPERTA.	DON LIBORIO.
DOÑA LUCIA.	DON FRUTOS.
DOÑA MELCHORA.	DON ENRIQUE.
JESUSA.	DON JOAQUIN
MERCEDES.	BELTRAN.
DON ANTONIO.	CRIADOS.
DON AGUSTIN.	TESTIGOS.

El acto primero y el tercero pasan en Madrid en casa de don Antonio; el segundo en el campo.

ACTO PRIMERO.

Jardin con arbolado. Tapia en el foro y en medio una verja abierta. A la parte de fuera se verá de costado un coche de colleras, con la trasera á la derecha del espectador. A la izquierda del actor la puerta que conduce á lo interior de la casa.

—

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA.

(*Aparecen sentados á un velador de piedra acabando de tomar chocolate.*)

Ant. ¿Está todo prevenido?
Cel. Si, señor. Ya solo falta
Que vengan los convidados.
Ant. Ya no tardarán. — El agua.

(*A una criada que está detrás con vasos de agua en una bandeja.*)

(*La criada presenta la bandeja; y luego que han bebido don Antonio y doña Celedonia, desocupa el velador y entra en la casa.*)

Cel. La comida será espléndida.
Ha sido buena humorada
Celebrar usted sus dias
En el campo.
Ant. La mañana
Está hermosa. — Que no olviden
Las botellas de Champaña.
Cel. Esas irán en la arquilla

De uno de los coches; no haga
El demonio que se rompan...
Ant. Muy bien pensado.
Cel. Y la plata
Y la loza. Los demás
Cachivaches y las viandas,
En una acémila.
Ant. Bueno.
Cel. De su conduccion se encarga
El amigo don Liborio.
Como tiene tanta maña
Para todo, y es tan vivo,
Y tan decidor, y... Vaya;
Para una broma no hay otro.
¿A quién no alegran sus chanzas...?
Ant. Algo pesadas á veces.
Cel. No tal. ¡Si tiene una gracia!...
¡Qué manos para guisar
Arroz á la valenciana!
¡Qué profunda erudicion
En materia de charadas,
Juegos de prendas, y cuentos,
Y suertes con la baraja
¿Y bombas? ¡Qué bombas echa!
Pues si toma la guitarra...
Él solo va á hacer el gasto.
Ant. Está usted equivocada,
Que quien lo hace es mi bolsillo.
Cel. Yo de dinero no hablaba,
Sino de la broma.
Ant. Ya.
Cel. Porque don Frutos Linaza,
El boticario...¡qué mosca!...
Ni un momento se separa
De la dengosa Lucía,
Y los dos charlan y charlan...
Por ahí dicen malas lenguas
Que es cortejo de madama:
Yo, mas piadosa, presumo
Que la enseña la farmacia.
En tanto, el buen don Simon,
Por no hacer una alcaldada
Disimula y se repudre,
Y aquella afligida cara
Ya se tuerce, ya se anubla,
Ya se frunce, ya se alarga
Gesticulando furores
Y mascullando venganzas.
La amante doña Ruperta
Se pega como una lapa
A don Tomás su marido,
Hombre de excelente pasta;
Mas yo tengo para mí,
Aunque él se sonrie y calla,
Que tanta dicha le abruma
Y tanto amor le empalaga;
Porque amor es una droga
De propiedades tan raras,
Que segun sea la dosis
Nos da la vida ó nos mata.
Resta, en fin, doña Melchora
Con su perrito de faldas,
Y su réuma, y sus sandeces,
Y sus dos hijas del alma,
Pollos en rifa, ambulantes
Almacenes de quincalla,
Con sobrada presuncion
Y poquísima sustancia;
Y no hay que contar con ellas,
Que solo ven, solo hablan
Una á su lindo don Diego
Y otra á su galan fantasma.
Ant. ¡Muy bien, doña Celedonia!
¿Y cómo en la repasata
No entramos Sabina y yo?
Cel. Porque ustedes son de casa,
Y el cariño que les tengo
Embota el filo á mi sátira.
Mi sobrinita es un ángel;
De ella no hay que decir nada;
Pero usted, tutor severo,
Ha dado en mortificarla...
Ant. ¡Mortificarla! ¿Qué padre
Con mas amor la mirara?
¿De qué honesta diversion
La privo? ¿Qué nueva gala
Llega á casa de Ginés,
O qué joya inventa Francia
Que ella no luzca en los bailes
Con envidia de otras damas?
Si alguna vez la reprendo
Por caprichosa ó por vana,
Que aunque inocente paloma
Al cabo es niña mimada,
Tal vez desmiente mi rostro
El rigor de mis palabras,
Y ella siempre está segura
De conjurar la borrasca;
Que ó sus gracias me embelesan,
O su llanto me desarma.
Cel. ¿Qué vale todo ese mimo
Sin la libertad del alma?
¡Pobre niña! Tiene un novio,
¡Y sin formacion de causa
Le planta usted en la calle!
Ant. ¡Miren qué accion tan villana!
(*Se levanta.*)
¡Impedir que la seduzca
Un libertino, un canalla,
Sin juicio, sin patrimonio,
Sin carrera...!
Cel. A usted le engañan.
(*Levantándose.*)
¡Si es un muchacho tan fino,
Tan amable...! ¡Y qué elegancia!

¡Y qué alma de fuego aquella!
¡Y qué bien pone una carta!
Todas llevan hoy al campo
Marido ó galan. ¿No es lástima
Que solo esa pobrecita
Vaya desacomodada?
Ant. Yo seré su caballero.
Cel. ¡Pues! Y á mí ¿quién me acompaña?
Ant. Daré un brazo á cada una.
(Esta tia me da nauseas.)
Cel. Pero...
Ant. Si vuelve á pisar
Los umbrales de mi casa
Ese hombre, haré un desatino. —
Sabinita es una malva
Y cederá á mis consejos.
Ya se ve; doncella incauta
Que apenas conoce el mundo...
¡Si aun no hace siete semanas
Que ha salido del colegio!
¡Eh! no demos importancia
Al capricho de una niña
Que como viene se pasa.
Cel. Pero, señor don Antonio,
¿No es antipatía extraña
La que usted tiene á ese jóven?
Ant. ¿Y no es mas extraordinaria
La obstinacion con que usted
Le patrocina y le ensalza?
Cel. Esto es hacerle justicia.
Ant. ¿Es usted la enamorada,
O mi pupila?
Cel. ¡Ay!
Ant. ¿Qué es eso?
Cel. ¡No me toque usted la llaga
Que el corazon me lacera!
Ant. (¡Esta es otra que bien baila!)
¿Es posible...?
Cel. ¡No á mi rostro
Asome la oculta llama...
Y mi recato fluctúe
En el mar de la esperanza!
Ant. Con qué ¿ama usted...? Y en efecto
¿Es don Agustin...?
Cel. ¡Amarga
Pregunta! ¡Y venir, Dios mio,
De quien menos la esperaba!
Ant. Señora...
Cel. ¿Soy yo de mármol?
Ant. ¡Eh!...
Cel. ¿Tiene usted cataratas?
Ant. No; pero ¿qué significa...?
Cel. ¡Soy mujer!
Ant. Lo creo. Basta
Que usted lo diga.
Cel. Y señora.
Ant. ¿Quién lo duda?
Cel. Y aunque flaca...
Ant. ¡Flaca, y pesa usted lo menos
Ocho arrobas!
Cel. Bufonadas
A un lado, que aquí la carne
No viene á cuento...
Ant. Pensaba...
Cel. A no ser que usted la cite
Como enemigo del alma.
Ant. Dios nos libre.
Cel. De mi honor,
De mi decoro se trata;
¡Y es inaudita crueldad,
Y es accion ruin y bastarda
Reservar la iniciativa
A una mujer desdichada!
Ant. (¡Cielos! ¿Querrá... seducirme
Esta mujer?) Vaya, vaya;
Usted me está bromeando.
Como es dia de jarana...
Cel. No, que el corazon...
Ant. Es tarde
Y aun estoy en gorro y bata...
Cel. ¡Qué! ¿no ha comprendido usted...?
Ant. (¡Demasiado, buena maula!)
Como no hable usted mas claro...
Cel. Preciso es tener entrañas
De pedernal... Estar viendo
Que el corazon se me arranca,
Y en vano calla la lengua
Lo que los ojos delatan,
¡Y obligarme todavía... !
Ant. ¿Quién la obliga á usted á nada?
Cel. ¡Verme padecer así...!
Ant. ¡Ah!... vamos... ¿Está usted mala?
Cel. Estremecida, convulsa...
Ant. Con efecto, y algo pálida...
Cuídese usted.
Cel. ¡Don Antonio!
Ant. Friegas, un vaso de horchata;
Y si no se alivia usted...,
Sinapismos y á la cama.
(*Entra en la casa.*)

ESCENA II.

DOÑA CELEDONIA.

¡Malo! O no me ha comprendido,
O se ha mofado de mí. —
Mas quizá por prematuro
No ha dado lumbre mi ardid.
No perdamos la esperanza;
Y para lograr mi fin,
Hagamos que la pupila
Se case pronto...: sí, sí.

El don Antonio está chocho
Con la gracia juvenil
De Sabina, y si hasta ahora
La amó como á un serafin,
Bien pudiera á su cariño
Dar mañana otro matiz.
Yo aspiro al mando supremo;
Y mientras ella esté aquí,
Mi postergada hermosura
No podrá alzar la cerviz;
Que, al cabo, yo soy jamona,
Y ella en la flor de su abril...
Pero él es una alma cándida,
Un pobre hombre, un infeliz,
Y frente á frente los dos
No es tan dudosa la lid.

ESCENA III.

DOÑA CELEDONIA, DON AGUSTIN.

Agust. ¡A la par de Dios!
Cel. ¿Quién viene...?
(*Volviéndose.*)
¡Ah! ya... El calesero...
Agust. ¡Chit...!
(*Acercándose.*)
¿Ya no me conoce usted?
Cel. ¿Cómo...? ¿Qué veo! ¡Agustin!
Agust. Tambien soy de la partida,
Aunque el tutor incivil
No ha querido convidarme.
Cel. ¿Y si llega á descubrir...?
¡Qué temeridad!...
Agust. ¡Eh! ¿Quién
Me reconoce en Madrid?
Entre esta airada patilla,
Y este verde chupetin,
Y este pardo marsellés
Con el vivo carmesí,
Y este sombrero chambergo,
Y esta polaina gentil,
¿Quién descubre á un elegante
Que viste por figurin?
Cel. Eres el mismo demonio.
Eso es poner en un tris...
Agust. De toda la turba-multa
Que me arriesgo á conducir,
Solo ustedes y el tutor
Mé conocen.
Cel. Siendo así...
Agust. Yo le guardaré las vueltas...
¿Aun no ha bajado al jardin
Sabina?
Cel. Estaba vistiéndose.
Muy pronto... Mírala allí.

ESCENA IV.

DON AGUSTIN, DOÑA CELEDONIA, SABINA.

Sab. Tia...
Cel. Ven aquí.
(*Se acerca Sabina.*)
Adivina
Quién es este caballero.
Sab. ¡Cómo!... ¡Un rudo calesero!...
Agust. ¿Me has mirado bien, Sabina?
Sab. ¡Ah!... tú... Pero ese disfraz...
Cel. ¡Por Dios... estemos alerta!...
Agust. Ardid de amor.
Cel. Esa puerta...
Si nos sorprende es capaz...
Agust. No hay cuidado, que el ramaje
Me cubre, y no me verá. —
Mi bien, ¿no me quieres ya
Porque estoy en este traje?
Sab. ¡Ah! ¿Cómo no he de quererte,
Si con él pruebas tu fe?
Agust. Y por tí me vestiré
Hasta el saco de la muerte.
Sab. Hasta la jerga es tisú
Si amor halaga al deseo.
Ya me gusta ese chapeo...,
Porque te lo pones tú.
Agust. ¡Ah, bien mio! El alma absorta...
Cel. ¡Bien! ¡Lindo! ¡Qué par de topos!
Basta ahora de piropos
Y vamos á lo que importa.—
Esperar que á don Antonio (*A Sabina.*)
Guste tu novio, es en vano,
Que antes de darle tu mano
Se la daria al demonio.
Hoy mismo en larga porfía
De vuestra parte me he puesto;
¿Y qué he logrado con esto?
Aumentar su antipatía.
Sab. Y todo es porque tal vez
(*A don Agustin.*)
Algun oculto rival
De tí le ha informado mal.
¡Qué bajeza y qué sandez!
Agust. ¿Y qué traidor en mi mengua
La vil calumnia empleó?
¡No le conociera yo
Para arrancarle la lengua!
¡Ah! Mi saña...
Sab. No te alteres;
Que tiemblo de verte así.
Agust. Mas mi honor...
Sab. Si solo á tí
Creo y amo, ¿qué mas quieres?

Agust. Si la pobreza es baldon,
Confieso mi mala estrella;
Mas ¿no he de amar á una bella
Porque nací segundon?
Sab. Y, porque es rica mi dote,
¿Mi libre amor será oprobio,
Si no elijo para novio
A algun ricacho hotentote?
Agust. No tiene empleo, dirán.
Bien sé que lo necesito;
Por eso lo solicito;
Pero ¡si no me lo dan!
Bien que tal anda la danza
Y es tan continuo el trasiego
De empleados, que el mas lego
No renuncia á la esperanza.
Si hoy la suerte me abandona,
Mañana, cuadre ó no cuadre,
O mi amigo ó mi compadre
Ocuparán la poltrona.
¿Quién sabe...? Quizá yo mismo
Algun dia me la ferie,
Que de ministros la serie
Ya excede á todo guarismo;
Y si la guerra civil
Dura, se abrirá un registro,
Y el empleo de ministro
Será carga concejil.
Sab. O mi tutor pierde el seso,
O no está de buena fe
Cuando te acusa...
Agust. ¿De qué?
Sab. De jugador.
Agust. (Algo hay de eso.)
¿Jugar? ¿Cómo?... Aunque quisiera,
Si nunca tengo un doblon,
¿Qué diablos...?
Cel. Tiene razon.
Sab. Eso convence á cualquiera.
Agust. ¡Y gracias que no me den
De libertino la fama!
Sab. Pues tambien asi te llama.
Agust. (Pues algo hay de eso tambien.)
¡Villana, atroz impostura!
¡A mí que al verte me arrobo,
Y mudo me quedo y bobo
Contemplando tu hermosura;
Y á tu divino portento
Alzo en el alma un altar,
Y temería empañar
Tu pureza con mi aliento!
Sab. ¡Oh dicha! ¡Bien hayan, sí,
Los que contra tí murmuran,
Pues la gloria te procuran
De justificarte así!
Agust. En siglo tan pecador,
Do no hay pudor que se aprecie,
Dime tú, ¿no es una especie
De anacronismo mi amor?
¡Libertino, y de tu fe
Ni aun te pido prenda leve
En esa mano de nieve...!
(Sin la dote, ¿para qué?)
Sab. ¡Qué virtud! ¿Lo oye usted, tia?
¡Dominar hasta un deseo
Tan venial! ¡Oh! Pues yo creo...
Que no se la negaría.
Agust. Eso sí; con tu permiso...
(Tomando una mano á Sabina.)
Cel. ¡Dulce recíproco amor!
Pero el diablo del tutor
Nos pone en un compromiso.
¡Qué mancebo tan cabal!
¡Y le injuria, y le aborrece!...
Y todo es porque le escuece
Soltar la dote: sí tal.
Sab. Es extraño... En todo suele
Darme gusto; lo confieso...
Cel. Él se entiende.
Sab. Solo en eso...
Cel. Porque eso es lo que le duele.
Te compra cuanto deseas,
Te mima, te halaga; pero
¿De dónde, sino del cuero,
Han de salir las correas?
Solo mira á su interés,
Y, no lo dudes, serán
Cuentas del Gran Capitan
Las que te ponga después.
Agust. Y eso, mi bien, no te asombre.
Yo no hablo de nadie mal,
Pero, regla general,
Un tutor es un mal hombre.
Sab. ¡Qué picardía! Yo lo creo,
Aunque ese me hace regalos,
Porque todos son muy malos
En los libros que yo leo.
Mas no me infunde temor,
Que sabré romper su yugo,
Antes que él sea verdugo
De mi dote y de mi amor.
Agust. Contra un tirano cruel
Ya rebelarse es preciso.
¿No nos otorga el permiso?
Pues casémonos sin él.
Cel. ¡Alto! No seais tan vivos.
Siempre es duro un rompimiento...
Y no es cosa del momento.
Hay que hacer preparativos...
Ganar tiempo es necesario
Para dar el golpe bien. —
Tú no le hables con desden, *(A Sabina.)*
Sino todo lo contrario.
Si otra vez contra tu chulo
Echar venablos le oyeres,

Finge que ya no le quieres,
Porque importa el disimulo.
Si te saliere al encuentro
Con otro novio, sumisa
Le oyes con cara de risa
Aunque te quemes por dentro.
Mas te pudiera decir,
Pero basta; eres mujer,
Y ninguna ha menester
Que la enseñen á fingir.
Sab. Cuenten ustedes conmigo.
Yo le sabré deslumbrar.
Cel. En fin, es preciso obrar...
Agust. Como en país enemigo.
Cel. Y váyase el calesero,
No hagamos...
(*Mira á lo interior de la casa.*)
Agust. Otro ratito...
Cel. Aparta de aquí, maldito,
Que ya viene el Cancerbero.

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA, SABINA, DON ANTONIO.

Ant. ¿Cómo es esto? ¿No han venido
(*Ya en traje de campo.*)
Todavía?
Cel. No, señor.
Ant. ¡Hola! ¿Ya está usted mejor?
Cel. No ha sido nada. Un vahido...
Voy á dar disposiciones
Para que acomoden bien
Todo aquel vasto almacen
De enseres y provisiones.
(*Entra en la casa.*)

ESCENA VI.

DON ANTONIO, SABINA.

Ant. ¿Por qué, Sabina amada,
Tan abatida estás?
No turbe la tristeza
Tu júbilo y tu paz,
Que aunque con ella y todo
Tu cara es celestial,
Alegre la hermosura
Brilla y halaga mas.
Sab. Triste no estoy. Mi mente
Gozaba en recordar
El apacible asilo
Do pocos dias ha...
Ant. ¿Te acuerdas del colegio?
Es cosa natural,
Que siempre á una alma tierna
Presentes estarán
Los juegos inocentes
De la primera edad.
Sab. Mire usted : ya sonrío.
Grata, pero fugaz,
Pasó como un relámpago
Mi distraccion mental.
Mas dulce pensamiento
Me ocupa sin cesar.
Ant. ¿Cuál?
Sab. Las pruebas continuas
Que usted, señor, me da
De plácida indulgencia,
De amor y de bondad.
(Para el tiempo que tengo...,
Vamos, no lo hago mal.)
Ant. Dios te premie, Sabina,
El gozo que me das.
¡Ah! Si ingrata olvidases
Mi afecto paternal...
Sab. ¡Yo, señor...!
Ant. No podría
Consolarme jamás.
Sab. Yo que no he conocido
Ni papá, ni mamá,
Y perdí siendo niña
A mi tio carnal,
¿En quién hallé el consuelo
De mi triste horfandad
Sino en usted, que ha sido
Mi númen tutelar?
Mi corazon sería
De duro pedernal
Si beneficios tantos
Pudiera yo olvidar.
Ant. ¡Angel!... (Nunca la he visto
Tan tierna y tan jovial.)
Tú lo mereces todo.
Cuando don Pedro Aznar,
Tu buen tio y mi amigo,
En el lecho mortal
Tan sagrado depósito
Fió de mi amistad,
Le prometí, no en vano,
Que nunca fuí falaz,
Anteponer la tuya
A mi felicidad.
Sab. (¡Que un hombre tan almíbar
Haya de ser capaz...!)
Ant. Tú sabes si he cumplido
Mi promesa.
Sab. Es verdad.
Ant. Sola una vez, Sabina,
Y aun esa á mi pesar,

Severo he combatido
Tu libre voluntad;
Porque antes á tu enojo
Me quiero aventurar
Que verte triste víctima
De una pasion fatal.
Sab. (Ya al *quid* hemos llegado
De la dificultad.)
Ant. Y un dia, yo lo espero,
Me lo agradecerás,
Si en secreto hoy murmuras
Contra mi autoridad.
Yo sé que no merece
Tu mano ese... truhan,
Aunque de amor le cubra
El seductor disfraz.
Yo sé...
Sab. (Vaya de embuste.)
No se canse usted mas
En hablarme de ese hombre,
Que no le quiero ya.
Ant. ¿Qué dices...?
Sab. Fué un capricho...
(Perdona, dulce iman.)
¿Qué sé yo...? La costumbre
De verle en sociedad...
Mas los buenos consejos
De usted y el qué dirán...
Sé que anda en malos pasos...
(¡Ah! Miento: no sé tal.)
Ya no hay nada. Le he dicho
Que no me vuelva á hablar.
Ant. ¿De veras?
Sab. Muy de veras.
Ant. ¡Sabina!
Sab. Y además,
Soy pupila obediente;
Y vida y libertad,
¿A quién mejor pudiera
Que á mi tutor fiar?
Ant. ¡Bien haya tu boquita!
Esa docilidad
Me encanta.
Sab. Y á mis solas
Decía yo poco ha:
Voy á cumplir veinte años
Antes de Navidad.
Acaso don Antonio...
(Ahora sabré su plan.)
Me quiera dar marido
De su mano.
Ant. Quizá...
Ese deber me impuso
Tu tio al espirar;
Deber grato y terrible
Para mí.
Sab. ¿Por qué? ¡Bá!
¿Teme usted que yo falte
Al respeto filial...?
Ant. ¡Respeto!... ¿Y por respeto
Te has de sacrificar...?
Sab. Debí decir cariño,
Confianza...
Ant. Eso..., tal cual.
Sab. Mi corazon es libre:
Usted lo guiará.
¿Sé yo ¡incauta! á quién debo
Aborrecer ó amar?
Ant. (¿Me atreveré...? ¡Qué hermosa!
Me tienta Satanás...)
Sab. ¿Eh?
Ant. Nada... (*Cavilando.*)
Sab. (Nunca tuve
Tanta curiosidad.)
¿Adiviné? ¿Hay proyecto
De boda?
Ant. Sí. (*Indeciso.*)
Sab. ¿Formal?
Ant. ¿Y si no es de tu gusto
El novio?
Sab. Sí será.
Nómbrele usted.
Ant. (Al cabo
Haré una necedad.)
No te diré, Sabina,
Que es hombre de caudal,
Porque eso...
Sab. ¡Eh! No por eso
Le hemos de despreciar.
Ant. (Cuarenta años y pico
No es un exceso tan...)
Nobleza, ya se entiende,
Y en cuanto á probidad...
Sab. Bien. ¿Su nombre?
Ant. (Esto es hecho.
Ya no me vuelvo atrás.)
Y afable y amoroso
En tí se mirará,
Y si llamarte suya
Merece en el altar,
Los ángeles del cielo
Su dicha envidiarán.
Sab. Con que ¿tanto me quiere?
Ant. Sí, hermosa; pero...
Sab. (¡Ay, ay!
Cuando él le pone peros,
¿Qué tal será el galan?)
Hable usted sin empacho.
Yo sé que no hay mortal
Perfecto, que al fin todos
Somos hijos de Adan.
Ant. Acaso su cabello
Que empieza á blanquear,
Guirnaldas no consiente
De rosa y arrayan.
Sab. (¿No dije? Algun decano...)

Flor es la mocedad
Expuesta á los embates
De recio temporal;
Pero la adulta encina
No teme al huracan,
Y la virtud... Por último,...
Yo no me sé explicar,...
Y si usted no me saca
De este berengenal...
Ant. (¡Qué gracia! ¡Qué inocencia!
¿Y aun puedo vacilar?)
Pues bien, el que te adora...
¿No lo adivinas ya?
Sab. No sé. Como no sea
Don Anacleto Sanz,
El director cesante...
Ant. No, que fuera crueldad
Casarte yo, hija mia,
Con ese carcamal.
Sab. No obstante, si lo exige
Mi tutor...
Ant. ¡Oh! No mas.
Si tu virtud es tanta,
Angélica beldad,
Que aun esa triste crónica
No te parece mal,
Bien puedo yo llamarte
Mi amor, mi bien, mi afan,
Y estrechar en la mia
Tu mano virginal. (*Se la toma.*)
Sab. ¿Cómo...? ¡Es usted...! (¿Quién diablos
Había de pensar...?)
Ant. Sí, perla; yo te adoro...
Sab. (¡Vírgen del Tremedal!
¿Qué le diré?)
Ant. ¡Sabina!
¿No me respondes?
Sab. ¡Ah!...
Mi sorpresa... Mi... El alma...
(¡Pues hemos hecho un pan
Como unas hostias!)
Ant. Dime...
Sab. ¿Qué he de decir? Me da
Tanta vergüenza...
(*Entra por la verja don Frutos dando el brazo á doña Lucía.*)
¡Cielos!
Gente viene. ¡Ahí están!
(*Suelta la mano de don Antonio.*)
Ant. (¡Ah! Soy feliz. Me quiere.)
Sab. (Ya puedo respirar.)

ESCENA VII.

DON ANTONIO, SABINA, DON FRUTOS, DOÑA LUCIA.

Ant. ¡Señora! ¡Señor don Frutos!
Lucía. ¡Don Antonio! ¡Sabinita!
(*Besa á Sabina sin soltar el brazo de don Frutos.*)
Frut. No hemos tardado á la cita.
(*Mirando su reloj.*)
Las ocho y cuatro minutos.
Ant. Cierto. Los primeros son
Ustedes.
Sab. (¡Siempre cosido
A los autos!)
Ant. ¿Y el marido?
¿Qué se ha hecho don Simon?
Lucía. Para hablarle de un asunto
Le detuvo no sé quién.
Ant. (Y le ha venido muy bien
Al farmacéutico adjunto.)
Frut. ¿Qué tal el tresillo anoche?
Ant. Perdí tres duros al fin. —
¿Trae usted el botiquin?
Frut. Sí; ya lo he puesto en el coche.
Sab. Ya llega doña Melchora
(*A don Antonio en voz baja.*)
Con sus dos hijas canijas,
Y los novios de sus hijas,
Y el perrito en quien adora.

ESCENA VIII.

DON ANTONIO, SABINA, DON FRUTOS, DOÑA LUCIA, DOÑA MELCHORA, JESUSA, MERCEDES, DON ENRIQUE, DON JOAQUIN, DON LIBORIO.

(*Don Liborio da el brazo á doña Melchora, don Enrique á Jesusa y don Joaquin á Mercedes. Doña Melchora viene con un perrito en brazos y don Liborio trae una guitarra. Luego que se entabla la conversacion general, se hablan en voz baja doña Lucía y don Frutos y mientras esten en escena harán casi siempre lo mismo.*)

Los que estaban en escena. ¡Bien venidos!
Los que llegan. ¡Buenos dias!

Melch. ¿Qué tal?
Ant. Famoso. ¿Y ustedes?
Melch. Muy bien.
Jes. ¡Sabina!
Sab. ¡Mercedes!
(*Guirigay confuso de cumplimientos y salutaciones, desprendiéndose todas, menos doña Lucía, del brazo de su respectivo acompañante.*)
Ant. (¡Qué flujo de cortesías!)
Sab. Jesusa viene muy charra.
(*Aparte á doña Lucía.*)
Lib. ¡Qué buen dia de jolgorio!
Ant. ¡Hola, insigne don Liborio!
¿Tambien traemos guitarra?
Lib. Nunca me faltan á mí
Alegría y apetito.
Sab. ¡Qué formal está el perrito!
¿Cómo se llama?
Melch. Zegrí.
Sab. ¡Siempre en brazos!
Melch. Desde niño
Le he dado esta educacion.
Es débil de complexion,
Y yo le tengo un cariño...
Es muy mono. ¡Qué ladrar
Si oye de noche algun grito!
Y lame tan suavecito...
No le falta mas que hablar.
Sab. Ya empezaron el palique
(*A don Antonio en voz baja.*)
Lucía y su comodin,
Mercedes con don Joaquin,
Jesusa con don Enrique.
Ant. Déjalos, niña, vivir,
Que luego, mediante Dios,
Lo mismo haremos los dos.
Sab. (¡Pues me voy á divertir!)
Lib. Hoy vamos á echar el resto.
(*A don Antonio.*)
Broma, baile... Usted verá...
(*Llega de lo interior de la casa doña Celedonia con tres criados que llevan cestos cubiertos con servilletas.*)

ESCENA IX.

DON ANTONIO, SABINA, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA MELCHORA, JESUSA, MERCEDES, DON JOAQUIN, DON ENRIQUE, DON LIBORIO, DOÑA CELEDONIA.

Lib. ¡Hola! ¡Los víveres ya!
Cel. Cuidado con ese cesto.
(*A un criado.*)
Lib. ¡Viva doña Celedonia!
Unos. ¡Viva!
Otros. ¡Felices!
Cel. Dios guarde...
Lib. Ea, al avío, que es tarde
Para tanta ceremonia.
Allí está la borriquilla,
Que es mi bridon de batalla.
Coloquemos la vitualla
En una y otra angarilla.
En los coches lo demás. —
Ande usted, y en un momento...
(*A doña Celedonia.*)
Ahí te dejo ese instrumento.
(*A don Joaquin dándole la guitarra.*)
Después me lo volverás.
(*Salen los criados con su carga por la verja, y quedan junto á ella doña Celedonia y don Liborio figurando dar disposiciones para acomodar los comestibles y demás efectos en la bestia, en el coche que se ve y en otro que se supone estar mas allá á la izquierda de la verja.*)
Jes. ¡No; que si lo ve esa gente...!
(*Aparte á don Enrique, que á hurtadillas la quiere tomar la mano.*)
Joaq. ¡Por tí falto á la oficina!
(*A Mercedes en voz baja.*)
Melch. ¿No habrá un bizcocho, Sabina,
Para este bicho inocente?
Ant. (¡Maldita sea su piel!)
(*Iba á hablar con Sabina y se ve interrumpido.*)
Sab. Sí. Ya lo voy á buscar.
(¡Lástima de rejalgar
Para ella y para él!)
(*Entra en la casa.*)

ESCENA X.

DON ANTONIO, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA MELCHORA, JESUSA, MERCEDES, DON JOAQUIN, DON ENRIQUE, DON LIBORIO.

(*Vuelven los criados y entran en la casa.*)

Lib. Ya está listo.
(*Volviendo al proscenio con doña Celedonia.*)

La vihuela.
(*La toma.*)
¿Qué hacemos? ¿Se espera á alguno?

ESCENA XI.

DON ANTONIO, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA MELCHORA, JESUSA, MERCEDES, DON JOAQUIN, DON ENRIQUE, DON LIBORIO, SABINA, DON SIMON.

Simon. ¡Reniego del importuno
(*Llega jadeando.*)
Y toda su parentela!—
¡Salud! (*A la tertulia.*)
(¡Hombre temerario!)
Todos. ¡Don Simon!
Ant. ¡Oh! ¿Cómo va?
Simon. Bien.—Mi mujer... (Allí está;
¡Y al márgen el boticario!)
Lucía. ¡Hola! ¡Aquí estás! Me tenías
Con cuidado.
Simon. ¿Si? Ya veo...—
Deje usté ese cencerreo,
(*A don Liborio, que puntea en la guitarra.*)
Que no estoy para folías.
Lib. ¡Pues, hombre...!
Ant. Bien dice. Luego...
En el campo habrá ocasion...
(*Deja de tocar don Liborio y habla con doña Celedonia.*)
Simon. ¡Voto á...!
Ant. ¡Pobre don Simon!
Simon. ¡Vaya, si es mosca el don Diego!
¡Poner á mi marcha obstáculo
Para hablarme de su pleito!—
(Y ahora ¡cómo me deleito
(*Mirando á su mujer y á don Frutos.*)
Con ese dulce espectáculo!)
Sab. Tome usted.
(*Vuelve con unos bizcochos, que da á doña Melchora, y esta á su perro.*)
Simon. (¡Y no la suelta!)
Ant. Don Tomás y su señora
Faltan. Daremos ahora
Por el jardin una vuelta.
(*Va á dar el brazo á Sabina y se lo toma doña Melchora.*)
Melch. Sí; venga el brazo.
Ant. (¡Ah! ¡Qué horror!)
Lib. Sabina...
(*Da el brazo á Sabina.*)
Ant. (¡Qué mala obra
Me hace!)
Simon. El brazo que te sobra...
(*A su mujer.*)
Con permiso del señor.
(*Doña Lucía toma el brazo de don Simon sin soltar el de don Frutos. Las parejas van desapareciendo por el arbolado de la izquierda.*)
Frut. Se pasa usted de cortés...
Simon. Es muy justo...
(*Con risa forzada.*)
(Estoy furioso.)
Vamos, niña. ¡Qué donoso
Grupo formamos los tres!
Lib. Si usted se quiere amparar
(*Se ha quedado el último con Sabina.*)
De este otro brazo...
Cel. Me quedo
Para recibir... no puedo...
Sab. Vuelvo. Tenemos que hablar.

ESCENA XII.

DOÑA CELEDONIA.

¿Qué novedad importante
Tendremos? Largo coloquio
Tuvo aquí con el tutor.
¿La habrá propuesto otro novio?
Mejor. Con dos pretendientes
Es mas seguro el consorcio.
Si se casa, tanto da
Con uno como con otro;
Y si puedo en paz y en gracia
Quitar de en medio el estorbo,
Me alegraré.

ESCENA XIII.

DOÑA CELEDONIA, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA.

Rup. No lo niegues.
(*Llega apoyada en el brazo de don Tomás y disputando á media voz con él.*)
Yo lo he visto por mis ojos.
Tomás. Bien, mujer; y porque mire
A un balcon...
Rup. No es á uno solo,
Que si hay niñas asomadas,
¡Pérfido! miras á todos.
Tomás. Curiosidad... Distraccion...
Rup. No, ¡traidor! Yo te conozco...
Cualquiera te gusta mas

Que tu mujer.
Tomás ¡Por san Próspero
Bendito...!
Rup. ¡Ingrato! ¡Cruel!
Tomás. ¡Oh!... Si sabes que te adoro...
Rup. Y gracias que no te dejo
A sol ni á sombra, alevoso;
Que sinó...
Tomás. Pues siendo así,
¿Cuándo he de pecar ni cómo?
Cel. (¡Qué feliz pareja!)
Rup. Mira
Que nos oirán los sordos
Si otra vez...
Cel. ¡Doña Ruperta!
Rup. ¡Ah...! ¿Cómo va? ¿Y don Antonio?
Cel. Todos buenos.
Tomás. Muy atento
Servidor...
Rup. ¿Somos nosotros
Los primeros?
Cel. Al contrario.
Rup. ¡Ah!... ¿Dónde andan...?
Cel. Ahora poco
Desfilaban de paseo
Por el jardin...

ESCENA XIV.

Doña CELEDONIA, Doña RUPERTA, Don TOMAS, Don SIMON.

Simon. Mil demonios
Y otros mil carguen conmigo,
Y con ella, y con el socio...
Rup. ¿Qué es eso?
Tomás. ¿A dónde va usted,
Don Simon...?
Simon. ¡Ah, qué dichoso
Es usted, y lo que va,
Don Tomás, de matrimonio
A matrimonio!
Tomás. En efecto,
Don Simon; vivo en el colmo
De la dicha. — ¿No es verdad?
(*A su mujer.*)
(El mejor dia me ahorco.)
Cel. Bien; pero ¿á dónde va usted
Tan azorado...?
Simon. A un negocio
De mi mujer. Ha olvidado
La sombrilla.
Rup. ¡Y tanto enojo
Por eso...!
Simon. Es que mientras yo
Voy por ella, el otro mono...
Ya se ve; parece mal
Que un hombre sea zeloso...
Y como él no falta nunca
A las leyes del decoro...
¡Por vida!... Y la ilustracion,
Y las leyes del buen tono,
¡Pues! y la etiqueta... mandan
Que un marido sea tonto.
¿Está usted? Rabio de zelos
Aparte, y callo y otorgo. —
Todo ello es galantería,
(*A don Tomás.*)
Pasatiempo, amor platónico,
Si se quiere; pero es cosa
De tirarse un hombre al pozo...
¡Pecador!... El tiempo vuela
Y yo me estoy hecho un bobo...
¡Abur, abur! Cuide usted
De mi hacienda. Vuelvo pronto.

ESCENA XV.

Doña CELEDONIA, Don TOMAS, Doña RUPERTA.

Cel. ¡Allá va echando centellas!
El pobre se vuelve loco.
Rup. Aprende, Tomás, y alaba
A Dios todopoderoso
Que te ha dado una mujer
Como yo.
Tomás. Sí, sí, pimpollo.
Contigo no echo de menos...
(¡Las penas del purgatorio!)
(*Se internan en el jardin.*)

ESCENA XVI.

Doña CELEDONIA.

Peor es ese que aquella,
Y ese mas necio que el otro.

ESCENA XVII.

Doña CELEDONIA, SABINA.

Sab. Tia...
Cel. Vamos; ¿qué ha ocurrido?
Sab. Lo que yo ni por asomo
Me figuraba...

ESCENA XVIII.

DOÑA CELEDONIA, SABINA, DON AGUSTIN.

Agust. Sabina...
Cel. Habla. Dime...
Agust. ¿Estamos solos?
Sab. Ahora sí. — Rival tenemos
¡Y rival temible!
Agust. ¿Qué oigo?
Sab. Ya se descubrió el enigma.
Cayó en mis lazos el tordo.
Con efecto, el buen señor
Me destinaba otro novio...
¿A ver si aciertas...?
Cel. Acaba.
Sab. El mismito don Antonio
En cuerpo y alma.
Agust. ¿Es posible?
Cel. ¡Oh iniquidad! ¡Oh fenómeno
De horror! ¡Casarse... y contigo!
(¡Se fué mi esperanza á fondo!)
La codicia de tu dote...
Sab. ¡Tutor al fin, que es sinónimo
De tirano!
Agust. ¿Y qué dijiste...?
Sab. Nada. Fué tanto mi asombro...
Vino gente... Convenía
Disimular...
Cel. Por el sórdido
Interés... ¡Y no me andaba
Por las ramas...!
Agust. Ya es forzoso,
Ya es urgente recurrir
A los remedios heróicos.
Cel. ¡Sí! venganza... No. Esperemos...
Van á venir, y de pronto
Es imposible... Dejadme
Obrar á mí. Yo lo tomo
Por mi cuenta, y puede ser...
Le haré un interrogatorio;
Le interpelaré... Ya vienen. —
Huye tú. (*A don Agustin.*)
Sígueme. (*A Sabina.*)
(¡Monstruo!)

(*Vase don Agustin. Doña Celedonia y Sabina salen al encuentro de los que vienen paseando.*)

ESCENA XIX.

DOÑA CELEDONIA, SABINA, DON ANTONIO, DOÑA MELCHORA, DON FRUTOS, DOÑA LUCIA, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA, DON ENRIQUE, JESUSA, DON JOAQUIN, MERCEDES, DON LIBORIO.

(*Don Liborio viene tocando la guitarra.*)

Ant. ¡Aun no vuelve don Simon!
Lib. ¿Canto el aria del *Factotum*
Mientras viene?
Melch. ¡Qué pesado
Es el hombre! Por mi voto
Nos iríamos sin él.
Ant. No sería justo...
Frut. (Apoyo.)
(*Llega acelerado don Simon con una sombrilla.*)

ESCENA XX.

DOÑA CELEDONIA, SABINA, DON ANTONIO, DOÑA MELCHORA, DON FRUTOS, DOÑA LUCIA, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA, DON ENRIQUE, JESUSA, DON JOAQUIN, MERCEDES, DON LIBORIO, DON SIMON.

Cel. Ya está aquí.
Melch. ¡Gracias á Dios!
Lib. No he visto un hombre mas plomo.
Simon. ¡Voto á sanes...! Con que vengo
Echando los hipocondrios...
Toma tu sombrilla.
Lucía. Gracias.
(*Tomándola.*)
Simon. Y otra vez, por san Ambrosio,
Ten memoria.
Ant. Ea, partamos,
Que ya es tarde.
(*Se agolpan todos á la verja.*)
Lib. Poco á poco.
(*Poniéndose delante.*)
A mí me toca ordenar
La marcha. Catorce somos.
Don Enrique y don Joaquin
Traen sus caballos, supongo.
(*Mira afuera.*)
Sí, allí los veo. A montar.
Enr. ¡Adios!
(*A Jesusa en voz baja.*)

Joaq. ¡ Adios, dueño hermoso !
(*A Mercedes, lo mismo.*)
(*Vanse don Joaquin y don Enrique.*)
Lib. Rebajados los jinetes,
Quedamos doce. Yo monto
En la borrica, que soy
Despensero y mayordomo.
Nos restan once volúmenes...
Seis á un coche y cinco á otro.
Bien. Tenga usted la vihuela...
Simon. ¿Qué hago yo con este engorro...?
(*Tomándola con mal gesto.*)
(*Don Frutos y don Liborio se colocan al estribo del coche y van dando la mano á las señoras.*)
Lib. Principiemos por las damas. —
Doña Melchora y su dogo.
Melch. Presente. Allá voy... – Con tiento,
(*Subiendo al coche.*)
Que tengo réuma en este hombro.
Lib. Ahora Jesusa y Mercedes.
Jes. Obedezco.
(*Con el pié en el estribo.*)
Merc. Me conformo.
(*Lo mismo.*)
Lib. Doña Lucía.
(*Doña Lucía se acerca al coche.*)
Simon. Allá vamos...
Lib. ¡ Quieto ! Primero coloco
(*Mientras sube al coche doña Lucía.*)
A las señoras.
Simon. Pero, hombre,
No sea usted tan despótico...
Lib. Sabinita...
(*Ayudándola á subir.*)
Sab. Hasta después.
(Allí está el bien de mis ojos.)
Lib. Queda un asiento.
Simon. Yo...
Ant. Yo...
Lib. No. Doña Ruperta...
Tomás. (¡ Oh gozo !)
Rup. No, que yo no me separo
De mi idolatrado esposo.
Lib. Muy bien. Pues será preciso...
Porque usted es mucho tomo...
(*A doña Celedonia.*)
Uno de ustedes. Cualquiera...
Frut. ¿ Sí ? Pues adentro me soplo.
(*Poniendo el pié en el estribo y entrando de un salto en el coche.*)
Ant. (¡ Ese títere... !)
(*Un zagal cierra la portezuela, óyese ruido de campanillas y desaparece el coche.*)
Simon. Reclamo...
¡ Eh ! ¡ Ya va echando demonios
El coche !
Líb. Otro coche queda.
¿Qué mas da... ? ¡ Arrime usted, moño !
Simon. ¿ Quién le dió á usted facultades
Para improvisar divorcios ?
Lib. Mejor está allí don Frutos
(*A don Simon.*)
Por si ocurre algun soponcio...
Un calesero. ¡ So! (*Dentro.*)
(*Aparece el segundo coche y queda situado como el primero.*)
Líb. Ya está aquí el otro mueble.
Yo voy á oprimir el lomo
De mi asnal cabalgadura.
Traiga usted. (*Toma la guitarra.*)
Abur.
(*Vase en la direccion que tomó el coche primero.*)
Simon. ¡ Mal tósigo... !
Cel. (Disimulemos ahora,
Pero si luego le cojo
A solas...)
Ant. (Sí; sus miradas
De gratitud, su alborozo...
Ya no hay duda. Voy á ser
El hombre mas venturoso...)
Simon. Ea, ¿ qué hacemos aquí?
(*Se acerca al estribo.*)
Yo supliré á don Liborio,
Ya que nos deja plantados
Después de embrollarlo todo.
Venga usted, doña Ruperta.
Rup. Gracias. Yo solo me apoyo
En el brazo de mi dueño.
Tomás. Sí, hija mia.
(*Ayudándola á subir.*)
Rup. Y ahora ¡ pronto !
Sube tú detrás de mí.
Tomás. (Esta mujer me echa al hoyo.)
(*Entrando en el coche ayudado de don Simon.*)
Simon. ¡ Oh virtud matrimonial
Desconocida en el globo ! —
Vamos, doña Celedonia.
Cel. Gracias.
(*Subiendo al coche.*)
Simon Vamos, don Antonio
(*Dándole el brazo*)
Ant. Primero usted...
Simon. No. Yo el último.
(*Entra don Antonio en el coche.*)

Ahora, dame tú socorro.
(*El zagal le ayuda á subir.*)
¡Ay desdichado el prójimo
Que en el signo nació de Capricornio!
(*Entra en el coche, el zagal cierra la portezuela, da un latigazo á las mulas, rueda el coche, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Frondosa arboleda á la inmediacion de una casa de campo que se supone situada á la derecha del actor.

—

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA, DON LIBORIO, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, SABINA, DON SIMON, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, DOÑA MELCHORA, BELTRAN, UNA CRIADA.

(*Aparecen sentados en sillas rústicas cada uno á la izquierda del que le sigue, y segun están nombrados, al rededor de una mesa, cuyo desórden manifestará haber servido para una comilona de campo. Sobre ella habrá botellas, copas, vasos y algunos postres. Los cuchicheos entre los amantes y cierta algazara general, propia de semejantes reuniones, no cesarán durante esta escena. Beltran y la criada estarán de pié cerca de la mesa.*)

Melch. Cuidad bien de mi doguito.
(*A los criados.*)
Ant. (¡Aun no he tenido ocasion
De hablar despacio á Sabina!)
(*Doña Melchora charla con don Antonio, y este la oye con fastidio.*)
Enr. ¡Ay mi vida! (*A Jesusa.*)
Joaq. ¡Ay, dulce amor!
(*A Mercedes.*)
Lib. ¿A ver, chico...? Esa botella...
(*A Beltran, y este le sirve.*)
Otra copa de noyó.
Cel. (Mucho reprimo mi bilis.
Me va á dar un torozon.)
Rup. ¿No dices nada, Tomás?
¡Qué desabrido estás hoy!
Tomás. Tengo sueño. He madrugado...
He comido mucho...
Rup. ¡Ah! No.
Esa es frívola disculpa.
¡Tú no me tienes amor!
Tomás. Sí tal...
(*Siguen disputando en voz baja.*)
Simon. ¿Lo ve usted, Sabina?
(*A media voz.*)
No cesan de hablar los dos.
Yo me consumo...
Sab. Mal hecho.
Simon. ¿Qué opina usted?
Sab. ¿Qué sé yo?
Simon. Ya se ve; los puso juntos
Don Liborio... Casi voy
Sospechando que es su cómplice.
Sab. ¡Eh! Todo es conversacion.
Simon. Ya.
Sab. (¿Pues no ha dado en contarme
Sus cuitas el buen señor?)
Frut. ¡Ah! ¿Cuándo será aquel dia...?
(*A doña Lucía en voz baja.*)
Luc. ¡Por Dios, don Frutos, por Dios...!
Mire usted que nos observa.
Frut. ¡Eh! ¡Si es un santo varon!
Melch. Sí, señor. Ya están en casa
(*A don Antonio.*)
Las vistas. Ya se arregló
Todo. De hoy en quince dias
Las dos bodas. Ambos son
Muy buenos chicos. El uno
Tiene fábrica en Olot...
Ant. Ya los conozco, señora.
Melch. Aunque siempre voy en pos
Por lo que pueda ocurrir...,
¿Qué tengo de hacer? Les doy
Un poco de libertad,
Porque son hombres de pro
Y es justo... Ya ve usté; en vísperas
De casarse...
Simon. (¡Voto á brios!...)
(*Viendo cómo charlan su mujer y don Frutos.*)
Melch. Cada edad tiene sus...
Ant. Ya.
Melch. Yo tambien allá en la flor
De mi juventud...
Ant. ¡Señora!
Melch. Ahora toda mi pasion
Son los bichos. Tengo un gato
Que me regaló el prior
De la Merced...
Tomás. Sabinita,
(*Levantándose y alargando el brazo.*)

Esta pastilla de ron...
Sab. Muchas gracias. (*Tomándola.*)
(*Don Tomás vuelve á sentarse.*)
Rup. ¿ Quién te manda
(*En voz baja dándole un pellizco.*)
Hacer finezas, traidor?
Tomás. ¡ Ay!
Todos. ¿ Qué es eso ?
Tomás. Nada...
(*Sonriéndose.*)
Rup. ¡ Ingrato!
(*En voz baja.*)
Tomás. Un calambre en el talon...
Ya se pasó... (Allá se van
Mi paciencia y la de Job.)
Simon. ¡ No puedo mas...!
(*Levantándose.*)
Lib. ¡ Bomba ! ¡ Bomba!
Siéntese usted, don Simon.
Unos. Oigamos...
Otros. ¡ Silencio!
Simon. Gracias
(*A Sabina sentándose.*)
A la bomba, que sinó...
Lib. Con una copa en la mano
(*Levantándose.*)
Y otras catorce en el buche,
Y con perdon de quien me escuche,
Diré en verso castellano,
Muy contento y muy ufano,
Y á manera de telonio,
Mas que le pese al demonio,
Que deseo, sin espanto,
Felices dias de su santo
A mi estimado amigo el señor don Antonio.
(*Apura su copa y se sienta muy satisfecho. Don Enrique, don Joaquin y todas las mujeres, menos Sabina, palmotean.*)
Joaq. ¡ Bravo!
Melch. ¡ Sublime!
Luc. ¡ Admirable!
Ant. (¡ Qué mentecato!)
Simon. ¡ Hombre atroz!
(*A Sabina en voz baja.*)
¡ Orejas de cal y canto!
¡ Coplero de municion!
Lib. Yo de todo entiendo un poco.
Sab. Y de todo, mal.
(*A don Simon.*)
Simon. ¡ Cajon
(*A Sabina.*)
De sastre; *Petrus in cunctis;*
Mequetrefe!
Lib. Y eso que hoy
(*Haciendo pelotillas que tira á don Simon.*)
No me siento yo con vena.
Sab. (Me alegro.)
Lib. Ni tenga humor
Como otras veces. No obstante...
Simon. Por aquí me anda un moscon...
(*Rascándose la oreja.*)
Lib. Déme usté un pié, don Tomás,
Y antes que marque el reloj
Seis minutos...
Ant. No. Ya basta...
Yo sería de opinion...
Simon. ¿ Quién se divierte en tirarme
(*Con la mano en la nariz y mirando á todos lados.*)
Pelotillas?
Joaq. Yo no soy...
Lib. ¡ Qué cara ha puesto!
(*A doña Ruperta.*)
Simon. ¡ Qué gracia!
(*Encarándose con don Liborio.*)
Apostaría un doblon
A que usted...
Lib. No hay que enfadarse.
Ha sido chanza...
Simon. No estoy
Para chanzas. Esos juegos
Son de mala educacion.
Lib. En el campo todo pasa.
Simon. Las majaderías, no.
(*Levantándose. Todos hacen lo mismo.*)
Lib. ¡ Cómo!...
Tomás. ¡¡Don Simon!...
Ant. ¡ Señores!...
Melch. Vamos, no haya disension...
Simon. Harta paciencia he tenido
En no levantar mi voz
Contra aquella copla infame...
Lib. ¿ Infame?
Melch. ¡ Qué sinrazon!
¡ Y una copla mas bonita
No se ha escrito en español!
Lib. Con que ¿ mi décima es mala?
Simon. Detestable; sí, señor.
Si un renglon es chabacano,
Es necio el otro renglon,
Que renglones son, no versos,
Y no hay galgo tan veloz
Que pueda seguir al último,
Pues, sin exageracion,
Mas letras tiene que hay leguas
De Madrid á Badajoz.
Lib. ¡ Calle el viajo mamarracho!
Simon. ¿ Mamarracho? ¡ Vive Dios...!
(*Enarbolando una botella.*)
Lib. ¿Qué se entiende...? ¡ A mí botellas... !
(*En actitud de embestir á don Simon.*)

Simon. Si; la pena del talion.
Sea el vino su castigo,
Pues por el vino pecó.

(*Don Tomás sujeta á don Liborio y don Enrique á don Simon. Los demás hombres se esfuerzan á poner paz. Las mujeres se desvian chillando.*)

Lib. Si no mirara...
Simon. Dejadme
Desfogar mi indignacion
En ese trasto...
Ant. ¡Eh! ¡Señores!...
Melch. ¡Ay! Un combate... ¡Qué horror!...
Yo fallezco.

(*Cae desmayada en una silla. Sus hijas y otros interlocutores acuden á su socorro.*)

Ant. ¡Esto faltaba!
Jes. ¡Ay, mamá!
Merc. ¡Se desmayó!
Ant. Acuda el señor don Frutos
A ejercer su profesion.
Frut. No tengo aquí el botiquin...
No obstante; voy..., allá voy ...

(*Suelta el brazo de doña Lucía y acude tambien á socorrer á doña Melchora, haciéndola oler un frasquillo que saca de la faltriquera. Los criados retiran las sillas.*)

Simon. ¡Ah! Mi mujer queda sola...
(*Corriendo á tomar el brazo de doña Lucía.*)
Tomaremos posesion.
Ant. (¡Cómo entiende ese pobre hombre
Las leyes del pundonor!
¡Mientras por una simpleza
Se muestra airado y feroz,
No se atreve á ser marido
Sino... por sustitucion!)
Melch. ¡Jesus!...
Tomás. Ya vuelve y por fin
La paz se restableció.
Ahora ¿qué hacemos?
Lib. Bailar.
Joaq. ¡Un rigodon!
Los demás jóvenes. ¡Rigodon!
Simon. (Don Frutos vendrá...) Si quieres,
(*A su mujer en voz baja.*)
Bailemos juntos los dos,
Esposa del alma.
Lucía. Bien.
Ant. ¿Pasó? (*A doña Melchora.*)
Melch. Si; ya estoy mejor.
Ant. Beltran, retira esa mesa.
Belt. Bien. Ayuda tú, Asuncion.

(*Retiran la mesa Beltran y la criada, y desaparecen por la derecha.*)

ESCENA II.

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA, DON LIBORIO, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, SABINA, DON SIMON, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, DOÑA MELCHORA.

Frut. Señora, si usted se digna
(*A doña Lucía dejando sentada á doña Melchora.*)
De bailar conmigo...
Lucía. Estoy
Comprometida.

(*Se ponen en baile Mercedes y Jesusa con sus novios.*)

Jes. Nosotras
Ya estamos en baile.
Simon. Y nos.

(*Entrando en la danza con doña Lucía.*)
(*Don Liborio toma la guitarra, que está al pié de un árbol, y la templa sentado junto á doña Melchora.*)

Frut. Señora, si gusta usted
(*A doña Ruperta.*)
De favorecerme...
Rup. ¡Oh!
Yo no dejo á mi marido.
Tomás. Gracias por tanto favor,
Mujer, pero estoy seguro
De dar cada tropezon...
Rup. No importa.
Tomás. Si yo no entiendo. .
(*Siguen hablando entre sí don Tomás, doña Ruperta y don Frutos.*)
Lib. Y Sabina, que es el sol
De Madrid, ¿no ha de bailar?
Melch. Que la saque su tutor.
Ant. Aunque há siglos que no bailo,
(*Acercándose á Sabina.*)
Tendré mucho gusto...
Sab. Y yo.

(*Doña Ruperta y su marido salen á bailar; don Frutos se dirige á Sabina.*)

Frut. Sabinita, gusta usted...
Sab. Agradezco la atencion,
(*Saliendo á bailar con don Antonio.*)
Mas ya estoy comprometida.
Simon. (Todas le dicen que no.

¡Oh delicia!)

Rup. Vamos...

(*A don Liborio.*)

Lib. Falta

Una pareja.

Frut. Si soy (*A doña Celedonia.*)

Tan dichoso que merezco...

Cel. ¿Hago falta?

Frut. Está de non

Una pareja.

Cel. Corriente.

Por ser el dia que es hoy...

(*Se ponen tambien en baile colocándose en frente de don Simon y doña Lucía.*)

Tomás. ¡Tú quieres que haga el payaso!

(*A su mujer.*)

¡Sea por amor de Dios!

Simon. (A cada paso, de fijo,

Voy á hacer un *quid pro quó*,

Mas se le juego de puño

Al consabido gachon.)

Lib. ¿Estamos?

Joaq. Sí.

Lib. ¡Pues á una!

(*Tocando rigodon.*)

(*Rompen el baile las dos parejas que forman Jesusa y Mercedes con don Enrique y don Joaquin, una mirando al público y otra dándole la espalda. Las demás hablan aparte.*)

Melch. ¡Mire usted con qué primor

(*A don Liborio.*)

Bailan mis niñas!

Lib. ¿Han sido

Discípulas de *Avrillon* (1)?

Melch. No, señor. Ellas entre ellas...

Con su talento precoz...

Ant. ¿Recuerdas, Sabina mia,

(*En voz baja.*)

Aquella conversacion...?

Sab. ¿Cuál?

Ant. La del jardin...

Sab. ¡Ah! Sí...

Ant. Vaya, ¿y qué dices? ¿Me doy

El parabien...?

Sab. ¡Que nos oyen!

¡Que nos miran! Mi rubor...

Ant. Pero, hija...

Sab. Si sabe usted

Que yo..., pues... Mi corazon...

Ant. ¡Oh! es preciso que me digas

Sí, ó no.

(1) Famoso domador de caballos y director de una compañía de ejercicios ecuestres, que por espacio de bastantes años estuvo muy en boga en Madrid.

Sab. Pues... sí, señor.

Rup. No quitas ojo á Mercedes.

(*A media voz á su marido.*)

Tomás. ¡Oh!... Por san Pascual Bailon,

Mujer...

Lib. Ustedes ahora.

(*Rompen el baile las parejas de los costados, y don Simon y don Tomás lo embrollan todo.*)

Frut. No va usted bien.

(*A don Simon.*)

Rup. ¡Así no!

Lib. ¡Compás! ¡Compás!

Cel. Esa mano...

(*A don Tomás.*)

Simon. Mi pareja...

Tomás. ¿Donde estoy?...

Sab. Por aquí... Cadena inglesa...

Simon. Ya hemos hecho un fricandó

Que ni el diablo...

Tomás. ¡Eh! Yo me canso.

(*Sentándose.*)

Lib. ¡Y ahora ha saltado el bordon!

Cesó el baile.

(*Se levanta sin dejar la guitarra.*)

Melch. Pues daremos

(*Levantándose.*)

Un paseo.

Rup. Eso es mejor.

Lib. Vaya el brazo, Sabinita.

(*Sabina lo toma. Doña Melchora se apodera del de don Simon, que en la confusion del baile había quedado cerca de ella y lejos de su mujer. Los demás interlocutores se reunen á su pareja acostumbrada, menos doña Celedonia y don Antonio.*)

Melch. Venga el brazo, don Simon.

Simon. Señora... (¡Maldita! — ¡Bravo!

¡Otra vez me suplantó!...)

Ant. (Ahora tambien se la llevan...

¡Es mucha persecucion!)

Cel. Quédese usted, don Antonio.

(*Deteniéndole.*)

Tenemos que hablar los dos.

(*Vanse los demás por la izquierda.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DOÑA CELEDONIA.

Cel. ¿Con qué tambien en la red

Ha caido don Antonio?

¿O es un falso testimonio
Que le han levantado á usted?
Ant. Hable usted claro.
Cel. Es capricho
Que ni el diablo lo imagina.
¡Casarse usted con Sabina!
Ant. ¿Quién lo ha dicho?
Cel. Ella lo ha dicho.
Ant. ¿Y usted no lo aprueba?
Cel. No,
Que es una boda fatal...
Ant. Mio será el bien ó el mal,
Que quien se casa soy yo.
Cel. Usted verá cómo llora
Su locura. Cuando menos
Piense...
Ant. Cuidados ajenos
Matan al asno, señora.
Cel. ¡Quitarle su libertad!
¡Oprimir á una hermosura
Inocente!...
Ant. Por ventura
¿Fuerzo yo su voluntad?
Cel. Pero ¿es posible que cuadre
A moza que no ha cumplido
Los veinte años un marido
Que pudiera ser su padre?
Ant. Padre y marido seré,
Si padre he sido hasta hoy.
Tanto mejor si le doy
Doble prenda de mi fe.
Cel. ¡Pasion temeraria y loca!
Nunca su boca podrá
Pronunciar el sí...
Ant. Pues ya
Lo ha pronunciado su boca.
Cel. Podrá ser: yo lo concedo....
Ant. Pues bien; ¿qué mas quiero yo...?
Cel. Pero no lo pronunció
El amor; no, sino el miedo.
Ant. ¿Miedo á mí que no la riño
Ni en chanza y, usted lo ve,
No hay dia que no le dé
Mil pruebas de mi cariño?
Quizá me engaña el deseo,
Quizá el amor me fascina;
Podrá no amarme Sabina;
Mas ¿temerme? No lo creo.
Cel. ¿Y usted no la teme á ella?
Ant. No, que es paloma sin hiel.
Cel. ¿Sabe usted si será fiel
Como sabe usted que es bella?
Ant. Cuando tienta Satanás
El alma de una mujer,
Lo mismo vienen á ser
Veinte años que veinte mas.
Quien tiene fe en la fortuna
No teme á Juana ni á Menga;
Se casa... Quien no la tenga,
No se case con ninguna.
Cel. Pero el público cavila,
Y murmura sin pudor
De todo humano tutor
Que casa con su pupila.
Ant. ¡Válgate Dios!
Cel. Es una hacha
La lengua de algunos.
Ant. ¡Pues!
Cel. Lo achacarán á interés...
Ant. Sí; el dote de la muchacha...
¿Y no pago yo mi escote
En el contrato nupcial?
¿No monta mi capital
Diez veces mas que su dote?
Cel. Ya sé yo que la codicia
No cabe en usted. Con todo,
Lo mirarán de otro modo
Los que piensen con malicia.
Usted teme que la bella
Se case mal, y por eso
En un paternal acceso
Se quiere casar con ella.
A usted le hace mucho honor
Ese pensamiento estóico
De llevar á un grado heróico
Los deberes de tutor;
Pero, sin esa extremada
Funesta medida, hay mil
Para que vuelva al redil
La ovejilla descarriada.
Si no acomoda el doncel
Que ella eligió...
Ant. Le detesto.
Cel. Pues. . ¡buen apuro! otro al puesto.
Ant. ¿Ya no aboga usted por él?
Cel. No, señor; ni me avergüenzo
De cantar la palinodia.
Cuando usted tanto le odia,
Malo será: me convenzo;
Y pues cede ella tambien,
No hay que ponerla en un potro.
Ya le buscaremos otro
Que á todos parezca bien.
Ant. (¡Bueno será el que tú escojas!)
Es cosa muy singular
Que ahora... Pero eso es tomar
El rábano por las hojas.
No voy á casarme, no,
Téngalo usted entendido,
Porque ella tenga marido,
Sino para serlo yo.
Cel. ¡Qué mal hace, don Antonio,
El que en edad ya madura
A navegar se aventura
Por el mar del matrimonio!—
Mas ¿qué digo? ¡Hablar yo así!

¡Yo, que me abraso en secreto,
A dar consejos me meto
Que he menester para mí!
Pero al menos mi cariño
Es algo mas racional,
Que quiero á un tal para cual;
No á ningun barbilampiño.

Ant. Pero... (*Fastidiado.*)

Cel. Y como dias ha
Que él confiesa y yo comulgo,
Y... ¡pues! ¿quién sabe si el vulgo
Por comido nos lo da?

Ant. El vulgo será muy tonto...

Cel. Y mi honor acrisolado
Peligra...

Ant. ¡Ca! No hay cuidado.

Cel. ¿Cómo...? ¡Yo...!

Ant. Acabemos pronto.
¿A qué á la tema volver
Si, lo digo sin reparo,
Aunque usted me hable mas claro
Yo no la quiero entender?
Si es broma, basta de broma;
Si ese venerable pecho
Arde de amor, buen provecho
Y con su pan se lo coma.
Si es usted fatua ó demente,
Cordial pésame le doy;
Si piensa que yo lo soy,
Se engaña completamente.
En cuanto á mí, solo trato
De casarme con mi bella
Pupila; solo con ella,
O muero en el celibato.

Cel. ¿Cierto? (Vaya; eso ¡tal cual!)
(*Se rie.*)
Ja, ja... ¿Con que usted creyó
Que hablaba de veras yo?

Ant. Créalo, ó no, me es igual.
Pero yo no hablo de chanza.
O Sabina es mi mujer,
O... yo sé lo que he de hacer
Si se frustra mi esperanza.
La culpa, ya es evidente,
No será de ella ni mia,
Sino...

Cel. ¿De quién?

Ant. De su tia.

Cel. ¡Jesus! Quien lo diga miente.

Ant. No alborotemos el valle.
Claro: ó con mi dulce encanto
Me casa usted, ó la planto
De patitas en la calle.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DOÑA CELEDONIA.

¡Oiga usted!... Me ha sofocado.
Con ese genio tan dulce
Es un lagarto... ¡Ya, ya!
Ni lágrimas le seducen,
Ni valen las indirectas,
Ni aprovechan los embustes.
¡En qué conflicto me pone!
¡Mala bomba le sepulte!
O la pupila le acepta
Por marido, y da de bruces
Mi autoridad y en la casa
Voy á ser un trasto inútil;
O dice que no el domingo
Y soy despedida el lunes.
¡Espantosa alternativa!
No es posible que renuncie
La muchacha á su galan,
Que harto ha prendido la lumbre
Para que el tutor la apague
Con el cierzo de su octubre.
Si yo vuelvo por pasiva
Mis consejos de costumbre
Y la digo que aborrezca
Al que ayer puse en las nubes,
La muchacha, que no es boba
Ni, como tantas, voluble,
Conocerá mi artificio,
Y unida con su querube
Me enviará noramala:
Y entonces ¿á quién acudes,
Celedonia? No hay remedio.
Ya es fuerza que me aventure
A seguir su suerte. Así
No queda al menos impune
El desprecio soberano
Con que oyó mis pesadumbres
Ese caribe. Veremos,
Y pronto será, quién sufre
Mayor tormento; él, ó yo.—
Allí mis ojos descubren
A Agustin... Me ha visto. Viene...
Mejor. Sin que yo le busque...

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA, DON AGUSTIN.

Cel. Ya llegó el momento crítico,
Agustin.

Agust. ¿Cómo? ¿Qué ocurre?

Cel. Por mas que le he predicado,

Por mas que con tono lúgubre
Le he pintado los peligros
A que su amor le conduce,
Si cabe amor en un alma
Que la avaricia consume,
No hay forma de que el tutor
Se convenza y capitule.
Ya no hay que andarse con paños
Calientes. La cosa urge...
Agust. Pues ¿cómo...?
Cel. Ha sido preciso
Que Sabinita pronuncie
Un sí falaz; pero ese hombre,
Que ya se juzga en la cumbre
De la gloria, porque todo
En su favor lo traduce,
Tiene empeño en que la boda
Al momento se efectúe.
Agust. ¿Y qué importa, si Sabina
Me mira como á su númen
Tutelar, y solo á mí
La unirán indisolubles
Los lazos del matrimonio?
Cel. No creas, no, que yo dude
De su amor; pero hasta el hierro
Se quebranta sobre el yunque
A fuerza de machacarlo;
Y don Antonio Bermudez
Es muy machacon, y astuto...
Mas de lo que tú presumes.
A todas horas la ve,
Y, al fin y al cabo, algo influye
La autoridad de tutor;
Y tú, aunque eres tan ilustre,
Solo puedes á Sabina
Ofrecer suspiros fúnebres,
Y promesas, y lisonjas,
Y otros lugares comunes;
Mientras el tutor, abriendo
Sus gavetas y baules,
Con mejor artillería
Será mas fácil que triunfe.
Agust. Me hace usted temblar.
Cel. Quizá
Sin justa razon injurien
Mis sospechas á Sabina,
Pero hay tan poco chirúmen
En las chicas de su edad,
Que, en verdad, no me haré cruces
Si á la intriga y á las dádivas
Tarde ó temprano sucumbe.
Agust. Ha hablado usted como un libro,
Que este siglo de las luces,
Con perdon del bello sexo,
Ni Heros ni Tisbes produce,
Y pocas Danaes cuenta
Que si en refulgente nube
Llueve doblones de á ocho
Cierren el balcon á Júpiter.—
Mas no es la mitología
En este caso tan útil
Como burlar al tutor
Antes que el tutor nos burle.
Cel. Pues... Pero aquella es Sabina.
(*Mirando á la izquierda.*)
Viene sola. No te ocultes.
(*A don Agustin, que se retiraba.*)

ESCENA VI.

DOÑA CELEDONIA, DON AGUSTIN, SABINA.

Cel. Sabina, ¿estamos seguros?
Sab. No hay temor de que nos oigan.
Reunida la tertulia
Está de gresca y de broma...
¡Dichosos ellos!
Cel. ¿Qué tienes?
Agust. Vienes pálida, llorosa...
Cel. ¿Te ha hablado el tutor?
Sab. ¡Ah! Sí.
Cel. ¿Te ha dicho algo de la boda?
Sab. Sí. ¡Pobre señor!
Agust. ¡Qué escucho!
¿Tienes tú misericordia
De ese Neron?
Sab. ¿Y si es cierto
Que el desdichado me adora?
¡Me ha hablado con tal ternura!...
¡Ah! Cuando los ojos lloran
Como los suyos lloraban,
No puede mentir la boca.
Agust. ¡Sabina!
Cel. ¡Sabina!
Sab. Al ver
Su inquietud y su congoja,
Yo tambien me he conmovido.
Cel. ¡Cómo!...
Sab. Y no sé qué zozobra
Interior... «Sabina amada,
Me ha dicho, mi bien, mi gloria
Cifro en aspirar á darte
El dulce nombre de esposa;
Pero tu ventura anhelo
Aun mas que la mia propia.
Si no la esperas de mí,
Aun tienes tiempo; revoca
Aquel sí de bendicion
Que con risa encantadora
Articulaste no ha mucho,
Y mi flaqueza perdona.

Humo mi dicha habrá sido,
Sueño, locura... ¿Qué importa?
¿No vale mas que me aflija
Alguna amarga memoria,
Que maldecir nuestro nudo
Y á Dios rogar que lo rompa
Con mi muerte? » — Yo le oía
Muda, estremecida, absorta...
¡Ah, qué escena!

Cel. ¿No lo dije?
(*En voz baja á don Agustin.*)
Eres una pobre tonta. (*A Sabina.*)
¿Y qué has respondido...?

Sab. Yo...
¿Qué sé yo, tia Celedonia?
Ni sabía dónde estaba,
Ni qué hacia, ni...

Agust. ¡Esta es otra!

Sab. Mas pienso que mi respuesta
Ha sido satisfactoria,
Pues me ha besado la mano
Muy contento y muy...

Agust. ¡Traidora!

Sab. ¡Pues! ¡Ahora me acusas tú!
¡Oh! Van á volverme loca
Entre los dos.

Cel. Pero, niña,
Tan perspicaz hasta ahora,
Tan taimada, tan resuelta,
¡Y á lo mejor te abandona
La estrategia mujeril!

Sab. Es que... como soy bisoña...
Y él apuraba... ¡Dios mio!...
Aquí me caigo redonda
Si nos sorprende.
(*Se aparta un poco y mira adentro con mucha inquietud.*)

Agust. ¡Sabina!
(*Aparte con doña Celedonia.*)
Mucho temo una derrota.

Cel. Apelemos á los grandes
Recursos de la oratoria
Sentimental.

Sab. Nadie viene,
(*Volviendo á la escena.*)
Mas tengo miedo á mi sombra.
¿Qué haré, Dios mio?

Agust. ¿Qué harás?
Lo que suelen hacer todas.
Sacrificar á tu amante
Porque interés y lisonja
Triunfaron de la constancia
Que prometiste engañosa,
Y decir: « oros son triunfos »
Camino de la parroquia,
Tú que decias ayer
« Contigo pan y cebolla. »

Sab. Por Dios, no me digas eso,
Que mi amargura redoblas.
Yo te adoro, pero al cabo,
No es mi corazon de roca,
Y ver penar por mi causa
A un infeliz... ¡En mal hora
Con mi culpable mentira
Turbé su paz y en la copa
Que deleites le brindaba
¡Ay! le dí mortal ponzoña!

Agust. Pues bien, ingrata; aun no es tarde
Para que tú le socorras.
¿Qué dudas? ¿Por qué á sus piés
Desolada no te postras
Y le ofreces por antídoto
El afecto que me robas?

Sab. ¡Agustin!

Cel. Mejor seria
Darle jarabe de goma
Para curarle la tos
Que por la noche le ahoga,
Amen de otros alifafes
Y los síntomas de gota.

Sab. ¡Tia!

Agust. Arrójate en sus brazos,
Víctima propiciatoria,
Y el ébano de tus rizos
En su pelo gris embosca,
Y hunda su marchito labio
En tus mejillas de rosa.

Sab. ¡Horror!

Cel. Y sufre que el mundo
Infiel te llame y apóstata.

Sab. ¡Jamás!

Agust. Y sirve de ripio
A las columnas periódicas.

Cel. Y de escándalo á los ciegos.

Agust. Y ¡ay de tí si te hace coplas
El *Estudiante!* (1)

Cel. ¡Ay de tí
Si por su cuenta te toma
Fray Gerundio!

Sab. ¡Por piedad...!

Cel. Pasará el pan de la boda...
Quizá demasiado pronto,
Y empezará la carcoma
De los zelos... Porque, al fin,
Eres niña, eres hermosa,
Y el tutor...

Sab. ¡No mas!

Agust. ¡Qué vida

(1) Pseudónimo adoptado por el señor *don Antonio María de Segovia* en sus escritos festivos. Con el de *Fray Gerundio*, que mas abajo se cita, ha sido tambien mas conocido què con su propio nombre el señor *don Modesto Lafuente*.

Por mas que con tono lúgubre
Le he pintado los peligros
A que su amor le conduce,
Si cabe amor en un alma
Que la avaricia consume,
No hay forma de que el tutor
Se convenza y capitule.
Ya no hay que andarse con paños
Calientes. La cosa urge...
Agust. Pues ¿cómo...?
Cel. Ha sido preciso
Que Sabinita pronuncie
Un sí falaz; pero ese hombre,
Que ya se juzga en la cumbre
De la gloria, porque todo
En su favor lo traduce,
Tiene empeño en que la boda
Al momento se efectúe.
Agust. ¿Y qué importa, si Sabina
Me mira como á su númen
Tutelar, y solo á mí
La unirán indisolubles
Los lazos del matrimonio?
Cel. No creas, no, que yo dude
De su amor; pero hasta el hierro
Se quebranta sobre el yunque
A fuerza de machacarlo;
Y don Antonio Bermudez
Es muy machacon, y astuto...
Mas de lo que tú presumes.
A todas horas la ve,
Y, al fin y al cabo, algo influye
La autoridad de tutor;
Y tú, aunque eres tan ilustre,
Solo puedes á Sabina
Ofrecer suspiros fúnebres,
Y promesas, y lisonjas,
Y otros lugares comunes;
Mientras el tutor, abriendo
Sus gavetas y baules,
Con mejor artillería
Será mas fácil que triunfe.
Agust. Me hace usted temblar.
Cel. Quizá
Sin justa razon injurien
Mis sospechas á Sabina,
Pero hay tan poco chirúmen
En las chicas de su edad,
Que, en verdad, no me haré cruces
Si á la intriga y á las dádivas
Tarde ó temprano sucumbe.
Agust. Ha hablado usted como un libro,
Que este siglo de las luces,
Con perdon del bello sexo,
Ni Heros ni Tisbes produce,
Y pocas Danaes cuenta
Que si en refulgente nube
Llueve doblones de á ocho
Cierren el balcon á Júpiter.—
Mas no es la mitología
En este caso tan útil
Como burlar al tutor
Antes que el tutor nos burle.
Cel. Pues... Pero aquella es Sabina.
(*Mirando á la izquierda.*)
Viene sola. No te ocultes.
(*A don Agustin, que se retiraba.*)

ESCENA VI.

DOÑA CELEDONIA, DON AGUSTIN, SABINA.

Cel. Sabina, ¿estamos seguros?
Sab. No hay temor de que nos oigan.
Reunida la tertulia
Está de gresca y de broma...
¡Dichosos ellos!
Cel. ¿Qué tienes?
Agust. Vienes pálida, llorosa...
Cel. ¿Te ha hablado el tutor?
Sab. ¡Ah! Sí.
Cel. ¿Te ha dicho algo de la boda?
Sab. Sí. ¡Pobre señor!
Agust. ¡Qué escucho!
¿Tienes tú misericordia
De ese Neron?
Sab. ¿Y si es cierto
Que el desdichado me adora?
¡Me ha hablado con tal ternura!...
¡Ah! Cuando los ojos lloran
Como los suyos lloraban,
No puede mentir la boca.
Agust. ¡Sabina!
Cel. ¡Sabina!
Sab. Al ver
Su inquietud y su congoja,
Yo tambien me he conmovido.
Cel. ¡Cómo!...
Sab. Y no sé qué zozobra
Interior... «Sabina amada,
Me ha dicho, mi bien, mi gloria
Cifro en aspirar á darte
El dulce nombre de esposa;
Pero tu ventura anhelo
Aun mas que la mia propia.
Si no la esperas de mí,
Aun tienes tiempo; revoca
Aquel sí de bendicion
Que con risa encantadora
Articulaste no ha mucho,
Y mi flaqueza perdona,

Humo mi dicha habrá sido,
Sueño, locura... ¿Qué importa?
¿No vale mas que me aflija
Alguna amarga memoria,
Que maldecir nuestro nudo
Y á Dios rogar que lo rompa
Con mi muerte?» — Yo le oía
Muda, estremecida, absorta...
¡Ah, qué escena!

Cel. ¿No lo dije?
(*En voz baja á don Agustin.*)
Eres una pobre tonta. (*A Sabina.*)
¿Y qué has respondido...?

Sab. Yo...
¿Qué sé yo, tia Celedonia?
Ni sabía dónde estaba,
Ni qué hacía, ni...

Agust. ¡Esta es otra!

Sab. Mas pienso que mi respuesta
Ha sido satisfactoria,
Pues me ha besado la mano
Muy contento y muy...

Agust. ¡Traidora!

Sab. ¡Pues! ¡Ahora me acusas tú!
¡Oh! Van á volverme loca
Entre los dos.

Cel. Pero, niña,
Tan perspicaz hasta ahora,
Tan taimada, tan resuelta,
¡Y á lo mejor te abandona
La estrategia mujeril!

Sab. Es que... como soy bisoña...
Y él apuraba... ¡Dios mio!...
Aquí me caigo redonda
Si nos sorprende.
(*Se aparta un poco y mira adentro con mucha inquietud.*)

Agust. ¡Sabina!
(*Aparte con doña Celedonia.*)
Mucho temo una derrota.

Cel. Apelemos á los grandes
Recursos de la oratoria
Sentimental.

Sab. Nadie viene,
(*Volviendo á la escena.*)
Mas tengo miedo á mi sombra.
¿Qué haré, Dios mio?

Agust. ¿Qué harás?
Lo que suelen hacer todas.
Sacrificar á tu amante
Porque interés y lisonja
Triunfaron de la constancia
Que prometiste engañosa,
Y decir: «oros son triunfos»
Camino de la parroquia,
Tú que decías ayer
«Contigo pan y cebolla.»

Sab. Por Dios, no me digas eso,
Que mi amargura redoblas.
Yo te adoro, pero al cabo,
No es mi corazon de roca,
Y ver penar por mi causa
A un infeliz... ¡En mal hora
Con mi culpable mentira
Turbé su paz y en la copa
Que deleites le brindaba
¡Ay! le dí mortal ponzoña!

Agust. Pues bien, ingrata; aun no es tarde
Para que tú le socorras.
¿Qué dudas? ¿Por qué á sus piés
Desolada no te postras
Y le ofreces por antídoto
El afecto que me robas?

Sab. ¡Agustin!

Cel. Mejor seria
Darle jarabe de goma
Para curarle la tos
Que por la noche le ahoga,
Amen de otros alifafes
Y los síntomas de gota.

Sab. ¡Tia!

Agust. Arrójate en sus brazos,
Víctima propiciatoria,
Y el ébano de tus rizos
En su pelo gris embosca,
Y hunda su marchito labio
En tus mejillas de rosa.

Sab. ¡Horror!

Cel. Y sufre que el mundo
Infiel te llame y apóstata.

Sab. ¡Jamás!

Agust. Y sirve de ripio
A las columnas periódicas.

Cel. Y de escándalo á los ciegos.

Agust. Y ¡ay de tí si te hace coplas
El *Estudiante!* (1)

Cel. ¡Ay de tí
Si por su cuenta te toma
Fray Gerundio!

Sab. ¡Por piedad...!

Cel. Pasará el pan de la boda...
Quizá demasiado pronto,
Y empezará la carcoma
De los zelos... Porque, al fin,
Eres niña, eres hermosa,
Y el tutor...

Sab. ¡No mas!

Agust. ¡Qué vida

(1) Pseudónimo adoptado por el señor don *Antonio María de Segovia* en sus escritos festivos. Con el de *Fray Gerundio*, que mas abajo se cita, ha sido tambien mas conocido que con su propio nombre el señor don *Modesto Lafuente*.

Por mas que con tono lúgubre
Le he pintado los peligros
A que su amor le conduce,
Si cabe amor en un alma
Que la avaricia consume,
No hay forma de que el tutor
Se convenza y capitule.
Ya no hay que andarse con paños
Calientes. La cosa urge...

Agust. Pues ¿cómo...?

Cel. Ha sido preciso
Que Sabinita pronuncie
Un sí falaz; pero ese hombre,
Que ya se juzga en la cumbre
De la gloria, porque todo
En su favor lo traduce,
Tiene empeño en que la boda
Al momento se efectúe.

Agust. ¿Y qué importa, si Sabina
Me mira como á su númen
Tutelar, y solo á mí
La unirán indisolubles
Los lazos del matrimonio?

Cel. No creas, no, que yo dude
De su amor; pero hasta el hierro
Se quebranta sobre el yunque
A fuerza de machacarlo;
Y don Antonio Bermudez
Es muy machacon, y astuto...
Mas de lo que tú presumes.
A todas horas la ve,
Y, al fin y al cabo, algo influye
La autoridad de tutor;
Y tú, aunque eres tan ilustre,
Solo puedes á Sabina
Ofrecer suspiros fúnebres,
Y promesas, y lisonjas,
Y otros lugares comunes;
Mientras el tutor, abriendo
Sus gavetas y baules,
Con mejor artillería
Será mas fácil que triunfe.

Agust. Me hace usted temblar.

Cel. Quizá
Sin justa razon injurien
Mis sospechas á Sabina,
Pero hay tan poco chirúmen
En las chicas de su edad,
Que, en verdad, no me haré cruces
Si á la intriga y á las dádivas
Tarde ó temprano sucumbe.

Agust. Ha hablado usted como un libro,
Que este siglo de las luces,
Con perdon del bello sexo,
Ni Heros ni Tisbes produce,
Y pocas Danaes cuenta
Que si en refulgente nube
Llueve doblones de á ocho
Cierren el balcon á Júpiter.—
Mas no es la mitología
En este caso tan útil
Como burlar al tutor
Antes que el tutor nos burle.

Cel. Pues... Pero aquella es Sabina.
(*Mirando á la izquierda.*)
Viene sola. No te ocultes.
(*A don Agustin, que se retiraba.*)

ESCENA VI.

DOÑA CELEDONIA, DON AGUSTIN, SABINA.

Cel. Sabina, ¿estamos seguros?

Sab. No hay temor de que nos oigan.
Reunida la tertulia
Está de gresca y de broma...
¡Dichosos ellos!

Cel. ¿Qué tienes?

Agust. Vienes pálida, llorosa...

Cel. ¿Te ha hablado el tutor?

Sab. ¡Ah! Sí.

Cel. ¿Te ha dicho algo de la boda?

Sab. Sí. ¡Pobre señor!

Agust. ¡Qué escucho!
¿Tienes tú misericordia
De ese Neron?

Sab. ¿Y si es cierto
Que el desdichado me adora?
¡Me ha hablado con tal ternura!...
¡Ah! Cuando los ojos lloran
Como los suyos lloraban,
No puede mentir la boca.

Agust. ¡Sabina!

Cel. ¡Sabina!

Sab. Al ver
Su inquietud y su congoja,
Yo tambien me he conmovido.

Cel. ¡Cómo!...

Sab. Y no sé qué zozobra
Interior... «Sabina amada,
Me ha dicho, mi bien, mi gloria
Cifro en aspirar á darte
El dulce nombre de esposa;
Pero tu ventura anhelo
Aun mas que la mia propia.
Si no la esperas de mí,
Aun tienes tiempo; revoca
Aquel sí de bendicion
Que con risa encantadora
Articulaste no ha mucho,
Y mi flaqueza perdona.

Humo mi dicha habrá sido,
Sueño, locura... ¿Qué importa?
¿No vale mas que me aflija
Alguna amarga memoria,
Que maldecir nuestro nudo
Y á Dios rogar que lo rompa
Con mi muerte?» — Yo le oía
Muda, estremecida, absorta...
¡Ah, qué escena!

Cel. ¿No lo dije?
(*En voz baja á don Agustin.*)
Eres una pobre tonta. (*A Sabina.*)
¿Y qué has respondido...?

Sab. Yo...
¿Qué sé yo, tia Celedonia?
Ni sabía dónde estaba,
Ni qué hacía, ni...

Agust. ¡Esta es otra!

Sab. Mas pienso que mi respuesta
Ha sido satisfactoria,
Pues me ha besado la mano
Muy contento y muy...

Agust. ¡Traidora!

Sab. ¡Pues! ¡Ahora me acusas tú!
¡Oh! Van á volverme loca
Entre los dos.

Cel. Pero, niña,
Tan perspicaz hasta ahora,
Tan taimada, tan resuelta,
¡Y á lo mejor te abandona
La estrategia mujeril!

Sab. Es que... como soy bisoña...
Y él apuraba... ¡Dios mio!...
Aquí me caigo redonda
Si nos sorprende.
(*Se aparta un poco y mira adentro con mucha inquietud.*)

Agust. ¡Sabina!
(*Aparte con doña Celedonia.*)
Mucho temo una derrota.

Cel. Apelemos á los grandes
Recursos de la oratoria
Sentimental.

Sab. Nadie viene,
(*Volviendo á la escena.*)
Mas tengo miedo á mi sombra.
¿Qué haré, Dios mio?

Agust. ¿Qué harás?
Lo que suelen hacer todas.
Sacrificar á tu amante
Porque interés y lisonja
Triunfaron de la constancia
Que prometiste engañosa,
Y decir: «oros son triunfos»
Camino de la parroquia,
Tú que decias ayer
«Contigo pan y cebolla.»

Sab. Por Dios, no me digas eso,
Que mi amargura redoblas.
Yo te adoro, pero al cabo,
No es mi corazon de roca,
Y ver penar por mi causa
A un infeliz... ¡En mal hora
Con mi culpable mentira
Turbé su paz y en la copa
Que deleites le brindaba
¡Ay! le dí mortal ponzoña!

Agust. Pues bien, ingrata; aun no es tarde
Para que tú le socorras.
¿Qué dudas? ¿Por qué á sus piés
Desolada no te postras
Y le ofreces por antídoto
El afecto que me robas?

Sab. ¡Agustin!

Cel. Mejor seria
Darle jarabe de goma
Para curarle la tos
Que por la noche le ahoga,
Amen de otros alifafes
Y los síntomas de gota.

Sab. ¡Tia!

Agust. Arrójate en sus brazos,
Víctima propiciatoria,
Y el ébano de tus rizos
En su pelo gris embosca,
Y hunda su marchito labio
En tus mejillas de rosa.

Sab. ¡Horror!

Cel. Y sufre que el mundo
Infiel te llame y apóstata.

Sab. ¡Jamás!

Agust. Y sirve de ripio
A las columnas periódicas.

Cel. Y de escándalo á los ciegos.

Agust. Y ¡ay de tí si te hace coplas
El *Estudiante!* (1)

Cel. ¡Ay de tí
Si por su cuenta te toma
Fray Gerundio!

Sab. ¡Por piedad...!

Cel. Pasará el pan de la boda...
Quizá demasiado pronto,
Y empezará la carcoma
De los zelos... Porque, al fin,
Eres niña, eres hermosa,
Y el tutor...

Sab. ¡No mas!

Agust. ¡Qué vida

(1) Pseudónimo adoptado por el señor don *Antonio Maria de Segovia* en sus escritos festivos. Con el de *Fray Gerundio*, que mas abajo se cita, ha sido tambien mas conocido què con su propio nombre el señor don *Modesto Lafuente.*

Te espera! ¡Qué amargas horas!
¡Adios, paseo y teatro!
¡Adios, vestidos y joyas!
Te cerrará á piedra y lodo
Balcones y claraboyas.
Sab. ¡Por Dios!... Si yo...
Cel. Ni aun á misa
Podrás salir sin escolta.
Agust. Tu risa será traicion;
Tus lágrimas sospechosas.
Cel. Y en tu accion mas inocente
Pensará ver su deshonra.
Agust. Te matará á pesadumbres,
Y así acabará la historia.
Sab. ¡Válgame Dios!... ¿Quién ha dicho
Que yo he pensado tal cosa...?
Agust. Mas no seré yo quien vierta
Sobre el nicho que te esconda
Llanto inútil, que primero
Cubrirá la fria losa
Mi cadáver...
Sab. ¡Justo Dios!
Agust Sí, cruel. Aquí fué Troya.
(*Sacando una pistola.*)
Esta pistola cargada
Con tres balas y una posta...
Sab. ¡Detente, Agustin! ¡Bien mio!...
Haré lo que tú dispongas.
Tuya soy.
Cel. Basta. El amor
Sus santos fueros recobra.
Los momentos son preciosos. —
Guarda pronto esa pistola. —
¿Eres tú capaz, Sabina,
De una accion sublime, heróica?
Sab. Sí. Ya he dicho...
Agust. Siento pasos...
Cel. Apártate de nosotras
Y síguenos con la vista.
(*Don Agustin desaparece por entre los árboles hácia el último bastidor de la derecha.*)

ESCENA VII.

DOÑA CELEDONIA, SABINA.

Sab. ¿Será el tutor?
Cel. No. Es el posma
De Don Simon.
Sab. Aquí llega.
Cel. ¿Sí? Vamos.
(*Tomándola del brazo.*)
Sab. (¡Vírgen de Atocha!
¿Qué va á ser de mí? Yo tiemblo.)
Cel. (Ya puedo cantar victoria.)
(*Vanse por la derecha, y al mismo tiempo llega por la izquierda don Simon.*)

ESCENA VIII.

DON SIMON.

Por fin ya me veo libre
De la atroz doña Melchora,
Y para mayor consuelo
Se agarra sin ceremonia
Al brazo del farmacéutico,
Que á su pesar la remolca
Oyendo el largo catálogo
Y la nauseabunda historia
De sus partos y su réuma,
De su dogo y su cotorra;
Y pues mi cara Lucía,
Ya que mi brazo no toma,
Al de don Tomás se cuelga,
Que es casado y está en gloria;
Zelos, dejadme un instante
Respirar en otra atmósfera
Mas serena; y si aun aquí
Quereis que haga la parodia
Del *Otelo* en pantomima,
Al menos la haré á mis solas
Sin necios y sin coquetas
Que se rian á mi costa.

ESCENA IX.

DON SIMON, DON ANTONIO.

Ant. ¿Ha visto usted...
(*Viene por la izquierda.*)
Simon. (¡Dura estrella!...)
Ant. A mi pupila?
Simon. Poco ha
Que cruzaba por allá,
Y su tia iba con ella.
Ant. (Seguro estoy de la niña.
La tia tendrá paciencia.
Ya no temo su influencia,
Que el miedo guarda la viña.)
Simon. ¿Qué tiene usted, don Antonio?
¿Qué extraña cavilacion...?
Ant. ¡Soy tan feliz, don Simon...!
Voy á casarme.
Simon. ¡Demonio!
¿Qué hace usted? ¿No se horripila
Al ver este triste ejemplo,

Y antes de pisar el templo...?

Ant. ¡Eh...!

Simon. ¿Con quién?

Ant. Con mi pupila.

Simon. ¿Con la pupila? ¡Ay, amigo!
La amable doña Lucía
Tambien fué pupila mia
Antes de casar conmigo;
Y pues sabeis lo que soy
Y no ignorais lo que fuí,
¡Aprended, tutor, *de mí*
Lo que va de ayer á hoy!

Ant. ¡Oh! La suerte no es igual.
No me ciega el egoismo.
Yo soy amado.

Simon. Lo mismo
Pensaba yo..., y pensé mal.

Ant. La mia es un serafin,
Y cuando el sí pronunció...

Simon. El sí de las niñas. ¡Oh!...
Lea usted á *Moratin.*

Ant. Ella es libre...

Simon. Ella es mujer.

Ant. Y honrada y, seguro estoy,
No es capaz...

Simon. Si no lo es hoy,
Mañana lo puede ser.

Ant. Jamás...

Simon. A carrera larga,
La de mejor condicion
Puede dar un resbalon;
Y en fin, el diablo las carga.

Ant. La colmaré de regalos...

Simon. No sirve eso con la mia;
¡Y quizá me adoraría
Si la derrengase á palos!

Ant. Sin dar ese trato indigno
A la que mi dicha labra,
Yo sé... y, en una palabra,
Cada cual tiene su signo.

Simon. ¡Dichosa el alma tranquila...!

Ant. Yo sé bien, por lo que ví,
Lo que va de usted á mí,
Y de pupila á pupila.

Simon. ¿Qué escucho?...

Ant. Usted no se asombre.

Simon. Pero ¿á quién no escandaliza...?

Ant. Si la mujer se desliza,
Siempre es la culpa del hombre.

Simon. ¿Culpa yo porque pretenda
Un osado farmacéutico
Ser poseedor enfitéutico
De mi legítima hacienda?

Ant. Oir eso causa tedio.
Pues siendo así, ¿qué hace usté
Que no le da un puntapié
Y se le quita de enmedio?

Simon. Eso lo dice muy pronto
Quien no está comprometido;
Pero en llegando á marido,
El mas sabio es el mas tonto.
Hasta el dia de la fecha
¿En qué mi querella fundo?
¿En qué su malicia el mundo?
En una leve sospecha.
Mas si despido al galan
Con dicterios y amenazas,
¡Adios, honra! Por las plazas
Las gentes me silbarán.
Y así peligra el marido
Mucho mas, porque un amante
Nunca es tan interesante
Como cuando es perseguido.
¿Qué recurso el mundo deja
A quien con zelos batalla?
Es ridículo si calla,
Y mucho mas si se queja. —
Sí, señor; yo estoy zeloso
Y nunca la soltaría;
Pero como esto en el dia
Dicen que es hacer el oso...,
Y el amiguito es tan pulcro,
Y mi mujer tan taimada...
Está visto; no haré nada,
¡Y me echarán al sepulcro!

Ant. Entonces..., conformidad.

Simon. Sí; pero es mucha fatiga...
Y ¿quiere usted que le diga
Francamente la verdad?

Ant. Diga usted...

Simon. Pues tengo miedo
A don Frutos.

Ant. (¡Qué menguado!)

Simon. Y eso, que él es un cuitado,
Y mano á mano, le puedo.
Mas aunque yo no soy rana,
Puede emplear mi rival
Un arma terrible...

Ant. ¿Cuál?

Simon. La farmacopea hispana.

Ant. Entre Caribdis y Escila...
(*Riéndose.*)
¡Qué trance!

Simon. ¡Abra usted el ojo,
Y eche la barba en remojo,
Y una cruz á la pupila!

Ant. ¡Oh, qué moler!... Don Simon,
Cada cual mire por sí.
Yo sé muy bien... Pero aquí
Viene ya la reunion.
(*Empieza á oscurecer.*)

ESCENA X.

DON ANTONIO, DON SIMON, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, DON LIBORIO.

(*Todos vienen por la izquierda dando el brazo á su pareja de costumbre. Don Liborio solo, con la guitarra.*)

Tomás. ¿Qué hacemos? Todos se aburren,
Y ya la noche se acerca,
Y el aire anuncia tronada,
Y Madrid dista una legua.
Ant. Nos iremos... ¿Y Sabina?
Frut. En la granja. Entraba en ella
Con su tia cuando yo
Acompané hasta la puerta
A doña Melchora.
Simon. (¡ Cielos,
Qué perdurable pareja!
¡ Otra vez!)
Lib. Vaya, pongamos
Un jueguecito de prendas
Mientras vienen.
Ant. No. Ya es tarde.
Vaya usted: que se den priesa
A enganchar.
Lib. Voy.
Ant. Y de paso
Dé usted una voz... Que vengan
Esas señoras...
Lib. Corriente.

ESCENA XI.

DON ANTONIO, DON SIMON, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN.

Tomás. ¡Buena ha estado la ocurrencia
Del certámen borrical!
Simon. ¿ Certámen?
Tomás. Sí; en la pradera
Ha habido juegos ecuestres.
Simon. ¿ Has entrado tú en la fiesta?
(*A doña Lucia.*)
Frut. No, señor. Es delicada
De nervios, y se marea.
Tomás. Todos hemos cabalgado
Un poquito, menos ella.
¡ Cómo chillaba Jesusa!
Pero Mercedes, ¡ tan tiesa!
Jes. Porque la iba sosteniendo
Joaquinito.
Tomás. Mi Ruperta
No me quiso abandonar
A merced de aquella fiera.
Yo delante, ella á la grupa,
Y así... en forma de una *et cætera*,
Nuestro conyugal amor
Trotaba de Ceca en Meca;
Pero es carga, por lo visto,
Superior á asnales fuerzas
Un matrimonio feliz,
Pues pronto dimos en tierra;
Mi mujer,... Dios sabe cómo...
Simon. ¿Y usted?
Tomás. Yo..., por las orejas.
Rup. No le hagan ustedes caso.
Yo caí, mas con decencia.
Tomás. Peor libró Jesusita.
Jes. ¡ Vamos, que me da vergüenza...!
Tomás. Por sujetarse el sombrero,
Da fondo en una aguadera;
Grita, pierde el equilibrio;
Faltan brazos, sobran piernas...
Vaya, ¡ cosa mas graciosa...!
Enr. ¡ Eh! No diga usted simplezas.
Rup. ¡ Cómo la mirabas, pícaro!
(*En voz baja á su marido.*)
Yo te ajustaré la cuenta.

ESCENA XII.

DON ANTONIO, DON SIMON, DOÑA LUCIA, DON FRUTOS, DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, BELTRAN.

Belt. Dios guarde á ustedes. De parte
De aquella señora seca...
La del perrito...
Ant. ¿Qué quiere?
Belt. Que vaya y no se detenga
El boticario...
Frut. ¿Qué ocurre?
Belt. ¡ Ay, señor! Es cosa seria.
Ant. ¿Cómo...?
Merc. ¡ Dios mio!...
Belt. Al perrito
Le ha dado una pataleta.
Ant. ¡ Bá! Creí que era otra cosa.
Simon. Sí; vaya usted...
(*A don Frutos.*)

Frut. ¿Soy yo albéitar?
(*Oyese rodar y parar un coche á la izquierda del actor.*)
Tomás. No obstante, es preciso...
Jes. Sí;
¡Por Dios...!
Simon. Corazon de piedra,
Salve usted á aquella víctima...,
¡Tal vez á dos!
Frut. Será fuerza...
(*Soltando el brazo de doña Lucía.*)
Hasta luego. (*Vase corriendo.*)
Simon. Acoto el brazo.
(*Tomando el brazo de su mujer.*)
(No hay mal que por bien no venga.)

ESCENA XIII.

DON ANTONIO, DON SIMON, DOÑA LUCIA, DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, BELTRAN, DON LIBORIO.

Lib. Ya á la orilla del camino
A la comitiva esperan
Ensillados los caballos,
Albardada la jumenta,
Y de los coches el uno
Con su tiro de colleras.
Simon. Pues, ¿y el otro?
Lib. No lo he visto.
Se habrá roto alguna rueda...
Belt. ¡Ca! No, señor. Ya hace rato
Rompió como una saeta
De vuelta á Madrid.
Ant. ¡Qué escucho!
¿Y ahora lo dices, babieca?
Belt. ¡Toma! ¿Y quién lo ha preguntáo?
Yo no me meto en la renta
Del escusáo. Aunque soy
Paleto, tengo prudencia.
Ant. Pero ¿quién iba en el coche?
Belt. Cáncia la parte de ajuera
Las seis mulas y el zagal;
Y adrento, sigun las señas,
Doña Sabinita...
Ant. ¡Cielos!
Belt. Y su tia, doña... Esa...
Doña Ciliona.
Simon. ¡Qué oigo!
Rup. ¡Sabina!
Lib. ¿Cómo...?
Tomás. ¿Qué idea...?
(*Murmullo general de admiracion.*)
Belt. ¡Ah!... Tambien se colé drento,
Sin cudiarse de entiquetas
El calesero.
Ant. ¡Borracho!...
¿Qué estás diciendo?
Belt. La mesma
Verdad. Y la señorita
Arrancó de su cartera
Un peazo de papel,
Y puso al pié de la letra
Este dicumento.
(*Saca un papel y se lo da.*)
Ant. ¡Ah! Dame.
Simon. El mozo es todo lo bestia
Que puede ser.
Ant. ¿Es posible...?
¿Estoy soñando? ¡La pérfida...!

(*Lee.*) «Soy libre; soy amante.—Si hay tutores, hay leyes. —Huyo con Agustin y con mi tia. — Si me voy como Dios quiere, me casaré como Dios manda.—Culpe usted á su tiranía, y no á mi liviandad.
SABINA.»

¡Ah falsa, traidora, ingrata!
¿Así pagas mis finezas,
Mi amor, mi bondad...? ¡Infame
Seductor! ¡Tia perversa!
¡Oh necia credulidad
La mia! ¡Oh traicion horrenda!
¡Jurarme sincero amor,
Fingir cándida inocencia,
Y venderme así...! ¡Dios mio!
¡Dios mio! ¡En edad tan tierna
Tanta maldad! Ya no hay fe,
Ya no hay virtud en la tierra.
¡Venganza!... ¡Un caballo!
Enr. El mio...
Ant. Lo acepto. Dios me reserva
Un consuelo... : ¡la venganza!
¡Ah! Yo haré que te arrepientas,
Infeliz; ¡y será tarde!
Tu boda será funesta,
Lo juro. ¡A mí la victoria,
A tí el llanto y la vergüenza!
(*Vase corriendo por la izquierda.*)

ESCENA XIV.

DON SIMON, DOÑA LUCIA, DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, JESUSA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON JOAQUIN, BELTRAN, DON LIBORIO.

Rup. ¡Qué lance!
Lib. ¿Quién lo diría...?

Simon. Pues yo sé de algun profeta
Que le anunciaba...
Tomás. Una gota
Me ha caido en esta ceja.
(*Se oye tronar.*)
Lucía. La tempestad está encima...
Lib. ¿Oyen ustedes? Ya truena.
Rup. ¡Al coche!
Simon. ¡Al coche!
Lucía. ¿Y don Frutos?
Jes. ¿Y mamá?
Tomás. ¡Al coche, Ruperta!
(*Desaparecen corriendo por la izquierda.*)
Simon. (Ahora es la mia.) Corramos...
Lucía. Pero...
Simon. Al coche los que quepan.
¡Puto el postre!
(*Vase con doña Lucía.*)
Lib. Vamos, niñas...
Merc. Pero mamá que se queda...
Lib. Vamos, que llueve. Despues
Dará el carruaje la vuelta.
Siete cabremos.
Jes. ¡Mamá!...
Enr. Llévame á tu grupa.
(*A don Joaquin, y se va con él.*)
Lib. Ahí queda
Don Frutos... (*Arranca con ellas.*)
Merc. ¡Mamá!... (*Ya dentro.*)
Lib. Volemos...
(*Lo mismo.*)

ESCENA XV.

BELTRAN, DON FRUTOS,
DOÑA MELCHORA.

Belt. ¡No se ha armado mala gresca!
(*Guarecido de un árbol.*)
(*Llega por la derecha don Frutos con el botiquin bajo el brazo izquierdo y dando el derecho á doña Melchora, que trae consigo el perrito. Menudean los truenos y relámpagos, crece la lluvia y cierra la noche.*)
Frut. Vamos, que se van...
Melch. ¡Jesusa!...
(*Acariciando al perro.*)
¡Animalito!... Este réuma...
Frut. ¡Corra usted...!
Melch. ¡Jesus!...
(*Se oye rodar el coche.*)
Belt. Ya es tarde.
Ya va por la carretera
Echando chispas el coche.
Melch. ¡Ay, válgame santa Tecla!
Lloviendo á mares... El perro...
Frut. El botiquin...
Melch. ¿Quién nos lleva
A Madrid?
Belt. La borriquilla
Se tomará esa molestia.
Allí está...
Frut. ¡Bravo refuerzo,
Y está lloviendo á fanegas!
(¡Ay Lucía!...) Otro carruaje...
Aunque sea una carreta...
Belt. No hay amparo. Pero el coche
Volverá...
Frut. (¡Tambien me llega
Mi san Martin!)
Melch. ¡A la granja!
Frut. ¿Cuánto tardará?
Belt. Hora y media.
Frut. ¡Ahí es nada!
Melch. Vamos, hijo.
En tanto cobrará fuerzas
El perrito, y en el hombro
Me dará usted unas friegas.
Frut. ¿Qué friegas, ni qué...?
Melch. Volemos...
Frut. ¡Maldicion!... (¡Qué diferencia!)
(*Vuélvense corriendo hácia la casa.*)
Belt. Estas junciones de campo
(*Siguiéndolos.*)
Siempre acaban en trigedia.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Antonio. Puerta en el foro y otras dos laterales. Entre otros muebles decentes habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DON SIMON,
DON TOMAS.

Simon. Al tocador de Sabina
Se ha marchado mi mujer,
Y ahora, señor don Antonio,
Que estamos solos los tres,
Díganos usted, si gusta,
En qué paró lo de ayer;

Y cómo las desertoras
Volvieron á su cuartel;
Y cómo es que están ustedes
Tan en paz, al parecer,
Y la niña se engalana,...
Y no la ha matado usted.
Aquí hay misterio...
Ant. Ninguno.
En dos palabras diré
Lo ocurrido. Cuando supe
Que de un pillo á la merced
Y engañada por su tia,
Que es el mismo Lucifer,
La ingrata pupila huyó,
Mi primer impulso fué
Perseguirla, y del amante
Tomar venganza cruel.
Metí espuelas al caballo;
Pero pensando después
Que hecha estaba la locura
Y yo sería tal vez
Menos digno de indulgencia
Perdiendo el juicio tambien,
Puse todo mi conato
Luego que á Madrid llegué
En salvar, si era posible
Después de tal proceder,
El honor de mi pupila.
Hasta cerca de las diez
Corrí sin fruto en su busca,
Y por fin los encontré
En el gobierno político,
Cuando en nombre de la ley
Ya la licencia obtenian
De que habian menester.
Respeté la providencia;
Mas, jurando por la fe
De hombre honrado no forzar
La voluntad de esa infiel,
Pedí que en mi propia casa
La depositase el juez,
Y en atencion á que el dote
Es cantidad de interés,
Se firmara aquí el contrato
Y mi solvencia con él.
Aceptóse mi propuesta,
Que á todos estaba bien
Para evitar comentarios
De tertulias y cafés;
El notario vendrá luego,
Vendrá el amante doncel
Y... Dios los haga felices.
Simon. Amen. Diga usted: amen.
¡Por vida del otro Dios!...
¿Con que se hace usted de miel
Después de accion tan inicua?
No me queda mas que ver.
¿Y es usted el que culpaba
Mi paciencia y mi sandez?
Yo al fin gimo, y refunfuño,
Y negra como la pez
Tengo la sangre, y reniego
Del dia en que me casé,
Y si pillo á mi consorte
En algun renuncio... ¡pues!...
Soy capaz... Pero usted tiene
Alma de... ¿qué sé yo qué?
¡Dejarse robar la novia,
Traerla á casa después,
Y presenciar el contrato,
Y soltar de bien á bien
El dote... Por lo que veo,
Tendría este hombre placer
Hasta en servir de padrino
A su rival. ¡Voto á quien!...
Ant. Note usted que era Sabina
Mi amada; no mi mujer.
Tomás. La prudencia es gran virtud.
Ella es ella; él es quien es.
Llorar con la cruz al hombro
A cada paso se ve,
¿Pero por librarse de ella?
Sería ridiculez.
Sé lo que pesa la mia,
Y le doy el parabien.
Simon. Pero, señor, ¿es posible....?
Ant. Señor don Simon, yo sé
Lo que me hago. Su permiso
Ruego á ustedes que me den.
Tengo que arreglar papeles...
Tomás. ¡Oh! No se incomode usted
Por nosotros.
Ant. Hasta luego.
(*Entra en la habitacion de la derecha.*)
Simon. ¡Va á hacer un lindo papel!

ESCENA II.

Don SIMON, Don TOMAS.

Tomás. ¡Vaya, que no tiene precio
Lo del rapto y lo del coche,
Y al abocarse la noche
Caer chubasco tan recio!
Simon. Por fin el signo de Acuario,
Ya que otro signo me acosa,
Me dió venganza sabrosa
Del insigne boticario.
Llorando entre aquellos berros
La ausencia de su Lucía,
¡Qué buen rato pasaría
Dado á Melchoras y á perros
Vaya, lo que yo rei

Anoche por el camino...
Mientras el coche fué y vino,
Tres horas estuvo allí.
Muerto de angustia y de miedo
Llegó por fin á deshora
Con su dogo y su Melchora
A la puerta de Toledo,
Y sin mas cama que el frac,
Si tarda cuatro minutos
El delicioso don Frutos
Pasa la noche al vivac.
Tomás. ¿No ha venido aquí...?
Simon. Algun pasmo,
Que curará con meconio,
Hoy libra á mi matrimonio
De ese eterno pleonasmo.
¡Qué gozo! ¿Y usted no sabe,
Caro amigo, la chuscada
Que tengo ya preparada
A ese galan de jarabe?
Tomás. No.
Simon. Me voy con mi consorte
Para verme libre de él.
Tomás. ¿Dónde?
Simon. A la Seo de Urgel.
Ya tengo aquí el pasaporte.
Tomás. ¡Tantas leguas de arrecife!...
Simon. Aun son pocas á fe mia,
Que por no verle me iría
Al Pico de Tenerife.
Tomás. Vaya usted, y Dios le ampare;
Mas ¿dónde no habrá un galan?
O, como dice el refran,
¿Dónde irá el buey que no are?
Simon. ¡Eh!... Por hoy, lo que me urge
Es huir de la farmacia,
Porque no tendria gracia
Que me diesen un menjurge...
Mas ¿cómo usted no ha traido
A la esposa?
Tomás. Estaba en misa,
Y como vine de prisa...
Simon. ¡Qué escucho! Tan buen marido...
Tomás. Yo me encuentro bien sin ella.
Simon. No es posible. ¿A quién no halaga
El dulce amor...?
Tomás. Mas aciaga
Que la de usted es mi estrella.
Simon. ¡Pues! y lleva usted la palma...
Tomás. ¡Del martirio!
Simon. No. Esa es grilla.
Yo sé...
Tomás. Todo lo que brilla
No es oro, amigo del alma.
Simon. ¿No es ejemplo de ternura...?
Tomás. Si, pero con tal exceso,
Que ya me derriba el peso
De mi conyugal ventura.
Yo no soy dueño de mí
Ni una hora, ni un instante.
¡Mal haya amor semejante,
Si es amor el frenesí!
Simon. Yo creía á usté en el centro
De la gloria...
Tomás. Sufro, rio,
Callo..., pero, amigo mio,
La procesion va por dentro.
¿Hay tormento tan cruel
Como una mujer llorona,
Y suspicaz, y sobona...?
¡Oh! Me hará soltar la piel.
Simon. ¿De veras? ¿Está usted loco?
¿Es posible...?
Tomás. Me impacienta,
Me fastidia, me revienta,
Me pudre..., y aun digo poco.
¡Y cada vez mas me capto
El amor de ese demonio!
¡No fuera yo don Antonio!...
¡Cuánto envidio lo del rapto!
Simon. Si está tan enamorada,
¿Cómo tendría el descoco
De...?
Tomás. ¡Ni ella vale tampoco
La pena de ser robada!
Simon. ¡Este pobre don Tomás...!
¿Con que ya encontré un casado
Mas que yo desventurado?
Tomás. Sí, señor; mil veces mas.
Simon. ¡Hombre, hombre, qué bueno fuera
Si para mutuo consuelo
Cambiásemos... pelo á pelo!
Tomás. Yo la cambio por cualquiera.
Simon. Puede que yo me equivoque,
Mas si se hiciera el mercado,
Yo quedaria obligado
A pagar el alboroque.
Tomás. Amigo, usted no lo acierta.
No la hay peor que la mia.
Simon. Sí, mientras viva Lucía.
Tomás. No, mientras viva Ruperta.
Simon. Pues, á fuer de hombres sesudos,
Suframos ambos á dos
Y supliquemos á Dios
Que pronto nos haga viudos,
Porque allá se van, *mutatis*
Mutandis y, en mi opinion,
Quien supiera lo que son
No las querría ni *gratis*.
Tomás. No, por cierto. ¡Qué prebenda!
Al mas pintado le doy...
(*Baja la voz viendo entrar á su mujer por la puerta del foro.*)

¡Mi mujer...! ¡Perdido soy!
¡Dios me asista y me defienda!

ESCENA III.

DON SIMON, DON TOMAS, DOÑA RUPERTA.

Rup. ¡Ah pérfido!... Al fin te veo...
Tomás. Estabas en Santa Cruz...
Me llamaba don Antonio
De prisa...
Rup. ¿Y no sabes tú
Que entre marido y mujer
Todo debe ser comun?
Tomás. Yo creí que no importaba...
Rup. ¡Sin decir siquiera abur
A una mujer que te adora!
Alguna entruchada, algun...
Tomás. Cálmate, dulce Ruperta,
Y no te dé un patatús,
Que si te mueres, á entrambos
Nos harán el ataud.
Rup. No te creo, que conmigo
Procedes como tahur
Y tras de alguna pindonga
Te habrás venido. ¡Jesus!
Me vas á quitar la vida.
Tomás. Por el firmamento azul
Juro... — ¿Qué tal?
(*En voz baja á don Simon.*)
Simon. ¡Buena hembra!
(*Lo mismo.*)
¡Así tenga la salud!
Rup. ¿Qué le dices al oido?
Tomás. Nada. Que vale un Perú
Mi mujer y no me cambio
Por el mismo Mahamud.
Rup. No. Algun intriga...
Simon. Señora,
Míreme usted á la luz.
¿Tiene usted zelos tambien
De mi rancia senectud?
Tomás. ¿Quién sabe...?
Simon. Usted se ha dejado
Los ojos en el baul.
Rup. ¡Él me habla de ojos, Dios mio,
Y no ve los *rendivús*
Que prodiga á su mujer
El boticario gandul!
Simon. Señora, eso es ya salirse
De la cuestion.
Rup. Yo, segun
Se me habla...
Simon. Llámela usted
(*A don Tomás.*)
Al órden.
Rup. ¡Qué ingratitud!
(*A don Tomás.*)
¡Escapárseme de casa...!
Tomás. Mujer, eres el *non plus*...
Rup. ¿De qué?
Tomás. De nada. Perdona;
Mas calla con Belcebú,
Que viene gente, y yo solo
Debo cargar con la cruz.
(*Doña Ruperta toma el brazo de su marido.*)

ESCENA IV.

DOÑA RUPERTA, DON TOMAS, DON SIMON, SABINA, DOÑA CELEDONIA, DOÑA LUCIA.

(*Llegan por la puerta de la izquierda.*)

Cel. ¡Oh, amiga doña Ruperta!
Rup. Servidora... — No te sueltes.
(*A don Tomás.*)
Cel. Celebro que usted tambien
(*A doña Ruperta.*)
Asista al acto solemne
De la boda de Sabina.
Rup. No tenía antecedente...
Lucía. Sí, señora. Ya está todo
Arreglado. El cielo vuelve
Por la oprimida inocencia.
Simon. (¡Bien! Mi mujer la protege.
Ya se ve; la simpatía...)
Sab. Don Antonio se convence...
Simon. No me maravillo. Un rapto
Es razon muy convincente.
Sab. Era el único recurso
Que me dejaba la suerte...
Mas recordar lo pasado
Ya no es útil ni prudente,
Y basta que mi tutor
Su clásico error confiese
En el hecho de traernos
Segunda vez á su albergue,
Para transigir nosotros
Tambien amistosamente...
Cel. Pues, por mi voto, la chica
Se mantendria en sus trece.
Simon. ¿No la casan con su amante?
Cel. Sí, señor.
Simon. Pues ¿qué mas quiere?
Cel. Pero en casa del tutor
Y cubriendo el expediente,
Como se suele decir.

Así no será tan célebre
El aviso á los tutores
Y el triunfo de las mujeres.
Simon. Muy bien. (Padres de familia,
Hé aquí una aya excelente
Para vuestras hijas.) — ¡Hola!
(*A Sabina.*)
¡De veinticinco alfileres!
Sea en hora buena. Pero
¿Cómo es que el novio no viene?
Sab. No tardará.
Simon. Vaya en gracia.
Ya deseo conocerle.

ESCENA V.

DOÑA CELEDONIA, SABINA, DOÑA RUPERTA, DOÑA LUCIA, DON SIMON, DON TOMAS, DON ANTONIO.

Ant. Señoras, si ustedes gustan
De pasar al gabinete...
Lucía. Bueno.
Rup. Como usted disponga.
Ant. Aquello está mas alegre,
Y hasta que venga el notario...
Cel. Vamos pues...
Ant. Soy con ustedes.—
No te vayas tú, Sabina.
Sab. Muy bien.
Cel. ¡Firme! No te dejes
(*Al oido.*)
Seducir.
Sab. Seré inflexible. (*Lo mismo.*)
Simon. (Don Antonio es un imbécil.)
(*Vanse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

DON ANTONIO, SABINA.

Ant. Cuando se acerca el instante
Que decidirá tu suerte,
No creas que voy á hacerte
Reconvenciones de amante.
Dios te ha dado un albedrío
Que yo siempre he respetado,
Y bien sé que no me es dado
Quejarme de tu desvío,
Y si al menos en tu labio
Hubiera sonado fiel,
Albricias te diera de él,
Lejos de llamarle agravio;
Mas el honor de un desden
Tu ingratitud no me quiso
Otorgar. ¡Era preciso
Burlar á un hombre de bien!
¡Era débil la victoria
Del galan que tanto alabas
Si mi oprobio no le dabas
Por trofeo de su gloria;
Que para quien solo aspira
Á novelesca opinion
Ni es culpable la traicion,
Ni es infame la mentira!
Sab. Confieso que ciega anduve...
¿Cuándo no es ciego el amor?
Para huir tuve valor
Y para hablar no lo tuve.
No debí ser tan cobarde,
Sino postrada á esos piés,
Decir la verdad. Después
Lo pensé. Mas era tarde.
Entre un novio y un tutor,
Débil, incauta mujer,
Yo no sabía que hacer,...
Y al fin hice lo peor.
Ant. Pues lo has confesado así
Y en mi alma no cabe encono,
Sabina, yo te perdono,...
Y perdóname tú á mí.
Sab. ¡Señor!...
Ant. No es cuerdo en mis años
Pedir al amor primicias,
Y antes que soñar delicias
Debí temer desengaños.
Ya no aspiro á tu hermosura;
Te lo digo sin despecho;
Mas aun reclamo el derecho
De mirar por tu ventura.
Créeme, Sabina; ten juicio.
Aun es tiempo. Esa pasion
Destierra del corazon,
Aunque es duro el sacrificio.
Mira no llores un dia
¡Sin razon! tu amarga suerte.
¡Mira que van á perderte
Ese amante y esa tia!
Sab. No se canse usted en vano,
Que son calumnias... En fin,
Tal como sea Agustin,
Le amo y le daré mi mano.
Ant. ¡Ah, Sabina!...
Sab. Sea yo
En quien pruebe usted su ceño,
Pero injuriar á mi dueño...
Perdone usted. Eso no.
Ant. Sabina, un recuerdo triste
Me has de oir aunque te aflija.
Tu tio tuvo una hija,
Á quien tú no conociste.

Ella tambien sus hogares
Mal casada abandonó,
Y á los tres años murió
Consumida de pesares.
Víctima de aquel desliz,
El padre murió tambien.
Solo para hacerte bien
Sobrevivió á la infeliz.
Yo te recibí en mis brazos
Cuando con dolor profundo
Recordaba moribundo
Aquellos fatales lazos.
« Véla por ella, me dijo.
La he dotado generoso.
De tí reciba un esposo.
De su gratitud lo exijo. »—
Si la postrer voluntad
Tu corazon no domina
Del que te amparó, Sabina,
En la mísera orfandad,
Cúmplase tu ciego antojo;...
Mas sea dentro de un año.
Si entonces ya el desengaño
No te cubre de sonrojo...
Sab. La memoria de mi tio
Respeto mucho; es sagrada,
Pero estoy enamorada.
Ya este corazon no es mio.
Mi boda no ofende á Dios;
De ella mi ventura aguardo,
Y si un dia la retardo,
¡Vamos á morir los dos!
Ant. (¡Locura!...) Vete. ¡No mas!
Toda reflexion es vana.
Si te arrepientes mañana...
Sab. ¿Yo arrepentirme? Jamás.

ESCENA VII.

Don ANTONIO.

Merecía la insensata,
Ya que así me desespera,
Que yo vengativo fuera
Tanto como ella es ingrata.
(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y lo guarda en un cajon de la mesa.*)

ESCENA VIII.

Don ANTONIO, Don AGUSTIN,

Agust. Saludo á usted, don Antonio.
Ant. Bien venido, caballero.
Agust. Ya es la hora convenida...
Ant. Lo sé. Tome usted asiento.
Agust. Estoy bien.
Ant. Aun no ha venido
El notario.
Agust. Vendrá presto. —
Siento mucho la ocurrencia
De ayer, pero á tal extremo
Nos redujo usted mostrando,
Por causas que no comprendo,
Tan injusta oposicion
A nuestros justos deseos.
Ant. Mas que yo manda la ley;
Y pues su fallo venero,
No hablemos de lo pasado.
Use usted de su derecho.
Agust. No obstante, me pesaría
De que algun resentimiento...
Ant. Con evitar el escándalo
Yo me doy por satisfecho,
Y tal vez me olvidaré
De ofensas que no merezco
Si Dios quiere bendecir
El tratado casamiento
Y usted logra hacer dichosa
A mi pupila.
Agust. Mi anhelo
No es otro, y debe esperarlo
Del amor que la profeso.
Ant. Está bien.
Agust. Mas no será
Mi regocijo completo
Hasta haberme granjeado
Con pruebas del mas sincero
Cariño y la mas profunda
Veneracion el aprecio
De usted.
Ant. No soy rencoroso.
Dejemos obrar al tiempo...
(¡Para el necio que te crea!)
Agust. (Nada cuesta un cumplimiento.)

ESCENA IX.

Don ANTONIO, Don AGUSTIN, el Notario, tres Testigos.

Not. Felices dias, señores.
Puntual á la cita vengo
Con los testigos...
Ant. Muy bien.
Sentarse. Al instante vuelvo.

ESCENA X.

DON AGUSTIN, EL NOTARIO, LOS TESTIGOS.

Agust. Ya traerá usted extendido
El contrato...
Not. Con efecto.
El memorial en cabeza
Con el marginal decreto
De la autoridad civil;
Las declaraciones luego
De cónyuges y testigos,
Con los oportunos huecos
Para las firmas.
Agust. Corriente.
¿Y el dote?
Not. Al folio vigésimo
Se estampa la diligencia...
Digo; el encabezamiento
Y demás, porque la suma
Está en blanco, por supuesto.
Agust. De quince á veinte mil duros
Debe de ser por lo menos.
El mismo tutor lo ha dicho...
Not. Era el difunto don Pedro,
Tio de la contrayente,
Hombre de mucho dinero.
Agust. (¡Qué vida me voy á dar!
Iré á Paris el invierno...)
Not. Ya están aquí. ¿La futura...?
Agust. Aquella. ¡Feliz momento!

ESCENA XI.

DON AGUSTIN, EL NOTARIO,
LOS TESTIGOS, SABINA, DOÑA CELEDONIA,
DON ANTONIO,
DON TOMAS, DOÑA RUPERTA, DON SIMON,
DOÑA LUCIA.

Ant. Siéntanse ustedes.
(*Todos se sientan: don Agustin lo hará al lado de los testigos. El notario á la mesa de escritorio.*)
Ya es hora
De poner dichoso término
A un lance desagradable
Y de cumplir los deseos
De mi pupila y su novio.
Sea cual fuere el concepto
Que yo formé de esa boda,
Harto hago cuando me presto
A que en mi casa se firme
El contrato, y desde luego...
Not. Pues, con permiso de usted
Y la asamblea, comienzo.
Ant. Antes que el acto principie,
(*Dándole unos autos.*)
Tome usted el testamento
Del señor don Pedro Aznar,
Y lea en el folio sexto
La cláusula en que á Sabina
Dotó con veinte mil pesos.
Not. Eso después. Es preciso
Que procedamos con método.
Leeré el decreto del jefe
Político...
Agust. Sí. Lo de menos
Es la dote...
Ant. Yo suplico
Al señor notario, y tengo,
Como se verá, razones
Poderosas para ello,
Que anticipe la lectura
De ese legal instrumento.
Not. No es el órden; pero, en fin,
Pues usted lo pide, leo.
«*Item.* Dejo á mi sobrino (*Leyendo.*)
Don Gregorio Aznar...»
Ant. No es eso.
(*Acercándose y señalando al notario lo que ha de leer.*)
Mas abajo. Aquí principia.
Agust. Oigamos.
Simon. (¿Qué será esto?)

Not. (*Leyendo.*) «*Item.* Señalo á mi sobrina Claudia Sabina Micaela Aznar, hija de mi amado hermano don Nicolás y de doña María del Pilar Atienza, que esten en gloria, por via de dote, y para sus alimentos hasta que llegue á edad núbil y quiera tomar estado, cuatrocientos mil reales...»

Ant. Perdone usted. Yo declaro
Que ni ahora ni nunca quiero
Reclamar ni un solo real
Por once años de alimentos
Que ha disfrutado Sabina;
Antes respondo del rédito
Del capital, á razon
Anual de cinco por ciento.
Sab. ¿Qué oigo? ¡Señor don Antonio!...
Agust. (¿Será posible...?)
Cel. (Yo sueño.)
Rup. ¡Qué nobleza!
Not. Es usté el fénix
De los tutores modernos.
(¡Y decian que era avaro!)
Tomás. ¡Qué generoso!
Simon. (¡Qué necio!)
Agust. ¡Ah! Ese rasgo me confunde...
(*A don Antonio, levantándose.*)

Ant. Bien, bien...
(*Con seriedad.*)
Siga usted leyendo.
(*Al notario.*)

Not. « Cuatrocientos mil reales; pero con la bien entendida, forzosa é invariable condicion... »

Cel. ¿Condicion ha dicho usted?
(*Con inquietud.*)

Not. Condicion.
Ant. Lea usted.
Agust. (¡Cielos!...)

Not. « De que ha de preceder á su boda el explícito y formal consentimiento de mí albacea y tutor de Sabina, don Antonio Bermudez. »

(*Murmullo general de sorpresa.*)

Sab. ¡Ah, tia...!
Agust. (¡Perdido soy!)
Cel. (¡Cómo lo callaba el pérfido!
¡Ah! Si yo hubiera sabido...)
Simon. (Esto ya muda de aspecto.)

Not. « Y si, enterada oportunamente de esta mi postrera irrevocable voluntad, prefiriese un marido de su sola y exclusiva eleccion al que mereciere la aprobacion de dicho don Antonio Bermudez, quiero que la consabida suma, luego que se realice el casamiento, sea por partes iguales aplicada á los hospitales de locos de Toledo, Sevilla y Zaragoza. »

(*Nuevo murmullo.*)

Simon. (Era hombre que lo entendia
El suso-expresado muerto.)
Cel. ¡Qué traicion!
Agust. (¡Qué compromiso!)
Ant. Hé aquí el justo fundamento
Que tuve para pedir
Que se leyese primero
Lo que ustedes han oido.
Ahora bien; sin que mi intento
Sea injuriar al señor
Don Agustin, yo no puedo
Dar á esa boda, ni nunca
Daré mi consentimiento.
Agust. (¡Me ha burlado!)
Sab. ¡Oh Dios!...
Cel. A mí
(*Sofocada.*)
Me va á dar algo.
Simon. ¡Bien hecho,
(*Levantándose.*)
Voto á brios! ¡Sublime! ¡Heróico!
¡Santo! Toque usté esos huesos,
Camarada.
Ant. Don Simon,
Siéntese usted. Esto es serio.
(*Vuelve á sentarse don Simon.*)
Agust. ¡Y para salir con esa
Embajada, tanto empeño,
Tanto afan de levantar
El depósito y traernos...!
Ant. Quise al menos impedir
Que fuese escarnio del pueblo
Esa infeliz...
Cel. Quiso usted
(*Levantándose furiosa.*)
Con intrigas y embelecos
Obligarla á transigir.
Sepan ustedes, — y pienso
Publicarlo en los periódicos, —
Que si niega como un perro
Su aprobacion á la boda,
No es porque sea con Pedro
Ni con Juan; es porque aspira
A la novia y al dinero.
La muchacha no le quiere
Por ridículo y por viejo;
No la ha podido engañar,
Y ahora busca impedimentos
Y tranquillas ¡y la sitia
Por hambre! Hé aquí el secreto.
Ant. A esa indigna acusacion
Yo responderé á su tiempo,
Y la postrera será
Que oiga de usted: lo prometo. —
Ahora puede usted, si gusta,
(*Al notario.*)
Formalizar el concierto,
Señor notario. Una vez
Que ya permiso les dieron,
Tanto da que se haga aquí
Como en otra parte.
Not. Bueno.
Sab. Yo no vacilo. Estoy pronta;
(*Levantándose.*)
Que mi amor no está sujeto
A mezquinos intereses,
Y si todo el universo
No sería poderoso
A apagar tan dulce fuego,
¿Yo, viva, me he de rendir
A los caprichos de un muerto?
Por el bien que el alma adora
Renunciara con desprecio
A las minas del Perú
Y á los tesoros de Creso.
Basta á nuestra fe recíproca
Parca mesa y pobre lecho.

Trabajando, si es forzoso,
Ganaremos el sustento,
Y aunque el mundo corrompido
Nos rechace de su seno,
¿Qué importa? No ha de faltarnos
Una choza en un desierto.
¡Oh Providencia, que cuidas
Del pájaro y del insecto,
No podrás abandonarnos
Al hambre y al desconsuelo!

Simon. (¡Bien! ¡Con ese rasgo heróico
Hará buen caldo el puchero!)

Sab. ¿Callas, Agustin? ¿Qué dudas?
Hé aquí mi mano. — Firmemos.

Agust. Diga usted, señor notario,
Ese papel ¿es auténtico?

Not. Y fehaciente.

Agust. Esa cláusula
¿Es legal?

Not. Pues ¿no ha de serlo?

Sab. ¡Que lo sea! La ventura
Conyugal no tiene precio,
Y el éxtasis del amor...

Agust. Sí; bien mio, yo comprendo
Sus inefables dulzuras;
Pero entre el alma y el cuerpo
Hay relaciones tan íntimas
De amistad y parentesco,
Que si este desmaya, aquella
No está para jubileos.

Sab. ¡Agustin!

Agust. La medianía
Es soportable, convengo,
Pero la indigencia tiene
Una cara que da miedo.
Si tú sola fueses pobre,
No repararía en eso,
Pero yo lo soy tambien,
Y nada y nada... son cero.
Si nos casamos los dos
Tú te pierdes, yo me pierdo,
¡Y échale un galgo á la dote!
Al són de nuestros lamentos
Los hospitales de locos
Entonarán el *Te Deum.*

Sab. ¡Ah!
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

Simon. (No es malo por si un dia
Venís á parar en ellos.)

Agust. Renuncio pues á tu mano.

Sab. ¡Dios mio!...

Agust. Y harto lo siento;
Mas, si no mi bien, el tuyo
Reclama tamaño esfuerzo
De mi corazon amante;
Porque eso del menosprecio
De las riquezas, y el bosque,
Y el pájaro y el insecto,
Son famosos materiales
Para hacer bonitos versos,
Pero el estómago... En fin,
Lo dicho dicho y... *laus Deo.*

ESCENA XII.

SABINA, Doña CELEDONIA,
Doña RUPERTA, Doña LUCIA,
Don ANTONIO, Don SIMON, Don TOMAS,
el Notario, los Testigos.

Sab. ¡Y la tierra no me traga!
¡Traidor! ¡Ingrato! ¡Protervo!
(*Se sienta abatida y avergonzada. Don Antonio acude á consolarla.*)

Simon. Y aquí acaba la novela.
Perdonad sus muchos yerros.

Lucía. ¡Mire usted!

Tomás. (¡Este es el mundo!)

Rup. ¿Quién diria...?

Cel. (¡Estamos frescos!)

Ant. Criatura, no te afiijas;
Antes, da gracias al cielo
Que te libra del abismo
Que á tus piés estaba abierto.
Por dicha tuya, infundado
No fué mi presentimiento,
Y conocerás ahora...

Sab. ¡Ah, señor! Yo no me atrevo
A mirar á usted siquiera.
¡Qué injusta fuí! Me avergüenzo
De mi flaqueza y mi error,
Mas ¡ay de mí! fué el primero
Que me dijo: yo te amo,
Y el corazon inexperto...
Me cegaron sus lisonjas,
Sus falaces juramentos,
Sus lágrimas... Sí; ¡lloraba!
¿Lo creyera usted? ¡Perverso!...
Mas no hay para mí disculpa.
De rodillas lo confieso.
(*Se arrodilla á los piés de don Antonio y este la levanta.*)
¡Oh! No me perdone usted,
No, señor. ¡No lo merezco!

Ant. Basta. Siéntate, hija mia.
(*La hace sentar.*)
Te he salvado. Estoy contento.
Ahora voy á contestar
A tu tia.

Cel. ¿A mí?...

Ant. Hay un pliego
(*Al notario.*)

Cerrado en este cajon...
(*Indica el que lo contiene, y lo saca el notario.*)

Not. ¿Es este que tiene un sello...?
Ant. Sí, señor. Abralo usted.
Not. Tiene una escritura dentro...
(*Rompe el sobre y mira el papel que cubria.*)
Ant. Aquí está lo sustancial.
(*Señalando lo que ha de leer.*)
Léalo usted.
Not. Hum... hum...
(*Lee para sí.*)
Ant. Recio.

Not. (*Leyendo en alta voz.*) « ... Declaro que si dicho don Agustin es tan fino amante y tan buen caballero que no titubea en casarse con mi pupila aun después de saber que pierde todo derecho á la dote referida, me obligo yo á dotarla en igual cantidad, y para ello hipoteco... »

Ant. *Et cætera.* Así respondo
A los infames denuestos
De esa mujer.
Sab. ¡Ah, señor!...
¡Ah, tia!
Tomás. ¡Admirable ejemplo
De bondad!
Simon. ¡Virtud magnánima!
Yo lloro como un muñeco.
Ant. Ahora puede usted, señora,
(*A doña Celedonia tomando la escritura.*)
Llevar ese documento
A su protegido...
Cel. ¡Al diablo,
(*Dando un manoton al papel.*)
Que mueve todo el infierno
Contra mí! ¡Oh rabia...! En el moño
No me ha de quedar un pelo.
(*Se va por el foro. Todos se levantan como para contenerla.*)

ESCENA ULTIMA.

SABINA, Doña RUPERTA, Doña LUCIA, Don ANTONIO, Don SIMON, Don TOMAS, el Notario, los Testigos.

Tomás. ¡Señora...!
Ant. No, no hay cuidado.
Es peluca. — Ya no debo (*A Sabina.*)
Tenerla mas en mi casa.
La mantendré; pero ¡lejos,
Lejos de mí! Tú, hija mia,
Si después de este escarmiento
Le niegas tu confianza
Y oyes dócil mis consejos,
Mejor esposo tendrás...,
Sin que yo pretenda serlo.
Sab. ¡Ah! ¿Quién me hiciera dichosa
Como usted? ¡Pluguiera al cielo
Que no fuese indigna yo
De enlace tan halagüeño!
Ant. ¿Qué dices? ¿Podré aspirar
Todavía...? ¿Será cierto...?
Tomás. ¡Por Dios, no se case usted,
(*Acercándose con precipitacion y hablándole al oido.*)
Por Dios,... que corre usted riesgo
De que su mujer le adore,
Y este es el mayor tormento...!
Rup. ¿Qué le dices, fementido?
(*A media voz asiéndole del brazo.*)
Tomás. Nada, mujer...
Rup. Embustero...
(*Siguen disputando en voz baja, y don Antonio muy pensativo al lado del notario.*)
Simon. ¡Por Dios, no se case usted!
(*Acercándose á don Antonio.*)
¡Mírese usted en mi espejo!
Si otro don Frutos Linaza...
Not. Yo conozco á ese sujeto.
Simon. Bien; ¿y qué?
Not. Somos amigos.
En la calle de Tudescos
Le encontré viniendo aquí.
Me dijo que iba corriendo
A sacar un pasaporte...
Simon. ¿Para dónde?
(*Sobresaltado.*)
Lucía. (¡Ah!...)
(*Inquieta, acercándose.*)
Not. No me acuerdo...
Lucía. (¡Qué fatalidad!)
(*Haciendo señas al notario, que no las ve.*)
Simon. ¡Lucía!
(*Observándola.*)
Not. Ya caigo. Para la Seo
De Urgel.
Simon. ¿Qué oigo? ¡Horror! ¡Terror!!
¡Furor!!!
Lucía. (¡Buena la hemos hecho!)
Simon. ¡Oh! ¿Qué mayor desengaño?
Esto pasa de castaño
Oscuro; ¡esto ya es muy negro.
Lucía!... ¡Bravo! ¡Me alegro!

Por no matarte, me araño.
Con que me voy de la córte,
Con que saco el pasaporte,
¿Y se lo avisas, y salta
Tambien de aquí...? ¡Solo falta
Que le paguemos el porte!

Lucía. ¡Simon!

Not. No le conocía...

(*A los testigos*)

¡Fatal imprudencia mia!

Simon. ¡Maldito, amen, mi consorcio! —
Oiga usted. Yo me divorcio.

(*Al notario.*)

Lucía. (Eso es lo que yo quería.)

Simon. Hoy mismo.

Tomás. (Yo iré detrás.)

Ant. ¡Ah, don Simon,... don Tomás...!
Sabina, mucho te quiero
Y tú lo mereces; pero
¡No me casaré jamás!

EL PELO DE LA DEHESA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE POR PRIMERA VEZ EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1840.

PERSONAS.

ELISA.	Don FRUTOS.
La MARQUESA.	Don REMIGIO.
JUANA.	Don MIGUEL.

La escena es en Madrid, en casa de la marquesa. El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce à la escalera y à otras habitaciones principales, y por la izquierda à las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde à la habitacion destinada à don Frutos; la de la izquierda guia tambien à lo interior de la casa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, JUANA.

Juana. ¿Y se ha de casar usted
Con un rústico labriego?
Elisa. Sí; ya he dado mi palabra.
Juana. ¿Lo sabe aquel caballero?
Elisa. ¿Quién?
Juana. ¿Quién ha de ser? Aquel
Que hace dos años y medio
Que la adora á usted y bebe
Por esa cara los vientos.
Elisa. ¡Ah!... Don Miguel.
Juana. ¡Y al nombrarle
Me pone usted ese gesto!
¿Con que ya no hay esperanza
Para él?
Elisa. Ya ves; accepto
La mano de otro...
Juana. Es decir
Que cual humo se ha deshecho
El antiguo amor...
Elisa. ¡Amor!
Aquello fué un pasatiempo.
Me agradaba su figura,
Su uniforme, su despejo...
¿Qué sé yo? Me complacía
En bailar con él y creo
Que no me sonaban mal
En su boca los requiebros.
Quizá tambien de la mia
Se deslizó en un momento
De imprudencia alguna frase
Que halagara sus deseos;
Mas yo no perdí el color
Ni el apetito ni el sueño,
Síntomas averiguados
De un cariño verdadero;
Y él por su parte, á pesar
De que hacía mil extremos,
Nunca llegó seriamente

A hablarme de casamiento.
Juana. Por pura delicadeza.
Ya ve usted; un subalterno...
Pero yo sé que esperaba
De un dia á otro el ascenso
A capitan...
Elisa. Aun así
Fuera mucho atrevimiento,
Siendo hija yo de un marqués,
Que aspirara á ser mi dueño.
Juana. Perdone usted. Él es hijo
De baron...
Elisa. No te lo niego,
Mas no es segundon siquiera,
Que cuatro hermanos nacieron
Antes que él y están casados,
Y con prole todos ellos.
¡No es nada lo que tendrían
Que atarearse los médicos
Para que él llegara á ser
Lo que su padre y su abuelo!
Y aun eso importara poco
Como él tuviera otro genio;
Pero es zeloso, tronera,
Suspicaz y pendenciero.
¿Casarme con él? ¡Jesus!
Mi casa fuera un infierno.
Juana. ¡Ya! Como usted no le quiere,
Exagera sus defectos,
Sin echar de ver que nacen
Del mismo amor...
Elisa. ¡Qué! Yo apuesto
A que el dia en que marchó
De aquí con su regimiento
Se propuso relevarme,
Y me relevó en efecto,
Con la primer lugareña
A quien pidió alojamiento.
Juana. ¿Cómo es posible? Las cartas
Que escribe cada correo...
Elisa. Tres hace ya que no he visto
Su letra, de donde infiero
Que ni se acuerda de mí;
Y, como soy, que me alegro,
Que así excuso revolver
La cabeza y el tintero
Para imaginar disculpas
A la boda que proyecto.
Juana. ¿Quién sabe si al postillon
Ha ocurrido algun tropiezo,
O si tendrá la desgracia
Don Miguel de estar enfermo?
O tal vez está en camino
Para Madrid, y de intento
No nos ha anunciado el viaje,
Porque quiere sorprendernos.
Elisa. No creas tal; — y si viene,
¡Bien venido! Le daremos
Los dulces.
Juana. Para él serían
Acibar, hiel y veneno.
Elisa. Vamos; decididamente
Le proteges.
Juana. Le protejo
Porque ama á usted, y presumo,
Hablando con el respeto
Debido, que no merece...
Elisa. Yo no he contraido empeños
Con don Miguel; ni mamá
Le querría para yerno.
Juana. Pero ¡por Dios, señorita!...
¿No se muere usted de miedo
De pensar en esa boda?
Es cosa que no comprendo
Cómo se decide usted...
Elisa. Razones hay para ello.
Nuestra casa está arruinada.
De su esplendor solariego
Apenas queda otra cosa
Que pergaminos, y pleitos,
Y deudas. Don Baltasar
De Calamocha y Centeno,
Padre que fué de don Frutos,
Mi novio, y en cuyo pueblo
Tenemos un caseron
Ruinoso y cuatro barbechos,
Hubo de prestar no sé
Qué cantidad de dinero
A mi padre, que Dios haya,
Cuando pasó aquel invierno
En Zaragoza. Tres años
Después de hacer el empréstito
Reclamó don Baltasar
El capital y los réditos.
Pidióle plazos mi padre
Sin esperar obtenerlos,
Pero se quedó pasmado
Cuando con rostro halagüeño
Le dijo don Baltasar:
« Señor marqués, sin apremios
Ni jueces, ni ejecuciones,
Y, lo que es aun mejor que esto,
Sin que suelte usted un cuarto
Puedo quedar satisfecho.
Cuando usted me conoció
Era yo muy rico, y luego,
Como tomé por contrata
Los víveres del ejército,
¡Ya ve usted...! Hablemos claro:
No es oro ya lo que anhelo,
Que un terremoto no puede
Levantar el que poseo,
Sino títulos y honores;
No para mí, pobre viejo
Que al primer aire colado
Espero quedarme tieso,

Sino para aquel buen mozo
Que ha de heredar mis talegos.
Ahora bien; si usted no tiene
Horror al nombre de suegro,
Déme usted su única hija
Para mi único heredero,
Que si no es de ilustre sangre
Tampoco nació plebeyo.
Él será marqués por ella,
Ella por él hará bueno
El marquesado; y, por último,
El gozo será completo
Cuando nos llame á los dos
Papá grande un mismo nieto.»
Despreocupado mi padre,
Y mi madre... un poco menos,
Pero aficionada al lujo
Cual todas las de mi sexo,
Aceptaron un partido
Que por motivos diversos
Á todos estaba bien;
Volvióse ufano y contento
Don Baltasar á Belchite,
Pero al mes ya habia muerto;
Mi padre murió tambien
¡Téngale Dios en el cielo!;
Como siguió tan de cerca
Al tratado casamiento
El duelo de ambas familias,
No me habló de este proyecto
Mamá hasta cumplido el luto;
Vencida yo de sus ruegos
Acepté; tambien parece
Que está don Frutos resuelto
A cumplir la voluntad
De su padre; de un momento
A otro llegará á Madrid;
Se firmarán los conciertos;
Tú tendrás un buen regalo;
Yo un buen marido, y... *laus Deo*.

Juana. Todo eso, señora mia,
Sería bueno y muy bueno
Si no hubiera entre los novios
Tantas leguas de por medio.
Usted no ha visto jamás
Al tal don Frutos. Si es feo...

Elisa. No, Juana: muy al contrario.
(*Sacando y enseñando á Juana un retrato.*)
Juzga por este bosquejo.

Juana. ¡Hola! ¿Retrato?

Elisa. A lo príncipe.
Fué recíproco el obsequio.

Juana. ¿Hay en Belchite pintores?

Elisa. Zaragoza no está lejos.—
¿Qué tal?

Juana. Guapote y rollizo.
Tiene cara de tudesco.
Mas quizá le han adulado...
Y aquí no vemos el cuerpo...

Elisa. Sé que tiene buenas formas
Y talla de granadero.

Juana. Pero en el mismo retrato
Muestra que es zafio y grotesco.
Mire usted bien. ¡Santo Dios,
Qué levita y qué chaleco!

Elisa. En Madrid hay buenos sastres,
Y ya se ha provisto á eso.

Juana. Si, como tengo entendido,
Nunca salió de su pueblo,
Vendrá tan rudo...

Elisa. No importa:
Nosotras le puliremos.

Juana. Taladrará los oidos
Con aquel maldito acento
Aragonés...

Elisa. Poco á poco
Lo irá en la córte perdiendo.
¿Tan fácil es encontrar
Un marido sin defectos?
Si no es fino y elegante,
Será cariñoso, tierno,
Sencillo, dócil...

Juana. O potro
(*Entre dientes.*)
Cerril que plante al lucero
Del alba una coz.

Elisa. ¿Qué dices?

Juana. Nada.

Elisa. El timon del gobierno
Me abandonará gozoso,
Y eso es lo que yo pretendo.

Juana. Dios lo quiera, mas casarse
Sin amor...

Elisa. Amor es ciego,
Y aunque acierta alguna vez
Es muy mal casamentero.

ESCENA II.

ELISA, JUANA, LA MARQUESA.

Marq. ¿Aun no te has vestido, Elisa,
Y esperas hoy á don Frutos?

Elisa. ¡Eh! no corre tanta prisa.
Es cosa de ocho minutos.

Marq. ¿Ocho minutos? No tal;
Que si has de lucir tu tren...

Elisa. Para un novio provincial
De cualquier modo estoy bien.

Marq. Yo quiero que le deslumbres,
Aunque afectes abandono,
Y que desde hoy le acostumbres
A las leyes del buen tono.

Aunque tu triunfo es seguro,
Vístete como quien eres.
Bueno es prender al futuro
Con veinticinco alfileres;
Que si hoy le agradas modesta
Y así..., á la pata la llana,
Ya verás lo que te cuesta
Sacarle blondas mañana.
Yo le espero ya, hija mia,
Porque tu dicha me alegra,
Con humos de señoría
Y con ínfulas de suegra.
No le tengo por un Argos,
Mas se admirará si ve
A mamá de tiros largos
Y á la novia en *négligé*.
Elisa. En mi cara, no en mis dijes,
Confiar fuera mejor;
Pero una vez que lo exiges...,
Vamos, Juana, al tocador.
(*Vase con Juana por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

LA MARQUESA.

¡Qué conflicto, Dios eterno!
¡Qué afrenta, Vírgen de Atocha!
¡Aceptar yo para yerno
A un don Frutos Calamocha! —
Mas si con él me confundo,
¿Quien me hará ningun reproche?
¿Qué papel hace en el mundo
Una marquesa sin coche?
Tal boda no me hace gracia,
Pero el siglo es tan mercante...
Tambien es aristocracia
La del dinero contante.
Ese yerno, bien lo sé,
Será un patan, será un oso,
Pero yo siempre seré
Marquesa de Valfungoso.
Mi ejemplo y un figurin
Harán tal vez el prodigio
De desasnarle y, en fin...
¡Hola! Aquí está don Remigio.

ESCENA IV.

LA MARQUESA, DON REMIGIO.

Rem. Salud, marquesa. Un bagaje...,
Gallego por otro nombre,
Ya ha traido el equipaje
Provisional de aquel hombre.
Por la puerta del pasillo
Ya en su cuarto se introdujo.
Ello costará carillo,
Mas ¡qué elegancia y qué lujo!
Obra maestra del sastre...
Y mia en cierta manera;
Que fuí, temiendo un desastre,
El mentor de su tijera.
Marq. Que venga al cuerpo del novio
Es lo que importa en rigor.
Lo demás fuera un oprobio
Para el sastre y el mentor.
Rem. Todo se hizo, y consta en actas,
Con entera sujecion
A las medidas exactas
Que vinieron de Aragon.
Venga usted á ver la ropa...
Marq. Yo la veré mas despacio.
Rem. Mejor no se hace en Europa
Ni se gasta en un palacio.
Ahora, si usted lo permite,
Voy al parador...
Marq. Sí, sí.
Rem. A esperar al de Belchite
Para conducirle aquí.
Marq. Es mucha molestia...
Rem. ¡Oh! No.
Yo sería muy bellaco,
Si á dama de tanto pro...
Soy amable : este es mi flaco.

ESCENA V.

LA MARQUESA.

¡Qué trajin! Él se halla en todo.
Merece que se le cobre
Cariño. Nos come un codo,
Pero bien lo suda el pobre.
Hago de él cuanto yo quiero.
Ya le gruño, ya le embromo...
En la calle es mi escudero;
En casa mi mayordomo.
Y á todos con esa fe
Sirve. Así tiene un enjambre
De amigos. ¡Oh! Siempre fué
Muy filantrópica el hambre. —
Mientras la novia se avía,
Voy á ver qué ropa es esa.
(*Se dirige á la puerta de la derecha.*)
Mucha lástima sería...
Mig. A los piés de usted, marquesa.
(*En la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

LA MARQUESA, DON MIGUEL.

Marq. Caballero, beso á usted...
¡Qué veo! ¡Usted por acá!
Mucho celebro...
Mig. He venido
Con licencia temporal
Por dos meses. ¿Usted buena?
Marq. Talcualilla. Con el plan
Que sigo ahora...
Mig. ¿Y la linda
Elisa?
Marq. Sin novedad.
Sentémonos.
(*Se sienta en el sofá. Don Miguel va á tomar una silla.*)
Mig. Con permiso...
Marq. No. Venga usted al sofá.
Mig. Celebro que no haya nadie...
(*Sentándose en el sofá.*)
Marq. ¿Por qué?...
Mig. Tenemos que hablar.
Marq. Pues ¡vaya! Explíquese usted
Y no tenga cortedad.
Mig. No soy yo corto de genio,
Señora mia, pero hay
Casos y cosas que al hombre
Mas valiente hacen temblar.
Marq. ¿Y qué teme usted? ¿Soy yo
Alguna fiera...?
Mig. No tal;
Pero... un desaire...
Marq. ¡Desaires
A un hombre de calidad,
A un amigo! Hágase usted
Justicia.
Mig. En primer lugar,
Declaro á usted que yo estoy
Enamorado.
Marq. ¡Ba! ¡Ba!
Si de otra culpa mas grave
No se viene usté á acusar,
Yo le absuelvo desde ahora.
¿Hay cosa mas natural?
¿Y quién es la...?
Mig. Yo creí
Que usted lo sabria ya...
Marq. Yo ¿de dónde?
Mig. Ciertas cosas
No se pueden ocultar.
Marq. Pues como usted no se explique...
Mig. No me he explicado, es verdad,
Hasta hoy, porque esperaba
El ascenso á capitan...
Marq. ¡Ah! ¡Dos charreteras! ¡Bien!
Ya no hay hombro desigual.—
¡Qué sea por muchos años!
Mig. ¡Cumplimiento singular!
¿No querrá usted que, siquiera,
Aspire á un gradito mas?
Marq. Perdone usted. Sin pensarlo
He dicho una necedad.
Si por mí fuera, mañana
Sería usted general.
Mig. Si antes me hubiera casado
No tendria viudedad
Elisa.
Marq. ¡Acabara usted!
¿Con que es Elisa el iman
De ese tierno corazon?
Mig. Sí; la amo con ceguedad,
La idolatro, la...
Marq. Ahora veo
Que no sabe usted lo que hay.
Mig. ¿Pues qué hay?...
Marq. Amigo del alma,
Bien puede usted perdonar.
Elisa no es para usted.
Mig. ¿Seré demasiado audaz
En solicitarla? ¿Acaso
Porque es corto mi caudal...?
Marq. Todo hay que mirarlo, amigo,
Mas la gran dificultad
No está en eso.
Mig. Pues ¿en qué?
Marq. En que la voy á casar.
Mig. ¡Ay! ¿De veras?
Marq. Ya lo he dicho,
Y yo no hablo en aleman.
Mig. ¿Cuándo?
Marq. Mañana.
Mig. ¿Con quién?
Marq. ¡Qué flujo de preguntar!
Con un hombre.
Mig. ¿Usted no mira
Que está clavando un puñal
En mi pecho?
Marq. Amigo mio...
Mig. Eso es una iniquidad.
Marq. ¿Cómo iniquidad?
Mig. ¡Horrible!
¡Y vengo yo del Baztan
Para esto!
Marq. Con efecto
Es mucha casualidad.
Los dos en el mismo dia...
Mig. (Estoy sudando alquitran.)
Marq. Ahora llegará don Frutos
A la puerta de Alcalá.
Mig. ¿Se llama don Frutos?
Marq. Sí.
Mig. ¡Nombre soez!

Marq. Natural
De Belchite en Aragon.
Mig. ¡Santo Dios! Será un patan,
Será... ¿Es rico?
Marq. Poderoso.
Mig. ¡Oh matrimonio fatal!
¡Desgraciada Elisa!
Marq. ¡Calle!
¿Tan fiera calamidad
Es un novio millonario?
Mig. Por san Cosme y san Damian,
No la sacrifique usted
A un marido montaraz;
No con un golpe de estado
Quiera usted tiranizar...
Marq. ¡Dale! Aquí no hay tiranía.
¿Quién fuerza su voluntad?
El tirano será usted
Que sin viña ni olivar,
Y sin quererle la chica,
Que es lo mas original,
Tiene empeño de llevarla
Militarmente al altar.
Mig. Yo no soy tan temerario.
Ella me ama, y si falaz
No es su labio...
Marq. Aquí se acerca.
Ella misma nos dirá...

ESCENA VII.

LA MARQUESA, DON MIGUEL, ELISA.

Elisa. ¡Ah! ¡Don Miguel!
(*Muy elegante.*)
Mig. Con que ¿es cierto?
Con que ¿ha sido usted capaz
De olvidarme...?
Elisa. No, señor.
Cuente usted con mi amistad...
Mig. ¿Amistad? ¡Lindo despacho
Cuando vengo hecho un volcan...!
Elisa. ¿No quiere usted ser mi amigo?
Mig. Yo quiero ser algo mas.
Elisa. ¿Marido? No puede ser:
Me he comprometido ya.
¿Cortejo? Líbreme Dios,
Que eso es pecado mortal.
Mig. ¿Así corresponde usted,
A mi esperanza, á mi afan...?
Elisa. Yo no he prometido nada.
Lisonjas de sociedad,
Favores de rigodon,
Una carta insustancial;
Todo eso es galantería,
Pasatiempo...
Mig. ¡Voto á san...!
¡Con qué frescura me pone
En la garganta un dogal!
Elisa. Yo creí que usted ya estaba
Arreglado por allá.
Mig. ¡Yo!
Elisa. Y como usted no escribía...
(¡Guapo está de capitan!)
Y como usted no me habló
Nunca de fe conyugal...,
Y pasan dias y dias...,
Y una tiene que pensar
En una... En fin, me remito
A lo que ha dicho mamá.
Marq. ¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?
Mig. Que estoy dado á Satanás;
Que siete veces maldigo
Mi necia credulidad;
Que ya no hay fe en las mujeres,
Que no quiero ya tratar
A ninguna, que me voy
Para no volver jamás...

ESCENA VIII.

LA MARQUESA, ELISA, DON MIGUEL, JUANA.

Juana. Ya viene.
Mig. ¿Quién?
(*Deteniéndose.*)
Juana. Don Remigio
Con don Frutos.
Mig. ¡Mi rival!...
Pues me quedo.
Marq. ¿Con qué fin?
Mig. Es mera curiosidad.
Juana. Le he visto desde el balcon.
Ya habrá entrado en el zaguan.
Marq. Mire usted que está en mi casa.
Mig. Yo la sabré respetar.
Marq. No demos aquí un escándalo...
Mig. Ni aquí ni fuera. ¿Qué mas
Quiere usted? Yo me resigno...,
Mas quiero verle.
Juana. Aquí está.

ESCENA IX.

LA MARQUESA, ELISA, DON MIGUEL, JUANA, DON FRUTOS, DON REMIGIO.

(*Don Frutos se presenta como señorito de lugar en dia de fiesta y con notable atraso*

en la moda, aunque con buena ropa. — La marquesa y Elisa se sientan en el sofá.)

Rem. Señoras...
(*Presentando á don Frutos.*)
Mig. ¿Ese pazguato
(*A la marquesa.*)
Es el novio?
Frut. Señorita... (*A Juana.*)
Dulce novia... (*Queriendo abrazarla.*)
Mas bonita
(*En voz baja á don Remigio.*)
Me pareció en el retrato.
Rem. ¡Que no es esa! (*Apurado.*)
Juana. No soy yo.
(*Riéndose. Tambien se rie don Miguel.*)
Frut. Pues creí...
Juana. Soy la doncella.
Frut. ¿Pues cuál es mi novia?
Rem. Aquella.
Marq. ¡Me ha gustado el *quid pro quó!*
(*De mal gesto.*)
Rem. (Al primer tapon zurrapas.)
Frut. Me equivoqué, vive Cristo;
Y es que en Madrid, por lo visto,
Todas las mozas son guapas.
Elisa. ¡Ay, mamá! (*En voz baja.*)
Mig. (¡Bien! Ya me vengo.)
Frut. ¡Oh, que está allí!... ¡Mentecato
(*Fijando la vista en Elisa.*)
De mí! — Es el vivo retrato
(*A don Remigio.*)
Del retrato que yo tengo. —
Dios guarde á usted, doña Elisa.
(*Acercándose.*)
Elisa. Felices.
Marq. (¡Volada estoy!)
Vete de aquí.
(*A Juana, que se está riendo.*)
Juana. Ya me voy.
(No puedo tener la risa.)

ESCENA X.

La MARQUESA, ELISA, Don FRUTOS, Don MIGUEL, Don REMIGIO.

Mig. (Voy á pasar un buen rato.)
Elisa. Esta señora es mamá.
Frut. ¡Ah!... Servidor... Como allá
No llegó mas que un retrato...
Marq. Y aun ese estaba de sobra.
¡Después de verla pintada,
Llamar novia á la criada!
¡Qué horror!
Frut. La misma zozobra...
Y..., la verdad, no esperé
Que en tan feliz coyuntura
Me esperase mi futura
Sentada en el canapé.
Hallar pensaba á mi bella, —
No sé si esto es excederme, —
Con tanta gana de verme
Como yo de verla á ella.
Topo al colarme aquí dentro
Una chica de buen porte,
Y creo que es mi consorte
La que me sale al encuentro;
No reconozco el traslado,
Mas digo para mi pecho:
¡Eh! siempre va largo trecho
De lo vivo á lo pintado;
En esto viene á advertirme
El señor que me equivoco;
Pero si se tarda un poco
¡Zás! yo la abrazo, y de firme.
Mig. (¡Me gusta el desembarazo!)
Elisa. (Pues no es tonto, aunque grosero.)
Marq. Esta es la novia.
Frut. ¡Ah! Si...
Marq. Pero
Suprima usted el abrazo.
Frut. Bien. Mis fines eran buenos,
Mas me aguanto y no me pico.
No me hará pobre ni rico
Un apreton mas ó menos.
Y abrazos del corazon,
Hijos de pura alegría,
No se dan á sangre fria,
Sino así..., de sopeton.
Rem. Cosas de así... como así;
(*A la marquesa.*)
Mas cuando él recapacite
Que no estamos en Belchite...
Frut. Ya sé que estamos aquí.
(¡Vaya una familia tiesa!
Pues aunque fuera yo el coco...)
Rem. Él soltará poco á poco
(*En voz baja á la marquesa.*)
El pelo de la dehesa.
Marq. ¿No toma usted una silla?
Frut. Sí haré, si no es contra fuero
Que un honrado forastero
Tome asiento en esta villa.
(*Se sienta, y hacen lo mismo don Miguel y don Remigio.*)
Marq. Volviendo á lo del abrazo,
Aquí no se mira bien
Que los novios se le den
Antes del solemne lazo.

Frut. Si amor les hace cosquillas,
Aquí y allí creo yo
Que, si con testigos no,
Se abrazarán á hurtadillas.
Lo primero es mas honesto;
Mas ni así ni de otro modo
En abrazar me incomodo
A quien me pone ese gesto.

Marq. (Cedamos, que ya se amosca.)
No crea usted que ella sienta...

Frut. Pues si ha de ser mi parienta
(*Con enfado.*)
Que no me mire tan fosca.

Marq. Su modestia no permite...

Frut. Ya me carga su modestia.
¿Qué va á que tomo una bestia
Y doy la vuelta á Belchite? —
¡Bien! Ya se rie. Esto es algo.

Elisa. ¿Qué tal el viaje?

Frut. Tal cual;
Mas volqué en un pedregal
Y á poco no me desnalgo.

Mig. (¡Me desnalgo!)
(*Haciendo ascos.*)

Frut. En diligencia
No vuelvo á viajar.

Rem. Pues ¿cómo?
¿En carro?

Frut. En mi macho romo,
Que es animal de conciencia.

Rem. Se conoce que los dos
(*Aparte á don Miguel.*)
Simpatizan.

Frut. ¡Oh qué linda!
(*Mirando á Elisa embebecido.*)
¡Qué boca! Es como una guinda.
¡Qué talle! ¡Válgame Dios!

Elisa. Mil gracias por la lisonja.

Frut. No. ¡Qué ojuelos! ¡Oh qué fragua!
La boca se me hace una agua,
Y el corazon una esponja.

Mig. (¡Cómo la requiebra el ganso!)

Marq. (Ya me tiene el alma en vilo
Y si no le corto el hilo...)
Usté ha menester descanso...
(*A don Frutos levantándose, y todos hacen lo mismo.*)

Frut. Yo no. Al lado de una bella...

Marq. No obstante...

Frut. Obedezco pues.
Adios, cordera. (*A Elisa.*)
¿Cuál es
(*A la marquesa.*)
Mi habitacion?

Marq. Es aquella.
(*Mostrando la de la derecha.*)
(*Al volverse de pronto don Frutos derriba un velador que habrá en medio de la sala con un juego de té.*)

Frut. Voy... ¡Voto al siete de bastos!...

Elisa. ¡Jesus!

Marq. ¡Mi almuerzo de china!

Frut. ¡Otra! ¿Quién, diablo, imagina
Poner en medio los trastos?

Rem. Ayude usted...
(*Entre don Miguel y don Remigio levantan el velador y lo demás.*)

Marq. ¡Ayer mismo
Un dineral me costó!

Frut. ¿No fuera peor que yo
Me hubiera roto el bautismo?
En mi tierra...

Marq. ¡Hombre funesto!

Frut. No sucede eso.

Rem. Ya va
(*A don Miguel.*)
Escampando.

Frut. Porque allá
Cada cosa está en su puesto. —
Pero, en fin, por cuatro frascos
No hemos de gemir ahora.
Sosiéguese usted, señora,
Que yo pagaré los cascos.
Con que... hasta luego.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

Rem. Es novicio...
(*Aparte á la marquesa.*)

Marq. Maldecido sea, amen.
Sígale usted... Yo tambien;
¡No haga allí nuevo estropicio!

ESCENA XI.

ELISA, DON MIGUEL.

Elisa. (¡Ese novio es una fiera!)

Mig. El novio es hombre de gusto.
Yo celebro como es justo...

Elisa. ¡Don Miguel!...
(*Enfadada.*)

Mig. Adios, cordera.
(*Remedando á don Frutos.*)

Elisa. (Yerta como esa pared
Me ha dejado.)

Mig. Ah, ah, ¡qué risa...!
Él me vengará de Elisa.

Elisa. Él me gusta mas que usted.
(*Con despecho.*)

Mig. Sereis felices los dos.
Ya envidio el grato solaz...

Elisa. ¿Quiere usted dejarme en paz?
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)
Mig. ¡Justo castigo de Dios!
(*A la puerta y se retira luego por el foro.*)

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, ELISA.

Marq. Vaya, esas son niñerías,
Y aunque en parte las disculpo,
Ya tu palabra empeñaste
Y quebrantarla no es justo.
Elisa. Pero, mamá, ¡si es un hombre
De tan mal tono, tan rudo...!
Marq. Alguna corteza tiene,
Mas como de esos palurdos
En dos meses de Madrid
Se vuelven finos y pulcros
Y elegantes. Por ventura,
¿Es menester grande estudio
Para imitar á esa cáfila
De galancetes insulsos
Que en tertulias y cafés
Pasan por hombres de gusto?
En cuatro dias se aprende
Con un mediano discurso
La cháchara insustancial
Con que se lucen algunos.
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre
Para no soltar rebuznos?
Callar, frunciendo las cejas
Con estudiado repulgo,
Y decir al que se admire
De verle tan taciturno:
«¡Soy romántico, soy genio!
Mi mision en este mundo
Es... ¡callar!»; — Y si á esto añade
Una contraccion de músculos,
Y se va sin saludar
Retorciéndose los puños,
Dirán: «¡Lástima de jóven!
Su esplin le abrirá el sepulcro.
¡Qué buenas cosas se calla!
¡Qué talento tan profundo!» —
¿Para vestir á la moda
Qué ciencia, qué genio infuso
Ha menester, donde hay sastres,
Quien cuenta miles de duros? —
Para abonarse en la ópera
Y, segun viene el impulso,
Chichear la cavatina
O dar aplausos al duo,
No es preciso conocer
Las reglas del contrapunto;
Ni otra cosa se requiere
Que tener dinero y mucho
Para jugar tres albures...
El que no truena al segundo.
Así se suelen formar
Los petimetres al uso,
Y mas de cuatro tal vez
Entre los de alto coturno
En eso de letras gordas
Dan quince y falta á don Frutos...
Elisa. ¡Oh! Tú dirás lo que quieras,
Pero esos modales rústicos
No se olvidan fácilmente;
Ni después de cinco lustros
Muda de hábitos un hombre
Que se halla bien con los suyos.
Tú viste cuál se anunció
Desde su primer saludo.
Tú viste...
Marq. Dices muy bien;
Necio y aturdido estuvo;
Pero es achaque de novios.
¿Quién no paga ese tributo?
Yo me enfadé mas que tú,
Porque tengo malos humos;
Mas considerando luego
Que, si es mazacote y brusco,
Ni entendimiento le falta,
Ni tiene el alma de estuco;
Recordando la postrera
Voluntad de mi difunto,
Y mirando en fin la cosa
Con madurez y con pulso,
Veo que fuera bobada
Renunciar por tus escrúpulos
Al acaudalado yerno
Que me sacará de apuros.
Elisa. ¡No eres tú la amenazada
De sujetarte á su yugo,
Mamá, que si fuera así
Tomarían otro rumbo
Tus reflexiones!
Marq. ¿Acaso
No es buen mozo, blanco, rubio?...
Elisa. Sí, su figura me agrada,
Mas dirán que es un absurdo...
Marq. Simplecilla, no te cuides
De lo que murmure el vulgo.
Tú te casas para tí,
No para él; y, por último,

¿Quién repara ya en maridos?
Todos vienen á ser unos.
Las mujeres dan el tono
Con sus gracias y su lujo.
¿Qué hacen ellos en un baile,
Por ejemplo? Como buhos
Se van todos agrupando
En el rincon mas oscuro
De la sala. Allí reparten
Los dominios del gran turco,
Y en un dos por tres revuelven
El Tajo con el Danubio;
O en el tresillo engolfados
Disputan como energúmenos
Sobre si echaste la *mala*
Debiendo rendir el *punto*...;
Y no sabe alguno de ellos
Que mientras cuenta los triunfos,
Un galan le da *codillo*
Y su esposa hace *renuncio*.
Elisa. Pero, mamá...
Marq. Calla, chica,
Que ya sale tu futuro.

ESCENA II.

LA MARQUESA, ELISA, DON REMIGIO.

Marq. ¿No viene el aragonés?
Rem. Tardará pocos instantes.
Se está calzando los guantes...
Elisa. ¡Qué! ¿se los pone en los piés?
Rem. He usado de una figura
Retórica.
Marq. ¿Está buen mozo?
Rem. ¡Oh! Sí, señora; da gozo;
Solo que el pobre se apura...
Marq. Él vestía tan holgado...
Rem. Pues, y al que no está hecho á bragas
Las costuras le hacen llagas.—
Pues todo le está pintado.
Un buen sastre y mucha plata...
Yo le he dado, por supuesto,
Instrucciones y le he puesto
Por mis manos la corbata.
Por poco que yo le exhorte
Y por poco que él me imite,
Ese roble de Belchite
Se aclimatará en la córte.
Sí; le puliremos pronto,
Que, aunque él tiene, y lo confiesa,
El pelo de la dehesa,
No tiene pelo de tonto.
Si le mira con desden
Elisa, á fe que le ultraja,
Elisa. ¿De veras?
Rem. Es una alhaja.
Doy á usted mi parabien.
Marq. ¡Pero esos guantes, señor!...
Rem. Ya me van dando cuidado.
Voy á ver...
Elisa. No le habrá dado
Don Remigio el calzador.

ESCENA III.

LA MARQUESA, ELISA, DON REMIGIO, DON FRUTOS.

(*Don Frutos se presenta vestido de rigorosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.*)

Frut. (Yo creia que en un mes
No me entraban...)
Elisa. ¡Ay, qué tieso!
(*A su madre en voz baja.*)
Frut. ¡Por vida...!
(*Haciendo un gesto y dando con el pié en el suelo como para que acabe de entrar la bota.*)
Señoras, beso
A ustedes los cuatro piés.
Marq. ¿Cómo cuatro piés!
Frut. La cuenta
No marra. Dos y dos...
Marq. Ya.
Frut. ¡Pues ya! Los dos de mamá
Y los dos de mi parienta.
Rem. (Ya se enmienda el Ganimedes.)
Frut. Me ha dicho este caballero
Que es saludo muy grosero
El decir: Dios guarde á ustedes;
Y que en Madrid á estas horas,
Como pueblo mas cortés,
Se estila besar los piés
Verbalmente á las señoras.
Para hacerlo con mas gala,
Yo al besar los he contado,
Y mas hubiera besado
Si mas hubiera en la sala.—
¡Maldita sea la bota!
Estoy viendo las estrellas.
Rem. ¡Si son tan suaves...! Con ellas
Bailara yo la gabota.
Frut. No las llevo yo ni un dia.
¡Qué martirio tan cruel!
Rem. Ya dará de sí la piel.

Frut. ¡Sí; destrozando la mia!
Rem. En Madrid los elegantes
No calzan lo que su pié.
Un puntito menos...
Frut. ¿Eh?
Rem. Es de rigor.
Frut. ¿Y los guantes?
Antes los veo deshechos
Que puestos, y si aun á gusto
Dan guerra á un hombre robusto,
¿Qué será viniendo estrechos?
Elisa. Guante estrecho es muy señor.
Frut. ¿Aunque se haga este rasguño?
(*Mostrando el guante.*)
Elisa. Si con él se cierra el puño,
Mal guante.
Rem. Sí; es de rigor.
Frut. De oir á ustedes me chafo
Y de ver que estos enredos
Me engarabatan los dedos
Como si estuviera gafo.
¡Y esta invencion de trabillas...!
¿Y el corbatin? ¿Quién lo aguanta?
Ataruga la garganta
Y en la oreja hace cosquillas.
Pues ¿y el fraque? Esto es peor.
¿Quién se lo abrocha en un lance?
No hay forma de que me alcance...
Rem. No se abrocha. Es de rigor.
Frut. ¿Si creerán los oficiales
De sastre que tengo gonces?
¡No se abrocha! Pues entonces,
¿De qué sirven los ojales?—
Mas de tantas perfecciones
La que mas me maravilla
Es la especie de cotilla
Que me oprime los riñones.
Rem. Es una faja de goma
(*A la marquesa.*)
Elástica para que éntre
En razon su enorme vientre,
Porque si no se le doma...
Frut. Pero, hombre, por ¡san Melchor!...
Tener barriga ¿es delito?
Rem. Aquí todo señorito
La suprime. Es de rigor.
Frut. Es de rigor...
(*Remedando á don Remigio.*)
¡Tio Calores!
(*Enfadado.*)
¿Sabe usted que ya me voy
Enfurruñando y que doy
Al diablo tantos rigores?
Rem. No lo tome usted á mal.
Marq. Son lecciones de buen tono.
Frut. Si quiere volverme mono,
Se engaña, ¡cuerpo de tal!
Hoy me pongo estos arreos
Porque usted los mandó hacer...
Marq. Sí.
Frut. Y á ninguna mujer...
Marq. (¡Huy! ¡Mujer!)
Frut. Hago yo feos;
Mas determinado estoy
Con propósito muy firme
A calzarme y á vestirme
A medida de quien soy.
Y si aquí no puedo hallar
Sastre que entienda mi porte,
Vendrá á vestirme en la córte
El sastre de mi lugar;
Que yo gusto de estar horro,
Y no dar tormento al bazo,
Y mover el pié y el brazo
Sin necesitar socorro.
Elisa. (¡Ah!)
Marq. Bien; si á usted le molesta...
Frut. Levita y fraque, en buen hora.
Tambien por allá, señora,
Se usan el dia de fiesta.
Elisa. Y en los dias de trabajo
(*Con sobresalto.*)
¿Qué usaba usted?
Frut. Aunque charra,
Una peluda zamarra
Cuando hace frio me encajo,
Y en verano, amada Elisa,
Chaquetilla de mahon;
Mas si aprieta la estacion
Ando en mangas de camisa.
Elisa. (¡Ay de mí!)
Frut. Todo muy ancho,
Que para andar por los cerros
Con la escopeta y los perros,
Y el tio Roña y el tio Francho...
Elisa. ¡Ay, qué nombres! ¡El tio Roña!
Frut. Allí todos tienen mote:
Tio Tozuelo, tio Perote,
Tia Lechuza, tia Ponzoña...
Yo vivo allí sin empacho
Y mido por un rasero
Al hidalgo y al pechero,
Al leñador y al ricacho.
Otros con menos caudal
Desdeñan á los Perotes,
Que hay tambien allí quijotes
Como en esta capital;
Mas solo mi grande abasto
Se sabe allá por el brio
Con que gasto lo que es mio...,
Y doy mas de lo que gasto.
Rem. ¡Es filósofo! (*Aparte con Elisa.*)
Elisa. Y buen hombre.
¡Eso sí!

Frut. Cuando me junto
Con álguien, no le pregunto
Su apellido ni su nombre;
Que sea honrado me basta.
Quizá cuanto mas antigua
Con menos fe se atestigua
La pureza de una casta.
¿Quién será el santo varon
Que diga con juramento:
¡Veinticinco abuelos cuento
Y ninguno fué ladron!—
No pongo en este capítulo
A ustedes, ni me desdeño
De llamar mi dulce dueño
A la heredera de un título.
En su última enfermedad
Mi padre me lo mandó,
Y, aun difunto, quiero yo
Que se haga su voluntad;
Y cuando tan linda es
La que me hace tanto honor,
Bien puedo yo, pecador,
Resignarme á ser marqués.
Elisa. ¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!
(*Aparte á la marquesa.*)
Marq. ¡Eh! No lo tomes á ultraje.
(*En voz baja.*)
No está ducho en el lenguaje...
Sé tolerante y benigna. —
Sin perjuicio de lo humano
(*A don Frutos.*)
Y lo afable, yo confio
Que en la córte, yerno mio,
Sabrá usted ser cortesano.
Frut. Veremos; haré un esfuerzo...
Quiero dar gusto á mi maja. —
Pero me prensa esta faja...
No digeriré el almuerzo. —
Aunque á Belchite no olvido,
Daré honor al marquesado.
Lo propio para un fregado
Soy yo que para un barrido,
Porque... ¡El diantre de la bota!...
Muy primorosa, muy bella,
Mas para jugar con ella
Un partido de pelota...
Rem. ¡Hola! Usted será muy diestro...
Frut. ¡Oh, mucho! A largo y á plé;
De todas maneras sé;—
Y no he tenido maestro.
Pues ¡correr!... Nadie me agarra.
Pues ¡saltar!... En cada brinco
De cuatro varas á cinco.
Pues ¿y tirar á la barra?
Tengo yo una fuerza atroz.
Elisa. (¡Ay, Vírgen de la Almudena!)
Frut. Cargué un dia en Cariñena
Cuatro quintales de arroz,

ESCENA IV.

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGIO, JUANA.

Juana. La condesa del Ejido.
Marq. Que éntre...
Juana. Ya está en el estrado.
Marq. Voy corriendo...
Juana. Ha preguntado
Si habia el huésped venido.
Marq. ¿Qué has dicho?
(*En voz baja.*)
Juana. Que irá al instante.
Marq. ¡Todo lo haceis al revés!
(Pero si ha de ser después...)
Allá vamos.
Juana. (¡Qué elegante!)
(*Mirando á don Frutos.*)

ESCENA V.

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGIO.

Marq. Venga usted. (*A don Frutos.*)
Elisa, ven.
Frut. ¿Visita?
Marq. Sí.
Rem. (Dios enfrene
Su lengua.)
Marq. Mi prima viene
A darnos el parabien.
Frut. ¡Corriente! Vamos allá...
Rem. ¡Hombre..., el brazo á la señora!
(*En voz baja á don Frutos.*)
Frut. ¡Ah! sí, sí. Tómalo, aurora.
(*Se lo ofrece á Elisa.*)
Elisa. Déselo usted á mamá.

ESCENA VI.

LA MARQUESA, DON FRUTOS, DON REMIGIO.

Marq. Venga.
(*Tomando el brazo de don Frutos*)
Frut. (He de ser su pariente,
Y no me dejan ahora...)
Rem. Usted, por lo visto, ignora
La legislacion vigente...

Frut. Pero, señor, ¿qué mas da...?
Marq. Mientras otra ley no rija,
No se da el brazo á la hija
Si hay de por medio mamá.
Frut. Está muy bien, mamá mia.
Usted disponga de mí...
(Ya se me ha sentado aquí...
(*Poniéndose la mano en el estómago.*)
¡Y no es suegra todavía!)

ESCENA VII.

DON REMIGIO.

¡Vaya, que es original
El mocito aragonés!
Y no es hombre que se mama
El dedo, que sabe bien
Dónde le aprieta el zapato,
Como el otro montañés.
¡Ya tiene alma!... Harto será
Que hagamos carrera de él.
Y si ahora tasca el freno,
¿Qué hará el amigo después?
Mucho me temo... Pero ellas
Lo quieren, y siempre fué
Mi sistema favorito
Dejar el mundo correr,
No indisponerme con nadie
Y decir á todo: amen.
Voy ahora á hacer la corte
A esas damas...

ESCENA VIII.

DON REMIGIO, DON MIGUEL.

Mig. ¡Oiga usted!
Tenemos que hablar.
Rem. Con mucho
Gusto, señor don Miguel.
Mig. ¿Se casa por fin Elisa
Con ese novio soez?
Rem. Creo que sí. Su fortuna
Es hoy la misma que ayer;
Colosal, y la marquesa
No querrá soltar el pez.
Mig. Mas ¿qué dice Elisa?
Rem. Creo
Que es del mismo parecer.
Mig. ¿Sí?
Rem. No simpatiza mucho
Con el rústico doncel,
Pero andando el tiempo espera
Domesticarle tal vez,
Y en tanto con doce mil
Duritos de renta... ¡Pues!
Mig. ¡Pues!
Rem. Y, bien considerado,
La boda es igual.
Mig. ¿Por qué?
Rem. Ella, esposa de don Frutos,
Puede vivir con el tren
Correspondiente á su clase;
Tomándola por mujer,
Él, como dijo no ha mucho,
Se resigna á ser marqués.
Él lleva en arras el oro
Y la novia el oropel.
Mig. Con que ¿aprueba usted la boda?
Rem. ¡Vaya si la apruebo! Cien
Y cien veces...
Mig. Pues yo digo
Que es boda de Lucifer.
Rem. ¿Cómo...? ¡Usted...!
Mig. Y el que la apruebe
Debe andar en cuatro piés.
Rem. (Me hace temblar.) Con efecto...,
Puede haber razones...
Mig. ¿Eh?
Rem. No hay que enfadarse. Mi voto
No tiene fuerza de ley.
Convénzame usted. Soy hombre
Que me dejo convencer.
Mig. ¡Voto á brios!...
Rem. Yo no creí
Que usted tuviese interés
En probarme lo contrario.
Mig. ¡Voto á...! ¿No lo he de tener,
Si soy amante de Elisa?
Rem. ¿De veras? ¡Oh!... Ya se ve,
Como usted ha estado ausente,
Yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién
Ha de aprobar que aquel bárbaro
Sea preferido á usted?
Mig. ¡Y la ingrata le prefiere!
Rem. ¡Calle usted! Eso es cruel.
(*Enternecido.*)
Mig. Mas la culpada no es ella.
Rem. Así lo creo tambien.
Mig. Sino su madre...
Rem. ¡Oh! ¡Las madres!...
Mig. Y usted.
Rem. ¿Yo?
Mig. Sí; yo lo sé.
Rem. Pero...
Mig. Usted es el *factotum*
De esta casa.
Rem. ¿Qué he de ser;
¡Pobre de mí!...
Mig. Si esa falsa
Me ha mirado con desden,

Si se casa con don Frutos,
A usted debo esa merced.
Rem. ¡Hombre! Yo...
Mig. Usted aplaudía
La boda, no ha mucho.
Rem. Bien;
No lo niego; pero yo
Hablaba de buena fe...
Mig. Yo exijo que desde ahora
Proceda usted al revés.
Rem. Pues digo que es execrable.
Mig. No me basta. Es menester
Decírselo á la marquesa,
A su hija, al novio; á los tres.
Rem. Pero, ¡por Cristo!... ¡Si ya
Les he dado el parabien!
¿Cómo gobernarme ahora...?
¡Usted me quiere perder!
Mig. De consejo muda el sabio.
Rem. ¿Cómo hago yo ese entremés...?
Mig. Un parásito es histrion
Que hace cualquiera papel.
Rem. Veremos; pero...
Mig. No hay pero
Que valga. Un buen alfiler
De brillantes si usted logra
Que se deshaga el pastel;
Mas si esa boda ridícula
Se efectúa...
Rem. (¡Ay, san Ginés!)
Yo...
Mig. Tenga usted entendido
Que pagará con la piel.
Rem. ¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?
¿Soy yo el novio somaten?
Mig. Todo se andará. Primero
Que me vea yo con él,
Procuremos arreglar
La cosa de bien á bien.
Rem. (¡De bien á bien, y me quiere
Matar!)
Mig. Me vuelvo al café
Que si veo á esa traidora
No me podré contener.
Con que, lo dicho, compadre.
A la tarde volveré...
Rem. Bien; yo aguzaré el ingenio,
Yo pondré piés en pared...
Mig. O me caso con Elisa,
O nos batiremos.
Rem. ¿Qué?
Yo no me bato con nadie.
Tengo respeto... á la ley.
Mig. Pues si usted no acepta el duelo
Y Elisa me deja á pié,
Le corto á usted las orejas
Como dos y una son tres.

ESCENA IX.

DON REMIGIO.

¡Jesus, qué demonio!... Estoy
Por dar parte al coronel...
Vuelve Elisa. Si pudiera
Disuadirla... Probaré.

ESCENA X.

ELISA, DON REMIGIO.

Elisa. ¡Ay, don Remigio de mi alma!
Rem. ¿Qué tiene usted, criatura,
Que viene tan afligida?
¿Ha hecho alguna de las suyas
El aragonés?
Elisa. ¡Ah, qué hombre,
Dios mio! No podré nunca
Acostumbrarme á su trato.
Yo me vengo aquí confusa,
Avergonzada. Mamá
Se fatiga en vano, suda
Para atajar el torrente
De sandeces y tontunas
Con que el bueno de don Frutos
Cual Dios le crió se anuncia.
Mi tia, que es tan satírica
Y de un entierro se burla,
Le da cuerda y nos dispara
Un dardo en cada pregunta.
Rem. Mas ¿qué hace el novio? ¿Qué dice...?
Elisa. ¡Ay Dios, qué caricatura!
Ni un momento está parado.
Ya se empina y gesticula
Porque las botas le aprietan
O le duele la cintura;
Ahora el corbatin se afloja
Y el lazo queda en la nuca;
Parecen devanaderas
Las piernas, segun las cruza;
Braceando sin descanso
En la silla se columpia;
Le dicen un cumplimiento,
Y él endereza una pulla;
Y, para colmo de gracias,
Saca una bolsa de nutria,
La deslía, toma un puro,
Enciende un fósforo ¡y fuma!
Rem. ¡Horror!
Elisa. Y no sabe hablar
Mas que del campo y la lluvia,
Y las crecidas del Ebro,

Y la feria de la Almunia,
Y los jornales que paga,
Y los perros que le ahullan.
Rem. ¡Oh!
Elisa. La condesa le brinda
Con su escogida tertulia,
Y él habla de su bodega
Con ciento y ochenta cubas;
Observa que es verde oscuro
Un lienzo de la pintura,
Recuerda sus olivares,
Y dice: Se heló la fruta,
Pero ogaño es asombrosa
La cosecha de aceituna;
Toma por fin un periódico
Y leyendo en sus columnas:
« La cámara de los pares..., »
Interrumpe la lectura
Y exclama: ¿Qué harán ahora
Mis doce pares de mulas?
Rem. Vamos, nada hay que esperar
De aquella materia bruta.
Vuélvase por donde vino.
¿Qué importa su gran fortuna
Si la ha de comprar usted
Con lágrimas de amargura?
Elisa. ¿Es posible...? Pues no ha mucho
Que aplaudía usted con suma
Satisfaccion nuestra boda.
Rem. Ahora me parece absurda.
Las torpezas que yo ví,
Aunque á la verdad son muchas,
Para un novio lugareño
Eran *peccata minuta*,
Mas lo que usted me ha contado
Me horroriza, me espeluzna.
Elisa. Con todo, puede que el tiempo...
Rem. No hay que cansarse. Es muy dura
Aquella testa. ¡Qué acémila!
Por milagro no rebuzna.
Elisa. ¡Poco á poco, don Remigio!
Él no es lerdo. Usted le insulta.
Rem. Señora, yo...
Elisa. Tiene prendas
Muy laudables.
Rem. Sin disputa,
Pero...
Elisa. Puede ser mi esposo,
Y quien le injuria, me injuria.
Rem. Como no lo es todavía,
Y deseo la ventura
De usted... (Hoy en nada acierto.)
No sabe usted las angustias
Que yo paso para... En fin,
Yo juzgo lo que usted juzga,
Quiero lo que quiere usted,
Sufriré lo que usted sufra,
Y cuando usted me consulte
Porque tenga alguna duda,
Consultaré con usted
La respuesta á la consulta.

ESCENA XI.

LA MARQUESA, DON FRUTOS, ELISA, DON REMIGIO.

Frut. ¡Ah, que estás aquí...! Perdona, (*A Elisa.*)
Mi vida, si te tuteo,
Que mi cariño lo abona.
¡Qué gallarda y guapetona!
Me embobo cuando te veo.
¿Cuándo la boda será?
Solo de pensarlo, ya
Toda el alma se me alegra,
Y estoy... Marquesa mamá,
Sea usted pronto mi suegra.
Elisa. (¡Ay cielo!)
Frut. Sin aparatos.
Cuanto menos embolismo
Mejor. Haya buenos platos,
Y luego...
Marq. Mañana mismo
Se firmarán los contratos.
Frut. ¡Mañana!
Rem. (¡Triste de mí!)
Frut. Jamás igual regocijo
En mi corazon sentí.
La amaré á usted como un hijo,
Y como un esclavo á tí. (*A Elisa.*)
Elisa. (¡Qué oigo!)
Frut. Serás mi regalo,
Mi delicia...
Rem. (Esto va malo.)
Elisa. ¿Oye usted esos extremos? (*Aparte con don Remigio.*)
Rem. Es que ahora le cogemos
En un lúcido intervalo.
Frut. Tú vivirás satisfecha.
Mis ganados, mi cosecha,
Mis haciendas, mi dinero;
Todo es para tí, lucero,
Desde la cruz á la fecha.
Es tosca mi educacion
Para aspirar á tal moza;
Yo te hago esta confesion;
Pero tengo un corazon
Como de aquí á Zaragoza.
Él encontrará camino
De agradar á mi mujer.
Para amar con desatino

No creo que es menester
Que uno sea lechuguino.
En lo que yo no esté ducho
Corrige tú mis maneras,
Verás qué dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras...
Siempre que me quieras mucho.
Así con igual placer,
Luego que al pié del altar
Me digas : soy tu mujer,
Tú me enseñarás á hablar;
Yo te enseñaré á querer.

Marq. ¡Bien, don Frutos!

Elisa. (¡Qué sorpresa!
De haberle ajado me pesa.)

Marq. Vaya; responde. —¿No puedes?
(*Aparte á Elisa.*)

Elisa. Yo... (*En alta voz.*)

ESCENA XII.

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGIO, JUANA.

Juana. Cuando gusten ustedes...
Ya está la sopa en la mesa.

ESCENA XIII.

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON REMIGO.

Frut. Haremos los dos un lazo...
(*Ofreciendo el brazo á la marquesa.*)

Marq. Gracias.
(*Tomando el brazo de don Frutos.*)

Frut. (¡Vaya una pandorga!...)
(*A Elisa.*)
Con que... ¿me querrás muchazo?

Marq. Ya ve usted; quien calla otorga.

Elisa. Déme usted el otro brazo.
(*Mirando á don Frutos con ternura.*)
(*Vanse por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIV.

DON REMIGIO.

¡Oh miedo! ¿qué me aconsejas?
Mientras la niña se humana
Vendrá el otro á darme quejas..
¡Pobre Remigio! Mañana
Amaneces sin orejas.
(*Sigue á los novios y á la marquesa.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FRUTOS, DON REMIGIO.

(*Está anocheciendo. Vienen don Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.*)

Rem. ¡Soberbia comida!

Frut. Sí;
Pero, sin tanto primor,
A mí me daba mas gusto
Mi cocina de Aragon.

Rem. Tiempo hace que no he bebido
Mejor vino de *Bordeaux*...
Burdeos.
(*Mudando de tono como para hacerse comprender.*)

Frut. Me importa poco
El nombre de ese señor,
Porque me sabe muy mal
En francés y en español.

Rem. ¡Hombre, un Burdeos legítimo...
Y de *Laffitte!* ¡Un licor
Europeo.

Frut. Y yo ¿qué tengo
Que ver con Europa? Soy
De Belchite. — Y contra el mismo
Patriarca Noé, inventor
De la vendimia, sostengo
Que es vino de municion
Ese que usted me pondera;
Que agri-áspero de sabor,
Ni me calienta el estómago
Ni me alegra el corazon,
Y, en fin, que para vinagre
Lo he vendido yo mejor.

Rem. No dudo...

Frut. Donde está el vino
De Belchite...

Rem. Ya me doy
Por vencido.

Frut. ¿Y la garnacha
De Cariñena, Aguaron,

Longares, Cosuenda...? ¡Aquello,
Aquello es gracia de Dios!
Rem. No se estilan esos vinos
En las mesas *comme il faut;*
Pero siendo usted de casa,
Ha cometido un error
La marquesa en no obsequiarle
Con una botella ó dos
De Cariñena.
Frut. ¡Es mi suegra! —
Y, por Cristo, que ya estoy
Apestado de ella. ¡Vaya,
Que es mucha persecucion!
¡No permitir que me siente,
Ni en la mesa, junto al sol
De mis ojos!... ¡Y qué empeño
De darme en todo leccion!
Toda la comida ha estado
Quemándome á media voz. —
Quítese usted del ojal
La servilleta. ¡Qué horror! —
Pues ¿dónde la pongo? — Suelta;
Encima del pantalon. —
¡Vaya! — ¿Qué hace usted? La sopa
Se come con tenedor.
Rem. Eran rabioles. (*Entre dientes.*)
Frut. Y mucho
Que he rabiado.
Rem. (¡Es hombre atroz!)
Frut. Y después me hizo comer
Con la cuchara el melon,
Y servirme la ensalada...
¡Con tijeras! — ¡Voto á brios!...
Rem. Muy mal hecho. Ella ha debido
Tratarle á usted *sans façon.*
Frut. ¡Vaya, que en Madrid es obra
El ser uno hombre de pro!
Rem. Sí; ya raya en tiranía
Moler con tanto sermon
A un hombre que tiene barbas
Y entre malvas no nació.
Frut. ¿Sí? Pues aplíquese usted
Ese texto desde hoy.
No pida peras al olmo,
Y deje á cada varon
Que haga de su capa un sayo.
¡No mas figurines!
Rem. ¡Oh!
Perdone usted. Yo creí
Que una mano de charol,
Digámoslo así, daría
Mas realce y esplendor
A esas formas elegantes
Y á esa innata discrecion...
Frut. ¡Eh! menos lagoterías,
Que yo no gusto...
Rem. A eso voy.
Mas viendo que usted no tiene
Decidida vocacion
Al frívolo formulario
Del gran tono, dije yo:
¿No es un cargo de conciencia
Violentar la inclinacion
De ese apreciable mancebo?
Sí; que, como dijo *Humboldt*,
Suele á fuerza de cultivo
Perder su aroma la flor.
Frut. Pues, corriente.
Rem. Y... ¿quiere usted
Que le diga, acá *inter nos*,
Lo que siento?
Frut. Norabuena.
Rem. (¡Si él hiciese dimision!...)
Pues á usted no le conviene
Tal boda.
Frut. ¿Cómo que no?
Rem. Elisa es bella...
Frut. ¡Otra! ¡Miren
Qué pedrada!
Rem. Mas no estoy,
Si he de decir la verdad,
Muy seguro de su amor.
Frut. Yo sí, que ya con su boca
De almíbar me lo juró.
Rem. No obstante la diferencia
De gustos, de educacion...
Frut. ¡Eh! Ya nos gobernaremos.
¿Soy yo algun tigre feroz?
Rem. No es todo lo que reluce
Oro á prueba de crisol.
Frut. No puede mentir un ángel.
Rem. De una mala tentacion
Ni los ángeles se libran.
¡Dígalo aquel que cayó!
Frut. ¡Dale! ¡Si yo...!
Rem. El interés,
La codicia...
Frut. (¡Qué moscon!)
Rem. ¡Ay, don Frutos! ¿Y esa madre?
Ya empieza á meter la hoz
En mies ajena...
Frut. ¿Qué importa?
Yo la haré entrar en razon.
Rem. Tan imperiosa, tan vana...
Ni la paciencia de Job...
Frut. ¡Oh!...
Rem. Créame usted, don Frutos.
Sin esperar al convoy,
Vuélvase usted á Belchite.
Aquí hay confabulacion
Entre hija y madre...
Frut. En la madre
Cébese usted sin temor,
Mas no hay que clavar el diente
En la hija, ó ¡vive Dios...!
Rem. ¡Oh! No se sofoque usted.

Yo lo decia... (¡Una coz!
Era de esperar.)
Frut. No aguanto...
Rem. ¡Si era una suposicion...!
Como le he cobrado á usted
Tanto cariño... (No doy
Un cuarto por mis orejas.)
Frut. ¡Por vida de Juslivol...!
Rem. Vamos, vamos; me arrepiento;
Me desdigo; se acabó.

ESCENA II.

DON FRUTOS, DON REMIGIO, JUANA.

Juana. Felices noches.
(*En una mano trae luces, que deja sobre una mesa, y en la otra un papel.*)
Frut. Bendito
Y alabado...
Rem. ¿Qué nos traes?
Juana. Este papel que me han dado
Para el señor.
Frut. ¿A ver? Dame.
(*Toma el papel y lo lee para sí.*)
Juana. El mancebo portador
Espera respuesta.
Frut. ¡Zape!
¡Esta es otra! Paño, hechura,
Forro *et cætera* de un fraque,
Setecientos. — Pantalon...
Rem. Ya, ya... La cuenta del sastre.
Frut. ¡La cuenta á mí! ¿Para qué?
Rem. Sí; para que usted la pague.
Frut. ¿Ahora salimos con esto?
Pues hombre, así Dios me salve,
Yo pensé que era un regalo
De mi suegra este atalaje.
Rem. Ya ve usted que no. Presumo
Que para mas adelante
Reserva...
Frut. Pues de ese modo
Yo visto á cualquiera. ¡El diantre
De la mujer!... No sufría
Con resignacion la cárcel
En que ha metido mis miembros
Mientras creí que era *gratis*;
Pero ¡dar dinero encima...!
Rem. ¡Calle usted! Eso es infame.
(*En voz baja.*)
Frut. Pues, señor, la pagaré,
Que no quiero que me tachen
De cicatero.
Total, (*Leyendo.*
Cuatro mil doscientos reales. —
Pero una y no mas. ¡Canario!...
Díselo así de mi parte. (*A Juana.*)
Juana. Siempre ha sido una fineza
Prevenir el equipaje...
Frut. Yo no soy aficionado
A finezas semejantes.
¡Digo á usted que es corcho...! Espera.
¡Por vida del rey don Jaime!...
(*Entra en su cuarto.*)

ESCENA III.

DON REMIGIO, JUANA.

Juana. ¡Vaya, pues tiene buen modo
De agradecer que se afanen
Por vestirle á lo marqués!
¿Querrá tambien...?
Rem. Es un cafre,
Y si da la mano á Elisa,
La va á matar á pesares.
Juana. Eso es lo que yo la digo.
Rem. Sí; es preciso que trabajes
Para disuadirla... (El miedo
Me fuerza á ser intrigante.)
Juana. ¡Ya se ve! ¿No es una lástima...?
Rem. Un horror.
Juana. ¿Cuánto mas vale
Don Miguel...?
Rem. ¡Oh, don Miguel...!
(¡Maldito sea!) Es un ángel.
Si entre los dos conseguimos
Que á Calamocha desbanque...

ESCENA IV.

DON FRUTOS, DON REMIGIO, JUANA.

Frut. Toma. Aquí sobra un doblon.
(*Dando á Juana monedas de oro.*)
Juana. Volveré con lo sobrante...
Frut. No. Para tí.
Juana. Gracias. (Ya
Me parece mas amable.)
Frut. Novia te llamé... y no quiero
Que lo hayas sido de balde.
Juana. (Pues, señor, ¡viva Belchite!
(*Yéndose.*)
Y á don Miguel, Dios le ampare.)

ESCENA V.

DON FRUTOS, DON REMIGIO.

Frut. Y, á todo esto, ¿por donde andan
Mi novia y su linda madre?
Rem. Se fueron al tocador.
Frut. Hombre, ¿á qué?
Rem. A vestirse.
Frut. ¡Calle!
Pues ¿no estaban ya vestidas?
Rem. ¡Oh! Sí; pero ¿usted no sabe
Que vamos luego á la ópera,
Y á la tertulia mas tarde?
Cada acto de estos requiere
Su correspondiente traje.
Frut. ¡Otra! ¡Pues no es mal trajin...!
¿Y dónde hay caudal que baste...?
Rem. Así lo exige la culta
Sociedad.
Frut. ¡Vírgen del Cármen!
Rem. Aquí se pasa la vida
En vestirse y desnudarse.
Frut. ¡Muy bien! ¿Y qué viene á ser
Eso de... ópera?
Rem. (¡Ignorante!)
Drama lírico; una fiesta
De teatro.
Frut. ¡Ah! Que me place.
¿Y qué comedia echan hoy?
Rem. No es comedia. *I Puritani*
De *Bellini*.
Frut. ¡Que no echaran
El mágico Bayalarde!...
Es la única que yo he visto,
Pero ¡cá! ¡cosa mas grande...!
Rem. Todo es música esta noche.
Frut. ¿Música? Bien; como canten
La jota...
Rem. (¡La jota!) Yo
Sería de ese dictámen,
Pero...
(*Asoma la marquesa por el foro.*)
Frut. Aquí está la marquesa. —
La voy á decir verdades
(*A media voz.*)
Como puños.
Rem. ¿Sí? Me alegro.
Frut. Yo no sufro ancas de nadie.

ESCENA VI.

LA MARQUESA, DON FRUTOS, DON REMIGIO.

Frut. Escúcheme usted con calma,
Mi amada suegra y señora,
Que voy á decirle ahora
Cuatro cositas... ¡al alma!
Marq. Diga usted, querido yerno.
Frut. A mí nadie me maneja,
Nadie me moja la oreja:
Sírvale á usted de gobierno.
Marq. Pero...
Frut. Dicen en mi tierra...
Marq. ¿Qué?
Frut. Lo que no has de comer...
Marq. Ya, sí.
Frut. Déjalo cocer.
Rem. (Los síntomas son de guerra.)
Marq. Pero, ¿á qué viene...?
Frut. Muy justo
Sería, si algun alcalde
Me vistiera á mí de balde,
Que me vistiera á su gusto;
Pero, pagando mi ropa,
Y en cantidad tan enorme,
No me pongan uniforme
Como si fuera de tropa.
Marq. Porque usted se presentase
A la boda con mas brillo...
Frut. Nadie manda en mi bolsillo...
Cáseme yo ó no me case.
Marq. Nunca han sido mis intentos...
Frut. Basta. Agradezco el abrigo;
No piense usted que lo digo
Por los cuatro mil doscientos.
Vista como quiera Elisa,
Vista usted como le cuadre,
Mas ni Elisa ni su madre
Se metan en mi camisa.
Triunfen, gasten; no me espanto;
Cuanto tengo es de las dos;
Mas no se empeñen, por Dios,
En civilizarme tanto.
Dejen á un hombre sencillo,
Que, al cabo, no es una fiera,
Manejar á su manera
El tenedor y el cuchillo. —
No me mire usté al soslayo.
Quiero que el amor me mande...
Y no una suegra. Soy grande
Y ya he despedido el ayo.
Marq. ¿Qué escucho? ¡Usted me anticipa
El despotismo de yerno!
No lo es aún, Dios eterno,
¡Y gallea, y se emancipa!

Frut. Sepa usted...
Rem. ¡Firmeza! ¡Así!
(*Aparte á la marquesa.*)
Frut. Y ha de saber mi consorte
Que aunque yo he entrado en la córte,
La córte no ha entrado en mí.
Rem. ¡Bien dicho! No hay que ceder.
(*Aparte á don Frutos.*)
No quiere soltar, marquesa,
(*Aparte á la marquesa.*)
El pelo de la dehesa.
Marq. Pues, amigo, es menester...
(*A don Frutos.*)
Frut. Sí, es menester que se tome
Un partido. El mas seguro
Será...
Rem. ¡Firme en ella!
(*Aparte á don Frutos.*)
¡Duro!
(*Aparte á la marquesa.*)
Si cede usted, se la come.
Marq. ¿Qué partido? ¿A ver?
(*Alzando la voz.*)
Frut. No grite,
Señora.
Rem. Sí tal.
(*Aparte á la marquesa.*)
Frut. Casarme...
Rem. Hace usted mal.
(*Aparte á don Frutos.*)
Frut. Y largarme
Con mi mujer á Belchite.
Marq. ¿Cómo...?
Rem. ¡Bien! ¡Bien!
(*Aparte á don Frutos.*)
Frut. No hay remedio.
Marq. ¿Es posible...?
Rem. ¡Infame accion!
(*Aparte á la marquesa.*)
Discreta resolucion!
(*Aparte á don Frutos.*)
Frut. Hombre, quite usted de en medio.
(*A don Remigio.*)
Rem. ¡No me escucha! Es montaraz.
(*Aparte á la marquesa.*)
Marq. Quítese usted de delante.
Rem. ¿Guerra ha de ser? Adelante.—
Yo quería poner paz...
(*Haciendo señas á derecha é izquierda.*)
(*Se retira á un lado.*)
Marq. Con que ¿á Belchite? ¡Ah! ¡los yernos...!
¿Nos quiere usted confinar
En un mísero lugar?
¡Usted tira á embrutecernos!
Frut. ¡Otra! ¿Quién les manda á ustedes
Que se embrutezcan?
Marq. ¡Qué horror!
¡Me moriré de dolor...
Allá entre cuatro paredes!
¡Solitaria como un hongo...!
Frut. Todo se remediará.
Quédese usted por acá.
Maldito si yo me opongo.
Rem. (Esto marcha.)
Marq. Entiendo. ¡Sola
Quiere llevársela!
Frut. Pues.
Marq. ¡Para tratarla después
Como á una negra de Angola!
Mas sin hacerme pedazos...
Frut. ¡Señora!...
Rem. (¡Orejas, bien va!)
Marq. Usted no conseguirá
Arrancarla de mis brazos.
Frut. Si mi mujer ha de ser,
Irá adonde fuere yo,
Porque...
Marq. ¡No; á Belchite, no!
Frut. Pues no será mi mujer.
Rem. (¡Albricias!)
Marq. ¡Oh! ¡Ya lo veo!
¡Se desdice usted!
Frut. ¡Marquesa!
Marq. Usted falta á su promesa.
Frut. ¡Por vida del Zebedeo!...
¿Quién ha pensado...?
Marq. ¡Intentar
Antes del dulce consorcio
Esa especie de divorcio...!
¡La horca antes que el lugar!
Frut. No, señora; eso no es cierto;
Pero ¿hay ley que me prohiba,
¡Suegra ó diablo!, que yo viva
Donde mis padres han muerto?
Marq. ¡Cielos! ¿qué dirá el notario?
¿Y qué dirán los testigos?
¿Y qué dirán mis amigos?
Frut. ¡Dale!
Marq. ¿Y qué dirá el vicario?
Frut. ¡Eh! Ya basta de litigio.—
Belchite, Belchite quiero;
(*Alzando la voz.*)
¡Belchite!
Marq. ¡Jesus!... Yo muero...
Téngame usted, don Remigio.
(*Se desmaya en brazos de don Remigio.*)
Rem. Acuda usted, no peligre
Su vida, que el parasismo...
Frut. ¡Eh! ¿Qué sé yo...? ¡Un sinapismo!
(*Yéndose.*)

Yo no soy médico.

(*Entra en su cuarto.*)

Marq. ¡Tigre!

(*Oyendo el ruido de la puerta y volviendo rápidamente la cabeza.*)

ESCENA VII.

LA MARQUESA, DON REMIGIO.

Rem. ¿Que tal? ¿Siente usted alivio?
(No ha dado lumbre el soponcio.)
Marq. ¡Ay qué hombre! Me ve morir...
¡Y me abandona!
Rem. Es un monstruo.
Marq. Bien dicen; siempre la cabra
Tira al monte.
Rem. Yo supongo
Que no volverá á tratarse
De ese infausto matrimonio.
Marq. Pues supone usted muy mal.
Rem. Será así. No es asombro
El equivocarme yo.
Marq. ¿Tan de sobra están los novios?
¿Así se dan calabazas
A un hombre que náda en oro?
Rem. Es decir que nos iremos
A Belchite. Yo...
Marq. Tampoco.
Rem. Pues digo á usted, marquesita,
Que no comprendo...
Marq. ¡Qué tonto
Es usted!
Rem. Convengo...
Marq. ¡Y qué
Mentecato!
Rem. No me opongo...
(¡Vuelvo á temblar por mis pobres
Orejas!)
Marq. Yo hallaré modo
De evitar...
Rem. Elisa viene.
(Y viene muy á propósito.)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA, DON REMIGIO, ELISA.

Rem. ¡Elisa! ¡Usted tan tranquila
Por allá dentro, y nosotros...!
Elisa. ¿Qué ha habido?
Marq. (¿Qué irá á decir?)
Rem. ¡Friolera! Que por poco
No se nos muere mamá.
Marq. ¡Hum!...
(*Hace señas á don Remigio para que calle, y él se desentiende.*)
Elisa. ¡Dios mio! Pues ¿qué...? Cómo...?
Rem. Se ha sincopado. — Es decir;
Un accidente espasmódico...
Elisa. ¡Jesus!
Marq. ¡Eh! No ha sido nada.
No hagas caso.
Rem. Ello sí, pronto
Se recobró...
Marq. ¡Si te digo...!
Rem. Yo la apreté el dedo gordo...
Elisa. Mas ¿qué causa...?
Rem. Una alcaldada
Horrible de ese hipopótamo
Aragonés.
Marq. ¡Don Remigio!...
Rem. ¿Pues no se empeña el bolonio,
(*Con mucha viveza.*)
Quiera usted, ó no, en llevársela
A aquel maldito villorrio?
Elisa. ¡Vírgen Santa! ¿Yo á Belchite?
Rem. Como cinco y tres son ocho.
Este ha sido su *ultimatum*.
A Belchite, ó no hay consorcio.
Marq. ¿Está usted ya satisfecho,
Seor necio, hablador de á folio?
Rem. ¡Ah! Yo creí... Con que ¿usted...?
¡Voto á san...! (Ya tiene el tósigo
En el cuerpo.)
Elisa. ¡Ay, madre mia!
Ese hombre no tiene prójimo.
¡Llevarme á un lugar!... ¡Y yo
Que le iba queriendo un poco!...
Ya le aborrezco de muerte.
Marq. No irás á Belchite.
Elisa. ¡Oh gozo!
¿Tú le habrás dicho que ya
No hay nada de desposorios?
Por una parte lo siento,
Porque es honrado, y buen mozo,
Y rico; pero sacarme
De Madrid... ¡Vaya al demonio!
Marq. ¡Calla! Tan simple eres tú
Como el señor.
Rem. Me conformo.
Elisa. Pero...
Marq. Corre de mi cuenta
Arreglar este negocio.
Por ahora es necesario...
Elisa. ¿Qué?
Marq. Decirle amen á todo.
Elisa. ¿Incluso el viaje á Belchite?
Marq. ¡Boba! Por supuesto.
Elisa. ¡Qué oigo!

Marq. Es preciso no escamarle. —
Apóyeme usted. (*A don Remigio.*)
Rem. Apoyo.
Marq. Si ahora le dices que no,
¡Adios, boda! ¡Y qué bochorno,
Qué afrenta para nosotras!
¡Desairadas por un tosco
Provincial...!
Elisa. Pero ¿qué haremos
Si cuando sea mi esposo
Se empeña en que he de seguirle?
Marq. ¿Han de faltar por de pronto
Pretextos para alejar
La partida? ¿No habrá un cólico
Que nos saque del conflicto?
¿No sabrán después tus ojos
Cautivar su voluntad?
Hoy con mimos y piropos
Y dengues; al otro dia
Con lágrimas y sollozos...
Harás de él cuanto quisieres. —
Y si viene á tu socorro
La santa naturaleza;
Si hay inapetencia y vómitos...
Elisa. ¡Eh, mamá...!
(*Bajando los ojos.*)
Marq. Apóyeme usted.
(*A don Remigio.*)
Rem. Sí; yo apruebo y corroboro...
Marq. Otros novios mas bravíos
Se vuelven mansos palomos
Sabiéndolos manejar.
Si no te bastan tus propios
Recursos, yo estoy aquí...
Rem. ¡Jesucristo!
(*Entre dientes.*)
Marq. ¿Eh?
Rem. Nada... Apoyo.
Marq. No hay cuidado. Entre las dos
Hemos de volverle loco.
Elisa. No; yo no espero...
Marq. Ahora mismo
Voy á decirle que otorgo...
Elisa. ¡Por Dios, mamá! Yo no puedo...
Marq. ¿No has de poder? Yo respondo.
Verás : entro yo en su cuarto
Primero; le desenojo;
Al oir la campanilla
Entras tú... —¡Usted no!
(*A don Remigio.*)
Rem. Si estorbo...
Marq. Sí, señor.
Rem. Bien; no riñamos.
Opino del mismo modo.
Elisa. Pero, mamá, reflexiona...
Marq. ¡Eh, basta, que me sofoco!
Harás lo que yo te digo,
O nos oirán los sordos.
(*Entra en el cuarto de don Frutos.*)

ESCENA IX.

ELISA, DON REMIGIO.

Elisa. ¡Ay, Dios mio!
Rem. ¡Es fuerte apuro!
Elisa. Si me caso...
Rem. No hay envite :
Ciudadana de Belchite :
Cuéntelo usted por seguro.
Elisa. ¿Qué haré?
Rem. Calabazas.
Elisa. ¡Oh!
Seré á mi palabra fiel...
¡Aunque muera!
Rem. Hagamos que él
Sea quien diga que no.
Elisa. ¿De qué modo?
Rem. Una esperanza
A ese pobre capitan.
¡La ama á usted con tanto afan...!
Elisa. Pero...
Rem. Aunque sea de chanza.
Elisa. Poco ha me han dado un billete
Que su pesar atestigua...
Rem. Bien. Una respuesta ambigua...
Eso á nadie compromete.
Dígale usted, por ejemplo :
« He dado yo mi palabra,
Y aunque mi desdicha labra
La repetiré en el templo;
Mas si por otro ó por él
Se descompone la boda,
Usted solo me acomoda
Para esposo, don Miguel. »
Elisa. No, que eso es decirle mucho.
Rem. Pues un poco menos. ¡Ea!
Aquí hay papel, tinta, oblea...
Elisa. Entre mil ideas lucho.
(*Caminando hácia la mesa como maquinalmente.*)
Rem. ¡Vaya!
Elisa. ¿Y si luego amenaza
(*Sentándose.*)
A don Frutos?
Rem. No hará tal;
Mas bueno es que haya un rival
Para que espante la caza.
Elisa. Mi mamá... (*Escribiendo.*)
Rem. Ya estoy alerta...

(Por la cuenta que me tiene.)
Avisaré si álguien viene.
No quito ojo de la puerta.
¡Y qué orejas! La pared
Taladran y adentro asoman.
¡Oh! mis orejas se toman
Mucho interés por usted.—
¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...
Elisa. Es que no sé, á fe de Elisa,
(*Cerrando el billete.*)
A cuál de los dos...
(*Suena una campanilla.*)
Rem. ¡Aprisa,
Que suena el dilin, dilin!
Elisa. Tome usted. Sin sobre va.
(*Levantándose con precipitacion y dándole el billete.*)
Rem. El sobre no importa un bledo.
Irá á sus manos... Yo quedo...
Marq. ¡Elisa! (*Dentro.*)
Elisa. Allá voy, mamá.
(*Entra en el cuarto de don Frutos.*)

ESCENA X.

DON REMIGIO.

¡Ah! Ya salí de mi ahogo.
El cielo vuelve por mí.
¡Ya tengo orejas! Creí
Convertirme en perro dogo.
(*Vase corriendo por la derecha del foro.*)

ACTO CUARTO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON FRUTOS.

(*Sale de su cuarto en chinelas, con pantalon holgado, sin corbatin, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado á la cabeza á estilo de Aragon.*)

Ahora sí que muevo á gusto
Mis remos. Nada me aprieta.
¡Esto es estar en la gloria! —
Pero ¡qué silencio reina
En esta casa! Yo extraño...
Pues ya son las seis y media. —
Estarán por allá dentro
Sin duda. ¿Y cómo no piensan
En que yo me desayune?
¡Oh! Pues ya no tiene espera
Mi estómago. Llamaré. —
(*Hace sonar la campanilla.*)
Apenas probé la cena,
Porque se comió tan tarde
Y tenía yo tal priesa
De acostarme... ¡No responden!
Pues la campanilla suena,
Que bien la oigo.— Otra vez. —
(*Vuelve á llamar.*)
¿Sirven así á las marquesas
En Madrid?
(*Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.*)
¡Oh! Mas que rompa
La cinta... ¿Qué gente es esta,
Santo Dios! ¿Si estarán todos
Durmiendo? ¡Voto á mi abuela

ESCENA II.

DON FRUTOS, JUANA.

Juana. ¡Vaya un modo de llamar!
(*Entra con algun desaliño como quien acaba de levantarse de la cama.*)
¡Y á estas horas!
Frut. ¡Linda flema!
Juana. ¡Ah! ¿Es usted?...
Frut. Sí; abre los ojos
Y sacude la pereza.
Juana. ¡Pereza! Pues ¿qué hora es?
Frut. ¡Otra! Las seis y cuarenta.
Juana. ¡Toma, toma...! Yo pensaba
Que era mas tarde.
Frut. ¡Esa es buena!
¿Cuándo es tarde para tí?
Juana. Pero, señor, ¿quién creyera
Que usted madrugara tanto?
¿Le duele á usted la cabeza?
Mucho sentiría...
Frut. Gracias.
Gozo de salud perfecta,
Pero soy madrugador
Por costumbre y por sistema.
Y antes hubiera saltado
De la cama, que en mi tierra
Me levanto con el alba;

Pero el viaje en diligencia,
Y aquellas malditas botas
Que me tuvieron en prensa...
Eso á cualquiera cristiano
Le hace salir de la regla.

Juana. (¡Qué pañuelo y qué zamarra!...
(Mirándole y sonriéndose.)
Cuando la novia le vea...)
Querido señor don Frutos,
A la hora que usted despierta
Solo dejan de dormir
En Madrid á pierna suelta
Horchateros en verano
Y en invierno buñoleras.

Frut. ¡Así hay aquí tanta gente
Encanijada y enteca!
Mas ¿dónde están las señoras?
Me tomaré la licencia
De darles los buenos dias...

Juana. Es excusada molestia.
Todavía no han venido.

Frut. ¡Ya, sí...! Estarán en la iglesia...
Bien; lo primero es la misa,
Y aunque hoy no es dia de fiesta...

Juana. ¿Qué misa? ¡Si es que no han vuelto
Del baile aún!

Frut. ¿Qué me cuentas?
(Estas ya son otras misas.)
Bien sé que pensaban ellas
Irse después del teatro
A una funcion de... etiqueta,
Como aquí dicen; mas nunca
Se me pasó por la tela
Del juicio que el bailoteo
Durase una noche entera.

Juana. Como usted se recogió
A la hora de la retreta
Y se las dejó en el palco...

Frut. Es que no entiendo esa jerga
Italiana, y al arrullo
De las voces y la orquesta
Me dormía... ¿Qué mortal
Está libre de flaquezas?—
Pero, señor, ¡qué gobierno
De casa! Y ¿van con frecuencia
A esas danzas perdurables?
¿O solo de uvas á brevas...?

Juana. ¡Qué! No, señor. ¡Si es el pan
De cada dia!

Frut. ¿De veras?
(¡Malo! ¡Malo!)

Juana. Pocas noches
Se retiran con estrellas.

Frut. Con que ¿aquí la noche es dia
Y el dia...?

Juana. Pues; *vice versa.*

Frut. (¡Virgen Santa del Pilar,
Qué desórden, qué vergüenza!)

Juana. (Mejor le sienta ese traje
Que el otro.)

Frut. Ahora bien, morena;
Yo, que no enmiendo la plana
Al que los astros gobierna,
Tengo gana de almorzar.
Di, pues, á la cocinera,
Si no está tambien de baile...

Juana. No, señor. Ella se acuesta
Mas temprano, y ya andará
Por el fogon...

Frut. Norabuena.
Pues que disponga mi almuerzo.
Despacha.

Juana. ¿Café y manteca?

Frut. ¡Valiente cosa! — Jamon
Con huevos.

Juana. Los que usted quiera.

Frut. Y no mas vino de extránjis.

Juana. Lo traeré de Valdepeñas.

Frut. Venga. Al fin es español...
Aunque no es de Cariñena.

ESCENA III.

DON FRUTOS.

¿Dónde me he metido, cielos!
¡Qué costumbres tan diversas
De las mias! ¡Ah! Yo voy
A pasar la pena negra...
¿Quién sabe...? Allá en mi lugar,
Ya que Elisa está dispuesta
A seguirme... ¿Y si me engaña?
¡No hay que fiar en promesas
De mujeres! Y aunque en eso
A mi gusto condescienda,
Irán con ella á Belchite
Sus caprichos... ¡y mi suegra! —
Gallarda es la moza; sí,
Y á poquito que pusiera
De su parte, lograría
Barajarme la chabeta;
Mas, segun lo que voy viendo,
Ni me quiere, ni lo sueña;
¡Y eso es gaita! — ¡Ah, padre mio!...
Dios te dé la gloria eterna,
Mas no tuviste chirúmen
Para escoger una nuera.
A no ser por mi respeto
A su voluntad expresa,
Y á no haber soltado yo
La palabra que me empeña,

¡Bravo chasco llevaría
Mi señora la marquesa!
(*Un criado atraviesa el foro de izquierda á derecha.*)
¡Ojalá...! Pero oigo abrir
La puerta de la escalera.
Ellas serán... Ellas son.
(*Mirando adentro.*)
Oigo la voz de la vieja.

ESCENA IV.

DON FRUTOS, LA MARQUESA, ELISA.

Marq. Que venga esa muchacha
(*Al criado en la puerta.*)
A desnudarnos pronto.
(*Vase el criado por donde vino, y entran en la sala la marquesa y Elisa.*)
¿Qué hace ese hombre
Aquí...? ¡Calle! ¡Es don Frutos!
Elisa. (¡Ay, qué facha!)
Frut. Yo soy, señora mia; no se asombre.
Marq. La mudanza de traje... Buenos dias.
Frut. Buenas noches.
Elisa. ¡Qué diantre de zamarra!
(*Aparte con su madre.*)
Marq. ¡Por los clavos de Cristo, no te rias!

ESCENA V.

LA MARQUESA, DON FRUTOS, ELISA, JUANA.

Juana. Aquí estoy.
Frut. ¿Te parece un poco charra
(*A Elisa.*)
Mi pellica, verdad? Lo siento mucho;
Pero...
Elisa. No; yo no digo...
Frut. Chica, ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Marq. Dice bien. Lo primero es el abrigo,
Y mientras le compramos en la tienda
Una bata elegante con cordones...
Frut. No hay para qué. Estoy bien con esta prenda.
Elisa. (Parece que al meson de la Encomienda
Ha venido á vender melocotones.)
Marq. ¿Y qué tal se ha dormido?
Frut. Grandemente. ¿Y qué tal hemos bailado?
Marq. La niña. Yo me he estado
Jugando al *ecarté*.
Frut. (¿Tambien la suegra
Tira la oreja á Jorge? Esa es mas negra.)
Marq. Es lástima que el sueño y el cansancio
Le hayan privado á usted, señor don Frutos,
De una *soirée* tan buena.
Frut. Yo, á lo rancio..
Nadie me saca á mí de mis casillas.
Es lindo mientras lucen las Cabrillas
Bailar con una dama,
Pero es mejor, á mi entender, la cama.
Marq. ¡Eh!... Se duerme de dia...
Frut. Hágalo el madrileño.
Yo, como soy así..., tan lugareño...,
¡Qué quiere usted!... madrugo,
¡Y á las diez de la noche me entra un sueño!
Elisa. (¡Santo Dios!)
Marq. ¡Eh! todo es la primer noche.
Luego...
Elisa. ¡A las diez!
Marq. Cualquiera se acostumbra...
Frut. ¡Oh! Yo no soy cualquiera.
Elisa. (¡Qué verdugo!)
Frut. ¡Y juro por el sol que nos alumbra...!
Elisa. (¡Ay, Dios me libre de su horrible yugo!)
Frut. Así tengo de hacerlo hasta que muera,
Y espero que mi dulce compañera
Imitará mi ejemplo...
Marq. Se supone...
(*Interrumpiéndole.*)
Elisa. ¡Ay, mamá...!
(*En voz baja.*)
Marq. Transijamos por ahora,
(*Lo mismo.*)
No sea que otra vez se desazone.
Frut. (¡Qué mala cara ha puesto mi señora!)
(*Vuelve el criado con el almuerzo para don Frutos, lo pone en una mesa y se retira.*)
¡Hola! ¿Viene el almuerzo?
Me alegro. Con permiso...
Daremos al estómago un refuerzo.
Si ustedes gustan...
Elisa. Gracias. Tan temprano..,
Marq. Nosotras, á dormir.
Frut. ¡Pues ya! ¡Preciso!
(*Sentándose á la mesa.*)

Elisa. (¡Y he de darle mi mano!)
Marq. Dormiremos un rato. Hasta la una...
Elisa. (¡Mal haya mi fortuna!)
Marq. Ven tú; me quitarás cintas y broches. (*A Juana.*)
Con que, abur. (*A don Frutos.*)
Elisa. Buenos dias.
(*Vanse por la puerta de la izquierda.*)
Frut. Buenas noches.

ESCENA VI.

Don FRUTOS.

(*Partiendo el jamon.*)

Santo Cristo de la Seo
Que me estais probando así,
Decid: ¿qué pecado gordo
Vengo á purgar en Madrid?
Novia que quiere bailar
Cuando yo quiero dormir,
¿De quién está enamorada?
¿De mis rentas, ó de mí?
Suegra que en todo se mete,
Hasta en lo que he de vestir,
Y me trata cual si yo
Fuera algun chisgaravís,
Y se desmaya, y trasnocha,
¡Y juega! ¿no dará fin
De mi bolsa y mi paciencia
Antes que amanezca abril?
¿Y me he de casar?... Si hallara
Algun medio, algun ardid...
Para aguzar el ingenio
Probemos de este pernil. (*Come.*)
¡Hola! pues está sabroso.
No me engañó la nariz.
Ahora un trago del manchego...
(*Se echa vino y bebe.*)
¡Bravo! Bien haya la vid
Que te crió. No se bebe
Mejor vino en Alcañiz.—
Si fueran iguales todos
(*Tomando otro bocado.*)
Los tragos que espero aquí,
Ningun cristiano me oyera
Quejarme de este país.

ESCENA VII.

Don FRUTOS, JUANA.

Juana. (Ya á la vieja he despachado,
Y pues la novia gentil
Entró en su cuarto diciendo:
No necesito de tí,
Voy yo á aviarme...) ¿Qué tal
(*A don Frutos al pasar.*)
El jamon?
Frut. Sabe á las mil
Maravillas.
Juana. Lo celebro.
¿Hay buen apetito?
Frut. Sí.
¿Quieres probarlo?
Juana. Mil gracias.
(Ni es vanidoso ni ruin.)
Hágale á usted buen provecho
Y me tendré por feliz.
Frut. Dios te lo pague, morena.
(*Vase Juana.*)
Confieso que son aquí
Menos záinas que en Belchite
Las doncellas de servir.

ESCENA VIII.

Don FRUTOS, ELISA.

Elisa. Señor don Frutos...
(*Desde la puerta.*)
Frut. ¡Qué veo!
(*Levantándose.*)
(Yo la hacía ya en camisa)
¡No te has acostado, Elisa!
Elisa. Hablar con usted deseo.
(*Acercándose.*)
Frut. Pues me place, como hay Dios.
Ya es justo que sin empacho
Tengamos, Elisa, un cacho
De parlamento los dos.
Elisa. ¿Promete usted el secreto
Sobre el paso que ahora doy
Y no enfadarse, aunque voy
A hablar muy claro?
Frut. Prometo.—
Mas tambien va á ser muy clara
Mi lengua; y es menester
Que me oigas en paz, mujer,
Y no me arañes la cara. (*Se sientan.*)
Elisa. Es usted muy buen sujeto...

Frut. Y tú muy buena vasalla.
Elisa. Otro mejor no se halla.
Frut. No hay dibujo mas completo.
Eres gala de Madrid.
Elisa. Y usted honra de Belchite;—
Pero... si usted me permite...
Frut. En los peros está el *quid.*
Elisa. Bueno es, antes que nos den
La bendicion conyugal,
Que temiendo hacerlo mal
Lo reflexionemos bien.
Frut. Sí; ya lo dice el proverbio.
Vamos á reflexionar...
(Calabazas me va á dar
Ella misma. ¡Esto es soberbio!)
Habla, no temas al bú.
Elisa. Sería muy venturosa
Con usted cualquier esposa...,
Menos...
Frut. ¡Vaya! Menos tú.
Elisa. Mal he dicho. Es un desliz...
Quiero decir, caro amigo,
Que casado usted conmigo
No podría ser feliz.
Frut. Ni yo soy, cual tú lo ves,
Y eso lo conoce un nene,
El marido que conviene
A la hija de un marqués.
Elisa. ¿Qué entiendo yo de bodegas,
Y de abonar el terreno,
Y si se mide el centeno
Por varas ó por fanegas?
Frut. ¿Qué entiendo yo de elegancia,
Y de ese tono de aquí,
Ni qué me importan á mí
Los figurines de Francia?
Elisa. De la barra y la pelota
Yo el mérito no distingo.
Frut. Ni yo de óperas en gringo
Donde no cantan la jota.
Elisa. No se suba usté á la parra
Si le digo, aunque con miedo,
Que acostumbrarme no puedo
A un marido... con zamarra.
Frut. Ni yo me acomodaría
A una linda caprichuda
Que se viste y se desnuda
Ocho ó diez veces al dia.
Elisa. Poco me inclina mi estrella
Al que en su primer visita
No hace distincion maldita
Entre el ama y la doncella.
Frut. Y yo doy á Belcebú
Dama que habla á su marido
Muy seria, muy de cumplido...,
Y á su madre tú por tú.
Elisa. Un marido... Calamocha,
Que madruga!... ¡Vírgen Santa!
Frut. Vea usted; y á mí me espanta
Una mujer que trasnocha.
Elisa. ¡Yo por valles y por cerros!
¡Yo marido cazador
Que repartirá su amor
Entre la esposa y los perros!
Frut. ¡Yo mujer con tantos dengues
Que, faltando á la justicia,
Me negará una caricia
Por no ajar sus perendengues!
Elisa. Y aun viviendo aquí los dos
Cediera al fin mi desvío,
Pero ¿y Belchite? ¡Dios mio!
Frut. Pero ¿y la suegra? ¡Buen Dios!
Elisa. Y será bueno Belchite,
Guapo lugar: lo concedo.
Frut. Pues ¿y Madrid? No haya miedo
Que yo lo desacredite.
Elisa. Y aquella vida campestre
Será muy dulce, muy sana.
¿Quién sabe...? De buena gana
Pasaría allí un trimestre.
Frut. Desear yo un pasaporte
Que me vuelva á mi lugar
Cuanto antes, no es condenar
Las costumbres de la córte.
Son muy cucas; no hay falencia;
Pero, al fin, no son las mias.
Elisa. Hay ciertas antipatías...
Frut. Sí; cada uno á su querencia.
Elisa. Y pues no hay conformidad...
Frut. ¡Pues! ¿A qué ofender á Dios?
¿A qué...?
Elisa. Casarnos los dos...
Frut. Es una barbaridad.
Elisa. Pues... ahora bien...
Frut. Ahora bien...
Elisa. Salgamos de este pantano.
Frut. Pues niégueme usted su mano,
Y buenas noches, y amen.
Elisa. Yo no he de volverme atrás,
Que en mi palabra confia
Mamá y ¡Jesus!... no podría
Perdonármelo jamás.
Frut. Yo tambien lo prometí,
Y en mi probidad no cabe...
Elisa. Toda la córte lo sabe.
¿Qué se diría de mí?
Frut. ¡Otra!
Elisa. A usted que es forastero,
Y hombre, y tendrá mas valor
Que yo, le estará mejor...
Frut. No, que yo soy caballero.
Elisa. Con todo...
Frut. No haría bien
En quitar á usted la fama;
Pero en boca de una dama
A nadie ultraja un desden.

Elisa. ¿Cómo ahora tan discreto?
Frut. Es que yo mismo me azuzo
Y el entendimiento aguzo
Para salir del aprieto.
Elisa. ¿No hay muchos hombres infieles?
Frut. Mujeres, mas.
Elisa. Porque ahora
Diga usted...
Frut. No; no señora:
No troquemos los papeles.
Elisa. Con que ¿ni el propio interés
Mueve á usted...?
Frut. Ni un terremoto.
Nunca mi palabra he roto,
¡Nunca! Soy aragonés.
Elisa. ¡Medrados estamos!
Frut. Sí;
Como tres con un zapato.
Elisa. ¿Será usted tan insensato...?
Frut. Seré lo que siempre fuí.
Elisa. Pues yo no he de ser veleta.
El *no*... no saldrá de mí.
Frut. Pues yo he de decir que sí
Aunque me lleve Pateta.
Elisa. Bien está: ¡nos casaremos!
Frut. Bien: ¡será usted mi mujer!
Elisa. Bien: usted tendrá el placer
De que los dos nos ahorquemos.
Frut. ¡Yo no!
Elisa. (Es como esa pared.)
¡No tiente usted al demonio!
Si es funesto el matrimonio,
La culpa será de usted.
Tanto á una mujer se apura...
Frut. De bien á bien soy muy manso,
Pero... Es que no soy tan ganso
Como usted se lo figura.
Elisa. ¡Oh! Ya veremos después
Quién sufre mas de los dos
Y quién... ¡Soy mujer!... Adios.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)
Frut. ¡Adios! — Soy aragonés.

ESCENA IX.

DON FRUTOS.

Con la futura una lid,
Otra con la suegra chocha...
¡Ay Frutos! ¡Ay Calamocha!...
¿Quién te ha traido á Madrid?

ESCENA X.

DON FRUTOS, DON MIGUEL.

Mig. Estoy resuelto. — Buen hombre,
(*A don Frutos, que está de costado y en actitud de cavilar.*)
Pase usted recado á don...
¡Es un hombre tan ramplon!...
Don Frutos.
Frut. Ese es mi nombre.
(*Volviendo la cara.*)
Mig. ¡Ah, que es usted..., caballero!
Me ha sorprendido el hallazgo.
¿Quién conoce á un mayorazgo
En traje tan charanguero?
Frut. Este traje es de mi agrado.
Mig. Eso lo conoce un topo.
Frut. Y á ningun alma de chopo
Se lo he pedido prestado.
Mig. ¿Es ese el traje de boda?
Frut. ¿Le importa á usted? ¡Voto á quien...!
¿Se ha encargado usted tambien
De sastrearme á la moda?
Mig. No me tomo yo ese cargo
Que excede al talento mio.
Traigo otro...
Frut. Pues ¡al avío!
Diga usted.
Mig. No seré largo.
Ya que nos vemos las caras,
Cosa que yo no quisiera,...
Frut. Menos prosa. La madera
No está para hacer cucharas.
Mig. ¡Hola! ¡Me alza usted el gallo!
Me alegro, señor galan.
Frut. Se lo alzaré al Preste Juan,
Que ya de cólera estallo.
Mig. Pues, señor, al grano.
Frut. ¡Oh!...
Mig. Usted quiere que le den
A Elisa; pero tambien
Aspiro á su mano yo.
Frut. Bien; y á mí ¿qué se me da...?
Mig. Somos dos; una es la bella;
Casarnos los dos con ella...,
No puede ser.
Frut. Ya.
Mig. Pues ya. —
Mas la salida es muy ovia.
Si uno al otro es importuno...
Frut. ¡Pues ya! De los dos el uno
Se ha de quedar sin la novia.
Mig. Si ella fuese de Cutanda

Mereciera usted su afecto,
Pero esa boda en proyecto
Es una fusion nefanda;
Y así, pues el buen sentido
En tales casos pronuncia,
Haga usted formal renuncia,
Y quedaré agradecido.
Frut. Oiga usted y no haya riña.
No me importara un ardite
Volver soltero á Belchite,
Porque ¡ es alhaja la niña!
¡ Pero eso de que un compadre
Con tal fuero me lo exija...!
Primero... — poco es la hija —
Me casara con la madre.
Mig. Pues entonces, señor mio,
Ya no queda otro recurso
Que matarnos.
Frut. ¡Buen discurso,
Como hay Dios! ¡Un desafío!
Mig. Sí, señor, y pronto; ¡al trote!
Frut. A galope, si usted quiere.
Mig. Diga usted qué arma prefiere...
Elija usted.
Frut. Un garrote.
Mig. Esa es arma de mal tono.
Frut. Esa es la que yo manejo.
Mig. Y es digna de ese aparejo;
Mas no la adopta mi encono.
Sentencie nuestro proceso
O la pistola, ó la espada...
Frut. No, señor.
Mig. O el sable...
Frut. ¡Nada!
Garrotazo y tente tieso.
Mig. Pero ¿hemos de ser tan brutos...?
Frut. ¡Leña! Ya que usted se empeña
En que haya camorra, ¡leña!
No hay mas tu tia.
Mig. ¡Don Frutos!
Frut. ¡Don... usted!
Mig. Con ese alarde
De atroz salvajismo inculto
Quiere usted huir el bulto
A mi venganza, ¡cobarde!
Frut. ¡Yo cobarde! ¡Voto á brios!
(*Furioso y amenazándole con el puño.*)
Mig. No demos aquí un escándalo.
(*Poniendo mano á la espada y retirándola inmediatamente.*)
Frut. ¡Yo cobarde! ¡Yo...!
Mig. ¡Seor... vándalo!,
Ya nos veremos los dos.
Yo sabré...
Frut. Si no mirara...
Mig. Lo que he de hacer con un ente
Como usted. Todo viviente
Le ha de escupir en la cara.

ESCENA XI.

DON FRUTOS.

(*A la puerta.*)

Tengo un puño en cada brazo,
Y si alguno me provoca,
Antes que escupa su boca
La hundiré de un puñetazo. —
¡Se fué! — Señor, ¿hay conciencia
Para hostigar tanto y tanto
A un hombre de bien? Un santo
Perdería la paciencia.
¡Oh! ya no reparo en nada.
¿Quieren que mi saña aborte?
Bien está. Yo haré en la córte
Una que sea sonada.
(*Entra en su cuarto.*)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON REMIGIO, DON MIGUEL.

Mig. Con que, ¿es verdad?
Rem. Sí; á las dos
Se firma el contrato.
Mig. ¡Lindo!
Rem. Para esa hora están citados
El notario y los testigos.
Mig. ¡Y es la una y media! ¿Qué haremos?
Discurra usted un arbitrio.
Rem. ¿Qué sé yo...? Mal pleito es este.
No dió lumbre el desafío;
Elisa está resignada
Al funesto sacrificio;
La vieja es inexorable...
Solo nos queda un camino.
Mig. ¿Cuál?
Rem. Que como otro Escipion
Se venza usted á sí mismo
Y abandone...
Mig. ¿Qué se entiende
Abandonar? ¡Por el siglo
De mi madre...!
Rem. (Mis orejas

Corren otra vez peligro.)
Mig. ¡Ceder yo el campo! Primero
Habrá en esta casa tirios
Y troyanos.
Rem. Norabuena;
Mas ¡por los clavos de Cristo!
¿Qué consejo puede dar
En estos momentos críticos,
Señor don Miguel, un hombre
Tan amable y tan pacífico
Como yo? Si se tratase
De un inocente artificio,
De una intriguilla venial,
¡Vaya con Dios!; siempre he sido
Complaciente, y manejable,
Y amigo de mis amigos.
Pero cuando usted vacila
Entre rapto y homicidio,
¿Seré yo tan Barrabás
Que le empuje al precipicio?
Mi consejo...
Mig. Es de un menguado.
Rem. Sí será. Yo no me pico...
Mig. ¡Bueno fuera, siendo yo
El amado, el preferido,
Que se llevase la novia
Un bárbaro campesino!
Rem. ¡Es un horror! — Pero ¿no hay
En Madrid jefe político?
Demanda al canto, depósito,
Y es asunto concluido.
Mig. Ya se lo he propuesto á Elisa,
Pero es tan pobre de espíritu...
Rem. Por no chocar con su madre;
Por no exponerse al ludibrio
De las gentes y al escándalo...
Mig. ¿Qué escándalo ni qué niño
Muerto? ¿Es escándalo usar
De su derecho legítimo?
¡Pero esas mujeres...! ¡Oh!
Cuando dan en un capricho...
Y... ¿qué sé yo...? Juraría
Que aun ha de estar indeciso
Su corazon de coqueta
Entre uno y otro individuo.
Rem. (Tal creo.)
Mig. Ya no hay que andarse
Por las ramas. Es preciso,
Forzoso, urgente, matar
Al aragonés maldito.
Rem. ¡Hombre, mire usted...!
Mig. Él sale.
Me alegro mucho.
Rem. (¡Dios mio!)

ESCENA II.

DON REMIGIO, DON MIGUEL, DON FRUTOS.

Frut. ¡Hola, señor capitan!
Sea usted muy bien venido.
Mig. ¡Eh! Cumplimientos á un lado,
Que estoy hecho un basilisco.
Frut. ¡Qué bobada... y qué *mal tono*!
Mig. ¿Cómo...?
Frut. Yo estoy muy tranquilo,
Y aconsejo á usted que tome
Mi ejemplo.
Mig. No; yo he venido...
Frut. Ya sé; con la misma tema
De armar camorra conmigo;
Pero cuando uno no quiere...
¡No riñen dos! Esto es fijo.
Mig. ¿No? Yo sabré...
Frut. Usted no sabe
Lo que se pesca, amiguito.
Mejor sería, en lugar
De venirme á mí con libros
De caballería andante,
Que pusiera usted su ahinco
En atraparme la novia. —
¿No digo bien, don Remigio?
Mig. ¿Así me habla usted?
Frut. Así.
Yo sé bien lo que me digo.
Los momentos son contados.
Dejémonos de litigios,
Don Miguel, y procuremos
Salir de este laberinto.
¿Le ha visto á usted la marquesa?
Rem. No; ni sabe que ha venido.
Se encerró en el tocador...
Frut. Perfectamente. Pues ¡listo!
Guárdese usted de sus ojos.
No faltará un escondrijo...
Y mientras solo con ella
Le digo cuántas son cinco,
Cuide usted de que la chica
No se muera de fastidio.
Mig. Pero...
Frut. No hay pero que valga.
Ella sabe mis designios...
¡Ande usted!
Mig. Ya capitula.
(*En voz baja á don Remigio.*)
Me tiene miedo: está visto. —
Supongo que aquí no hay maula...
(*A don Frutos.*)
Frut. Yo siempre he jugado limpio.

Mig. Es que...
(*Volviendo la cabeza después de dar algunos pasos.*)
Frut. ¡Ande usted!
(*Vase don Miguel por la izquierda del foro.*)
¡Aun se me hace
De pencas el señorito!

ESCENA III.

DON FRUTOS, DON REMIGIO.

Rem. Yo celebraré en el alma,
Caro amigo, que usted logre
Desbaratar esa boda;
Porque, si vale mi pobre
Dictámen, cuando no son
Homogéneos los consortes,
Es dogal el matrimonio
Lejos de...
Frut. Estamos acordes.
No, no es esa la mujer
Que me conviene.
Rem. ¡Y sin dote!
Frut. Eso no me importa un bledo;
Pero tengo otras razones...
Rem. ¡Oh! Sobradas. Y pensar
Que ella renuncie á la córte
Y á sus... Para usted sería
Pintiparada, de molde
Una mujer... como yo.
Frut. ¿Cómo usted? ¿No es usted hombre?
Rem. Quiero decir..., de mi genio,
De mis circunstancias; dócil,
Servicial...
Frut. Mientras él viva
(*Para sí.*)
No faltará quien le abone. —
Pues lo que es á servicial,
(*A don Remigio.*)
Ni usted, ni nadie en el orbe
Me gana á mí. Mire usted
Que tiene cuatro memoles...
Rem. (¡Huy!)
Frut. Trabajar un galan...
¿Eh? para que otro le sople
La dama. ¿Eh?
Rem. Yo convengo
En que es muy raro ese noble
Proceder, famoso asunto
Para mármoles y bronces.
Frut. Mas no lo hago por virtud
Ni por miedo á los bigotes
Del capitan pendenciero,
Porque á mí nadie me tose;
Lo hago por ver si me zafo
Del apuro en que me ponen.
Líbreme yo de la novia
Y de esa suegra ó demontre,
Y mas que cargue con ambas
Perico el de los palotes.
Mas si no cede la vieja
A mis justas reflexiones,
Y se mantiene en sus trece...
¡Pues! como yo en mis catorce,
Y al fin tengo que casarme,
Juro á Dios y á los apóstoles
Que he de romper la cabeza
A ese interesante jóven.
Rem. No permita Dios... — Supongo
Que para mí no habrá golpes.
Yo soy amigo de usted...
Mas que amigo: soy su cómplice...
Frut. ¡Eh! Con usted no va nada. —
Pero los minutos corren
Que vuelan y la marquesa
No viene. Aunque usted perdone,
Don Remigio, ¿quiere usted
Llamarla...?
Rem. Con mil amores.
Frut. Y luego...
Rem. Entendido. Luego
Querrá usted que me incorpore
Con los otros y...
Frut. Cabal.
Rem. Pero me excusa un galope
Mi señora la marquesa. —
Muy servidor...
(*Saludando á la marquesa, que llega.*)
A la órden.
(*A don Frutos.*)

ESCENA IV.

DON FRUTOS, LA MARQUESA.

Marq. ¿Cómo es eso? ¡Aun está usted
De zamarra!
Frut. ¡Eh! No me estorba.
Marq. ¡Y va á venir el notario,
Y los testigos...! ¡Qué sorna!
Frut. Me alegro de ver á usted.
Tenemos que hablar á solas...
Marq. ¡Jesus! y están convidadas
Mas de cuarenta personas...
Frut. No le hace...
Marq. ¿Qué dirán? Hecha
Un ascua de oro la novia,
Yo un brazo de mar, y el novio...
Frut. Yo no gasto ceremonias.

Bien estoy así.

Marq. ¡En *toilette*
De calesero!

Frut. ¿Qué importa?

Marq. Importa mucho. ¿Usted quiere
Que se burlen de nosotras?

Frut. Si usted toma mi consejo
Podrá excusar esa mofa.

Marq. ¿Y qué consejo...? Sepamos...

Frut. Que se deshaga la boda.

Marq. ¡Oh!... ¿Qué dice usted? ¿Salimos
Con esa embajada ahora?

(*Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.*)

Frut. Aquí no hay mas embajada
Que la razon, y me sobra
Por todas mis coyunturas.

Marq. Don Frutos, basta de broma.

Frut. Hablo de veras. Usted,
Señora mia, no es tonta,
Y bien habrá conocido
Que el tal casamiento es droga.
Yo soy demasiado tosco
Para dama tan preciosa;
No se cambian las costumbres
Como se cambian las modas,
Y nunca harán buenas migas
Perro y gato en una alforja.

Marq. ¡Eh! ¡Como de esos milagros
Hace el amor!

Frut. ¡Dale bola!
No nos amamos nosotros:
¿Lo entiende usted? no, señora.
Yo lo sé de buena tinta;
Esto es, de su propia boca,
Y ella de la mia: ¿estamos?
Ni soy mudo, ni ella es sorda.

Marq. Ella cumplirá, no obstante,
Con los deberes de esposa...

Frut. No diré yo lo contrario...
Si la permiten que escoja;
Porque ha de saber usted,
Si por desgracia lo ignora,
Que hay bigotes de por medio.

Marq. ¡Bobada! A usted se le antojan
Los dedos huéspedes.

Frut. No.

Marq. ¡Vaya!...

Frut. Hay moros en la costa.

Marq. Cuando á mí nada me ha dicho
La niña...

Frut. Teme la cólera
De usted.

Marq. ¿Por qué? Yo no fuerzo
Su voluntad.

Frut. Se equivoca
Mi señora la marquesa...,
Por no decir otra cosa.

Marq. Hablemos claro, don Frutos,
Y diga usted sin tramoya
Que retira su palabra.
¡Hombre sin pudor, sin honra,
Sin fe...!

Frut. ¡Señora marquesa!
No quiera usted que nos oigan
Los sordos; tenga usted juicio,
Y ahorremos una camorra.
A todos nos salva un no.
Veamos á quién le toca
Pronunciarlo. Si yo diera
Calabazas á la moza,
Sobre faltar al respeto,
Del que está bajo una losa,
Fueran ustedes silbadas
Diez leguas á la redonda;
Ella no lo soltará
Si la llevan á la horca;
Con que...

Marq. Con que ¿yo he de ser
Quien cante la palinodia?

Frut. Sí, señora; y yo consiento
Que me ponga usted como hoja
De perejil, y me acuse
De haber roncado en la ópera...
¡Sí tal!, y de haber comido
A cucharadas la sopa;
Y mas que salga tambien
A la colada la historia
Del velador, y el abrazo,
Y la zamarra, y las botas...;
Y mas que sea preciso,
Para que usted quede airosa,
Compararme... ¿A quién diré?
Al bruto de Babilonia.

Marq. No; ya es tarde. Yo no cedo.

Frut. ¿No?

Marq. Mil veces no.

Frut. ¡Señora!
¡Mire usted que eso es ponerme
En el pescuezo una soga!
¡Mire usted que si me obliga
A que mi palabra rompa,
¡Yo! ¡un aragonés!, ¡ah! juro
Por mi padre que esté en gloria
Que se ha de acordar usted
De don Frutos Calamocha.

Marq. ¡Bravatas! ¡Baladronadas!

Frut. Pues ya que usted me provoca,
¡Guerra, venganza! — Aquí tengo

(*Sacando una cartera y de ella unos papeles.*)

Mi artillería. ¡Arda Troya!

Marq. ¡Cómo!...

Frut. Usted recordará

Si no es flaca de memoria
Que, cuando el marqués difunto
Residía en Zaragoza,
Para sacarle de empeños
Le abrió mi padre su bolsa.
Marq. Es verdad. Le prestó algunas
Cantidades...
Frut. Y no flojas. —
Vea usted: ¡veinte mil pesos!
(*Mostrando á la marquesa un papel.*)
Marq. (¡Dios mio!...)
Frut. Cuenta redonda.
Marq. Pagaré...
Frut. De eso se trata.
El documento está en forma.
Marq. (¡Este hombre me va á perder!)
Mas adelante...
Frut. No; ahora.
Págueme usted al momento,
O la casa se alborota
Y ante el notario y testigos
Digo que es usted tramposa.
Marq. ¡Ah, don Frutos!
Frut. Y la pongo
Por justicia.
Marq. ¡Qué congoja!
Frut. Y la embargo cuanto tiene
En la sala y en la alcoba...
Marq. ¡Jesus, qué hombre!

ESCENA V.

LA MARQUESA, DON FRUTOS, JUANA.

Juana. Los testigos,
(*Anunciando.*)
El cura de la parroquia,
El notario...
Marq. ¡Justo Dios!
Juana. El marqués de la Alcachofa...
Marq. Voy... Que esperen un momento...

ESCENA VI.

LA MARQUESA, DON FRUTOS.

Marq. Tenga usted misericordia...
Frut. ¿Le ha tenido usted de mí?
La venganza es muy sabrosa.
Marq. ¡Baje usted la voz!
Frut. No puedo,
Que el furor me desentona.
Todos sabrán...
(*La marquesa cierra la puerta del foro.*)
¿Cierra usted?
Pues levantaré la solfa.
O pagarme, ó despedirme,
O he de hacer...
Marq. ¡Vírgen de Atocha!...
Frut. Una de pópulo bárbaro,
Y aunque me gaste mil onzas
He de tener el consuelo
De que pida usted limosna.
Marq. ¡Basta! ¡No mas! Yo recojo
La palabra de la novia,
Y la mia.
Frut. ¡Eso!
Marq. Y diré
Que el novio no me acomoda.
Frut. ¡Así!
Marq. Y diré la verdad,
Porque es usted un idiota.
Frut. ¡Divinamente! un abrazo
Le daría á usted ahora.
Marq. Mas ¿qué dirán los testigos...?
Esto es lo que me sofoca;
Y el notario, y tanta gente
Convidada...
Frut. Usted se ahoga
En poca agua. Ellos venian
A presenciar una boda...
Marq. ¡Y esa boda se ha frustrado!
Frut. Pues ¿hay mas que darles otra?
Marq. ¡Cómo!... ¿Con quién...?
Frut. Verbigracia.
(*Acabando de abrir la puerta de la izquierda.*)
(*Salen Elisa, don Miguel y don Remigio y se arrodillan á los piés de la marquesa.*)
Mig. ¡Señora!...
Elisa. ¡Mamá!...
Rem. ¡Señora!...

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA, ELISA, DON FRUTOS, DON MIGUEL, DON REMIGIO.

Marq. ¿Qué veo? Aparta de aquí,
Hija traidora.
Elisa. ¡Perdon!...
Marq. ¡Qué horrible conspiracion!
Frut. Todo se gobierna así.
Marq. ¡Ah! ¡Me han burlado!
Rem. ¡Por Dios!...
Mig. ¡Ah, señora! Yo protesto...
Marq. Pero ¿qué viene á ser esto?
(*Viendo que tambien don Remigio está arrodillado.*)
¿Te has de casar con los dos?
Rem. Cada cual en este asedio

Hace el papel que le dan.
Este es el primer galan;
Y yo... un *parte de por medio* (1).
Marq. (Buscar un yerno es urgente
En este lance de honor,
Y pues no hay otro mejor...,
Cubramos el expediente.)
Mig. Rica no será conmigo,
Pero mi amor...
Elisa. ¡Por piedad...!
Frut. ¡Por la negra honrilla...!
Marq. ¡Alzad!
Yo os abrazo y os bendigo.
Frut. ¡Viva! ¡Eso es ser madre! Ahora
Que estamos todos contentos,
Rompo yo mis documentos.
(*Hace pedazos los papeles que sacó.*)
Estamos en paz, señora.
Marq. ¡Tanta generosidad!
Me confunde usted, me abate...
Frut. No tal. Pago mi rescate
Y ¡viva la libertad!
Rem. ¡Oh pecho noble y sin hiel!
Frut. Basta. Demos al olvido...
Mig. ¡Don Frutos!...
Elisa. (¡Qué necia he sido
En no casarme con él!)
Frut. Ahora... andemos á porrazos,
Si usted quiere, capitan.
Mig. No; ya no tengo ese afan.
Frut. Pues...
(*En actitud de brindarle con un abrazo.*)
Mig. ¡Venga usted á mis brazos!
(*Se abrazan.*)
Rem. El llanto inunda mi cara,
(*Enternecido.*)
Y siento una conmocion...,
Una... ¡Bravo!... Otra edicion
Del *Abrazo de Vergara!*
Marq. Vamos á la sala presto
Que nos están esperando...
Frut. Vayan ustedes andando...
Rem. ¿Y usted...?
Frut. No es aquel mi puesto.
Yo voy á buscar un coche
Que me vuelva á mi lugar.
Marq. ¿Ya se quiere usted marchar?
Frut. Sí. No duermo aquí esta noche.
Tambien yo entiendo, marquesa,
Algo de filosofía,
Aunque tengo todavía
El pelo de la dehesa.
Elisa. Pero ¡dejarnos así...!
Rem. Sin disfrutar del convite...
Frut. ¡Nada! ¡A Belchite, á Belchite!
La córte no es para mí.

(1) Nombre que en lo antiguo se daba, y todavía se da alguna vez entre actores, á los que solo se emplean en papeles muy subalternos: hoy se llaman mas comunmente *racionistas*.

DON FRUTOS EN BELCHITE,

SEGUNDA PARTE DE

EL PELO DE LA DEHESA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 27 DE ENERO DE 1845 (1).

PERSONAS.

SIMONA.	Tio PABLO
ELISA.	MAMERTO.
JUANA.	GORRION.
Don FRUTOS.	BLAS.

La escena es en Belchite, en casa de don Frutos. Sala con muebles, no de mucho lujo, pero de mejor gusto que los que suelen usarse en los lugares. Puerta en el foro, que da á un pasillo, el cual conduce á la escalera por la derecha del actor y por la izquierda á las habitaciones interiores: puerta y una ventana en los bastidores de la derecha: otra puerta en los de la izquierda: mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

SIMONA, Tio PABLO.

(*Vestidos los dos con buena ropa, pero al estilo de los labradores del país, aparecen acabando de ordenar los muebles que adornan la habitacion.*)

Sim. Aquí la otra silla... Bien.

T. Pablo. Ensancha el cuajo, Simona.
Con este ajuar, en Belchite
No habrá hidalga que te tosa.
Y al tenor del homenaje
De la sala y de la alcoba
Serán ¡no marra! los dijes
Y las galas de la novia.
¡Poder de Dios y qué rumbo!
Sonada va á ser tu boda.

Sim. Padre, aun falta para hacerla...

T. Pablo. ¿Qué falta, chica?

Sim. ¡No es cosa!
Lo primero y prencipal:
El novio.

(1) Cree el autor que por la circunstancia de ser la presente comedia continuacion de la que antecede, aunque escrita y representada cinco años despues, esta es su colocacion mas adecuada, sin embargo de que, consideradas con separacion una y otra, la accion de ambas es independiente y completa.

T. Pablo. Él vendrá en presona
Con la última carretada.
Sim. Es ya demasiado posma
Para novio.
T. Pablo. Vaya, chica,
No me seas cavilosa.
Venga hoy, ó venga mañana,
Venga en carro, ó venga en posta,
Todo es venir.
Sim. Es verdá.
T. Pablo. ¡Si es verdá!... Pues vaya otra.
¿Cómo puede un hombre solo
Estar á la mesma hora
En la villa de Belchite
Y en la ciudá siempre heróica?
Sim. Pues ya; eso salta á los ojos;
Pero el caso...
T. Pablo. Calla, tonta.
Tú no sabes de la misa
La media.
Sim. Ya, pero es droga
Que tarde tanto...
T. Pablo. No le hace.
Al fin se canta la gloria,
Y ello es cierto que por algo
Se detiene en Zaragoza.
Sim. Otra verdá como el puño.
T. Pablo. Un oráculo es mi boca.
Sim. Así le llaman á usté
Diez leguas á la redonda
Pero-Grullo por mal nombre.
T. Pablo. Los que envidian mi retólica.
Sim. Pues por mas que diga usté...
Ya hace tres semanas... ¡bobas!
Que no he visto carta suya.
T. Pablo. ¡Ba! Con eso nos ahorra
Portes. Siga acarreando
Catres y sillas y cómodas,
Y coruña para sábanas,
Y tafetan para colchas,
Y toballas y manteles,
Que lo demás poco importa.
¿Qué sustancia sacas tú
De sus cartas amorosas?
Maldita. Papeles son
Papeles, dice la copla,
Cartas son cartas... Y en fin,
¿No te pidió para esposa?
Sim. Sí, señor.
T. Pablo. ¡Pues! Y este ajuar
Tan pulido ¿no lo compra
Para que tú lo desfrutes?
Sim. Si; pero muebles de moda...,
Al estilo de la córte...
¡Mucho la tiene en memoria!
T. Pablo. ¡Ba! ¡Pues si dijo mil pestes
De Madriz y sus tramoyas
Cuando vino...!
Sim. Sí; al prencipio
Se encontraba aquí en sus glorias,
Y muerto por mis pedazos
Todo era hacerme carocas,
Y me llamaba garrida,
Chupena, cara de rosa...
Mas luego le entró la murria,
Y puso la cara fosca,
Y de todo se cansaba;
De jugar á la pelota,
De cazar, de ser alcalde...,
Hasta que le dió la mosca
Por andar de Ceca en Meca:
Veinte dias en Daroca,
Otros veinte en Alcañiz,
Dos meses en Tarazona,
Después á Calatayuz,
Luego á la feria de Borja,
Y por último á las fiestas
Del Pilar... ¿Qué amor ó alforja
Es ese? Ya ha mas de un año
Que volvió de la liornia
De Madriz, y en tanto tiempo
Apenas ha hecho la rosca
Quince dias en Belchite.
¡Dígole á usté que es historia!
T. Pablo. Le habrá mandado el dotor
Que mude de aires, simplona,
Y viajar y mudar de aires
Todo es una mesma cosa.
Sim. Sí, señor, y en cada pueblo
Puede que tenga una moza.
T. Pablo. No creas... Y en fin, mas vale
Que corra la tuna ahora
Que después.
Sim. Sí; ¡buen consuelo
De tripas! ¡Buen...!
T. Pablo. ¡Dale, bola!
Hizo promesa solegne
De darte el sí en la parroquia,
Y se casará y tres mas,
Que es hombre de mucha forma,
Y ha de ser falsa la bula
Del Padre santo de Roma
Primero que la palabra
De don Frutos Calamocha.
Sim. Tambien ofreció casarse
Con aquella señorona
De Madriz, y la dejó
Por Cristus dómina nostra.
T. Pablo. Aquello fué diferente.
Hubo allí mil trapisondas,
Y de acuerdo de ambos sexos
Se desbarató la boda.
Anda; él vendrá si es de ley.
Su casa es nuestra; á su costa
Seis meses hace que estamos
Llenando aquí la bartola;

Y como decia el otro,
Mientras no falten las ollas
De Egito, no hay prisa...
Sim. Usté
Lo mira con mucha sorna;
¡Pero yo, pobre de mí,
Con veinte años á la cola
Y sin casarme...!
T. Pablo. ¡Muchacha!
Sim. Y si dijéramos...
T. Pablo. ¡Oiga...!
Sim. Que no habia en el lugar
Quien me hiciese cucamonas
Antes que él... ¡Pobre Mamerto,
Que por mí suspira y llora
Y le dejé por don Frutos...!
T. Pablo. Hiciste bien. Cuando sopla
La fortuna, el que la pierde
Merece comer bellota.
Sim. Usté me lo aconsejó...
T. Pablo. Y tú no te hiciste sorda.
Sim. Quizá me salga á la cara
Haber sido avariciosa.
La codicia rompe el saco...
T. Pablo. Aquí no hay saco ni bolsa
Que valga. Lo dicho, dicho,
Y se acabó, y arda Troya.
Sim. Pues mire usté; tengo aquí
(*Con la mano en el pecho.*)
Un peso de treinta arrobas,
Que fué muy mala partida...
T. Pablo. ¡Eh! vamos... No me corrompas...
Sim. ¡Pobre Mamerto! Aun le quiero
Unas miajas.
T. Pablo. Si me nombras
Otra vez á ese abejorro...
Sim. Bien; callaré...
T. Pablo. Es que si asoma
Por esa puerta, le juro
Que ha de dormir en chirona.
U soy regidor, ú no.
Sim. Ya le he dicho que no ponga
Aquí los piés.
T. Pablo. Es que siempre
Está haciéndote la ronda,
Y me enfada...
Sim. Se consuela
Con hacer lo que la zorra
Con las uvas.
T. Pablo. Sí, están verdes.
Sim. Pero si usté no se enoja
Le diré que es tontería
Quitarle de cuajo toda
Su esperanza, por si el otro...
Que al fin no pide limosna,
Mamerto: tiene hacendilla.
Y con la chupamelona
De la escribanía...
T. Pablo. ¡Basta!
Ya he dicho que no me rompas
La cabeza...

ESCENA II.

SIMONA, TIO PABLO, GORRION.

Gor. Guarde Dios...
T. Pablo. ¿Qué hay...?
Gor. Una carta...
T. Pablo. ¿A ver?
(*Tomándola.*)
¡Hola!
(*Viendo el sobre.*)
Es de don Frutos. (*La abre.*)
Sim. ¿Qué dice?
T. Pablo. «Hoy salgo de Zaragoza,
(*Leyendo.*)
Y á poco que se retarde,
Llegaré á la misma hora
Que el correo.» ¿No lo dije?
Sim. ¡Ah! Volvámosle la honra.
¡Ahora sí que va de veras!
Brinco de gozo... (¡Perdona
Por Dios, Mamerto!)
Gor. El alcalde
Le llama á usté. Viene tropa
Mañana...
T. Pablo. Voy al momento.
Recibe tú cariñosa
A Frutos, si tan y mientras
Que estoy fuera se le antoja
Venir. Echa á andar, Gorrion.—
¿Lo oyes? (*A Simona.*)
Sim. Sí.
T. Pablo. Y dale memorias.

ESCENA III.

SIMONA.

De tanto y tanto esperar
Ya me iba quedando pocha.
¡Me caso con Calamocha!
Soy la reina del lugar. —
La conciencia me da voces...,
Mas bien dice padre: si una
Ve en su puerta á la fortuna
¿La ha de dar un par de coces?
Si pudiera con mi mano

Juntar en cuatro minutos
Con el caudal de don Frutos
La cara del escribano...
A bien que nadie se ha muerto
De pesar porque le den
Calabazas, y él tambien...

ESCENA IV.

SIMONA, MAMERTO.

Mam. ¡Simona!
Sim. Es su voz... ¡Mamerto!
¿Por qué vienes, maldecido,
A esta casa... (¡Fuerte apuro!)
Si sabes ya de seguro
Que has de ser mal recibido?
Mam. Porque tú eres el retablo
De toda mi devocion,
Porque te amo con pasion...
Y porque lo quiere el diablo.
Vengo, Simona, á tu casa
Como mariposa terca
Que una vez y otra se acerca
A la luz donde se abrasa.
Sim. Vete, Mamerto.
Mam. ¡Mujer!
Sim. Ya me cansan tus sandeces.
¿No te he dicho treinta veces
Que no te puedo querer?
Mam. ¿No te he dicho yo otras tantas
Que no te puedo olvidar?
Sim. ¡Qué amor tan particular!
Con desprecios ¿qué adelantas?
Mam. Ver la cara guapetona
Con que el corazon me punzas,
Que por mucho que la frunzas
Siempre es tu cara, Simona;
Tener envidia á la saya
Que está ciñendo tu talle,
Aunque me eches á la calle
Con un noramala vaya;
Mirarme en los ojos bellos
Con que penando me ves,
Y en fin, postrarme á tus piés...
Aunque me pises con ellos. (*Lo hace.*)
Sim. ¡Jesus! .. Alza...
Mam. Bien estoy.
Sim. ¡Alza; no seas pelmazo!
Mam. ¡No!
Sim. (Le daría un abrazo...)
Vamos; ¿alzas, ó me voy?
Mam. Porque no te vayas, alzo.
(*Levantándose.*)
Sim. Bien; pero pronto...
Mam. ¡Oh! ¡delicia!...
A Santiago de Galicia
Iría por tí descalzo.
Sim. ¡Oh! Vete ya; no me enfades.
Mam. Otro momento, alma mia.
No me has dicho todavía
Bastantes iniquidades.
Sim. Te las diré si me pones
En ese resbaladero,
Ya que eres tan majadero
Que te gustan los sofiones.
Mam. Te confieso...
Sim. ¡Hum!... ¿No te vas?
Mam. Aunque con ellos me humillas,
Que me saben á rosquillas
Por ser tú quien me los das.
Sim. No quiere padre hoy en dia
Que hable contigo.
Mam. ¡Ay de mí!
Sim. Y si te sosprende aquí
Va á hacer una fechuría.
Mam. Bien; yo á sufrirla me obligo
Por esos ojos morenos.
Sim. Sufrirla tú es lo de menos,
Pero ¿y si la hace conmigo?
Mam. ¡Oh! si al pelo de tu ropa
Se atreve, ¡por san Melchor
Que aunque sea regidor
Me lo he de comer por sopa!
Sim. No creo...
Mam. ¡Hay padres muy brutos!
Sim. Pero ¿á qué tanto moler?
¿Cómo he de ser tu mujer
Si me caso con don Frutos?
Mam. ¿Qué al fin me dejas por él?
(*Afligido.*)
Sim. ¡Otra! ¡Si padre lo manda!...
Mam. ¡Y tú lo deseas!... ¡Anda,
Cruel y mas que cruel!...
Sim. Si esperas que yo me arredre
Por tus lamentos, mal vas.
¡Yo cruel!... Tú lo eres mas,
Que no me dejas que medre.
Mam. Yo...
Sim. Calamocha derrocha
Por mí un tesoro, un Perú.
¿Me darás acaso tú
Lo que me da Calamocha?
Mam. Un dia, y no muy lejano,
Te colmaba de placer
La golosina de ser
Costilla de un escribano.
Sim. Es que... estonces...
Mam. Y quizá
Decías tú para tí:
Bien tendrá fe para mí
El que á todos se la da:
Y por saciar tu ambicion,
Ingrato y dulce embeleso,

Yo hubiera armado un proceso
Al gallo de la pasion :
Y mis sentidos incautos
Soñaban... ¡ Pícara suerte !...
Con el gozo de tenerte
Cosida siempre á los autos ;
Mas hoy—¿ quién me lo dijera !—
¡ Ya mi pluma no te basta
Y haces *ante mí*, subasta
De esa cara retrechera !—
¡ Y me das tal pesadumbre ,
(*Rompiendo á llorar.*)
Y no cesan tus enojos
Viendo brotar de mis ojos
Lágrimas de media azumbre !
Sim. No llores ; me da pesar...
Mam. No importa : mas pasó Cristo...
¡ Alábate de que has visto
A un escribano llorar !
Sim. Si te consuelas así ,
Llora donde mas te cuadre ,
Pero no aquí , que mi padre...
¡ Ya lo tenemos aquí !
(*Mamerto sigue gimiendo y llorando.*)

ESCENA V.

SIMONA , MAMERTO, TIO PABLO.

T. Pablo. ¿Qué veo ! ¡ Mamerto !
Sim. Yo...
T. Pablo. ¡ Pícara , no me repliques !
¿ No ofreciste esta mañana
No volver á recibirle ?
Sim. Sí, señor ; pero ¿ qué hace una
Cuando... ? El...
T. Pablo. ¡ Infame !
¡ Bellitre !...
(*A Mamerto.*)
Sim. Entró aquí de sopeton,
Y por mas que yo le dije :
Vete, no te hablo ; no te oigo...,
¡ Ni por esas ! Es muy chinche.
T. Pablo. ¡ Voto á... ! ; Colarse en mi casa
Sin decir dóminus Cristi ! —
Mas sin alas no se vuela ;
Sin duda tú se la diste...
Sim. ¿ Alas dice usté, y está
Llorando que se derrite?
T. Pablo. ¡ Y es verdá !... ¡ Mala vergüenza !
(*Acercándose á Mamerto.*)
Mam. ¡ Ah ! (*Llorando.*)
T. Pablo. Corazon de alfeñique,
¡ Lloras ! *¡ De Belchite, y lloras !* (1)
Mam. Sí, señor : yo soy sensible.
(*Entre irritado y lloroso.*)
¿ No he de tener corazon
Porque he nacido en Belchite ?
Lloro, sí ; pero mi llanto
No es cobardía ; es berrinche.
Lloro de amor y de zelos,
Porque esta... ¡ ahí está el *busilis !* —
Se va al sol que mas calienta ,
Y me desprecia y me aflige
Porque otro novio la ofrece
Plata y oro á celemines.
Lloro porque alguna bruja,
De su hija de usted compinche,
Sin duda me ha dado hechizos,
Pues soy tan incorregible,
Que debiendo aborrecerla
Porque tiene alma de tigre,
Si ayer la amé como cuatro
Hoy la adoro como quince.
Dígala usted que se ablande,
Dígala usted que me guiñe
Siquiera un ojo y veremos
Quién llora luego y quién ríe.
Dígame ella : tuyo soy ;
Te quiero como te quise,
Y si algun guapo lo estorba
Le deshago las narices.
T. Pablo. Y si fuese yo ese guapo,
¿ Qué harías ?
Mam. *Idem per idem.*
Antes que volverme atrás
Quiero que me descuarticen.
T. Pablo. ¡ Te me subes á las barbas !
Mam. Mientras ella no me anime,
No, señor ; pero...
T. Pablo. ¡ Bribon !
(*Amenazándole.*)
¡ A un hombre de mi calibre !...
Sim. ¡ Padre !...
Mam. Al mismo *sursum corda...*
T. Pablo. ¡ A un regidor !...
Sim. ¡ Por la Virgen !...
T. Pablo. ¡ Gorrion !
Irás á la cárcel. (*Llamando.*)
Sim. ¡ Padre ! — ¡ Mamerto !...
T. Pablo. ¡ No chistes !

(1) Frase proverbial en mucha parte de Aragon.

ESCENA VI.

SIMONA, Tio PABLO, MAMERTO, GORRION.

Gor. ¿Qué me manda su mercé?
T. Pablo. Mando, una vez que me sirves
De criado y de alguacil,
Que me prendas á ese títere.
Gor. ¡A él! ¡A un escribano! ¿Sabe
Su mercé lo que se dice?
T. Pablo. Mejor. En un calabozo
Purgará todos sus chismes
Y trapisondas.
Mam. ¡Tio Pablo!..
Cuidado con zaherirme,
O por vida...
T. Pablo. ¡Alzas el puño!
¡Te atreves...!
Mam. Estoy en crísis.
Por ella seré furioso
Leon ó cordero humilde.
Habla, Simona: ¿me atrevo,
O no me atrevo? Decide.
Si me amas, no me acobardan
Regidores ni alguaciles;
Si me aborreces...
Sim. Sí; sí;
Te lo digo sin melindres;
Te aborrezco, y aunque frailes
Descalzos me lo prediquen
Nunca te querré.
Mam. ¿No? ¡Ay mísero,
Mísero de mí, infelice! —
Vamos; no hago resistencia.
¡Que me prendan, que me líen,
Y si con eso no estás
Contenta, que me fusilen! —
¡Adios, Simona!... Si en són
(*Llorando.*)
Fúnebre, pausado y triste
Oyes tañer las campanas,
No preguntes, no averigües
Por quién doblan. El difunto
Soy yo: Mamerto Rodriguez,
Que víctima de una ingrata
Muero en mis verdes abriles
Pidiendo á Dios que perdone
Mis flaquezas y tus crímenes.

ESCENA VII.

Tio PABLO, SIMONA.

Sim. ¿Si se morirá de veras,
Vírgen del Pilar!
T. Pablo. ¿Morirse
Por eso? ¡Quiá! Y con su pan
Se lo coma si es tan simple,
Y al que se muere lo entierran;
Esto es claro, y cada quisque...
Pero ya tarda don Frutos.
Sim. ¡Si ahora me dejase alpiste...!
T. Pablo. ¡Vuelta á la tema...!
Sim. Mas vale
Pájaro en mano que buitre...
Voces. ¡Viva! (*A lo lejos.*)
T. Pablo. ¿Oyes?
Voces. ¡Viva don Frutos!
T. Pablo. Ya está tu novio en Belchite.
(*Asomándose á la ventana.*)
Mírale; en silla de posta
Llega por allí, á lo príncipe.
Voces. ¡Viva!
(*Se oye el ruido de un carruaje.*)
Sim. ¡Él es! ¡Qué guirigay
(*Asomándose.*)
De cascabeles y vítores!
Ya se apea. —¡Bien venido!
(*Gritando y agitando el pañuelo.*)
T. Pablo. ¡Arriba! — ¡Qué bella efrije!
Sim. Sí; viene guapo.
(*Quitándose de la ventana.*)
T. Pablo. ¡Y qué orondo!
Bien pesará, sin la pringue,
Siete arrobas... Mas ¿qué hacemos?
Salgamos á recibirle.

ESCENA VIII.

SIMONA, Tio PABLO, Don FRUTOS.

(*Don Frutos ha abandonado su traje de lugareño, y ya no es tan áspero en su acento ni tan rudo en sus modales.*)

T. Pablo. ¡Frutos! (*Le abraza.*)
Frut. ¡Tio Pablo! — ¡Simona!
Sim. Quite usté, que no me huelgo
(*Desviando á su padre y abrazando á don Frutos.*)
Si á sus hombros no me cuelgo.
Frut. Mi gozo...
T. Pablo. ¡Aquí! ¡A la poltrona!
(*Hace sentar á don Frutos en una butaca. Simona se sienta á su derecha y el tio Pablo á su izquierda.*)
Estoy loco de contento.
Frut. Yo tambien...
Sim. ¡Gracias á Dios!
(*Colgándosele de un brazo.*)

Te esperábamos los dos
Como al santo azvenimiento.
¡Tanto tiempo en Zaragoza!
Frut. Mis asuntos...
Sim. ¡Ah gazapo!
(*Dándole una palmada en el muslo.*)
¿Verdá que viene muy guapo?
(*A su padre.*)
Frut. Y tú estás muy buena moza.
Sim. ¿De veras?
(*Le toma una mano.*)
Frut. Eres mi encanto.
Sim. ¿Me quieres, eh? ¿Me querrás?
(*Poniendo su segunda mano sobre la de don Frutos.*)
Frut. Mucho. (Y te querría mas
Si no me sobaras tanto.)
T. Pablo. La posta abre el apetito.
Querrás llenar la balija...
Frut. No, señor; ahora...
T. Pablo. Anda, hija;
Tráele aquel medio cabrito.
Sim. Voy...
(*En ademan de levantarse.*)
Frut. No. Ya comí en la venta.
T. Pablo. O si no, cualquier cosilla;
Torreznos, una morcilla...
Frut. (Este suegro me revienta.)
Nada quiero. ¡Qué porfía!
Comer sin gana es de brutos,
Tio Pablo.
T. Pablo. Ja, ja... ¡Este Frutos
(*Riéndose.*)
Tiene una... filosomía!...
Pero al menos da cuartel
Hasta la hora de la cena
A un jarro de Cariñena
Con bizcochos de Teruel.
Frut. ¿Vino ahora? No me atrevo.
T. Pablo. Un trago...
Frut. Ni por asomo.
Yo bebo siempre que como,
Mas si no como no bebo.
T. Pablo. Yo sí, que el vino remoza;
Mas si tú no hallas placer... —
Nos le han echado á perder
(*A Simona.*)
En Madriz y en Zaragoza.
Sim. Él se domesticará
Otra vez, y como antaño...
Frut. ¡Domesticarme!...
Sim. ¡Oyes, maño!
¿No me traes nada de allá?
Frut. Sí tal. (Ya enseñó la punta
De la oreja.)
Sim. Dime pues...
Cuéntame...
Frut. (¡Vil interés!...)
T. Pablo. Excusada es la pregunta.
Traerá el vestido de novia
Tan majo y tan retumbante
Que no le habrá semejante
En Madriz... ¡Ca! ni en Segovia.
Sim. Ya me reclamo... ¿Es azul?
Frut. Y otro verde, otro canario...
Te traigo todo un vestuario.
Pronto llegará el baul.
Sim. ¡Que viva el garbo!
T. Pablo. ¡Ah buen hijo!
¡Otro abrazo!
(*Le abrazan padre é hija.*)
Sim. ¡Otro!
Frut. (¡Qué extremos!...
Sim. ¿Y cuándo nos casaremos?
Frut. (¡Ah!...) Mañana.
Sim. ¡Oh regocijo!
Frut. (¡Unirme yo á esta gentualla!...
¡Oh Elisa!...)
(*Se oye música de pueblo que toca la jota.*)
Sim. (Cesó la murria.
Mañana...)
T. Pablo. ¿Ois la mandurria?
(*Se levantan los tres.*)
Sim. Sí. ¡Qué gusto! ¡Una rondalla!
T. Pablo. Aquí vienen. ¡Qué lucida,
(*Acercándose á la ventana.*)
Qué brava gente!
Sim. En efeuto.
(*Asomándose.*)
T. Pablo. Sin duda es con el ojeuto
De darte la bienvenida.
Frut. (¡Dios me ampare!)
T. Pablo. ¡Arriba, chicos!
(*Desde la ventana.*)
Nos vienen á festejar
(*A don Frutos.*)
Y no les hemos de dar
Con la puerta en los hocicos.

ESCENA IX.

SIMONA, DON FRUTOS, TIO PABLO, MOZOS DEL PUEBLO.

(*Los mozos traen guitarras, panderetas, etc.*)

Un Mozo. Yo y esta gente devota
Venimos á que usté sea
Bien venido y...
Frut. Gracias.
T. Pablo. ¡Ea,

Menos charrar, y á la jota!

(*Preludio de jota.*)

¡Que viva el són de mi tierra! —
Al alma me llega el timple.

(*A don Frutos.*)

Frut. ¡Hombre, no sea usted simple!

(*En voz baja.*)

¡Si parece una cencerra!

(*Cantan.*)

« A la Vírgen del Pilar
Se encomienda Zaragoza,
Y Belchite se encomienda
A don Frutos Calamocha. »

Sim. El cuerpo me baila ya.

T. Pablo. Y á mí. O semos, ó no semos...

Frut. (¡Jota y siempre jota! ¿No hemos
De llegar nunca á la K?)

(*Cantan.*)

« Que sea tan bien venido
Como deseado fué,
Y como el agua en abril
Y el vino en cualquiera mes. »

(*Sigue la música.*)

Sim. ¡Bien tañido y bien cantado!
Esto es la gracia de Dios. —
Vamos á bailar los dos...

(*A don Frutos.*)

Frut. ¡Yo!... Perdona: estoy cansado.

T. Pablo. Sí; tienes razon. Acabas
De llegar... Anda, hija mia.
¡Aquí hay un majo! Tuavía
Puedo menear las tabas.

(*Bailan Simona y el tio Pablo.*)

Sim. ¿Lo hago bien?

Frut. Sí; yo me alegro...
(¿Dónde me voy á meter?
¡Jesucristo, qué mujer!
¡Vírgen del Pilar, qué suegro!)

(*Cantan.*)

« Si el novio se llama Frutos
Y la novia es una flor,
Claro está que antes del año
Tendrán un hijo varon. »

Frut. (Ya me enfada ese run, run...)
Perdonadme que os ataje.

(*A los músicos.*)

Molido llegué del viaje
Y no he descansado aun.

(*Cesan el baile y la música.*)

Un Mozo. Dice bien. Vámonos pues,
Chicos.

Frut. No penseis que os hago
Un desaire... — Echad un trago

(*Dando dinero á uno de ellos.*)

A la salud de los tres.

El Mozo. No iremos á casa enjutos.
Sígame la comitiva
Diciendo conmigo: ¡Viva
Don Frutos!

Todos. ¡Viva don Frutos!

ESCENA X.

SIMONA, DON FRUTOS, TIO PABLO.

T. Pablo. (¡Qué contento va el gandul!...)
Te irás á la cama; ¿sí?

Frut. No. Por echarlos de aquí
Dije...

(*Gorrion y un mozo entran cargados con un baul.*)

Sim. ¡Ya está aquí el baul!

ESCENA XI.

SIMONA, DON FRUTOS, TIO PABLO, GORRION.

Gor. Pesa un quintal. — Baja... Suelta.

(*Dejan el baul en el suelo.*)

Frut. Toma, vete, y buen provecho.

(*Dando una moneda al mozo.*)

(*Se retira el mozo.*)

Sim. Vendrá de ropa hasta el techo.

T. Pablo. Así no estará regüelta.

Sim. ¡Bien haya mi novio, amen!
Daca la llave, galan.
¡Tengo ya un ansia, un afan
De ver todo ese almacen!...

Frut. Aquí ha de estar...

(*Metiendo la mano en el bolsillo.*)

Sim. ¡Oh! No me harto
De dar gracias al Señor...

Frut. Tómala.

(*Dando á Simona una llave.*)

Pero es mejor
Llevar el cofre á tu cuarto...

Sim. Lo mesmo tiene.

Frut. Y allí,
Ya que para eso han venido,
Te pones ahora un vestido
De los que traigo...

Sim. Sí, sí.

Mas linda que una panocha
Estaré...

Frut. Ese es muy vulgar
Para quien se va á casar
Con don Frutos Calamocha;
Que aunque yo en eso no fundo
Mi gloria ni mi placer,
Algo se ha de conceder
A las prácticas del mundo,
Y mientras yo no te quite
Ese traje burdo y recio,
Te mirarán con desprecio
Las hidalgas de Belchite.

Sim. No hay miedo. Suda la plata,
Que yo tendré señorío,
Y con mi aquel y mi brio
Echaré á todas la pata.

Frut. (¡Hum... la pata!)

T. Pablo. Aunque labriegos,
Sabemos de feligrana,
Y aunque vestimos de lana...,
¿Estás? no semos borregos.

Sim. Voy... Padre, abra usté la puerta.
(*El tio Pablo abre la que está en los bastidores de la izquierda.*)
Voy á ponerme otro arnés...

Frut. Bien.

Sim. Y daremos después
Un paseo por la huerta.

Frut. Bien.

Sim. ¡Alza! ¿Estás en Babel?
(*A Gorrion, alzando el baul por una asa.*)
(*Gorrion levanta el baul por el otro lado.*)

Frut. Vendrá un mozo... (¡Es montaraz!)
Deja...

Sim. ¡Quita!... Soy capaz
De cargar sola con él.
(*Simona y Gorrion entran con el cofre en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DON FRUTOS, TIO PABLO.

T. Pablo. Mi hija es mujer de provecho.
¡Qué fuerza y qué desparpajo!

Frut. Sí; la muchacha es briosa
Y robusta. Sin embargo,
No es su fuerza lo que mas
Me enamora: porque, al cabo,
Yo no me caso con ella
Para que tire de un carro.
(*Gorrion sale de un cuarto de la izquierda y se retira.*)

T. Pablo. Hombre, eso... Tanto como eso...

Frut. ¿Y qué hay de nuevo, tio Pablo,
Por el lugar?

T. Pablo. Poca cosa.
Mañana llegan soldados;
La acituna pinta bien,
El vino, bueno y barato;
El trigo, tal cual; cebada...,
Bien tendremos para el año;
Ha espichado el tio Calzorras
Y está preso el escribano.

Frut. ¿Quién? ¿Mamerto?

T. Pablo. Sí.

Frut. ¿Y por qué?
¿Qué ha hecho ese pobre muchacho?

T. Pablo. ¡Ahí es nada! Enamorarse
De Simona como un ganso.

Frut. ¿Qué dice usted?

T. Pablo. Y en mi casa
Colarse de contrabando
Para decir chicoleos
A la niña.

Frut. Vamos claros:
¿Simona le corresponde?

T. Pablo. ¿Querer ella á ese espantajo?
¡Bobada! Y si tal hiciera
La costaria muy caro.

Frut. Entonces mas que su padre
Sería usted su tirano.
Yo prometí ser esposo
De Simona, y nunca falto
A lo que una vez prometo
Aunque me lleven los diablos;
Mas si llego á sospechar
Que cuando me da su mano
Menos que á su corazon
Obedece á los mandatos
De su padre, juro á Cristo
Que habrá en Belchite un escándalo.

T. Pablo. Nada de eso: la muchacha
Se muere por tus pedazos,
Y eso la sale de adrento
Y en la verdá no hay engaño,
Y ojos tienes tú y orejas
Para verlo y escucharlo,
Y si toda su alma es tuya,
¿Qué le queda al otro zángano?
No pueden servir á un tiempo,
Como dice aquel adagio,
Ni un candil á dos cocinas
Ni una criada á dos amos.
Y prueba de que Simona
No puede ver á ese trasto,
Es que yo le sosprendí
Con ambos ojos llorando,
Y el que llora no se alegra...

Frut. (Este hombre es de cal y canto.)

T. Pablo. Y cuando ella...
Frut. Basta, basta. —
Pero si está deshauciado,
¿A qué ese odio contra él?
¿Cuándo fué delito el llanto?
T. Pablo. Querer lo que quieres tú
Y decirlo con descaro,
Es delito que merece
Descomunion y cadalso.
En fin, bien está en la cárcel
Por si forte y por si acaso,
Y á Segura llevan preso,
Y buscar tres piés al gato
Es tontuna, y el que quita
La ocasion quita el pecado.
Frut. Pero ¿qué dirá Belchite
Viendo un proceder tan bárbaro
Y tan injusto? Que á falta
De corazon y de manos,
Con una alcaldada atroz
De mi rival me deshago.
No cabe tal bastardía
En un corazon hidalgo.
T. Pablo. ¡Voto á Cribas...! Yo pensé
Que te hacía un agasajo...
Frut. No; una injuria imperdonable. —
Vaya usted mas que de paso
A poner en libertad
A ese pobre mentecato.
T. Pablo. Pero...
Frut. No hay pero que valga.
T. Pablo. Me amagó con un sopapo...
Frut. Hizo muy mal...
T. Pablo. Ya ves tú...
Frut. (En no pasar del amago.)
T. Pablo. ¡A una autoridaz!
Frut. Mamerto
Debió...
T. Pablo. Obedecer callando...
Frut. (En vez de amagar con uno
Haber sacudido cuatro.)
Mas sea culpado ó no,
Ya lo he dicho, es necesario
Ponerle en la calle.
T. Pablo. Pero...
Frut. Otro pero y no me caso.
T. Pablo. (¡Demonio! capaz será...)
No lo digo yo por tanto...
Este es un decir...
Frut. ¡Qué flema!
T. Pablo. Voy corriendo como un galgo.

ESCENA XIII.

DON FRUTOS.

Aun es peor este suegro
Que la suegra de Madrid;
Que si aquella me enfadaba
Con su orgullo señoril
Y sus nervios, al fin algo
Podía aprender allí;
Pero con este mastuerzo,
Como no aprenda á mugir...
¡Qué fatalidad la mia!
¿De qué me sirve ¡ay de mí!
Librarme de una raposa
Si doy con un jabalí?
Simona es linda mozuela,
Pero ¡cuánto mas gentil
Elisa!... Tan descontento
De la córte me volví
Y tan de firme me entró
La querencia á mi país,
Que me cautivó el sentido
La primer hembra que vi,
Sin calcular que bien puede
Tener hermoso perfil
Una moza y no valer
Catorce maravedís.
Después, ó sea que acaso
Cuando al Manzanares fuí
Algo tomé, sin saberlo,
Del cortesano barniz,
O sea que comparé
La de allá con la de aquí,
Eché de ver que mi novia
Era una mula cerril; —
Pero ¡tarde! Mi palabra
Mas firme que la del Cid
Está empeñada. Entonces
Me entró una murria, un esplin
Que desterrar no he podido
Caminando desde abril
De Teruel á Zaragoza,
De Tarazona á Alcañiz;
Y por mas que me esforzaba,
Atormentando el magin
Para encontrar en Simona
Mil perfecciones y mil,
Mi corazon, dulce Elisa,
No se apartaba de tí.
Hasta en tus propios defectos,
Adorado serafin,
Nuevos primores hallaba
Mi imaginacion sutil.
Es gutivamba, decía;
Es dengosa... pero, al fin,
Ella no tiene la culpa

De haberse criado así. —
A lo menos fué conmigo
Franca, sincera, y el vil
Interés no la cegaba
Como á esta gentuza ruin. —
Mas ¿ por qué olvido, insensato,
Que para ella no nací?
Paciencia, Frutos, paciencia;
Dobla al yugo la cerviz,
Esconde dentro del alma
Tu amoroso frenesí...
Y ya que tú no lo seas,
¡ El cielo la haga feliz!

ESCENA XIV.

DON FRUTOS, SIMONA.

(*Simona aparece vestida á lo señora, pero con rústico desaliño y mal casados los colores.*)

Sim. ¡Frutos!
Frut. ¿ Quién...? ¡ Ah!
(*Volviendo la cabeza.*)
Sim. Estoy muy cuca
Con estos trenes; ¿ verdá ?
Frut. Sí. (¡Horror!)
Sim. Cualquiera dirá
Que parezco una archiduca.
Frut. Sí; pero con poca maña
Está prendido ese chal
Y el vestido dice mal
Con el moño de castaña. —
Y ese chal no es de ese traje...
Sim. Si todo es mio, ¿ qué importa?
Frut. Y siendo la manga corta
Sobran los puños de encaje.
Sim. ¡ Otra!...
Frut. Y te has puesto en el cuello
Esos lazos de muraré...
Sim. ¡Dale!...
Frut. Que yo te compré
Para adornarte el cabello.
Y esos guantes...
Sim. Me amohinas.
Frut. Para algo los hizo Dios.
Así colgando los dos
Me parecen disciplinas.
Sim. No saques burla de mí.
¿Soy yo un niño de la escuela?
Frut. Con tu saya de franela
Estabas mejor que así.
Sim. Ni así ni asado me quieres.
Si luego me has de gruñir,
¿ Por qué me mandas vestir
De veinticinco alfileres?
Frut. Sí; antes...
Sim. No soy tan palurda...
Frut. Debí tomarte doncella...
Sim. Yo me pasaré sin ella
Que no soy manca ni zurda.
Y de nadie aguanto feos,
Y teniendo este palmito
Mal año si necesito
De todos estos arreos.
Me voy antes y con antes
A librarme de este potro;
Que, como decía el otro,
Mal caza el gato con guantes.
Frut. Oye...
Sim. No me da la gana.
¡A mí tan cruel sonrojo!...
¿Qué apostamos á que arrojo
El baul por la ventana?
Frut. ¡ Simona!...
Sim. ¡ Ah!... Si mis parientes
Supieran... (Ya está mas blando.)
Frut. Mi intencion...
Sim. (De cuando en cuando
Es bueno enseñar los dientes.)
Frut. Yo...
Sim. ¡ Cómo se engarabita
Porque me da cuatro pingos!
Frut. Oye y basta de respingos.
(*Siguiéndola.*)
Sim. No quiero, no quiero; quita.
(*Vuelve á entrar en su cuarto.*)

ESCENA XV.

DON FRUTOS.

(*El teatro se va oscureciendo gradualmente.*)

¡Pobre Simona! Se enfada
Con razon: yo lo conozco.
Si el equipo de señora
Se le despega del hombro;
Si en ese molde grosero
Hacen tan mal matrimonio
El vestido con el chal
Y los guantes con el moño,
La culpa me tengo yo
Que pido peras al olmo.
Vamos claros. Calamocha,
¿ Eras tú menos zambombo
Cuando te hacían entrar
En los trotes del gran tono?
Y eso que aquel don Remigio,
Correvedile y *factotum*

De la señora marquesa,
Te sirvió de pedagogo.—
¡Eh, paciencia! .. Ya la iremos
Desasnando poco á poco...
No es ningun arco de iglesia
Prenderse asi ó de otro modo.
Ya aprenderá esos ribetes...
Quizá demasiado pronto,
Que son en eso mas duchas
Las mujeres que nosotros
Y para engañar al mundo
Estudian con el demonio.

ESCENA XVI.

DON FRUTOS, TIO PABLO.

T. Pablo. Ya está en libertá Mamerto.
Frut. Lo celebro. ¡Pobre mozo!
Dejémosle en santa paz
Revolver sus protocolos.
T. Pablo. ¿Se ha vestido ya Simona?
Estará hecha una ascua de oro.
Frut. Sí.
T. Pablo. Pero ¿dónde se mete?
Quiero ver los requilorios
Señoriles que se ha puesto
Y echarla cuatro piropos.
Frut. Ya no quiere pasear.
Ha ido á desnudarse...
T. Pablo. ¿Cómo?...
Frut. Está reñida conmigo.
T. Pablo. ¿De veras? Algun antojo
De los suyos...
Frut. No, señor.
T. Pablo. ¡Juro á Santiago el apóstol
Que se ha de acordar de mí!
Frut. No hay razon...
T. Pablo. ¡No la perdono!
Yo la enseñaré á tratarte
Con respeto y con buen modo.
Frut. Ella no tiene la culpa.
Si usted me oyera...
T. Pablo. No te oigo.
¿Quién la ha de tener sino ella?
¿Puedes tú ni por asomo
Enquivocarte?
Frut. ¡Tio Pablo!...
T. Pablo. ¡Reñir...! ¡Por vida de Poncio...!
Frut. Bien; ya basta...
T. Pablo. Esa chicuela
Tiene muy poco meollo.
(Se riñe con el marido,
Pero nunca con el novio.)
Aquí la voy á traer
De una oreja...
Frut. Yo me opongo...
T. Pablo. Y te pedirá perdon,
O nos han de oir los sordos.
Frut. ¿Quiere usted con mil y mas
No meterse en mis negocios?
T. Pablo. Pero, hombre, si...
Frut. Ella no quiere
Pasear, ni yo tampoco.
Ya es tarde...
T. Pablo. Sí; y corre un cierzo...
Haces muy bien : me conformo
Con tu ditámen.
Frut. ¡Tio Pablo!...
T. Pablo. Tu salú es antes que todo.
Frut. ¡Oh!... Me apestan las lisonjas.
T. Pablo. ¿Lisonjas? Ni por el forro.
Mi afeuto...
Frut. Si usted no calla
Voy á hacer un despropósito.
T. Pablo. Bien; tu voluntá y la mia
Son una mesma; y si estorbo...
Frut. No, señor; pero...
T. Pablo. Comprendo.
Quisieras quedarte solo.
Frut. Sí.
T. Pablo. Bien. Contra menos bultos
Mas claridá. Tomo el jopo...
Frut. ¡Abur!
T. Pablo. (Manos besa el hombre
Que quisiera...) Adios, cachorro.

ESCENA XVII.

DON FRUTOS.

Vamos; yo estaba sin duda
O lelo, ó borracho, ó loco
Cuando empeñé mi palabra
Para tan necio casorio.
Quizá algun dia Simona
Si con paciencia lo tomo,
Se llegue á civilizar,
¡Pero eche usted en adobo
A un suegro que ya ha cumplido
Cincuenta años de bolonio!
No desbastan ya ese leño
Ni el cepillo ni el escoplo.—
Yo voy á pasar aquí
Las penas del purgatorio.—
¡Oh Elisa, Elisa!... Otra vez
Quiero apacentar mis ojos,
Pues no tengo otro consuelo,
En tu peregrino rostro.
(*Se sienta junto á la mesa, saca un retrato y lo contempla.*)

Conservo, y conservaré
Mientras no me echen al hoyo.
Tu retrato. ¡Qué divina
Criatura! ¡Qué tesoro
De gracias y perfecciones!.
Cada vez que reflexiono
Que pude llamarte mia,
Y otro mortal mas dichoso...»

(Oyese el ruido de un coche de colleras.)

Pero ¿qué ruido...? ¡Un carruaje!...

Voces. ¡Socorro! *(Dentro.)*

Frut. ¡Cielos!

(Levántase precipitado y corre á la ventana, dejándose el retrato sobre la mesa.)

Voces. ¡Socorro! *(Dentro.)*

Frut. Las mulas van desbocadas...
Volemos... — ¡Gorrion! ¡Ambrosio!

(A gritos y desapareciendo por el foro.)

ESCENA XVIII.

SIMONA.

(Sale vestida otra vez como en las primeras escenas.)

Sonó un coche de arquiler
Y mi novio, á lo que creo,
Gritaba...

(Fija la vista en la mesa.)

¡Cielos, ¿qué veo!

(Toma el retrato)

¡Un retrato de mujer! —
No hay duda. ¡Infamia!... Él lo trujo. —
No distingo... Hay poca luz...

(Examinándolo.)

Mas juro á Dios y á una cruz
Que no es mio este dibujo. —
Me acercaré á la ventana...

(Lo hace.)

¡Ni por esas! Ya es de noche.
¡Por vida...! — Ha parado el coche. —
¡Oh!... ¿Quién será esta fulana?

(Volviendo á mirar el retrato.)

No lo sé; pero aqui hay duende;
Esto es alguna querencia
Que ha dejado... No hay falencia:
¡Ese pícaro me vende!
Ahora caigo de mi burro.
Allá ha buscado desquite...
Por eso vuelve á Belchite
Tan seriote y tan cazurro.
¡Dos queridas á la par!...
Encenderé una candela...
¡Por el siglo de mi abuela
Que me las ha de pagar!

(Al entrar Simona en su cuarto, aparecen en el foro don Frutos y Gorrion conduciendo á Elisa desmayada.)

ESCENA XIX.

ELISA, DON FRUTOS, GORRION.

Frut. Con tiento... Aquí en el sillon...

(La dejan sobre la butaca.)

Apenas se ve...

Elisa. ¡Ay de mí!

Frut. Ya vuelve... — ¡Una luz aquí!

(Alzando la voz.)

Corre á buscarla, Gorrion.

(Vase Gorrion por el foro. Al mismo tiempo entra Juana.)

ESCENA XX.

ELISA, DON FRUTOS, JUANA.

Juana. Aquí entró... Sigo su huella...
¡Señorita!

Elisa. ¿Dónde estoy?

Frut. Sosiéguese usted. Yo soy...

(Aparece Simona con una luz en una mano y el retrato en la otra.)

ESCENA XXI.

ELISA, DON FRUTOS, JUANA, SIMONA.

Juana. ¡Él!

(Reconociendo á don Frutos.)

Frut. ¡Es ella!

(Reconociendo á Elisa.)

Elisa. ¡Es él!

(Reconociendo á don Frutos.)

Sim. ¡Es ella!

(Comparando rápidamente la cara de Elisa con la del retrato. — Suelta la luz, que se apaga, y cae sin sentido sobre una silla.)

ACTO SEGUNDO.

Luces sobre la mesa.

—

ESCENA PRIMERA.

ELISA, JUANA.

(*Juana llega por la puerta del foro.*)

Elisa. ¿No le has visto?
Juana. No, señora.
Como ha llegado esta tarde,
Está abajo de visita
Con el cura y el alcalde
Y otros caciques del pueblo.
Será preciso esperarle...
Elisa. Si tarda mucho...
Juana. No tal.
Las gentes de los lugares
Siempre se acuestan temprano.
Se marcharán al instante.—
¡Qué casualidad! ¡Ser él
Quien de peligro tan grave
Nos salva...!
Elisa. Sí.
Juana. ¡No hay remedio!
Si él no detiene el carruaje
Perecemos.
Elisa. Yo perdí
El sentido y no vi á nadie...
Juana. Tampoco yo pude entonces
Reconocerle. La calle
Angosta y de noche ya...
Pero ello es que ha sido el ángel
De nuestra guarda, y que estamos
En su casa, y muy galante
Nos la ha ofrecido y con ella
Cuanto tiene y cuanto vale.—
Apenas en ese cuarto
(*Señala la puerta de la derecha.*)
Nos dejó, pasado el trance
Del desmayo, y dió sus órdenes
Para que nada nos falte,
Se separó respetuoso
De nosotras, y no es fácil
En tan contados momentos
Exactamente juzgarle;
Pero ¿no ha observado usted
Mas cultura en sus modales,
Aunque no haya desechado
Todavía todo su aire
Provincial?
Elisa. Cierto.
Juana. Y, sin duda,
Aunque le hemos visto en traje
De camino, ya no gusta
De andar tan *horro* como antes.
El corte de aquel gaban
Honoraría el mejor sastre,
Y note usted que esos muebles
Son demasiado elegantes
Para Belchite.
Elisa. En efecto.
Juana. Resulta pues de mi exámen
Que ya es don Frutos otro hombre.
Elisa. Tal creo; mas no lo extrañes.
Aunque poco cultivado,
Dió en Madrid claras señales
De su natural talento
Y de su noble carácter;
Mas de un año ha transcurrido
Desde entonces, y no en balde
Pasa el tiempo...
Juana. ¿Y no vió usted
La alegría inexplicable
Que al reconocer á Elisa
Se retrató en su semblante?
Elisa. ¿Alegría? No. Sorpresa...
Juana. Posible es que yo me engañe,
Pero en aquel corazon
La antigua llama renace...
Elisa. No digas tal. ¿No recuerdas
Sus esfuerzos, sus afanes
Porque no tuviese efecto
Nuestro proyectado enlace?
Juana. Con todo...
Elisa. Su antipatía...
Juana. No era á usted, sino á su madre.
Y nada prueba un momento
De arrebato, de que nadie
Está libre. Usted tambien,
Dudosa entre dos amantes,
A don Miguel dió la mano
Y se arrepintió ¡ya tarde!
De su locura.
Elisa. ¡Es verdad!
Mas ¿pude yo figurarme
Que como el surco en el agua
Y como el humo en el aire
Vería desvanecerse
Mis ilusiones falaces?
¿Quién me hubiera dicho, Juana,
Que aquel amor entrañable
A mis piés encarecido
Y jurado en los altares
Era capricho fugaz,
O tal vez cálculo infame?
Aquel hombre á quien acaso,
Mas ilusa que culpable,
Sacrifiqué mi ventura,
Haciendo cruel alarde

De su ingratitud pagó
Mis caricias con desaires,
Mis finezas con agravios,
Mis lágrimas con ultrajes.
Disipado, jugador,
Duelista..., ¡cuántos pesares,
Cuántos dias de amargura
Me ha dado!
Juana. Es un botorate,
Un pícaro... ¡Y luego extrañan
Que una mujer sea frágil!—
Mientras vivió la marquesa
Fué don Miguel tolerable;
Pero así que cerró el ojo
Se hizo mas malo que el Draque.
Elisa. ¡Pobre mamá!... Mi desgracia
Lo mató; no sus achaques.
Juana. Sí, señora. (Y el dolor
De no haber echado el guante
A los bienes de don Frutos.)
Elisa. De la herencia de mi padre
¿Qué me queda ya, infeliz!
Cuatro tierras miserables
Y una casa en este pueblo...
Juana. ¡Y se empeña aquel alarbe
En venderlas y en que usted
Venga á activar el remate!
Elisa. ¿Qué he de hacer? Está abrumado
De deudas.
Juana. Que se las pague
El diablo. En lugar de usted
Yo entablaría al instante
La demanda de divorcio...
Elisa. No. Prefiero resignarme
Con mi desdichada suerte.
No quiero con semejante
Litigio exponer mi honra
A las hablillas mordaces
Del vulgo.
Juana. Pero es extraño
Que don Miguel, cuando sabe
Que reside aquí don Frutos,
Haya dispuesto no obstante
Que usted sola...
Elisa. ¡Mi marido
Ya no se digna de honrarme
Con tener zelos de mí!
Juana. Merecía el badulaque...
Elisa. Además, me aseguraron
Antes de emprender el viaje
Que se hallaba en Zaragoza
Don Frutos.
Juana. En mi dictámen
Es buen presagio el haberle
Encontrado, y casi, casi
Nos debemos alegrar,
Señorita, del percance
Que nos ha proporcionado
Tan generoso hospedaje.
Elisa. Mi decoro me prohibe
Aceptarlo.
Juana. ¡Disparate!...
Elisa. Vámonos, Juana.
Juana. ¡Sin verle,
Sin...!
Elisa. Es forzoso.
Juana. ¡Qué diantre!
No hemos venido á sabiendas.
La Providencia nos trae
Tal vez...
Elisa. Estoy decidida.
Excusado es que te canses...
Juana. ¡Irnos á un meson ahora!...
Elisa. No; á mi casa. Desde el martés
Me espera el arrendador...
Juana. Pero sin saber las calles...,
De noche, como dos brujas...
Elisa. Dándole las señas, álguien
Nos conducirá...
(*Aparece don Frutos en el foro.*)
(¡Don Frutos!)
Juana. Ya está aquí: ya no hay escape.

ESCENA II.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS.

Frut. Señora, si usted permite...
Elisa. ¡Oh! éntre usted. No necesita
Mi permiso...
Frut. (¡Qué bonita!)
(*Acercándose.*)
¡Usted, señora, en Belchite!
Elisa. La sorpresa es natural.
Frut. Algo mas que eso, señora,
Mi corazon siente ahora.
Elisa. Pues ¿qué...?
Frut. Un gozo... celestial.
Elisa. No hay motivo para tanto.
Frut. ¿No lo hay? ¿Cuenta usted por nada
Honrar mi humilde morada
Una... la... usted...? ¡Cielo santo!
Del gozo que en mí rebosa
¿Leve motivo será
Haber salvado quizá
Una vida tan preciosa?
Y en fin, aunque no me asombre
Mi inesperada ventura,
¿No es bastante esa hermosura
Para enloquecer á un hombre?
Elisa. Tales lisonjas consiente
La cortés galantería.

Frut. ¡ Elisa !...
Juana. La cortesía
(*A Elisa en voz baja.*)
Nunca fué tan elocuente.
Frut. Aquí se tiene por mengua
Poner en contradiccion
Lo que siente el corazon
Y lo que dice la lengua.
Elisa. Para evitar esa lucha
Mejor es sellar el labio
Cuando puede hacer agravio
La verdad á quien la escucha.
Frut. ¿ Qué agravio cabe, señora,
En mi fe sumisa y pura ?
¿Ofende á Dios por ventura
El cristiano que le adora ?
Elisa. ¡Don Frutos !...
Frut. Bien ; sí : ya callo.
Elisa. Mi marido...
Frut. (¡Su marido !
¡ Ah ! si yo lo hubiera sido
Me cantaría otro gallo.)
Elisa. ¿ No me oye usted ?
Frut. Sí.
Elisa. Mi esposo..
Frut. ¿Otra vez ? Ya sé que usté
Se ha casado : ya lo sé.
Otro ha sido mas dichoso...
Elisa. Pero si...
Frut. Es cosa cruel,
Viendo mi mortal quebranto,
Que usted se complazca tanto
Dándome en rostro con él.
Elisa. En fin, el que manda en mí
Me envia para que venda
La casa y la poca hacienda
Que poseemos aquí.
Frut. ¡ Vender la hacienda ! ¿ Y por qué ?
Segun eso algun apuro...
Elisa. No, señor...
Frut. Sí ; estoy seguro...
Mas no lo consentiré.
Teniendo yo ; Dios eterno !
Por castigo los doblones,
¡ Malvender esos terrones
Y el noble solar paterno !
Elisa. ¡ Ah ! ¿ por qué sacarme así
Los colores á la cara ?
Si tal oferta aceptara
¿ Qué se diría de mí ?
Frut. ¿ Por eso tambien Elisa
Me ha de armar una querella ?
Elisa. No debo...
Frut. ¡ Ay, Juana !... Por ella
(*Apretando la mano á Juana.*)
Vendería la camisa.
Juana. Bien lo sé. ¡ Vírgen de Atocha !...
Otro se llevó la palma
Que usted... No es aquella el alma
De don Frutos Calamocha.
Frut. ¿ Qué ?...
Elisa. ¡ Juana !...
Juana. No puedo mas.
Don Miguel es el reverso
De la medalla ; un perverso,
Un bergante, un Barrabás.
Elisa. ¡Oh !...
Juana. Aunque usted se ponga seria
(*Interrumpiendo á Elisa.*)
No callo. El tal don Miguel...
Elisa. ¡ Juana !
Juana. ¿Qué ha sacado de él ?
¡ Oropio, llanto, miseria !
Frut. ¿Y ese hombre es tan fementido,
Tan traidor, tan sarraceno...?
Elisa. Sea malo ó sea bueno,
Don Miguel es mi marido.
Frut. Bien está ; mas si son ciertas
Esas noticias que Juana
Me acaba de dar, mañana
Se va usté á quedar por puertas.
Elisa. Es mi esposo...
Frut. ¡ Otra ! Ya sé...
Elisa. Debo hacer lo que me ordena.
Frut. En lo justo, norabuena ;
Pero en lo injusto ¿ por qué ?
¡ Doblarse como una caña
A su antojo !... ¡ Voto á san !...
Ese hombre ¿es algun sultan ?
¿ No hay ya leyes en España ?
Elisa. Me remito á las de Dios.
Frut. ¿ Es de él acaso la hacienda .. ?
Elisa. Demos fin á una contienda
Penosa para los dos.
Frut. ¿ Tan vilmente corresponde...?
Elisa. Aunque agradecida estoy
A tantos favores, voy,
Si usted me permite...
Frut. ¿ Adónde ?
Elisa. A mi casa.
Frut. ¡ Otra manía !—
No quiero que usted la habite.
Elisa. ¿ Cómo ? ¡ Yo... !
Frut. Dirá Belchite
Que la echo á usted de la mia.
Elisa. ¿ Y qué dirá si me quedo ?
Frut. Dirá que bajo el techado
De un hombre leal y honrado
Puede usted dormir sin miedo.—
Ni allí puede usted estar.
Es un caseron sombrío,
Lleno de goteras, frio
Y al extremo del lugar.
No hay cristiano que lo arriende ;
Y aun dicen algunas viejas
Que de noche entre las tejas

Suele aparecer un duende.
Juana. ¡Vírgen Santa! Yo me muero
Si voy...
Elisa. Aunque usted se enoje,
No está bien que yo me aloje
En la casa de un soltero.
Frut. No soy solo, que tambien
En mi casa se cobija
Un anciano con su hija.
(*Aparece Simona de improviso, saliendo de la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA III.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS, SIMONA.

Sim. Di tu novia y dirás bien.
Frut. (¡Simona!)
Elisa. ¡Su novia ha dicho!
(*A media voz á Juana.*)
Sim. Muchito. ¿Se almira usté?
Juana. (¡Una novia de aparejo
Redondo!)
Frut. (¡Me va á perder!)
Sim. Sí, señora; soy su novia
Como dos y una son tres;
Y no hay que hacer aspamientos,
Que tengo ya tanto aquel
Como la mas estirada,
Y á mí nadie... ¿Estamos?... Pues.
Frut. (¡Quisiera que me tragase
La tierra!)
Sim. Te aguantas; ¿eh?
Niega, traidor, que me has dado
Delante de cinco ó seis
Palabra de casamiento.—
Pero puede que ya estés
Arrepentido y por otra
Me quieras plantar, ¡infiel!
Frut. Yo...
Sim. Por esa... lechuguina.
Elisa. ¡Señora!...
Sim. Todo lo sé.
Usté viene á sonsacármele,
Pero ¡por vida de quién...!
Frut. Tengamos la fiesta en paz,
Simona.
Elisa. Yo... ¡Qué mujer!
Frut. Trata con mas cortesía
A esta señora.
Juana. Es soez.
(*A Elisa en voz baja.*)
Sim. ¿Cortesía? Eso faltaba
Cuando...
Frut. Es...
Sim. Ya sé yo quién es:
Tu novia la de Madriz.
¿Acaso estoy yo en Belen?
El hermoso original
De este retrato.
(*Lo saca y se lo enseña á don Frutos.*)
Frut. (¡Ah!)
Sim. ¿Lo ves?
Elisa. (¡Conservaba mi retrato!...)
Sim. En la mesa lo atrapé;
Y es que, á la cuenta, estarías
Consolándote con él.
Elisa. (¡Me amaba!)
Sim. Cuando de pronto
Corriste á todo correr
Al encuentro de tu ninfa...
¡Maldita sea su piel!
Frut. Me obligarás si no callas
A hacer una...
Sim. Ya se ve;
Como yo soy probe, y ella
Hija de conde ó marqués...
Mas tal como soy, á nadie
Doy yo mi brazo á torcer.
Elisa. ¿Qué es esto, señor don Frutos!
Frut. Esto es cumplirse la ley
De la expiacion, señora;
Esto es sufrir la cruel
Penitencia de un pecado
Que no debí cometer.
Sim. ¿Qué quieres decir con eso?
¿Acaso yo te engañé?
¡Soy yo la descalabrada
Y tú te vendas la sien!
Pues esto no ha de quedarse
Asina, no. Hemos de ver
Quién se lleva el gato al agua,
Porque yo de bien á bien
Soy mansa, mas si me pinchan
Soy el mesmo Lucifer.
Si cuando ví por mis ojos
Tu maldá me desmayé,
Fué de coraje. Por señas
Que si no acude Isabel
A ampararme, lo que es tú...
Frut. No ví...
Sim. ¿Qué habías de ver?
Embobado con la otra,
No digo á mí, pero á un buey
No hubieras...
Elisa. ¡Oh! ya me canso
De escuchar tanta sandez.
Sepa usted que en esta casa
No hubiera puesto los piés
Sin el azar imprevisto
Que á ella me trajo, y á fe
Que ya me hubiera marchado
Si don Frutos...
Sim. No hay cuartel

Para las dos : una ú otra,
Y acábese el entremés.
Elisa. Es inútil. Yo me voy...
Frut. Yo no lo permitiré...,
Y perdone usted, señora.
No se trata ya de usted
Solamente : mi amor propio
Está empeñado tambien
En ello. ¿No soy yo nadie
En mi casa? ¿A qué papel
Se me quiere reducir?
¡Voto á...!

ESCENA IV.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS, SIMONA, TIO PABLO.

T. Pablo. ¿Qué es esto? ¿Con quién
(*Llega por el foro.*)
Regañas, Frutos?
Sim. Conmigo.
¡Ya no me quiere!
T. Pablo. ¿Por qué?
Sim. Porque la novia de marras
Que tiene mas oropel
Se ha colado en casa...
T. Pablo. ¿Cómo?...
Sim. Y ya mira con desden
A la tosca lugareña.
T. Pablo. ¿Qué oigo? Eso ya pasa de...
Sim. Yo he reclamado mis drechos,
Que si una se hace de miel...
T. Pablo. Sí; ecetra. Pues voto á cribas
Que he de hacer y acontecer...
Frut. ¡Tio Pablo!...
T. Pablo. Sí; soy capaz
De armar aquí un somaten...
Frut. Tio Pablo, á ella la he sufrido
Porque es tonta y es mujer.
Pero si usted me alza el gallo
Le estampo en esa pared.
T. Pablo. Pero, hombre... (Lo hará lo mesmo
Que lo dice.) Es menester...
¿Te casas con ella, ó no?
Frut. Sí : ya lo he dicho una vez.
Me caso ; sí. Quiero dar
Al demonio ese placer.
T. Pablo. Pues siendo así, no me importa
Lo demás un cascabel.
Frut. Mas pongo una condicion...
T. Pablo. Corriente : aunque sean diez.
Frut. Que no ha de haber en mi casa
Mas voluntad ni mas ley
Que la mia.
Sim. ¡El despotísimo!...
T. Pablo. ¡Silencio! Dice muy bien
El yerno. Quien manda manda.
Sim. No puedo...
T. Pablo. Se hace un poder.
Sim. Pero...
T. Pablo. Él se casa contigo
Y seculorun amen.
Sim. Mis zelos...
T. Pablo. Guárdalos para
Cuando seas su mujer.
Ahora ¡adrento!
(*La empuja hácia el cuarto de la izquierda.*)
Sim. ¡Padre!...
T. Pablo. Adrento,
O por vida... Hasta después.
(*Entra con Simona en la habitacion de la izquierda y la cierra por dentro.*)

ESCENA V.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS.

Elisa. ¡Jesus! ¡Jesus!...
(*Haciéndose cruces.*)
Juana. A tal padre
Tal hija.
Elisa. ¿Con esa arpía
Se une usted?
Juana. ¡Vírgen María!
Un milagro es que no ladre.
Pues el padre... ¡Oh! descalabra.
Frut. ¡Qué quiere usted! Muerto estoy
De vergüenza, pero soy
Esclavo de mi palabra.
Amé á un ángel sobrehumano
Y por una tontería
Lo perdí... Desde aquel dia
Dios me dejó de su mano.
Ciega mi razon y esclava
De mi necio frenesí,
Mis labios dieron un sí
Que el corazon reprobaba;
Y el diablo, que no perdona,
Dijo con cara de risa :
¿No te acomodó una Elisa?
Pues allá va una Simona. —
Ayer el mio, hoy el de esa
Desventurada... ¡Oh, qué grima!
¡Nunca me echaré de encima
El pelo de la dehesa!
Juana. Reniegue usted de su casta,
Y otra al puesto.
Frut. No; ¡jamás!

Yo nunca me vuelvo atrás:
Soy aragonés y basta. —
Y á mí ¿qué me importa ahora
Que ella sea mi mujer
U otra... si no lo ha de ser
La que el corazon adora?
Si de mi suerte el rigor
Me guarda para una bestia,
Excusada es la molestia...
Cuanto mas bestia mejor.
¿Puedo quejarme en conciencia
Del mal que yo me he buscado?
No; en proporcion del pecado
Debe ser la penitencia.

Elisa. Mueve á lástima y dolor
Ver á usted entre esa gente,
Que es usted seguramente
Digno de suerte mejor.

Frut. ¿Será verdad lo que oí?
Ya mi estrella es mas benigna,
Señora, si usted se digna
De tener piedad de mí.

Elisa. La tengo, pero no tanta
Que á quedarme aquí me atreva...
Simona pondría á prueba
La paciencia de una santa. —
¡Adios!

Frut. No, Elisa; no venza
Su voluntad á la mia;
No: sufrir tal villanía
Es una mala vergüenza.
Harán de su triunfo alarde
Si ahora te alejas de aquí,
Y se reirán de mí
Como de un necio cobarde.
Si tanta dicha merezco
¡Harto breve por ser mia!
Acepta hasta el nuevo dia
El asilo que te ofrezco.
En él como en un sagrado
Tu honor estará seguro,
Elisa: yo te lo juro
Con la fe de un hombre honrado.
Abajo, lejos de aquí,
Si tal gracia no me niegas,
Mientras al sueño te entregas
Velaré pensando en ti. —
Mas conozco á mi despecho
Que, aunque la razon te obligue,
No quieres que nos abrigue
A los dos un mismo techo.
Pues bien; si esta humillacion
Tu rigor hace precisa,
Quédate en mi casa, Elisa:
Yo me marcharé al meson.

Elisa. ¡Quedarme y echar al dueño...!
No soy tan ingrata yo
Ni tan egoista; no. —
Pero es temerario empeño
Tambien...

Frut. Así me hizo Dios.
Soy aragonés, señora. —
Mas no sé quién es ahora
Mas tozudo de los dos.

Elisa. Si yo...

Frut. ¿Teme usted acaso
Que se caiga una pared?

Elisa. Pero...

Frut. En fin, váyase usted:
Ya la dejo libre el paso.

Juana. ¡Señora!...

Frut. Déjala, Juana.
Ya que tu señora bella
No quiere dormir en ella,
La casa arderá mañana.

Elisa. ¿Qué escucho? ¡Y lo hará!...
(*A Juana á media voz.*)

Juana. ¡No es cosa!
Ya verá usted lo que tarda...

Elisa. Yo...

Juana. Será lástima que arda
Una finca tan hermosa.

Elisa. Juana, si me quedo aquí...

Juana. Él lo exige... Él nos salvó...
¿Le tiene usted miedo?...

Elisa. No...
(Pero ¡me lo tengo á mí!)

Frut. Elisa, en nombre del cielo,
No me niegue tu altivez
Esta gracia, que tal vez
Será mi último consuelo.
¡Duélate mi amarga suerte,
Oh dulce, perdido bien!
Mira que tanto desden
Puede apresurar mi muerte.
De rodillas te lo pido.
(*Se arrodilla; Elisa quiere hacerle levantar, pero don Frutos permanece en la misma actitud y sin soltar la mano de Elisa.*)

Elisa. ¡Por Dios, alce usted...!

Frut. Perdona...

Elisa. Si nos sorprende Simona
No moverá poco ruido...

Frut. ¡Oh! no alzaré...

Elisa. ¡Qué porfía!...

Frut. Si palabra no me das...

Elisa. Bien; pero con mil y mas...

Juana. Pasos siento...
(*Don Frutos se levanta.*)

Blas. Ave María.
(*Apareciendo en el foro.*)

ESCENA VI.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS, BLAS.

Frut. Adentro.
Blas. Aunque usté perdone,
(*Acercándose.*)
¿Está aquí una forastera,
Que no es de Belchite y vino...?
Mas por la traza es aquella.
¿Se llama usté doña Elisa...?
Elisa. Sí; yo soy.
Blas. ¿Está usté buena?
Elisa. Si; gracias.
Blas. Vengo de parte
De Rudesindo Calleja...
Elisa. Mi arrendador.
Blas. Si; á decirle
A su mercé que la espera...
Frut. Dile que por esta noche
Se queda aquí.
Blas. Noragüena.
Elisa. (¡Ah!)
Juana. Mañana nos veremos.
La señora está indispuesta...
Blas. Ya sé que hubo de volcar
El carruaje. ¡Son tan bestias
Las mulas!... Pues bien; por eso
No se perderá la cena.
Nos comeremos yo y Paula
Su racion de usté y la de ella.—
Con que ¿hasta mañana?
Elisa. Sí.
Blas. Vea usté si tan y mientras
Manda alguna cosa á Blas...
¡Ah! Por vida de mi agüela...
Lo mejor me se olvidaba.
Hoy llegó por la estafeta
Esta carta...
Elisa. Déme usted...
(*La toma y mira el sobre.*)
De don Remigio es la letra.—
Permítame usted... (*A don Frutos.*)
Frut. ¡Señora!...
(*Abre Elisa la carta, y la lee para sí.*)
Tú, vete ya.
Blas. ¿Y la rempuesta?
Frut. ¡Bárbaro! ¿la has de llevar
Tú á Madrid?
Blas. ¡Toma! el que yerra
No pregunta... No; al contrario...
Se me ha trabado la lengua.
Elisa. (¡Cielos!)
Blas. Con que, güenas noches
Y mandar lo que se ofrezga.

ESCENA VII.

ELISA, JUANA, DON FRUTOS.

Elisa. ¡Dios mio!...
(*Interrumpiendo la lectura.*)
(*Sigue leyendo.*)
Juana. Pierde el color...
Elisa. ¡Desventurada!...
(*Llorando.*)
Frut. ¿Qué nueva
Infausta...? —¡Una silla, pronto!
(*A Juana, mientras sostiene á Elisa, que está á punto de desmayarse.*)
Elisa. ¡Dadme, Señor, fortaleza!
(*Alzando los ojos.*)
(*Se sienta ayudándola don Frutos.*)
Juana. Descanse usted... ¡Agua!
Elisa. No.
Juana. Este frasquito de esencia...
(*Saca uno del pecho y lo aplica á la nariz de Elisa.*)
Huela usted...
Elisa. ¡Oh! no te inquietes.
No temas, Juana, que pierda
La razon, que la que nace
Con tan infeliz estrella
Como yo, ni este consuelo
En la adversidad espera.
Frut. Mas ¿qué imprevista desgracia
O qué inesperada ofensa
Tus bellos ojos, Elisa,
Baña en lágrimas acerbas?
No á vana curiosidad
Atribuyas la impaciencia
Con que humilde te suplico
Que me confíes tus penas:
Es porque mi bien supremo
Sería librarte de ellas.
Elisa. ¡Don Frutos!
Frut. ¡Tanta amargura!...
Habla. ¿Acaso lloras... muerta...
A tu madre...?
Elisa. ¡Ah!... Sí, señor!
Juana. ¿Cómo!... Pues...
(*Elisa impone silencio á Juana con una seña.*)
Frut. ¡Pobre marquesa!
(¡Cuánto me quemó la sangre!)
Dios en su gloria la tenga...
Elisa. Vamos, Juana...
(*Levantándose.*)
Frut. Bien conozco,
Bella Elisa, que no hay fuerzas
Humanas que resuciten

Al que yace en noche eterna;
Bien sé que la de una madre
Es irreparable pérdida,
Y que en vano intentaría
Con mi ruda y torpe lengua
Curar la profunda llaga
Que... En fin, usted bien penetra
Los sentimientos que abriga
Mi corazon. Yo quisiera...
Elisa. (¡Ay Dios!) Lo sé; pero ahora...
Frut. Sí; en ocasiones como esta
Las lágrimas y el silencio
Son la mejor elocuencia. —
Llore usted.
(Siguiendo á Elisa hasta la habitacion de la derecha.)
Yo la acompaño...
(A una seña de Elisa retrocede respetuoso.)
En su sentimiento.
Elisa. Cierra.
(A Juana entrando.)
(Juana sigue á su ama cerrando la puerta.)

ESCENA VIII.

DON FRUTOS.

¡Pobre Elisa! ¿No bastaba
Para amargar tu existencia
Haberte cabido en suerte
Un marido calavera?
¡No te bastaba sufrir
Sin exhalar una queja
Su villana ingratitud
Y su tirana insolencia!
Un solo lazo te unía
A este valle de miserias;
Tu madre; ¡y la impía muerte
Se goza en dejarte huérfana!
Maldita pécora fué
Mi señora la marquesa;
Pero al fin era su madre,
Y Elisa paga una deuda
Sagrada si á su memoria
Tributa lágrimas tiernas.
Aun yo mismo, sin poder
Resistir á su influencia,
Creo que me he enternecido...
¿Quién un dia me dijera
Que habría yo de sentir
La muerte de aquella vieja
Endiablada!... Y sin embargo,
Por ella perdí, por ella,
Esa inestimable joya
Que insensato menosprecia
Mi indigno rival. Si fuese
Mi fortuna menos negra,
Yo que la maldije viva
No la lloraría muerta.
Si mi palabra y las leyes
De la santa madre Iglesia
Entre Elisa y yo no alzasen
Insuperable barrera,
¿Quién mas dichoso que yo
Sobre la faz de la tierra?
¡Qué mujer pierdo, Dios mio!
Noble, virtuosa, bella,
Probada ya en el crisol
Del infortunio... ¡y sin suegra!

ESCENA IX.

DON FRUTOS, MAMERTO.

Mam. ¡Don Frutos!...
Frut. ¡Calle! ¡Mamerto!
Éntre usted. (¿Qué me querrá?)
Mam. Usted dirá que á estas horas
(Adelantándose.)
No parece natural
Mi visita.
Frut. Nada de eso...
A no ser que, en calidad
De escribano cartulario,
Me venga usted á enjuiciar...
Mam. No, señor; no tema usted.
No vengo como curial;
Vengo solo como un simple...
Frut. ¿Eh?
Mam. Simple particular.
Frut. Pues ¿qué objeto...?
Mam. Usted no es tonto
Y ya se figurará...
Frut. En efecto... (Ya olvidaba
Que este mozo es mi rival.)
Mam. Mi honor exige...
Frut. Sí. (Vamos;
Me viene á desafiar.)
Mam. Que me muestre agradecido
Al que me dió libertad,
Y como á usted se la debo,
Segun me dijo...
Frut. Sí tal;
Pero obrar así fué un acto
De justicia y nada mas.
Mam. Usted lo llama justicia
Y yo generosidad;
Que al fin de los enemigos
Los menos dice el refran;
Y como yo estoy penando

Por Simona dias ha
Y para una dama sola
Es suficiente un galan...
Frut. Sí; lo sabía.
Mam. No se habla
De otra cosa en el lugar.
Frut. Y por lo mismo me opuse
Al atropello brutal
Del tio Pablo. — Pero hablemos
Con toda sinceridad.
Que usted quiere desbancarme
Es evidente. (¡ Ojalá !)
Mam. Sí, señor.
Frut. ¿Y espera usted
Lograrlo?
Mam. ¿Qué he de esperar?
Simona me ha despedido
¡ Ingrata !..., y no hay tribunal
De apelacion cuando dice
Una moza : no ha lugar.
Pues ¡ qué ! si ella me quisiese
¿Sufriera yo ¡ pesia tal !
Que otro hombre la hiciera cocos,
Aunque fuese un Fierabrás?
Frut. ¡ Mamerto !...
Mam. Por mi desgracia,
(*Enternecido.*)
Esa mujer contumaz
Me aborrece, y como yo
No tengo otra voluntad
Que la suya ¡ ay desdichado !
Desde que en hora fatal
Vi aquella cara hechicera
Que me tiene hecho un bausan,
No me queda ya, don Frutos,
Mas recurso que llorar. (*Llora.*)
Frut. Y en efecto está llorando.
(*Para sí.*)
¡ Vaya un ente original !
Mam. Ver llorar á un tagarote
Como yo es cosa en verdad
Que da grima; pero ¡ ay triste !
No lo puedo remediar. —
Usted sí.
Frut. ¿Cómo?
Mam. Rompiendo
Una vara de taray
En mis costillas, ó echándome
A la garganta un dogal.
Frut. ¡Yo ! ¿Ha perdido usted el juicio?
Mam. Si; usted me debe matar,
Don Frutos. Hágame usted
Esa obra de caridad.
Frut. ¿Soy yo asesino ó verdugo
Por ventura? Es singular
La manía... Yo no mato
A los que no me hacen mal.
Si tiene usted tanta prisa
De dar obra al sacristan
Y al párroco, buen remedio,
Cuélguese usted de un nogal.
Mam. ¡ Ah ! yo idolatro á Simona
¡ Y usted la lleva al altar !
Frut. ¡ Ahí verá usted !
Mam. Algun dia
No la parecí costal
De paja, pero la pérfida
Me vendió como un chalan.
Vino usted, pujó... y abur.
Como en el agua la sal
Se deshizo mi esperanza. —
¡ Llorad, mis ojos, llorad !
(*Rompe á llorar otra vez.*)
Frut. (¡ Pobre jóven !) Yo lo siento
En el alma; pero ya
Mi palabra está empeñada
Y no he de volverme atrás.
Mam. Y tal vez si no mediase
Un compromiso formal...
Frut. Se la cedería á usted
Sin reparo.
Mam. ¡ Voto á san...!
Aquí tenemos al perro
Del hortelano...
Frut. Cabal.
Mam. Ni le gusta á usted Simona
Ni me la quiere endosar.
¡ Egoismo ! ¡ Tiranía !
Frut. ¡ Tontería ! ¡ Necedad !
No es á mí, no, sino á ella
A quien debe usted contar
Sus cuitas. ¿Tengo yo cara
De tio ó de capellan?
Bueno estoy yo para oir
En mis orejas zumbar
A un moscon... Háblela usted;
Yo no me opongo : allí está...
Vaya usted...
Mam. Sí; eso se dice
Muy pronto; pero...
Frut. ¿Qué?
Mam. ¡ Ay !
No me atrevo.
Frut. ¿Quiere usted
Que yo la vaya á rogar
Que le quiera?
Mam. Estará allí
Aquel feroz animal...
Frut. ¿Algun mastin?
Mam. No; su padre.
No, no me atrevo. Es capaz...
Tendré mañana...
Frut. ¡Oh ! mañana
Será tarde.
Mam. ¡ San Pascual !

Pues ¿qué...?
Frut. Mañana me caso.
Mam. ¡Vírgen Santa del Pilar!...
Frut. Y si el novio es complaciente
Y amable, no lo será
El marido.
Mam. Ya supongo...
Pues mire usted; muchos hay
Que obran á la inversa.
Frut. ¡Eh! Basta...
Mam. ¡Mañana! ¡Oh calamidad!
Frut. ¿Entra usted, ó no?
Mam. ¡Dios mio!
Frut. ¡Oh! ya no puedo aguantar...
Váyase usted con mil diablos
Y déjeme el alma en paz.
Mam. ¡Adios, Simona, hasta el valle...
(*Llorando.*)
De...!
Frut. ¡Basta!
(*Empujándole.*)
Mam. ¡De Josafat!

ESCENA X.

DON FRUTOS.

Para apurar mi paciencia
Me faltaba este buen rato.
¿Hay mayor impertinencia?
¿Hay hombre mas mentecato?
Yo te la daría, sí,
Ya que tanto te cegó,
Menos por dártela á tí
Que por no sufrirla yo.
Mas nunca, con grave mengua
De mi firme, hidalga fe,
Nunca negará mi lengua!
Lo que con ella juré.
Mañana me caso; sí.
El mal paso darlo aprisa. —
¡Cielos! ¿qué va á ser de mí
Con Simona... y sin Elisa?
¡Elisa, mi único amor!...
Hoy te trajo aquí mi suerte
Para que fuese mayor
La amargura de perderte.
¡Breve y funesto placer!
¡Triste y fatal situacion! —
Allí me llama el deber...
(*Mirando á la puerta de la izquierda.*)
Aquí está mi corazon.
(*Mirando á la puerta de la derecha, de la cual se halla poco distante.*)
¿Y á qué con vana inquietud
Suspirar en esta puerta
Si mi honor y su virtud
No la consienten abierta?
¡Adios!... No dé yo lugar
A una sospecha bastarda. —
¡Qué noche voy á pasar...
Y qué mañana me aguarda!
¡Con cuánta pena te dejo,
Angel de amor y hermosura! —
Mas ¡con qué gozo me alejo
(*Mirando á la izquierda.*)
De esa bestial criatura! —
¡Cuán diversas son las dos!
(*Dirigiendo sus miradas á derecha é izquierda, como lo indican los versos.*)
Allí está el mal; aquí el bien. —
¡Maldita seas de Dios! —
¡Bendita seas, amen!
(*Desaparece por el foro.*)

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON FRUTOS, TIO PABLO.

Frut. Convénzase usted, tio Pablo;
No hagamos un desatino
Que luego nos pese á todos.
Yo...
T. Pablo. Frutos, lo dicho dicho.
Frut. Tio Pablo, su hija de usted
No será feliz conmigo...
T. Pablo. Sí por cierto; ¡vaya!... (Este hombre
Se ha olvidado de que es rico.)
Frut. Hay poca conformidad
Entre su genio y el mio.
T. Pablo. No importa: una vez casados
Cedeis cada uno un poquito...
Y además, sin una que otra
Pelotera entre marido
Y mujer, el matrimonio
Sería un guisado insípido
Y vivieran los casados
Como los padres del Limbo.
Frut. Si por retirarme yo
No quedase otro partido
A Simona... Mas yo sé

Que la quiere con delirio
Mamerto...
T. Pablo. ¿Ese babazorro?
No me hables de él: no le azmito.
Frut. Si pudiese obrar Simona
Segun su libre albedrío
Preferiría á ese mozo.
T. Pablo. ¿Ella? ¡Quiá!
Frut. Un dia le quiso...
T. Pablo. Un dia no es otro dia,
Ni son iguales los cinco
Dedos de la mano; ¿entiendes?,
Y dijo bien el que dijo:
Bueno es el pan de centeno,
Pero es mejor el de trigo.
Frut. ¿Y á qué debo yo la honra
De que me haya preferido
Simona? ¿A mi linda cara?
T. Pablo. ¿Por qué no? Tú eres buen chico.
Frut. No, señor: á mis doblones;
Dejémonos de embolismos.
Mientras los tenga seré
Discreto, gallardo, lindo,
Gracioso; mas si mañana
Amanezco sin un Cristo
Dirá usted, dirá Simona
Que soy mas feo que un mico.
T. Pablo. Eso no; pero si Dios
Te ha dado tierras y olivos,
¿Por eso te ha de llamar
La chica perro, judío?
Frut. Pero usted la sacrifica
A su bárbaro egoismo...
T. Pablo. ¿Cómo?...
Frut. Al sórdido interés...
T. Pablo. ¡Hombre!...
Frut. Porque, lo repito,
No congeniamos; seremos
Muy desgraciados.
T. Pablo. Pues, hijo,
Ya es tarde. Nadie te puso
A la garganta un cuchillo...
Haberlo mirado bien
Antes de decir: envido.
Frut. ¡Es verdad, sí, es verdad!... (Este
Es el segundo capítulo
De la suegra madrileña.
¡Ah, vil interés maldito!
Tanto monta para tí
La córte como el cortijo.)
Vengámonos á razones.
Confieso que he procedido
Con ligereza; confieso
Que, puesto en tela de juicio
Ese asunto, yo sería
Condenado. Por lo mismo,
Propongo una transaccion
Que excuse llantos y ruidos
Y á todos nos esté bien.
Las leyes, si me desdigo,
Solo pueden obligarme,
Téngalo usted entendido,
A dotar á esa muchacha;
Pues bien está; sin litigio
La regalo dos mil pesos
Y es negocio concluido.
T. Pablo. No me acomoda.
Frut. Si es poco,
Pida usted mas. Yo me obligo...
T. Pablo. Vales tú mucho mas que eso.
Frut. Pues puje usted á su arbitrio...
T. Pablo. (¡Firme, Pablo! U todo ú nada.)
Si no se casa contigo
Va á tronar como arpa vieja.
¡Te tiene tanto cariño!...
Frut. ¿Con que...?
T. Pablo. ¡Nada!
Frut. Con que ¿usted
No transije?
T. Pablo. No transijo.
Frut. Mírelo usted bien, tio Pablo;
Mire usted que si me irrito...
T. Pablo. ¿Qué quieres decir con eso?
Mas ya calo, ya adivino...
La forastera, la intrusa
Te ha trastornado el sentido.
Ella es la que ahora campa;
Simona no toca pito;
Un clavo saca otro clavo,
Que dice el refran antiguo.
Di de una vez que te casas
Con la huéspeda...
Frut. (¡Oh, Dios mio!...)
T. Pablo. ¡Hombre sin palabra!... ¿Es eso
Lo que manda el catecismo?
Frut. ¡Dale! No; ni ella, ni yo,
Ni el reverendo arzobispo
Podemos... Ese sería
Un casamiento sacrílego.
T. Pablo. ¿Por qué?
Frut. ¡Qué necia pregunta!
Porque ya tiene marido.
T. Pablo. ¡Miren qué falta le puso!
Frut. ¿Eh?
T. Pablo. Como de esas se han visto
Que tienen marido y majo
Y comen á dos carrillos.
Frut. ¡Blasfemo! El honor de Elisa
Es como el sol del Olimpo,
Y ¡vive Dios, ruin villano...!
T. Pablo. Yo...
Frut. Diga usted que ha mentido
Si no quiere que le arranque

La lengua.
T. Pablo. Bien; no es artículo
De fe lo que dice el hombre
Cuando el hombre está mohino.—
Pero tomarlo tambien
Tan á pechos... ¿Qué chiquillo
Te ha sacado ella de pila
Para poner tanto ahinco
En defenderla?
Frut. Es mujer...,
Es dama, la doy asilo
En mi casa..., es un dechado
De virtudes y un prodigio
De hermosura;—en fin, ¿por qué
Lo he de ocultar? Es el ídolo
De mi corazon.
T. Pablo. ¡Y es cierto!
¡Y te atreves á decírmelo!
Frut. ¡Y usted que lo oye se atreve
A ser mi suegro!
T. Pablo. Lo he dicho,
Y no me retrato, y nadie
Me apea de mi pollino.
Frut. Bien; corriente. Yo tambien
He tomado mi partido.
T. Pablo. ¿Te negarás...?
Frut. Al contrario:
Ahora soy yo el que ló exijo;
Pero pronto; ¡ha de ser pronto!
Ya podía haber venido
El escribano. Las horas
Se me están haciendo siglos.
(*Aparece Mamerto trayendo en la mano algunos pliegos de papel sellado.*)
T. Pablo. Cátale aquí. Mas á tiempo...

ESCENA II.

DON FRUTOS, TIO PABLO, MAMERTO.

Mam. Buenos dias.
T. Pablo. Mas ¿qué miro?
¡Eres tú! ¿Cómo no viene
Tu cofadre don Toribio?
Mam. Está... como yo quisiera
Estar.
T. Pablo. ¿Cómo?
Mam. Con el tifus.
Pues sinó, ¿vendría yo
A autorizar mi suplicio?
Frut. ¡Otra víctima!
T. Pablo. Si; es gaita...
(*Riéndose.*)
Mam. Maldito sea mi sino
Y la hora fatal, funesta
En que aprendí tal oficio. —
Pero aun es tiempo. ¡Tio Pablo!...
¡Don Frutos!... Por el martirio
De san Serapio, que fué
Menos horrible que el mio,
Cédanme ustedes la mano
De Simona, que lo pido
Con mucha necesidad,
Y ponerme en el conflicto
De dar fe de que se casa
¡Ay Dios! con otro individuo
Es obligarme, señores,
A cometer un suicidio. —
¡Don Frutos!...
Frut. Eso, al tio Pablo.
T. Pablo. No ha lugar.
(*Sin dejar hablar á Mamerto.*)
Mam. (¡Bárbaro! ¡Impío!)
T. Pablo. ¿A ver si sales, Simona?
(*A la puerta de la izquierda.*)
Mam. (Pero aun me queda un resquicio
De esperanza. Acaso al verme
Renazca el amor antiguo...)
T. Pablo. ¡Por vida...! Se me ha olvidado
Hacer venir los testigos...
Frut. Después vendrán á firmar;
Y si no nos convenimos
Es inútil...
Mam. Es forzoso
Tener corazon de risco
Para...
T. Pablo. Ya está aquí Simona.
(*Aparece Simona con el vestido de lugareña.*)
Mam. (Ardo y tiemblo; sudo y gimo.)

ESCENA III.

DON FRUTOS, TIO PABLO, MAMERTO, SIMONA.

Sim. ¡Salú! (*Muy seria.*)
Mam. (¡Cómo la idolatro!)
Frut. Buenos dias.
Mam. *Idem.* (¡Sí;
Para ellos, no para mí!)
T. Pablo. Asentémonos los cuatro.
(*Mamerto se sienta delante de la mesa, poniendo sobre ella el papel sellado; don Frutos á su derecha, y á su izquierda Simona y el tio Pablo.*)
Mam. Esta pluma es una brocha.
(*Tomando una pluma y mirándola.*)
T. Pablo. Otras hay.

Mam. ¡Ay!...

(*Tomando otra y suspirando.*)

« Esponsales

(*Escribiendo.*)

Entre Simona Corrales
Y don Frutos Calamocha. »—
Venga... (¡Oh dia de amargura!)
La novia, si lo ha de ser,
Y diga... (¡No echa de ver
Lo triste de mi figura!)

Frut. Antes de ese documento
Dará el escribano fe
De otro que yo dictaré.

T. Pablo. ¿Otro?

Sim. ¿Cuál?

Frut. Mi testamento.

T. Pablo. ¡Tú hacer testamento!

Frut. Yo.

Mam. ¡Amargar así el placer
De la boda!

Sim. ¡Un novio hacer
Testamento!...

Frut. ¿Por qué no?
Sin que sea desvarío
¿No hay quien toma esa medida
Cuando el honor y la vida
Arriesga en un desafío?
¿No suele tambien testar,
Por si no llega á la orilla,
El que en frágil navecilla
Surca el proceloso mar?
¿Y no puedo yo creer
Que el vínculo conyugal
No es mas que un duelo mortal
Entre marido y mujer?
Y si entre ellos el demonio
De sus artes hace gala,
¿Qué mar bravío se iguala
Al golfo del matrimonio?

Sim. ¡Mire usté qué alicantina!...

T. Pablo. ¡Chito! (*En voz baja.*)

Frut. Ponga usted mi nombre,

(*A Mamerto.*)

Patria *et cætera.* (*Mamerto escribe.*)

Sim. ¡Hum!... este hombre

(*Aparte con su padre.*)

Me va dando mala espina.

T. Pablo. Deja que él sea mi yerno...

Frut. Como bueno y fiel cristiano,
Apostólico, romano,
Dejo el alma al Padre Eterno.

Mam. Eso es; y el cuerpo á la tierra...

Frut. Yo diría á Lucifer...
Es decir, á mi mujer.

Sim. ¿Qué se entiende...?

(*En actitud de levantarse furiosa.*)

T. Pablo. ¡Calla, perra

(*En voz baja y haciéndola sentarse de un tiron.*)

Sim. ¡Confundirme á mí — ¡Qué horror! — (*Alto.*)
Con los demonios malditos...!

T. Pablo. ¡Ba! Son chanzas de Frutitos,
Que hoy está de buen humor.

Mam. Disponer de esa manera
Del cuerpo...

Sim. (Yo estoy en vilo.)

Mam. No es la fórmula de estilo...

Frut. Pues ponga usted lo que quiera.

Mam. (Yo creo que no está sano

(*Con el dedo en la frente.*)

De aquí. Curador *ad litem*
Habrá que nombrarle...)

Frut. *Item*:
Al infrascrito escribano...

Mam. ¡A mí...!

T. Pablo. ¡A Mamerto..!

Sim. ¡A él...!

Frut. Sí.
Al infrascrito escribano,
Vuelvo á decir...

Mam. (¡San Cipriano!
¿Qué querrá dejarme á mí?)

Frut. Ya que no le doy la novia,
Como en vano lo procuro,
Porque su padre es mas duro
Que una silla de Moscovia...

Sim. ¡Hum!...

T. Pablo. No hagas caso de pullas.

Frut. Le doy mil piés de olivar
Y mi huerta del Juncar
Que mide cinco tahullas.

T. Pablo. ¿Qué oigo?

Mam. ¡A mí tal beneficio!

T. Pablo. ¡A él!...

Frut. Poco es lo que le doy
Cuando á mi pesar le voy
A hacer un flaco servicio.

Mam. (Comprendo... Puede que así...)

Sim. ¡Mil olivos!...

(*Aparte con su padre.*)

T. Pablo. Se los da
Por via de... ¿Estamos?

Sim. Ya:
Pero me los quita á mí.

Mam. Gracias...

(*Don Frutos le interrumpe diciéndole por señas que siga escribiendo.*)

T. Pablo. Para una prebenda
Tan fuerte como la suya,
Eso vale una aleluya.

Frut. Y del resto de mi hacienda...

T. Pablo. Pues; la gozamos los dos...

Frut. Tierras, fincas, plata, olivos...,
Doy la mitad *inter vivos*
A doña Elisa Quirós.
(*Simona y el tio Pablo se levantan airados.*)
Sim. ¡Felonía!
T. Pablo. ¡Tú desbarras!
Frut. Yo soy dueño de mis bienes.
T. Pablo. ¡La metá de lo que tienes
A una...!
Sim. ¡A la novia de marras!
T. Pablo. No se hace esto con un chino.
Sim. Esto es burlar mi esperanza.
T. Pablo. Esto ya pasa de chanza.
Sim. Esto es ser un asesino.
Frut. Pues predicais en desierto...
Sim. ¡Oh!...
Frut. ¡Silencio y respetad
(*Levantándose.*)
Mi postrera voluntad! —
Lo dicho dicho, Mamerto.
(*Mamerto sigue escribiendo. Don Frutos pasea de un lado de los bastidores al otro.*)
Sim. ¡Echarme así por el lodo!...
T. Pablo. ¡Calla y muérdete las uñas
(*En voz baja.*)
Por Dios, que si refunfuñas
Puede quitárnoslo todo!
Sim. Pero, padre, fuerte cosa...
T. Pablo. La otra metá...
Sim. No hay aguante...
T. Pablo. Aun será lo muy bastante
Para que nadie nos tosa.
Mam. (Se me hace el alma pedazos
Viendo penar á mi bien. —
¿Y un no cedes? ¡Boba, ven;
(*Mirando á Simona y gesticulando con afan.*)
Ven!... Arrójate en mis brazos. —
¡Nada!)
Frut. *Item*...
Sim. ¡Otro *item*, padre!
(*Aparte al tio Pablo.*)
Frut. Por dejar pia memoria
De mí y alcanzar la gloria
De Cristo y su Santa Madre,
Dejo...
Sim. ¡Ay..., todo lo destroza!...
(*Como arriba.*)
Frut. El resto de mi caudal
Al venerable hospital
De locos de Zaragoza.
Sim. ¡Esto mas!
T. Pablo. Hombre, ¿estás tonto?
¿A los locos? ¡Eso dices!
Frut. Sí; entre aquellos infelices
Espero verme muy pronto.
Mam. (Bien tenía yo barrunto...)
Sim. ¡Qué ultraje! (*Llorando.*)
(*Se sienta, y solloza y palmotea con muestras de desesperacion.*)
T. Pablo. Basta de bromas,
Y sin mas puntos ni comas
Tratemos de nuestro asunto.
Frut. ¡Eh! no gasto bromas yo.
Lo he dicho y no lo revoco.
T. Pablo. Pues dígote que estás loco
De atar.
Frut. Todavía no.
Mam. (Ahora, sitiada por hambre,
Tal vez...)
T. Pablo. Sí; estás rematado,
Y es que á la cuenta te ha dado
En la sesera un calambre...
Frut. No tal.
T. Pablo. Sí; yo lo sustento.
Solo hace ese disparate
Un orate. — Y un orate
No puede hacer testamento.
Porque un loco en mi opinion
Tiene el caletre perdido,
Y cuando falta el sentido
Se preturba la razon,
Y cuanto haga, y ponga ó quite
Es nulo; y de aquí articúlo
Que lo que en Belchite es nulo
No vale nada en Belchite.
Frut. Hoy soy libre como ayer...
Mam. A esa lógica bastarda,
(*Levantándose.*)
A esa gramática parda
Me toca á mí responder.
Para declarar demente
A Pedro ó Juan, no es un lego,
No es un rústico labriego
Autoridad competente.
Mas quiero por dos minutos
Suponer que del comun
Sensorio, como un atun,
Está privado don Frutos.
En tal caso, por la goda
Legislacion, hoy vigente,
Nulos serán igualmente
El testamento y la boda;
Que si nulo es lo que testa,
Como ha dicho usted muy bien,
Quien tiene el seso en Belen
Y la razon descompuesta,
Por los mismos argumentos
No puede casarse, pues
Si es loco don Frutos, es
Incapaz de sacramentos.

Frut. ¡Basta! Lo he dicho y lo voy
A firmar.

(*Va á la mesa y firma.*)

T. Pablo. ¡Tente!...
Frut. Ya está.
T. Pablo. ¡Frutos!...
Frut. Luego se verá
Si soy loco ó no lo soy.
T. Pablo. Con que ¿es decir... (¡Malos lobos!...)
Que esto es una cuchufleta...,
Una treta, una endireta
De aquellas del padre Cobos?
Con que ¿hemos hecho el payaso
Mi hija y yo? ¡Voto á Caifás!...
Para eso valiera mas
Haber dicho : no me caso.
Frut. ¡Qué quiere usted! Es preciso
Que á todos nos lleve el diablo.
Con la paz brindé al tio Pablo
Y el tio Pablo no la quiso. —
Por lo demás, no me niego,
Si gusta de mi persona,
A casarme con Simona
Ahora mismo...
T. Pablo. ¡Otra te pego!
¿Y qué quieres tú que coma?
¡Por vida del moro Muza!...
Para morir de gazuza
Bien está San Pedro en Roma.
Si hasta del último grano
De trigo haces almoneda,
Si todo lo das, ¿qué queda
Para Simona?
Frut. Mi mano.

(*La extiende en acto de ofrecerla.*)

Sim. ¡Cargue el demonio con ella!
(*Levantándose y sin poderse ya dominar.*)
Que ya estoy frita y refrita...
Primero que yo la azmita
Quiero morirme doncella.
¡Salirme ahora al camino
Con esa pata de gallo
Cuando...! — No callo, no callo.
(*A su padre, que la hace señas para que se reprima.*)
¡Pícaro! ¡Traidor!... ¡Endino!
Frut. (¡Oh música celestial!)
T. Pablo. Deja, que aun...
Sim. No quiero, no.
La culpa me tengo yo
Que he sido tan animal...
T. Pablo. Si se viene á la razon
Y quiere cumplir sus pautos
Don Frutos...
Frut. Lo dicho y autos.
Sim. ¡Hum!...
Mam. (¡Me parte el corazon!)

(*Enternecido.*)

¡Simona!... Aquí...

(*Con la mano en el pecho.*)

(¡No me mira!)

Sim. Si usted quiere ser su suegro,
Yo no. — Es decir, yo me alegro...
Y maldita es la mentira.
Acabáronse los tratos.
Si en menos me tuve ayer,
Hoy soy yo mucha mujer
Para un pobre pelegatos.
¿Qué digo? Aunque ahora me dé
Todo el oro del Perú
Lo enviaré á Belcebú :
¿Está usté? ¿Lo entiende usté?
Y no se cambia este talle
Por ninguno; y soy quien soy ;
Y de su casa me voy
Antes que me eche á la calle;
Y aunque se hundiera Moncayo
No hay mas padre ni mas diantre
Que mi... De hoy en adelantre
Haré de mi capa un sayo.

(*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

DON FRUTOS, MAMERTO, TIO PABLO.

T. Pablo. ¡Tiene razon, voto á quien!...
Y si descastada y fiera
Me arañara y me escupiera
Tendría razon tambien.
Por tí... — ¡de ira me atarugo! —
La he sacado de su trocha.
Por don Frutos Calamocha
Padrastro he sido y verdugo.
Mas te has de acordar de mí.
Tengo el hígado bien puesto
Y... En fin, me largo; pero esto
No se ha de quedar así.

ESCENA V.

MAMERTO, DON FRUTOS.

Mam. ¡Pobrecilla! Se ha quedado
Como quien dice á la luna
De Valencia. — ¿Y es posible
Que aun sea tan testaruda
Que cuando ve que se escapa

De sus manos la fortuna,
Pudiendo echarse en mis brazos,
Haya apelado á la fuga?

Frut. Yo no he podido hacer mas.

Mam. Es cierto; pero es tan dura
De pelar... y yo tan débil...
Ruin ha sido su conducta.
Eso no es mujer; es fiera
Escapada de una gruta.
Si yo no fuese un idiota,
Viéndola pobre y desnuda,
Lejos de anegarme en lágrimas,
Bailaria la cachucha;
Mas mi sensibilidad
Es tan necia, tan absurda
Que olvidado de la mía
Lamento su desventura. —
¡ Yo nací predestinado
Para ser víctima suya!
Ayer me afligía ingrata
Y hoy desgraciada me abruma;
Su temerario desden
Me abrirá ¡ oh cielos! la tumba;
Y si me hicieran su dueño
Las bendiciones del cura,
Aries, Tauro y Capricornio
Presidirían mis nupcias. —
¡ Y, con todo, por casarme
Con esa atroz criatura
Me dejaría arrancar
Los colmillos y las uñas! —
Mas, supuesto que no me ama,
Ni quizá me ha amado nunca,
Lo llevaré con paciencia
En castigo de mis culpas.
No será usted menos digno
Por eso de mi profunda
Gratitud. El testamento,
Dictado con tal astucia,
No tenía otro designio
Que endosarme la futura.

Frut. Cierto; eso entraba en mi plan...

Mam. ¡Oh fineza sin segunda!
Al ver tanta abnegacion
(*Enjugándose las lágrimas.*)
¿ Quién no llora de ternura?

Frut. Pero es preciso, no obstante,
Que el testamento se cumpla.

Mam. ¿ Qué oigo! ¿ Con todas sus clausulas?

Frut. Sí : no exceptúo ninguna.

Mam. ¿Es posible!... Y yo creía
Que era un ardid, una burla...

Frut. No.

Mam. Por mi parte, agradezco
La huerta y las aceitunas,
Pero...

ESCENA VI.

DON FRUTOS, MAMERTO, GORRION.

Gor. Señor escribano...
(*Desde el foro.*)

Mam. ¿ Qué hay?

Gor. Venga usté.

Mam. ¿Quién me busca?
(*Yendo al foro.*)
(*Gorrion le habla en voz baja.*)

Frut. (¿ Qué dirá Elisa...? ¡ Ah! ya sale.)

Mam. (¡ Cielos! Quisiera ser grulla.)
(*Vase corriendo. Gorrion se retira.*)

ESCENA VII.

DON FRUTOS, ELISA, JUANA.

Frut. ¡ Elisa!...

Elisa. Señor don Frutos,
Ya llegó el momento...

Frut. (¡ Oh Dios!)

Elisa. Ayer pudo haber disculpa
Para que aceptase yo
El amistoso hospedaje
Que usted me ha dado, mas hoy...

Frut. ¡ Tan pronto te vas, Elisa!
¡Tan pronto se nubla el sol
De mi alegría!

Elisa. Después
De lo que anoche pasó
No puedo habitar aquí
Sin mengua de mi opinion.

Frut. ¡ Es verdad!

Elisa. ¡ Abrió la suerte
Un abismo entre los dos!

Frut. Sí; sepárate de un hombre
Que en hora infausta nació
Antes que pase á tu frente
Mi sello de maldicion.
Parte : tal es mi amargura
Y tan abatido estoy,
Que yo mismo te lo ruego,
Aunque sea dardo atroz
Tu ausencia que en mil pedazos
Me divida el corazon.

Elisa. ¡Don Frutos!... (¡ Oh si supiera
Con cuánta pena me voy!)

Frut. Irás á tu casa...

Elisa. Breve
Será en ella mi mansion.

Frut. ¿Cómo?...

Juana. Mañana nos vamos

A Madrid...

Frut. ¿Qué oigo! Eso no.
Si lo haces porque recelas
Que te importune mi amor,
Es inútil. Yo seré
Quien huya de tí veloz.
Aun para este último trance
Tendrá mi pecho valor.
No temas que si en tu oido
Otra vez suena mi voz,
O ves surcado mi rostro
Con lágrimas de dolor,
Puedas acusarte un dia
De tenerme compasion.
No; el adios que ahora te dé
Será mi postrer adios.

Elisa. ¿Tan mal juzga usted de mí,
Don Frutos? ¿Por qué razon
Guardaría yo en mi seno
Tan obstinado rencor?
Mas si es fuerza condenarnos
A eterna separacion,
No lo es que por causa mia,
Que aquí forastera soy,
Usted mismo se destierre
Del hogar donde nació.

Frut. Privado de ver á Elisa,
Todo al diablo se lo doy.
Tanto me importa emigrar
A Flándes como al Mogol.

Juana. « Yo don Frutos Calamocha
(*Se ha acercado á la mesa é inclinándose un poco sobre ella, lee el documento que extendió Mamerto.*)
Y Bubierca, hijo de don... »
(*Sigue leyendo para sí.*)

Frut. Quédate: yo te lo ruego.
Aquí...

Juana. « Dejo el alma á Dios... »
(*Leyendo.*)
¡Un testamento! (*A Elisa.*)

Frut. Sí; el mio.

Elisa. ¿Qué escucho?

Juana. Es rara aprension
Estando fuerte y robusto...

Frut. Asi amenaza la hoz
De la muerte al firme roble
Como al tallo de la flor.

Elisa. ¡Ah, qué ideas...!

Frut. No será
Mas tarda ni mas precoz
Por eso mi última hora;
Pero ¿no es mucho mejor
Despachar ese negocio
Cuando sano y bueno estoy,
Que ver entrar al notario
Por donde sale el doctor?
Eso es recibir, Elisa,
Dos veces la extremauncion.

Juana. Con usted habla esta cláusula,
(*Ha continuado leyendo para sí.*)
Señorita.

Elisa. ¿Cómo!...

Frut. Yo... (*Turbado.*)

Elisa. ¿Qué misterio...?

Juana. Oigala usted.
(*Lee.*)
« Item: hago donacion
De la mitad de mi hacienda
A doña Elisa Quirós. »

Elisa. ¡Dios mio!... Tanta bondad
Me llena de confusion.

Juana. ¡Oh hidalguía sin ejemplo!
¡Oh noble pecho español!
¡Esto se cria en Belchite!
¡Esto es fruta de Aragon!

Elisa. (¡Justo Dios! ¿quereis probar
En este nuevo crisol
Mi virtud?...) Señor don Frutos,
Ese generoso don
Lágrimas de gratitud
Arranca á mis ojos...

Frut. ¡Oh!
No hay motivo...

Elisa. Mas no puedo
Sin cubrirme de rubor
Aceptarlo.

Frut. ¿Por qué? ¿Acaso
Es hacienda de un ladron
La mia? ¡Oh Dios! ¿No podré,
Sin ofender el pudor
De mi amada..., de mi amiga,
Mejorar su situacion?
¿Olvidas, ángel hermoso,
Que sin mi fatal error,
No de la mitad, de toda
Mi hacienda serías hoy
Poseedora? Y pues ya he roto
La venda que me cegó,
Y pues mia fué la culpa
De que en detestable union
Fuese la paloma cándida
Presa del buitre feroz,
¿Qué mucho si las riquezas
De que el cielo me colmó
Parto contigo? ¡Yo! ¡ay triste!
Que no dejo á nadie en pos
De mí, ni deudos, ni amigos...,
¡Yo que miro con horror
La vida!... ¡Ah! tenga yo al menos
Un consuelo en mi afliccion.
Acepta: no serás tú
La que reciba favor,
Sino yo: no llames dádiva
A lo que es restitucion.

Elisa. (¡Qué tormento!... O nunca ha habido
Mártires... ó yo lo soy.)
Frut. ¡Callas!
Elisa. ¡Ah!... Yo soy ahora
La que implora con fervor
La piedad de usted. — Tambien
Para Elisa feneció
Todo bien, toda alegría...
Solo me queda el honor,
Y lo perdiera aceptando,
Sea gracia ó galardon,
La herencia que usted me ofrece.
¿Es razon, es ley que en pro
De una extraña usted defraude
De su esperanza á la que hoy
Será su esposa...?
Frut. No; el cielo
Al fin mis ruegos oyó.
Ya no me caso.
Elisa. (¡Oh... Dios mio!)
Frut. Sí; ella, de propia voz,
Ha desistido, y me evita
La eterna condenacion.
Elisa. Felicito á usted...
Mam. ¡Don Frutos!
(*Dentro.*)
¡Don Frutos!
Frut. ¿Quién llama?
Mam. ¡Yo!
(*Llegando apresurado.*)

ESCENA VIII.

ELISA, DON FRUTOS, JUANA, MAMERTO.

Mam. ¡Albricias, señor don Frutos! —
Señora, á los piés...
(*Saludando á Elisa.*)
¡Albricias!
(*A don Frutos.*)
El tio Pablo capitula. —
¡Oh placer!... *Idem* su hija.
Lo del testamento ha sido
Mano de santo. ¡Oh delicia!
Me caso. Todo Belchite
Se va á perecer de envidia.
Sonada va á ser mi boda:
Habrá jota y seguidillas...
Y ya tengo sentenciadas
A muerte veinte gallinas. —
¡Ah! la cabeza me zumba,
El corazon me palpita,
Y á mis párpados se agolpan
(*Llorando.*)
Las lágrimas...
Juana. (¡Qué ridícula
Sensibilidad!)
Mam. Sí; lloro,
Pero ahora es de alegría. —
Lloro y rio al mismo tiempo...
Vamos, parece mentira...
¡Y á usted se lo debo todo;
Usted me vuelve á la vida!
Y por eso agradecido
Vengo á hincarme de rodillas
Ante el ángel tutelar...
(*Va á arrodillarse y don Frutos no se lo permite.*)
Frut. ¿Qué hace usted?
Mam. ¡Oh grande, oh ínclita
Bondad!... Pues bien, déme usted,
Si merezco tanta dicha,
Los brazos...
Frut. Con mucho gusto.
(*Abrazándole.*)
Mam. Gracias, gracias infinitas...
Frut. Bien; basta...
Mam. Adios, que me están
Esperando las familias...
¡Adios! En mí tendrá usted
Un amigo que le estima...
He dicho poco: un esclavo.
Mi sangre, mi escribanía,
Mi patrimonio, mis lágrimas...
Todo es de usted, y permita
El cielo que en casto nudo
Otra consorte mas digna... —
Mas tal vez me está escuchando
(*Mirando á Elisa.*)
La venturosa individua
Que ha de reemplazar...
Frut. ¡Mamerto!...
Mam. ¡Sí, sí!
Frut. (¡Este hombre me asesina!)
Mam. Doy á ustedes mi cordial
Parabien... Es muy bonita.
Celebro...
Elisa. Suplico á usted...
Mam. ¡Oh Providencia divina!
Todos quedamos contentos. —
¡Si se hicieran en un dia
Las dos bodas...! Pero, adios;
Urge el tiempo; estoy de prisa...
¡Ambos... á cuatro...! ¡Qué gusto!
¡Bravo, bravo! ¡Viva, viva!
(*Vase corriendo.*)

ESCENA ULTIMA.

ELISA, DON FRUTOS, JUANA.

Juana. ¡No lleva mala prebenda
Ese pobre majadero!
Frut. Ya lo ves, amada prenda:
Puedes heredar mi hacienda
Sin perjuicio de tercero.
Juana. (Capaz será todavía
La simple... ¡Oh! si fuese yo...)
Frut. ¿No respondes, alma mia?
Juana. (Leamos... porque sinó,
(*Cogiendo el testamento.*)
Diré alguna tontería.)
(*Lee para sí.*)
Elisa. Ya lo he dicho: será en vano...
Frut. ¡Temes que sea funesto
Don que viene de mi mano!
Elisa. No, señor... (¡Hado tirano!)
Juana. ¡Vírgen del Pilar, ¿que es esto?
¡Señorita!... ¡Otra que tal!
Como este hombre he visto pocos.
Elisa. Pues ¿qué?...
Juana. Deja á un hospital
El resto de su caudal.
Elisa. ¿Qué dices?
Juana. Sí ¡al de los locos!
Elisa. ¿Cómo?...
Juana. Si esto se consiente...
Elisa. No es posible...
Juana. Como dos
Y tres...
Elisa. ¡Y no lo desmente!
¡Cielos! ¿estará... demente?
Frut. No, Elisa. ¡Pluguiera á Dios!
Juana. Sí; loco está, rematado;
Yo lo afirmo á su pesar;
¡Y es de amor!...
Elisa. ¿Quieres callar?
Juana. Y solo quien lo ha inspirado
Es quien le puede curar.
Elisa. ¡Juana!...
Juana. Sí... ¡Pobre señor!
¿No es un cargo de conciencia...?
Frut. Breve será mi existencia,
Ya la consuma el dolor,
Ya la acabe la demencia;
Y pues tan breve ha de ser,
Y sin que un solo placer
Temple mi mortal zozobra,
Ya de nada he menester:
¡Todo en el mundo me sobra!
Elisa. ¡Viva usted!... Yo se lo ruego.
Juana. ¿Lo oye usted? (¡Este hombre es
ciego!)
Frut. ¡Yo vivir...!
Juana. (Y la otra, necia.)
Frut. Cuando Elisa... ¡Ay Dios!...
Juana. (Reniego...)
Frut. ¡Me aborrece y me desprecia!
Elisa. (¡Yo aborrecerle, buen Dios!)
Juana. No hay tal.
Elisa. (¡Decídselo vos
Que estais leyendo en mi alma!)
¡Frutos!...
Frut. ¡Elisa!...
Juana. (¡Qué calma!
Me desesperan los dos.)
Mi señora...
(*Elisa la hace señas para que calle.*)
¡Nada! Yo hablo.
Porque el pudor ne se asombre,
Por no soltar un vocablo
¿Quiere usted matar á un hombre
Y que á usted la lleve el diablo?
Basta que el honor lo vede,
Mi señorita no accede
A dádivas de un querido,
De un cortejo; pero puede
Recibirlas... de un marido.
Frut. ¿Cómo?...
Elisa. ¡Ah!...
Juana. Ya he callado mucho.
¡No mas! Si no desembucho,
La garganta se me anuda
Y... Mi señorita es viuda.
Frut. ¡Dios poderoso, ¿qué escucho!
Juana. Aquella carta...
Frut. ¡Bien mio!
Juana. Decía que don Miguel
Ha muerto en un desafío.
Frut. Perdona mi desvarío,
Mas no lloraré por él.
¡Y lo callabas! ¡Oh ejemplo
De noble delicadeza!
Admirado te contemplo...
Juana. Pues aun calla su nobleza
Otra verdad como un templo.
Dudaba usted de su fe...
Elisa. ¡Juana, por Dios...! ¡Qué martirio!
Juana. Pues ahí donde usted la ve
Tan modesta y tan..., yo sé
Que le ama á usted con delirio.
Frut. ¿Será verdad, cielos?
Elisa. ¡Oh!...
Juana. A mí me lo confesó
Allí en aquel aposento.
Elisa. ¡Juana! ¡Jesus!... Pero...
Juana. ¿No?
Pues dígame usted que miento.
Elisa. ¿Qué he de hacer, pobre de mí,
Si me precio de sincera
Y tú me apremias así?

Si te desmintiese á tí...
Seria yo la embustera.
Frut. Morir debe de placer
Quien tanta ventura alcanza. —
Mas ¿la mamá...?
(*A Juana en voz baja.*)
Juana. Murió, ayer
Hizo un año.
Frut. (¡Esta mujer
Es la bienaventuranza!)
Permite, hermoso portento,
Que postrándome á tus piés
Te ruegue...
Elisa. No lo consiento.
(*Deteniéndole.*)
Frut. ¡Oh, Elisa! ¡Oh gozo!...
Juana. Ya es
Inútil el testamento.
(*Lo hace pedazos.*)
Frut. ¿Qué has hecho? ¡El pobre escribano...!
Mas cumpliré mi promesa. —
Y si merezco tu mano
Y no he sacudido en vano
El pelo de la dehesa...
Elisa. Primero exige de mí
La religion un tributo...
Frut. Sí; el *requiem*, el... Pero di:
¿No me das el dulce sí
Para cuando pase el luto?
Elisa. ¡Sí!
Frut. ¡Oh dicha!... Pero te advierto
Que si pronto no convierto
En gala el paño mortuorio,
Yo pasaré por el muerto
Las penas del purgatorio. —
Aunque tenga antipatía
A la córte, si en desquite
Tu mandato allá me guía,
No diré como aquel dia:
« ¡Belchite quiero, Belchite! »
Elisa. No. Contigo aldea ó córte,
Todo es para mí lo mismo.
Seria mucho egoismo
Alejar á mi consorte
De su pila de bautismo.
Frut. ¡Tú... y Belchite! ¡Oh bendicion!
(*Tomando afectuosamente la mano de Elisa.*)
Colmada está mi ambicion.
Aquí, amorosa consorte,
Tendrás, á falta de córte,
Un templo en mi corazon.

PRUEBAS DE AMOR CONYUGAL,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ESCRITA PARA EL LICEO DE MADRID Y ESTRENADA EN EL MISMO EL DIA 8 DE ABRIL DE 1840.

PERSONAS.

PAULA.
TERESA.
MARIANA.
DON AGUSTIN.
DON RAMON.
DON CAYETANO.
UN QUIDAM.

La escena es en Madrid. Sala en casa de don Agustin medianamente amueblada. Dos puertas laterales: la de la derecha conduce á la antesala, y ambas á las habitaciones interiores. Entre otros muebles habrá una cómoda y una mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

PAULA, MARIANA.

(*Paula sentada, acabando de bordar una cartera. Mariana de pié quitándose la mantilla.*)

Paula. Con que, ¿hoy mismo? De alegría
No veo ya el abalorio.
Mar. Me han dicho en el escritorio
Que llegará á mediodia.
Paula. Ya dudaba ver el fin
De ausencia tan dolorosa.
Mar. Ocho dias no son cosa...
Paula. ¡Quiero tanto á mi Agustin!
Al que en triste soledad
Recuerda á su dueño amante
Le parece cada instante
Un siglo, una eternidad.
Mar. Ese pesar es muy justo.
¡Irse un marido á los tres
Dias de casado!
Paula. ¡Pues!
¡Mira qué plato de gusto!
Mas don Braulio el fabricante
Le envió de pronto á Uclés
Comisionado y ¡ya ves!...
Como el pobre está cesante...
No son de perder hoy dia
Cien duros.
Mar. Pero es fatal
Que al tálamo conyugal
Alcance la cesantía.
Paula. Ya le emplearán, lo espero,
Mediante la proteccion
De su amigo don Ramon,
Que está ahora en candelero.
Y si no logro esta dicha,

¡Cómo ha de ser! Fiel esposa,
Me reduciré gustosa
A sopas de ajo y salchicha.
Mar. Gran virtud es menester...
Paula. No me distraigas. Quisiera
Acabar esta cartera...
Mar. ¿Le quiere usted sorprender?
Paula. Sí.
Mar. De realce dos palmas,
Y enlazados los dos nombres
Forman cifra...
Paula. No te asombres.
Lo mismo están nuestras almas.
Mar. (En eso pone su ahinco:
Por lo demás no se afana.)
Paula. Ya solo faltan, Mariana,
Cuatro puntadas ó cinco;
Y pues salgo mas de prisa
Que imaginé con mi empeño,
Antes que venga mi dueño
Tiempo tengo de ir á misa.
Mar. Y sobrado.
Paula. Tráeme pues
Los guantes y la mantilla.
(*Suena dentro una campanilla.*)
Mar. Voy. Sonó la campanilla.
Paula. Mira primero quién es.

ESCENA II.

PAULA.

¡Vírgen, si á la esposa tierna
Hoy vuelve sano y seguro,
Otra misa oir te juro
Descalza de pié y de pierna!

ESCENA III.

PAULA, DON CAYETANO, MARIANA.

Cay. Vengo á ponerme á los piés
De usted...
Paula. Beso á usted la mano,
Amigo don Cayetano.
Mar. ¿Dejaré para después...?
Paula. No, que si el tiempo no alcanza...
Perder la misa no quiero.
Anda, que ese caballero
Es de toda confianza.

ESCENA IV.

PAULA, DON CAYETANO.

Cay. No quisiera ni un momento
Incomodar...
Paula. No... Iba á misa...
Cay. ¡Oh! es obligacion precisa.
Paula. Pero tome usted asiento.
Cay. Gracias. (¡Rostro como el suyo...!)
¿Qué borda usted, vecinita?
Paula. Una cartera.
Cay. Es bonita.
(*Acercándose á mirarla.*)
Paula. Ahora mismo la concluyo.
(*Levantándose y dándole la cartera.*)

ESCENA V.

PAULA, DON CAYETANO, MARIANA.

(*Trae Mariana guantes, abanico y mantilla para su ama: esta pone la almohadilla sobre la mesa.*)

Mar. Aquí está todo, señora.
Cay. Exquisita es la labor.
(*Mirando la cartera.*)
Yo no he visto igual primor.
(Estoy por la bordadora.)
¡Es obra maestra!
(*Se la vuelve, y Paula la pone sobre la mesa.*)
Paula. ¡Qué!
No tal. Usted me avergüenza.
Cay. Y aquí forman una trenza
Dos iniciales, A y P.
¡Muy bien! Agustin y Paula.
Recíproco amor lo exige.
(¡Qué linda! Si no transige,
Da conmigo en una jaula.)
Paula. Es un débil testimonio
De mi conyugal afecto.
Cay. ¡Ah! bien dicen: el perfecto
Estado es el matrimonio.
Sobre tan plácida union
No tienda Satan sus redes,
Y Dios favorezca á ustedes
Con fruto de bendicion.
Paula. ¡Vaya!... (*Ruborosa.*)
Ponme la mantilla.
(*Mariana se la pone.*)
Cay. Un niño hermoso y robusto...,

Pero usted tendrá mas gusto
En que sea una chiquilla.
Paula. Haga Dios su voluntad.
Y usted, tan aficionado,
¿No se casa?
Cay. He tropezado
Con una dificultad.
Paula. ¿Cuál?
Cay. Señora, ¡hay tanta maula!
Virtud, belleza, talento...
¿Donde se halla ese portento?
¡Ah! ¿Dónde hallar otra Paula?
Paula. En cualquier parte. Es tan poco
Mi mérito...
Cay. Y en mis años,
Tras de tantos desengaños,
¡Casarme!... No soy tan loco.
Novio con el pelo gris
No puede vivir tranquilo,
Que tiene el alma en un hilo
Y su honra pende de un tris.
El dinero puede mucho
Y, aunque de ello no me aplaudo,
Con el oro que recaudo
Puedo llenar un falucho;
Pero placeres comprados
Ya se sabe lo que son.
Las telas del corazon
No salen á los mercados.
Paula. No, señor. — ¡Qué buen sujeto,
(*Aparte á Mariana.*)
Qué honrado es nuestro vecino!
Cay. (¿Quién ha visto á un libertino
Hecho fraile recoleto?)
Mar. Y tan amable, tan franco...
(*Aparte á Paula.*)
Cay. ¿Y cuándo llega el consorte
Feliz?...
Paula. Hoy entra en la córte.
Cay. (¡No volcara en un barranco!...)
Mil y mil enhorabuenas...
Y á mí mismo me las doy,
Que su apasionado soy,
Aunque le conozco apenas.
Paula. ¡Cómo! ¿Usted...?
Cay. Solo de vista,
Mas sus virtudes proclama
Con cien trompetas la fama.
Paula. Favor que usted...
(*Toma el abanico y el pañuelo.*)
Ya estoy lista.
Cay. Si él me honra con su amistad...
Paula. ¡Oh! El honrado será él.
Cay. Seré su amigo mas fiel.
Paula. Gracias. Es mucha bondad..
Cay. Si puedo servirle en algo...
Paula. ¡Ah, señor...!
Cay. Sin cumplimiento:
Suyo es desde este momento
Cuanto tengo y cuanto valgo. —
Mas yo hablando á troche y moche
Y usted con mantilla puesta...
Paula. No importa. Usted no molesta...
Cay. ¡Ah! Vaya usted en mi coche.
Paula. No. Mil gracias...
Cay. Hace un aire
Terrible.
Paula. De aquí á la Red
No está lejos.
Cay. Mire usted
Que lo tomaré á desaire.
Precisamente está ahora
A la puerta. Hice enganchar,
Mas quise antes saludar
A mi vecina y señora.
Paula. ¡Y usted irá á pié por mí...!
Cay. ¡Eh! mejor. Haré ejercicio.
El mucho regalo es vicio.
Vaya, diga usted que sí.
Paula. Porque usted no tome á mal...
Cay. Con usted iría al templo,
Pero ese fuera un ejemplo
Pernicioso á la moral.
Paula. Es verdad.
Mar. (¡Camastronazo!)
Cay. Mas ya que cauto me privo
De ese honor, hasta el estribo
Sírvase usted de mi brazo.
Paula. Mal pago á tanta fineza
Sería un desden grosero.
(*Toma el brazo de don Cayetano.*)
Vamos... (¡Qué buen caballero!)
Cay. (¡Bien va! Por algo se empieza.)

ESCENA VI.

MARIANA.

¡Qué bien toma mis lecciones
El socarron! ¡Cómo sabe
El tuno hacer la gatita
De Mari-Ramos! El diantre
Son los hombres. Mi señora
Le tiene ya por un ángel.
¡Bien! Esto es algo. — Y no es poco
Que, sin saber lo que se hace,
Haya aceptado su coche.
Acaso mas adelante,
Luego que el pan de la boda...
(*Suena la campanilla.*)
Llaman. Voy... Ya ha abierto Jaime.

ESCENA VII.

DON CAYETANO, MARIANA.

Mar. ¿Qué! ¿Vuelve usted...?
Cay. Sí, Mariana;
Sí, querida. Vengo á darte
En albricias de mi dicha
Este doblon para guantes.
Mar. Estimando. Ya ve usted .
(*Lo toma.*)
Que mi consejo...
Cay. Admirable.
El primer paso está dado,
Que es lo difícil, lo grande
De estos negocios. Ganada
Su confianza...
Mar. No obstante,
Sin ganar la del marido...
Cay. Y eso no será tan fácil;
¿Verdad?
Mar. A fuerza de tiempo...
Cay. Es que, si quieres que te hable
Con franqueza, temo mucho
Que la paciencia me falte
A lo mejor. — ¿Es zeloso?
Mar. No le he notado ese achaque
Hasta ahora.
Cay. Bien. ¿Y qué
Me dices de su carácter?
¿Es hombre... de armas tomar?
(No tengamos aquí un lance
Pesado...)
Mar. Es como una malva.
Cay. No porque á mí me acobarde
Ningun hombre cuerpo á cuerpo,
Pero bueno es informarse...
Vaya; ¿y qué flaco es el suyo?
¿Juega al billar ó á los naipes?
¿Es músico? ¿Es cazador?
¿Es literato?
Mar. Es cesante.
Cay. Basta.
Mar. Sobre todo, ¡chito!
No es bueno que sepa nadie...
Cay. Por supuesto. (¿Yo callar?
Harto será. Soy tan frágil...
Mas ahora tendré prudencia...,
Al menos hasta que alcance
La victoria. A algun amigo
De los mas íntimos..., pase;
Pero ¡en el café!...)
Mar. ¿En qué piensa
Usted?
Cay. En mi plan de ataque. —
Pero abur. Ya nos veremos
Despacio, que si viene alguien,
Podrá sospechar... Lo dicho.
Si me ayudas en mis planes
Y logro lo que deseo,
Te hago feliz. Dios te guarde.

ESCENA VIII.

MARIANA.

Es preciso tener cara
De vaqueta y de vinagre
Para negarse á servir
A sujeto tan amable.
La conciencia me remuerde
Un poco; mas treinta reales
De salario mal seguro,
Y sin provechos ni gajes,
¿Qué son para que una moza
De mi rumbo vista y calce
Y mantenga nada menos
Que á un cabo de provinciales?
Si es tan santa mi señora
Como de serlo se aplaude,
Por mas que sude el vecino
Y por mas que yo trabaje,
Se quedará al fin y al cabo
Tan honrada como antes. —
Y aun mucho mas; que no hay mérito,
Como decía mi madre,
En que triunfe la virtud...
Cuando nadie la combate.
Si se rinde, buen provecho.
Ella será la culpable.
(*Suena la campanilla.*)
¡Pues! — Ella y los que gobiernan;
Que, acumulando cesantes,
Tantas ocasiones dan
Para que el diablo las cargue.

ESCENA IX.

MARIANA, DON AGUSTIN.

Agust. ¡Mariana!
(*En traje de camino.*)
Mar. ¡Ah!... ¡Señor! ¡Tan pronto!
Yo creí que hasta mas tarde...
Agust. He madrugado algo mas
De lo que pensaba. ¿Qué hace
Paula? ¿Dónde está?
Mar. Ha salido
A misa.
Agust. Eso es muy laudable.

Mar. Creyó que tendría tiempo
Antes de que usted llegase...
¡Cuánto sentirá...!
Agust. No importa.
(*Sentándose y dejando sobre una silla el sombrero.*)
Molido estoy del carruaje.
Mar. ¿Se ha desayunado usted?
Agust. Sí; medio capon fiambre...
Supongo que no habrá habido
Novedad...
Mar. Ninguna.
Agust. ¿Y Galvez?
Mar. ¿Don Ramon? Ha estado malo.
Agust. ¿Qué me dices! ¿Cosa grave?
Mar. No, señor. El reumatismo...
Habrá seis dias... Sí; el martes,
Hizo cama. Pero ayer
Cuando fuí yo á preguntarle
Cómo estaba de salud
Encontré vacío el catre.
Ya está tan guapo. Hoy vendrá.
Agust. Me alegro. Siento sus males
Como si yo...
Mar. No lo extraño.
Son ustedes uña y carne...
(¡Voto va..., y no se lo he dicho
Á don Cayetano!)
Agust. Dame,
Mientras viene mi mujer,
Las cartas que haya de Cáceres...
Mar. No ha parecido el cartero.
Agust. (Es raro el no contestarme
La familia. Sentiré
Que desapruebe mi enlace...)
(*Suena la campanilla.*)
Mar. Llaman... Será la señora.
Agust. ¡Ah! No te detengas. Abre.
(*Levantándose.*)

ESCENA X.

DON AGUSTIN.

¡La pobre!... Estos ocho dias
Se le habrán hecho mortales!

ESCENA XI.

PAULA, DON AGUSTIN.

Paula. ¡Agustin! (*Se abrazan.*)
Agust. ¡Paula querida!
Paula. ¡Dulce sorpresa!
Agust. ¡Mi bien!
Paula. Bendígate Dios, amen.
¿Vienes con salud, mi vida?
Agust. Ya lo ves. ¡Y tú tan buena!
Paula. Sí, mas en tal desconsuelo
(*Quítase la mantilla y la deja sobre la cómoda con el pañuelo y el abanico.*)
Milagro ha sido del cielo
No haberme ahogado la pena.
Agust. Yo tambien muerto de esplin
Sin tí y entre aquellas gentes...
Paula. ¡Oh! Como otra vez te ausentes,
Me voy contigo, Agustin. —
Di: recibiste en la villa
De Uclés una carta...
Agust. Sí.
Paula. En tres noches la escribí.
Agust. ¡Tres pliegos y una cuartilla!
Paula. Por horas y por momentos
Un circunstanciado parte
De mis obras quise darte,
Y hasta de mis pensamientos.
Agust. Me cautiva el corazon
Tanta fe, Paulita bella,
Pero...
Paula. Y otra como aquella
Puse anoche en el buzon.
Agust. Era inútil. Yo te creo...
(*Paula toma la cartera que dejó sobre la mesa.*)
(Si tardo en volver aquí,
No gano, pobre de mí,
Para portes de correo.)
Paula. Toma.
Agust. ¡Qué fineza!
Paula. En suma,
Solo amándote vivía;
Con la aguja por el dia,
Por la noche con la pluma.
Agust. ¡Qué cartera tan preciosa!...
Con la cifra de los dos...
¡Otro abrazo, ángel de Dios!
¡Feliz yo con tal esposa!
Paula. Y es poco para mi amor,
Que quien el alma te da...
¡Ah...! ¿sabes que tienes ya
Otro amigo y protector?
Agust. ¡Otro amigo! ¡Otro...! ¿Quién es?
Paula. Don Cayetano, el vecino
De abajo.
Agust. ¡Ya!
Paula. Anoche vino...
Agust. ¡Cómo!...
Paula. A ponerse á mis piés.
Agust. Y esa visita... ¿á qué santo...?
Paula. A título de vecino...

¡Qué buen sujeto! ¡Qué fino
¡Cómo le afligió mi llanto!
Agust. ¿Tan tierno es de corazon?
Paula. Y cristiano muy cabal.
¡Qué máximas de moral!
Vaya; es un santo varon.
Agust. Como hemos vivido aquí
Tan poco tiempo, no sé...
No conozco... Ya se ve:
Todo consagrado á tí...
¿Es jóven?
Paula. No. Ya es machucho.
Cuarenta y tres le echo yo...
Agust. Y su mujer ¿no subió...?
Paula. ¡Ba! ¡Si es soltero!...
Agust. (¡Qué escucho!)
¿Cómo en casarse no piensa?
¡Eh! Será algun perdulario...
Paula. No lo creas; al contrario,
Tiene una fortuna inmensa.
Agust. (¡Malo!)
Paula. Es hombre muy profundo.
Agust. Sí será...
Paula. Y tan timorato...
Le inclinan al celibato
Desengaños de este mundo.
Agust. Yerros de la juventud...
Paula. Si vieras con qué fervor
Elogia el pobre señor...
Agust. ¿Tu hermosura?
Paula. Mi virtud.
Agust. ¡Oiga!
Paula. Un feliz matrimonio,
Dice, es el supremo bien
En la tierra, es el Eden,
La...
Agust. ¡Mire usted qué demonio!
Paula. Y como yo no imagino
Encontrar en esta córte
Tan angélica consorte...
Agust. Prefiero la del vecino.
(*Entre dientes.*)
Paula. ¿Eh?
Agust. Nada. (¡Y que ella se trague
La píldora!...)
Paula. Pues de tí
Hace unos encomios...
Agust. ¿Sí?
¡Qué bondad! ¡Dios se lo pague!
Paula. Porque, aunque no te conoce
Sino de fama hasta hoy,...
Agust. La fama dirá que soy
El mejor Par de los doce.
Paula. Y añadió: si puedo en algo
Servirle; si en algo influyo,
Cuente desde hoy como suyo
Cuanto tengo y cuanto valgo.
Agust. ¡Tanto afecto en una noche!
Paula. Tambien me ha venido á ver
Esta mañana...
Agust. ¡Mujer!
Paula. ¡Vaya; y me ha ofrecido el coche!
Agust. ¿De veras?
(*Con risa sardónica.*)
Paula. Para ir á misa.
¡Qué bondad!... Quedarse á pié
Por servirme.
Agust. Sí; je, je...
Paula. ¿De qué te ries?
Agust. ... De risa. —
Ha sido mucha atencion.
Y... ¿aceptaste?
Paula. Sí; mi dueño.
Lo tomó con tal empeño...
Agust. ¡No puedo mas! ¡Maldicion!
Paula. ¡Ay, Dios mio! ¿Qué te ha dado?
(*Asustada.*)
¿Es á mí, ó es al vecino...?
Agust. Ese hombre es un libertino
De profesion, un malvado.
Paula. ¿Cómo...?
Agust. ¡Y no le has conocido!
¡Ah! ¿qué hombre á mujer bonita
Con buena intencion visita
En ausencia del marido?
Te habló de virtud anoche
Para ganar tu amistad;
¡Y hoy tienta tu vanidad
Ofreciéndote su coche!
¡Y tú le oiste tranquila
Cuando de tu esposo dijo
Tantas lindezas! ¿Qué hijo
Le he sacado yo de pila?
¿Creerá ¡pese á Belcebú!
Ese hipócrita insolente
Que soy yo tan inocente...
O tan simple como tú?
Paula. ¡Ay, no te enojes! Perdona...
Yo he obrado sin malicia...
Agust. Sí, sí; yo te hago justicia.
Esa ingenuidad te abona.
Si del bribon que te engaña
Vil cómplice hubieras sido,
No harías á tu marido
Revelacion tan extraña.
Paula. Incauta fuí; no te asombres,
Querido. Mi buena fe...
¡Oh! De hoy mas aprenderé
A conocer á los hombres.
¡Miren el mosquita muerta!...
¡Con qué diabólico enredo
Quería...! No tengas miedo,
Que otra vez estaré alerta.
Si á mis ojos se aparece
El pérfido seductor,

Le hablaré con el horror
Y el desprecio que merece.
¡Ah! sea culpable ó no,
No vuelva jamás aquí.
Basta que te enfade á tí
Para aborrecerle yo.
Aunque me ofrezca el Perú
Como me ha ofrecido el coche,
¿Será ese viejo bamboche
Tan amable como tú?

Agust. Tan bello es tu corazon
Cual tu rostro. No me ofendo:
Basta; solo te encomiendo
Que aproveches la leccion. —
Voy á salir; y este traje...
Otro pantalon; camisa...

Paula. ¿Adónde vas tan de prisa?

Agust. A dar cuenta de mi viaje.

Paula. ¿Qué pantalon?

(*Abriendo un cajon de la cómoda.*)

Agust. El azul
Turquí.

Paula. No sé dónde está,

(*Revolviendo el cajon.*)

Debajo... Aquí... Este será.,.
No; es mi mantilla de tul.

Agust. Despacha.

Paula. ¡Si no lo encuentro!.,
¡Ah! ya ha parecido. Ten.

(*Saca un pantalon y se le da.*)

Agust. Ahora la camisa.

Paula. Bien.

(*Abriendo otro cajon.*)

En este cajon del centro...

Agust. Sí.

Paula. En este lado hay calcetas...

(*Registrando.*)

Agust. Falta me hacen; vengan unas.

Paula. Toma... (*Dándole un par.*)
¿Y te vas en ayunas?

Agust. No; ya almorcé.

Paula. Servilletas...,

(*Registrando el cajon.*)

Sábanas..., que he de coser...,
Enaguas...

Agust. ¿Tanto te cuesta...?

Paula. ¡Ah! Toma.

Agust. ¿Qué me das? ¡Si esta

(*Mirando la camisa que le da Paula y volviéndosela.*)

Es camisa de mujer!

Paula. Dices bien. Aturrullada

(*Riéndose.*)

Con el dulce regocijo
De verte...

(*Revuelve otra vez el cajon.*)

Agust. Vamos...

Paula. Pues, hijo,
Ninguna tienes planchada.

Agust. ¡Voto á...! Me lleva Pateta.

Paula. No te incomodes, por Dios.
¿Has ensuciado las dos
Que llevaste en la maleta?

Agust. Sí, mujer; en ocho dias...

Paula. ¡Qué quieres! Pensando en tí
Noche y dia... Yo creí
Que tan pronto no vendrías.

Agust. Yo te agradezco ese afan,
Porque redunda en mi gloria;
Pero ¿siempre en tu memoria
Era yo san Sebastian?

Paula. ¡Agustin!

Agust. Tomarlo á risa
Es mejor; mas te prevengo
Para otra vez que no tengo
Zelos yo de mi camisa.

Paula. Confieso que mi pasion...
Pero ya verás qué presto... —
¡Mariana! Una plancha, el cesto

(*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)

De la ropa, el almidon...

Agust. ¿Quién espera á que la plancha
Se caliente?

Mar. ¿Llama usté?

(*A la puerta.*)

Agust. Sin planchar me la pondré
Como un tio de la Mancha. —
Allá voy. (*Despidiendo á Mariana.*)
La cubriré
Con la corbata, y así...

Paula. ¿Saco la levita?

Agust. Sí,
Y el chaleco de piqué.

ESCENA XII.

PAULA.

(*Sacando la levita y el chaleco.*)

¡Válgame Dios! Cuánto siento...
¿Dónde estará la levita?
¡Jesus! La cómoda está
Tan revuelta... El primer dia
Que me levante de humor
Y el tiempo me lo permita,
La he de arreglar... Aquí está.

(*Saca una levita.*)

La pondré sobre una silla

(*Lo hace.*

Mientras busco ese chaleco.
(*Revuelve el cajon.*)
Aquí no está. En el de arriba...
(*Abre otro y saca de él un chaleco.*)
Por acá... Ya dí con él. —
¡Ay, que le falta una cinta!
(*Desdoblándolo.*)
¡Válgame el cielo! ¿De dónde
Saco ahora...? Tiene prisa...
¡Ah! Esta es larga. Cortaré...
(*Toma de la almohadilla unas tijeras y corta un pedazo de la cinta.*)
El pedazo en la otra esquina
Con un alfiler... (*Lo prende.*)
Ya está.
Voy al instante; no diga
Que no le ayudo á vestir. —
¿Tendrá polvo? No; está limpia.
(*Deteniéndose y desdoblando la levita.*)
Por vida de las arrugas...
(*Estirando el faldon.*)
Pero ¿qué veo? ¡Desdicha!...
Un boton colgando...

Agust. ¡Paula!
(*Dentro.*)

Paula. ¡Voy corriendo! — La almohadilla. (*La registra.*)
¡Ay! ¡No tengo seda negra!
¿Qué haré? ¡Por vida...! ¡Por vida...!
La aguja tengo enhebrada...,
Pero ¡con seda amarilla!

Agust. ¡Paula! (*Dentro.*)

Paula. Allá voy, amor mio!
(*Se sienta y cose apresuradamente el boton.*)
Coseré con esta misma.
¿Qué he de hacer? ¡Malditos sastres!
¡Malditos de Dios! No cuidan
De asegurar los botones...
Daremos luego con tinta
A la seda...

ESCENA XIII.

PAULA, Don AGUSTIN.

(*Don Agustin viene en mangas de camisa, con la corbata puesta y cubierta con sus puntas la pechera.*)

Agust. ¡Vamos, Paula!

Paula. ¡Ah! (*Cortando la seda.*)

Agust. ¿Qué haces?

Paula. Nada. Cosía
(*Levantándose.*)
Un boton que estaba flojo.

Agust. ¡Válgate Dios!

Paula. ¡Ese Utrilla...!

Agust. Sí; Utrilla.—¿Es este el chaleco?
(*Lo toma.*)

Paula. Sí, mi bien.

Agust. ¡Cuerno, madrina!
(*Soltando el chaleco.*)

Paula. ¡Ay Dios!...

Agust. ¡Maldito alfiler!

Paula. ¡Diste en él por donde pincha!
(*Toma el chaleco y prende mejor el alfiler.*)

Agust. ¡No lo hubieras tú prendido...!
(*Se chupa un dedo.*)

Paula. ¡Sangre! Irán á la botica...
(*Asustada.*)

Agust. No es nada. Me chupo el dedo...
De gusto.

Paula. Prendí la cinta
Porque no esperases...

Agust. ¡Oh!...
¡Por las ánimas benditas,
Despacha!

Paula. Ya no hay cuidado.
(*Le ayuda.*)
Mete el brazo. — El otro. — Avisa
Cuándo he de atar...

Agust. (¡Qué mujer
(*Poniéndose los botones del chaleco.*)
Para un pobre!) Ata. (Da grima
El pensar...)

Paula. ¿Aprieto?

Agust. Basta.

Paula. Ya está. Ponte la levita,
(*Se la da.*)
Mientras te saco un pañuelo...

Agust. ¡No, por la Vírgen santísima!,
(*Poniéndose la levita.*)
Que esa cómoda es... el cáos,
Y me darás una almilla,
Un calcetin... Me apodero
De este tuyo de batista.
(*Toma el pañuelo de Paula.*)

Paula. ¿Y guantes?

Agust. Los compraré
(*Tomando el sombrero y yéndose enfadado.*)
De camino.

Paula. ¿No te dignas
(*Llorando.*)
De decirme adios siquiera?
¡Con qué crueldad me castigas,
Ingrato!

Agust. No, mujer; pero...
(*Entre enojado y enternecido.*)
Vaya, abrázame. (*Se abrazan.*)
(¡Es tan linda
Y tan cariñosa!...) Adios.
Paula. No me guardes ojeriza.
Yo me enmendaré...
Agust. ¡No llores...
(*Enternecido.*)
Adios, Paula. (¡Es una niña!)

ESCENA XIV.

PAULA.

¡Pobre Agustin! Se ha enfadado
Con razon. ¡No tener lista
La ropa! Pero ocupada
Con la cartera y la cifra...
¡Cunde tan poco el bordado
De abalorio!... Y las epístolas
Amorosas que le he escrito...
Vamos; parece mentira
Cómo se pasan las horas,
Y hasta qué punto complica
Los deberes conyugales
Una ausencia repentina.—
¡No poder una pagar
Costurera ni modista...!
Si me ayudase Mariana,
Tal cual; pero ¿y la cocina?
(*Suena la campanilla.*)
¡Tambien es fatalidad
Que esté tan mal de camisas
Mi amado Agustin! ¡Jesus!
¡Mal haya la cesantía!

ESCENA XV.

PAULA, DON RAMON.

Ramon. Buenos dias, bella Paula.
Paula. Muy felices, don Ramon.
Celebro la mejoría.
Ramon. Malo ó bueno, siempre estoy
A los piés de usted.
Paula. Tambien
De enhorabuena estoy yo.
Ramon. Sí, ya he visto en la escalera
A Agustin; mas mi intencion
Era visitar á Paula,
Y sin cumplir no me voy,
Señora, con un deber
Tan grato á mi corazon.
Paula. (¡Qué oigo!) ¿Quiere usted
sentarse? (*Recelosa.*)
Ramon. Sí haré.
(*Ofrece una silla á Paula y él ocupa otra.*)
Usted solo me dió
Un parabien; mas yo espero
Retribuirlo con dos.
Paula. ¿Con dos parabienes?
Ramon Sí,
Y á mí propio me los doy.
Uno por la bienvenida
De Agustin, que es mi mejor
Amigo, como usted sabe,
Y otro porque creo que hoy
Será colocado.
Paula. ¿Sí?
Ramon. Y ganando en graduacion
Y en sueldo.
Paula. Y á usted sin duda
Debemos ese favor.
Ramon. Él merece muchos mas.
Paula. ¿Fuera de la córte?
Ramon. No,
Que si usted saliese de ella
Faltara á Madrid el sol.
Paula. ¿Cómo?... ¡Usted me dice...!
Ramon. Injusto
Fuera que tan linda flor
Vejetase oscurecida
En Moguer ó en Castropol.
Paula. Esas lisonjas...
Ramon. ¿Lisonjas?
No, señora, no lo son.
Si hay ángeles en la tierra,
Uno es usted.
Paula. (¡Oh rubor!...)
Ramon. ¿Quién no envidiará la dicha
De don Agustin? Su union...
Paula. ¡Eh! basta, ¡mal caballero,
(*Levantándose. Don Ramon se levanta tambien.*)
Pérfido amigo, hombre atroz!
Ramon. ¡Qué escucho!
Paula. ¡Venir, á título
(*Sin oirle.*)
De amigo y de protector,
A requerirme de amores!
Ramon. ¡Yo, señora!...
Paula. ¡Qué traicion!
Ramon. Pero si yo...
Paula. ¡Aparte usted!
Ramon. Pero, Paulita, ¡por Dios!...
Paula. Ni por Dios, ni por la Vírgen.
Yo tengo honra. ¡Soy quien soy!

Ramon. ¿Quién ha pensado...? Oiga usted... (*Siguiéndola.*)

Paula. No; ¡jamás, jamás! ¡Qué horror!

(*Vase por la puerta de la izquierda, y óyese el cerrojo con que la asegura por dentro.*)

ESCENA XVI.

DON RAMON.

¡Y echó á la puerta el cerrojo!
¿Qué, diablos, la he dicho yo
Que huye de mí como huyera
De algun sátiro feroz?
¡Porque la digo que es linda
Se pone como un dragon!
¿Qué fuego ha visto en mis ojos,
Qué mano se deslizó,
Atrevida aventurera,
Que así confunde el amor
Con una galantería
Propia del genio español
Y de la franca amistad
Que su esposo me inspiró?
¡Y cuando vengo á anunciarla
Que debe á mi proteccion
Y á mi influjo su ventura,
Me paga... con una coz!
No presumí que sería
Tan záina de condicion.
(*Suena la campanilla.*)
Como apenas la he tratado...
Merecía ¡voto á brios!...
No, que el justo sufriria
La pena del pecador.

(*Queda un momento pensativo. Toma luego el sombrero y se dirige á la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVII.

DON RAMON, DON CAYETANO.

Cay. Pues ya ha salido de casa
(*Sin pasar de la puerta.*)
El recienvenido esposo,
Le vengo á cumplimentar...
Pero ¿me engañan mis ojos? —
¡Ramon!... (*Adelantándose.*)
Ramon. ¡Cayetano insigne!
¡Aquí tú!
Cay. ¡Tú tan famoso!
Ramon. Ya ha dias que no nos vemos.
Cay. Desde el año treinta y ocho.
Ramon. ¿Dónde has estado?
Cay. En París,
En Roma... y luego en Oporto,
En Cádiz... ¡Siempre gozando!
Hay humor y sobra el oro...
Ramon. ¡Bravo! ¿Vuelves segun eso
Tan libertino (y tan tonto)
Como te fuiste?
Cay. ¡Eh, qué quieres!...
Mientras uno sea mozo...
Ramon. ¡Mozo tú!
Cay. Es decir, soltero.
Y tú, grandísimo zorro,
¿Doblaste ya la cerviz
Al yugo del matrimonio?
Ramon. Pues ¿no sabes que soy viudo?
Cay. No me acordaba. Supongo
Que no será tan austero
Tu luto... ¿Se hace negocio?
¿Cómo te tratan las bellas?
Siempre fuiste venturoso.
Ramon. Ya no. Me acaban de dar
(*Riéndose.*)
Calabazas...
Cay. ¡Ah!... ¡Demonio!
(*Dándose una palmada en la frente.*)
Ya comprendo... ¡La Paulita!
¡Mi linda vecina!
Ramon. ¿Cómo!...
Cay. ¡Pobre hombre! Has llegado tarde.
Ramon. Ya sé que es casada.
Cay. ¡Bobo!
El marido es lo de menos.
Ramon. ¡Oh! ¿Qué estás diciendo?
Cay. Hay moros
(*Bajando la voz.*)
En la costa.
Ramon. No es posible...
Cay. Quédese esto entre nosotros;
Pero has de saber que Paula
Corre de mi cuenta.
Ramon. ¡Qué oigo!
Cay. No hagas mal tercio á un amigo;
No pidas peras al olmo.
Ya he ganado á la doncella,
Y lo que es el ama, pronto
Capitulará...
Ramon. ¡Mentira!
¡Infamia!
Cay. ¡No hables tan gordo!
Cuando yo te digo...
Ramon. Mientes
Como un vil.

Cay. ¡Eh! Poco á poco...
(Ya es forzoso hacer de tripas
Corazon.) Tomas un tono...
Ramon. El que merece un villano.
Cay. A tal insulto respondo
Con una estocada.
Ramon. Acepto.
Cay. (¡Muerto soy!) No es á propósito
Este sitio para hablar
Del dónde, el cuándo y el cómo.
En mi habitacion podemos
Tratar...
Ramon. Bien.
Cay. Soy hombre solo...
Ramon. ¿Dónde...?
Cay. En esta misma casa,
Cuarto principal, que pongo
A tus órdenes...
Ramon. Suprime
Cumplimientos enfadosos.
Cay. Lo cortés y lo valiente
No se excluyen. ¿A qué prójimo
Eliges para padrino?
Ramon. A don Agustin Orozco.
Cay. ¡Calle! ¡Al marido...!
Ramon. Cabal.
Cay. Yo tengo que buscar otro.
A las dos te espero abajo.
Ramon. Puntual seré. (Si le rompo
La crisma, tendré siquiera
Ese justo desahogo.)

ESCENA XVIII.

DON CAYETANO.

Yo tiemblo. ¡Terrible apuro!
¡Por esta maldita lengua...!
Faltar á la cita... es mengua;
Soltar la pelleja... es duro;
Y él me mata ¡de seguro!
Si se efectúa la lid. —
¿Qué haré, cielos!... ¡Ah! Un ardid...
Ya el peligro no me inquieta,
Pues hay oro en mi gaveta
Y policía en Madrid.
(*Vase por donde vino.*)

—·—

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

PAULA, DON AGUSTIN.

Paula. Sí, mi adorado Agustin,
(*Con la mantilla puesta.*)
¡Tanta ha sido su insolencia,
Tanta su perfidia!
Agust. ¡Paula!
Ten cuenta, por Dios, ten cuenta
Con lo que hablas. Pueden ser
Terribles las consecuencias.
Paula. No, no me engaño: ni solo
Por una leve sospecha
Turbaría yo la paz
De tu alma.
Agust. ¿Quién lo creyera
De un amigo?
Paula. ¡Ay, Agustin!
Ya no extraño que pretenda
El vecino hipocriton
Abusar de mi inocencia,
Cuando tu mejor amigo...
¡Ya no hay virtud en la tierra!
¡Oh, cuán á tiempo me abriste
Los ojos con la fraterna
De esta mañana!
Agust. Otra vez...
¡Es tanto lo que me cuesta
Dar crédito á su traicion!
Cuéntame otra vez...
Paula. Vergüenza
Me da repetir...
Agust. No importa.
Te lo suplico, y, si es fuerza,
Te lo mando.
Paula. Yo no puedo
Decirte al pié de la letra
Los requiebros temerarios
Con que elogió mi belleza. —
«Hermosa Paula, ya he visto
A Agustin en la escalera,
Mas sin visitar á usted
No me voy, que es una deuda
¡Tan sagrada...!» Y me llamó
Sol y... ¿Que sé yo?... Azucena...
Cuando me habló de tu empleo,
Le pregunté: ¿es para fuera
De Madrid? Y respondió:
«No: ¡jamás!, que con la ausencia
De Paulita ¡ay Dios! Madrid

Se quedaria en tinieblas. » —
¿Qué mas dijo? ¡Ah! Que tu dicha
Envidiaba... ¡Horrible escena!
Yo me levanté indignada,
Pero él ¡nada! ni por esas.
¡Qué persecucion! Por último,
Me fugué echando á la puerta
El cerrojo. Hice muy bien;
¿Verdad? ¡Las carnes me tiemblan!

Agust. ¡Infame!...

Paula. Pero ¡por Dios,
Mi bien!, que no haya pendencia.

Agust. No. (*Reprimiéndose.*)

Paula. Bueno es que le conozcas;
Pero..., sin reñir...

Agust. No temas.

Paula. Con el desengaño de hoy
No es ya de temer que vuelva...

Agust. Dices bien. Estoy tranquilo...

Paula. Puedes estarlo de veras,
Que en mi tierno corazon
Tú solo, tú solo reinas.

Agust. Lo sé.

Paula. Y tengo honra, Agustin,
Y religion y conciencia.
¿Yo faltarte en lo mas leve?
¡Yo! ¡Jesus! Primero muerta.

Agust. Sí; lo creo. ¡Eres un angel! —
Yo obraré con la prudencia
Debida... ¿Ibas á salir?

Paula. Sí; á comprar hilos y sedas...,
Cintas, agujas, botones...
No quiero que me suceda
Otra vez... ¡Oh! Voy á ser, —
Ya lo verás —, muy casera,
Muy hacendosa. — ¿No vienes?

Agust. No puedo. Tengo unas cuentas
Pendientes...

Paula. Adios, bien mio.

Agust. Adios.

Paula. Pronto doy la vuelta.

ESCENA II.

DON AGUSTIN.

¡Buenos estamos, honor!
¿Es esta, Ramon, es esta
Tu amistad? ¡Necio de mí
Que pude creer en ella! —
¿Y de qué me quejo? ¿Acaso
No me protege .. y me emplea?
¿Cómo? Por mi linda cara,
Sin ninguna recompensa,
¿Sobornará á los porteros,
Adulará á su excelencia
Y sitiará noche y dia
Al oficial de la mesa?
Si él me pidiese dinero
Como tantos que comercian
Con su poder ó su influjo,
¡Oh! sería una bajeza.
Mas codiciar la mujer
De un protegido... es moneda
Tan corriente... Así será
Nuestra amistad mas estrecha;
Así brillará en la córte
Esa hermosura modesta
Que vive oscura, olvidada,
Y así tendrán los poetas
Satíricos nuevo asunto
Donde lucir su agudeza.

(*Suena la campanilla.*)

¡Oh abominacion! ¡Oh infamia!
La sangre hierve en mis venas,
Y toda la suya es poca
Para lavar tanta ofensa.

ESCENA III.

DON AGUSTIN, MARIANA.

Mar. De parte de don Ramon
(*Viene por la puerta de la derecha.*)
Galvez, este pliego.

Agust. Venga.
(*Tomando uno que trae Mariana.*)
Vete.
(*Abre el pliego.*)

Mar. (Está de mal talante.
(*Yéndose por la izquierda.*)
¿Si tendrá alguna sospecha...?)

ESCENA IV.

DON AGUSTIN.

El despacho consabido...
¡Oh! cumple bien sus promesas. —
Lo haré pedazos... Pero esto
Ha de ser en su presencia. —
Una carta. (*Lee.*)

« Amigo mio,
Estamos de enhorabuena. »

(*Interrumpe la lectura.*)

¡Estamos!... Si, ya comprendo...

Habrá mayor desvergüenza?

(*Vuelve á leer.*)

« Me apresuro á remitirte
El despacho. Estoy de priesa.
Luego te hablaré de asuntos
Que á los dos nos interesan. »

(*Suspende otra vez la lectura.*)

¡Traidor! Ya estará fraguando...

(*Concluye de leer.*)

« Adios. Tuyo siempre. » — *Et cætera.*

(*Guarda los papeles.*)

Volaré en su busca. ¡Aleve!
No esperas tú la respuesta
Que voy á darte. — Mariana. —
Donde quiera que le vea...

ESCENA V.

DON AGUSTIN, MARIANA.

Mar. Señor...

Agust. Dile á tu señora
Que salgo á unas diligencias.

Mar. Bien.

Agust. Y si el señor de Galvez
Vuelve durante mi ausencia,
Que no se vaya: ¿lo entiendes?,
O diga dónde me espera.

ESCENA VI.

MARIANA.

Nunca le he visto tan serio.
¿Habrá sabido tal vez
Que el señor don Cayetano
Quiere que dos sean tres?
Si la señora le ha dicho
Como es tal su sencillez,
Lo del coche y las visitas
De esta mañana y de ayer;
Por mas que ella le asegure
Que el tal es hombre de bien,
No caerá tan fácilmente
Don Agustin en la red. —
Pero al irse esta mañana
¡La abrazó con tanta fe!...
Sí, yo lo ví por el ojo
De la llave. ¿Cómo pues...?
Luego me fuí, con pretexto
De oir misa, hácia el cuartel;
Don Ramon vino entretanto,
Don Cayetano después...
Vuelvo y la encuentro llorosa;
Y no me dice por qué...;
Y se pone la mantilla;
Y el amo vuelve tambien;
Y hablan los dos en secreto;
Y me da un pliego Ginés
Para el amo; y él me pone
Un gesto de Lucifer.

(*Suena la campanilla.*)

Vaya, aquí hay gato encerrado. —
Pero yo no acierto... — ¿Quién?

(*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)

Abre Jaime.—Una señora...
Con un viejo...

Ter. Hasta mas ver,

(*Dentro.*)

Y gracias.

Mar. Aquí se cuela
Sin decir Jesus ni amen.

ESCENA VII.

MARIANA, TERESA.

Ter. ¿Dónde, dónde está?

(*En traje de camino.*)

Mar. ¡Señora!...
¿Por quién preguntaba usted?

Ter. Por don Agustin Orozco.

Mar. Aquí vive.

Ter. Ya lo sé.
Me lo han dicho en el portal,
Y que ya ha vuelto de Uclés. —
Pero ¿dónde está...?

(*Dando algunos pasos.*)

Mar. Ha salido.

Ter. ¿Y su señora? (*Deteniéndose.*)

Mar. Tambien.

Ter. A bien que no tardará

(*Sentándose y dejando junto á lo mesa la sombrilla.*)

En venir.—Cosa cruel
Es caminar en galera.
Con el continuo vaiven...
¡Jesus!

Mar. (¿Quién será...?)

Ter. Hecha traigo
La cabeza un cascabel. —
Me quitaré este sombrero,
Que se me salta la sien. (*Se lo quita.*)

¿Y el ridículo? ¡Dios mio!... —
¡No hay mas! ¡Allí lo dejé!
(*Tentándose.*)
¡Qué cabeza! Pongo dentro
Llaves, papeles, la fe
De difunto, y con la prisa
De venir, vengo sin él.
¡Mal haya...! Aunque sea sola,
Y aunque lo paguen los piés,
(*Vuelve á ponerse el sombrero.*)
Vuelvo al parador. De paso,
Si ya han descargado, haré
Que me siga con el cofre
Algun mozo de cordel,
Porque si espero á Agustin...
No obstante le escribiré
Dos letras, y si entretanto
Llega... — Tintero y papel.
(*A Mariana.*)

Mar. (¡Pues alabo...!) —Allí...
(*Mostrando la mesa.*)

Ter. Voy, voy...
(*Va á la mesa y escribe.*)

Mar. (¿Está loca esa mujer?
¡Qué trajin! ¡Qué desconcierto!
Y sin decirme quién es,
Habla como una cotorra
Y manda á lo somaten.)

Ter. Ya basta.—Una oblea... El sobre...

Mar. (Como si fuera un burdel
Esta casa...)

Ter. No, no espero,
Porque el ridículo... — Ten,
(*Dando á Mariana la esquela que acaba de escribir.*)
Y dásela en propia mano.

Mar. ¿A don Agustin?

Ter. Sí; á él.
(*Yéndose.*)
¡Mal haya mi aturdimiento...!

Mar. Pero de parte... ¿de quién?

Ter. En la esquela lo verá.
No me puedo detener.
(*Vase corriendo.*)

ESCENA VIII.

MARIANA.

Pero... ¡Escuche usted, señora!
(*Desde la puerta.*)
No está en el órden... ¡Se fué!
(*Vuelve á la escena.*)
Ella ha olvidado el ridículo,
Mas no la ridiculez. —
¿Qué veo? Allí se ha dejado
La sombrilla. Llamaré. —
No, siquiera pille un tifus
Que la haga soltar la piel.
¡Justo castigo del cielo
Porque ha sido descortés!—
Pues, con ese memorion
Feliz, tendrá que poner
En el *Diario de avisos*
Ocho artículos por mes.
(*Suena la campanilla.*)
Han llamado. ¿Si será
La forastera otra vez...? —
No. Es la señora. Esta casa
(*A la puerta.*)
Es hoy torre del Babel.

ESCENA IX.

PAULA, MARIANA.

Paula. Ya traigo aquí provision
(*Trae un bulto empapelado, que deja sobre la cómoda.*)
De hilas y sedas distintas,
Agujas, botones, cintas
Y ovillitos de algodon.
Judíos son los tenderos.
He corrido veinte lonjas.
Mil cumplidos, mil lisonjas,
Pero ¡todos tan careros!...
¿Se fué Agustin?

Mar. Ya hace rato. —
Yo he tenido una visita.

Paula. ¿De quién?

Mar. De una señorita...

Paula. ¿Sí?

Mar. De mucho garabato.

Paula. ¡A tí visita! ¿A qué fin?

Mar. Aquí se entró de rondon
Preguntando *sanfason*...

Paula. ¿Por quién?

Mar. Por don Agustin.

Paula. ¿Por él?

Mar. Si no me equivoco,
Le ha tratado antes de ahora.

Paula. ¿Quién es?

Mar. No lo sé, señora...,
Y quizás ella tampoco.
Bien quise yo averiguar...,
Mas no pude meter baza.
¡Qué torbellino! Su traza

Es de una loca de atar.
No hay tino en lo que responde...
Ahí se dejo ese adminículo,
En la posada el ridículo,
La cabeza no sé dónde.

Paula. ¡Qué escucho!

Mar. El aire es sardesco.

Paula. Acaso serán los dos
Parientes.

Mar. ¡Y sabe Dios
Cómo será el parentesco!

Paula. ¿Cómo! ¿Tú sospechas...? ¡Ah!

Mar. ¿Qué hombre no tiene un capricho?

Paula. ¡Oh! Y ella te hubiera dicho...

Mar. (Pican los zelos. Bien va.)

Paula. Con que ¿preguntó por él?

Mar. Pero ¡con qué regocijo!
Y al irse, dale, me dijo...

Paula. ¿Memorias?

Mar. Este papel.
(*Mostrando la esquela.*)

Paula. ¡Papel cerrado á mi esposo!
(*Tomándola.*)

Mar. ¡Y papel de una mujer!

Paula. Yo tiemblo. ¿Qué podrá ser?

Mar. Algun billete amoroso.

Paula. ¿Tan pronto un hombre se muda?
¡Oh! Yo no creo que él obre
Así...

Mar. Rompa usted el sobre
Y saldremos de la duda.

Paula. ¿Romperlo? ¡Qué cosas tienes!
Yo no me debo meter...

Mar. Entre marido y mujer
¿No hay comunidad de bienes?

Paula. Sí, pero... no me decido...

Mar. ¿Hay un mandamiento mas
Que diga: « no leerás
Las cartas de tu marido? »

Paula. No.—Y es tan fácil... Así...
Con solo empujar el dedo...
(*Urgando la oblea.*)

Mar. ¡Ea!

Paula. Pero ¡tengo un miedo...!
¡Ay! ¡Se me escapó! ¡La abrí!

Mar. ¡Miren que casualidad!
Mas ya está abierta, señora.

Paula. Sí.

Mar. ¡Pues!, y quedarse ahora
Sin leerla... es necedad.

Paula. Tienes razon. Ya es preciso...
El diablo me compromete...
Leamos. No es un billete
La fruta del Paraíso. (*Lee.*)

« Mi amado Agustin, pensaba sorprenderte, pero con el dulce afan de abrazarte, me he dejado el ridiculo en el parado. Vuelvo á buscarlo y entre tanto aquí se queda el corazon... »

Mar. Y la sombrilla...

Paula. « De tu
TERESA. »
(*Acabando de leer.*)
¡Ah infiel, perjuro, traidor!...
Tierra, ¿cómo no le tragas?
Bien temía... ¿Así me pagas?
¿Esto merece mi amor?

Mar. ¡Qué infamia! Y luego dirán...
¡Miren con qué retintin
Puso: *mi amado Agustin*
Y aquello del *dulce afan*.

Paula. Solo habla así quien su pecho
Rinde á amorosa pasion.

Mar. Ahí te queda *el corazon*
De tu Teresa. ¡Esto es hecho!

Paula. ¡Vil! ¡Y quizá no es mas bella
Que yo!

Mar. ¡Hijas de Eva, aprended!

Paula. ¡Oh!...

Mar. ¡Casado con usted...
Y amancebado con ella!

Paula Mas ¿por qué engañarme así?
¿Por qué se casó conmigo?

Mar. Él dirá: por mucho trigo...

Paula. Pues se acordará de mí.
Y si vuelve esa bribona...
Tratada de esta manera,
La mas humilde cordera
Se vuelve feroz leona.
¡Qué ingratitud, justo Dios!
¿Y cuándo la sufro, cuándo?
Cuando á mí me están rondando;
No un amante, sino dos;
¡Y los oidos me tapo
Cuando el uno se declara,
Y da mi puerta en su cara,
Y le pongo como un trapo!

Mar. ¡Oh! Si diera con la hija
De mi madre...

Paula. ¡Y aun le adoro!
(*Sentándose llorosa y afligida.*)
¡Yo, que su perfidia lloro!

Mar. (¡Qué constancia tan prolija!)

Paula. ¡No, no! Le aborrezco ya.
(*Levantándose.*)
No quiero ser su mujer.
Un divorcio... Voy á ver
Qué me aconseja mamá.

Mar. Dirá que es la accion mas negra,
Mas criminal...

Paula. ¡Loca estoy!
(*Da algunos pasos como desatentada.*)

Mar. (¡Gran dia tenemos hoy!
¡Buen refuerzo es una suegra!)
Paula. Sí, sí, vendremos las dos
(*Yéndose.*)
A confundirle... (*Vuelve.*)
¡Oyes!
Mar. ¿Qué?
Paula. No le digas...
Mar. Callaré.
Paula. Adios.
Mar. Vaya usted con Dios.

ESCENA X.

MARIANA.

Ya la tenemos zelosa
De su marido. Bien va.
Ella es jóven y bonita. —
La venganza es natural. —
Y aquella es carta de amores.
¿Quién lo duda? *El dulce afan*...
¡Pues! Lo mismo que yo canto
Cuando empiezo á jabonar.
Mas de un cincuenta por ciento
Tenemos ganado ya,
Don Cayetano. En campaña
Tenemos otro rival;
Es cierto; ella lo confiesa,
Pero tambien es verdad
Que le ha dado calabazas.
(*Suena la campanilla.*)
No hará otro tanto quizás
Con mi ahijado. Ha pocas horas,
La fruta estaba en agraz,
Mas ella irá madurando...

ESCENA XI.

MARIANA, DON RAMON.

Ramon. (Será preciso esperar...)
Mar. ¿Quién...? ¡Ah! Señor don Ramon...
La señorita no está.
Ramon. Lo sé. La acabo de ver
Saliendo ella del zaguan.
(Y ha pasado sin hablarme
Mas seria que un tribunal.)
Mar. Tambien el amo salió,
Mas ya no puede tardar.
Me mandó decir á usted
Que tuviese la bondad
De esperarle...
Ramon. Tomaremos
(*Sentándose.*)
Posesion de este sofá.
Mar. Si tiene usted que mandarme
Algo...
Ramon. Nada. Vete en paz.

ESCENA XII.

DON RAMON.

Me andará buscando el pobre
Sin saber por dónde echar.
Como toda la mañana
Ando de aquí para allá...
Pero si leyó mi esquela,
Él, que es hombre tan puntual,
No echará en olvido...
(*Mira su reloj.*)
¡Son
Las dos y cuarto! Pues no hay
Tiempo que perder.
(*Suena la campanilla.*)
Tocaron
La campanilla. Él será.
(*Se levanta.*)

ESCENA XIII.

DON RAMON, DON CAYETANO.

Cay. (Aquí será mas romántica
(*Entrando.*)
La escena, mas teatral.)
Ramon. ¡Ah! ¡Eres tú!
Cay. Sí, vamos pronto.
Ya me canso de aguardar. —
Mira este reloj.
(*Sacando y mostrándole el reloj.*)
Ramon. ¿Y qué?
Por un cuarto de hora mas
O menos...
Cay. Desde el balcon
Te ví entrar en el portal.
¿No atinaste con mi cuarto?
Pues no hay tanta vecindad
En esta casa.
Ramon. He venido...
Cay. Yo no te crei capaz

De olvidarte de una cita
En negocio tan formal.
Ramon. ¡Cayetano!... Ni yo á tí
Te juzgaba tan audaz...
Cay. Ea, excusemos razones
Y vámonos á matar.
Mi padrino y los floretes
Ya esperándonos están
En el coche. ¿A qué aguardamos?
En seis minutos ¡zis! ¡zas!
Nos planta Domingo fuera
De la puerta de Alcalá.
Ramon. Cuando quieras, por mi parte;
(*Suena la campanilla.*)
Pero he venido á buscar
A don Agustin...—Él es.
(*Acercándose á la puerta.*)
Cay. (¡Y Paulita no vendrá!)

ESCENA XIV.

DON AGUSTIN, DON CAYETANO, DON RAMON.

Agust. Ramon...
Cay. Beso á usted la mano.
Agust. Servidor... ¡Al fin te veo!
Tenías que hablarme...
Ramon. Sí.
Agust. Pues yo...
Ramon. Se trata de un duelo.
Agust. Aciertas. Padrino tuyo
Será el señor...
Ramon. Nada de eso.
Es mi contrario. El padrino
Serás tú.
Agust. ¿Padrino? ¡Y vengo
A matarte!
Ramon. ¡A mí!
Cay. (¡Esta es otra!)
Agust. Sí, ¡traidor!
Ramon. ¡Yo! ¿En qué te ofendo?
Agust. ¡Te atreves á preguntarlo!
Mete la mano en tu pecho...
Ramon. ¿Estás loco? Si la ofensa
No ha sido darte un empleo...
Agust. ¡Oh! Eres tú muy generoso;
¡Sí! Guardaba el nombramiento...
(*Lo saca.*)
Ramon. ¡Agustin!...
Agust. Hasta que vieran
(*Haciéndolo pedazos.*)
Tus ojos que lo desprecio...
Como á tí.
Ramon. Mira lo que hablas.
Cay. (¡Si ahora olvidasen mi pleito!)
Agust. Guárdalo para los viles
Que hacen infame comercio
Con su honra.
Ramon. (Vamos; sin duda
Me acusó Paula...) ¿Estás ciego,
Agustin? ¡Yo conspirar
Contra tu honra, y la defiendo
Con mi sangre! Solo falta,
Para que sea completo
Tu error, que des un abrazo
A ese pícaro blasfemo.
Cay. Sella el labio, ó vive Dios...
(¡Eh! Ya estoy entre dos fuegos.)
Valga la verdad, vecino.
Yo...
Agust. ¡Qué oigo! ¿Es usted el necio
Que se atreve...?
Cay. ¡Poco á poco,
Que yo no sufro dicterios...
(¡Y no viene ese gandul!)
Tú has sido poco discreto
(*A don Ramon.*)
En elegir por padrino
Al señor. En mi concepto,
Y es la práctica corriente,
No se va con esos cuentos
Al marido, que es meter
En una casa el infierno.
Ramon. Máxima inicua y absurda.
El amigo verdadero
No oculta á un hombre de bien
Sus agravios y sus riesgos.
Por excusarle un disgusto,
Cuando el mal tiene remedio,
No es razon que de su afrenta
Le haga cómplice el silencio.
Agust. ¡Eh! basta. ¡Bueno estoy yo
Para escuchar argumentos!
Para defender mi honor
Ni necesito ni acepto
Hipócritas defensores.
Ramon. Te juro...
Agust. Ni soy tan lerdo
Que se me pueda ocultar
El motivo de tu reto.
Lo que tú vengar deseas
No es mi honor, sino tus zelos.
Ramon. Bien; piensa lo que quisieres,
Mas mi cuestion es primero
Que la tuya.
Agust. En hora buena,
Con tal de que sea presto.
Lidia primero con él;

Ser tu padrino consiento;
Mas luego te batirás
Conmigo.

Cay. Si antes no ha muerto,
Que mi furor... (¡Cuánto tardan!)

Agust. Es que tambien nos veremos
Las caras usted y yo.

Cay. ¡Sí, señor! (¡Terrible aprieto!)

Agust. Pues son dos los que me agravian,
De entrambos tomar anhelo
Satisfaccion.

Cay. Y será
Un desafío en terceto.

Ramon. ¿A qué esperamos? (Después
Yo veré si le convenzo.)

Agust. Sí; vamos antes que vuelva
Mi mujer.

Cay. (Llegó el momento
Formidable... y no parecen.)
Oiga usted. (*Deteniendo á don Agustin.*)
(Ganemos tiempo.)
¿Podré encender este puro?
(*Sacando la petaca y de ella un cigarro.*)
¿Habrá quien me traiga fuego?

Agust. ¡Diablo de cigarro ahora!...
En la calle fumaremos.

Cay. No obstante...
(*Oyese un campanillazo.*)

Ramon. La campanilla
Ha sonado.

Cay. (¡Ellos son! ¡Ellos!)
Pues bien; sin fumar. ¡Al campo!
(*Levantando la voz.*)

Agust. Baje usted la voz...

Cay. No quiero.
¡Vamos!...

Ramon. Si es Paula...

Cay. Aunque venga
Una legion del infierno.

ESCENA XV.

DON AGUSTIN, DON RAMON,
DON CAYETANO, UN QUIDAM.

Quidam. Yo solo he de entrar. Ustedes
(*A la puerta.*)
Quédense ahí.
(*Entra.*)
Caballeros...

Agust. ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Quidam. La autoridad.

Ramon. ¡Y allí dentro
(*Mirando por la puerta.*)
Gente armada!

Cay. ¡Es un agente
De policía!

Quidam. No es cierto.
Inspector de proteccion
Y seguridad del pueblo.

Cay. ¡Eh! lo mismo da aceituno
Que olivo.

Agust. Mas ¿con qué objeto
Se allana mi casa...?

Quidam. Estoy
Autorizado al efecto.—
Mas nada va con usted,
Y que perdone le ruego
Si por no estar en su casa
Habitacion el sujeto
A quien yo busco... — ¿Es usted
(*A don Cayetano.*)
Don Cayetano Ovillejo?

Cay. El mismo. Nunca he negado
Mi nombre.

Quidam. Dése usted preso.

Cay. ¿Por qué razon? ¿Quién lo ordena?

Quidam. Vea usted el mandamiento
(*Enseñándole un auto.*)
De prision.

(*Don Cayetano figura examinar el documento sin soltarlo de su mano el quidam.*)

Agust. ¡Esto faltaba!
¡Sin comerlo ni beberlo,
En mi casa la justicia!

Ramon. Tambien debes ese obsequio
(*En voz baja.*)
A tu mujer.

Agust. ¿Cómo?
(*Siguen hablando aparte.*)

Cay. ¡Bien!
(*En voz baja al quidam.*)
¡De perlas lo estás haciendo!
Mil reales te he prometido...
Te daré mil y quinientos.—
Mas ¡cuánto mejor sería
Que los prendiesen á ellos!

Ramon. ¿Qué es esto? ¿Qué mala yerba
(*Acercándose á don Cayetano.*)
Has pisado?

Cay. Contratiempos...
Lances... Un requisitorio...
Cierta niña de ojos negros,
Con quien tuve relaciones
En Cádiz, viene pidiendo

Matrimonio... Pero todo
Se compondrá con dinero.
Quidam. Supongo que no hará usted
Resistencia.
Cay. No por cierto.
Yo respeto á la justicia...
(Vale un Perú mi barbero.)
Pero iremos en mi coche,
Que el decoro...
Quidam. Condesciendo.
Cay. No me da á mí mucha pena
La cárcel. Lo que yo siento
Es irme sin ajustar
Cierta cuenta...
Ramon. Yo prometo
Que se ajustará tan pronto
Como salgas del encierro.
Agust. No la echaré yo en olvido.
Cay. ¡ Bien ! (Esta noche no duermo
En Madrid, y mientras vivan
No vuelven á verme el pelo.)
Rueguen ustedes á Dios
(*En voz baja como guardándose del quidam.*)
Que dure mucho el proceso,
Porque verme en libertad
Y enviar al cementerio
Dos hombres... Vayan ustedes
Preparando el testamento.
Ramon. ¿ Habrá...?
(*Con desprecio.*)
Cay. Vamos. (En mi vida
He tenido tanto miedo.)

ESCENA XVI.

DON AGUSTIN, DON RAMON.

Agust. ¡ Cuidado que el tal vecino
Es mentecato y grotesco
Si los hay !
Ramon. Y apostaría
Ocho duros contra medio
A que se ha hecho prender
Por no arriesgar el pellejo.
Agust. Quizá... ¡ Y mi mujer tan sandia
Que le juzgaba modelo
De discrecion y virtud !
Ramon. Pues bien, lo mismo que en eso
Se engañó en atribuirme
Criminales pensamientos
De que yo no soy capaz.
Agust. No : su labio fué sincero,
Y ciertas acusaciones
No se hacen sin fundamento.
Ramon. Ella creería decirte
La verdad, que no es perverso
Su corazon. ¡ Así fuera
Tan sano su entendimiento !
Agust. ¡ Ramon !
Ramon. ¿ Tengo yo la culpa
De que ella cambie los frenos
Y no distinga del falso
Al amigo verdadero?
¿ Podía yo figurarme
Que frívolos cumplimientos
Sonasen á sus oidos
Como impúdicos requiebros?
Agust. ¡ Eso dices, y obligada
A huir de tí... !
Ramon. No lo niego.
Huyó de mí sin oirme
Y echó el cerrojo por dentro.
Ese fué el yerro mayor,
Que si con rostro sereno
Me hubiese oido, se hubiera
Desengañado al momento.
Agust. ¿ A quién creeré de los dos?
¡ Infeliz de mí ! Confieso
Que llamarte mi contrario
Es mi mas cruel tormento.
¡ Yo haber de lidiar contigo ;
Yo, Ramon, que te profeso
El cariño de un hermano !
¡ Quisiera morir primero !
Ramon. Tranquilízate. Por dicha
Puedes quedar satisfecho
De mi inocencia ahora mismo.
(*Saca un oficio y se lo da.*)
Toma ese papel.
Agust. ¡ Qué veo !
(*Después de recorrerlo con la vista.*)
Su majestad te confiere
Una intendencia...
Ramon. ¡ En Oviedo !
(*Sonriéndose.*)
Agust. ¡ Es verdad !
Ramon. Mira la fecha.
Agust. De anteayer.
(*Le vuelve el papel.*)
Ramon. No era yo reo
Todavía...
Agust. ¡ Ah ! Me confundes.
Ramon. Creo que sí.
Agust. Ya comprendo...
« Estamos de enhorabuena... »
Decia tu carta. — ¡ Necio,
Necio de mí !

Ramon. ¡Ya lo ves!
Si yo tuviera proyectos
Hostiles contra Paulita,
No aceptaría un empleo
A setenta y siete leguas
Del iman de mis deseos.
Agust. ¡Oh! Basta... Dame un abrazo.
(*Se abrazan.*)
Ramon. ¡Aprieta, que es el postrero!
Agust. ¡Qué oigo!
Ramon. Pensé retardar
Mi partida por lo menos
Una quincena de dias;
Pero mañana me ausento.
Agust. ¡Ramon! ¿Qué dices?
Ramon. La paz
De tu matrimonio...
Agust. Pero
¡Si estoy ya desengañado!
¡Si digo que me arrepiento
De mi locura...!
Ramon. No importa.
Tuviste una vez recelos
De mí, y la prudencia manda...
Agust. No, sino ¡el resentimiento!
Ramon. Tal vez. La amistad sincera
Es delicada y de un pelo
Se ofende. —Mas te aseguro
Que no pasará del puerto
Mi rencor. ¡Ah! me olvidaba...
Voy ahora al ministerio,
Porque es forzoso que extiendan
Otra vez tu nombramiento.
Diremos que se ha perdido...
Agust. ¡Qué ingratitud! Me avergüenzo...
Mas ¿qué quieres?... Con la píldora
Que yo tenía en el cuerpo...
Ramon. Es verdad.
Agust. Pero, aun sin ella,
No admito ese documento
Si tu partida apresuras
Como has dicho.
Ramon. ¡Hombre...!
Agust. Soy terco.
No te vas en quince dias...
Ramon. Pero...
Agust. O cesante me quedo.
Ramon. Sea, pues así lo quieres; —
Pero á tu casa no vuelvo.
Agust. ¿Es posible...?
Ramon. Hasta que enviudes...
O corrijas los defectos
De tu mujer.
Agust. ¡Pobrecita!
Hoy ha hecho mil desaciertos,
Hijos todos del amor
Que me tiene, ¡por supuesto!;
Mas si Dios no lo remedia
Y su pasion va en aumento,
Voy á ser tan venturoso...
Que el mejor dia ¡me cuelgo!
Ramon. Fácil será corregirla,
Porque repito que es bueno
Su corazon. Me retiro...
¡Ah! Otra cosa... Te aconsejo
Que pongas pronto en la calle
A la criada.
Agust. Lo ofrezco,
Que su traza no me gusta.
(*Suena la campanilla.*)
Ramon. La infame estaba de acuerdo
Con don Cayetano...
Agust. Basta.
Ramon. Es Paula. Adios.
(*Mirando á la puerta.*)
Agust. Hasta luego.
(*Al irse don Ramon hace á Paula una cortesía. Ella le mira con desden.*)

ESCENA XVII.

PAULA, Don AGUSTIN.)

Paula. (¡De paseo mi mamá
Cuando yo la he menester!
Sin verla me vuelvo acá...)
¿Ha venido esa mujer?
Agust. ¿Qué mujer?
Paula. No tardará.
Agust. ¿Qué mujer? Di, por tu vida...
Paula. ¿Quién ha de ser? Tu querida.
Agust. ¡Mi querida! Algun engaño...
Paula. La de marras; la de antaño...
Quien bien ama tarde olvida.
Agust. Tú eres loca. ¡Qué prurito
De ver visiones!
Paula. No tal.
¡Y airado alzabas el grito
Contra un hombre desleal,
Siendo mayor tu delito!
Agust. Paula, ten piedad de mí.
Paula. ¡Oh!
Agust. Por los clavos de Cristo...
Mira que ya no resisto...
Paula. Yo no miento. Ha estado aquí.
Agust. Pero ¿quién? ¿A quién has visto?
Paula. Mira, su sombrilla es esa,
La que está junto á la mesa.
Agust. ¿Qué me importa su sombrilla?

Paula. Ella tu traicion confiesa;
¡Tu traicion y mi mancilla!

Agust. Si hoy no estás dada al demonio...

Paula. No creas que te levanto
Ningun falso testimonio.

Agust. Pero...

Paula. ¡Infeliz matrimonio!
Eres hombre...; no me espanto.

Agust. Pero ¿tú la has visto?

Paula. No.
La criada es quien la vió
Cuando venía en tu busca,
Y segun dice es muy chusca...
Te gustará mas que yo.
Algo olvidó en la galera,
Y al marcharse la maldita,
Sin querer decir quién era,
Una carta dejó escrita,
Que dice de esta manera.

Agust. ¡Una carta! ¿Y la has abierto?

Paula. Sí, y en ella he descubierto...

Agust. Dámela aquí... ¡Mal pecado!...

Paula. Tómala ¡y cáete muerto
(*Dándole el billete.*)
De vergüenza, desdichado!

Agust. ¡Qué veo! ¡Grata sorpresa!
(*Viendo la letra.—Lee para sí.*)

Paula. ¡Parece que te interesa
La lectura!

Agust. ¡Oh! ¡Mucho! ¡Mucho!
¡La quiero tanto!...

Paula. ¡Qué escucho!
¿Te atreves...?

Agust. ¡Pobre Teresa!

Paula. ¡Ah, qué horror! ¡qué felonía!
(*Llorando.*)

Agust. ¿Adónde fué...?

Paula. ¡Mal marido!
¡Tú apresuras mi agonía!
(*Suena la campanilla.*)

Agust. Voy... ¿Si será...?
(*Andando hácia la puerta de la derecha.*)

Paula. ¡Fementido!

(*Entra corriendo Teresa y la recibe en sus brazos don Agustin.*)

ESCENA ULTIMA.

PAULA, Don AGUSTIN, TERESA.

Ter. ¡Agustin! (*Trae el ridículo.*)

Agust. ¡Teresa mia!

Paula. Aparta, mujer liviana.
(*Fuera de sí.*)
¡Y tú por darme pesar
La abrazas con tanta gana!
¡Cruel!

Agust. ¿No la he de abrazar,
¡Cuerpo de Dios!..., si es mi hermana?

Paula. ¡Ah!... tu hermana... Yo creí...

Agust. ¡Que no has de acertar en nada!

Ter. ¿Y la sombrilla? ¡Ay de mí!
Otra vez á la posada...
¡Qué memoria!... (*La ve.*)
No. ¡Está allí!

Agust. Pero ¡venir de esa suerte
Sin darme ningun aviso!

Ter. He querido sorprenderte.—
Y este viaje era preciso.
Mi viudedad... ¡Tú tan fuerte!

Paula. ¡Señora...!
(*Saludando á Teresa.*)

Ter. ¿Es esta tu esposa?

Agust. Sí.

Paula. ¡Bienvenida!

Ter. ¡Qué hermosa!
(*Abrazándola y besándola.*)

Paula. Gracias... Bien mio, ¡perdon!

Agust. Estaba de tí zelosa.
(*A Teresa.*)

Ter. ¡De mí!

Paula. La misma pasion...

Agust. Tu pasion me ha de perder.

Paula. Como no dijo quién era,
Dije yo: debe de ser
Su querida...

Agust. Si lo fuera,
¿La traería aquí?, ¡mujer!
¡Mire usted que es fuerte asunto...!

Ter. ¡Jesus! Si reñis, al punto
Me voy de aquí, que bastante
Reñí yo con mi difunto
Don Telesforo Escalante.

Paula. Dulce iman de mi albedrío,
No me mires con desvío,
Que ya arrepentida estoy...

Agust. ¡Paula! ¿Sabes tú lo que hoy
Me has hecho sufrir?

Paula. ¡Dios mio!

Agust. Media resma de ternuras
En la carta mas concisa;
Monadas y bordaduras;
¡Y ni el boton me aseguras
Ni me planchas la camisa!
Mil alabanzas y mil
Te merece un hombre vil
De perversas intenciones;

¡Y al amigo honrado pones
Como hoja de perejil!
Yo te creo como un loco,
Y al amigo fiel provoco,
Y se arma aquí —¡santo Dios!—
Tal zalagarda que á poco
No me mato con los dos.
Ter. ¡Ay! ¡Se me erizan los pelos!
Paula. ¿Qué me dices? ¡Santos cielos!
Me da frio de terciana...
Agust. Te ocurre en fin tener zelos;
¡Y los tienes de mi hermana!
Paula. ¡Perdona! Mi amor... Mi llanto...
Agust. Sí, te perdono. (*Abrazándola.*)
Paula. ¡Oh contento!...
Agust. Pero ¡por Dios, dulce encanto,
Por Dios!... no me quieras tanto,
O quiéreme... con talento.

EL CUARTO DE HORA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 10 DE DICIEMBRE DE 1840.

PERSONAS.

CAROLINA.	ORTIZ.
DOÑA LIBORIA.	MARCHENA.
PETRA.	

La escena es en Madrid.—El teatro representa una sala baja. En el foro habrá una reja con vista al jardin. Una puerta á la derecha del actor, otra á la izquierda: la primera es la que da entrada á los que vienen de la calle, y ambas sirven de comunicacion á otras piezas interiores. Habrá una mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

ORTIZ.

(*Aparece escribiendo.*)

Ya está el último terceto.
Catorce versos cabales. —
Sudo. — ¡Tres dias mortales
Para hacer un mal soneto!
¡Soy fatal! Cuando los fragua
Por vano antojo mi mente
Y el corazon no los siente,
Hago yo versos como agua;
¡Y hoy, amor, nada me inspiras
Cuando declararme quiero!
¿Qué mucho? Eres verdadero
Y los versos son mentiras.

(*Borra.*)

¡Rima impertinente! — ¡Ripio! —
¡Que sea yo tan inepto!

(*Medita un instante y luego escribe.*)

Ya está variado el concepto. —
Leamos desde el principio.

(*Lee.*)

« Vano fuera excusar vuestros enojos
Sellando respetuoso el labio mio,
Que revelan mi ardiente desvarío,
Lenguas de amor, los afanados ojos.
Solo espero desdenes y sonrojos
En premio de entregaros mi albedrío;
Que, en vez de flores, el destino impío
Ciñe á mi porvenir duros abrojos.
Al menos, si el amor de que me acuso
Es crímen para vos, bella señora,
La merecida pena no recuso.
Sola una gracia mi humildad implora:
Conceded una lágrima á mi muerte
Y al espirar bendeciré mi suerte. »

¡Qué frialdad! Versos flojos,
Forzada y trivial la rima...
¡Puerilidad! Me dan grima

Las flores y los abrojos.
Y esa lágrima que pido...
¡ Sandez !... Se reirá de mí. —
¿ Qué correccion cabe aquí?
(*Rasga y tira el papel.*)
Esta. (*Se levanta.*)
¡ Trabajo perdido ! —
Mas con suerte tan escasa
¿ Quién me manda á mí querer
A esa divina mujer?
No, no. Huyamos de esta casa.
Lejos de su imágen bella...
(*Se detiene.*)
¡ Cobardía ! ¡ Disparate !
Prefiero que ella me mate
A morir ausente de ella.
Cuento por seguro el no,
Que el incomparable hechizo
De su cara no se hizo
Para un pobre como yo. —
Mas guardar dentro del pecho
El amor en que me abraso
Cuando compasiva acaso...
Yo me declaro : esto es hecho.
(*Se sienta.*)
Tomemos otra cuartilla.
Ya que el soneto no prueba, —
(*Meditando.*)
Adoptemos forma nueva.
Mejor será una letrilla. —
Así..., en lenguaje sencillo
Que mi humildad manifieste
Y en versitos cortos... Este
Ha de ser el estribillo.
(*Escribe, luego medita, vuelve á escribir, después borra lo escrito, y todo ocupado en su composicion no repara en quién entra ó sale, ni en nada de lo que pasa á su inmediacion.*)

ESCENA II.

ORTIZ, PETRA.

Petra. (Allí está, y segun la traza
Acabando está las coplas
Que empezadas dejó ayer,
Y yo examiné curiosa.
No le quiero decir nada
Ni interrumpirle en su obra,
Que es tan corto el buen Ortiz...,
Y por cierto que no es propia
De este siglo su modestia.
Con tan gallarda persona
Bien pudiera declararse
Excusando ceremonias;
Bien pudiera conocer
Que no soy yo una leona.
¡ Oh ! A no ser por mi decoro...
Ortiz. (Ya está la primera estrofa.)
Petra. Él es del estado llano
Y no tiene ejecutoria
Como yo; pero el amor
Que sabe igualar las chozas
Con los palacios...

ESCENA III.

ORTIZ, PETRA, MARCHENA.

March. ¡ Muchacha !
Petra. ¿ Cómo muchacha !...
March. Perdona.
Este apelativo no es
De menosprecio en mi boca.
Aludo á tu juventud.
Petra. No soy ninguna pindonga.
March. ¿ Quién dice tal?
Petra. Me he criado
En buenos pañales.
March. ¡ Oiga !
Petra. Y aunque la ingrata fortuna
Me tiene humillada ahora,
Soy quien soy.
March. Estoy en eso.
Ortiz. (¡ Sudando estoy cada gota... !)
Petra. Si hoy sirvo de camarera,
Mi abuela doña Leoncia
Tuvo tres por falta de una;
Pero rodando la bola
Vino nuestra casa á menos...
March. (¡ Qué impertinente !) Son cosas
Del mundo, amable Petrita.
Una comedia famosa
Leí yo que se intitula :
« La mas ilustre fregona. »
Petra. Aun esa comparacion
Es inexacta, injuriosa;
Que yo no friego.
March. Lo sé. —
¿ Han salido las señoras?
Petra. Como mi madre murió,
Y quedé huérfana y sola,
Y no me daban trabajo
En el corte de la tropa,
Y aunque una cosa tres guantes
Al dia, no hay para sopas...
March. Basta. Entiendo. — Carolina...
Petra. Y como una al fin es moza...
March. Y buena moza.

Petra. Mil gracias
Por el favor.
March. No es lisonja;
Y si yo fuera guantero,
Por tí haría bancarrota.
Petra. Señor de Marchena, usted
Me tutea, y es muy poca
Consideracion...
March. No tal.
(Por Dios, que ya me encocora.)
Petra. Si es cariño...
March. Por supuesto.
Petra. Pues siendo así, á mucha honra.
March. En fin, ¿no podré saber
Si el bien que el alma me roba
Está visible?
Petra. Ha salido,
Y tambien doña Liboria.
March. ¿Leyó mi billete?
Petra. Sí.
March. ¿Con placer?
Petra. Como una loca
Se reía.
March. Buen agüero.
Otra cartita amatoria
Te habrá dado para mí.
Papel de color de rosa...
Petra. No. Me ha dicho verbalmente
Que autoriza á usted en forma
Para que escriba en su *album*
Lo que guste.
March. Pues me adora.
No hay mas que hablar. ¡Si lo dije!
Cuando licencia me otorga
Para declararme...
Petra. El *album*
Está aquí.
(*Toma el que habrá sobre un velador, y lo entrega á Marchena.*)
March. Como yo ponga
Los ojos en una niña
Y diga: aquí ha de ser Troya,
No hay remision.
Petra. ¿Es usted
Andaluz?
March. Hijo de Ronda. —
Pero aun no te he dado albricias
Por nueva tan venturosa,
Y es fuerza...
Ortiz. (¡Tanto borrar!...
Esto ya es un mapa.)
March. Toma.
Petra. ¿Qué se entiende...? A mí dinero!...
March. Mira bien. ¡Es media onza!
No pienses que son dos cuartos.
Petra. ¿Quién le pide á usted limosna?
March. No es mi intento...
Petra. ¿Así se ultraja
A una mujer de mi estofa?
March. Yo no creí...
Petra. ¿Sabe usted
Que soy de sangre infanzona?
¡Dios mio! ¿Tanta ignominia
Reservais á Petra Alfonsa
Sainz de Barrientos?
March. ¡Barrientos!
Parece que pide escoba
El apellido.
Petra. ¡Otra injuria!
¡Otro insulto! ¿Hace usted mofa...?
March. Ni pensarlo. Tu abolengo
Es celebrado en las crónicas;
Pero tiene anomalías
Singulares nuestro idioma.
Ahora bien, Petra del alma,
Ya que has dado en ser filósofa
Y haces ascos al dinero,
Acepta, como memoria
De amistad, esta sortija.
Petra. ¡Vaya! Eso no me sonroja.
(*Tomándola.*)
Una prenda de amistad...
March. O de amor si te acomoda.
Petra. ¡Vaya!... A mí...
(*Dengosa.*)
March. (Para trapillo
Puede pasar, aunque tonta.)
Petra. Siento, señor de Marchena,
No dar á usted otra joya
En cambio de la sortija,
Mas la funesta derrota
De mi patrimonio inmenso...
March. ¡Eh!...
Petra. Mi padre, que esté en gloria,
Tuvo un pleito muy ruidoso,
Y el tribunal de la Rota...
March. ¡Oh!...
Petra. Pero antes de ese pleito,
Que lo perdimos con costas,
Mi tio don Baltasar
Maldonado y Escalona...
March. Por Dios, Petrita, por Dios;
Ya me contarás tu historia
Mas despacio. Ahora... ya ves,
La mia es la que me importa.
Voy á trasladar al *album*
La pasion que me devora.
Petra. ¡Ah! La niña quiere versos.
March. ¿Qué dices?
Petra. A toda costa.
Ya olvidaba su mandato.
March. ¿A mí versos? ¿Soy yo Góngora?
Para mí están en vascuence

Las reglas de la prosodia.
Ni sé lo que es consonante,
Ni nunca las ví tan gordas. —
Mas ¿quién se apura por eso?
Cojo las primeras coplas
Que vengan á cuento y ¡zás!
En dos minutos se copian;
O vóime al café del Príncipe,
Y mientras bebo una copa
Cualquiera de aquellos *genios*
Me improvisa una salmodia.

Petra. Quieto, que sin ir allá
Tendrá usted quien la componga
Cuantos versos necesite.

March. ¿Sí? ¿Quién?

Petra. Aquel jóven.

March. ¡Hola!
¿Y qué hace aquí ese... amanuense?

Petra. Es como de casa. Cobra,
Administra... Hace ocho dias
Le encargó doña Liboria
Todo ese tejemaneje
Que no entendemos nosotras.
Come y duerme todavía
En casa de su patrona...

March. Bien...

Petra. Pero aquí le tenemos...

March. Bien, sí...

Petra. Casi á todas horas.
Es mozo de mucho mérito.

March. No dudo...

Petra. Pero con poca
Suerte.

March. Ya.

Petra. Tambien dibuja.

March. Lo de dibujante sobra.
Hágame versos...

Petra. ¡Qué lindos
Los escribe!

March. ¿Sí?

Petra. Me consta.
Como que ayer principió
Unos para mí...

March. ¡Bribona!

Petra. Y apostaría á que está
Concluyéndolos ahora.

Ortiz. (Esto es insulso, prosáico,
(*Haciendo pedazos el papel.*)
Detestable.)

March. ¡Con qué cólera
(*A Petra.*)
Los rompe! Si eres su musa,
No es mucho lo que le soplas.

Ortiz. (Me consumiré en silencio,
(*Cavilando.*)
O recurriré á la prosa.)

March. No espero mas. Yo le embisto...
Perdone usted si me tomo
(*A Ortiz acercándose.*)
La libertad... (¿Quién ha visto
Un poeta mayordomo?)

Ortiz. Caballero... (Es mi rival,
(*Levantándose.*)
El andaluz.) Servidor...

March. Si usted no lo toma á mal,
Voy á pedirle un favor.

Ortiz. En lo que de mí dependa...

March. Gracias. Tambien yo... (¡Al avío!)
Quiero servir á una prenda
Que ha conquistado mi brío.

Ortiz. Y en eso ¿yo...?

March. Carolina
Se ha decidido por mí.

Ortiz. (¡Cielos!)

March. ¿Verdad que es divina?

Ortiz. Sí.

March. ¿Tengo buen gusto?

Ortiz. Sí.

March. En prueba de que transige
Me envía este *album*...

Ortiz. (¡El suyo!)

March. Y en él consiente... y exige
Que me declare su cuyo.
Ya me declaré ayer tarde,
Y anteanoche en el Liceo,
Pero quiere hacer alarde
Sin duda de su trofeo.

Ortiz. ¡Oh! Debe estar muy ufana...
(¡El fatuo...!)

March. No es vanagloria;
Pero mas de una cristiana
Ha de envidiar su victoria.

Ortiz. Bien; ¿y á qué asunto...?

March. Es el caso
Que esa muchacha, ó demonio,
Pide flores del Parnaso
En señal de matrimonio;
Mas yo, que soy buen ginete,
Y elegante como Adónis,
Y tiro bien al florete,
Y bailo por diez *Taglionis*,
Y si me visto de majo
Y ando de broma y de chunga,
No hay moza de barrio bajo
Que no admire mi sandunga;
Yo, bravo toreador,
Que á Montes me dejo en zaga
Y soy la nata y la flor
Del circo de Fagoaga;
Yo, tan hábil, tan experto
Cómo el que mas en la villa, —
¡Admírese usted! — no acierto
A hacer una redondilla.

Ortiz. ¡Valiente cosa...!
March. Ahora bien,
Señor de... — ¿Su gracia?
(*A Petra.*)
Petra. Ortiz.
March. Yo sé que en un sentiamen
Puede usté hacerme feliz.
Ortiz. ¿De qué suerte?
March. Componiendo
Los versos que necesito.
Ortiz. Dispense usted... Yo no entiendo...
March. No se haga usted el chiquito.
Aunque negarlo procura,
Yo sé bien que usted coplea.
Esta niña lo asegura.
¿Quiere usted dejarla fea?
Petra. Y si algo mi influjo vale...
(*Con monada.*)
March. ¿Oye usted? ¡Me recomienda!
(*Con malicia.*)
Ortiz. (¡Con bravo influjo me sale!)
Petra. Ruego á usted que condescienda.
Ortiz. ¡Oh! Es difícil resistir
A tal recomendacion,
Pero...
Petra. (No hay mas que decir.
Ya es mio su corazon.)
March. Ea, ya no admito excusa.
Eso se hace en un zis, zás...;
Y si sopla bien la musa,
Cuente usted... No digo mas.
Ortiz. ¡Señor mio...! (*Ofendido.*)
March. No, yo no hablo
Con ánimo de hacer mofa...
(¿Tambien ese pobre diablo
Se me encrespa y filosófa?)
Pero á fuer de amigo firme
Agradeceré el versículo.
Ortiz. (Irritarme es descubrirme
Y hacer un papel ridículo.)
March. ¡Cuál se hace de pencas! ¿Eh?
(*A Petra aparte.*)
Dale otra embestida, perla.
Ortiz. (Me echarán, y perderé
Hasta el consuelo de verla.)
Petra. Hará usted los versos; ¿sí?
Ortiz. Eso es ponerme en un potro.
No sé hacerlos para mí,
¿Y he de hacerlos para otro?
Petra. ¿Oye usted? ¡Alma novicia!
(*A Marchena.*)
Con temor nada se alcanza.
(*A Ortiz.*)
Hágase usted mas justicia...
Y no pierda la esperanza.
Ortiz. (¿Qué querrá darme á entender?)
Si dió palabra de esposa,
(*A Marchena.*)
Atrás no se ha de volver
Porque usted la escriba en prosa.
March. Lo que es palabra formal,
Todavía no la dió.
Ortiz. (Respiro.)
March. Pero es igual.
Su marido seré yo.
Ella es algo coquetilla;
Muchos adoran su encanto;
Y no será maravilla
Que vacile un tanto cuanto;
Mas ya que me dan auxilio
La tia y esta doncella,
Si entra usted en el concilio
No hay remedio para ella. —
No porque yo necesite
Esas fuerzas auxiliares,
Que entiendo el juego de envite
Y no me arredran azares;
Y un adagio que no miente
Mi esperanza corrobora.
Ortiz. ¿Cuál?
March. Toda mujer viviente
Tiene su cuartito de hora.
Ortiz. (¡Hola!...)
March. ¿Y bien?
Ortiz. Sí.
March. Hasta después.
Pondérela usted mi amor. —
Vivo en el número tres.
Allí espero el borrador.
(*Vase, llevándose el* album.)

ESCENA IV.

ORTIZ, PETRA.

Petra. Se ha quedado usted confuso,
Y ya comprendo el motivo.
¡Animo! Ya no está en uso
El amor contemplativo.
No prive á usted del reposo
La dicha que otro hombre gana;
Que si él es hoy venturoso
Usted lo será mañana.
Hable usted; pruebe fortuna;
Que amor á todos nos hiere,
Y no hay belleza ninguna
Que maldiga á quien la quiere.
¿Cómo se pondrán acordes
Callando galan y dama?
En la casa de los bordes

El que no llora no mama.
Hablar para merecer
A ningun hombre desdora,
Y ello..., al fin..., toda mujer
Tiene su cuartito de hora.

ESCENA V.

ORTIZ.

Vaya, no es malo que Petra
Tome ese interés por mí.
¡Qué sagaz! ¡Cómo penetra
Lo que está pasando aquí!
(*Pone la mano en el pecho.*)
¡Rara fineza en criada!
Pues sin esperar propina...
Mas ¿si obrará la taimada
De acuerdo con Carolina?
¿Quién sabe si iré ganando
En su pecho algun influjo?
¡Está tan amable cuando
La doy leccion de dibujo...!
¡Ilusion! ¡Sueño! ¡Quimera!
No teniendo yo una cruz,
¿Es dable que me prefiera
Al opulento andaluz?
¿No le ha dado órden expresa
De que en el *album* se explique? —
Pero, — él mismo lo confiesa, —
Quizá en desierto predique.
¿Qué se escribe sino amores
En el *album* de una hermosa?
Y á cuarenta trovadores
No ha de dar mano de esposa.
Quizá permita mi estrella
Que le despida cruel
O por inconstancia en ella
O por fatuidad en él.
Si con segunda intencion
Le hago firmar, por ejemplo,
En cada verso ramplon
Una sandez como un templo...
¡Brava idea; singular!
Para eso ya tendré vena.
¡Como me voy á vengar
Del caballero Marchena!
¿Y si él advierte...? No, no;
Su orgullo le quita el seso;
Pero las mujeres — ¡oh!
Son muy linces para eso.
Leer mi adorada prenda
Tanto concepto importuno,
Y enviar á ese fachenda
Noramala, todo es uno. —
Le dará cara de palo...
Sí, mas mi suerte fatal...
¡Eh! por de pronto no es malo
Quitar de enmedio á un rival.
Luego... ¿Quién sabe...? Un capricho...
Quien la ocasion avizora...
Toda mujer, — él lo ha dicho, —
Tiene su cuartito de hora.
(*Siéntase á escribir.*)

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, Doña LIBORIA.

(*Aparecen sentadas en un sofá.*)

Lib. Ya tu veleidad me cansa.
¿Por qué entre tantos amantes
No te decides por uno?
Tienes veinte navidades,
Eres rica y no eres fea:
Ya es hora de que te cases.
Car. ¿Y usted, tia, me lo dice!
¡Usted que es mi única madre
Desde que muerta la mia...!
¡Ay Dios! quedé en lamentable
Orfandad! ¿Tanto deseo
Tiene usted de separarse...?
Lib. No tal. Viviremos juntas.
Si tu esposo no es un cafre,
Lo consentirá, que al fin
No soy yo tan intratable. —
Y pagaría mi escote,
Que tengo renta bastante
Para no necesitar
Vivir á expensas de nadie.
Pero á mí me sobran años
Y no me faltan achaques.
Si mañana cierro el ojo...
Car. ¡Vaya!... ¡Tan fresca, tan ágil...
Muchas jóvenes pudieran
Envidiar ese semblante,
Y á pesar de los diez lustros...
Lib. Hasta San Miguel arcángel
No los cumplo.
Car. Auto en favor.
No faltarían galanes
Que se llamaran dichosos...

Lib. ¡Ba! No digas disparates.
A los quince años de viuda
¿Habia de ser tan frágil...?
No. Pensemos en tu boda.
Para la mia... ya es tarde.
Car. Para la mia es temprano.
¿Teme usted que se me pase
El tiempo?
Lib. Mucho confias
En tu hermosura. ¿Y no es fácil
Que una fluxion la marchite
O que un divieso la ultraje?
No busques novio perfecto,
Que los hombres no son ángeles,
Y pues Marchena te adora
Y merece, en mi dictámen,
Ser preferido...
Car. ¿Marchena?
Lib. Buen mozo, de ilustre sangre,
Rendido come un Gaiferos,
Y de tan bello carácter...
Car. Con que ¿usted le elegiría...?
Lib. Yo estoy fuera de combate;
Mas siendo tú, le eligiera
Sin vacilar un instante.
Car. Confieso que se distingue
Del impertinente enjambre
Que me zumba en derredor,
Y que entre tantos rivales
Es el que miro con menos
Antipatía. ¿Quién sabe...?
Puede que le llegue á amar
Algun dia y que me case
Con él; — mas ¡sufra y espere!
Aun no ha penado bastante.
Lib. ¡Qué orgullito! Quiera Dios
Que algun dia no lo pagues.
Car. ¿No dicen que valgo tanto?
Pues bien, lo que mucho vale
Mucho cuesta.
Lib. ¡El arrapiezo!...
¡La monuela!...
Car. Ellos nos hacen
Altivas. Pero el orgullo
No es solo el que me retrae,
Sino el temor. Son los hombres
Muy taimados, muy falaces.
Cuando novios muy humildes,
Y luego... ¡Virgen del Carmen!
Lib. ¿Qué entiende de eso la trasto?
Mi difunto don Melquiádes,
Que Dios perdone, fué siempre
Un santo varon, un mártir.
Car. Algunos hay buenos; sí,
Pero otros son tan infames
Y tan... Al oir «marido»
Me tiemblan, tia, las carnes.

ESCENA II.

CAROLINA, DOÑA LIBORIA, MARCHENA.

March. Señoras, si dan ustedes
(*A la puerta.*)
Permiso...
Lib. Él es. — Adelante,
Siéntese usted.
March. Me apresuro
(*Presentando el* album.)
A ofrecer este homenaje...
Lib. ¡Es tu *album*! Este Marchena
(*Tomando el album.*)
Es tan fino, tan galante...
March. Gracias. Carolina hermosa
(*Sentándose en una silla.*)
Desea que la declare
En el *album* mi pasion...
Car. Permita usted que le ataje.
El deseo era de usted:
Solo ha habido de mi parte
Condescendencia...
March. En efecto;
Y la órden terminante
De hacer mi declaracion
En renglones desiguales;
Esto es, en verso.
Car. Es verdad.
La prosa es inaguantable
En un *album*.
Lib. Ea, á un lado
Cuestiones preliminares
Y veamos esos versos. —
¡Tambien poeta! Es el diantre.
(*Registra el* album.)
March. ¿No lo he de ser, inspirado
Por los ojos celestiales
De Carolina?
Lib. ¿Son estos?
March. Sí; justamente.
Lib. Escuchadme.
(*Lee.*)

«A la hermosa Carolina,
A la bella de las bellas,
Cuyos ojos son centellas,
Cuya boca es purpurina,
Cuyo talle es jaletina,
Y cuya frente serena
Abochorna á la azucena,
Fino, fiel, firme y fogoso
Ofrece mano de esposo
Pedro Nolasco Marchena.»

¡Bravo! ¿Qué te han parecido?

Car. Son bonitos.
Lib. Admirables.
March. Favor que usted me dispensa.
(*Con fatuidad.*)
Es un *in promptu.* Eso se hace
Jugando.
Lib. Es preciosa hipérbole
Llamar jaletina al talle. —
«Fino, fiel, firme y fogoso.»—
Estas cuatro efes valen
Un tesoro, y ¡con qué gracia,
Para servir de remate,
Con el nombre del poeta
Coincide el consonante!
March. ¡Si digo que es un juguete!
Usted quiere sofocarme.
Lib. Tu contestacion será,
Por supuesto, favorable,
Que tantas pruebas de amor
No merecen un desaire.
(*Se levanta.*)
Pero te dará vergüenza
Si está tu tia delante...
Car. No tal. ¡Si yo...!
Lib. Y pues no creo
Que Marchena se propase...
March. ¡Yo, señora!
Car. Pero, tia...
Lib. Mejor es que yo me marche.
(*Dejando el* album *sobre un velador.*)
Adios.
(*Marchena se sienta en el sofá.*)
Car. Pero escuche usted...
Lib. Me voy, me voy. No te canses.

ESCENA III.

CAROLINA, MARCHENA.

March. Pues se fué doña Liboria
Y nadie nos oye aquí,
Suene el suspirado sí
Que ha de colmarme de gloria.
Ya esos ojos me lo anuncian,
Mal que le pese al recato,
Pero me será mas grato
Si los labios lo pronuncian.
Car. ¿De veras? Sea usted franco.
¡Mis ojos lo dicen! ¿Eh?
¿Y en qué lo conoce usté?
¿En lo negro ó en lo blanco?
March. En la dulce simpatía...
Car. ¡La simpatía está buena!
Mis ojos, señor Marchena,
No han dicho: esta boca es mia.
March. ¿Volvemos á las andadas?
¿Tambien denguecitos hoy,
Alma mia, cuando estoy
Dando ya las boqueadas?
Bueno es que honrada mujer
Fácilmente no se venza;
Santa y buena es la vergüenza...
Pero ¡si al fin ha de ser!
Car. ¿Y si no quisiera yo
Decir que no ni que sí?
March. ¡Ba! ¡Si ya es tarde! ¡Si á mí...!
(*Con petulancia.*)
Car. Pues no, y veinte veces no.
(*Levantándose enojada. Marchena se levanta tambien.*)
March. Se ha picado usted; lo veo;
Mas ¿no ve usted que ese no
Es inverosímil?
Car. ¡Oh!...
March. ¡Ba! ¡Sobre que no lo creo!
Car. ¡Oh! Eso raya en insolencia.
(¿Hay necio mas contumaz?)
Váyase y déjeme en paz,
Y no vuelva á mi presencia.
March. ¡Carolina!... (Pues barrunto
Que va de veras.) Yo siento...
Car. Lo he dicho y no me arrepiento.
No se hable mas del asunto.
March. Como usted me permitió
Pedir su mano querida...
Car. ¿Y porque usted me la pida
Tengo de dársela yo?
March. No esperaba ese desprecio...
Car. No esperaba yo tampoco
Habérmelas con un loco,
Por no decir...
March. ¿Con un necio?
Dígalo usted sin rebozo,
Que en verdad harto lo he sido.
Con que ¿trabajo perdido?
Con que ¿mi gozo en un pozo?
Car. ¿Cómo se dice que no?
March. Pues bien, aténgase usté
A las consecuencias.
Car. ¿Qué?
March. ¡No sabe usted quién soy yo!
Car. ¿Cómo? ¡Señor de Marchena!...
March. Roto el pacto entre los dos,
Usted dará cuenta á Dios
De una alma que se condena.
Pues mis dulces regocijos
Convierte usted en pesares,
Quemaré mis olivares
Y arrasaré mis cortijos;
Daré la muerte al rival
Que usted prefiera, y despues,
Como dos y uno son tres,

Me ahorco ó me tiro al canal.
(*Carolina suelta una carcajada.*)
¿Se rie usted? Esa cruz
Me faltaba. En vez del justo
Terror...
Car. ¡Qué! Yo no me asusto.
March. ¿Por qué?...
Car. Es usted andaluz.
March. Pero esa risa es señal
De bondadosa indulgencia,
Que tanta malevolencia
Sentaria á usted muy mal.
¡Eh! ¡Vea usted lo que son
Las hembras! Ríe hechicero
Su labio, y manso cordero
Es ya el terrible leon.
Car. ¿Otra vez...?
March. Vaya, amor mio,
Hagamos la paz. ¿Pasó
El enojo?
Car. ¿Enojo yo?
Pues ¿no ve usted que me río?
March. ¿Me dará usted mas pesares,
Cara de sol?
Car. Nada de eso,
No sea que en un acceso
Queme usted sus olivares.
March. Confieso que delinquí,
Pero de hoy en adelante
Seré tan sumiso amante
Que... ¿Usted lo permite?
Car. Sí.
March. Gracias. ¿Y ahora no tendré
Alguna esperanza justa...?
Car. Tenga usted veinte, si gusta,...
Como yo no se las dé.

ESCENA IV.

MARCHENA.

Se va y me deja corrido
Como un mono. ¡Qué altivez!—
Y ella está muerta por mí:
Eso hasta un ciego lo ve;
Pero antes de confesarlo
Querrá torearme un mes. —
No tengo yo tanta flema,
Ni ya me estaría bien
Suspirar como un cadete
Arrodillado á sus piés.
Eso no, que soy Marchena,
¡Y, por vida del Perchel,
Que para jugar conmigo
Es ella poca mujer!
Mudemos de plan: hagamos
Lo que hace el conde de Urgel
En la célebre comedia
De *El desden con el desden.*
Sí, la he de abrasar á zelos
Y no he de darla cuartel
Hasta que humilde y contrita
Me diga: ¡señor, pequé!
(*Al irse le sale Petra al encuentro.*)

ESCENA V.

MARCHENA, PETRA.

Petra. ¿Estamos de enhorabuena?
¿Qué tal los versitos, eh?
Habrán hecho efecto.
March. Mucho.
La niña se hizo una miel
Al oirlos, y no dudes
Que se rinde de esta vez;
Pero, si quieres que te hable
Con franqueza,... yo no sé
Qué te diga... Hoy me parece
Menos bonita que ayer.
Petra. ¡Qué oigo!
March. Empiezo ya á mirarla
Como cosa propia y... ¡Pche!...
Petra. Vamos, usted se chancea.
March. No tal. Los maridos ven
Mas que los amantes.
Petra. Pero...
March. Sea que en efecto esté
Desmejorado, ó que á mí
Se me haga duro el perder
La libertad de soltero,
Para mis ojos ya no es
La misma, ni por asomo.
Petra. ¡Es posible!
March. Y al primer
Pretextillo que me diera,
¡Adios, casamiento!
Petra. ¡Infiel!
March. Sí; yo confieso... (Esta fatua
Se lo contará después.)
Pero... vamos, ¡si á cualquiera
Miro ya con mas placer!
A tí, verbigracia. ¿Sabes
Que tienes tú mucho aquel,
Hablando en chulo, y muchísima
De la gracia?
Petra. ¡Calle usted!
(*Dengosa.*)
¿Yo?
March. ¡Y qué cuerpecito!
Petra. ¡Vaya!
Usted me quiere poner

Colorada. Usted se burla
De las pobres. ¡Si yo sé
Lo poco que valgo! ¡Vaya!
March. Mas que Carolina.
Petra. ¡Pues!
March. Y ese aire de señorío
Que tienes...
Petra. Eso, tal vez,
Porque al fin no me he criado
En las malvas.
March. Ya se ve
Que no.
Petra. Y quien tuvo retuvo,
Y cada cual es quien es. —
Pero usted se está burlando.
¿Cómo puedo yo creer
Que llama tan encendida
Se apague en un dos por tres?
March. ¡Ahí verás lo que es el mundo!
Petra. ¡Qué maldito de cocer!
Y juraba y perjuraba...
(¿Si será Ortiz como él?)
March. A juramentos de amantes
Nunca se dió mucha fe.
Petra. ¿Y á qué incomodar al otro
Haciéndole componer
Los versos?
March. ¿Qué se ha perdido?
Medio pliego de papel.
Petra. ¡Tantos planes para eso,
Y tanto tender la red...!
¿Y el cuarto de hora?
March. A propósito;
Tú eres de la misma piel
Que las otras, y tendrás
Tu cuarto de hora tambien.
Petra. ¡Miren qué salida ahora!...
March. Si en ese trance te ves,
Avisa, que aquí hay un hombre.
Petra. ¿Sí? ¡Vaya una gracia!
March. Es que...
Es que me hacen mucho títere
Esos dos ojuelos. Ven,
Que voy á darte un abrazo.
Petra. Apártese, ó de un revés...
(*Amenazándole.*)
March. No lo tomes tan á pecho.
¡Si esto es broma! — Hasta mas ver.
Petra. Abur.
March. (Sufrir el desvío
(*Yéndose.*)
De Carolina, está bien;
Pero un bofeton... Barrientos
¡Sería cosa cruel!)

ESCENA VI.

PETRA.

¡Qué osadía! ¡Oh! Si viviera
Mi buen tio don Andrés
De Escalona y Escobar,
Corregidor de Jerez,
El hidalgüelo de Ronda
No fuera tan descortés.
Mas le perdono, que es víctima
De su amor y mi altivez.
Yo te la consagro, Ortiz,
Querido Ortiz; y si un rey
Viniera... Mas ¡cuánto tarda
En declararse el doncel!
¡Qué versos de mis pecados!
¡Señor, si no es menester
Andar con tantos repulgos
Cuando una misma da pié! —
« Te quiero, te adoro. Y tú
¿Me quieres? — Te amo; » y amen.

ESCENA VII.

CAROLINA, PETRA.

Car. ¿Se fué el señor de Marchena?
(*Trae una cartera de dibujo que deja sobre la mesa.*)
Petra. Sí, señora. En este punto
Se marcha.
Car. Irá el pobrecillo
Atribulado y confuso.
Petra. Sí, señora, porque yo
Que tengo muy malos humos...
Car. ¡Cómo! ¿Te habrás propasado
A decirle algun insulto?
Petra. Su petulancia...
Car. En efecto,
Hoy ha llegado á lo sumo;
Pero basta mi castigo
Sin necesidad del tuyo.
Petra. Pero si...
Car. No se me ocultan
Sus defectos, pero es mucho
Lo que me quiere.
Petra. No sé...,
Pero hace cuatro minutos
Que afirmaba lo contrario.
Car. ¿De veras? ¡Triste recurso!
Petra. Ayer la amaba, me ha dicho,
Mas hoy que tengo mi triunfo
Asegurado...
Car. ¡Infeliz!

Petra. La miro ya con disgusto.
Car. ¿Eso ha dicho? (*Riéndose.*)
Petra. Y al menor
Pretexto...
Car. Acaba.
Petra. Renuncio
A su mano.
Car. (Otra le queda.)
Petra. Y acto continuo se puso
A requebrarme.
Car. ¡Eso mas!
Petra. Y el libertino, perjuro
Me quiso dar un abrazo.
Car. ¿Tan desesperado estuvo?
Petra. Poco á poco. No estoy yo
Tan de sobra en este mundo
Que solo un desesperado
Se enamore de mi busto.
Car. ¡Lindo despique!
Petra. Mas yo
Rechacé su ataque brusco,
Que mi honor y mi lealtad...
Car. Laudable ha sido tu escrúpulo;
Pero es singular capricho
Desahogar así su orgullo
Un amante desdeñado.
Petra. ¿Desdeñado? Me confundo
De oir á usted. Pues ¡si dijo...!
Car. ¡Qué pobre hombre! Ya presumo
Lo que habrá dicho. Que estoy
Muerta por él. No le culpo,
Que confesar su derrota
Un andaluz, es muy duro.
Petra. (¿Quién mentirá de los dos?)
Pues juraria...
Car. A otro asunto.
Llama á Ortiz, que es hora ya
De dar leccion de dibujo.

ESCENA VIII.

CAROLINA.

¡Cortejar á mi doncella
Un elegante tan pulcro!
¿Si pensará darme zelos
Con ese expediente absurdo?
Antes celebro que tome
En su venganza ese rumbo,
Porque quemar sus cortijos
Y arrojarse en lo profundo
Del canal... ¡Jesus! Yo tengo
Mucho miedo á los difuntos.

ESCENA IX.

CAROLINA, ORTIZ.

Ortiz. Señorita, yo... (*A la puerta.*)
Car. Éntre usted,
Y déjese de etiquetas. (*Entra Ortiz.*)
Sabe usted que en esta casa
Como amigo se le aprecia.
Ortiz. Mi gratitud...
Car. Y ahora mismo
Le voy á dar una prueba
De amistosa confianza.
Ortiz. Gracias. (¡Qué amable y qué bella!)
Car. Usted sabrá, porque nadie
Lo ignora ya, que me obsequia
Ese jóven andaluz...
Ortiz. (¡Ah!...) Sí; don Pedro Marchena.
Car. Hoy, cediendo á su porfía,
Le dí mi *album*... (*Va á tomarlo.*)
Ortiz. (¡Ahora es ella!)
Car. Para que escribiera en él
Unos versitos...
Ortiz. (¡Mi décima!)
Car. No los encuentro.
(*Hojeando el* album.)
Ortiz. (¡Qué burla
Va á hacer de ellos tan sangrienta!)
Car. Aqui están. Ya verá usted
¡Qué bonitos!
Ortiz. (¿Se chancea?)
Car. Léalos usted. ¡Qué gracia!
¡Qué pasion!
Ortiz. (¡Habla de veras!)
(*Tomando el* album.)
Veamos. (*Hace como que lee.*)
(¡Necio de mí
Que la creí mas discreta
Que vana! ¡Necio mil veces!
¿Cuándo una mujer desprecia
Al que la adula, aunque diga
Mas borricadas que letras?
¡Y yo me mordí las uñas,
Mal contento de mi vena,
Buscando giros poéticos
Por cima de las estrellas!)
Car. ¿Qué tal?
Ortiz. Mi voto es inútil.
(*Pone el* album *donde estaba.*)
Car. No.
Ortiz. Cuando usted los celebra...
Car. Sin embargo, diga usted
Su opinion.
Ortiz. Si usted se empeña,
Digo que usted los merece

Mejores.
Car. Pero bien se echa
De ver que los ha dictado
El corazon.
Ortiz. Sí; á la legua
Se conoce... (¡Qué suplicio!)
Car. Y que los hizo el poeta
Con profundo sentimiento...
Ortiz. Sí, señora. (¡En eso acierta!)
Car. ¡Es tanto lo que me quiere!...
Y él tiene excelentes prendas.
¿Verdad?
Ortiz. No sé. No le trato...
Car. Muy caballero. Algo peca
De fanfarron...
Ortiz. Y pedante, (*Con viveza.*)
Y hablador de cuatro suelas,
Y embustero...
Car. ¡Alto! ¿De dónde
Sabe usted esas lindezas
Si no le trata?
Ortiz. Es verdad..., (*Turbado.*)
Pero... es una consecuencia
Que yo saco, una...
Car. Mi tia
Está empeñada en que él sea
Mi marido, y sus razones
No dejan de hacerme fuerza;
Pero yo no sé qué hacer,
Porque... Usted ¿qué me aconseja?
Ortiz. (¡No puedo mas!) Señorita,
Tengo yo poca experiencia
Para dar consejos.
Car. (¡Calle!
Se ha picado. ¿Qué hecho fuera
Que él tambien...?) Veo lo poco
Que usted por mí se interesa.
Ortiz. ¡Yo, Carolina!...
Car. ¡Es mi amigo,
Es mi maestro y me niega
Un consejo!
Ortiz. Es que me expongo
A errar... En tales materias
Yo solo consultaria
Al corazon. Si ya reina
En el de usted ese... jóven,
Es excusada molestia...
Car. El caso es que... yo no le amo
Todavía.
Ortiz. (¡Ay Dios!...)
Car. (¡Se alegra!)
Ortiz. Entonces, no hay sino dar
Tiempo al tiempo...
Car. Sí. No hay priesa.
Otros hombres hay...
Ortiz. Dichoso
Mil veces el que merezca...
Car. Demos leccion de dibujo.
Ortiz. Bien.
Car. Aquí está la cartera.
(*Se sientan junto á la mesa, uno en frente de otro, y Carolina saca estampas, lapiceros, etc.*)
Vea usted. (*Le da un dibujo.*)
Ortiz. ¡Hola! ¡Ya está
Concluida la cabeza
De Diana!
Car. Sí, señor:
Hoy acabé mi tarea;
Mas dudo haber acertado...
Ortiz. No hay motivo. Usted progresa
Visiblemente. Con todo,
Hay que hacer unas ligeras
Correcciones...
(*Borra ó dibuja durante el diálogo, mirando de cuando en cuando á Carolina como á hurtadillas.*)
Car. Sin reparo.
El asunto es que yo aprenda.
Ortiz. Mas sombra en esta mejilla. —
Mas arqueadas las cejas...
Car. (¡Cómo me mira!)
Ortiz. Esta boca
Debe estar menos abierta.
No ha de sonreir Diana
Como Venus Citeréa.
Car. Pero ¿á qué mirarme tanto?
¿Está en mi cara la muestra?
Ortiz. Es para advertir á usted...
La mirada mas serena,
Menos blanda...
Car. Por lo visto
Mucha ha sido mi torpeza.
¿Tanto habia que enmendar?
Ortiz. Porque quede mas perfecta
La figura...
Car. (Mi maestro
Tiene hoy muy poca indulgencia.)
¿Tambien la nariz?
(*Mirando el dibujo desde su asiento.*)
Ortiz. Un toque
No mas... (¡La mano me tiembla!)
Car. Como está al revés la estampa...
Permita usted que la vea
De frente.
(*Se levanta, y puesta al lado de Ortiz mira el dibujo.*)
¡Cuánto ha variado
Ese rostro! Ya ¿qué queda
De lo que yo dibujé?
¡Si se salvan las orejas
Será milagro!
Ortiz. Al instante
Concluyo.
Car. Pero ¿usted piensa

Lo que está haciendo? Esos ojos,
Si no es que el espejo mienta,
¡Son los mios!

Ortiz. No por cierto. (*Turbado.*)
Es fácil que se parezcan;
Pero yo... cuando...

Car. Esa boca...
No. La mia es mas pequeña. —
Pero...

Ortiz. No está concluida.

Car. Y la nariz, y las cejas...
¡Usted me está retratando!

Ortiz. (¡Se enoja!) No fué mi idea...

Car. No, no hay que negarlo. Usted
Me retrata; ¡y á sabiendas!

Ortiz. ¿No ve usted que es imposible
Aun á la mano mas diestra
Copiar tantos atractivos?

Car. ¡Oiga! ¿Tambien lisonjeras
Adulaciones?

Ortiz. Señora,
Una deidad está exenta
De adulacion.

Car. ¿Cómo...? ¡Ah! Ya
Comprendo. Segun las señas,
Usted habla de la diosa
Diana.

Ortiz. Y ¡qué! ¿no pudiera,
Por ventura, hablar de usted?

Car. Pero, en resumidas cuentas,
¿Qué tengo yo de comun
Con Diana?

Ortiz. Su belleza,
Su radiante majestad,
Su...

Car. ¡Para que yo lo crea! —
Y es que... cuanto mas la miro...
La semejanza es completa.
¡Soy yo!

Ortiz. ¡Si digo...!

Car. Negarlo
Es segunda impertinencia.

Ortiz. Casualidad habrá sido,
Que solo de una manera
Es posible retratar
A criatura tan bella.

Car. ¡Calle! Algun secreto... ¿Y cómo?
¿Cómo?

Ortiz. Grabándola eterna
En el corazon.

Car. ¡Ortiz! (*Airada.*)
¿Qué temeraria insolencia
Es la de usted?

Ortiz. ¡Carolina!
(*Se levanta confuso y atribulado dejando caer la cartera.*)
Yo... si... Mi labio no acierta...

Car. Pero mejor es reirme,
Porque es cómica la escena.
(*Observando la consternacion de Ortiz suelta la carcajada.*)

Ortiz. ¡Perdon...!
(*En actitud suplicante.*)

Car. No sea usted bobo,
Y recoja esa cartera. (*Vase riendo.*)

ESCENA X.

ORTIZ.

(*Tirándose del pelo.*)

¡Maldito!... ¿Por qué la quiero?
Con mi humillacion se engrie
Y como una loca rie
¡Cuando yo me desespero!
¿Qué puede ya darle pena
Si cuando ve á un infelice
Morir á sus plantas dice
Que es muy cómica la escena?
Para que ese corazon
La piedad llegue á mover
Será acaso menester
Que me den la extremauncion. —
¡Figura bien triste y rara
Sin duda ha sido esta vez
La mia! La estupidez
Se habrá pintado en mi cara.
¡Oh! En vano amor me sujeta.
Huyamos de esta mansion.
No quiero ser el bufon
De una frívola coqueta.
(*Va á salir, y oyendo á Carolina se detiene.*)

ESCENA XI.

CAROLINA, ORTIZ.

Car. ¿Adónde va tan de prisa
Ortiz?

Ortiz. ¡Qué sé yo? Al infierno
Me iria yo...

Car. ¡Dios eterno!

Ortiz. Que allí no tienta la risa.

Car. ¿Cómo! Mi risa chancera
¿Le ha picado á usted?

Ortiz. No sé;
Mas me voy de aquí...

Car. ¿Por qué?
No sea usted calavera.

Si yo me enojé primero
Y si después me reí,
Fué porque no comprendí
El sentido verdadero...
Veo que es característico
De un pintor el entusiasmo,
Y no merece un sarcasmo
Tan bello arrebato artístico.
Ortiz. ¡Oh! Mi arrebato...
Car. No pasa
(*Interrumpiéndole.*)
De lo honesto y de lo justo.
Ortiz. Pero...
Car. Bien, bien... No es mi gusto
Que se vaya usted de casa.
Ortiz. No hay voluntad que resista
A la de usted, pero...
Car. ¡Dale!
No hay orgullo que se iguale
Al orgullo de un artista.
Ortiz. ¿Ni el de usted?
Car. Si yo soy vana,
En mí no estará el error.
Ortiz. Pues ¿en quién?
Car. En el pintor
Que me comparó á Diana.
Ortiz. Es que veo en todas partes
El tipo...
Car. Es cosa notoria.
Ortiz. La imágen...
Car. Sí, de la gloria.
Ortiz. La perfeccion...
Car. De las artes.
Ortiz. (Como ella hablaré; á lo místico,
Porque si otra vez me clavo...)
Con que ¿alaba usted...?
Car. Sí; alabo...
Ortiz. Mi ardiente entusiasmo... artístico?
Car. ¿No le digo á usted que sí?
Y en prueba de ello, le ordeno
Que me dibuje algo bueno
En el *album* que está allí.
Ortiz. (¡Ah!) ¿Firmaré?
Car. Lo permito.—
Abur. ¡Que luzca ese ingenio!
(El pobre es corto de genio,
Y hay que animarle un poquito.)

ESCENA XII.

ORTIZ.

Si otra Circe enredadora,
(*Siguiéndola con la vista.*)
Si diablo, mas que mujer,
No eres tú, á todo correr
Se acerca tu cuarto de hora.

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, PETRA.

Petra. Ya que duda usted que el tal
Marchena pueda adorarme,
Y al conato de abrazarme
Llama pecado venial;
Aunque si bebe los vientos
Por mí, en nada se rebaja
Su nobleza, que no es paja
Llamarse Petra Barrientos...
Car. Bien; me desdigo. Perdona,
Y di...
Petra. Soy de alto solar.
Mi tio don Baltasar
Maldonado y Escalona...
Car. Digo que fué mucho ultraje...,
Pero ¡al grano! y lo demás...
Mañana me contarás
Los timbres de tu linaje.—
Con que ¿otra nueva perfidia?
Petra. Sí, pero tal ¡Dios benigno!
Que en cometerla es mas digno
De compasion, que de envidia.
Car. ¿Por qué? Habrá visto un palmito
Que mas que el mio le agrade;
Y aunque á tus ojos enfade,
De gustos no hay nada escrito.
Petra. Una audiencia solicita
Con intencion buena ó mala...
Car. ¿Qué me importa...?
Petra. En esta sala...
Car. ¡Cómo! ¿Aquí ha de ser la cita?
Petra. Aquí y dentro de un momento.
Car. Si otra belleza le abrasa,
Bien; mas traerla á mi casa
Es sobrado atrevimiento.
Petra. ¡Qué! ¡Si no viene de fuera!
Vive aquí su dulce bien.
Car. Aquí ¡y no eres tú!... Pues ¿quién...?
¿Si será la cocinera?
Petra. Eso no, que es caballero.

Car. Como es tal su extravagancia...
(*Mirando con malicia á Petra.*)
(Y, á fe, no hay mucha distancia
De la plancha al fregadero.)
Petra. ¿No acierta usted todavia
Quién la usurpa la victoria?
Car. No sé... Aquí...
Petra. Doña Liboria.
Car. ¿Qué estás diciendo? ¡Mi tia!
Petra. La misma que viste y calza.
Car. ¿A pesar de los cincuenta?
Petra. Solo sus virtudes cuenta
Y hasta las nubes la ensalza.
Car. O ese hombre ha perdido el juicio,
O el despecho le consume,
Y darme zelos presume
Con tan extraño artificio.
Petra. Él me hablaba muy formal,
De boda y de...
Car. ¡Bobería!
(*Riéndose.*)
Y es inútil, que mi tia
No querrá oirle.
Petra. Sí tal.
Car. ¿Sí?... Mejor.
Petra. (Ya, segun trazas,
La banderilla hace efecto.)
Car. Se reirá del proyecto
Y le dará calabazas.
¡Cuidado, que el tal Marchena
Es mas bobo que el de Coria!
Petra. Entre él y doña Liboria
Va á ser donosa la escena.
¿No le pica á usted un poco
La curiosidad?
Car. ¿A mí?
No.
Petra. (Pues yo juro que sí.)
Car. ¿Quién hace caso de un loco?
Me voy. Negocio tan grave
A solas se ha de tratar.
Petra. (Tú vendrás luego á atisbar
Por el ojo de la llave.)
Le diré á doña Liboria...
Car. Que estoy bordando en la reja.
(¿Tambien á la pobre vieja!
(*Yéndose.*)
Esto ya pica en historia.)

ESCENA II.

PETRA.

No digiere á dos tirones
La píldora que ha tragado.
Ella quisiera imitar
Al perro del hortelano,
Mas donde las dan las toman,
Como dice aquel adagio.

ESCENA III.

PETRA, MARCHENA.

March. ¿Se fué Carolina?
(*A la puerta.*)
Petra. Sí.
Ya está usted servido.
March. ¡Bravo!
(*Entrando.*)
Petra. Violentando mis principios
Y mi carácter, acabo
De ser chismosa como una
Criada de tres al cuarto;
Pero de alguna manera
He de agradecer el alto
Interés que usted se toma
Por mi Ortiz idolatrado.
March. Ya te he dicho, y otra vez
Te aseguro que me encargo
De colocarle. Es muy fácil.
Tengo influjo en el Senado;
Como Pedro por su casa
Entro en el real palacio;
Tuteo á cinco ministros
Y á cuarenta diputados,
Y el director del tesoro
Hace lo que yo le mando.
Petra. (Miente sin temer de Dios,
Pero bien puede hacer algo
Si quiere.)
March. ¿Dudas...?
Petra. No dudo.
March. Y si das á Ortiz la mano,
Me ofrezco á ser tu padrino.
Petra. Muchas gracias. Sin reparo
Puede usted serlo, que noble
Soy por los cuatro costados,
Y en mi casa solariega
Alguno ha vestido el hábito
De Alcántara...
March. Sí.
Petra. Mi tio
Don Baltasar Maldonado
Y Escalona...
March. Alguien se acerca.
Ya me contarás despacio...
Petra. Es la vieja.
March. Adios, ilustre;

¡Adios!

Petra. Beso á usted la mano.

(*Con gravedad.*)

ESCENA IV.

DOÑA LIBORIA, MARCHENA.

March. ¡Señora!
Lib. ¡Marchena amigo!—
Con que ¿usted me quiere hablar
A solas?
March. ¡Ah!... Sí.
Lib. Corriente.—
Siéntese usted. (*Se sientan.*)
Vamos, ¿qué hay?
Se tratará de la boda...
March. ¡Ah! Sí, señora, sí; mas...
No de la que usted presume.
Lib. ¿Qué dice usted? Pues ¿de cuál?
March. No será ya Carolina
La que me lleve al altar.
Lib. ¡Cómo! Desde esta mañana,
Que la dejé en el sofá
Con usted, no he vuelto á verla.
Tenía que visitar
A tres amigas...
March. (¡Me alegro!)
Lib. ¿Qué ha habido? ¿Se vuelve atrás?
March. ¿Qué sé yo...? Creo que no...
Pero á mí ¿qué se me da?
Lib. ¿Qué escucho?
March. Yo no la hablé
De proyecto conyugal,
Porque otra idea, otro objeto
Turbó de mi alma la paz,
Y embargando mis sentidos
Un rapto sentimental,
Despegar podía apenas
La lengua del paladar.
La dije al fin... no sé qué...
Con los ojos hácia allá,
(*Mostrando la puerta por donde se fué doña Liboria en el acto segundo.*)
Y despidiéndome de ella
Con aire poco galan,
En la puerta de la calle
Me desahogué con un ¡ay!
Lib. Pero eso ¿qué significa?
March. Significa, y claro está,
Que el corazon me han herido
Los ojos de otra beldad.
Lib. ¿Otra beldad? ¿Desde cuándo?
March. Desde hoy; pero dias ha
Que sentía yo los síntomas
Precursores de mi mal.
Lib. ¡Vaya en gracia! ¿Y quién ha sido
La agresora?
March. ¡Singular
Pregunta! ¿Quién ha de ser?
Harto me he explicado ya.
Si usted tiene una conciencia
Se lo puede preguntar.
Lib. ¡Calle...! (*Admirada.*)
March. ¿A quién miran mis ojos
Con ansia de amor voraz?
¿Cuya es la mano que estrecho...?
Lib. ¡Suelte usted con Barrabás,
Que me la estruja!
March. ¡Ay Liboria!
Lib. ¿Qué farsa de carnaval
Es esta?
March. ¡Pluguiera á Dios!
Mal provecho me haga el pan
Si miento.
Lib. Pero ¿usted sabe
Que peino ya la mitad
De un siglo?
March. Lo sé. ¿Y qué importa?
Lib. ¿Que puedo ser su mamá?
March. Sí, señora. ¿Y qué? La mia
Está ya en la eternidad.
Usted será para mí
Esposa y madre á la par.
Lib. Usted ha almorzado fuerte,
Por lo visto, y el *champañ*...
March. ¡Señora!...
Lib. O desesperado
Por alguna iniquidad
De Carolina, desea
Suicidarse.
March. No, no hay tal.
Obro por convencimiento.
Si lo duda usted ¿hay mas
Que cogerme la palabra,
Y Cristo con todos?
Lib. ¡Ba!
Déjese usted de embelecos.
Tengamos la fiesta en paz.
March. ¡Señora, que hablo de veras!
(*Muy acalorado.*)
Oígalo la vecindad;
Oígalo todo Madrid.
O no me caso jamás,
O me caso con usted.
Lib. Pero... (¿Si será verdad?)
March. Usted no se hace justicia.
El tiempo es un animal
Muy destructor, pero hay flores
Que respeta el huracan.
Lib. ¡Adulador!
March. ¿No pasean
Hechas un brazo de mar
Y llevando al retortero

Mas de un Fulano de tal
Ciertas crónicas vivientes
Con mas fecha que Abraham?—
Mas no hablemos de lo físico,
Que, aunque lo puedo ensalzar
Sin mentir, como es usted
Modesta, no me creerá.
¿No ha podido usted prendarme
Con su mérito moral?
Ese mismo medio siglo
¿No puede entrar en mi plan
Filosófico?
Lib. ¿Es posible
Que esté en su juicio cabal
El que...?
March. Señora, me canso
De andar hecho un azacan
Galanteando baboso
A mozuelas en agraz,
Insustanciales, coquetas...
Y algunas un poco mas.
Ya no hay que esperar cordura
Ni juicio, ni cristiandad
Sino en mujer coétanea
Del príncipe de la Paz.
Lib. ¡No tanto, por Dios, no tanto!...
(*Con viveza.*)
March. O *circum circa*. Es igual.—
En fin, usted me conviene,
Porque usted me mimará.
¿Si?; y con usted estoy libre
De un ataque cerebral,
Y usted tiene religion,
Y no me derrochará
En dijes y miriñaques
Mi renta patrimonial.
Lib. ¡Compadre!, no será mucho
Lo que haya que derrochar,
Que siendo usted segundon...
March. Es que mi hermano Tomás
Tira á tísico, y espero...
Lib. Por dicha, tengo caudal
Muy suficiente y no me urge
Que muera nadie.
March. ¡Pues ya!
No decía yo...
Lib. Y si al fin
Me tentara Satanás
A casarme con usted,
Me holgara de compensar
De algun modo... Pero... vamos...
¡Si es una temeridad!
March. No, señora. Estoy resuelto.
Lib. Usted lo meditará.
March. No hay meditacion que valga.
(¡Qué dura está de pelar!)
Si usted me retarda el sí,
Me cuesta una enfermedad.
Lib. Pero, hijo, si yo... ¡Jesus!
(*Abanicándose.*)
Hace un calor infernal.
March. ¿Será fuerza que lo jure
De rodillas? Pues bien... (Hay
Alfombra.) A tus plantas yace
El mas rendido mortal...

ESCENA V.

DOÑA LIBORIA, CAROLINA, MARCHENA.

Car. ¿Qué veo!
Lib. ¡Alce usted, demonio!
Car. ¿Es mi tia el capellan
Con quien usted se confiesa?
March. Sí, y pecador contumaz,
(*Levantándose.*)
Si el adorarla es pecado,
No me enmendaré jamás.
Lib. (Yo no sé lo que me pasa.)
Car. ¡Qué trapalon tan audaz!
Con que ¿usted ama á mi tia?
March. Es mi gloria, es el iman...
Car. ¡Calle usted! Si mi desvío
Tanto que sentir le da;
Si por un necio despique
Quiere á otra dama obsequiar,
Siquiera urda usted la farsa
De un modo mas natural,
Mas verosímil.
Lib. (No creo
Que es tanta la impropiedad.)
March. No hay farsa aquí, señorita.
Yo soy hombre muy formal.
Car. Mofarse de una señora...
March. ¡No!
Car. Tan respetable y tan...
March. Pero eso, perdone usted,
¿Es envidia ó caridad?
Car. ¡Envidia! ¿Creerá ese sandio
Que tengo zelos?
March. Quizá.
Car. Amante que yo desdeño
¿Qué zelos me puede dar?
March. ¡Ah!... Con que ¡usted me desdeña!
Me alegro. ¿Y de cuándo acá?
Car. Otra insolencia. Pues ¿cuándo
Quise yo á usted?
Lib. ¡Eh! Callad,
Que esas disputas...
March. Ocioso
Es volver la vista atrás.
Si usted me ha querido, bueno;

Si no me ha querido, en paz.
Vida nueva, y de su capa
Haga un sayo cada cual.

Car. ¿Qué prendas tiene usted mias
Para tanta fatuidad?
Pero usted ¿podrá negarme
Que con amoroso afan
Ayer me escribió un billete...?

March. Sí; fué un capricho fugaz...

Car. ¿Y hoy me ha declarado en verso...?

March. Señora, ¿en qué tribunal
Haría fe semejante
Documento? Y además,
No es hoy cuando yo he compuesto
Esa décima.

Car. ¡Es capaz
De negarme...!

March. En cuarenta *álbumes* —
¡Qué revesado plural! —
La he puesto ya, por mi cuenta.

Car. ¡Qué oigo!

March. Con solo variar
El nombre de la agraciada
Sirve para todas.

Car. ¡Ah!

March. Es un comodin, es una
Especie de circular...

Car. ¡Basta, hombre indigno! ¡Villano!
(*Se sienta sofocada.*)

March. Si una culpa tan venial...

Car. ¡Basta, digo!

March. Nos veremos
(*A doña Liboria.*)
Luego que la tempestad
Se pase. — A los piés de usted.
(*A Carolina, que le vuelve la espalda.*)
¡Adios, cara celestial!
(*A doña Liboria muy tierno.*)

Lib. Abur. (*Con agrado.*)

March. (¡Pobre!... Ya la tengo
(*Mirando á Carolina.*)
Mas blanda que un cordoban.

ESCENA VI.

CAROLINA, DOÑA LIBORIA.

Car. ¡Qué infamia! ¡Qué osadía!
(*Levantándose.*)
¡Negar que me ama el necio
Y vengar mi desprecio
Cortejando á mi tia!
Pero usted... ¡Oh! no espero
Que al cabo de sus años
Crea tales engaños
Y ame á tal embustero.
Vengar con ese ardid
Mi desamor desea,
Y acaso que usted sea
La risa de Madrid.
Si es cierto lo que ha dicho,
Si es para su alma el fuego
De amor cosa de juego
Y efímero capricho;
Si así la fe que ostenta
Con las muchachas muda,
¿Qué hará con una viuda
Que raya en los cincuenta? —
Mas son vanos antojos,
Que cuando vuelva y charle
Como hoy... sabrá usted darle
Con la puerta en los ojos.

Lib. No lo digas, ni en chanza.
¿Eso había de hacer?
No, no soy yo mujer
De tan mala crianza.

Car. Y aunque con mil extremos
De su amor haga alarde,
¿Cree usted que él se guarde
Para usted?

Lib. ¿Qué sabemos?

Car. ¡Y usted le dijo amen!

Lib. Aun no.

Car. ¿Y le oyó con gozo?

Lib. Lisonjas de un buen mozo
A todas suenan bien.

Car. Pero es extraordinario
Que en la edad de mi tia...

Lib. Aun tengo yo, hija mia,
El alma en el almario.

Car. Sí tal; pero ¡por Dios!
Ajuste usted la cuenta.
De veintiocho á cincuenta...

Lib. Catorce.

Car. ¡Veintidos!

Lib. Bien... Deja con su tema,
Sobrina, á cada loco. —
Ni hay locura tampoco,
Que él obra por sistema.
Y él, que no habla en vascuence,
Lo explica con tal gracia...

Car. ¿Sistema? ¡Es mucha audacia...!

Lib. Si le oyes te convence.

Car. Con que es decir que usted,
Aunque un enredo fragua...

Lib. Nadie dice: de esta agua
No beberé... con sed.

Car. Tia, la cosa es grave;
Los hombres no son buenos;
¡Casarse usted...!

Lib. De menos

Nos hizo Dios. ¿Quién sabe...?
Car. Todo eso es mojiganga.
Lib. Tal vez.
Car. Tramoya, enredo,
Farsa, ficcion...
Lib. Concedo;
Mas si es verdad ¡qué ganga!
Car. ¡Y usted decide...!
Lib. ¿Yo?...
No sé, ¡pobre de mí!
Este dice que sí.
(*Con la mano en el corazon.*)
Esta dice que no.
(*Con la mano en la frente.*)
Estoy como un potro.
No sé al fin de la fiesta,
Si este vencerá á esta,
(*Repitiendo la accion.*)
O esta vencerá á estotro.
La cosa en conclusion,
Bella sobrina amada...
Merece ser tomada
En consideracion.

ESCENA VII.

CAROLINA.

Para acabar de volarme
Faltaba la extravagancia
De mi tia. Cuando debe
Enviar en hora mala
A ese hombre... Mas ¿qué me importa?
Allá los dos se las hayan.
Ella llorará su engaño
Y él llorará mi venganza. —
¡Insensato! ¿Pensará
Que la que fiel no le amaba
Inconstante y fementido
Le ha de querer? ¡Qué bobada!
Y aun fingir otros amores,
Aunque ridículos, ¡vaya!;
Pero venirme con fieros,
Y aquella risita falsa,
Y aquel tonillo burlon,
Y ¡la circular...! ¡Oh! Cara
Le saldrá la grosería.
(*Toca la campanilla.*)
A mí ninguno me ultraja
Impunemente. — Que venga
(*A un criado que llega á la puerta.*)
El señor de Ortiz, y traiga
El *album*. (*Vase el criado.*)
¡Ah! ¿Será cierto?
¡Una circular! De rabia
No veo, y quisiera ser
Hombre... Si ayer toleraba
Su enfadoso galanteo,
Hoy le odio con toda el alma.

ESCENA VIII.

CAROLINA, ORTIZ.

Ortiz. Señorita...
Car. Venga el *album*.
(*Lo toma con enfado y lo hojea.*)
Ortiz. (¡Ay Dios! Lo toma enojada...
¿Qué será? ¿Qué busca en él?
Hoy va á morir mi esperanza.)
Si busca usted, Carolina...
Car. Busco, y ya tardo en hallarla,
Una hoja que está de mas
En este *album*.
Ortiz. ¿Cuál...? ¿Qué causa...?
Si busca usted, señorita,
La que estaba destinada
A mi pincel y á mi nombre,
Todavía...
Car. ¿Qué?
Ortiz. Está blanca.
Car. Pues entonces falta una
Y otra sobra.
Ortiz. ¡Ah!... Yo pensaba...
(¡Respiro otra vez!)
Car. Y mal
Puede sobrar la que falta.
Ortiz. (¡Qué oigo, cielos!)
(*Animado.*)
Car. Esta es
La que yo busco.
Ortiz. O me engañan
Los ojos, ó son los versos
De Marchena.
Car. Sí. ¡Mal haya
Quien los escribió!
Ortiz. (¡Ay! ¿Sabrá
Que fuí yo...?)
Car. Cosa mas mala
No la he leido en mi vida.
Ortiz. Pues ¿cómo...? si esta mañana...
Car. No supe lo que me dije.
Ortiz. Para tan hermosa dama,
Pobre es la ira de Herrera,
Tosco el laud de Petrarca;
Mas bien puede amar un hombre
Con delirio, y por desgracia
Ser mal poeta.
Car. Es verdad;

Pero el blanco de mi saña
No es el poeta.
Ortiz. (¡Oh ventura!...)
Car. Sino el amante.
Ortiz. (¡Ay Dios! ¿Habla
De él ó de mí?)
Car. Unas tijeras.
Ortiz. ¡Volando!
(*Toma unas de la mesa de escritorio y se las da.*)
¿Para cortarla?
Car. Es claro. Téngame usted
El *album.*
(*Lo hace así Ortiz, y Carolina corta la hoja.*)
Ortiz. (¡Qué linda parca!)
Car. Apártese usted, que puedo
(*Concluyendo de cortar la hoja.*)
Darle una tijeretada.
Ortiz. Señora... Yo... (Soy un tonto.
Ahora no encuentro palabras.)
Se echara á perder el *album*...
(¡Ya dije una patochada!)
Car. El *album* es lo de menos. —
Pero esta injuria no basta.
(*Hace pedazos la hoja.*)
Ortiz. ¿Rompe usted la hoja?
Car. Sí.
No quede una letra sana.
Ortiz. Grave motivo sin duda...
Car. Sea cual fuere la causa,
Para mí ese hombre acabó.
Ortiz. (¡O boca de miel y de ámbar!)
Mas... si viene arrepentido...
Car. Le volveré las espaldas. —
Dígaselo usted así.
Ortiz. Bien. (¡Cielo, á mí me lo encarga!)
Car. ¿Y el dibujo prometido?
(*Toca la campanilla.*)
Ortiz. Lo haré, lo haré sin tardanza. —
¿Acabaré de rasgar
Esta hoja?
(*Mostrando el márgen que quedó de la que cortó Carolina.*)
Car. No. Se planta
Otra encima...
Ortiz. Sí, señora.
Petra. Señorita... (*Entrando.*)
Car. Así no salta
La del otro lado.
Ortiz. Bien.
Car. Vé á mi tocador y aguarda.
(*A Petra.*)
(*Vase Petra.*)
Ortiz. Medio pliego de marquilla...
Car. No. Mejor será una estampa.
Ortiz. ¿Cuál podremos?
Car. ¿Qué sé yo?...
La cabeza de Diana.

ESCENA IX.

ORTIZ.

¡Oh divina criatura!
¡Y yo, corazon de mandria,
Temía...! ¡Y después de oir
Tan halagüeñas palabras
No la digo mil locuras
Y no me arrojo á sus plantas
Y muero de gozo en ellas!
Porque ¡no hay duda! me ama.
Menosprecia á mi rival;
Me lo dice á solas; rasga
Sus versos... ¿Y la donosa
Monería con que amaga
Mi mano con las tijeras,
Y se sonríe y exclama:
« Apártese usted, que puedo
Darle una tijeretada? »
Si yo no fuese un estúpido
La hubiera dicho: « Otra llaga
Mas profunda me han abierto
Esos ojos en el alma. » —
¿Y darme á mí la sabrosa
Comision de echar con cajas
Destempladas al compadre
Andaluz? ¡Y con qué gracia
Para remendar la hoja,
En buen hora mutilada,
Dijo al partir: « Ponga usted
La cabeza de Diana! »
¿Qué mas prueba de su amor? —
Feliz décima prosáica,
Recogeré tus fragmentos
(*Recogiendo los pedazos.*)
Como si fueran de plata. —
Trofeo sois de mi dicha...
(*Contemplándolos.*)
(¿Quién viene...? Ella... Es la criada.)
(*Viendo á Petra los guarda y va á tomar el* album.)

ESCENA X.

PETRA, ORTIZ.

Petra. (Se turba al verme y esquiva
El peligro de un desden.

Al fin me obligas, mi bien,
A tomar la initiativa.)
Oiga usted, señor de Ortiz.
(*Ortiz vuelve la cabeza.*)
Ortiz. ¡Ah!... Voy...
(*Cierra el* album.)
Petra. (De un modo indirecto...
Me da lástima en efecto
Y quiero hacerle feliz.)
Ortiz. ¿Qué se ofrece, amable Petra?
(*Se acerca á Petra quedando en frente de ella y de la puerta por donde se fué Carolina.*)
Petra. Hay una hermosura aquí
Que usted idolatra...
Ortiz. ¡Ah! Sí.
Petra. (¿No digo? Al pié de la letra.)
Pero usted, jóven modesto
Y tímido en demasía,
No le ha dicho todavía:
Yo te amo con fin honesto.
Ortiz. ¡Temo tanto sus enojos!...
Petra. ¿Es algun gato montés?
Ortiz. Mas ya muestro mi interés
Por rodeos..., con los ojos...
Petra. No lo echa la dama bella
En saco roto. Es ladina...
Ortiz. Yo ... (La dama es Carolina;
Sí. Viene de hablar con ella.)
Petra. Deja usted pasar los dias
Por un liviano temor.
Ortiz. Sí; acaso...
Petra. Pero el amor
Sabe igualar jerarquías;
Y ella ha soltado tal vez,
Sin ofensa del recato,
Prendas que del mas pacato
Vencieran la timidez.
Ortiz. ¡Ah! Sí. Ya es delito y grave
Mi silencio.
Petra. Yo lo digo,
Y haga usted cuenta, mi amigo,
Que de ella misma lo sabe.
Ortiz. ¡Cuánto te duele mi pena,
Petrita, y cuánto agradezco...!
Petra. Sin otras pruebas que ofrezco,
Dígalo el pobre Marchena...
Ortiz. Tronó; lo sé.
Petra. Y mas de cuatro
Que quisieran merecer
La dicha...
Ortiz. ¡No mas! ¡Mujer
(*Entusiasmado.*)
Celestial, yo te idolatro!
Petra. (¡Gracias á Dios!) ¡Eso sí!
Al galan le toca hablar.
Yo... ¿qué mas me he de explicar?
Ortiz. Todo te lo debo á tí,
Linda Petra.
Petra. Y cuando el lazo
Venturoso...
Ortiz. ¡Oh! Cuanto quieras.
Tuyo soy de todas veras.
Petra. ¡Ay Ortiz!...
Ortiz. ¡Dame un abrazo!
(*Fuera de sí.*)
(*La abraza.*)
Petra. ¿Qué hace usted...?
(*Sin desviarse.*)
Ortiz. Sin juicio estoy.
Petra. Pero estando ya resuelta
La...
(*Ortiz se desprende de los brazos de Petra y pasea con suma agitacion.*)
Ortiz. ¡Qué gozo!
Petra. (¡Ya me suelta!)
No me ofendo...
Car. ¡Petra! (*Dentro.*)
Petra. ¡Voy!
Ortiz. Yo tambien, que mi alegría
(*Siguiendo á Petra.*)
Ya no consiente demora,
Y...
Petra. No, no éntre usted ahora,
Que no es tiempo todavía.
(*Vase cerrando la puerta.*)

ESCENA XI.

ORTIZ.

Volveré loco de amores
A jurarla eterna fe.
Ahora es probable que esté —
¡Ay Dios! — en paños menores.
(*Vase llevándose el* album.)

———

ACTO CUARTO.

—

ESCENA PRIMERA.

ORTIZ.

¡Qué angustia! Petra no sale;
No me llama Carolina...
¿Si aquella declaracion...
Por embajada... seria
Un capricho de los suyos
Y ya estará arrepentida?
¡Quizá me supone loco
Y se ha propuesto la impía
Mofarse de mí! Y ¿no pudo
Equivocar la consigna
Su doncella? ¡Ay infeliz,
Que ya llegado creia
El cuarto de hora...! Han abierto
La puerta. ¿Será ella misma...?
No. Es Petra...

ESCENA II.

ORTIZ, PETRA.

Petra. ¡Ay, Ortiz de mi alma!
(*Viene llorando.*)
Ortiz. ¿Qué es eso? ¡Lloras! ¡Suspiras!...
Petra. Carolina es inflexible.
Ortiz. ¿Qué oigo?
Petra. ¡Corazon de víbora!
Ortiz. ¿Es posible?...
Petra. ¡Ella no ama,
Ni amó jamás!
Ortiz. ¡Oh desdicha!
Con que ¿me desáhucia!
Petra. ¡Ah! Sí;
¡Nos desáhucia!
Ortiz. ¿Cómo...? Explica...
¿Nos desáhucia?
Petra. Sí, señor.
La he contado la recíproca
Ternura de nuestras almas...
Ortiz. Sí; ¡de la tuya y la mia!
(¡Pecador de mí!)
Petra. ¡Y me ha dado
Un soflon!
Ortiz. (¡Cayóme encima
El castillo que en el aire
Fabricó mi tontería!)
Petra. ¡Qué abatido y pesaroso
Está usted! No es maravilla.
¿Quién había de pensar...?
Ortiz. Sí; ya ves... (¡Brava conquista
Hemos hecho!)
Petra. Yo he creido
Que era un acto de política
Darle parte de la boda...
Ortiz. (¡La boda!)
Petra. Y me prometía
Un buen regalo nupcial
Siendo ella nuestra madrina;
Mas ya me pesa en el alma...
Ortiz. ¡Y á mí!
Petra. Mi orgullo se irrita
De un paso tan imprudente.
Apuesto á que mis mejillas
Están ardiendo. — Pues ¡digo!
Las de usted...
Ortiz. Echando chispas.
¡Si es natural! (¡Voto á briós!)
Petra. ¡Mirarme, soltar la risa
Suponiendo que mi triunfo
Es ilusion ó mentira,
Y sin dejar que me explique
Exclamar hecha una arpía:
« ¿Quién es ella, la muy zafia,
Para aspirar á la dicha
De casarse con Ortiz? »
Ortiz. ¿De veras? (¡Esto varía
De aspecto. No pierdo aún
La esperanza.)
Petra. Yo al oirla,
Bajo los ojos y callo,
Que la vergüenza y la ira
Me echan un nudo á la lengua.
¡Yo zafia, Vírgen santísima!
¡Yo, Petra Alfonsa Barrientos!
Yo, que soy por ambas líneas...
Ortiz. No te sofoques. (Si ahora
La desengaño, me tira
De los pelos.)
Petra. ¡Zafia yo! —
¿Ha estado usted en Menjíbar?
Ortiz. No; pero...
Petra. Pues allí están
Las armas de mi familia.
Un grifo, cuatro calderas...
Ortiz. Sí, sí; ya tengo noticia...
Petra. Mi tio don Baltasar
Maldonado...
Ortiz. (¡Qué ridícula
(*Sonriéndose.*)
Vanidad!)
Petra. ¿Se rie usted?
(*Observándole.*)
Ortiz. Es que... Tengo una alegría...
(Disimulemos.)
Petra. ¡Qué escucho!

Ortiz. ¡Sí, Petra! Mi pecho abriga
Un corazon entusiasta,
Que redobla su energía
Cuando otros menos ardientes
Desmayan y se acoquinan.
Petra. ¿Sí?
Ortiz. Los obstáculos son
La salsa mas exquisita
Del amor. Yo los quisiera
De aquellos que ponen grima;
Grandes, terribles...
Petra. ¡Oh dulces
Palabras que me electrizan!
Ortiz. Como los trabajos de Hércules.
Petra. ¡Ortiz mio!
Ortiz. (¡Pobrecilla!)
¿Y quién se apura por eso?
Lo que urge no es la madrina,
Sino...
Petra. El marido.
(*Con prontitud.*)
Ortiz. La novia.
(*Lo mismo.*)
Petra. Por mí, si quieres que riña
Ahora mismo y nos marchemos
Aunque sea á una guardilla...
Ortiz. No. Todo se compondrá.
Al fin cederá la niña;
Lo espero. Yo la hablaré...
(¡Pues no tiene poca prisa
La Barrientos!)
Petra. Como quieras.
Ortiz. No te des por entendida...
Petra. Bien.
Ortiz. Y hasta el momento crítico
Te aconsejo que suprimas
Cuando haya testigos ese
Tuteo... que es mi delicia.
Petra. ¿Qué plan es el tuyo...?
(*Suena dentro una campanilla.*)
¡Voy!
Ortiz. (¡Qué oportuna campanilla!)
Adios, adios... Hablaremos
Despacio...
Petra. Adios, vida mia.

ESCENA III.

ORTIZ.

¡Ea! sonó el cuarto de hora
De esa pobre. — Y la maldita
Pudiera comprometerme.
¡Vaya, que es rara manía
Figurarse...! Siento pasos. —
Es mi amada Carolina.

ESCENA IV.

CAROLINA, ORTIZ.

Car. Me alegro de ver á usted.
Ortiz. Señorita, siempre estoy
Anhelando...
Car. ¿Estamos solos?
Tenemos que hablar los dos.
Ortiz. (¡Ah cielo!) Solos estamos.
Car. Mi tia...
Ortiz. Al jardin bajó.
Car. Estamos reñidas.
Ortiz. ¿Qué oigo?
¿Puedo saber la ocasion...?
Car. Es mi rival.
Ortiz. ¿Es posible?
¿Desde cuándo?
Car. Desde hoy.
Ortiz. (¿Se habrá prendado de mí
Como la otra?)
Car. El señor
De Marchena...
Ortiz. ¡Ya! Se trata
Del andaluz... (¡Es que soy
Muy necio!)
Car. En un arrebato
De vengativo furor
Se declaró su galan,
Y como es tan embrollon
Que juraria muy serio
Que es de noche haciendo sol,
¡Asómbrese usted!... la pobre
De mi tia le creyó.
Ortiz. ¿Y quién sabe...?
Car. Mas cuando ella
Lo reflexione mejor,
Esa nube que la ofusca
Se disipará veloz.
Ortiz. (Ahora conviene llevar
La contraria.) ¿Qué sé yo?
Cuando el diablo se apodera
De una señora mayor...
Car. Mi tia conocerá
Que esa es una burla atroz,
Infame...
Ortiz. ¿Y si no lo fuese?
Car. Tan jóven y hombre de pro,
¿Iría á buscar Marchena
Consorte en un panteon?
Ortiz. Al fin, aunque entrada en años,
No es ningun monstruo feroz
Doña Liboria. Es muy rica,

Y esta es una tentacion...
Car. Galan que me quiso á mí
¿Pondría en ella su amor?
Ortiz. No trato yo de poner
En absurdo parangon
La tia con la sobrina.
¿Quién compara el arrebol
Del alba con las tinieblas
Y la zarza con la flor?
Pero no todos los hombres
Son iguales, y la voz
Del resentimiendo suele
Ahogar la de la razon.
Car. ¡Qué sofístico está usted!
¡Qué sutil procurador
De malas causas!
Ortiz. Señora...
(¡Armas contra mí la doy!
En nada acierto.)
Car. No es mucho
Que defienda con calor
Semejante extravagancia
Un hombre que, acá inter nos,
Ama con tan poco gusto
Y con tan poca ambicion.
Ortiz. ¡Ah! ¿Lo dice usted por Petra?
Ese ha sido un *quid pro quo*.
Esa muchacha está loca,
O alguna conjuracion,
Algun... ¡Por Dios, Carolina,
No la crea usted, por Dios!
Car. (¡Pobre mozo!)
Ortiz. ¿Quiere usted
Que la llame y...?
Car. No, señor.
¿Qué me importa á mí...?
Ortiz. No es ella
Quien reina en mi corazon.
Otra...
Car. Bien. Siéntese usted.
(*Interrumpiéndole.*)
Ortiz. ¿Yo?... ¿Dónde...?
(*Desconcertado.*)
Car. A la mesa.
Ortiz. Voy.
(*Lo hace.*)
Car. Será usted mi secretario
De cámara...
Ortiz. Tanto honor...
Car. Tome usted papel y pluma.
Ortiz. Muy bien está. (¡Qué intencion
Podrá ser la suya?) ¿Carta
Para alguna amiga?
Car. No.
Es carta para un galan.
Hágame usted el favor
De escribir lo que yo dicte.
Ortiz. (¡Un galan! ¿Si seré yo?)
Car. « Señor don Pedro Marchena. »
Ortiz. ¿Cómo? (*Vivamente.*)
Car. Yo hablo en español. —
« Señor don Pedro... »
Ortiz. « Don Pedro... »
(*Escribiendo.*)
Car. « Marchena. »
Ortiz. (Sin remision
Le va á despedir.) « Marchena. »
Car. « Mi apreciable amigo. »
Ortiz. (¡Ah! ¡Soy
Perdido!) ¿Apreciable?
Car. Sí.
Ortiz. « Amigo. »
Car. « Hay culpas que son
Imperdonables. »
Ortiz. (¡Bien! ¡Bien!)
Car. « Pero podré sin rencor
Escuchar... »
Ortiz. (¡Malo!) « Escuchar. »
Car. « Los descargos de usted. »
Ortiz. (¡Oh!...)
« Descargos de usted. »
Car. « Y acaso
Perdonarle... »
Ortiz. (Yo me voy
A desmayar.) « Perdonarle... »
Car. ¡Qué torcido va el renglon!
(*Acercándose.*)
Ortiz. ¡Tengo hoy un pulso tan malo!...
Vea usted...
Car. Eso al doctor. —
Acabemos el período.
« Si luego que dé el reloj
Las nueve... »
Ortiz. (¡Ay Dios!)
Car. « Viene usted
A pedirme absolucion. »
Ortiz. ¡Pero esto es darle una cita!
Car. Claro está que se la doy.
Escriba usted.
Ortiz. (¡Ah!) « Las nueve... »
Si aun le tiene usted amor,
¿Por qué escribirle de mano
Ajena?
Car. Esta precaucion
Puede ser útil. Jamás
Ha visto mi letra.
Ortiz. ¿No?
Pero conoce la mia.
Car. ¡Oh! ¡Cuánta contradiccion!
Pues bien; ponga usted: « *Post data.*
No escribo yo misma por... »
Ortiz. « *Post data.* »
Car. ¿Por qué diremos?
Ortiz. (¡Triste de mí!)
Car. « Porque estoy

Sangrada. »

Ortiz. ¿Sí? ¿De qué mano?

(*Asustado.*)

Car. De ninguna de las dos.

Ortiz. ¡Ah! Creí...

Car. ¡Feliz idea!
Vendrá muerto de dolor...

Ortiz. « Sangrada. »

Car. Y tierno, amoroso
Como nunca.

Ortiz. (¡Maldicion!)
Y cuando muerta lloraba
La esperanza que abrigó,
Oirá el dulce *sí*...

Car. Al contrario;
Un *no* de marca mayor.

Ortiz. ¿Qué oigo! ¡Carolina!

(*Con alegría.*)

Car. Quiero
Castigar su presuncion;
Despreciarle, escarnecerle,
Y que aprenda desde hoy
A conocer el menguado
Quién es él y quién soy yo. —
Mi nombre debajo; el sobre;
Que lleve pronto Muñoz
El billete y... — Muchas gracias,

(*Sonriéndose.*)

Señor secretario. Adios.

ESCENA V

ORTIZ.

¡Soy dichoso! Le aborrece.
Quiere postrarle á sus piés
Para tratarle después
Con el baldon que merece.
No temo ya cual temí
Que un rival mi bien destruya.
En cada derrota suya
Veo un triunfo para mí.
¡Tanta franqueza conmigo
Cuando mi pecho la adora
Y sé yo que no lo ignora,
Que harto sin hablar lo digo!...
Mas tan extraño rigor
De zelos puede nacer,
Y Carolina es mujer,
¡Y no hay zelos sin amor!
Si le mira con desprecio,
¿Por qué á verle no renuncia?
El desprecio no se anuncia
Con un temporal tan recio.
No me fio de su saña,
Que, ciegos por la pasion,
Nuestro mismo corazon
Muchas veces nos engaña.
Si me ama, ¡bendito Dios!;
Si ama á otro, me aniquila;
Mas si entre los dos vacila,
¿Quién vencerá de los dos?
Quizá su perdon no alcance
El orgulloso Narciso,
Pero ¡esa cita!... Es preciso
Evitarla á todo trance.
Con gemir como un pobrete
¿Qué hago yo? El papel de tonto. —
Intriguemos... Por de pronto,
Yo no le envio el billete.
Veremos qué viento sopla...
¡Ah, qué idea! ¡Singular!
Pongamos en su lugar
Los fragmentos de la copla.

(*Los saca.*)

Aquí están. ¡Fuera pereza!

(*Les pone una cubierta.*)

Cuando rompa el sobrescrito
Y los vea, — ¡pobrecito! —
Se va á quedar de una pieza.

(*Toca la campanilla y luego escribe el sobre.*)

Ahora con mano veloz
Finjo letra de mujer...
¡Perfectamente! ¡Oh placer!

(*Entra un criado.*)

Toma esta carta, Muñoz.
(¡Oh ventura! No habrá cita.)
Llévala al instante (¡Pobre
Marchena!) á quien dice el sobre.
Lo manda la señorita.

(*Vase el criado con la carta.*)

Si yo no canto victoria,
Al menos la hermosa prenda
No será de aquel fachenda...
¿Qué traerá doña Liboria?

ESCENA VI.

DOÑA LIBORIA, ORTIZ.

Lib. Vamos á tener los dos
Un rato de conferencia,
Amigo Ortiz.

Ortiz. En buen hora.
Nadie como yo desea
Complacer á usted...

Lib. Mil gracias.

Hábleme usted con franqueza.
¿Cree usted que una mujer
Que frisa ya en los cincuenta
Puede pensar sin escándalo
En dar que hacer á la iglesia
Casando en segundas nupcias
Con un prójimo de treinta?
Ortiz. Sí creo, si, como usted,
La contrayente conserva
En otoño sazonado
Ambientes de primavera.
Lib. Cuidado, señor de Ortiz,
Que yo no pido halagüeñas
Lisonjas, sino consejos...
Ortiz. Lo digo de todas veras.
(La adularé, que es preciso.)
No dude usted que hay bellezas
Estacionarias. Las damas
Como usted no tienen fecha.
Lib. (Ya son dos los que lo afirman.
Tal vez el espejo mienta.)
Pero con mi fecha y todo,
Que es positiva y auténtica,
¿Cree usted que, prescindiendo
De si tengo ó no talegas,
Haya un jóven tan filósofo
Que por consorte me quiera?
Ortiz. Sí creo, que en este siglo
De las luces nos presenta
Fenómenos singulares
La sabia naturaleza.
Lib. ¿Cree usted que ese filósofo
Sea don Pedro Marchena?
Ortiz. Sí creo, y confieso, y juro,
Que ha dado mas de una prueba
De buen gusto...
Lib. Con efecto.
Mi sobrinita es muy bella,
Y fuera temeridad
Ponerme yo en competencia...
Ortiz. ¿Y por qué no? ¿Es por ventura
Esa niña alguna Elena,
Alguna Venus? (¡Ay Dios,
Si Carolina me oyera!)
Lib. ¡Tiene veinte años!
Ortiz. ¿Qué importa?
No es su hermosura de aquellas
Que llamo yo... impermeables...
(¡Maldita sea mi lengua!)
Perennes... La especie humana
Cada dia degenera,
Y hay complexiones... (No sé
Lo que me digo.) En fin ¡si ella
No le quiere!...
Lib. ¿Usted presume...?
Ortiz. ¡Oh! Lo sé con evidencia.
Me lo acaba de decir:
Le tiene por un babieca.
Lib. Pues en eso se equivoca.
Vivo es como una centella.
Ortiz. Sí, señora; y muy galan,
Muy donoso... (¡Qué blasfemia!)
Lib. ¡Interesante figura!
Ortiz. ¡Mucho! (¡Quemada la vea!)
Lib. Si es verdad que no le quiere...
Ortiz. ¡Nada! Y dice que se alegra
De que case con usted,
Pues con eso se liberta...
Lib. No puede ser. ¡Si decía
No ha mucho que era grotesca
Y extravagante la boda,
Y me puso esta cabeza
De reflexiones morales
Y físicas...! ¡Santa Tecla!
Ortiz. Es porque entonces no estaba
Convencida de ser cierta
La pasion de ese individuo.
Ahora ya no duda de ella.
Lib. ¿De quién sabe...?
Ortiz. De él, de usted,
De mí, de la casa entera,
De todo Madrid. ¡Si ya
No se habla de otra materia
En los cafés, en la bolsa!...
(Esto es mentir sin conciencia.)
Lib. Luego ¿él se lo dice á todos...?
Ortiz. ¡Y estoy viendo que lo inserta
En los diarios!
Lib. ¡Me va
A comprometer!
Ortiz. ¡Simpleza!
No hay compromiso tratándose
De relaciones honestas...
Lib. ¿Quién lo duda? En esta carta
Bien claramente lo muestra.
Léala usted. (*Se la da.*)
Ortiz. «Cara esposa...» (*Leyendo.*)
Ya da la cosa por hecha.
¿No decía yo...?
(*Sigue leyendo para sí.*)
Lib. Temiendo
Que se repita la escena
De esta mañana, me pide...
Ortiz. Si; ya lo veo; una audiencia
(*Volviendo la carta á doña Liboria.*)
Reservada; y es preciso,
Forzoso que usted acceda...
Lib. No acabo de decidirme.
¡No sea que me arrepienta
Luego...!
Ortiz. No hay motivo, que es
Muy caballero Marchena,
Y no seria capaz
De atropellar... (á una vieja.)
Lib. No es mi honor el que peligra;

Basta que yo lo defienda;
Sino el concepto en que estoy
De mujer prudente y cuerda. —
Aun siendo cierto el cariño
Que don Pedro me pondera
Quién me libra de las sátiras
De mujeres y poetas?
Ortiz. Ni poetas ni mujeres
Impedirán que usted sea
Venturosa.
Lib. ¿Y si don Pedro
Me engaña?
Ortiz. No hay apariencia
De tal cosa. — Y sobre todo,
Señora, el que no se arriesga
No pasa la mar. Las truchas
A pié enjuto no se pescan...
Ni se muere cada dia
Un obispo. El tiempo vuela;
La ocasion es calva...
Lib. Cierto;
Y andarse con etiquetas
A mi edad...
Ortiz. Es bobería.
Lib. Y ello, hay que darle respuesta...
Ortiz. Pronto se escribe un billete.
Aquí hay papel, tinta, oblea...
Lib. ¿Un billete? No me atrevo,
Que si es todo estratagema
Y él obra de mala fe...
Ortiz. ¡Válgate Dios...! ¡Àh! Una idea.
Escriba usted de su puño
Sin nombre y sin cruz ni fecha:
« Esta noche en el jardin. »
Lib. ¡Bien! A estilo de comedia
De Tirso ó de Calderon.
Ortiz. Pues ¡vamos!
(*Llamándola á la mesa, y ofreciéndola una pluma.*)
Lib. Con que él me entienda,
(*Yendo á la mesa.*)
Es lo bastante. (*Escribe.*)
« Esta noche
En el jardin. »
Ortiz. Bien. Se cierra,
Se le pone el sobrescrito...
Lib. No. Para mayor reserva
(*Cerrando el billete y poniéndole oblea.*)
rá sin él.
Ortiz. (¡Tanto escrúpulo!...)
Corriente.
Lib. Ya está.
Ortiz. Pues venga.
(*Tomando el billete.*)
Lo haré llevar al momento...
(*Yéndose.*)
Lib. ¡Oiga usted! ¡Que no lo sepa
Carolina!
Ortiz. Pierda usted
Cuidado. (Todo se arregla
A pedir de boca. Luego...
¡Salga el sol por Antequera!)

ESCENA VII.

DOÑA LIBORIA.

¡Ay! De pensar en la cita
El corazon me palpita.
Cual si luciera otra vez
En la vejez
Mi lozana primavera,
Huirá del alma el esplin
Con la dicha que me espera
Esta noche en el jardin.

Noche, tu curso apresura;
No retardes mi ventura.
Los ojos del andaluz
Sean mi luz,
Y su grata voz mi gloria
Cuando tierno paladin
Me diga: te amo, Liboria,
Esta noche en el jardin.

Caro difunto Melquiades,
Duerme en paz y no te enfades.
¡Tantos años de viudez!...
¡Qué pesadez!
Perdona si al largo duelo
Pone tu Liboria fin;
Perdona si me consuelo
Esta noche en el jardin.

Mas si al cabo de mis años
Lloro pesares y engaños;
Si esto se vuelve después
Un entremés;
Si el galan dice: no hay mus,
Mentí como un galopin,
Me va á dar un patatús
Esta noche en el jardin.

No, que Marchena es hidalgo
Y sabe lo que yo valgo,
Y no ha de hacerme traicion
Mi corazon.
¡Ah! Ya estoy fuera de quicio
Con la boda y el festin
Y el... Voy á perder el juicio
Esta noche en el jardin.

ACTO QUINTO.

—

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.

Venganza mia, ya tarda
Tu ansiado triunfo halagüeño.
¡No sabe lo que le aguarda
El compadrito rondeño!
Ya arrodillado le miro
Con amante contricion
Entre uno y otro suspiro
Implorar mi compasion. —
Me ama, sí; la imágen mia
Reina absoluta en su pecho,
Y se burla de mi tia
O no sabe lo que ha hecho. —
Mas si arrepentido llora,
¿Por qué le reservo un no?
Mas si en efecto me adora,
¿Por qué le aborrezco yo?
Si él se muestra vengativo
Es porque yo fuí cruel.
¡Era tan leve el motivo
Que me indispuso con él!...
Yo culpé su indiscrecion,
Pero ¿soy yo mas discreta?
Él no fuera fanfarron
Si yo no fuese coqueta.
Cuando en su plácido error
Tuvo por seguro el sí,
Fué en él exceso de amor
Lo que fuera orgullo en mí;
Y bien merece mi indulto
El galan que en su demencia
Creyendo hacerme un insulto
Se ha impuesto una penitencia;
Que mostrarse ébrio de amor
Por una vieja, aun en broma,
Es penitencia mayor
Que ir descalzo de aquí á Roma —
Pero otro amante mas fino,
Aun perdida la esperanza,
No hiciera tal desatino
Ni de veras ni de chanza.
Ahí está ese pobre Ortiz
Que, amándome con delirio,
Ni siquiera el infeliz
Se queja de su martirio.
¡Para que él pudiera el cuello
A otra mujer humillar!
¡Para que él dijera aquello
De la infame circular!
¡Oh! Si amor diese la palma
Al mas rendido y mas fiel...
El otro tiene mas alma...
Pero ¿quién se fia de él?
No obstante, él me amó primero,
Y al cabo... la antigüedad...
Es bizarro caballero
En persona y calidad. —
Pero Ortiz es como un oro,
Y sus prendas... ¡Justo Dios!
¿Cuanto va á que me enamoro...
De cualquiera de los dos?
No sé qué pasa aquí adentro.
¿Quién vencerá?... ¡Dios lo sabe!...
Pero ello es que yo me encuentro
En una crísis muy grave;
Y voy perdiendo la calma,
Y ya con grito importuno —
¡Ay! — me está diciendo el alma...
Que es fuerza querer á alguno.

ESCENA II.

CAROLINA, PETRA.

Petra. (Dios la ampare, si se aflige.)
¡Ay señorita! ¡Oh maldad!...
Car. ¿Qué hay?
Petra. (Pero mi Ortiz lo exige...
Y no comprendo en verdad...)
Car. ¿No hablarás?
Petra. ¡Tengo una pena!
¿No esperaba usted — ¡Aleve! —
Al caballero Marchena?
Car. No tardará. Son las nueve.
Petra. Pues le espera usted en vano.
Le he visto junto á la noria
Del jardin.
Car. ¿Sí?
Petra. Mano á mano...
Car. ¿Con quién?
Petra. Con doña Liboria.
Car. ¡Eh! Casualidad...
Petra. ¡Que no!
El galan pidió una cita...
Car. ¿Y mi tia se la dió?
Petra. ¡Sí señora, señorita!
Por detrás de los enebros
Los ví. Están como unos topos.
Él decía ¡unos requiebros!...
Y ella... ¡vaya; unos piropos!...
Car. ¡Cómo!...
Petra. ¡El diantre de la vieja!
Car. Vamos, ¡si no puede ser!
Yo no...

Petra. Si abre usted la reja
Desde aquí los puede ver.
Car. ¡Oh! Sí. Retira esa luz.
(*Abriendo la reja.*)
Observaré sin ser vista...
Petra. ¡Al fin hombre y andaluz!
(*Retirando la luz.*)
(*Abierta la reja, aparecen sentados en un banco del jardin doña Liboria y Marchena, mostrando en los ademanes que es muy animada su conversacion.*)
Car. Allí están. ¡Ah! Dios me asista!
Petra. ¿Quiere usted mas regocijo?
Car. ¡Y mi tia se enamora...!
Petra. Toda mujer, como él dijo,
Tiene su cuartito de hora.
Car. ¡Su cuartito de hora! ¿Y cuándo
Te lo dijo?
Petra. Esta mañana.
Por cierto que estaba hablando
De usted...
Car. Cierra esa ventana.
(*Con enfado.*)
(*La cierra Petra.*)
Petra. Y aun por eso yo presumo
Que él ha tendido la red
A la tia...
Car. (¡Me consumo!)
Petra. Para dar zelos á usted.
Car. ¿Zelos yo? ¡Qué disparate!
Petra. Y que al fin tierna y sumisa...
Mas ¡qué error! ¡Un botarate
Como él!... — A mí me da risa.
(*Riéndose.*)
Ria usted tambien...
Car. Sí, sí...
(*Con risa forzada.*)
Petra. De ese amor de chirinola.
Car. Sí; pero... vete de aquí,
Que quiero reirme sola.
Petra. (Rabiando está. Dios es justo.)
(*Vase por la puerta de la izquierda, que queda entornada.*)

ESCENA III.

CAROLINA.

Si es cierto que ama á mi tia,
¡Digo que es hombre de gusto!
Vamos, yo le arañaría.

ESCENA IV.

CAROLINA, ORTIZ.

Ortiz. Carolina, buenas noches.
(*A la puerta de la derecha con el album.*)
Si usted me da su permiso...
Car. Sí, sí; éntre usted.
Ortiz. Como sé
(*Acercándose.*)
Que don Pedro no ha venido
A la cita..., ni vendrá,
Porque en el jardin le he visto...
Car. Sí; ya sé...
Ortiz. En dulce coloquio
Con doña Liboria...
Car. ¡Indigno!
Ortiz. Aprovecho esta ocasion
Para venir con el libro...
Car. ¡Ay, Ortiz! Estoy volada.
No se logró mi designio.
No me vengo de un villano...
Ortiz. Sí tal. O es cierto el cariño
Que muestra á doña Liboria,
Y en la culpa va el castigo;
O lo finge, y es peor,
Que, como dice el antiguo
Refran: al que escupe al cielo
En la cara...
Car. Eso es muy lindo,
Pero yo quiero vengarme;
Yo misma, ¡y no lo consigo!
Y en mi casa y á mis ojos,
Sea ó no sea artificio,
A otra mujer galantea,
Y para mayor ludibrio
Tiene en su poder mi carta,
¡La carta en que yo le cito!
Esto me inquieta, me aflige,
Me desespera. No aspiro
A su amor. En hora buena
Sea cortejo, ó marido
De quien quiera... ¿Qué me importa?
Pero ¡mi carta, Dios mio!
Ortiz. Sosiéguese usted. La carta
Descansa en este bolsillo.
(*La saca y Carolina la toma.*)
Car. ¿La ha devuelto?
Ortiz. No, señora.
Es que... no la ha recibido.
Car. ¿Así cumple usted mis órdenes?
Ortiz. Doña Liboria me dijo
Que esperaba en el jardin
A su Marchena querido,
Y por no exponer á usted

A un desaire...
Car. Ese peligro
Era quizá imaginario.
Ortiz. A la prueba me remito. —
Mas si lo que usted quería
Era humillar al altivo
Andaluz, completamente
Su deseo se ha cumplido.
Car. ¿ De qué modo?
Ortiz. Un pensamiento
Me ocurrió muy peregrino,
Y sin vacilar lo puse
En práctica.
Car. No concibo...
Ortiz. Detrás de la mesa estaba
Hecha doscientos añicos
Aquella nefanda copla
Que usted con justo motivo
Arrancó del *album*.
Car. Bien;
¿Y qué?
Ortiz. Bajo un sobrescrito
Le remití los pedazos...
Car. ¡ Qué oigo! ¿Con recado mio?
Ortiz. Claro está.
Car. ¡ Es muy singular
El interés que yo inspiro
Al señor de Ortiz!
Ortiz. Señora,
Yo sentiría infinito
Haber errado...
Car. (Me quema
Con ese aire de novicio.)
Ortiz. Mas para enmendar mi error
Hay un medio muy sencillo.
Del cambio de los papeles
Discúlpese usted conmigo,
Y envíele...
Car. ¿Qué?
Ortiz. La carta...
Car. ¡Sí; á buena hora!
Ortiz. El camino
Desde aquí al jardin no es largo.
Car. ¡ Pues ya!
Ortiz. Se pide permiso
A doña Liboria...
Car. ¡ Dale!
¡ Si no quiero! ¡ Qué suplicio!
Ortiz. Ya que está usted tan airada
Contra mí...
Car. No.
Ortiz. Me retiro.
Car. No, señor. Quédese usted.
Ortiz. Entiendo. Será preciso
Que usted se vengue en alguno.
Car. Sí, señor.
Ortiz. Pues me resigno
A ser la víctima.
Car. ¿Usted?...
Ortiz. Si es tan grave mi delito...
Car. ¡ No tal! Usted procedió
(*Con ironía.*)
Con la inocencia de un niño.
Ortiz. Señorita...
Car. ¿ A ver? Veamos
El dibujo...
Ortiz. (¡ Llegó el crítico
(*Abriendo el* album.)
Momento!)
(*Da á Carolina el* album *abierto, y en seguida toma una luz para alumbrar con ella.*)
Aquí está.
Car. Una jóven,
(*Examinando el dibujo.*)
Con aire contemplativo,
Puesta en el pecho una mano
Y otra en la frente...
Ortiz. Eso mismo.
Car. ¡ Cómo se parece á mí!
Ortiz. Es muy posible. He querido
Pintarla muy bella.
Car. ¡ Vaya,
Que es donoso el estribillo!
En todo lo que usted pinta
Danza mi cara.
Ortiz. ¡ Si es vicio
Que ha tomado ya la mano!
Nunca podré corregirlo.
Car. ¡ Ortiz!... —Prosigo. Dos genios
La cercan. Con ceño esquivo
Y fiero ademan, el uno
Alza la frente al Empíreo. —
¿ Quién es este caballero?
Ortiz. El orgullo. Así lo pinto...
Car. ¡ Señor de Ortiz!
Ortiz. Todo es pura
Alegoría. Caprichos
De pintor...
Car. El otro genio
Se da cierto aire á Cupido
Y está á los piés de la ninfa
Como pidiendo un asilo...
¿Quién es está criatura?
Ortiz. Si usted le ha reconocido
Será el amor; y si no,
Cualquier pelon del hospicio.
Car. ¡ Ortiz!... —A cierta distancia
Un caballero distingo
Con aire ufano y sonrisa
De triunfo. —¡ Calle! ¡ Es el vivo
Retrato del andaluz!
Ortiz. Tal vez. Yo he pintado *ad libitum*...
Car. ¡Señor de Ortiz!... — Con el dedo

Muestra hácia el opuesto sitio
Un reloj; pero una nube
Se lo oculta.

Ortiz. Está entendido.

Car. Y entre tanto una figura,
Que lleva por distintivo
Corona y palma, se escapa
De sus manos.

Ortiz. A mi juicio,
Esa es la victoria.

Car. ¡Ortiz!...

Ortiz. ¡Carolina!

Car. ¿Y qué destino
Tiene aquí el reloj?

Ortiz. Ninguno.
Sirve de adorno.

Car. (¡Habrá pillo!...)
Apunta las nueve y cuarto...,
¡Y esa hora tiene el mio!

Ortiz. ¿Sí? Casualidad...

Car. ¡Ortiz!
Con gesto humilde y contrito
A estotro lado hay un jóven...

Ortiz. (¡Ahora pierdo los estribos!)

(*Queda en la actitud que va á describir Carolina.*)

Car. Con una mano en el pecho;

(*Mirando á Ortiz furtivamente.*)

Y al parecer tiene fijos
Con suma inquietud los ojos
En el reloj consabido.

Ortiz. ¡Ah!

Car. Pero ¿qué tiene usted,
Que se le escapa un suspiro
Y tiembla como el azogue?

Ortiz. Nada... ¡Estos nervios malditos!...

Car. ¡Se le cae á usted la luz
De la mano!

Ortiz. Ya la afirmo...

Car. Mejor estará sobre ese
Velador.

Ortiz. Es positivo.

(*Muy turbado.*)

(*Pone la luz en el velador que estará inmediato á la reja.*)

Car. ¿Se pone usted malo?

Ortiz. No;
Pero el calor del estío...
Ya se me pasa.

Car. Abriremos
La reja.

(*Abre la reja y quedan los dos enfrente de ella. Vuelve á descubrirse la pareja del jardin. Marchena mira al gabinete y gesticula con muestras de la mas viva inquietud. Doña Liboria procura ocupar su atencion, pero solo lo consigue momentáneamente. Petra asoma la cabeza por la puerta de la izquierda, la vuelve á retirar al instante, y repite esta accion varias veces hasta el fin de la escena.*)

¿Siente usté alivio?

Ortiz. ¡Oh! Sí, señora. (Nos ve
Mi rival. ¡Qué compromiso!)

Car. Acabe usted de explicarme
El dibujo. Este individuo
¿Quién es? Yo no reconozco
Sus facciones.

Ortiz. (¡Jesucristo!...
¿Está ciega?)

Car. Este es, sin duda,
Un personaje ficticio,
Ideal.

Ortiz. Eso; sí; un ente

(*Desanimado.*)

De razon.

Car. El pobrecillo
¡Mucho debe de sufrir!

Ortiz. ¡Oh! ¡Sí, señora; muchísimo!

Car. Pero como está pintado...
Y tiene cerrado el pico,
¡Vaya usted á averiguar
La causa de su martirio!

Ortiz. ¡Carolina!...

Car. Pero usted
No ha pintado sin designio
Esta escena.

Ortiz. ¡Carolina!

Car. Y ya tendrá concebido
En su mente el desenlace.

Ortiz. Yo esperaba que el divino
Ingenio de usted...

Car. ¡Eh! Nunca
Descifré yo logogrifos.

Ortiz. El drama puede tener
Dos desenlaces distintos.

Car. ¿Dos desenlaces?... Entiendo.
El adverso y el propicio; —
El clásico y el romántico.

Ortiz. (¡Ah! ¡se rie! Soy perdido.)

Car. Pero el uno de los dos
Habrá de ser mas legítimo,
Mas verosímil que el otro.—
Podríamos divertirnos
Representándolo. — Vamos;
Yo soy ella; yo adivino
Lo que piensa. Usted ahora

(*Con el dedo en el dibujo.*)

Saque á este pobre del limbo.

Ortiz. Pues bien; figúrese usted
Que el amante...

Car. ¡Ah, picarillo!

Con que ¿es un amante? Ya
Lo había yo presumido.
Ortiz. Suponga usted que el amante
Postrado á los piés de su ídolo...
Car. Señor de Ortiz, yo no puedo
Suponer lo que no he visto.
Ortiz. ¡Carolina! ¡Carolina!
(*Arrodillándose*.)
(*Marchena se levanta muy azorado. Petra se asoma, suspira y observa angustiada. Doña Liboria se queda sentada con muestras de sorpresa y abatimiento.*)
Petra. (¡Ah!...)
Car. ¡Bravo! Y ahora el amigo
¿Qué dice?
Ortiz. ¡Mi bien! ¡Mi gloria!
¡Yo te adoro!
Petra. (¡Ah!)
Car. ¡Muy bien dicho!
(*Riéndose*.)
Y ella ¿qué responde?
Ortiz. ¡Ay! ella
Se burla de su delirio.
Le desprecia, le aborrece,
Le sepulta en el abismo;
Y él se levanta (*Lo hace*.)
resuelto
A terminar su conflicto
Dándose muerte...
Car. Y no puede...
(*Riéndose*.)
Porque no tiene un cuchillo
A mano, y porque la dama
Quiere que viva cien siglos...
Ortiz. Mil gracias.
(*Con sarcasmo, yéndose*.)
Car. Y le detiene
Entre sus brazos cautivo.
(*Se abrazan*.)
Ortiz.
Petra. } ¡Ah!
March.
(*Después de su exclamacion, que ha de oir el público, desaparece Marchena corriendo, y un momento después le sigue doña Liboria*.)
Lib. ¡Eh!
(*Llamando á Marchena*.)
Car. Me hacen ventura
Este abrazo... y aquel grito.
(*Señalando hácia el jardin*.)

ESCENA V.

CAROLINA, ORTIZ, PETRA.

Ortiz. ¡Oh delicioso momento!
Petra. ¡Ah, traidor! ¿Cumples así
Tu amoroso juramento?
Ortiz. Hija...
Car. ¿A qué vienes tú aquí?
Petra. A poner impedimento.
Ortiz. Ya dió tu máquina al traste,
Muchacha, y si no te enojas
Te diré que equivocaste
Los frenos...
Car. Y que tomaste
El rábano por las hojas.
Petra. ¡Oh rubor! ¿Con que el almíbar
De mi risueña esperanza
Se ha convertido en acíbar?
Ortiz. Mano plebeya no alcanza
Al escudo de Menjíbar.
Petra. Yo...
Car. Calle la impertinente.

ESCENA VI.

CAROLINA, ORTIZ, PETRA, MARCHENA.

March. Aquí estoy yo,—¡y arda Troya!
(*Entra apresurado*.)
¡Abrazar á un escribiente!
Esto ¿es verdad, ó es tramoya?
Háblame usted francamente.
Car. Este es mi marido.
March. ¿Sí?—
Pues que sea en hora buena.
Lo decía porque á mí
No me gustan... (¡Me perdí!)
Chanzas pesadas.

ESCENA VII.

CAROLINA, ORTIZ, PETRA, MARCHENA.
DOÑA LIBORIA.

Lib. ¡Marchena!
(*Llega jadeando*.)
March. (¡Maldita vieja!) Señora...
Lib. Esa fuga repentina...
March. ¡Perdon!... (Esto acaba ahora
Como se acabó en Medina
El rosario de la Aurora.)

Lib. ¡Dejarme plantada allí!...
March. Señora, fuí cuerdo ayer;
Hoy loco. ¡Perdon! Mentí...
Lib. ¡Qué infamia!
March. ¡Cómo ha de ser!
Tambien me han plantado á mí.
Lib. Ya en el jardin yo advertía
Mi necio y pueril error,
Y pues fué la culpa mia,
No me irrita el desamor,
Sino la descortesía.
March. Cien veces y de cien modos
Pido perdon y confieso...
Lib. Basta. (*Con gravedad.*)
March. Ese diablo travieso
(*Mostrando á Carolina.*)
Tiene la culpa, que á todos
Nos hizo perder el seso.
Yo no siento la entruchada,
Que mi gozo es verme libre;
Mas ¿qué ha hecho usted, camarada,
Para desbancar — ¡no es nada! —
A un hombre de mi calibre?
Ortiz. ¡El lance ha sido estupendo!;
Mas recuerde usted la arenga
Que siempre está repitiendo.
March. ¿Cuál?
Ortiz. No hay mujer que no tenga
Su cuarto de hora.
March. Ya entiendo.
Car. Como acechaban el mio
Dos galanes...
March. Sí; él y nos.
Car. El mas listo de los dos
Fué dueño de mi albedrío.
March. Entiendo... y me largo. Adios.

ESCENA VIII.

CAROLINA, DOÑA LIBORIA, ORTIZ, PETRA.

Petra. ¡Ay! ¡Tambien mi cuarto de hora
(*Llorando.*)
Llegó, y con sal y pimienta!
¡Una Escalona! ¡Qué afrenta!
¡Una Barrientos!... — ¡Señora!...
(*Con altivez á Carolina.*)
Ajústeme usted la cuenta.
(*Llorando otra vez.*)

ESCENA ULTIMA.

CAROLINA, ORTIZ, DOÑA LIBORIA.

Car. Y ahora ¿qué dice mi tia?
¿Salió lo que yo decía?
Lib. Pequé tambien ¡pesia tal!
Mas ¿quién se libra, hija mia,
De un cuarto de hora fatal?
Mi amor propio se lastima
Del desengaño que llora;
Pero en verdad, causa grima
Que sueñe cuartitos de hora
La que ¡tantos! tiene encima.
Por dicha, pasó el chubasco;
Y aunque me causa rubor,
Dios me venga de un traidor;
Que, si grande fué mi chasco,
El suyo ha sido mayor.

LA BATELERA DE PASAJES,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 13 DE ENERO DE 1842.

PERSONAS.

FAUSTINA.	UN AYUDANTE.
PETRA.	UN CAPELLAN.
PABLO.	UN CIRUJANO.
BUREBA.	BATELERAS.
BRIONES.	SOLDADOS.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la ensenada del puerto de Pasajes, tomada desde el punto llamado La Herrera, camino de San Sebastian. — Empieza à amanecer.

—

ESCENA PRIMERA.

FAUSTINA, PETRA.

(*Aparecen en un batel en el acto de tomar tierra.*)

Faust. Atraquemos la canoa. —
Así. — Salta.

(*Salta Petra á tierra y ofrece la mano á Faustina.*)

Petra. Salta...
Faust. Quita.
(*Saltando.*)
Soy ágil. — Ahora, Petrita,
Amárrala por la proa.

(*Petra amarra el bote á una piedra.*)

Mucho ha alzado la marea.
Petra. Mas no parece un cristiano
Por la Herrera. Muy temprano
Emprendemos la tarea.
Faust. No pude coger el sueño
En toda la noche.
Petra. ¿No?
¡Pobre Faustina! Pues yo
He dormido como un leño;
Que me tengo por feliz
Ganando mi pan al remo
Y pesadillas no temo
En mi jergon de maíz.
Faust. No fué triste pesadilla
La que en el lecho pajizo
Toda la noche me hizo
Dar vueltas como una ardilla.
Petra. Ya sé yo que á tu valor
No asustan brujas, Faustina,
Y así, pronto se adivina
Que tu desvelo fué amor. —
No te salgan los colores
¡Voto á quién! ni pongas gacha
La cabeza. Una muchacha
¿Qué ha de soñar sino amores?
Faust. Algo de amor halagüeño

Hubo en mi ensueño, es verdad;
Mas ¡ breve felicidad
Es, Petra, la de un ensueño!

Petra. De menos nos hizo Dios.
Cuéntamelo todo; vaya.
Soy tu amiga, y en la playa
Solas estamos las dos.

Faust. Soñé que hablándome al alma,
¡Tentaciones del demonio!,
Me pedía en matrimonio
Un mozo como una palma.

Petra. ¿Sí? No lo achaques al diablo.
Ese duende aparecido,
Con barruntos de marido,
No pudo ser sino Pablo.

Faust. ¿Quién? ¿El pescador de Lezo?

Petra. Ese. Te quería tanto,
Y tan fiel, tan bueno... ¡Un santo!

Faust. Será; mas yo no le rezo.

Petra. Pues si no es Pablo tu amante,
¿Y él solo lo merecía!
Declara por vida mia
Quién es tu galan flamante.
¿Es vascongado ó... nacion?
¿Ginete? ¿Infante? ¿Del tren?
Mas ¿si será? ¡voto á quién!
Grumete de mister John (1)?

Faust. Pica mas alto el galan.

Petra. Alzo pues mi pensamiento.
¿Es cabo tal vez? ¿Sargento?

Faust. Bagatela. ¡Es capitan!

Petra. ¿Un capitan? ¡Voto á sanes!
Déjate de esa quimera.
¡Una pobre batelera
Soñando con capitanes!

Faust. ¿Y qué importa? Mas de dos
Han medrado en nuestros dias
Que... Y no ha mucho que decías:
De menos nos hizo Dios.

Petra. Capitanes y muy bellos
Tendrás siempre que te humanes,
Y algo mas que capitanes,
Pero casarte con ellos...

Faust. Hija, Dios todo lo puede,
Y pues puso en mi magin
Ese... ¿Quién sabe...? Y en fin,
Yo no lo he soñado adrede.

Petra. Si me creyeras á mí,
Que como amiga te hablo,
Solo amarías á Pablo
Que está penando por tí.

Faust. ¿Por qué no tuvo cachaza
Y hoy le amara yo quizás?
¡Y no que sin mas ni mas
Se me atufa y sienta plaza!

(1) *John Hay*, jefe de la escuadrilla inglesa auxiliar en la última guerra civil.

Petra. El pobre echaba la hiel
Por tu cara en tierra y mar,
¡Y no quisiste bailar
Un mal zorcico con él!

Faust. ¡Se daba tan malas trazas...!

Petra. Declaró al fin sus amores,
Y cuando él te daba flores
¡Le diste tú calabazas!

Faust. ¿Y al primer golpe la yesca
Ha de prender sin remedio?
Y á catorce años y medio
¿Sabe una lo que se pesca?
Él se marchó; él se lo pierde.
¿Por qué no esperó el simplon
Á que estuviera en sazon
La fruta que estaba verde?

Petra. Con que, si lleno de fe
Como en los primeros dias
Viniese... ¿Eh? Di: ¿le querrías?

Faust. Eso es lo que yo no sé.
Ahora quizá sea un tuno;
Quizá se haya vuelto feo,
Y aunque... ¡vamos! yo deseo
Dar mi corazon á alguno,
Porque... ¡vaya!... sin ser lince
Cualquiera conoce hoy dia
Que veinte años, Petra mia,
No son lo mismo que quince. —
Pero antes que diga amen,
Ya ves tú, es razon... Porque eso...
Quiero querer; lo confieso,
Mas no sé cómo ni á quién.

Petra. Pues de todo eso se infiere
Que te manda el corazon
Y está muy puesto en razon
Que quieras... á quien te quiere.
Aún no se afeitaba el bozo
Pablito cuando se fué,
Pero hoy está, yo lo sé,
Hecho un arrogante mozo;
Que el hermano de Lupercia
Me dijo ayer en la noria
Que le vió junto á Vitoria
Con un bigote de á tercia,
Y que haciendo mil visajes
Le dijo: « El amor me acosa.
Nunca olvidaré á la hermosa
Batelera de Pasajes. »
Y celebra todo el mundo
Su valor; y ascenderá...
¿Quién sabe cuánto?, que es ya
Todo un sargento segundo.
Quiérele y premia su afan,
Que, segun yo lo concibo,
Mas vale un sargento vivo
Que soñado un capitan.

Faust. El amor no se comercia
Así como así. ¿Su amiga

He de ser porque lo diga
El hermano de Lupercia?
Yo debo quererle; sí,
Pero mi sueño, mi gloria...
Y en fin, él está en Vitoria,
Y el capitan está aquí.
(*Con un dedo en la frente.*)
Petra. Si das en esos extremos...
Bat. ¡Talaralá, laralá!
(*Dentro, cantando.*)
Faust. Pero en sus barcas ligeras
Ya vienen las compañeras
Cantando al són de los remos.

ESCENA II.

FAUSTINA, PETRA, BATELERAS.

Aparecen por el foro hácia la derecha del actor varios bateles, cada uno de ellos conducido por dos remeras, de las cuales unas se quedan á bordo y otras saltan en tierra, y todas cantan el siguiente

CORO.

¡Aprisa, vengan aprisa,
Que en leche la mar está
¡Laralá!
Y fresca como la brisa
Pasará la batelera
Al que quiera y como quiera
De allí para aquí, de acá para allá.
¡Talaralá! ¡laralá!

Bat. 1ª. ¡Hola, ya estabas aquí,
Petra! ¡Y Faustina tambien!
Petra. Está buena la mañana.
Bat. 2ª. Y al que madruga... ¿entendeis?
Dios le ayuda.
Bat. 1ª. Esperarán
A algun parroquiano.
Bat. 2ª. ¡Pues!
Faust. Si espero ó no espero á alguno,
No es cuenta tuya, Isabel.
Bat. 1ª. Bateleras somos todas;
No te debes ofender,
Y acá se embarca de todo
Siempre que nos paguen bien.
Faust. El retintin me ha picado,
No la expresion: ¿está usted?
Bateleras somos todas,
Mas cada cual es quien es,
Y no acostumbra á embarcar
Contrabando mi batel.
Bat. 1ª. Si quieres decir con eso
Que el mio falta á la ley,
Mientes como una bellaca.
Faust. ¿A que te pinto un bauprés
Con este remo?
Petra. ¡Faustina!
(*Conteniéndola.*)
Bat. 1ª. ¡Olgan la rapaza!... Ven,
Ven aquí...
Bat. 2ª. Déjala estar.
(*Conteniendo á la primera.*)
No te comprometas.
Bat. 1ª. ¿Eh?
Bat. 2ª. Tengo para mí que es prenda
(*En voz baja.*)
De un contramaestre inglés.
(*Las bateleras forman corrillo murmurando.*)
Faust. ¿Qué dice esa chusma...?
Petra. Calla
Y desprécialas.
Faust. Sí haré.
Bat. 2ª. Camino de Rentería
Anoche le ví con él...
Bat. 1ª. ¿Qué me cuentas?
Bat. 2ª. (Es embuste,
Pero no la puedo ver.)
La pura verdad os digo.
Petra. Todo es envidia soez,
Faustina, porque tú y yo
Tenemos mejor aquel
Y mejor palmito que ellas,
Y algo las ha de escocer
Que prefieran nuestro bote
De once pasajeros diez.
Faust. Sentémonos á este lado,
Porque sinó, ¡voto á quién...!
Petra. Calla y siéntate.
(*Se sientan sobre unas peñas á su izquierda.*)
Bat. 1ª. Aun por eso
Tiene tantos humos. ¿Veis?
Con Petra hace rancho aparte.
Bat. 3ª. ¿Si esperará que la den
El título de almiranta
De nuestra flota?
Bat. 2ª. Tal vez.
Bat. 1ª. ¡Qué fantasía!
Bat. 3ª. ¡Qué orgullo!
Bat. 2ª. Pues ¿y la Petra? Un furriel...
Bat. 4ª. ¡Al avío, compañeras!
Ya nos envia que hacer
San Sebastian.
Bat. 2ª. Sí; mirad.
Dos pasajeros ó tres

Bajan por la cuesta...
(*Todas miran hácia la derecha.*)
Bat. 1ª. Dos;
Uno á caballo, otro á pié. —
Ea, á formarnos en ala
Como de costumbre.
(*Lo hacen así todas menos Faustina y Petra, mirando siempre al bastidor de la derecha.*)
Todas. Bien.
Bat. 1ª. Y la que adelante un paso
Pagará, y a lo sabeis,
Sagardúa para todas.
Bat. 3ª. ¿No venís?
(*A Faustina y Petra.*)
Faust. No es menester.
Aquí nos quedamos.
Bat. 1ª. Déjalas.
Nos hacen mucha merced.
Bat. 2ª. Ya se acercan.
Faust. ¡Ay, Dios mio!
(*A Petra, levantándose las dos.*)
¡Un capitan!
Petra. Capi... ¿Qué?
Faust. ¡Un capitan! Vamos...
Petra. ¡Quieta!
(*Deteniéndola.*)
No des tu brazo á torcer.
Bat. 1ª. Ya están aquí. El del caballo
Se apea.
Bur. Toma, Ginés,
(*Dentro.*)
El caballo y á la tarde
Vuelve á esperarme con él.
Bat. 1ª. ¡Ya viene! Todas á una,
Y á quien Cristo se la dé
San Pedro se la bendiga.

ESCENA III.

FAUSTINA, PETRA, BUREBA, BATELERAS.

Las Bateleras. ¡A mí! — ¡A mí!
(*Sin moverse de su sitio.*)
Bur. (¡Cuánta mujer!
Bien me han dicho en la ciudad...)
Bat. 1ª. Venga usted á mi batel.
Todas. ¡Al mio! — ¡Al mio!
Bur. Hijas mias,
No he de entrar en cinco ó seis
A un tiempo.
(*Todos le rodean asiéndole de los brazos ó del vestido.*)
Bat. 2ª. ¡Mi capitan!
Bat. 1ª. Alma mia, venga usted...
Bat. 3ª. ¡Al mio, buen mozo!
Bat. 4ª. Al mio,
Que es ligero como un pez.
Bur. ¡Que me estais haciendo trizas,
Maldecidas de cocer!
Bat. ¡Conmigo! — ¡Conmigo!
Petra. ¿Es este
El que soñaste?
Faust. No sé...
Pero es capitan.
Bur. Llevadme,
Y acabemos de una vez,
A bordo de la fragata...
Bat. 1ª. ¿La del comodoro inglés?
Bur. Sí. Traigo una comision
Muy urgente del cuartel
General...
Bat. 1ª. Pues para urgencias
Aquí estoy yo.
Todas. ¡Y yo!
Bur. ¿Quereis
Dejarme en paz? Lléveme una
Y callen todas.
Faust. ¿Iré...?
Petra. ¡Quieta!
Bat. 1ª. Pues usted elija.
Bur. ¡Y que luego me arañeis
Las demás!
Unas. ¡No!
Otras. ¡No!
Otras. ¡Que escoja!
Bur. Sea mi barquera, pues...,
La mas bonita.
Todas. ¡Yo! — ¡Yo!
Bur. ¿Todas sois lindas? ¡Pardiez
Que la modestia me encanta!
Pero lo diré al revés
Y no estareis tan acordes.
Ea, lléveme al bajel
La mas fea.
Todas. ¡Yo! — ¡Yo! — ¡Yo!
Bur. ¡Lo que puede el interés!
Y si digo la mas... bruja,
Contra un duro pongo cien
A que todas me responden:
Bur. y todas. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!...
Bur. ¡Cargue Luzbel
(*Irritado y abriéndose paso por medio de todas.*)
Con vosotras...!
(*Repara en Faustina y Petra.*)
Mas ¿qué veo!
¡Esta sí que es de honra y prez!
(*Se acerca.*)
¿Cómo así tan retirada,
Bella barquera?

Faust. Porque... —
¡Ay Petra! Temblando estoy
(*En voz baja*)
De la cabeza á los piés.
Bur. Tú has de ser mi batelera,
Ya que me dan á escoger.
(*Vuelven á formar coro las bateleras. Bureba habla en voz baja con Faustina y Petra.*)
Bat. 1ª. ¡Ella!
Bat. 2ª. ¡Ya le ha camelado!
Bat. 3ª. ¡Siempre ella!
Bat. 4ª. ¡Suerte cruel!
Bat. 3ª. Mas ya vuelven de la plaza
(*Mirando adentro.*)
Los aldeanos.
Bat. 1ª. ¡Ya! ¡Pche!...
¡Esos pagan á dos cuartos!
Bat. 2ª. ¡Buen viaje vamos á hacer!

ESCENA IV.

FAUSTINA, PETRA, BUREBA, BATELERAS, ALDEANAS, ALDEANOS.

Ald. ¡Un bote!
Otra. ¡Gregoria!
Otra. ¡Juana!
Ald. ¡Atraca!
Otro. ¡Mauricia!
Otro. ¡Inés!
(*Los aldeanos van entrando en los botes y las bateleras disponiéndose á conducirlos.*)
Petra. Ea, ¿no venís?
(*Saltando en su bote.*)
Bur. Espera
(*Deteniendo á Faustina.*)
Que se embarque ese tropel.
Bat. 1ª. ¡Hijas, paciencia y al remo,
Que nunca peseta fué
La que nació para ochavo!
Bat. 2ª. Al remo y cantar y... ¡amen!
(*Las bateleras atraviesan la ensenada conduciendo á los aldeanos y repitiendo el coro de la escena II.*)

ESCENA V.

FAUSTINA, BUREBA, PETRA.

(*Petra permanece dentro del bote.*)

Bur. ¡Bien haya una y mil veces
La playa de la Herrera,
Que cria entre sus peces
Tan linda batelera!
Faust. ¡Vamos al bote!
Bur. Es pronto. —
Así como tú eres,
Debió surgir del Ponto
La diosa de Citeres.
Faust. ¡Vaya...! Me da vergüenza
Tanta lisonja. ¡Calle!
Bur. Con esa rubia trenza
Sobre el airoso talle,
Y el sombrerillo leve,
Que amor formarlo pudo,
Y albo como la nieve
El bello pié desnudo.
Faust. ¡Eh señor!, no comience
A usar esos... lenguajes.
Mas claro es el vascuence
Que hablamos en Pasajes.
Bur. Aunque la espada ciño
Tengo algo de poeta.
Petra. (¿Poeta? ¡Buen aliño!
No tendrá una peseta.)
Bur. ¿Y quién no lo sería
Luego que te mirara?
Que hay mucha poesía
En tu donosa cara.
Faust. Poeta es el maestro
De la vecina escuela,
Y á diestro y á siniestro
Miente que se las pela.
Bur. ¿Quién á no ser un zote
Negaría...? (¡Qué alhaja!)
Petra. Vamos, vamos al bote,
Que la marea baja.
Bur. ¿Cabe ser embustero
Con tan gentil doncella?
Pues ¡qué! ¿soy yo el primero
Que te ha llamado bella?
Faust. Juan me lo llama, y Bruno
El hijo del tendero,
Y Luis... (¡Pero ninguno
Con tanto resalero!)
Bur. Y pongo por testigo
Al cielo ¡oh mi tesoro!
Que la verdad te digo
Si digo que te adoro.
Faust. ¡Tan pronto!
Bur. Asi lo quiso

El hado...
Faust. Esa no cuela.
Bur. Verdad es..., con permiso
Del maestro de escuela.
Faust. No creo yo en la llama
De amor tan repentino,
Que tengo mucha escama
Y usted va de camino.
Suelen así en tinieblas
Dejar los horizontes,
Mi capitan, las nieblas
Que engendran esos montes;
Y el sol antes que llueva
Las borra con su influjo,
O un viento se las lleva
Contrario al que las trujo.
Bur. Si tú mi dicha labras,
No temas sinsabores...
Faust. ¿Quién fia de palabras?
Bur. Pero...
Faust. Obras son amores.
Bur. Obras mi amor sincero,
Si alivias tú mis penas,
Hará...
Faust. Lo creo, pero...
¡Falta que sean buenas!
Petra. ¿Qué esperas? Ven, Faustina.
Faust. Ya voy...
Petra. ¿Quito la amarra?
Faust. Vamos, señor.
Bur. ¡Divina!
(*Queriendo tomar una mano á Faustina.*)
Faust. ¡Quieto! No soy guitarra.
Bur. ¿No me has de dar siquiera
La mano que te pido,
Preciosa batelera?
Faust. ¿La mano? ¡A mi marido!
Bur. ¿Lo tienes ya?
Faust. Yo llamo
Marido al que lo sea.
Bur. ¡Respiro!, porque te amo...
Petra. ¡Que baja la marea!
Bur. Sí, batelera mia,
Y si el amor te humana,
Bien puede ser que un dia
Tú seas capitana.
Faust. No es digna una barquera
De tan ilustre dueño.
(¡Ay Dios, si se cumpliera
Mi regalado sueño!)
Bur. No tanto te rebajes,
Que eres...
Faust. Un pino de oro;
¿Eh?... Vamos á Pasajes
A ver al comodoro.
Bur. Firme como esa peña
Mi corazon ardiente...
Faust. ¿Así se desempeña
La comision urgente?
Bur. Al mal que me devora
Mas urge el sí que imploro.
Faust. Luego... Vamos ahora
A ver al comodoro.
Bur. Partamos. No te inquietes.
Petra. (¡Poder de un uniforme!)
Bur. Pero, en fin, ¿me prometes...?
Faust. ¿Yo? Segun y conforme. —
¡Al bote!
(*Entra de un salto en el batel.*)
Bur. ¡Espera! Temo...
Ligera es como pluma.
Faust. Vamos, que ya mi remo
Riza salobre espuma.
Bur. Yo de su rudo peso
Te aliviaré, bien mio.
Faust. ¡Calle! Él no entiende de eso.
Éntre acá y ¡al avío!
Bur. ¡Tan bella criatura
Remar cual galeote!
Faust. ¡Eh! Somos gente dura
Y es ligerillo el bote.
Bur. ¿Y he de estar yo en el ocio
Cuando...?
Petra. Éntre y no replique.
Faust. ¡Haremos buen negocio
Si usted nos echa á pique!
Bur. Entro, pues.
Faust. No le marre
El pié.
Bur. (De amor me quemo.)
Dame la mano.
Petra. Agarre
La punta de este remo.
Faust. Tome y éntre en el barco.
(*Alarga su mano y tomándola Bureba entra este en el bote. Petra lo desamarra.*)
Bur. ¡Ay mi vida!...
Faust. Es tan porro
(*A Petra.*)
Que se caerá en el charco
Si yo no le socorro. —
Siéntese aquí.
Bur. ¡Faustina!
(*Sentándose en la popa.*)
Petra. No se marée. ¡Tieso!
(*Bureba se acerca cuanto puede á Faustina.*)
Faust. Iremos de bolina
Si no hace contrapeso.
(¡Ay, capitan!...)
(*Preparándose para remar.*)
Petra. ¿Bogamos?

Bur. ¡Faustina! Yo te adoro.
Faust. ¡Chit!... Boga, Petra, y vamos
(*Bogando con la mano derecha y poniendo en la boca el índice de la izquierda.*)
A ver al comodoro.
(*Vuelven á aparecer por el foro las bateleras, ya de vacío, repitiendo el coro de la escena II.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa en este acto y en los restantes el interior de una tienda de campaña, que sirve de cantina en un campamento. Mesa en el foro con botellas, frascos, algunas viandas, cigarros, etc. La puerta que da al campo está á la derecha del actor: á la izquierda habrá otra que conduce á un dormitorio y mas arriba una cocina portátil: á uno y otro lado algunas sillas de lona.

ESCENA PRIMERA.

PABLO.

(*Sentado á la mesa y escribiendo.*)

Papel y tiempo perdido.
Tan inútil será esta
Como la de marras. — « Tuyo
Hasta morir, Pablo Elgueta. »

ESCENA II.

PABLO, BRIONES.

Brion. ¡Hola! ¿Qué se hace de bueno,
Pablo?
Pablo. Escribiendo.
Brion. ¿Las cuentas
De la compañía?
Pablo. No,
Miguel.
Brion. Pues ¿qué?
Pablo. Cuatro letras
Pidiendo misericordia
A la ingrata dulce prenda
Que me tiene vuelto el juicio.
Brion. Pablo mio, si no fuera
Porque soy tu subalterno,
Pues luces ya dos jinetas (1)
Y yo aun tengo el hombro zurdo
Desalquilado á esta fecha,
Te diria, como amigo
Que soy. .
Pablo. ¿Qué? (*Se levanta.*)
Brion. Que eres un bestia.
Pablo. ¿Por qué?
Brion. ¿Quién diablos te manda
Querer á quien no se acuerda
Ni del santo de tu nombre?
¿No me has dicho que porque ella
Te despreció cuando tú
La acusaste las cuarenta,
Cogiste y sentaste plaza
En las filas de la reina?
¿No la escribiste hace un mes
Y aun aguardas la respuesta?
¿No escribiste al mismo tiempo
A toda tu parentela
Con ojepto de abriguar
Si era viva ó si era muerta?
¿Y qué respuso tu hermano?
Que la linda batelera
De la noche á la mañana
Se hizo noche, y malas lenguas
Decían que un oficial
Se la llevó... prisionera.
Pablo. ¿Y qué quieres que te diga,
Briones! Di ya en la tema
De amarla, y la he de querer
Hasta la muerte, aunque sepa
Que se burla de mi afan,
Y en brazos de otro la vea;
Que tengo yo un corazon
Muy testarudo.
Brion. Recuerda
La copla que el cabo Ruiz
Cantó anoche á la vihuela. —
« Amor, no pongas amor
Donde no hay correspondencia... »
Pablo. Ni tú ni todos los Ruices
Del mundo entero me apean...
Brion. « Mira que te quedarás
A la luna de Valencia. »
Pablo. ¡Cállate, hombre! ¡Para coplas
Estoy yo!
Brion. Pues si supieras...
Aquí donde tú me ves,
Si tuviese yo vergüenza,
Cuando estoy echando coplas
Debería echar las muelas. —
Pero, chico, á lo hecho pecho,
Y barajar y... ¡pacencia!

(1) Posteriormente han variado las insignias de los sargentos, usando galones en lugar de las antiguas charreteras, llamadas tambien jinetas.

Pablo. Pues ¿qué te sucede?
Brion. ¿A mí?
Nadita; una friolera.
¿No echas tú nada de menos
En mi cantina? ¿A ver? Echa
Los ojos al rededor.
Pablo. ¡Calle! ¡No está aquí Teresa!
No lo habia reparado.
Aquí me entré con franqueza
Rumiando mi carta... ¿Qué hay?
¿Ha malparido? ¿Está enferma?
Brion. ¡Ojalá! — Se ha desertado
Esta noche.
Pablo. ¿Qué me cuentas?
¡Y al frente del enemigo!
¡Ruin accion! No lo creyera.
Brion. El tambor mayor me dice,
Ahora que ella está diez leguas
De aquí, que la cortejaba
Un comisario de guerra.
Pablo. Yo tambien, á fe de Pablo,
Tenía algunas sospechas...
Brion. ¿Y te aguantabas? ¡Qué amigos!
Pablo. Por no meterme en la renta
Del excusado...
Brion. Mal hecho.
La hubiera roto una pierna
O dos... ¡pues! y que buscara
Después su madre gallega.
Pablo. ¿Y se ha marchado con él?
Brion. Así parece.
Pablo. ¡Perversa!
¡Dejar plantado á un marido
De tu temple!
Brion. ¡Mala hembra!
Pablo. Y aun si hubiese sido el hambre
La que... Vamos; la miseria...
¿Me entiendes? ¡Pero dejar
Una cantina como esta!
La mejor del campamento.
Brion. Lo menos siete pesetas
Diarias nos producía.
Mas ¿quién entra en competencia
Con un comisario?
Pablo. Cierto.
Brion. ¡Ya ves tú!
Pablo. ¿No se contenta
Ese hombre con cercenarnos
El tocino y la galleta?
Brion ¡Ahí verás! Mas no le arriendo
La ganancia con la pécora
De mi mujer. Te aseguro
Que no lloraré su ausencia.
¿Yo? ¡Maldito! Solo siento
Siete onzas que se me lleva.
Pablo. ¡Pobre Briones! — Y ahora
¿Qué vas á hacer de la tienda?
Brion. Traspasarla, porque yo
No entiendo esas... mequinencias,
Y ella es la que despachaba
Tabaco, vino y *decetra*,
Y el sargento no ha de hacer
Lo que hacia la sargenta.
Pablo. Pero lo que á mí me pasma,
Amigo mio, es la flema
Con que la tomas.
Brion. Soy hombre
De caliá y esperencia;
Y lo que me pasma á mí,
Ya que me vienes con esas,
Es de que tú no escarmientes,
Pablito, en cabeza ajena.
Pablo. ¿Escarmentar? Cuando á un hombre
Como yo se le atraviesa
Una pasion en el alma,
No se la sacan afuera
Médicos ni cirujanos,
Ni lanzas ni bayonetas.
¿Hice poco en no escribir
Al iman de mis potencias
Hasta llegar á sargento?
Entonces eché mis cuentas
Y dije: Ya puede un hombre
Ser marido con decencia.
No me contestó Faustina,
Y después de dar mil vueltas
Al caletre, dije yo:
¿Quién sabe si ella reserva
Para un sargento primero
El corazon que hoy me niega?
Y á trueque de colocarme
Otro lampazo á la izquierda,
Cojo en la primer batalla
Cuando arde mas la refriega
Un cañon con esta mano...,
Y un balazo en esta pierna;
Y llévanme al hospital
De la sangre en parihuelas;
Y en cuatro dias me curo,
Que mi encarnadura es buena;
Y, dicho y hecho, me calzo
La segunda charretera;
Y hoy á los piés de mi dama
Van la zurda y la derecha;
Y con ellas alma y vida;
Y si como son de seda
Fuesen de oro, juro á Dios
Que lo mismo se las diera;
Y otro tanto pienso hacer
A cada ascenso que tenga;
Y si recibo un balazo
Antes que una subtenencia,
Mejor. ¡No quiero vivir
Si no vivo para ella!
Brion. ¡Vaya un corazon á macha

Martillo y una querencia
Que... ¡me rio yo! No estante...
Pero allá te las avengas.
Mientras concluyes tu carta
Voy á ver si el cabo Ortega
Me traspasa la cantina
Y después daré la vuelta...
Pablo. Aquí te espero.
Brion. No olvides
La leicion de mi parienta.

ESCENA III.

PABLO.

La carta repasaré,
No haya puesto una blasfemia...
(*Lee para sí.*)
« Um... » Esto es hablar al alma.
« Em... Um... » ¡Bien! Si no es de piedra,
Lagrimones como nísperos
Verterá cuando la lea.
« Um... » Perfectamente. « Tuyo
Hasta morir, Pablo Elgueta. » —
Ahora debajo del nombre,
Para ver si hace mas fuerza
La carta, quiero pintar
Un corazon y una flecha,
Y luego...
(*Entra Faustina, calzada, con pañuelo de seda en la cabeza á estilo de Guipúzcoa y debajo del brazo un lio de ropa, que al entrar deja sobre una silla.*)

ESCENA IV.

FAUSTINA, PABLO.

Faust. ¡Ah de la cantina!
Pablo. ¡Cielos! ¿Qué voz?...
(*Levantándose con la carta en la mano.*)
Faust. Mi primero...
Pablo. No es sueño. ¡Ella es! Yo muero
De alegría...
Faust. ¿Quién...?
Pablo. ¡Faustina!
Faust. No sé...
Pablo. ¡Dichoso tropiezo!
Ven; abrázame... Yo te hablo.
Soy yo...
Faust. Esa cara...
Pablo. ¡Soy Pablo!
¡Soy el pescador de Lezo!
Faust. ¡Ah! ¡Pablo! (*Le abraza.*)
Pablo. Estoy hecho un hombre;
¿Verdad?
Faust. Sí; mucho has crecido.
No te hubiera conocido
Si no me dices tu nombre.
Pablo. ¿Quién con estos atalajes
Y cinco pulgadas mas
Conoce al que años atrás
Pescaba atun en Pasajes?
Pero tú no te despintas
A los ojos de tu Pablo.
No es maravilla. ¡Qué diablo!...
Las mujeres sois distintas.
Vuestra cara es un deleite,
Pues no os ha tocado en lote
Corbatin que os agarrote
Ni barbero que os afeite.
Y no te parezca extraño,
Pues del alma eres señora,
Que te reconozca ahora
El que te adoraba antaño;
Que, aunque tu cara es la misma,
Tu gracia es mayor. Por eso,
Si antes te amaba hasta el hueso
Hoy te adoro hasta la crisma. —
¡Bajas los ojos! Si miento,
Que me arranquen de un tiron
Al frente del batallon
Las insignias de sargento.
¿No he de amarte ¡voto á brios!
Si vales mas que Vergara
Y Dios derramó en tu cara
Toda la gracia de Dios?
Y cuanto mas te avergüenzas
Mas hermosa me pareces,
Y lo diré una y mil veces
Hasta que tú te convenzas.
Linda eras como un jacinto
Cuando lloré tus desdenes...
Faust. ¡Ay, Pablo!
Pablo. Mas ahora vienes
Mejorada en tercio y quinto;
Y lléveme Belcebú
Al infierno mas profundo,
Si hay en España, en el mundo
Una moza como tú.
Faust. ¡Pablo, aun te acuerdas de mí
Cuando la enemiga suerte...!
¡Pablo, yo debí quererte
Desde el dia en que te ví!
Pablo. Si tu alma fué de guijarro,
Con razon fuistes ingrata;
Que entonces, hablando en plata,
No valía yo un cigarro.
Pero de eso no te espantes.
Poco importa, bella aurora,
Como me quieras ahora

Que no me quisieras antes.
No saldré tan mal librado
Si venzo al fin tu esquivez
Y me pagas de una vez
Todo el amor atrasado. —
¿Que si me acuerdo de tí?
Pues ¿hay hombre mas constante?
Ni una hora, ni un instante
Te has apartado de aquí.
(Pone la mano en el corazon.)
¿Ves esta carta, alma mia,
Que tengo ahora en la mano?
Pues no era para mi hermano,
Que para tí la escribía.
Faust. ¡Para mí!
Pablo. ¿Estás satisfecha?
Esto se llama querer. —
Oye; te la he de leer
Desde la cruz á la fecha.
Faust. No te canses...
Pablo. Seré breve.
(Lee.)

« Campos de Lodosa, abril
Veinticuatro, año de mil
Ochocientos treinta y nueve. —
Bella Faustina, recreo
Del mar, del monte y del valle,
Me alegraré que esta te halle
Con salud, como deseo. —
Yo he recibido un balazo... »

Faust. ¡Dios mio! ¡Un balazo...!
Pablo. Sí;
En la pierna. Aun duele... Aquí;
Pero estando fuerte el brazo... *(Lee.)*

« Pero yo, gracias á Dios,
Ando listo y sin muleta,
Y me han dado otra jineta;
Es decir que tengo dos. —
Faustina, esta se dirige,
Aunque digas que me copio,
A repetirte lo propio
Que ha mes y medio te dije;
Que te quiero y te idolatro,
Aunque extrañes mi porfía,
Lo mismo que te queria
En el año treinta y cuatro. —
Faustina, deja el batel
Y da la mano á un sargento
Si te agrada el campamento
Y no te asusta el cuartel.
Todo el sueldo que me dan
Para la boda lo ahorro,
Y á falta de otro socorro
Por tí venderia el pan. »

Faust. ¡Pablo! ¡Ah Pablo mio!...
Pablo. ¡Lloras!
¡Eh! Mi estómago es valiente.
Con dos cuartos de aguardiente
Tiro yo veinticuatro horas. *(Lee.)*

« Segun me dijo Melchor
Tratas con un oficial... »
Faust. (¡Ah!)
Pablo. « Mas yo no creo tal,
Porque eres mujer de honor. »

Faust. (¡Oh!)

Pablo. « Y siento no estar ahí,
Porque el jefe no me deja,
Para arrancar una oreja
Al que murmure de tí. —
Adios, que te dé completa
Felicidad, y concluyo
Por no ser molesto. - Tuyo
Hasta morir, Pablo Elgueta. »

Faust. ¡Amar con tanta pasion
A quien tuvo la crueldad...!
¡Ah! Tu generosidad
Me traspasa el corazon.
Pablo. Tú serás la generosa,
Que no yo. Pues, criatura,
¿Merezco yo por ventura
Casarme con una diosa?
Dirán en el regimiento,
Dirá el Estado mayor:
¡Lástima que ese primor
Se guarde para un sargento!
Mas soy jóven todavía
Y si en la guerra no muero
De aquí á tres años espero
Mandar una compañía.
Sí, hermosa, y mientras la mando,
No menosprecies mi lecho,
Que algo es llevar en el pecho
Tres cruces de San Fernando.
Faust. Con mas vergüenza te miro
Cuanto mas amor me muestras.
Pablo. Cosas teneis... como vuestras
Las mujeres, y me admiro...
¿No me amas, Faustina?
Faust. ¡Oh! Sí.
¿Quién como tú lo merece?
Pablo. Pues entonces, ¿qué te escuece
Que lloras, Faustina, así?
Faust. Sabráslo aunque pierda yo
Todo el amor que me tienes.
Pablo. ¡Perderlo ahora que vienes
Buscando á tu Pablo!
Faust. ¡No!
Pablo. ¡Ah, que ese no me asesina!
¡Y pensé, necio de mí...!
Di por tu vida que sí...

Aunque me engañes, Faustina.
Faust. Ni tú lo mereces, Pablo,
Ni sabe mentir mi lengua.
A otro busco, por mi mengua;
No á tí.
Pablo. ¡Por vida del diablo...!
Pero tú me hablas de chanza.
Faust. ¡Ojalá!
Pablo. ¿Y es el amor
Quien buscando á ese señor
Te trajo...?
Faust. No. ¡La venganza!
Pablo. ¡Venganza! Pues ¿quién te injuria?
Nómbrale y, sea quien sea,
Donde quiere que le vea
Le dará muerte mi furia.
Faust. Yo basto contra el infiel,
Aunque mujer desvalida.
No vale tanto su vida
Que tú te pierdas por él.
Pablo. No importa. Le desafio...
Faust. ¡Imposible! No es tu igual.
Pablo. ¿Qué escucho! Aquel oficial...
¿Sería cierto...?
Faust. ¡Dios mio!
Pablo. ¿Lloras?
Faust. ¡Sí, Pablo!
Pablo. ¿Por qué?
Faust. Porque muero de dolor.
Lloro ultrajado mi honor,
Lloro burlada mi fe. —
¡Qué distancia entre los dos!
Échame, Pablo, de aquí,
Que no merezco de tí
Ni la palabra de Dios.
Pablo. ¡Y que la tierra no se abra
A mis piés!... Pero si fuiste
Engañada...
Faust. ¡Ay de mí triste!
Sí.
Pablo. Te daría palabra...
Faust. Sí. Incrédula todavía,
Supe defender mi honor
Mientras juraba el traidor
Por su vida y por la mia;
Mas le creí ¡desdichada!
Cuando juró lisonjero
Por la fe de caballero
Y por la cruz de su espada.
Pablo. ¿Qué oigo?
Faust. Su labio risueño
Para mayor desventura
Recordaba á mi locura
Las ilusiones de un sueño...,
Y aun en la cumbre del bien
Me juzgaba cuando ví
Que de Dios maldita fuí...
¡Maldíceme tú tambien!
Pablo. ¡Maldecirte!... ¿Qué se entiende...?
Antes me hiera una lanza.
Mi maldicion solo alcanza
Al traidor que así te vende.
Si allá en tus dias serenos
Te llamé prenda adorada,
Hoy que eres desventurada
¿Habré de quererte menos? —
¡Eh, vamos!... no te amilanes.
Llora en mi pecho... y perdona.
(*Abrazándola.*)
Si un mal hombre te abandona,
Aquí estoy yo ¡voto á sanes!
Faust. No; arrójame con horror
De tí. El honor no consiente
Que en el seno de un valiente...
Pablo. Yo no entiendo así el honor.
Si te abandonó cruel
Quien te engañó con malicia,
O en el mundo no hay justicia
O la infamia es para él. —
Y en fin, no tengas zozobra;
Que si te llevo al altar,
Para hacerte respetar
Tengo yo honor que me sobra.
Faust. ¡Casarme contigo!
Pablo. ¡Y presto!
Faust. ¡Pablo!..., no es posible.
Pablo. ¡Hun...!
Pues ¿amas al otro aún?
Faust. No, Pablo, que le detesto.
¿Qué digo? Nunca le amé;
No. Lo que pasó por mí
Ni entonces le comprendí
Ni ahora explicarlo sabré.
Sus halagos fementidos,
Que ahora á llorar me condeno
Fueron ..., ¿qué sé yo?..., un veneno
Que trastornó mis sentidos.
Nunca al mirarle sentí,
Te lo juro por el cielo,
Este gozo, este consuelo
Que siento ahora por tí.
Delirio, locura fué
Lo que realidad es hoy.
Ahora enamorada estoy,
Y entonces, Pablo, soñé!
Pablo. ¡Me quieres y no te casas;
Me aburres, y me consuelas,
Y por un lado me hielas
Y por el otro me abrasas!
Faust. Quiero ser tuya, ¡y no puedo!
¿Qué dirian tus parientes?
No quiero yo que las gentes
Te señalen con el dedo.

Mi honra perdí, y no la fundo
Solo en tu justicia, no;
Que, al fin y al cabo, tú y yo
No componemos el mundo;
Y así, aunque mi pecho sienta
No premiar tu amor sincero,
Solo el desagravio espero
De quien me causó la afrenta.
Pablo. Pero es mucha felonía...
¿Cómo se llama ese alférez,
O ese diablo...?
Faust. Don Juan Perez,
Capitan de infantería...
Pablo. Y después del contrabando
Infame que hizo de tí,
¿Le has visto?
Faust. En vano ¡ay de mí!
Le voy hace un mes buscando.
Vendido el triste batel
Con que ganaba la vida,
Como una mujer perdida
Voy por el mundo tras él,
Y ni rastro de tal hombre
Hallo en ningun campamento.
Pablo. Pues, si no en el regimiento,
Te habrá engañado en el nombre.
Faust. Tal creo. A muchos he visto
Que tienen el nombre igual;
Pero uno no es oficial;
Otro... no es él.
Pablo. ¡Vive Cristo!
¿Quién no se llama en el dia
Juan Perez? Sin ir mar lejos,
Quintos, ó soldados viejos,
Hay cuatro en mi compañía.
Por si acaso vienen mas
En mi lista los numero...
¿Estás? Juan Perez primero,
Segundo, tercero... ¿Estás?
Pero ya me tienen harto
Los cuatro, porque confundo
Con el tercero al segundo
Y al primero con el cuarto.
Faust. Ya no sé cómo ni dónde
Buscar á ese hombre sin fe,
Pero yo le encontraré
Si la tierra no le esconde.
Pablo. Podrás hallarle quizá
Algun dia, pero en vano,
Que si te niega la mano...
Faust. Con la vida pagará.
Pablo. Sí; yo á matarle me obligo.
No hay remedio para él.
Le mataré por infiel
Si no se casa contigo.
Faust. ¿Y si se casa?
Pablo. Tambien.
Si es mio tu corazon
Y no suyo, no es razon
Que me aguante y diga amen.
En fin, cumpla ó no el contrato,
Seas, ó no, su parienta,
Por tu cuenta, ó por mi cuenta,
No hay recurso: yo le mato.
Faust. ¡Pablo!...
Pablo. Es justa la venganza;
Mas no por eso, Faustina,
Violaré la disciplina
Ni faltaré á la ordenanza.
Para que no haya disputa
Sobre si embisto ó no embisto
A mi jefe, iré provisto,
De la licencia absoluta;
Y entonces dos ciudadanos,
No sargento y capitan,
Cuerpo á cuerpo medirán
El corazon y las manos.
Faust. No lo sufriría yo,
Que por tu mano vengada
Fuera menos desdichada,
Pero mas honrada, no.
Ni tú serías dichoso,
Que ningun poder humano
Me haría entregar la mano
Al matador de mi esposo.
Aunque una espada no ciño,
Deja solo á mi valor
El cuidado de mi honor
Y no te ciegue el cariño,
Que desengaños y ultrajes
Para que al fin lo recobre
Darán aliento á la pobre
Batelera de Pasajes.
Pablo. Dices bien. Ya no te arguyo.
Tú sabes mas que un sargento,
Y no sirve mi talento
Para descalzar al tuyo.
Lo que tú gustes harás.
Seré, si no eres mi esposa,
Tu hermano, tu... Cualquier cosa...
Tu asistente. ¿Quieres mas?
Faust. ¡Pablo!... Siempre tu Faustina
Te amará...
(*Dentro toca á órden.*)
Pablo. Suena el estruendo
De la caja... Voy corriendo...
Quédate en esta cantina.
Es de un camarada mio.
Voy á tomar la consigna...
Volveré... (¡Qué perla! Es digna
De un duque ó príncipe pio.)

ESCENA V.

FAUSTINA.

¡Qué corazon tan hermoso!
¡Cuánta ha sido mi injusticia
En no haberlo amado siempre
Como él se lo merecía!
Otro me hubiera arrojado
Con menosprecio y con ira
De su lado, y generoso
Él mis desaires olvida
Y perdona mi flaqueza.
¡Oh Petra!, bien me decías...
No puedo tenerme en pié,
Que después de la fatiga
Del camino... Ha sido mucha
Mi agitacion... Esta silla...

(*Se sienta.*)

¡Ay Dios!...

ESCENA VI.

FAUSTINA, BRIONES.

Brion. (He visto á lo lejos
A mi camarada, que iba
A tomar la órden... ¡Calle!...
¿Quién sera aquella individua?)

(*Se acerca.*)

Que Dios guarde á usté, mi reina.
Faust. Y á usted tambien.
Brion. (¡Qué bonita!)
Si viene usté á refrescar,
Pimpollo, la tienda es mia.
Pídame usté lo que quiera;
Su boca será medida.
Faust. Gracias.
Brion. ¿Qué gracias ni qué...?
El ama ha tomado pipa,
Pero aquí estoy yo, y no creo
Que se me caiga la ensinia...
¿Está usté, prenda? Y de gratis,
Que mozas de esa estampía
Siempre tienen hecho el gasto
Donde está este cura.
Faust. Viva
Usted mil años. Yo...
Brion. Vaya;
¿Qué quiere usté que la sirva?
¿Sagardúa? ¿Chacolí?
¿Vino? ¿Aguardiente de guindas?
Faust. No tengo necesidad
De nada.
Brion. ¿Un par de sardinas?
Faust. Gracias. ¡Si digo...!
Brion. No sea

(*Sentándose al lado de Faustina.*)

Usté desagradecida,
Que aquí hay mucho aquel, y mucha
Voluntad. ¿Está usté, niña? —
Pero ¡vaya un cuerpo bueno
Y unos ojos, y una fila...!
Lo dicho: toda la tienda
Es de usté ¡y ancha Castilla!
Faust. No quiero nada. He venido...
Esperaba aquí...
Brion. ¿Al Mesías?
Es decir... Dice el refran:
El que á buen árbol se arrima...
Justamente el mostrador
Está vacante hoy en dia,
Y desde ahora te lo endoso
Con todas sus baratijas,
Y amen de eso, toda el alma
De un sargento.
Faust. ¡Qué porfía!
Aparte usted.
Brion. ¿Que me aparte?
Soy mosca muy pegadiza,
Y para algo te ha enviado
La Providencia divina
A mi casa de comercio.
¡Ea, no seas esquiva!
Un beso para hacer boca...
(*Faustina le da un bofeton y se levanta. Briones se levanta tambien.*)
Faust. ¡Aparte, digo!
Brion. ¡Chiquilla!...
¡No es nada si casca firme!
Y con esa manecita...
Mas no importa. Ya estoy hecho
A semejantes caricias.
Manos de mujer no agravian
Aunque duelen; y por vida
De quien soy, que he de volver
A la carga aunque repitas
El ausequio.
Faust. ¡Atrás, ó muere

(*Sacando un puñal.*)

A mis manos si se arrima!
Brion. ¡Cañuto!... ¡Vaya un lenguado!

(*Retrocediendo.*)

ESCENA VII.

PABLO, BRIONES, FAUSTINA.

Pablo. ¿Qué es eso?
Brion. Nada. ¡La chica
Tiene ijares!
Faust. Esto es dar
(*Guardando el puñal.*)
Lecciones de cortesía
A quien las ha menester.
Pablo. ¡Miguel!
Brion. ¿Eh?... ¿Tambien me miras
Tú de reojo?
Pablo. ¡Briones!
Alguna mala partida
Quisiste hacer...
Brion. Darla un beso,
No mas, pero es tan arisca...
Pablo. ¡Somaten!... Saca esa espada.
(*Desenvainando.*)
Brion. ¡Otra! ¿Tú me desafías?
Pues ¿qué diablos te va á tí
Ni te viene...?
Faust. ¡Pablo!
(*Interponiéndose.*)
Pablo. ¡Quita!
(*Desviándola.*)
Brion. ¿Qué? ¿la conoces?
Pablo. ¡En guardia!
Brion. Si por una niñería
Se han de matar dos amigos,
¡Andar! Yo no soy gallina.
(*Desenvaina.*)
¡En guardia!
Faust. ¡Pablo, detente!
¡No te pierdas! No sabia
Sin duda tu amigo...
Pablo. Yo
No soy amigo, ni pizca,
De quien no guarda respeto
A las faldas.
Brion. ¡Voto á cribas!...
¿Soy yo algun cartujo? Aquí
La encontré como llovida
Del cielo, y creí...
Pablo. ¿Qué importa?
Es mujer...
Brion. ¡Pesia tu crisma!
Pues si no fuera mujer,
No habría caso. ¡Y qué linda!
Pablo. Y si el ser mujer bastaba
Para que no la persigan
Cuando ella no lo consiente,
Sobraba ser prenda mia...
Brion. ¿Qué me dices? ¿Es acaso
Tu paisana...?
Pablo. Sí; Faustina.
Brion. ¡Voto al chápiro!... ¿Y por qué
No dijo usté: soy la misma,
Soy la hermosa batelera
De Pasajes, la querida
De Pablo Elgueta?, y en vez
De atropellar la consigna,
La hubiera tratado yo
Con toda la... ortografía
Que merece. — Ea, envainemos,
Camarada, y no haiga riña.
(*Envainan.*)
Si no fuese ella quien es,
Defendiera mi conquista,
Pero siendo quien es ella,
Me aguanto y Dios la bendiga. —
Y usté me ha de perdonar,
Mi primera, y que me sirva
El bofeton por bastante
Castigo de mi osadía.
Pablo. ¡Hola! ¿Te pegó?
Brion. ¡Y de mi alma!
Ningun obispo confirma
Con tanta fe.
Faust. Yo lo siento,
Señor Briones...
Brion. No, hija;
El que lo siente soy yo,
Que aun está brotando chispas
El carrillo.
Pablo. Razon es
Que pagues tu golosina.
Brion. No me quejo. Cada cual
Está en drecho de justicia;
El hombre cuando camela
Y la hembra cuando santigua.
Yo soy de aquellos — ¿estás? —
Que no se andan en chiquitas,
Porque la ocasion es calva...
¡Pues!, ¿y á qué gastar saliva?
Mas la mujer de mi amigo
Es para mí una reliquia
Sagrada, y nunca con ella
Mis pasiones se amotinan,
Porque las meto en el cepo
De la prudencia y no chistan.
Y no hay mas que hablar; y si álguien
La toca... ¿tocar?, la guiña
Siquiera un ojo, ya pueden
Rezar por su alma. ¡*Requiscan!*
Pablo. Eres un buen camarada,
(*Dándole la mano.*)
Briones.
Brion. Lo mismo harías
Tú en mi lugar.

Faust. Toque usted,
(*Dándole la mano.*)
Que yo tambien soy su amiga.
Brion. Corriente. Acecto.
Pablo. Briones,
Mi paisana necesita
Alojarse con decencia.
¿Has vendido la cantina?
Brion. No. Suya es desde ahora
Con viandas y vasijas
Y cama y muebles... Yo solo
Me quedo con la mochila.
Pablo. Pero ha de ser con su cuenta
Y razon.
Brion. ¡Eh! no me digas...
Pablo. ¡Nada! Yo te he de abonar
Lo que vale, ó no hay tu tia.
Brion. ¡Qué tontunas...!
Pablo. ¿Reñiremos
Otra vez?
Brion. No corre prisa...
Pablo. Entiendo. Delante de ella
Te da cortedad... Faustina,
Toma posesion de todo
Y prepara la comida
Para los tres...
Brion. Eso..., bien.
Pablo. Mientras vamos por la orilla
Del rio á dar un paseo.
Brion. Pero...
Pablo. Adios.
Faust. Hasta la vista.

ESCENA VIII.

FAUSTINA.

¡Qué feliz viviera yo
En la honrada compañía
De mi enamorado Pablo
Si el rigor de mi desdicha...!
(*Reconoce la cantina.*)
La vivienda es espaciosa.
(*Mira al cuarto de la izquierda.*)
Allí hay una cama..., y limpia...
El fogon en aquel lado
Con avíos de cocina...
(*Se sienta junto al fogon.*)
Pero la lumbre se apaga.
Pondremos unas astillas.
(*Toma algunas de las que habrá en el suelo, las pone sobre la lumbre y las enciende con un aventador.*)
Aquí está el aventador. —
Mucho temo que me rinda
El sueño... Anoche no pude
Descansar... Toda la línea
Del Ebro... á pié... ¡Desdichada!...
No puedo... Dias y dias...
(*Se queda dormida.*)

ESCENA IX.

FAUSTINA, BUREBA.

Bur. Aquí encenderé el cigarro.
(*Con un cigarro en la mano.*)
¡Ah de la cantina! — ¿No hay
Quien me responda? ¡Muchacha!
Faust. ¡Ah!... Me he dormido. ¿Quién va?
(*Despertando.*)
Bur. Un poco de lumbre.
(*Paseándose.*)
Faust. Voy
(*Tomando un tizon.*)
Corriendo, mi capitan. — ¡Cielos!...
(*Reconociéndole y dejando caer la lumbre.*)
Bur. ¿Qué veo? ¡Faustina!
Faust. ¡Al fin te veo!
Bur. (¡Fatal
Encuentro!)
Faust. ¡Tú no esperabas
Volver á verme jamás!
Bur. Yo... (No sé qué responderla.)
Mi sorpresa... Mi pesar...
Faust. Allá para tí habrás dicho:
Es hija de un ganapan
Y sufrirá mi abandono
Con santa conformidad.
No se atreverá á pedirme
Siendo á mi tan desigual
Satisfaccion de su honra,
Y se morirá de afan,
O si yo la desamparo...
Otro la consolará.
¿Qué entiende de honra una moza
Que se ha criado en la mar?
Mujeres de su ralea
Harto premiadas están
Con merecer cuatro dias
Que hombres de alta calidad
Se humillen á enamorarlas
Por capricho y nada mas.
Eso habrás dicho, traidor;
Pero me has juzgado mal;
Que aunque mujer de la plebe

Y sola y de tierna edad,
Tengo aliento que me sobra
Para obligarte... ¡sí tal!
A cumplirme la palabra
Que me distes á la faz
Del cielo, y á que me vuelvas,
Que nada tuyo me das,
La honra que me robaste. —
Honra plebeya, es verdad,
Pero mas limpia que el oro
Y mas tersa que el cristal
Hasta que en hora maldita
Te ví á mis plantas llorar.

Bur. Justa es, Faustina, tu queja.
He sido ingrato y falaz;
Lo confieso. Pocos años...
Tentaciones de Satan...
Aborréceme, Faustina.
Mi conducta criminal
No merece...

Faust. Pues ¡qué! ¿piensas
Que te amo y mi ceguedad
Es tanta que arrodillada
Pretenda ahora ablandar
Con lágrimas vergonzosas
Tu corazon desleal?
No. Tu mano es la que pido.

Bur. Yo te la quisiera dar,
Pero mi clase, mi cuna...

Faust. Tu clase, tu cuna... ¡Ya!
No hablabas de esa manera
Cuando turbando mi paz...

Bur. ¡Faustina!...

Faust. Yo no codicio
Tu nombre ni tu caudal;
No. Cúmpleme tu promesa,
Y desde el pié del altar
Juro alejarme de tí
Donde no te vea mas,
Y nada te pediré...
¡Me amargaría tu pan!
Y si aun ausente de tí
En mi pobre oscuridad
Te estorba acaso mi vida
Para algun ilustre plan...,
Dame un veneno, ¡cruel!,
Pon á mi cuello un dogal,
Que como yo muera honrada
¿Qué me importa lo demás?

Bur. Me desgarran tus lamentos
El corazon, y quizá
Si tú lo pudieses ver...
Pero la fatalidad...
Otra palabra empeñada...
No puedo volverme atrás...

Faust. ¡Te casas con otra, infame!

Bur. No siempre la voluntad
Es libre. Causas... Respetos
Sociales... Mi amor filial...
(Quisiera encontrarme ahora
En las cumbres de Arlaban.)

Faust. ¡Tan turbado y balbuciente
Ahora, y tan lenguaraz
Algun dia!

Bur. Mas yo puedo
De otra suerte reparar
Mi yerro. Soy rico...

Faust. ¡Eh! Calla.
Yo no soy mujer venal.
Ya te lo he dicho: ¡tu mano!

Bur. Pero... ¡si te digo que hay
Obstáculos...! Lo mejor
Sería que en amistad
Arreglásemos...

Faust. ¡No, indigno!
Yo acudiré á un tribunal...

Bur. ¿Con qué pruebas, desgraciada...?

Faust. ¿Cómo? ¿Serías capaz...?

Bur. Nuevo delito sería,
Pero... tan crítica es ya
Mi situacion...

Faust. Te comprendo;
Pero si burlas sagaz
La justicia de las leyes,
La mia no evitarás.

Bur. ¡La tuya!

Faust. ¡Qué! ¿te sonríes?
Lástima acaso te da
Tan flaco enemigo. ¡Gracias!
Pero guarda la piedad
Para tí. La misma mano
Que supo un dia remar
Tal vez tendrá fortaleza
Para blandir un puñal.

Bur. Te ciega el rencor, Faustina,
Pero tú meditarás
Mas tranquila, y cuando veas
Que afectuoso y liberal
Te pruebo cuán pesaroso
Estoy de aquella maldad,
Confío... Permite ahora
Que me aleje de este umbral.
Volveré... Toma entretanto...
(*Saca un bolsillo.*)

Faust. ¡Oro á mí!
(*Echa mano al puñal.*)
¡Villano!
(*Desfallece.*)
¡Ay!...
No resisto... á tanta infamia!...
¡Dinero!...
(*Cae sobre una silla.*)
¡No puedo mas!

Bur. ¡Cielos!...
(*Acudiendo á socorrerla.*)

Faust. ¡Dinero!

(*Cae en tierrra desmayada.*)

Bur. ¡Faustina!...
Se ha desmayado. No da
Señal de vida. — ¡Socorro!

(*Una banda de música toca dentro generala.*)

Mas la música marcial...
Oigamos... ¡La generala!
Mi deber de militar
Es primero. — Esa infeliz...
Despedazándome irán
Crueles remordimientos...
Quizá en la lucha campal
Espiaré... No respira...
Pero aquí mi mengua está;
Allí mi puesto.

(*Desenvaina la espada dejando el bolsillo en la mesa.*)

¡A las armas!
¡Muerte, ó gloria y libertad!

(*Vase corriendo.*)

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

BRIONES, FAUSTINA, SOLDADOS.

(*Briones aparece sentado y sosteniendo en otra silla á Faustina, que aun no ha vuelto de su desmayo. Tres soldados y un cabo le ayudan á socorrerla.*)

Brion. ¡Nada! Por mas que la aprieto
El dedo del corazon... —
Hazla aire tú con la gorra

(*A un soldado.*)

De policía, Campoy. —
Moja otra vez mi pañuelo (*A otro.*)
En vinagre, Castañon. —
¡Vaya un soponcio de prueba!
Casi una hora de reló
Hace ya que la encontré
Privada como un liron...
A fe de Miguel Briones
Que me da una pena... atroz. —
Alárgame el aguardiente,
Remedio muy español
Y muy militar. Probemos
A ver si dando calor
A su estómago... ¡Faustina!
¡Vuelve en sí! Toma... Yo soy...
¡Ni por esas! Es de fijo
Que si catase el licor...
Pero si no abre la boca,
¿A qué diablos se lo doy? —
¿Habrá muerto? No. Respira...
¡Faustina! ¡Cara de sol...!
Ya no sé qué hacer. El físico
Se fué con el batallon...
¡Voto á..., y sin tener su cencia
Quedo á remplazarle yo!
¡Haberme tocado á mí
La guardia de prevencion
Cuando andan mis camaradas
A balazos! ¡Voto á brios!...
¡Cuidando yo de las ollas
De campaña y el arroz
Y los presos y las...! Vamos
Con tiento, cabo Lahoz;
¡No hay que sobarla! — ¡Por vida...!
¿No estuviera yo mejor
Al frente del enemigo
Que asalta nuestro convoy? —
¡Faustinilla!... Y si en mis brazos
Se muere sin confesion
Esta linda criatura,
¡La logramos como hay Dios!
Yo, que en jamás de mi vida
He conocido el temor,
Tiemblo ahora como un quinto
Que oye la primera voz
De «¡fuego!» — ¿A ver tú, Alcolea?
Llevémosla entre los dos
A aquel cuartito... Pero abre
Los ojos.

Faust. ¡Ah!...

Brion. ¿Resolló?
Ya es nuestra. ¡Animo, Faustina!
Soy Briones.

Faust. ¿Dónde estoy?

Brion. No te asustes, batelera,
Que somos gente de honor.
Esta es mi cantina... Quiero
Decir, la tuya. Desde hoy
Soy cantinero cesante.
¿Quieres agua? ¿Quieres...?

Faust. No.

(*Levantándose.*)

Nada he menester.

Brion. ¿Te sientes
Mas aliviada?

Faust. Sí.

Brion. ¡Os!
Idos al cuerpo de guardia,
Y gracias por todo. Voy
Al instante. Si pregunta

Por mí el teniente Daóiz,
Decidle que estoy aquí. —
¡Franco drecho: march!... Adios.

ESCENA II.

FAUSTINA, BRIONES.

Brion. Dime ahora, rosa de mayo,
¿Qué ha sucedido acá dentro,
Que cuando llego te encuentro
Sosprendida de un desmayo?
Faust. ¡Buen Dios, faltaba esa prueba
De vuestro enojo!...
Brion. Pues ¿qué...?
Faust. Aquí estaba. ¿Adónde fué?
Brion. ¿Quién? ¿El capitan Bureba?
Faust. ¡Bureba! ¿Se llama así?
Brion. ¿Le conoces tú?
Faust. ¡Cruel!
Brion. Yo no sé si me hablas de él,
Pero... él salía de aquí...
Faust. ¿Qué infamia á la suya iguala?
Brion. Yo no sé... Yo me dirijo
Aquí... Él salía... Él me dijo...
Tocaban la generala...
Y los tiros... ¡Pin! ¡Pan! ¡Piz!...
¡Qué zaragata! ¡Qué estruendo!
En fin, díjome saliendo:
« Cuide usté de esa infeliz, »
Y á las armas con afan
Corre que le lleva el diablo. —
Es el capitan de Pablo
Y el mio. ¡Y qué capitan!
Y me alegro que lo sea,
Porque no le hay, voto á quién,
Mas alegre en el reten,
Mas sereno en la pelea.
Veteranos y novicios
Se almiran de sus campañas.
Faust. ¿Constan todas sus hazañas
En la hoja de servicios?
Brion. Lo dices de una manera...
Con cierto airecillo... ¡vamos...!
Como quien dice..., digamos,
Entiéndelo tú, mi nuera.
Faust. Si de valor hace alarde...,
Cumple su deber.
Brion. No digo...
Faust. Al frente del enemigo
¿Qué español fuera cobarde?
Brion Ninguno. Mas no comprendo
Esas indirectas... ¿Cuándo..?
Faust. Si honra se gana lidiando
Tambien se pierde mintiendo. —
Mas cuando su fuerte espada
Brilla en las batallas tanto
¡No la ha de empañar el llanto
De una mujer desdichada!
Brion. ¡Ah!, ¿es él...? ¡Ya! Lo de
Pasajes...
¿Aquel que dias atrás...?
¡Qué partida! ¿Hicieran mas
Cegrines y bencerrajes?
Apuesto un duro, y no pierdo,
Que te dió palabra — ¡pues! —
De casamiento, y después...
Si te vide no me acuerdo.
De otra no lo sentiria,
Que hay mujeres... Tú lo eres,
Pero ¿qué importa? Mujeres...
¡Hum...! Verbo en gracia; la mia.
Mas distinga de colores,
Voto á un celemin de balas.
No paguen buenas por malas
Y justos por pecadores.
Jefe y todo, voto á san,
Yo no estoy de él sastifecho.
Lo mal hecho está mal hecho
Aunque lo haga el capitan.
Faust. ¡Oh, amigo!...
Brion. Es mucho dolor,
(*Llorando.*)
Mucha... ¡Calle! ¿Lagrimones?
¡Rayo!... ¡El sargento Briones
Llorando como un tambor! —
Y es tontuna... ¡Lleve el diablo...!
Pablo se pirra por ti,
Y mientras viva... Y aquí
Estoy yo si falta Pablo.
Y no para hacerte guiños
Como á otras rabicortonas,
Que hay presonas de presonas
Y cariños de cariños.
Soy montaraz como un gamo,
Y no sé si hablo ó si gruño,
Y apenas si de mi puño
Sé poner cómo me llamo,
Que el valor me hizo sargento,
Y á fe que pudo el mayor
Con mi sangre y mi sudor
Escribir el nombramiento;
Pero... En fin, no digo nada,
Porque ya he dicho bastante
Con decir: Pablo es tu amante
Y yo soy su camarada.
Faust. Y yo, que mi amargo duelo
No puedo echar en olvido,
Por haberte conocido
Daré mil gracias al cielo,
Y te amaré como hermana,
Que tu noble corazon...
(*Marcha á lo lejos.*)

Brion. ¿Cajas?
(*Mira por la puerta de la derecha.*)
Vuelve el batallon.
Ya se acabó la jarana;
Y pues te dejo tranquila
Y yo estoy de guardia, adios.
Ya volveremos los dos... —
Ya se acerca; ya desfila.
(*Yéndose apresurado.*)

ESCENA III.

FAUSTINA.

Quitadme la vida, oh cielos,
Si no me volveis la honra.
Mas ¿cuál la suerte habrá sido
Del combate? Igual zozobra
Siente ya mi corazon
Por el dueño á quien adora
Y por el traidor aleve
Que vilmente me abandona.
Si una vida mi ternura,
Otra mi venganza implora,
Y no sé cuál de las dos
Con mas afan. ¡Oh! tu cólera
Suspende, Dios de justicia.
¿Merece morir con gloria
El malvado, el fementido
Que de mi llanto se mofa
Y mi desesperacion?
¡No!, viva; mas la victoria
No le ciña de laureles
Para aumentar mis congojas.
Vuelva desarmado, prófugo,
Vencido, y en su derrota
Gozaré. — ¡Vano deseo!
Acaudillando á su tropa
Le veré llegar triunfante,
Y la bala matadora
Que herirle debiera ¡ acaso
Otro corazon destroza
Mas generoso, mas fiel...!
¡El de mi Pablo!... ¡Ay! En hora
Infausta nací y el cielo
Querrá que apure la copa
De la amargura... ¿Quién viene...?

ESCENA IV.

FAUSTINA, BUREBA, EL AYUDANTE, EL CIRUJANO, SOLDADOS.

(*Cuatro soldados conducen en una parihuela á Bureba herido y desmayado.*)

Faust. ¡Un herido!... ¡Aquí!
(*Se acerca.*)
(Piadosa
Vírgen!... ¡No es él! (*Le reconoce.*)
¡Ah!... ¡Bureba!)
Ayud. Cantinera, ¿hay una alcoba,
Una cama...?
Faust. Sí, señor,
Allí...
Ayud. No tenemos otra
Mas á mano...
Cir. Conducidle.
(*Los soldados y el cirujano entran con el herido en el dormitorio; los soldados salen un momento después y se retiran.*)

ESCENA V.

FAUSTINA, EL AYUDANTE.

Ayud. Si un momento se demora
La primer cura, peligra
Su vida.
Faust. (¡Ah! Su sangre ahoga
Mi rencor.) Disponga usted
Como guste de esta choza.
Ayud. ¿Es usted la... propietaria?
Pues ¿qué se hizo aquella loca
De Teresa?...
Faust. No lo sé. —
Pero lo que ahora importa
Es socorrer al herido.
Ayud. Es verdad. (¡Gallarda moza!
¡Estos sargentos...!)
Faust. (¡Gran Dios!...)
Ayud. Veamos si le acomodan...
Faust. Perdone usted, mi ayudante.
(*Deteniéndole.*)
¿Hay mas heridos?
Ayud. Sí, hermosa.
Faust. (¡Cielos!...) ¿Y quién...?
Ayud. Diez soldados.
Faust. (¡Respiro!)
Ayud. Siempre se compra
Con alguna sangre el triunfo.
(*Entra en el dormitorio.*)

ESCENA VI.

FAUSTINA.

¡Ah, vive Pablo!
Cir. ¡Patrona!
(*Dentro.*)
Faust. ¡Voy corriendo! — Aunque agraviada,
No veo mi ofensa ahora,
Sino su riesgo. Es mi huésped,
Es militar y patriota...
Mi corazon le perdone
Y mi mano le socorra.
(*Al entrar Faustina en el dormitorio llega por la otra puerta Briones.*)

ESCENA VII.

BRIONES.

¡Buen julepe habeis llevado,
Carlistas! ¡Viva la patria!
¡Querernos interpretar
Los víveres! ¡Ahí es nada!
¡Vaya una intencion dañina!
¡Sitiarnos por la carpanta!...
Pero ya hemos rescatado
A balazos la vitualla
Prisionera, y amen de eso
Se les volvió la criada
Respondona. ¡Ira de Dios,
Qué trifulca y qué sanfrancia! —
Y en lugar de ir al bateo
Quedarme aquí como un maula...
Pero no veo á Faustina.
¿Dónde andará esa muchacha?

ESCENA VIII.

BRIONES, EL AYUDANTE.

Ayud. ¡Sargento!
Brion. (¡Oiga!)
(*Saluda.*)
¡Mi ayudante!
Ayud. Ha ocurrido una desgracia...
Brion. ¿Desgracia? ¿A quién? ¿A Faustina?
Ayud. Al contrario: ella es la causa...
Brion. ¿Cómo?...
Ayud. Al mirarla el herido,
Da un grito...
Brion. ¿Quién...?
Ayud. Se desmaya...
Brion. ¡Un herido aquí!...
Ayud. Y tal vez
Ya habrá espirado.
Brion. Dios le haiga...
¿Y quién es el agraciado?
Que yo vengo de la guardia...
Ayud. Es el capitan Bureba.
Brion. ¡Voto á...! La mejor charasca
Del cuerpo... Pero ¡ah! ya caigo...
¡Encontrarse facha á facha
Y en el artículo mortis
Con ella! Es una emboscada,
Una...
Ayud. ¡Qué! ¿la conocía?
Brion. ¡Toma! En Pasajes... Es larga
La historia... Pero acudamos
Al morimundo...
Ayud. Le basta
(*Deteniéndole.*)
El cirujano. Lo que urge
Es que no se pierda el alma.
Brion. Cierto; ¡y la suya...!
Ayud. Que venga
Pronto el capellan...
Brion. ¿Se naja,
Segun eso...? Voy...
Ayud. Yo vuelvo
A asistirle.
(*Al entrar el ayudante en el dormitorio llega Pablo por la otra puerta.*)

ESCENA IX.

BRIONES, PABLO.

Brion. ¡Ay, camarada!
Nuestro pobre capitan...
Pablo. Lo sé. Herido...
Brion. ¡No, que es chanza!
Aquí...
Pablo. Ya me han dicho...
Brion. ¿Y sabes...?
Pablo. ¿Muerto?
Brion. La cosa va mala.
Y ella...
Pablo. Quién...
Brion. Faustina. Golpes
De...
Pablo. Dime...
Brion. El diablo las carga...
Pablo. ¡Por Dios, hombre...!
Brion. Y donde menos
Se piensa...

Pablo. ¡Yo me aspo!
Brion. Salta
La liebre.
Pablo. Pero...
Brion. Son cosas
Que... En fin, no te digo nada.
El capellan... ¡Pablo!... Ten
Pecho y criarás espalda.
(*Vase corriendo.*)

ESCENA X.

PABLO.

¡Cielos! ¿Qué habrá sucedido?
¿Qué me anuncian sus palabras?
Faustina... Temblando estoy
Como la hoja en la rama. —
Entremos. Allí estará...

ESCENA XI.

FAUSTINA, PABLO.

Faust. ¡Pablo!
(*Saliendo del dormitorio y abrazando á Pablo.*)
Pablo. ¡Faustina adorada!
Eso sí; ven á mis brazos,
Y quiéreme con el ansia
Y el... ¿qué diré? el desatino
Con que yo te amo. Ese trápala
De Briones me decía...
No sé... Palabras preñadas...
Como quien daba á entender
Alguna injusta mudanza
En tu corazon, y... vamos...,
¡Sobre que no me llegaba
La camisa al cuerpo! — Pero
¿A qué vienen esas lágrimas?
¡Ah! la herida de mi buen
Capitan te mueve á lástima.
¿Cómo está? Yo quiero verle...
Faust. ¡No, no le veas! ¡Aparta...!
Pablo. ¡Qué terror...! ¿Ha muerto?
Faust. ¡Cielos!...
Pablo. ¡Muerto, sí! En vano lo callas.
¡Qué dolor de juventud
Tan florida, tan lozana...!
Faust. ¡Pablo!...
Pablo. ¡A mi lado cayó!
Y cuando su frente pálida
Apoyaba en este pecho,
¿Por qué la fatal descarga,
Dije yo, mi inútil vida
Respeta y la suya apaga?
Faust. ¡Oh, calla, desventurado!
¡Tu vida! ¡Inútil la llamas...
Y pende de ella la mia!
Pablo. ¡Ah, perdóname! Fué tanta
Mi pena en aquel momento...
Ya ves; uno se entusiasma
Por sus jefes cuando son
Tan bizarros. ¡Ver ganada
La accion, ver al enemigo
Huyendo de nuestras armas,
Y que el plomo de un cualquiera
Atraviese las entrañas
Del mas bravo cuando todos
El himno de triunfo cantan!
¡Y luego dicen de Dios
Que es el Dios de las batallas!
No fué Dios, sino el demonio
Quien disparó aquella bala.
Faust. ¡Pablo!, respeta los juicios
Del cielo. Tú, que te apiadas
De la suerte de Bureba,
Quizá si la vida salva
Le maldecirás.
Pablo. ¡Faustina!...
¿Qué quieres decirme? Acaba.
Me haces sospechar... Bureba...
Faust. Es el mismo que en la playa
De Pasajes...
Pablo. ¡Ah!... ¿Por qué
Me lo dices? ¡Yo le amaba!
Faust. Hoy mismo, pocos momentos
Antes de sonar la alarma,
Entrando en esta cantina,
Sin saber quién la habitaba,
Pretendió sordo á mi llanto
Echar el sello á su infamia.
Con oro quiso pagar
Aquella deuda sagrada...
¡Con oro! Al verlo, la voz
Se me anuda en la garganta,
El corazon se comprime,
Mi sangre se hiela, falta
La luz á mis ojos... ¡Ah!
No puede ser mas amarga
La agonía de la muerte. —
Pero el cielo, que me guarda
Quizá mayores desdichas,
Cuando el vil me desampara,
Envía á tu honrado amigo
En mi ayuda. Recobrada
Apenas de mi desmayo,
Veo llegar á mi estancia
Un hombre herido... ¡Era él!
No ya con sed de venganza
Le miro, que me recuerda

Los deberes de cristiana
Aquella sangre vertida
En defensa de la patria. —
No alienta; frio sudor
Su cárdeno rostro baña;
Mas al vendarle la herida
Abre los ojos, los clava
En los mios, de su pecho
Un hondo suspiro arranca,
Y de nuevo sus sentidos
Mortal accidente embarga.

Pablo. ¿Quién sabe si la conciencia..?
Que en tales momentos habla
El corazon, y es preciso
Tenerle de piedra para...
En fin, bastante trabajo
Tiene el que se muere y... Vaya,
¡Si no puedo aborrecerle!
Hemos hecho seis campañas
Juntos... Y por otro lado,
Me da... ¿Qué sé yo? Una rabia...
¿Por qué ha sido él, Dios eterno,
El culpado, y no otro mandria...,
Otro á quien pudiera yo
Ver morir, así..., con calma...!
¿Y por qué no le aborrezco
Si te adoro á tí, y me abrasa
De zelos...? ¡Eh! ¡Si soy un...!
Vamos; hay horas menguadas...

ESCENA XII.

FAUSTINA, PABLO, EL CIRUJANO.

Faust. ¿Ha vuelto de su desmayo?

Cir. Sí; mas da poca esperanza
De vida, y recelo mucho
Que al extraerle la bala...
¿No ha venido todavía
El capellan?

Pablo. ¡Qué! ¿se trata...!
¡Pobre capitan!... — Perdona.
(*En voz baja á Faustina.*)

Cir. En este momento se halla
Con cabal conocimiento,
Pero si el dolor se agrava
Y sobreviene un delirio...

Pablo. Yo, yo iré en un vuelo...¡Gracias
A Dios! Aquí está.

ESCENA XIII.

FAUSTINA, PABLO, EL CIRUJANO, EL CAPELLAN.

Cap. Bureba...

Cir. Allí. Entre usted.

ESCENA XIV.

FAUSTINA, PABLO, EL CIRUJANO.

Pablo. No se vaya
Usted...

Cir. Vuelvo. — Otros heridos
Tambien mi auxilio reclaman.

ESCENA XV.

FAUSTINA, PABLO.

Pablo. ¡Va á morir! ¡Fatal momento!
¡Tan jóven...! Estás delante,
Pero... ¡Perdona al amante
Las lágrimas del sargento!

Faust. De tu pena no me agravio,
Que yo su víctima soy
Y si á maldecirle voy
Sella la piedad mi labio.
Resignada con mi suerte
Te perdono y le perdono.
¿Le ha de perseguir mi encono
Aun en brazos de la muerte?
Sí; yo os perdono á los dos;
A ti porque en serle fiel
Honras tu uniforme; á él...
Porque me lo manda Dios.

Pablo. Sí, Faustina; sí por cierto,
Que no es Dios tan vengativo
Que para querer al vivo
Mande aborrecer al muerto.

Faust. ¡Él muere, y en mi dolor
Yo envidio, Pablo, su herida!

Pablo. ¡Tú! ¿Es posible...?

Faust. ¿Qué es la vida
Para quien pierde el honor?

Pablo. ¡Honor! ¿Con él...? No lo digas,
Porque eso es darle la palma,
Y en vez de rezar por su alma
A maldecirle me obligas.
Él hizo escarnio de tí,
Y yo, amigo, amante fiel...
¡Honor! Lo esperabas de él...
¡Y no lo esperas de mí!
Ya lo lava en su agonía

Con esa sangre que vierte,
Aunque no le den la muerte
Ni tu mano ni la mia.
Y si á la vida volviera,
¿Sería jamás tu esposo?
Y si él vive, ¿no es forzoso
Que tu pobre Pablo muera?
¡Honor! ¿Quieres que permita
Dios, que oyéndonos está,
Que muera quien te lo da
Y viva quien te lo quita?
¡Oh! harás que dé á Belcebú
Esta compasion hidalga,
Que no hay capitan que valga
Estando por medio tú;
Y si el cielo decretó
Que uno ayune y otro coma,
Bien está San Pedro en Roma;
Muera él y viva yo.

Faust. ¡Cuán injusto eres conmigo,
Pablo, si creyendo estás
Que amo á Bureba! ¡Jamás!
Pongo al cielo por testigo.
Quedara mi fama pura
Si su mano fuese mia,
Mas ¡ay! yo la compraría
A costa de mi ventura.
Si tal ordena la suerte,
Temes que Dios te destruya.
¿Y sabes tú si á la tuya
Precedería mi muerte?
¿Sabes tú, por mas que crea
Cobrar así mi opinion,
Si condena el corazon
Lo que la boca desea?
Yo, que alma y vida te dí,
¿No prefiriera tu mano?
¡Ah! no hay sacrificio humano
Que yo no hiciera por tí;
Y á no mirar tu desdoro,
Pablo, en tan amantes lazos,
Grata me fuera en tus brazos
La misma afrenta que lloro.

Pablo. Pero si en este momento
Baja Bureba al profundo,
¿Volverá del otro mundo
A cumplir su juramento?

ESCENA XVI.

FAUSTINA, PABLO, EL CAPELLAN.

Cap. ¿Eres tú...?

Pablo. ¿Ha muerto?.... ¡Otra vez
Las lágrimas...! Soy un drope.

Cap. Aun vive.

Pablo. ¡Gracias á Dios...!
(¿Qué gracias? Miento.)

Cap. ¿Tu nombre?
(*A Faustina.*)

Faust. Faustina Urrutia.

Cap. Bureba
Te ruega que le perdones...

Pablo. ¿Lo ves? Muere arrepentido
A lo menos. ¡Pobre, pobre
Capitan!

Cap. Y antes que cierre
Sus ojos eterna noche
Quiere verte.

Faust. ¡A mí!

Pablo. ¡A Faustina!
¿Cuáles son sus intenciones?
A usted, pase; pero á ella...
Yo tiemblo como el azogue.—
¡Ah!... el testamento... Sin duda
Quiere que corra tu dote
De su cuenta... Es excusado.
Ella no admite favores
De quien...

Cap. Sargento, á ella toca
Responder.

Faust. Lo que él responde
Respondo yo. Ni se pagan
Con el oro obligaciones
De conciencia, ni yo vendo
Por cuanto oro hay en el orbe
La honra de mis padres.

Pablo. ¡Guapo!
Lo has dicho que.. ni de molde.
¡Bien haya tu boca, amen!

Cap. Ni podría yo ser cómplice
De tu deshonra, hija mia.
Escucha, y no te sonrojes.
Desde el lecho de la muerte
Te ha visto Bureba. Atroces
Remordimientos le agitan,
Confiesa sus culpas, oye
Los gritos de su conciencia
Y la voz del sacerdote,
Y solo pide al Altísimo
Que su existencia prolongue
Hasta que vínculo santo
Tus pesares galardone,
Y si ayer le maldecías
Hoy viuda amante le llores.

Pablo. ¿Su viuda? Pero... ¿y si vive?
¿Quién será la viuda entonces?
¡Yo! ¡El pobre Pablo!

Faust. (¡Dios mio,
Dame valor!) Vamos...

Pablo. ¿Dónde?
Yo no puedo permitir...

Cap. ¿Qué escucho!

Faust. Así lo dispone
El cielo...
Cap. ¿Con qué derecho
Osa impedir ese jóven...?
Pablo. ¿Con qué derecho? Yo la amo
Como nunca ha amado un hombre;
La amo desde que era así,
(*Extendiendo la mano á poca altura del suelo.*)
Y nunca con mano torpe
Llegué al pelo de su ropa,
Ni á la proa de su bote
Tan siquiera; y porque al otro
Señor, cuando está en el borde
Del sepulcro, se le antoja
Querer casarse y ser hombre
De bien, ¿es razon de Dios
Que se quede á buenas noches
El que...? ¡Que diga Faustina
Si no me quiere á mí doble
Que á él...!
Faust. Pero mi honra es antes,
Y aunque la pena me ahogue...
Pablo. ¡Sí, la honra!...
Cap. En tales momentos
Deben callar las pasiones.
Pablo. ¡Ya, como usted no las tiene!...
¡Voto á cribas...! ¡Que me robe
La novia un muerto!...
Cap. ¡Silencio,
Temerario! — El tiempo corre;
(*A Faustina.*)
Los momentos son preciosos.
Resuelve. No se malogren
Mis esfuerzos...
Pablo. De manera
Que si... en efecto... le coge
Su última hora...
Faust. ¡No mas!
Dios me manda que le otorgue
Mi mano. — Ruéguele usted,
Padre, que en cuenta me tome
Este cruel sacrificio,
Y si bondadoso acoge
Mis ruegos, pronto en la tumba
Veré el fin de mis dolores.
(*Entra en el dormitorio.*)

ESCENA XVII.

PABLO, EL CAPELLAN.

Pablo. ¡Eso es! ¡Quererse morir
Ahora! Todo lo componen
Así las mujeres. — ¡No!
Quien morirá de ese golpe
Soy yo, que siempre la soga,
Que dijo el otro, se rompe
Por lo mas delgado.
Cap. Pablo,
Sola una víctima escoge
El cielo, y cuál deba ser
La que aplaque sus rigores,
Aquel lecho ensangrentado
Lo muestra. Imita la noble
Fortaleza de Faustina,
Y Dios un dia corone
Vuestra virtud. Un testigo
Falta. Ven...
Pablo. ¿Yo? ¡Que me ahorquen
Primero! — Lo buscaré...
Cap. ¡No! Vendría tarde. ¡En nombre
(*Mirando adentro.*)
Del cielo, ven...!
Pablo. Eso, padre
Capellan, no está en el órden. —
Pero ¡dejarle morir
En pecado!... Al fin y al postre,
Es mi capitan.
Cap. Entremos...
(*Cogiéndole de la mano.*)
Pablo. ¡Por vida de Satiponce...!
Con que, ¿yo mismo...?
(*Se asoma.*)
¡Allí está!
Me mira..., me reconoce...
¡Me llama!... La disciplina
Me manda entrar á galope.
Vamos. (¡Voto á...!)
Cap. ¿Qué haces?...
Pablo. Nada...
¡Arrancarme los bigotes!
(*Entran los dos en el dormitorio.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

FAUSTINA, BUREBA.

Bur. Vuelva á tu alma la quietud
Y cese tu desconsuelo,
Pues ha permitido el cielo

Que recobre mi salud.
No te vea yo afligida,
Que si tu llanto no cesa
Podré juzgar que te pesa
De ver cerrada mi herida.
Faust. Bureba, soy tu mujer,
Sé lo que el cielo me ordena,
Y aunque me mate la pena
Sabré cumplir mi deber.
Bur. En amargos sinsabores
Se cambiarán mis placeres
Si tú me hablas de deberes
Cuando yo te digo amores.
Habla con labio risueño,
Con apacible semblante,
Como la amada al amante,
No como la esclava al dueño.
Para expiar mi desliz,
Que te hizo tan desgraciada,
No me basta verte honrada
Si no te veo feliz.
Quien culpado te agradó
No te enoje arrepentido.
¿No merecerá el marido
Lo que el galan mereció?
Si juzgas que en mi dolencia
Cuando la mano te di
Menos que el amor oí
Los gritos de la conciencia,
Ahora en venturosa calma
Juro que mi tierno amor
Con la deuda del honor
Pagó la deuda del alma.
¿Será menos sacrosanto
Nuestro nudo, menos fuerte
Porque lo bañó la muerte
Con mi sangre y con tu llanto?
¿Quién mas dichoso que yo?
¿Qué placer al mio iguala?
¡Bien haya la ardiente bala
Que en el lecho me postró!
La muerte el golpe retarda
Cuando á mi lado te veo
Y ver en tu imágen creo
La del ángel de mi guarda.
Sincero arrepentimiento
Vuelve á mi pecho el amor
Y recuerdo con horror
Mi olvidado juramento;
Pido tu mano afanoso...,
De que acaso no era digno,
Que á morir no me resigno
Sin que me llames tu esposo,
Y cuando tu dulce sí
Fué bálsamo de mi herida
Solo apetecí la vida
Por consagrártela á tí.
Faust. Desciende á tu corazon,
Bureba, y quizá te arguya
De que tomaste por suya
La voz de la religion.
Acaso te ofenderé
Temiendo nuevos desdenes,
Pero ¡tan hecha me tienes
A que dude de tu fe...!
Bur. Razon te sobra, bien mio.
Quien á tí los ojos vuelva
Es imposible que absuelva
Mi criminal extravío;
¿Mas no podrá, amada prenda,
Borrarlo mi eterno amor?
Dios no niega al pecador
La esperanza de la enmienda.
Faust. Triste es, Bureba, mi suerte,
Pues para amarme de veras
Fué preciso que te vieras
En las garras de la muerte.
Bur. No. Siempre el alma te quiso,
Mas la vida de soldado...
Yo me creía olvidado
Por tí, y otro compromiso...
¡Qué quieres! A uno le agarra
El diablo, que nunca duerme.
Quisieron establecerme
En Tudela de Navarra...
Doña Casilda Montero,
Dama rica y linajuda,
Y muy jóven, aunque viuda...;
Y pasa por bella, pero...
¿Yo amarla? Ni por asomo.
Pero un dia... ¡en carnaval!
Dí mi palabra formal
Sin saber dónde ni cómo...
Palabra impía; lo sé,
Para el mundo y para Dios,
Pues quien la empeña con dos
A ninguna guarda fe.
Y aunque á la nupcial coyunda, —
Esto lo sabe cualquiera, —
Mientras viva la primera
No hay derecho en la segunda,
Yo que he sido un calavera,
No sé por qué baraunda
Preferia á la segunda
Y olvidaba la primera.
Sacóme del embarazo
Aquel balazo propicio...
Para ser yo hombre de juicio
Necesitaba un balazo.
Ya ves, amado embeleso,
Que si antes obré con dolo,
Hoy, sin callar uno solo,
Mis pecados te confieso.
Ya he purgado mi conciencia
Que inficionó Belcebú:
Ya solo falta que tú

Me impongas la penitencia.
Pésame si te ofendí,
Y este mi dolor interno
No es por temor del infierno
Sino por amor de tí,
Y hará mi pecho pedazos
Contricion expiatoria
Hasta que alcance la gloria...
En el cielo de tus brazos.
Faust. Será tu pesar sincero,
Pero en boca de un esposo
Es demasiado fogoso
Para ser muy duradero.
Mientras así me requiebre
Mi marido, creeré yo
Que la herida se cerró
Mas no ha cesado la fiebre,
Y tendré mucho martirio
Cuando completa la cura
Se pase la calentura
Y con ella tu delirio.
Tus dichos serán muy buenos
Para alguna ilustre dama...,
Pero quien de veras ama
Obra mas y charla menos.
Así hablabas en Pasajes,
Yo te oí muy satisfecha;
¡Y cogí larga cosecha
De desengaños y ultrajes!
Bur. ¡Siempre recordar mis yerros!
¡Siempre dudar de mi fe!...
¡Por un perro que maté
Me llamaron mata-perros!
Si injusto y pérfido fuí,
Hoy te adoro y te bendigo.
¿No me he casado contigo?
Pues ¿qué mas quieres de mí?
Faust. Yo te estoy agradecida
Y solo mi alma desea
Que en un rincon de mi aldea
Disponga Dios de mi vida.
Bur. ¿Qué me dices? ¿Esa es toda
Tu pasion?... ¡Lindo consorcio!
¡Probar la hiel del divorcio
Antes que el pan de la boda!
Si así mi dicha se trunca
Cuando en tu mano veía
Su colmo, tanto valía
No habernos casado nunca.
Faust. Así mi honor restituyo
Que mancilló tu desvio;
¡Y como yo por el mio
No gemirás por el tuyo! —
Pero el mismo honor, Bureba,
Hoy nos separa á los dos,
Que si no lo manda Dios
El mundo quizá lo aprueba.
Tosca plebeya nací;
Tú naciste caballero.
¡Qué distancia! No, no quiero
Que te avergüences de mí.
Bur. ¡Yo avergonzarme! No tal.
De sangre ilustre no vienes,
Pero ¿qué importa si tienes
Un talento natural...?
Quien goza ese privilegio,
Y es además tan bonita
Como tú, no necesita
Educarse en un colegio.
En dos meses, yo lo abono,
Dama elegante serás
Cual ninguna, y te pondrás
En los trotes del buen tono;
Y que te pongas ó no,
Elegante ó no elegante,
Para mí eres lo bastante
Pues así te quiero yo.
Faust. Tú... tal vez, pero ¡qué mengua
Cuando amigos y parientes
Se mofen de mí...!
Bur. ¡Insolentes!...
Les arrancaré la lengua.
Faust. Y ¡qué! ¿no te cansaría
La carga de una mujer
Que te obligase á tener
Un combate cada dia?
Callarán tal vez si hieres
Hoy á uno, mañana á dos,
Mas ¿quién tapa ¡Justo Dios!
Las bocas de las mujeres?
Una, quizá la mas fea,
Cuando pase yo á su lado
Exclamará con enfado:
«¡Jesus, cómo huele á brea!»
Otra haciendo mil extremos
Dirá, á otra ó á la de antes:
«No se han hecho para guantes
Manos que empuñaron remos.»
Fuerza es que un dia te duela
Tanto sonrojo, y quizás
Entonces suspirarás
Por la viuda de Tudela.
Bur. No, no temas tal perfidia.
Si su lengua es tan procaz,
Ya nos dejarán en paz...
O se morirán de envidia.
Si es mio tu corazon...
Faust. (¡Ah!)
Bur. Ya es justo que resuelvas
Ser capitana y no vuelvas
A hablar de separacion.
Cierto que estabas muy mona
Con la saya de Pasajes,
Mas para algo son los trajes
Que vinieron de Pamplona.
Nada á tu hermosura falta,

Mas mi clase y tu decoro...
Vé á vestirte, mi tesoro.
Ya ves, hoy me han dado el alta...
Faust. Si lo mandas...
Bur. Te lo ruego.
Ya te ha buscado mi amor
Alojamiento mejor.
Irás á ocuparlo luego...
Faust. Bien está. ¿Esperas aquí?
Bur. Primero, súbdito fiel,
Voy á ver al coronel.
Pronto volveré por tí. —
Pero tú sola... ¡Qué diablo...!
Te hace falta una doncella...
Faust. Yo me vestiré sin ella.
Bur. Adios.
(*Besando la mano á Faustina.*)
Faust. (¡Ay cielos!... ¡Ay Pablo!)
(*Entrando en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA II.

BUREBA.

¡Pobre niña!... Ya se ve,
Criada entre calafates
Y marineros, no es mucho
Que se avergüence y se pasme
De verse hecha una señora
De la mañana á la tarde.
Recobrada con mi mano
La honra perdida, casi
No se atreve á reclamar
Mi fe de esposo y amante.
Ella me ama; es evidente,
Pero yo la he dado márgen
A que de mí desconfíe,
Que en verdad ha sido infame
Mi conducta. Esa tristeza
Que la consume no nace
De otra causa; no. Pensar
Que en su corazon se arraigue
Otra pasion... Me idolatra
¡Y se resigna, no obstante,
A vivir oscurecida
En la choza de sus padres!
Ese noble sacrificio,
Ese rasgo de admirable
Humildad te hace á mis ojos
Mucho mas interesante,
Bella Faustina.
(*Mira adentro.*)
Allí está
Poniéndose el nuevo traje...
¡Qué linda estará con él! —
Mas... ¿sabrá tomar el aire
De la buena sociedad...?
La mujer del comandante
Es cáustica como un diablo;
Extrañará los modales...,
Algo zurdos en verdad,
De una... ¡Me tiemblan las carnes!
Entre ella y la ordenadora
Y otras notabilidades
Me la van á sofocar.
Lo de la brea, y el cable,
Y el remo... es muy verosímil
Por desgracia, y si otra sale
Diciendo: « La Magdalena
No está para tafetanes, »
Y otra: « De casta le viene
Al galgo... » ¡Vírgen del Cármen!...
Y aun poco me importarían
Las pullas y los desaires:
La defensa no es difícil
Cuando es de frente el ataque.
Mas los cumplidos irónicos,
Las risitas, los apartes...
¡Oh!... Pero ella es despejada,
Ladina y... luego que pase
El noviciado... Y en fin,
No yendo á ninguna parte
Con ella... ¿Qué digo, ingrato!...
Tan bonita, tan amable...
¿No es mi consorte legítima?
¿No he jurado en los altares...?
¡Eh! afuera preocupaciones
Ridículas. Es un ángel;
¡Yo la adoro!... ¡Sí! ; tambien
Adoraba á la de Galvez,
Y á mi patrona de Alfaro,
Y á Gertrudis..., ¡y á su madre!
Y á la viuda de Tudela...
¡Soy el mayor botarate...!
¡Oh, pero ahora es diferente!
Los vínculos conyugales...
(*Mira otra vez al cuarto de la izquierda.*)
¡Qué lindas formas! ¿No es lástima
Que...?

ESCENA III

BUREBA, BRIONES

Brion. Con permiso...
(*A la puerta de la derecha.*)
Bur. Adelante.
Brion. Mi capitan, buenos dias
Tenga usté. — ¡Hola! ¡Qué jaque!
¿Estamos ya de alta?

Bur. Sí.
Ya me he quitado el vendaje.
Brion. ¿Y Faus...? ¿Y doña Faustina?
(¡Si no puedo acostumbrarme!)
Bur. Buena.
Brion. (¡Y muriéndose Pablo!
¡Ah mujeres! ¡Ah!...)
Bur. ¿Qué trae
Briones?
Brion. Traigo esta carta
Que ahora acaba de entregarme
Para su mercé un paisano.
Bur. Venga. (*Tomándola.*)
Brion. (¡Todas son iguales!)
(*La abre y lee para sí.*)
Bur. (¡Qué veo!)
Brion. (Mas si creyera
Pablo al hijo de mi madre...)
Bur. (¡Vaya un compromiso ahora...!
Y si Faustina lo sabe...)
Brion. Esperaba la respuesta...
Bur. Sí; yo mismo iré al instante
A llevársela.
Brion. Ahí abajo,
Junto al molino...
Bur. (Si el diantre
Hiciera... Mejor sería
Que se hubiese ido á Pasajes
Faustina...) Oiga usted, sargento.
Saldrá dentro de un instante
Mi mujer. Dígala usted
Que si tardo... no lo extrañe,
Que un asunto del servicio...
Reservado, urgente, grave...
Pero no... Yo volveré...
Dígala usted que me aguarde...
¡Nada!; no diga usted nada.
Brion. Pero ¿qué...?
Bur. Ni á ella ni á nadie.

ESCENA IV.

BRIONES.

¿Qué diablos he de decir
Si no sé jota ni hache
De lo que dice la carta...?
Pero apuesto veinte riales
A que es de alguna querida,
Que él siempre las tuvo á pares
Y... el aquel de cada uno...
Mas tú lo quisistes, fraile...

ESCENA V.

FAUSTINA, BRIONES.

Brion. (Ya viene... ¡Qué maja! No,
No le está mal el... caráute
De ese vestido.)
Faust. ¡Miguel!
Brion. Beso todo lo besable,
(*Haciendo cortesías ridículas.*)
Doña... Usté ha de perdonar.
Se me atasca en el gaznate
El... Faustina, ¿cómo estamos?
Faust. Así quiero que me trates.
Brion. ¡Qué! ¿no tienes fantasía
De haber ascendido...? ¡Calle!
¡Suspiras! Y yo juzgaba
Que estabas tan arrogante,
Tan sastifecha... Pues Pablo...
Faust. ¿Qué ha sido de él? Háblame, háblame
De Pablo.
Brion. ¿Te acuerdas de él?
Faust. Pues ¿pudiera yo olvidarle?
Brion. Ya, sí; pero ¡buen consuelo
De tripas! Ya te casaste...
Ya se ve; donde hay patron
No hay marinero que mande,
Y al perro flaco...
Faust. ¡Briones,
Por Dios no me despedaces
El corazon! Dime...
Brion. Digo...
¿Qué te he de decir? El trance
De tu casorio y el trago
De obligarle á ser compadre...,
O testigo, ó ¿qué demonios
Me sé yo...? dieron al traste
Con su saluz...
Faust. ¡Ah, Dios mio...!
Brion. ¡Sin probar vino ni carne
En dos semanas! ¡Con un
Calenturon que se arde...!
¡Voto á...! ¡Un moceton como él...!
Faust. Acaba. Su vida...
Brion. Ya hace
Dos dias que se levanta,
Pero parece un cadáver
De difunto.
Faust. ¡Ay, amor mio!
Brion. ¡Qué! ¡Si da grima el mirarle!
¡Oh! y si ya no ha reventado
Lo mismo que un triquitraque,
No es suya la culpa; no,
Porque le tiene un coraje
A la vida... ¡Oh! y morirá;

¡De juro! Lia el petate
Cualquier dia... ¡y ahí te quedas,
Cuerpo endino!
Faust. ¡Oh cielos!... Antes
Muera yo mil y mil veces...
Brion. ¡Ba! No sería tu sangre
La que hiciera ese milagro,
Sino...
Faust. ¡Qué horror! ¡Un combate!...
Brion. Ni eso tampoco. Tu amor...
Faust. ¡Ah! si mi amor le bastase...
Brion. ¿Con que le amas entadía?
Pues entonces. ¡Voto á sanes...!
Yo en tu pellejo...
Faust. ¡Briones!
Brion. Iba á decir un dislate;
Pero mi afecto de amigo...
Perdóname. Esas ruindades
Se quedan para mujeres
De municion y así... tales
Como la mia. Quisiera,
Ya que ella me hizo cofadre,
Que tambien fuesen del gremio
Los señores capitanes;
Que algunos bien lo merecen. —
Pero no han nacido en martes
Como yo. — En fin, muerto el perro,
Muerta la rabia y... ¡aelante!

ESCENA VI.

FAUSTINA, PABLO, BRIONES.

Faust. ¡Ah!... Pablo...
Brion. Mira: ¡ahí le tienes!
Pablo. (¡La ingrata!...)
Brion. ¡Qué necio afan
De venir aquí...! ¿A qué vienes?
¿A dejar la piel en renes?
Pablo. Vengo... á ver al capitan.
Faust. (¡La vista aparta de mí!)
Pablo. Traigo una solicitud...
Brion. El capitan no está aquí...
Pablo. ¿Ha salido ya? Creí...
Iré á buscarle... ¡Salud!
Faust. ¡Deten...! ¡Espera!...
Pablo. (¡Traidora!)
Faust. ¡Sin decir siquiera adios
A esta desdichada!
Pablo. (¡Y llora!)
Ya no tenemos, señora,
Nada que tratar los dos.
De otros..., no aquí, en rica sala,
Podrá con frente serena
Recibir la enhorabuena
Quien se ha vestido de gala
Cuando yo muero de pena.
Faust. Pablo, tengo obligacion
De obedecer á un marido;
Pero ¿no ves mi afliccion?
Galas llevo en el vestido
¡Y luto en el corazon!
Pablo. ¡Luto, y tu crueldad me mata!
Ese corazon infiel...,
Que un tirano me arrebata,
Era mio, ¡ingrata!
Faust. ¿Ingrata?
Siempre reinarás en él.
Pablo. ¿Tu corazon no me olvida?
¡Oh! vuélvelo á pronunciar
Y me volverás la vida.
Brion. (¡Qué diablo!... Aun me harán llorar;
Y esa es muy mala partida.)
Faust. Yo te amaba con ternura,
Pero el destino, mi honor...
¡Oh! no me llames perjura;
Que si es grande tu amargura,
La mia es mucho mayor.
Pablo. ¡Mayor que la mia, cielos!
Tú al fin no te ves herida
Por el puñal de los zelos.
Brion. (¡Pobre muchacho! ¡Por vida...!
Yo me tiro de los pelos.)
Faust. ¿Zelos? ¡Ah! pero en mal hora
Tu corazon no se vende
A la ley que el mio llora
De halagar á quien le ofende
Y olvidar á quien adora.
Pablo. ¡Maldecido casamiento!
Viéndote feliz esposa
Moriría yo contento
Tal vez... Pero... ¡ah qué tormento!...
¡Ni culpable... ni dichosa!
En fin, ¡todo se acabó
Para este desventurado!
Ya no has de decir que no...
Lazos que el cielo ha formado
No he de desatarlos yo.
Acaso lejos de mí,
Que con mi llanto te aflijo,
Vivirás tranquila; sí,
Y el tiempo... El deber... Un hijo...—
¡Miguel!... ¡Sácame de aquí!
(*Echándose en los brazos de Briones.*)
¡Adios!... (*A Faustina.*)
Dejo este papel...
(*Poniendo un memorial sobre la mesa.*)
Brion. Ten valor. ¡Eh!... ni un recluta...
Pablo. Que lo entregue al coronel
Mi capitan. Pido en él...
Faust. ¿Qué?
Pablo. Mi licencia absoluta.

Brion. ¡Ba! Es un cargo de concencia.
Huir de Faustina..., bien;
Pero ¡pedir la licencia
Cuando espero que te den
Muy pronto la sutenencia!...
Pablo. No. Ya no tengo ambicion.
Si antes era mi delicia
Esta noble profesion,
Ya aborrezco la milicia
Con todo mi corazon.
Era Faustina la estrella
Que dirigía mi huella,
Que enardecía mi frente.
Por ella he sido valiente:
Cobarde seré sin ella.
Qué me importa ya la gloria?
¿Qué enamorada mujer
De mi esfuerzo hará memoria?
¿A qué piés he de ofrecer
El premio de la victoria?
¿Dónde la prenda de amor
Está que en horas felices
Funde su orgullo, su honor
En enjugar mi sudor
Y besar mis cicatrices?
¡Oh!... ya seré mal soldado.
La licencia me desarme,
Ó ciego y désesperado,
Soy capaz... de desertarme,
Aunque muera fusilado.
Faust. ¡Pablo!
Brion. ¡Beh...! Me escandalizas.
Vive para la nacion,
O cierra con la faicion
Hasta que te haga cenizas
Una bala de cañon.
Faust. ¡Ah! si aun me amas y te dueles
De la amarga pena mia,
Vive, Pablo, y como sueles
A tu frente cada dia
Añade nuevos laureles.
Pablo. ¡Que viva yo sin la bella
Prenda que el alma adoró!
¡Faustina!... no puedo, no,
Luchar con la mala estrella
Que en la cuna me alumbró.
¡Que viva yo para verte
En brazos de mi rival
Y maldiciendo mi suerte
Sienta en mi cuello el dogal
Y no en mi pecho la muerte!
¿No temes que vengativa
Un dia mi mano hiera
A quien de tu amor me priva?
¡Oh! para que Pablo viva...
Es preciso que otro muera.
Faust. No mas; huye: otro camino
No nos deja ya el destino;
Que en tan doloroso extremo,
Tú temes ser asesino,
Y yo... ¡no sé lo que temo!
Pido á Dios omnipotente
Que sacie en mí su venganza,
Y el corazon me desmiente
Abrigando una esperanza...
Que quizá no es inocente.
Tal vez del cielo murmuro
Cuando mi honor aseguro,
Mas que mi afrenta cruel,
Y quizá maldigo fiel
Al que maldije perjuro.
Quiero alejarte de mí,
Y al mirar tu desconsuelo
Es tanto mi frenesí
Que alzo mis brazos al cielo...
¡Y ellos me arrastran á tí!
(*Se abrazan.*)
Pablo. ¡Faustina!
Faust. ¡Sea el postrero!
(*Retirándose y muy conmovida.*)
Pronto en el cielo los dos
Mas dulce lazo... (¡Yo muero!)
Pablo. Sí. — Yo moriré primero. —
Allí... (*Alzando los ojos.*)
¡Adios, Faustina!
(*Besando la mano de Faustina.*)
Faust. ¡Adios!
(*Se sienta desolada y un momento después se desmaya.*)

ESCENA VII.

FAUSTINA, BRIONES.

Brion. ¡Infeliz! ¡Qué sacrificio!...
Voy... Pero ya se ha privado
La otra... ¡Voto á san Mauricio!
(*Acude á socorrerla.*)
¡Faustina!... Ya me ha tocado
Dos veces este servicio.

ESCENA VIII.

BRIONES, EL AYUDANTE, FAUSTINA.

Ayud. ¡Faustina!... ¿Cómo? Un desmayo...
¿Quién la ha podido decir...?
Brion. ¿Qué?
Ayud. Una desgracia...
Brion. ¡Desgracia!
¿Cuál?

Ayud. El desdichado fin...
Brion. ¡Cielos! ¿de quién...?
Ayud. De Bureba.
Brion. ¡Ah!
Ayud. Un desafío... En la lid
Queda muerto.
Brion. (¡Ah, Pablo mio!...)
Perdóneme usted. Ya aquí
No hago falta, que Faustina
Respira... (El otro... En un tris
Estará su vida...) ; Adios!

ESCENA IX.

FAUSTINA, EL AYUDANTE.

Ayud. Señora...
Faust. ¡Triste de mí!
Ayud. ¡Valor! — Otro me ha excusado
El tormento de afligir
A una esposa con la nueva
Fatal...
Faust. ¿Qué?...
Ayud. ¡Morir así
Un valiente, que cien veces
En la discordia civil...!
Faust. ¿Quién...? ¡Oh! Acabe usted...
Ayud. ¡Bureba!...
Faust. ¡Ah!...
Ayud. ¿Ignoraba usted...? Creí...
Faust. ¡Gran Dios!
Ayud. Un duelo... El hermano
De una dama de Lerin...,
O de Tudela... No sé...
Se han batido...
Faust. ¿Ha muerto?...
Ayud. Sí.
Faust. ¡Ah, Bureba!... Por mi causa...
Ayud. Aunque debe usted sentir
Su muerte funesta..., hay bodas,
Faustina... Su amigo fuí,
Pero... No era su carácter
Para hacer á usted feliz. —
Ni usted quizá... — Otros deberes
Me llaman lejos de aquí...
¡Adios!

ESCENA X.

FAUSTINA.

Cielos, que su sangre,
Y no la mia elegís...
Perdonadle; ¡era mi esposo!...;
Mas... ¡no me culpeis á mí!

ESCENA ULTIMA.

FAUSTINA, PABLO, BRIONES.

Pablo. ¡Bien mio!
Faust. ¡Pablo!...
Brion. Aqui está.
(*A Faustina mostrando á Pablo.*)
Ahi la tienes.
(*A Pablo mostrando á Faustina.*)
Cada quis
Sabe ahora su obligacion.
Dios no es ningun zarramplin,
Y cuando así lo ha dispuesto...
Uno había de morir;
No hay remedio : al capitan
Le llegó su san Martin...
Lástima es darle de baja
Estando en su verde abril,
Pero una vez que murió,
Seculorum en latin. —
¿Llorais? ¡Bien!—Era tu jefe
(*A Pablo.*)
Y mas valiente que el Cid. —
Fué tu marido. Los dos (*A Faustina.*)
Tendríais un alma ruin...
Mas luego que pase el luto
De ordenanza... ¿Eh? ¿Qué decís?
Pablo. ¡Faustina!...
Faust. Para él mi llanto...
¡Vida y alma para tí!
(*Dando la mano á Pablo.*)

¡POR NO DECIR LA VERDAD!

COMEDIA EN UN ACTO,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 30 DE MAYO DE 1843.

PERSONAS.

CAMILA.	DON FABIAN.
MARIQUITA.	DON ENRIQUE.

La escena es en Sevilla. — Jardin con verja en el foro; puerta de comunicacion con la casa, à la derecha del actor; à la izquierda un pabellon con gradas y puerta dando frente al bastidor opuesto; ventana mirando al público, y bajo de ella un banco.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, DON FABIAN.

Fab. Con que ¿hoy llega don Enrique
A Sevilla?
Cam. Si; en el *Bétis*.
Fab. ¡Oh si en el seno de Tétis
Se fuera el vapor á pique!
Cam. ¿Por qué le quieres tan mal?
Fab. Porque tú le quieres bien.
¿No puedo yo ¡voto a quién!
Maldecir á mi rival?
Cam. Yo maldecirle no sé,
Que harto pesa á mi conciencia
La culpable inconsecuencia
Con que he burlado su fe.
Fab. Tambien él, rota la argolla
Con que tu amor le prendía,
Gemirá, lo juraría,
Por una linda criolla.
Son famosas las de Lima,
Su postrera residencia,
Y es tentadora influencia
La de aquel ardiente clima.
Cam. ¡Cuál sería mi ventura
Si, vuelto al suelo natal,
Él no fuese tan leal
Como yo he sido perjura!
Entonces no temería
Que de falsa me arguyera,
Pues la culpa suya fuera
Salvaguardia de la mia.
Fab. Todo entregado al comercio,
No creas que tierno y blando
Vuelva á tus piés recitando
Elegías de Propercio.
Cam. Si; que su constancia induzco
De las cartas que me ha escrito.
Fab. Y ¿qué prueba...?
Cam. Una de Quito,
Otra fechada en el Cuzco;
Y en la postrera — ¡ay de mí! —
Desde Cádiz — ¡ay Fabian! —
Me recuerda con afan
La palabra que le dí.
Fab. Pero escriba como escriba
Ese terco enamorado,
¿Qué importa? Tú le habrás dado

Una respuesta evasiva.
Cam. ¡ Ah ! ¿yo escribir de esa suerte
Al que fué mi amado bien?
No, Fabian, que mi desden
Le causaría la muerte.
Fab. Y no excusarás el daño
Porque ahora te acobardes,
Que cuanto mas lo retardes
Peor será el desengaño.
Cam. Pero ¿qué dirá la gente
Si rompo yo la primera
La fe jurada? Siquiera,
Cubramos el expediente.
Fab. Con que si rendido y fiel
En ser tu esposo persiste,
¿Habrás de dejarme alpiste
Y te casarás con él?
Cam. ¡Ay! me costará la vida,
Pongo al cielo por testigo,
Mas ¿con qué cara le digo:
Soy traidora y fementida?
Fab. Camila, no soy tan lego;
Eso no me satisface:
Di que en tu pecho renace
El mal extinguido fuego,
Y que un capricho voltario
Me dió plaza de suplente
Para dejarme excedente
Cuando vuelva el propietario.
Cam. ¿Posible es que digas eso?
Fab. Pues ¿qué he de decir — ¡ mal haya
Mi fortuna! — cuando...? Vaya,
Tú quieres volverme el seso.
Cam. ¡Ay! harto sabes, ingrato,
Cuán grande es mi amor y cuyo
Desde que adorando el tuyo
Del alma eché su retrato.
Guardé mi primer amor,
De que no hay cenizas ya,
Hasta que muerta mamá
Te nombraron mi tutor.
Tú con mañosa cautela,
Siempre á mis ojos presente,
Ligero hiciste á mi frente
El yugo de la tutela.
Después de un año de asedio,
¿Qué plaza se tiene firme?
Capitular, ó morirme:
No tenía otro remedio.
Si fueras un viejo chocho
De maneras inciviles...
Mas ¡ tutor de treinta abriles
A pupila de diezlocho!
Y aun tu misma profesion
De doctor en medicina
Ha apresurado la ruina
De mi primera pasion.
¿Qué corazon se sostiene
En campaña tan activa
Contra la alianza ofensiva
Del amor y de la higiene?
Venciste... ¡ Miren qué gracia!
¿Y quién sabe si empleaste
Para dar conmigo al traste
Las drogas de la farmacia?
¿Quién sabe, astuto doctor,
Aunque el claustro te celebre,
Si quitándome una fiebre
Me infundiste otra mayor?
¿Y cómo ¡ ay Dios ! te repulso,
Yo tan débil, tú tan sabio...?
¿Cómo negarte mi labio
Lo que te dice mi pulso?
Fab. Pero amor que así se esconde
No es verdadero, Camila;
¿Y verá mi alma tranquila
Que otro te halague y te ronde...?
Cam. ¿Quién con el mundo, Fabian,
Alguna vez no transige?
¿Qué sacrificios no exige
El temor del qué dirán?
Súfrelo por mí y por Dios,
Que á corto ó á largo plazo
Enrique caerá en el lazo
Que le tendamos los dos.
A aparecerle me obligo
Tan quebrada de salud,
Que será mucha virtud
Querer casarse conmigo.
Puede en tanto que nos abra
Camino el Dios del amor
Para poder sin rubor
Retirarle mi palabra.
Fab. El camino mas derecho
Es decirle esto sucede,
Y darle yo, si no cede,
Una estocada en el pecho.
Cam. ¡Qué! ¿tambien espadachin?
Fab. Salgamos del laberinto...
Cam. Pero, ¡ santo Dios, qué instinto
De matar! ¡ Médico al fin!
Pues, ¡ ay de tí si cruel
Tu rencor le sale al paso!
Fab. ¿Por qué?
Cam. Porque no me caso
Ni contigo ni con él.
Fab. Reprimiré mi coraje...
Si puedo; pero es capricho
Singular...
Cam. Lo dicho dicho.
Fab. ¿Oyes?
(*Aplicando el oido hácia la derecha.*)
Cam. Ruido de un carruaje...
Fab. Ligero va como un rayo.
Cam. Pára.

Fab. ¿A nuestra puerta?
Cam. Sí.
Fab. ¿Será Enrique?
Cam. ¡Oh! ya está aquí.
(*Mirando adentro por la puerta de la derecha y después de una breve pausa.*)
Tenme bien, que me desmayo.
(*Finge desmayarse y don Fabian la sostiene.*)
Fab. ¿De veras?
Cam. Ni por el forro.
(*En voz baja.*)
Fab. ¡Ah! ya comprendo... ¡Bendita!
Cam. ¡Calla!... Es decir; grita, grita...
Fab. ¡Favor! (*Gritando.*)
Enr. ¡Camila! (*Dentro*)
Fab. ¡Socorro!

ESCENA II.

CAMILA, DON FABIAN, MARIQUITA, DON ENRIQUE.

Mariquita viene vestida de hombre y don Enrique desgreñado, ojeroso y mal vestido.)

Enr. ¡Hermosa mia!... ¿Qué veo?
¡En brazos de otro galan!
Fab. ¿Galan? Se equivoca usted;
Que soy su médico.
Enr. Ya.
Fab. Y su tutor.
Enr. Segun eso,
Usted será don Fabian...
Fab. Servidor.
Enr. Muy señor mio.
Fab. Mi señora su mamá
En el lecho de la muerte
Me encomendó su orfandad.
Enr. Sea para muchos años.
Mar. (¡Bonita es como un coral!)
Enr. Con que ¿murió mi señora
Doña Cármen Garibay...?
Fab. Sí, señor. — Yo la asistí.
Enr. Dios la tenga en santa paz.
Pero ¿qué especie de síncope
O parasismo fugaz
Eclipsa de esos luceros
La celeste claridad?
Fab. Oir á usted, ver su cara
Asomar por el zaguan,
Y sentirse acometida
De este accidente fatal,
Ha sido un momento.
Enr. ¿Acaso...
Me aborrece? No será
Milagro, que este pelaje
Y mi extrema fealdad...
Hábleme usted francamente:
¿Se ha espantado...?
Fab. Tal vez...
(*Camila, como acometida de una convulsion, pellizca con disimulo á don Fabian.*)
(¡Ay!)
No, señor; muy al contrario;
El mismo amor...
Enr. (¡Voto á san!)
¡Qué gestos! ¡Qué crispaturas!
Parece que ahora le da
Mas fuerte. Echaré una mano...
Fab. No; ya no hay necesidad;
(*Con prontitud.*)
Cede el pulso, y la paciente
Vuelve á su estado normal.
Mar. ¿Y le dan esos soponcios
Muy á menudo?
Fab. Es el pan
De cada dia; es dolencia
Grave, intensa, pertinaz...
Enr. (¡Diablo!)
Fab. ¡Incurable!
Enr. (¡Demonio!)
Mar. (Este hombre es un charlatan.)
Enr. ¡Pobre Camila! — Y ¿qué nombre
Da usted á esa enfermedad?
Fab. Mal de corazon se llama
En el idioma vulgar:
Nosotros la apellidamos
Epilépsia contumaz.
Enr. (¡Zape!) Ya me habia escrito
Que no gozaba cabal
Salud; pero yo ignoraba
La funesta gravedad
De su dolencia.
Fab. La pobre
No queria traspasar
El corazon de su amante
Con una nueva capaz...
Enr. ¿De qué? A mí nada me arredra.
El amoroso volcan
Que inflama mi corazon
No se extinguirá jamás.
Fab. (¡Malos demonios te lleven!)
Mas yo no puedo excusar
El doloroso deber
De decir...
Enr. ¿Qué?
Fab. La verdad.
Si usted se casa con ella
Se expone...

Enr. ¿Cómo? ¿Es su mal
Contagioso?
Fab. ¡Ah! Sí.
Enr. No importa.
Yo lo quiero inocular
En mis venas.
Fab. ¡Temerario!
Enr. Sí, señor. No se dirá
Que yo falto á mi palabra.
Fab. ¿Y si el contagio letal
Se propaga á su inocente
Mísera posteridad?
Enr. Con que ¿ese mal viene á ser
Como el pecado de Adan?
Fab. Sí, señor, y no hay bautismo
Que lo cure.
Mar. Es singular...
Pues no anuncia su semblante...
Fab. Es achaque muy falaz.
Y si padeciera solo
De la epilépsia, tal cual;
Pero adolece tambien
De la ténia.
Mar. ¿Sí?
Enr. ¿Eso mas?
Mar. ¿Y qué viene á ser la ténia?
Fab. Un espantoso animal.
Enr. ¡Gran Dios!
Fab. Lo que llama el vulgo
La solitaria.
Enr. ¡San Blas!
¿Y no hay medio de extraerla...?
Fab. Sí por cierto; muchos hay:
La corteza de granado
Es sumamente eficaz,
Y la raíz del helecho;
Y aun solemos emplear
Con muy buen éxito el vomi-
Purgativo de *Le Roi;*
Mas con tantos revulsivos
No he podido exterminar
Esa cruel sabandija,
Que por mi cuenta tendrá
Trescientas varas y pico;
Ni ya lo quiero intentar,
Porque atendidos los síntomas
De la doliente, quizá
Si extirpamos la lombriz
Sobrevenga un zaratan.
Cam. Ja, ja, ja. (*Riéndose.*)
Enr. ¡Se rie!
Fab. Risa
Convulsiva.
Cam. Ja, ja, ja.
Enr. ¡Cosa mas rara...!
Fab. Pudiera
Ser esta crisis mortal.
Enr. ¿Crisis de la... ténia, ó crísis
De la epilépsia, ó de la...?
Que mi amada es, por lo visto,
Compendio de un hospital.
Cam. Ja, ja, ja...
Enr. ¡Vuelta á la risa!
Fab. Es segun como le da.
Otras veces la infeliz
Se pone hecha un Satanás,
Ruje, pellizca... (Y no miento.)
Y hasta muerde como un can.
Mar. ¿Y con semejante monstruo,
Oh Enrique, te has de casar?
Enr. Mientras ella no me absuelva
Del juramento formal
Que nos hicimos, ya he dicho
Que la llevaré al altar,
Y aunque tuviera hidrofóbia,
Y hemoptísis pulmonal,
Y el cólera-morbo asiático,
Y toda la infinidad
De plagas que fulminó
La cólera de Jehová
Sobre Egipto, antes el cielo
Se juntará con el mar
Que fementido mi labio
La diga: me vuelvo atrás.
Fab. (¡Bien! Estamos como tres
Con un zapato.) Pues...
Cam. ¡Ah!...
Fab. Ya vuelve de su letargo.
Cam. ¿Dónde estoy?
Enr. ¡Camila hermosa!
Cam. ¡Enrique mio! — Yo creo
Que me ha dado una congoja.
El mismo afan de abrazarte...,
La alegría..., la zozobra...
¡Ay, Enrique!
Enr. ¡Ay, vida mia!
Cam. ¡Cómo me encuentras! ¡Cuán otra
De la que fuí!
Enr. Con efecto;
Estás mas linda y mas gorda
Que te dejé.
Cam. ¡Ay cómo engañan
Las apariencias! En copa
De oro cincelado suele
Encerrarse la ponzoña.
Enr. Ya sé, con harto dolor,
La triste y prolija historia
De los males que te afligen.
Cam. ¡Señor don Fabian!
(*En tono de reprension.*)
Fab. Señora,
La conciencia me mandaba
Revelar...
Enr. Pero ¿qué importa?
Como suele en alta mar

Inmoble y tenaz la roca
Resistir á los embates
De los vientos y las olas,
Mi pecho... (algun desatino
Voy á decir) no se asombra
Ante el tremendo espectáculo
De jaropes y de drogas.
Suele ser el matrimonio
Panacea prodigiosa
Que cura males... rebeldes
A los baños de Cestona;
Y si la dulce esperanza
Que me halaga se evapora,
¡Bien aventurado yo
Cuando en tus labios de rosa
Beba con sed devorante
El vírus que te inficiona,
Y tu cadáver y el mio
Sepulte la misma losa,
Y oscurezca á la de Píramo
Y Tisbe nuestra memoria!
Cam. ¿Y yo he de sufrir que víctima
De una pasion tan heróica
Sean tu tumba ¡ay dolor!
Los brazos de la que adoras?
No; ¡terrible sacrificio!
No; ¡vive Enrique, y yo sola
Arrostre la maldicion
Con que el destino me agobia!
Enr. ¡Basta, cruel! Tú no me amas,
Tú la fe jurada violas...
Cam. ¡Oh! eso no. Mañana, hoy mismo
Arda la nupcial antorcha
Que en lazo eterno...
Enr. ¡Bendita
(¡Maldita...) sea tu boca!
Cam. ¡Enrique!
Enr. ¡Camila!
Fab. (¿Hay hombre
Mas necio?)
Mar. (¿Hay mujer mas tonta?)
Enr. Esos acentos me elevan
A la cumbre de la gloria.
Mas ¿qué digo, desgraciado!
Contra el nudo que ambiciona
Mi corazon se conjuran
Las desdichas que me acosan.
No; yo sería un infame
Si, abusando de tu estóica
Virtud, osara aceptar
Tu blanca mano preciosa.
Cam. ¿Por qué? ¿Qué desdichas son
Las tuyas? No las escondas
En el pecho.
Enr. ¡Ay, prenda mia!
La lombriz que te devora,
El zaratan que te amaga,
La epilépsia que te dobla,
Todo es nada comparado
Con mi suerte lastimosa.
¿No se han fijado tus ojos
En mi escuálida persona?
¿Nada te dicen los mios
Saliéndose de sus órbitas?
¿Nada mi atezado rostro
Símil de la zona tórrida,
Nada mi lacio cabello,
Y nada en fin esta ropa
Mal perjeñada, elocuente
Anuncio de mi derrota?
Cam. No eres el pulcro mancebo, —
Te lo digo sin lisonja, —
Que ha dos años cautivaba
Las miradas de las mozas
Desde la torre del Oro
A los Caños de Carmona;
Mas luego que te repares
De tu larga y trabajosa
Navegacion, y asociados
A la lejía y la esponja,
El sastre y el peluquero
Te aliñen y recompongan,
Volverá á ser presentable
Tu cara. Y si no lo logras,
¿Serás para mí por eso
Menos amable (¡Huy!) ahora
Que en otro tiempo lo fuiste?
Para ojos que se enamoran
De las bellezas del alma
Las del rostro están de sobra.
Enr. (¿Será cierto?)
Fab. (Yo estoy frito.)
Mar. (Si lo finge es buena cómica.)
Enr. ¡Camila, el alma me partes
Con tanta misericordia!
Pero aun no sabes... ¡Gran Dios!
¡Aborréceme, abandona
A este infeliz!
Cam. Tú me asustas.
¿Qué es lo que tanto te postra?
¿Algun naufragio tal vez...?
Enr. ¡Ah! sí; mis ojos lo lloran...
No el mio; ¡pluguiera á Dios!...
Cam. Pues ¿cuál?
Enr. ¡Ay cielo! el de toda
Mi fortuna. ¡Una fragata
Cargada de oro y aljófar!
Unos corsarios de Méjico
Entre Chile y Californias
La apresaron. Solo un bote
Para regresar á Europa,
Con agua para dos dias
Y pan para pocas horas,
Me dieron, y hubiera sido
Horrible pasto de focas
Y tiburones, si el cielo,

Cuya piedad me encocora,
No me hubiese deparado
Una goleta española
Donde me amparé, ya exánime,
Asido de una maroma.

Cam. ¡Jesus!

Mar. (¡Cuánto miente! Pero
Ella no se queda corta.)

Enr. Allí me hice camarada
De don Calixto Mendoza...

Mar. Servidor...

Cam. Muy señor mio. —
¿Es este el jóven que nombras
En tu carta?

Enr. Si; negocios
De familia y trapisondas
Que son largas de contar
Le traen á nuestras costas,
Y como tanto le debo,
Aqui le traigo... Perdona
La libertad...

Cam. ¡Bien venido!
Yo le ruego que disponga
De esta casa como guste.

Mar. Mil gracias. Usted me colma
De favores.

Fab. Yo tambien
Le ofrezco sin ceremonia
Mis facultades, inclusa
La de médico.

Mar. Usted me honra
Demasiado...

Enr. Ahora, Camila,
Que mi desgracia no ignoras,
¿Podré yo sin ser un tigre
Acusarte de que rompas
La fe prometida? ¿Es justo
Resignarte á ser esposa
De un hombre que, sin remedio,
Tendrá que pedir limosna?

Cam. ¿Y por ventura soy yo
Mujer de tan ruin estofa
Que por pobre te desprecie?
¡Eh, calla, que me sonrojas!

Enr. (¡Ni por esas!) Pero, hija,
Mira que es una bicoca
Tu dote, y entre los dos...
No alcanzará para sopas;
Y como estás delicada...
¿Con qué pagamos las pócimas
De la botica...? Te ciega
El cariño. Reflexiona...

Cam. No digas mas. Esos son
Vanos subterfugios, fórmulas...
Di que te abruma la carga
De una mujer achacosa...
Di que por la negra honrilla
Mal de tu grado te inmolas...

Enr. ¡No tal, no tal! Yo no he dicho,
Yo no he pensado tal cosa.
¡No! tú eres la que te agarras
A un clavo ardiendo, traidora,
Porque deseas romper
Conmigo; mas te lo estorba
El orgullo...

Cam. Tú me quieres
Aturdir con esa cólera
Fingida; pero te engañas.

Fab. (¡De esta hecha riñen!)

Enr. Pues obras
Son amores. Hé aquí
Mi mano.

Cam. (¡Cielo!) Estoy pronta.
Hé aquí la mia.

Enr. (¡Es de hielo!)
(*Tomándola como á pesar suyo.*)

Cam. (¡Con qué frialdad la toma!)

Mar. (¡Y se detestan!)

Fab. (¡Un pan
Hacemos como unas hostias!)

Cam. ¿Estás contento, bien mio?

Enr. (Como si fuese á la horca.)
¡Oh! la alegría me inunda
Y el entusiasmo me ahoga.
¿Y tú?

Cam. ¿Yo? En el paraíso...
(¡En el infierno!)

Enr. ¿La boda...?

Cam. Mañana. Aun no has descansado...

Enr. Sí; tú tambien estás floja...
Ya se ve; las convulsiones...
Y ¿dónde nos acomodas?

Cam. Ahí, en ese pabellon.

Enr. Pues iremos, si me otorgas
Tu permiso... ¡Adios, mi encanto!
¿Quedamos en que te arrojas
A hacer conmigo una vida
Austera y menesterosa...?

Cam. ¿Y tú en arrostrar impávido
Mis enfermedades crónicas?

Enr. ¡Contigo es trono el sepulcro!

Cam. ¡Contigo pan y cebolla!

(*Don Enrique y Mariquita entran en el pabellon.*)

ESCENA III.

CAMILA, DON FABIAN.

Fab. Con que ¿ya no hay esperanza?

Cam. Mi discurso no la alcanza.
Yo le deseaba pérfido,
¡Y torna á mis ojos fiel!

Fab. Sea fiel ó no lo sea,

¿No és una maldita idea
Aborreciendo á ese títere
Querer casarte con él?
Cam. ¡Qué quieres! No soy de piedra,
Y al ver que nada le arredra
Y por mi amor impertérrito
Compromete su salud,
Ya que en el alma no influya,
Porque esa, Fabian, es tuya,
A lo menos no me es lícito
Negarle mi gratitud.
Fab. Tu gratitud me horripila.
¿Y será justo, Camila,
Que te la inspire un... fenómeno
Y no te la inspire yo?
¿No era mas fácil, mas llano,
En vez de tramar en vano
Una tramoya ridícula,
Haberle dicho que no?
¡Y tú estás satisfecha
Porque sin mostrar sospecha
Ha tragado tanta andrómina
Como hemos forjado aquí!
Pero ¿qué hombre de esa suerte
Apechuga con la muerte?
Tú eres la simple y la crédula
Y él quien se burla de tí.
Cam. Para odiar yo su himeneo
Bastaba el verle tan feo;
Pero no puedo sin lágrimas
Ver su pobreza, Fabian.
Fab. ¿Y si fuese patarata
Aquello de la fragata
Y los corsarios de Méjico
Y el bote, el agua, y el pan?
Que yo de su traza infiero
Que es un solemne embustero
Y el mas redomado pícaro
Que Andalucía crió.
Cam. Pero ¿qué interés tendría
Si mi mano apetecía
En fingirse pobre, mísero,
Derrotado...?
Fab. ¿Qué sé yo?
Tal vez, aunque no lo ha dicho,
Tiene tu mismo capricho,
Y quereis antes ser mártires
Que confesores los dos.
Cam. Yo mi mentira maldigo,
Pero ya no me desdigo;
Que no quiero ser la fábula
De la ciudad.
Fab. ¡Voto á briós!...
¿Y usted me ame? ¡Eh! ya me canso
De hacer el papel de ganso,
Y de que mi vida y mi ánima
Se jueguen en un albur.
¡Adios para siempre, ingrata!
Ahí queda el de la fragata...
Cam. ¡Mira...!
Fab. ¡Aparta!
Cam. ¡Escucha...!
Fab. Cásate
Con él...
Cam. ¡Oye!...
Fab. ¡Abur! ¡Abur!
(*Vase corriendo por la verja.*)

ESCENA IV.

CAMILA.

¡Se va y acaso no vuelva!...
Ya es forzoso que resuelva
Evitar una catástrofe
Hablando claro y tres mas.
¿No es una mala vergüenza
Que un vano puntillo venza
Al precepto del decálogo
Que dice no mentirás?
Diré la verdad á Enrique.
Si se pica, que se pique.
Así obedezco las órdenes
De mi amor y mi deber.
¿Quién sabe...? Estaba tan tibio...
Quizá al paso que me alivio
De un grave peso, mi récipe
Le va á dar sumo placer.
Voy... Mas si me ama en efecto,
Al que fué mi predilecto
¿Con qué cara ¡ay santa Brígida!
Le digo: yo te vendí?
¡Ah! no; no me determino...
Si Dios me abriera un camino...
(*De la ventana del pabellon que está entreabierta cae un billete.*)
Pero ¿qué es esto?
(*Toma el billete.*)
¡Una epístola!
(*La abre.*)
¿Quién...? Leamos... dice así:

«Amable Camila: si dentro de un cuarto de hora me permite usted hablarla un momento á solas, espero que no se arrepentirá de haber concedido está gracia á su muy atento servidor Q. B S. P.

CALIXTO MENDOZA.

¡Hablar á solas conmigo!
¿Si de acuerdo con su amigo
Me tiende lazo maléfico
Burlando mi buena fe?

¿O acaso le envía Enrique
Para que él me notifique
Que no vuelve de la América
Tan amante como fué?
Mas tienda lazo ó no tienda,
Mientras yo no suelte prenda,
A tan respetuosa súplica
Puedo acceder sin temor.
Y si otro arbitrio no encuentro
¿Qué he de hacer? Si; voy adentro,
Salgo después y... ¡Buen ánimo!,
Que acobardarse es peor.
(*Entra en la casa y al mismo tiempo asoma por la ventana del pabellon Mariquita.*)

ESCENA V.

MARIQUITA, Don ENRIQUE.

(*Los dos en la ventana.*)

Mar. En casa entró.
Enr. Pues tomemos
(*Asomándose.*)
El fresco de este verjel.
Ella ha leido la carta...
Mar. Y á mi juicio con placer.
Enr. ¿Caerá en el lazo?
Mar. Tal creo,
Que no haber roto el papel
Airada, es signo evidente
De que volverá después
A la cita.
Enr. Pero ¿has visto
Mas obstinada mujer?
¡Dos años ausente de ella
Y todavía me es fiel!
Mar. Aunque fuese verdadero
Su afecto, que no lo es,
¿De qué te admiras, ingrato?
¿No es mas extraña tal vez
Mi constancia que la suya?
¿Pues quién sino yo, cruel,
Con mengua de su decoro,
Te seguiría á través
De tantos mares, fiada
En la ya dudosa fe
De tus promesas?
Enr. Primero
Que yo las pueda romper,
Rompa mi pecho un puñal,
O mi garganta un cordel;
Mas precisado á venir
Por negocios de interés
A Sevilla, no he podido
Resolverme á parecer
Inconsecuente á los ojos
De la misma dama á quien
De palabra y por escrito
Amor eterno juré.
Mar. Antes que el pérfido halago
De tus palabras de miel
Cambiase en flores y galas
Las tocas de mi viudez,
Juraras amar á otra
Una vez y veinte y cien;
Mas ¿por qué después, traidor?
Enr. Porque... ¿Qué sé yo por qué?
Si primero por amante,
Luego lo hice por cortés;
Y como ella, mas rendida
De lo que era menester,
En cada contestacion
Me llenaba ¡qué sandez!
De ternuras y deliquios
Cinco páginas ó seis,
No era cosa de que yo
Diese mi brazo á torcer;
Y mientras cada correo
Repetía el entremés,
Yo en silencio maldecía
Al inventor del papel.—
Vuelto á los patrios hogares,
Tú lo sabes, tu lo ves,
¿Qué no hago yo, Mariquita,
Para hacerme aborrecer?
Desgreñado, mal vestido,
Y embadurnada mi piel
Con surcos y con ojeras
Que á media legua se ven,
En mi rostro la he mostrado
La efigie de Lucifer;
¡Y Camila erre que erre!
Invento lo del bajel
En alta mar apresado,
Aspirando á su desden
Sino por feo, por pobre;
¡Y ella, morlés de morlés!
Y me sale con aquello
De «contigo, dulce bien,
Pan y cebolla,» y yo juzgo
Ponerla entre la pared
Y la espada presentándola
Mi mano; ¡y me dice amen!
Mar. Y te engaña; no lo dudes.
Enr. Ya lo veo, ya lo sé.
Mar. Y la solitaria es cuento
Y la epilépsia tambien.
Enr. Sí tal, sí; y el zaratan.
No es tanta mi estupidez...
Y don Fabian es su cómplice;
Eso cualquiera lo ve.
Mar. Tu rival diria yo.
Enr. ¿Mi rival? no puede ser.

Ese hombre no puede amar
A nadie. ¡Es tutor!
Mar. ¿Y qué?
Enr. ¡Es médico!
Mar. ¡Qué aprension!
(*Mira el reloj.*)
Pero son las siete y diez.
Camila vendrá á la cita...
Enr. Pues no te detengas; vé...
Acaso logres con maña
Su secreto sorprender.
Déjame á mí en buen lugar
Y haz cuanto quieras.
Mar. Sí haré;
Pero si es vano este ardid
Para que caiga en la red,
Mañana...
Enr. ¿Qué?
Mar. Canto claro,
Salga rana ó salga pez.
(*Se retira de la ventana, y poco después sale al proscenio por la puerta del pabellon.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE.

(*Asomado á la ventana.*)

No puedo ya con la carga
De tanto embuste. ¡Oh qué afan!
¡Qué angustia! ¡Y luego dirán
Que la verdad es amarga!
Su amargor dura un momento,
Que es la verdad una y sola;
Pero detrás de una bola
El demonio enreda ciento.

ESCENA VII.

MARIQUITA, DON ENRIQUE.

(*Ella en el proscenio y él en la ventana.*)

Mar. ¡Cielos! ¿qué mujer se ha visto
En situacion tan precaria...?
Mas ya viene mi contraria.

ESCENA VIII.

CAMILA, MARIQUITA, DON ENRIQUE.

Mar. ¡Oh, Camila!
Cam. ¡Oh, don Calisto!
Enr. (Ya está aquí.)
Mar. ¡Feliz encuentro!
Cam. ¿Qué se le ofrecia á usté...?
Enr. (La ventana entornaré.
Bien puedo oir desde adentro.)
(*Entorna la ventana.*)
Mar. Señora, yo soy muy franco,
Y espero que usted me imite. —
Pero, si usted lo permite,
Ocupemos ese banco.
Cam. (Intenta comprometerme,
Pero no lo logra.) Sí.
(*Se sienta en el banco que está debajo de la ventana y de espaldas á ella.*)
Mejor estamos así. —
¿Que hace don Enrique?
Mar. Duerme.
Cam. ¿Sí? (Muy gorda es la mentira
Para que yo me la engulla.)
Mar. Y la esperanza le arrulla
Del dulce bien á que aspira.
Enr. (Desde abajo no me ven.)
(*Entreabriendo lo ventana.*)
Cam. Con que ¿tanta es su ternura?
Mar. ¡Oh!
Cam. Pero ¿quién me asegura
Que soy yo su dulce bien?
Mar. Yo, que soy su confidente.
Cam. (No es esto lo que esperé.)
Mar. Y otro premio de su fe
Merecía ciertamente.
Cam. ¡Cómo!
Mar. Cada cuál se ingenia,
Y son ardides soberbios
Las convulsiones de nervios,
Y las bascas, y la ténia.
Cam. ¡Qué oigo! ¿Esa lengua villana
Me acusa de...?
Mar. Ni por pienso.
Mi corazon es propenso
A la indulgencia cristiana;
Pero sin armar disputa
Sobre el cómo y el por qué,
Ruego al cielo que me dé
La salud que usted disfruta.
Cam. Sea cual fuere, es error
Que me venga á hablar así
Hombre que no es para mí
Médico ni confesor;

Y yo no pido indulgencias
A quien no es papa romano,
(*Se levanta y Enrique se oculta cerrando otra vez la ventana.*)
Ni pierdo mi tiempo, hermano,
En oir impertinencias.

Mar. Perdon si explicar no supe
Mi intencion... Pero es hidalga,
¡Así me asista y me valga
La Virgen de Guadalupe!
Siéntese usted con sosiego
Y no muestre ese desden,
Que no por mí, por el bien
De mi amigo se lo ruego.

Cam. Vaya... por el bien de Enrique.
(*Sonriéndose con malicia.*)

Mar. Supongamos, si es preciso,
(*Se sienta.*)
Que él tiene otro compromiso.

Cam. ¿Él?

Mar. Deje usted que me explique.

Enr. (¡Va á denunciarse y me pierde!)
(*Asomándose otra vez.*)

Cam. Hable usted: ¿tiene otra amada?

Mar. No; juro á usted que de nada
La conciencia le remuerde;
Pero á tan larga distancia,
Aunque la esperanza halague,
No es de admirar que naufrague
La mas segura constancia.
Si Camila, por ejemplo,
Cediendo á humana flaqueza
Su frágil naturaleza,
Cambió el ídolo y el templo,
Enrique no la pondría
Puñal ni pistola al pecho
Reclamando su derecho
Con obstinada porfía;
Antes diría: es desliz
En que incurren mas de doce.
Paciencia y otra la goce:
¡Yo no la haría feliz!
Que aunque por ella suspira,
Prefiriera su bondad
Un «no te quiero» verdad
A un «te idolatro» mentira.

Enr. (¡Oh qué bien parlado! ¡Es mucha
Mariquita!...)

Cam. (Ya comprendo
La intriga. Sigo mintiendo,
Que don Enrique me escucha.)
Con admiracion contemplo
(*En alta voz.*)
Tan extraña diplomacia.
¿Y por qué á mí el verbigracia?
¿Y por qué á mí el por ejemplo?
Calle usted y no me arguya
Con supuesto tan villano.
¿Le daria yo mi mano
Si aborreciese la suya?
Él es, lo palpo, lo veo,
Quien por mas que jure y charle,
Afectando desearle
Reniega de mi himeneo;
Mas sin duda es la costumbre
De ese fementido ingrato
Querer que le saque el gato
Las castañas de la lumbre.
¡No! que hable, mal que le pese,
Y aunque aleve me abandone,
Acaso yo le perdone
Cuando su culpa confiese;
Que tambien con menos ira
Escuchara mi bondad
Un «no te quiero» verdad
Que un «te idolatro» mentira.

Enr. (Mujer taimada, contigo
Mereces que éntre en el gremio;
Si dices verdad, por premio,
Y si mientes, por castigo.)

Cam. ¡Calla usted!

Mar. ¡Suerte fatal!
Ya veo...

Cam. (¡En su propia red
Cayó!)

Enr. (¡Tiemblo!)

Mar. Entre él y usted
El partido es desigual.
No hay miedo que á usted la apure
De Enrique la inconsecuencia,
Que si es grave esa dolencia
Tiene en casa quien la cure.

Cam. ¡Cómo!... Pues ¿quién...?

Mar. Don Fabian
La curará, con la vénia
De usted, mejor que la ténia
Y mejor que el zaratan.

Cam. Se engaña usted, señor mio,
Si sospecha...

Mar. No sospecho...
Lo que no dudo.
(*Llega don Fabian por la verja.*)

ESCENA ULTIMA.

CAMILA, MARIQUITA, DON ENRIQUE, DON FABIAN.

(*Don Enrique permanece todavía en el pabellon, asomando de cuando en cuando la cabeza por la ventana entreabierta.*)

Fab. (¡Esto es hecho!)
(*Sin ver á Camila y Mariquita.*)
Cam. Crea usted...
Fab. (¡Le desafio!)
Mar. Le vengará mi amistad
De ese rival que detesto.
Fab. (Buscaré cualquier pretesto...
Por no decir la verdad.)
Cam. Pero, señor, ¿cómo ó cuándo...?
Mar. Demasiado lo declara
La turbacion de esa cara.
Enr. (¡Bueno va!)
Fab. (¿Quién está hablando...?)
(*Da algunos pasos.*)
Mar. Ya veremos si ese apunte...
Fab. (¡Oiga!)
(*Retrocede y observa.*)
Mar. Hasta el punto se infama
De negar que usted le ama
Cuando yo se lo pregunte.
Cam. Es inútil ese afan,
Tan inútil como atroz,
Que yo... (Esforcemos la voz.)
Nunca quise á don Fabian.
Fab. (¡Gracias! ¿Qué es esto?)
Mar. ¿Es posible?
¿Ni poco ni mucho?
Cam. ¡Nada!
Enr. (Otra ocasion malograda.
¡Es mujer incorregible!)
Mar. ¡Ah, señora! si es así,
Vuelva á mi pecho la calma.
¡Cuál se regocija el alma...!
Cam. ¿Por Enrique?
Mar. No; por mí.
Cam. ¿Por usted?
Mar. Sí, mi tesoro.
Cam. ¿Cómo?
(*Se levanta y tambien Mariquita.*)
Fab. (¿Qué escucho?)
Enr. (Otro enredo.)
Mar. Que ya reprimir no puedo
La pasion con que te adoro.
Cam. ¿Y esta es la fidelidad
Que usted...?
Mar. Esto es que primero
oy yo, y ser mártir no quiero
Por no decir la verdad.
Si en vano á mi amigo invoco,
Aunque blasone de firme
La que acaba de decirme
Que no ama al doctor tampoco,
Bien puedo, hermosa doncella,
Sin obrar como un villano
Ofrecer á usted mi mano
Y mi corazon con ella.
Cam. ¡Qué osadía!
Fab. (¡Otro rival!)
Enr. (¡Se va á armar una...!)
Mar. ¡Oh! si en casto
Nudo...!
Cam. ¡Ea, aparte...!
Fab. (¡Haya trasto!...
Le voy á abrir en canal.)
Mar. No me mires con encono,
Que á tus piés rendido y tierno...
(*Al arrodillarse llega presuroso don Fabian y le detiene.*)
Fab. ¡A un lado ó voto al infierno...!
Cam. ¡Cielos!
Enr. (¡Don Fabian!...)
Fab. ¡Seó mono...!
Mar. ¡No me insulte el mediquillo!
Cam. ¡Por Dios, no me comprometas!
(*Aparte á don Fabian.*)
Mar. Podrán matar sus recetas
Al que tenga tabardillo;
No á mí: la salud me abruma
Y me sale por los codos.
Fab. Yo mato de todos modos:
Con la espada y con la pluma.
Enr. (¡Tiró el diablo de la manta!)
Cam. ¡Mira...!
Fab. Ya no; que un rival
Se digiere bien ó mal;
Pero dos ¿quién los aguanta?
Pase Enrique; pero en pos
De Enrique venir Calisto...
¡Eso no, cuerpo de Cristo!
Enr. ¡Eso sí, cuerpo de Dios!
(*En alta voz y abriendo de par en par la ventana.*)
(*Desaparece corriendo y un momento después se presenta en la escena.*)
Cam. ¡Me has perdido!
Fab. ¡Eh! ¡Te he salvado!
Mar. Confesa estás y convicta,
Y la pública vindicta...
Enr. ¡Falsa! ¿Este pago me has dado?
Cam. Enrique, yo... Sabe Dios...
Fab. No te excuses ya ni mientas,
Que si se ofende, esas cuentas
Son para nosotros dos.
Enr. No; para el diablo que armara

Con un médico querella...
No teniendo ni yo, ni ella
Nada que echarnos en cara.

Cam. ¿Cómo...?

Enr. Sí. Ya es bobería...

Mar. Donde las toman las dan.

Enr. Da tu mano á don Fabian.
(*Don Fabian se apodera de ella.*)
Yo á don Calixto la mia.
(*Lo hace.*)

Fab. ¿Qué es esto?

Enr. Esto es...

Cam. Ya malicio...

Enr. Que don Calixto Mendoza...
Es una arrogante moza
Que me tiene vuelto el juicio.

Mar. Muy servidora de ustedes.

Fab. ¿Sí? pues aunque algo inconexo,
Creí que era de mi sexo
Este lindo Ganimedes.

Cam. ¡Y yo me creía ingrata!
¡Ah! Si lo hubiera sabido...
¿Y, en efecto se ha perdido
En alta mar tu fragata?

Enr. No; vuelvo rico y feliz.
Todo fué pura invencion.

Cam. Pues de esa fábrica son
Mi epilépsia y mi lombriz;
Pero porque no pensaras...

Enr. Pero porque no dijeras
Que nunca te amé de veras...

Cam. Que era mujer de dos caras...
Mentí sin temor de Dios,
Y tan mal me lo compuse
Que con dos novios me expuse
A quedarme sin los dos.

Fab. Y una farsa de teatro,
¡Ahí es nada! puso á pique
Mi existencia ó la de Enrique
Y la dicha de los cuatro.

Enr. Y de esta moralidad
Instructiva, convincente,
Resulta que el hombre miente...
Por no decir la verdad.

LA INDEPENDENCIA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE POR PRIMERA VEZ EL DIA 19 DE ENERO DE 1844.

PERSONAS.

ISABEL.	UN SARGENTO.
NICANORA.	EL ALCALDE.
AMPARO.	UNA CRIADA.
DON AGUSTIN.	ESCOPETEROS.
JESUALDO.	LABRADORES.
DON JUAN.	SOLDADOS.

La accion pasa en una quinta, en el condado de Niebla. — Sala amueblada á la rústica, pero con elegancia y aseo. Puerta en el foro, que por la derecha del actor guia á la escalera y por la izquierda á las piezas interiores: otra puerta en los bastidores de la izquierda; otra y un balcon en los de la derecha.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, NICANORA.

Nic. ¡Ea, ya basta de lágrimas y sollozos y pucheros!

Isab. Pero ¿cómo quiere usted que no llore y me aflija cuando me obliga á alejarme de esta casa donde he nacido? Dios se llevó á mi madre pocos meses después de haber yo venido al mundo: mi padre murió tres años ha...

Nic. *Requiescant in pace* ambos á dos. A qué recordarme...? ¿Fuí yo su médico por ventura?

Isab. ¿Qué hubiera sido de esta huérfana infeliz sin la caridad de nuestra buena señora, que en paz descanse?

Nic. ¡Dale con los mortuorios! Hoy no celebra la Iglesia la conmemoracion de los difuntos.

Isab. Usted sabe muy bien, doña Nicanora, que el ama me trató siempre con el mayor cariño, y aunque hija de un humilde jardinero, cuidó de darme una educacion esmerada.

Nic. ¡Así has salido tan vanidosilla y tan bachillera!

Isab. ¡Yo vanidosa! ¿Y en qué lo fundaría? ¿Me queda ya algun apoyo sobre la tierra? Yo esperaba que usted fuese mi protectora; usted, á quien el ama me recomendó...

Nic. Es verdad; pero mi primera obligacion es complacer al nuevo dueño de esta quinta, al hermano y heredero de la di-

funta doña Dolores, el señor don Agustin de Cevallos. Le espero un dia de estos...

Isab. ¿Teme usted acaso que me despida? ¿Podría ser tan inhumano...?

Nic. No es inhumano; pero, aunque jóven todavía, pues podrá tener unos... treinta y cinco años, es hombre de costumbres muy severas...

Isab. ¡Qué! ¿mi permanencia en la quinta es incompatible con la severidad de sus costumbres? ¿Tan reprensibles son las mias que...?

Nic. Todavía no.

Isab. ¡Todavía! Pues ¿cree usted...?

Nic. El diablo las carga. Tienes diez y siete primaveras; eres agraciada... No tanto como presumes...

Isab. ¿Quién le ha dicho á usted que yo presumo...?

Nic. Pero lo bastante para inquietarnos á él y á mí.

Isab. Yo no trato de inquietar á nadie.

Nic. No quiero yo decir con esto que tenga temores de que don Agustin se enamore de tu palmito. Eres tú poca persona para cautivar á un filósofo independiente, partidario acérrimo del celibato, por reflexion y por instinto. Pero probablemente no vendrá solo. Los criados madrileños son muy galopines, muy emprendedores. Es muy posible que alguno de ellos trate de seducirte, y á tí misma te conviene mudar de aires para evitar peligros y tentaciones.

Isab. No me tenga usted por tan frágil. Confíe usted mas en mi virtud y en su vigilancia.

Nic. ¡Mi vigilancia! Harto tengo yo que hacer con el gobierno de la casa sin echarme encima la incumbencia de celarte. ¿Y por qué carga de agua? ¿Y qué hijo me has sacado tú de pila? ¡Pues eso faltaba! ¿Soy yo tu aya? ¿Tengo yo cara de dueña?

Isab. No se enfade usted... Yo no sueño como otras de mi edad con amoríos y devaneos. Todos mis afectos se reconcentran en la memoria de mis padres y de mi benéfica protectora; todos mis galanes son las flores que cultivo y los pajarillos que alimento.

Nic. ¡Vaya, vaya!... ahorremos discusiones impertinentes. Ya te he leido la cartilla. Yo sé lo que me hago, y aquí, hoy dia de la fecha, nadie manda sino yo.

Isab. Pero ¿adónde iré, desdichada...?

Nic. No trato yo de que vayas perdida por esos mundos. Si tal hiciera tendría que dar cuenta á Dios de mi imprudencia. Ya te he buscado un acomodo.

Isab. ¿Dónde?

Nic. A pocas leguas de aquí: en la villa de Aracena. Irás á servir...

Isab. ¿A quién?

Nic. A mi señora doña Ceferina Policarpa de Albornoz y Vahamonde, hidalga solariega, vástago de uno de los troncos mas ilustres del condado de Niebla. Es una señora sola, muy morigerada, muy temerosa de Dios... Tiene setenta y cinco años.

Isab. (¡Dios mio!)

Nic. Algo achacosa...

Isab. (¡Pobre de mí!)

Nic. De los treinta dias del mes pasa veinticuatro en la cama.

Isab. ¡Y yo tendré que asistirla...!

Nic. Claro está. — Pero no estarás sola. Además de la cocinera, que es su coetánea, vive con ella su mayordomo, excelente sujeto... Ese no es de la misma edad.

Isab. Pero...

Nic. El bueno de don Toribio ya raya en los ochenta.

Isab. ¡Vírgen santa! Entre los tres cuentan dos siglos y medio; y yo voy á ser allí la enfermera de todos.

Nic. Cuando eso sea, llévalo por Dios y ganarás el cielo.

Isab. Del jardin al hospital; de las flores al romadizo y al histérico... ¡Qué horrible tránsito! Enfermaré del estómago y me moriré en cuatro dias.

Nic. Desde allí buscas otra casa si no te hallas bien. — Aunque yo creo que has de estar perfectamente. Ganarás treinta reales de salario como aquí; y ¿quién sabe...? Si te portas como corresponde, quizá heredes algo de tu nueva señora cuando pase á mejor vida.

Isab. Yo no soy codiciosa.—Ni el salario me hace falta. Gracias á la generosidad de mi ama, estoy bien vestida y para mucho tiempo. Téngame usted solo por la comida...

Nic. ¡Nada! Ya has oido mi *ultimatum*. No gastemos pólvora en salvas, y anda á recoger tus pingos.

Isab. ¡Qué crueldad! Espere usted siquiera á que venga don Agustin, y si él dispone que me vaya, le obedeceré sin murmurar.

Nic. ¿Qué se entiende...? Yo tengo amplias facultades para hacer y deshacer en su ausencia cuanto se me antoje. Yo ejerzo aquí la potestad suprema, á manera de virey ó de nuncio apostólico.

Isab. ¡Bien está! Me iré...

Nic. Mira que antes de un cuarto de hora vendrá el arriero que te ha de conducir á Aracena.

Isab. Quede usted con Dios.

Nic. Espera, Isabelilla. Te abonaré los dias que van corridos del mes. – Once reales...

Isab. No los quiero. Échelos usted en el cepillo de las ánimas.

Nic. ¡Pobre y soberbia!... Como gustes. —¡Ah!, mira. Llévate si quieres un ramo de flores, ya que eres tan aficionada á ellas. Te lo permito.

Isab. ¡Eso sí! — Que usted lo pase bien. (¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí?) (*Vase llorando por la derecha del foro.*)

ESCENA II.

NICANORA.

Sí; hago muy bien en quitar de en medio á esa chicuela. A mí no me gusta su tipo, si he de decir la verdad; pero puede agradar á don Agustin. Diez y siete años, como dice el adagio, nunca son feos, y con esa mónita y ese aire de gatita de Mari-ramos pudiera muy bien ganarse el afecto del amo con grave detrimento de mi autoridad. Sin rival tan peligrosa y ama de un solteron filósofo, no desconfío de serlo en toda la extension de la palabra.—Segun su última carta, pronto se pondrá en camino para visitar su herencia y tomar posesion de ella. Le regalaré, le mimaré, le adularé... Y ¿quién sabe...? Esos celibatones misántropos suelen caer en el garlito cuando menos lo piensan. La soledad de esta quinta, la frecuencia é intimidad de nuestro trato... ¡Qué diantre! De menos nos hizo Dios. Con el auxilio de la clara de huevo y el bermellon, todavía es de recibo esta cara...

Jes. (*Dentro.*) ¡Tia! ¡Tia!

Nic. Esa voz...

Jes. (*Mas cerca.*) ¡Tia!

Nic. Es mi sobrino Jesualdo. — Ya está aquí. (*Llega Jesualdo por el foro y abraza á Nicanora.*)

ESCENA III.

NICANORA, JESUALDO,

Jes. Venga un abrazo, tia.

Nic. ¿Qué aires te traen por acá? Yo no te esperaba hasta las vacaciones.

Jes. Yo las he anticipado de propio intento y por una corazonada de las mias. No puedo vivir sin usted.

Nic. ¡Zalamero!

Jes. Al lado de usted estoy tan ricamente...

Nic. Lo creo; pero mas gusto me darías estudiando en Niebla. Allí te envié para que te hicieras hombre.

Jes. Pues lo soy. ¡Toma si lo soy! Mire usted si estoy recio y crecido; ¿eh? Me parece que mis diez y ocho años son bien aprovechados.

Nic. Si lo intelectual corresponde á lo físico, nada tengo que desear.

Jes. Ya; *intelectus apretatus...*

Nic. ¡Bien, hijo! ¡Ya hablas en latin!

Jes. Sí, señora. Un latin casero...

Nic. Aquel dómine de Niebla es todo un sabio, y no esperaba yo menos...

Jes. Yo le diré á usted. Él... Lo que es él...

Nic. Para servir la capellanía que heredaste el año pasado era indispensable que aprendieses latinidad y lo demás que se requiere á fin de ordenarte...

Jes. Cierto; pero ya era yo grande para eso, y todo lo que huele á órden me carga á mí de lo lindo.

Nic. ¿Qué dices?

Jes. Que á mí no me entra el latin, clarito; que me revienta el *cujuslibet* y el *uniuscujusque*, y que este cuerpo serrano no se cria para la sotana y el manteo.

Nic. ¡Idiota..., pícaro, que me has de matar á pesadumbres!... ¡Holgazan!... ¿Por qué no quieres ser clérigo?

Jes. Porque siento yo otros arranques y otras..., así..., otras evoluciones... Si los curas se casasen...

Nic. ¿Cómo, bribon?...

Jes. Faldas por faldas, estoy por las de las mujeres.

Nic. ¡Jesus me valga! Alguna pecadora te habrá seducido...

Jes. ¡Algo de tienda! Como tengo yo este aquel y Dios me ha hecho tan macareno...

Nic. ¡Tonto!

Jes. Todo he salido á mi tia Nicanora.

Nic. Por fin, si son amores honestos y la agraciada es de buena sangre...

Jes. Dicen que es de la sangre azul, aunque yo no he visto la ejecutoria.

Nic. ¡Oiga! ¿Y es guapa?

Jes. Como unas natas... Es decir, lo habrá sido, porque ya está algo averiada. Es un garbo... pretérito y una hermosura de participio pasado.

Nic. ¿Mayor que tú, segun eso?

Jes. Lo menos me lleva veinte años.

Nic. No importa. Siendo rica y de buenas circunstancias...

Jes. ¿Que si es rica? Tiene muchas tierras de pan llevar y dos molinos.

Nic. Entonces, ya se le puede disimular algun defectillo...

Jes. ¡Pués! Y lo que yo digo; á falta de pan buenas son tortas.—Mire usted; yo no la quiero gran cosa; pero ella se muere por mis pedazos..., y me dejo querer; porque, como dijo el otro, cuando pasan rábanos... ¿Está usted?

Nic. No es preciso estar muy enamorado para casarse.

Jes. No: lo que es eso...

Nic. ¿Qué escucho? ¿Tratarás acaso de engañarla? ¿Pretendes abusar de su credulidad, de su flaqueza...?

Jes. Nada de eso; pero yo me entiendo y bailo solo y... Vamos; es imposible que yo sea su marido.

Nic. Pero ¿por qué?

Jes. ¡Toma! porque es casada.

Nic. ¡Maldito de cocer!... Ya podías habérmelo dicho antes. — Y si tenías ese lio en Niebla, ¿por qué has venido aquí, zanguango?

Jes. Por una camorra...

Nic. ¿Tambien quimerista? ¡Medrados estamos!

Jes. Ha habido allí la de San Quintin.

Nic. ¡Dios soberano!...

Jes. El marido... á la cuenta estaba escamado; y sin motivo, porque en honor de la verdad, salvo alguna guiñadura de ojo, tal cual apreton de mano y algun pellisco venial, esta es la hora en que solo hemos pecado por escrito. Pero es el caso que trasantayer, creyendo la individua que su marido estaba camino de Ayamonte, me dió una cita en su casa habitacion. A manera de mochuelo, aunque es mala comparanza, acudo al reclamo entre dos luces, y cate usted que, en igual de la prójima, tropiezo con el prójimo. ¡Demonio de trabacuenta!... Figúrese usted cómo se quedaría ella, figúrese usted qué carita de pascua pondría él, y figúrese usted qué tripas tendría yo!—En fin, aquello remató como el rosario de la aurora. ¡María Santísima y cuánta leña! Luego escapé y él se quedó allí...

Nic. ¡Tendido á garrotazos, bañado en sangre..., acaso muerto!...

Jes. ¡Ca! ¡Sí, sí!... Mis costillas fueron las que pagaron el pato.

Nic. ¿Ahora salimos con eso, zamacuco?

Jes. ¡Ay, tia Nicanora! ¡Me arrimó un pié de paliza!... Aun tengo los verdugones...

Nic. ¡Anda, cobarde!

Jes. ¿Qué quiere usted? El mismo delito... Yo tambien tenía garrote, pero... ¡me quitó la accion! y como estábamos á oscuras, por mor de no sacudir á la otra...

Nic. Calla, calla, que me avergüenzo de ser tu tia.

Jes. Pero; si yo...

Nic. ¡Calla! (¿Si habrá venido el arriero?) (*Se asoma al balcon.*) (Sí; abajo está. Ya ha puesto las jamugas.)

Jes. ¿Qué mira usted, tia?

Nic. Lo que á tí no te importa. (Ya sale Isabel.—¡Vuelta al lloriqueo! Me corrompe tanta sensibilidad.)

Jes. No; pues yo he de ver... (*Asomándose.*) ¡Canario, qué buena hembra! ¡Huy! De los cielos celeste, particular.

Nic. ¡Aparta de aquí, embeleco!

Jes. El arriero la sube en brazos... ¡Dichoso arriero y bienaventurado borrico!

Nic. (Se despide llorando la gazmoña...) (*Gritando.*) ¡Buen viaje!

Jes. ¡Ay, si fuera yo á las ancas!...

Nic. Ya he dicho que te quites de aquí. ¡Haya mostrenco! (*Le separa dándole un empellon, y cierra las vidrieras.*)

Jes. (¡Vaya una tia indigesta!)

Nic. Ya se va, gracias á Dios.

Jes. ¿Quién es esa zagaleja?

Nic. La hija del jardinero.

Jes. ¿Aquella chiquilla delgaducha y esmirriada...? ¡Válgame Dios y cómo se ha esponjado en poco tiempo! ¡Cuidado si está chupena y... comestible!

Nic. Vaya, chico, no hay que pasearse por el jardin de los asnos. Ni esa moza se peina para tí, ni volverás á verla en los dias de tu vida.

Jes. ¡Caramba! lo siento, porque me parece que habíamos de hacer los dos buénas migas.

Nic. Calla... Un coche .. ¿Si será...?

Jes. Me parece que ha parado á la puerta de la quinta.

Nic. (*Abriendo otra vez el balcon y asomándose.*) Sí, es el amo; es don Agustin. Aunque hace años que no le veo, no se me ha despintado. (Afortunadamente, ya ha marchado Isabel, y por diferente camino.)

Jes. Ya se apea.

Nic. (*A voces y agitando el pañuelo.*) ¡Bien venido! ¡Bien venido!—No le esperaba yo tan pronto... Salgamos á recibirle, y cuidado con decir alguna cerrilada.

Jes. ¡Bá! ¡Cerrilada! Aunque viniese yo de arar...

ESCENA IV.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

Agust. ¡Nicanora!

Nic. (*Abrazándole.*) ¡Amo de mi alma! ¡Qué gordo viene usted y qué rozagante y qué...! ¡Otro abrazo!

Jes. Pido vez, que yo tambien soy de casa.

Nic. Mi sobrino Jesualdo.

Agust. Sea en hora buena.

Jes. Servidor de su mercé y de las ánimas benditas. (*Abrazándole.*) ¡Por vida del chápiro verde...! ¡Apriete usted!

Agust. (*Desviándole.*) Basta. Yo agradezco...

Nic. ¿Viene usted bueno? ¿No ha habido vuelco, ni ladrones, ni...?

Agust. No, gracias á Dios.

Nic. ¡Qué contenta estoy de ver á usted! Hoy se me quitan diez años de encima.

Agust. Gracias. No dudo...

Nic. ¡Es tanta la ley que tengo á la familia...!

Agust. Lo creo. (*Viene un mozo con una maleta y una sombrerera.*)

Nic. (*Indicando al mozo la habitacion de la izquierda.*) Allí.—Vamos, si hoy no me vuelvo loca... Acerca esa silla. (*Entra el mozo en la habitacion indicada, acerca una silla Jesualdo y se sienta don Agustin.*)

Agust. (Me parece que esta mujer es demasiado zalamera.)

Nic. Con que ¿viene usted á vivir aquí de asiento?

Agust. Veremos... Si me va bien; si me prueba el clima... (*Vuelve el mozo de vacío y se retira.*)

Jes. ¿No le ha de probar á usted si esta es la tierra de María Santísima?

Nic. ¡Oh! sí; aquí será usted dichoso lejos del tumulto y de la perversidad de la córte. Todos nos esmeraremos en complacer á nuestro buen amo. Hallará usted la quinta hecha una ascua de oro. No valga que yo lo diga, pero si hay otra mujer mas fiel y mas gobernosa...

Jes. ¡Y qué manos para hacer un guiso de almejas y aviar un gazpacho! ¡Oh! mi tia es toda una mujer. Créame usted á mí. Yo salgo por ella.

Agust. No hay necesidad... (Este sandio me divierte.)

Jes. No tiene mas que una falta.

Nic. ¿Cómo?...

Agust. ¿Cuál?

Jes. Ese empeño en que yo he de aprender los nominativos y los gerundios.

Agust. ¡Oiga! ¡Ya estudias gramática! ¿Cuántos años tienes?

Jes. Diez y ocho he cumplido en estas yerbas.

Agust. Pues estás adelantado.

Jes. Desde que se me curaron las cuartanas he dado un estiron... En cuanto á gramática, ni Cristo pasó de la cruz ni yo del *quis vel qui*.

Nic. ¡Hum!... ¿No callarás?

Agust. Déjele usted...

Jes. Erre que erre mi tia en que he de ser cura, pero hablando en plata, á mí no me llama Dios por ese camino.

Agust. Ya, ya lo veo.

Jes. Y no habiendo de cantar misa, ¿para qué diablos he de estudiar yo esa jerigonza?

Agust. Tiene razon. Un poco tarde le ha dedicado usted al estudio, Nicanora. Ya es duro Pedro para cabrero.

Nic. Heredó el año pasado una capellanía... Yo no tengo la culpa de que haya tardado tanto en morirse el último poseedor.

Jes. ¡Buena capellanía! Cincuenta ducados de renta... Para poca salud...

Agust. Mejor será que le ponga usted á un oficio...

Jes. ¿Oficio? No, señor; que aunque pobre soy hijodalgo.

Agust. ¡Oh! Pues no es cosa de mancillar los timbres de tu linaje.—Vamos; tú querrás ser militar...

Jes. ¡Em!... Tampoco tengo yo aficion al chopo; maldita.

Agust. Bien; si tienes hacienda de qué vivir...

Jes. ¿Yo? Naita de Dios. Mi tia me mantiene.

Agust. Pues ¿qué diablos quieres hacer de tu persona? ¿Para qué piensas tú servir en el mundo?

Jes. ¡Toma! para empleado. A mí me han dicho que para eso cualquiera es bueno.

Agust. Sí; á lo menos para cobrar el sueldo.—Esa es una verdad que en España ya no necesita demostracion.

Jes. Usted que tendrá amigos en Madrid, me puede recomendar...

Agust. ¿Yo? (¡Donosa ocurrencia!) Sí; estoy en eso.

Jes. Yo me contento con cualquier cosa; una plaza de guarda, ó de intendente...

Agust. Bien; dejemos ahora... (¡Qué bruto! No pierdo la esperanza de oirle rebuznar.)

Nic. Jesualdo es así..., sencillote... Pero si usted le protege y le desasna...

Agust. ¡Sí; á eso he venido yo expresamente de Madrid!

Nic. (*En voz baja á Jesualdo.*) ¿Ves? Ya se enfada.

Agust. (*En voz baja á Nicanora.*) Mas fácil sería domesticar á un jabalí.

Nic. ¡Pues ya!... No lo decía yo por tanto... Vaya; ¿no quiere usted tomar alguna cosa?

Agust. Ahora nada. Lo que quiero es quitarme este polvo..., lavarme. (*Se levanta.*)

Nic. ¡Jesus! Al momento. (*Mostrando la puerta de la izquierda.*) Éntre usted... Esa habitacion es la que tenía preparada; la mejor y la mas alegre...

Agust. Bien, bien.

Nic. Hallará usted todo lo que necesite; agua, tohalla...

Agust. Basta.

Nic. ¿Quiere usted que le ayude...?

Agust. No hay necesidad.

ESCENA V.

NICANORA, JESUALDO.

Nic. ¡Que hayas de ser tan parlanchin y tan pollino!

Jes. ¡Vaya! Pues ¿qué he hecho yo para que me requiebre usted de esa manera?

Nic. ¿Qué has hecho? Entregar la carta al instante y enseñar la punta de la oreja.

Jes. Diga usted que su comidilla es echar sermones y gruñir... Diga usted que me ha cobrado tirria y murria y mala voluntad.

Nic. Nada de eso; pero has dicho tantas tontunas...

Jes. ¡Pues! Y si hubiera callado me llamaría usted soso, cazurro y estafermo. ¡Nunca ha de acertar uno...!

Nic. En boca cerrada no entran moscas.

Jes. Dígole á usted, tia, que si no fuera usted mi tia...

Nic. ¿Eh?

Jes. (¡Cuidado con la tia!)

Nic. ¿Qué ibas á decir, galopin?

Jes. Nada, tia; pero si ahora tiene usted razon, que me la claven en la frente y venga Dios y lo vea.

Nic. Tengo razon que me sobra. Tus necedades han puesto de mal humor á don Agustin.

Jes. Al contrario; yo creo que me ha cobrado ya un cariño horroroso. ¿No vió usted cómo se reía?

Nic. Al principio, sí; pero luego se fastidió soberanamente.

Jes. ¡Eh! cavilaciones de usted. El hombre viene, á la cuenta, molido y trasnochado, y no hay que extrañar...

Nic. Sin embargo, te aconsejo que con él midas mucho tus palabras y que procures ganarte su voluntad...

Jes. Descuide usted. Yo le bailaré el agua; yo sabré camelarle... ¡Pues si á servicial y á don de gentes no me gana á mí nadie! Verá usted... ¡Ah qué idea! ¡Soberbia idea! Voy corriendo... Usted me dará luego las gracias.

Nic. ¡Espera! ¿Adónde vas?

Jes. Ya lo verá usted. Vuelvo pronto.

Nic. Pero dime...

Jes. Nada; ni con un pujavante me arranca usted mi secreto. Quiero sorprenderle, y á usted tambien. Adios. (*Vase corriendo por la derecha del foro.*)

ESCENA VI.

NICANORA.

¡Oye! ¡Jesualdo!... ¡Échale un nudo á la cola! ¿Qué proyecto será el suyo? Irá tal vez á la huerta á coger naranjas para...

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Agust. Nicanora.

Nic. ¡Señor!

Agust. Siéntese usted y hablaremos un rato de negocios domésticos. (*Se sientan.*) Mi administrador principal, que reside en Sevilla y hace poco que ha visitado estas posesiones, me da muy buenos informes de usted.

Nic. (Ya lo creo; como que somos uña y

carne.) Aunque yo no deba decirlo, don Tadeo me hace justicia.

Agust. Tambien mi hermana Dolores se hacía lenguas ponderando las buenas cualidades de usted, y yo mismo cuando estuve por aquí el año de catorce tuve ocasion de reconocer en usted una excelente ama de gobierno

Nic. Señor, usted me favorece demasiado...

Agust. Así, pues, cuando ocurrió el fallecimiento de mi hermana, de cuya pérdida nunca me consolaré...

Nic. ¡Ah! ni yo. ¡Qué señora aquella! Era una santa.

Agust. Hice de usted la misma confianza que ella habia hecho, y espero no tener que arrepentirme nunca...

Nic. Sé mi obligacion y me atrevo á asegurar que no habrá quien la cumpla mejor en los cuatro reinos de Andalucía.

Agust. No dudo que se llevará usted bien con mi ayuda de cámara, que llegará un dia de estos con el equipaje.

Nic. Pierda usted cuidado. Yo respetaré sus funciones..., siempre que él no invada mi jurisdiccion.

Agust. Por supuesto; y en cuanto al mayordomo...

Nic. (¡Cielos!) Señor don Agustin, mayordomo y ama de llaves son incompatibles. Si ha de venir ese... funcionario, yo estoy aquí de sobra.

Agust. Tranquilícese usted. Iba á decir que quedará al cuidado de mi casa de Madrid, porque supongo que en esta no me hará falta.

Nic. Ninguna. (¡Un fiscal! ¡Dios nos libre!)

Agust. Diga usted: ¿y aquella chica...; la hija del jardinero?

Nic. (¡Maldito! ¡Qué memoria tiene!)

Agust. ¿Cómo no se me ha presentado? Sé que mi hermana la quería mucho, y eso basta para que yo la considere digna de mi proteccion.

Nic. (¡Oh! no eran vanos mis temores.)

Agust. Ya estará hecha una mujer.

Nic. ¡Demasiado!

Agust. ¿Cómo?...

Nic. Quiero decir... Es mujer y no es mujer, porque no sirve para nada. Holgazana, torpe, calavera...

Agust. Temo que la juzgue usted con demasiada severidad. Otras noticias tenia yo... Llámela usted.

Nic. ¡Qué, señor, si se ha marchado de casa!

Agust. ¿Qué dice usted? ¿Y adónde?

Nic. A un pueblo... No sé cuál. Ella ha dicho que va á servir...

Agust. ¿Es posible? Pues ¿tan mal se hallaba aquí?

Nic. Al contrario; estaba como el pez en el agua; pero le ha dado esa ventolera y no ha habido fuerzas humanas...

Agust. ¡Qué locura!

Nic. Sin duda no era de su gusto la prudente sujecion en que yo la tenía, y enamorada de algun barbilampiño... Estas muchachas de hoy dia son tan casquivanas y resueltas...

Agust. ¡Válgate Dios!...

Nic. ¿Y qué le hemos de hacer? El que bien tiene y mal escoge... Vaya bendita de Jesus. Así nos ahorra cuidados y...

Agust. Tiene usted razon. Pero ¿quién hubiera creido...?

Nic. (*Con un grito involuntario.*) ¡Ah! (*Aparece Isabel en el foro con un ramo de flores. Nicanora se levanta.*)

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

Agust. ¿Qué le ha dado á usted?

Isab. (*A la puerta.*) ¡Señor!...

Agust. ¡Ah!... ¿Quién eres, niña?

Isab. Isabel la jardinera, muy servidora de usted.

Agust. ¿Cómo es esto? Pues ¿no me había usted dicho...?

Nic. Yo le diré á usted... Ella... Yo... (Estoy sofocada.)

Agust. (*A Isabel.*) Adelante.

Isab. (*Adelantándose.*) Señor, perdone usted que me atreva... Yo...

Agust. Habla; no te turbes. (¡Qué linda muchacha!)

Isab. Al partir para Aracena me dejé olvidado este ramo de flores...

Agust. Bien; prosigue.

Isab. A pocos pasos de la quinta lo eché de menos. Volviendo á recogerlo, he sabido la llegada de usted; y ya que no me es permitido prestarle otro servicio, me atrevo á dar á usted mi parabien por su feliz viaje y á presentarle, por despedida, estas flores cultivadas por mis manos.

Agust. (*Tomando el ramo, que pone luego sobre una mesa.*) Gracias, hija mia.

Nic. (¡Hija mia!... A mí me va á dar algo.)

Agust. (Me cautiva esa modestia..... ¿Será hipocresía?...) Parece que vuelves arrepentida..., y lo celebro; que, en verdad, has procedido con ligereza, con ingratitud.

Isab. ¡Yo, señor!... (*Nicanora en actitud suplicante y colocada detrás de don Agustin, hace señas á Isabel para que no la acuse.*)

Agust. ¿Qué motivo tenías para empeñarte en huir de esta casa?

Isab. ¡Huir yo de una casa donde tanto bien me han hecho! No, señor. Me despidió doña Nicanora...

Agust. ¿Qué oigo?... ¿A quién de las dos he de creer?

Nic. (*En voz baja á Isabel.*) ¡Por Dios...!

Isab. Sí; me despidió, pero... tal vez no le faltó razon para ello. Tuvimos una reyerta, y acaso... se me escaparía alguna contestacion poco respetuosa...

Nic. (¡Respiro!)

Isab. Excuse usted en ella el exceso de su celo, y en mí los pocos años.

Agust. (¡Qué dulzura! ¡Qué bondad! Es un ángel.)

Nic. Con efecto, una y otra necesitamos de la indulgencia de usted...

Agust. Basta. Olvídese todo... Te quedarás en casa, si quieres.

Isab. ¿No he de querer? ¡Qué alegría! Voy ahora mismo, con permiso de usted, á despedir al arriero.

Agust. (¡Pobrecilla!... Era una víctima.)

Isab. (*En voz baja á Nicanora, yéndose por el foro.*) Ya ve usted que no soy rencorosa.

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Agust. ¡Señora Nicanora!

Nic. (¡Malo! Me apea el don... He caido de su gracia.)

Agust. Me parece que usted no mira con buenos ojos á esa criatura.

Nic. Nada de eso. ¡Si la quiero tanto...! Pero..., lo que ella misma ha dicho, el exceso de mi celo... Ahora veo que me habían dado malos informes...

Agust. Habiendo oido á usted y á ella, no puedo ya dudar de su inocencia. Usted la acusó sin piedad; ó por mejor decir, usted la calumnió; ¡y ella, aunque agraviada, la ha disculpado á usted!

Nic. Confieso que ese rasgo de virtud me confunde. Chismosos, que nunca faltan, la habían malquistado conmigo; pero yo prometo á usted que en adelante...

Agust. Está bien. Tenga usted entendido que yo acojo á esa huérfana bajo mi amparo.

Nic. La miraré de hoy mas con ojos de madre. (¡Quien fuera basilisco!)

Agust. Ya le diré yo tambien que no arme disputas con usted. Quiero que entre todos mis criados reine la mayor armonía. Yo gusto mucho de la paz, del sosiego, de la quietud, y por eso me he venido á vivir en el campo.

Nic. ¡Sabio pensamiento! Aquí tendrá usted una vida de patriarca. Libre como el pájaro, independiente como el aire; sin vecinos molestos, sin ruido, sin... (*Suenan tiros.*) ¡Jesucristo!

Agust. (*Levantándose.*) ¿Qué es esto? Ladrones tal vez..., foragidos...

Nic. No sé... (¡Ay! me pueden ahogar con un cabello.)

Agust. (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) Mis pistolas... Les venderé cara la vida...

Voces. (*Dentro, sin cesar los tiros.*) ¡Viva don Agustin!

Nic. ¡Quieto, quieto! ¡Si le están á usted victoreando!

Agust. ¿Cómo?...

Voces. ¡Viva el señor amo!

Nic. ¿Oye usted?

Voces. ¡Viva! ¡Viva!

ESCENA X.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO, ISABEL.

Isab. No se asuste usted. Son los mozos de labranza que vienen á saludarle...

Agust. ¿A tiros? (¡Qué barbaridad!) (*Cesan los tiros.*)

Jes. (*Entrando.*) ¡Viva!—¿Qué le ha parecido á usted el fuego graneado; eh? Pues luego... ¡Ah! Ya está de vuelta Isabelilla. (*Saludándola.*) Me recopilo agreste... (*A don Agustin.*) Pues, señor, á mí me debe usted ese agasajo.

Agust. ¿Sí? Gracias. No esperaba yo menos...

Nic. ¡Bien, chico; te has portado! Ya

ve usted que mi Jesualdo sabe ser obsequioso...

Agust. Reniego yo de semejantes obsequios y de quien me los hace.

Voces. (*Dentro.*) ¡Viva don Agustin! ¡Viva!

Nic. ¡Ah! con que ¿usted...? Pues yo creía...

Agust. ¿Es esta la tranquilidad que yo buscaba?...

Nic. (*A Jesualdo.*) Tiene razon. Venir ahora con ese estrépito... Los vivas, pase; pero los escopetazos...

Agust. Ni uno ni otro.

Jes. ¡Toma! ¿Con que en igual de...?

Nic. ¡Calla!

Voces. ¡Viva don Agustin!

Agust. ¡No acabarán...!

Nic. Deje usted: yo les diré á esos gansos por el balcon...

Agust. ¡No! Esté usted quieta. Ellos no tienen la culpa... (*Dando dinero á Isabel.*) Toma, niña. Dales eso para que beban á mi salud y diles de mi parte que me hagan el gusto de retirarse; que estoy delicado y necesito descansar.

Isab. Bien, bien. Voy corriendo.

ESCENA XI.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

(*Siguen en la calle los vivas y la algazara.*)

Nic. ¿A qué hora quiere usted comer?

Agust. A las tres.

Nic. ¿Y qué le apetece á usted...?

Agust. Cualquier cosa.

Nic. ¿Le gustan á usted las...?

Agust. Lo que me gusta ahora es que me dejen ustedes en paz y solo.

Nic. Vamos, vamos...

Jes. (*A su tia yéndose.*) ¡El demonio del...!

Nic. ¡Calla!

ESCENA XII.

DON AGUSTIN.

Mucho temo haber errado mis cálculos... (*Suena otro tiro.*) ¿Qué tal, eh? ¡La independencia!... (*Al entrar en su cuarto don Agustin se repiten los vivas y suena una descarga.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JESUALDO.

(*Aparece sentado á una mesa de escritorio. — Habrá otra con mantel extendido y dos cubiertos, y un velador con algunos platos.*)

Si esta carta no ablanda su corazon digo que es de piedra berroqueña. Una vez que mi tia me aconseja que haga la rueda á Isabel, desde que ha barruntado que es el ojo drecho de don Agustin, no te hagas de pencas, Jesualdo. Ya la he dicho dos ó tres piropos de refilon, y así me ha hecho ella caso como por los cerros de Ubeda. No estante, volveremos á la carga, que pobre mendrugo...; digo, pobre importuno... Apelemos á las cartas... Mi fuerte es la escritura. (*Repasando una carta que acaba de escribir.*) — «Eem... Eem... Eem...» ¡De perlas! — «Uum... Uum...» ¡Guapo! — «Eeem...» No cabe mas. Ni el dómine la hubiera notado mejor. — Firmaré. (*Escribiendo.*) «Jesualdo Corvejon.» — Doblo la esquela... (*Lo hace.*) Planto el sobrescrito. (*Escribiendo.*) «A Isabel Diaz.» (*Se levanta.*) ¡Listo! A la primera... conjetura que se me presente... ¡Ah! Ella sube. Guardo el documento.

ESCENA II.

ISABEL, JESUALDO.

(*Isabel trae una cesta con platos, vasos, etc., para acabar de cubrir la mesa.*)

Jes. ¡Salud, reina mia! ¿Quiere usted que eche una mano?

Isab. Gracias. No es menester. (*Va colocando el servicio de mesa.*)

Jes. ¡Huy! No vasos del tabaque, sino piedras del rio sacara yo con los piños si te diese á tí la humorada de mandármelo, cuerpo bueno.

Isab. Yo no necesito criados. (Pues ¿no ha dado en perseguirme este moscardon?)

Jes. Es que sería mucha lástima que esas manecitas de... (*Va á tomarle una y recibe un bofeton.*)

Isab. ¡Quite allá!...

Jes. ¡Ay!... ¡Desgradecida! (¡Vaya un sopapo de mi flor!)

Isab. ¡Haya mastuerzo, insolente...!

Jes. Vaya, hija, no te amohines. Era una broma...

Isab. Yo no gusto de esas bromas, ni le he dado á usted pié para ellas. ¿En qué pesebre hemos comido juntos?

Jes. ¡Ba! no riñamos. Otra vez será. Ya caerás de tu asno. ¡Sobre que me has de querer al fin y al postre!... (*Poniendo la carta en la cesta sin verlo Isabel.*) (Dejo aquí el recado y tomo el tole.) ¡Adios, cara de rosa! (¡Vaya un modo de santiguar!)

ESCENA III.

ISABEL.

El tal Jesualdo es el mayor cernícalo... Sentiré verme en la precision de decir á su tia que le ponga trabas. — Acabemos de... ¿Qué veo? Una carta en la cesta... (*La toma y lee el sobre.*) ¡Es para mí! ¿Quién...? ¿Será suya...? ¡Bien por Dios! Me ha tomado por su cuenta... Veamos las sandeces que me escribe.... ¡No! Le hago demasiado favor en leer la carta y podrá presumir... Se la volveré sin abrirla... ¡Ah!

ESCENA IV.

ISABEL, Don AGUSTIN.

Agust. ¡Hola, Isabel!... ¿Es para mí esa carta?

Isab. (Ya la ha visto. Le diré la verdad.) No, señor; es para mí, si el sobre no está equivocado.

Agust. ¡Oiga! ¿Con quién te carteas tú?

Isab. Con nadie de este mundo. Esta es la primera carta en que leo mi nombre.

Agust. Será de algun amante...

Isab. Sospecho que sí.

Agust. ¿Cómo?...

Isab. Si puede amar semejante avestruz.

Agust. ¿Luego ya tienes algun antecedente...? ¿Quién piensas tú que sea el autor...?

Isab. Jesualdo.

Agust. ¡Ese gaznápiro!

Isab. Ha dado en decirme chicoleos...

Agust. Que tal vez no te habrán disgustado.

Isab. Usted lo va á ver. (*Va á romper la carta y don Agustin la detiene.*)

Agust. ¡No! ¿Qué haces? Quisiera ver el estilo epistolar de ese mancebo. Dámela...

Isab. Tome usted. (*Se la da.*)

Agust. (*Abriéndola.*) (Si le amara Isabel no sería tan dócil.) Leamos.

(*Lee.*) « Mi mas estimada y sandunguera Isabel Diaz : despues de preguntarte por tu salud y demás con todo el respeto y contumelia que pide la usanza y manda la bula, paso á decirte que desde el momento y hora en que te columbré tan lozana y tan de rechupete, tus ojos me han hecho tilin y tu labia y tu intríngulis me tienen descoyuntado. Así te lo especulizo de mi mano y puño, pues te aconsejo que te camelo con buen fin; y con esto no te canso mas, y Dios te guarde, y perdona la mala letra, los años de mi deseo, como lo desea con suspiros de azúcar y canela este desaforado espíritu q. b. t. m. y es por mar y tierra de todo corazon

JESUALDO CORVEJON. »

No ha nacido de madres un bribonzuelo mas necio y mas atrevido. Yo le aseguro...

Isab. No se irrite usted, señor don Agustin, que eso es dar importancia á un tonto que no la merece; antes debe usted reirse como yo de la graciosa carta que me ha escrito.

Agust. No es cosa de risa la temeridad con que se atreve á poner los ojos en tí. Pues ¡es cierto que estarías bien empleada...! Vé á decirle que venga aquí al momento; que yo le llamo.

Isab. Por Dios, no le diga usted nada. Va á pensar que yo soy una chismosa..., y á fe que, á no ser por la necesidad de justificarme, nada sabría usted...

Agust. Gastar contemplaciones con ese pícaro es echar margaritas á puercos. Haz lo que te digo, ó creeré que no me has hablado con sinceridad.

Isab. Obedezco.

Agust. Que suba tambien su tia.

ESCENA V.

Don AGUSTIN.

Cuanto mas veo y oigo á esa jóven, mas estimacion y mas interés me inspira. Pena me da el considerar que á no ser por una feliz casualidad ya estaría lejos de mí y para siempre. Ella es la única persona que hasta ahora me ha hecho grata mi mansion en este valle. Tan sencilla, tan despejada, tan humilde... ¡Oh! Como conserve tan buenas cualidades no echará de menos el patrocinio de mi hermana.

ESCENA VI.

Don AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

Nic. Isabelita ha dicho que usted nos llamaba.

Agust. Sí, señora: para que usted tenga entendido y sepa ese caballerito que nada tiene qne hacer en mi casa.

Nic. (¡Otro desaire! ¡Sea todo por Dios!) Sentiré que alguna inadvertencia de mi sobrino...

Agust. Algo mas que inadvertencias son las suyas.

Nic. Si lo dice usted por la salva de antes, él no lo hizo con malicia...

Agust. Lo digo porque yo no quiero zánganos á mi lado.

Jes. (*Entre dientes.*) Ni yo me he zafado de un dómine para hociear en otro.

Nic. ¡Calla!

Agust. ¿Qué estás ahí refunfuñando?

Jes. Nada. Pero es mucha gaita...

Agust. Vuélvete á Niebla, y cuando hayas aprendido, sinó la gramática, á lo menos á ser racional, podrás volver...

Jes. Eso de ir á Niebla, será lo que tase un sastre.

Nic. ¡Jesualdo!...

Agust. Como yo no te vea, mas que te vayas al infierno.

Jes. Es que yo no he venido aquí por su linda cara de usted, sino por la de mi tia.

Nic. ¡Chit!... ¡Maldecido!... Perdónele usted, que no sabe lo que se dice.

Agust. Eso es verdad.

Nic. ¡Deslenguado! ¡Mala crianza!... Pídele perdon... (*Aparte á Jesualdo.*) ¡Hum... borrico! ¿No sabes aquello de manos besa el hombre que quisiera ver cortadas?

Agust. No quiero yo que me pida perdon, sino que se vaya.

Jes. Ya se irán, ya se irán.

Nic. Sí, señor; y pronto; ahora mismo. (*En voz baja.*) Aguántate y no te apures. (*Alzando la voz.*) El amo tiene razon. Los amos tienen siempre razon. (*Al oido.*) Cuenta con tu tia. (*Alto.*) Vamos; despídete.

Jes. (*Con mal modo.*) ¡Abur! (¡Oh! como yo pueda, me las ha de pagar.)

ESCENA VII.

Don AGUSTIN, NICANORA.

Agust. Tiene usted un sobrino muy cuadrúpedo, sin adulacion.

Nic. ¡Qué quiere usted! La falta de trato y de... Lo que es su índole, es buena...

Agust. Podrá ser, pero lo dudo mucho.

Nic. Como usted le ha hablado con tanta severidad... No es decir que él no la merezca... hasta cierto punto...

Agust. ¡Nicanora!...

Nic. (¡Nada; no hay don!)

Agust. Usted es su tia, y no extraño que le mire con indulgencia; pero yo que, entre otras cosas, me he alejado de Madrid por verme libre de mis sobrinos, no vengo con humor de sufrir á los ajenos.

Nic. Ya, ya me hago cargo...

ESCENA VIII.

Don AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

Isab. La señorita doña Amparo, vecina nuestra, desea hablar á usted...

Agust. ¡Ah! Que pase adelante.

ESCENA IX.

Don AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (¡La sevillana! ¡Otra juventud! ¡Otra hermosura!... ¡Mala me he puesto!)

Agust. No tengo el honor de conocer...

ESCENA X.

Don AGUSTIN, NICANORA, AMPARO.

Amp. Caballero...

Agust. Sea usted muy bien venida á favorecer mi casa.

Amp. Yo soy la favorecida.

Nic. (*Mientras don Agustin ofrece á Amparo una silla y ambos se sientan.*) (Me haré la remolona...)

Amp. Temo que mi visita sea inoportuna ..

Agust. ¡Oh! de ningun modo.

Amp. Usted iría á comer... (*Nicanora arregla la mesa.*)

Agust. Todavía no; y en todo caso me haría usted mucho honor aceptando mi mesa. (¡Hermosa cara!)

Amp. Muchas gracias, caballero. Yo no como nunca fuera de mi casa.

Nic. (No le ha parecido saco de nueces la Amparito.)

Agust. Dígame usted si puedo servirla en algo, lo cual me servirá de mucha satisfaccion

Nic. (¡Miren el filósofo!...)

Amp. Desearía hablar con usted á solas.

Agust. Nicanora, háganos usted la fineza de...

Nic. Entiendo. (¿Si querrá conquistarle...? Un clavo saca otro clavo... Y á todo turbio correr, mas vale ser destronada por esta que por la otra.)

ESCENA XI.

AMPARO, Don AGUSTIN.

Agust. Hable usted. Ya estamos solos.

Amp. Soy huérfana y vivo con una tia mia, que no me acompaña por estar enferma, en una casita de campo muy inmediata á esta. Hace algunos meses que he venido á tomar posesion de una corta herencia, único resto de la fortuna de mi padre, comerciante de Sevilla, que de vuelta de Ultramar naufragó con un buque cargado de ricas mercancías. He sabido la llegada de usted y, como vecina, vengo á ofrecerle mis respetos.

Agust. Agradezco sobremanera la fina atencion de usted, y á haber sabido que residia en la vecindad tan apreciable dama, me hubiera anticipado á visitar á usted, como era de mi obligacion.

Amp. Confieso que eso hubiera estado mas en el órden; sobre todo, siendo usted soltero, como acaban de decirme.

Agust. Sí, señora; y probablemente lo seré toda mi vida. (Ahí va esa por si acaso.)

Amp. Tendrá usted, sin duda, mala opinion de las mujeres...

Agust. Nada de eso. Yo estimo y venero al bello sexo, como es justo; y si tuviese alguna prevencion contra él, la presencia de usted bastaría á desvanecerla.

Amp. Gracias.

Agust. (¿Qué embajada será está? Estemos en guardia...) No desconozco los inconvenientes del celibato, pero soy muy zeloso de mi independencia y temo que me priven de ella los lazos del matrimonio.

Amp. En buen hora. No seré yo quien combata tan prudente propósito; ni ese es el objeto de mi visita.

Agust. Ni yo soy tan fatuo que pueda presumir... (No es coqueta; ¡milagro!)

Amp. Es el caso que convencida yo de mi inutilidad para dirigir la labranza, y sin medios para hacer productivas las heredades de mi pertenencia, he resuelto enajenarlas. Si las saco á pública subasta, escribanos y jueces y agrimensores devorarán la mitad de su escaso valor. Acaso podrá convenir á usted la adquisicion de esas tierras por lindar con las suyas; le tengo por hombre de honor, y si quiere comprármelas...

Agust. Bien, señorita; yo pasaré hoy mismo á ponerme á los piés de usted y á los de su respetable tia. Veremos esas heredades... Aunque desde ahora opino que será mejor que usted las conserve, y si para ello necesita usted algun dinero, no tengo inconveniente en adelantárselo... sin interés alguno.

Amp. ¡Caballero!... (Es benéfico y generoso; ya no puedo dudarlo ni arrepentirme de mi resolucion.) (*Se levanta y tambien don Agustin.*) Doy á usted infinitas gracias por tanta bondad: tomaré sus consejos y me atrevo á confiar á tan digno protector mi orfandad y mi inexperiencia.

Agust. Me permitirá usted que la acompañe...

Amp. ¡Oh! no lo consiento; ni hay necesidad de que usted se incomode. Abajo espera mi criado...

Agust. No replico.

Amp. Muy servidora de usted.

Agust. Beso á usted los piés, señorita.

ESCENA XII.

DON AGUSTIN.

Bella persona es la vecina, y á fe que en este rincon de España no esperaba yo verme rodeado de tantas seducciones. Esto es ya otra cosa que la serenata de pólvora y las brutalidades de Jesualdo.

ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (*Poniendo sobre la mesa un platillo con aceitunas.*) Son las tres. Cuando usted guste se servirá la comida.

Agust. Al instante.

Nic. (*A la puerta del foro.*) ¡Muchacha! ¡La sopa!

Agust. (*Sentándose y tomando una aceituna.*) De la reina; ¡bravo!

Nic. Y aderezadas por estas manos que, aunque me esté mal el decirlo...

Agust. Son exquisitas...

Nic. Favor que usted les..., que usted me hace. (No me invita á sentarme, aunque con esa esperanza hice poner dos cubiertos Este hombre es un cafre.) (*Llega Isabel con la sopera, que pone sobre la mesa, y una criada con otros platos, que deja sobre el velador.*)

ESCENA XIV.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL, UNA CRIADA.

Nic. ¿Quiere usted que le haga plato?

Agust. (*Haciéndoselo él.*) No es necesario Agua es lo que quisiera...

Nic. Voy volando. No la he traido antes porque estuviera mas fresca.

ESCENA XV.

DON AGUSTIN, ISABEL, LA CRIADA.

Agust. Ahora veo que hay dos cubiertos... ¿Sabes tú, Isabel, si había de venir algun convidado?

Isab. No, señor; como por parte de usted no haya de venir alguno...

Agust. (¡Ah, qué idea!... Voy á dar una leccion al ama de gobierno.) Pues ese cubierto no ha de quedar desairado. Así como así, me da tristeza el comer solo... Acerca una silla, Isabel; me harás compañía...

Isab. Señor, tanta honra... Yo no debo...

Agust. Siéntate. Ya puedes suponer que no lo digo por cumplimiento.

Isab. Pero... ¡Si me da tanta vergüenza...!

Agust. ¿Por qué? Me darás mucho gusto en comer conmigo. Yo lo deseo, y si es menester, te lo mando.

Isab. (*Tomando una silla y acercándola á la mesa.*) Bien, señor. Yo estoy obligada á obedecer á mi amo. (*Se sienta.*)

Agust. Te haré plato. (*Lo hace.*)

Isab. No; yo misma... ¡Jesus! Me hace usted salir los colores...

ESCENA XVI.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA, LA CRIADA.

(*Llega Nicanora con otro principio en la mano derecha y en la izquierda una botella con agua.*)

Nic. Aquí está el agua, que mas fresca no la bebe el rey; como que ha estado en el sótano... (*Sorprendida al ver á Isabel comiendo con don Agustin, deja caer la botella. La criada acude á recoger los cascos.*) (¡Dios poderoso!...)

Agust. ¿Qué es eso? Ha roto usted la botella... ¡Voto á Cribas!...

Nic. Es que... La... Yo... Cuando... (¡No me queda mas que ver!)

Isab. (*Queriendo levantarse.*) Yo iré por otra...

Agust. ¡Quieta! (*A la criada.*) Anda tú, muchacha. (*Vase corriendo la criada.*)

Nic. (*Dejando sobre el velador la fuente que trajo.*) (¡Atroz insulto! ¡Horroroso despotismo!)

Agust. Veo, señora Nicanora...

Nic. Perdone usted, señor don Agustin; así se llama á las mujeres del estado llano. Yo, aquí donde usted me ve, soy doña por los cuatro costados.

Agust. ¡Ah! no lo sabía. Pues, señora doña Nicanora de mi alma, iba á decir á usted que aplaudo mucho su sincera reconciliacion con esta niña.

Nic. ¡Yo!... ¿Por qué lo dice usted?

Agust. ¿Qué mas prueba que haber usted puesto en mi mesa otro cubierto para Isabel?

Nic. (¡Para ella! ¡Quisiera bramar!) Yo no soy rencorosa; pero si esa... señorita ha tenido la petulancia de creer que el cubierto era para ella, me ha atribuido una galantería de que estaba yo muy distante.

Agust. (¡Qué mosca tiene doña Nicanora!)

Isab. El amo sabe muy bien que no he tenido semejante idea, y que ha necesitado hacerme muchas instancias para que yo aceptase un puesto que no me corresponde.

Agust. Cierto. Yo la he convidado, y espero que no me reprenderá usted por eso. (*Vuelve la criada con otra botella de agua y la pone en la mesa.*)

Nic. No, señor. Usted es el que manda, y aunque me degrada mucho una preferencia tan...

Agust. Tan absurda ¿eh?

Nic. No digo eso; pero, en fin, no esperaba yo que tan pronto... una favorita...

Agust. Vaya, no lo tome usted tan á pechos, doña Nicanora. (*A Isabel.*) ¿Qué va á ser de nosotros si hace dimision? (*La criada retira los platos soperos y pone otros.*)

Nic. Si esa es una indirecta para despedirme...

Agust. ¡Ni por pienso! ¡Yo despedir á una ama tan ilustre... y tan primorosa para aliñar aceitunas!... Ya puede usted llevarse la sopera.

Nic. (¡Qué tortura!...) Al instante...

Agust. ¿Qué veo! Le tiemblan á usted las manos...

Nic. Algo... Los nervios... Siempre que hay tramontana...

Agust. Déjela usted... (*A la criada.*) Tómala tú. (*La criada retira la sopera.*)

Nic. (De cólera tiemblo.)

Agust. Está usted descolorida...

Nic. Sí; no me siento muy buena.

Agust. ¡Voto á sanes!... Pues ea, retírese usted y cuidarse. Esa moza basta para servirnos. (*La criada continúa sirviendo á la mesa.*)

Nic. Pues con permiso de usted...

Isab. (*En ademan de levantarse.*) ¿Quiere usted algo? Iré...

Nic. (*Con aspereza.*) No quiero nada.

Agust. (*En voz baja á Isabel.*) No te muevas.

Nic. (*Yéndose.*) (¡Cómo se relame el arrapiezo!... ¡Hum... ! ¡si se le volviera rejalgar... !)

ESCENA XVII.

DON AGUSTIN, ISABEL, LA CRIADA.

Isab. ¡Cómo siento que la haya usted mortificado tanto!

Agust. Me encocora mucho esa mujer.

Isab. No hay motivo...

Agust. Sí; te echó cruelmente de mi casa...

Isab. Olvídelo usted como lo olvido yo.

Agust. Y es muy zangoñeta..., ¡y es tia de Jesualdo!

Isab. Pensará que yo he metido zizaña...

Agust. Que piense lo que quiera. Yo no tengo que dar cuenta de mis acciones ni á ella ni á nadie. Soy independiente.

Isab. La pobre se sentía indispuesta...

Agust. No será cosa de cuidado. Ya la he mandado retirarse por consideracion á su salud... y á mi vajilla. — Hablemos de otra cosa. ¿Conoces tú á la señora que vino antes?

Isab. ¿A doña Amparo? Yo no la he tratado. Lo que puedo decir es que vive ahí cerquita con una tia suya...

Agust. Ya lo sé.

Isab. Anciana é impedida; que es una jóven muy recogida de quien nadie habla mal. Apenas se la ha visto fuera de su casa desde que vino de Sevilla.

Agust. ¿No recibe visitas?

Isab. Que yo sepa, ninguna, excepto el médico del pueblo inmediato, que asiste á su tia, y es hombre ya entrado en años.

Agust. (¡Qué alma tan bella la de esta niña! De nadie habla mal.) No sabrán acaso los jóvenes del país que reside en él tan buena moza...

Isab. ¡Y mucho que lo es! Yo no he visto señorita con mas gracias y mas... Y tiene mucho ángel en aquella cara.

Agust. (¡Tampoco es envidiosa!) Tu elo-

glo es tanto mas laudable cuanto menos indulgentes suelen ser las mujeres cuando juzgan á otras.

Isab. Si me parece bonita, ¿por qué no lo he de decir?

Agust. Pues, sin embargo, aun eres tú mas linda que ella.

Isab. No es posible. ¿Cómo puedo yo compararme...? Yo, hija de un rústico, criada sin melindres al aire y al sol...

Agust. ¿No te miras al espejo?

Isab. Sí, señor, todos los dias cuando me peino.

Agust. ¿Y qué opinas de tu cara?

Isab. Opino... que no es para espantar al coco.

Agust. ¿Ningun hombre te ha dicho que eres hermosa?

Isab. El primero y único que me lo ha dicho es Jesualdo; pero como es tan simple, es muy posible que le hayan engañado los ojos.

Agust. No, no le han engañado. Yo no tengo telarañas en los mios y te aseguro que eres muy bella.

Isab. Seria una descortesía el desmentir á usted y una temeridad el presumir que mi señor se proponga lisonjear á su humilde criada.

Agust. No. Te lo digo como lo siento.

Isab. El parecer bien á nadie disgusta: pero aunque otras se llenarían de orgullo al oir palabras tan agradables, yo no las interpreto sino como una prueba mas de la bondad de usted. (*La criada se retira llevándose lo que pueda del servicio de mesa.*)

Agust. (¡Si digo que es un tesoro! Ahora la daria yo... ¡Tente, Agustin! ¿Y la independencia?) (*Se levanta y tambien Isabel.*) ¿Qué haria yo ahora, no durmiendo la siesta?

Isab. (*Desocupando la mesa.*) No sé... Podria usted dar un paseito á caballo después de tomar café.

Agust. Dices bien. ¿Llegó el caballo que mandé comprar en Sevilla?

Isab. Sí, señor; ya hace dos dias. Un tordillo de muy buena estampa.

Agust. Pues hazme el favor de mandar que me lo ensillen, y entretanto dispondrás que nos sirvan el café en el jardin.

Isab. Sí, señor; pero no me iré con las manos vacías. (*Entre Isabel y la criada, que ha vuelto, recogen y se llevan el resto del servicio de mesa.*)

Agust. Deja, no... (Sí, dejémosla que trabaje y así no olvidaré la distancia que nos separa.)

ESCENA XVIII.

DON AGUSTIN.

Tomaremos juntos el café, porque ya lo he dicho; pero no vuelvo á sentarla á mi mesa. Quien quita la ocasion quita el peligro. Doña Nicanora ya tasca el freno; los demás criados murmurarán... Isabel es demasiado humilde para consorte mia... ¡Consorte! Solo de pronunciar esta palabra me horripilo. Por otra parte, abusar de su candor, de su inocencia, sería una felonía.

ESCENA XIX.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. Vengo á dar á usted una mala noticia, señor don Agustin.

Agust. ¿Mala noticia? Pues ¿qué ocurre?

Nic. Anteayer trajeron para usted un caballo tordo... ¡Soberbio animal!

Agust. Ya lo sé. Justamente acabo de mandar que lo ensillen para dar un paseo...

Nic. Lo siento; pero tiene usted que renunciar á ese gusto.

Agust. ¿Por qué?

Nic. ¡Animalito!

Agust. ¿Le ha dado algun torozon?

Nic. Peor que eso.

Agust. ¿Ha muerto?

Nic. Lo han requisado para la remonta del ejército.

Agust. ¡Por vida...!

Nic. Aquí tiene usted el recibo... (*Le da un papel que don Agustin lee para sí.*)

Agust. Con que ¿se lo han llevado?

Nic. Sí, señor.

Agust. Bien podía usted haberme avisado...

Nic. Por no hacerle á usted levantar de la mesa... Y además, era inútil. Los comisionados no tienen espera ni admiten excusas.

Agust. ¿Quién sabe si yo lo hubiera salvado...?

Nic. ¡Imposible! La órden es terminante y, lo que dijo el mariscal, ni el caballo de Santiago se libra de la requisicion.

Agust. ¡Estamos frescos! ¿Es esta la independencia á que yo aspiraba? ¡Ni soy dueño de pasear á caballo!

Nic. (Me alegro por el ultraje que me has hecho.) Dicen que lo pagarán.

Agust. Sí; en tres plazos: tarde, mal y nunca.

Nic. Lo han tasado en veinte y cinco doblones...

Agust. ¡Lindo! ¡Y á mí me ha costado ciento!

ESCENA XX.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

Isab. (*Llega azorada.*) ¡Ay, señor! ¿no sabe usted lo que pasa?

Agust. ¿Otra calamidad? ¿Te quieren requisar á tí tambien?

Isab. ¡Eh! no, señor. Luego que mandé ensillar el tordo...

Agust. ¡Échale un galgo!

Isab. ¡Qué! ¿Lo han robado?

Agust. Poco menos. Prosigue.

Isab. A mi salida del cenador de las lilas, donde acababa de dejar la bandeja con el juego de café, oigo un quejido... Me acerco á la tapia del jardin que cae á la espalda de la quinta y veo al otro lado de la verja... ¿Qué dirá usted? Un gran canasto de mimbres y dentro del canasto una criatura...

Agust. ¡Cielos!...

Nic. ¡Válgame santa Lutgarda! ¡Válgame san Ramon Nonato!

Isab. Un niño como de un mes de edad muy robusto...

Agust. Bien; ¿y qué tenemos con eso.? Por allí estaría su madre...

Isab. No sé... Yo abrí la verja y á nadie vi... ¡Es un expósito!

Agust. Que lo sea. Mi casa no es inclusa.

Isab. Tenía este papel prendido á las mantillas con un alfiler.

Agust. (*Leyendo el papel que le entrega Isabel.*) « Su desgraciada madre lo recomienda á la caridad del señor don Agustin. » ¡Esto nos faltaba! ¡Yo pagar culpas ajenas! ¡Yo prohijar lo que otro...!

Nic. No lo reciba usted. Eso es una infamia.

Isab. ¿Y qué va á ser del pobrecillo? Ni en la miserable aldea cercana, ni en todas estas inmediaciones habrá quien le recoja si usted le abandona.

Agust. Pero, hija mia, ¿cómo quieres tú que yo, sin comerlo ni beberlo...?

Nic. ¡Nada; aquí no cargamos con el mochuelo!

Isab. ¡Ah, señor! usted no tiene hijos...

Agust. ¿Y por eso me han de endosar los del prójimo?

Isab. Si viera usted... ¡Es tan hermoso!...

Agust. Sí será; pero no es mio.

Isab. ¡Lloraba el angelito de Dios...!

Nic. Que llore en hora buena; se lo ahorrará de... Nosotras no podemos darle de mamar. ¡Vaya que es frescura y desvergüenza!

Isab. Eso es lo de menos. Se le busca una nodriza.

Nic. ¿Nodriza? ¡No en mis dias!

Isab. Mientras tanto, la mujer del aperador, que está criando, le dará teta...

Nic. De ningun modo. ¡Hola! Que mame del pezon de un carro.

Agust. Abandonarle es muy duro; mas por otra parte...

Nic. Señor don Agustin, la chanza es muy pesada...

Agust. En efecto...

Nic. Mire usted lo que hace. Porqué su madre sea pecadora y desnaturalizada, no es justo comprometer la reputacion de mujeres honradas, que no son madres.

Agust. Es verdad.

Nic. Dirán luego malas lenguas que yo le he parido.

Agust. Permítame usted, doña Nicanora... Me parece que la edad de usted la pone á cubierto de semejantes sospechas.

Nic. Perdone usted; todavia no soy yo tan vieja ni tan... ¡Vaya! Y sobre todo, yo no soy la única que aquí lleva faldas. Sin ir mas lejos, ahí está Isabel, que es moza casadera y... ¿Qué dirá usted y qué dirá ella si la cuelgan el milagro?

Agust. Tiene razon. Si la malicia...

Isab. ¡Ah! ¿Qué me importa lo que pueda inventar la malicia? ¿Hay acaso contra ella ninguna honra segura? Dios sabe mi inocencia, y mi amo y señor no duda de ella: esto me basta.

Agust. Tranquilízate, Isabel. Yo te amparo y te defiendo, y si álguien osara calumniarte, se acordaria de mí.

Isab. (*Besándole la mano.*) ¡Mi querido amo! ¡Mi único padre!... Pero considere usted que con cerrar su puerta á ese desventurado niño no me libra de los tiros de la envidia y de la calumnia. Basta que el ángel inocente haya llorado en los umbrales de la quinta y que yo me haya interesado por él para que me levanten un falso testimonio los que sean capaces de tanta maldad. — Pero no; no lo tema usted. Yo no he hecho mal á nadie. ¿Por qué he de tener yo tan perversos enemigos? ¡Oh!

Recíbale usted, señor. No por vanos escrúpulos deje usted de hacer una obra buena. Oiga usted solo lo que le dicta su corazon compasivo, y no serán inútiles mis lágrimas, mis ruegos... Sí; de rodillas se lo suplico á usted. (*Se arrodilla sin poderlo impedir don Agustin.*)

Agust. ¿Qué haces? Levanta... (Me enternece.)

Nic. (¡Me degüella!)

Isab. No dejaré de abrazar estas rodillas hasta que usted me prometa abrir sus brazos al huérfano. — Yo tambien lo soy; ¿y no he de rogar por mis semejantes? Mire usted que si me dice que no me voy á enfadar y le llamaré despiadado y egoista.

Agust. ¡No mas! Levanta... (Esta chiquilla hará de mí lo que quiera.) Recogeremos al párvulo.

Isab. (*Levantándose.*) ¡Ah! Dios le bendiga á usted.

Nic. Pero ¡señor! ¿es posible...?

Agust. Sí, que para resistir á clamores tan elocuentes es preciso tener el alma de risco... ó ser ama de gobierno.

Nic. (¡Hum!...)

Agust. Sí, señora; le abrigaré en mi seno, le meceré en la cuna, le sacaré de pila...

Nic. (¡Hin!..)

Agust. Y si es menester le mudaré los pañales y le daré papilla.

Nic. (¡Brrr!...)

Isab. Pues vamos corriendo, por Dios, que si tardamos podrá morirse...

Agust. Sí, sí... (¡Cargar yo con esa plepa! ¡Voto á briós!... Pero ¿qué remedio...?)

Isab. ¡Señor!...

Agust. Vamos, vamos.

ESCENA XXI.

NICANORA.

Esto es hecho. ¡Ya le ha embaucado esa hipócrita! Se le caerá la baba con el pelon advenedizo; será capaz de prohijarle el muy sandio... y entre las lagoterías de la huérfana, y los pinitos del huérfano... Pero, señor, ¡esto se ha convertido en un hospicio! — Y para colmo de desdichas vendrá una ama de cria zafia, pedigüeña, enredadora... ¡Oh qué horror! Quisiera no haber nacido. Quisiera que esta cara no fuese mia... para cruzármela á bofetones. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Don AGUSTIN.

¡Sobre que no puedo olvidarme del canasto! ¡Vaya que es pejiguera!... El chico es como una plata, eso sí; pero me pone en un compromiso de mil diablos. De pensar en ello apenas he podido pegar los ojos en toda la noche. Ahora van á creer que yo soy su padre, y que he urdido una farsa para cubrir el expediente. De cualquier modo, tendré que hacer con él oficios de padre, y héme aquí con todas las incumbencias é incomodidades de la paternidad, sin gozar de sus placeres. — No porque yo piense adoptar á ese mamon llovido del cielo; pero siempre es una carga... ¿Quién sabe si alguna desgracia pone á sus padres en la triste necesidad de ocultarse...? Los buenos pañales que envolvían á la criatura manifiestan que la indigencia no ha sido causa de su abandono. Algun dia tal vez...

ESCENA II.

Don AGUSTIN, ISABEL.

Isab. (*A la puerta del foro.*) ¿Da usted permiso?

Agust. Sí, querida. Tú siempre lo tienes.

Isab. ¡Vengo tan contenta...! Ya tenemos nodriza.

Agust. ¿Sí? Vaya; sea en hora buena.

Isab. Una mocetona como un castillo, sana, robusta, de buena pasta...

Agust. (¡Me va á comer un lado!)

Isab. Ahora está dando de mamar á nuestro ahijado y le muestra tanto cariño como si le hubiera parido.

Agust. ¿Oyes?... Todo podría ser. La in-

dustria de la maternidad ha progresado mucho en todos sus ramos.

Isab. No, señor. ¡Si la nodriza es casada y todos la conocemos en casa! Destetará á su niño, que ya tiene catorce meses.

Agust. Volvámosla, pues, su crédito.

Isab. En el canasto habia abundante envoltura para mudarle.

Agust. Vamos...; pleito por menos.

Isab. Por cierto que ahora al desocupar el canasto he hallado en el fondo esta carta.

Agust. (*Tomándola.*) Veamos... Esto puede que nos dé alguna luz. — El sobre es para mí.— Pronto me he hecho yo popular en esta tierra.

Isab. Su nombre de usted... Sus riquezas... Si fuera usted un cualquiera, nadie hubiera hecho alto...

Agust. (*Despues de abrir el pliego.*) Leamos. — « Se suplica al señor don Agustin que conserve el papel adjunto, mitad del que guarda la madre de este niño, y con el cual se dará algun dia á reconocer. »—¡Esto pica en historia! — Aquí está el papelito, cortado irregularmente para que solo pueda casar con el pedazo que le corresponde, y dice así :—« Este niño se llama José... Está bautizado en la villa de... » — Bien; no es malo que nos ahorremos el bateo.—« Y sus padres se llaman don... y doña... » Puntos suspensivos.—¡Hemos adelantado bastante! Ni el mismo Edipo acertaría esta quisicosa. (*Guarda los papeles.*)

Isab. Yo compadezco á esa madre, que es mucho tormento haber de renunciar á las caricias de un hijo; aunque á decir verdad, mal ha hecho en apartarle de su regazo.

Agust. ¿Qué sabemos?... Acaso no estará casada, y porque no ande su honor en las lenguas del vulgo...

Isab. ¡Buen modo de entender el honor! ¡Hubiera mirado antes por él y hoy no tendría que temer las hablillas de las gentes!

Agust. Habrá pagado como otras su tributo á la inexperiencia, á la fragilidad de su sexo. Víctima tal vez de algun infame seductor...

Isab. ¿Y qué culpa tiene el inocente niño de que ella fuese seducida? ¡El qué dirán!... ¡El honor!... Ahora con ser mala madre se deshonra dos veces.

Agust. ¡Oh, Isabel!... Eres... (Ya vuelve á peligrar mi independencia.) Tienes muy buenos sentimientos, Isabelita. Tu serás un dia tierna esposa y excelente madre.

Isab. ¡Calle usted, señor! ¿Quién piensa en eso?

Agust. Nada tendría de particular; ni tú serías culpable si alguna vez te asaltasen las ideas que á otras de tu edad causan tantos desvelos.

Isab. ¡Oh! le aseguro á usted que ningun deseo, ningun cuidado turba la quietud de mi sueño.

Agust. Sin embargo, yo tendré mucha satisfaccion en verte honrada y decentemente establecida. Deseo muy de veras que seas feliz, y no omitiré diligencia para conseguirlo

Isab. ¡Ah, señor! ¿No lo soy bastante con los favores que usted me prodiga?

Agust. Con tus bellas dotes naturales, y la que yo te daré, no dejará de presentarse á solicitar tu mano algun jóven mas digno de tí que ese hotentote de Jesualdo.

Isab. ¡Válgame Dios! Me hace usted saltar las lágrimas con tanta... Yo no tengo prisa de casarme; yo no ambiciono otro estado... Al contrario; la sola idea de separarme de mi buen amo me entristece. Mas ya que le tengo á usted en lugar de padre, debo ser dócil á sus consejos y respetar sus preceptos. Si algun dia tiene usted á bien disponer de mi mano, yo se la daré á quien usted me mande.

Agust. Bien : no te arrepentirás... (¡Diantre de chica!... Se me va entrando en el corazon como Pedro por su casa.)

Isab. ¿Tiene usted algo que mandarme?

Agust. Quisiera que... No; no quiero nada.

Isab. Pues con licencia de usted me retiro. (*Vase por la izquierda del foro al llegar por la derecha del mismo Nicanora.*)

Agust. Anda bendita de Dios. (¡Ay!...)

ESCENA III.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (¿No digo? Siempre juntos. ¡Qué inmoralidad! ¡Qué escándalo!) Señor, ahí está un militar que desea hablar con usted.

Agust. Dígale usted que éntre y déjenos solos.

Nic. (*Desde el foro.*) Pase usted adelante.

ESCENA IV.

DON AGUSTIN, DON JUAN.

Juan. (*Desciñéndose un capote militar y descubriendo el uniforme é insignias de capitan de caballería.*) Beso á usted la mano.

Agust. Beso á usted la suya, caballero. Ruego á usted que tome asiento.

Juan. No; bien estoy. Estimo el favor de usted.

Agust. Si tiene usted algo que mandarme...

Juan. Sin saber quién la habita, me encaminaba á esta casa; y cuando un mozo, ahí cerca, me ha dicho que vive en ella el señor don Agustin de Cevallos...

Agust. Muy servidor de usted.

Juan. Muy señor mio. — Con tan buena noticia, no he vacilado en entrar; pues siendo usted hermano de mi señora doña Dolores Cevallos de Aguilera, á quien tuve la honra de tratar, no puede usted menos de tener nobles sentimientos...

Agust. Gracias por la buena opinion... (Este viene á pedirme dinero.) Hable usted sin reparo...

Juan. En una palabra, señor don Agustin, yo soy un desgraciado...

Agust. (¿Qué he dicho yo?)

Juan. Un proscripto...

Agust. (¡Diablo!)

Juan. Que viene á implorar la proteccion de usted.

Agust. (¡Otra misa sale!)

Juan. Cuando el grito de *Las Cabezas*... Ya sabe usted.

Agust. Cabezas... Grito... (¿Qué dice este hombre?)

Juan. Hablo del grito de libertad dado por las tropas del ejército expedicionario en el pueblo de...

Agust. Sí, sí; de Las Cabezas de San Juan. Perdone usted. La mia está un poco... (¡Dios nos asista!)

Juan. Yo pertenezco á la columna de *Riego*...

Agust. Sí; ya infiero...

Juan. Ya bastante disminuida por la activa persecucion de las tropas realistas, muy superiores en número, fué pocos dias ha derrotada y dispersa en el ataque de Moron. El caudillo *Riego* busca un refugio en Portugal con pocos de sus mas fieles oficiales. Yo soy uno de ellos, pero un balazo me mató el caballo ayer tarde; resentido todavía del que recibí en este muslo al principio de la campaña, no puedo ya caminar, y caeré en manos de mis enemigos si usted no me da un asilo...

Agust. (¡Friolera! Peor es esto que pedirme dinero.)

Juan. (¡Malo! ¡Me va á negar la hospitalidad!)

Agust. (Pero ¿he de tener corazon para...? No; ¡pecho al agua!) Señor mio, yo no soy hombre que me ocupo en cuestiones políticas; pero no pregunto las suyas al que se acoge al sagrado de mi casa. Venga esa mano. (*Se la toma.*) Es usted mi huésped.

Juan. ¡Ah! Pagaria con mi sangre el beneficio...

Agust. ¡Chit!... Mas bajo y no perdamos tiempo. Mientras no mude usted de traje hay riesgo...

Juan. Es verdad.

Agust. Deje usted... (*A la puerta del foro.*) ¡Isabel! (No aventuro nada en confiarla el secreto.)

ESCENA V.

DON AGUSTIN, DON JUAN, ISABEL.

Agust. Ven, Isabel. Voy á darte una prueba de la confianza que me mereces. El señor es un caballero perseguido por liberal.

Isab. ¿Y qué mal hay en eso? Todo caballero está obligado á ser liberal. Usted tambien lo es...

Agust. Cierto. (*A don Juan.*) La inocente no da mas que un sentido á esta palabra. (*A Isabel.*) Escucha: es necesario que esté oculto en casa y que nadie lo sepa.

Isab. Por mi parte guardaré el mas inviolable secreto, que aunque mujer y moza sé callar cuando conviene; pero si otros le han visto en casa...

Juan. Solamente la mujer que me ha conducido hasta aquí.

Agust. Doña Nicanora.

Juan. Pero como yo venía tapado hasta los ojos con el cuello del capote, no creo que me reconozca si otro vestido...

Isab. Yo puedo proporcionárselo á usted. Conservo todavía la ropa de mi pobre padre.

Juan. Esta niña es una alhaja.

Agust. ¡No lo sabe usted bien!

Isab. ¿Saben ustedes lo que podemos hacer? Se abrocha usted otra vez el capote;

vuelve á salir por la puerta principal como si tal cosa; entre tanto corro yo al jardin, abro la verja y le introduzco por allí; despues le llevo la ropa...

Agust. Sí, sí; pero no perdamos un momento.

Isab. Dice usted despues que ha recibido un jardinero, y con achaque de...

Agust. Sí; ¡anda! (*Don Juan se abrocha el capote.*)

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, DON JUAN.

Juan. Mi eterna gratitud...

Agust. Ahora no es del caso... Vaya usted... Siguiendo la tapia á mano derecha, vuelve usted la esquina... ¡Silencio!

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON JUAN, NICANORA.

Nic. Traía el chocolate... (*Trae la jícara y demás en una bandeja que pone sobre el velador.*)

Agust. Bien. Si es usted servido...

Juan. Muchas gracias. Si usted me da su licencia...

Agust. Repito que siento mucho no poder vender á usted ningun caballo. Ayer me requisaron el único que tenía.

Juan. ¡Cómo ha de ser! Lo buscaré en otra parte. A la órden de usted.

Agust. Beso á usted la mano.

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

(*Don Agustin se sienta y toma el chocolate.*)

Nic. ¿No sabe usted que esta noche pasada hemos tenido muy cerca de casa trifulca y tiroteo?

Agust. ¿Cómo! (Disimulemos.)

Nic. Dicen que han pasado por estas inmediaciones fugitivos y en derrota algunos negros.

Agust. ¡Negros! ¿Estamos en España ó en Guinea?

Nic. Así los llaman porque son unos desalmados sin Dios ni ley.

Agust. Ya.

Nic. Liberales por otro nombre.

Agust. Bien; ¿qué nos importa á nosotros...? (Yo tiemblo.)

Nic. Cuidado no sea alguno de ellos ese militar...

Agust. Todo lo contrario. ¡Si está destinado á perseguirlos! — Por eso quería comprarme el caballo...

Nic. No le he visto la cara...

Agust. (¡Respiro!)

Nic. Que si se la hubiera visto... A mí no me se despinta ningun negro... por blanco que sea. Los conozco á la legua.

Agust. (Mudemos de conversacion.) ¿Dónde vive doña Amparo, la señora que vino ayer...?

Nic. A dos pasos de la quinta.

Agust. Tengo que pagarle la visita, y antes que caliente mucho el sol... (*Se levanta.*)

Nic. (*Llamándole al balcon.*) Mire usted; desde aquí se ve su casa. ¿Ve usted aquella alameda y al fin una casita blanca con persianas verdes?

Agust. Sí, ya la veo. Voy á ponerme una levita... Hasta despues.

ESCENA IX.

NICANORA.

(*Sin apartarse del balcon.*)

Allí está junto á la fuente del Sáuce ese condenado de Jesualdo. No pierde la querencia... Por fortuna, no le ha visto el amo; pero si le encuentra al salir... Le haré señas para que se retire. (*Las hace.*) Vamos, me ha comprendido. Se aleja... ¿Qué veo! ¡Soldados!... Y por lo visto se dirigen aquí... No hay duda. ¡Ay, Vírgen de las Nieves! ¿Si serán negros? (*Llamando.*) ¡Don Agustin! ¡Don Agustin!

ESCENA X.

NICANORA, DON AGUSTIN.

Agust. (*Ya vestido para salir.*) ¿Qué tenemos? ¿Por qué grita usted?

Nic. Asómese usted.

Agust. (*Asomándose al balcon.*) ¡Soldados! (No ganamos para sustos.)

Nic. Han hecho alto á la puerta de la quinta.

Agust. (¿Sabrán acaso...? Algun soplo...) Bien; vaya usted á ver lo que quieren...

Nic. Ya están aquí.

ESCENA XI.

DON AGUSTIN, NICANORA, EL SARGENTO.

Sarg. Patroncita, á la obediencia.—Dios guarde á usted, patron.

Nic. (¡Patroncita!... Es amable este sargento.) Con salud venga usted.

Agust. ¿En qué puedo servir...?

Sarg. Pues, señor, aquí vengo de faccion y en acto del real servicio del rey nuestro señor.

Agust. Sea en buen hora.

Sarg. Mi consigna y la de mi partida es recorrer esta comarca en persecucion de los de Riego.

Agust. (¡Oh Dios!...)

Sarg. Y en uso de mi comodancia y de mi pasaporte, tengo á bien establecer por hoy en esta casa mi cuartel general.

Agust. (¡Soy perdido!) Está bien; que suba la tropa y se acomodará... (Al menos, los alejaré del jardin.)

Sarg. Corriente y no hay mas que hablar. (*Desde el foro.*) ¡Arriba, muchachos!

Agust. (*A Nicanora.*) Cuide usted de que nada les falte.

Sarg. ¿Lo oye usted, salero? Que nada nos falte. ¡Vivan los patrones campechanos! Así me gustan á mí, y no esos piratas que en cuanto ven á un alojado le ponen una cuarta de jeta y le niegan hasta la sal y la vinagre que reza la ordenanza. (*Van entrando soldados hasta reunirse diez y un cabo.*)

Agust. (Yo estoy en brasas...)

Sarg. Y luego dirán que el soldado merodea y que no deja gallina á vida y que si verdes las han segado. ¿Quieren que Juan Soldado no tuerza el pescuezo á las gallinas? Pues dénselas asadas ó en pepitoria, y Cristo con todos. ¿Verdá, patrona del alma? Me parece que me explico.

Nic. Sí, señor.

Sarg. ¡Huy, madre mia! Mejor que andar á caza de dispersos me dejaria yo cazar por usted.

Nic. Vaya..., no sea usted tan chusco...

Sarg. Si miento, que malos mengues me trajelen.

Agust. Lléveselos usted por allí dentro. Querrán descansar.

Nic. Síganme ustedes.

Sarg. Muchachos, á discrecion. (*A don Agustin.*) Hasta la vista. (*Vase con los soldados por la izquierda del foro siguiendo á Nicanora.*)

ESCENA XII.

DON AGUSTIN.

En medio de mis apuros no puedo menos de aplaudir la poca aprension del sargento. ¡Derretirse de esa manera por semejante marmota! ¡Cuidado que en la tropa hay unos estómagos!... Pero no me lo hacen á mí muy bueno los nuevos huéspedes. En otras circunstancias no me importaría mucho..., pero ahora... Y gracias que están por aquí arriba y nos dan tiempo... Voy corriendo á advertir á Isabel... Pero aquí está.

ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, ISABEL.

Agust. ¿Qué traes?

Isab. (*Con una cesta en la mano.*) Pan, vino y queso para la tropa. La ví venir...

Agust. ¿Y el capitan?

Isab. No tema usted. Ya está en salvo.

Agust. ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

Isab. Acababa de disfrazarse cuando corrí á darle aviso, y le escamoté por la verja.

Agust. ¡Bien!

Isab. Ahora, para mayor disimulo y para entretener á esa gente mientras el pobre capitan se aleja, les traigo de refrescar.

Agust. Sí, sí... Corre... ¡Bendita...! Nunca podré olvidar lo que te debo.

ESCENA XIV.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA.

Nic. Ya los he acomodado lo mejor que he podido. ¿Le parece á usted que les demos ahora un refrigerio...?

Agust. Ya se lo lleva Isabel.

Nic. ¡Ah!...

Isab. Sí tal; los pobres vendrán hambrientos... Voy volando.

ESCENA XV.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Nic. (¡Pues! ¡Quería yo obsequiar al sargento y me ha ganado por la mano! ¡Cuando digo yo que es mi ángel malo esa mocosa!...)

Agust. (Bueno es tenerlos contentos por si acaso...) Oiga usted, doña Nicanora; sin perjuicio de esa ligera refaccion, quiero que haga usted preparar para los soldados rancho bueno y abundante.

Nic. Pierda usted cuidado.

Agust. No precisamente de gallinas, porque sería forzoso dejar despoblado el corral..., pero cosa de sustancia...

Nic. Deje usted, que á mi cargo queda... Sacarán, como suele decirse, la tripa de mal año.

ESCENA XVI.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL, EL SARGENTO.

(*Isabel llega corriendo perseguida por el sargento y se refugia en los brazos de don Agustin.*)

Isab. ¡Señor!

Agust. ¿Qué es esto?

Sarg. Ven aquí, primor, que no te comeré.

Isab. Ese hombre me persigue...

Agust. ¡Sargento!...

Sarg. No hay que hacer aspamientos. Todo ello es que la he querido abrazar; y no vale la pena...

Agust. ¡Abrazar! Tenga usted mas respeto á esta casa, ó yo se lo haré tener. Aquí no ha entrado usted por derecho de conquista. (¡Pues solo faltaba que este foragido...!)

Nic. (¡Oiga! El sargento es perrito de todas bodas.)

Sarg. Vaya, patron, no sea usted tan súpito. Hágase usted cargo de que cada uno tiene su alma en su cuerpo, y cada quisque su modo y manera de exprimir sus afeitos. Fígurese usted que esa lindisma chabala se nos presenta con vituallas, y yo, que soy agradecido como un perdiguero y dulce como la arropía... ¡Pues! Me pareció que era de ordenanza darle las gracias...

Agust. Bastaba con habérselas dado de palabra.

Nic. Sí, señor; bastaba y sobraba.

Sarg. Con todo y con eso, me parecía á mí que á mayor abundamiento no pegaba mal un poco de pantomina.

Agust. ¡Vive Dios!... Si usted no se modera...

Sarg. ¡Cachaza! Esto ha sido un somaten..., así..., de patriotismo, pero otra vez yo tendré á raya las... las infusiones de mi agradecimiento.

Agust. Bien está. Allí tiene usted su habitacion...

Sarg. (¡Ay, ojos retrecheros!... Al mirarla siento en el sentido una... escaramuza...)

Nic. Señor sargento, esta es una casa de honor, y no es razon que usted se propase...

Sarg. ¿Tambien usted me regaña, comadre!

Nic. ¡Después que se les da tan buena acogida, inquietar á las mozas...!

Sarg. Diga usted..., abuela...

Nic. ¿Cómo..., insolente!...

Sarg. ¿Eso es envidia, ó caridad?

Nic. ¿Yo envidia? ¡Qué insulto!

Agust. ¡Eh! Ya basta... (*Dentro ruido y voces confusas.*)

Isab. (¡Ay Dios!...)

Agust. ¿Quién sube...?

Sarg. ¿Qué zaragata...?

ESCENA XVII.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA, EL SARGENTO, JESUALDO, EL ALCALDE, CUATRO ESCOPETEROS, LOS SOLDADOS.

Jes. ¡Aquí está!

Alc. ¡Favor al rey!

Agust. ¿Cómo...? ¿Quién es usted...?

Sarg. (*Acercándose al foro.*) ¡Soldados, á las armas!

Alc. Nadie se mueva. Soy el alcalde. Esta vara representa aquí al altar y al trono.

Agust. Yo la respeto; pero... en mi casa... ¿Qué motivo...? (*Llegan los soldados y el*

sargento los hace formar y armar bayoneta.)

Alc. ¿Es usted don Agustin Cevallos?

Agust. Servidor de usted.

Alc. En nombre del rey, dése usted preso.

Agust. ¡Yo!... (¡Le han descubierto!)

Isab. (¡Nos han vendido!)

Agust. ¿Qué crímen he cometido yo para...?

Alc. Es usted reo de lesa majestad.

Isab. (¡Virgen santa!)

Agust. ¿Por qué?

Alc. Por encubridor; y por consiguiente, cómplice y consorte de facciosos y conspiradores.

Nic. (¡Qué oigo!)

Sarg. ¿Esas tenemos? (Ahora me las pagará.)

Agust. ¿Quién es el impostor que se atreve á acusarme...?

Jes. Yo.

Agust. ¡Jesualdo!

Isab. ¡Infame!

Nic. (*En voz baja.*) ¿Qué has hecho?

Jes. (*Lo mismo.*) Déjeme usted... Dios castiga sin palo.

Agust. Villano, ¿dónde están las pruebas del delito que me imputas?

Jes. En esta casa ha entrado un militar sospechoso. A mí mismo me preguntó quién vivía en ella. Y luego salió el propio sujeto por la puerta falsa, vestido de labrador y corriendo como alma que lleva el diablo; pero como venía de cara á mí, al instante me calé que era el de marras. ¡Oh! yo le había tomado bien la filiacion. ¿Y qué hago entonces? Corro al pueblo, que está á tiro de fusil, doy parte al señor alcalde..., y aquí estamos porque hemos venido.

Isab. ¡Oh vileza! No le crea usted...

Alc. ¡Silencio, doncella! Usted hablará cuando sea interrogada.

Agust. Señor alcalde...

Alc. ¡Silencio! (*A los escopeteros.*) Genízaros de la aldea, registrad bien toda la casa por si se encuentra en ella oculto algun otro reo, ó cosa equivalente. (*De los cuatro escopeteros uno entra en la habitacion de la derecha, otro en la de la izquierda, y los otros dos vanse por el foro en direccion opuesta.*)

Agust. Permítame usted decirle que la vil delacion de ese mozo no es suficiente prueba...

Jes. Sí, señor. Cuando yo digo una cosa firma el rey.

Alc. Ya he dicho que nadie me chiste. Se procederá á lo que haya lugar en derecho. —Sargento, reclamo el auxilio de la fuerza armada.

Sarg. Estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

Alc. Vaya el cabo con la mitad de la tropa en persecucion del fugitivo, y usted quede aquí con el resto para custodiar á don Agustin.

Sarg. Corriente. — A la cabeza, cabo de escuadra. —Uno, dos, tres, cuatro, cinco. — ¡Al hombro, aur! — Flanco derecho, hileras á la izquierda, ¡marchen! (*Vanse el cabo y cinco soldados.*)

Isab. (*En voz baja á don Agustin.*) No le han cogido. Aun hay esperanza... (*Vuelven sucesivamente los escopeteros.*)

Esc. 1°. Nada.

Nic. (Bien malicié yo que era un negro...)

Esc. 2°. No hay nadie.

Isab. (*Al alcalde.*) ¿Quién ha de haber...? Mi amo está inocente...

Esc. 3°. No hay nada.

Alc. Sin embargo, mientras no pruebe su inocencia...

Agust. Yo creo que, antes de proceder contra mí, la justicia es la que debe probar mi culpa

Alc. ¿Oyen ustedes? ¡Máxima impía y revolucionaria!

Agust. Perdone usted. Yo... (*Vuelve el escopetero cuarto con el uniforme de don Juan.*)

Isab. (¡Ah!... Ya olvidaba...)

Esc. 4°. Señor alcalde, registrando el jardin, he encontrado este uniforme...

Alc. Indicio vehemente, prueba fehaciente, testimonio concluyente. Usted es delincuente juntamente con el insurgente ausente.

Agust. (¡La hemos hecho buena!)

Isab. (¡Qué fatalidad!)

Jes. Esa casaca es la misma que yo vide con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Nic. (El amo está perdido sin remedio y si no me curo en salud me van á complicar en la causa.)

Alc. ¿Qué dice usted ahora?

Agust. Digo que las apariencias pueden estar contra mí, pero que yo...

Nic. Señor alcalde, yo declaro que entró esta mañana un militar de mala traza tapado con un capote...

Jes. Sí tal; llevaba, amen de la casaca, un capote de baragan.

Isab. ¿Y quién puede asegurar que sea el mismo...? (¡Perversa mujer!)

Nic. Yo misma le introduje en esta ha-

bitacion; habló en secreto con mi amo; el amo llamó á Isabel; entró Isabel; volvió á salir; salió luego el capitan... ó lo que sea..., y no ha vuelto á parecer.

Agust. ¡Gracias, doña Nicanora!

Isab. ¿Cómo tiene usted valor para acusar al amo que la mantiene?

Nic. Yo no acuso á nadie: digo lo que he visto, y nada mas. El amo podrá haber sido engañado; convengo. Yo no tengo nada que decir contra él. Ayer llegó de Madrid y no puedo saber si es realista, ó liberal, pero antes que todo es mi conciencia.

Agust. Basta. Diré la verdad, aunque por ella vaya al patíbulo. Es cierto que aquel desgraciado vino á pedirme un asilo. Yo se lo concedí movido de compasion y muy ajeno de pensar entonces que habrian de deponer contra mí personas que comen de mi pan y que deben á esta casa mil beneficios. Soy víctima de un acto de generosidad que el señor alcalde sabrá apreciar en el fondo de su corazon.

Alc. Aquí no hay corazon que valga. Cuando se trata de las prerrogativas del rey, mi corazon es de palo como mi vara.

Agust. Yo soy un hombre pacífico que siempre ha respetado las leyes y ha obedecido á las autoridades constituidas. Soy demasiado independiente para meterme á conspirador. Yo no conocia al fugitivo, mas prefiero ser acusado de cómplice suyo á la infamia de haberle arrojado de mis umbrales cuando me pedia hospitalidad.

Sarg. ¡Ba, ba! ¡Retólicas!

Jes. ¡Liláailas!

Alc. ¡Sofisterías! Está usted convicto y confeso.

Sarg. Y aquí no hay tio, páseme usté el rio...

Alc. Irá usted á la cárcel...

Jes. ¡Toma pisto!

Isab. ¡A la cárcel!

Agust. Bien está. Cumpla usted su deber.

Isab. ¡No, no! ¡Preso el mejor, el mas benéfico de los hombres! Si hay aquí algun delito; si lo es el amparar á un desgraciado, yo sola soy la culpada. Préndanme ustedes á mí.

Agust. ¡Isabel!

Sarg. Sí, démela usted presa y yo seré su alcaide. ¡Ay! Ese dulce tormento es mas criminal de lo que usted piensa.

Isab. Mi amo recibió al capitan sin saber quién era; pero él me descubrió después su secreto y yo le dí la ropa con que huyó disfrazado.

Agust. No la oiga usted, señor alcalde. Ella no hizo mas que obedecerme.

Isab. Que diga doña Nicanora si no guardaba yo los vestidos de mi padre...

Nic. Es verdad; y yo tambien me inclino á creer que ella es la mas culpable...

Agust. ¡Víbora infernal!...

Isab. ¿Por qué la riñe usted si dice la verdad? Vamos...

Sarg. Sí; llevémosla prisionera...

Jes. Entréguemela usted á mí y yo seré el corresponsable...

Sarg. (*Dándole un empellon.*) ¡Quita de ahí, abejorro!

Alc. ¡Callen los dos! Aquí solo manda el alcalde. ¿Qué es esto? ¿Ya quieren milicia y plebe repartirse el botin?

Agust. ¿Tendrá usted entrañas para reducir á prision á una criatura incapaz de delinquir? Por un exceso de gratitud y de cariño, que á algunos debiera hacer morir de vergüenza, quiere salvar mi vida á costa de la suya; pero ni yo ni usted lo podemos consentir. Repito que ella no ha hecho mas que cumplir mis mandatos.

Alc. Lo creo, y yo que, si bien alcalde de una pobre aldea, estoy graduado de bachiller, no reconozco por materia punible á una doncella y fámula de menor edad, y con unos ojos que harian prevaricar á magistrados menos íntegros que yo. Para cumplir con los deberes de mi jurisdiccion, bástame por ahora con la captura del jefe de la familia, *pater familias.* Veremos luego lo que resulta de autos y, vistos, se proveerá. Queden aquí, sin embargo, para ulteriores providencias, y por si mando proceder á un escrupuloso secuestro, que sí mandaré, los individuos de mi ronda municipal.—¿Ois, calmucos? Ocupad la planta baja de este edificio campestre para vigilar á los dependientes y comensales del reo y para que nada se sustraiga de sus bienes, efectos y pertenencias, muebles, inmuebles y semovientes. (*Vanse los escopeteros.*) Usted, sargento, y sus cinco súbditos conducirán al acusado.

Sarg. Con mucho gusto, porque es un mal patron que no permite á los alojados un inocente desahogo. (*A los soldados.*) ¿A ver? En dos filas.—La segunda ¡paso atrás! (*A don Agustin.*) Usted irá en medio, paisano.

Agust. Está muy bien. (¡Qué gloria de independencia!)

Isab. ¡Mi amo entre bayonetas! ¿Y por qué, Dios mio! Por un rasgo de generosidad que antes merecia premio que castigo.

¡Oh! Vuélvale usted su libertad, señor alcalde...

Alc. En vano quieres seducirme, astuta sirena. En vano me fulminas el fuego de tus pupilas. La justicia ordinaria es incombustible.

Isab. Pues bien; préndanme ustedes á mi tambien. Yo no quiero separarme de mi amado protector.

Agust. ¡Isabel!

Nic. (¡Ojalá se la lleven y yo recobraré mi soberania!)

Alc. No ha lugar.

Jes. (¡Vaya que la ha entrado el don Agustin por el ojo derecho!)

Agust. Vamos...

Isab. (*Asiéndose de su brazo.*) ¡No! Yo no le dejo á usted. (*Al alcalde.*) ¿Así cumple usted las leyes? Castígueme usted. Soy liberal, soy patriota, soy... ¿Qué sé yo?... Conspiradora, republicana.

Nic. ¡Qué horror!

Agust. (*En voz baja.*) ¿Has perdido el juicio, hija mia? (*Sigue hablando aparte con ella.*)

Nic. ¿Lo ha oido usted, señor alcalde? A confesion de parte...

Alc. Esa mocita no sabe lo que se dice ni lo que se pesca. (*Nicanora habla aparte con el alcalde.*)

Agust. (*A Isabel en voz baja.*) Tu noble sacrificio te compromete y no me salva. Al contrario, quedando tú libre puedes serme mas útil. La casa queda á merced de gentes sin ley ni conciencia, y si tú no miras por mis intereses... Quédate. ¿Me obligarás á mandártelo?

Isab. ¡Ah! bien está: me quedaré.

Alc. Basta: quedo enterado. (*A Isabel.*) Con que ¿tú eres tambien enemiga del rey nuestro señor?

Isab. Yo soy enemiga... de los enemigos de mi amo.

Agust. ¿Será posible, señor alcalde...?

Alc. Calle el preso. Yo no necesita asesores. ¡Atencion! Oida la confesion de Isabel...

Jes. Diaz.

Alc. De Isabel Diaz; y habida consideracion á su edad y á su sexo por una parte, y por otra al grave delito de que se ha *espontaneado*... (1).

Agust. Pero, ¡señor...!

Alc. ¡No hay que interrumpirme!

(1) Por la época á que la fabula se refiere, ó poco después, se inventó el verbo *espontanearse*, ya de uso muy corriente en nuestro foro.

Agust. (¡Que sea tan idiota un bachiller!)

Alc. La declaro incursa en la pena que corresponde; y por tanto la debo condenar y la condeno...

Nic. (¡Albricias!)

Alc. A que se quede donde está.

Nic. ¿Cómo...?

Alc. A las mozas se les debe quebrar el gusto.

Agust. Gracias, señor alcalde. Y yo declaro que en Isabel, y solo en Isabel deposito mi confianza para que gobierne la casa durante mi ausencia. — Déle usted las llaves, doña Nicanora.

Nic. ¡Yo...! A esa... ¡Hum! Yo... ¡Ella...! ¡Señor alcalde!... (Me ahoga el despecho.)

Alc. El señor está en su derecho. Obedezca usted y represente.

Nic. (¡Me despoja!)

Alc. ¡Vamos pronto!

Nic. (¡Me asesina!) Sí, señor... (Pero lo que es en la mano...) (*Tirando un llavero que se desprende de la cintura.*) Ahí están las llaves.

Agust. (*Cogiéndolas y dándolas á Isabel.*) Toma; tú eres mas digna de tenerlas que esa tarasca.

Nic. ¡Yo tarasca!...

Alc. ¡Eh! Basta de dimes y diretes, y marchemos.

Sarg. ¡Al cuadro el prisionero!

Agust. (*Apretando la mano á Isabel.*) ¡Adios!...

Isab. ¡Ah! ¡No vean mis ojos tanta iniquidad! (*Vase llorando por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO, EL ALCALDE, EL SARGENTO, SOLDADOS.

Agust. (*Entrando entre filas.*) Estoy pronto.

Sarg. (El alcalde me la ha jugado de puño, pero como yo vuelva... ¡Las higadillas del alma me dejo aqui!)

Alc. Vamos. Siganme ustedes.

Sarg. ¡Flanco derecho; aur!

Agust. (¡Pobre niña!) (*Vanse por la derecha del foro.*)

ESCENA XIX.

NICANORA, JESUALDO.

Jes. Cayó en chirona. ¡Qué gusto! He puesto una pica en Flandes.

Nic. ¡Destituida, destronada! ¡Oh furor!

Jes. Sigamos la comitiva. ¡Viva el rey ausoluto!

Nic. ¡Mueran los negros! (*Vanse siguiendo á los soldados.*)

ACTO CUARTO.

—

ESCENA PRIMERA.

NICANORA, JESUALDO.

Nic. ¡Que hayas de ser tan testarudo y tan baboso! No quiero que vuelvas á mirar á esa muñeca.

Jes. Ayer me mandaba usted que la adorase y hoy que la aborrezca. Cada dia tiene usted un capricho diferente; ¡y luego dirán que los jóvenes somos voluntariosos!

Nic. Han variado las circunstancias, y es preciso mudar de bisiesto.

Jes. Tarde piache, tia Nicanora. Estoy enamorado hasta los tuétanos.

Nic. ¡Encapricharse por una trastuela que me ha suplantado en el gobierno de la quinta y se ha apoderado de mi cetro...! Es decir, de mis llaves... ¿Piensas que podré yo consentir jamás en llamarme su tia política..., su suegra, como quien dice?

Jes. ¡Tia! ¡Suegra! Para que usted la aborrezca de muerte ¿es algun ostáculo el parentesco de suegra ó de tia? En fin, cáseme yo con la chica y salga el sol por Antequera.

Nic. Pero ¡borrico! ¿no ves que ella no te puede atravesar? Si antes de haber acusado al amo ya tu ángel y el de Isabel estaban de espaldas, ¿cómo quieres que te ame después de la perrada que has hecho con don Agustin?

Jes. ¡Ande usted que ella entrará por el aro! — ¿Hay mas que sitiarla por hambre, y si hoy no me quiere de bien á bien mañana me querrá á la trágala?

Nic. ¡Sitiar por hambre á una ama de llaves! Ella es la que puede ponernos á dieta si se le antoja.

Jes. La echa usted de leida y sabihonda, y no sabe de la misa la media. Venga usted acá: ¿no está preso don Agustin por enemigo de Dios y del rey? Dentro de ocho dias, ú antes, le ahorcarán por el pescuezo; esto es de ene. ¡Digo, en buenas manos está el pandero!... Y auto continuo le confiscarán todos sus bienes, y la Isabel se quedará á la santimperie, y entonces... de juro tendrá que pedir aláfia.

Nic. Pero dime, pobre pelon, ¿qué le has de dar tú si ella se queda por puertas? ¿Tienes tú otro patrimonio que la noche y el dia?

Jes. ¡Toma! Yo, lo que es de presente y en ley de verdad, no tengo sobre qué caerme muerto; pero cuento con mi tia, de quien soy único heredero, y que me quiere y particúla como á las niñas de sus ojos.

Nic. ¡Sí; como lo mereces tanto!...

Jes. (*Acariciándola.*) Vamos, tiita, no se haga usted la huraña. ¡Si sé yo que usted se pirra por Jesualdo!

Nic. Pero ¡infeliz! ¿no consideras que mi ruina será una consecuencia inmediata y forzosa de la ruina del amo? Si le confiscan los bienes, no será en provecho mio, y si á fuerza de oro consigue la absolucion, su primera diligencia será plantarme de patitas en la calle.

Jes. ¡Sí, valiente cuidado le dará á usted! ¿Querrá usted decirme á mí que tendría que ir á pedir una limosna? ¡A otro perro con ese hueso! Usted ya tiene el riñon bien cubierto...

Nic. Estás engañado. Yo...

Jes. Vaya, á mí no me comulga usted con ruedas de molino. Veinte años de ama de gobierno en una casa como esta... ¡Ahí es un grano de anís!... ¡Digo! Solamente en el entrevalo de la muerte de la difunta á la prision del preso, ha podido usted hacer muy bien su agosto. ¡Como que ha campado usted por su respeto y ni rey ni roque...! ¿Qué apostamos á que no se deja usted guindar por mil doblones?

Nic. ¡Yo mil doblones, pícaro, temerario...! (Mil, no; pero de ochocientos no bajan.)

Jes. Sean los que se fueren, usted no se ha de ir con ellos al otro mundo.

Nic. (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) Ya sale Isabel. Vete.

Jes. No, que la voy á hablar al alma, y verá usted como entre oreja y oreja...

Nic. Si la hablas, si la miras, te deshe-redo. (*Empujándole hasta la puerta del foro.*) ¡Anda!

Jes. Pero, tia...

Nic. ¡Anda, maldecido!

ESCENA II.

NICANORA, ISABEL.

Nic. (*Yéndose.*) Yo tambien, por no verla...

Isab. ¡Doña Nicanora!

Nic. (*Volviendo.*) ¿Qué tenemos?

Isab. Quisiera hablar con usted dos palabras.

Nic. Ni una, ni media. Yo no me roso con amas intrusas. No hay nada de comun entre la usurpacion y la legitimidad.

Isab. Bien sabe usted que yo no he pretendido reemplazarla. No soy ambiciosa, y solo por obedecer á don Agustin...

Nic. Sí, hazte ahora la humilde... ¡Hipocritilla! Sabe Dios las coqueterías y las monadas que habrás hecho para engatusar á aquel santo varon.

Isab. ¡Yo, señora!

Nic. Abreviemos. ¿Vienes á mandarme, en uso de tu autoridad revolucionaria y sospechosa, que desocupe mi habitacion y me largue con viento fresco?

Isab. ¡Jesus! ¿Yo...?

Nic. No contenta con usurpar su empleo á una veterana benemérita, ¿eres tan intolerante y tan reaccionaria...

Isab. Pero si...

Nic. Que me condenas á la deportacion, al ostracismo?

Isab. Todo lo contrario. Ni me creo con facultades para eso; ni, aunque las tuviera, echaría yo de esta casa á una servidora fiel que ha envejecido en ella.

Nic. ¡Que ha envejecido! Parece que se complace usted, señorita, en darme cordelejo con mi fe de bautismo.

Isab. No tengo tal intencion. Si la recuerdo es para reconocer que tiene usted ese derecho mas á mi veneracion.

Nic. ¡Hum! Esa falsa modestia es lo que mas me irrita y me saca de mis casillas.

Isab. ¡Válgame Dios, y qué injusta es usted conmigo!

Nic. No tal. Yo no soy tan fatua que no eche de ver las desventajas de mi posicion. No soy tan vetusta, gracias á Dios, como usted me supone; pero confieso que no tengo bastante garabato para disputar á la linda jardinera la plaza de sultana favorita.

Isab. Cualesquiera que sean las bondades que el amo me dispense, sin otro mérito por mi parte que mi puro y desinteresado cariño, crea usted que no abusaré de ellas. Acostumbrada á servir desde que vine al mundo, no tengo afan de mandar á nadie ni la desventura de ser vengativa y rencorosa. No tema usted, pues, que yo la sujete á una dependencia humillante. La miraré á usted como á una compañera.

Nic. ¿Compañera? ¡Qué exceso de virtud! (¡La mocosa!...)

Isab. Quiero decir...

Nic. ¡Compañera! No hay concomitancia posible entre el verdugo y la víctima.

Isab. ¡Oh! esa comparacion...

Nic. Es exacta. — Pero ruede la bola, que Dios no se ha muerto de viejo, y á cada puerco le llega su san Martin. Si hoy me destronas tú, otra vendrá que te destrone á tí. Quizá la Amparito... A fe que el amo no la miró con malos ojos.

Isab. Él es dueño...

Nic. Y con toda tu presuncion no vales para descalzarla.

Isab. Cierto. Antes que usted se lo he dicho yo á don Agustin.

Nic. Y te desbancará; estoy segura... Pero ¿qué digo? Excusais una y otra hacer calendarios. Don Agustin está preso y no saldrá del calabozo sino para ir al cadalso.

Isab. ¡Santo Dios!...

Nic. Y entonces no tendrás que descender de tu solio para llamarme... compañera.

Isab. ¡Qué! ¿No habrá esperanza...?

Nic. Ninguna. Su delito está probado, y es de aquellos que no tienen perdon.

Isab. No, no es tan desesperada su causa si usted le mira con ojos de piedad y, me atrevo á decirlo, de agradecimiento. Todavía no le han tomado á usted ni á Jesualdo declaracion formal. Ustedes pueden darla de modo que solo pueda culparse al amo de imprevision, de...

Nic. ¡No! Diremos la verdad, y venga lo que viniere. Somos amantes del altar y el trono, y no transigimos con francmasones.

Isab. ¡Oh qué inhumanidad!... Por la memoria de la difunta señora, que á ambas nos colmó de beneficios; por la lealtad

que debe usted á don Agustin; por el interés de las familias que mantiene, y el de usted misma, ¡sálvele usted! Con lágrimas se lo pido...

Nic. ¡Pamemas!...

Isab. ¿Qué haría yo para conmover ese corazon empedernido? — ¡Ah! usted quiere á Jesualdo como á un hijo; él pretende mi mano... Yo... (¡Ay Dios!) Yo creo... que no le amo; pero, si es preciso..., si á este precio consigo la libertad de mi señor..., me casaré con su sobrino de usted.

Nic. ¡Miren qué sacrificio! Falta saber si tú le mereces y si yo consiento...

ESCENA III.

ISABEL, NICANORA, AMPARO.

Amp. (*A la puerta del foro.*) Con permiso...

Nic. ¡Oh! la vecinita... Entre usted.

Isab. (*Echándose en los brazos de Amparo.*) ¡Ah, señora! Mi pobre amo...

Amp. Todo lo sé, y vengo llena de afliccion á que me den ustedes noticias de don Agustin.

Isab. Nada hemos sabido desde que ayer se lo llevaron entre bayonetas. Estamos vigiladas y no podemos salir...

Amp. ¡Ah! Pues á mí no me impedirán la salida. Yo iré...

Isab. ¡Dios la bendiga á usted, señora! El señor don Agustin es muy merecedor del interés con que usted mira su desgracia.

Amp. Ya lo sé; y no hay sacrificio que yo no esté dispuesta á hacer en obsequio suyo.

Nic. (¡Miren tambien esta... lechuguina qué sentimental ha venido!) Es tiempo perdido, vecinita. Los tribunales... (*Aparece en el foro un criado.*) ¿Quién es?...

Amp. ¡Ah! mi criado! Me trae cartas... Dámelas y espérame abajo. (*El criado entrega á Amparo dos cartas y se retira.*) Si ustedes me dan licencia...

Isab. No necesita usted pedirla.

Amp. (¡Ninguna es de su letra! ¡No hay esperanza! — Esta es de Sevilla... (*Abre una y la lee para sí.*) Lo de siempre; que nada ha podido averiguar... (*Abriendo la otra.*) Esta otra es de Madrid... ¿Qué me dirá mi primo...? « 10 de marzo de 1820. » Veamos... (*Lee para sí.*) ¡Cielos! (*Vuelve á leer.*) ¿Será posible...?)

Nic. ¿Qué traerá esa carta...?

Isab. Mucho se afecta con su lectura...

Amp. ¡Oh sorpresa! ¡Oh alegría inesperada! ¡Albricias! Regocíjense ustedes...

Nic. ¿Yo? ¿De qué?

Amp. Don Agustin será puesto al instante en libertad, si ya no lo está.

Isab. ¡Qué! ¿Será verdad...?

Nic. Como no haya venido el indulto por las nubes...

Amp. Algo mejor que eso. Vea usted... (*Da la segunda carta á Isabel, y esta la lee para sí rápidamente.*) En Madrid ha habido un alzamiento popular. — Se ha consumado la revolucion. ¡Ya tenemos libertad!

Nic. ¿Libertad? ¿Está usted loca?

Amp. ¡Ah! ¡No la gozarás tú, víctima adorada!...

Isab. (*Dejando de leer.*) Sí, sí, libertad...

Nic. ¿Para los presos?

Isab. ¡Para todos! El rey ha jurado la constitucion.

Nic. ¿El rey? ¡Blasfemia!

Isab. Sí, señora. La carta habla de un manifiesto...

Amp. Será este impreso... (*Mostrando uno que tiene en la mano y venia dentro de la carta.*) Léalo usted...

Nic. (*Tomando el papel.*) ¿A ver? ¡Si no es creible!... Leamos... (*Leyendo y hablando alternativamente.*) « Cuando vuestros heróicos esfuerzos lograron poner término al cautiverio... » — Dejemos los preámbulos. — « Eeem... Eeem... Me habeis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella constitucion... (¡Ciertos son los toros!) — « Eeem... » (¡Yo sudo!) « He jurado esa constitucion por la cual suspirábais y seré su mas firme apoyo. » (*Vuelve á Amparo el impreso.*) Es inútil concluir... Estoy enterada... (¡Nos hemos lucido!)

Isab. ¡Oh Providencia! Yo voy á enloquecer de alegría.

Nic. (¡Triunfaron los negros!)

Isab. ¡Y el pobre don Agustin no sabrá nada!...

Amp. Voy al momento á dar esta venturosa nueva á mi tia y después al preso.

Isab. ¡Ah! Sí; vuele usted.

Amp. ¡Adios, adios!

ESCENA IV.

ISABEL, NICANORA.

Isab. ¡Ah cuánto la envidio! ¡Con qué placer llevaría yo ese inesperado consuelo á mi buen amo!

Nic. (¿Qué será de mí? ¡Todo se lo llevó la trampa!)

Isab. Ya ve usted, doña Nicanora, que hay un Dios protector de los inocentes.

Nic. Sí. (Y un demonio enemigo de las amas de gobierno.) Ya veo que has nacido de pié.

Isab. ¡Con qué impaciencia le espero!

Nic. Yo tambien... (Viremos de bordo. ¿He de ser yo mas realista que su majestad?) A pesar de las injusticias que me ha hecho, yo siempre he querido bien á mi amo, y aunque dije otra cosa..., por temor de que álguien nos oyera..., pensaba declarar en su favor... ¿Te sonríes? Digo la pura verdad.

Isab. (*Acercándose al balcon.*) Sí, sí. — ¡Quién tuviera alas!...

Nic. Quien le hizo mal tercio fué ese mentecato de mi sobrino; y aun él no procedió con mala intencion, sino llevado de su amor al monarca...

Isab. Ciertamente...

Nic. Pero ¿quién había de presumir que saldría su majestad por ese registro?

Isab. En efecto. (¡Me consumo!)

Nic. Si yo hubiera sabido... Confieso que, al verme exonerada de mi empleo, no he sido dueña de reprimir alguna palabrilla picante... Tonterías que una suelta en el primer pronto; pero sin malicia, sin... Solo de boca... Yo espero que no me pondrás mal con don Agustin...

Isab. Pierda usted cuidado. No tengo tan malas entrañas. Y ¿recuerdo yo acaso lo que usted me ha dicho? Solo ocupa mi corazon el ansia de abrazar al amo gozándome en su felicidad.

Nic. Sí; ese es tambien mi único pensamiento. Dios ha oido tus votos... y los mios.

Isab. No sabrá don Agustin lo que ha hablado usted en su ausencia.

Nic. Sin saber lo que me decía.

Isab. Por supuesto.

Nic. ¿Sabe nunca un cristiano á qué atenerse en esta bendita España?

Isab. Pero ¿olvidará el amo lo que usted dijo en su presencia?

Nic. Si tú intercedes por mí, espero que me perdone.

Isab. Confie usted en su generosidad.

Nic. Sí;... y en la tuya. (¡Qué papeles tiene una que hacer en este mundo!)

Isab. (*Sin atender á Nicanora.*) Los minutos se me hacen siglos. Si me dejasen salir...

Nic. (Pero como vuelvas á caer bajo mí férula...)

Isab. Oigo un rumor... Voces confusas... (*Asomándose al balcon.*) ¡Ah! Un tropel de gente que viene hácia aquí...

Nic. (*Acercándose al balcon.*) ¿Qué será?... (¿Si habrá venido algun contramanifiesto?)

Isab. ¿Me engañan mis ojos? Juraría que es el amo... Sí; aquel es... Le traen en triunfo...

Voces. (*Dentro.*) ¡Vítor! ¡Viva!

Nic. (¡Esto es hecho!)

Isab. Ya llega. ¡Oh momento feliz!

Voces. (*Mas cerca.*) ¡Viva don Agustin!

Isab. Corro á sus brazos. Ahora ya no me impedirán...

Nic. Yo tambien, si me atreviera... Pero es inútil; ya suben...

Isab. (*En la puerta del foro.*) La gente que le precede obstruye la escalera...

Voces. (*Muy cerca.*) ¡Arriba con él!

Nic. (Quisiera estar siete estados debajo de tierra.) (*Entra don Agustin en hombros de dos labriegos, precedido y seguido de otros muchos de ambos sexos y entre ellos los escopeteros.*)

ESCENA V.

ISABEL, NICANORA, DON AGUSTIN, ESCOPETEROS, PUEBLO.

Pueblo. ¡Viva don Agustin! — ¡Viva el héroe! — ¡Viva la libertad!

Isab. ¡Señor!...

Pueblo. ¡Viva!...

Agust. ¡Basta!

Pueblo. ¡Viva el héroe!

Agust. ¡Por Dios, basta!

Nic. (Me confundiré con la plebe por de pronto...)

Pueblo. ¡Viva!...

Agust. (*Con voz estentórea.*) ¡Pueblo soberano!...

Esc. 1°. ¡Silencio, que va á echar una proclama!

Agust. ¡No! — He pedido la palabra so-

lamente para suplicaros que me permitais apearme. Vuestros hombros me honran... demasiado; pero... como no estoy hecho á cabalgar de esta suerte...

Esc. 1°. Sí, sí; ¡alto!

Pueblo. ¡Que se apee! ¡Que se apee! (*Desciende don Agustin al tablado.*)

Agust. ¡Isabel! (*La abraza.*)

Isab. ¡Ah, señor!...

Agust. ¡Hija mia!...

Pueblo. ¡Viva Riego!—¡Viva don Agustin!

Agust. (¡Me atolondran!)

Pueblo. ¡Viva nuestro héroe!

Agust. ¡Dale! Yo no soy héroe, ni quiero serlo á tanta costa. (*Dando una llave á Isabel.*) Corre, tráeme dinero... (*Entra Isabel corriendo en la habitacion de la izquierda.*) Guardad ese entusiasmo y esos vitores para quien los haya merecido. Yo estoy tan inocente del heroismo de hoy como de los crímenes de ayer.

Pueblo. ¡Viva la libertad!

Agust. ¡Eso sí! — Pero sea para todos; incluso yo, el héroe.

Pueblo. ¡Viva la patria!

Agust. ¡Viva!—Pero en nombre de ella, y de la constitucion, y de la independencia nacional... (*Tomando el dinero que le trae envuelto Isabel.*) y de este cartucho de *napoleones*, dejadme en paz, ciudadanos, y no me hagais echar de menos el calabozo de que me habeis sacado.

Esc. 1°. (*Tomando el dinero.*) Dice bien. ¡Silencio!

Pueblo. ¡Que se reparta! ¡Que se reparta!

Agust. Sí; pero lejos. Bebed á mi salud; pero, por Dios, ¡lejos!

Esc. 1°. Ea, seguidme.

Pueblo. ¡Viva don Agustin!

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA.

(*Nicanora se mantiene á cierta distancia como temerosa de presentarse.*)

Agust. ¡Uf! ¡gracias á Dios!... ¿Esta es la gloria? ¿Esta es la popularidad? ¡Verdugos!... Estoy descoyuntado.

Isab. ¡Pobre amo mio!

Agust. ¡Isabel! Vuelve á los brazos de tu... de tu padre. (*La abraza otra vez.*)

Nic. (¡Su padre! Es mucha ceguedad... Pero peor sería...)

Agust. Tú eres la única persona que se ha interesado por mí...

Isab. ¡Oh! no, señor. Tambien la vecina, doña Amparo... Vino aquí afligida, desolada...

Agust. ¿De veras? Por algo simpatizaba yo con aquella interesante jóven.

Nic. (Simpatizan... ¡Vamos!...)

Isab. ¡Ah! Por cierto que se dejó aquí olvidado el tarjetero. (*Toma uno que puso Amparo sobre una mesa cuando leyó las cartas.*)

Nic. (No me ha visto todavía.)

Isab. Por ella supimos las ocurrencias de Madrid. Su criado la trajo cartas y en una de ellas el manifiesto...

Agust. Muy oportunamente ha venido; que sinó, estaba en mucho peligro mi cabeza.

Isab. ¡Eh, no piense usted ya en eso! (*Examinando el tarjetero.*) ¡Qué primoroso! Voy á ver las tarjetas...

Agust. Los mismos que ahora me victorean me hubieran quizá arrastrado...

Isab. (*Sacando del tarjetero un papel.*) ¡Cielos!

Agust. ¿Qué es eso?

Isab. (*Llamándole aparte y hablándole en voz baja.*) ¡Mire usted! (*Le da el papel.*)

Agust. ¿Qué veo?

Nic. (¡Cuchicheos!... ¿Me estará denunciando?)

Agust. (*Leyendo en voz baja.*) « Rodriguez. — Aracena. — Juan Rodriguez. — Amparo Sanchez. »

Isab. Con que ¿es ella...?

Agust. ¡Silencio! Dame eso... (*Isabel le da el tarjetero, y poniendo dentro el papel que acaba de leer lo guarda don Agustin.*)

Isab. ¡Es posible!

Nic. (Como están de espaldas no oigo ni veo... Ya se separan... Yo me aventuro... (*Adelantándose.*) ¡Señor!...

Agust. ¿Quién...? ¡Es usted!

Nic. Doy á usted mil enhorabuenas...

Agust. ¿Cómo tiene usted valor para presentarse ante mis ojos?

Nic. Confio en la indulgencia de mi amo...

Agust. Hace usted muy mal en confiar: su vil ingratitud ha llenado ya la medida de mi sufrimiento.

Isab. Perdone usted su obcecacion. Está arrepentida.

Agust. No intercedas por esa mujer.

Nic. Yo confieso mi falta; pero ¿qué

había de hacer? Ya no era posible encubrir la verdad... La presencia del alcalde y de la tropa me impuso miedo...; y como yo estaba por el derecho divino y el rey neto... Pero ya estoy convertida. La patria... ¡Oh, la patria sobre todo!

Agust. Calle usted, que me da náuseas... ¡Tuviera usted al menos un poco de teson, y el fanatismo excusara hasta cierto punto su bastardía! — Pero de nada le servirá á usted esa ridícula palinodia.

Isab. ¿Ni mis ruegos tampoco?

Agust. ¡Tus ruegos!... Ella no merece...

Jes. (*Dentro.*) ¡Viva la patria!

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA, JESUALDO.

Jes. ¡Viva la constitucion!

Agust. ¡Villano! ¿Tú tambien...?

Jes. ¡Eh! lo pasado pasado y pelillos á la mar. Ya somos todos iguales.

Agust. ¡Iguales! ¿No hay por ahí una tranca? Yo te daré la igualdad...

Jes. ¡Toma! el rey lo ha dicho...

Nic. (*En voz baja.*) ¡Calla, demonio...!

Agust. Vuelve á tomar la puerta si no quieres que yo te arroje por el balcon.

Jes. ¡Ave María! Pues aunque uno fuera...

Agust. (*Empujándole.*) ¡Fuera de aquí, pronto, fuera de aquí, y no vuelva yo á verte mas!

Jes. ¡A un ciudadano!... Es una tiranía.

Nic. ¡Por Dios, vete...!

Agust. (*Tomando una silla.*) ¿Darás lugar...?

Jes. (*Corriendo hácia el foro.*) (¡Zape!)

Isab. (*Asiendo del brazo á don Agustin.*) ¡Por Dios...!

Jes. (*Volviendo la cabeza desde la parte exterior del foro y desapareciendo en seguida.*) ¡Servilon!

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA.

Agust. ¡Voto á briós!...

Isab. ¡Eh! ¿Quién hace caso de un bárbaro...?

Agust. ¡Tia de Jesualdo! Ya puede usted tambien hacer su hatillo.

Nic. ¡Señor!

Agust. ¡No hay que replicarme!

Isab. (*A Nicanora aparte.*) Retírese usted ahora. Ya se le pasará el enojo, y luego...

Nic. Bien; sí. (¡Ah, los negros, los negros!) (*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, ISABEL.

Isab. Me da pena...

Agust. Si me hablas una sola palabra en su favor, riño contigo tambien.

Amp. (*Dentro.*) ¿Dónde está...?

Isab. Es doña Amparo.

ESCENA X.

DON AGUSTIN, ISABEL, AMPARO.

Amp. ¡Oh, don Agustin!

Agust. ¡Señora...!

Amp. Reciba usted mi parabien...

Agust. Gracias. ¡De bueno me he librado!

Amp. Yo iba á llevar á usted la buena noticia...

Agust. Lo estimo en el alma.

Amp. Y en el camino he sabido que mientras yo fuí á mi casa...

Agust. Sí, me han traido á la mia en volandas.

Amp. Es buena gente la de este país...

Agust. ¡Reniego de su bondad! Por poco no me estrujan... Esto me tiene de tan mal humor...

Amp. Pero el placer de verse libre...

Agust. Sí; para que todo bicho viviente abuse de mi paciencia. ¿Sabe usted que desde que vine de Madrid todo se me ha vuelto contratiempos, sinsabores, zozobras...? No he tenido hora buena. ¡Hasta haberme endosado un párvulo, hijo de padres anónimos...! ¡Vive Dios!...

Amp. (¡Ay triste!...)

Isab. ¡Señor!...

Agust. ¡Calla tú! (Se inmuta...) ¿No sabía usted la gracia?

Amp. Yo... no, señor. (No me atrevo á mirarle.)

Agust. ¡Oh! Yo tomaré mis medidas para que en adelante ningun alma de cántaro me vuelva á incomodar. Por primera providencia voy á plantar á ese cachorro en el camino real.

Amp. (*Con un grito involuntario.*) ¡Cielos! ¿Tendrá usted corazon...?

Isab. ¡Cómo! ¿Usted...?

Agust. (*En voz baja.*) Calla. Es por probarla. (*A Amparo.*) Acuse usted á la madre que le abandonó; á mí ¿por qué? Yo puedo aspirar á tener hijos propios y no quiero prohijar los ajenos. — Voy ahora mismo...

Amp. ¡Oh! deténgase usted. ¡Una criatura inocente!... Aunque comprometa mi honra yo le recogeré si usted le desampara.

Isab. (Oyó el grito de la naturaleza.)

Agust. (*Aparte á don Amparo.*) ¡Bien, señora! No esperaba yo menos... Ese arranque de ternura... (*Bajando mas la voz.*) maternal...

Amp. ¿Qué oigo?

Agust. Me desarma, me conmueve.

Isab. (La pobre se turba... ¡Qué amarga situacion!)

Agust. (*Enseñando á Amparo el tarjetero.*) ¡Mire usted!

Amp. ¡Ah! El tarjetero... Olvidé... ¡Ah, señor don Agustin! Soy mas digna de compasion que de castigo. No me desprecie usted. ¡De rodillas se lo ruego! (*Se arrodilla sin permitir que don Agustin la levante.*)

Agust. ¡Señora!...

Amp. Yo amaba á un oficial... Ibamos á casarnos: solo faltaba la real licencia.—Sus súplicas..., mi amor... ¡Ay desventurada!... Le destinaron á otra guarnicion; partió con su regimiento; después... ¡Dios mio! Sobrevinieron las ocurrencias de la Isla... Supe que había muerto en una accion... Ya no veía medio de evitar mi deshonor... La sociedad no perdona nunca á una pobre mujer desvalidad... ¡Oh! Si abusé de la generosidad de usted no fué por falta de entrañas; al contrario... Pero... La vergüenza... Mostrar á mi hijo, y no poder decir: tiene un padre...

Agust. Razon más para que tuviera una madre.

Amp. Nunca he dejado de serlo; ¡Dios lo sabe! Pero desde ahora lo sabrá tambien el mundo. Perezca mi reputacion, pero no vuelva yo á temblar por el hijo de mi vida. Vamos...

Juan. (*Dentro.*) ¡Don Agustin!

Agust. ¿Quién viene ahora...?

ESCENA XI.

DON AGUSTIN, ISABEL, AMPARO, DON JUAN.

Juan. (*Vestido de labriego.*) Vengan esos brazos. (*Se abrazan.*)

Agust. ¡Oh, amigo!

Amp. ¿Qué voz...?

Isab. ¡El capitan!

Amp. ¡Dios mio...! ¡Juan!

Juan. ¿Quién...? ¡Amparo! (*Amparo y don Juan se abrazan.*)

Agust. ¡Cielos! ¿Será...?

Isab. ¿Es este...?

Amp. ¡Mi único amor! ¡Mi esposo!

Juan. ¡Eres tú! ¡Oh gozo inefable!

Agust. ¡Quién diría...!

Isab. ¡Yo lloro de placer!

Amp. Te lloraba muerto...

Juan. Sí: desesperaron de mi curacion. — Fugitivo, perseguido..., no tuve medio de hacerte saber... Pero... Yo esperaba... No me atrevo á preguntarte...

Agust. Sí, señor, con toda felicidad: un niño muy guapo y muy rollizo.

Juan. ¡Amparo!

Agust. Yo lo he sido del padre y del hijo: y por poco no me cuesta la torta un pan.

Juan. ¡Tantas dichas á un tiempo!

Agust. Corra usted á besar al nene. Abajo...

Isab. Yo guiaré...

Amp. Es inútil: sé donde está. ¿Acaso he dejado yo de velar por él? Volemos. (*Amparo y don Juan, abrazados, se van corriendo por el foro.*)

ESCENA XII.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA.

Agust. ¡Cuántas vicisitudes...! Yo voy á perder el juicio... (*Sale Nicanora con un hatillo debajo del brazo.*)

Nic. (*Lloriqueando.*) Perdóneme usted, por amor de Dios, las ofensas que...

Agust. ¡Nada de jemeques! (¡Ahora se hace la mojigata!)

Nic. (¡No amaina!) Quede usted con Dios...

Agust. (*Con sequedad.*) Vaya usted con Dios.

Isab. Basta de rigor. Ella se enmendará...

Nic. Sí; yo hago firme propósito...

Agust. En hora buena; pero cùmplado usted lejos de mí.

Isab. ¡Ah, señor! ¿No quiere usted concederme la única gracia que le he pedido?

Agust. No te canses; lo que es tenerla en mi casa, aunque se empeñe el mundo entero...

Nic. (No hay remedio. ¡Troné!)

Agust. Sin embargo, en consideracion á sus largos servicios..., buenos ó malos; y á que intercedes tú por ella, la jubilo con cinco reales diarios.

Nic. (Del mal el menos.)

Agust. Pero que se los coma lejos de aquí con su Jesualdo ó su demonio. Ya no necesito ama de gobierno.

Nic. Pues; lo será Isabelita...

Agust. No, señora.

Nic. Pues ¿por qué...?

Agust. Por que me caso.

ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL, DON JUAN, AMPARO.

Nic. ¡Ah! ¡Ya! (*Señalando á Amparo.*) Esa señora será la novia.

Agust. Cierto.

Nic. (La vecina me ha vengado. ¿No dije?...) Celebro...

Agust. Y este caballero es el novio.

Nic. ¿Caballero? ¡El...! ¿Cómo...?

Agust. Es el capitan de ayer...

Nic. ¡Calle!... Con que... Pues... ¿y usted?

Agust. Yo soy el otro novio. Son dos las bodas.

Nic. Basta. Comprendo... (¡Sucumbo!)

Agust. Y si la bella y virtuosa Isabel, que ya me ha dado poderes para disponer de su mano...

Isab. ¡Señor!...

Agust. No desdeña la mia...

Nic. (¡Perezco!)

Isab. ¡Señor! ¿Puedo yo merecer tanta honra..., (*Bajando los ojos*) tanta felicidad?

Agust. ¿No has de merecer, ángel mio? Yo soy el que dudo ser digno de tu corazon y de tu mano.

Isab. El corazon... ya era de usted; la mano... aquí está.

Agust. (*Abrazándola.*) ¡Hechicera!

Nic. (¡Mal provecho te haga!)

Agust. Amigos mios, sean ustedes mis huéspedes hasta que se celebren en esta quinta las dos bodas.

Juan. Con mucho gusto.

Amp. (*Abrazando á Isabel.*) ¡Isabel! ¡Cuánto me alegro...!

Agust. Y pues hoy es dia de gracias, permito á Nica...; á doña Nicanora que disfrute de la fiesta...

Nic. De ningun modo. Prefiero entrar desde ahora en el goce de mi jubilacion. Yo ya estoy aquí de mas. Enviaré por los cofres...

Agust. Como usted quiera.

Nic. (¡La fiesta! ¡Para mí sería un suplicio!) ¡Abur!... (¡Voy trinando, rechinando, rabiando!)

ESCENA ULTIMA.

DON AGUSTIN, ISABEL, AMPARO, DON JUAN.

Agust. Tomemos ahora algun refrigerio y brindemos á nuestra próxima ventura...

Juan. ¡Y á la libertad y la independencia de la patria!

Agust. A la de la patria, sí; pero á la mia..., renuncio generosamente. Creí gozarla muy completa, y he sido el juguete de todo el mundo. ¡La independencia!... Por librarme de Jesualdos y Nicanoras iría á buscarla en los desiertos...; pero tú, niña hermosa, tú me reconcilias con la sociedad.

¡CUIDADO CON LAS AMIGAS!

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 23 DE SETIEMBRE DE 1844.

PERSONAS.

LA CONDESA.	DON ALEJO.
RUFINA.	DON MARTIN.
IRENE.	UN CRIADO.
EL CONDE.	MASCARAS.
DON NAZARIO.	MOZOS DE CAFÉ.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala de descanso en un baile público de máscaras, con puerta à la derecha de los actores, que es la del tocador, y otra à la izquierda, que conduce al ambigú: ambas con los rótulos correspondientes El foro deja ver un pasillo, que por la derecha guia à la puerta de la escalera, y por la izquierda à los salones donde se baila. Al levantarse el telon, algunas máscaras atraviesan el pasillo de derecha à izquierda; otras, viniendo en direccion opuesta, pasan desde el foro al proscenio y desaparecen bulliciosas por la puerta de la izquierda. Detrás de las últimas llegan y se sientan la condesa y Rufina. La primera lleva dominó encarnado con capucha: la segunda está vestida à la chinesca, y ambas con careta. La música toca dentro, à lo lejos, rigodon.

—

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, RUFINA.

Cond. Rufina, estoy sofocada,
Aburrida, harta de baile...
Ruf. ¡Ahora que se va animando
Y promete ser brillante!...
Cond. Pero ¡si no me divierto!
¡Si, al contrario, mis pesares
Se aumentan...! ¡Y hace un calor!...
Yo quisiera retirarme.
Ruf. ¡Eso es! ¡Volverte á encerrar
Antes que los gallos canten
En tu caseron sombrío
Que tiene honores de cárcel!
No en el lecho solitario
Esperes que el sueño embargue
Tus tristes ojos. Sus dones
Niega Morfeo implacable
A la jóven infeliz
Que, empeñando en los altares
Su libertad y su fe,
Sola y desamada yace
Sin parabienes de esposa
Y sin delicias de madre.
Necia serás, cara amiga,
Si jóven, hermosa, amable,...
Y condesa, que hasta el título
Es circunstancia agravante,

Te resignas á vivir
En soledad perdurable.
¿Y por qué? Porque un marido
Veleidoso, botarate,
Te desdeña, te abandona...
Y porque sufras y calles
Y en un rincon te consumas,
¿Se corregirá? ¡Qué diantre!...
Diviértete, rie, baila,
Sé coqueta, sin ser frágil.
Solo así será posible
Que del letargo le saques.
Hay marido tan idiota
Que no sabrá lo que vale
Su mujer mientras no vea
En torno de ella un enjambre
De moscardones que le hagan
Rabiar de zelos aparte.
Cond. Zelos suponen amor,
Y el conde no me ama. En grave
Compromiso he puesto ya
Mi opinion, y semejantes
Ardides, sobre arriesgados,
Repugnan á mi carácter.
¡Engañar á mi marido...!
Ruf. Mientras la ley no quebrantes
Del honor, y Dios me libre
De consejo tan culpable,
Ese engaño entra en el número
De los pecados veniales.
Algun dia el mismo conde
Lo agradecerá, pues nace
Del tierno amor que te inspira,
Aunque tan mal te lo pague.
El engañado no es él
En rigor, sino tu amante;
Ese pobre don Nazario,
Que en tus negros ojos arde
Aun sin ver el cielo hermoso
De que son astros radiantes.
Cond. Yo no quisiera engañar
Ni á mi marido ni á nadie.
Ya, por seguir los consejos
De usted, demasiado fácil,
En otros bailes de máscaras
Escuché sin enojarme
Sus lisonjas, y tal vez
Mi boca, animada al fraude
Con la careta, soltó
Alguna imprudente frase
Que hará formar á ese jóven
Mil castillos en el aire.
Ruf. Y no olvides que anteayer
Le prometiste mostrarle
Ese peregrino rostro
Sin eclipses ni celajes.
Cond. No lo haré. Estoy pesarosa...
Pudiera tener fatales
Resultas mi complacencia.
Si el conde lo sospechase...
Si viene al baile y me ve...
Ruf. ¿Qué ha de venir? Él no sale
De sus guaridas... Y dado
Que venga y aquí te halle,
¿Con qué ley, con qué derecho
Se atrevería á culparte?
¿Acaso su señoría
Se ha impuesto vida de fraile
Recoleto? Él se divierte
Y triunfa y goza...
Cond. No obstante...
Ruf. Entre marido y mujer
Los derechos son iguales.
¿Eres acaso su esclava?
¿Estás en Madrid, ó en Tánger?
Cond. Mas venir sin su permiso...
Ruf. ¿Cómo pedírselo si hace
Veinte dias que no ves
Aquel gesto de vinagre?
Se retira con el alba...
Si no duerme en otra parte;
Y hay diez puertas de por medio
Desde tu alcoba á su catre;
Come en el Casino, cena...
Dónde y con quién ¡Dios lo sabe!
¿Y aun gastas contemplaciones
Con un hombre tan infame?
Otra en tu lugar...
Cond. Primero
La luz del cielo me falte
Que yo olvide mis deberes.
Ruf. Pero... (Yo haré que resbales.)
En quitarte la careta
No veo un crímen tan grande.—
Y además, en mi concepto,
Es ya excusado que guardes
El incógnito.
Cond. ¿Por qué?
Ruf. Porque ya sabrá la calle
Y la casa donde vives
Don Nazario.
Cond. ¡Dios me salve!
(*Levantándose.*)
¿Le ha dicho usted...?
Ruf. No por cierto;
(*Levantándose.*)
Pero en la noche del martes
Nos siguió... No faltará
Quien en tu casa le instale...
Cond. ¡Ah! no le recibiré.
Ruf. Entonces son nuestros planes
Inútiles. Si tu esposo
No ve un galan que le alarme...
Cond. ¿Qué adelantamos con eso?
Que haya entre los dos un lance...

Ruf. No lo creas. Nuestro amigo
Es cauto y no dará márgen...
Peor será que burlado
En sus esperanzas...
Cond. ¿Cuáles?
Yo no le he dado ninguna.
Le he prometido invariable
Amistad, y nada mas.
Ruf. Con la amistad hay bastante...
(Por ahora.)
Cond. Y, segun veo,
Se la he prometido en balde.
¡Todavía no ha venido!
Ruf. (Le echá de menos... ¡Me place!)
¿Qué sabemos si un obstáculo
Imprevisto...? Es muy probable
Que ande por esos salones
Buscándonos. ¿Y tan fácil
Te parece en medio de esta
Babilonia columbrarle?
Él daría con nosotras
Si supiera los disfraces
Que vestimos. (Ya está en autos.)
Cond. No; diga usted que inconstante
Anda tras otra... ¡Me está
Bien empleado el desaire
Que me hace sufrir!
Ruf. ¿Zelitos?
Cond. ¿Yo zelos...? ¡Qué disparate!
Ruf. ¿Si te habrás enamorado
De veras...?
Cond. Cruel ultraje
Me hace usted solo en pensar...
Ruf. (Esto marcha.) No te enfades...
Es una chanza...
Cond. Confieso
Que mi amor propio se abate
Al verme burlada así;
Mas, por otro lado, casi
Me alegro...
Ruf. Ya, pero... Calla,
Que allí viene el badulaque
De mi consorte. Si ha visto
Al caballero galante,
Él nos dirá...
Cond. Bien... Yo voy
Al tocador á quitarme
La careta, que me abraso...
Ruf. Sí. Te esperaré... No tardes.
(*Entra la condesa en el tocador, y llega don Alejo por la puerta del ambigú.*)

ESCENA II.

RUFINA, Don ALEJO.

Alejo. Me alegro de hallarte. ¿Y dónde...?
(*Sin disfraz.*)
¿Qué has hecho de la condesa?
Ruf. Allí.
(*Mostrando la puerta del tocador.*)
¿Qué hay?
Alejo. ¡Una futesa!
Acabo de ver al conde.
Ruf. ¿Aquí? ¿En el baile?
Alejo. Sí. Aprisa,
Dila... Temo una refriega
Conyugal, un... No me llega
A las carnes la camisa.
Ruf. ¿Viene furioso?
Alejo. Al contrario.
Le he visto en el ambigú...
Ruf. ¿Con quién?
Alejo. ¿Lo creyeras tú?
Con el mismo don Nazario.
Ruf. Su oculto rival. ¡Divino!
Alejo. ¡Lo aplaudes!
Ruf. ¡Chit!... No alborotes.
Alejo. ¡Gran Dios!... Se han hecho amigotes
Esta tarde en el Casino.
Ruf. ¿Cierto?
Alejo. ¡Ay mal aconsejado
Marido! ¡Hará buen papel
El pobre!
Ruf. ¿Por qué?
Alejo. ¡Ay de aquel
Que nace... predestinado!
Ruf. Tal suerte no te depara
El cielo. Tu garantía
Es mi virtud.
Alejo. Sí, alma mia.
(¡Y lo horrendo de tu cara!)
Si el marido y la mujer
Se encuentran, ¡pobre señora!
Ruf. ¿Sabe que está aquí?
Alejo. Lo ignora,
Mas la puede conocer.
Ruf. No creas...
Alejo. La noche es larga.
Alguna imprudencia harán
O la dama ó el galan.
Yo temo... El diablo las carga.
¡Válgame Cornelio Agripa!...
Ruf. ¡Bá!
Alejo. No habrá quien le apacigüe...
Ruf. ¿Qué mal hay en que averigüe
Que su mujer se emancipa?
Alejo. ¡Ahí es un grano de trigo!...

Cuando él la juzga durmiendo...
Ruf. ¿Es algun delito horrendo
Venir á un baile,... y conmigo?
Alejo. Mas si acechando á la bella
La ve con un camarada...
Ruf. Cuando la vea obsequiada
Hará mas aprecio de ella.
Alejo. O airado contra los dos
Hará una de...
Ruf. ¡Bobería!
Los maridos son hoy dia
Unos benditos de Dios.
Espiar con fiero encono
Los pasos de una consorte
Solo lo hacen ya en la córte
Los maridos de mal tono.
Tu glorioso antecesor
¡Dios le dé eterno descanso!
No fué, á la verdad, tan manso.
¡Me tenía tanto amor!...
Y aunque tenía buen físico,
Solo porque dió en celarme
Suspicaz como un gendarme,
El infeliz murió tísico.
Alejo. Requiescat in pace, amen.
Ruf. No des tú en esos extremos...
Alejo. No tal. (¡Cáspita! Veremos
Quién mata primero á quién.)
Mas creo, con tu permiso,
Que es una idea maldita
Poner á la condesita
En tan grave compromiso.
¿Por qué la quieres tan mal?
Ruf. ¿Yo? Al contrario. Soy su amiga...
Alejo. ¡Y manejas una intriga
Contra el lazo conyugal!
Ruf. Tal es mi idea, en efecto,
Mas no es ese matrimonio
El que yo doy al demonio,
Sino otro que está en proyecto.
Amante de cierta Irene,
Mas presumida que bella,
Quiere casarse con ella
Nazario, y no me conviene.
Alejo. Es extraña antipatía...
¿Y está aquí la novia?
Ruf. No.
En Valencia la dejó.
Paisana y amiga mia...
Alejo. ¡Amiga, y pones estorbo
A su boda!
Ruf. ¡Boda aciaga!
Alejo. Tu amistad es una plaga
Peor que el cólera morbo.
¿Qué mal te hace esa doncella
Para perseguirla así?
Ruf. Nazario me quiso á mí
Antes de adorarla á ella.
Alejo. (Sin duda no estaba cuerdo
Cuando...)
Ruf. ¡Qué infame traicion!
Alejo. Pero...
Ruf. Fué en otra funcion
De máscaras. ¡Bien me acuerdo!
Tributó lisonjas mil...
Alejo. ¿A tu cara?
Ruf. A mi careta.
Le prendé por lo discreta
Y por mi talle gentil.
Alejo. ¿Por tu talle gentil? ¡Calle!
Con que... ¡Es cosa singular...!
Ruf. Luego he dado en engordar...
Alejo. Con que ¿tú has tenido... talle?
Ruf. ¿De mis carnes te lamentas?
Alejo. No. Justamente (ay de mí!)
Lo que mas me agrada en tí
Es lo pingüe... (de tus rentas.)
Mas después del arrebato
Del amor que le inspiraste,
¿Cómo dió con él al traste
Otra ciudadana?
Ruf. ¡Ingrato!
Solté demasiado presto
La careta...
Alejo. (Ya, y del susto...)
Ruf. Y tuvo el pesimo gusto
De no gustar de mi gesto.
Alejo. ¡Enorme agravio!
Ruf. Sin duda.
Con Irene se encariña
Después, y opta por la niña
Entre la niña y la viuda.
Alejo. Yo lo aplaudo.
Ruf. ¡Que eso digas!
Alejo. Sin su inconstancia y su olvido
¿Sería yo tu marido?
(¡Oh pobreza, á lo que obligas!)
Ruf. Dejando luego en Valencia
A su presunta consorte,
Vino Nazario á la córte
A litigar una herencia.
De las márgenes del Túria
Yo tambien lejos me fuí,
Llevando grabada aquí
(*Con la mano en el pecho.*)
La memoria de mi injuria.
Te ví...
Alejo. (¡Oh Dios!)
Ruf. Fuiste mi amante...
Alejo. Es verdad. (¡Hado tirano!)
Ruf. Pediste mi blanca mano...
Alejo. Cierto. (¡Qué no hará un cesante!)
Pero ese afan temerario
Contra la ajena alegría...
¿Será que amas todavía

Al amigo don Nazario?
Ruf. Tras de leccion tan amarga,
¡Yo amarle!... No. Mi ojeriza...
Alejo. Bien; eso me tranquiliza.
(¡Llevaré solo la carga!)
Ruf. Antes mi vital estambre
Corte el cielo...
Alejo. ¡Oh! no sospecho...
Ruf. Que yo quebrante... (¡Oh despecho!)
Alejo. Ni yo... (¡Lo que puede el hambre!)
Ruf. Tú serás mi única prenda.
Alejo. Sin tí no me alegra nada.
(¡Oh juventud malograda!)
Ruf. (¡Oh mal empleada hacienda!)
Ahora bien, pues en la feria
Quien ganó mas de los dos
Fuiste tú, pues...
Alejo. (¡Justo Dios!...)
Ruf. Te saqué de la miseria...
Alejo. (¡Me lo echa en cara!)
Ruf. Es preciso
Que en darme gusto te afanes
Y me ayudes en mis planes.
Alejo. Bien; dime... (¡El diablo lo quiso!)
Ruf. ¿Eh?
Alejo. Nada. Di...
Ruf. Es menester
Que sepa el conde de tí...
Alejo. ¿Qué ha de saber?
Ruf. Que está aquí
Disfrazada su mujer.
Alejo. ¡Dar yo un cuarto al pregonero...!
Ruf. Sí; y dile el traje que lleva.
Alejo. ¿Cómo quieres que me atreva...?
Ruf. Yo lo exijo; yo lo quiero.
Alejo. Habrá un escándalo aquí...
Ruf. Eso es lo que yo deseo.
Alejo. ¿Y qué digo al chichisveo?...
Ruf. A él, nada; al marido, sí.
Alejo. Pero, hija, es cosa cruel...
Ruf. Sin hacer una que suene
¿Cómo ha de saber Irene
Que don Nazario es infiel?
Alejo. Te soy en todo obediente,
Pero en eso...
Ruf. ¿No?
Alejo. ¡Jamás!
Ruf. ¿No? Tú te arrepentirás
De no ser condescendiente.
Alejo. ¿Cómo!... ¿Qué atroz pensamiento
Me anuncias...? (¡Vírgen María!)
Ruf. ¿Cuál? ¡Infeliz!... Todavía
No tengo hecho testamento.
Alejo. ¡Basta! Iré... (Me desconcierta
Su amenaza vengativa.
¡Haber de aguantarla viva
Para no heredarla muerta!)
Ruf. ¿Lo harás?
Alejo. Sí, tesoro amado.
Ruf. Pues anda...
Alejo. (¡Horrible sorpresa!)
Ruf. Voy yo á ver á la condesa,
Que ya tarda demasiado.
(*Cesa la música. Circulan algunas máscaras de una parte á otra.*)

ESCENA III.

DON ALEJO.

¡Cómo abusa mi mujer
Del poderoso ascendiente
De sus riquezas! ¡Oh Alejo!
¡Oh boda! ¡Oh menguada suerte!
¿Y qué he de hacer? No ha testado
Todavía... ¡y es estéril!
Ella, amen de lo jamona,
Es fea como una sierpe,
Y la maldita de Dios
Está mas fea cien veces
Con su vestido chinesco
Cargado de perendengues;
Pero ¿hay fealdad mayor
Que mi pobreza solemne?
Dice el proverbio latino:
Necessitas caret legis;
Esto es, ¡la necesidad
Tiene una cara de hereje!...
Avisaremos al conde...
Pero ¿he de ser yo tan débil
Que á servirla de instrumento
En sus rencores me preste?
No; aunque mañana me arañe
Y después me desherede,
Yo no voy con ese chisme
Que puede tener crueles
Consecuencias. Al contrario;
Pues al oficio de fuelle
Me obligan las circunstancias,
Diré á don Nazario... Él viene.
(*Llega don Nazario, sin disfraz, por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON ALEJO, DON NAZARIO.

Alejo. ¡Nazario!
Naz. ¡Alejo!

Alejo. ¿Y el conde?
Naz. Ahí queda en el ambigú
Embromando á una beata.
Alejo. (¡Es mucha beatitud
La suya!)
Naz. Yo estoy penando
Por no haber hallado aún
A mi incógnita belleza.
Alejo. ¡Belleza! ¿La has visto tú
La cara?
Naz. No, pero un ángel
Debe de ser; el *non plus*...
Alejo. Quien de máscaras se fia
Puede jugar un albur
Peligroso. (Si pudiera
Disuadirle...)
Naz. Eso es segun.
Hay indicios que no mienten.
Su voz, su cabello, su...
Alejo. ¡Nazario!
Naz. Su lindo pié,
La viveza no comun
De sus ojos; todo anuncia
Gentileza y juventud.
Alejo. Con todo eso puede ser
La imágen de Belcebú.
Naz. Aunque resultase feo
Su rostro dándole á luz,
En su gracia peregrina
No hay careta de tisú,
Y esto me basta. — Además,
Su compañera...
Alejo. (¡Y mi cruz!)
Naz. Me ha dicho: no la hay mas bella
Desde Cádiz hasta Irun.
Alejo. Su amiga puede mentir.
Ello es que el lindo querub
Se obstina en guardar su incógnito,
Con verosimilitud
De que teme que al mirarla
Te alejes diciendo ¡Puf!
Naz. No; que me tiene jurado
Por el firmamento azul
Satisfacer esta noche
Mi amante solicitud
Apartando de su rostro
El tenebroso capuz.
Alejo. (Tocaremos otra tecla.)
¿La amas? ¡Válgame Jesus!...
¿Y por una enmascarada
Llorará tu ingratitud
La otra pobre...? Si lo sabe
La va á dar un patatús.
Naz. ¿Cómo!... ¿Quién te ha dicho...?
Alejo. Todo
Se sabe. Ni Mahamud
Hiciera otro tanto. ¿Juegas
Con dos barajas, tahur?
Sí; en la tierra que produce
La chufa y el altramuz
Tienes una novia...
Naz. Cierto,
Y al fondo del ataud
Llevaré el tierno cariño
Que me inspira.
Alejo. ¡Hem!... No hay tus, tus.
Naz. Mas ¿qué quieres? Uno es jóven,
Y entre tanta multitud
De objetos... Era preciso
Dejarse uno en el baul
Los sentidos... Mi pareja
Tiene un no sé qué..., una..., un...
Alejo. La conciencia no te deja
Hablar con exactitud.
Naz. Me han cogido entre sus redes
Las dos...
Alejo. Sí; como á un atun.
Naz. Estoy citado; me espera:
Y si ahora digo no hay mus,
Dirá que soy un villano,
Un idiota, un avestruz. —
¿Dónde está? Tú la habrás visto...
Alejo. Allí está.
(*Mostrando el tocador.*)
Naz. Vuelo...
Alejo. ¡Quietud!
Espérala. — Y te prevengo
Que, si no miente el run, run,
Hay...
Naz. ¿Qué?
Alejo. Moros en la costa.
Naz. ¡Moros! ¿Quién...?
Alejo. ¡Guarda el testuz!
Aquí al marido nos trajo
No sé qué viento del sur
O del norte...
Naz. ¡Oiga! ¡El marido...!
Alejo. ¿Le conoces?
Naz. Yo no; ¿y tú?
Alejo. De vista. (Salvarle espero,
Si el cielo me da salud,
Sin nombrarle.) ¡Ojo avizor!
Si bailando un padedú,
O en dulce amorosa plática
Y en voluptuosa actitud
Os sorprende, estrepitoso
Tronará como un obus.
Naz. Ya estaremos con cuidado...
Alejo. Yo no obro con rectitud.
Siendo del gremio, con él
Debo hacer causa comun;
No contigo. ¡Así va el mundo
Aquí, en París y en Corfú!
Naz. Muchas gracias... A propósito,
No me has presentado aún

A tu mujer.

Alejo. ¿Presentártela?
¡Eso quisieras, gandul!

Naz. ¿Es bonita?

Alejo. Pasadera...
(Para hacer á un niño el bú.)

Naz. ¿Ha venido el baile?

Alejo. No.
Lo reprueba su virtud.

Naz. Iré á ponerme á sus piés.
¿Dónde vives?

Alejo. Lejos... (¡Hum!
¿Quién presenta aquella cara...?)

Naz. No creas...

Alejo. Ya sale... Abur.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO.

Ruf. ¡Mírale! ¿No te lo he dicho?

(*Aparte con la condesa.*)

Allí está tu don Nazario.
Lo ofrecido es necesario
Que se cumpla.

Cond. ¡Qué capricho!...
Tiemblo...

Ruf. ¿Por qué? Me consumes...

Naz. ¡Gracias á Dios que te ví!

(*Acercándose.*)

Ya no vivía sin tí.

Cond. No soy yo la que presumes.

(*Con voz fingida.*)

Naz. No me lo niegues falaz.

Ruf. (¡Bueno! Si Alejo previno

(*Apartándose un poco.*)

Al conde...)

Naz. Yo te adivino
Al través de tu disfraz.
Muéstrame tu cara... ¿Quieres
Que te lo ruegue de hinojos?

Cond. ¡No!

Naz. O guarda tambien los ojos
Con que el corazon me hieres.

Cond. ¿Sí? Pues adios...

Naz. ¡No te apartes!
Tu voz...

Cond. La finjo. No soy...

Naz. Lo mismo la finges hoy
Que la fingias el martes.

Ruf. (Mas quizá á mover un cisma
Mi marido no se atreva.)

Cond Es engañosa esa prueba.

Naz. ¡Si digo que eres la misma!

Cond. ¿Quién te lo ha dicho?

Naz. Mi fe.

Ruf. (Mejor es... Sí; me resuelvo...)
Adios...

(*A la condesa fingiendo otra voz.*)

Cond. Mira...

Ruf. Pronto vuelvo.
(Yo misma se lo diré.)

(*Vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DON NAZARIO.

Cond. ¡Oye!

(*Queriendo seguir á Rufina.*)

Naz. ¡No! ¡Dejarme alpiste!...

(*La detiene asiéndola de una mano.*)

Fia en mí. Soy caballero.

Cond. Suelta...

Naz. Cúmpleme primero
La palabra que me diste.

Cond. ¿La palabra que te dí?
¡Mentira!

Naz. ¡Oh! no me destroces
El alma...

Cond. Ni me conoces
Ni yo te conozco á tí.

Naz. A mi vista no se escapa
Tu talle, aunque tú lo niegues
Y aunque lo ocultan los pliegues
Del dominó que lo tapa.
En el mas ligero esguince
Veo tu garbo y tu brio,
Que los amantes, bien mio,
Tenemos ojos de lince.
Y si esta virtud me apropio,
Harto lo demuestro...

Cond. ¿En qué?

Naz. En que para ver tu pié
No he menester microscopio.
¿Y qué nariz equivoca,
Donde no hay clavel ó nardo,
Con otro aliento bastardo
El aroma de tu boca?

Cond. Ja, ja... ¡Olfato singular!

(*Riéndose.*)

Naz. No te rias de mi frase.
Aunque ciego me quedase —
¿Y qué mas ciego he de estar? —
Diría yo sin preámbulo,
Estando tú en el recinto,
¡Vedla aquí!...

Cond. Ya; por instinto...

Naz. Por... ¿Qué sé yo?...

Cond. ¿Eres somnámbulo?
Naz. No sé. A tal extremo llega
Mi amor...
Cond. ¡Terrible enemigo
Para quien juegue contigo
A la gallinita ciega!
Naz. En fin, pues te he conocido,
Justo es que pagues mi afan.
Damas como tú no dan
Sus promesas al olvido.
Cond. Repito que no soy yo...
Naz. Tú me ofreciste, ¡inhumana...!
Cond. Promesas de una serrana
No obligan á un dominó.
Naz. ¡Ah! ¡Ya has caido una vez
En el lazo!
Cond. (¡Qué imprudencia!)
Yo...
Naz. ¡Poder de la conciencia!...
Por la boca muere el pez.
Cond. Bien; sí; yo soy...
Naz. Pues avara
No el bien que el alma desea
Niegues...
Cond. No puedo... Adios...
Naz. Ea,
Muéstrame tu linda cara.
Cond. Por no asustarte la escondo.
Naz. Excusas...
Cond. No tal.
Naz. Pamemas...
Fíate de mí. No temas...
Del sigilo te respondo.
Cond. Ahora no...
Naz. Extraño recelo...
Cond. Otro dia si me encuentras...
Naz. No; ya no te suelto mientras
No me amanezca tu cielo.
Cond. (No porque el rostro me vea
Falto al pudor y á la fe...)
Naz. ¡Vaya!
Cond. (Y si nunca lo ve...)
Naz. ¡Vamos!
Cond. (Me tendrá por fea.)
Naz. ¿Merece tanto desden
Mi tierno y rendido amor?
Cond. (Poco vale este favor,
Y él lo ha ganado muy bien.)
Luego...
(*Muestra algunas máscaras que pasean por la escena.*)
Esa gente molesta...
(*Rompe dentro la orquesta tocando vals, y las máscaras desaparecen por el foro.*)
Tambien ellos me verán...
Naz. ¿Ves? Tras la música van.
¡Bendita sea la orquesta!
Cond. ¿Y si otros, mientras me quito
La careta...?
Naz. ¡Hum!... (Ya da enfado
Tanto dengue.) No hay cuidado.
Mira: en aquel rinconcito...
Cond. ¿Rincon? ¡No! Aquí...
Naz. ¡Bien! Te agarras
A un pelo...
Cond. ¡Es mucha porfía!...
Naz. (¡Si ahora me sale una arpía
Como la viuda de marras!...)
Cond. Míreme usted.
(*Quitándose la careta.*)
Naz. ¡Qué facciones!
¡Qué peregrina hermosura!
Cond. ¡Basta!
Naz. Otro poco... ¡Oh ventura!
Cond. ¡Silencio!
(*Volviéndose á poner la careta.*)
Naz. ¡Oh! ¿Ya te la pones?
Cond. Sí; y con esto no me obligo
A nada. Entiéndalo así
Don Nazario. Para mí
Solo es usted... un amigo.
Naz. Aun ese es un don inmenso
Para lo poco que valgo.
(Fuerza es empezar por algo.
Espero tener ascenso.)
Cond. No vuelve mi compañera...
Naz. Busquémosla en el salon.
Cond. Sí... (Quien quita la ocasion...)
Allí, sin duda, me espera.
Naz. Y si, á título de amigo,
Puedo aspirar á que des
Con esos divinos piés
Dos vueltas de vals conmigo...
Cond. Muchas gracias. No sé...
Naz. Es falso. —
Perdona.
Cond. (No es culpa grave...)
Naz. ¡Decirme á mí que no sabe...!
Cond. (¡Hace un siglo que no valso!)
Naz. Vamos; no digas que no...
Cond. Daré dos vueltas, no mas;
(*Tomando el brazo que la ofrece don Nazario.*)
Pero si pierdo el compás...
Naz. No tal. (Tras de eso ando yo.)
(*Al desaparecer por la izquierda del foro la condesa y don Nazario, lo atraviesan varias máscaras que vienen de la calle, y detrás de ellas entran en la escena don Martin é Irene; aquel vestido de moro y esta con un dominó igual en hechura y color al de la condesa.*)

ESCENA VII.

IRENE, DON MARTIN.

Mart. Aquí podemos estar,
Niña, con mas desahogo
Mientras bailan.
Irene. Sí; entre tanto,
Pues segun lo muestra el rótulo
Aquel es el tocador,
Entro en él y me compongo...
Mart. Vaya que es capricho raro
El traerme á este jolgorio
Cuando, después de viajar
Tres dias en un incómodo
Carruaje y por un camino
Lleno de baches y lodo,
Tender la molida raspa
Sería mas á propósito.
Irene. Tiempo hay para descansar.
Nos retiraremos pronto. —
Resuelto ya nuestro viaje
A Madrid...
Mart. ¡Por un antojo
De la señorita!... Soy
Un padrazo como hay pocos.
Irene. Sin prevenírselo á nadie
Hace usted de su birlocho
Secular silla de posta;
A título de que somos
Sus amigos y paisanos,
A las once menos ocho
Nos apeamos en casa
De doña Rufina, y como
Aquella buena señora
No contaba con nosotros,
Se había venido al baile.
Por los criados me informo
De dónde está y averiguo
Que su traje es chino; el oro
Nos proporciona billetes;
En el contiguo depósito
De disfraces se arma usted
Con su vestido de moro,
Yo con este dominó,
Y así, guardando el incógnito,
La podemos embromar
De lo lindo.
Mart. Mucho tomo
Es ella ya para bailes.
Irene. ¿Por qué? Deje usted que todos
Se diviertan.
Mart. La aconsejo
Que no se descubra el rostro,
Porque el galan que lo vea
Pensará ver al demonio. —
¡Oyes! ¿Si estará tambien
En esta funcion tu novio
Don Nazario?
Irene. Si le encuentro
Será completo mi gozo...
Y tendré con quien bailar.
Mart. ¿No mirarás con enojo
Que baile cuando te juzga
Ausente...?
Irene. Ni por asomo.
Por quererme á mí no es justo
Que como otro san Jerónimo
Se vaya á hacer penitencia
A algun desierto remoto.
Romperá la cuerda un dia
Si ahora se le ata muy corto.
Me ama, y mientras no veamos
Una prueba, un testimonio
De lo contrario...
Mart. ¡Una prueba!...
¿Qué hace desde el mes de agosto
En Madrid? Fallado el pleito
En su favor, ¿qué negocios
Le detienen en la córte?
Irene. Tiene que enterarse á fondo
De las fincas, tomar cuentas...
Mart. Eso lo hace un mayordomo. —
En fin, ya que, demasiado
Complaciente y bondadoso,
Me encuentro por darte gusto
En esta jaula de locos,
A favor de mi disfraz
Quiero espiar á ese mozo,
Si aquí le hallo sin careta
O con ella le conozco,
Y entre tanto te prohibo
Que le hables, ó no hay consorcio.
Irene. Bien está; no le hablaré.
(Si le veo, no respondo...)
Voy ahora al tocador.
Espéreme usted un poco.

ESCENA VIII.

DON MARTIN.

Anda con Dios. (*Se pasea.*)
¡Pobre Irene!
Está perdida por él.
El muchacho era un alhaja;
Eso sí, pero tal vez
Se ha pervertido en Madrid.
Veremos... Me informaré...

ESCENA IX.

DON MARTIN, RUFINA.

Ruf. (No le he visto en los salones...)
Mart. (¿Qué veo? Aquella mujer...)
Ruf. (Acaso en el ambigú...)
Mart. (Traje chinesco. ¡Ella es!)
Ruf. (Voy... Le diré... No; mejor
Es escribirle un papel...)
(*Se sienta á un extremo del teatro, saca un librito de memorias y escribe en él con lápiz.*)
Mart. (Cavilosa está... Se sienta...
Ahora saca no sé qué
Del pecho... Escribe... ¿Qué es esto? —
Yo voy á darla cordel...
Acaso alguna aventura
Amorosa... ¡A la vejez
Viruelas!) (*Se acerca.*)
Máscara china,
A pesar de ese oropel,
Te conozco.
Ruf. (¡Ahora este necio...!)
¿De qué me has de conocer?
Nada tengo de comun
Con moros de ese jaez.
Mart. Permíteme que me siente
A tu lado y te diré...
(*Se sienta don Martin al lado de doña Rufina, quedando de espaldas al tocador.*)
Ruf. No tengo gana de bromas.
Vete. ¡Es mucha pesadez!...
(*Prosigue escribiendo y para ello da la espalda á don Martin.*)
Mart. Mira: tú eres valenciana
Y te llamas...
Ruf. (Acabé.
Quito la hoja...)
(*Lo hace y guarda el librito.*)
Mart. ¿No me oyes?
Ruf. Me harías mucha merced
(*Volviéndose de cara á don Martin.*)
En irte de aquí, agareno.
Mart. Te llamas Rufina...
Ruf. ¿Qué?
(*Con curiosidad.*)
Mart. Rufina.
Ruf. Mas tú ¿quién eres?
Mart. ¿Yo? Un moro... Ali-Ben-Yucef.
(*Siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA X.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE.

(*Cesa la música; vuelven á circular parejas en todas direcciones.*)

Irene. (Vamos ahora al salon...
Mas no veo... ¿Adónde fué
Mi papá...? ¡Calle! En coloquio
Con una máscara... ¿Quién...?
¡Ah! una china... Es mi paisana.
(*Se sienta junto á la puerta del tocador.*)
Sentada aquí me estaré
Mientras la embroma papá.
Yo la embromaré después.)
Ruf. (¡Diantre de morazo! Él sabe
Toda mi historia de pe
A pa.)
Mart. Tu primer esposo
Murió el año veintiseis...
(*Siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA XI.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE, DON NAZARIO.

(*Llega don Nazario por el foro.*)

Naz. (¿En dónde se habrá metido?
A las dos vueltas ó tres
De vals me dejó plantado
Y no ha vuelto á parecer. —
¡Oh dicha! Allí está...)
(*Se acerca á Irene.*)
¡Bien mio!
Irene. ¿Quién me habla?
(*Le reconoce.*)
¡Ah! ¡Nazario! (¡Pues!
Ya la hicimos.) ¿Cómo sabes
Que hoy...?
Naz. Sí, sí; todo lo sé
Y mi sorpresa...
Irene. Mas bajo.
Puede oirte...
Naz. ¿Dónde...?
Irene. Aquel...
(*Mostrando á su padre.*)
Naz. Sí; el moro... (Bien dijo el otro
Que había...)
Irene. ¡Ay Dios! Si nos ve...
Naz. (Moros en la costa.) ¿Dónde

Nos volveremos á ver?

(*Irene le contesta en voz baja.*)

Ruf. (Allí están dama y cortejo. Mejor conyuntura...)

Naz. Bien.

Ruf. ¡Basta!

(*Levantándose, y tambien don Martin.*)

(*Un grupo de máscaras se interpone á las dos parejas consabidas.*)

Irene. En casa de mi amiga.

Naz. Sí; aquella.

(*Señalando al sitio donde está Rufina.*)

¿Número?

Irene. Diez.

Pero, por Dios, vete ya.
Me vas á comprometer.

Naz. Sí, sí; ¡adios!... Hasta mañana.

Irene. ¡Adios!

Naz. (¡Oh dicha! Triunfé.)

(*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE.

Ruf. Vete ya. Ni te conozco
Ni te quiero conocer.
(¡Hum...! Me ha sofocado este hombre.
Maldígale Dios, amen.)

(*Entra en el ambigú.*)

ESCENA XIII.

DON MARTIN, IRENE.

Mart. (Ja, ja... ¡La buena señora!..)

Irene. (Soy venturosa. ¡Me es fiel!
Mas ¿por donde habrá sabido...?)

Mart. ¡Ah, estabas aquí!...

(*Acercándose á Irene, que se levanta al verle.*)

Ven, ven...

(*Da el brazo á Irene.*)

He tenido muy buen rato.

Irene. ¿No le ha conocido á usted?

Mart. No. Como ella no tenía
Antecedente... Ya ves...

Irene. Mas ¿dónde está?

Mart. Por allí
Se ha ido hecha un Lucifer.
Vamos, vamos al salon
Y andando te contaré...
Ya volveremos á verla,
Y luego que tú tambien
Te solaces embromándola,
Nos damos á conocer.

(*Al irse por el foro don Martin é Irene entre otras máscaras, asoma por la puerta del ambigú don Alejo.*)

ESCENA XIV.

DON ALEJO.

Rufina... ¡Apenas resuello!
Quiera Dios que no se enreden
Los hilos y... Estoy que pueden
Ahogarme con un cabello.
Esa bruja fementida
Ha dado cierto papel
A un mozo... Sin duda en él
La delacion consabida...
Y yo he visto sin ser visto
Que, mientras ella se esconde,
Dicho mozo entrega al conde
Dicho papel... ¡Jesucristo!
¿Qué haré yo? ¿Dónde hallaría
A aquella pobre mujer...?
Busquémosla. Es menester...

(*Viene por el foro la condesa.*)

¡Oh! aquí está. Dios me la envía.

ESCENA XV.

LA CONDESA, DON ALEJO.

Cond. (No encuentro á Rufina...)

Alejo. ¡Alerta,
Alerta! El conde ha venido
Al baile.

Cond ¡Oh Dios! ¡Mi marido!

Alejo. (¿Si saldrá por esa puerta?)

(*Mira con zozobra hácia el ambigú.*)

Para no dar en la red
Huya usted... El riesgo es grave.

Cond. ¿Sabe que yo estoy...?

Alejo. Sí; y sabe
El disfraz que lleva usted.

Cond. ¡Ah! quito dos alfileres
Y mi rojo dominó
Se vuelve azul...

(*Desprende la capucha, que está forrada de azul, y cayendo del revés en forma de capuchon queda cubierto con ella el dominó encarnado.*)

Alejo. ¡Cómo!... ¡Oh!...
¡Las mujeres, las mujeres!...

Cond. Aun así tengo un temblor...
Hasta mi sombra me espanta.
Alejo. Ya no... — ¡Él viene!
(*Mirando á la puerta del ambigú.*)
Cond. ¡Vírgen santa!
Alejo. Venga ese brazo y ¡valor!
(*Se dirigen de bracero hácia el foro, y al mismo tiempo llega el conde, sin disfraz, por la puerta del ambigú.*)

ESCENA XVI.

La CONDESA, Don ALEJO, el CONDE.

Conde. ¡Don Alejo!
Cond. Hácia otro lado
(*En voz baja.*)
Huyamos...
Alejo. ¡No! (*Lo mismo.*)
¿Quién me llama?
(*Al conde.*)
Conde. ¿Ha visto usted á una dama
Con dominó colorado?
Alejo. Sí; moza de mucho brio...
¡Abur! Siga usted la pista...
Yo con mi dulce conquista
Voyme á refrescar.
Cond. (¡Dios mio!)
(*Entran en el ambigú.*)

ESCENA XVII.

El CONDE.

¡Voto á briós! Con que mi cara
Consorte ¿se ha dado al mundo?
Con que ¿baila y coquetea
Cuando en la cama la juzgo?
Con que ¿hay galan en campaña
Con quien viene de tapujo?
¡Ojo avizor, conde, que esto
Pasa de castaño oscuro!
Si el anónimo no miente
Y en el baile los descubro,
No lo han de contar por gracia
La pecadora y su cuyo. —
Yo debería en conciencia,
Como en Madrid lo hacen muchos,
Llevar por Dios ese trago
Con paciencia y disimulo.
Con la pena del talion
Me castiga... y es muy justo.
Si yo voy á picos pardos,
¿No ha de ir ella á picos rubios?
¿Hemos de tener nosotros
Cuando nos abruma el yugo
Matrimonial carta blanca
Para todo, y no hay indulto
Para una frágil mujer...?
Esta es la ley del embudo.
Mas si mi razon la absuelve,
No la perdona mi orgullo;
Pero resignarse un hombre
Como yo á entrar en el número
De los mártires; sufrir
Que de mí se ria el vulgo...
(*Vuelven á aparecer grupos y parejas de máscaras que van de un lado á otro.*)
No, no; ¡jamás! Mi venganza...

ESCENA XVIII.

El CONDE, IRENE, Don MARTIN.

Conde. (¡Cielos, ¿qué veo! Aquel bulto
Encarnado... Ella es... ¡La pérfida!...
De bracero con un turco...)
Mart. Iremos al ambigú...
Conde. ¡Hágase allá el mameluco!
(*Separando con violencia á Irene del brazo de don Martin.*)
Mart. ¿Qué es esto?
Conde. ¡Infiel!
(*A Irene.*)
Irene. ¡Caballero!
Conde. ¡Traidora!
Irene. Yo...
Mart. ¿Qué *ex abrupto*
Es este?
Conde. Ya que me agravias,
¡Tuvieras siquiera un gusto
Menos depravado!
Mart. ¿Cómo...?
Irene. Te engañas... ¡Qué hombre tan brusco!
Yo no soy...
Mart. Esto ya pasa
De burla.
Conde. Yo no me burlo.
Sarraceno, me darás
Satisfaccion, ahora, al punto...
Irene. ¡Un duelo! ¡Triste de mí!
Conde. ¿Con qué derecho...
Irene. ¡Qué susto!
Conde. Llevas del brazo á esa máscara?

Mart. ¿Con qué derecho? ¡Qué absurdo
Interrogatorio! Es mia.
Cada cual lleva lo suyo.
Conde. ¿Tuya? Primero en tu sangre...
Irene. ¡Jesus!... Yo muero...
(*Dejándose caer en una silla.*)
(*Se desmaya. Algunas máscaras acuden á socorrerla.*)
Mart. ¡Verdugo!...
Conde. ¡Se ha desmayado!
Mart. ¡Ah...! ¡Socorro!
¡Santo Dios! ¿A quién acudo...?
¡Agua! ¡Un médico!
(*Entra corriendo en el ambigú. Al mismo tiempo llega Rufina por el foro.*)

ESCENA XIX.

RUFINA, EL CONDE, IRENE.

Conde. ¡Fatal
Accidente!
Ruf. (¡El conde...! Un grupo
De máscaras... ¡La condesa...
Accidentada...! ¡Yo triunfo!)
(*Se acerca.*)
Si no soltais la carátula
No volverá del insulto.
Desatad...
Conde. No es menester...
(Si la conocen es público
Mi deshonor...)
(*Una máscara desata la careta de Irene.*)
Ruf. Así...
Conde. (¡Cielos!...
¡No es mi mujer!)
Ruf. (¡No es el busto
De la condesa! — ¡Es Irene!
¿Quién diablos aquí la trujo?)
Irene. ¡Ah! (*Volviendo en sí.*)
Ruf. Respira.
Conde. (¡Y yo tambien!)
Irene. ¿Dónde estoy...?
Conde. (¡Cómo disculpo
Ahora mi ceguedad...!)
(*Algazara y risas en el ambigú.*)
Mart. ¡Dejadme! (*Dentro.*)
Conde. (¡Lindo dibujo!)
(*Contemplando á Irene.*)
Irene. ¿Y mi papá?
Conde. Señorita...
(¡Es papá!)
Mart. ¡A un lado! (*Dentro.*)

Irene. ¡Qué escucho!
(*Levantándose.*)
Es su voz...
(*Sale don Martin acosado por una multitud de máscaras que le mortifican con pretexto de acariciarle.*)

ESCENA XX.

IRENE, RUFINA, EL CONDE, DON MARTIN, MASCARAS.

Másc. ¡Al moro! — ¡Al moro!
Mart. ¡Asesinos! ¡Energúmenos!
Irene. ¡Papá!... ¿No hay quien le defienda?
Másc. 1°. ¡Sóbale!
Másc. 2°. ¡Abrázale!
Másc. 3°. ¡Duro!
Conde. ¡Detenéos!
Mart. ¡Voto á cribas!...
Conde. Yo le serviré de escudo,
Y así expiaré el error
Que á ofenderle me condujo.
(*Se acerca al grupo que rodea á don Martin.*)
Irene. ¡Ah! ¡Doña Ru...!
(*Reconociendo á Rufina.*)
Ruf. ¡Chito! Luego
(*En voz baja, interrumpiéndola.*)
Te diré por qué me oculto.
Conde. Máscaras, dejad tranquilo
Al moro, que es un abuso...
Másc. 1°. ¡Si esto es cariño!
Mart. Reniego...
Másc. 2°. ¡Qué gracioso está!
Másc. 3°. ¡Qué chusco!
Conde. ¡Basta! El carnaval es libre.
Dejemos á cada uno
Que á su antojo se disfrace.
¡Pues, cierto que estais muy pulcros
Vosotros! Esa grosera
Intolerancia es anuncio
De vuestra mala crianza.
Másc. 1°. ¿Cómo?
Másc. 2°. ¿Quién...?
(*Los demás murmuran como en són de amenaza.*)
Conde. Ese murmullo
No me intimida. Aquí estoy,
Si quiere tomar alguno
La demanda, para darle
Satisfaccion como es justo.
Másc. 1°. No hagais caso y obsequiemos

Otra vez á este avechucho.

(*Vuelven á sobar á don Martin.*)

Irene. ¡Por piedad...!

Conde. ¡Atrás, canalla!

(*Sacando una pistola y amenazando con ella.*)

(*Al ver la pistola huyen los del grupo en distintas direcciones.*)

Másc. 3°. ¡Una pistola! (*Vase.*)

Másc. 2°. *¡Abrenuncio!* (*Vase.*)

Másc. 1°. Se acabó. Usted nos convence...
Abur, y no haya tumulto. (*Vase.*)

(*Quedan solo en la escena las máscaras inofensivas, aumentándose con otras que entran y salen hasta fin del acto.*)

Irene. ¡Ah, padre!...

Mart. ¡Gracias á Dios
Que en tus brazos me refugio!

Conde. Siempre el villano es cobarde.

(*Guarda la pistola.*)

Mart. Se dispersan como el humo,
Y á usted debo agradecerlo;
Pero ¿qué extraño barrunto
Tuvo usted...?

Conde. Falsos informes...
En medio de este barullo
Es tan fácil confundir
A unos con otros... Yo juro
A usted y á esta señorita
Que tengo un pesar profundo
De haber...

Irene. Todo está olvidado.

Mart. No se hable mas del asunto.

Conde. (¡Qué hermosa!)

Ruf. (¡Mucho la mira!)

Mart. ¡Amigos hasta el sepulcro!

(*Dando la mano al conde y quitándose la careta.*)

Conde. Gracias. Tanto honor me llena
De satisfaccion y orgullo,
Y si esta niña adorable,
A quien he dado un disgusto
Involuntario, no guarda
Rencor contra mí...

Irene. Ninguno.

(*Rufina habla aparte con don Martin.*)

Conde. ¿Querrá usted, si lo permite
Papá, que bailemos juntos
Un rigodon?

Mart. Ella y yo
Tendremos en ello sumo
Placer; mas será otro dia.
Ahora lo mas oportuno
Es retirarnos.

Conde. ¡Tan pronto! —
Ruéguele usted... (*A Irene.*)

Mart. Ni un minuto
Me detengo. Vamos, niña.

Ruf. Luego iré yo.

(*A don Martin aparte.*)

Conde. No murmuro.
Ahora con ofrecer
A ustedes mi coche cumplo
Como debo...

Mart. Es excusado.
Disponemos de un vetusto
Birlocho...

Conde. Iré con ustedes,
Si no les soy importuno,
Hasta el estribo.

Mart. En buen hora.

Conde. El brazo...

Irene. Con mucho gusto.

(*Tomando el del conde.*)

Conde. (¡Es deliciosa!)

Irene. (¡Oh, Nazario!
Mejor tomaría el tuyo.)

Mart. El otro á mí.

(*Dando tambien el brazo á Irene.*)

¡Adios, chinita!

Ruf. ¡Adios, moro!

Mart. ¡Por san Bruno,
No me interpeles y vuelvan
Los sobos y los columpios!

(*Vanse Irene, el conde y don Martin por la derecha del foro.*)

ESCENA XXI.

RUFINA, MASCARAS.

Ruf. No entró en mis cálculos esa
Charada de dominós...
¡Son tan iguales los dos...!
Creí que era la condesa...
Mas no he dado golpe en vago,
Porque con ese episodio,
Mejor que esperaba, el odio
Que me punza satisfago.
¡Aquí Irene! A tiempo viene
Para un golpe de teatro.
¡Qué madeja entre los cuatro
Si persigue el conde á Irene!
Tan enredados los veo
Que el desenlace — ¡oh placer! —
No puede menos de ser
Favorable á mi deseo.

ESCENA XXII.

RUFINA, Don ALEJO.

Alejo. Tu amiga...
(*Viene por la puerta del ambigú. La música toca dentro rigodon.*)
Ruf. ¡Oh gozo!
Másc. ¡Al salon!
(*Vanse todas las máscaras hácia el salon de baile.*)
Alejo. Te está esperando. La dejo...
Ruf. ¡Qué contenta estoy! — Alejo,
Bailemos un rigodon.
Alejo. (¡Esto me faltaba!) ¡Escucha!
Quiere marcharse; está frita.
Sabe...
Ruf. ¡Rigodon!
(*Cogiéndole del brazo.*)
Alejo. (¡Maldita!...)
Ruf. ¡Bailaría hoy la cachucha!
Alejo. (¡Bailar con este morcon!...
De su gozo...)
Ruf. ¡Vamos, chico!
Alejo. (Nada bueno pronostico.)
Ruf. ¡Rigo...!
Alejo. Pero...
Ruf. ¡Rigodon!
(*Se lo lleva á remolque.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala de un café en el piso bajo de la misma casa donde se supone que tiene lugar el baile de máscaras enlazado con la accion del acto primero y continuado en este. A la derecha del actor estará la puerta que da á la calle: á un lado y otro sillas y mesas: el foro da paso á otra pieza que deja ver la escalera interior que sirve de comunicacion á las salas de arriba: en dicha pieza habrá las sillas y mesas que permita el terreno, ocupadas alternativamente por varias máscaras que bajan del baile y refrescan, ó pasean; ó forman corrillos, etc., sin impedir que oiga el público á los actores, y se retiran luego por la misma escalera: algunas podrán quedarse dormidas sin temor de perjudicar al efecto escénico. A los golpes que de cuándo en cuándo sonarán sobre las mesas, acudirán con bebidas los mozos, apareciendo por la izquierda del foro, á cuyo lado se entiende que está el mostrador. Al levantarse el telon están sentados á una de las mesas de la sala mas inmediata al público el conde y don Nazario.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, Don NAZARIO.

Conde. Aquí donde no nos cansa
La algarabía y la bulla
De los salones de arriba,
Ni nos aturde la música,
Ni nos pisa un aturdido,
O un borracho nos insulta,
O nos estafa un parásito,
O nos engaña una bruja,
Podemos, amigo mio,
En santa paz y con mutua
Confianza referir
Las galantes aventuras
De esta noche.
Naz. Ya dudaba
Entre aquella turbamulta
Hallar á usted.
Conde. Es encuentro
En que yo he tenido suma
Satisfaccion.
Naz. (Ya mi bella
Se ha retirado, sin duda.)
Conde. Apenas nos conocemos,
Y, sin embargo, una oculta
Simpatía...
Naz. Cierto; hay hombres
Que desde luego nos gustan,
Así como otros...
Conde. Yo espero
Que eterna amistad nos una.
Naz. En la de usted, señor conde,
Desde hoy mi gloria se funda.
(Si en efecto su marido
Se apareció, ave nocturna,
Por no ser de él conocida
Habrá apelado á la fuga.)
(*Un mozo trae dos vasos de ponche, los deja sobre la mesa y se retira.*)
Conde. Ya está aquí el alegre ponche
Que los pesares conjura,
Y las distancias abrevia,
Y los cumplidos excusa.
Bebamos mientras las salas
Del ambigú desocupa
Aquel famélico enjambre.
Naz. Hoy la concurrencia es mucha,
Y si no andamos muy listos
Nos quedamos sin ninguna
Provision.
Conde. Descuide usted.
Adelanté la pecunia
Al cocinero, y nos guarda
Un pavipollo con trufas,

Sendas lonjas de salmon
Y alguna pintada trucha.
Ni ha de faltarnos tampoco
La sevillana aceituna,
Y entre el ave y el marisco,
Y entre el fiambre y la fruta,
Alternarán con el jugo
De las jerezanas uvas
El exquisito Burdeos
Y el *Champañ* de blanca espuma.
Naz. Alabo la prevision
Del señor conde.
Conde. Es muy justa.
Quien viene á un baile de máscaras,
Y baila, y tragina, y suda,
Y no cena, es para mí
La mas triste criatura...
Naz. Es cierto; sin *gaudeamus*
No hay diversion mas insulsa.
Conde. Solo siento no tener
La incomparable ventura
De que se siente á mi mesa
Cierta máscara...
Naz. ¡Hola! ¿alguna
Conquista...?
Conde. No; aun no hay motivo
Para que usted me atribuya
Un triunfo que me alzaría
A las celestes alturas;
Porque mis ojos no han visto
Ni espero que vean nunca
Un rostro mas hechicero. —
Ayer de cierta andaluza
Dije lo mismo; pero ¡esta!...
¡Qué quiere usted!... Es la última
Del catálogo.
Naz. ¡Ya! es claro...
Y, aunque sea mi pregunta
Indiscreta, ¿sabe usted
Su nombre, estado y alcurnia?
Conde. A esta fecha, amigo mio,
De todo eso estoy á oscuras.
Naz. ¡Ah! ¿es conocimiento nuevo...?
Conde. Sí; de esta noche. Por una
Casualidad muy extraña...
Naz. Usted siempre va á la husma,
Y no es de admirar...
Conde. La niña
Estaba á su padre adjunta,
Y no me pude explicar...;
Pero tendré coyuntura
De hacerlo...
Naz. ¡Cáscaras! ¿Cita?
Conde. ¡Sí!
Naz. ¡Bravo!
Conde. Pero no suya.
Naz. Pues ¿de quién?
Conde. De su papá.
Naz. O ese papá es muy ganzúa
O no entiendo...
Conde. Diré á usted...
Pero antes que yo le instruya
De todos los pormenores,
Sepamos si aquella chusca
Serrana...
Naz. ¡Ay, conde!, la he visto
Y es un pasmo de hermosura.
Ya es real y positiva
Mi divinidad presunta.
Ya, vencida de mis ruegos,
Con aquella mano pulcra
Me mostró su linda cara
Sin la careta importuna.
¡Soy el hombre mas feliz...!
Conde. Sea en buen hora. Y, sin duda,
Ya sabrá usted...
Naz. Que es un ángel
Y que mi amor no rehusa,
Pero en cuanto á lo demás,
Me tiene tan en ayunas
Como antes.
Conde. ¡Ba! no es posible...
Naz. ¡Sí tal!
Conde. Usted disimula...
Naz. No. En prueba de mi franqueza
Le diré á usted si me escucha
Cuanto ha pasado...
Conde. Primero
Quiero yo contar mis culpas. —
Pues, señor, estando yo
En el ambigú de chunga
Con unas máscaras, llega
Por medio de aquella chusma
Un mozo y me da una carta
Anónima que me anuncia...
(*Baja don Alejo por la escalera dando el brazo á Rufina, la cual lleva cubierto su traje de china con un dominó negro, y los dos desaparecen en seguida por la derecha del foro.*)
Naz. Allí viene don Alejo.
Mucho temo que interrumpa
Nuestro coloquio...
Conde. ¿Qué importa?
Es amigo... ¡Hola! y se busca
La vida. Lleva una máscara
Del brazo..., y ya es la segunda.
(*Vuelven á aparecer don Alejo y Rufina. El conde y don Nazario hablan en voz baja, y en sus ademanes indican que se chancean á costa de don Alejo.*)

ESCENA II.

EL CONDE, DON NAZARIO, RUFINA, DON ALEJO.

(*Hablan aparte don Alejo y Rufina.*)

Alejo. ¡Nada! Ni viva ni muerta
Parece.
Ruf. Sin duda alguna,
Mientras entramos por una
Sale ella por otra puerta.
Alejo. Te esperaba; ya lo dije,
Pero te entró comezon
De bailar un rigodon
Conmigo...
Ruf. ¿Y eso te aflige?
Alejo. No tal. (Con cada pirueta
Me daba un lesnazo.)
Ruf. ¿Qué?
Alejo. Pero entre tanto se fué...
Ruf. ¿Por qué no se estuvo quieta?
Alejo. El deseo de encontrarte...
O si ha visto á su marido,
Temerosa se habrá ido...
Ruf. No.
Alejo. Pues ¡si en ninguna parte...!
Ruf. ¡Irse sola!... Fuera en ella
Extraña resolucion...
Pero en tanta confusion
Es fácil perder su huella.
Alejo. ¿Y podrá dar con Rufina
No sabiendo como yo
Que te has puesto un dominó
Sobre el vestido de china?
Ruf. Si yo la veo, es igual.
Alejo. Ya. — Pero ¿por qué mudaste
De disfraz?
Ruf. Saber te baste
Que yo me entiendo.
Alejo. Sí tal. —
Ella tambien, la capucha
Convirtiendo en capuchon...
Ruf. Entiendo. Así á prevencion
Mandó hacer el traje... Escucha:
Para dar mejor con ella
Separémonos los dos.
Alejo. Dices bien. (¡Gracias á Dios!)
Ruf. Quédate...
Alejo. (¡Feliz estrella!)
Ruf. Por si baja por aquí
Mientras la busco otra vez
Arriba...
Alejo. Aunque sean diez.
Ruf. ¡Ah!... Mira; el conde está allí...
Alejo. Beblendo con el Narciso...
¡Oh, marido sin segundo!
Ese hombre no está en el mundo.
Ruf. Pues ¿dónde?
Alejo. En el paraíso.
Ruf. Llégate á ellos... Indaga...
Alejo. Sí: en eso estoy.
Ruf. Hasta luego.
(*Se retira por la escalera.*)
Alejo. ¡Adios! — Estoy sin sosiego.
Me temo una noche aciaga.
(*Se acerca adonde están el conde y don Nazario.*)

ESCENA III.

EL CONDE, DON NAZARIO, DON ALEJO

Alejo. Señores...
Conde. ¡Oh, don Alejo! —
¡Muchacho! (*Llamando.*)
Usted es el hombre
Del baile.
Alejo. ¡Yo!
Naz. Vaya; ¡dos
Conquistas en una noche!
Alejo. Ustedes se burlan. Eso
Se queda para los próceres.
No soy yo tan venturoso...,
Ni tan libertino...
Conde. Ponche.
(*A un mozo que llega.*)
(*Vase el mozo.*)
Naz. Toma asiento y no nos vengas
Ahora echándola de monje.
(*Se sienta don Alejo.*)
Conde. Aun nos dirá que la prójima
Que le llevaba á remolque
Es su mujer.
Naz. No, señor.
(Lo negaré, por *si forte.*)
(*Vuelve el mozo con un vase de ponche, lo deja sobre la mesa al lado de don Alejo y se retira.*)
Pasatiempos inocentes,
Transitorios...
Conde. ¡Ba! Entre jóvenes
Debe reinar la franqueza.
En suprimiendo los nombres
Todo se puede decir,
Y aquí que nadie nos oye...
Para que se anime usted
Con mi ejemplo...
Alejo. ¡Señor conde!...
Conde. Prosigo la relacion
De mis nacientes amores,

Que cuando vimos á usted
La interrumpí... No sé dónde.
Naz. En el anónimo.
Alejo. (¡Cielos!)
Conde. Creyendo ser el Adónis
De alguna Venus incógnita
Que prendada de mi porte
Quería por aquel medio
Establecer relaciones
Conmigo, tomo con ansia
La epístola, rompo el sobre,
Leo... Figúrense ustedes
Cuál debió de ser entonces
Mi sorpresa. En el anónimo
Me decían...
Alejo. (¡San Onofre!)
Conde. Que había venido al baile
Mi mujer...
Alejo. (Me dan sudores.)
Conde. Usted quizá no sabría
(*A don Nazario.*)
Que soy casado.
Naz. No.
Conde. ¡Enorme
Calamidad! — Pues lo estoy
Desde los piés al cogote
Dos años ha; y, segun dicen
Los pocos que la conocen,
Es muy linda mi mujer;
Pero, al cabo,... ¡qué demontre!...
Es mi mujer.
Alejo. (¿Qué diría
Si tuviera por consorte
A Rufina!)
Conde. Como siempre
Muy temprano se recoge,
Porque la resignacion
Es la mejor de sus dotes,
Y nada me había dicho
De valses y rigodones,
Confieso que me alarmó
La tal noticia; y fué doble
Mi inquietud cuando leí
Que andaba por los salones
Coqueteando con un *quidam*...
No me decian su nombre...
Alejo. (¡Respiro!) ¿Quién hace caso
De anónimos? ¿Qué alma noble
Los emplea? Si uno dice
La verdad, mienten catorce,
Y es prudente...
Conde. Yo lo hubiera
Despreciado; mas...
Alejo. (¡Oh torpe
Ceguedad!)
Conde. Como me daban
Tan minuciosos informes
Del disfraz de la culpable...
Era el siguiente.
Alejo. (¡San Cosme!...)
Conde. Un dominó...
Alejo. Deja usted
(*Interrumpiéndole.*)
Inútiles digresiones,
Y al grano. ¿Qué nos importa
El traje? Esos pormenores...
Conde. Furioso y desatinado,
Que, aunque en los tiempos que corren
Los zelos de los maridos
Se llaman preocupaciones,
A mí por gracia de Dios
Me han vaciado en otro molde,
Indago, inquiero, pregunto,
Atisbo por los rincones,
Y al fin de manos á boca
Doy con la reo y su cómplice.
Naz. Con que ¿era cierto...?
Conde. El galan
No era un elegante jóven
Como yo me imaginaba,
Sino un figuron disforme...
Esto es lo que me llegó
Mas al alma. A tales golpes
De fortuna yo sé bien
Que se arriesgan mas de doce.
Darme un sustituto..., vaya,
Mas ¡semejante armatoste!...
Confiese usted, don Nazario,
Que eso no estaba en el órden.
Sin ser ya dueño de mí...
¡Aquí entra lo bueno!
Alejo. (¡Pobre
Señor!)
Conde. Contra la individua
Prorumpo en quejas atroces
Y pido satisfaccion
Con pistola ó con estoque
Al odioso cirineo.
¡Aquí fué Troya! A mis voces
Se sobresalta la niña,
Se desmaya, la socorren;
Le desatan la careta
Por temor de que se ahogue;
Sobre ella entonces fulmino
Unos ojos que... ¡ni Herodes!...,
Y veo con inefable
Placer que aquellas facciones
No eran las de mi mujer,
Sino otras... ¡mucho mejores!
Alejo. ¡Venturosa peripecia!
¡Yo tenía une anagnórisis...!
Naz. ¿Es posible?...
Alejo. ¡Vea usted
A un ciudadano en el borde

Del abismo por un vil
Anónimo!
Conde. Mil perdones
Pido á mi máscara hermosa,
Que mis disculpas acoge
Con indulgente bondad.
Después mi suerte dispone
Que salve yo de las garras
De un hato de monigotes
A su papá...
Naz. ¿Era papá
El prójimo?
Conde. Sí, señores;
Al menos con ese título
Fué interpelado el buen hombre.
¡Y qué pasta angelical
Anuncia su *coram vobis!* —
Determinan recogerse,
Las acompaño hasta el coche,
Y al despedirme galante
Del susodicho y su prole
Me ofrece su casa...
Alejo. (¡Malo!)
Conde. Cuyas señas...
Alejo. (*¡Pater noster!*)
Conde. Me reservo.
Alejo. (¡Ah! sea Dios
Loado.)
Conde. No hay en el orbe,
Desde Cádiz á Manila
Y desde Méjico á Lóndres,
Hombre mas feliz que yo.
Mañana...
Naz. Ya se supone;
Irá usted de punta en blanco
A visitar á su Clóris.
Conde. Por supuesto. ¡Oh quién pudiera
Adelantar los relojes
De todo Madrid!
Alejo. Ahora
Ya no verá usted visiones
Ni acusará á la inocente
Condesa...
Conde. Ya no. Lo pobre
No merece...
Alejo. No por cierto.
Conde. Tan virtuosa, tan dócil...
Alejo. ¡Una santa! Y es preciso
Tener el alma de bronce
Para...
Conde. Cierto. Ahora estará
Sobre mullidos colchones
Durmiendo el sueño del justo.
Alejo. Sí. (¡Oh maridos alcornoques!)
Conde. Yo ya concluí mi historia:
Ahora á usted le toca; con que...
Naz. Voy á contarla.
Alejo. (Y yo vuelvo
A temblar como el azogue.)
Naz. El ignorado planeta
Que, aunque la córte me tilde,
Como satélite humilde
A su influjo me sujeta,
Sin que yo me dé razon
De si esta locura mia
Es amante idolatría
O ciega fascinacion,
Me había dado una cita
Para este baile...
Conde. Ya sé...
Naz. Pero así..., á la buena fe
Sin darme seña maldita.
No obstante, una amiga suya
Que nunca la desampara
Y á quien no he visto la cara
Jamás...
Alejo. (¡Yo sí! ¡Qué aleluya!)
Naz. Me envió á decir ayer,
Sin anuencia de mi bella...,
O bien de acuerdo con ella,
Que todo pudiera ser...
Conde. Creo lo segundo.
Alejo. (¡Ay, este
Se clava!)
Naz. El traje adoptado
Por mi duende idolatrado.
Un dominó...
Alejo. Azul celeste.
(*Interrumpiéndole.*)
Naz. No tal; de color...
Alejo. Azul.
¡Si lo sé yo! ¡Si lo he visto!
Adelante. (¡Jesucristo!...)
(*Asoma la condesa por la escalera con el capuchon azul echado sobre el dominó encarnado.*)
Naz. Pero, hombre...
Alejo. ¡Calla, gandul!
Naz. Te digo que el dominó...
Alejo. ¡Oh qué porfía! (¡Se pierde!)
¿Querrás decir que era verde?
(*En este momento la condesa adelantándose algunos pasos finge toser para llamar la atencion de los tres amigos. Todos ellos vuelven la cabeza.*)
Alejo. (¡Ah!)
Conde. ¡Hola!
(*La condesa llama con la mano.*)
Naz. ¿A mí?
(*Señal afirmativa. Don Nazario se levanta al momento y sale al encuentro de la condesa.*)
Alejo. (¡Se salvó!)
(*Hablan en voz baja la condesa y don Nazario.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, DON NAZARIO, EL CONDE, DON ALEJO.

Alejo. ¿Lo ve usted? Azul celeste.
Conde. En efecto.
Alejo. Cuando yo
Digo una cosa...
Conde. ¿Quién sabe
Si las damas serán dos...?
Alejo. Puede. Yo le ví con otra
Que llevaba un capuchon
Así, como... verdegay...
Conde. ¡Oiga! ¿Con que...?
Alejo. Sí, señor.
(*Siguen hablando en voz baja.*)
Naz. Buscaremos á esa amiga.
¿Quieres darme el brazo?
Cond. No.
(*A media voz.*)
Ya es inútil. Necesito
Retirarme. Por favor...
Puede peligrar mi vida
Si al instante no me voy.
Naz. Pero, hija mia...
Cond. Mi coche
Vendrá á las tres...
Naz. Bien...
Cond. Y son
Las dos y cuarto... Si tú
No me buscas otro, soy
Perdida.
Naz. ¡Oiga! algun zeloso...
Pero ¿hablas de veras, ó...?
Cond. ¿No me ha conocido usted
Todavía?
Naz. ¿Cómo...?
(*La condesa, guardándose de que el conde la vea, levanta un poco la tela azul que cubre el dominó.*)
¡Oh Dios!...
Voy volando.
(*Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE.

Cond. (Me retiro...
Pero tiempo no me dió
Para decir dónde espero
Su vuelta, y si aquí me estoy...)
Conde. ¡Mascarita!
(*Acercándose.*)
Alejo. (¡No ganamos
Para sustos!)
Conde. ¡Oye!
Alejo. (¡Atroz
Conflicto!) Déjela usted.
(*Al conde.*)
Cada quisque...
Cond. (Si huyo, doy
Que sospechar...)
Conde. ¡No responde!
¿Eres muda?
Cond. (¡Ea, valor!)
Nada de eso, mas no tengo
(*Con voz fingida.*)
Gana de conversacion.
Alejo. ¿Oye usted? Tiempo perdido...
(¡Qué bien disfraza la voz!)
Vámonos al ambigú,
O á bailar un rigodon...
Conde. No temas nada, que es ley
(*A la condesa.*)
Para todo hombre de pro
Respetar la propiedad
De sus amigos.
Cond. (¡Traidor!)
Alejo. (Mas valiera que guardases
La tuya.)
Conde. Y si hay precision
De que os ayude á burlar
A algun marido feroz,
Contad conmigo. Mañana
Le pediré igual favor...
Entre sastres, como dice
Aquel adagio español,
No se pagan las hechuras.
Cond. (¡Pérfido!)
Alejo. (¡Dios de Jacob,
No le castigues!)
Cond. Mil gracias;
Pero es errada opinion
La que has formado. No existen
Entre don Nazario y yo
Las estrechas relaciones
Que piensas.
Conde. ¿Te da rubor
Confesarlo? Pues á fe
Que es un mozo como un sol
Don Nazario.
Alejo. (¡Todavía
La va á suplicar por Dios
Que le adore!)
Conde. ¡Ah, ya está aquí!

ESCENA VI.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE, DON NAZARIO.

Naz. No hay ningun coche simon.
De los demás no podemos
Disponer...
Conde. ¿Y mi landó?
Sírvete de él, mascarita,
Y lo tendré á mucho honor.
Cond. No; mil gracias.
Alejo. (¿Esto mas?)
Conde. Si entre un par estorba un non,
Por eso no hay que apurarse.
Os ireis solos los dos.
Cond. No, no; esperaré... (¡Dios mio!)
Conde. Yo no había hecho intencion
De retirarme del baile
Hasta que diera el reloj
Las ocho de la mañana.
(*Asoma por la escalera Rufina.*)
Naz. Acéptalo sin temor.
Es de un amigo...

ESCENA VII.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE, DON NAZARIO, RUFINA.

Ruf. (Allí está.)
(*En el foro.*)
(*Se acerca á la condesa.*)
Conde. Lo ofrezco de corazon,
No por mero cumplimiento.
Alejo. (¡Mi mujer!)
(*Rufina tira de la ropa á la condesa.*)
Conde. ¡Ah!...
Ruf. Escucha.
(*En voz baja.*)
(*Hablan aparte.*)
Conde. Voy,
Voy á mandar que lo arrimen.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO, DON ALEJO.

Naz. Extremado es el pudor
De mi dama.
Alejo. Sí; en efecto...
Naz Mas ¡calle! ese dominó...
Alejo. ¡Chit!...
Naz. Tu querida...
Alejo. (Esta noche
Me va á dar un torozon.)
(*Hablan aparte don Nazario y don Alejo.*)
Cond. Mejor es irnos á pié.
(*Aparte con Rufina.*)
Ruf. ¡Lindo! ¡Y coger un dolor
De costado! Con negarte
A aprovechar su atencion
Acaso recelará...
Cond. Es verdad.—Confusa estoy...
Pero irme en su propio coche...
¿No consideras...?
Ruf. Mejor.
Así no podrá seguirnos.

ESCENA IX.

LA CONDESA, RUFINA, DON ALEJO, DON NAZARIO, EL CONDE.

Conde. Vamos. Toribio arrimó...
Ruf. ¿Hay asiento para cuatro?
Conde. Sí.
(*Rufina toma el brazo de don Alejo.*)
¿Qué es esto?...
Ruf. Pues; *allons!*
Conde. ¡Ah! ¿es esta...?
(*Aparte con don Alejo.*)
Alejo. (¡Misericordia!)
Conde. ¿La de antes...?
Alejo. Sí; salvo error.
Cond. Es la amiga á quien buscaba.
(*Aparte con don Nazario.*)
Naz. ¡Ah!...
Conde. Mas, por lo visto, son
(*A don Alejo.*)
Amigas esta y aquella.
Alejo. Mas que amigas.
Conde. ¡Hola!
Alejo. ¡Oh!
Son hermanas.
Ruf. Ea, vamos...
(*Tirando de su marido.*)
Conde. ¿Con que...?
Ruf. ¿Qué haces tu?
(*A don Nazario.*)
Alejo. (¡Gran Dios!...)
Ruf. Da el brazo á tu dama.
Naz. ¿Quieres...?
(*Ofreciéndolo.*

Cond. (Voy temblando.)
(*Tomándolo.*)
Alejo. Acá *inter nos*...
(*Al conde al oido.*)
(Le deslumbraré.) Vinieron
Anteayer de Badajoz...
Conde. ¿De veras?
Alejo. Son hijas de un...
Comisario ordenador...
Ruf. ¡Vaya, andad!
Naz. ¡Abur!
(*Saliendo con la condesa por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

EL CONDE, RUFINA, DON ALEJO.

Conde. ¡Buen viaje!
Alejo. ¡Abur! (¡Ah! Metido yo
Sin comerlo ni beberlo
En una conspiracion
Contra el gremio...)
Ruf. Ven...
Alejo. (¡Dios mio!...
¡Te rogamus : audi nos!)

ESCENA XI.

EL CONDE.

¡Qué ufanos irán los cuatro,
Y cómo su suerte envidio
Yo que en tanto me fastidio
Sin la bella que idolatro!
¿Qué hago yo, en qué me divierto,
Si ya olvidarla no sé,
Y desde que ella se fué
Creo estar en un desierto?
El baile que al hombre enerva
Me aburre; ¿y qué placer hay
En el tiple guirigay
De esa chillona caterva?
A las mesas no me arrimo
Donde robando se juega.
Ni la codicia me ciega,
Ni gusto de hacer el primo.
Irme á mi casa primero
Que el alba dore las cumbres...,
Es alterar mis costumbres
De buen marido... soltero.
¿Y á qué? Sin pegar los ojos
Me tendrá la ausente dama,
Y me pinchará la cama
Como si tuviera abrojos. —
Mas ¡qué necio! ¡Paso pena
Porque el nuevo dia tarda,
Y el cocinero me aguarda
Con una opípara cena!
Matemos el importuno
Tiempo... Buscaré un amigo
Que quiera cenar conmigo...
No lo excusará ninguno.
Y el gasto ya no lo ahorro;
Que hecho estaba á prevencion.
Busquemos en el salon...
(*Vuelve don Nazario trayendo en brazos á la condesa desmayada.*)

ESCENA XII.

EL CONDE, LA CONDESA, DON NAZARIO.

Conde. Pero ¿qué es esto?
Naz. ¡Socorro!
Conde. ¡Don Nazario!
Naz. ¡Ah, señor conde!
Un vuelco... Cerca de aquí...
¡Señora!... ¡Triste de mí!...
Conde. Sentémosla...
(*La sientan en una silla.*)
Naz. ¡No responde!
Conde. ¡Vaya, que es percance!...
Naz. ¡Mozo!
(*Llamando.*)
Pero tardará una hora...
Iré yo mismo...
(*Vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE, LA CONDESA.

Conde. ¡Señora!...
¡Qué breve ha sido su gozo!
¿Quién á tan alegre fiesta
Tal fin pronosticaría? —
Mas ¿cómo está todavía
Con la carátula puesta?
Con la prisa y la zozobra
Nazario no lo advirtió.
Fuerza es quitársela yo...
Ea, manos á la obra.
(*Quita la careta á la condesa.*)

La necesidad me obliga...
(*La reconoce.*)
¡Cielos!
(*Llega don Nazario con un vaso de agua.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE, DON NAZARIO, LA CONDESA.

Naz. Ya el agua está aquí...
Conde. ¡Infames! ¡Burlarme así!...
Naz. ¡Qué escucho!
(*Dejando el agua sobre una mesa.*)
Conde. ¡Villana intriga!...
Mas caísteis en la red.
Naz. ¿La conoce usted acaso?
Conde. Al verla en ira me abraso,
¡Y me lo pregunta usted!
Naz. (¡Es su mujer! ¡San Fulgencio
Nos ampare!)
Conde. A esa pregunta
Respondo yo con la punta
De una espada.
Naz. Yo...
Conde. ¡Silencio!
Naz. Yo no sabía quién era...
Conde. No hay disculpa á tal agravio.
Naz. Pero...
Conde. ¡Selle usted el labio!
Naz. Pero ella... Antes...
Conde. ¡Que se muera!—
Elija usted...
(*Llevándose á don Nazario lejos de la condesa.*)
Cond. (¿Dónde estoy!)
(*Volviendo en sí, sin advertirlo los otros interlocutores.*)
Conde. Un padrino...
Cond. (¡Ah! ¡Un desafío!...)
(*Viendo al conde y á don Nazario.*)
Conde. Que se entienda con el mio
Mañana.
Cond. (¡Perdida soy!)
Naz. Lances de honor (¡oh fortuna!)
Nunca excusé.
Conde. Bien. El duelo
Ha de ser á muerte.
Cond. (¡Cielo!)
(*Se vuelve á desmayar.*)
Naz. ¿Cuándo?
Conde. Mañana á la una.—
Ahora, pues con nudo casto
Himeneo nos unió,
Fuerza es socorrerla...
(*Toma el vaso y rocía con agua el rostro de la condesa. Don Nazario se dispone á ayudarle.*)
¡No!
Retírese usted. Yo basto...
Naz. Vengue usted en mí su ofensa,
Aunque, en verdad, no es tan grave
Señor conde, ¡Dios lo sabe!
Como usted acaso piensa;
Pero yo exijo á mi vez
Que respete usted la vida
De una mujer desvalida...
Conde. Usted no ha de ser su juez.
Naz. El estado en que la veo...
Conde. Ni su médico tampoco.
Naz. Si cruel...
Conde. ¿Estoy yo loco?
Naz. Es inocente...
Conde. Lo creo. —
Ni en tan frágil enemigo
Saciara yo..., ¡qué rubor!,
Mi vengativo furor.
Naz. ¡Conde!
Conde. De veras lo digo.
Mas al que tuvo la audacia,
Con buena ó mala ventura,
De codiciar su hermosura,
Cara le saldrá la gracia.
Naz. Repito...
Conde. ¡Basta! (¡Aprended,
Maridos!)
Naz. ¿Ha vuelto ya?
Conde. No, señor; ni volverá
Mientras no se vaya usted.
Naz. Confiado en la formal
Palabra...
Conde. Sí; la reitero.
(*Le da la mano.*)
Palabra de caballero
Y de enemigo leal.
(*Don Nazario se retira por la escalera.*)

ESCENA XV.

EL CONDE, LA CONDESA.

Conde. No vuelve de su accidente. —
Yo le juro al don Nazario...
(*Vuelve á rociar el rostro de la condesa.*)
¡Nada! ¿Será necesario
Pedir socorro á esa gente? —
Y no ha mucho le decía,
Ahogando en ponche la sed:
« Simpatizo con usted... »

¡Qué estúpida simpatía! —
¡Pues, digo, la recoleta
Cuya virtud celestial
Yo admiraba...! ¡Que dé tal
Osadía una careta! —
Está visto; ya no hay fe
En las mujeres; maldita. —
¡Adela! — Está mas bonita
De lo que yo imaginé. —
¡Lo que es el hombre! Mejor
Me parece hoy siendo falsa
Que ayer... Faltaba la salsa
De los zelos á mi amor. —
Cogida está en el garlito;
Pero yo dí la ocasion
Y... bailar un rigodon
Quizá es todo su delito. —
Mas ya se han visto otra noche.
El peligro era inminente.
Si tan oportunamente
No acierta á volcar el coche...
Otra vez me enciendo en ira;
Otra vez el acicate
Del honor... Su pecho late...
¡Adela!... Sí; ya respira.

Cond. ¡Ah!... Yo fallezco...

Conde. (¡Traidora!)

Cond. ¿Quién...? ¡Es el conde! ¡Gran Dios!...

(*Levantándose.*)

Conde. Solos estamos los dos.

Cond. ¡Piedad!...

Conde. ¡Silencio, señora!

Cond. Pongo por testigo al cielo...

Conde. ¿De qué? No vale la pena...
No hagamos aquí la escena
De *Desdémona* y *Otelo*.
Creerá usted que como un vándalo
A lavar mi afrenta voy
En su sangre... No tal. Soy
Enemigo del escándalo.
Ni aunque me crea ofendido
Daré en la ridiculez
De reclamar ante un juez
Mis derechos de marido.
Esto sería ser necio,
Aquello una vil hazaña,
Y no merece mi saña
La que incurre en mi desprecio.
Nada; en paz y cortesía,
Sin litigios ni alboroto,
Quede para siempre roto
El lazo que nos unía.

Cond. ¡Ingrato!, tú lo rompiste
Antes que un leve pretesto...

Conde. No mas, señora. Detesto
Las discusiones.

Cond. ¡Ay triste!
¡Oyeme! A tus piés...

Conde. ¡Eh! quieta.

(*Deteniéndola.*)

(¡Ni por esas! No me ablando.)
Siento pasos...

(*Mirando hácia la puerta de la derecha.*)

¡Ah!... Volando,

(*Tomando la careta de la condesa y dándosela.*)

Póngase usted la careta.

(*La condesa se la pone.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, RUFINA, DON ALEJO.

(*Rufina trae puesta la careta.*)

Alejo. Pues te has empeñado, entremos,
Pero... —¡Allí le tienes!

(*Bajando la voz.*)

Conde. ¡Hola,
Don Alejo!

Alejo. Señor conde...

Ruf. ¡Tambien ella!

(*En voz baja á don Alejo.*)

Alejo. (¡Aquí fué Troya!)

Conde. ¿Vendrás, sin duda, á buscar

(*A Rufina.*)

A tu... hermana?

Ruf. Sí; yo... Ahora...

(*Turbada.*)

Conde. Ahí la tienes.

Ruf. ¡Con... careta!

Conde. Sí; á pesar de la congoja,
Yo no me atreví á quitársela,
Porque el hombre que blasona
De bien educado nunca
Tales licencias se toma.

Alejo. (¿Será posible...?) Es decir
Que... usted todavía ignora...

Conde. ¿Y para qué he de informarme
De lo que nada me importa?

Cond. (¡Oh Dios!...)

Alejo. Tan fresco lo dice

(*Aparte con Rufina.*)

Y tan sin pena ni gloria
Que será fuerza creerle.

Conde. Por fortuna fué de corta
Duracion el parasismo...
¡Válgate Dios por carroza!

Con que ¿ volcó?
Alejo. No es extraño;
La noche estaba tan lóbrega...
Conde. El bruto de mi cochero
Habrá bebido unas copas...
Mañana le diré yo
Cuántas son cinco. ¡No es cosa!
¡Apear de esa manera
A gentes que tanto me honran! —
Y ustedes ¿se han lastimado...?
Alejo. No, señor. Mi... Esta señora
Perdió tambien el sentido;
Pero pesa diez arrobas...
(¡Ay! algo mas, que la tara
Del matrimonio no es floja.)
Y aunque mi amor es inmenso
Mis fuerzas eran muy cortas
Para cargar con el dulce
Volúmen de su persona.
Viéndola al fin recobrada
De su afeccion espasmódica...
Ruf. ¡Calla, necio!
Alejo. Es muy amable.
Lo que es eso, ¡uh! como pocas. —
Pero ¿qué es de nuestro amigo...
Don Nazario?
Conde. Hace una hora
Que se fué. Le despidió
Esta ciudadana incógnita...
Para siempre. — ¿No es verdad?
(*A la condesa.*)
Cond. ¡Sí!
Alejo. ¿Cómo?...
Conde. Con mucha cólera. —
Los nervios de las mujeres
Tienen caprichos que asombran.
Alejo. ¿Y él... se resignó...?
Conde. Se fué
Con resolucion heróica
Por esa escalera arriba...
Alejo. (Vaya, este hombre no ve gota.)
Conde. Nó creo ya que se muera
Por semejante bicoca
Don Nazario. Ya estará
Consolándose con otra. —
Mas ya se la habrá pasado
A mi cochero la mona,
Y pues sanas y tranquilas
Os veo, yo estoy de sobra.
Volved al coche. — ¡Jamás
(*En voz baja á la condesa.*)
Vuelva yo á verte!
(*La condesa deja percibir un ay comprimido.*)
Alejo. (Al de Coria
Da quince y falta este bobo.)
Conde. Adios. Yo de baile y broma...
(Abrasado voy.) los rayos
Esperaré de la aurora.
(*Desaparece por el foro.*)

ESCENA XVII.

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA.

Alejo. Nada sospecha. ¡Me aturdo!
La ceguedad de este esposo
Raya en lo maravilloso...
He dicho poco; en lo absurdo.
Cond. ¡Rufina!...
Ruf. El riesgo fué grave,
Mas ¿por qué temblar ahora?
Ya pasó y el conde ignora...
Cond. No. ¡Ay cielo! Todo lo sabe.
Ruf. ¿Qué oigo?
Alejo. Pues ¿cómo le encuentro
Tan jovial, tan....?
Cond. ¡Ay de mí!
Alejo. ¿Aquiescencia?
Cond. ¡Orgullo!
Alejo. ¡Ah, sí!
La procesion va por dentro.
Ruf. ¿Te habló?
Cond. Sí, y me vió la cara.
Alejo. ¿Y entre Nazario y el conde...?
Cond. Hablaron de un duelo...
Alejo. ¿Dónde?
¿Cuándo?
Cond. ¡No sé!
Alejo. ¡Santa Clara!
Ruf. ¿Gritó? ¿Maldijo?
Cond. Al contrario;
Mas me condena ¡oh baldon!
A eterna separacion.
Alejo. Pero... ¿de él, ó de Nazario?
Cond. Con fria calma exclamó:
Sin litigio ni alboroto
Quede para siempre roto
El lazo que nos unió.
Ruf. ¿Y en el siglo en que vivimos
Eso te causa afliccion?
¡Ba! Se amansará el leon
Cuando le hagas cuatro mimos.
Vamos á tu casa...
Cond. ¡Ah, no!
Ruf. Pues á la mia...
Alejo. ¡Mujer!...
(*En voz baja.*)
Ruf. ¡Eh! (*Le desvía.*)
Alejo. (¡Lindo! Ahora va á creer
Que el Mercurio he sido yo.)

Cond. Forzoso por esta noche
Será...
Ruf. Tu marido ignora
Dónde vivo. Ven; ya es hora...
Aprovechemos el coche. —
Y no llores ¡pésia tal!
Por un marido indigesto
Que con tan leve pretesto
Rompe el vínculo nupcial.
Alejo. (¿Hay bruja como ella?)
Ruf. Ven,
Ven á mi casa y allí
Mi amistad sincera...
Cond. Sí...
(¡Maldígala Dios, amen!)
Alejo. (Con todo hemos dado al traste.)
Ruf. Ofrece el brazo robusto
A Adela.
Alejo. Con mucho gusto.
(*Dándoselo.*)
Ruf. A mí el otro.
(*Toma el otro brazo de don Alejo.*)
Alejo. (¡Qué contraste!)
(*Vanse por la puerta de la derecha.*)

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Alejo. Puerta en el foro; otra á la derecha del actor y otra á la izquierda, ambas con cortinas. Entre las dos primeras habrá un biombo.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, RUFINA.

Cond. No, vano es ya pretender
Restituirme la paz
Que para siempre perdí.
¡En hora triste y fatal
Por los consejos de usted
Me dejé ilusa arrastrar!
Ruf. El fruto de mis consejos
Todavía está en agraz.
Deja pasar unos dias
Y las gracias me darás.
Si el corazon de los hombres
Se viera por un cristal
Ya el del conde tu victoria
Revelaría quizás.
Adela, ya te lo he dicho:
Los hombres de nuestra edad
Prenda que nadie codicia
No la saben apreciar.
La coquetería, Adela,
Es ya una necesidad
Del bello sexo. El amor
Sin ella es huevo sin sal;
Y si las niñas solteras
La han menester, mucho mas
Las casadas por razones
Muy poderosas que están
A tu alcance, y por lo mismo
No necesito explicar.
Cond. ¿No he dicho yo que juró
No volverme á ver jamás?
Ruf. Mudará de parecer
Cuando pase el temporal.
Cond. Yo no debí obedecerle,
Sino á sus plantas llorar,
Cuando romper me propuso
Nuestro lazo conyugal.
Ruf. Hubieras hecho, hija mia,
Una insigne necedad.
¡Nada; firme! y si, en efecto,
En aquel pecho glacial
Quedaba alguna centella
Del amoroso volcan
Con que un dia amor eterno
Te juró al pié del altar,
Antes desdeñosa y fiera
Rendirle conseguirás
Que postrándote á sus piés
Con degradante humildad.
Eso fuera confesarle
Las soñadas culpas...
Cond. ¡Ay!
Sobrado culpable fuí...
Ruf. ¿Por endosarte un disfraz
Para embromar á un mancebo,
Y bailar con él un vals,
Y darle tu brazo...? ¡Miren
Qué pecado capital,
Cuando á él no tiene por dónde
Desecharle Satanás!
No des tu brazo á torcer;
Vea que no se te da
De su cariño un ardite;
Y una de dos: ó leal
Pedirá reconciliarse
Con su perdida mitad,
O si su gracia te niega
Por un desliz tan venial,
Dará una prueba evidente
De que es ya su alma incapaz
De quererte. Si tal hace
Su ingratitud llorarás
Al principio, mas no exigen
Ni Dios ni la sociedad

Que porque él sea mal hombre
Te mueras tú de pesar.
No; pues con ella te brinda,
Goza de tu libertad...
Pero no me oyes...

Cond. ¡Un duelo
A muerte! ¿Cómo evitar...?
¡Ay! ya á estas horas alguno
De los dos no existirá.

Ruf. No temas... (Quizá desea
Que sobreviva el galan.)

Cond. ¡Cuánto tarda don Alejo!

Ruf. No; diez minutos habrá
Que salió y está distante
La calle de Fuencarral.
Yo apuesto á que todavía
Roncando en la cama están
Don Nazario y tu marido.
No parece regular
Que habiendo pasado en claro
El martes de carnaval
Ni el uno ni el otro tengan
Deseo de madrugar.
¿Y para qué? ¡Para darse
De estocadas! Además,
Los elegantes no lidian
Como cualquier perillan.
Sus combates se conciertan
Con mucha formalidad.
Van y vienen parlamentos,
Esquelas vienen y van;
Sobre el coche una cuestion,
Sobre el sitio otra que tal;
Ninguno teme morir...,
Pero ambos quieren testar;
Hay que llevar cirujano,
Que no ha de ir al hospital
El herido... Y queda luego
Discutir y estipular
Si ha de ser con arma blanca
O negra el duelo mortal,
Si el traje de los atletas
Ha de ser levita, ó frac...
Pero ¿sabes tú en que suele
Venir todo esto á parar?
En dirimir la contienda
Con un ósculo de paz
Y convertir las pistolas
En botellas de *Champañ*.

(*Llega don Alejo por la puerta del foro.*)

ESCENA II.

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA.

Cond. ¿Le ha visto usted?

Alejo. Viaje inútil.
Había salido ya.

Cond. ¡Al campo!

Alejo. Lo dudo. Hoy hace
Un frio de Barrabás.

Cond. Pero usted ¿no ha preguntado...?

Alejo. Sí, señora; á Sebastian
Su criado, á la patrona,
Y al frutero del portal;
Pero en balde. Don Nazario
Nunca dice adónde va.

Cond. ¡Oh Dios mio!

Ruf. (¿No lo dije?
Por él es todo su afan.)

Alejo. Tal vez en casa del conde...

Cond. ¡Ah! sí; vaya usted allá.
Acaso consiga usted
Si interpone su amistad
Que ese bárbaro combate
No se llegue á realizar.

Alejo. Iré, señora. Yo siempre
He sido muy servicial.
Para calmar de uno y otro
La cólera contumaz
Agotaré los recursos
De mi elocuencia trivial,
Y aunque debiera mi pecho
Sus golpes interceptar...

Cond. Sí, corra usted...

Alejo. ¿Qué es correr!
Volaré. (¡Lleve Caifás
A mi mujer, pues por ella
Estoy hecho un azacan!)

(*Al irse corriendo don Alejo por el foro sale de la habitacion de la derecha don Martin.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, RUFINA, DON MARTIN.

Mart. ¡Oh, mi paisana!...

(*Saluda á la condesa, que le devuelve la cortesía.*)

Señora... —
¿Se ha descansado? (*A Rufina.*)

Ruf. Tal cual
¿Y usted?

Mart. Yo, como un costal.
Ruf. ¿Se levanta usted ahora?
Mart. No; á las diez...
Ruf. ¿No sale Irene?
Mart. En el tocador la dejo
A solas con el espejo.
Dentro de un instante viene.
Ruf. Si ha cumplido el cocinero
Las órdenes que le dí...
Mart. Ya hemos almorzado; sí.
Mil gracias por el esmero...
Ruf. Es deber de mi amistad
Servir...
Mart. (¿Quién será esa bella?)
Anoche, fiado en ella,
Me tomé la libertad...
Ruf. Me hizo usted un grande honor
Y me hubiera resentido
Si hubiese usted preferido
A mi casa un parador.
Mart. No estaré mucho en Madrid.
Ruf. Eso turba mi alegría.
Mart. Y si usted vuelve algun dia
Por Valencia la del Cid...
Ruf. Se entiende. Sin mas aviso,
En casa de usted me hospedo.
Mart. A la calle de Toledo,
Si ustedes me dan permiso,
Voy ahora...
Ruf. Usted lo tiene.
Mart. Un encargo de interés...
Ruf. Sí.
Mart. Saludo...
Ruf. Hasta después.
Mart. ¡A ver si sales, Irene!
(*A la puerta de la derecha.*)
(*Vuelve á saludar y vase por el foro.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, RUFINA.

Ruf. ¿Quién dirá que es valenciano
El plomo de don Martin? —
Sin duda á la chica trae
Para que tome un barniz
De córte... — ¡Qué! ¿te retiras?
(*Viendo á la condesa en ademan de retirarse.*)
Cond. No estoy para recibir
A nadie. Avíseme usted
Si alguna nueva feliz...,
Que no espero...
Ruf. ¿Por qué no?
Cond. Porque en mal hora nací.
Ruf. ¡Qué infundado desaliento!
No tendrá efecto la lid...
Mas ya siento las pisadas
De Irene... Espérame allí.
(*La condesa se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

RUFINA, IRENE.

Irene. ¡Paisana y señora mia!
(*Abrazando á Rufina.*)
Ruf. ¡Querida Irene!
Irene. Por fin
Nos podemos abrazar.
Ruf. (¡Quién se volviera reptil!)
Mi gozo...
Irene. Un beso.
(*Besando á Rufina.*)
Ruf. (¡El de Judas!)
(*Besando á Irene.*)
Irene. Anoche con el tragin
Del baile apenas nos vimos.
Tuvo papá la pueril
Idea de conservar
Su incógnito marroquí
Para embolismar á usted,
Y luego ocurrieron mil
Aventuras; mi desmayo,
El ataque brusco y ruin
Con que á papá saludó
Gentecilla baladí...
Ruf. Moro de máscara es siempre
Víctima en este país.
Irene. Cuando recobré el sentido
Y cerca de usted me ví
Quise pronunciar su nombre,
Pero usted me dijo ¡chit!...
Ruf. Yo tenía mis motivos...
Irene. Y como después me fuí
Y usted se quedó...
Ruf. Sí. — Y, vamos;
¿Vienes contenta á Madrid?
Irene. Mucho; y por mas de una causa.
Ruf. ¡Calle!...
Irene. Mi novio está aquí.
Ruf. ¿Tu novio?
Irene. Y es, aunque yo
No lo debiera decir,
Guapo mozo. Don Nazario...
Usted le conoce.
Ruf. ¿Sí?

(Mas de lo que tú presumes.)
¿Será don Nazario Ruiz...?
Irene. El mismo.
Ruf. Estuvo en Valencia...
Irene. Cierto.
Ruf. Allá le conocí...
Y aquí tambien.
Irene. En el baile
Estuvo... ¡hecho un figurin!
Ruf. ¿Cómo? ¿Le viste?
Irene. Y le hablé.
Ruf. ¿Le llegaste á descubrir
Tu cara?
Irene. Estaba papá
Muy cerca, y no me atreví;
Pero él me reconoció
Al instante.
Ruf. ¡Oiga! (Algun *quid*
Pro quó... Como se hizo doble
El dominó carmesí...)
Irene. El instinto de su amor...
Ruf. ¡Oh! tienen mucha nariz
Los novios. (¡Tonta!)
Irene. ¿Quién sabe
Si de Valencia del Cid
Le escribieron mi llegada...?
Lo que yo puedo decir
Es que ahora está mas que nunca
Enamorado de mí.
Ruf. (¡Necia!) ¿Y te habló?
Irene. Dos palabras ..
No le dejé proseguir,
Porque papá... ¡Qué entusiasmo
Aquel, qué fuego...!
Ruf. (¡Infeliz!)
Irene. Dame las señas, me dijo,
De tu casa; se las dí...
Ruf. (¡Qué oigo!)
Irene. Y hoy le espero...
Ruf. (¡Bien!
Se encontrará el adalid
Entre dos fuegos.) Irene...,
Tengo lástima de tí.
Irene. ¿Por qué?
Ruf. Nazario te engaña.
Irene. ¿Será posible?...
Ruf. Es un vil,
Un traidor.
Irene. ¿Qué dice usted?
Ruf. Yo no acostumbro á mentir.
Sin motivos poderosos
No le trataria así.
Irene. Pero ¡Dios mio! las cartas
Que me solía escribir,
Sus juramentos...
Ruf. ¿Te había
De confesar su desliz?
Irene. ¿Y la amorosa ternura
Con que anoche...?
Ruf. ¡Galopin!
Te tuvo por otra.
Irene. ¿Cómo?
Ruf. Está siendo el Amadís
De cierta linda condesa,
Por cuyo talle gentil
Tal vez en este momento
Tiene la vida en un tris.
Irene. ¡Ingrato! Pero tal vez
Algun enemigo ruin
Le ha calumniado...
Ruf. No, Irene.
(¡Bravo! ¡Qué guerra civil
Se va á armar!...) Te daré pruebas
Con que puedas confundir
Al pérfido.

ESCENA VI.

RUFINA, IRENE, UN CRIADO.

Criado. Don Nazario
(*Desde la puerta del foro.*)
Ruiz...
Ruf. Ya le tienes ahí.
Irene. Bien; ¡parezca ante su juez
Y dóblele la cerviz!
Ruf. ¡Locura! En casos como este
Mas aprovecha el ardid
Que la violencia. Tras de esta
Cortina puedes oir
Lo que hablemos, y sabrás
Lindezas.
Irene. Pero...
Ruf. ¡Anda!
Di
(*Al criado.*)
A ese caballero que éntre.
(*Vase el criado.*)
Irene. No sé si podré sufrir...
Ruf. ¡Que viene! (*Empujándola.*)
Irene. (¡Mas me valiera
(*Escondiéndose detrás de la cortina de la puerta de la derecha.*)
No haber venido á Madrid!)

ESCENA VII.

IRENE, RUFINA, DON NAZARIO.

Naz. Señora, si he de juzgar
Por la talla y por el talle,

Es usted la amiga... ¡Calle!
Esa cara... ¡Es singular...!
Ruf. ¿Mi cara?
Naz. No; la aventura...,
La extraña coincidencia...
¿No estuvo usted en Valencia...?
Ruf. Sí. (¡Oh memoria de amargura!)
Naz. Momentos muy agradables
Pasamos..., aunque confieso...
Ruf. Sí, sí...
(*Separándose del sitio donde está Irene, y siguiéndola don Nazario.*)
(¡Maldito! no es de eso
De lo que yo quiero que hables)
Naz. En tal bulla, en tal estruendo
Anda solícito el diablo
Y uno...
Ruf. Cierto. (*Bajando la voz.*)
Irene. (Ni un vocablo
De lo que dicen entiendo.)
Ruf. Aquello todo fué broma,
Y si usted lo tomó al pié
De la letra...
Naz. Broma fué; (*Sonriéndose.*)
Sí.
Ruf. Con su pan se lo coma. —
Mas si para dama no,
Bien ve usted, aunque lo diga
Mi labio, que para amiga
Valgo lo que peso yo.
Irene. (¡Me consumo!)
Naz. Ciertamente;
Y esa prueba de virtud
Empeña mi gratitud
Y mi respeto...
Ruf. (¡Insolente!)
Hablemos de la condesa.
(*Acercándose otra vez á la puerta de la derecha y alzando la voz.*)
Naz. Me dijo que aquí...
Ruf. Y puntual
Fué á la cita.
Irene. (¡Ay! por mi mal
Ahora oigo bien.)
Ruf. (¡Chúpate esa!)
(*Mirando con maligna complacencia hácia donde está Irene.*)
Naz. A la verdad, no creí,
Despues del vuelco del coche
Y lo demás que hubo anoche,
Que la encontraría aquí.
Ruf. Amor por todo atropella.
Irene. (¿Eh? ¿Qué tal la condesita?...
¡Pero esa mujer maldita
Está de acuerdo con ella!)
Ruf. Y usted, que siempre la quiso,
Ahora con mayor razon...
Naz. No sé... Su fatal pasion
Es para mí un compromiso...
Irene. (¿Qué oigo!)
Ruf. ¿Cómo?...
Naz. El mio fué,
Mas que amor, vago capricho...
Irene. (¡Alma, respira!)
Ruf. (¿Qué ha dicho?)
Naz. Otra es dueña de mi fe...
Irene. (¡Oh gozo!)
Ruf. (¿Sabrá que Irene
Está aquí?)
Naz. Mientras mi ausencia
Llora la pobre en Valencia...
Irene. (¡Oh!...)
Ruf. Hablar mas bajo conviene.
(*Bajando la voz y volviendo á separarse hácia la izquierda.*)
(Nada sabe. Aun no desmayo.)
Si le oye á usted la condesa
En su pecho la sorpresa
Hará el efecto del rayo.
Irene. (Otra vez la falsa amiga
Baja la voz. No interpreto
Cuál pueda ser el objeto
De su diabólica intriga.)
Ruf. ¿Será usted, hombre inconstante,
Tan mal caballero ahora
Que abandone á una señora
En conflicto semejante?
Naz. No habrá quien de tal me arguya.
Por mí está comprometida,
Y yo sabré dar mi vida
En rescate de la suya;
Pero si me acierta el tiro
Que mi rival me previene,
¡Para tí, querida Irene,
Será mi último suspiro!
Ruf. (¡Qué retroceso!... Urge ya
Que la condesa le vea.)
¡Morir! ¡Qué funesta idea!
No; todo se arreglará.
Voy á decirla que usted
Está aquí.
Naz. ¿Me espera á mí?
Ruf. ¡Y con qué impaciencia!
Naz. ¿Sí? (*Complacido.*)
Ruf. ¡Oh!... Vuelvo. (Caerá en la red.)
(*Entrando en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

IRENE, DON NAZARIO.

Naz. (A las dos de la mañana
(*Sentándose.*)
Era mi mejor amigo
El buen conde... ¡y á las dos
De la tarde nos batimos!)
Irene. (Solo ha quedado. ¿Saldré...?
No. Segun Rufina dijo
Le espera aquí la condesa,
Y aunque sepa ser testigo
De mi derrota, apurar
Hasta la haz determino
La copa de la amargura.)
Naz. (Sería un villano indigno
De mi nombre si volviese
A la vista del peligro
La espalda.)
Irene. (¡Cómo cavila!
O me engañan los indicios,
O, en efecto, pesaroso
Está de haberme ofendido.)
Naz. (Si ahora mi cómplice hermosa
No agradece mis servicios,
Y saco de la refriega
Cuando menos un buen chirlo,
Y en las márgenes del Túria
Se sabe mi desafío,
Y, por ende, en justa pena
De mi presunto delito,
Irene me destituye
De su gracia, ¡me he lucido!)
Irene. (Suya es mi fe. De su boca
Lo oí. Frívolo capricho,
No tierna pasion, le atrajo
A esa mujer que maldigo.)

ESCENA IX.

IRENE, DON NAZARIO, EL CONDE.

Conde. (¡Perfectamente! Su padre
(*A la puerta del foro.*)
No está en casa. Me lo ha dicho
El criado. — ¡Oiga! Un galan...
(*Viendo de perfil á don Nazario, que está muy absorto en sus meditaciones.*)
¡Y es don Nazario!...
(*Adelantándose un poco y en términos que el biombo impida que Irene le vea.*)
Sí; el mismo.
¡Es mi sombra! ¿No le basta
Mi mujer á ese maldito,
Que me disputa tambien...?
Yo he de saber... No me ha visto...
¡Ah! este biombo... En él me oculto...)
(*Lo hace.*)
Irene. (¡No viene!)
(*Tanto Irene como el conde asomarán de cuando en cuando y con precaucion la cabeza desde su escondite respectivo, y mirando siempre ambos al sitio y á los interlocutores que absorben en el momento todo su interés.*)
Conde. (Desde aquí atisbo.)
(*Desde el extremo del biombo mas distante del foro.*)
Naz. (Ya tarda... (*Levantándose.*)
No; ya está aquí.)
(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)
Irene. (Ya viene.)
(*Aparecen la condesa y Rufina.*)
Conde. (¡Cielos! ¿qué miro!)

ESCENA X.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO, IRENE, EL CONDE.

Naz. Señora...
Cond. Mi desconsuelo
Cesa al ver á usted.
Conde. (¡Qué tal!)
Cond. Pues es segura señal
De que no permite el cielo
Que corra la sangre...
Naz. ¿Cuál?
Cond. ¿A qué negarlo? Yo sé...
Pero acaso ya no es hora
De impedir... ¿El conde...?
Naz. A fe
Que no le he visto, señora,
Desde el lance del café.
Cond. ¿Palabra de caballero?
Naz. Sí.
Cond. Mas mi angustia no cesa
Si no me hace usted promesa
Solemne...
Naz. ¿De qué?
Cond. No quiero
Que usted se bata.
Naz. ¡Condesa!...
Irene. (¡Miren si toma interés
Por él!)
Conde. (¡Me ahoga el furor!)
Naz. Exija usted de mi amor
Que caiga muerto á esos piés,

Pero, señora, el honor...
Cond. ¡Honor! ¿Qué será del mio
Si me cubre de mancilla
Ese duelo atroz, impío?
Conde. (¡Solo por la negra honrilla
Tiene miedo al desafío!)
Naz. Considere usted que yo
No he provocado la lid,
Y si respondo que no
Al rival que me retó,
¿Qué dirá luego Madrid?
Cond. ¿Y es usted el que suspira
Por mí? No; ¡engaño, mentira!,
Pues indiferente y yerto
Bañado mi rostro mira
Con las lágrimas que vierto.
Conde. (¡No puedo mas!)
Irene. (¡Oh mujer
Pérfida, aleve!)
Ruf. (¡Yo venzo!)
Naz. Señora, ¿qué puede hacer...?
Cond. ¡Calle usted! Hoy me avergüenzo
De haberle creido ayer.
Irene. (¡Me aspo!)
Cond. ¿Qué pasion es esa
Que no consigue triunfar
De un vano orgullo?
Naz. ¡Condesa!...
Cond. (¡Hum!)
Naz. Yo... Cuando... (A mi pesar
Me seduce y me embelesa.)
Me afrentará mi enemigo
Si...
Cond. Cúlpeme usted á mí.
Naz. Mas...
Cond. Pongo á Dios por testigo
Que no sale usted de aquí
Si no me arrastra consigo.
Conde. (¡Qué audacia!)
Naz. (¡Almas de diamante
Labrara ese tierno lloro!)
Cond. ¿Cree usted, si en vano le imploro,
Que pueda yo un solo instante
Sobrevivir al que adoro?
Naz. ¡Ah, no mas!
Irene. (¡Yo muero!)
Conde. (¡Hoy arde
Esta casa!)
Naz. A tu deseo
Me rindo. No iré esta tarde
A la cita aunque cobarde
Me llame el mundo.

ESCENA XI.

LA CONDESA, DON NAZARIO, RUFINA, EL CONDE, IRENE, DON MARTIN.

Mart. (¡Qué veo!)
(*Parándose en la puerta del foro.*)
(*Se esconde en el biombo.*)
Conde. (¡Oh! Se acordarán de mí...)
Naz. Ya no temo al qué dirán.
Guardaré mi vida, sí,
Pues me pides con afan
Que la guarde para tí.
Cond ¿Qué oigo? Usted no ha comprendido...
Conde. (¿Eh?)
Irene. (¿Qué?)
Naz. Yo...
Ruf. ¡Tú...!
(*A la condesa.*)
Mart. ¿Qué Belen...?
(*Asomando la cabeza por el lado del biombo inmediato al foro, cuya accion repetirá varias veces.*)
Cond. La vida que al cielo pido
No es la de usted.
Conde. (¡Bravo!)
Irene. (¡Bien!)
Naz. Pues... ¿cuál?
Cond. ¡La de mi marido!
Irene. (¡Bien haya tu boca!)
Conde. (¡Un peso
Me quita...!)
Irene. (¡Albricias, Irene!)
Naz. Señora... Yo pierdo el seso.
Irene. (Yo no sé qué me contiene
Que no voy á darla un beso.)
Naz. Señora, si necio fuí
La pena á sufrir me allano,
Mas la que me trata así
Ponga en su pecho la mano
Antes de juzgarme á mí.
Ruf. (¡Malo!)
Mart. (¿Qué tramoya es esta?
¡En el biombo somos dos!)
Naz. ¡Qué! ¿no merezco respuesta?
Cond. Don Nazario...
Mart. (¡Voto á brios!...)
Conde. (Oigamos lo que contesta.)
Cond. No me hará injusta el dolor.
Yo confieso, y en mi frente
Ya lo denuncia el rubor,
Que de mi fatal error
Solo usted es inocente.
Naz. Gracias por el adjetivo.
Cond. Mi marido...

Conde. (Aquí entro yo.)
Cond. Mudable, pérfido, esquivo,
No hallaba en mí el atractivo
Que un dia le cautivó.
Para recobrar su fe
En vano ¡ay Dios! redoblé
Mi tierna solicitud.
¡Estéril mi llanto fué,
Despreciada mi virtud!
Conde. (¡Es verdad!)
Cond. En tal estado,
Una buena alma me dió...
Irene. (La bruja que está á su lado.)
Cond. Consejos que ¡ojalá yo
No hubiera nunca tomado!
Ruf. Pudo errar en su opinion,
Pero la buena intencion...
Cond. Permítame usted, señora...
No hable con usted ahora.
Ruf. (Me va á dar un sofocon.)
Cond. Yo la obedecí indiscreta;
Usted creyó, don Nazario,
Mentiras de una careta...,
Y por amor fuí coqueta
Como otras por lo contrario;
Que, aunque en el alma lo siento,
Declararlo es ya forzoso,
Don Nazario: ni un momento
Alejé del pensamiento
La memoria de mi esposo.
Cond. (¡Adela!)
Conde. ¡Ay! De mi locura
No tardé en sufrir la pena,
Y para mas desventura
Todo en mi mal se conjura
Ante el juez que me condena.
Naz. ¡Bueno es que ahora me exhorte
A compadecer su mal
La arrepentida consorte
Cuyo amor de carnaval
Me hace escarnio de la córte!
Cond. Si en el engaño que lloro
Ve usted tamaño desdoro,
Pues yo sola le ofendí,
Vengue usted su ofensa en mí,
No en el dueño á quien adoro.
Naz. Ignora usted que es la ofensa
Mas grave de lo que piensa; —
Pero fuera bastardía
Fulminar la saña mia
Contra una dama indefensa.
Cond. ¿Qué me vale ese perdon,
Hijo quizá del desprecio,
Si por mi necia ilusion
Pierdo...?
Naz. No sé, en conclusion,
Cuál de los dos fué mas necio.
Cond. ¡Por una culpa tan leve
Perder para siempre ¡ay Dios!
A mi esposo...!
Conde. (Me conmueve.)
Naz. Yo soy... (Me hará que lo pruebe.)
Quien pierde mas de los dos.
Irene. (¡Él!)
Ruf. ¡Usted!
Cond. ¿Cómo!...
Mart. (Esto acaba
Mal.)
Naz. Si usted misma confiesa
Que su esposo no la amaba,
Saco yo en limpio, condesa,
Que queda usted... como estaba.
Mas desdichado soy yo;
Que amado de un ángel fui,
Y ahora ¡ay triste de mí!
Por un falaz dominó
Perderé su gracia.
Mart. (¡Sí!)
Irene. (¿Qué haré?...)
Mart. (Y la mia tambien.)
Ruf. (¡Dios lo quiera, amen, amen!)
Cond. ¡Oh si á mi lado te viera,
Querido conde, aunque fuera
Víctima de tu desden!
Conde. (El alma me hace pedazos.)
Cond. Sin tí, bien mio, ¿qué lazos
Me unen al mundo?
Conde. (¿Aun vacilo!)
Cond. ¿Dónde buscaré un asilo?
¡En la tumba!
Conde. ¡No! ¡En mis brazos!
(*En alta voz, saliendo rápidamente del biombo y abrazando á la condesa.*)
Cond. ¡Ah, eres tú!
Naz. ¡El conde!
Ruf. (¡Él aquí!)
Irene. (¡El del baile!)
Mart. (¡El caballero
De anoche!)
Cond. ¿Quién te ha traido
A esta casa?
Conde. Mi ángel bueno.
Ruf. (¡El demonio!)
Cond. Me escuchabas...
Conde. Y me felicito de ello.
Te confieso que al principio
Pasé en el biombo tormentos
Horribles.
Mart. (Hasta que llegue
Mi turno ocupo su puesto.)
(*Pasa al otro lado del biombo.*)
Conde. Mas convencido después
De tu inocencia y del tierno,
Incomparable cariño
Que, aunque indigno, te merezco,

Entre tus brazos depongo
Mi injusto resentimiento.

Cond. ¿Injusto? ¡Ah! no. Mi conducta
Fué culpable; bien lo veo.
¿Qué importa que sea el fin
Laudable cuando los medios...?

Conde. No te disculpes, Adela.
Si tus descargos acepto
Habré de dártelos yo
De mis infinitos yerros,
Y saldría mal librado...
No, prenda mia; prefiero
Que hagamos corte de cuentas.
¿Eh?

Cond. Sí.

Conde. Y desde hoy libro nuevo.
Venga otro abrazo.

(*Se abrazan otra vez.*)

Ruf. (¡Oh suplicio!)

Mart. (Nazario ha quedado fresco.)

Conde. Y al que le pese...

Irene. (¡A mí no!)

Naz. Conde, á mí me importa un bledo
Que ustedes se reconcilien
O no.

Conde. ¡Bravo! Yo celebro
Que lo tome usted con esa
Filosofía. — Del duelo
No se hable ya...

Naz. Es que si usted
Exige de mí otro género
De satisfacciones, yo
No estoy de humor...

Conde. Ni las quiero,
Ni las necesito. Adela
Sentenció ya nuestro pleito.

Ruf. (Otra queda y en él fundo
Mi esperanza.)

Naz. Con efecto,
Ridículo desafío
Sería ya, lo confieso,
El de un galan sin amor
Contra un marido sin zelos.

Cond. Es claro. (Volado está.)

Naz. ¿Sin amor he dicho? Miento.
Yo adoro y siempre adoré
A mi dulce Irene.

Irene. (¡Oh cielo!)

Mart. (¿Será verdad?)

Naz. A la flor
Mas linda que halaga el céfiro
En las orillas del Túria.

Irene. (¡Delicia!..)

Ruf. (¡Horror!)

Conde. ¿Sí? Me alegro.

Naz. Mi adhesion á la condesa, —
No lo digo por despecho, —
Ha sido... No sé qué ha sido;
Una aberracion, un vértigo,
Una pesadilla, un... Vamos;
Cada vez que considero
Que cuando Irene lo sepa
Me desáhucia sin remedio
Me arrojaría al canal,
Me colgaría del techo.

Irene. (¡Pobrecito!)

Naz. ¿Sabe usted,
Señor conde, lo que pienso?

Conde. Diga usted...

Naz. Mejor será
Llevar adelante el reto.

Irene. (¿Está loco?)

Cond. ¡Ah! no en mis dias.
(*Abrazando al conde.*)
¡Querer matarle...!

Naz. No es eso...

Cond. ¡Y ahora que tengo la gloria
De ser amada!...

Naz. Antes quiero
Que él me mate á mí.

Conde. ¿Por qué?
Ya no tendría pretexto...

Naz. Pero ¿merece vivir
El que fué tan majadero?
Mañana referirán
Seis periódicos, lo menos,
Mi aventura. Lo que tarde
En llegar allá el correo
Tardará Irene en saberla.
¿Con qué cara me presento
A sus ojos? ¿Dónde hallar
A mi extravío funesto
Disculpa...?

Irene. En mi corazon.
(*Saliendo de su escondite.*)

Naz. ¡Ah!

Ruf. (¡Infierno!)

Mart. (¡Calle!)

Conde. ¡Oh!

Cond. ¡Qué veo!

Naz. ¡Luz de mis ojos! Permite
Que caiga á tus piés...

Ruf. (¡Reviento
De cólera!)

Irene. No. Levanta.

Naz. ¿Me perdonas?
(*Tomando la mano de Irene.*)

Irene. Sí.

Naz. ¿La beso?

Irene. Sí.

(*Don Nazario besa la mano de Irene. Don Martin sale precipitadamente del biombo y los separa.*)

Mart. ¡Poco á poco!

Irene. ¡Papá!
Conde. ¡Otro en el biombo! ¿Qué es esto?
Naz. ¡Qué sorpresa! ¡Don Martin!...
Conde. Servidor...
(*Saludando á don Martin.*)
(¡El sarraceno!)
Señorita... (*Saludando á Irene.*)
(*Irene contesta con una cortesía.*)
Cond. ¿Conocias...?
Conde. Sí; hicimos conocimiento
Anoche en el baile...
Irene. Sí;
Engañado á lo que infiero
Por el disfraz que llevaba,
Me honró este señor creyendo
Que yo era usted.
Naz. ¡Ah!... Ya caigo...
Conde. Dominó color de fuego...
Cond. ¡Ah!...
Ruf. (¡Maldita explicacion!...)
Naz. Con que... Vamos; ya comprendo...
Conde. Nada tenemos que echarnos
(*A don Nazario en voz baja.*)
En cara, mi amigo.
Naz. Cierto.
Mart. ¿No habrá un cristiano entre ustedes
Que me descifre este enredo?
Conde. Aventuras..., trocatintas
De carnaval...
Ruf. (Hoy me cuelgo.)
Irene. Échese todo en olvido
Pues estamos ya de acuerdo...
Mart. Pronto lo has dicho, hija mia.
En lo demás no me meto,
Mas por lo que hace á Nazario...
Yo no quiero para yerno
Al que, por *fas* ó por *néfas*
Y de obra ó de pensamiento,
Pecaba contra su novia
Porque la juzgaba lejos.
Naz. ¡Don Martin!...
Irene. Hay circunstancias
Atenuantes...
Cond. Yo intercedo
Por él, pues la culpa ha sido
Mia...
Conde. (Hagamos un esfuerzo.)
Yo tambien suplico á usted...
Irene. Venial ha sido su yerro,
Y harto lo ha expiado ya...
Naz. ¡Oh indulgencia sin ejemplo!
Irene. Dios perdona al pecador
Que muestra arrepentimiento.
Mart. Mientras yo no me convenza
De que es el suyo sincero...
Naz. Usted se convencerá.
Mart. Entonces seré tu suegro.
Entre tanto, haz penitencia.
Naz. Sí, señor; mas... ¿Cuánto tiempo?
Mart. Mucho.
Naz. ¡Ah!...
Irene. No tengas cuidado,
(*A Nazario en voz baja.*)
Que yo haré abreviar el término.
Ruf. (Disimulemos.) Por fin
La dulce paz...
(*Asoma don Alejo por el foro.*)
Conde. } ¡Don Alejo!
Naz. }

ESCENA XII.

LA CONDESA, EL CONDE, IRENE, DON NAZARIO, RUFINA, DON MARTIN, DON ALEJO.

Alejo. Señora, siento en el alma
(*A la condesa.*)
Que ni vivos ni difuntos...
Pero ¿qué veo? ¡Aquí juntos
Los dos... y con tanta calma!
Conde. A ruego de mi mujer
Hemos hecho ya la paz.
Alejo. ¿Qué oigo? (¡Este hombre es incapaz!
¡No me queda mas que ver!)
Yo celebro... (¡Es mucho asunto!...)
Naz. Pero ¡tú...!
Alejo. (¡Cayó en sus redes!)
Naz. ¡Por aquí!...
Ruf. Presento á ustedes
(*Mostrando á don Alejo.*)
Mi caro esposo y conjunto.
Conde. ¡Ah!...
Naz. (¡Por algo la escondía!)
Alejo. Sí; esta es mi dulce mitad...
(¡Hoy me da una enfermedad!)
Conde. (¡Pobre Alejo! Es una arpía.)
Ruf. Albricias, Irene hermosa;
Albricias, querida Adela.
¡Cuál me halaga y me consuela
Vuestra dicha! (Estoy furiosa.)
Cond. Calle usted, si no desea
Que mi lengua le maldiga.
Irene. ¡Intrigante!
Cond. ¡Mala amiga!
Ruf. ¡Yo!...
Conde. ¡Y vieja!
(*En voz baja á don Nazario.*)

Naz. ¡Y malvada!
(*A don Martin, lo mismo.*)
Mart. ¡Y fea!
(*Lo mismo á don Nazario.*)
Ruf. ¡Ingrata! ¿á tratarme así
(*A la condesa.*)
(¡Yo bramo!) cómo te atreves?
Si el conde te ama ¿á quién debes
Tal milagro sino á mí?
Cond. Ahora, mujer fementida,
En el éxito te apoyas,
Pero ya de tus tramoyas
La intencion es conocida.
Mart. Mal va á salir de este lio.
(*Aparte al conde.*)
Ruf. ¿Cual fué? (Me lleva el demonio.)
Cond. Infernar mi matrimonio.
Irene. Y hacer imposible el mio.
Naz. ¿Y por qué á tales extremos
Llevó el dolo y la asechanza!...
Irene. Por envidia.
Naz. Y por venganza
De lo que ella y yo sabemos.
Alejo. ¡Basta!...
Ruf. ¡Qué infamia! ¡Qué insulto!
¡Qué injusticia!...
Alejo. Mejor es
(*Acercándose á ella y en voz baja.*)
Callar... Son dos y ya ves
Que rematan en el bulto.
Ruf. Mas me desdoro... (¡Hoy fallezco!)
En probar mi buena fe
Cuando... Amigas hallaré
Mas dignas...
Conde. (¡Las compadezco!)
Ruf. ¡Necias! Ahora estais en babia,
Pero... En fin... (¡Quemada estoy!)
Abur. Adentro me voy...
(¡A repelarme de rabia!)
(*Vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA, EL CONDE, IRENE, DON ALEJO, DON NAZARIO, DON MARTIN.

Alejo. Es maldita de cocer
Mi mujer, y sin embargo,
Debo... Háganse ustedes cargo
De que, al fin, ¡es mi mujer!
Ella se va con amagos
De un horrendo patatús.
Si se muriera... ¡Ay Jesus!
Yo no soy para estos tragos,
Voy...
Naz. Maldito el sentimiento
Que yo en tu lugar tendría...
Déjala...
Alejo. ¡No! Todavía
No ha otorgado testamento.
(*Vase por donde se fué Rufina.*)

ESCENA ULTIMA.

IRENE, EL CONDE, LA CONDESA, DON NAZARIO, DON MARTIN.

Naz. ¡Pobre don Alejo!
Cond. Vámonos,
Que ya avergonzada estoy
En esta casa.
Mart. Tambien
(*A Irene.*)
Nos marcharemos los dos.
Irene. Al instante.
Mart. Bien estamos
En cualquiera parador.
Para ocho dias...
Irene. ¿No mas?
Mart. Así que se cumplan doy
La vuelta á Valencia.
Naz. Iremos
Los tres...
Mart. ¿Cómo?...
Irene. Sí, señor. —
Y en seguida nos casamos.
¿Verdad?
Mart. ¡Niña! Tu reloj
Corre que vuela.
Irene. Si al fin
Ha de ser...
Conde. Tiene razon.
Mart. Bien; en llegando á Valencia
Será...
Irene. Lo que quiera yo.
(*A don Nazario en voz baja.*)
Naz. ¡Ah!...
Conde. Propongo que en mi casa
Los cinco comamos hoy
Para celebrar un dia
Tan feliz.
Cond. ¡Oh, sí; el mejor
De mi vida!
Naz. Acepto.
Mart. Acepto.
Conde. Tuyo hasta la muerte soy.
(*A la condesa.*)
Cond. ¿De veras?

Conde. Si, Adela, sí;
Mas con una condicion.
Cond. Dímela.
Conde. ¡No mas amigas!
Cond. ¡No!
Naz. ¡Lo mismo digo!
Irene. ¡No!
Conde. Las hay muy buenas; convengo.
No hay regla sin excepcion.
Pero otras... La tal Rufina...
No levantaré mi voz
Aunque recibas en casa
A toda la guarnicion
De Madrid...
Irene. ¡Ave María!...
Conde. Pero ¿amigas?... ¡No, por Dios!

¿QUIÉN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ESPAÑOL EL DIA 7 DE DICIEMBRE DE 1849 (1).

PERSONAS.

La CONDESA.
ISABEL.
Doña MENCIA.
El REY.
QUEVEDO.
GONZALO.
MARTIN.
El Alcaide.
Don ALVARO.
Damas.
Ugieres.
Guardia.

La accion se supone en Madrid, año de 1648.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral a la derecha: otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

(*Sentado á la mesa de escritorio.*)

Otra carta, y es la última,
Al arrendador Ambrosio
García. — Cansan, aburren
Tantas horas de escritorio.—
Hoy no he visto todavía
A la que es luz de mis ojos,
Y ausente de su hermosura
No vivo, ó vivo en un potro.
La condesa...

ESCENA II.

GONZALO, QUEVEDO.

Quev. Perdonad, (*Entrando.*)
Señor mio, si me tomo
La libertad...

(1) Mucho dió que hablar y discurrir, no solo en los círculos literarios, sino entre los meros aficionados a los espectáculos dramáticos, y aun entre muchas personas que solo tienen noticia de ellos por los anuncios de los diarios, el rigoroso incógnito que el autor de esta comedia guardó hasta concluida la primera representacion.

Gonz. Caballero...

(*Levantándose.*)

¡Cielos, qué veo!...

Quev. Este mozo...

Sí, es Gonzalo.

Gonz. ¡Don Francisco

De Quevedo!... ¡Dios piadoso!...

¡Tanta dicha!... Permitid

Que á esos piés...

Quev. No me conformo.

Mis brazos están mas cerca.

(*Le abraza.*)

Gonz. Yo los recibo con gozo

Y con orgullo.

Quev. A tu padre

Retrata fiel ese rostro

No lo hizo, sin embargo, por el pueril deseo de singularizarse, ni por dar mas importancia à su obra cubriéndola con el velo del misterio. Pareciale abusiva y perjudicial la costumbre contraria; esto es, la de apresurarse la prensa periódica à hacer constar quién ha escrito un drama cuando todavía está en borrador, y tal vez cuando apenas se ha bosquejado el plan. Pensaba —¿y qué hombre sensato no será de su opinion? que si esto no es de aprobar cuando el interesado no lo autoriza, lo es mucho menos el prevenir el juicio del público con alabanzas intempestivas que, por lo regular, comprometen mas que favorecen, ó con censuras que no prueban mucho amor al prójimo de parte de quien tan oficiosamente las anticipa. El autor de *¿Quién es Ella?* tenia ademàs motivos particulares en aquellas circunstancias, y aun antes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho que intrínsecamente valiera y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela ni de sus antecedentes. El drama no es en su totalidad del género en que mas habitualmente se habia ejercitado, y esta era otra razon que le movia à presentarlo anónimo; y hasta el título *¿Quién es Ella?*, sugiriéndole naturalmente la idea de otra pregunta análoga, la de *¿Quien es Él?*, le confirmó en su inocente propósito.

En las varias lecturas, tanto oficiales como privadas, que de esta hija expósita de Talía se hicieron, mereció encomios à que su pobre sigiloso padre no estaba tiempo habia muy acostumbrado; encomios harto superiores al mérito de la criatura; y es que sin duda lo suplia para excitar un interés desusado su cualidad de huérfana abandonada y desvalida. Y en verdad que no se la tuvo por de baja extraccion. Ningun padre se le atribuyó que no fuese ilustre en el Parnaso español contemporáneo, salvo el verdadero, à quien alguno acertó à aplicarla por completo, y muchos—, esto era forzoso—, achacaron una parte de ella: lo cual, y el figurar en la accion como personaje muy principal *don Francisco de Quevedo*, hacia recordar aquel su famoso romance *Yo el menor padre de todos los que hicieron ese niño*, etc. «En esta letrilla, decian, en esas quintillas, en aquella escena se ve la mano de *Breton;* pero esta situacion interesante, estos endecasílabos filosóficamente tiernos... no pueden ser de su cosecha: hé aquí la pluma de H...; —este diálogo conceptuoso, incisivo, es evidentemente de B...; —y ¿à quién se oculta el estilo de V..., su buen gusto y su tacto dramático, en mas de un rasgo, en mas de una peripecia...?» El autor, a cuya noticia llegaban estos juicios, y que muchos de ellos hubo de presenciar, por no hacerse sospechoso con su ausencia, veia muy satisfactoriamente cumplida una parte, la mas importante de su designio; pero sufria indecibles angustias y tormentos, y no comprende cómo no le denunció su semblante; cómo no le acusaron hasta las palabras mal estudiadas con que negaba toda participacion en la confeccion de la obra; porque seguramente si de algo peca, no es de falta de sinceridad y sobra de cautela y disimulo. No era por cierto la menor porcion ni la menos celebrada de la tarea la que sin disputa y casi unánimemente se le adjudicaba; pero al ver que de otras se le negaba la paternidad, tuvo que hacerse suma violencia para no protestar contra semejante decision, y recordar que en su larga carrera creia haber mostrado que, si en general y à fuer de poeta cómico, habia propendido con preferencia à hacer reir, no le eran desconocidos otros resortes del humano corazon; que no sin fruto habia en ocasiones procurado hablar de otro modo que con chistes dialogados al alma y à la imaginacion de los espectadores; que no hacia en algunas escenas de *¿Quién es Ella?* su primer ensayo de *discreteo* quien ya lo habia manejado con aceptacion en otras muchas, y aun en comedias enteras; que ni en lo sentimental, ni en lo pintoresco, ni en lo patético, ni aun en lo terrible, probaba por primera vez sus fuerzas; y últimamente, que bien podia ser *único autor* de *¿Quién es Ella?*, no obstante la diversidad de tonos à que su argumento convida, el que, si habia producido comedias como *Un tercero en discordia; Un novio para la niña; El amigo mártir; El pro y el contra; Un dia de campo; Dios los cria y ellos se juntan*, y otras muchas de esta clase, tambien habia dado à luz *Elena* y *Don Fernando el Emplazado; Ella es Él* y *Finezas contra desvíos; Muérete y verás* y *El cuarto de hora*; *La Independencia* y *La Batelera de Pasajes*.

¿Y qué diremos de las tretas que se pusieron en juego para sorprenderle ó arrancarle su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con que à cada paso se le acometia? Fatigado, aburrido, se hubiera cien veces *espontaneado*, à no temer que luego se le tildase de poco firme en su resolucion, y à no haberle animado con sus consejos y su ejemplo à perseverar en ella los señores *don Ventura de la Vega* y *don Juan Eugenio Hartzenbusch*, sus únicos confidentes; el primero en calidad de comisario regio del Teatro Español, y el segundo en la de representante del autor para el repartimiento y ensayos de la comedia.

En obsequio de la brevedad, y por otros respetos, se suprimen muchos incidentes que no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir à que el poeta se arrepintiese de tan improba tentativa, y diese à mil diablos el momento en que se le ocurrió. Pero no es para omitida la mayor de las penalidades que por consecuencia hubo de imponerse; la de asistir *coram populo*, en un palco (que pagó, por supuesto) à la primera representacion; ¡él, que cuando se estrena alguna composicion suya no encuentra rincon bastante tenebroso y oculto donde esconderse para esperar allí el fallo del auditorio!... Suplicio fué aquel que no bastarian a resarcir todas las ovaciones del mundo; y si el autor afirma que cuando se le nombraba por fin en la escena, y benévolos los oyentes instaban

Juvenil: al tierno amigo
Que vivo amé, y muerto lloro.
Gonz. Si vos le llorais, señor,
¿Qué haré yo huérfano y solo...?
Quev. Eso no, mientras yo viva.—
Mas, aunque me huelgo y honro
De verte, aquí no he venido
Con semejante propósito.
Yo no te hacía en Madrid...
Gonz. Emprendí el viaje mas pronto
De lo que había pensado.
No bien sacudido el polvo,
Os busqué; pero sin fruto.
« Astro luciente del trono
De Felipe, apenas sale
De palacio y sus contornos »,
Me dijeron, y...
Quev. Es verdad.
Felipe, que es generoso,
Justo, apacible, magnánimo
Cuando obedece á sus propios
Instintos, hoy que ya libre
Se ve del yugo ominoso
Del funesto Conde-Duque,
Ruina y baldon de su solio,
Desagraviarme pretende
Del no merecido encono
Con que en mis ancianos dias
Me ha perseguido el sañoso
Privado. Yo que, no ha mucho,
Gemía en un calabozo,
Calumniado, enfermo y pobre,
Hoy nadaría en un golfo
De honras y bienes, si fuera
Mi corazon ambicioso.
Mas quien jamás codició
Grandezas que engendran odios
Y sobresaltos y crímenes
Y escarmientos, sandio y loco
Sería si tal hiciera
Cuando tiene un pié en el hoyo.
Y no obstante la seráfica
Modestia de que blasono,
Héme aquí hecho un palaciego.
El rey, á mi ruego sordo,
De la libertad me priva
Por que suspiro y sollozo.
No se halla sin mí, y abruma
Mis harto frágiles hombros
Con su real benevolencia.
No sé, Gonzalo, si logro
Tanta distincion á título
De amigo; pero es notorio
Que mas barato que yo
No lo ha de hallar en el globo.
Ni pedigüeño le canso
Ni le atosigo oficioso. —
O acaso tanto favor
Debo á ser hijo de Apolo;
Que tambien su majestad
Emplear suele sus ocios
En hacer versos, tal vez, —
Y esto quede entre nosotros, —
No tan buenos como augustos.
Ni será extraño tampoco
Que por su bufon me tenga. —
¡ Dicen que soy tan gracioso!...
Mas volviendo á tí, querido
Gonzalo, no te perdono
No haber tomado hospedaje
En mi casa.
Gonz. Soy tan corto...
Quev. La cortedad es bobada,
Y en Palacio sobre todo.
Fray Modesto nunca asciende
A prior de san Jerónimo.
¡ Ni haberme escrito dos letras
Diciéndome cuándo y cómo
Te habría de hallar! Al punto
Hubiera hecho yo de modo

por que se presentase en ella, él se encerraba en su casa calenturiento y convulso, no dirá mas ni menos que la pura verdad. ¡Y hubo todavía quien acriminase su reserva, que en último resultado á nadie sino á él mismo había de perjudicar! ¡Hubo censuras, y sarcasmos y pullas contra un acto, ya que no de laudable modestia, al menos de legítima prevision, cuando impunemente se suele con frecuencia pecar en el extremo contrario! Si con su incógnito podia esperar el poeta que algunos de sus encarnizados y sistemáticos enemigos dejasen de serio por espacio de algunas horas, ¿no se privaba de la predisposicion favorable de los muchos que le honran con su amistad? La misma curiosidad tan vivamente excitada ¿no habia de causar alguna distraccion á espectadores no habituados á que en esta parte se tarde tanto en satisfacérsela hasta la saciedad? Y, como fundadamente lo apunta el señor *Hartzenbusch* en su prólogo á la presente coleccion, esa curiosidad ¿no habia de redundar en detrimento del mayor interés con que sin ella se hubiera oido el drama? Al paso que la conducta del autor fué por algunos tan severamente calificada, otros, que no le quieren mal, sintieron que no siguiese callando *siquiera quince dias mas.* — Pero él declara que está muy cordialmente pesaroso de haber osado introducir tan impertinente y subversiva novedad en la república de las letras, y jura que no volverá á gravar su conciencia con tan enorme delito.

La mayoría de los periódicos juzgó después la comedia mas ó menos favorablemente; otros la trataron sin misericordia: todos estuvieron en su derecho; y el autor, que no gusta de entablar polémicas en defensa de sus escritos, nada nuevo podría añadir á los notables artículos que su buen amigo el señor *don Manuel Cañete* publicó á la sazon en el *Heraldo*, desvaneciendo todos los cargos aducidos contra *¿Quién es Ella?*, y tanto y de tal modo que, aun mas que docta refutacion, fué la suya apasionada apología.

Que me vieras en mi casa,
O en la del rey, sin estorbo,
A todas horas del dia. —
Pero, si no me equivoco,
Tal está mi buen Gonzalo
Que no ha menester patronos.
No te aconsejo que trueques
Por el triste dormitorio
Y parca mesa que puedo
Yo ofrecerte, estos suntuosos
Salones. — ¿Eres, — perdona
Mi extraño interrogatorio, —
Pariente de la condesa,
O su agente de negocios?
Gonz. Soy su criado. La suerte
Me deparó este acomodo.
Quev. Y no en oficios mecánicos
Que puedan darte sonrojo
Te ocupa, por lo que veo.
¡ Bien! Es dama de alto bordo,
De esclarecido linaje
Y de pingüe patrimonio,
¡Y con favor en la córte!
Como que ejerce el honroso
Cargo de aya de la infanta.
Si la entraste por el ojo
Derecho...
Gonz. Preferiría,
Ya que servir me es forzoso,
Servir á su majestad.
Quev. Como cuestion de decoro,
Lo apruebo; mas tan lucido
No estarás y tan orondo
Como ahora, si dependes
De las arcas del tesoro;
Que, si algo dejan en ellas
Asentistas codiciosos
Y validos insolentes,
Se gasta en cañas y toros.—
¿Pides algo al rey?
Gonz. Mi padre
Le ha servido con heróico
Valor. Murió en Portugal
Herido de aleve plomo;
Y apoyándome en sus méritos,
Ya que no puedo en los propios,
Pido la contaduría
De alcabalas de Logroño;
Mas no espero...
Quev. ¿Por qué no?
Para destino tan módico
Presumo que bastará
El influjo de que gozo.
Mejor te lo ofrecería,
A fe de amigo y de prójimo;
Pero yo no soy ministro
Ni con ministros me rozo,
Sino poeta, y poeta
Que no, como suelen otros,
Me alimento de ficciones
Y de figuras y tropos,
Sino que hago profesion
De decir sin circunloquios
Por escrito y de palabra
Verdades de tomo y lomo.
¡Así estoy yo de medrado!
Camino tan escabroso
No allana, Gonzalo amigo,
La cumbre del Capitolio.
Pero á tal córte has llegado
Y en tiempo tan delicioso,
Que para tí, apuesto jóven,
Bien nacido y nada bobo,
Pueden ser flores risueñas
De la vida los abrojos.
Si un dia Marte, hoy es Vénus
El astro que aquí... A propósito :
¿Tienes ya empleo en Madrid?
Hablo de empleo amatorio.
Gonz. Tal vez.
Quev. ¿Y qué corazon,
Si no es de piedra ó de corcho,
No paga en Madrid tributo
A Mundo, Carne y Demonio?
Gonzalo, el mar de la córte
Está erizado de escollos.
Las Circes y las sirenas
Bogan armadas en corso
A caza... ; ellas dicen de almas ;
Yo, del vellocino de oro;
Y mas que Ulises sagaz
Y muy experto piloto
Ha de ser el que no sea
De su despejo despojo.
Mas no todas son del gremio
De santo *Tomás* apóstol :
Tambien *Dante* tiene alumnas...
Que ya pasan del otoño. —
¿Te ries? No aludo á tu ama,
Que no soy tan malicioso.
Ni de ella puede decirse
Lo de « á un descosido un roto »,
Que es dama de muchas prendas...,
Y está en el segundo tomo
De la hermosura; es decir,
Sinó en su mayo, en su agosto.
Gonz. ¡Siempre maligno y zumbon!...
Quev. El mundo es jaula de locos,
Gonzalo mio, y prefiero,
Filósofo por filósofo,
A lagrimones de Heráclito
Carcajadas de Demócrito.—
Pero háblame con lisura :
¿Te mira con buenos ojos
La condesa?
Gonz. Cada dia

Me da nuevos testimonios
De su extremada bondad.
Soy su indigno mayordomo,
Su secretario, tal vez
Su amigo...
Quev. Ya: su *factotum*...
Di de una vez, soy su amante,
Y *finis coronat opus.*
Gonz. No merezco tanto honor.
Quev. ¿Por qué no? Dios poderoso
A los pobres y á los ricos
Nos formó del mismo lodo.
Gonz. Ni, dado que yo inspirase
Sentimientos amorosos
A tan ilustre señora,
Correspondiera...
Quev. (¡Es neófito!...)
Déjate querer.
Gonz. Habría
De sacrificar...
Quev. ¡Qué oigo!
Gonz. A sus favores...
Quev. ¿La hacienda?
Antes saldrías de ahogos
Con la suya. ¿La honra acaso?
No veo ningun desdoro
En ser conde. ¿La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
Antes será expiacion
Si, como opinan los doctos,
Se pasan con él en vida
Las penas del purgatorio.
Gonz. No es eso...
Quev. ¡Ah..., la libertad!
¡Bien, hijo! Apruebo y encomio
Esa altiva independencia
Digna de un ánimo estóico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo, á ese lindo monstruo
Que llaman mujer. Sé libre...
Gonz. Ese sería mi voto,
Si ya un dulce cautiverio
No me hiciera venturoso.
Quev. ¿Qué dices, incauto jóven?
¿Amas...?
Gonz. Sí, señor, adoro
Con firme y casta pasion
A una mujer...
Quev. Ya supongo.
Gonz. Bien nacida...
Quev. Pero ¿pobre
Como tú?
Gonz. Sí; los dos somos
Huérfanos...
Quev. ¡Muy bien! Será
La gloria vuestro consorcio;
Y si con mutuos requiebros
No dais calor al estómago,
Al menos nada tendreis
Que echaros el uno al otro
En cara.
Gonz. ¡Es un ángel!
Quev. ¿Sí?
Gonz. Y á la hermosura del rostro
Aun excede la pureza
Del alma. El cándido copo
De la nieve, el aura suave
Que halaga al tierno pimpollo,
No son...
Quev. Ya entiendo. Suprime
El idilio obligatorio.
¿Quién al hablar de su amada
Escasea los piropos?
Cuando una mujer nos flecha
Tenemos la vista todos,
Para sus gracias, de lince;
Para sus faltas, de topo.
Pero si os quereis los dos,
Y, ella modesta y tu sobrio,
Tú por un palmo de cara
Dejas todo el territorio
De un condado; y ella siendo
Tan bella — ¡raro fenómeno! —
Se resigna á ser consorte
De un alcabalero, *Dóminus
Vobiscum.* — Voy ahora mismo
A hacer que despachen pronto
Tu memorial. Vé mañana
A Palacio...
Gonz. ¡Ah! Yo me postro...
Quev. ¡Quieto! — A las once.
Gonz. Está bien.
Quev. Emplearé mas gustoso
El tiempo en obsequio tuyo
Que en los frívolos coloquios
De una visita de pura
Etiqueta; que á esto solo
Venía.
Gonz. Sois mi segundo
Padre.
Quev. ¡Oh! sí.
Gonz. Mi ángel custodio.
Quev. Basta. ¡Adios!
(*Vuelve á abrazarle.*)
Gonz. Guárdeos el cielo.
Quev. (¡Pobre mozo! ¡Pobre mozo!)
(*Yéndose.*)

ESCENA III.

GONZALO.

¡Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.

Su corazon está yerto,
Y es predicar en desierto
Pedir al invierno flores.
Mas mudará de opinion
Quizá, que al fin es discreto,
Y aprobará mi pasion
Cuando vea el dulce objeto
Que me abrasa el corazon.
¿Qué es el ajado oropel,
Qué es el orgulloso porte,
Y la envenenada miel
De las damas de la córte
Al lado de mi Isabel?
¿Son por ilustres mas bellas
Algunas que en las estrellas
Ponen las ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias...
Y pergaminos son ellas.
Amor manda que me rinda
A la que en el sí y el no
Desnuda el alma me brinda,
Y solo sabe que es linda
Porque se lo digo yo.
En dulce conformidad
Para uno nos hizo Dios,
Y á tanta felicidad
Nos llama hasta la orfandad
En que gemimos los dos.
Así con igual ternura
Nos dió la naturaleza
En la comun desventura
El crisol que nos depura
De toda humana flaqueza.
Así el amor que á tus piés
Juro, y pagas tú, alma mia,
No es una vil mercancía
De que el sórdido interés
Hace torpe granjería.
Solo así viva la llama
Se alimenta y sin perfidia;
Porque desigual la dama,
Cuando pide nos fastidia
Y cuando da nos infama.

ESCENA IV.

GONZALO, LA CONDESA.

Cond. ¡Don Gonzalo!
Gonz. (¡Ah! la condesa.)
Señora, yo...
Cond. Extrañareis
Mi tardanza...
Gonz. ¡Yo, señora!
Faltaría á mi deber
De humilde y leal criado
Si osara...
Cond. (¡Qué sencillez!)
Sabeis que yo no os confundo
Con la mercenaria grey
Que me sirve.
Gonz. Agradecido,
Al cielo ruego que os dé
Largos dias de ventura
Y...
Cond. Mil gracias. Ahora bien,
La causa de mi tardanza
No ha sido ningun cruel
Accidente...
Gonz. ¡Ah! Sea Dios
Loado y bendito...
Cond. ¡Amen!
(¡Cielos! ¿es esto cariño,
O cristiandad..., ó sandez?)
Mas de lo que yo esperaba
Hoy me ha detenido el rey.
Gonz. Yo tengo ya despachado
Todo el correo de ayer.
Solo falta...
Cond. Bien; no hay prisa.
Gonz. Podeis firmar, si quereis,
(*Acercándose al escritorio.*)
Estas cartas...
Cond. ¿Urgen mucho?
Gonz. No.
Cond. Firmaremos después.
Gonz. Pues si licencia me dais...
Cond. Bien: id con Dios.
(*Después de vacilar un momento.*)
(*Se sienta.*)
Gonz. (¡Oh Isabel!)
Cond. (Evitemos el peligro...)
Gonz. La firma ¿á qué hora...?
Cond. A las tres.
Gonz. El cielo os guarde.
Cond. (¡Ah, no puedo...!)
El alma se va tras él.)
Oid...
(*Gonzalo vuelve.*)
Quiero consultaros
Un negocio de interés...
Si no os molesto.
Gonz. Señora,
Nunca á mí... (¡Cómo ha de ser!)
Cond. (Sondearé su corazon.)
Gonz. ¿Sobre el soto de Aranjuez?
Cond. No. Mas arduo es el asunto. —
Pero ¿por qué estais de pié?
Gonz. El respeto...
Cond. ¡Oh!... Bien pudiera
(*Impaciente.*)
El que en la córte es novel,
Por sobrado respetuoso

Culparse de descortés.
Gonz. Perdonad. No fué mi intento
Desairar... Me sentaré.
(*Se sienta.*)
Cond. (Necia he sido en ofenderme
De su amable timidez.)
Estadme atento, Gonzalo.
Dos años ha que enviudé,
Y no son tantos los mios
Que me hayan de reprender
Lenguas malignas si al yugo
Otra vez doblo la sien.
Con mi nombre esclarecido
Grandes bienes heredé,
Y no quisiera dejarlos
A parientes que tal vez,
O no me aman, ni yo á ellos,
O no los han menester. —
¿Qué me aconsejais, Gonzalo?
Gonz. Señora, difícil es
Aconsejar en tan grave
Materia, y mas para quien,
Falto de años y de ciencia
Como yo...
Cond. No os excuseis.
Sois adicto á mi persona : —
Lo debo al menos creer.
Gonz. Yo os juro...
Cond. En vuestra alma noble
No cabe infame doblez,
Ni la embriaga y la fascina
El orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
Pudiera elegir?
Gonz. Pues ¡qué!
¿No teneis otro, señora,
A cuya suprema ley
So pena de eterno llanto
Habreis al fin de ceder?
Cond. (¡Oh cielos!...) ¿Cuál?
Gonz. Vuestro propio
Corazon.
Cond. Sí; mas tambien
Tiene la razon sus fueros,
Y es forzoso...
Gonz. Ya lo sé;
Y mejor que yo advertirlo
Es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
Os hallais, y ha de vencer
La razon, yo os aconsejo,
Señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
Libertad; que á una mujer
Como vos honran, no afrentan,
Las tocas de la viudez.
Cond (¡Oh palabras de consuelo...,
Si no son pérfida red
De quimérica esperanza!
Me exhorta con viva fe
A no dar mi mano... ¡Ay Dios!
¿Mudará de parecer
Si lee al fin en mis ojos
Que la guardo para él?)
Gonz. (¡Calla! ¡Plegue á Dios que entienda
Que no la quiero entender!)
Cond. Muy cuerdo es vuestro dictámen;
Que es triste consorcio aquel
De quien la razon helada
Es el único sosten.
Pero si triunfa el amor,
Como suele suceder,
De esa razon impotente
Que le disputa el dosel,
¿Qué me direis, don Gonzalo?
Gonz. Señora,... que no os caseis.
Cond. ¡Ni á la razon ni al amor
Me es lícito obedecer!
Luego, si el único puerto
Me vedais que en el tropel
De las humanas pasiones
Me pudiera guarecer,
A mi opinion ó á mi dicha
Por siempre renunciaré.
Gonz. ¡Señora!...
Cond. Mas no creais
Que tan opuestos esten
En mí esos dos sentimientos
Que á rigoroso nivel
Quereis sujetar. Supongo
Que vos no confundireis
Con la razon verdadera
El sofístico oropel
Que llaman razon de estado.
Prendas pudiera tener
El objeto de mi amor
Con que cien veces y cien
Supliera el fastuoso título
De un marqués... solo marqués.
Amor, que no reconoce
Límites á su poder,
Iguala la humilde choza
Con el alto chapitel.
El amor, hijo de Dios,
Y Dios acaso tambien,
Es la ambrosía celeste
Que dulcifica la hiel
De nuestra mísera vida :
Es el bello rosicler
Que este valle de tinieblas
Convierte en risueño Eden :
Contra el rigor del destino
Es el mas fuerte broquel :
Él sagaz descubre méritos
Que el mundo olvida ó no ve :

Él la apacible modestia
Premia, y su pálida tez
Desgarra la baja envidia
Cuando de mirto y laurel
Ve coronada la frente
Que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaría á mí
La desdeñosa altivez
Con que algun necio, prendado
De su gótico pavés,
Murmurase de mis bodas
Porque no las hice, á fuer
De rica hembra de Castilla,
Con algun primo del rey?
Yo, ufana de mi eleccion,
Le sabría responder:
Ved aquí el dueño adorado
Que cautiva mi alma; ved
Si mas apuesto mancebo
Y mas digno de honra y prez
Inventar puede el buril
Ni imaginar el pincel.
Si no es grande de Castilla
Ni infanzon aragonés,
Prendas y bríos le sobran
Con que lo pudiera ser;
Y en fin, yo le quiero y basta;
Y pues no hay razon ni ley
Que acate el libre albedrío
Para amar ó aborrecer,
De mi propio corazon
Yo sola quiero ser juez.
Gonz. No os censuro yo; os admiro.
Pero vos que encareceis
Tanto el poder del amor —
Y ¿quién lo resiste, quién? —
Mirad, señora, que es ciego;
Mirad no os lleve al través
De su venda engañadora
Donde naufrague el bajel
De vuestra dicha. Mirad
Si el que os dignais de ascender
A vuestros amantes brazos
No recibe harta merced
En permitirle que sea
De vuestra planta escabel.
Mirad que un dia vos misma
Quizá os arrepentireis...
Cond. No; ¡jamás! Podrá mi frente
Ceñir funesto ciprés
En vez de nardos y rosas,
Si con injusto desden
Paga mi ternura inmensa
El hombre á quien solo amé;
Mas ya en mi arbitrio no está
El dejarle de querer;
Que amor le grabó en el alma
Con inflamado cincel.
Gonz. (¡Oh tormento! ¡Oh desventura!)
Señora... (¿Qué la diré?)
Cond. Conmovido estais.
Gonz. ¡Sí!
Cond. Hablad.
Gonz. Excusadme...
Cond. ¿Qué temeis?
Hablad: lo exijo.
Gonz. El respeto
Pone á mi labio un cancel.
Cond. Doleos de mi martirio,
Y aunque apure hasta la hez
La copa de la amargura...
Gonz. ¿No la pruebo yo tambien?
¿No os dice harto mi silencio
Si lo quereis comprender?
Cond. Mas ¿cuya será la culpa
Si no lo interpreto bien?
Yo os abro mi corazon,
Y del vuestro nada sé.
Gonz. Vos pedis una respuesta,
Y yo podría á mi vez
Haceros una pregunta
Con que os pudiera ofender.
Cond. Para salir de este empeño
Sobrado ingenio teneis,
Sin forzarme á que deponga
Privilegios de mujer.
Gonz. No es de ingenio esta cuestion,
Señora: bien lo sabeis.
Cond. (¡Oh suplicio!)
Gonz. Solo un hombre
La pudiera resolver,
Y... si ese hombre... no soy yo...
Cond. Seáislo ó no, responded.
Gonz. Pues bien: si yo, por acaso,
Fuese el oscuro doncel
Que desde el polvo en que yace
Os pluguiera enaltecer
Hasta la elevada esfera
Donde sol resplandeceis,
Turbado, absorto, confuso
Me postrara á vuestros piés...
(*Lo hace.*)
Cond. (¡Alma, respira!)
Gonz. Y bañando
(*Besando enternecido la mano de la condesa.*)
La mano que me tendeis
Bondadosa en tiernas lágrimas
De gratitud...
Cond. (¡Oh placer!)
Gonz. Diría: Guardad, señora,
Tan acrisolada fe
Para quien con otra igual
La pueda corresponder.
Cond. (¡Gran Dios!) (*Se levanta.*)

Gonz. Sellad esta frente,
Que alzar á vos no osaré,
Con hierros de esclavitud;
Y si por sincero y fiel
Á mi despecho os agravio,
De mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
O á mi garganta un cordel;
Mas...
Cond. ¡Basta! ¡Oh rubor!...
Gonz. ¡Qué digo!
Despreciadme.
Cond. ¡Alzad!... Sí haré.
(*Con imperio.*)
(*Se levanta Gonzalo.*)
Gonz. ¡Así! Triunfad de vos misma
Y admitid mi parabien.
Cond. ¡Eh, callad! (¡Perdida soy!)
¿Cómo, villano soez,
Osais...? Mas tanto no debe
Mi cólera descender
Que honre con ella de un sandio
La extraña ridiculez.
Gonz. ¡Señora!
Cond. ¿Tan alta estima
(*Con risa forzada.*)
De vuestra persona haceis,
Que fundando sobre el aire
Otra torre de Babel,
Por mí os juzgais recuestado
De amores que no soñé,
Y en conflicto tan terrible
Vuestro pudor defendeis
Con la rudeza de Hipólito
Y la virtud de José?
Gonz. Yo erré, señora. Ya veo
Que esto ha sido un entremés...
Cond En que habeis equivocado
(¡Oh angustia!) vuestro papel;
Mas de un modo tan donoso
Que siempre celebraré...
Gonz. Yo tambien celebro mucho
El error que escarneceis;
Pero huiré la contingencia
De volverlo á cometer.
Calificadme de necio
En buen hora. Yo no sé
Si merezco ó no ese apodo;
Pero me basta saber
Que si aceptándolo os sirvo,
Debo ufanarme con él:
Que á mí no ha de estarme mal
Lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

LA CONDESA.

(*Déjase caer en un sillon con el mayor abatimiento luego que Gonzalo desaparece.*)

¡No puedo mas! ¡Me desprecia!
¿Por qué el labio no fué mudo?
El silencio era mi escudo, —
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!
Mas si á morir me sentencio
¿Qué importa en trance tan fuerte
Que la voz me dé la muerte
O que me mate el silencio?
Al menos ese cruel
Por quien mi amor desvaría,
Cuando vea mi agonía
Sabrá que muero por él;
Y acaso por gratitud,
Si su alma ahora es tan yerta,
Alguna lágrima vierta
Sobre mi negro ataud. (*Se levanta.*)
¡No! Mi desventura extrema
Pide al que así me escarnece,
No que difunta me rece,
Sino que airada me tema. —
¡Ay! ni este acerbo placer
Dará alivio á mi pesar;
Que mal se puede vengar
Quien no sabe aborrecer. —
Ni es un crímen su desvío.
¿Con qué ley, con qué razon
Mandara en su corazon
Yo... que no mando en el mio?
¿Por qué á su noble entereza
Achacar mi desventura,
Y no ¡ay Dios! á mi locura
Y á mi humillante flaqueza?
¿Acaso su labio mismo,
Que tan mal interpreté,
No era rémora á mi pié
Cuando corría al abismo? —
Quizá algun dia se apiade
De mí; quizá la ambicion
Seduzca su corazon
Si mi amor no le persuade. —
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja
Herido de mi despego.
Injusta seré si niego
Satisfaccion á su queja.
(*Toca una campanilla.*)
¿Otra vez, alma cobarde,
Te rinde vana ilusion?
¿Por qué al fin de la razon
No oyes el grito?... ¡Ah! Ya es tarde.

ESCENA VI.

LA CONDESA, MARTIN.

Mart. Mande ucencia.
Cond. Ven acá.
(¡Así á un ingrato me humillo!)
¿Qué hace Gonzalo?
Mart. Su hatillo.
Cond. (¡Oh Dios!)
Mart. Dice que se va.—
Y es cosa que me ha pasmado;
Que en todos sus menesteres
Aquí está á cuerpo qué quieres,
Y es mas señor que criado.—
Le habrá despedido ucencia.
Cond. Yo... Creo que sí.
Mart. ¡Lo dije!
Pues creo que no se aflige
Por perder la conveniencia.
Al contrario; muy en sí,
Y con cara, no abatida,
Sino de pascua florida...
Cond. Bien, bien. ¿Qué se me da á mí...?
Mart. Y con gozo estrafalario
Le he visto sacar del pecho
Una cosa... que sospecho
Si será algun relicario;
Y mientras doy á su ajuar
Colocacion oportuna,
Besar la efigie con una
Devocion particular.
Cond. ¡Una efigie!... ¿Tú la has visto?
Mart. Sí, señora; y en conciencia
Puedo asegurar á ucencia
Que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
Un ángel del Paraíso,
Si es creible, ó si es preciso
Que un ángel sea... mujer;
Y si á los ángeles buenos
No pertenece la estampa,
Vírgen es la que allí campa,
Sobre poco mas ó menos.
Cond. (¡Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)
Mart. Mas su modo de rezar
Tiene un si es no es de profano.
¿Qué sé yo?... Aquel regocijo...
Salvo el «bendita tú eres
Entre todas las mujeres»,
Que eso bien claro lo dijo,
Juro á fe de esclavo vuestro
Que en su boca no se oía
Ni jota de Ave-María
Ni pizca de Padre-nuestro.
Cond. (¡Me reservaba mi estrella
Este horrible torcedor!
¡Otra me roba su amor!
¡Yo morir y triunfar ella!)
Mart. Si ucencia no manda nada...
Cond. Martin, yo quiero saber
El nombre de esa mujer,
Su condicion, su morada.
Mart. ¡Ah, es mujer!... Ya saco el hilo...
No es el corte de la saya
De ángel ni...
Cond. Cuando se vaya
Le seguirás... con sigilo.
Yo te premiaré.
Mart. Se entiende.
Cond. Toma bien las señas...
Mart. Sí;
Y aun sin moverme de aquí
Doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van...
Sin saberlo he sido yo
Correo...
Cond. ¡Ah! ¿La has visto?
Mart. No;
No he pasado del zaguan.—
Ucencia por compasion
Querrá excusarle petardos
Y que se ande á picos pardos...
Cond. ¡Bien está!...
(*Impaciente y agitada.*)
Mart. ¡Qué corazon!
Cond. (¡Ah! El rey... Mi influjo en Palacio...
(*Como poseida de una idea repentina.*)
¡Sí!) No le pierdas de vista.
Mart. Yo le seguiré la pista...
(*Mira adentro.*)
Aun está allí. Va despacio.
Cond. (Un mismo dardo nos hiera.)
Mart. Ucencia sabrá muy pronto
Todo lo que hay. ¿Soy yo tanto?
(Y mas de lo que quisiera.)
Cond. (Infiel, tu loca esperanza
Sabré yo frustrar tambien,
Y pues lloro tu desden,
Tú llorarás mi venganza.)

ESCENA VII.

MARTIN.

Hé aquí un chisme... venial,
Que, si el demonio lo enreda,
Va á mover mas polvareda
Que una batalla campal.

ACTO SEGUNDO.

Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecamara en el foro: la de las habitaciones privadas del rey, á la derecha: la del cuarto de la infanta, al mismo lado, mas hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

EL REY, QUEVEDO.

(*Quevedo aparece: el rey sale con un papel en la mano.*)

Quev. ¡Señor!...
Rey. ¡Salud al insigne
Quevedo!
Quev. A esos piés...
Rey. Alzad.
(*Deteniéndole.*)
Con mi concedido al márgen
(*Dándole el papel.*)
Os devuelvo el memorial
De vuestro cliente.
Quev. Doy
A vuestra real majestad
Las gracias... y el parabien
Por un acto en que á la par
Brillan su recta justicia
Y su ingénita bondad.
En mozo honrado y discreto
Así el mérito premiais
De su padre, que lidiando
Treinta años por tierra y mar,
En defensa de su rey
Vertió su sangre leal.
Rey. ¿Qué en efecto era valiente
Soldado?
Quev. Y tal que quizá,
Inmolado á la impericia,
Por no decir algo mas,
Del maldito Conde-Duque,
A vos y al reino fatal,
Fué el último veterano
Que sin dar un paso atrás
Moribundo os saludó
Monarca de Portugal.
Rey. Sin ese triste recuerdo
Con que el alma me ulcerais,
Para tan corta merced
Sobraba á mi ánimo real
La intercesion de un amigo,
A quien yo deseo dar
Pruebas mas calificadas
De mi liberalidad.
Quev. Para quien nada ambiciona
Hartas son las que me dais.
Basta á un hidalgo caduco
La torre de Juan Abad;
A un filósofo sus libros;
A un poeta un madrigal;
Y á un caballero cristiano
Esta insignia militar,
(*Mostrando la cruz de Santiago.*)
Que es terror de los herejes
Y *exi-foras* de Satan.
Así, sin que vuestra gracia
Coarte mi libertad,
Podré, exento de envidiosos,
Vivir y morir en paz.
Rey. Sea, pues vos lo quereis. —
Y ahora, ¿en qué os ocupais,
Príncipe de los satíricos
Castellanos?
Quev. ¡Pche!
Rey. Mostrad
Una de esas invectivas
En que sabeis asociar
A la elegancia de Horacio
El nervio de Juvenal.
¿Qué tenemos? ¿Prosa, ó verso?
¿Qué jácara de rufian,
Qué algnacil *alguacilado*,
— Adjetivo singular
Que solo inventar pudieran
Vuestro ingenio y vuestra sal —
O qué doctor antropófago,
O qué escribano rapaz
Son blanco de vuestros tiros?
Quev. Acabo de emborronar
Una letrilla incorrecta...
Rey. ¿Contra quién, vate mordaz?
Quev. Quizá no es para leida
A un monarca tan galan.
Rey. No puede á mí disgustarme
Cosa que vos escribais,
Amigo mio.
Quev. ¿Aunque sea
Contra las hijas de Adan?
Rey. ¿Otra vez? ¡Pobres mujeres!
Sois su enemigo mortal.
Quev. No; pero juez inflexible,
Digo siempre la verdad.
Rey. Leedme pues la letrilla,
Y luego que concluyais,
Defendiendo yo á las damas
Seré juez mas imparcial.

Quev. Cuentan de un corregidor,
(*Sacando un papel y leyéndolo.*)
Nada bobo,
Que siempre que al buen señor

Denunciaban muerte ó robo,
Atajaba al escribano
Que leía la querella,
Diciéndole : ¡al grano, al grano!
¿Quién es ella?

Y como hombre procedía
De gran seso
Quien tal actuacion ponía
Por cabeza del proceso;
Que en vano mas de una vez
Se sigue al crímen la huella
Por no preguntar el juez :
¿Quién es ella?

En todo humano litigio —
¡No hay remedio! —
A no obrar Dios un prodigio,
Habrá faldas de por medio :
Danza en todo una mujer,
Casada, viuda ó doncella;
Luego, el hito está en saber
Quién es ella.

Si Adan perdió el Paraíso, (1)
Fué por Eva,
Que probar vedada quiso
No sé si manzana ó breva.
Desde entonces con profundo
Pesar pudo conocella;
Desde entonces sabe el mundo
Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro
Que fué Troya,
Merced al griego perjuro
Y á su bélica tramoya,
Suspende el fallo severo
Entre esta nacion y aquella
Hasta que te diga Homero
Quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
De Himeneo
Solo de su hacienda guarda
Lo arrepentido y lo feo,
No preguntes: ¿cómo Blas
Nació con tan mala estrella?
Pregunta, y acertarás :
¿Quién es ella?

Si en la calle siento ruido
De camorra,
Y algun *quidam* mal herido
Grita : ¿no hay quién me socorra?
Requiescat digo al difunto,
Doy paso al que le atropella,
Y en la taberna pregunto
¿Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho
Del dolor
A algun mozo de provecho,
No le preguntes, doctor,
Qué réuma ó qué tabardillo
En su salud hizo mella;
Pregúntale, — es mas sencillo —,
¿Quién es ella? —

Es un sexo amable, lindo...
Sí, una plata;
Yo lo confieso..., y prescindo
De la vieja y de la chata;
Pero escamado y cobarde
Digo ¡zape! á la mas bella;
Que temo saber ¡muy tarde!
Quién es ella.

Rey. Escrita está con veneno.
Quev. Señor, yo...
Rey. ¡Qué pertinacia!
Quev. Si vos...
Rey. Aplaudo la gracia,
Mas la doctrina condeno.
¡Tratar con fiero desden
A un sexo tan celestial!
Juzgais á las hembras mal.
Quev. Porque las conozco bien.
Rey. A mozuelas embaidoras
Tal vez.
Quev. Yo...
Rey. Sed mas sincero
No midais por un rasero
A justas y á pecadoras.
Quev. Desgracia mia será...
Cada cual acá en Iberia
Habla, señor, de la feria
Segun en ella le va.

(1) Hay en esta estrofa una incorreccion, que consiste en estar asonantados entre sí todos los versos pares. Ha procurado el autor construirla de nuevo, y no lo ha sabido hacer sin detrimento del concepto ó de la expresion. La ha dejado pues como estaba; y si en efecto esta letrilla, unánimemente celebrada, no desdice mucho de las que escribió el personaje en cuya boca se pone, permítase al poeta moderno alegar en descargo del indicado defecto lo frecuente que era en los poetas castellanos de otros siglos y en el mismo *Quevedo*. Para probar este aserto se pudieran multiplicar citas; pero bastarán los siguientes versos de la letrilla que lleva por estribillo Y NO LO DIGO POR MAL, una de las mejores de tan eminente escritor.

Con mas barbas que desvelos
El letrado caza puestos;
La caspa alega por testos;
Por leyes cita los pelos.
A puras barbas y duelos, etc.

Aquí, no solo están las rimas asonantadas, sino que no hay versos intermedios que atenúen el mal efecto de la asonancia. Pero ¿ qué son este y otros leves lunares, en que por inadvertencia incurrian hombres de ingenio tan superior, comparados con las infinitas bellezas de pensamiento y de estilo que brillan en sus obras?

No espere en noble conquista
Las rosas de Citeréa
Un pobre hidalgo de aldea
Corto de bolsa y de vista;
Mas príncipe tan bizarro,
Y emprendedor como Jove,
No es mucho que á Vénus robe
Las palomas de su carro.
Quien caza con tales redes
No es mucho que al lauro aspire,
Ni que virtudes inspire
El que derrama mercedes.
Rey. No es triunfo de buena ley
Triunfo que estriba en un nombre;
Que tal vez usurpa el hombre
Los lauros que ciñe el rey.
Quev. No el que merece *in utroque*
Como vos...
Rey. Lisonja.
Quev. No.
Pero un pobre como yo,
Que no soy ni rey ni roque...
Rey. ¿Por qué teneis tanto miedo,
Por qué tan mala opinion
De la mujer? — ¡Ah!... ¡Chiton!
Casado fuísteis, Quevedo.
Quev. Permitidme repeler
Ese punzante epigrama;
Que mi esposa fué muy dama
Y muy honrada mujer.
Rey. Lo sé.
Quev. A no serlo...
Rey. Advertid
Que es chanza...
Quev. Muerto la hubiera,
Como maté á la pantera
Que fué terror de Madrid.
Mas si en su justa alabanza
Mi fe nupcial se acrisola,
Ella al fin era *una sola*...
¡Y se llamaba *Esperanza!*
Muerta la *Esperanza* mia,
¿Dónde, plebeya ni hidalga,
Dónde hallar otra que valga
Lo que mi esposa valía?
Rey. Sí tal, si se buscan bien
Y se juzgan sin pasion.
No ha de faltar ocasion,
Si vivís y yo tambien,
En que confesar os haga...
Quev. Muy difícil me parece.
Rey. Pero...
Quev. Me quedo en mis trece.
La mujer es una plaga...
Vuelvo á mi corregidor
Y á su constante refran.
Si malas nuevas me dan,
tiend o al punto el olor
De alguna toca traidora,
De alguna pícara saya,
Diré *¿quién es ella?*
Ugier. El aya
(*A la puerta del foro.*)
De la infanta mi señora.
Quev. ¿Será agüero?... ¡Ojo avizor!
(*En voz baja.*)
Rey. Que éntre.
(*Al ugier, y este se retira.*)
¿Qué puedo temer
(*A Quevedo.*)
De ella?
Quev. ¿Qué sé yo?... Es mujer.
Cond. Dios guarde al rey mi señor.
(*A la puerta.*)

ESCENA II.

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA.

Rey. Entrad, querida condesa.
Bella venís y radiante
Como nunca.
Cond. No merece,
Señor, quien tan poco vale
Ese halagüeño saludo.
Viuda...
Rey. Pero muy amable.
Yo apuesto á que don Francisco
Es de mi propio dictámen.
Cond. Perdida soy si él me juzga.
Quev. ¿Por qué? ¿Tan poco galante
Soy yo?
Cond. Odiais á las mujeres.
Quev. Pero adoro á las deidades.
Rey. Si á pedir alguna gracia
Venís á quien nada sabe
Negaros, me holgara mucho
De que en ello fuese parte,
Condesa, el dulce propósito
De contraer nuevo enlace.
Cond. (¡Oh Dios mio!) No, señor.
Bien me estoy así.
Rey. No obstante...
Cond. Permitid que os manifieste
El objeto que me trae
A vuestras plantas. La augusta
Princesa, mi interesante
Alumna, doña María
Teresa de Austria, á quien guarde
Dios mil años...
Rey. ¿Qué sucede?
Hablad.
Cond. No se sobresalte
Vuestra majestad. La tierna

Infanta, robusta y ágil,
A sus años se adelanta
En ingenio y en donaire,
Y ya, aunque niña, da muestras
De su preclaro linaje.
Rey. Decidme pues...
Cond. Habeis dado
Licencia para casarse
A Constanza su menina,
Y es fuerza que esta vacante
Se provea.
Rey. Sí, es verdad.
No quiero que nada falte
A mi hija.
Cond. Si ya no habeis
Concedido honor tan grande
A otra persona, una jóven
Os propondré que reemplace
A Constanza dignamente.
Rey. No he dado palabra á nadie...
Cond. (¡Albricias!)
Rey. Y agravio haría,
Condesa, á vuestro carácter
De aya de mi hija, y al celo
Con que la servís de madre
Desde que perdió la suya,
Que en eterna paz descanse,
Si en cuanto cumpla á su gusto
Y á su servicio dejase
De consultaros.
Cond. Me honrais,
Señor...
Rey. ¿Quién es la aspirante?
Cond. Una pobre huerfanita
Honrada, de noble sangre,
Bien educada, modesta...
Quev. ¿Y hermosa?
Cond. ¡Oh! sí, como un ángel.
(¡Por mi desgracia... y la suya!)
Mas no es esto lo que la hace
Recomendable á mis ojos...
Rey. ¿Por qué no? Un bello semblante
Siempre es buena credencial.
Tierno y solícito padre,
Quiero que á mi niña amada
Acaricien y acompañen
Angeles que la sonrian,
Y no cocos que la espanten.
Cond. Es hija de un capitan
Que fué reformado en Flandes,
Y víctima del protervo
Conde-Duque de Olivares,
Murió en la miseria.
Quev. ¿Oís?
Con él era un santo el Draque.—
Mas no supo, por lo visto,
Que había una bella al márgen;
Que á saberlo, ¡á buen seguro
Que se hubiera muerto de hambre
El reformado! — Y ¿qué luz
Os condujo al miserable
Tugurio donde ignorado
Se escondía ese diamante?
Sin duda la caridad
Cristiana...
Cond. El acaso... (El áspid
De mis zelos.) Me habló de ella
Un prelado respetable...
Rey. En fin, vos la proponeis,
Y para que á mí me agrade
Con eso basta.
Cond. Sabiendo
Que nunca se acude en balde
De vuestra regia piedad
Al tesoro inagotable,
Traigo conmigo á la huérfana...
Rey. ¡Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

EL REY, QUEVEDO.

Quev. ¡Hum!... Aquí hay gato encerrado.
Rey. ¿Eh?
Quev. Quiera Dios que me engañe.
Rey. No delireis. ¿Qué misterio
Cabe...?
Quev. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA, ISABEL.

Cond. Andad. No os turbeis.
Rey. (¡Qué hermosa!)
Llegad.
Isab. ¡Señor!, vuestros piés...
Rey. Alzad. (¡Cielos!)
Quev. ¡Bella es!
(*Aparte con el rey.*)
Rey. ¡Un querubin! ¡Una diosa! —
Mil y mil gracias os doy
Y os las dará la princesa
Por tal presente, condesa.
Cond. (Me vengaré.)
Rey. (¡Loco estoy!)
Cond. Nunca yo me interesara
Por quien menos mereciera.
Rey. Sereis desde hoy camarera
(*A Isabel.*)
De la infanta. (¡Oh, linda cara!)
Isab. Beso por tan alto honor,

De que no me juzgo digna,
La augusta mano benigna...
(El rey tiende su mano.)
Cond. Besadla.
(A Isabel en voz baja.)
(Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano del rey.)
Rey. (¡Oh gentil pudor!)
Isab. Mi gratitud...
Rey. (¡Es divina!)
Quev. (Esto es hecho. ¡Una de tantas!)
Rey. Mas no estás bien á mis plantas.
Alza á mis brazos, menina.
(Haciéndola levantar.)
A las hijas de mis buenos
Servidores no es razon
Humillar.
Quev. (Y cuando son
Tan bonitas, mucho menos.)
Isab. No en vano el timbre ha adquirido
Vuestra excelsa majestad
De amparo de la humildad
Y padre del desvalido.
Si solo el mio en su muerte
Honra y virtud me dejó,
No fué culpa vuestra, no,
Sino de su mala suerte.
Sin ningun merecimiento
Premiais los suyos en mí
Para cautivar así
Mi eterno agradecimiento.
Nada valgo, nada sé;
Niña me llama á la córte
Vuestra bondad, sin mas norte
Que la lealtad de mi fe;
Mas me infunde tal aliento
Y tan pura os la consagro,
Que quizás haga el milagro
De ilustrar mi entendimiento.
Rey. No es menester, que harto brilla
Al través de ese candor
Dulce, inefable...
Isab. ¡Señor!
Rey. ¿Tu nombre?
Isab. Isabel Marcilla.
Rey. Presentadla (es un portento)
(Á la condesa.)
A mi hija (el pecho me abrasa),
Y de hoy mas tenga en mi casa
Vivienda y acostamiento.
Isab. (¡Al fin, bien del corazon,
Dios...!)
Cond. Venid.
Rey. Guárdeos el cielo.—
Yo premiaré vuestro celo.
(Aparte á la condesa.)
Cond. (¡Zelos!... ¡Desesperacion!)
(Después de una reverencia muda.)
(Entra con Isabel en el cuarto de la infanta.)

ESCENA V.

EL REY, QUEVEDO.

Rey. ¿Visteis jamás, don Francisco,
Tan peregrina belleza?
Quev. ¡Alhaja digna de un rey!
Recibid mi enhorabuena.
Rey. Bien la quisiera aceptar,
Que aquellos ojos me queman;
Pero que ha de ser recelo
Virtuosa cuanto bella
La menina.
Quev. ¡Ba! Es mujer.
Dádivas quebrantan peñas.
Rey. Con todo...
Quev. Y no sin designio
La trajo aquí la condesa.
Rey. ¿Qué designio?
Quev. No lo sé;
Pero, el refran nos lo enseña,
« Piensa mal y acertarás. »
Rey. Jóven de tan altas prendas,
Si fuese el aya ambiciosa,
No á palacio la trajera,
Donde puede sin esfuerzo
Disputarle la influencia.
Quev. De lo que el alma presiente
Aun no puedo darme cuenta;
Pero mujer que por otra
Mas hermosa se interesa
Preciso es que la ame mucho...
O que mucho la aborrezca.
Rey. ¡Siempre siniestro y fatídico!
¿Sois Quevedo, ó sois corneja?
Quev. Soy, señor, un pobre viejo...
Rey. Que algunas veces chochea.
Quev. Puede ser.
Rey. Cuando á mis ojos
Luce tan fúlgida estrella
¿Qué puedo yo presentir
Que dicha y placer no sea?
Quev. Lo que fuere sonará.
Cada loco con su tema;
Vos con la de amar á todas;
Yo con la de *¿quién es ella?*
Rey. Basta ya de este certámen;
No porque duda me quepa
De que saldrá mi opinion
Vencedora de la vuestra,
Sino porque ahora me llama
¡Triste de mí! la tarea
Prosáica de oir consultas

Y sancionar providencias.
¡Qué peso el de una corona!..
Adios, ínclito poeta.

(*Vase por la puerta de la izquierda mas inmediata al proscenio.*)

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Sí, rey Felipe; es verdad:
Grave peso es la diadema;
Mas ¿qué te importa? Otros hombros,
No los tuyos, la sustentan.
Y por cierto que no son
Los de Atiante. Así — ¡oh vergüenza! —
Para equilibrar la carga
Con su raquítica fuerza,
Perdiendo cada año un reino
La monarquía aligeran.
Tú reinas, cuarto Felipe;
Pero el diablo nos gobierna.
¡Oh patria!...
Ugier. Por vos pregunta
(*A la puerta del foro.*)
Don Gonzalo de Aguilera.
Quev. Que éntre.
Ugier. Pasad.

ESCENA VII.

QUEVEDO, GONZALO.

Quev. Bien venido,
Gonzalo.
Gonz. A vuestra obediencia
Siempre.
Quev. Albricias. En la mano
(*Mostrando el memorial.*)
Te tengo. Desde esta fecha
Eres todo un contador
De alcabalas. Solo resta
Extender la credencial,
Y si me das tu licencia
Voy...
Gonz. Os deberé mi dicha.
Quev. Si tan poco te contenta...
Mas quien pretenda en Palacio
Ande listo y viva alerta.
Vuela el tiempo y... Ya hablaremos
Mas despacio. Aquí me espera.

(*Vase por la puerta de la izquierda, inmediata al foro.*)

ESCENA VIII.

GONZALO.

¡Oh amigo el mas generoso!
En el alma tendré impresa,
Mientras viva, la bondad...
Isab. Yo os sigo. (*Dentro.*)
Gonz. ¿Qué voz resuena
En mis oidos?
(*Mira hácia el cuarto de la infanta.*)
Allí...
(*Sale doña Mencía, y un momento después Isabel.*)
(¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña!)

ESCENA IX.

GONZALO, ISABEL, DOÑA MENCIA.

Menc. Vereis qué lindo es el cuarto.
Gonz. (¿Con quién habla?... ¡Oh Dios! ¡Es ella!
¿Cómo...?)
(*Se oculta tras de una mampara.*)
Menc. Vais á estar en él
Mejor que una archiduquesa.
Gonz. (¡Y esas galas...!)
Isab. Mi nodriza...
Digo mal; mi compañera,
Mi única madre...
Menc. Vendrá;
No os inquieteis por su ausencia.
Una amiga en mí entre tanto
Tendreis... (Una centinela.)
Y os darán autoridad
Estas tocas reverendas.
Gonz. (¿Será sueño? Dudo... Tiemblo...)
Menc. Allí irá luego, hechicera,
Vuestra ilustre protectora.
Gonz. (¡Oh! Si mil vidas me cuesta,
Sabré...)
Menc. Venid.
Gonz. ¡Isabel!
(*Saliendo de donde está oculto.*)
Isab. ¡Cielos!
(*Retrocediendo desde la puerta del foro.*)
Menc. ¿Quién llama? ¿Quién llega?
Isab. ¡Gonzalo!
Menc. (¿Un galan?) Hidalgo,
Advertid...
Isab. ¡Dulce sorpresa!
Gonz. (¿Qué haré...?)
Menc. Pero aquí...
Gonz. Es mi hermana.

Isab. (¿Por qué lo dirá?)
Menc. ¿Es de veras?
(*A Isabel.*)
Isab. Sí.
Gonz. Permitidme que la hable
Dos palabras.
Menc. (Cuando él entra
En la cámara real,
Sin duda...)
Isab. ¡Un momento!
Menc. Sea.
(*Gonzalo é Isabel se separan de doña Mencía y hablan á media voz.*)
Gonz. ¿Cómo tú en la córte,
Dulce prenda mia?
Isab. Amor es el norte
Que mis pasos guía.
Ya ¡oh mi fiel amigo!
Ya ¡oh mi caro dueño!
El astro enemigo
Depone su ceño.
Gonz. ¡Ay! temo, y no en vano,
Que ahora nos sea
Mas triste y tirano
Que nunca.
Isab. ¡Qué idea!
Felipe...
Gonz. ¡Qué escucho!
Isab. Mi orfandad ampara
Piadoso...
Gonz. ¿Qué mucho
Si ha visto tu cara?
Isab. No, que antes de verla,
Sensible á mi lloro...
Gonz. ¡Faltaba esta perla
Al regio tesoro!
Isab. En mí desagravia
Al padre ofendido,
Que mísero...
Gonz. (¡Oh rabia!)
Isab. Murió en el olvido.
Gonz. Mas libre y sin mengua.
Isab. ¿Y acaso mi frente...?
Gonz. ¡Oh córte! La lengua
Del vulgo no miente.
Isab. ¡Ay Dios! No comprendo...
¿Por qué...?
(*Gonzalo retira algo mas á Isabel.*)
Menc. (Conceptúo
Que ya se va haciendo
Muy largo ese duo.)
Gonz. Todo aquí es falacias;
Son males los bienes;
Afrentan las gracias
Y honran los desdenes.
¡Hubiérasme dicho
Que el rey te llamaba!
Mas ¿por qué capricho
Callármelo?
Menc. ¿Acaba?
(*Adelantándose.*)
Gonz. Sí.
(*En ademan de suplicarla que se retire; y ella lo hace, aunque á menos distancia.*)
Isab. Dábanme prisa...
Gonz. ¡Oh!
Isab. ¿Quién á palacio
Cuando el rey le avisa
Camina despacio?
Y, por otra parte,
Mi alma no recata
Que holgaba de darte
Sorpresa tan grata.
Gonz. Grata no; ¡siniestra!
Menc. (¡Tanto cuchicheo!...)
Isab. ¿Por qué? El rey me muestra
Tanto amor...
Gonz. ¡Lo creo!
Isab. No tuerzas la vista.
¿Acaso te espanta
Una camarista
De la real infanta?
¿Será que te pese
Quizá...?
Gonz. ¡Oh Dios eterno!
Menc. (Mucho amor es ese
Para ser fraterno.)
Isab. De mi nuevo estado
¿Temes tu abandono?...
Si tal has pensado
¡No te lo perdono!
Gonz. ¡Oh lazos traidores!
¡Oh cándido seno!...
La sierpe entre flores
Esconde el veneno. —
¿Quién así te aliña
Que á reinas te igualas?
¿Quién te abruma, niña,
Con joyas y galas?
Isab. ¡Cómo! ¿Esto te aflige?
La que me las puso
Dijo: así lo exige
La etiqueta..., el uso...
Gonz. Así ¡oh desventura!
Para el sacrificio
Su víctima pura
Engalana el vicio.
¡Cuánto era á mis ojos
Mas lindo y apuesto
Sin tales sonrojos
Tu traje modesto!
¿Qué adornos previene
La rosa del valle?
¿Qué falta á quien tiene
Tu rostro y tu talle?

Menc. (Daré el soplo, que eso
Ya pica en historia.)
Gonz. ¡Callas!
(*A Isabel que está pensativa.*)
Menc. (Lo confieso:
El chisme es mi gloria.)
(*Entra de puntillas en el cuarto de la infanta. No lo advierten Gonzalo ni Isabel.*)

ESCENA X.

GONZALO, ISABEL.

Isab. ¿Por qué tan sombrío?
Mi pecho ¿no te ama?
¿Qué arriesgo...?
Gonz. ¡Ay bien mio!
Mi vida y tu fama.
Isab. Pero ¿qué...?
Gonz. ¡Oh perfidia!
El rey te pretende.
Te acecha la envidia,
La infamia te vende.
Isab. Justo el rey...
Gonz. ¡Blasfemia!
Isab. Sin que yo lo exija,
A mi padre premia...
Gonz. ¡Burlando á la hija!
Isab. ¡Oh Dios!...
Gonz. Para afrenta
Suya y del Estado,
Mas amigas cuenta
Que años de reinado.
Isab. Nadie á mí me ultraja;
Mi fe me defiende:
Nadie compra alhaja
Que el dueño no vende.
Gonz. ¡Ay prenda querida!...
Isab. De indignos proyectos
Yo...
Gonz. En tierra embebida
De miásmas infectos,
Con solo el ambiente
La espiga se daña,
Se enturbia la fuente
Y el vidrio se empaña.
Basta á que te crea
Perdida ¡ay de mí!
Que Madrid te vea
Tan linda... ¡y aquí!
Isab. ¡No! A mi pobre asilo,
A mi pobre lecho
Tornaré, y tranquilo
Latirá mi pecho.
Gonz. ¿Qué mano traidora
Te trajo ¡oh mi bella...!
Isab. No sé... Una señora...
(*Aparece la condesa saliendo del cuarto de la infanta.*)
Gonz. ¿Quién?...
Isab. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA.

Gonz. ¡La condesa! ¡Horror!
Cond. ¡Gonzalo!
Gonz. Sí. ¡Al rey procurais delicias!
¿Cuánto os valen las albricias
De vuestro inicuo regalo?
Isab. ¡Oh Dios!...
Cond. ¡Me insultais así!
Ya veo el móvil oculto...
(*Mirando á Isabel con encono.*)
Gonz. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA, DON ALVARO.

(*Llega don Alvaro por la puerta de la izquierda frontera al cuarto de la infanta.*)

Alv. ¿Quién alza la voz aquí?
Gonz. Yo, que á nadie pago feudo,
Y mas si su nombre infama.
Cond. ¡Gonzalo!
Alv. ¡Mirad que es dama!
¡Mirad que yo soy su deudo!
Gonz. ¡Gracias!... Sangre ha menester
Mi agravio, y la vuestra quiero;
Que no ha de manchar mi acero
La sangre de una mujer.
(*Desenvaina la espada.*)
¡Defendeos!
Isab. ¡Tente!
Cond. ¡Espera!
Alv. No ha de sufrir mi valor...
(*Desenvaina la suya y lidian los dos.*)
Isab. ¡Gonzalo! ¡Mi bien! ¡Mi amor!
Cond. ¡Calla! (*A Isabel.*)
Gonz. ¡Huyes!
(*Siguiendo á don Alvaro, que peleando se retira hácia el foro.*)
Cond. ¡Suerte fiera!
(*Doña Mencía y algunas damas salen del cuarto de la infanta.*)
Gonz. En vano... — ¡Apartad!
(*Desviando á la condesa que intenta dete-*

nerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de don Alvaro.)

Cond. ¡Cruel!
Alv. ¡Muerto soy! (*Dentro.*)
Cond. ¡Favor!... ¡Piedad!
(*Vase corriendo por el foro.*)
Isab. ¡Yo muero!

(*Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el rey por la puerta izquierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos gentileshombres, ugieres, etc., llegan por la otra puerta del mismo lado.*)

ESCENA XIII.

ISABEL, DOÑA MENCIA, DAMAS, EL REY, GONZALO, QUEVEDO, ALABARDEROS, GENTILES HOMBRES, UGIERES, ETC.

Menc. ¡Su majestad!
Rey. ¿Qué es esto? — ¡Oh cielo! ¡Isabel!
Gonz. Vengué...
(*Volviendo, y todavía con la espada desnuda.*)
Menc. ¡Allí está el agresor!
(*Llamando la atencion del rey hácia Gonzalo.*)
Quev. ¡Armas! ¡Gritos! — *¿Quién es ella?*
(*Llegando con la credencial en la mano.*)
Rey. ¡Socorred á esta doncella!
Quev. } *Gonz.* } ¡Ah!
Rey. ¡Prended á ese traidor!

(*Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.*)

ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

QUEVEDO, EL ALCAIDE.

Alc. Sois amigo mio y sois
Don Francisco de Quevedo:
Nada puedo yo negar
A tan noble caballero. —
Abrid aquel calabozo
(*A un carcelero que le sigue.*)
Y salga á esta sala el preso.
(*El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.*)
Quev. Hacéisme mucha merced
Y en el alma os lo agradezco.
Alc. Quien aquí os deja abrazarle
Bien quisiera á vuestro afecto
Entregarle indemne y libre;
Pero convicto y confeso
Don Gonzalo de tan grave
Delito...
Quev. Lo sé.
Alc. No espero...
Quev. Ya sale. Dejadme á solas
Hablar con él un momento.

ESCENA II.

QUEVEDO, GONZALO.

(*Se abrazan.*)

Gonz. ¡Oh mi protector! ¡Mi amigo!
Quev. ¡Gonzalo!
Gonz. No es tan adverso
El astro que me persigue,
Pues me concede el consuelo
De abrazaros.
Quev. (¡Pobre jóven!)
Quisiera ser mensajero
De nuevas mas venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
Y era de linaje ilustre,
Y en Palacio es sacrilegio
El homicidio. No obstante,
Quizá logren mis esfuerzos
Salvar tu vida, si pruebas
Que desnudaste el acero

Por defenderla.
Gonz. Yo fuí
Quien el combate sangriento
Provocó.
Quev. ¿Cuál fué la causa?
Gonz. Una dama.
Quev. ¡Ah! mi proverbio
Es infalible. ¿Era acaso
Aquel hermoso portento
Que un desmayo...?
Gonz. Aquella era
Mi Isabel, mi bien, mi cielo.
Quev. ¿Y don Alvaro el rival
Sacrificado á tus zelos?
Gonz. No. Agravios de otra mujer,
Que en ella vengar no puedo,
Satisfice con su sangre.
Quev. (¡Son dos las que entran en juego!)
¡De otra mujer!
Gonz. La condesa...
Quev. ¿El aya?
Gonz. Sí.
Quev. Ahora recuerdo...
Ella presentó á Isabel...
Don Alvaro fué su deudo...
Gonz. Rubor me cuesta decirlo;
Pero ya ningun respeto
Debo á esa aleve mujer,
De cuyo insano despecho
Es blanco infeliz el ángel
Que llevo en el alma impreso.
Su amor osó descubrirme,
Y fiel á mis juramentos,
Yo que á grandezas no aspiro...
Quev. Basta: todo lo comprendo.
Solo una mujer zelosa
Concebiría proyecto
Tan horrible. ¡Oh! y por desgracia
El tiro ha sido certero.
Gonz. ¿Qué decís?
Quev. ¡Eres perdido!
Gonz. ¡Cómo!
Quev. Felipe está ciego,
Loco de amor por tu bella
Isabel.
Gonz. ¡Oh Dios!
Quev. Y temo...
Gonz. Terrible competidor
Es todo un rey; lo confieso;
Pero la fe de mi hermosa,
Que es de virtudes modelo,
Me tranquiliza.
Quev. ¡Ay Gonzalo!
No fies en ese sexo
Vano, frágil y voluble. —
Pero atendamos primero
A tu salvacion. En tanto
Que tu amor sea un secreto
Para el rey, no es imposible
Romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
Se la pediré de nuevo,
Lucharé contra el influjo
De la condesa, y no pierdo
La esperanza...
Gonz. ¡Oh detestable
Mujer que abortó el infierno
Para amargar mi existencia!
Vierte en mí solo el veneno
De tu implacable rencor;
Lava mi sangre el desprecio
Con que herí tu altivo orgullo;
Pero ¿qué agravio te ha hecho
La rosa cándida y pura
Que inficionas con tu aliento? —
Dejadme, amigo y señor,
Agobiado bajo el peso
De mi cruel infortunio.
Si honra y amor me hacen reo,
Antes que el fiero verdugo
Me matará mi tormento.
¿Qué es ya para mí la vida?
¿Qué es la libertad, si lejos
He de vivir de mi amada?
Quev. Vive, que aun eres mancebo,
Y Dios es grande, y no está
Reducido el universo
A una aya y una menina;
Y tras del turbio aguacero
Suele amanecer radiante
El sol: *post núbila Phœbus.*
Vive ocho dias siquiera:
No puedo pedirte menos.
Ese plazo basta y sobra
Para saber si el objeto
De tu acendrado cariño
Merece el alto trofeo
De que apresures por ella
De la vida el breve término,
Como si al mundo faltaran
Doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

QUEVEDO, GONZALO, EL ALCAIDE.

Alc. Con real salvoconducto
(*A Gonzalo.*)
Una dama quiere veros.
Quev. ¡Buen presagio!... *¿Quién es ella?*
Alc. No sé. Trae echado el velo.
Gonz. ¿Será... Isabel?
(*Aparte con Quevedo.*)
Quev. ¿Quién lo duda?

¡Y aun te quejarás!
Gonz. Yo tiemblo.
Quev. Para tí el primer favor.
¡Oh!
Gonz. Será si yo lo acepto.
Quev. ¿Por qué no? ¡La libertad! —
No averigües á qué precio
Te la compra.
Gonz. ¡Ella en mi cárcel!
Alc. ¿Qué respondeis?
Gonz. Que me niego
A recibirla.
Quev. ¿Estás loco?
¿Qué vas á perder por eso? —
Que éntre. (*Al alcaide.*)
Gonz. ¡No! — Pero ¿qué digo?
Quiero saber si son ciertos
Mis temores; quiero ver
Si con el rostro sereno
Se atreve... Que éntre esa dama.
(*Vase el alcaide.*)
Quev. Bien: dila mil improperios
Si es preciso; pero acepta.
Gonz. ¡Aceptar!...
Quev. Del lobo un pelo.
Yo mientras dura la plática
Me ocultaré en tu aposento.
Gonz. ¡Allí!...
Quev. ¡Ba! En un calaboso
Estoy yo como en mi centro.
(*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

GONZALO.

¿Tendrá el rey tanta virtud
Que sacrifique á los fueros
Del honor y la justicia
La pasion...? — ¡No es ella! ¡Cielos!
(*Viendo á la condesa, que al entrar se alza el velo.*)

ESCENA V.

GONZALO, LA CONDESA.

Cond. ¡Mi visita os sorprende!
Gonz. Me sonroja.
Cond. Yo...
Gonz. ¡Accion digna de vos! ¡Rasgo eminente!
¿Venís á escarnecerme en mi congoja?
Faltaba esta corona á vuestra frente.
Cond. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia
Dios no me ha dado corazon de fiera.
Gonz. ¡A mí me lo decís!... ¡Oh infame audacia,
Que ni de vos, señora, la creyera!
Cond. Culpable fuí; mas vuestro bien anhelo
Mas que el mio: á Dios pongo por testigo.
Gonz. Bien que venga de vos será mi duelo;
¡Tanto es lo que os detesto y os maldigo!
Cond. En buen hora. Era flecha mas aguda
Al alma que por vos solo respira
Aquella indiferencia helada y muda
Que vuestra maldicion y vuestra ira. —
Mas vuela el tiempo. El rey lo sabe todo
Y es temible rival.
Gonz. ¡Mujer malvada!
Vos...
Cond. No: os lo juro.
Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo...?
Cond. Aquel retrato...
Gonz. ¡Ay prenda idolatrada!
Al conducirme aquí, bárbara mano
Me lo arrancó del pecho.
Cond. El rey lo tiene.
Gonz. ¡Oh desesperacion! ¡Oh rey tirano!
Cond. ¡Callad!
Gonz. No hay fuerza que mi labio enfrene.
Cond. ¡Ah, que os perdeis! ¡Callad, por vuestra vida!
(*Bajando la voz.*)
Yo os sacaré de aquí libre y seguro.
Esta noche á las doce... Seducida
Tengo á la guardia y allanado el muro.
Gonz. ¡Qué oigo! Vos...
Cond. Un caballo mas que el viento
Veloz, y gente fiel que os guie y guarde,
Os previene mi amor, y oro sin cuento...
Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.
Ya lo he dicho; de vos solo la muerte
Me fuera grata.
Cond. Mas si al cielo plugo
Que por mí te persiga adversa suerte,
¿Haré mucho en librarte del verdugo?
No mi don te avergüence y te sorprenda,
Que no es merced la que de mí recibes;
Es de mi expiacion la justa ofrenda.
¡Oh, máteme mi angustia si tú vives!
Gonz. ¿Guardara yo esta vida que aborrezco,
A expensas de otra vida..., aun de la vuestra?

Cond. ¿No soy yo sola quien morir merezco?
¿No es mi suerte mas dura y mas siniestra?
Gonz. ¿O pretendeis que á fuer de agradecido,
Conmigo os lleve prófugo y errante...?
Cond. No. Sepulta por siempre en el olvido
A esta mujer funesta y delirante.
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
Por ti implorando al Todopoderoso,
Yo soy la oscura procelosa nube
Que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.
Si supiera morir una y mil veces,
No turbaré tu paz, fantasma horrendo;
Mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,
Que ni compro venturas ni las vendo.
En pago de este amor que, mal mi grado,
Hasta el crímen me lleva en su delirio,
Y á no verse por tí menospreciado
Mi virtud elevara hasta el martirio,
No te pido, ni esa alma que no es mia,
Ni una sonrisa, ni las yertas flores
Que tributa cortés galantería,
Ni aun que piadoso mi infortunio llores.
Solo te pido que sin torvo ceño,
Pues tú la causa de mis yerros eres,
No indigna juzgues de llamarte dueño
A la mas infeliz de las mujeres.
Pues galardon no exijo ni lo espero,
¿Por qué esta alma leal tanto te enoja?
¿Por qué la abnegacion con que venero
La mano misma que de sí me arroja?
Consiente al menos que invocando muera
Tu nombre, y no tu lengua me maldiga
Si tanto te amo como amar debiera
Al Dios que por amarte me castiga.
Gonz. Mas mereceis que mi piedad mi encono;
Pero quiero morir como cristiano.
¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.
Cond. ¡Gonzalo!
Gonz. No os canseis, señora, en vano.
Cond. ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente
De un villano designio se hizo esclava!
¿Cómo no vi en mi cólera impotente
Que era inútil el crímen que intentaba?
Aunque un mar de peligros la rodea
Merced á mi protervo desvarío,
No temas, no, que infiel tu amada sea
Si un corazon abriga como el mio.
Alma en que está tu imágen esculpida
No puede codiciar mayor tesoro;
Y ¿qué no hará la que se ve querida
Si triste y desdeñada yo te adoro?
¡Ah! ¡Perdon! ¿Qué te importa mi amargura
Ni que mi rostro inflame la vergüenza?
¡No mas! Todo lo inmolo á tu ventura.
Sálvate, y vive... ¡y mi enemiga venza!
Vive, sí... ¡para ella! Industria el cielo
Y poder me dará y ánimo fuerte
Con que á los dos, mientras su oscuro velo
Tienda la noche lóbrega, os liberte.
Sí, yo misma, yo misma, aunque á mi cuello
Sean dogal vuestros nupciales lazos,
Robaré de tu amor el ángel bello,
Y de mis brazos pasará á tus brazos.
Gonz. ¡Jamás, jamás! Merece ese heroismo
Que otra vez os respete y os estime;
Mas fuera en mí vileza y egoismo
Aceptar sacrificio tan sublime.
Cond. ¡Fatal obstinacion! No sacrificio;
Deuda es sagrada que pagaros debo.
El cielo un dia premiará propicio...
Gonz. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré...
(*Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo le detiene.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, GONZALO, QUEVEDO.

Quev. ¡Tente, mancebo!
Cond. ¡Quevedo!
(*En ademan de cubrirse el rostro.*)
Quev. No te turbe mi presencia,
Generosa mujer. Muchas la historia
Recordará que imiten tu demencia,
Ninguna que así vuelva por su gloria.
Yo tambien, lo confieso, te execraba,
Y ya solo besar tu planta puedo.
¡Grande debes de ser cuando te alaba,
Te admira don Francisco de Quevedo! —
Pero la noche avanza; el tiempo corre.
(*Aparte con la condesa, mostrando á Gonzalo que, sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre un escaño.*)
Su vida, si por vos no la recobra,
Peligra...
Cond. ¡Ah! Sí.
Quev. Sacadle de esta torre.
No dejeis incompleta vuestra obra.
Cond. ¿Qué haré? Él rehusa...
Quev. En mí de un tierno amigo,
De un padre oirá la voz sincera y blanda.
Volad... Si persuadirle no consigo,
Salvadle á su pesar. ¡Dios os lo manda!

ESCENA VII.

GONZALO, QUEVEDO.

Quev. ¿Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazon
Cabe pasion...?
Gonz. Su pasion
Me pierde y pierde á Isabel.
Quev. Su humilde arrepentimiento
Salvar anhela á los dos.
Gonz. No hubiera ofendido á Dios,
Y ahorrara el remordimiento.
Quev. Yerro de amor no desdora,
Y pues con tanta hidalguía
Lo repara...
Gonz. ¿Es culpa mia
Si á otra el corazon adora?
Harto es trocar mi desvío
En piedad de su dolor;
Mas porque admire su amor,
¿He de renunciar al mio?
Quev. ¿Quién pide tal, insensato?
¿No sacrifica á tu gusto...?
Gonz. No recibirlo es mas justo
Que ser á un favor ingrato.
Solo con mi amor podría
Pagar el de esa mujer
Y á ella no quiero deber
Lo que por ella no haria.
Quev. ¡Oh! ya te pasas de estóico.
Y ¿sabes tú, desdichado,
Si tendrá tu dueño amado
Un corazon tan heróico?
Gonz. ¿Lo dudais?
Quev. Yo me holgaría
De tener tanta fortuna
Que topase, á falta de una,
Con dos fénix en un dia.
Mas, si la verdad te digo,
En tales manos cayó,
Que no te respondo yo...
Gonz. Tales dudas yo no abrigo;
Mas si falta á la promesa
Que me hizo con tanta fe,
En trance tal volveré
Mis ojos á la condesa...
Quev. ¿Para amarla? Harías bien.
Gonz. No, para imitar su ejemplo
Y alzar á mi dama un templo,
Aunque llore su desden.
Quev. ¿Tú seguirías la huella
De la condesa aunque...?
Gonz. Sí.
¿Censuraríais en mí
Lo que celebrais en ella?
Quev. A todo el que así me arguya
Llamaré loco de atar.
¡Por cierto que es singular
Metafísica la tuya!
¿Por qué, como el aya triste,
Dar con tu razon al traste?
¿Qué palabra la empeñaste?
¿Qué juramento la hiciste?
Ella se prendó de un hombre
Que, si fué sordo á su arrullo,
Humillar podrá su orgullo,
Pero no afrenta su nombre.
¿Se dirá tal de tu bella?
Amala fiel en buen hora;
Pero si la amas traidora,
Amas tu deshonra en ella.
Gonz. Su fe...
Quev. Bien; no la denigro;
Mas de amparo necesita:
No se lo niegues. Quien quita
La ocasion quita el peligro.
A una jaula te sentencio
Si no triunfa la razon
De esa extraña obcecacion,
De esa... — ¡El alcaide! Silencio.
(*Bajando la voz.*)

ESCENA VIII.

GONZALO, QUEVEDO, EL ALCAIDE.

Alc. (¡Desgraciado!)
Quev. La tristeza
Se pinta en vuestro semblante.
¿Qué nueva...?
Alc. ¡Cruel instante! —
Armáos de fortaleza. (*A Gonzalo.*)
Gonz. Hablad. La enemiga suerte
No postrará mi valor.
Quev. ¿Desterrado...?
Alc. No. ¡Ay dolor!
Está condenado á muerte.
Quev. ¡Ah!
Gonz. Dios oyó mi plegaria.
Quev. ¡Inicua condenacion!
Alc. Compete su ejecucion
A la justicia ordinaria.
Venid.
Gonz. ¿Dónde?
Alc. Se os traslada
A la cárcel de la villa.
Quev. (¡Salud al rey de Castilla!
¡Su gloria sea colmada!)
¡No hay ya esperanza, hijo mio!
(*Abrazando á Gonzalo.*)
Alc. Si inexorable la ley

Le condena, aun puede el rey
Revocar su fallo impío.
Si le hablais con interés...
Quev. ¿Lo dudais? Sí, sí : no en vano
Quizá mi cabello cano
Será alfombra de sus piés.
Gonz. Mas recto juez, mas tremendo
Falla arriba entre los dos.
No os humilleis sino á Dios.
Dejadme triunfar muriendo.
Quev. No quiero yo tu baldon.
Corre á morir con denuedo;
Mas no estorbes á Quevedo
Cumplir con su obligacion.
Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!
Suplicio, yo te bendigo
Pues va á la tumba conmigo
El corazon de Isabel. —
Amparad vos su virtud,
(*A Quevedo.*)
¡Pues no puedo hacerlo yo!...
Quev. ¡Basta!
(*Enjugándose las lágrimas.*)
Alc. Vamos...
Quev. Guiad.
(*Sigue al alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.*)
¡Oh
Malograda juventud!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, QUEVEDO.

Rey. Don Francisco, no os canseis;
Holgárame de serviros;
Mas la ley...
Quev. Sus pocos años,
Su inexperiencia...
Rey. Repito
Que en vano me importunais.
Quev. Recordad, señor, que es hijo
De un valiente que perdió
La vida en vuestro servicio.
Rey. De otro servidor leal
Me priva, muerto á los filos
De su espada.
Quev. Ya la parte
Del difunto, á ruego mio,
Le ha perdonado.
Rey. ¿Qué importa,
Si reclama su suplicio...?
Quev. ¿Quién?
Rey. La pública vindicta,
La inmunidad de este asilo,
Mi ultrajada majestad.
Quev. Señor, no pierde su brillo
Una testa coronada
Por usar de su mas digno,
Su mas grato privilegio;
El de perdonar. Si el grito
Oís de ese corazon,
Naturalmente benigno,
Seguireis el alto ejemplo
De los Trajanos y Titos...
Rey. Ya lo sigo perdonando,
Por lo mucho que os estimo,
Que á enojarme os arriesgueis
Por defender á un amigo.
Débil mas que generoso
Seré, y fábula y ludibrio
De mi reino y de mi córte,
Si tan aleve homicidio
Queda impune.
Quev. No pretendo
La impunidad; solo os pido
Que le perdoneis la vida,
Y allá en remotos dominios
Lidiando por vos expíe
La culpa que ha cometido.
Rey. ¡Su culpa!...
Quev. Fué involuntaria.
Rey. ¿Y no tiene mas padrino
Que vos? Yo sé quién pudiera
Y vos tambien, don Francisco,
Lo sabeis, con una sola
Palabra romper sus grillos.
Quev. Lo que vos y yo sabemos
Pronto será conocido
De todo Madrid, señor;
Y ved aquí otro motivo
Para que useis de clemencia.
Si Gonzalo va al patíbulo,
No serán por esta vez
Pábulo vuestros ministros
De la malicia del vulgo:
Dirá que, rey vengativo,
Castigais en ese jóven
Su dicha, no su delito;
No al homicida alevoso,
Sino al rival preferido.
Rey. ¡Preferido! ¿Sabeis vos
Si lo será?
Quev. Yo no afirmo
Nada : digo lo que el vulgo
Dirá.

Rey. ¿Dudais que mi brio,
Si la regia dignidad
No mandase reprimirlo,
Ahorrara á la ley su fallo
Y al verdugo su ejercicio?
Quev. No dudo. Sois caballero,
Sois valiente, y por lo mismo,
Pues no podeis en el campo
Lidiar con vuestro enemigo,
Perdonando bondadoso
A ese mísero hidalguillo
Obrais como caballero
Y como rey.
Rey. Cuando herido
De amor late el corazon,
No está para silogismos.
Quev. ¿Tan enamorado estais?
Rey. Ved este rostro divino.
(*Sacando un retrato y mostrándolo.*)
Quev. El de Isabel. (Procuremos
Dar al negocio otro giro.)
La semejanza es perfecta.
Velazquez hace prodigios.
Rey. No es obra suya el retrato.
Quev. ¿Quién...?
Rey. Lo llevaba consigo
Don Gonzalo.
Quev. ¿Y qué os importa,
Si le habeis desposeido
De copia y original?
Rey. Poco valdrá mi dominio
Sin el alma de la hermosa...
Quev. Pues ¡qué! ¿tan poco camino
Habeis andado...?
Rey. Tres veces
Desde aquel lance inaudito
Se ha desmayado Isabel.
Quev. Se desmayará otras cinco
Si es forzoso.
Rey. ¿Sospechais...?
Quev. Creo poco en parasismos
De mujeres.
Rey. ¿Con qué objeto
Recurriera á ese artificio?
Quev. No sé. Ella se entenderá.
Rey. Yo no creo ni imagino
Que un ángel pueda fingir.
Quev. Aun siendo así, no es preciso
Que el accidente proceda
De aquel amor primitivo.
Si es de fibra delicada,
Basta á atribular su espíritu
El susto... Sin duda vos,
Que no sois galan novicio,
Al verla tan angustiada
La habreis prodigado auxilios,
Consuelos...
Rey. Con tal ternura,
Con tan fervoroso ahinco,
Que harto habré mostrado en ellos
Mi adoracion, mi delirio.
Quev. Y ¿sonreía su labio,
O acaso con ceño esquivo...?
Rey. Solo á mi afan respondia
Con lágrimas y suspiros.
Quev. Mas ¿no intenta redimir
A su adorado cautivo?
Rey. No le nombra.
Quev. Para vos
Puede ser ese un indicio
Muy favorable.
Rey. Ella ignora
Que su vida está en peligro;
Pero pronto lo sabrá,
Y en tan grave compromiso,
Pues es mujer y en su mano
Está de ese hombre el destino,
Veremos si saca airosa,
Fallando en nuestro litigio,
Vuestra opinion, ó la mia.
Quev. Ni pongo rey ni lo quito,
Pero ayudo á mi señor,
Dijo Beltran; y yo digo:
Sálvese mi pobre ahijado:
De lo demás no me cuido.
Rey. Yo deseo vuestro triunfo,
Porque en él se cifra el mio.
Quev. Vos siempre habreis de triunfar,
O vencedor ó vencido.
Si Minerva os es contraria,
Amor de rosas y mirtos
Coronará vuestra sien;
Y si sucumbe Cupido,
La gloria os consolará
De apellidaros invicto
Campeon del bello sexo. —
Mas no eclipsaréis el brillo
De trofeo tan honroso,
Ni agravaréis mi conflicto
Negando á aquel infeliz...
Cond. Señor, si me dais permiso...
(*Saliendo del cuarto de la infanta.*)
Rey. Llegad.
Quev. (Pues á tiempo llega
El refuerzo, me retiro.)
(*Hace una reverencia al rey en ademan de retirarse.*)

ESCENA II.

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA.

Cond. Quedáos. (*A Quevedo.*)
(*Quevedo se detiene.*)
Rey. (Triste y sombría...)

Cond. A quien el rey mi señor
Da su confianza (¡ay dolor!...)
Mal puedo negar la mia.
Rey. ¡Suspirais!
Cond. ¡Señor!
Rey. ¿Cuál es
La causa de ese quebranto?
Cond. Permitid que con mi llanto
Riegue, señor, vuestros piés.
(*Va á arrodillarse y el rey se lo impide.*)
Rey. No hareis tal. Mas de cuidado
Me sacad. ¿Qué angustia es esa?
¿Qué quereis de mí, condesa?
Cond. La vida de un desgraciado.
Rey. ¡Qué escucho! ¿De quién, señora?
¿De ese Gonzalo tal vez?
Quien debiera ser su juez
Mas inflexible, ¡le llora!
Cond. ¡Ah! Sí.
Rey. Su insolente audacia,
Sin respeto al rey ni á Dios,
Vertió sangre vuestra, y vos
Venís á pedir su gracia!
Cond. Su frenesí le cegó.
Viendo en Palacio á su dama,
Creyó perdida su fama...
Rey. ¿Y quién la deshonra? ¿Yo?
Cond. ¡Señor!
Rey. Movísteis el cisma
Con cuya maraña lucho,
Y... No os entiendo.
Cond. ¡Qué mucho
Si no me entiendo á mí misma?
Rey. Por vos he visto á Isabel;
Por vos mi alma gime esclava.
¿Sabíais que ella le amaba?
¿Le conocíais á él?
Cond. Sí.
Quev. (¡Dios castiga sin palo!)
Rey. Si ahora obrais de ese modo,
¿Cómo antes...?
Cond. Sabréislo todo
Con saber que amo á Gonzalo.
Rey. Ahora os entiendo menos.
Cond. Ayer ciega en mi furor
Me hizo culpable el temor
De verle en brazos ajenos:
Hoy por salvarle la vida
Vierto este llanto copioso,
¡Y lloraré si es forzoso
A los piés de su querida!
Rey. ¿Vos tambien? ¡Dios de Israel!
¿Qué lindo don Diego es este,
Qué paraninfo celeste,
Que todas gimen por él? —
¿Qué decís de esto, Quevedo?
Quev. Que estoy confuso y absorto
Y lelo... y me quedo corto.
Rey. El diablo anda en este enredo.
Cond. Mi iluso amor, mi flaqueza
Y mi desesperacion
Me inspiraron una accion
Indigna de mi nobleza.
Yo fuí quien al fiero arrojo
De Gonzalo causa dí,
Yo armé su mano y por mí
Fué blanco de vuestro enojo.
Yo soy la que lleva en pos
De sí la tea funesta
Que tantos pesares cuesta
A él, á ella y á vos;
Yo la que vendí sin ley
El honor de mi rival;
Yo la que he sido fatal
A mi amante y á mi rey.
Ved si lanza justos gritos
Mi conciencia acusadora;
Ved si en una alma traidora
Pueden caber mas delitos,
Y en vuestra recta balanza
Cuál es de los dos pesad
Digno de vuestra piedad
Y cuál de vuestra venganza.
Rey. ¡No mas!... ¡Hola!
Quev. (¡Dios la asista!)
(*Llega un oficial de alabarderos.*)
Rey. Esta mujer...
Quev. (¡Desdichada!)
Rey. Quede en su cuarto arrestada
Con centinela de vista.
Cond. ¡Señor!...
Rey. (Su valor me admira.)
Cond. ¡Perdonadle! ¡Es inocente!
Rey. ¡Basta!
Cond. Embótese en mi frente
El rayo de vuestra ira,
Y el golpe que me destruya
Bendeciré agradecida,
Si aceptais, señor, mi vida
En rescate de la suya.

ESCENA III.

EL REY, QUEVEDO.

Rey. Eso es amar, don Francisco.
Quev. Admirable es su conducta.
Rey. Sublime es la expiacion
Si grave ha sido la culpa.
Quev. Si no es ella la mujer
Fuerte de que la Escritura
Nos habla, dudo, señor,
Que pueda serlo ninguna.
Ya me voy reconciliando

Con las faldas.
Rey. Ya veis: triunfa
Mi opinion.
Quev. ¡Victoria insigne!
Rey. ¡Plegue á Dios baste con una!
Quev. ¿Temeis que siga su ejemplo
La menina?
Rey. ¿Quién lo duda?
Quev. Fiad mas en su flaqueza
Y en vuestra buena ventura.
Es mas vehemente el amor
En las mujeres adultas
Que en las mozas. Las Virginias
Y las Arrias no son fruta
De este siglo. — Mas si el aya
Vuestra admiracion augusta
Ha excitado, ¿qué razon
A castigarla os impulsa?
Rey. Yo debo algun desagravio
A Isabel...
Quev. Sí. (*Sonriéndose.*)
Rey. Y á la pública
Moral.
Quev. Cierto. (¡Oh mundo hipócrita!
¡Oh virtud, cómo te insultan!)
Rey. Mas limitaré el rigor
A tres dias de clausura...
Ugier. Doña Isabel de Marcilla...
(*A la puerta del foro.*)
Rey. ¡Ah!
Ugier. Pide audiencia...
Rey. ¡Oh fortuna!...
(*Aparte con Quevedo.*)
Esperadme en la antecámara. —
Yo no sé lo que me anuncia
El alma... A la par en ella
Temor y esperanza luchan. —
Que éntre. (*Al ugier.*)
(*Vase el ugier.*)
Quev. No olvideis, señor...
Rey. ¿El refran?
Quev. (¡Dios te confunda!)
Al reo que está en capilla.
Rey. Vivirá si ella le indulta.
Quev. Sí hará. Sin llamarla viene...
No hay dudarlo: capitula.
Rey. Hoy se verá *quién es ella.*
Quev. Es... *ella*, y todas son unas.
(*Al retirarse por el foro saluda á Isabel, que entra al mismo tiempo.*)

ESCENA IV.

El REY, ISABEL.

Isab. Dadme, señor, vuestros piés...
Rey. Alza. (*Deteniéndola.*)
Isab. Permitidme...
Rey. ¡No!
¿Lloras?
Isab. Soy desventurada.
Rey. (Todo lo sabe.) En la flor
De la vida y la hermosura,
Cuando mi alta proteccion
Es tu egida, y cuando todo
Te sonríe en derredor,
¿Qué pena puede, Isabel,
Lastimar tu corazon?
Isab. De bronce fuera ó de mármol
Si resistiese al dolor
Que lo oprime. Un infeliz
Gime bajo el peso atroz
De una sentencia cruel,
Y yo á mi despecho soy
La causa de su desdicha.
¡Concededme su perdon!
Rey. ¿De quién me hablas?
Isab. De Gonzalo.
Rey. ¿Ignoras que su furor
Osó verter sangre ilustre
En esta sacra mansion,
Al pié de mi excelso trono;
Sangre que yo mismo ¡yo!
Ví correr?
Isab. Locura fué;
Crímen quizá; pero en vos,
Que si sois monarca augusto
Tambien caballero sois,
Disculpa hallarán, lo espero,
Los delitos del honor.
Rey. ¿Quién á su honor atentaba?
Isab. Salvar el mio creyó.
Rey. ¡El tuyo!
Isab. ¡Ah! no os irriteis.
Tranquila y segura estoy
Bajo el paternal escudo
Del que es imágen de Dios
Sobre la tierra.
Rey. (¡Medrados
Estamos!)
Isab. Pero él temió...;
No á un rey magnánimo y justo,
Sino la aleve intencion
De viles aduladores...
Rey. ¿Y quién es él? ¿Quién le dió
Autoridad ni derecho
Para tanto? ¿Es tu tutor?
¿Es tu hermano por ventura?
Isab. Somos huérfanos los dos,
Y desde niños el lazo
De la amistad...
Rey. ¡Del amor!
¡Tú le amas!
Isab. ¡Señor!
Rey. ¡Tú le amas!

Y á mí que tan dulce don
Le envidio, á mí que te adoro...
Isab. ¡Dios mio!...
Rey. ¡Me pides hoy
La vida de ese rival
Aborrecido!
Isab. ¡Señor!
Rey. ¡Tú le amas! ¡Oh venturoso
Mortal! ¡Oh grata prision;
Muerte inefable! Por ella
Diera yo el trono español.
Isab. ¿Tanto podría humillarse
Con mengua de su esplendor
Esa coronada frente?
¿Así del regio blason,
Que vuestro poder pregona
Do quiera que alumbra el sol,
La grandeza depondríais
Por una indigna pasion?
Vencedla, señor, vencedla,
Que á vuestro ínclito valor
No es ardua empresa. ¡Mis lágrimas
Os muevan á compasion!
Rey. ¡Oh!
Isab. ¡Perdonadle!
Rey. Ese llanto
Hace su crimen mayor.
Me pides su vida en nombre
De la fe que te inspiró...
Isab. No; en nombre de la piedad,
A cuya mágica voz
Nunca fué sordo Felipe.
Rey. Mas si la vida le doy,
Deuda ya de la justicia,
¿Piensas que en plácida union
Sufriré...?
Isab. No: ni lo pido
Ni lo espero. A todo estoy
Resignada. Viva él,
Sea libre...
Rey. ¡Y muera yo!
Isab. ¡Vos morir!
Rey. Para templar
De mi justicia el rigor
Fuerza es conculcar los fueros
De la ley, de la razon,
Y la majestad del trono
Castellano, y el clamor
De una familia angustiada,
Y mi justa indignacion. —
¿No merecen recompensa
Tantos sacrificios?
Isab. ¡Oh!
Yo á Dios rogaré...
Rey. No preces
Que lleva el viento veloz,
No votos he menester
Cuando clavado un arpon
Tengo en el alma, y bebiendo
Tósigo de muerte voy
En cada mirada tuya,
Y á tus plantas... (*Se arrodilla.*)
Isab. (¡Oh rubor!)
Rey. Espiraré provocando
La eterna condenacion,
Si tus labios no me otorgan
Una palabra de amor.
Isab. ¡Alzad! ¡Mísera de mí!
Rey. ¡Pronúnciala!...
Isab. ¡Santo Dios!...
Rey. Y salvarás á Gonzalo,
Y mi dicha...
Isab. ¡Alzad, señor!
(*Con dignidad.*)
No deprimais vuestra gloria:
Ved dónde estais y quién sois.
Rey. Mi gloria es amarte.
(*Levantándose.*)
Isab. Sea;
Pero si esa adoracion
Que tanto me encareceis
Es digna de mí y de vos,
No me envilezcais vos mismo
A vuestros ojos.
Rey. ¡Ah! no.
Isab. Si del crímen de Gonzalo
Yo he de ser la expiacion,
Mostrad que no me teneis
Por mujer de poca pro,
Y antes de otorgar la gracia
No pidais el galardon.
Rey. ¡Isabel!
Isab. El tiempo vuela
Y se acrece mi terror.
Vuestro generoso indulto
Desarme el brazo feroz
Del verdugo...
Rey. Sí haré. (¡Oh gozo!)
Isab. Y por el Dios de Jacob
Os juro... no ser ingrata.
Rey. Basta. (¡Vencí!)
(*Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.*)
Isab. (¡Se salvó!—
Y yo... ¡Oh Dios mio, Dios mio,
Doléos de mi dolor!)
(*Se sienta llorosa y abatida.*)
Rey. ¡Quevedo! (¡Oh ventura inmensa!)
(*Tomando el decreto que acaba de escribir y acercándose al foro.*)

ESCENA V.

EL REY, ISABEL, QUEVEDO.

Quev. ¡Señor!
Rey. Tomad.
Quev. ¿El perdon?
(*Tomando el papel.*)
Rey. Sí. ¡Volad!
Quev. ¿Triunfais?
(*En voz baja.*)
Rey. Lo espero.
(*Lo mismo.*)
Quev. (¡Hé aquí puesta en el crisol
La virtud de una mujer!
¡Hé aquí un triunfo precoz!...
Mas ¿qué importa? Él vivirá.
Ella... ¡Bien decía yo!...)
Rey. ¡Isabel!
(*Acercándose á Isabel.*)
Quev. (Una ha podido
Desmentirme; pero ¡dos!...)

ESCENA VI.

ISABEL, EL REY.

Rey. ¿Por qué de nuevo pálida tristeza
Tus rosadas mejillas descolora?
¿Por qué tu rostro en lágrimas se inunda?
¿Por qué suspiras, niña, y te acongojas?
No de esos ojos la fulgente llama
Esquives al esclavo que te adora.
¿Será que aun en tu pecho impresa vive
La imágen de otro dueño, y no la borra
La ciega idolatría con que postro
A tus plantas mi vida y mi corona?
¿Será que, complacida en mi tormento,
Ya la esperanza efímera me robas
Que necio concebí? ¿Será que acaso
El corazon no hablaba por tu boca
Cuando con un acento me elevaste
Al colmo de la dicha y de la gloria?
Isab. Escuchadme, señor: mi desconsuelo
(*Levantándose.*)
Ni de pérfida y falsa me baldona,
Ni es mengua de una huérfana infelice
Que de la vida apenas en la aurora
Ya con tedio la mira y con espanto.
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,
No es mi propia desdicha la que lloro;
Que la mano de Dios no me abandona,
Y al término cercano de mis males
Sabré llegar con planta valerosa.
Lloro el siniestro influjo de mi estrella,
Que adonde quiera que mi frente asoma
Lleva consigo azares y amarguras
Y muerte y maldicion. Yo soy, yo sola
Quien merece ser blanco á vuestra saña;
Yo ¡ay de mí miserable! que en mal hora
Os inspiré un amor que Dios me veda
Premiar; aciago amor que me sonroja...
Mas por vos que por mí; yo á cuyo ruego
Una vida acordais, que os fuera odiosa
Si á mí la consagrara el malhadado
Por quien pedí á mi rey misericordia.
Rey. ¡Qué oigo! ¿Han sido una burla
tus palabras?
Isab. ¡Señor!...
Rey. ¿Vana ilusion, fugaz lisonja
Fué el paraíso que soñé, y perjura...?
Isab. No ser ingrata os prometí, y la
obra
Seguirá á la promesa: yo os lo juro.
Rey. ¿Cómo...? ¡Tú...!
Isab. De una vida os soy deudora:
Otra os daré: la mia.
Rey. ¿Qué pronuncias?
¡Tú morir, ángel mio! ¡Tú, la joya
De mas prez á mis ojos! ¡Tú...! Primero
Muera yo una y mil veces, prenda hermosa.
Isab. Valga lo que valiere esta existencia
Mísera cuyo peso al alma agobia,
Mas no puedo ofrecer en vuestras aras,
Ni menos...
Rey. ¡Al galan por quien la inmolas!
Isab. No; á mi honor sin mancilla, á mi
decoro,
Al Dios que ha de juzgarme, á la memoria
De mis honrados padres. Poco fuera
A quien de entero corazon blasona
Dar por el dueño amado hacienda y vida.
Hazaña mas sublime, mas heróica
Es la que inspira la razon austera
Que la que nace de la fiebre loca
De una ciega pasion. Si el alma mia
Jamás de amor la llama abrasadora
Sentido hubiera, con igual denuedo
Mil muertes yo arrostrara sin zozobra
Antes que al cebo de ambicion insana
O al oro vil prostituir mi honra;
Que á una mujer para ilustrar su nombre
Basta ser bien nacida y española.
Rey. (¡Cielos!... ¡Tal fortaleza en una
niña!...)
Yo... Mi pecho...
Isab. Su frente luminosa
Veo alzar á mi padre desde el cielo,
Su frente siempre erguida donde aun brota
La noble sangre por su rey vertida.
Su voz habla en mi labio: él es mi norma,

Mi luz, mi ángel custodio; él si villana
Osara yo insultar su hidalga sombra,
Fulminaría sobre mí sañudo
Eterna maldicion. Cuando á la losa
Fria bajó, olvidado, pobre, oscuro,
Huérfana me dejó, huérfana y sola;
Sin otra hijuela que su nombre limpio
Y una hermosura... que ignoré hasta ahora,
Y solo creo en ella porque basta
Para ser desgraciada ser hermosa.
Mas si otra dote me negó la suerte,
No indefensa mi padre entre las olas
De este mar me dejó que llaman córte.
Conociendo sus artes insidiosas,
« Oye, dijo, las últimas palabras
Que te dirige trémula mi boca.
Obligacion como soldado tuve
De preferir la muerte á la deshonra:
Jura aprender en el ejemplo mio,
Y en paz descansaré. » — Juré animosa,
Y el anciano espiró... y en mí confia... —
Lo que entonces juré... lo cumplo ahora.
(*Saca del pecho un pomo, cuyo contenido va á beber.*)

Rey. ¡Tente! ¡Un veneno! ¡Horror!
(*Quita el pomo á Isabel y lo arroja.*)

Isab. ¿Qué haceis? En vano,
Señor, en vano con violencia odiosa
Me desarmais. El cielo sabrá darme
Armas y esfuerzo con que el hilo rompa
De esta vida infeliz.

Rey. ¡Vive! No temas.
¡Vive y triunfa, Isabel!, que á tanta costa
El que en algo se precia no conquista
Goces que humillan, lauros que deshonran.
Vive, que si tus gracias me embelesan,
Tu fe me admira y tu virtud me asombra.

Isab. ¡Oh prez de caballeros y de reyes!... (*Se arrodilla.*)
Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;
Dejad que en ellos angustiada llore
Mi injusto desamor...

Rey. ¡No mas, señora!
(*Haciéndola levantar.*)
¡No mas! ¡Huid de mí! Débil resuena
De mi razon el grito y de mi gloria:
Para que no lo ahoguen mis sentidos
Fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.

Isab. ¡Señor!

Rey. ¡Huid! Salváos y salvadme.
¡Huid! (¡Oh! ¡nunca ha sido tan hermosa!)
Os lo ruego: os lo mando.

Isab. Vuestra fama
Perpetuará en sus páginas la historia.

ESCENA VII.

EL REY.

¡Murió la esperanza mia!
¡Huyó la dulce ilusion
Que mi amante corazon
Embriagaba de alegría!
¿Qué vale el alto poder
Que en mí dos mundos adoran,
Si en vano mis ojos lloran
A los piés de una mujer?
Su altivo desden me humilla,
Y á mi pesar lo venero,
¡Y á un oscuro aventurero
Envidia el rey de Castilla!
Quisiera que el hondo abismo
Me hundiera... Mas no; á mi gloria
Debo mas noble victoria:
La de vencerme á mí mismo.
Sí; cumpliré los deberes
De caballero y de rey,
Y aunque es tirana la ley
Sabré... ¡Ah mujeres, mujeres!...
¡Lucido y airoso quedo!
Y es fuerza que me resigne...
¿Qué he de hacer?... ¡Oh insigne, insigne
Don Francisco de Quevedo!
Sois un vil calumniador,
Un libelista soez.
Venid á hablarme otra vez
Del sandio corregidor
Y de su eterna salmodia
« ¿*Quién es ella? ¿Quién es ella?* »
Mañana ¡pese á mi estrella!
Cantareis la palinodia.
(*Entra en su habitacion.*)

ACTO QUINTO.

Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, QUEVEDO.

Quev. Vuelvo á las damas su gloria
Y mis sátiras abjuro.
El aya es una heroína,
Isabel es un conjunto
De gracias y de virtudes,

Y yo he sido necio, estúpido
En admitir como axiomas
Los dicharachos del vulgo.
¿Puedo cantar mas de plano
Mi derrota y vuestro triunfo?
Rey. ¡Mi triunfo!
Quev. Sí, y muy glorioso;
Que son placeres espurios
Los que usurpa la violencia
O compra á fuerza de escudos
La seduccion. A la fama
Dió, señor, mas noble asunto
La castidad de Escipion
Que todos sus lauros juntos.
Yo tambien, aunque murmure
Mortificado mi orgullo,
A la virtud vencedora
Prez y alabanza tributo;
Que sano es mi corazon,
Si tal vez con ceño adusto,
Tal con festivo donaire,
Palo de ciego sacudo
Escarneciendo ó llorando
Las miserias de este mundo.
Vos me hablais de palinodia...
Cantémosla pues á duo,
Señor. ¡Ah! si como soy
El menor de vuestros súbditos,
Fuese yo por un instante
El rey don Felipe, os juro...
Rey. ¿Qué haríais?
Quev. Ser por completo
Pio, magnánimo y justo.
Gonzalo...
Rey. Ya le libré
De las garras del verdugo.
¿Qué mas quereis?
Quev. Que se extienda
Vuestro generoso indulto...
Rey. ¿A qué?
Quev. A darle libertad.
Preso otra vez en los muros
De vuestro real Alcázar,
Espera...
Rey. ¿Saber el punto
De su destierro? Vos mismo
Lo designaréis.
Quev. ¡Qué escucho!
¿Yo mismo?... ¿Os burlais de mí
Por ventura?
Rey. No me burlo.
Quev. Será pues el universo
Mundo su cárcel y...
Rey. Mucho
Me pedís.
Quev. Sois rey.
Rey. Soy hombre.
Quev. Pero de heróicos impulsos;
De alma grande que no goza
En el ajeno infortunio;
Antes...
Rey. Austero Zenon,
Que ayer érais Epicuro,
¿Por qué no exigís tambien
Que humilde como un cartujo
Ponga yo mismo mi dama
En brazos de vuestro alumno?
Quev. ¡Señor!...
Rey. Arrancad primero
De mi pecho el dardo agudo
Que le hiere.
Quev. ¡Qué! ¿aun amais
A Isabel?
Rey. En vano lucho
Con esta pasion tirana.
Quev. No os han de faltar recursos
Para triunfar de un capricho
Fugaz: la caza, el estudio...
Amor vive en la esperanza,
Y ya convertido en humo
La vuestra...
Rey. Aun no la he perdido.
Quev. ¿En qué lo fundais?
Rey. Lo fundo...
No sé. En la misma vehemencia
Del fuego en que me consumo.
Quev. Sin mengua de vuestra gloria,
No espereis, señor...
Rey. Soy viudo.
Quev. ¡Ah! ¡Cómo!... ¡Vos...!
Rey. Si el encanto
De su rostro me sedujo,
Su virtud mas que divina
Lo graba aquí con profundos
(*Con la mano en el pecho.*)
Rasgos que no borrará
La losa de mi sepulcro.
¿Quién mas digna de mi mano
Y de mi dosel augusto?
Quev. ¡Será posible, señor!...
Me asombro...
Rey. ¿Por qué? Si al último
De mis vasallos es lícito
Unirse en pobre tugurio
Al objeto de su amor,
¿Por qué el señor absoluto
De todos no lo será
Para casarse á su gusto?
Quev. Entre un monarca y sus pueblos
Vos no lo ignorais, hay mutuos
Deberes que sin peligro
No es dado...
Rey. ¡Vanos escrúpulos!
Quev. Pierde su prestigio el trono
Cuando impolítico nudo
Alza desde humilde esfera

Á una mujer...
Rey. Otro absurdo.
Trono es tambien la hermosura,
Trono es la virtud, á cuyos
Fulgores son los del mio
Agonizante crepúsculo.
Así pues, cuando Himeneo
Nos una en plácido yugo,
Ella ilustrará mi trono
Elevándome hasta el suyo.
Quev. (¡Ay! está loco.) Señor,
Ved que atropellais los usos,
Las conveniencias sociales.
Si esa boda, que aun lo dudo,
Se realiza, ¿qué dirán
El Austria, la Francia, el mundo?
Temed no se alce la Europa
Contra vos desde el Danubio
Hasta el Támesis...
Rey. Poder
Sobra á este brazo robusto
Para lidiar contra todos. —
Mas con temerario insulto
Nadie al leon castellano
Osará...
Quev. Triunfante el luso
Lo diga, y osado el belga,
Y el catalan en tumulto.
Considerad...
Rey. No os canseis.
Quev. Suspended...
Rey. Ni dos minutos. —
Vos sereis mi embajador.
Quev. ¡Yo, señor!
Rey. Volad. Ninguno
Mejor que vos. Será digna
De vuestro ingenio fecundo
La empresa. Aun puede vencer
Desde su postrer reducto
Vuestra opinion: aun pudiera,
Si alcanzo el bien que procuro,
Ser inconcusa verdad
Aquel proverbio vetusto.
Quev. ¡Oh! Será mas que mujer
Quien resista á ese conjuro.
¡Ahí es nada! ¡Una corona!...
Pero, por Dios trino y uno,
Mirad...
Isab. ¡Señor! (*A la puerta del foro.*)
Rey. ¡Isabel!
Quev. ¡Ah! (¡Pobre Gonzalo!...)
(*Viéndola.*)
Rey. (¡Oh júbilo!)
Ven...
Quev. (¡Entona á tu esperanza
El oficio de difuntos!)

ESCENA II.

EL REY, QUEVEDO, ISABEL.

Isab. Permitidme que me atreva...
(*Hincando la rodilla.*)
Rey. (¡Oh belleza sin igual!)
Alza...
Isab. A daros una prueba
De mi gratitud.
Quev. (¿Qué tal?)
Rey. ¡Tú!...
Quev. (¡Tiemblo!)
Isab. A vuestra clemencia
Debo la vida de un hombre...
En vuestra augusta presencia
No pronunciaré su nombre.
Rey. No á mi clemencia, al amor
Que me inspiras...
Isab. Creo en él:
Creed vos en el dolor
Que me ha causado.
Rey. ¡Isabel!
Isab. Creedlo: no es mas profunda
Que la mia vuestra pena.
No es dicha la que se funda
En la desventura ajena.
Tan tierna solicitud
Merece premio mayor;
Mas no hay poder ni virtud
Que den leyes al amor.
Confesad, si sois sincero,
Que en damas de calidad
Gala es el amor primero
Y el segundo liviandad.
Mas no nos darán, — á Dios
Lo juro, señor, y al mundo, —
Ni pena el primero á vos
Ni vergüenza á mí el segundo.
Mi vida en expiacion
Ofrecí...
Rey. ¿Quién tan indigno
Será...?
Isab. ¿Rehusais mi don?
Dios lo aceptará benigno.
Rey. ¿Así á mi amoroso afan
Correspondes? ¿Qué misterio...?
Isab. Viva me sepultarán
Los muros de un monasterio.
Rey. ¡Qué dices! ¿Tú...?
Isab. No vacilo.
Allí en retiro piadoso
Será una celda mi asilo
Y el Rey de reyes mi esposo.
Rey. ¡Jamás!
Quev. (¡Triste criatura!)
Rey. ¡Tú monja! ¡Oh! no desatines.

No se hizo tanta hermosura
Para tocas y maitines.
Yo que en espléndido plaustro
Verte victoreada anhelo,
¿Podré consentir que un claustro
Sea noche de tu cielo?
¿Yo bajo aleve tijera
Veré caer tus cabellos?
¡Yo que la corona ibera
Quiero sublimar en ellos!
¡Sí, mi bien! Hé aquí mi mano.
Doblen todos su rodilla
Como yo la doblo ufano
A la reina de Castilla.

Isab. ¡Robais, impío, al altar
(*Haciéndole levantar y hablando como inspirada.*)
Su víctima expiatoria!
¡En vano! A vuestro pesar
Yo salvaré vuestra gloria.
Si una corona á mi sien
Desea vuestro delirio,
Corona es, señor, tambien
La corona del martirio;
Y, aunque os parezca cruel,
Llevarla animosa espero
Con el auxilio de aquel
Inmaculado Cordero
Que, siendo el Verbo divino,
Proto-mártir sin segundo,
La ciñó de agudo espino
Para redimir al mundo.
Él me inspira. Mirad vos,
Cuando él os habla en mi labio,
Si osaréis pedir á Dios
Satisfaccion del agravio.
Entre el amor y el deber,
Mirad, señor, si una hazaña
Fácil para una mujer
No lo es para el rey de España.
Cuando insensible me muestro
A tan alto beneficio,
Ved entre el mio y el vuestro
Cuál es mayor sacrificio.
Mirad qué os está mejor;
Si oir la voz que me llama
A defender mi pudor
Y á rescatar vuestra fama;
O que seamos los dos,
Sucumbiendo en esta lid,
Ludibrio de Europa vos,
Yo escándalo de Madrid.

Rey. ¡Basta! ¡Tú has vencido, ingrata!
¿Quieres la toca y el manto?
Bien está: tu rey acata
Ese propósito santo.

Quev. (¡Pobre niña!)

Rey. A otro mancebo
Pude disputar tu mano;
Pero con Dios no me atrevo,
Que soy yo muy buen cristiano. —
Mas los deberes monjiles
Son austeros...

Isab. Ya lo sé.

Rey. Aun no cuentas veinte abriles.
¿Tendrás firmeza en tu fe?

Isab. Lo espero.

Rey. Tambien allí
Tienta el enemigo malo.
¡Ay de tu fe y ay de tí
Si te recuerda á Gonzalo!

Isab. ¿Por qué le nombrais, señor?
Por siempre me alejo de él...
(¡Ay cielos!...)

Rey. De tu valor
Quiero otra prueba, Isabel.

Quev. ¡Monja! (Es cargo de conciencia.)

Rey. ¿Tendrás corazon bastante
Para arrostrar la presencia
Del que ayer era tu amante?
Tambien yo te amaba tierno.
¿Qué mucho si á mí le igualo?
¡Me has dado un adios eterno!...
Oígalo tambien Gonzalo.

Isab. ¡Ah, señor!...

Rey. Que me avergüence
No es razon ese mozuelo.
Sepa que no es él quien vence,
Sino el Rey de tierra y cielo.
Sepa, para ahogar la llama
Que nos quemó de consuno,
Que no cedo yo mi dama
De Dios abajo á ninguno. —
¿Dudas? Mi demanda es justa.

Isab. No, señor. (¡Triste de mí!)

Quev. (¡Necia vanidad augusta!)

Rey. ¡Hola! — El preso venga aquí.
(*Al ugier, que se presenta en la puerta del foro.*)

Quev. (¡Dios le tenga de su mano!)
(*Al rey aparte.*)
¿A qué esa prueba cruel
Si...?

Rey. ¡Callad!

Quev. (¡Dios soberano!...
Ya vuelvo á temblar por él.)

Rey. Aun nos falta otro testigo
Para accion tan noble y santa.
¡Ugier!

Quev. (¡Desdichado amigo!)

Rey. Venga el aya de la infanta.
(*A otro ugier que llega.*)

Quev. ¿Y qué os proponeis, señor,
Con semejante careo?

Rey. Otra víctima de amor
Dé mas pompa á su trofeo.
(*Mirando á Isabel.*)

ESCENA III.

EL REY, ISABEL, QUEVEDO, LA CONDESA.

Cond. ¿Me llamais...?
Rey. Venid, condesa.
Dios oyó vuestra plegaria.
Pesarosa, arrepentida
De vuestra inicua venganza,
Crueles remordimientos
Os cumpungian el alma.
Alentad. Libre es Gonzalo.
Cond. Vuestra bondad soberana...
Rey. Libre es tambien Isabel;
Y exenta de toda mancha,
Ella que pudo aspirar
Al tálamo de un monarca,
Modelo de alta virtud
A matronas castellanas,
Para mas digno consorte
Su cándida mano guarda.
Cond. ¡Qué decís!... ¡Gonzalo!... ¡Oh Dios!...
Rey. Entrad.
(*A Gonzalo, que aparece por el foro entre alabarderos.*)
Despeje la guardia.

ESCENA IV.

EL REY, ISABEL, LA CONDESA, QUEVEDO, GONZALO.

Gonz. (¡Aquí Isabel! ¡Oh tormento!)
Quev. (Nos cayó á cuestas la casa.)
Gonz. ¡Señor!...
(*En ademan de arrodillarse.*)
Rey. Alza. Ya eres libre.
Gonz. Permitid que á vuestras plantas...
Rey. No es á mí, sino á Isabel,
A quien debes dar las gracias.
Gonz. ¿A Isabel? ¡Cómo...! ¡Es posible!...
(¡La condesa! Horrible trama
Tal vez...)
Rey. Póstrate á sus piés.
Gonz. ¡Señor! (*Receloso.*)
Quev. Hazlo. Es una santa.
(*En voz baja rápidamente.*)
Gonz. ¿Es cierto? ¡Libre... por tí!
(*A los piés de Isabel y aparte con ella.*)
Isab. Sí.
Gonz. ¿A qué precio? ¿Al de mi infamia
Y al de la tuya quizá?
Isab. ¡Vivo... y lo preguntas!
Rey. ¡Basta!
(*Se levanta Gonzalo.*)
Gonz. (¡Ah bien mio...! Pero... el rey...)
Rey. Sí; esa niña es quien te salva.
Bendice al cielo que de ella
Hizo el ángel de tu guarda. —
(*A la condesa.*)
Y vos, señora, tambien
Bendecid arrodillada
La divina Providencia.
Quisísteis en hora infausta
Perder á esa criatura,
¡Y Dios para sí la gana!
Gonz. ¡Qué oigo!
Cond. ¡Ah, señor!...
Rey. A los tres
Ella el camino nos traza
Del deber. Ella, inocente,
Las culpas de todos paga;
Y pues yo soy el primero
Que su pía ofrenda acata,
¿Quién podrá ser tan osado
Que la arranque de las aras?
Gonz. ¡Ella...! ¡Oh desesperacion!
Quev. ¡Imprudente!...
(*En voz baja á Gonzalo.*)
Gonz. ¿Es verdad? Habla.
(*A Isabel.*)
Isab. Sí; con ánimo resuelto
(*Con forzada serenidad.*)
Sigo... (El aliento me falta.)
La divina inspiracion
Que á austero claustro me llama.
Gonz. ¡Ah!... (Me costará la vida.)
(*Con sumo dolor.*)
Rey. La oiste. No hay esperanza
A tu amor; mas si endulzar
Deseas la copa amarga
De un desengaño cruel,
Ejemplo te dé su casta,
Su ejemplar abnegacion.
Madre cariñosa y blanda,
En su gremio te reciba
La Iglesia.
Quev. (¡Esto nos faltaba!)
Rey. Y en premio de los servicios
De tu padre que Dios haya,
Te nombraré, si te ordenas,
Canónigo de Granada.
Gonz. Señor, si llamado he sido
(*Sin poder dominarse.*)
Para que escarnio se haga

De mí en la córte, volvedme
A la torre del Alcázar,
O dad mi cuello al verdugo
Que me esperaba en la plaza.

Rey. ¿Qué dice ese temerario?
¿Presumes que hablo de chanza?
¿O es poco una canonjía...? —
¡Digo; y metropolitana!
(*A Quevedo.*)

Quev. ¡Señor...!

Gonz. Sincero mi labio
Ni disimula ni engaña
Ni miente; ¡y menos al rey,
Y menos á Dios! Que flaca
De condicion y de espíritu
Una mujer desdichada,
Rinda en el primer embate
El muro de su constancia,
No es mucho; ni que tal vez
Labre su propia desgracia
Dejando jurar al labio
Lo que dentro niega el alma.
Mas yo que de hombre me precio
Y hombre á quien nada acobarda,
Ni sé disfrazar mi rostro,
Ni sé estudiar mis palabras,
Ni ahogar en mi corazon
Las pasiones que lo halagan.
Mi amor es puro; ¿y quereis
Que de él me acuse á las plantas
De un confesor? No he cursado
Teología en las aulas,
¿Y pronunciaré sacrílego
Votos que Dios no me manda
Consagrarle?... ¡Oh! si es forzoso
Que yo renuncie á mis gratas
Ilusiones; si por siempre
Mi desventura me arranca
Del amante corazon
Donde ayer feliz reinaba,
Hartos son los enemigos
De mi rey y de mi patria.
Mandadme á lidiar con ellos:
Dadme, señor, una espada,
Y me sentará mejor
Que el manteo y la sotana.
Así tambien, sin agravio
De la religion sagrada,
Lejos de vos viviré
Y de esa mujer ingrata;
Y si aun esto no es bastante
Para aplacar vuestra saña,
Pronto alcanzaré el honor
De morir por vuestra causa;
Que quien la vida aborrece,
Sabrá en sangrienta batalla
Dar á las balas el rostro
Mejor que al riesgo la espalda.

Isab. (¡Dios mio, dadme valor!)

Cond. (¡Y no le he de amar!)

Quev. (¡Oh hidalga
Fortaleza!)

Rey. Si prefieres
A una prebenda una bala,
Aunque no te alabo el gusto
Yo te concedo la gracia.
Hoy partirás para Flandes.

Cond. ¡Piedad!...

Rey. ¿Cómo es eso? ¿Lágrimas
En vuestros ojos?

Cond. Señor,
(*En voz baja.*)
No lloro sola. — Miradla.
(*Mostrando á Isabel.*)

Isab. (¡Favor, cielos!)

Rey. ¿Vos tambien?
(*A Quevedo.*)

Quev. Y lloraría una estatua
Al ver...

Rey. ¡Silencio! Gonzalo,
Despídete de tu amada:
Yo lo permito.

Gonz. Excusad...

Rey. Yo lo mando.

Isab. ¡Ay!...
(*Cae casi sin sentido.*)

Cond. ¡Se desmaya!
(*Acudiendo á sostenerla.*)

Rey. (No puedo mas.) ¡Isabel!
(*Todos se acercan á Isabel.*)
¡Respira, Isabel!... — Abraza
(*Mostrando á Gonzalo.*)
A tu marido.

Isab. ¡Oh gran Dios!
(*Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.*)

Gonz. ¡Oh ventura!

Quev. ¡Oh noble hazaña!
(*Todos se arrodillan ante el rey.*)

Gonz. ¡Señor!

Quev. ¡El cielo os bendiga!

Cond. Agradecida...

Isab. Postrada...

Rey. ¡Alzad!
(*Todos se levantan, menos la condesa, que alza los ojos como en actitud de orar.*)
Probar he querido
El temple de vuestras almas.
Perdonadme el breve alarde
De una aparente venganza,
Siquiera porque á mi voz
Trocais vuestra pena amarga
En dicha tanto mas grande
Cuanto menos esperada.

Bendiga Dios vuestro lazo:
Yo con mercedes sin tasa
Os probaré mi amistad
Pura, desinteresada...
(¡Valor, Felipe!... Eres rey.)
Sonada será en España
Vuestra boda. En mi capilla
Os desposareis mañana.
Os hará el epitalamio
Quevedo...

Quev. Con vida y alma.

Rey. Y será vuestro padrino...
Don Felipe cuarto de Austria.

Isab. ¡Tanta bondad!

(*Queriendo arrodillarse y tambien Gonzalo.*)

Rey. Detenéos.

Quev. ¡Sois un héroe!

(*Aparte con el rey.*)

Rey. ¡Soy un mandria!

(*Con cómico despecho.*)

¿Qué haceis, condesa?

(*Reparando en la condesa.*)

Cond. Pedir
A Dios su divina gracia.

(*Se levanta.*)

Y no en vano. El sacro velo
A que otra se resignaba,
Y con contento de todos
Convierte en nupciales galas,
Ceñir anhelo á mi frente
Que surca el dolor y mancha
La vergüenza. Si una víctima
El ara de Dios reclama,
Yo debo serlo; ¡yo sola!

Rey. Mirad...

Cond. No me tengais lástima,
Señor. Solo allí habrá paz
Para esta alma atribulada:
Solo allí sanar podría
De mi corazon la llaga...
¡No mas! ¡Adios! Sed felices.
(¡Ay!...) ¡Adios!

ESCENA ULTIMA.

ISABEL, EL REY, QUEVEDO, GONZALO.

Isab. ¡Desventurada!

Quev. Mejor suerte merecía.

(*Aparte con el rey.*)

Rey. Si es vocacion voluntaria
La suya, del mal el menos.
Mas ¿qué ha de hacer la cuitada
Si á mí no me falta mucho
Para encerrarme en la Trapa?—
Ahora bien, poeta cáustico,

(*En alta voz.*)

¿Volvereis á escribir sátiras
Contra las mujeres?

Quev. No.
Váyase muy noramala
Con su injusta muletilla
El corregidor de marras.

A la evidencia me rindo
Y en la justicia me fundo.
La MUJER, lo juro al Pindo,
Es el animal mas lindo
Que Dios crió en este mundo.

Ni solo estriba su palma
En este precioso don;
Que, con muy rara excepcion,
Hermosas son en el alma
Como en el cuerpo lo son.

Cuando su flaqueza sacas
A relucir y sus macas,
Considera, *Hombre* demente,
Que persigues igualmente
A las gordas y á las flacas.

Si las culpas, tú te implicas;
Porque, tirano sañudo,
Tú haces la ley, tú la aplicas,
Y para ellas — ¡pobres chicas! —
Siempre es la ley del embudo.

Cifra el hombre su esplendor
En el amor de la gloria;
Mas con instinto mejor
La MUJER brilla en la historia
Por la gloria del amor.

¡Ah! si por seguir tus huellas
Se vicia tan noble instinto,
No culpes, *Hombre*, á las bellas,
Sino á tí, con tercio y quinto
Mas débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar
Porque lo has dispuesto así,
¿No ves, *Hombre* baladí,
Que ellas no pueden pecar
Sino contigo y por tí?

Sé indulgente, pues ya ves
Que la equidad lo reclama
Y lo pide tu interés.
¿Por qué les quitas la fama...
Si te arrastras á sus piés?

¿Por qué tu desprecio llora
La que con paciencia santa
Cuando niño te amamanta,
Y cuando jóven te adora,
Y cuando viejo te aguanta?

Sin la MUJER no hay placer.
¿Es fiel? Bendice tu estrella.
¿Es maula? ¡Cómo ha de ser!

O capitula con ella...
O suprime la MUJER.
Mas primero que tal hagas
Consentirás qué te emplumen
Y que se calcen tus bragas,
Porque en sus ojos te embriagas
De amor, de gozo... En resúmen:
Desde la planta al cabello
La MUJER, — insisto en ello
Y lo pruebo y te confundo —,
Es el animal mas bello
Que Dios crió en este mundo.

LA ESCUELA DEL MATRIMONIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL DRAMA EL DIA 14 DE ENERO DE 1852.

PERSONAS.

LUISA.
LA CONDESA.
MICAELA.
CARLOTA.
EL GENERAL.
DON EUSEBIO.
EL CONDE.
EL BARON.
DON LUCIANO.
DON FEDERICO.
MARTIN.
DAMAS.
CABALLEROS.
CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, a la derecha del actor: otra en el foro: un balcon en los bastidores de la izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

LUISA, DON LUCIANO.

Luc. Celebro con vida y alma,
Bella, interesante Luisa,
Que me proporcione usted
Ocasiones de servirla...
Luisa. Gracias, señor don Luciano.
(*Sentándose.*)
Acerque usted una silla...
Luc. Aplaudo la confianza
(*Sentándose.*)
Y estimo la cortesía.
Luisa. No hay nada aquí que estimar.
Yo no acostumbro...
Luc. ¡Ay, amiga!
Hoy...
Luisa. A negar un asiento
A los que me hacen visita...
Luc. ¡Oh! pero...
Luisa. Y menos á usted
Que es mi banquero...
Luc. Y sería
De buena gana...
Luisa. ¡Qué flujo
De interrumpirme!
Luc. (¡Qué linda!)
Luisa. Vamos, ¿qué sería usted?
(*Con seriedad.*)
Luc. Nada, porque es tontería...
(Me corta cuando se pone
Tan seria.) Mas ¿quién no envidia
La suerte de don Miguel...?
Luisa. ¿Y por qué á la propia dicha
No aspira usted?
Luc. ¿Que no aspiro?
¿En qué pienso noche y dia

Sino en...? Pero usted...
Luisa. ¿Eh?
(*Seria.*)
Luc. Nada.
Luisa. (Lo tomaremos á risa.)
Ya; usted se propone entrar
En el gremio...
Luc. ¿Eh? (¡Dios me asista!)
Luisa. Y á fuer de amiga sincera
Querrá usted que yo le elija
La novia.
Luc Perdone usted:
No quiero tal.
Luisa. Pues creia...
Luc. No hay dos Luisas en el mundo.
Luisa. ¡Jesus! Como la polilla
Abundan. ¡Si tengo yo
Mas tocayas...!
Luc. Infinitas;
Pero, aunque hayan recibido
El mismo nombre en la pila,
No tienen esos ojuelos...
Luisa. Claro está.
Luc. Que el alma hechizan,
Ni esa gracia...
Luisa. Hoy está usted
Muy galante.
Luc. Yo...
Luisa. ¡Un bolsista!
Es singular.
Luc. Pues acaso
¿Hay alguna antipatía
Entre la bolsa y el alma?
Luisa. No; que antes se identifican
Tanto en algunas personas,
Que son una cosa misma.
Luc. (¿Será pulla?)
Luisa. Mas no el alma,
El labio es solo quien dicta
Tan cortesanas lisonjas.
Luc. No son lisonjas las mias.
Luisa. Pues lo siento, don Luciano,
Porque á llamarlas me obliga
Usted...
Luc. ¿Agravios tal vez?
Luisa. No. Impertinencias ridículas.
(*Sonriéndose.*)
Luc. ¡Ah, señora! Yo... Mi... Cuando...
Luisa. Basta ya de niñerías.
Necesito...
Luc. ¡Ah! Pida usted
Cuanto quiera; mande, exija...
Sea yo para algo bueno
Un Creso, un Fúcar, un Midas...
Luisa. Gracias. Hay dinero en casa.
Solo quiero una letrita
De cien duros...
Luc. ¡Friolera!
A diez veces esa cifra
Sube la cuenta corriente
De ustedes; pero vacías
Dejaria yo mis arcas...
Luisa. Gracias. Ni eso pediria
A no tener precision
De remitir á Algeciras
La letra. Quiero enviar
Ese socorro á una prima
De mi marido que se halla
Necesitada.
Luc. ¡Oh benigna,
Generosa criatura...!
Luisa. ¡Eh! ¿qué vale eso? Él haria
Otro tanto en mi lugar. —
Su nombre es doña Casilda
Suarez. — Apúntelo usted.
Luc. Está muy bien.
(*Sacando su cartera y escribiendo en ella.*)
Luisa. A la vista.
Luc. ¿Valor en cuenta...?
Luisa. Valor
Recibido de la misma.
Luc. ¡Rasgo sublime...!
Luisa. ¡Eh! lo ahorro
De perfumes y de cintas.
Luc. Y mi señor don Miguel
¿Qué hace? ¿Tiene usted noticias...?
Luisa. Sigue bueno.
Luc. ¿Cuándo vuelve
De París?
Luisa. No hay cosa fija...
Luego que haya concluido
La comision que le fia
El gobierno.
Luc. Es todo un hombre
Mi amigo; gran estadista...
Estará impaciente ya
Por regresar á esta villa
Heróica.
Luisa. Así lo supongo.
Luc. Es natural que le aflija
La ausencia de tan perfecta
Consorte.
Luisa. Yo... (Me fastidia.)
Luc. Apuesto cualquiera cosa
A que ahora se cambiaria
Por mí.
Luisa. (Ni ahora ni nunca.)
Ruego á usted que me permita...
(*Levantándose, y tambien don Luciano.*)
Tengo huéspedes en casa...
Luc. ¿Vino ya de Andalucía
El general...?
Luisa. Sí, señor.
Luc. ¿Con su mujer?
Luisa. Sí.
Luc. Una niña,

Segun me han dicho.

Luisa. En efecto.

Luc. ¡Y él machucho...! ¡Hum!... ¿Es bonita?

Luisa. ¡Oh! mucho.

Luc. Vendré á ofrecerles
Mis respetos y mi fina
Atencion..., basta que sea
Amigo de la familia...

Luisa. Ciertamente. — Pero ahora
La letra...

Luc. No se me olvida.
Daré el encargo ahora mismo
A un corredor.

Luisa. Bien.

Luc. (¡Monísima!)
Adios. (Volveré á la carga.)

Luisa. Abur.

Luc. (Todo se cotiza...
(*Yéndose.*)
Soy el hombre de Madrid
Si hago tan buena conquista.)

ESCENA II.

LUISA.

No hay duda: me hace la córte,
Y si da en ser tan moscon
Me pondrá en la posicion
De expedirle un pasaporte.
Porque á la bolsa y al agio
Debió lo que á tantos falta,
No hay para él virtud tan alta
Que se libre del naufragio.
Su oro...

Mic. Sin recado previo (*Dentro.*)
Entraremos...

Luisa. ¿Quién...?

Mic. Me trata
(*Dentro.*)
Sans façon.

Luisa. ¡La literata
Con su mártir don Eusebio!

ESCENA III.

LUISA, MICAELA, DON EUSEBIO.

Mic. ¡Mi cara amiga!
(*Besando á Luisa.*)

Eus. Señora...

Luisa. ¡Micaela! Caballero...
Siéntense ustedes.

Mic. Reitero.
(*Vuelve á besarla.*)

Luisa. (Tanto besar me encocora.)
(*Se sientan.*)

Mic. Esta noche, ya se entiende,
Irá usted al baile...

Luisa. Sí.

Mic. De la condesa, y allí
Nos hemos de ver. Por ende,
No es hoy á la amable Luisa
A quien con mi dulce amor...

Eus. (¡Ay!)

Mic. Vengo á ver. — ¿El señor
General...?

Luisa. No está. Fué á misa.

Mic. ¿Y su señora?

Luisa. Tambien.

Mic. Es amigo antiguo.

Luisa. ¿Sí?

Mic. Teniente le conocí...

Eus. (¡Gran Dios!)

Mic. Estando en Jaen. —
Dicen que es verde renuevo
La que al yugo le sujeta.

Luisa. Bien podría ser su nieta.

Mic. Sí; el general ya es longevo.
No obstante, si simultáneos
Los genios se lisonjean,
Poco importa que no sean
Los cónyuges coetáneos.

Eus. (¡Ah!)

Mic. Puede haber cualidades
En quien sus aras inciense
Con que Himeneo compense
La diferencia de edades.

Eus. (¡Oh!)

Mic. Dígalo este mancebo.
Me ama con idolatría,
Y, aunque nadie lo diría,
Una década le llevo.

Luisa. (¡Como dos!) Niña es Carlota,
Mas gemía en la orfandad,
Y hoy ensalza su humildad
El esposo que la dota.

Mic. Cierto.

Luisa. Aunque hoy no tiene mando,
Es teniente general...

Mic. Ya sé...

Luisa. Y senador.

Mic. Sí tal.

Luisa. Y gran cruz de san Fernando.

Mic. Muy bien; mas si hay indigencia
De criterio y si anda escasa
La...

Luisa. ¿Cómo?

Mic. ¿Qué tal lo pasa
De talento su excelencia?

Luisa. ¡La pregunta es singular!
De su fama se colige
Que no le falta el que exige

La carrera militar.
Y nada debe al favor,
Que todo se lo ha ganado
Con su sangre y grado á grado
En el campo del honor.
Mic. En las escuelas de Marte
No disputo su pericia,
Mas la conyugal milicia
Tiene su táctica aparte;
Y en ella quizá es un necio
Quien pudiera dar lecciones
A Aníbales y Escipiones
Y á Polibio y á Vejecio.
No en todos el don abunda
De perpetuar los amores
Cubriendo de gayas flores
De Himeneo la coyunda.
¡Hé aquí el esposo feliz
Que darme á los cielos plugo!
Eus. (¡Ay!)
Mic. ¿Por ventura, mi yugo
Es molesto á su cerviz? —
¡Que lo diga!
Eus. No.
Luisa. (¡Pobre hombre!)
Mic. Dulce y tierna simpatía
Nos enlazó...
Eus. (¡Suerte impía!)
Mic. Para que Madrid se asombre.
Recíproco amor asiduo
Nos identifica.
Eus. (¡Ay Dios!)
Mic. Diríase que los dos
Somos un solo individuo.
Su llama es algo pasiva...
Luisa. Ya.
Mic. Y su culto reverente.
¿Por qué? Porque el ascendiente
De mi genio le cautiva.
Luisa. Sin duda...
Mic. Pero eso basta,
Pues para mí le secuestro.
Eus. (¡Oh!)
Mic. Yo impulsada del estro,
Segunda Safo entusiasta,
Sobre la trípode monto
Y en su loor articulo
Versos dignos de Tibulo
Y del que gimió en el Ponto.
Ya un soneto le consagro
Donde firme como un muro
Mi fidelidad le juro...
Luisa. ¿Sí? (¡Mire usted qué milagro!)
Mic. O ya en voluptuoso idilio
Muestro que no me rehusa
Su blando influjo la musa
De Téocrito y Virgilio.
No así el veterano yerto
Con mimos y poesías
Embellecerá los dias
De Carlota.
Luisa. No por cierto.
Es zeloso y suspicaz.
Mic. Compadezco su locura.
¿Y ella...?
Luisa. Es la suma dulzura.
Mic. Poco durará la paz. —
No temas, dulce embeleso,
(*A don Eusebio.*)
De mi pasion tan bastarda. —
Pero, una vez que retarda
El general su regreso,
(*Se levanta y saca un librito de memorias.*)
Voy á acabar el idilio
Que esta mañana empecé,...
Si me lo permite usté (*A Luisa.*)
Y Apolo me da su auxilio.
Luisa. Dueña es usted...
Mic. Gracias. — Sí;
Te dejo á solas con ella
Siendo jóven y tan bella.
¡Tanto fio en tí!
Luisa. Y en mí.
(*Sonriéndose.*)
(*Vase Micaela por el foro.*)

ESCENA IV.

LUISA, DON EUSEBIO.

Eus. (¡Respiro!)
Luisa. (Es extravagante
Si las hay.) ¡Dichoso usted,
Don Eusebio!
Eus. ¡Ah! sí, señora.
(*Con amargura.*)
Luisa. Doy á usted mi parabien.
Eus. Muchas gracias.
Luisa. Micaela
Es una Porcia, una...
Eus. ¡Pues!
Luisa. Vivirá usted en la gloria
Con ella.
Eus. Sí; ya se ve.
Luisa. Tierna, apacible, erudita...
Eus. ¡Oh! Sí, sí; ¡es mucha mujer
La mia!
Luisa. Y de noble cuna.
Eus. ¡Oh!
Luisa. Y muy rica.
Eus. ¡Digo! Miel
Sobre hojuelas. Tal me embriaga
El exceso del placer,
Que el dia menos pensado
Me echo al gañote un cordel.

Luisa. ¡Qué dice usted!
Eus. ¡Ay, señora!
Callo y sufro. ¿Qué he de hacer?
Mas sería yo el modelo
De la humana estupidez
Si á solas no maldijese
La hora en que me casé.
¿Qué me importan sus riquezas
Si no han de endulzar la hiel
De mi despecho? ¿Qué importan
Los quilates de su fe
Si yo no puedo olvidar
La de su bautismo? ¿Y quién
De su amor empalagoso
Resiste la pesadez,
Y ese aire de celestial
Benevolencia cruel
Con que me humilla y me pudre,
Y el pedantesco almacen
De los tropos y figuras
Que ensarta de diez en diez,
Y sus idilios, en fin,
Que maldiga Dios, amen?
Luisa. ¿Será posible?... Pues ella
Me ha dicho mas de una vez
Que usted la solicitó...
Eus. Cierto; pero aquello fué
Un vértigo, una locura...
Mas he dicho: una sandez...
Solo á usted confiaria,
Luisa amable, solo á usted
Que es un ángel...
Luisa. Nada de eso.
Amiga sincera y fiel...
Siga usted.
Eus. Yo amaba á otra
Casi desde la niñez;
A una jóven, cuyo mérito
No debo aquí encarecer;
Baste decir que conformes
Nuestras almas, y tambien
Las circunstancias de entrambos,
Lazo hubiera sido aquel
El mas feliz... ¡Oh memorias!
Enemigo de mi bien,
Con falaces apariencias
Me fascinó Lucifer.—
Era en Sevilla. Una noche
Yo vi...—¿Por qué no cegué
Primero?—A un hombre embozado,
Que apenas pone los piés
Misterioso en los umbrales
De la hermosa que adoré,
La puerta, á mi amor cerrada,
Franca se abrió para él;
Y en sus brazos le recibe
Con el mal dulce interés;
Y tras de él la puerta amiga
Veo cerrarse otra vez.—
Vista su aparente infamia,
«Quédese para quien es,»
Dije, y sin verla ni oirla
Me encaramo al cabriolé
De la primer diligencia
Que hace rumbo á este Belen
De Madrid, donde el consuelo
De que habia menester
Busco afanoso en teatros,
Fondas, billares, cafés,
Bailes... En uno de máscaras
Donde, por señas, gasté
Mi último maravedí,
Hube yo de parecer
Aceptable á un dominó
De terciopelo de Utrech.—
Era Micaela.—¡Ay cielos!
Con su labia y su oropel,
Y su erótica dulzura
Dió con mi juicio al través.
Yo la dije mil ternezas,
Y tanto me aluciné,
Que aunque desató á mis ruegos,
Depuesto el tibio desden,
La careta, ¡ay! todavía
Me pareció una mujer.
Luisa. ¡Vaya por Dios!
Eus. Sí, ¡y hermosa!
El calor, la languidez
De su mirar voluptuoso
Le daban un no sé qué...
Mi amor propio por un lado,
Por el otro algun pincel
Con que de su rostro habia
Revocado la pared...
En fin, pecador relapso,
En la culpa me obstiné.
Luisa. Pero...
Eus. Es de advertir que yo
Había cenado bien...
Luisa. ¡Ah! ya...
Eus. Y llevaba en el cuerpo
Cinco copas de Jerez.—
Y como yo era cesante
Y ella rica; y ya solté
La palabra; y ella instaba...,
¡Maldecida de cocer!,
Y asi creia triunfar
¡Ay necio! de aquella infiel,
Cedí al influjo siniestro
De mi estrella, ¡y me casé!
Luisa. ¡Fatal boda!
Eus. Pues aun falta,
Señora mia, el postrer
Capítulo y el mas triste
De mi historia.
Luisa. ¿Sí?

Eus. A los tres
Dias de mi atroz suicidio
Supe que inocente fué
Mi amada, y que era un hermano
Suyo el que halló en su dintel
Tan amorosa acogida. —
No la escribí. ¿Para qué?
Mi yerro... ¿Qué digo yerro?
Mi culpa, mi crímen es
Irreparable, ¡y lo estoy
Purgando como usted ve!
Luisa. ¿Y qué se hizo aquella jóven...?
Eus. Nada he sabido después.
Luisa. ¡Tanto mejor! Es forzoso
Olvidarla.
Eus. ¡Ay! No podré.
¿Cómo no he de recordarla
Al comparar el Argel
En que peno hace ya un año
Con el inefable Eden
De que en mal hora ¡ay de mí!
Yo propio me desterré?
Luisa. Consuelos menos mundanos
Quisiera yo dar á usted;
Pero Micaela es rica...
Eus. ¡Mal haya...!
Luisa. Y ¡cómo ha de ser!
Eus. Pero...
Luisa. Aquí viene de molde,
Don Eusebio, aquello de...
Eus. ¿Los duelos con pan son menos?
Ni aun tengo que agradecer
Al astro que me persigue
Esa dedada de miel.
Luisa. ¡Cómo!
Eus. ¡Si apenas salimos
De sota, caballo y rey!
Es avara y cicatera; —
Frugal dice ella; y á fuer
De filósofa me cita
Sin cesar aquella ley
De « Comer para vivir;
No vivir para comer. »
Luisa. Pero habrá testado ya
En favor de usted...
Eus. No sé;
Mas pienso que no; que si ella
Me hubiera hecho esa merced,
Ya á Madrid la anunciarian
En cada esquina un cartel.
Luisa. (Es cálculo. Así le tiene
A raya; pero tal vez...)
Eus. Y teste ó no á mi favor,
¿Qué importa? ¡Yo moriré
Antes que ella, aunque ya pisa
El umbral de la vejez!
Luisa. No es posible...
Eus. Sí, señora;
Soltaré pronto la piel
De vergüenza, de fastidio,
De...
Luisa. Ya vuelve. Calle usted.

ESCENA V.

LUISA, DON EUSEBIO, MICAELA.

Mic. Acabé el idilio.
(*Con el librito de memorias en la mano.*)
Luisa. ¡Bueno!
Eus. (Hará que me precipite...)
Mic. Lo leeré si usted permite...
Luisa. Con mucho gusto.
Mic. « A Mireno. »
(*Leyendo en el librito.*)
Eus. (Sudo...)
Mic. *Merino* se llama;
Pero las letras combino,
Y del prosáico *Merino*
Da *Mireno* el anagrama.
Luisa. ¡Oiga!
Mic. Y no su nombre solo
Invierte mi docta escuela.
¿Quién se llama *Micaela*
En el idioma de Apolo?
Con sus mismas letras...
Luisa. ¿Quién
Pensara...?
Mic. Para la rima
Sale el nombre de *Acelima.*
Eus. (Y el de *acémila* tambien.)
Mic. Leo.
Eus. (¡No te diera un cólico!...)
Mic. « A Mireno. » (*Leyendo.*)
Luisa. (¡Mala peste...!)
Mic. « Su fiel Acelima. » — Este
(*Interrumpiéndose.*)
Es un poema bucólico. (*Lee.*)

« Mireno, mas gallardo
Que mi pintado choto... »

Eus. (¡Ah!)
(*Con disgusto mal reprimido.*)

Mic. « En el umbrío soto
Con el cuenco te aguardo
De blanco requeson. »

Eus. (¡Oh!)
(*Creciendo su angustia.*)

Mic. « Y la castaña hirsuta,
De Amarilis un dia
Apetecida fruta,
Que á Alexis ofrecia
El triste Coridon.

Aquí la dulce avena,
Que es tu mayor regalo... »

Eus. ¡Uf!
(*Dejando oir distintamente la exclamacion.*)
Mic. ¡Cielos! ¿Te pones malo?
Eus. Sí. (¡Maldita cantilena!)
Mic. ¡Le hace un efecto mi canto...!
(*A Luisa.*)
Luisa. (Como el del tártaro emético.)
Mic. ¡Poder del estro poético! —
Mas si te conmueve tanto,
Dejo la lectura.
Eus. (¡Oh!)
(*Como quien se descarga de un grave peso.*)
Bien.
Mic. Y vámonos á casa
Si quieres.
Eus. Ya se me pasa.
Luisa. Tome usted algo...
Eus. No, no.
Mic. Retirémonos, galan.
Los huéspedes no han venido...
Luisa. ¿Quién los habrá detenido? —
¡Calle! En el jardin están.
(*Mirando por el balcon.*)
Mic. ¿Sí? Veamos esa bella.
(*Asómase.*)
Luisa. Paseando están los dos.
Mic. ¡Es muy linda!
Eus. (¿A ver?)
(*Se asoma por detrás de Luisa y Micaela.*)
¡Oh Dios!
(*Los tres se retiran del balcon.*)
Luisa. ¿Qué es eso?
Mic. ¿Otra vez?
Eus. (¡Es ella!)
La cabeza...
Mic. ¡Ay! Dios me asista...
Eus. Vámonos... ¡Nada! Un mareo... —
Con el aire libre creo...
(*Tomando el sombrero.*)
(¿Cómo sostener su vista?)
Luisa. Quédese usted...
Eus. No, no...
Luisa. Aquí...
Eus. Ya estoy bueno.
Mic. Traigo coche.
(*Tomando el brazo de don Eusebio.*)
Ven...
Eus. Adios.
Mic. Hasta la noche.
Luisa. Adios.
Eus. (¡Ay triste de mí!)

ESCENA VI.

LUISA.

¡Qué boda! Y achacarán
A su mal signo... ¡Mentira!
Antes que te cases mira
Lo que haces, dice el refran.
Si á estas horas el demonio,
Aunque á Teócrito pese,
No ha dado al traste con ese
Ridículo matrimonio;
A la excesiva prudencia
Del pobre jóven se debe;
Pero la medida en breve
Llenará de su paciencia.
Lo vieja y lo literata,
Para ella bien lo concilio;
Mas ¡para él!... Otro idilio,
Y la abandona, ó la mata.
El pedantesco lenguaje
¿Cómo no ha de darle enfado
Con que aquí nos ha guisado
Tan nauseabundo potaje?
Síntomas de indigestion
Yo tambien casi me noto
Con las castañas y el choto,
La avena y el requeson.
Cond. ¿Está visible Luisita?
(*Dentro.*)
Luisa. Es la condesa. — Adelante.
(*Saliéndola al encuentro.*)

ESCENA VII.

LUISA, LA CONDESA, DON FEDERICO.

Luisa. Para tí lo estoy yo siempre.
(*Se besan las dos damas.*)
Cond. ¿Buena?
Luisa. Sí. ¿Y tú?
Fed. Luisa amable...
(*Presentando la mano.*)
Cond. Buena. Gracias.
Luisa. Bien venido.
(*Admitiendo la mano de don Federico.*)
¿No te sientas? (¡Siempre al márgen!)
(*Se sienta la condesa.*)
Cond. Ven á mi lado...
Luisa. Ahora no.
Te dejo por un instante.
Vendrás á cumplimentar
A mis huéspedes...
Cond. Sí.
Luisa. Dame
Tu licencia. Iré á llamarlos,
Pues queda quien te acompañe.

ESCENA VIII.

LA CONDESA, DON FEDERICO.

Cond. Si es cierto, don Federico,
Lo que cuentan del carácter
Del general...
Fed. ¿Qué me importa...?
(*Sentándose cerca de la condesa.*)
Cond. Su mujer vivirá mártir.
Fed. Algunas preferirian
Ese martirio al desaire,
Por no decir al desprecio
Injusto que de ellas hacen
Sus maridos.
Cond. Verbigracia,
Yo: ¿no es verdad?
Fed. Tal ultraje
Me asombra, me escandaliza.
Cond. ¿De veras? Dios se lo pague
A usted; pero no es la injuria,
Amigo mio, tan grave
Como usted la pinta. El conde,
A fuer de alto personaje
Y hombre de mundo, desdeña
Los cariñosos afanes,
Las tiernas contemplaciones
De los maridos vulgares;
Pero no porque á la moda
Quizá á su despecho pague
Ese tributo, me deja
De amar... como él puede amarme.
Fed. Sí; tal vez; y aun eso... Pero
No como merece el ángel
Cuya dulce posesion
Le envidia...
Cond. ¿Quién? ¡Disparate!
Fed. ¡Oh!
Cond. ¿Valgo yo tanto...?
Fed. Usted
Quizá ignora lo que vale;
Que es modesta aun mas que linda;
Y hasta en eso es favorable
La estrella del conde.
Cond. ¡Cómo!...
Fed. Mas no se oculta á quien arde
En la lumbre de esos ojos,
A quien admira ese talle,
Esa gracia indefinible...
Cond. Perdone usted que le ataje.
Tan fervoroso arrebato
Ya de los límites sale
De la amistad.
Fed. ¡Ay Emilia!
¿Es por ventura de jaspe
Mi corazon? Es milagro
Que en amor ciego se cambie
La amistad cuando es usted
El objeto...
Cond. ¡No mas! Calle
Usted, ó hasta mi amistad
Me precisará á negarle.
Fed. ¡Ah! ¿Será usted tan impía...?
Cond. ¡Miren por dónde nos sale
Ahora! ¡Y yo tan incauta...!
Fed. Sí...
Cond. ¡Fiese usted de nadie!
Fed. Pero ¿es posible...?
Cond. ¡Y se vende
Por amigo inseparable
Del conde!
Fed. El amor no sufre...
Cond. ¡Calle usted! Eso es infame.
Fed. No lo es; ni aunque lo fuera
Deberia acriminarme
La que es el único móvil
De mi perfidia, si cabe
Perfidia en la adoracion
Que tributo á sus altares.
Pude yo sacrificar
Esta pasion entrañable
A los deberes de amigo,
Y encerrarla con cien llaves
En mi pecho, mientras solo
Fueron pecados veniales
Los del conde; mas ¡sufrir
Que, haciendo público alarde
De desdeñar á una esposa
De que no es digno, se arrastre
A los piés de vil ramera...!
Cond. ¡Ah! ¿Podré creerlo...?
Fed. Fácil
Es la prueba. — Pero usted
Rehusa mis homenajes...
Cond. Puedo estimar los de amigo
Sin admitir los de amante.
Fed. Pero mi alma...
Cond. ¡Oh qué porfía!...
La prueba...
Fed. Es inútil. Casi...
Me pesa...
Cond. Ciertas palabras
No se aventuran en balde.
Callar, ó decirlo todo.
Fed. Pues bien; yo juro...
Cond. ¡Chit!...Alguien
Llega.
Fed. (¡Bien! Si no el amor,
El orgullo la hará frágil.) (*Se levantan.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA, DON FEDERICO, LUISA, CARLOTA, EL GENERAL.

Luisa. El general. (*A la condesa.*)
Su señora.
Cond. ¡Bien venidos!
Luisa. La condesa,
(*Al general y á Carlota.*)
Mi amiga...
Gen. Cuyos piés besa
Mi atencion...
Cond. Muy servidora...
Fed. Saludo á usted...
Gen. Señor conde...
(*Saludando.*)
Cond. No es él...
Gen. ¡Ah! Creí...
Luisa. Un amigo:
El señor don...
Gen. Me desdigo.
Luisa. Federico Vaamonde.
Cond. El conde...
Gen. (Aquí hay gatuperio.)
Cond. Vendrá luego.
Gen. (Se ha turbado.)
Bien.
Luisa. A fuer de hombre de estado
Estará en el ministerio.
Cond. Por pagar ese tributo
A la política...
Gen. Sí.
Cond. Hoy no me acompaña aquí.
Gen. Y lo hace por sustituto.
Cond. ¡General!...
Gen. ¡Oh! no es mi idea...
Cond. El conde tiene el honor
Tambien de ser senador...
Gen. Por muchos años lo sea,
Y sus hijos y sus nietos.
Cond. Mil gracias. Si á tiempo llega,
Hoy mismo al nuevo colega
Ofrecerá sus respetos.
Gen. Me honrará... (¡Tanto cumplido!...)
Cond. Justamente él llega ahora.

ESCENA X.

LA CONDESA, DON FEDERICO, LUISA, EL GENERAL, CARLOTA, EL CONDE.

Conde. Felicidades.
(*Dando la mano á Luisa.*)
Señora. .
(*A Carlota.*)
(*Carlota le devuelve el saludo con una cortesía.*)
Adios. (*A la condesa.*)
Servidor... (*Al general.*
¡Querido!
(*A don Federico apretándole la mano.*)
Luisa. El general que hoy se inicia
En el senado.
Conde. ¡Qué escucho!
Con tal miembro se honra mucho
La Cámara vitalicia.
Gen. Mil gracias.
Conde. Téngame usté
(*Dándole la mano.*)
Por su amigo y compañero.
Gen. Gracias.
Luisa. Su señora.
(*Vuelven á saludarse Carlota y el conde.*)
Pero
No esten ustedes de pié.
(*Se sientan todos.*)
Gen. Bien me hallaba en Alhaurin,
Que es bello país aquel,
Donde estaba de cuartel
Cultivando mi jardin;
Mas me sacan de mi burgo,
Y no para una campaña,
Sino para ver qué maña
Me doy yo para Licurgo;
Y pues mi reina se digna
De acamparme en el senado,
Como obediente soldado
Vengo á cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
De fueros ni garantías
Ni sistemas ni utopías...
Mi código es la ordenanza.—
Amo á mi patria...
Conde. Lo sé.
Gen. La serviré hasta la muerte,
Pero á mí... En fin, no es mi fuerte
La política.
Cond. (Doy fe.)
Conde. Aunque esforzado guerrero,
El que viene á legislar
Delibera, si ha lugar...
Gen. Yo lidio y no delibero.
Conde. Pues yo, que no ejerzo en vano
Tan alta jurisdiccion,
Suelo hacer la oposicion...
Gen. Ya; pero usted es paisano.
Conde. No porque de mí disiente
El gobierno que nos rige,
Sino porque así lo exige
Mi espíritu independiente.
Gen. Bien. Yo, que no hago misterio
De ser como Dios me hizo,

Pienso votar como un suizo
Lo que vote el ministerio.

ESCENA XI.

LUISA, LA CONDESA, CARLOTA, EL CONDE, EL GENERAL, DON FEDERICO, EL BARON.

(*El baron trae una bolsa de las que se usan para pedir en las iglesias.*)

Baron. ¿Da usted permiso?
Luisa. Adelante,
Señor baron del Manzano.
Baron. Tengo el honor... — ¡Quietos, quietos!
(*Viendo que se quieren levantar los caballeros.*)
Nadie se mueva, ó me marcho.
Luisa. Pues siéntese usted...
Baron. Lo haré.—
¿Usted buena?
(*Tomando la mano de Luisa.*)
Luisa. Sí.
Baron. Lo aplaudo. —
Señorita.
(*Presentando la mano á Carlota.*)
Gen. ¿ Eh?
(*De mal gesto y saliendo con la mano al encuentro de la del baron.*)
Baron. Caballero...
Estoy...
Carl. Beso á usted la mano.
Baron. ¡ Oh condesa!
(*Toma tambien su mano, y luego la del conde y la de don Federico.*)
Conde. Buenos dias.
Baron. A usted venia buscando. —
¡ Señor conde !... ¡ Federico!
Gen. (¡La marcialidad alabo!)
Baron. Usted disimulará,
(*Sentándose junto á la condesa y dirigiendo la palabra á Luisa.*)
Luisa, que me haya tomado
La libertad...
Luisa. De esta casa,
Baron, es usted el amo.
Baron. Gracias. — No estaba en la suya
La condesita, y le traigo
La bolsa de la benéfica
Asociacion de que entrambos
Somos miembros.
Cond. Sí; hoy me toca
Pedir en los Italianos. —
Ya no me acordaba... Gracias.
(*Tomando la bolsa.*)
Gen. ¡Oiga! ¿El señor es... ?
Baron. Filántropo.
Gen. ¿Sí?
Baron. Por moda y por carácter.
Naturalmente soy blando
De corazon, expansivo...
Los niños desamparados,
El Colegio de la Paz,
El Refugio y otros varios
Pios establecimientos
Disponen de mis... sufragios.
Escribo sobre reformas
Del sistema carcelario,
Y promuevo suscripciones
Para las viudas del barrio,
Para los pobres monjitas,
Para la escuela de párvulos;
Y ya una rifa de alhajas
Proyecto, ya un espectáculo
Circense...; ya distribuyo
Socorros domiciliarios,
Hilas, vendas... Soy, en fin,
La misericordia andando.
Gen. ¡Laudable ejercicio!
Baron. ¡Eh! Yo...
Gen. ¡Y me parecia un fatuo!
(*Aparte con Luisa y Carlota, entre las cuales está sentado, mientras figuran otro coloquio entre sí los demás interlocutores.*)
Luisa. Bien le parecia á usted.
Carl. Sus virtudes, sin embargo,
Compensan...
Gen. Dará en limosnas
La mitad del mayorazgo.
Luisa. Ni un maravedí. Todo eso
Es farándula, aparato
Teatral. De él no diré
Que hace como algunos tráfico
Con la caridad cristiana...
Gen. ¡Qué escucho!
Luisa. Sí; ya es un ramo
De industria muy lucrativo
Para quien sabe explotarlo.
En cuanto al baron, como es
En la sociedad un trasto
Inútil, hace esas farsas...,
¿Qué sé yo?... por hacer algo,
Y en todas partes se cuela
A título de filántropo.
Gen. ¿Y es tambien filantropía
El jovial desembarazo
Con que damas y galanes
Se aprietan aquí la mano?
Luisa. La moda...
Gen. ¡Moda execrable,
Mengua del decoro, escarnio
Del pudor!
Luisa. Yo, general,

Ni la culpo ni la ensalzo.
No pasa de ser un frívolo
Cumplimiento á que no damos
Ningun valor.
Gen. Pues yo niego
A esa moda el *exsequatur*.
La mano de mi mujer
Es solo mia : el vicario
Me la dió, y se guardará
Muy bien...
Carl. ¿A quién se la ha dado?
Gen. No es ella reina ni obispo
Para que todo cristiano
Se la sobe.
(*Siguen hablando aparte.*)
Baron. Sepa usted
(*En voz baja á la condesa mientras el conde y don Federico hablan aparte.*)
Que aunque la bolsa que traigo
Viene al parecer vacia...
Cond. ¿Eh?
Baron. (Con esto la preparo.)
No lo está.
Cond. Ya se supone,
Siendo usted el mandatario... —
Pero no suena...
(*Moviendo la bolsa.*)
Baron. No obstante...
Basta el sentido del tacto...
Cond. ¡Ya! Algun billete...
Baron. Eso mismo. —
Pero... (*Con el dedo en la boca.*)
Cond. Pierda usted cuidado.
El mérito de estas cosas
Está en el sigilo.
Baron. (¡Bravo!)
Cond. (Será la primera vez
Que contribuya con algo...)
Baron. Mi corazon...
Cond. ¡Oh! ¿Quién duda...?
Baron. (No se ha ofendido... Al contrario...
¡Soy feliz! Esto se llama
Llegar y besar el santo.)
Cond. Aun no he visto el aderezo,
(*Levantándose : y todos hacen lo mismo.*)
Luisita, que te ha enviado
Tu marido de París.
Si quisieras enseñármelo...
(*Se acerca á Luisa y á Carlota, y mientras ellas hablan, hacen aparte lo mismo el conde con el general y el baron con don Federico.*)
Luisa. Con mucho gusto. — Por cierto
Que un broche se ha despegado
Y lo llevaré esta tarde
Al diamantista...
(*Siguen hablando en voz baja.*)
Fed. ¿Sí? ¡Guapo!
Baron. En la bolsa está el intríngulis.
Fed. ¡Cómo!...
Baron. Yo de todo saco
Partido.
Fed. ¡Oiga!
Baron. El pobre conde...
Fed. (¡Habrá títere...!)
Baron. Te encargo
La mayor reserva.
Fed. Pues.
Baron. Y tú, que eres su amigacho,
Me ayudarás...
Fed. Se supone.
Baron. Me obligo á hacer otro tanto
Por ti...
Fed. Ya.
Baron. Los camaradas...
Fed. Entiendo. (Pues ¡ha buscado
Buen confidente!)
Luisa. Allá dentro
Lo verás.
Cond. Si; vamos, vamos.
Luisa. Hasta luego.
(*A los caballeros.*)
Baron. Yo, si ustedes
Me otorgan su beneplácito,
Me despido desde ahora.
Luisa. ¿Sí? Para ejercer otro acto
De beneficencia.
Baron. Cierto.
Yo volveré mas despacio...
Luisa. Cuando usted guste.
Baron. Señoras...
Cond. Hasta la noche.
Baron. ¡Oh! no falto. —
Señores... (Soy otro César,
Soy otro Alejandro Magno.)

ESCENA XII.

LUISA, LA CONDESA, CARLOTA, EL GENERAL, EL CONDE, DON FEDERICO.

Conde. Yo me despido tambien,
Que si hemos de ir al senado...
Fed. Y yo...
Luisa. Cuando ustedes gusten.
Cond. ¡Ah! Ya olvidaba...
(*Dejando la bolsa sobre un mueble.*)
Contamos
(*A Carlota.*)
Con usted y el general...
Gen. ¡Cómo!...
Cond. Hay baile en casa...
Gen. ¿Cuándo?
Cond. Esta noche.

Carl. Por mi parte,
Con mucho gusto.
Gen. Es que... acaso...
Yo no podré... Mis dolencias...
Cond. No admito excusas.
Gen. (¡Qué diablo
De baile!...)
Cond. Si el general
Quiere acostarse temprano,
En buen hora. No por eso
Nos prive de los encantos
De su linda esposa.
Gen. Iré.
(*Con prontitud.*)
Cond. Gracias.
Gen. Pero yo no bailo.
Cond. Se entiende. Pero ella sí:
¿Verdad?
Gen. Ella...
Carl. Un poco...
Gen. (¡Me aspo!)
Cond. Vamos, querida... ¡Ah! señores,
Hoy pido en los Italianos; —
Ya lo habrán oido ustedes, —
Y espero de tan bizarros
Caballeros, que irán todos,
Sin exceptuar mi caro
Esposo, á darme limosna
Para los pobres inválidos.
Gen. Tendré el honor...
Fed. Muy gustoso...
Cond. Gracias, señores. — De cuatro
A seis. (¡Pérfido!, si es cierto,
No te perdono el agravio.)

ESCENA XIII.

EL GENERAL, EL CONDE,
DON FEDERICO.

Conde. ¡Qué diantre de petitorios!...
Gen. No veo nada de malo
En eso... (Peor es el baile.)
Fed. No podemos excusarnos.
(¡Ah! ¡Qué idea...! Si es verdad
Que en aquella bolsa hay gato
Encerrado...)
Conde. ¿Quién va luego
Desde cerca de Palacio
Hasta...?
Gen. ¡Oh! sí; por una obra
De caridad...
(*Siguen hablando aparte.*)
Fed. (Me descarto
De un rival..., poco temible,
Pero, al fin, rival. Sí; y hago
Del ladron fiel con el conde.)
Señores, no es necesario
Hacer un viaje á la iglesia.
La condesa se ha dejado
Aquí la bolsa; (*La toma.*)
Y podemos
Ahora sin molestarnos
Echar nuestros donativos...
Gen. Dice bien.
Conde. Abra usted...
Fed. Abro. —
Señor conde...
(*Presentando la bolsa despues de desatar los cordones.*)
Conde. Ahí va esta onza.
(*Echando una moneda.*)
Fed. Señor general...
Gen. Yo vacio
El bolsillo. Es en favor
De mis pobres veteranos.
¿Quién sabe si alguno de ellos,
Quizás en el mismo campo
Donde yo gané una faja,
Perdió una pierna ó un brazo?
(*Echa en la bolsa varias monedas.*)
Fed. Ahora me toca á mí;
Pero no llevo metálico. —
Lo suplirá este billete. (*Saca uno.*)
Entero, no; que en el garbo
No compito yo con próceres.
Doy ocho duros, y saco
El resto... Así como así,
Yo necesitaba cambio...
(*Vacia la bolsa sobre un velador, y entre las monedas aparece el billete á que aludió el baron.*)
Conde. ¡Ah! ¡Qué veo!...
Gen. ¡Otro billete!
Fed. Cierto.
Gen. ¡Y este no es del Banco!
Conde. (¡Cielos!...) Venga.
(*Lo toma. Don Federico hace con el suyo lo que antes indicó, y guardando en la bolsa el billete de banco y el dinero restante, la vuelve á cerrar.*)
Memorial
Será de algun desgraciado...
(*Se desvía un poco, y con disimulo rompe el sobre y echa una ojeada sobre el contenido del billete.*)
Gen. ¿Se gasta aquí en memoriales
Papel vitela con cantos
De oro...?
Fed. Yo siento en el alma...
(*Acercándose al conde y en voz baja.*)
Un error involuntario...
Conde. ¿Qué! Nada... (Disimulemos.)
Já, já... (*Con risa forzada.*)
En efecto; ahora caigo.

Sí; algun billete amoroso
Que aquí se dejó olvidado
La que antes tuvo la bolsa.
El sobre está revelando
Su nombre.
Gen. (¡El de tu mujer!
¿Si creerá que soy un ganso?)
Conde. La intendenta...
(*A don Federico en alta voz.*)
Fed. ¿Sí?
Conde. ¡Aturdida! —
¡Pues si acierta á dar en manos
(*Con risa forzada.*)
De su marido la carta!...
Él que es tan atrabiliario...
Fed. ¡Oh!
Conde. Y ha dado en la flaqueza
De ser zeloso... (¡Me abraso!)
Já, já...
Gen. (¡Inaudita frescura!
¿Será verdad...?)
Conde. (Ella, es claro,
Nada sabe, ni hará aprecio
De semejante espantajo;
Pero es audacia...) — Esta noche
(*Guardando el billete.*)
Se la daré...
Gen. ¿Al... agraciado?
Conde. No; á ella : y la advertiré
Que no se descuide tanto
Otra vez.
Gen. Mal hecho.
Conde. ¡Cómo!...
Gen. A ella no, que eso es dar pábulo
Al vicio; eso es proteger
Un infame contrabando:
A él se la daria yo;
Al pobre marido cándido
Que en vez de tierna consorte
Abra á una sierpe los brazos.
Conde. ¿Al marido? ¡Qué locura!
¡Yo promover un escándalo!
¡Yo...! ¡Bá!
Gen. Su causa es la nuestra.
Maridos somos entrambos...
Conde. No nos cansemos. El pobre
Que nace predestinado...
Já, já... ¿Cómo resistir
Al influjo de los astros?
Gen. No obstante...
Conde. Ruede la bola...
¿No viene usted al senado?
Gen. Luego... Tengo que ponerme
El uniforme.
Conde. Allí aguardo.
Gen. Iré pronto.
Conde. (¡El baroncito!...)
¿Vamos, Federico?
Fed. Vamos.
Conde. Tengo el honor...
(*Despidiéndose.*)
Fed. General...
(*Lo mismo.*)
Gen. Soy de ustedes.
(*Acompañándolos hasta la puerta.*)
¡Insensato!
(*Luego que vuelven la espalda.*)

ESCENA XIV.

EL GENERAL.

(*Despues de una breve pausa.*)

Y no hay tal intendenta.
Por mas que disimule y lo eche á broma,
El tiro va á su honor; suya es la afrenta.
Pero si á lo filósofo lo toma,
Con su pan se lo coma. —
Y son dos los galanes, por mi cuenta;
Que el otro fantasmon... Y mil cumplidos
Le hará, mil agasajos...
¡Qué Madrid! ¡Qué costumbres! ¡Qué maridos! —
¡La predestinacion!... ¡Qué bobería!
Si eso dicen y se echan en el surco
¿Qué milagro...? No; ¡alerta! Por ventura
¿Es la honra cuestion de astronomía?
¡No! Mi filosofía es la del turco;
Que la mujer es frágil criatura,
Y si aun para la púdica y sencilla
La vigilancia de Argos fuera poca,
¿Quién confia ¡gran Dios! en una loca? —
Mas Carlota no vuelve...
¿Iré...? No. Haré sonar la campanilla.
(*Tira de un llamador.*)
No quiero yo que tanto se entretenga
Con damas tan... — A mi mujer que venga
(*A un criado que llega.*)
La sesion será larga...
No, no la dejo aquí. Sería enorme
Necedad.

ESCENA XV.

EL GENERAL, CARLOTA.

Carl. ¿Me llamabas?
Gen. Sí, hija mia.
Tengo que ir al senado, y ya es urgente
Que vengas á ponerme el uniforme.
Carl. Bien.
Gen. (Ya que no á mi lado,
Al menos á mi vista he de tenerla.)

Tú me acompañarás.

Carl. ¿Dónde?

Gen. Al senado.

Carl. ¡Yo al senado!

Gen. Sí, perla.

Carl. ¿Qué haré allí? De política no entiendo.
Me dormiré.

Gen. Es mi gusto.

Carl. Yo...

Gen. ¿Prefieres
Tu libertad...?

Carl. Yo de ella no pretendo
Abusar; ni aquí sola, entre mujeres...

Gen. Mujeres peligrosas.

Carl. No lo creas.

Gen. Lo creo, y no te asombres.
¡Dan la mano á los hombres!

Carl. Sin malicia.

Gen. Eso no entra en mis ideas.

Carl. Ni yo...

Gen. Al marido ausente
Hacen que supla el *cavalier servente.* —
A bien que pronto iremos á la nueva
Casa.

Carl. (¡Ay Dios! ¡En la calle de la Cueva!)
Nuestra huéspeda Luisa
Es la suma virtud.

Gen. Sea; lo admito;
Aunque eso de poner cara de risa
A todos...

Carl. Ser amable no es delito.

Gen. Pero la tal condesa...¡Hum! Esa... Esa...

Carl. ¿Qué motivo...?

Gen. No trago á la condesa.
En aceptar su baile mal hiciste.

Carl. Si por eso has de estar ceñudo y triste,
No iré.

Gen. Ya es tarde; mi palabra he dado
Y me pondré en ridículo si faltas.

Carl. Pero ¿por qué conmigo así te exaltas?

Gen. Por nada.

Carl. ¿En qué te ofendo? ¿En qué he faltado?

Gen. En nada; pero vamos al senado.

Carl. ¡Es fuerte empeño!

Gen. Irás á la tribuna
De las damas.

Carl. (¡Fastidio!) ¡Si á ninguna
Conozco...!

Gen. Irá contigo, pues de paso
Nos coge, doña Luz la Brigadiera.

Carl. Aun es peor llevar tal compañera.

Gen. ¡Cómo!...

Carl. ¡Septuagenaria,
Asmática, locuaz, estrafalaria...!
¡Me voy á divertir!

Gen. Si así vacilas,
Sospecharé...

Carl. ¡No, no!

Gen. ¿Por qué cavilas?

Carl. Tú eres el caviloso;
Yo no.

Gen. ¿Ni aun ese leve sacrificio
Harás por mí?

Carl. Sí tal. Iré. (¡Oh suplicio!)

Gen. Ya; pero vas rabiando.

Carl. No. Mi esposo
Lo manda, y mi deber es la obediencia.
(¡Buen Dios, dadme paciencia!)

Gen. Lo mando... porque te amo.

Carl. Así lo creo.
(¡Ah, qué amor!)

Gen. Sí, Carlota; sí, alma mia;
(*Acariciándola.*)
Y si cumplir pudiera mi deseo,
No en la tribuna, no en la galería,
En mi silla curul te sentaria.

(*Al retirarse apoya el general su brazo derecho sobre los hombros de Carlota.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del conde, lujosamente amueblada, con puerta grande en el foro y otra mas pequeña a cada lado de bastidores. Forillo de tránsito, que por la derecha conduce à la puerta de la escalera, y por la izquierda à la sala donde se baila y à otras habitaciones. La puerta lateral de la derecha guia à las piezas de juego y à otras dependencias, que tambien por lo interior conducen al forillo: la de la izquierda sirve de comunicacion al gabinete de la condesa y à la sala principal. El teatro estará alumbrado con profusion.

—

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, EL BARON.

Cond. Bien; ya hemos quedado solos...

Baron. ¡Mal haya tanto importuno!

Cond. Hable usted; mas sea breve,
Que hago falta...

Baron. Dos minutos.

Cond. ¿Qué asunto...?

Baron. ¿Lo ignora usted?

Cond. Claro está, pues lo pregunto.

Baron. ¡Ah condesa!...(Denguecillos
Que hacen mas sabroso el triunfo.)

Ya habrá usted visto... en la bolsa...
Cond. Sí; hoy he recogido mucho.
Baron. El billete...
Cond. ¿Era de usted?
Baron. Pues ¿de quién? De aquel conducto
Me valí...
Cond. Sí; ya recuerdo...
Gracias. ¡Veinticinco duros!
Baron. ¿Qué dice usted? No es del Banco
El billete á que yo aludo.
Cond. ¡Oiga! Pues ¿de qué?
Baron. ¡Tirana!
¿Se burla usted...?
Cond. No me burlo.
Diga usted...
Baron. Nadie nos oye.
Ya es ocioso el disimulo.
Cond. ¡Baron!...
Baron. Pero usted querrá
Que, excusando subterfugios,
Confirme de viva voz
Lo que escribí de mi puño.
Sí, dulce Emilia; sí, amable
Condesa; mi alma no pudo
Por mas tiempo devorar
En silencio el fuego oculto
Que la consumía. ¡Ah! ¿Quién
Pone diques al Vesubio?
Cond. Já, já... ¡Donosa ocurrencia!
(*Riéndose.*)
Baron. ¿Qué?...
Cond. ¿Luego el papel intruso
Era un billete amoroso...?
Baron. ¡Oh! sí; el humilde tributo
De un corazon...
Cond. ¡Filantrópica
Bobada!
Baron. Yo...
Cond. ¡Buen condumio
Daría yo á los inválidos
Y á los pobres del Refugio
Con el corazon de usted!
Baron. Señora, yo... Si... (Me aturdo.)
Siento... El amor no es un crímen...
Y si usted leyó el... opúsculo...
(Ya no sé lo que me digo.)
Cond. ¿Yo? Ni lo he visto.
Baron. ¡Qué escucho!
¿Cómo...?
Cond. En la bolsa no estaba...
Baron. ¡Cielos!
Cond. Lo sé de seguro,
Cuando yo conté el dinero.
Baron. Pues mi mano lo introdujo...
Cond. ¡Y á saber ahora en cuáles
Habrá dado! Este es mi apuro.
Baron. Yo iré... Yo preguntaré...
¿A quién le tocaba el turno?...
A la marquesa... Sí, sí;
A la marquesa del Junco.
Cond. ¡Eh! peor es eso...
Baron. Yo...
Cond. Dejémoslo estar.
Baron. Me angustio...
Cond. ¿Qué podrán decir de mí?
Que sin fundamento alguno
Me pretende un mentecato.
Baron. ¡Hija, ese adjetivo...!
Cond. Es justo.—
Eso dirán; pero nadie
Creerá que yo lo sufro.
Baron. Confieso mi error. Creí...
Cond. Hay galanteos absurdos
De que, aun viéndolos, no osara
Culpar la lengua del vulgo
A mujeres como yo.
Baron. Bien, señora; fué un abuso
Levantar mi pensamiento
Hasta el olimpo cerúleo
Donde usted se glorifica;
Pero ese ceño iracundo
Sienta mal en una diosa.
Cond. ¡Eh! no mas...
Baron. (¡Vaya unos humos...!)
Me arrepiento; me desdigo...
Cond. Bien está.
Baron. Me echo en el surco.
Cond. ¡Basta!
(*Con impaciencia y sentándose.*)
Baron. Adios. (Me ha sofocado.
Daré á mi proa otro rumbo,
Y si no hago una conquista
Esta noche, me estrangulo.)
(*Al retirarse el baron llega Luisa y se saludan.*)

ESCENA II.

LA CONDESA, LUISA.

Luisa. ¡Emilia!... (*Viéndola.*)
¡Ah! ¿Cómo tan sola?
(*Acercándose mas.*)
¿Estás mala?
Cond. No. Ese estúpido
(*Levantándose.*)
De baron...
Luisa. ¿Te solicita?
¡Bravo! Es hombre de buen gusto
El filántropo.
Cond. Es que yo...
Luisa. No es tan estragado el tuyo:
Ya lo sé. Le has desahuciado,
Por lo visto. Iba tan mustio...

Cond. ¡Requerirme á mí de amores
Un necio...!
Luisa. Es crecido el número,
Y las mujeres bonitas
Como tú...
Cond. ¡Yo, Luisa!
Luisa. Y mucho:
No se libran de babosos.
Yo, sin mérito ninguno,
No puedo echar de mi oreja
Un molesto abejaruco...

ESCENA III.

LA CONDESA, LUISA, DON LUCIANO.

Luc. Luisita...
Luisa. ¿Eh? ¿Qué te decia?
(*En voz baja.*)
Luc. Perdone usted si interrumpo...
Me ha ofrecido usted bailar...
Luisa. Sí; cuando empiecen los músicos.
Ahora, permítame usted...
Luc. Bien... Soy obediente súbdito...
Volveré... (No hay remision.
Esta noche... la seduzco.)

ESCENA IV.

LUISA, LA CONDESA.

Cond. ¡El bueno de don Luciano!
Luisa. Ya ves; ha dado en el flujo
De seguirme á sol y sombra.
Si no fuesa tan obtuso
Hubiera ya conocido
Que de mí no saca fruto;
Pero es el hombre mas plomo...
Cond. Presume de ser muy ducho
En negocios, y no advierte
Que es inexpugnable muro
Tu virtud.
Luisa. Como la tuya,
Querida Emilia.
Cond. Sí; cumplo
Lo que el honor y el deber
Me ordenan; mas te aseguro
Que todo el favor del cielo
Necesito... ¡Ay! no me cupo
En suerte, Luisa de mi alma,
Un marido como el tuyo,
Dulce, fiel, tierno, indulgente.
Luisa. ¡Cómo!
Cond. Es tal y tan injusto
El desvío, el abandono
Del conde, que con estudio
Parece que él mismo quiere
Inspirarme horror al yugo
Que nos une.
Luisa. ¡Oh! no lo creas.
Tiene ese exterior adusto,
Pero en el fondo de su alma...
Cond. En su alma reina el orgullo;
Mas yo tambien tengo el mio,
Y en mejor causa lo fundo;
Y si por decoro propio
Sus desdenes disimulo,
¡Guárdese de que en agravios
Degeneren y en insultos!
Luisa. No es posible... (¡Ah! Si supiera...)
Cond. Por mi bien y por el suyo,
Ruego á Dios que sean vanas
Mis sospechas. (*Dentro música.*)
Luisa. No lo dudo. —
Ni tú des crédito, Emilia,
A lisonjeros astutos
Que bajo el mentido velo
De la amistad sus impuros
Designios quizá disfrazan,
Y para romper el nudo
Que tanto envidian, si es fuerza
Apelarán sin escrúpulo
Hasta á la calumnia...

ESCENA V.

LUISA, LA CONDESA, DON LUCIANO.

Luc. Luisa...
Luisa. Voy... — ¡Prudencia!
(*En voz baja con la condesa.*)
Cond. Yo te juro
Que sin pruebas...
Luisa. Aun con ellas
Debemos á Dios y al mundo...
Pero para otra ocasion
Dejemos tan grave asunto.
Hablaremos... Entretanto,
Que sea siempre tu escudo
La razon, y ten presente
Que sujetas al influjo
Del hombre, para nosotras
Hizo la ley del embudo.
(*Vase dando el brazo á don Luciano.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, EL CONDE.

Cond. ¡Oh! la virtud poco cuesta
A una mujer venturosa;

Mas si ella...
Conde. ¡Querida esposa!
(*Llegando por el foro.*)
Cond. ¡Ah!... ¿Qué novedad es esta?
Conde. Te buscaba...
Cond. ¿Será tal
Mi dicha, conde, y mi prez,
Que en un acceso tal vez
De delirio conyugal
Tenga usted la dignacion
De bailar conmigo ahora?
Conde. ¡Bailar! No vengo, señora,
Con semejante intencion.
Cond. Conozco mi error grosero.
¡Yo esperar tan alto bien
De...!
Conde. Yo puedo ser tan buen
Marido como el primero
Aunque á bailar me resista
Con mi señora; — ¡qué idea!...
Como un hidalgo de aldea
O como un oficinista.
Cond. Ni yo tal dicha ambiciono,
Que no es justo asimilar
Con un marido vulgar
A un marido de gran tono.
Prócer de elevada cuna
No á su mujer tanto honor
Concede.
Conde. Y si es senador,
Ni á su mujer ni á ninguna.
Cond. ¡Oh! la salud del Estado...
Conde. Si de este placer me privo,
Que bailes no te prohibo
Con quien sea de tu agrado.
Si aun te quejas...
Cond. No me quejo.
Conde. Si no es bastante completa
Por ventura la discreta
Libertad en que te dejo...
Cond. ¡Libertad! Justo es que arguya
De tanta galantería
Que si toleras la mia
Es por dar rienda á la tuya.
Conde. ¡Qué! ¿Coartármela quieres?
Cond. No, no. Vive satisfecho...
Conde. En los hombres es derecho
Lo que gracia en las mujeres.
Cond. Sí, sí; gracias... por la gracia.
No abusaré de ella, no.
Conde. Perderías mas que yo
Si tanta fuese tu audacia.
Cond. ¡Conde!...
Conde. Al culto de Himeneo
Sobra tiempo y ocasion
Sin hacer en un salon
Alarde de su trofeo.
Cond. ¿Es criminal...?
Conde. No, hija mia;
Vulgar... Si ahora los dos
Bailásemos, sabe Dios
Cómo se interpretaría.
Como bailar no está en moda
La mujer con el marido,
Y tu pareja no he sido
Desde el dia de la boda,
Sospecharía la gente
Que á tan tierno padedú
Nos prestábamos yo ó tú...
Por cubrir el expediente.
Cond. ¿Eh? ¿Qué misterio se encierra
En tus palabras?
Conde. Ninguno.
Un aviso...
Cond. Inoportuno.
Conde. Sin mala intencion se yerra.
Diviértete, rie, danza;
No turbaré tu solaz,
Porque te juzgo incapaz
De burlar mi confianza.
No respondas con desprecios
A lisonjas inocentes;
Sé amable...; mas pára mientes
En guardarte de los necios;
Que, si oido se les presta,
Ciegos por la presuncion
Dan muestras de lo que son...
Con embajadas como esta.
(*Presentando la carta del baron.*)
Cond. (¡Ah!)
Conde. Para darte el billete
No hubiera el baron creido
Que fuese el propio marido
Correo de gabinete.
Cond. Me harás la justicia...
Conde. ¡Oh! sí.
Cond. De no exigir que mi labio
Se justifique...
Conde. El agravio
Recayera sobre mí. —
Mas justo es que la misiva
(*Dando el billete á la condesa.*)
Vaya á su destino...
Cond. No.
Responsable no soy yo
De que un títere me escriba.
Conde. Yo no digo que haya pacto...
Cond. Recibiría, no obstante,
Ese billete galante
Para devolverle intacto;
Pero ya no, porque advierto
Que está roto por la oblea,
Y no me está bien que crea
Que mis manos lo han abierto.
Conde. Por curiosidad lo abrí;
No por zelos...

Cond. Ya se entiende.
Vuecelencia no desciende
A tener zelos de mí.
Conde. Dejemos, señora, á un lado
Dimes y diretes...
Cond. ¡Conde!...
Conde. Toma el billete, y responde
Al galan almibarado.
Cond. No haré yo tal desvarío.
Si contestar es forzoso,
Hágalo mi ilustre esposo
En su nombre ó en el mio.
Conde. A mí ¿qué me importa...?
Cond. En suma,
¿No es mi secretario ucencia?
¿No abrió mi correspondencia?
Lléveme tambien la pluma.
Conde. ¡Emilia!... Yo...
Cond. Y no se ofenda
Vuecelencia si le advierto
Que va siendo ya por cierto
Ridícula esta contienda.
¿Qué dirá Madrid...
Conde. ¡Señora!...
Cond. Cuando se llegue á saber
Que da ucencia á su mujer
Audiencias de media hora?
Yo tambien mostrarme debo
Grave, enfática, severa,
Aristócrata..., siquiera
Por el título que llevo.
Si vale, pues, mi opinion,
Guarde cada cual su puesto,
Y terminemos con esto
Tan enfadosa cuestion,
Porque sabe Dios adónde
Nos llevara...
Conde. ¡Oh! sí; es deber
De ambos...
(*Cesa la música.*)
Cond. Pero ha de tener
Entendido el señor conde,
Que porque en vano ceñudo
Humillar quiera mi frente,
No añadirá ciertamente
Ningun cuartel á su escudo;
Que sin la alta cualidad
Que su excelencia heredó
Me basto á mí propia yo
Para tener dignidad,
Y para ser muy señora
No esperé, mal que le pese,
A que su mano me hiciese
Condesa ni senadora.
Conde. No te hablo yo con despego
Ni...
Cond. Bien, sí; tienes razon. —
Yo hago falta en el salon
Y tú en la pieza de juego.
Conde. Tu imaginacion se exalta...
Cond. No tal.
Conde. Y es mero capricho...
Cond. Tal vez; mas lo dicho dicho. —
Déme usté el brazo, Peralta.
(*A un caballero que se dirige desde la puerta lateral de la derecha hácia el foro.*)

ESCENA VII.

EL CONDE.

¡Miren si tiene entereza!
Confieso, aunque es de familia
Mercantil, que puede Emilia
Alternar con la nobleza. —
¡Y esta noche está galana! —
No merece ella por cierto...
Pero ¡si me tiene muerto
Mi donosa americana!
Hay tal gracia, hay tal encanto
En mi divina criolla,
Que haría perder la cholla,
No digo á mí, sino á un santo.
¡Y qué talento, qué porte,
Qué travesura, qué brio!...
¡Cómo vence en señorío
A las damas de la córte!
Es la hermosura de moda,
Y mas de un adorador
De alto coturno, en su honor
Alzaría una pagoda.
¿Qué mucho si me arrebato
De gozo y pierdo el sentido
Cuando soy el preferido
Entre todo el procerato?
Mañana, tristes rivales...
Mas tiempo hay de hacer el loco.
Cumplamos ahora un poco
Con los deberes sociales.
Vase por la puerta de la derecha; y al mismo tiempo llegan por el foro Luisa y don Luciano.)

ESCENA VIII.

LUISA, DON LUCIANO.

Luisa. Sentémonos.
(*Soltando el brazo de don Luciano y sentándose en un sofá. Don Luciano se sienta á su lado.*)
Luc. En buen hora.
Luisa. Aquí estaremos mejor.
Luc. ¡Oh dicha!...

Luisa. Aunque harto he mostrado,
Y, sin ir mas lejos, hoy,
Que no me encuentro dispuesta
A que usted me haga el amor...
Luc. ¡Ah, señora! Ese preámbulo...
Luisa. Al fin, que quieras, que no,
Me ha favorecido usted
Con una declaracion. —
De otro menos estimable
Castigara mi rigor
Con la risa del desprecio
La atrevida presuncion;
Mas con usted, que es mi amigo...
Luc. Gracias por tanto favor.
Luisa. Aunque no me lo agradezca,
Quiero entrar en discusion.
¿Qué aliento le han dado á usted
Ni mis ojos ni mi voz
Para juzgarme capaz
De deshonrar al que Dios
Me destinó por marido?
Luc. ¡Qué quiere usted!... Uno... Yo...
Como es usted tan amable...
Luisa. Suponiendo que lo soy,
Porque una hable con dulzura
A todos sin distincion,
Y á ciertas galanterías
Dando su justo valor,
No muerda al que se las dice
Como una loba feroz,
¿Se ha de entender que renuncia
A su fama, á su pudor?
Luc. No tal; pero ¿quién es dueño
De dominar su pasion...?
Usted bella, viva, alegre,
Donosa, yo emprendedor...
Las costumbres;... el ejemplo
De otras;... el clima español...
Y si á todo esto se agrega
El estar ausente don...
Luisa. ¡Nunca está el marido ausente
Para una mujer de honor!
Luc. Confieso...
Luisa. Y yo adoro al mio,
Porque esta es mi obligacion;
Y con ella está de acuerdo
Mi gusto...
Luc. ¡Eso es lo peor! —
Es decir...
Luisa. Y porque estriba
La ventura de los dos
En honrar y bendecir
El lazo que nos unió.
Luc. Si ha tenido usted la dicha,
Cuando tan escasos son
Los matrimonios felices,
De hallar un marido *ad hoc*...
Esto es, un marido... En fin,
Tiene usted mucha razon.
Luisa. Lo celebro. Así proceden
Los hombres sensatos.
Luc. ¡Oh!
Mi sensacion...
Luisa. (Sensatez
Querrá decir.) Yo me doy
El parabien de que así
Se termine la cuestion,
Porque conservo un amigo...
Luc. ¡Oh! Sí, señora; el mayor...
Luisa. Y, hablemos claros, ni usted,
Hombre de lastre y de pro,
Con tan humilde conquista
Cobrara mucho esplendor;
Ni los hombres de negocios
Conviene que al ciego Dios
Se esclavicen, porque es ya
Mucho negocio el amor.
Luc. Con todo, en mi presupuesto
Bien cabría ese renglon.
¿Qué hago yo de un capital
Que crece como el arroz?
¡Talega sobre talega
Y millon sobre millon!...
Yo necesito una válvula
Que desestanque veloz
La plétora de dinero
Con que atosigado estoy.
Luisa. ¡Cosa rara..! Gaste usted...
Luc. Ya vivo como un milord.
Escandaliza á Madrid
Mi lujo deslumbrador,
Asiático... ¡Y nunca hay déficit
En mi caja! ¡Es maldicion!
Me sale á pedir de boca
Todo lo que emprendo... ¡Ay! no,
Que con usted he quebrado...
Luisa. ¿Volvemos á la cancion?
Luc. No, no. Esto es contar mis cuitas...
Luisa. Sea usted el bienhechor
De los pobres.
Luc. Sí, señora;
Ya doy un napoleon
Mensual á San Bernardino.
Luisa. ¡Oiga!
Luc. Y á la Inclusa, dos.
Luisa. ¡Friolera!
Luc. Pero nada;
¡Ni por esas!
Luisa. Pues, señor,
Como no se case usted...
Mas tiene tal aversion
Al matrimonio...
Luc. Invencible.
Luisa. (¡Qué idea! Si logro yo
Que la adopte, salvo á Emilia
Y humillo la presuncion

Del conde.)
Luc. ¿En qué piensa usted?
Luisa. En que si es cierto el rumor
Que circula por Madrid
Y usted tiene comezon
De ser dadivoso, espléndido...
Luc. ¡Oh! como un emperador.
Luisa. Yo sé de una escuela donde
Puede usted tomar leccion...
Luc. ¿Cuál?
Luisa. ¿No ha oido usted hablar
De Lucinda, de esa flor
De Occidente...?
Luc. ¡Oh, la limeña!...
¡Linda! ¡Hechicera! — ¡Perdon...!
Luisa. ¡Eh! Yo no soy envidiosa.
Luc. Anteayer me presentó
En su tertulia mi amigo
El marqués del Ababol.
Su casa es el *rendez-vous*
De los hombres *comme il faut*. —
A propósito, me han dicho
Que el que priva, acá inter nos,
Es el conde...
Luisa. ¡Chito! Es cierto;
(*Bajando la voz.*)
Mas si algun competidor
Mas rico y mas generoso
Se la disputase...
Luc. Yo,
Por ejemplo... Pero ¿quién
Se la disputa á un varon
Tan ilustre, que desciende
Quizá del rey que rabió?
¡Y ella es tambien aristócrata!
Luisa. ¡Calle!
Luc. Su progenitor
Fué, segun cuenta, Atahualpa.
Luisa. ¿Sí? Pues se remonta al sol
Su origen. — Los tabardillos
Son de la misma extraccion. —
¡Farsas!... Mas ¿qué aristocracia
Es hoy dia superior
A la del dinero?
Luc. Cierto. —
Y el conde es un pobreton
Si se compara conmigo.
Luisa. Con todo, si no hay postor
Que puje...
Luisa. Es claro...
Luc. Esta tarde
Me ha enseñado don Eloy,
Mi diamantista...
Luc. Y el mio.
Luisa. Una alhaja de primor
Que ha mandado hacer el conde
Para mañana, que son
Los dias de la criolla.
Luc. ¿Vajilla? ¿Aderezo...?
Luisa. No.
Es un bonito alfiler
Con perlas al rededor,
Y de brillantes la cifra
Del conde.
Luc. ¿Y valdrá...?
Luisa. Doblon
Mas ó menos, diez mil reales.
Luc. ¡Miseria! Eso, yo lo doy
A...
Luisa. Puede usted ver la alhaja.
Vela el artífice...
Luc. ¡Oh!
Eso y mucho mas merece
La inicial de un gran señor.
Luisa. No quiere ella geroglíficos
Ni cifras...
Luc. ¡Pues ya!
Luisa. Sinó...
Y á fe que hay joyas allí...
Luc. ¡Preciosas! — Estaba por...,
¿Eh? por hacer una hombrada.
Son las once en mi reloj.
Si ganase por la mano
Al conde...
Luisa. Es fácil... ¿No es hoy
Antes que mañana?
Luc. Sí.
Abajo está mi landó.
Vuelo... Pues ¡poca importancia...!
¿Eh? — poca reputacion
Me dará á mí esa conquista!
Luisa. Sin duda...
Luc. Sí, sí; voy, voy...
Aun volveré á dar á usted
Cuenta de mi comision. —
¡Oh qué triunfo para el cuerpo
De negociantes! ¡Qué atroz
Desaire para esos godos
Que nos venden proteccion
Y menosprecian altivos
Las *finanzas* y el *buró!*
Luisa. Y usted no será tan lerdo
Que no exija...
Luc. En eso estoy.
O yo he de mandar en jefe,
O no hay mus. — Adios, adios.
(*Vase corriendo por la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

LUISA.

Hé aquí una intriga..., una especie
De seduccion... Lo conozco;
Pero mi intencion es buena.

No es menor de edad, ni esposo,
Ni padre; el oro le abruma;
Y pues de cualquiera modo
Lo ha de derrochar, veamos
Si ese galante episodio
Tiene al menos la virtud
De salvar un matrimonio.
Emilia está exasperada;
Don Federico no es bobo,
Y pudiera envenenando
La herida de su amor propio...

ESCENA X.

LUISA, LA CONDESA, CARLOTA, EL GENERAL.

Cond. Luisa, ya está aquí tu hermosa
Huéspeda.
Luisa. ¡Oh querida! (*Se besan.*)
¿Cómo,
Señor general, tan tarde?
Gen. No ha podido ser mas pronto.
Me ha detenido el ministro
Hablándome de negocios...
Cond. Ahora el negocio es bailar.
A un lado serios coloquios,
Y á la sala. — Venga usted,
Carlotita.
Gen. Vamos...
Cond. ¡Qué oigo!
¿Va usted tambien á bailar?
Gen. ¿Yo? ¡Un veterano... y gotoso!
Cond. ¡Oh! pues donde hay tanta gente
Se expondría usted...
Gen. Con todo,
No ha de faltar un rincon
Donde...
Cond. No: allí caben solo
Los precisos operarios.
Gen. (¡Voto á briós!) Señora...
Cond. En otros
Aposentos tendrá usted
Juego, si gusta, periódicos,
Conversacion, chimenea...
Porque Carlota supongo
Que bailará.
Gen. Sí... (*Con poca voluntad.*)
Cond. Es muy justo
Que luzca su talle airoso.
Gen. Y para eso ¿es menester
Condenarme á mí al divorcio?
Cond. No; mas pertenece ahora
A mi sociedad. Por cortos
Momentos renuncie usted
Al conyugal monopolio.
Gen. Señora...
Luisa. La acompañamos
La condesa y yo. ¿No somos
De fiar?
Gen. Sin duda; pero...
(*Llega por el foro don Federico.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA, LUISA, CARLOTA, EL GENERAL, DON FEDERICO.

Cond. Viene usted muy á propósito,
Don Federico.
Fed. Señoras... (*Saludando.*)
Cond. El general no está cómodo
Aquí. Condúzcale usted
Allá dentro...
Gen. (¡Hum!...)
Fed. Yo me honro...
(*Ofreciéndole el brazo, que toma de mal talante el general.*)
Gen. Obedezco la consigna.
(Yo voy á estar en un potro,
Mas será por poco tiempo:
Lo juro á Santiago apóstol.)

ESCENA XII.

LA CONDESA, LUISA, CARLOTA.

Cond. ¡Oh qué hombre! Ni respirar
La deja á usted. Tan zeloso,
Tan... Pasará usted con él
Las penas del purgatorio.
Carl. No. Santo lazo nos une,
Y á su genio me conformo.
Luisa. Es justo. (¡Pobre muchacha!)
Cond. Pero hace agravio notorio
A su mujer el que así
La vigila sin asomo
De razon...
Carl. De su flaqueza
Me aflijo; no me sonrojo;
Que si falta á mi ventura
La confianza de un esposo,
De mi conciencia, señora,
Me conforta el testimonio,
Y como nacen de amor
Sus zelos,... se los perdono.
Luisa. ¡Bien, amiga mia, bien!
(*Acariciándola.*)
Cond. De tanta virtud me asombro
Y de tanta discrecion.
¡Ay! Otros dan en el polo
Opuesto, y la desdichada

Mujer entre dos escollos...
(*Siguen hablando aparte.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA, LUISA, CARLOTA, EL BARON.

Baron. (Quién diga que son manjar
Ligero, insípido y flojo
Las calabazas, se engaña.
Pesando están en mi estómago
Las que me dió la condesa
Como si fueran de plomo.
Si otra no me desagravia,
Y presto, será un oprobio
Para mí... Pero ¿qué veo!
Allí está el lindo pimpollo
Que vi esta mañana en casa
De Luisa. ¡Qué cuerpo! ¡Qué ojos!...
¡Oh! la invitaré á bailar...
A su lado está ese monstruo
De crueldad... ¡Mejor! Asi
Verá que yo no me postro
Fácilmente.) Señorita,
(*A Carlota acercándose.*)
Si fuese tan venturoso
Que bailase usted conmigo...
Carl. No hay inconveniente.
Baron. (¡Oh gozo!)
Gracias. (*Música dentro.*)
Ya llegó el momento...
Carl. Bien.
(*Tomando el brazo del baron.*)
¡Ah! el ramo...
(*Uno de flores naturales que llevaba en la mano.*)
Aquí lo pongo.
(*Lo deja sobre un velador.*)
Luisa. ¿Vienes tú? (*A la condesa.*)
Cond. Voy á bailar...
(*Vuelve don Federico.*)
Luisa. ¡Ah! bien.
Deme usted su apoyo.
(*Al baron.*)
(*Toma el otro brazo del baron y los tres desaparecen por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, DON FEDERICO.

(*Hablan muy rápidamente.*)

Fed. ¿Bailamos?
Cond. Sí.
Fed. Tengo ya
La prueba que ofrecí.
Cond. ¡Cómo!...
Fed. Su rival de usted...
Cond. ¿Quién es?
Fed. Lucinda; la...
Cond. Sí. ¡Oh bochorno!
Fed. La va á regalar mañana...
Cond. ¡Cielo...!
Fed. Un alfiler...; él propio
Me lo ha dicho; — con su cifra.
Lo verá usted por sus ojos
Mañana.
Cond. ¿Dónde?
Fed. En la ópera.
Cond. No me toca el turno.
Fed. En otro
Palco. Cuente usted con él.
Cond. Sí, sí.
Fed. Allí como en su trono,
Creyéndola á usted ausente,
Estará muy oficioso
El conde...
Cond. Basta.
Fed. ¡Qué infamia!
Cond. ¡Oh!
Fed. ¡Qué falta de decoro!
Cond. Sí. — Bailemos. — Nadie entienda
Que inflama mi sangre tósigo
Mortal.
Fed. ¡Emilia!
Cond. ¿Qué digo?
No con amargos sollozos,
Sino con júbilo inmenso
Debo acoger tan dichoso
Desengaño, pues mi dulce
Libertad por él recobro. —
Já, já... (*Con risa convulsiva.*)
¡Bailemos!
Fed. ¡Oh Emilia!
Dueño de tanto tesoro
Él no lo sabe estimar;
¡Y mira usted con enojo
Mi fe...!
Cond. No.
Fed. ¡Qué oigo! ¿Podré
Amar...?
Cond. Yo no se lo estorbo
A usted.
Fed. ¡Ah!...
Cond. ¡Basta! No estamos
Entre ciegos ni entre sordos.
Fed. Yo...
Cond. La música se pierde.
¿Vamos, ó bailo con otro?
Fed. ¡Oh! no.
Cond. (¡Oh sociedad tirana!
Llevo en mil pedazos roto

El corazon...)
Fed. (Será mia.)
Cond. (¡Y risa miente mi rostro!)
(*Al retirarse la condesa y don Federico por el foro, llega por la puerta de la derecha don Eusebio.*)

ESCENA XV.

DON EUSEBIO.

¡Gracias, inmenso Poder,
Que un breve instante me zafo
De la perdurable Safo
Que me diste por mujer!
Como ya en el baile es cero,
Aunque dama de alta prez,
Jugando está al ajedrez
Con un literato huero.
Yo en tanto sigo la pista
De mi amada. Entrar la ví;
Luego se detuvo aquí...
No la he perdido de vista.
Fué á bailar, no sé con quién,
Y antes sobre aquel bufete
Dejó un lindo ramillete...—
Este es: no hay otro. ¡Oh mi bien!...
(*Se acerca, lo toma, lo besa con precaucion, y lo vuelve á dejar donde estaba.*)
¡Qué hermosa está! ¡Oh maravilla!...
Para mi mayor tormento,
Dos veces y tres y ciento
Mas hermosa que en Sevilla.
¡Oh cielo, que mi alma ves
Presa de eterno martirio,
Tú sabes con qué delirio
Me arrojaria á sus piés!—
Perdí por loco de atar
Mi terreno paraíso...
Pero alguna vez, preciso,
Nos habremos de encontrar.—
¡Ay cuitado! ¿Y para qué,
Si de otro es ya dulce prenda?—
Mas temo que se sorprenda
Si de improviso me ve.
¿Cómo haria...? ¡Ah! La memoria
Que guardo de su ternura,
Y hoy me cubre de amargura
Si antes de gozo y de gloria...
Esta pulsera, que ufano
(*La saca del pecho.*)
Recibí de mi ángel bello
Porque del propio cabello
La tejió su linda mano;
Unico bien que me resta
De tanta ilusion perdida
Desde la amarga partida
A los dos quizá funesta,
La servirá de reclamo...
Supondrá que estoy aquí
Luego que la vea... Sí.
La pongo en el mismo ramo.
(*Lo hace.*)
Perfectamente se ajusta.—
Bien desde allí observaré
(*Mostrando la puerta de la derecha.*)
Después el efecto...—¿Eh?
(*Dejando el ramo sobre el velador y volviendo de pronto la cabeza.*)
Nadie. ¡Mi sombra me asusta!
(*Cesa la música.*)
Cesó el baile.—Aquí otra vez
Vendrá... ¿Y la otra? ¡Ay! Si lo sabe...
Volvamos antes que acabe
La partida de ajedrez.
(*Vase por la puerta de la derecha, y al mismo tiempo aparecen por el foro Carlota y el baron, de bracero.*)

ESCENA XVI.

CARLOTA, EL BARON.

Baron. ¡Qué bien baila usted! ¡Oh!...
¡Y ágil...!
Pesa menos que una guinda.
Carl. No tal.
Baron. ¡Y elegante! ¡Y linda!...
Carl. Gracias.
Baron. (¡Me flechó! Soy frágil.)
Carl. Mi ramillete...
(*Soltando el brazo del baron y acercándose al velador.*)
Baron. (¡Hechicera!)
(*Lo toma y se lo da.*)
Tome usted; mas su fragancia
Es en usted redundancia.
¿Flores á la primavera?
Carl. Estimo...—¡Ah!
(*Viendo la pulsera.*)
Baron. ¿Qué es eso?
Carl. Nada.
(La pulsera... ¡Él!... ¡Está aquí!)
Baron. (Suspiró... ¿Será por mí?)
Carl. (¡Dios mio!)
Baron. (Está atribulada.)
¡Hermosa!
Carl. (¡Oh grato recuerdo!...)
(*Sin oir al baron y contemplando el ramo.*)
Baron. (Calla, en el ramo se embebe
Y ni á mirarme se atreve...
¡Me ama! ¡Sí, sí! El juicio pierdo.)
Un mismo dardo á los dos...

Carl. ¡Ah!
(*Volviendo de su arrobamiento.*)
(Este importuno... Quisiera
Guardarla sin que él lo viera...)
Permítame usted...
(*Da un paso en direccion del foro y al mismo tiempo lo atraviesan de derecha á izquierda Micaela y don Eusebio.*)
¡Ay Dios!
(*Retrocede, vacila algunos instantes, y se desmaya, sosteniéndola en sus brazos el baron. El ramo cae al suelo.*)
Baron. ¡Señorita!
Carl. ¡Ay!... Yo... fallezco.
Baron. Se ha desmayado... ¡No hay mas!
¡Y de amor! ¡Cielo! me das
Mas de lo que yo merezco.
En un buen cuartito de hora
¡Tiene el vals tanto poder...!
¡Aquí quisiera yo ver
A la altiva senadora!...
No vuelve de su desmayo.
Llamaré...

ESCENA XVII.

CARLOTA, EL BARON, EL GENERAL.

Gen. (Basta de juego.
Buscaré á Carlota, y luego...
Pero ¿qué veo? ¡Mal rayo...!
¡En brazos de un hombre está!)
¡Apártese el mequetrefe!
(*Acercándose apresurado.*)
Baron. Mire usted, y no me befe.
Se privó...
Gen. (¿Lo fingirá?)
¡Venga! Mio es este censo.
(*Relevando al baron.*)
La apoyaré en esta silla.
(*La sienta en una y la sostiene.*)
Toque usted... — ¡La campanilla!
(*Con voz de trueno al baron, que aturdido se acercaba á Carlota.*)
Baron. ¡Ah! sí.
Gen. A ella, ¡ni por pienso!
(*El baron tira del cordon de la campanilla.*)

ESCENA XVIII.

CARLOTA, EL GENERAL,
EL BARON, LUISA, LA CONDESA,
DON FEDERICO.

Cond. ¿Quién da voces? ¡General!
Luisa. ¡Carlota!
Fed. ¡Baron!
Cond. ¿Qué es esto?
Luisa. ¡Accidentada!
(*Luisa y la condesa acuden á socorrer á Carlota: aquella la abanica; esta la da á oler su pañuelo.*)
Baron. ¡Agua presto!
(*A una camarera, que acude por la puerta de la izquierda.*)
(*Vase corriendo la camarera y pocos momentos después vuelve con agua.*)
Cond. ¿Y cuál fué la causa?
Gen. ¿Cuál?
Que hable ese caballerito;
Ese raptor depravado...
Baron. Perdone usted: no he pensado...
(*En su voz natural.*)
Gen. ¡A mí no se me alza el grito!
(*Con voz estentórea.*)
(*Acuden algunos de los convidados de ambos sexos.*)
Luisa. ¡Por Dios...!
Baron. Quien grita es usted:
Yo...
Cond. Parece que respira.
Luisa. ¡Carlota!
Carl. ¡Ah!...
Gen. Bramo de ira.
Luisa. ¡El agua!
(*Toma uno de los vasos que la camarera ha traido en una bandeja.*)
Carl. No tengo sed.
(*Incorporándose.*)
Luisa. No importa.
(*Bebe Carlota.*)
Fed. ¿Qué novelesco
Lance...?
Baron. Hablaremos... ¡Me adora!
Luisa. Alza.
(*A Carlota, ayudándola á levantarse.*
Ven conmigo ahora
(*Dándola el brazo y dirigiéndose con ella á la puerta de la izquierda.*)
A aspirar aire mas fresco.
Carl. (¡Ah!) Sí.
Gen. ¿Adónde...?
(*Con gravedad.*)
Luisa. Va conmigo.
Gen. Bien.
(*Al retirarse Luisa y Carlota por la puerta de la izquierda llega por la de la derecha el conde.*

ESCENA XIX.

La CONDESA, el GENERAL, el BARON, Don FEDERICO, el CONDE, MICAELA, Don EUSEBIO, Damas, Caballeros.

Conde. ¿Qué ha habido aquí?
(*A don Federico, que le sale el encuentro.*)
Fed. No sé.
(*Hablan aparte.*)
Gen. En tanto, yo ajustaré
Mis cuentas con este amigo.
Baron. Yo...
Cond. Cálmese usted, le ruego.
(*Al general.*)
Señores, no ha sido nada...
(*A los curiosos.*)
Mic. ¿Dónde está la desmayada?
(*Llegando con don Eusebio por la puerta del foro.*)
Cond. Que toquen *redova;* ¡luego!
(*A don Federico en voz baja.*)
(*Vase corriendo don Federico por el foro. Una de las damas indiferentes figura informar de lo ocurrido á Micaela.*)
¿Qué tiene de singular
Un desmayo...? Ruego á ustedes...
(*Los curiosos se van retirando por el foro.*)
Gen. (Yo le diré al Ganimedes...)
(*Paseándose encolerizado.*)
(*Suena la música.*)
Cond. ¡Ea, á bailar, á bailar!
(*Desaparecen del todo los curiosos y vuelve á la escena don Federico.*)

ESCENA XX.

La CONDESA, MICAELA, el GENERAL, el CONDE, el BARON, Don EUSEBIO, Don FEDERICO.

Gen. Vamos, pues, á nuestro asunto.
(*Al baron.*)
Sepamos...
Cond. No es para ahora
Ni aquí el tratar...
Gen. Sí, señora.
El llanto sobre el difunto.
Baron. Veníamos ella y yo
De valsar...
Gen. ¡Valsar!... Bien; sí.
¿Y por qué venir aquí?
¿Y por qué se desmayó?
Baron. Dejó aquí un ramo de flores...
Cond. Cierto.
Baron. Y á buscarlo vino. —
Por lo que hace al repentino
Desmayo...
Gen. (Me dan sudores.)
Baron. Nuevo Atlante de otro cielo,
En mis brazos la cogí...
Gen. ¡Voto á brios...!
Baron. Si no es por mí
Da de bruces en el suelo.
Lo que otro cualquiera haría
Yo, filántropo, con fe
Mas viva...
Gen. Yo le daré
A usted la filantropía.
Cond. ¡Señor general!...
Baron. Protesto...
Gen. Aquí está el ramo maldito.
(*Lo coge del suelo.*)
Conde. (Parece que el baroncito
Ha mudado de bisiesto.)
Gen. ¡Qué veo! ¡Aquí un brazalete!...
Eus. (¡Cielos!)
Gen. Ya está usted convicto.
Baron. ¡Cómo!...
Gen. *¡Fragrante delicto!*
Fed. (¡Oiga!)
Baron. Yo... sí... El ramillete...
Mic. ¡Calle!...
(*Aparte á su marido.*)
Cond. (Esto pica en historia.)
Baron. Quizá esa prenda de amor
Me iba á dar cuando...
Gen. ¡Oh furor!
Cond. ¡Señor general!
Baron. (Oh gloria!)
(*Medita en silencio.*)
Conde. La apariencia nos engaña
(*Al general.*)
Muchas veces.
Eus. (¡Quién creyera...!)
Cond. (¿Será cierto...?)
Mic. ¡Una pulsera
(*Aparte á don Eusebio.*)
En el ramo!... ¡Cosa extraña!
Gen. Calla... Cavila... (*Al conde.*)
Conde. No obstante...
Gen. La conciencia le remuerde.
Baron. (¡Es tan linda!... ¿Qué se pierde...?
La condesa está delante...)
Gen. ¿Habla usted? ¡Oh! ya se apura
Mi paciencia...
Baron. El accidente
Fué casual. Está inocente
Esa amable criatura.
Lo primero es su decoro.
Gen. ¡Eh!...
Conde. ¿Quién duda...?

Cond. Se supone...
Gen. Eso no quita ni pone...
Baron. ¡Mi general..., yo la adoro!
(*Con entusiasmo.*)
Gen. ¡Ira de Dios!... ¡Y se atreve
A decírmelo en mi cara!
(*El conde y don Federico contienen al general.*)
Baron. ¿Por qué no?
Cond. Usted no repara...
(*Al baron.*)
(*Cierra la puerta del foro.*)
Gen. Beberé su sangre aleve.
Conde. Está loco.
Fed. Algun error...
Gen. ¡Oh! La bilis me rebosa.
Baron. Quizá no sea la hermosa
Indiferente á mi amor.
Gen. ¡Por vida!...
Baron. Quizás á mí
La inclina su simpatía...,
Pero ello es que todavía
No me ha dado el dulce sí.
Cond. Mire usted...
Baron. No miro nada.
Mi deber de caballero
Sabré cumplir.
Gen. Eso quiero.
Fed. (Va á hacer alguna trastada.)
Baron. Por dicha...
Conde. (Yo no concibo...)
Baron. Tan sagrada obligacion
Es grata á este corazon
Tierno y comunicativo. —
Soy título de Castilla...
Gen. ¡Eh!...
Baron. Soy baron del Manzano,
Y pues á todo me allano
Y en mi nombre no hay mancilla,
Vuelva á ese pecho la calma...
Gen. ¿Eh?
Baron. Y acabe esta contienda...
Gen. ¡Hum!
Baron. Dándome usted la prenda
Que me ha cautivado el alma.
Gen. ¡Insolente!
(*Fuera de sí y conteniéndole apenas el conde y don Federico. Cesa la música.*)
Mic. ¡Peticion
Singular!
Baron. Pero ¿es delito...?
Gen. ¡Déjeme usted! Necesito
(*A don Federico pugnando por desasirse.*)
Tirarle por un balcon.
Baron. ¿Puedo hacer mas, Dios eterno? —
Deme usted la blanca mano
(*De rodillas.*)
De su hija ¡padre tirano!
¿Tan malo soy para yerno?
(*Los circunstantes no pueden reprimir la risa.*)
Mic. ¿Padre?...
Conde. ¡Alce usted, temerario! —
Su error se ha mostrado ya.
(*Al general.*)
Baron. Es que si no me la da,
La saco por el vicario.
Cond. ¡Eh! Basta. — Es un aturdido.
(*Al general.*)
No es su padre. (*Al baron.*)
Baron. ¡Ah! ¿No es usté
Padre...?
Gen. ¿Qué padre ni qué
Demonio? ¡Soy su marido!
Baron. ¡Perdon!... Con mucha salud
(*Cortado.*)
Lo sea usted... Me engañó
La... (¡Soy fatal!) ¿Qué sé yo...?
La inverosimilitud.
(*Nuevo movimiento amenazador del general contenido por el conde.*)
No es decir que usted no sea
Digno... (Estoy estupefacto.)
Del nudo... En fin, me retracto
Delante de esta asamblea.
Yo ignoraba... Un *quid pro quó*...
Hay ilusiones que engríen...
¿Lo ve usted? Todos se rien...
¡Ria usted tambien... y yo!
(*Hace por reirse.*)
Abur. Aquí no se valsa... —
Con que, nada de anatema;
(*Al general.*)
¿Eh? — Soy de ustedes. — (Me quema
(*Mirando de reojo á la condesa al marcharse por el foro.*)
Con esa risita falsa.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA, MICAELA, EL GENERAL, EL CONDE, DON EUSEBIO, DON FEDERICO.

Gen. ¡Oiga usted!...
Conde. No mas querella,
Pues no obró de mala fe.
Cond. (¡Gracias á Dios que se fué!
Ahora acudamos á ella.)

ESCENA XXII.

MICAELA, EL GENERAL, EL CONDE, DON EUSEBIO, DON FEDERICO.

Conde. Es dar sobrada importancia
A esos muñecos de feria
El tomar por cosa seria
Su risible petulancia.
Gen. Siempre es serio para mí,
Que tengo el alma en su puesto,
Lo que afecta á mi honra; y esto
No se ha de quedar así.
Mic. A una jóven verecunda
Creyó ofrecer alma y vida,
Núbil sí, pero no uncida
A la marital coyunda.
Así pues...
Gen. ¡Vaya al infierno!
Mataría yo á una hija
Antes que tal sabandija
Consiguiera ser mi yerno.
Mic. Mira lo que es un enlace
(*En voz baja á don Eusebio, mientras hablan aparte con el general el conde y don Federico.*)
Desigual. ¡Pobre señor!
Siempre en continuo terror...
Gen. Pero mi mujer ¿qué hace?
Conde. Adentro... (¡Ahora me alborota
La casa otra vez!)
Gen. Entremos...
Conde. Bien; pero ¡nada de extremos!
Calma...

ESCENA XXIII.

MICAELA, EL GENERAL, EL CONDE, DON FEDERICO, DON EUSEBIO, LA CONDESA.

Conde. ¿Dónde está Carlota?
Cond. No hay cuidado.
Gen. (¡Horrible noche!)
Conde. (Sobre él va ahora el nublado.)
Cond. Se repuso, y se ha marchado.
Gen. ¿Con quién?
Cond. Con Luisa en su coche.
Eus. (¡Ah!)
Gen. ¿Qué desórden es este? —
Pero, ya se ve, en la córte
Estamos, y aquí el consorte
Es un cero, un... ¡Mala peste!...
Cond. Como estaba usted furioso...
Conde. Por precaucion...
Gen. ¡Voto á san...!
¿Piensan ustedes que están
Tratando con algun oso?
En mis afectos vehemente,
Ocultarlos tengo á mengua
Y nunca dice mi lengua
Lo que el corazon desmiente,
Mas no es tal mi vandalismo
Que ignore, aunque jure y riña,
Lo que se debe á una niña,
Lo que me debo á mi mismo.
No dudo de su honradez;
Mas si otra fuese mi estrella,
No me vengaría de ella
Como un villano soez;
Que nunca mi frenesí
Será tanto, — lo sé bien, —
Que hiera alevoso á quien
No me pueda herir á mí,
Y es ley de honor temeraria
Lavar con mano homicida
La afrenta no merecida
Con la ruindad voluntaria.
Conde. Esa máxima es la mia,
Y sin pecar de zeloso...
Gen. Yo sí.
Cond. (¡Qué alma! A ser mi esposo
Creo que le adoraría.)
Gen. No concibo amor sin zelos,
Como no sea el amor
Que tendrán al Criador
Los ángeles de los cielos;
Y con inmensa ternura
A mi mujer quiero yo,
Que para algo nos echó
Las bendiciones el cura;
Ni yo soy, ni puedo ser,
Ni hay fuerzas que á ello me venzan,
De aquellos que se avergüenzan
De adorar á su mujer.
Cond. (¡Oh Dios mio!)
Eus. (¡Oh justo cielo!)
Gen. Libre ella, libre yo fuí
Cuando nos dimos el sí
Y nos cubrió el santo velo;
Y no adquirimos la gracia
De ser el uno del otro
Para gemir en el potro
De la yerta diplomacia;
Y es natural y evidente
Que la mujer que elegí
La quiera yo para mí;
Para mí exclusivamente.
No es mucho con tal belleza
Que me la codicie alguno; —
Ni que al galan importuno
Le rompa yo la cabeza. —
Nada de esto es de buen tono;
Mas yo no supe jamás
Remedar á los demás:

Que soy hombre; no soy mono.
Muchos se reirán de mí,
Pero huyendo de Castilla
Diré á la torpe cuadrilla
Que suele afrentarla así:
Si cede á embates tan recios
El hombre sencillo y probo;
Si han de dominar el globo
Tunos, coquetas y necios,
Prefiero la soledad
Del valle, el monte y la selva.
¡Adios! No espereis que vuelva.
¡Dios salve á la sociedad!

(*Se retira apresurado: la condesa y el conde hacen un movimiento para detenerle, pero en vano; cada interlocutor muestra en su rostro y ademanes, segun su carácter respectivo, la viva impresion que le han causado los últimos versos; toca dentro la música y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Jardin con arbolado en casa de Luisa. A la derecha la fachada interior de la casa, con dos pisos, persianas en ambos y la puerta que da al jardin: al mismo lado una mesa rústica y á su inmediacion asientos de la misma clase: adornos de jardin á la izquierda *ad libitum*: arboleda en el foro, que se extiende de una línea de bastidores á la otra y en el último término una verja abierta.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, LA CONDESA.

(*Aparecen besándose. La condesa acaba de entrar.*)

Cond. No dirás que no te quiero
Cuando vengo de trapillo
A tu casa.
Luisa. Aunque en el alma
Tu puntualidad estimo,
Por tu interés te he llamado,
Emilia; no por el mio.
Cond. Convidados nos tenias
A almorzar á mi marido
Y á mí para hoy...
Luisa. Es cierto;
Y al señor don Federico,
Y á Micaela y su esposo
Y al bolsista consabido.
Tengo huéspedes en casa.
Con tan plausible motivo...
Cond. Ya comprendo; pero si antes
De una hora era preciso
El vernos, ¿por qué me llamas
Con urgencia...? ¡Ah! ya adivino...
La escena de anoche... Dime:
¿Qué es de Carlota? ¿Qué ha dicho
El general? ¿Se han hablado?
¿Se disolverán los vínculos...?
Luisa. No lo sé. No han vuelto á verse.
Con lágrimas y suspiros
Que está inocente me jura
Carlota, mas del sombrío
Silencio del general,
De su genio tan arisco,
Tan suspicaz, tan indócil
Nada bueno pronostico.
Cond. Silvestre es el veterano
Y áspero como un erizo,
Mas ¡qué corazon tan noble!
Si tú le hubieras oido
Anoche...
Luisa. En fin, ya veremos.
Trabajaré con ahinco
Por restituir la paz
Y la dicha que ha perdido
A ese infeliz matrimonio;
Y aun á otro... Hoy me dedico
A obras de beneficencia
Conyugal, aunque no aspiro
A la gloria de filántropa,
Como el baron...
Cond. ¡Qué ridículo
Personaje!
Luisa. Mas por tí,
Amiga mia, principio,
Porque te amo, y porque acaso
Necesitas mis servicios
Mas que otros...
Cond. ¡Soy desgraciada!
Luisa. Lo sé: y estás en peligro
De serlo aun mas.
Cond. No es posible.
Encenagado en el vicio,
Mi marido me abandona;
Me sacrifica el indigno
A una infame aventurera...
Luisa. Es verdad.
Cond. Seré el ludibrio
De la córte...
Luisa. Lo serás
Si no oyes, Emilia, el grito
De tu deber y la voz
De tu amiga.
Cond. No concibo...
Luisa. No me engañes ni te engañes
A tí misma. Ya conmigo
Es ocioso el disimulo.

Las culpas de un fementido
Consorte podrán herir
Tu amor propio y dar martirio
A tu corazon; podrán
Sellar tu rostro marchito
Con la huella del dolor;
Pero alzar podrás altivos
Los ojos, que solo humillan
Infortunios merecidos.
Mas si oyes las sugestiones
Del orgullo, y en inicuo
Pacto venganza y lisonja
Rompen como frágil vidrio
El escudo de tu honor,
¡Ay de tí! La suerte quiso
Que para nosotras fuese
En semejantes conflictos
Menos triste y dolorosa
La impunidad que el castigo.
Cond. ¡Buen Dios!
Luisa. Sosiégate, Emilia.
Por dicha, los extravios
De un marido no son siempre
Irreparables. Yo insisto
En que el conde todavía
Guarda en su pecho vestigios
Del amor que le inspiraste.
Vela por tí mi cariño
Desde ayer, y á su excelencia
Preparo un golpe imprevisto
Que á tí te vengue, y acaso
Le corrija á él.
Cond. ¡Dios mio!
¿Será posible...? ¡Ah! Te engaña
La amistad...
Luisa. No. Pero exijo
De tí...
Cond. Pídeme la vida...
Luisa. No es tan grande el sacrificio.
Hay un seductor protervo
Que con máscara de amigo
Proyecta tu perdicion...
Cond. No tal. ¿Quién...?
Luisa. Don Federico.
No me lo niegues. Sagaz,
Perseverante y asiduo,
De los excesos del conde,
Que halaga quizás él mismo,
De tu mujeril flaqueza...;
De todo saca partido.
Cond. No temas. Le oigo... y no mas.
Yo evitaré un compromiso...
Me ama; es verdad; pero yo...
Luisa. Tú amas solo á tu marido;
Y de tus zelos, no obstante,
El desgarrador suplicio,
Si mi consejo no tomas
Te arrastrará al precipicio.
Cond. ¡Luisa!...
Luisa. Es forzoso, es urgente
Hacer levantar el sitio.
Cond. ¿Cómo...?
Luisa. Con un pasaporte,
Pero en regla, al enemigo.
Cond. ¿Y qué pretexto daré...?
Luisa. ¡Pretexto! ¿Estás en tu juicio?
¡Pretexto para alejar
De tu lado á un libertino
Que fragua tu deshonor!
Cond. Para él no lo necesito;
Mas querrá saber el conde
Por qué causa le despido;
Y ni á callar la verdad
Ni á decirla me resigno;
Que con callarla me culpo
Y con decirla me humillo.
Luisa. Disculpo en tu situacion
Tan singular raciocinio,
Y mejor será que sola
Me dejes mover los hilos
De mi trama, por tu bien
Urdida. Solo te pido
Que te dejes conducir
Al puerto cuando propicio
Sople el viento. — Pero el tiempo
Se pasa, y aunque muy lindo,
Tu modesto *negligé*
No conviene á mis designios.
A la mas alta hermosura
No perjudica el auxilio
Del tocador.
Cond. ¿Tocador
Para él? ¡Tiempo perdido!
Luisa. No tal.
Cond. Volveré á mi casa...
Luisa. Es inútil. Yo he provisto
A todo. — Sube á mi cuarto. —
Al momento soy contigo.

ESCENA II.

LUISA.

¡Cuánto será mi placer,
Buen Dios, si hoy los reconcilio...!
Sí; lo espero. — Mas ¡la pobre
Carlota...! ¡El pobre Merino...!
Difícil es... ¡Oh himeneo!
¿Qué mucho si envilecido
Te ves, cuando tantos votos
Necios, fatales, sacrílegos
Se pronuncian en tus aras?
Venturosa yo, bendigo
Tus lazos, mas contagiada
No estoy del vil egoismo

Que corrompe y gasta y pierde
La sociedad en que vivo,
Y mi corazon...

ESCENA III.

LUISA, MARTIN.

Mart. Señora...
(*Viniendo de la casa.*)
Luisa. ¿Qué hay?
Mart. Guillen pide permiso...
Luisa. ¡Ah! sí, el criado del conde...
Voy...
(*Martin vuelve á entrar en la casa. Déjanse ver hácia la izquierda del foro y en direccion al proscenio el general y Micaela.*)
Por entre aquellos tilos
En animado coloquio
A Micaela distingo
Y al general; vendrá el conde,
Y arriba... El cielo benigno
Nos alumbre á mí y á todos
En tan ciego laberinto.

ESCENA IV.

MICAELA, EL GENERAL.

Gen. Sí, señora; ella es honrada
Y el baron un zascandil;
Mas se verá bloqueada
De otros ciento y otros mil.
En continuo sobresalto
Viviré con tal jauría,
Que á un asalto y otro asalto
Gibraltar se rendiría.
Mic. ¡Eh! Destierre usted del alma
Tan siniestro vaticinio,
Que si pierde así la calma
Es seguro su exterminio.
Cierto es que en este Madrid
Hay mil riesgos, mil escollos
Y es muy desigual la lid
Con una legion de pollos;
Pero confianza en Dios...
Lo malo es..., y no me riña
Usted, lo digo inter nos...
Gen. ¿Qué?
Mic. Que ella sea tan niña.
Gen. ¡Niña! La que no lo fué
Para el propio bienestar
¿Lo será para la fe
Que me juró en el altar?
¡Niña! Cuando esa hermosura
Mi mano aceptó y mi lecho
¿La puse yo por ventura
Algun puñal en el pecho?
¡Y esto saca á colacion
La que con tal regocijo
Dió su albedrío á un garzon
Que pudiera ser su hijo!
Mic. Me lleva usted doce ó trece
Octubres, y no se asombre...
Gen. ¡Eh! La mujer envejece
Veinte años antes que el hombre.
Mic. Sí; la que solo es bonita
Pronto en el olvido yace;
Mas la mujer erudita...
Gen. Es vieja desde que nace.
Mic. ¡Blasfemia! A la poesía
La senectud nunca embiste.
Aun pintan moza á Talía
Y ha treinta siglos que existe.
Gen. ¡Delirios! ¿Qué privilegio
Da Apolo ni su academia...?
Mic. Mi...
Gen. Usted será del colegio.
Mic. Yo...
Gen. Es general la epidemia.
Mic. ¡Ba! Yo mi vida no abrevio
Con tan funesto presagio.
Mi amante y leal Eusebio
Se librará del contagio.
Gen. ¿Cómo no está por aquí?
Mic. A cobrar fué una libranza...
Pero no vive sin mí...
Gen. ¡Hum!
Mic. Vendrá aquí sin tardanza.
Gen. Aflójele usted la rienda,
Y algun dia llorará...
Mic. Sujete usted á su prenda,
Y el diablo la soltará.
Gen. ¡Ay! el diablo nos azora
En la puente y en el vado,
Porque el mal está, señora...
Mic. ¿En qué?
Gen. En habernos casado.
Mic. Yo...
Gen. Perdida ¡oh cielos! anda
Por aldeas y ciudades
La institucion veneranda
De que ambos somos cofrades.
Ni vale á un triste consorte
Que en nobleza y en caudal
Exceda y en gala y porte
Al preferido rival.
Y si en el florido mayo
A tantos llega su vez,
¿Cómo librarse del rayo
La desolada vejez?
Mic. (¡Me hace temblar!)
Gen. No es mentira:

Parece obra del demonio
Segun el mundo conspira
Contra el santo matrimonio.
Nunca falta un ciudadano
Que audaz nos ronde la puerta,
¡Y nunca hay un buen cristiano
Que del riesgo nos advierta!
¿Qué mucho? La propia fama
Pende de ajeno desliz,
Y ridículo se llama
Al que solo es infeliz. —
El espíritu celebran
De asociacion muchas gentes...;
¡No los cuitados que quiebran
Por crédulos é inocentes!
Mi razon no lo recusa,
Aunque por acá no pruebe,
Pero de todo se abusa
En el siglo diezinueve.
Por todas partes pululan
Las empresas de seguros,
Y unas á otras se estimulan...
Para sacarnos de apuros.
Seguros contra granizos,
Y en pro de vidas y haciendas,
Y de méritos postizos
Que husmean ricas prebendas:
Seguros hay de valor
Entre cuatro fanfarrones,
Y aun de probidad y honor
Entre esbirros y ladrones:
Seguros para el talento,
Que en la córte de Castilla
Dan diploma de jumento
Al que no es de su pandilla;
Y en fin, — ¡tiempos corrompidos! —
La sociedad que se ve
Mas en auge ¡ay! es la de...
¡Seguros contra maridos!

Mic. Sí; por desgracia es muy cierto;
Cunde demasiado el mal,
Y aunque yo estoy á cubierto
De tan recio temporal,
Si no obra Dios un portento
En favor del catecismo,
Al séptimo sacramento
Amenaza un cataclismo.
La corrupcion inmoral
Triunfa; la virtud emigra...
¡Al arma, mi general!
¡El matrimonio peligra! —
Mas me ocurre un pensamiento
Luminoso, singular... —
¡Ah! ¡Luisa! En mejor momento
(*Viendo aparecer á Luisa por la puerta de la derecha.*)
No pudiera usted llegar.

ESCENA V.

MICAELA, EL GENERAL, LUISA.

Luisa. ¿De qué se trata?
(*Acercándose.*)

Mic. Se trata
De nuestra causa comun.
¡La inspiracion me arrebata!
¿Cuento con usted?

Luisa. Segun.

Mic. Vista la guerra insolente
Y el osado merodeo
De que es víctima inocente
La coyunda de Himeneo:
Visto que gente baldía
Contra nosotros se asocia
Y como vil mercancía
Con nuestra mengua negocia;
Y, romano ó visogodo,
No hay fuero que la escarmiente,
Porque siempre encuentra modo
De cubrir el expediente;
Pues, rota al pudor la valla,
El que es sabedor del fraude
O alza los hombros y calla,
O tal vez rie y aplaude:
Visto, en fin, que no hay poder
Que sin apoyo se ejerza;
Pues se sabe, y no de ayer,
Que en la union está la fuerza;
Ya que contra la hermandad
Los libertinos impuros
Han formado sociedad
De recíprocos seguros,
Asociémonos tambien,
Y no haya tregua ni cange.
¡Veremos quién vence á quién
Falange contra falange!

Gen. ¿Esa es la feliz idea?

Mic. Sí; unamos nuestros destinos
Y á tan augusta asamblea...

Gen. No diga usted desatinos.

Mic. ¡Desatino una pragmática
Que salve á la gran familia
Con la doctrina homeopática
De *simílibus similia!*
¡Desatino un teorema
En que aplico al himeneo
Y al celibato el sistema
Del equilibrio europeo!

Gen. No hay pragmática que importe
Ni teoría nueva ó vieja
Si ve ó recela un consorte
Que le vende su pareja.
Fuente de males eternos
Fuera ese vano equilibrio,
Que acabaría de hacernos

Mofa del mundo y ludibrio.
¡Seguros! ¿Quién tal pensó?
Para el que caiga en la red
Dos caminos veo yo,
Y ninguno es el de usted.
O cortar con fuerte mano
El nudo del matrimonio,
Como hizo con el gordiano
Aquel bravo macedonio;
O cerrar á la evidencia
Los ojos y los oidos
Y llevarlo con paciencia,
Como hacen tantos maridos.

Luisa. ¡Oh! no diga usted locuras.
Carlota le guarda fe.
¿A qué soñar desventuras
Cuando...?

Gen. Quizá soñaré;
Mas Madrid me tiene en vilo,
Señora.

Luisa. ¡Es posible!

Gen. Sí,
Y yo no estaré tranquilo
Hasta que salga de aquí.

Luisa. No es tan perversa la córte
Como...

Gen. ¡Sí! — Voy ahora mismo
A pedir un pasaporte.
Me condeno al ostracismo.
Aquí no vive un casado;
Aquí... Me daré de baja...

Luisa. ¿Cómo...?

Gen. Renuncio al senado;
Y si es preciso, á la faja.

Mic. ¿Y deja usted á la bella
Carlota...?

Gen. ¿Dejarla? ¡No!
Pues ¡eso quisiera ella!
Irá adonde fuere yo.

Luisa. ¿Y adónde irá usted...?

Gen. No sé...
Muy lejos: á Filipinas...
No; allí hay poblacion. Me iré...
A las islas Chafarinas.

ESCENA VI.

LUISA, MICAELA.

Luisa. ¡General!

Mic. ¡Pobre intelecto!
Ese hombre es una marmota.
Pues ¿no es mejor mi proyecto...?
¿Eh?

Luisa. Cierto. (¡Infeliz Carlota!)
(*Sin prestar atencion.*)

Mic. Voy, voy á extender las bases
Arriba sin dilacion.
Con permiso... — Cuatro frases
(*Para sí y entrando en la casa.*)
Por vía de introduccion...

ESCENA VII.

LUISA.

Aquel se va furibundo;
Esa á escribir disparates;
El otro... Vamos; el mundo
Es una casa de orates.

ESCENA VIII.

LUISA, DON LUCIANO.

Luc. ¡Luisa!
(*Apareciendo por la puerta de la derecha.*)

Luisa. ¡Oh don Luciano!

Luc. Estoy
En grande. Recibirá
Muy en breve su excelencia
Su pasaporte formal,
Si ya no lo ha recibido.

Luisa. ¿De veras? Muy eficaz
Ha sido usted. ¿Y se trata
De despedida verbal...?

Luc. No; por escrito. Yo propio
Dicté la carta.

Luisa. ¡Eso mas!

Luc. Sí; soy ya en aquella casa
Un autócrata, un sultan.
¡Se ha lucido el señor conde!
Con toda su vanidad
¡Verse...! No tiene vergüenza
Si no se tira al canal. —
Como á usted debo mi triunfo,
Las gracias le vengo á dar...

Luisa. No á mí; al oro...

Luc. No me hubiera
Ocurrido á mí jamás
La idea... ¡Ah! tambien, Luisita,
Aunque lo siento en verdad,
Vengo á suplicar á usted
Que no me espere á almorzar.
Me convida la limeña...

Luisa. ¿Sí? (Caro te costará.)
¡Gran fineza!

Luc. Es muy rumbosa.
Yo la voy á regalar,
A fuer de hombre agradecido,
El precioso *charaban*
Que recibí de París
Hace ocho dias, y un par

De yeguas anglo-sajonas
Que valen un dineral.
Luisa. ¡Bravo! Pero mire usted
Que en breve se arruinará
Si prosigue...
Luc. No hay cuidado.
Gastaré la cantidad
Para ese fin presupuesta,
Y fuera de ella ni un real.
Luisa. Siendo así... Con que ¿hasta en eso
Calcula usted...?
Luc. Claro está.
O soy hombre de negocios,
O no lo soy. — Además,
Necio fuera en arruinarme
Por un capricho fugaz.
Ha podido la criolla
Mis sentidos fascinar,
Pero el corazon... ¡Ay! Ese...
Luisa. Almorzará usted allá
(*Interrumpiéndole.*)
Mejor que aquí, y estaremos
Todos con mas libertad.
Luc. ¡Con mas libertad!
Luisa. Si; el conde
Va á ser hoy mi comensal.
Luc. ¡Oiga!
Luisa. Y para ambos sería
Desagradable manjar
La presencia...
Luc. Yo no temo
Ver cara á cara á un rival.
Luisa. Pero á mí no me está bien
Que haya en mi casa lugar
A escenas... Por otra parte,
Tambien Emilia vendrá...
Luc. ¡Ah!
Luisa. Ya ve usted... Y otros dos
Matrimonios...
Luc. ¿Cuáles? ¡Ah!
Micaela y don Eusebio,
Carlota y el general.
Luisa. Y yo tambien soy casada.
Luc. ¡Ah!... Cierto. ¡Es particular!
¡Un congreso de casados!
Luisa. Sí, una fiesta conyugal,
En la cual sería usted
Profano.
Luc. ¿Sí?
Luisa. Tengo un plan...
Luc. ¡Un plan...!
Luisa. Ni á usted le conviene
Roce tan perjudicial...
Luc. Sí, sí; evitemos el riesgo
De que me tiente Satan
A entrar en la cofradía
Y á ser... Abur.
(*Se va por la casa.*)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Lo serás!
Justamente entre los necios
Que yo conozco no le hay
De un corte mas á propósito
Para esa calamidad.

ESCENA X.

LUISA, EL BARON.

Baron. ¡Amable Luisa!
(*Llegando por el foro.*)
Luisa. ¿Quién llega?
(¡El baron! Otro que tal.
¿Cómo se atreve...?)
Baron. Señora,
Usted disimulará
Que á una hora intempestiva
Venga... Pero es natural
Mi impaciencia...
Luisa. ¡Temerario!
(Si no lo hago despejar
Pronto, va á comprometerme...)
Baron. ¿Qué escucho? ¿Es temeridad
La tierna solicitud
Con que me vengo á informar
De la salud...?
Luisa. ¿De quién? ¡Perfido!
Baron. De usted...
Luisa. ¡No! De otra...
Baron. Yo... ¿Cuál?
Luisa. Una víctima infeliz.
¿Se viene usted á gozar
En su llanto?
Baron. ¡Oh Dios! ¡Carlota...!
Llora por mí esa beldad
Sujeta al bárbaro yugo
De un marido montaraz,
De un... — ¿Está aquí el veterano?
(*Bajando la voz.*)
Luisa. No; pero pronto vendrá.
Baron. No importa. Soy caballero:
No la debo abandonar.
Luisa. ¡Y que haya aquí un lance trágico...!
Baron. No. Desarmaré sagaz
La cólera del marido. —
Con ellos hay que guardar
(*Sonriéndose.*)
Miramientos... ¿Eh? Por eso
No se deshonra un galan.
Luisa. (¡Botarate!) Pues con él
No es fácil capitular.

Baron. ¡Ba, ba!
Luisa. Ha jurado cortarle
A usted las orejas.
Baron. ¡Ba!
(¡Zape!)
Luisa. Y aun si él fuera solo...
¡Huya usted de aquí, hombre audaz,
Hombre peligroso!
Baron. ¡Calle!...
¡Peligroso ..!
Luisa. ¿Dónde está
La filantropía?
Baron. Pero,
Si no es solo el general,
¿Quién es... el otro...?
Luisa. El marido
De Emilia.
Baron. ¡El conde!
Luisa. Pues. ¡Ay!
Todo lo sabe.
Baron. ¿Si? Y ella...
Luisa. ¡Otra víctima fatal!
Y hoy viene á almorzar aquí...
Baron. ¿Él, ó ella?
Luisa. Ambos á la par.
Líbreme usted de un conflicto...,
Dos conflictos...; ¡tres quizá!
Baron. ¿Tres? Pues ¿cuál es el tercero?
(¡No es nada de ayer acá
Lo que he crecido!) ¿Cuál es...?
Luisa. No sé; pero si mi paz
Le interesa á usted...
Baron. (¡Ay ella
Tambien! Un terno cabal.)
Luisa. Váyase usted pronto, pronto.
Baron. ¡Oh Luisa!...
Luisa. Siento parar
Un coche...
Baron. ¡Adios! — ¿Por la verja?
Luisa. ¡No! — Por allí.
(*Mostrándole la puerta interior.*)
Baron. ¡Adios!...
Luisa. ¡No mas!
Baron. (¡Soy peligroso!... De gloria
No quepo en la capital.)

ESCENA XI.

LUISA.

¡Gracias á Dios! Un estorbo
Menos. — El conde será...
(*Aparecen por el foro el conde y don Federico.*)
Cierto: con su fiel Acates.
¡No me dejan respirar!

ESCENA XII.

LUISA, EL CONDE, DON FEDERICO.

Luisa. Muy bien venidos, señores.
Conde. Luisa...
Fed. Señora...
Luisa. (¡Ahora es ella!)
Conde. ¡En el jardin y tan bella!
Tendrán envidia las flores.
Luisa. ¡Siempre galante!
Conde. ¿Qué tal
Desde anoche?
Luisa. Bien.
Conde. ¿No ha habido
Consecuencias...? No me olvido
Del bueno del general.
Luisa. Por ahora hay paz.
Conde. ¿Y dónde...?

ESCENA XIII.

LUISA, EL CONDE, DON FEDERICO, MARTIN.

Mart. Señora...
Luisa. ¿Qué hay?
Mart. Un criado
Este billete me ha dado...
(*Luisa lo toma y ve el sobre.*)
Luisa. Es para usted, señor conde.
(*Le da el billete.*)
Mart. Estuvo en casa de ucencia...
(*Al conde.*)
Conde. Ya hace rato que salí.
Mart. Y le dijeron que aquí...
Conde. Cierto. (Es de ella.) Con licencia...

ESCENA XIV.

LUISA, EL CONDE, DON FEDERICO.

Luisa. Sí.
Conde. ¿Se va usted? No es razon...
Luisa. Tengo que hacer... Vuelvo al punto.
(Por si es lo que yo barrunto
Estaré en observacion.)

ESCENA XV.

EL CONDE, DON FEDERICO.

Conde. Es de Lucinda, que ya
(*Abriendo la carta.*)

Su letra me es conocida.
Se mostrará agradecida
Al obsequio... (*Lee para sí.*)
Fed. Claro está.
Conde. ¿Qué es esto?
(*Representando y leyendo alternativamente.*)
Fed. ¿No es de ella?
Conde. Sí. —
Me despide con rigor. —
Cierra su puerta á mi amor...
Fed. ¡Cómo!...
Conde. Estoy fuera de mí.
¿No soy el mismo de ayer?
Fed. (¡Luciano!...)
Conde. ¡A tanto se atreve...!
Me vengaré.
Fed. Eso es aleve.
Conde. Mas ¿cómo...? ¡Oh rabia! ¡Es mujer!
Fed. Cierto. (No sería malo
Que un nuevo escándalo diese.)
Conde. ¡Si yo al rival conociese
(*Estrujando la carta.*)
A quien debo este regalo!...
Fed. Quizá... (Perdone el bolsista.)
Conde. ¿Eh?
Fed. De uno sospecho yo...
Conde. ¿Quién?
Fed. No ha mucho se jactó
De haber hecho esa conquista.
Conde. ¿Quién? (*Furioso.*)
¡Silencio!
(*En voz baja viendo que vuelve Luisa.*)
(*Guarda la carta.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, DON FEDERICO, LUISA.

Luisa. Señor conde,
Hablarle á usted me es preciso
A solas, si da permiso
El señor de Vaamonde.
Conde. ¿Qué ocurre?
Fed. Con mucho gusto.
Conde. Soy con usted al instante.
Fed. Soliloquiaré ambulante
Entre la flor y el arbusto.

ESCENA XVII.

LUISA, EL CONDE.

Luisa. La franqueza es mi divisa,
Conde. Oiga usted sin enojo
Lo que á decirle me arrojo...
¡Con harto disgusto!
Conde. ¡Luisa!
Luisa. Lo sé todo. Es vano intento
Negarme usted...
Conde. ¿Qué razon...?
Luisa. Yo veo su corazon;
Yo leo su pensamiento.
Desdeñoso hasta el insulto
Con Emilia...
Conde. ¡Yo...!
Luisa. Sí tal.
A una hermosura venal
Daba usted indigno culto.
Conde. ¡Yo...! ¿Quién...? (Estoy en un potro.)
Luisa. Y ella por vil interés,
Obrando como quien es,
Le ha dejado á usted por otro.
Conde. (¡Pérfida!)
Luisa. Y á usted le espanta
Lo que ya esperar debía,
Y desafiar quería
Al necio que le suplanta.
Conde. ¡Señora!...
Luisa. ¡Torpe querella!
Semejante mujercilla
¿Merece que haya en la villa
Un lance serio por ella?
¿Hay ley que á los hombres mande,
De una buscona al antojo,
Por vengarse de un sonrojo
Caer en otro mas grande?
Y sobre ese vituperio...
Yo siento no ser mas suave,
Conde, mas la herida es grave
Y necesita cauterio. —
Y sobre hacer tal niñada
La hacía usted de tal modo,
Que iba á arrastrar por el lodo
Su fama nunca manchada.
Conde. ¡Es posible!...
Luisa. Sí, señor.
¿No es triste fatalidad
Que sea la vanidad
Mas zelosa que el honor?
Conde. ¡Cómo!...
Luisa. ¿A quién para testigo
De ese temerario duelo
Elegía usted! ¡Oh cielo!...
¡A su mayor enemigo!
Conde. ¿Don Federico! ¡Oh sorpresa!
Luisa. Sí; le engaña á usted, le vende.
Conde. ¡Él!
Luisa. Ya ha dias que pretende
Seducir á la condesa.
Conde. ¡Traidor! en su sangre aleve...
Luisa. ¡Sí; y ruede el honor de Emilia

Y el de una ilustre familia
Por las lenguas de la plebe!
Conde. ¡Y ella...!
Luisa. Es inocente; sí;
Pierde el tiempo quien la hostiga.
Yo respondo de mi amiga
Como pudiera de mí. —
Y aquí para entre los dos,
Con un marido tan loco,
En ser buena no hace poco
Para el mundo y para Dios.
Conde. ¡Es verdad! No hice justicia
A su mérito; falté...
Luisa. ¡Y ahora se la hace usté
Porque otro se la codicia!
¡Hé aquí lo que es el hombre!
Conde. ¡Oh Luisa!... Mas ¿sin castigo
Quedará el infiel amigo...?
¡No, por vida de mi nombre!
Luisa. Lo tendrá, y muy ejemplar,
Con ver, como no lo dudo,
Mas estrecho y firme el nudo
Que esperaba desatar.
Conde. ¡Oh! sí, sí; con fe sincera
Cifro ya en él mi ventura;
Mas lo que ahora me apura,
Me aflige y me desespera...
Luisa. Lo sé.
Conde. ¡Cómo!
Luisa. Eso se palpa.
Es el tormento cruel
De hacer tan triste papel
Con la nieta de Atahualpa.
¡Eso es terrible! No obstante...
Conde. He dado un paso...
Luisa. Lo sé.
Mientras le escribia á usté
Declarándole cesante,
Sin sospechar la tramoya,
Usted en su gabinete
Unía á un tierno billete
Los primores de una joya.
Conde. Cierto. — Pero era un arcano,
Y usted... Esto me sorprende
Y me asombra. ¿Es usted duende,
O algun ángel sobrehumano...?
Luisa. ¡Angel, duende!... Nada de eso.
No, no es tanto mi poder.
Soy una pobre mujer
Que tiene cabal el seso. —
Y á usted le toca mejor
Que á mí, que de nada valgo,
Tener juicio; que por algo
Le han nombrado senador. —
Ea pues, valor y calma,
Que el asunto lo merece; —
Ni vendrá mal que usted rece
Con todo el fervor de su alma...
Conde. ¡Luisa!
Luisa. A la Vírgen María;
Y saldrá usted del apuro
A puerto franco y seguro
Con su ayuda y con la mía.
Por de pronto,... hé aquí el billete
Pecador.
(*Saca uno cerrado y se lo entrega.*)
Nadie lo ha abierto.
Conde. ¡Gracias! — Mas ¿cómo...? No acierto...
Luisa. Oiga usted y no se inquiete.
He seducido á Guillen.
Conde. ¡A mi criado!
Luisa. Sí tal.
Como otros para hacer mal,
Yo intrigo para hacer bien. —
Concédale usted perdon
Porque ha obrado sin malicia.
No he tentado su avaricia,
Sino su buen corazon.
Conde. ¡Oh! mi lengua no le acusa.
Premio merece...
Luisa. Es verdad.
Conde. ¡Dichosa infidelidad
Que tal bochorno me excusa! —
Pero... falta el alfiler...
Luisa. ¡Ay! ¿lo habré perdido?
(*Tentándose.*)
¡Pepa!...
(*Fingiendo llamar.*)
No sé...
(*Aparece la condesa, sin verla el conde, por estar de espaldas.*)
Puede que lo sepa...
Conde. ¿Quién?
Luisa. Emilia.
(*Sonriéndose y llamándole la atencion hácia la puerta.*)
Conde. ¡Mi mujer!
(*Perfilándose.*)
(*La condesa se acerca, vestida ya con mas esmero. Lleva prendido el alfiler en cuestion.*)

ESCENA XVIII.

LUISA, EL CONDE, LA CONDESA.

Cond. ¡Fernando!
Conde. ¡Emilia! (Prendido
Lo lleva. ¿Qué diré ahora?)
Cond. Las gracias te vengo á dar,
A fuer de rendida esposa,
Por tu fineza.
Conde. No vale
Nada... (La vergüenza agolpa

Mi sangre al rostro.)

Cond. Has tenido
Buen gusto; mas ni al aljófar,
Ni al oro, ni á los brillantes
Doy valor en tan preciosa
Alhaja, sino á la cifra
Con que de tu amor blasonas.

Conde. Si eso te dicta el cariño,
Replicar al mio toca
Que ahora es cuando á mis ojos
Tiene mérito la joya,
Pues con prendértela al pecho
A ella y á mí nos honras.

Cond. ¡Conde!

Luisa. (Están en buen camino,
Y don Federico asoma...)

(*Aparece en efecto por la izquierda del foro y paseando hácia la derecha del mismo. Luisa hace un movimiento para salirle al encuentro.*)

Cond. ¿Te vas?

Luisa. Ya no te hago falta.
(*En voz baja.*)
Vuelvo. (Acabemos la obra.)

ESCENA XIX.

LA CONDESA, EL CONDE, LUISA, DON FEDERICO.

(*Los dos primeros, en el proscenio; los otros dos en el foro hablando en voz baja y mostrando en los ademanes que observan y comentan lo que hace y dice la otra pareja. A medida que progresa la escena se van acercando, pero sin llegar á salir de entre los árboles.*)

Cond. Grande cuanto inesperado
Es mi [illegible]o, sin lisonja,
Pues tan g[illegible]nte se muestra
El dueño que [illegible]l alma adora.

Conde. ¡Ines[illegible]ado! ¿Por qué?

Cond. Ayer mis[illegible] desdeñosa
Tu frente...

Conde. Emilia, bo[illegible]mos
Para siempre la memoria
De quejas y disensiones
Cuya culpa es mia toda;
¡Lo confieso!

Cond. ¡Ah! no: tambien
He pecado yo por sobra
De orgullo... Tú me has amado
Siempre: ¿verdad?

Conde. (Ella ignora
Sin duda...) Sí, esposa mia.

Luisa. ¿Se convence usted?
(*A don Federico.*)

Fed. ¡Eh! fórmulas...
Se engañan el uno al otro.

Conde. ¿Qué mas placer, qué mas gloria
Para mí que poseer
Tu suave mano...?
(*Se la toma y la besa.*)

Luisa. ¿Y ahora?
(*A don Federico.*)

Fed. ¡Pche!... (¡Me ahorcara!)

Luisa. Es de advertir
Que creen estar á solas.

Cond. ¡Ah! tú me vuelves la vida.

Conde. Su paz el alma recobra.

Cond. ¿Será tu labio sincero?

Conde. ¿Lo será tu linda boca?

Luisa. ¡Bien! Oiga usted. Esto marcha.
(*A don Federico.*)

Cond. Renacer veo la aurora
De mi dicha, que creí
Condenada á eterna sombra.

Conde. Hoy, —lo juro por tus ojos
Hechiceros, prenda hermosa...

Luisa. ¡Váyase usted!
(*A don Federico.*)

Conde. Hoy te quiero
Mas que el dia de la boda.

Cond. ¡Oh Fernando!...

Fed. Otra le queda.
(*A Luisa.*)

Cond. ¡Ven á mis brazos!
(*Se abrazan.*)

Luisa. ¿Eh?

Fed. (¡Sopla)

Conde. Mi paraiso está en ellos.

Luisa. ¿Qué tal? Y eso ¿es ceremonia?

Conde. Mas ¡ah! no debo aceptar
La absolucion que me otorgas
Sin que antes en penitencia
Mis graves pecados oigas.

Cond. ¿Qué haces!

Conde. Postrarme á tus piés.
(*Lo hace.*)

Cond. ¡No!
(*Queriendo hacerle levantar.*)

Fed. (¡Cielos!... ¿Y la criolla?)
Basta. (*Yéndose.*)

Luisa. Otro ratito.
(*Deteniéndole por el brazo.*)

Conde. ¡Emilia!

Cond. ¡Alza! (*Le hace levantar.*)

Luisa. La escena es sabrosa.

Conde. Serás un ángel del cielo,
Emilia, si me perdonas.
[illegible]te he sido infiel... ¿Qué digo?
[illegible]ido un necio, un idiota...
(¡Se espontanea!)

Conde. Pues dueño
De tal tesoro en la propia,
He buscado en casa ajena...
Cond. No prosigas : sé la historia;
Pero el arrepentimiento
Mayores crímenes borra
Si es sincero como el tuyo.
Yo, que al fin no soy de roca,
¿Quién sabe si exacerbada
Un dia por la ponzoña
De los zelos...? ¡Basta! Sea
Para los dos provechosa
Esta leccion.
Luisa. Para todos.
(*A don Federico.*)
Fed. Sí; confieso mi derrota.
(*Sale de la casa Carlota; se dirige triste y silenciosa hácia la derecha del foro, y desaparece sin ser vista por los otros interlocutores.*)
Conde. Sí; y no volvamos atrás
La vista; y afuera locas
Vanidades; y mujeres
Cotizables en la bolsa...
Fed. ¡Calle!... (*Con risa forzada.*)
Conde. Y pérfidos amigos...
Luisa. Verbigracia.
Fed. Abur, señora.
(*Amoscado.*)
(*Desaparece por el foro y Luisa se incorpora á la condesa y al conde.*)

ESCENA XX.

La CONDESA, el CONDE, LUISA.

Luisa. ¿Entro yo en la proscripcion?
Conde. No, mujer sublime, heróica...
Cond. ¡Mi ángel custodio!
Conde. ¡Mi númen
Tutelar!
Luisa. ¡Yo! Me sonrojan
Ustedes.
Cond. ¡Luisa! tu frente
Es digna de una corona.
Luisa. ¡Tal anda el mundo, que ya
Virtud sublime se nombra
A la práctica sencilla
De la máxima piadosa
Que nos dice : ama á tu prójimo
Como á tu propia persona!
No. Sin ceñir á mis sienes
Esa divina aureola,
Harto premio á mis afanes
Es el gozo en que rebosa
Este corazon al ver
Que al redil perdido tornan
Dos ovejas descarriadas,
Y el himno de la victoria
Canta orgulloso una vez,
Si tantas suspira y llora,
La perseguida hermandad
De que soy humilde socia.
Cond. ¡Luisa!...
Luisa. ¡Basta! — ¡Un paseito...!
(Ahora á tí, pobre Carlota.)
(*El conde y la condesa, de bracero y muy complacidos, desaparecen por el arbolado de la izquierda, y Luisa entra en la casa : al mismo tiempo vuelve á aparecer por el foro Carlota, y se sienta triste y pensativa junto á la mesa rústica.*)

ESCENA XXI.

CARLOTA.

¿Hay mas infeliz mujer? —
¡Eusebio, Eusebio!... ¡Ay de mí!
¿Por qué te he vuelto yo á ver
Si por siempre te perdí!
(*Vuelve á su silencio contemplativo. Aparece en el foro don Eusebio.*)

ESCENA XXII.

Don EUSEBIO, CARLOTA.

Eus. (Vuelvo á mi cautividad...)
¿Qué veo!... — ¡Carlota!
(*Acercándose apresurado.*)
Carl. ¡Oh Dios!
(*Levantándose sobresaltada.*)
Huiré...
Eus. ¡Tente, por piedad!
Carl. ¡No!
Eus. Estamos solo[illegible]os dos.
Carl. ¡Ah!
Eus. ¡Un ins[illegible]ute! No pretendo
Turbar, mi bien, tu [illegible]ietud,
Ni lazo alevoso ti[illegible]o
A tu honor, á [illegible] virtud.
Solo á pedir [illegible] perdon
Vengo de[illegible] [illegible]or funesto
Que es [illegible]sa de tu afliccion.
(*E[illegible]neral, que venía por el foro, se detiene oyendo la conversacion.*)
Carl. Vete. Es inútil.

ESCENA XXIII.

CARLOTA, DON EUSEBIO, EL GENERAL.

Gen. (¿Qué es esto?)
(*Queda oculto entre los árboles y observa con ansiedad.*)
Eus. Si anoche en tu ramillete
Pusieron mis manos...
Gen. (¡Ah!)
Eus. El amado brazalete
Que en mejores tiempos...
Gen. (¡Ya!)
Eus. A tu cariño debí,
No lo atribuyas á un necio
Despique, no. Para mí
No hay joya de tanto precio.
Era mi intento con él
Excusarte una sorpresa,
¡Y quiso el hado cruel...!
Carl. No prosigas, vete; cesa.
Pues sabes que en el altar
Otro mis votos oyó,
Ni ya me debes hablar,
Ni debo escucharte yo.
Eus. ¡Ay! Cuando á inmensa ventura
Nos llamaba mutua fe
Nos separó mi locura:
¡Te casaste; me casé!...
Santo deber nos separa;
Mas si otra no nos bendijo,
¡Oh! no deseches el ara
Que en mi corazon te erijo.
Luisa. (Al jardin...)
(*A la puerta de la casa.*)
(¡Ah!)
(*Retrocede.*)
Eus. Si fué grave
Mi error, y no hay quien le excuse,
¡Harto es mayor, Dios lo sabe,
El castigo que me impuse!
¡Funesta boda! Y quizás...
Es la tuya mas funesta.
Gen. (¡Ah!)
Eus. Tu marido...
Carl. ¡No mas!
Gen. (Oigamos lo que contesta.)
Carl. Respetar es mi deber,
Sea! cual fuere mi suerte,
Al que mi dueño ha de ser
Hasta su muerte ó mi muerte.
A mi fe un dia empeñada
En quien tan mal la guardó,
Ni por nadie ni por nada
Hubiera faltado yo;
Y la que nunca traidora
A un amante hubiera sido
Mas obligada está ahora
A ser fiel á su marido;
Que antes disculpa y remedio
Hallara mi inconsecuencia,
Y ahora están de por medio
Dios, mi honor y mi conciencia.
Gen. (¡Oh!)
Eus. Nada mi amor exige
Contra esa virtud severa,
Pero tu duelo me aflige
Aun mas que el mio, y quisiera...
Carl. Eso me sucede á mí;
Duelo hay en el alma mia,
Duelo que no merecí
Y apresura mi agonía;
Mas no porque me arrepienta
De un lazo que es mi blason;
No porque mi labio mienta,
Que en él está el corazon;
Ni aun por los injustos zelos
De que me veo hostigada,
Aunque bien saben los cielos
Que no se fundan en nada.
Gen. (¡Justo Dios!)
Carl. Vierto este llanto
Que enjugar no espero, no,
Porque él, con serlo yo tanto,
Es mas infeliz que yo.
Gen. (¡Qué oigo!)
Carl. El amor que le inspiro
Causa su acerbo pesar,
Y á verle dichoso aspiro,
¡Y no lo puedo lograr!
Eus. ¿Le amas tú con la ternura
De que un dia objeto fuí...?
¡Lloras!
Gen. (¡Calla! ¡Oh desventura!)
Carl. ¡Basta! Aléjate de mí.
Eus. Tanto despego me oprime.
(*Abrese una de las ventanas altas, y por ella asoma Micaela.*)
Mic. (Este Eusebio tarda ya...)
Eus. ¡Oh! dime siquiera, dime
(*Postrándose á los piés de Carlota.*)
Que no me aborreces.
(*Micaela lanza un grito de sorpresa viendo lo que pasa en el jardin, y se retira de la ventana al momento.*)
Mic. ¡Ah!
(*El general sale de entre los árboles, da algunos pasos y se pára cruzado de brazos. Luisa sale de la casa y se acerca con inquietud á los otros interlocutores, que al pronto nada advierten.*)

ESCENA XXIV.

CARLOTA, DON EUSEBIO, EL GENERAL, LUISA.

Carl. ¡Alce usted!
(*Con imperio.*)
Eus. ¿Ni eso merezco
En el dolor que me abisma?
¡Carlota!
Carl. Yo no aborrezco
A nadie ¡sino á mí misma!
Gen. ¿Por qué?
Carl. ¡Oh cielos!
Eus. ¡Él!
(*Levantándose.*)
Gen. Espera.
(*A Carlota, que iba á retirarse.*)
Eus. No es culpable...
Luisa. (¿Qué va hacer?)
Eus. La defenderé aunque muera.
Gen. ¿De quién? No lo ha menester.
Luisa. ¡General!...
Gen. Tranquilo estoy.
Luisa. Carlota...
Gen. Todo lo oí.
(*Llega corriendo y furiosa Micaela.*)

ESCENA XXV.

EL GENERAL, CARLOTA, DON EUSEBIO, LUISA, MICAELA.

Mic. ¡Monstruo! ¡Mírame! ¡Yo soy!
Luisa. (¡La otra!)
Mic. ¡Asesinarme así!
Eus. ¡Yo soy el asesinado!
Mic. ¡Traidor!... ¡Traidores los dos!...
¿No hay quien prenda á ese malvado?
Eus. ¡Oh!... ¡Adios para siempre, adios!
Luisa. ¡Quieto!
(*Deteniéndole.*)
Mic. Iré detrás...
Luisa. ¡Oh!...
(*Con tono imperioso.*)
¡Quietos
Todos!
Mic. La ira me abrasa.
Luisa. Yo reclamo los respetos
Que se deben á mi casa. —
Cuatro los consortes son
Que aquí enzarzados reuno,
Y todos tienen razon...
Y no la tiene ninguno.
Y aunque imposible parezca,
¡Tal las pasiones se agitan!,
Que la paz se restablezca
De que todos necesitan,
Yo haré quizá este prodigio
Si maridos y mujeres
Para fallar su litigio
Me confian sus poderes. —
Todos callan. Buen agüero. —
Recto será el tribunal. —
Vamos por partes. — Primero
Oigamos al general.
(*Micaela y don Eusebio se sientan á bastante distancia uno de otro, y ambos se muestran tristes y pensativos.*)
Gen. Yo, ni de nadie me quejo
Ni con nadie quiero riña.
Hice muy mal siendo viejo
En dar la mano á una niña.
Ciego, como la deidad
A quien dí tardo tributo,
De aquella temeridad
Ahora recojo el fruto;
¡Y gracias que saco ileso
Mi honor del torpe letargo!,
Porque el fruto, lo confieso,
Aun pudo ser mas amargo.
Pero á Dios, que en la cohorte
Fatal contarme no quiso,
Plugó darme por consorte
Un ángel del paraíso:
Mujer cuyo puro labio
Con nobleza sin ejemplo
Donde temía un agravio
Acaba de alzarme un templo:
Mujer ya sublime ¡oh cielos!
Con solo haber aguantado
Mis impertinentes zelos
Y mi genio endemoniado;
Mujer que víctima ha sido
Del mal astro en que nació...,
Y en fin digna de un marido
Menos agreste que yo.
Carl. ¡Ah! Dios sabe que mi pecho...
Gen. Perdona: pronto concluyo.
No está el deshacer lo hecho
Ni en mi poder ni en el tuyo.
Mas no quiero que oprimida
Por la vejez que me abruma
Esa juventud florida
Se marchite y se consuma.
Hoy me separo de tí...
Luisa. ¡Qué escucho!
Gen. No por desvío
O temor... Es porque así
Lo piden tu bien y el mio.
Sí; pues digno yo no soy
De poseer tal tesoro,
La postrer prueba te doy
De la fe con que te adoro.

Goza en libertad honesta
De tus juveniles años,
Sin esta carga molesta
De achaques y desengaños;
Y vive; lo quiero así;
Holgada sino opulenta:
Solo quede para mí
El décimo de mi renta;
Y aun es mucho, que la gota
A ser sobrio me ha enseñado,
Y á mí me basta, Carlota,
Con la racion de un soldado.

Carl. ¡Jamás!...

Mic. (¡Qué ejemplo!...!)

Carl. No soy
Tan infame...

Luisa. ¡General!...

Eus. (¡Qué hombre! Avergonzado estoy
De haberle querido mal.)

Carl. A mí, que á labrar no acierto
La dicha del que elegí,
Y sin él será un desierto
Este mundo para mí,
A mí es á quien solo toca
En un convento encerrada
Poner término...

Luisa. ¿Estás loca?
Ni á él ni á tí. Pues ¡ahí es nada!...
¡Separarse! ¿Y por qué? ¿Y cuándo
Les ocurre ese proyecto?
Cuando pruebas se están dando
De su recíproco afecto.
¡Separarse dos esposos
Que se estiman, se compensan,
Y que hasta en ser generosos
Acordes obran y piensan!...
¿Quién alteró vuestra paz? —
Cada cual su error confiese. —
Él porque era suspicaz;
Tú por sentir que lo fuese.
Un tercero entre los dos
Se atraviesa...; mas le trajo
La Providencia de Dios,
Que echando por el atajo,
Ilustrar quiso á la dama
Con la prueba del crisol
Que mostró pura su fama
Como los rayos del sol.
Y él en hora tan propicia
Pudo ver sin telescopio
Que ni la hacía justicia
Ni se la hacía á sí propio.
¿A qué pues esa partida
Ridícula, absurda, infanda,
Cuando todo les convida
A vivir como Dios manda?
Tú de sus blancos cabellos,
Cariñosa como sueles,
Te ufanarás, porque á ellos
Ciñe gloriosos laureles:
Usted, que ya no es celoso...

Gen. ¡No!

Luisa. Ya no querrá iracundo
Ni atentar á su reposo
Ni secuestrarla del mundo.

Gen. ¡Si ella me amase...! Ya oí
Que... otro se lo preguntó...

Luisa. Bien...

Gen. ¡Y no dijo que sí!

Carl. ¿Y acaso... dije que no?

Luisa. Ya ve usted;... lengua y semblante
Distan de mostrar desden:
Mas ¿quién se confiesa amante
De quien no le trata bien?

Gen. Yo juro...

Carl. Yo...

Luisa. (¡Qué pelmazos!)
Llanto de sus ojos brota...
(*Al general mirando á Carlota*)
¿Para cuándo son los brazos?
(*A Carlota.*)

Carl. ¡Esposo mio!
(*Echándose en los del general.*)

Gen. ¡Carlota!

Luisa. ¡Así, así! ¡Gracias á Dios!

Carl. ¡Luisa! (*La abraza.*)

Gen. ¡Incomparable amiga!...
(*Tomando afectuosamente su mano.*)

Luisa. ¡No mas! Falta...
(*Mostrando el otro matrimonio.*)

Gen. Ya.
(*Comprendiendo.*)

(*Se retira con Carlota por la izquierda dándola el brazo y manifestando los dos sumo placer. Don Eusebio y Micaela se levantan.*)

ESCENA XXVI.

LUISA, MICAELA, DON EUSEBIO.

Luisa. Y van dos. —
Ahora ustedes. (¡Qué fatiga!)
A entrambos — ¡nadie se enoje!,
Si hemos de hablar en razon,
De medio á medio les coge
La antecedente leccion;
Y pues su mutuo interés
Les aconseja...

Mic. ¡Inhumano!
¡Vil! ¡Yo le he visto á los piés
De otra mujer!

Luisa. Pero en vano.
Un recuerdo...
Mic. Inoportuno.
Luisa. Justo, natural.
Mic. Cruel.
Luisa. ¿No quiso usted á ninguno
Antes de quererle á él?
Mic. ¡Oh funesto error!
Eus. ¿Y el mio?
Luisa. Pero...
Eus. ¡Ay necio!
Mic. ¡Ay desdichada!
Luisa. ¿A qué ese pesar tardío
Que ya no conduce á nada?
Que miren cómo y con quién
Antes de casarse dos,
Y si no les sale bien,
¿Qué hacer? Llevarlo por Dios.—
Pero antes que otra locura
Aun mas grande los disperse,
Con talento y con cordura
Pueden llegar á entenderse;
Que cuando enferma un consorcio
De achaques de desamor,
Mal remedio es el divorcio,
Y el escándalo ¡peor!
Aun los que de amor vehemente
Cedieron á la influencia
Necesitan un frecuente
Toma y daca de indulgencia.
Que no se amen ni se mimen
Si uno al otro no conviene,
Mas siquiera ¡que se estimen
Por la cuenta que les tiene!
Y pues ya dobló sus cuellos
La coyunda, ¡pese al diablo!...
Tengan presente ellas y ellos,
La epístola de san Pablo.
Esto vale contra el duende
Mas que todos los conjuros,
Y solo así se comprende
Aquello de los seguros.
Mic. Su palabra es eficaz...
Eus. Porque en la razon se encierra.
Mic. Y yo deseo la paz.
Eus. Y yo no quiero la guerra.
Luisa. Pero *gratis et amore*
No se logrará el nivel...—
¿Que exige usted? (*A Micaela.*)
Mic. Que me adore
Como yo le adoro á él.
Luisa. Por fuerza á nadie se adora;
(*En voz baja á Micaela.*)
Y la fe no se cohecha;
Y no hay que olvidar, señora,
Lo que va de fecha á fecha.
Mic. (¡Ah!)
Luisa. ¿Usted...?
(*A don Eusebio.*)
Eus. Que dé á Barrabás
La musa, el plectro y el canto,
Y me considere mas,
¡Y no me requiebre tanto!
Luisa. La pobre no es maravilla
(*Aparte á don Eusebio.*)
Que de su triunfo haga alarde.
La mujer que al hombre humilla
(*Aparte á Micaela.*)
Lo paga temprano ó tarde.
Un poco de tolerancia.
(*Aparte á don Eusebio.*)
La poesía es gran cosa...
(*Aparte á Micaela.*)
La vejez es otra infancia.
(*Aparte á don Eusebio.*)
Pero el matrimonio es prosa.
(*Aparte á Micaela.*)
Haga usted en su provecho
(*Aparte á don Eusebio.*)
De necesidad virtud.
Lo que por amor no ha hecho
(*Aparte á Micaela.*)
Hágalo por gratitud.
Mic. Siempre pensó mi ternura
Nombrarle único heredero,
Y hoy mismo haré la escritura...
Eus. No la admito, no la quiero.
Luisa. ¿Porqué? Lo hace de buen grado...
Eus. En vez de esa condicion,
Para vivir á su lado
Pongo otra, *sine qua non.*
Mic. ¿Cuál? (Tengo el alma en un hilo.)
Luisa. ¿Cuál?
Eus. Nada injusto reclamo.
Harto tiempo fuí pupilo:
De hoy mas quiero ser el amo.
Luisa. ¡Oh! Sí; él debe ser cabeza...
Mic. No hay miedo que yo lo impida.—
Además, así lo reza
La epístola consabida.
Luisa. Su decoro...
Mic. En eso estoy.
Luisa. Tambien lo exige.
Mic. El de entrambos.—
Aun mas: renuncio desde hoy
A idilios y ditirambos.
Luisa. ¡Bravo!
Eus. (¡Ya no soy Mireno!)
Mic. Dicte pues el tribunal
Nuestra sentencia.
Luisa. Os condeno...
A un abrazo muy cordial.
(*Micaela corre á los brazos de don Eusebio.*)

Mic. ¡Ah! Con vida y alma.
Eus. Y yo.
Mic. ¿Me amas?
Eus. Sí.
Mic. ¡Oh gozo imprevisto!
Eus. (¡Cómo ha de ser! Mas pasó
Por nosotros Jesucristo.)
(*Aparecen por entre los árboles los otros dos matrimonios.*)
Luisa. (¡Y van tres! No lo creyera.
Me abruma tanto trofeo.)
El almuerzo nos espera.
Eus. Vamos.
Mic. ¡Gloria al Himeneo!

ESCENA XXVII.

LUISA, CARLOTA, MICAELA, Don EUSEBIO, el GENERAL, la CONDESA, el CONDE.

Gen. ¡Gloria á Luisa!
Conde. ¡Viva!
Todos. ¡Viva!
Luisa. Esos vítores, no á mí,
Queridos; al que está arriba
(*Mirando al cielo.*)
Se deben...
Conde. ¡Y á tí!
Carl. ¡Y á tí!

ESCENA ULTIMA.

LUISA, MICAELA, Don EUSEBIO, CARLOTA, el GENERAL, la CONDESA, el CONDE, MARTIN.

Luisa. ¿Qué hay?
Mart. El amo...
Luisa. ¡Mi marido!..
Mart. Llega ahora mismo.
Luisa. ¡Oh ventura!
Eus. No podia haber venido
En mas feliz coyuntura.
Luisa. Y al triunfo de que me engrío
¿Cupiera mas dulce premio? —
Volemos... ¡Gracias, Dios mio!...,
Que yo tambien soy del gremio.

FIN DE LAS OBRAS DRAMATICAS.

POESÍAS.

SÁTIRAS.

EL FUROR FILARMONICO.

. . . . . . Ridentem dicere verum
Quid vetat?
HORACIO.

No mas, no mas callar; que ya en mi seno
Tanta bílis no cabe, Anfriso mio,
Y tanta indignacion, tanto veneno.

¿Yo sufrir el armónico extravío
Que así enloquece al grave castellano?
¡Yo que de castellano me glorío!

¿Yo sufrir que el gorjeo de un *soprano*
Muy mas al pueblo estólido conmueva
Que el ruso combatiendo al otomano?

¿Y que á enseñar un hombre no se atreva
Luneta para el otro coliseo
Cuando anuncia el cartel *ópera* nueva?

¿Que en el café, en la calle, en el paseo,
En tertulia, do quier se hable tan solo
De la *Donna del lago* ó de *Romeo?*

¿Que la letra de un *aria*, horror de Apolo,
Aprenda de memoria un *lechuguino*
Y que á Leon desprecie y á Gil Polo?

¿Que me pruebe en añejo pergamino
Descender de Gerion, y yo le vea
Adulador de un *buffo* transalpino?

¿Que el sentido comun negado sea
Por la melíflua turba á quien ignora
Lo que es un *calderon* y una *corchea?*

¿Que hasta para vender platos de Alcora
En *escala cromática* se grite,
Y anuncie el *diapason* á una aguadora?

¿Que aplaudiendo un moscon se desgañite
Tal vez lo que rechiflas merecia,
Y entre *bravos* el hígado vomite?

No, no; mil veces no. Sacra Talía,
Ya tu fuego satírico me inflama.
Ya tiño en cruda hiel la pluma mia.

No es tan terrible el bruto de Jarama
Que agarrochado rompe la barrera,
Y embiste, y hiere, y espumante brama.

¡Quien tu mostaza, Juvenal, me diera,
O tu diestro pincel, divino Horacio,
Que admirará la prole postrimera!

¡Mas, ay, que no es Madrid el noble Lacio,
Y aquí no hay un Mecenas ni un Augusto
Que proteja de un vate el cartapacio!

¿Y he de callar, con el pulmon robusto?
No, que es santa la causa que sostengo
Y de ignorantes zoilos no me asusto.

Harto es mi galardon si á España vengo
Del desprecio *español*, y en rima acerba
Su decoro impertérrito mantengo.—

« ¡Triste! ¿Qué vas á hacer? Aunque Minerva
Declamara por tí, no se corrige
La tenaz filarmónica caterva.

» Hay un genio infernal que la dirige,
Gigante enorme, que á domar su furia
Mas robusto poder que el tuyo exige.

» Reprende los enredos de la curia,
Si comezon de sátira te róe,
La avaricia ó la sórdida lujuria;

» Y deja que Madrid plácido lóe
Los *trinos* de una amable *virtuosa*
Al compás del violin y del obóe.

» Triunfe *Pacini*, triunfe *Cimarosa*,
Y eríjase de mármol y granito
Pirámide á *Rossini* majestuosa.

» Deja que, sin alzar tu inútil grito,
Cual sus tablas un dia en el desierto
Se adore de *Moisés* el *spartito*.

» Todo sea dulcísono concierto,
Y óigase el gorgorito almibarado
Hasta en el *requiem* que se entona á un muerto.

» ¿Por qué en poema cáustico y airado
Ese placer legítimo combates
Que tiene al español embelesado?

» El mundo siempre fué casa de orates
¡Y al furor filarmónico te opones!
¿Quién en locura, quién vence á los vates?

» La música es consuelo de aflicciones.
¿Quién no canta en el mundo? Aun el esclavo
Canta al sonar los férreos eslabones.

» ¡Dichoso el que no cuenta un solo ochavo
Para almorzar mañana, como pueda
Clamar en la luneta *¡bravo! ¡bravo!*

» Sigue, vate infeliz, otra vereda.
¿Quién ataja un torrente con arcilla?
¡Guarda, no algun desastre te suceda!

» Ya no es Castilla lo que fué Castilla.
Aquí mas que otro tiempo al gran Rodrigo
Hoy se aplaude á un maestro de capilla.

» Deja estar á los músicos, te digo,
Que son el ornamento de la córte.
Mira que te aconsejo cual amigo.

» Tu satírica saña se reporte;
Que no bien un melómano te lea,
De enemigos tendrás una cohorte.

» Dirán; —casi los oigo: —¡estulta idea!
Ese hombre tiene el alma de peñasco
Cuando una dulce voz no le recrea.

» Mas, ¿qué será lo que le altera el casco?
¡Audacia singular!—Vamos, no hay duda;
Algun poema suyo *ha fato fiasco*.

» Mas de una vez su musa testaruda
Entre la risa de ignorante plebe
Nos ha espetado la verdad desnuda.

» ¡Venganza, guerra al poetastro aleve
Que á la divina Euterpe escarneciendo
Su viperina lengua osado mueve!

» El que impugna una *stretta* y un *crescendo*,
Quien maldice el *adagio* y el *andante*,
Reo es de crímen bárbaro y horrendo. » —

Tente, Anfriso, y escucha tolerante. —
No soy yo de la música contrario:
Solo pudiera serlo un delirante.

Ni á condenar me atrevo temerario
El público placer, bien que mi diestra
Solo á Dios elevara el incensario.

Quizá tambien mi júbilo se muestra
Al escuchar los ecos de *Rossini*
En *Galli*, en *Rossi*, en la sonora *orchestra*.

Pláceme *Osmir* en boca de *Passini*,
La *Céssari* en *Arsace* me arrebata,
Y admiro en *Semirámide* á la *Albini*.

Ni dejo de aplaudir una *volata*
Por cantarla *Valencia*, si me gusta;
Que nunca he sido mulo de reata.

Ni aun *Llord* cual subalterno me disgusta;
Que Orfeo no ha de hacer de confidente
Como pretende multitud injusta.

Mas mi cólera, Anfriso, no consiente
Que ensalzando de Italia á los cantores
Al español teatro así se afrente.

Tribútense en buen hora mil loores
A una voz peregrina; y no olvidemos
Que en Madrid hay comedias, hay actores.

No sea todo *bravos*, todo extremos
Cuando trina en *rondó* lengua toscana
Y al escuchar á *Lope* bostecemos.

No clamen voces mil: *¡Hossana! ¡Hossana!*
Cuando acate á su reina el *pueblo asirio;*
Y olvidemos la gloria castellana.

No aplaudamos un *duo* con delirio,
Y Calderon y Rojas y Moreto
En vez de almo placer nos den martirio.

No vea yo á Cervantes incompleto
Por las cuadras rodar; y entre cristales
De la *Schiava* el insípido *libretto*.

No en el canto los duros á quintales
Ose invertir quien á Talía niega
Ocho maravedís y cuatro reales. —

¿No es risa ver al pueblo cómo brega
Para alcanzar billete del *Crociato?*
¡A tanto, Anfriso, la locura llega!

Uno pierde la capa, otro un zapato;
Otro desde la víspera se aloja
Sobre la dura losa. ¡Mentecato!

Las diez. ¡Fiero motin! ¡Ruda congoja!—
« ¡Orden! ¡Orden! — ¡Soldados, en batalla! —
Aquí la sangre azul: allí la roja. —

» ¡Atrás! — ¡Buen culatazo á la canalla! »
¡Nada! ¿Quién la contiene? Aunque á sus ojos
Diez cañones cargasen de metralla.

¡Qué de girones luego y de despojos!
¡Cuántos, sobre quedarse sin tarjeta,
Descalabrados van, mancos ó cojos!

Otro, no menos huero de chabeta,

Compra á fuerza de plata el privilegio
De adquirir sin porrazos la luneta.

¿Qué ha de hacer? Si perdiera un solo arpegio
De la nueva funcion, otro *elegante*
Le acusara tal vez de sacrilegio.

No falta en tales dias un tunante
Que revenda lunetas y sillones
Burlando al alguacil mas vigilante.

Y hay hombre que daría diez doblones
Por escuchar el *aria* del *contralto*
Aunque fuera en el foso entre ratones.

Sabe Madrid que á la verdad no falto.
Cierto es el trasnochar, y el monopolio,
Y el tomar los billetes por asalto.

De cuanto pasa en él un tomo en folio
Se pudiera escribir; que menos fiero
El galo fué trepando al Capitolio. —

Esto, y aun mas que referir no quiero
Pasa en Madrid: ¡y me dirá mi abuela:
« Los tiempos están malos: no hay dinero!» —

¿A quién en tanto, á quién no desconsuela
El ver cuando no hay ópera desiertos
Patio, palcos, lunetas y cazuela? —

« Este calor cruel no stiene muertos.—
Sudar en la comedia es *de mal tono*. —
Los cómicos son torpes, inexpertos. —

» Si es trágica la accion me desazono;
Si es moral me empalaga; si es jocosa...
Vaya usté en mi lugar: cedo el abono.» —

Así charla la plebe melodiosa;
Y aunque viera á mis plantas un abismo
¿No ha de tronar mi saña procelosa?

Necio furor, risible fanatismo,
La guerra te declaro, y ¡oh si fuera
Cada verso que estampo un sinapismo! —

¡Oh tú, santuario de virtud severa,
Teatro nacional, que fuiste un dia
Norma y recreo de la gente ibera:

Prestigio de mi ardiente fantasía,
Tú, á quien tanta vigilia he consagrado,
Puerto amigable en la tormenta mia;

Tú que el sesgo camino me has trazado
Do *Inarco* laureó la docta frente,
Si bien se atasca en él mi pié cuitado:

Tú que en vano á la moda intercadente
Moral opones, variedad, buen gusto,
Ludibrio ya y botin de intrusa gente;

Teatro nacional, mi ceño adusto,
Tu inicua depresion vengar ansía
Y vapular al populacho injusto.

Otro tan bajo apodo aplicaría
Solo al humilde menestral honesto,
O al que no viene de alta gerarquía;

Yo no, que á todo trance me he propuesto
Lo que siento decir, aunque mañana
Mordaz me llame un crítico indigesto.

Los que nunca leyeron á Mariana,
Y devoran insípidas novelas
En lengua gali-escita-castellana;

Los que charlando mas que un sacamuelas
Insignes literatos se pregonan
Y jamás saludaron las escuelas;

Los que su patria sin pudor baldonan;
Los que el oro negado al indigente
Por exóticos dijes abandonan.

Los que con cien aromas del Oriente
De sus almas no purgan la inmundicia,
Y llaman al danzar ciencia eminente;

El gallego ó vascon cuya injusticia
Osa tildar de bárbaro salvaje
Al hijo de Navarra ó de Galicia;

Los que llaman á un coche un *equipaje*,
Y hablando entre españoles mal gabacho
Sus costumbres olvidan, su lenguaje:

Anfriso, yo lo digo sin empacho;
Estos, su condicion cual fuere sea,
Estos son ¡vive Dios! el populacho. —

Lejos de mí la extravagante idea
De condenar las óperas, repito;
Ni aun la débil de *Osmir* y *Netzarea*.

Mas aquel que al armónico apetito
Todo lo sacrifica afeminado,
Es un fatuo, un cabeza de chorlito. —

« ¡Bello *duo!* Mi oreja ha regalado. » —
Bien: mas ¿por qué el monarca babilonio
Ya cadáver entona un *recitado?*

¿Por qué *Antenor*, que viene hecho un demonio,
Canta rabiando y á *Celmira* aterra?
¿No es levantarle un falso testimonio?

¿En qué ignorado pueblo de la tierra,
Aunque perdone *Il posto*, canta un reo
Delante del consejo de la guerra?

¡Oh poder de la *solfa!* ¡Oh coliseo! —
Cuando á mí me asaltaron los ladrones
No cantaban siguiendo á un corifeo.

¡Ay, que menos maldad, menos traiciones
Llorara el orbe si al *compás* y al *tono*
Los hombres sujetaran sus pasiones! —

Mas no se diga que con ciego encono
Ando á caza de faltas en el canto,
Y al olvido sus gracias abandono.

Basta: solo diré que no me espanto
Si entre *bemoles* el *tam-tam* resuena,
Ni *Claudio* cantarin me arranca llanto:

Que el canto los sentidos enajena,
Que conmueve tal vez, mas no convence;
Objeto primitivo de la escena.

Ni el comprender la letra á mí me vence.
Si cuando no debia *Otelo* canta,
Lo mismo es en toscano que en vascuence.—

Solo á su voz los triunfos que decanta
Quizá debe un tenor: la Poesía
Del genio vive, y no de la garganta.

De Melpómene fiera y de Talía
A los cuadros patéticos y fieles
Tambien concede un genio la *armonía*.

La armonía de Fidias y de Apeles
Que el alma hiere, blanda, imperceptible,
Sin flautas, sin *tam-tam*, ni cascabeles.

Armónico placer indefinible;
Placer que solo siente y solo expresa
Quien nutre un corazon tierno y sensible.

¿Qué gozo iguala á la feliz sorpresa
De ver al torpe vicio escarnecido
Ceder su triunfo á la virtud opresa?

Si sucumbe, ¿qué pecho empedernido
No goza maldiciendo á los troyanos,
Lágrimas dando á la infelice Dido?

¿Quién de Dios no venera los arcanos
Cuando incestuoso gime y parricida
El miserable rey de los tebanos?

¿Quién si en su pecho la virtud anida,
No bendice á Jehová, que el alma fiera
Le negó y el orgullo de un Atrida?

¿Quién...? Pero ¿á qué me salgo de mi esfera?
¿Qué escribo yo? Una sátira picante,
Y no un tratado de moral austera.

¿Quién vale mas; *Racine*, ó *Mercadante*?
¿Es mas justo reir en *el Avaro*
Que aplaudir una *pieza concertante*?

¿Es lícito ignorar que Gundemaro
Fué de España monarca al madrileño
Que ha aprendido á decir: *Addío, caro*?

¿Se aplaudirá á un cantor con necio empeño
Antes que cante, sin saber si tiene
Mísera voz y oido berroqueño?

¿Callarán las deidades de Hipocrene
El talento español, y el de otra casta
Sonará desde Calpe hasta Pirene? —

Que yo resuelva la cuestion no basta.
¿Y á qué fin? Cada cual á su albedrío,
Dirán, el tiempo y el dinero gasta. —

Hacéd lo que querais: tiradlo al rio. —
La solfa preferid. Cuando haya canto
Olvidad los rigores del estío.

Pero, por Cristo y por su Padre santo,
No vayais á ultrajar la patria escena
Los que la veis con tedio y con espanto.

No porque una comedia os cause pena
Mireis como á un idiota de reojo
Al pobre diablo que la juzga buena.

No apunteis sin cesar el doble anteojo
Para ver en tertulia y aposentos
Si Filis se vistió de azul ó rojo.

No allí el tiempo gasteis contando cuentos;
Y hasta ver si es el drama bueno ó malo
No le volvais la espalda descontentos.

No charle usted tan fuerte, don Gonzalo,
O vaya con su cháchara al pasillo;
Que los que están detrás no son de palo.

No se ha anunciado en el cartel sencillo,
Ni puede autorizar el presidente
Que usted nos administre un tabardillo.

Ya que aplaude á rabiar, Dios se lo aumente,
Al *tiple* y al *tenor*, con sus paisanos
Sea usted, á lo menos, indulgente.

No tema lastimar sus lindas manos
Si aplaude á un español; que no por eso
Gemirán los cantores italianos.

Indigno fuera tan culpable exceso
De un artista eminente, cuya fama
No se funda en los *bravos* de un camueso.

Alguno de ellos, que las leyes ama
De la santa equidad, allá en su idioma
Llorando nuestra mengua al cielo clama.

¡Ay, que el llanto á mis párpados asoma
Cuando á ser españoles nos enseña
El que ha nacido en Nápoles ó en Roma! —

« ¿Por qué, dice, la gente madrileña,
Bien que aplaudidos sean *tiple* y *bajo*,
La escena nacional tanto desdeña?

» Esmerado y asiduo es su trabajo.
¿No hacen mas de lo justo los actores
Que por poco dinero echan el cuajo? »

Dice bien. Y si en premio á sus sudores
La soledad reciben y el desprecio,
Mas se corregirán de sus errores.

Hoy dan nueva funcion. — ¡Oh vulgo necio!
¿Por qué no vas á verla? Si es mezquina,
Si la ejecutan mal, silba de recio.

Canta la *donna* mal su *caratina*
Y exclamas al momento compasivo :
« Está mala; está ronca; *¡poverina!*

¿Pecar no pudo por igual motivo
Un actor español? Quizá trabaja
Despues de haber tomado un vomitivo.

Quizá ese mismo que tu lengua ultraja,
Inmolado al escénico decoro,
Come gazpacho y duerme sobre paja.

¿No fuera mas razon en rudo coro,
Si delinquen, silbar á los de allende
Que han venido á embolsar montones de oro? —

Mas en vano mi sátira pretende
Reformar á la ciega muchedumbre
Que la razon esquiva, ó no la entiende.

Basta; me canso ya. ¡Dios los alumbre!;
Que si decir quisiera lo que callo
Aun gastara de tinta media azumbre.

Si en vano ¡oh patria! por tu honor batallo;
Si no me escuchan como en Troya un dia
Al que arengó contra el fatal caballo;

Si los necios me juran guerra impía;
¿Qué importa? La verdad siempre es mi norte.
Muchos aplaudirán la audacia mia;
Que no todos son necios en la córte.

—

DEFENSA DE LAS MUJERES.

Es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien.
LOPE DE VEGA.

Mitad preciosa del linaje humano,
Triste Mujer esclavizada al Hombre,
Que tu escudo nació, no tu tirano;

Yo á defender tu mancillado nombre,
Dulce á mi corazon, audaz me arrojo,
Bien que mi sexo indómito se asombre.

Tal vez me atraiga su temible enojo;
Que en tu defensa combatir no puedo
Sin cubrir á los hombres de sonrojo.

¡Oh! Si mi bella con semblante ledo
Reconoce mi amor en mi poema,
Ni á todo un batallon le tengo miedo.

Mas ¡ay de mí si un crítico postema
Con indigesta pluma envenenada
A mis versos fulmina su anatema!...

¡Piedad, piedad! Sumisa, arrodillada,—
¿Qué mas quieres de mí? — pues no te ofende,
Gracia pide esta sátira cuitada.

Tal vez en vano deleitar pretende.
No importa: sé indulgente, que harta pena
Tendrá su pobre autor si no la vende.

La Mujer ha nacido dulce y buena,
A recrear, á embellecer la vida
Como al campo la cándida azucena.

Si á los deberes falta inadvertida
De cariñosa madre y fiel consorte;
Si el virgíneo pudor acaso olvida;

¡Hombre severo! si perdido el norte
A alguna ves que mísera naufraga
En el mar borrascoso de la córte,

Tuya es la culpa. Si el poder embriaga
De orgullo tus sentidos, al opreso
Tambien sus grillos quebrantar halaga.

Hasta el insano tigre allá en lo espeso
Del arduo monte, y la feroz pantera
De tu barbarie culpan el exceso;

Que si ceban la garra carnicera
En la sangre del tímido cervato,
Dulces son á la dulce compañera.

Mas ¿qué admirar de tí cuando insensato
A la mujer inerme tiranizas,
Si ni al Hombre perdonas, Hombre ingrato?

De tu nombre el escándalo eternizas,
No la gloria, matando, destruyendo,
Jamás harto de sangre y de cenizas.

Y es suave á tus orejas el estruendo
Del infernal cañon, que el muro atierra,
Y de la alzada bomba el silbo horrendo.

Si una vez la ambicion tu pecho encierra,
En saña vences al caudal torrente
Que el Noto arroja de la adusta sierra. —

Mas ¿dónde voy? Del dios armipotente
Narrar no es mio el carro sanguinoso;
Ni Talía bufona lo consiente.

Así, bien que de cólera reboso,
Combatiré del Hombre la injusticia
En tono menos grave y ampuloso. —

¡Oh tú, que tanto culpas la malicia
De tu pobre mujer!, ¿por qué primero
No culpas, di, tu sórdida avaricia?

Si tanto la escatimas el puchero,
Y comer es forzoso, ¿cómo quieres
Que tenga amor ni á tí, ni á tu dinero?

¡Qué tibios son de Venus los placeres,
Dijo allá *in illo tempore* un poeta,
Sin dulce Baco y regalada Ceres! —

Tú, que apuras en vicios la gaveta,
Marido de una hermosa, ¿por qué exiges
Que penitente viva y recoleta?

Sin cesar la reprendes, y te afliges
Porque baila y se alegra; pero en tanto
Tu perversa conducta no corriges. —

¿Y qué diré de tí, necio Crisanto,
Que con sesenta eneros á la cola
Humillas tu cerviz al yugo santo?

¡Y con quién! Con Leonor, que campa sola
En gracias, en frescura y lozanía,
Y á quien tanto galan su pecho inmola.

¿Cuándo han vivido en plácida armonía
El suave nardo con el rudo espino,
El alba alegre con la noche fria?

¿Y no ha de renegar de su destino
Si recuerda que es jóven, que es amable,
Y encuadernada vive en pergamino?

Compara tu braguero miserable,
Y tu rugosa frente ilimitada,
Y el asma que te aflige perdurable,

Con aquella cintura delicada,
Aquellas formas de beldad modelo,
Aquella tez brillante y sonrosada;

Y luego, si te atreves, clama al cielo,
Y acúsala de infiel y de perjura
Si sucumbe al amor de algun mozuelo. —

« ¿Era menos infausta mi figura
Cuando me unió, dirás, el sacro nudo
A su liviana y pérfida hermosura? » —

¿Y no compraste escudo sobre escudo,
Respondo yo, la inicua tiranía
De su padre avariento y testarudo?

¿No la robó tu bárbara porfía
Al dulce amigo de su infancia tierna
Con quien dichosa y casta viviría?

O darse á tí, ó clausura sempiterna:
¿Qué otro medio restaba á la infelice
Para aplacar la cólera paterna?

Llama sin tregua en el abismo atice
El tétrico Pluton al que de un hijo
La inclinacion honesta contradice.

Lleve el diablo al decrépito canijo
Que no espera su término cercano
Tranquilo y sin bodorrio en su cortijo. —

Y tú, *lindo don Diego*, casquivano,
Que por salir de trampas y pobreza
Vendiste á doña Críspula tu mano;

Si porque el hado le negó belleza
La desprecias ingrato, ¿cómo extrañas
De su gruñir eterno la rudeza?

¿Se encuentran cada dia esas cucañas?
¿No debes nada á tu mujer, que entero
Te consagras sin rienda á las extrañas? —

« No se compra el amor con el dinero.
¿Por qué enlazarse á mí? » — ¡Linda salida!
¿Te explicabas así cuando soltero?

¿Y aquello de *mi amor, mi bien, mi vida?*
¿Qué se hicieron los dulces madrigales
Do tu pasion pintabas desmedida? —

« Rojos tus labios son como corales;
Nieve tu seno, que Cupido precia
Mas que en Chipre su cuna de rosales.

» Ni Cleopatra famosa, ni Lucrecia
Te igualan en beldad, ni la traidora
Que tantos lloros arrancó á la Grecia. » —

Así hablaba tu boca engañadora. —
¿Por qué es hoy á tus ojos una arpía
La que antes fué sirena encantadora? —

« Que pague su orgullosa tontería.
¿Por qué no consultaba algun espejo,
Y hubiera visto en él que yo mentía?

» A un hombre de mi garbo y mi gracejo
Harto cuesta el llamarse su marido
Sin hacer el papel de su cortejo. » —

Y acaso, dime, ¿la primera ha sido
Que hermosa se ha juzgado, ó menos fea
A fuerza de adularla un fementido?

¿Es por ventura extraño que se crea,
Y mas en la mujer, débil, sencilla,
Lo que el orgullo humano lisonjea?

¡Y cuántas veces el amor humilla
A una fea dichosa el Ganimedes
Admiracion y hechizo de la villa!

¿Ni aun el consuelo nimio la concedes
De haber creido conquistar tu pecho,
Sinó con su beldad, con sus mercedes?

¿Tan mal fundado juzgas el derecho
De una rica al amor de un pelagatos
Que no tiene ni viña ni barbecho?

Recuerda cuando andabas sin zapatos,
Y si un Creso la sopa te ofrecía
Te tragabas hambriento hasta los platos.—

« ¡No se hubiera casado! »—¿Y qué sería,
Qué sería de tí, que tal profieres,
Si, pudiendo ser madre, aun fuera tia?

¡Ah! Bien pudo nadar en los placeres
Sin gemir en amargo cautiverio;
Mas ¡oh suerte cruel de las mujeres!

Si del amor cedeis al dulce imperio,
Solo el placer el Hombre se reserva:
Vuestro es el deshonor y el vituperio.

Pasa por gracia en la viril caterva
Lo que castiga cual atroz delito
En la Mujer su infortunada sierva.

No hay un freno que dome su apetito;
Que mas aplauden al que mas codicia
El lupanar, la crápula, el garito.

Y en tanto ¡cuál te oprime su injusticia,
Triste Mujer! Feroz si te condena,
Cocodrilo falaz si te acaricia.

¿Es mucho, pues, si de Natura suena
Dentro en su pecho la incesante aldaba,
Que anhele una infeliz nupcial cadena?

¿Y qué mujer de resistir se alaba
Al soberano amor? Su arpon maldito
A la hermosa, á la fea, á todas clava.

Y hoy que domina el interés precito
¿No ha de esperar que el oro la haga bella
Aunque sea una furia del Cocito?

¿De rabia no arderá como centella
Si es despreciada del marido injusto
Que sus derechos sacrosantos huella?

¿No ha de tenerle en sempiterno susto
Espiando al perjuro dia y noche?
¿No ha de arañarle el entrecejo adusto?

¡No, que verá tranquila que derroche
Su hacienda en un burdel, y á una piruja
Querrá ceder el heredado coche!

¡Y tú la llamas deslenguada y bruja
Porque charla, y te aturde y desespera!
Hace bien en charlar, que no es cartuja.

Purgue sus culpas, sufra una Megera
El que sufrir no puede una consorte;
Y frito viva, y execrado muera.

Mas ¿cuál infame y cínica cohorte
A mis ojos parece?... ¡Ah vil canalla,
Escándalo y escoria de la córte!

Ahora sí que saltar quiero la valla;
Ahora como la pólvora tronante
Mi cáustico furor arde y estalla.

¿Quién puede ver sin cólera á un tunante,
A su triste mitad poner en venta,
Del conyugal pudor vil traficante? —

«Resista la Mujer tamaña afrenta.»—
¿Cómo podrá si su holgazan marido
La hace vivir desesperada, hambrienta?

Si en tanto algun ricacho corrompido
Con larga mano á su hermosura brinda
Ya el collar, ya el magnífico vestido;

Menos heróica que graciosa y linda,
¿Es mucho que por hambre ó por despecho
Al pródigo magnate al fin se rinda?

Así el macizo artesonado techo
Que una gotera mina sin reposo
Al fin viene á caer roto y deshecho.

Así en el alto cerro pedernoso
Un año y otro la robusta encina
Al huracan resiste proceloso;

Y al fin la copa vacilante inclina,
Cruje el tronco tenaz, y al valle umbrío
Baja rodando en estruendosa ruina.

Así al oso feroz del Alpe frio
A fuerza de hambre, y palos, y cadena
Hace bailar el hombre á su albedrío.

Así á dormir con ruda cantilena
La serosa nodriza de Vizcaya
Los infantiles párpados condena;

Y tanto boga sin hallar la playa
El desvalido párvulo en su cuna,
Que al fin duerme sin sueño, ó se desmaya.

¡Ay! En tanto que halaga la fortuna
A un gandul sin vergüenza, torpe, idiota,
Gime el talento, y el honor ayuna.

¿No ha de sufrir la pública chacota
Un marido venal? ¿Por qué á ese reo
Sin honra ni pudor no se le azota?

¿Por qué ha de ser escudo el himeneo...?
Mas silencio: mi pluma avergonzada
Se niega ya á pintar cuadro tan feo. —

« Escuche usted, me dice un camarada:
Veamos cuál disculpa á la soltera
El vengador de la mujer casada.

« ¿Por qué Flérida esquiva y altanera
Me precia en menos que su mano hermosa,
Talle gentil y rubia cabellera?»—

No la adulara tanto la enfadosa
Cuadrilla de babiecas que la hostiga,
Y frívola no fuera y vanidosa. —

« ¿Por qué si á tantos sin rubor prodiga
La blanda risa y la mirada ardiente,
Inés se llama mi constante amiga? » —

Porque ya la ha engañado un pretendiente;
Y pues en todo el hombre da el ejemplo,
No es mucho que le imite... y le escarmiente. —

« Por qué, si bien á Fílida contemplo,
Mas humana la encuentra y mas propicia
Quien lleva mas ofendas á su templo? » —

¿Qué ha de hacer? De su padre la codicia
Al que suspira á secas no consiente,
Y al que regala, aplaude y acaricia. —

« ¿Por qué, si es cierto que Belarda siente
El amor que su boca me ha jurado,
En sus heladas cartas lo desmiente?

» Amor tan circunspecto y reservado
Es farsa, no es amor. ¿Por qué no imita
Mi volcánico estilo apasionado? » —

Porque á la imberbe tropa hermafrodita
En el café no leas el billete,
Y la insulten después con su risita.

¡Mal haya el confitado mozalbete
Que por darse ridícula importancia
La opinion de una hermosa compromete!

Escuchadle contar ¡oh petulancia!
Mas victorias de amor, que de Belona
Ilustraron al héroe de Numancia.

Mirad cómo su lengua fanfarrona
A alguno cierto, que callar debiera,
Mil placeres soñados eslabona. —

« ¿Veis aquella que va por la carrera?...
Pues cierta noche hasta rayar el alba... »
¡Infame! ¡Y no ha pisado su escalera!

« ¿Direis que Petronila es una malva?
Pues me da cada lunes una cita;
Y el marido... ¡infeliz! la fe le salva. » —

¿Cuál de su lengua gárrula, maldita,
Aunque sea una santa se liberta?
¿Cuál no fué suya si nació bonita?

¡Ay desdichada jóven si inexperta
Vencer te dejas del procaz lampiño!
¡Ay si le atranca tu virtud la puerta!

Que, muerto en breve su falaz cariño,
Tu honor es su juguete ó su venganza,
Aunque sea mas puro que el armiño. —

Mas la florida edad de la esperanza,
Del placer, del amor rápida vuela,
Y á luengos pasos la vejez se avanza:

O bien el lindo rostro de Marcela,
Que fué portento ayer, hoy desfigura
Crudo tumor, aleve erisipela.

¡Y cuánta soledad, cuánta amargura
Guarda el hado cruel á la que llora
Marchita ó jubilada su hermosura!

Si la rosa de mayo encantadora
Del hombre esquiva la canosa frente,
Ciñe al menos oliva triunfadora.

Si en sus aras Amor no le consiente,
Témis le acoge, y próvida Minerva
Le brinda del saber la sacra fuente.

Si el crudo tiempo su vigor enerva,
Riquezas prodigándole y honores
Del hambre y de la infamia le preserva. —

Dias ha que disputan los doctores
Si es justo ó no que la Mujer se ciña
A mezquinas domésticas labores.

En buen hora se niegue á la basquiña
Regir la noble cátedra severa,
Blandir el asta y escardar la viña;

Pero al menos el Hombre ¿no pudiera
De algunas artes reservar el uso
A la pobre Mujer su compañera?

Todo lo abarca su poder intruso.
Tejedor es el Hombre, y *cocinero*,
Y *sastre*, que es el colmo del abuso.

¡Oh mecánico siglo chapucero!
¡Oh molicie del Hombre vergonzosa!
¡Yo he visto hacer calceta á un *granadero*!!! —

Y porque anhela el título de esposa
Con ardor incesante una doncella
¿La censura tu lengua ponzoñosa?

¿Dirás que es liviandad si se atropella,
Por si otro mas gentil no se aparece,
A escoger un marido indigno de ella?

¿Qué mucho si de un *hombre* se guarece,
Quien fuere sea, contra el *hombre* injusto
Que si no la persigue la escarnece?

¡Triste!... ¿No ha de temer el ceño adusto
Del que en su juez se erige soberano
Solo porque ha nacido mas robusto?

Bien con el corazon diera su mano
Al bello mozo que en secreto quiere,
Y no á su novio enclenque y chavacano.

Mas ¡ay, que en vano sin piedad la hiere
Del caprichoso amor la flecha aguda;
Que ha de arrancarla ó despechada muere!

Su mal recata ruborosa y muda

Si movido por rara simpatía
Amoroso el doncel no la saluda.

El Hombre con descaro y osadía
Declara sus amores, pobre y feo,
A la hermosa de excelsa gerarquía.

No es dique la opinion á su deseo;
Y de una en otra hasta encontrar posada
Convierte el trashumante galanteo.

Mas en todo la Hembra infortunada
Contra su pecho para amar nacido
Nace á perpetua lucha destinada.

Legislador el Hombre empedernido
Ni aun el consuelo ¡ay mísera! te deja
De elegir un tirano en un marido.

Así con el cetrino la bermeja,
La niña con el trémulo caduco,
La aguda con el fatuo se empareja.

¡Persiga Capricornio al mameluco
Que sin pasiones vegetar te manda
Cual si fueras de mármol, ó de estuco! —

« Bien: resignada estoy, dice Fernanda.
Ya del sexo opresor la ley recibo,
Aunque me dicta amor otra mas blanda.

» Mas valga de mi rostro el atractivo,
Valga á adquirirme racional esposo
El laudable recato con que vivo. —

¡Inútil esperanza! Licencioso
Prefiere el Hombre al plácido himeneo
Celibato infecundo y vergonzoso.

Griego, romano, egipcio, persa, hebreo;
Todos honraban cuando Dios queria
El santo nudo que ultrajado veo.

Si alguno con culpable antipatía
Osaba desdeñarlo, era maldito,
Y en el desprecio y el baldon vivía.

Mas hoy se tiene á gala el sambenito. —
« ¿Casarme? dice Erasto, ni por pienso.
No caiga yo jamás en el garlito.

» Otro al ara nupcial lleve su incienso.
Libre quiero vivir, independiente;
Libre gastar mi patrimonio inmenso.

» No sea yo ludibrio de la gente.
No sufra yo, tras la mujer y el dogo,
Cuñado hambron y suegra impertinente;

» Y una recua de primos... ¡yo me ahogo!...
Y... ¡oh Dios! la ambigua prole venidera,
Y el comadron, el ama, el pedagogo...

» ¡Qué horror! ¿Ya quién se casa? Un calavera,
O el palurdo, si amaga alguna quinta
Que en morrion le trasforme la montera. » —

Santo Himeneo, quien así te pinta,
Quien te denuesta así no tiene un alma,
O mas negra la tiene que mi tinta.

Y cuando veo su insolente palma
Blandir al vicio ¿enfrenaré mi furia?
¿Veré su impunidad en torpe calma?

¿Hasta cuándo ¡oh virtud! cual hija espuria
Te abnegará el ibero corrompido
Del Lete al Duero, desde el Miño al Turia?

¿Nada debes al suelo en que has nacido?
¿Nada á tí mismo por ventura debes,
Tú que el nombre escarneces de marido?

Hombre que al escuchar no te conmueves
De la natura el imperioso acento,
¡Feliz te llamas y á vivir te atreves!

No mas hinchado prócer opulento
Compra el amor sincero, don divino,
Que el piloto en el mar próspero viento.

Basta á alcanzar el oro alto destino,
Basta á lograr efímeros placeres,
Basta á rendir el muro diamantino;

Mas si algun corazon rendir quisieres,
Te ha de costar el tuyo: á menos precio,
Te afanarás en balde; no lo adquieres.

¡Ay miserable, miserable y necio!
El que compra lisonjas con el oro
Compra á la par su ruina y su desprecio.

Vendrá la senectud, y amargo lloro
Te ha de bañar el lánguido semblante,
Si hoy tal vez lo embellece tu tesoro.

No habrá una hiedra cariñosa, amante,
Que en abrigar se goce al tronco yerto
Lozano en otro tiempo y arrogante.

Muerto á tí mismo, á los placeres muerto,
El mundo que hoy no basta á tus antojos
¿Qué será para tí? Mudo desierto.

¿A quién entonces volverás los ojos?
¿Quién cubrirá de rozagantes flores
De tu vejez los áridos abrojos?

¿Quién vendrá á consolarte en tus dolores?
¿Quién besará tu mano, dulce fruto,
Dulce acuerdo de plácidos amores?

Y cuando pagues el fatal tributo
¿Quién cerrará tus párpados gimiendo?
¿Quién vestirá por tí fúnebre luto?

Así rasgada con horrible estruendo

Pasa fugaz la nube veraniega
Entre granizo y rayos descendiendo;

Y ni una planta generosa riega;
Que al caer se disipa, no dejando
Vestigio de su tránsito en la vega. —

¡Mas cómo ciega al Hombre el vicio infando!
¡Cuántos la arrastran ¡ay! mas ponderosa
La conyugal cadena desdeñando!

Arruina á Dámis Lesbia, la Raposa,
Inmunda meretriz; y Dámis fiero
Desprecia á Laura linda y virtuosa.

No quiere que al olor de su dinero
Algun pariente acuda; y el pazguato
Pariente viene á ser del pueblo entero.

Mucho cacarear su celibato;
Y obedece la ley de una buscona
Que ayer fué propiedad de un maragato.

Su corazon le ofrece la bribona;
Pero ¿qué corazon ni qué embeleco
Si ni aun manda absoluto en la persona?

Mírale al tonto pasear tan hueco
En soberbio landó con su manceba,
Que le burla después como á un muñeco.

¡Mira cuál le engatusa la hija de Eva,
Y cuán cara le vende su *conquista!*
¡Pobre caudal! El diablo se lo lleva.

¿Dónde hay repleto cofre que resista
Tanto gastar en fonda, y coliseo,
Y peluquero, y tiendas, y modista?

Cuál si fuese la hacienda de un hebreo,
La tia de alquiler, el falso primo,
Todos entran á parte en el saqueo.

Así á la viña de su fruto opimo,
Lindera del camino, se despoja,
Si al paso cada cual corta un racimo.

¿Y á quién apiada luego su congoja
Si reducida su fortuna á cero
La ingrata Lesbia del umbral le arroja?

¿Quién no se ha de reir del majadero,
Del bagaje mayor que de este modo
Su juventud consume y su dinero? —

« ¿No es fuerte cosa, desde el sucio lodo
Do yace hundido, me dirá fulano,
Que en todo has de culpar al hombre; en todo?

» ¿A mí me llamas cínico y liviano,
Y bagaje mayor ¡sangrienta injuria!
Y estéril monstruo del linaje humano?

» ¿Y acaso es una Porcia, una Veturia,
O mas bien una torpe Mesalina
Quien vende su beldad á mi injuria?

» Tu lógica es por cierto peregrina.
Porque estoy arruinado ¿soy culpable?
Pues ¡qué! ¿no peca mas la que me arruina?

» ¿Querrás tal vez el título de amable
Ganar entre las damas abogando
Por la ramera inmunda y despreciable?

» Y con la vieja infame que el nefando
Rufianismo ejercita ¿por ventura
Serás tambien caritativo y blando?

» No fuera tal del Hombre la locura
Si mercenaria la Mujer no fuera.
Mas bendiciones echaría el cura.

» Cierto que mueve á lástima Glicera
Linda y graciosa, sin hallar marido,
Consumir su galana primavera;

» Mas ¿qué mucho si un jóven aturdido
A la adusta Glicera recatada
La fácil Araminta ha preferido?

» ¿Quién no coge la poma sazonada
De rama dócil que su mano toca
Mejor que de alta copa enmarañada?

» ¿Qué marinero con audacia loca
Cuando le brinda la amigable arena
Se va á estrellar en la erizada roca?

» ¿Quién si la rubia miel puede sin pena
Gustar en libre mesa, quién la busca
A expensas de algun ojo en la colmena?

» ¡Vate mordaz! ¿Qué vértigo te ofusca?
Contra tu mismo sexo ¿quién te mueve
A escribir una sátira tan brusca?

» Eso faltaba á la mujer aleve
Para colmar su orgullo. ¡Ah! Quien la apoya
Caiga en sus lazos; sus engaños pruebe.

» Acuérdate de Elena. ¡Linda joya!
Ella fué de su patria horror y estrago;
Ella ardió los alcázares de Troya.

» Fíate, necio, de amoroso halago;
Patrocina y elogia á las mujeres:
Temprano ó tarde te darán el pago.

» Dones lleva á la diosa de Citeres:
Leda con una mano los recibe,
Y con otra envenena tus placeres.

» ¡Dichoso quien á tiempo se apercibe
Contra el sexo falaz, y mas dichoso
Quien sin amor y sin mujeres vive! » —

¿Has dicho? — Oyeme ahora, que celoso

A mi defensa vuelvo y á mi ataque :
Homenaje debido al sexo hermoso.

Quizá ya el triunfo cantarás muy jaque;
Mas basta á evaporar tu vanagloria,
No digo yo, cualquiera badulaque.

¿Qué vale recordar la añeja historia
De la hermosa Tindárida funesta?
Solo pruebas con eso tu memoria.

Citar mujeres mil poco me cuesta
De castidad y de valor modelo;
Mas no es del caso erudicion molesta.

Ni cubre mi razon tan denso velo
Que á todas las disculpe. ¡A buen seguro!
Muchas son el oprobio de su suelo.

Mas para alguna que rompiendo el muro
De la austera opinion al torpe crímen
Guiar se deje por conato impuro,

¡Cuántas el hambre déspota redimen
Con su indefenso honor! ¡Cuántas ¡ay! cuántas
De artera seduccion víctimas gimen!

Censor injusto que de ver te espantas
De Isaura la flaqueza, ¿acaso ignoras
Que el lloro de Damon bañó sus plantas?

Las palabras recuerda engañadoras
Que insidiaron su cándida inocencia,
Las elocuentes cartas seductoras.

Viérasle de su amor en la demencia
Jurar por el divino firmamento
Consagrarla por siempre su existencia.

Viérasle cuán solícito y atento
Sus mas leves caprichos prevenía,
Y así velaba su traidor intento,

Y gimiendo á su lado noche y dia
Cuán rendido ensalzaba su hermosura,
Su ingenio, su donaire y bizarría.

Asi entre gayas flores y verdura
Se oculta el áspid, y en manjar sabroso
La ponzoña vertió mano perjura.

No de otra forma el piélago espumoso
Con mansas olas el fatal bajío
Al marinero cubre cauteloso.

¡Ah! ¿Qué no inventa el corruptor impío
Hasta que el triunfo bárbaro asegura,
Que olvida luego con cruel desvío?

Ora baña su rostro de dulzura,
Diestro camaleon; ora abismado
En el dolor lo finge y la amargura.

Viérasle en fin ante el objeto amado
Con mentido furor el hierro agudo
Convertir á su seno depravado.

Débil Mujer, en el combate rudo
Do á par de la natura el hombre lidia
¿Qué Palas te defiende con su escudo?

Nutrida en la ignorancia, en la desidia,
Y tierna mas que el Hombre y amorosa,
¿No ha de vencer del Hombre la perfidia?

Así en torpe ramera escandalosa
La seduccion convierte á quien sin ella
Tierna madre sería y fiel esposa.

Así, Clori infeliz, tu frente bella
Do celestial pudor resplandecía
Marchita el vicio y la ignominia sella.

Aquella que en inmunda mercancía
Torna el amor, decrépita rufiana,
Aun llora de un amante la falsía.

Nunca la hubieran en su edad lozana
Con pérfidas lisonjas seducido;
Y ahora sería respetable anciana.

¡Ay! Después que una mísera ha perdido
La buena fama, su mayor tesoro,
¿Qué asombro si el pudor lanza al olvido?

Sin apiadarse de su ardiente lloro
Hoy lenguaz la deshonra el embustero
Que ayer la repetía : yo te adoro. —

« De la virtud, respondes, al sendero
Puede tornar. Si el Hombre se lo niega,
Dios la dará el perdon, menos severo. » —

¡Saludable moral mas que á la vega
El fecundo rocío! aunque en la boca
De un botarate lúbrico no pega.

Mas tu ejemplo al desórden la provoca.
¿Y por qué llamas hoy crímen horrible
Lo que llamaste ayer una bicoca?

La que ayer, á tus lágrimas sensible,
De gracia fué raudal y de delicias
¿Infame ha de ser hoy y aborrecible?

Hoy no vendiera Fili sus caricias
Si no la despreciase el insolente
Que robó á su hermosura las primicias.

Y no es menos ludibrio de la gente
La que al vicio aprendido se abandona
Que aquella que lo llora y se arrepiente.

¿Qué digo? Despreciada se arrincona
La que siente pesar de su flaqueza,
Y á la relapsa la opulencia abona.

Perdió á Dorila su gentil belleza.
Pues otro bien no tiene, ¿será extraño
Que con ella conjure la pobreza? —

Ya me replicas tétrico y huraño
Que eso de traficar con la hermosura
Causa á la sociedad inmenso daño.

Sí; mas viviendo mísera y oscura
¿Por qué á la sociedad ser inmolada,
Que la arroja de sí como basura?

Ni premio espera la mujer honrada,
Que entre los hombres vive como ilota,
Ni socorro y piedad la descarriada.—

A tu lengua mordaz el filo embota,
Pues, sinó seductor, cómplice fuiste;
Y no la imprimas indeleble nota.

El poder con que el hado te reviste
Templa tú con la plácida indulgencia;
Y harto será si tu poder resiste.

Si el saber y el valor fueron tu herencia,
De la Mujer son dotes la ternura,
El candor, la piedad y la paciencia.

No ve el rostro á la negra desventura
El que de una mujer amado vive
Que de sus males temple la amargura.

La Mujer en su seno te recibe,
Y á tu labio infantil el pecho ofrece
Do el almo néctar sin descanso libe.

No la aurora tan próvida amanece,
No á serenar el hórrido nublado
Tan halagüeño el íris aparece,

Cual su labio amoroso y regalado
Sonriendo saluda al caro dueño
Cuando á sus lares torna fatigado.

Ella, á olvidar el enconado ceño
De su estrella enemiga, le previene
La limpia mesa y el tranquilo sueño.

El cielo dió á su acento que resuene
Grato y consolador, y que á tu ira,
Hombre feroz, los ímpetus enfrene.

La Mujer con el mísero suspira,
Y mano tiende al pobre bienhechora
Como el Hombre impasible la retira.

Su mirar enternece y enamora,
Y su sonrisa el alma lisonjea
Como las auras al dosel de Flora.

Mientras el Hombre bárbaro pelea;
Mientras de acero la discordia insana
Arma su diestra ó de encendida tea;

Sobria, dulce, benéfica y humana,
Paz amorosa la Mujer ansía,
Fuente de dichas que incesante mana.

Y en los altares fervorosa y pia,
Cuando *el Hombre* los huye pervertido,
Preces al Alto *por el Hombre* envia.

Ni, bien que débil gima y abatido,
Al eco de la patria, de la gloria
El sexo del amor cierra su oido.

¡Cuántas ganaron inmortal memoria
En los campos de Marte, y á su frente
Ciñeron el laurel de la victoria!

Ni labio luminoso y elocuente
A la Mujer negó Naturaleza,
Y claro ingenio, y fantasía ardiente.

No es patrimonio suyo la rudeza,
Como pretende el Hombre, que el talento
Bien se sabe hermanar con la belleza.

Mas no ya á la Mujer como portento
De gracia y de virtud el Hombre estime:
Solo su compasion mover intento.

Duélete, sí, de la Mujer que gime,
Por nacer menos fuerte, condenada
A adular al tirano que la oprime.

Aun por el mismo amor atormentada,
En tutela infeliz desde la cuna
Vivir la mira hasta la tumba helada;

Y en soledad austera la importuna
Existencia arrastrar; y al hombre avaro
Los favores ceder de la fortuna.

Cual rota nave, si luciente faro
El puerto no la enseña en noche umbrosa,
La cuitada perece sin tu amparo.

Contempla que madrastra rigorosa
La envia en cada gozo mil dolores
Natura, para tí madre amorosa.

Contempla en fin los negros sinsabores
Que por tu causa sin cesar padece;
Y si la has de ultrajar no la enamores.—

Basta, que ya mi sátira te escuece.
Si en vano corregirte me prometo,
Confiésame á lo menos que merece
Mas amor la Mujer y mas respeto.

—

LA MANIA DE VIAJAR,

EPISTOLA DIRIGIDA EN JULIO DE 1845

A MI AMIGO Y PADRINO

EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

marqués de Molins.

No sé si de Alicante ó del Provencio
Rimado me enviaste un cartapacio
Y culpaste de paso mi silencio;

Mas, lo juro por Píndaro y Horacio,

Culpa es tuya, Mariano, que no mia,
Si en el silencio he sido tan rehacio.

Si mi afecto una epístola te envia,
Para que no se pierda en el correo
¿Qué sobrescrito, di, será su guia?

Hoy en las calles de Madrid te veo,
Y eres mañana, nómada versátil,
Vivo traslado del *errante hebreo.*

Mas vario que el termómetro bursátil,
Ya te alberga el fragoso Maestrazgo,
Ya en Elche comes amarillo dátil.

No hay dia en que no pagues el portazgo
Y solo para postas y mesones
Necesitas un pingüe mayorazgo.

Astro de eclipses mil y nubarrones,
Si sospecha *Aragó* dónde amaneces,
¿Qué *Newton* me dirá dónde te pones?

¿A qué resorte mágico obedeces
Que si incrédula vista acude al tacto
Fantástica vision desapareces?

No ha mucho, si el informe ha sido exacto,
Que en un ferro-carril viajar te han visto,
Que es viajar poco menos que en abstracto.

Cuando te hacía yo comiendo pisto
Del edetano Turia en las orillas,
Camino de París ibas tan listo,

Y ya apenas distabas veinte millas
De la antigua Lutecia cuya córte
Tantas encierra y tantas maravillas.

Pero el gas que impulsaba tu trasporte
¿No pudo trasegarse á tu cabeza
Y virarla al Oeste desde el Norte?

Mientras « París » mi sobrescrito reza
Quizá en Liorna ó en Ginebra te halles,
Quizá en las lomas de Ubeda y Baeza,

O al menos en los atrios de Versalles
A fuer de buen patriota recordando
La rota del francés en Roncesvalles.

Mas me ocurre una idea. Si te mando
La carta « A don.... *et cætera*.... en el mundo »,
Tú la recibirás... Dios sabe cuándo. —

Y ahora ¿qué te diré? Ya tan fecundo
Un dia como el vate que en el Istro
Lloró de Octavio el ceño furibundo,

Apenas si figuro en el registro
Del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
Desde que *gaceteo y administro* (1).

En vez de estrofas, *tórculos* construyo,
Y *en prensa* dia y noche — ¡mal pecado! —
Al *plectro* el expediente sustituyo.

De *letras* por do quiera bloqueado,
Solo ya las conozco por el *tipo:*
Mi númen no es ya *Apolo;* es el *Estado;*

Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo*,
El *Estado* es prosaico aquí y en Asia
Y yo de su influencia participo.

Háblame de *glosilla* y *atanasia*
Y de alternar edictos y decretos
Con noticias de Chile ó de Circasia,

Mas no de versos fáciles, discretos,
Que sabe Dios, Mariano, lo que sudo
Para hacer esta ristra de tercetos.

¡Feliz tú á quien destino menos crudo
Deparó venturosa independencia!...
(Y no lo digo, á fe, porque eres viudo.)

¡Dichoso tú que sin real licencia
Puedes ser perdurable parroquiano
De todo conductor de diligencia!

Yo tambien lo que resta de verano
Esquivara el rigor de Febo intonso
Lejos de este bullicio cortesano;

Ya fuera mi mansion San Ildefonso,
Ya el templo insigne do á la pompa augusta
Hunde en la nada fúnebre responso.

Que es cosa natural y á todos gusta
Como el caliente hogar en el invierno
Buscar el fresco en la estacion adusta. —

Mas, ¡cuántos necios hay, Dios sempiterno,
Cuántos que por huir del purgatorio
Se meten de rondon en el infierno!

Dejando aquí su holgado dormitorio
Arrienda á peso de oro una zahurda
En un mal lugarejo don Liborio.

Hosca patrona con su saya burda
Le sirve que no sabe entre sus manos
Distinguir la derecha de la zurda.

Antes que Dios alumbre á los humanos
Le despiertan los perros, las gallinas,
Las moscas, los chiquillos, los marranos.

Bigardos que apuntalan las esquinas
Ve solo por la calle, ó mutuamente
Matándose la caspa las vecinas.

Sale de casa con el fresco ambiente

(1) Cuando el autor escribió esta sátira tenía á su cargo la administracion de la Imprenta nacional y la direccion de la *Gaceta de Madrid*.

Del alba matutina, y cuando torna
Le tuesta el Sol despótico, insolente;

Que sin un mal arbusto, — ¡es mucha sorna! —
Vive contento el poblachon grotesco
Cuando el Sur con su aliento le abochorna. —

Hay un jardin cuyo apacible fresco
Puede ofrecer á tus ardores tregua,
Y tiene estanque y pabellon chinesco;

Pero dista lo menos media legua
Y pasarla pedestre es necesario
O al duro trote de alquilada yegua. —

¡Y vivir dia y noche solitario
O someterse al obligado trio
De fiel de fechos, cura y boticario!...

¿Y qué se come allí? ¿Pesca? No hay rio:
¿Caza? A Madrid por ella si la quieres:
¿Fruta? El año es estéril y tardío. —

Mas si deseas rústicos placeres
Sal al campo y verás cómo prodiga
Sus tesoros en él la madre Ceres.

¡Oh qué recreo la dorada espiga
Ver, y girando el pedernoso trillo,
Y el merodeo de afanosa hormiga...

Si este solaz bucólico y sencillo,
Que admiro yo... en Virgilio y en Valbuena,
No fuera precursor de un tabardillo!

Mas quien, mártir sin gloria, se condena
A pasar mas trabajos que Tobías,
Con su pan se lo coma norabuena.

¡Tiene la moda, á fe, raras manías!
¡Qué dirían los padres de mi abuelo
Si volvieran al mundo en nuestros dias?

Contentos con su hogar y con su cielo,
Solo usaban la mula y la gualdrapa
Para dar un vistazo á su majuelo,

Y apenas conocían por el mapa
La córte del austriaco y la del ruso,
Los dominios de Argel y los del papa.

Hoy hemos dado en el contrario abuso.
Ya español que no viaja se denigra.
Nadie está bien en donde Dios le puso.

Ya se ve; como siempre aquí peligra
Media nacion si triunfa la otra media,
Cuando descansa Pedro, Anton emigra:

Y como dura tanto esta comedia,
En peripecias trágicas fecunda,
Sed de viajar á todos nos asedia.

Quién va á Cestona, quién á la Borunda;
Este lleva al Molar su cataplasma;
Aquel sus nervios á la mar profunda;

Y mientras otro en *Pau* se cura el asma,
A la Suiza un *simplon* su viaje emprende
Y al ver á su *tocayo* se entusiasma.

Manda el buen tono caminar allende
Los riscos del selvoso Pirineo:
A Lion, á París, á Lila, á Ostende;

Que es chabacano y mísero el deseo
Del que solo camina hasta Segovia
O cuando mas se aleja hasta Bermeo.

Aunque á Berlin no llegue y á Varsovia,
¿Qué dama de este título es ya digna
Si no ha pasado *el puente de Behovia?*

La *leona* que falta á la consigna,
Porque el oro no cuenta en abundancia,
A esconderse en Buitrago se resigna;

Y por salvar, ¡pueril extravagancia!,
La negra honrilla, escribe en la tarjeta:
« Fulana se despide para *Francia.* » —

¡Y tan mal á la España se interpreta
Que la tildan de pueblo *estacionario*,
Comparable á lo sumo con Damieta!

Sin contar tanto viaje involuntario,
Desde junio á setiembre, largo ó corto,
¿Quién no traza en Madrid su itinerario?

Hay quien dice: Esta tarde me trasporto
Del barrio del *Barquillo* al de *Moriana*,
Ya que no puedo á Málaga y Oporto. —

¿Y no vive viajando hoy y mañana
El asiduo parásito que hambriento
Siete mesas invade á la semana?

¿Qué hacen sino viajar á todo viento
Tanta *movilizada* pelanduzca
Y pillos y tahures mas de ciento? —

Basta. Sin duda mi razon se ofusca.
El placer inocente de los viajes
No merece una sátira tan brusca.

Para algo se inventaron los carruajes,
Y á mozas de posada y postillones
No fuera justo cercenar sus gajes.

Mueva pues todo el mundo los talones,
Ya que la humana vida es *transitoria*,
Y si aquí nos da vuelcos y ladrones
Dios arriba nos dé su santa gloria.

—

EL ANONIMO.

Aborto infame de la negra envidia,
Yo te maldigo, *Anónimo* cobarde,
Pérfido aun á tí mismo en tu perfidia;

Que nunca de tu triunfo harás alarde,
O dejas de existir si el hondo arcano
Ve á tu pesar la luz temprano ó tarde.

¡Y Dios permite que felon villano
Con ingrata labor la pluma fuerce
Contra el usado giro de la mano!

Mas quien péñola y mano así retuerce
Harto muestra el atroz remordimiento
Con que su industria tenebrosa ejerce.

¡Triste el placer que nace en el tormento!
¡Miserable el artífice que duda
Si le herirá rebelde el instrumento!

Con estéril afan trasnocha y suda;
Y en calma yace el indefenso blanco,
¡Y él tiembla al disparar flecha sañuda!

Si la cara mostrase al aire franco
Pudiera ser que, en pago del insulto,
Del brazo aleve se quedase manco.

Bien hace si no fia en el indulto;
Mas ni en el mal que avieso premedita
Deleitarse podrá guardando el bulto:

Luego es traicion inútil y gratuita
La suya, y revolcándose en el cieno
El reptil de mas noble se acredita;

Que cuando muerde descuidado seno
Suya es la lengua al fin con que iracundo
Filtra en la humana sangre su veneno;

Y tras de un picotazo da el segundo,
Y en buena lid la indignacion arrostra
De quien puede aplastar su cuerpo inmundo.

¡Hombre que hoy se empareda cual la ostra
Para herir á mansalva á un individuo,
Mañana ante sus piés la frente postra;

Y torpe histrion y adulador asiduo
Mientras aguza el ponzoñoso dardo
Mendiga de sus platos el residuo!

Por dicha ya el *Anónimo* bastardo
Tanto su filo embota con el uso
Que semeja á la espada de Bernardo.

Si uno al leerlo se acongoja iluso,
Arrojándolo al sucio basurero
Ciento se mofan del libelo intruso.

No en dar con un papel tósigo fiero
El ocio engaña, no, quien fuerza y brío
Tiene para asestar golpe certero.

Mas tal á quien no da calor ni frio
De enemigo tan cauto en su ojeriza
El necio y jactancioso desafío;

Tal á quien no acobarda una paliza
Mientras solo en torcidos caractéres
Su adversario traidor la simboliza,

Si indigno soplo amarga sus placeres,
Tiembla y en cada informe garrapato
Le punzan mil agudos alfileres.

¿Quién duerme en paz si en suculento plato
Teme que seducido el cocinero
Le aderece un funesto asesinato?

¿Quién si le obliga el delator artero
A confundir misántropo y adusto
Al amigo falaz con el sincero?

Poetas que inventais á vuestro gusto
De las Danáides el botijo roto,
Y el potro, que no lecho, de Procusto;

Los que movido habeis tanto alboroto
Con el buitre que saja á Prometeo
En presencia de Láquesis y Cloto;

Decidme si no es digno de Leteo
El horrible suplicio de que os hablo...,
Amen del real que cuesta en el correo.

¡Y el *Dante* te olvidó siendo del diablo
Obra maestra, *Anónimo* precito!
Vale todo un infierno este vocablo.

¡Y no hay ley que prevenga tal delito!
¡Y no hay para el bribon que lo perpetra
Un asno, una coroza, un sambenito!

Portador de un embuste en cada letra,
Mas daño hace tal vez que guerra ó fuego
En la casa infeliz donde penetra.—

«Podré ahuyentar su dicha y su sosiego,»
Diría un embozado libelista,
Si osara hablar; «mas ¿con embustes? Niego.

»Larga es de los *Anónimos* la lista
En que se miente á roso y á belloso,
Mas yo de la verdad sigo la pista.

»Decirla es sin embargo peligroso,
Y al débil, si el *Anónimo* condenas,
Entregas á merced del poderoso.»—

¡Error! Ni aquí, ni en Roma, ni en Atenas,

Ni ayer,ni hoy, ni jamás el oprimido
Ha roto con pasquines sus cadenas;

Que, ó no llegan del déspota al oido,
O entre el fausto y la crápula insolente
Los sentencia al desprecio y al olvido.

Pregunta á aquel esgüízaro valiente
Que de *Gésler* el gorro escarneciendo
El yugo sacudió de Austria potente;

Pregunta al siciliano que tremendo
Al resonar el consabido salmo
Hízole coro con marcial estruendo;

Y á aquel que, convertido por ensalmo
De idiota en héroe, al violador Tarquino
No dejó del imperio un solo palmo;

Pregúntales si *Anónimo* mezquino
El arma ignoble fué con que su diestra
Abrió á la libertad ancho camino.

Cuando á la luz del cielo no se muestra,
La verdad, hija suya, se denigra.
O calla, ó sal osado á la palestra.

No la ama, no, quien vergonzante y pigra
La arrastra por vereda tortuosa
Pensando en si peligra ó no peligra.

La verdad *verdadera* es animosa,
Manteos de murciélago rehusa
Y á la escuela no va de la raposa.

¡Pícaro siglo que de todo abusa!
Su faz ostenta la procaz mentira,
¿Y la santa verdad irá á la *inclusa*?—

«Pero el amor del bien tal vez inspira
Esa cautela que tan rudo acento
Hoy arranca á las cuerdas de tu lira.

»Tal vez una verdad dicha con tiento
Excusa al hombre honrado una desgracia
Y consigue de un tuno el escarmiento.

»¿Culparás que mi *anónima* eficacia
De un contador voraz liberte al fisco
Por él robado con impune audacia?

»¿No quitaré la máscara á Francisco,
Que siendo un malhechor de tomo y lomo
Ve alzar á su *virtud* un obelisco?

»¿He de sufrir que el cándido Geromo
Tanto alabe á su *púdica* consorte,
Si sé que se la pega y cuándo y cómo?»—

¡Oh! ¿Y sabes si denuncias en la córte
Las rapiñas de lobo *financiero*
A quien un tanto cobra del importe?

Si el pueblo á algun malvado trapacero
Estatuas funde y monumentos labra
Cual Roma un dia á Tito y á Severo,

Calla y déjalo estar, hijo de cabra,
Que hoy á un ídolo humilla el incensario...
Y mañana con él le descalabra:

Y, pues que tenga alguno es necesario,
Quizá en el cambio pierda mas que gane
Si Juan releva á Pedro en el santuario.

Y ¿qué te importa á tí, cabeza inane,
Que, aunque la suya acuse á don Sempronio,
Con su ventura conyugal se ufane?

Pues ¿no ves, amanuense del demonio,
Que ó da golpe cruel ó golpe en vago
Quien se mete á infernar un matrimonio?

O sabe ó no un marido que el halago
De su mujer le usurpa un mozalbete
Mientras él hace viajes á Buitrago:

Si lo sabe, — y de diez lo saben siete,—
Pierdes papel y tiempo; si lo ignora,
Le asesina tu *anónimo* billete.

Al abrir él los ojos en mal hora
Caerá de su beato paraíso...
¡Y no se enmendará la pecadora!

Que rete á su rival será preciso;
No sin pena tal vez, porque es amable
Si los hay en el mundo el don Narciso.

Y como barco sin timon ni cable
En mar bravío, sin defensa ¡oh grima!
Su busto entrega al enemigo sable;

Que él lego y el galan docto en la esgrima,
Bien puede ser que, amen del cornificio,
Horrendo chirlo en la nariz le imprima.

Y enredado en los trámites de un juicio
Él sufrirá la pública chacota
Antes que ella la pena de su vicio.

Y en vano, en vano su indeleble nota
Pretenderá borrar el desdichado
Con autos de la Audiencia ó de la Rota.—

«Dias ha con el dedo señalado,
A jovial cuchicheo daba asunto
En teatro y café, tertulia y Prado.» —

¿Y qué? La misma mella que á un difunto
Le hacía, venturoso en su ignorancia,
Servir de mofa al universo junto.

Tal vez con inocente petulancia,
Satirizando él mismo á sus cofrades,
Convertía las pullas en sustancia.

Cuando de error tan dulce le disuades,
A pretexto de hacerle un beneficio
Cometes la mayor de las maldades.

¡Ay! ¿no es triste merced, flaco servicio
Excitarle á dudar si el predilecto
Benjamin es auténtico ó ficticio?

Lo oyes clamar con paternal afecto:
«¡Qué mono! ¡Un serafin!... ¡Hé aquí mi obra!
¡Su rostro no desmiente al arquitecto!»

¿Y no te duele su mortal zozobra
Si por tí descubierta la maraña
Pierde esa fe que nunca se recobra?

Es caridad ¡por Cristo! bien extraña
Hacerle ver que le semeja el niño
Cual se parece un huevo á una castaña.

Ni á lastimarme del *papá* me ciño.
¿No consideras que el muchacho tiene,
Si uno en el nombre, dos en el cariño?

No un soplo que sus dias envenene
Saque por tu oficiosa tontería
De su dichoso engaño al pobre nene.

¡Ay! De rubor su frente no cubría
Amando al sandio padre putativo,
Que su puro candor salvo le hacía.

Pero, ¡trocar por él, chivo ó no chivo,
Otro que, aunque en secreto lo declare,
Por tal no consta en parroquial archivo!...

Y, como el hombre al fin no es el que pare,
Caviloso quizá no le prohije
Y en su triste orfandad le desampare.

Con harta causa el mísero se aflige.
Ayer ¡oh peripecia! tanto mimo;
Y hoy ¿á quién colgaremos este dije?—

Vuelvo al *papá* y el vástago suprimo.
¿No tiemblas al pensar que el sustituto
Era tambien su tutelar arrimo?

¿Qué olivar ni qué viña dió mas fruto
Al sudor del colono que su boda?
¿Por qué llegó á intendente siendo un bruto?

¿Quién hizo de su casa una pagoda,
Con tanta y tanta ofrenda enriquecida,
Y á su mujer la reina de la moda?

«¡Ay, dirá con conatos de suicida,
Confunda Dios al temerario amigo
Que rasguñó esta carta aborrecida!

»¿Qué le hice yo para chocar conmigo?
Abrevado de penas y sonrojos
De culpa ajena sufriré el castigo.

«Si es tarde ya para poner cerrojos
A mi robado honor, ¿por qué la venda
¡Solo para llorar! rompen mis ojos?»

O bien, siguiendo la trillada senda
Al chisme y al chismoso hará una higa
Por no perder tan cómoda prebenda.

Así, menguado fruto de tu intriga
Siempre habrás de sacar, pues es forzoso
Que el lector te desprecie ó te maldiga.—

¡Quién te dijera que instrumento odioso
Fuese, oh Cadmo, á un traidor de vil ralea
El arte que inventaste prodigioso!...

¡Y aun quieres achacar accion tan fea
A falso amor del bien! Mientes, canalla:
No cabe en tí tan generosa idea.

Cuando tu falsa indignacion estalla
Contra aquel aduanero que escamota
Cien fardos de tabaco y de quincalla,

Su vacante codicias, mal patriota,
Y no el bien del Estado te propones
Sino agotar la mina que él explota.

Al poderoso injurian tus renglones
Porque acaso anhelaste su privanza
Y él te echó de su casa á puntillones.

Bajo, vil y soez en tu venganza,
Denuncias la flaqueza de Belisa
Porque frustró tu lúbrica esperanza;

Y osado fuera un hombre de tu guisa
A vulnerar con falso testimonio
Timbres de Porcia y lauros de Artemisa.—

Otra vez y otras mil dóite al demonio,
Sierpe de tinta, *anónimo* libelo,
Y quien no te abomine es un bolonio.

Arte que no inventara ***Machiavelo***,
Yo á las mayores plagas te comparo
Que fulmina la cólera del cielo.

Impalpable, invisible, el gesto avaro
Tu ruin adepto esconde; y ¿qué sibila
Nos dirá si es Crisóstomo ó Genaro?

Así hasta Gibraltar desde Manila
Vuelva en miasma sutil hórrida peste
Que jóvenes y viejos aniquila:

Así el céfiro blando del Oeste
Súbito cede al ímpetu del Noto
Que á conjurar no basta el arcipreste:

Y así, en fin, por sendero oscuro, ignoto,
Mientras incauto el hombre se solaza,
Lleva su sorda zapa el terremoto
Que ciudades y montes despedaza.

OCTAVAS.

EL TABACO.

Canten otros el *Nabo* y la *Judía*,
Cantar que tiene, á fe, cuatro bemoles;
Lleve otro su poética manía
Hasta el extremo de cantar las *Coles;*
Cante alguno mañana ú otro dia
La gloria del arroz con caracoles;
Mas con permiso yo de *Horacio Flaco*
Canto las alabanzas del *Tabaco.*

Si algun bien positivo á España trujo
Nauta atrevido el genovés Colombo,
No el oro fué que Potosí produjo,
No el tostado café que sirve Pombo,
Ni el ave tropical que habla por lujo:
No; ¡nada de eso! O yo soy un zambombo,
O no vino de allá, ¡voto á Dios Baco!,
Mercancía mas útil que el *Tabaco.*

Negro, como el Brasil lo fabricaba
Para arrollarlo en sempiterna soga,
Que dulce al catalan como guayaba
Le parecía cuando estaba en boga;
O en luengo puro, que hace echar la baba;
O en papelillo envuelto como droga,
O quemado en la pipa al modo austriaco,
Inestimable yerba es el *Tabaco.*

Reine la ley, ó el despotismo aleve,
De la santa igualdad él es la escuela.
Fuma el último *quidam* de la plebe;
Fuma el prócer que brilla en carretela.
¿Qué hombre á decir á otro hombre no se atreve:
Hágame usté el favor de la candela?
¿Quién la niega al mas ruin hominicaco?
¡Oh virtud fraternal la del *Tabaco!*

¿Qué importa si los pobres lo consumen
De Virginia ó Kentúqui, á cuarto el puro?
¿Qué importa que otros prójimos lo fumen
Habano rico, la docena un duro?
La calidad ¿qué importa si, en resúmen,
Flojo ó mas fuerte, claro ó mas oscuro,
Barato ó no, por consecuencia saco
Que todo ello es fumar, todo es *Tabaco?*

Un cigarro las fuerzas restituye
Al tostado jayan que cava y suda;
La bota el zapatero no concluye
Si el humo del cigarro no le ayuda;
El letrado con él chupa y arguye,
Y si la gota crónica y aguda
Aflige al sesenton hipocondriáco,
Le alivia, mas que el médico, el *Tabaco.*

Al jugador que pierde su dinero,
Al aguador que rompe su botijo,
En su hondo calabozo al prisionero,
Al reo pregonado en su escondrijo,
Al demente en su jaula, al mundo entero
Es consuelo el fumar. ¡Oh qué bien dijo,
Llámese Pedro ó Juan, Diego ó Ciriaco,
El que dijo: *A mal dar, tomar Tabaco!*

¿Quién no ha visto en presidios y cuarteles,
Cual su hacienda Esaú por un potaje,
Vender á veteranos los noveles,
Tras del último harapo de su traje,
Y aunque sufran despues ansias crueles
Y el estómago hambriento se relaje,
El cotidiano pan negro y bellaco
Para comprar dos onzas de *Tabaco?*

Aunque andrajoso, abigarrado y feo
El soldado español vaya á la guerra
Y tenga que vivir del merodeo
Y descansar sobre la dura tierra,
Porque las corvas uñas de un hebreo
Roban la plata que el Tesoro encierra,
Derrotará al calmuco y al cosaco
Si no le faltan pólvora y *Tabaco.*

Amigo (otros dirían alcahuete)
Es de Amor el *Tabaco.* So pretesto
De encender un cigarro, el mozalbete
A declarar su fin, no siempre honesto,
En el hogar de Filida se mete...,
Aunque se expone á que con agrio gesto,
Si es sorprendido haciendo un arrumaco,
Padre ó rival *le den para Tabaco.*

Y ¡qué es ver á un curillo malagueño,
Después que en Estepona hace el alijo

Y el género cubano ó brasileño
Resguarda del *resguardo* en un cortijo,
Con una mano de su dulce dueño
La cintura estrechar... ¡ay regocijo!...
Mientras tiene en la otra su retaco
Y en la boca la muestra del *Tabaco!*

Y ¡qué es ver sobre el puente de Triana,
A babor y estribor terciado el dengue,
Pasearse la gárrula gitana
Columpiando con brio el *bullarengue*,
Y encendido un chicote de la Habana
Desafiar osada á Dios y al *mengue!*
Movería á un bajel su aire de taco
Y á otro el denso vapor de su *Tabaco*.

Y si tomado en humo por la boca
Da el *Tabaco* momentos tan felices,
¿Qué gratas sensaciones no provoca
Cuando en polvo lo gozan las narices?
Dígalo la abadesa con su toca;
Díganlo mas de tres sobrepellices.
Cura hay que sorberá *sal amoniaco*
Y dirá en su ilusion: ¡Qué buen *Tabaco!*

El segador que viene de Galicia
Flaco vuelve á su tierra como alambre.
Por ahorrar un ochavo — ¡vil codicia! —
Se dejará morir de sed y de hambre.
Solo el *polvo* es su orgullo y su delicia
Aunque en vez de rapé huela á cochambre;
Si siente ver vacío el sucio saco
Si el *fusique* está lleno de *Tabaco*.

Finalmente, el *Tabaco* es cosa grande,
Ya al paladar ó á la nariz se pegue,
Y al que lo niegue, Dios se lo demande,
Si hay algun temerario que lo niegue;
Y sin que humana súplica me ablande
Yo exclamaré *fumando*: ¡Al cielo plegue
Que salga un golondrino en el sobaco
Al que sea enemigo del *Tabaco!*

LETRILLAS.

A LAURA TIRANDO AL BLANCO.

Suelta el arcabuz horrible,
No al lanzar su ronco trueno
Hiera ese mórbido seno
Grata mansion del amor.
A su bárbaro estallido,
Nuncio de muerte y miseria,
Harto las ninfas de Iberia
Se estremecieron de horror.

Contra el galo aborrecido,
Contra la audaz tiranía
Gloria fué, mi Laura, un dia
Gravar el hombro con él.
Entonces fué noble gala
Del español ardimiento:
¡Ay! ya es feroz instrumento
De la discordia cruel.

Bella y gentil es Diana
Cuando en el bosque nativo
Contra el ciervo fugitivo
Lanza su rápido arpon;
Empero ¡cuánto mas bella
Cuando, depuesta la ira,
Amor, solo amor respira
En los brazos de Endimion!

¡Pobre avecilla inocente!
¡Guárdate del plomo airado! —
Laura, en pos del bien amado
Salir del nido la ví.
¿Oyes en la verde rama
Su deliciosa armonía?
Perdónala, vida mia,
Que aprendió á cantar de tí. —

Tiro al blanco inanimado,
Respondes; nací sensible;
Mi pecho es inaccesible
Al odio y la crüeldad. —
Mas si corazon tan tierno,
Oh Laura, en tu pecho mora,

¿Cómo es solo quien te adora
Indigno de tu piedad?

Callas, y la planta afirmas;
Y cual guerrero sañoso
Tiendes tu párpado hermoso
Sobre el hierro matador;
Y el pedernal centellante
La negra pólvora prende,
Y el plomo helado se enciende
Con horrísono fragor.

¡No mas! Tu destreza admiro
Y tu bizarra osadía,
Mas ¡ay! suelta el arma impía
Que inventara la traicion.
Amor las suyas te entrega,
Encantadora zagala,
Y por blanco te señala
Mi abrasado corazon.

—

A LOLA EN SUS DIAS.

Zagales, no es Flora
La reina de Abril.
No ahora
La adora
Su ledo pensil.

Ya es Lola, pastores,
La que impera en él.
De flores,
De amores
Ornad su dosel. —

En vano enmudeces.
¿Podráslo negar?
Mereces
Mil veces
Su trono, su altar.

La cárdena viola
Que brotaba ayer,
Tú, Lola,
Tú sola
La hiciste nacer.

Favonio risueño
Su sopio te dió.
No es sueño,
Mi dueño;
Que Amor lo mandó.

Si tu faz donosa
Se atreve á mirar
No hay rosa
Que hermosa
Se pueda llamar.

Ni Vénus te iguala,
Que la hace gemir,
Zagala,
Tu gala,
Tu dulce reir.

La fuente si á ella
Te agrada llegar,
¡Oh bella!
Tu huella
Quisiera besa.

El ave en la rama
De gayo matiz
Te ama,
Te llama
Su númen feliz.

Por tí de verbena
Ceñido el pastor
Su avena
Resuena
Cautivo de amor.

Y ufana te admira
Cual reina de abril
Mi lira
Que inspira
Tu talle gentil.

—

AMEN A TODOS.

Si á ser cortejo se humilla
Luis de una vieja infernal,
Y aunque murmure la villa
Poco le importa, con tal
Que la bruja le mantenga,
Allá se las avenga.

Si el pico y el azadon
No puede Gil soportar,
Y prefiere ser ladron
Sabiendo que ha de llevar
Calcetines de Vizcaya,
Allá se las haya.

Si, sabiendo don Antonio
Que de olerla se emborracha,
Aunque le lleve el demonio
Apenas ve la garnacha
No hay freno que le detenga,
Allá se las avenga.

Si su casa y su mujer
Deja en abandono Blas,
Y curioso de saber
Lo que pasa en las demás
Está siempre de atalaya,
Allá se las haya.

Si se ha dejado arruinar
Por su mujer don Simon,
Y, en vez de hacerla empalar,
En tirar por un balcon
Lo que ha quedado se venga,
Allá se las avenga.

Si, por un prurito necio
De vestir con mas primor,
No ignorando su alto precio
Vende Juliana el honor
Para comprar una saya,
Allá se las haya.

Si hay hombre que da en reñir
En obsequio de su amada,
Y se expone á recibir
En el pecho una estocada
Por los caprichos de Menga,
Allá se las avenga.

Si en todo quiere dar gusto
A Juana la marrullera
El mentecato don Justo,
Porque teme que se muera
Cuando llora y se desmaya,
Allá se las haya.

Juan no quiere escarmentar
Y gasta su juventud
En hediondo lupanar:
Pues bien, á perder salud,
Dinero y fama se atenga.
Allá se las avenga.

Si á Perico el caprichoso
Que no hay cosa que le cuadre,
Sobre ser ruin y chismoso
Le mima tanto su madre
Que ya pasa de la raya,
Allá se las haya.

Si, creyendo con dulzura
A su mujer corregir,
El bueno de don Ventura
Se contenta con gruñir
Y á palos no la derrenga,
Allá se las avenga.

El señor que á su criado
Se complace en maltratar,
Sin conocer el menguado
Que le puede envenenar
Con una copa de andaya,
Allá se las haya.

Mas que saber y hermosura
Y virtud puede el dinero.
Todo el orbe lo asegura;
Y si hay algun majadero
Que lo contrario sostenga,
Allá se las avenga.

Si don Claudio su tesoro
Fiar al piélago intenta,
Y cuando Aquilon sonoro
Anuncia negra tormenta
No se está quieto en la playa,
Allá se las haya.

Quien posible haya juzgado
Que hambriento administrador
Si no cobra de contado
Sea fiel á su señor
Y de robarle se abstenga,
Allá se las avenga.

Marcos, ridículo y feo,
Casó con Flora divina.
Ella siempre de bureo...
Él remando en la oficina...
¿No es forzoso... ¿Vaya; vaya;
¡Allá se las haya!

—

NO ME CASO.

Que es el mejor estado
Dijo cierto doctor
El casto matrimonio
Si lo bendice Dios.
Pero ¿y si el diablo al mio
Le echa una maldicion?...
Que se case quien quiera:
Yo no me caso; no.

¡Ay, que de todo tiene
La viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
Doctor no se casó.
Por si acaso me sale
Calabaza el melon,
Que se case quien quiera:
Yo no me caso; no.

No bien se casa el hombre
La libertad perdió;
Y á ellas las hace libres
La santa bendicion.
Reciben, entran, salen

Sin riesgo y sin rubor;
Y... *Cásese quien quiera :*
Yo no me caso; no.

Si es la mujer zelosa,
¡Qué mortificacion!
Respirar no te deja
Ni á la sombra ni al sol.
¿Y sabes si sus zelos
Son de orgullo ó de amor?—
Que se case quien quiera :
Yo no me caso; no.

Si infiel...¡Ah! Los cabellos
Se erizan de terror.
¡Y hay tantas de esa laya!
¡Tantas conozco yo!...
Ellas rien y gozan;
Tú pierdes el honor...
Que se case quien quiera :
Yo no me caso; no.

Si al lujo se aficiona,
O á ser *ciervo* de Dios
Te expones, ó la casa
Te echa por el balcon.—
¿Sí? Pues, amigo mio,
Aquí para *inter nos*,
Que se case quien quiera ;
Yo no me caso; no.

Mas doy que humilde sea;
Que sea casta doy;
¿Y si te encuentras luego
Con que come por dos?
¿Y si te sale puerca?—
¡Cielos! Eso es peor.
Que se case un demonio :
Yo no me caso; no.

Si en casa te la dejas,
La hostiga un seductor:
Si al Prado la conduces,
« ¡Qué posma, qué cabron! »
Si al baile, te la soban;
Si á las máscaras, ¡oh!!!...
Que se case quien quiera :
Yo no me caso; no.

Y todo esto no es nada,
Que aun falta lo mejor.
Falta el primito alférez
Que con ella creció;
Falta la suegra adusta;
Falta el cuñado hambron.—
¡Ah! Cásese quien quiera :
Yo no me caso; no.

Luego el preñado viene...
¡Ay Vírgen de la O!
Y el parto; y con el parto
El zafio comadron;
Y la voraz nodriza...
¡Basta! ¡No mas! ¡Qué horror!
Que se case quien quiera :
Yo no me caso; no.

—

EL FEO.

Yo soy muy buen cristiano
Yo soy buen ciudadano,
Yo soy un pobrecillo
Candoroso y sencillo;
Pero con esta cara
Que Dios me dió tan rara
Nada me sale como yo deseo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

La cara, dice el mundo,
Del corazon profundo
Es el veraz retrato;
Y ese mundo insensato
Solo al ver mi figura
Mi alma inocente y pura
Compara al alma del feroz Atreo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Nunca he sido tramposo,
Que es vicio indecoroso;
Mas si para un apuro
He menester un duro,
Jamás hallo una puerta
A mis ruegos abierta.
En vano pido, en vano pordioseo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Si un lindo sin sustancia
Suelta una extravagancia,
¡Oh cómo aplaude Julia
Y toda la tertulia!—
Yo digo una agudeza,
Y exclaman: ¡Qué simpleza!
¿Quién le mete á gracioso á ese Asmodeo?
¡Ay desgraciado del que nace feo!

A Pedro da esperanzas,
A Juan mimos y chanzas,
A Diego... En fin, á trece
Versátil favorece
La coquetuela Marta;
Y á mí me da... una carta
Para que vaya á echarla en el correo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

En la calle un cualquiera
Me disputa la acera;
En casa, siendo el amo,

No acuden cuando llamo.
¿Pretender? Tararira.
Confianza no inspira
Este rostro fatal para un empleo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Al entrar yo en la fonda
Rien á la redonda
Ocho trastos ó nueve,
Y el mozo se me atreve,
Y los peores platos
Me sirve, y no baratos;
Que yo soy algun pária á lo que veo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Si hay de noche camorra
Por culpas de una zorra,
Y yo por un acaso
¡Triste! me encuentro al paso,
El agresor escapa;
Y la ronda me atrapa;
Y me mira... No hay mas: yo soy el reo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Si un fraile, — esto no es mofa, —
Furibundo apostrofa
Al pecador precito,
Aunque pueblo infinito
Le oiga en la augusta sala,
Solo *á mí* me señala
Cuando acudo al sermon del jubileo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Yo busco al cirujano,
Yo sudo, yo me afano
Si pare mi comadre.
El esposo y el padre, —
No siempre es uno mismo, —
Me encargan del bautismo...
Y no cato los dulces del bateo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

Soy mas feo que Pício,
Y es mi mayor suplicio
Gustar de la hermosura.
Si al fin por desventura
Acepta alguna bella
Mi amor, ¡tal será ella!
Capricornium me fecit: lo preveo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

—

¡PACIENCIA!

Hijo nací terceron
De un hidalgo pobreton,
Y si la fiebre amarilla
No barre media Castilla
No espero ninguna herencia.
¡Paciencia!

¿Se vende una obrilla mia?
Nadie va á la librería.
A título de amistad
Me la piden... Es verdad
Que alaban luego mi ciencia.
¡Paciencia!

¿Imploro la proteccion
De algun grave señoron?
No hay mus: inútil empeño.
¡Oh! Pero me habla risueño
Y me apea la excelencia
¡Paciencia!

¿Qué puedo dar á mis damas?
Sonetillos y epigramas.
Llega un cafre, rueda el oro,
Y me deja el bien que adoro
A la luna de Valencia.
¡Paciencia!

Si presto, nadie me paga,
Que es mi suerte muy aciaga:
Si me veo en un apuro
Y llego á pedir un duro,
Me dan... una reverencia.
¡Paciencia!

¿Viene á convidarme Blas?
No me halla en casa jamás;
Y es fijo que ha de encontrarme
El que venga á molestarme
Con alguna impertinencia.
¡Paciencia!

El cielo anuncia tronada;
Saco paraguas;... no hay nada:
No lo saco;... y aquel dia
Un diluvio nos envía
La Divina omnipotencia.
¡Paciencia!

Si voy á un baile me atrapa
Algun ratero la capa;
Llego helado á mi portal;
Llamo; no me oye Pascual,...
Y me quedo á la inclemencia.
¡Paciencia!

Te aconsejo como amigo:
No viajes, Fabio, conmigo,
Que en gran peligro te pones.
Si no te asaltan ladrones,
Volcará la diligencia.
¡Paciencia!

No aborrezco el matrimonio;
Pero mi suerte..., el demonio...

No, no me caso. ¡Arre allá!
Porque mi dote será
Tras de cuernos penitencia.
¡Paciencia!

—

LA LETRILLA OBLIGATORIA.

Vaya, que es faena
Que me causa pena;
Vaya, que es muy duro,
Vaya, que es apuro
En cada semana —
¡Jesus, qué polilla! —
Con gana ó sin gana
Dar una *letrilla.*

A una pluma seria
Hoy sobra materia.
¿Quién no hace un orondo
Discurso *de fondo?*
Y si escribe en gringo,
¡Oh qué maravilla!
Mas ¡cada domingo
Dar una *letrilla!...*

Uno al ministerio
Lanza un improperio;
Otro le defiende.
¿Quién de esto no entiende?
Pero yo pregunto:
¿Da alguna cartilla
Cada dia asunto
Para una *letrilla?*

Con cuatro renglones
En guerras civiles
Mover las pasiones
De pueblos á miles
No es gran diplomacia,
Cosa es muy sencilla;
Mas no el hacer gracia
Con una *letrilla.*

Poética vena
No siempre está llena.
A veces no sopla
Ni una mala copla
El númen febeo,
Y de carretilla
Si está de bureo
Sopla una *letrilla.*

Si falta el contento,
Al mayor talento
Que cítara pulsa
Talía repulsa;
Y entonces en vano
La córte y la villa
Le dan barro á mano
Para una *letrilla.*

La pide la imprenta
Con sal y pimienta.
Si á Pedro no hiere
Diego no la quiere:
Pedro se arregosta,
Pero Diego chilla.
¡Ay, á cuánta costa
Se hace una *letrilla!*

No falta quien piensa
Que le haces ofensa,
Y tal no soñaste:
Y en tanto ¡oh contraste!
A algun infelice
Clavas banderilla
Que al leerla dice:
«¡Donosa *letrilla!*»

Y alguno en su pecho
Juzga que es bien hecho
Lo que luego impugna,...
Porque le repugna,
Si el autor paciente
No es de su pandilla,
Decir francamente:
«Buena es la *letrilla.*»

Y al fin ¿qué adelanta
Mi cólera santa,
Si nadie se enmienda?
Y á mí ¿que prebenda,
Como á otros cofrades,
Me dan en Castilla
Por decir verdades
En una *letrilla?*

Dejar tal resabio
Sería mas sabio,
Y que libre y sola
Rodase la bola,
Que arrostrando luego
Mas de una rencilla
Perder mi sosiego
Por una *letrilla.*

Mas ya que mi signo...
Contrario ó benigno,
Que esto no lo inquiero,
Me hizo cancionero,
Y me dió este flujo,
Y esta comidilla,
No he de ser cartujo:
Vaya otra *letrilla.*

Y vuelta á la *Abeja*
Con mi moraleja;

Pues, mal de mi grado,
Hasta el mismo enfado
De que hoy me lamento
Como un taravilla...
Me ha dado argumento
Para una *letrilla.*

—

ME CASO.

Harto estoy, viven los cielos,
De andar á salto de mata.
Aunque dé con una ingrata,
Y mas que rabie de zelos,
Y haga en Madrid el payaso,
Esto es hecho. *Yo me caso.*

Se me atreve la fregona;
Me calumnia la tendera;
Me roba la lavandera;
Me cuida mal la patrona;
Y eso que nada le taso.
Está visto. *Yo me caso.*

No hay gozo para un soltero
Sin afan, sin inquietud.
Hoy naufraga su salud,
Y mañana su dinero:
Y pues ya de niño paso,
Decidido estoy. *Me caso.*

Si soy después de las bodas
Lo que otros... ¿cómo ha de ser!
Me engañará una mujer;
Pero ahora me engañan todas.
¡Oh! quiero apurar el vaso
De una vez. Ea, *me caso.*

No me la echará de monja,
Al menos, mujer ya mia,
Ni estudiaré noche y dia
Frases de necia lisonja,
Suspiros de Garcilaso.
¡Nada, nada!... *Yo me caso.*

¿No es mejor con mi consorte
Dormir como Dios me manda,
Entre sábanas de holanda,
Sin temer al Sur ni al Norte,
Que pasar la noche al raso
Por una...? ¡Zape! *Me caso.*

Mas me dicen los vecinos:
«¿Y el hijo que ensucia y llora?» —
¡Qué! ¿no estoy lidiando ahora
Con un ciento de sobrinos
Que devoran cuanto amaso?
¡No mas sobrinos! *Me caso.*

—

ESTA PERDIDA LA SOCIEDAD.

Yo tengo una alma
Como un volcan;
Yo mis pasiones
No sé domar;...
Mas la justicia,
Mas la moral
A cada paso
Siento invocar. —
Está perdida
La sociedad.

Mujer casada
Quiero sitiar,
Ciego al hechizo
De su beldad. —
¡Ah! no, me dicen
Que en el altar
Prenda la hicieron
De otro mortal. —
Está perdida
La sociedad.

Amor no debe
Reflexionar
Si hay ó no fueros
De propiedad,
Mas si propalo
Máxima tal,
A los Toribios
Me enviarán. —
Está perdida
La sociedad.

¡Y aun en el siglo
Maridos hay
Que no consienten
Ningun rival!
¿No ven que solos
Sucumbirán
Al férreo yugo
Matrimonial? —
Está perdida
La sociedad.

Sansimoniana
Mi caridad
Las viñas todas
Quiere esquilmar.
Entre en la mia
Cualquier truhan...
Cuando la tenga:
¿Puedo hacer mas? —
Está perdida
La sociedad.

Porque mis triunfos
Suelo contar,

Y aun los que sueño
Doy por verdad,
Y porque feo
Soy, además,
Me huyen las bellas
Como á Satan. —
Está perdida
La sociedad.

Gasto en placeres
Un dineral;
Mas, como renta
Dios no me da,
Pido prestado :
¿No es natural?
Pero el que presta
¡Quiere cobrar! —
Está perdida
La sociedad.

¡Y un sastre, cielos,
Un menestral
Me hostiga impío
Por aquel frac!
¡Vil! Yo le he dado
Celebridad.
Sin mí ocupara
Sucio portal. —
Está perdida
La sociedad.

Por este flujo
De criticar
A muchos privo
De honra y de paz;
Mas con donaire,
Con mucha sal,
Mucha. ¡Y me llaman
Bicho mordaz!...
Está perdida
La sociedad.

Mucho te elogian,
Santa amistad;
¡Y no hay amigos
Que quieran ya
Sacrificarme
Su voluntad,
Y sus amores
Y su caudal!...
Está perdida
La sociedad.

—

EL TABACO.

No hay cosa como el tabaco.
¡Oh, bien haya el primer saco
Que allá de region extraña
Tal regalo trujo á España!
Con mas gozo lo consumo
Que el moscatel y el aloque,
Sea en polvo, ó sea en humo.
Soy tabaquista *in utroque*.
Para abrir el apetito,
¡Vaya un polvito!
Después de apurar el jarro,
¡Venga un cigarro!

Segun yo alcanzo y discurro,
El tabaco como el burro,...
Con perdon sea del nombre,
Son los amigos del hombre.
¡Éntrele usté á don Servando
Que toma á pasto el rapé!
Como el triunfo de su bando
Para él es cosa de fe,
Dirá aunque dé en el garlito,
¡Vaya un polvito!

Y para eso de fumar
Nadie como un militar.
¡Y al tabaco llaman vicio!
Él le alienta en el servicio;
Con él corre á la victoria
Si hay un jefe que le guíe
Por la senda de la gloria,
Y exclama cuando se engríe
Contando el triunfo bizarro,
¡Venga un cigarro!

El rapé en dorada caja
Para un ministro es alhaja.
Si el viento sopla feliz,
Sorbe ufana su nariz;
Aunque se duerma en el ocio
El polvo le da opinion;
Con él hace su negocio,
Y si acerba oposicion
Le condena á voz en grito,
¡Vaya un polvito!

No importa que un general,
Sin dar batalla campal,
Pierda su tropa y su honor...,
Como él sea fumador.
Lejos del fiero enemigo,
En segura caravana
Siempre llevará consigo
Ricos puros de la Habana;
Y mientras triunfa el navarro,
¡Venga un cigarro!

¿Y sin el polvo frecuente
Cómo á tanto penitente
Daría audiencia un vicario
En hondo confesonario?

Si del crímen en el lodo
Un pecador le horroriza,
Polvo y *á Roma por todo;*
Si beata asustadiza
El rostro asoma contrito,
¡Vaya un polvito!

Antes renunciara al sol
Que al tabaco un español.
Él fomenta su desidia,
Digna par cierto de envidia.
Fuma, se hace el remolon,
Y á todo dice: *¿qué importa?*
Y no le falta razon,
Porque la vida es tan corta...
Ruede como quiera el carro.
¡Venga un cigarro!

Y ya las hembras tambien
Toman polvo á *tutiplen;*
Y mas de una pesadumbre
Les ahorra esta costumbre.
Así, en medio de sus quejas
Contra el hombre y su falsía,
Cuando llegaren á viejas
Podrán decir todavía:
«¡El Señor sea bendito!
¡Vaya un polvito!»

¿Quién al primero que llega
Un polvo, un cigarro niega?
¡Oh comercio el mas social!
¿A quién no haces liberal?
Mas de una fortuna loca
Por un polvito comienza;
¿Y con un puro en la boca
Dónde hay temor ni vergüenza?
¡Oh qué placer infinito!
¡Vaya un polvito!
¡Pase la bota!
¡Aire á la jota!
¡Suene el guitarro!
¡Venga un cigarro!

—

La risa de una mujer
Tiene mucho que entender.

Cuando rie una doncella
Candorosa como bella,
Que aun no ha sentido el arpon
De ese que llaman dios niño,
Y solo en su corazon
Alberga filial cariño,
Vence en fragancia á la rosa;
Es grata, es suave, es hermosa
Mas que la aurora al nacer
La risa de una mujer.

Cuando con rostro halagüeño
Por primera vez su ceño
Depone vírgen amante,
Y consigo misma en guerra
Mira á su bien, y al instante
Los ojos clava en la tierra,
Y su labio de alelí
Pronuncia riendo un sí,
¿A quién no hará enloquecer
La risa de una mujer?

Cuando con risa y retozo
Muestra á Leonardo su gozo,
Catalina es hechicera;
Mas si mudando el teatro
Recibe de igual manera
A tres galanes ó cuatro,
Al conocer su falsía
Don Leonardo y compañía
¿Les dará mucho placer
La risa de una mujer?

Cuando achacando á modestia
El silencio de una bestia
La digo acentos de amor,
Y la hija de una cabra
Rie como un aguador
Sin responderme palabra;
Y me acerco, y es tan burra
Que rie mas y me zurra...
Es cosa de aborrecer
La risa de una mujer.

La risa de niña hermosa
Siempre es risa deliciosa,
Y es su donaire infinito,
Es la octava maravilla
Si al reir forma un hoyito
Al lado de la barbilla;
Mas cuando rie una fea
¿Qué ha de decir quien la vea?
Que es risa de Lucifer
La risa de una mujer.

¡Oh! La risa femenina
Es á veces una mina.
Díganlo los que por ella
Suelen medrar en el mundo.
Marido de Anarda bella,
¿Por quién se ve don Facundo
En los cuernos de la luna?
¿Quién le dió tanta fortuna
Siendo un miserable ayer?
La risa de una mujer.

—

LA FERIA DE MADRID.

¿Qué es eso? Ahora sale el sol,
Altivo como español;
Ahora asustado se esconde,
Sin saber cómo ni dónde;
Ya me seco; ya me mojo;
Ya con el calor me abraso
Y la levita me aflojo;
Ya de frio me traspaso
Cual si me hallara en Siberia. —
¡Ah! Vaya... Es tiempo de *feria.*

Costumbre es en los diarios,
No de un prójimo, de varios
Sacar los trapos al viento
Con donoso atrevimiento.
Hoy por plazuelas y calles
Todo es trapos en Madrid.
Los hay de modernos talles:
Los hay del tiempo del Cid...
Los anales de la Iberia
Vende Madrid en su *feria.*

Muñecos en mil tenduchos...
Y viéndolos otros muchos;
Regatones que vocean;
Pirujas que petardean;
Allí carcomido un trasto;
Mas arriba á dos manolas
Paga un galopin el gasto
De azofaifas y acerolas,
Y los tres con disenteria
Se retiran de la *feria.*

Al peso allí, como el plomo,
Se vende el bárbaro tomo
De sendas majaderías
Que tituló *poesías*
Un ingenio encanijado.
Allá en monton poligloto
Ruedan *Marco Tulio* roto,
Cervantes descabalado,
Tasso lleno de laceria...
¡Y á real los dan en la *feria!*

Allí vende mi criado
La ropa que me ha robado.
Allí están á la vergüenza
Los colchones de Lorenza,
Que si supieran hablar
Dirian sierpes y sapos: —
Pero yo no he de callar
Que la tal tiene otros trapos
Con que puede dar materia
Para enriquecer la *feria.*

La espada allí de un *valiente*
Se vende al precio corriente,
Y detrás en el rincon
Vende un *sabio* su opinion.
Y aquí ¿qué venden? — Amigos. —
¿Y allí? — Empleos. — ¿Y allá? —
Fama. —
Y allá ¿qué compran? — Testigos. —
¿Y aquella dengosa dama
Que se pasea tan seria? —,
Tambien se vende en la *feria.*

¡Qué de pobres en el lodo
Se abren paso con el codo,
A tiempo que con su moza
Pasea en áurea carroza
Alguno que andaba antaño
Mezclado con esa plebe,
Y, mal adquirido, ogaño
Su lujo á insultar se atreve
A la pública miseria!...
¡Oh mundo! ¡Oh Madrid! ¡Oh *feria!*

—

EL BRASERO.

Dirán que soy friolero;
Que soy un cierzo, un enero;
Pero
Júrole á usted por mi honor
Que no hay un mueble mejor
Que el *brasero.*

Si el termómetro requiero,
Apunta dos bajo cero;
Pero
Del termómetro me rio,
Que me preserva del frio
Mi *brasero.*

Si está el carbon muy entero,
Me da un tufo que me muero;
Pero
Se echa un cuarto de alhucema
Y no hay quien el tufo tema
Del *brasero.*

Fama cual otros no espero
Revolviendo el mundo entero;
Pero
Me bebo alegre una azumbre
Mientras revuelvo la lumbre
Del *brasero.*

Y asando estoy con reposo
En las ascuas un hermoso
Pero,
Mientras se quema la pata
Y huye bufando la gata
Del *brasero.*

No tengo un gran cocinero
Ni mesa del alto clero;
Pero
Como á gusto en la tarima
Que suelo poner encima
Del *brasero*.

Es mueble antiguo, somero,
De mal tono, chapucero;
Pero
A toda la vecindad
Me reune en sociedad
El *brasero*.

La chimenea ya infiero
Que da mayor reverbero;
Pero
Inspira mas confianza,
Mas intimidad la usanza
Del *brasero*.

Es el pudor muy severo
De la muchacha que quiero;
Pero
¡Qué delicia! alza la ropa
Por no quemarla en la copa
Del *brasero*.

Y aguarda, que en el tintero
Me dejo el mas lisonjero
Pero:
¡Los hurtillos que consiente
La *camilla* confidente
Del *brasero!*

—

LOS INOCENTES.

Anda con tiento, Bernardo,
No te suceda un petardo.
Tu inocencia sobrehumana
Es asombro de las gentes,
Y hacen su gasto mañana
Los *Inocentes*.

¡Guarda! Si prestas un duro
No lo cobras; ¡de seguro!
Y hay mil lazos, mil garlitos...
Ya se ve; tantos pacientes...
En Madrid son infinitos
Los *inocentes*.

No solo el niño de teta
Y la monja recoleta
Contenta con su cilicio,
Y los míseros dementes,
Y los bobos de *ab initio*
Son *inocentes*.

El viejo cascado y chocho
Que con niña de diez y ocho
Se casa, es digno de premio,
Y lograrán sus suplentes
Que le admitan en el gremio
Los *inocentes*.

Las que esperan mas de un año
La boda ó el desengaño,
Y leyendo con anhelo
Las cartas de los ausentes
En ellas ven su consuelo,
Son *inocentes*.

Los que piensan que es puntual
El reloj del hospital,
Y que es vino de Champaña
Sin extraños ingredientes
Todo el que consume España
Son *inocentes*.

Mal actor, mis lindos versos
En tu boca son perversos.
¡Bárbaro! De dos en dos
Los destrozas con tus dientes.
¡Por Dios, ten piedad! ¡Por Dios!...
¡Son *inocentes!*

Esos hombres de cachaza
Que no gritan en la plaza
Por modestia ó por rubor,
Y se echan á pretendientes
Sin intriga y sin favor,
Son *inocentes*.

Y si á la Bolsa te arrimas,
La baja, el alza, las primas...
¡Don Froilan todo lo traga!
Mas ¿qué anuncian los agentes? —
¡Que ha quebrado! — ¿Y quién lo paga? —
¡Los *inocentes!*

—

Quien bien te quiera
Te hará llorar.

Decía el dómine
De mi lugar
Cuando zurraba
¡Zis, zis, zas, zas...!
Al niño rudo
Y al holgazan:
« A esto me mueve
Tu bienestar:
Así algun dia
Sabio serás.
Quien bien te quiera
Te hará llorar. »

A cierto prójimo,
Seis dias ha,
Un cirujano
De calidad
¡Ay! una muela
Le fué á sacar...
¡Y la quijada
Salió detras! —
«¿Duele? No importa.
Ya pasará...
Quien bien te quiera
Te hará llorar. »

Cierto cuadrúpedo...,
¿Lo acertarás? —
Tiene tal modo
De enamorar,
Que su infelice
Cara mitad
Si sus caricias
Llega á probar
Aturde á gritos
La vecindad.
Quien bien te quiera
Te hará llorar.

¡Y cuántos bárbaros
Maridos hay
Que como el gato
Suelen amar!
Mas si afligida,
Sin libertad,...
Se cansa alguna
De ser leal,
Comun á entrambos
Será el refran:
Quien bien te quiera
Te hará llorar.

¡Ay, cuántos Hércules
Te abrazarán
Que con los brazos
Tiran á ahogar!
¡Y cuántos Judas
Te venderán
Dando á tu rostro
Pérfida paz!
Tal es el mundo,
Jóven Pascual.
Quien bien te quiera
Te hará llorar.

Yo, menos cándido,
Mas ducho ya,
Tales cariños
Doy á Satan.
¿*Quien bien te quiera*
Te hará llorar?...
Miente el proverbio;
Miente: no hay tal.
Lo que yo digo
Sí que es verdad:
Quien bien te quiera...
No te hará mal.

—

¡REVOLUCION!

No nos cansemos;
¡Qué!... no, señor.
Si ha de salvarse
Nuestra nacion,
Fuera sistemas:
Todo es error.
Solo hay un medio.
¡Revolucion!

Ya el Estatuto
Nos redimió,
De augusta reina
Gratuito don.
Si algo le falta,
Las Córtes... — ¡No!
Mejor es una
Revolucion.

Si la templanza
No te agradó,
Ahora que reina
La exaltacion... —
Ni los de antaño,
Ni los de hoy:
Ni erres, ni haches.
¡Revolucion!

Ya. Tú quisieras
Nuevo vigor
Dar á la antigua
Constitucion;
Y aunque la pobre
Ya va de dos
Que... — No. Yo quiero
Revolucion.

¡Cuán majestuoso
Relumbra el sol
Tras del nublado
Que da pavor!
¡Qué paz, qué dicha,
Pueblo español,
Tras de agitada
Revolucion!

Con un bautismo
De sangre, atroz,
Se purga España;
Y entonces ¡oh!...

¿Y entrar no temen
En el crisol
Los que desean
Revolucion?

¿Y no sería
Mucho mejor
Paz que no diezme
La poblacion? —
¡Si no es posible!
¡Si es de rigor
La consabida
Revolucion!

Confianza, tropas,
Resignacion,
Hilas, dinero,...
¡Todo lo doy!
¿Qué mas de Iberia
Quereis? ¡Gran Dios! —
Queremos que haya...
Revolucion.

¿Y ha sido floja
La que se armó
Desde la muerte
De aquel Borbon?
¿O el cielo acaso
Nos decretó
Cada mes una
Revolucion?

¡Hablemos claros!...
Tanto fervor
Es porque el puesto
Que Juan logró,
Compadre Curro,
Queréislo vos.
¡Oh qué gloriosa
Revolucion!

EL VERANO DEL POBRE.

« ¡Oh, qué gloria de verano!
Este es el tiempo del pobre.
El campo produce ufano
Para que á todos nos sobre.
El sol, primera deidad
Que el hombre absorto bendijo,
Brilla con tal majestad...
¡Qué regocijo! »

Así se explicaba un sabio
Con magistral continente.
Yo, por no hacerle un agravio,
No responderé que miente;
Pero el buen hombre, á fe mia,
No supo lo que se dijo
Cuando en verano decía:
¡Qué regocijo!

Si él suda, y el amo agarra,
¿Qué es á un cuitado el agosto?
¿Verá con gozo la parra
Si no ha de catar el mosto?
¡Haré yo buena barriga
Mientras remando me aflijo
Con que un filósofo diga:
¡Qué regocijo!

Déme una quinta frondosa
Que del calor me preserve,
Y baño en agua de rosa
Cuando la sangre me hierve,
Y una carroza en que vaya
A la córte y al cortijo;
Y yo exclamaré: ¡Bien haya...!
¡Qué regocijo!

Mas ¡por vida del Mogol...!
El que cava en esta cuesta
¿Cómo ha de loar al sol
Que le consume y le tuesta?
¿Y qué le espera en su choza?
Un gazpacho, un pan de mijo,
Y dormir sobre la broza.
¡Qué regocijo!

¡Pondera del sol luciente
La sublime maravilla
A esa familia indigente
Prensada en una guardilla!
Y allí el perro por compinche,
Y entre la mujer y el hijo
La mosca, el raton, la chinche...
¡Qué regocijo!

Anda al rio y date un baño. —
Ni aun eso de balde haré;
Y será para mi daño
Yendo y volviéndome á pié.
Mal, si salgo del rincon;
Mal, si en casa me cobijo.
¡Qué deliciosa estacion!
¡Qué regocijo!

Y de memoria no hablo;
Que á los pobres ganapanes
En este Madrid, ó diablo,
Aun el agua cuesta afanes.
¡Dos horas estuvo ayer
Para llenar un botijo
Mi desdichada mujer!...
¡Qué regocijo!

La fruta vale á don cuartos,
La hortaliza casi á cero.

Los pobretes quedan hartos
Con poquísimo dinero. —
Y á mí un torozon me casca,
Y otro á mi suegra, de fijo,
Y un muchacho se me atasca...
¡Qué regocijo!

Al menos en el invierno
Los pobres, si los enlaza
Amor recíproco y tierno,
Aunque duerman en la plaza,
Unos con otros se abrigan,
Y en su grato revoltijo
No será extraño que digan:
¡Qué regocijo!

Si uno, en fin, ama este infierno
Y otro el frio destructor,
El estío y el invierno;...
Para mí todo es peor;
Pues, con permiso del sabio,
En invierno me encanijo
Y en la canícula rabio.
¡Qué regocijo!

—

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE.

Soberbio escudo;
Campo de gules;
Aquí banderas;
Mas allá cruces;
Y la corona
Que ciñen duques;
Landó soberbio:
Gran servidumbre;
Y en letras gordas;
« ¡Alto!, no subes
Si antes no hablas,
Oh transeunte,
Con mi portero
Domingo Nuñez. » —
Pero juzgado
Por sus costumbres,
Ese heredero
De hombres ilustres
Tiene mas vicios
Que ellos virtudes.
No es oro todo
Lo que reluce.

¡Qué buen sujeto
Don Gil Bermudez!
Su bolsa franca,
Su trato dulce,
Su humor festivo...
¡Si es un estuche!
Y no haya miedo
Que á nadie insulte;
Y nadie paga
Donde él rebulle;
Y con las mozas
¡Lo que él consume!...
Pero á su casa
Vaya el que guste;
Vea á su esposa;
Vea y pregunte...
Bella, apacible
Como un querube,...
La mata el Judas
A pesadumbres.
No es oro todo
Lo que reluce.

Largo mostacho;
Voz que te aturde;
Torva mirada
Que te confunde;
Tiemblan las gentes
Cuando él escupe.
Dénle cien hombres
De los que él busque,
Y los rebeldes
Vereis cuál huyen:
De una carrera
Se van á Túnez. —
Pues ese Aquiles,
Saco de embustes,
Ni ha visto balas
Ni olido azufre;
Y sus proezas...
¡Que las anuncien
Los hospitales
Y los tahures!
No es oro todo
Lo que reluce.

¡Vengan reformas!
¡Fuera gandules!
¡Qué de empleados!
No hay quien los sume.
Son sanguijuelas
Que nos destruyen.
Yo soy patriota
Y hombre de luces;
Y me postergan;
Quieren que ayune...
¡Esto no marcha!
Y el que lo sufre...
Así don Santos
Me hablaba el lunes;
Mas, ya empleado
Junto á la cumbre,
¡Prudencia!, grita;
La ley se cumple;

Todo va bueno;
Nada se mude. —
No es oro todo
Lo que reluce.

—

¿SOY POETA?

Ni mi lengua brota espuma
Atormentada del *estro*,
Ni alquitran baña mi pluma,
Ni está mi juicio en secuestro;
Ni en mi vida eché la zarpa
A los bordones de una arpa,
Ni llamo divina trípode
A mi sillon de vaqueta
Donde humilde me acomodo;
Y con todo,
Paso en Madrid por *poeta.*

Nunca fué mi ministerio
Copular con bruja hedionda,
Y si evoco un cementerio
No hay miedo que me responda.
No dejo crecer mis barbas
Como en el siglo de Yarbas
Ni vivir quiero á lo príncipe
Sin tener una peseta,
Que no soy tan delirante;
Y no obstante,
Quizá seré yo *poeta.*

No me tira de los piés
Ningun fantasma nocturno;
Ni chiquillos tres á tres
Devoro como Saturno;
Ni me sumerjo en el Ponto;
Ni á los cielos me remonto
Dialogando con los ángeles.
Hombre soy y en mi planeta
Paso lo dulce y lo amargo.
Sin embargo,
Tengo humillos de *poeta.*

No maldigo el hemisferio
Que alumbra al género humano;
Ni ara torpe al adulterio
Alzo con sangrienta mano;
Ni ajenas dichas envidio;
Ni en pro del negro suicidio
Haré escandalosa página
Ora en drama, ora en gaceta,
Si Dios me conserva el seso.
Con todo eso,
Dan en llamarme *poeta.*

Aunque dado á Satanás
El orbe esté en muchos puntos
No pienso yo valer mas
Que todos los hombres juntos.
Ni haré guerra á las mujeres
Por negarme sus placeres
Si tengo el cuerpo ridículo
Y no suple mi gaveta
Al mal gesto de mi cara.
¡Cosa rara...
Llamarme el mundo *poeta!*

Porque me entiendan me afano,
Y aunque parezca mancilla,
Quiero hablar en castellano
Pues mi lengua es de Castilla.
Si es oscuro mi concepto,
No acuso al lector de inepto,
Ni llamando al pueblo bárbaro
Cuando un drama no le peta
La atrabilis se me exalta; —
¡Y no falta
Quien diga que soy *poeta!*

Mas ya ¡voto á Garcilaso...!
No entiendo la poesía.
¿Por dónde se va al Parnaso?
¿Quién me alumbra? ¿Quién me guia?
¿Qué es el verso? ¿Qué es el drama?
¿Qué es la virtud? ¿Qué es la fama?
O ciertos vates novísimos
Han perdido la chabeta,
O se engaña el Ateneo,
Segun veo,
Cuando me llama *poeta.*

¡UNA NOTABILIDAD!

Sepa toda la ciudad
¡Oh fortuna!
Que me he casado con una
Notabilidad.

Resuelto á casarme pronto,
Un dia en una tertulia
Me enamoré como un tonto
De la interesante Julia.
Nadie culpará mi gusto,
Porque Julia es un portento.
Además del bello busto,
¡Qué donaire y que talento!
Pues, ¡digo! ¿y su calidad
Solariega?
Desciende de palaciega
Notabilidad.

Y para bordar cojines
¡Qué primor el de su mano!

Y cuando canta al piano
La envidian los serafines.
Apenas al suelo toca
Su lindo pié cuando valsa,
¡Y tiene en aquella boca
Un gracejo y una salsa!...
Y aquella amabilidad,
Aquel modo...
Ella es en todo y por todo
Notabilidad.

Al cabo de un mes; — no tuve
Arbitrio de hacerlo antes:
Me lo estorbaba una nube
De moscones elegantes, —
A la vuelta del teatro
La declaré mi pasion:
Por cierto que mas de cuatro
Me envidiaron la ocasion.
Es claro; rivalidad
Nunca falta
Cuando se trata de una alta
Notabilidad.

A mis frases cariñosas
Por toda respuesta da:
« Caballero, yo... Esas cosas
Se han de tratar con mamá. » —
Y dado que la convenza,
Repliqué, ¿podrá mi llama...?
« ¡Jesus! me da una vergüenza... »,
Volvió á decirme la dama.
« Mi corazon, en verdad,
No es de roble;
Mas ¡la hija de una noble
Notabilidad!... »

Acudo á la madre, pues,
Con la propuesta de usanza,
Y la aceptó doña Inés
Contra toda mi esperanza.
Y es que de reyes no vengo,
Y soy feo... ¡doble afrenta!,
Mas supo mamá que tengo
Treinta mil duros de renta;
Y con esa cantidad
Un vestiglo
Es tambien en este siglo
Notabilidad.

No faltó quien á mi bella
Acusase de perfidia.
Yo, bendiciendo mi estrella,
Clamaba: ¡chismes! ¡envidia!
Tuve empero un desafío
Por ella, y sufrí un pinchazo.
¡Válgate Dios, dueño mio!,
Dije vendándome el brazo.
Es una calamidad
Tu hermosura.
¡Cuánto cuesta una futura
Notabilidad!

Curado al fin de mi chirlo,
Esperé casarme... á escote,
Mas con dulzura de mirlo
Dijo doña Inés: « No hay dote.
¿Lo han menester ¡Dios eterno!
Su atractivo y su nobleza?
Vístela, dichoso yerno,
De los piés á la cabeza.
Ni el tesoro de Bagdad
Es bastante
Para comprar semejante
Notabilidad. »

¿Qué habia de hacer? Mi pecho
Ardia como una fragua...
Dije para mí: esto es hecho;
Casémonos: ¡pecho al agua!
¡Y daba yo cada brinco
De gozo!... ¿Quién se incomoda
Los cuatro dias ó cinco
Que dura el pan de la boda?
Mas pronto — ¡oh fatalidad!
¡Oh desdicha! —
Víctima fui de la dicha
Notabilidad.

¡Qué terrible menoscabo
En mi dinero, en mis bienes!...
¡Y me llamaba indio bravo
Si escatimaba sus trenes!
Y si osaba poner coto
A sus instintos soberbios,
¡Qué clamores! ¡qué alboroto!
¡Qué convulsiones de nervios!
Porque de esa enfermedad
No se exime
Quien blasona de sublime
Notabilidad.

Palco diario — ¡yo gimo! —
Para ópera y minué;
Y se sentaba su primo,
¡Y yo me estaba de pié!
Ya se ve; no hallaba dónde
Aunque sentarme quisiera;
Y además su primo es conde,
Y yo soy de humilde esfera.
Es falta de urbanidad
Que uno mande
En presencia de tan grande
Notabilidad.

Al tocador de Julieta
Asistia el susodicho.
¿Era esto ser... coqueta,

O un inocente capricho?
Mas aunque él entraba allí
Francamente á cualquier hora,
Solian decirme á mí:
No recibe la señora.
¿Qué tal, amigos? ¡Tomad
Por consorte
Una á quien llame la córte
Notabilidad!

Pronto Julia en pena negra
Cambió mi amante delirio,
Y no hay decir si la suegra
Contribuyó á mi martirio.
Renegando del consorcio
En romperle me deleito:
Pongo pleito de divorcio...,
¡Y pierdo costas y pleito!
¿Qué discreta autoridad
Atropella
A tan ilustre y tan bella
Notabilidad?

Tal con hija y madre sudo
Y tanto el primo me abrasa
Que á la estratagema acudo...
De fugarme de mi casa;
Mas, porque no me persiga
Quejosa del desacato
Mi dulce y *notable* amiga,
Hago con ella un contrato;
Y dándola por mitad
Mis monedas,
¡Adios, la digo! ¡Ahí te quedas,
Notabilidad!

¡Feliz tú, oh Fabio, que gozas
De independencia en amores,
Y así varías de mozas
Como la abeja de flores!
Para que un dia no pases
Mas que Jesus en el huerto,
¡No te cases, no te cases!
¡Experto crede Roberto!
O si entrar en la hermandad
Es tú luna,
No te cases con ninguna
Notabilidad.

—

EL AGUINALDO.

Estoy frito, estoy en ascuas
Con tanto «¡Felices pascuas!»
Y con tanta socaliña.
Gente rapaz é indiscreta,
Basta ya de rebatiña,
O por vida de poeta
Con una sátira os baldo.
¡Reniego del *aguinaldo!*

Pedigüeño que me dices:
«¡Felices pascuas, felices!»
¿Cómo quieres que las tenga
Si con tarjetas los unos,
Los otros con una arenga,
No me dejais ¡importunos!
Para una taza de caldo?
¡Basta, basta de *aguinaldo!*

Pedid al que emplea en fincas
Todo el oro de los Incas
Ganado ¡Dios sabe cómo!
Pedid al que era de un duque,
No hace mucho, mayordomo,
Y hoy puede fletar un buque
Con el importe del saldo.
¡Reniego del *aguinaldo!*

Andad con esa molienda
A algun ministro de hacienda,
O al insaciable asentista,
O al palaciego intrigante,
O á un *vista*... corto de *vista;*
Pero ¿á un poeta... y *cesante!*...
¡Por vida de san Romualdo!...
¡Basta, basta de *aguinaldo!*

Al aguador, santo y bueno,
Y al criado y al sereno;
Que estos al fin, bien ó mal,
Me sirven; mas ¿que me pida
Para turron; pesia tal!
Una vergonzante Armida
De quien yo no soy Reinaldo?
¡Reniego del *aguinaldo!*

Repartidores perversos,
¿A qué me venís con *versos*
Si yo los tengo de sobra?
Con mano airada y convulsa,
Si volveis á la maniobra,
En cada *décima* insulsa,
Una maldicion respaldo.
¡Basta, basta de *aguinaldo!*

El *Quevedo*, y el *Diario*,
Y el *Arpa* y el *Semanario*...
¡Santo cielo, qué reata! —
El *Panorama español*...
Dilin, dilin... ¡La *Postdata!* —
¿Otro? ¡La *Revista!*... ¡El *Sol!*...
¡Mis sobrinos!... ¡El *Heraldo!*...
¡Reniego del *aguinaldo!*

¡No cesa la campanilla!
Me fugaré de la villa

Si esto en Madrid se consiente.
¡Por Dios, por Dios, respetad
El misero remanente
De mi escasa propiedad,
O me quejaré á Basualdo!
¡No mas, no mas *aguinaldo!*

—

LA NOCHEBUENA.

Cuando se celebra
El dia mejor
Que al orbe anunciaron
Los rayos del sol;
Dia en que resuelto
A morir por nos
Nació en un pesebre
Nuestro Salvador,
Todo fiel cristiano
Diga en alta voz:
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Mas en este valle
Triste y pecador
Muchos se harán sordos
A mi exhortacion,
Aunque con chicharra,
Zambomba y tambor
Graznen los muchachos
En discorde són,
Y aunque de la iglesia
Cante el facistol:
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Aquí donde todos
Rabian por turron; —
Turronero dice
Quien dice español; —
Todo el que lo tenga,
Siquiera por hoy; —
Tenerlo mañana
Es otra cuestion; —
Dirá poseido
De santo fervor:
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Pero el que carezca
De esta confeccion,
Venga de Alicante
O venga de Alcoy,
Y sea de Tántalo
Segunda edicion
Husmeando famélico
La Plaza Mayor,
Temo que no cante
En *fa*, en *re* ni en *do*:
Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios.

Tendrán *gaudeamus*,
Lo supongo yo,
Porque en tales dias
La gula es feroz,
Todos los que vendan
Champagne y *Bordeaux*
Y anguila y besugo
Y pavo y capon,
Mostrando su gozo
Con este rondó:
Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios.

Y como hay regalos,
Y cada doctor
Ve su clientela
Crecer como arroz,
Porque es consiguiente
A tanto atracon
En cada familia
Un cólico ó dos,
Los médicos... ¡vaya!...
Votarán en pro.
Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios.

Es el aguinaldo
Sabrosa invencion
Que al pobre desquita
De lo que ayunó;
Mas pide el cartero,
Pide el aguador,
Los repartidores...
¡Vírgen de la O!
¿Dirá el saqueado
Por tanto gorron:
¡Alégrese al mundo,
Que ha nacido Dios!

Pero con cuchara
De plata ó de boj;
Y unos con cascajo,
Otros con salmon;
Y sea de gorra
O por cuanto vos,
No hay quien no se exceda
De la colacion,
Brindando con Yepes,
O *Chateau Margó*:
¡Alegría al mundo,
Que ha nacido Dios!

Y afanoso el pueblo
Vuela de rondon

A la *Cruz*, al *Príncipe*,
Al circo de *Paul*,
Al *Museo*, *et cætera*,
Donde bonachon,
Admira un absurdo
Y aplaude una coz
Con una alegría
Que raya en furor.
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Y hay sus *nacimientos*
De estuco y carton;
Y hay sandio que solo,
Viendo aquel convoy,
En el buey y el mulo
Fija su atencion;
Y al mirar la albarda
Exclama: ¡Ay dolor!
¡Qué bien me vendría
Para un paletot!
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Ya desde la cama; —
Soy algo poltron, —
La misa del Gallo
Contemplando estoy,
En donde hay de todo
Menos devocion.
Al entrar ¡qué gresca!
Y dentro ¡qué horror!
Y al salir ¡qué zambra!...
El vino es atroz.
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Y en rio revuelto
Gana el pescador.
Juan pierde la capa;
Perico el reloj;
Aquí de Rosita
Naufraga el pudor,
Y allá para ferias,
Papá don Anton,
Os dará el diploma
De abuelo precoz.
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

Pero el dia es grande.
¡Que ruede el licor
Sin miedo á las penas
Que vengan en pos!
Y pues Cristo nace
Y tiembla Astaroth,
Del Tajo al Danubio,
Del Ganges al Pó,
Todo fiel cristiano
Cante en *si* bemol:
¡Alégrese el mundo,
Que ha nacido Dios!

—

LA MANOLA.

Ancha franja de velludo
En la terciada mantilla;
Aire recio, gesto crudo;
Soberana pantorrilla;
Alma atroz; sal española...
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Cuando ella se pone en jarras,
¡Soleá! ¡Me rio yo!...
Dígalo el terne de marras
Que al hespital le envió
Sin valerle la pistola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

De basilisco es su vista,
Cada mirada es un rayo;
No hay alma que la resista,
Y si mira de soslayo
Y pavonea la cola,...
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Si algun galan abejorro
Babeando tras de ella va,
Se revuelve, tuerce el morro,
Y le responde: ¡Arre allá!,
Que no gusto de parola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

¡Qué caliá, y cómo cruje
Si baila jota ó fandango!
¡Y qué brio en cada empuje!
¡Y qué gloria de remango
A la mas leve cabriola!
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Con primor se calza el pié
Digno de regio tapiz:
¡Y qué dulce *no sé qué*
En aquella cicatriz
Que tiene junto á la gola!
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Sobre el suelo, en una esquina
Ella en rábanos entiende,
Y en naranjas de la China.

Todo es fresco lo que vende...
Quedando aparte ella sola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Roto iba yo por la calle,
Y hecho un miserable trasto,
Cuando me prendó su talle;
Y hoy faja de seda gasto,
Y luzco la guirindola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Por ella en holganza eterna
Vivo como un arcediano;
Triunfo y gasto en la taberna;
Me pongo calamocano,
Y me tiendo á la bartola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Como para mí trabaja,
Muchas veces se amohina,
Mas no saco la naaja,
Aunque me trate la endina
Peor que á un bozal de Angola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

Siempre lleva al derredor
De amantes una cohorte;
Mas toda es gente de honor...,
¡Pues! Y yo, á estilo de córte,
Dejo que ruede la bola.
¡Alza, hola!
Vale un mundo mi Manola.

QUINTILLAS.

RECUERDOS DE UN BAILE DE MASCARAS.

A DORILA.

Yo no sé cómo mi acento
Te diga que al ciego niño
Por tí rendido me siento,
Porque me sobra cariño,
Y me falta atrevimiento.
Por mas que el temor me enfrena
Callar no puedo la pena
En que por tus ojos vivo;
Que el mas humilde cautivo
Gime al són de la cadena.
Mas ¿quién me asegura, di,
Que si te digo: « ¡Ay hermosa!,
Muero de amores por tí »
Con sonrisa desdeñosa
No te has de mofar de mí?
Mientras halla mi talento
Algun término á esta lucha
Que me da fiero tormento,
Hermosa Dorila, escucha,
Que voy á contarte un cuento.
Érase que se era un baile
Donde yo tambien dancé
(Si danzar aquello fué),
Porque nunca he sido fraile,
Ni lo soy, ni lo seré.
Allí estaba media Europa,
Medio mundo. ¡Qué de trajes
Y entre *galopa* y *galopa*
Cegríes y Abencerrajes
Bebian en una copa.
Abriendo paso los codos
Corrian de Ceca en Meca,
Alegres y no beodos,
Dido, Cleopatra, Rebeca,
Cimbros, lombardos y godos.
La música hacía són
Y bailaban la *mazurca*
Sin maldita la aprension
Un paleto y una turca,
Una china y un valon.
Otros van al *ambigú*
Y entre damas y clientes
Consumen medio Perú.—
¡Y qué llaneza de gentes!
Todos se hablaban de tú.
Allí el gigante, el enano,
La ochentona, la pupila,

El agreste, el cortesano;
Todos, ¿lo creerás, Dorila?
Tenían voz de *soprano.*
¡Cuánta cabeza al través!
¡Cuánta farsa de entremés!
¡Oh qué de figuras raras!...
Todas, todas con dos caras.—
Y algunas tenían tres.
No se andaban por las ramas
Mas de cuatro mozalbetes,
Y entre galanes y damas
Llovían los epigramas
Y los dimes y diretes.
Te digo á fe de varon
Que no sé cómo describa
Tan amable confusion,
Y tanto dulce empellon
Por activa y por pasiva.
No faltó algun colegial
Que viendo tanto bullicio
Dijo con voz doctoral:
Este es *el final del juicio*,
Si no es *el juicio final.*
Dudé yo si aquel salon
De palaciegos sería;
Y no extrañes mi opinion,
Porque á millares había
Semblantes de quita y pon.
¿Cuándo se ha visto en Iberia
Reir con la cara seria?
¿Quién muestra el rostro sereno
Con un áspid en el seno? —
Pues de todo hubo en la feria.
¡Qué estrepitosa alegría!
¡Qué broma! ¡Qué algarabía!
¿Quién no estaba divertido?
Solo algun sandio marido
O bostezaba ó gruñía.
Muchas hembras con teson
Conservaban el carton,
Y otras muchas al instante
Lo apartaban del semblante: —
Todas con mucha razon.
Todo allí se confundía:
La viuda con la doncella;
La sobrina con la tia;
La horrorosa con la bella;
La paloma con la arpía.
¡Oh! Si te contara yo
Milagros de una careta,
Prodigios de un dominó...
Detente, lengua indiscreta.
¿Chismecillos? Eso no.—
« Farsas, caretas... ¿Hay tal?
En vez de pintar su amor,
Un baile de carnaval
Me pinta ese buen señor, »
Dirás tú ahora.—Cabal.
Temo que un no me escarmiente
Y busco rodeos mil;
Mas ¿qué amador es prudente?
Huyendo del perejil
Me va á salir en la frente.—
Has de saber que en la sala,
Volviendo al baile y al cuento,
Me embromó cierta zagala
Que era de gracia un portento
Y de hermosura y de gala.
Desnudo el brazo de nieve,
Ceñía airoso corpiño
Aquella cintura leve.—
La madre del ciego niño
Con menos gracia la mueve.
Peine de plata labrada
Con gentileza prendía
Su cabellera trenzada,
Y el propio metal lucía
En una y otra arracada.
No pintaré su primor;
Que aquel dorado cabello
Me parecía mejor,
Y aquel torneado cuello
Es plata de mas valor.
De matizado percal
Era el limpio zagalejo,
Y á su talle celestial
Daba mas brio y gracejo
El ligero delantal.
Aunque envidioso cubría
Cándido cendal su pecho,
¡Ay! yo ví cómo latía,
Y en mi amoroso despecho
¡Mal haya el cendal! decía.
Mostraba el pié sin cautela,
Y algo mas, la alegre saya;
Y, aunque soy buen centinela,
Aun decía yo: ¡Mal haya
Tanta abundancia de tela!
La careta que llevaba
Apenas sus labios rojos
Como al descuido enseñaba,
Y dos rayos en sus ojos
Con que mil almas llagaba.
¡Cuán grato y suave su aliento
Llenaba de aroma el aire,
Mi corazon de contento!
¡Cuál brillaba su donaire
En el menor movimiento!
No se muestra tan lozana
Al despuntar la mañana
La gaya rosa de abril,
Cual mi máscara gentil,
Cual mi fresca valenciana.
¡Qué garbo! ¡Qué bizarría!
¡Qué despejo de mozuela!
¡A cuántas sonrojaría

En la huerta de Orihuela,
Y en la playa de Gandía!
Yo la dije mil amores,
Que no tuvo por agravios,
Porque, grata á mis loores,
Las palabras de sus labios
Fueron otras tantas flores.
Su mórbida mano hermosa
Me abandonó generosa;
Yo en las mias la estreché,
Y aun en mi fiebre amorosa
Jurara que la besé.
Depuesto el carton esquivo,
Ví luego en su cara bella
Tan poderoso atractivo,
Que desde entonces sin ella,
Dorila hermosa, no vivo. —
Y este iman de mi deseo,
Tesoro de los placeres,
Envidia de las mujeres
Y de los hombres recreo...
Dorila amable, tú eres. —
Hé aquí mi cuento acabado.
¡Ah! No me muestres ahora
El lindo rostro enojado;
No la que esperaba aurora
Se torne fiero nublado.
Si eres conmigo inhumana,
Si mi esperanza aniquila
Tu tibieza cortesana,
Me quejaré de *Dorila*
A mi dulce *valenciana*.
Otra vez dame la mano,
Y tú verás cuán ufano
El néctar en ella bebo...,
Aunque te cubras de nuevo
Ese rostro soberano.
Niégueme *Dorila* el sí
Y, pues mi bien solo fundo
En la máscara que ví,
Sé *Dorila* para el mundo;
Valenciana para mí.
¡Ah! No imites por mi mal,
Pues tu hermosura me hechiza,
Esa costumbre fatal
De convertir en *ceniza*
Las glorias de carnaval.
Y si al fin me has de afligir
Con un no; si desdeñado
Decretas verme morir...
Haz cuenta que te he contado
Un cuento para dormir.

A LA SEÑORITA

DOÑA CAROLINA CORONADO,

Con motivo de haber visitado la Biblioteca nacional, y honrado con su presencia mi despacho, á poco de haber yo salido de él.

¿Qué grato perfume es este
Que mi retiro embalsama?
No es soplo de Guadarrama,
Sino espíritu celeste
Quien tal contento derrama.
¿Es por ventura Talía
La que de su planta bella
Aquí ha estampado la huella
Bañada en dulce ambrosía?
Bien la conozco: ¡oh! no es ella.
No, no es Talía; y lo fundo
En que con estro fecundo
A escarnecer no me mueve
Las locuras de este mundo. —
Pues ¿cuál será de las nueve?
Mas ya el alma lo adivina.
Es otra musa, aunque humana,
Mas que las nueve divina.
Es la hermosa Carolina,
Prez y orgullo de Guadiana.
Y yo ¡oh cielos! no la ví,
Y me alejaba de aquí
Dudando — ¡ tal es mi nada! —
Que estuviese reservada
Tanta dicha para mí.
Mas si ya basta á mi gloria
Y será mi ejecutoria,
Sin codiciar nueva palma,
Tu visita, de que el alma
Guardará eterna memoria,
No de mi suerte murmuro
Si solo, cuando perplejo
Voy del uno al otro muro,
Veo algun leve reflejo
De aquel sol radiante y puro;
Que yo, cárabo cuitado,
Quizás á tanto arrebol
Hubiera ¡ay triste! cegado,
Y solo al águila es dado
Mirar cara á cara al sol.

REDONDILLAS.

EL AGIOTAJE.

Vió á don Pedro don Vicente
Saliendo de san Basilio,
De vue ta á su domicilio,
Y le dijo lo siguiente:
« Perico, aquello da grima.
Mientras yo, que soy tan franco,
Corría de *banco* en *banco* (1)
Otro se llevó la PRIMA.
Perdí la *Comodidad*,
Y ¿adónde diablos se fué,
Que por mas que la busqué
No dí con la *Probidad*?
Allí está sudando tinta
La prensada *Ilustracion*,
Y *Agrícola* en un rincon
Viendo si pinta ó no pinta.
¡Qué oigo! ¡Brava pelotera
Se va armando en *Ultramar!*
¡Cuánto lo va á celebrar
La melosa *Azucarera!*
Para eso la *Propietaria*
Tiene el corazon tan ancho
Que promete á cada *Sancho*
Su *ínsula Barataria*.
¡Fuego! ¡Fuego!... ¡Dios del Cid!
Arderemos en sus fraguas
Si no lo apagan las *Aguas*...
Que han de traer *á Madrid*. —
Y entre tanto á todos mima
La PRIMA de varios modos,
Y aunque es tan liviana, todos
Se desviven por la PRIMA. —
Una ráfaga violenta
Vino después en mal hora
Y se oscurece la *Aurora*
Y el *Iris* de paz se ahuyenta.
Y vana es la *Actividad*
En tan fatal coyuntura,
Aunque el *Ancora* procura
Conjurar la tempestad.
Clamo, tiemblo, titubeo
Como una puerta sin gonces...
¡Quién me hubiera dado entonces
El camino de Langreo!
Llamado el *Gas* en su ayuda
Fluctúa mi navecilla
Entre el *Puente de Sevilla*
Y las *Aguas de la Puda*.
Llego á la altura de Ujíjar,
Y si no rezo el trisagio
Inminente era el naufragio
En el *Pantano de Níjar*.
Otra vez el *Iris* sale,
Y mi alma cobra *Fomento*
Cuando juguete del viento
Daba ya mi último *vale*.
¡Ay! si muero en la jornada
El fisco mi haber enféuda,
Porque aunque tengo una *deuda*
Es muy *desinteresada*. —
Mas no que aludo á la PRIMA
De mis pecados entiendas,
Mujer de tan bajas prendas
Que á todo el que da se arrima.
Reniego de ella, y me fundo
En su notoria falsía.
¿Cómo ha de ser *prima* mia
La que lo es de todo el mundo? —
¡Vieras luego allí qué acopios
Para dentro de dos meses,
Los unos contra los *Treses*,
Los *Treses* contra los *Propios!*
¡Vieras la extraña liturgia
Con que allí mas de un estulto
Rinde fervoroso culto
A madama *Metalurgia!*...
La *Zapa* á muchos atrapa,
Pero al volver de los dados
No faltan escarmentados
Que digan *¡zape!* á la *Zapa*.
¡Qué corrillos, qué capítulos!
Y nada de democracia,
Porque todos — ¡vaya en gracia! —
Andan á caza de *Títulos*.
Ya nadan en pesos duros

(1) Todo lo que va de cursiva se refiere al tecnicismo de la Bolsa ó á los nombres, objeto y consecuencias, casi todas funestas, de la multitud de sociedades industriales y comerciales que por el año de 1847, en que se escribieron estas redondillas, pululaban en Madrid.

Los Seguros de la vida;
Ya teme al hacha homicida,
La vida de los Seguros.
Bocas hablan cuatrocientas
A un tiempo: quién de *Trásportes*,
Quién de *cuentas á las Córtes*,
Quién de *córtes á las cuentas.* —
Pero nuevas maravillas
Preveo. Ese hombre — ¡ mirad! —
Teme á la *Publicidad*
Y consulta á las *Cabrillas.*
¡Y con qué solicitud
A los párvulos obliga
Doña *Sociedad, amiga*
De la tierna juventud! —
¡Y la condenada Prima,
Incorregible ramera,
Se prostituye á cualquiera
Sobre la inmunda tarima! —
¡Qué escucho! Ladran los perros,
Y al ruido del esquilon
Confuso se mezcla un són
De flautas y de cencerros.
Es una boda: ella y él
Ganan con el yugo blando:
Rico aunque viejo es *Fernando*,
Bella y lozana *Isabel* (1).
Vamos; si ella se acomoda
Y encuentra el viejo un puntal...
¡Quién me diera, pesia tal,
Los *billetes* de la boda! —
Mas dejemos al anciano
Cayéndosele la baba.
¿Te acuerdas del que gritaba:
A Madrid traigo en la mano?
Pues no lo tomes á broma,
Porque hoy en una cartera
Cabe la *Sierra Almagrera*
Sin faltar punto ni coma.
Y yo sé de un adalid
Que se mete en el bolsillo
Desde el Rastro hasta el Barquillo
A *la Villa de Madrid.*
¿Y viajar? ¡Me rio yo!...
Hay hombre que en dos minutos
Se traslada á piés enjutos
De *Avilés á Mataró;*
Y otro sentado en su silla
Remoja mas de una vez
El camino de Aranjuez
En *el canal de Castilla.* —
Y en todo danza la Prima,
Y todo el mundo la explota,
Y á manera de pelota
Ya está debajo, ya encima. —

(1) Alude á la refundicion en uno del Banco de *San Fernando* y el de *Isabel II.*

Armado con un *Martillo*
Anda por allí muy tieso
El ciudadano *Progreso*
Que escupe por el colmillo.
Mas quien llama la atencion
Y es de todos festejado
Es un señor muy finchado
Que llaman monsieur *Cupon.*
Y al contrario, en són horrendo
Maldicen el férreo yugo
De un impasible verdugo
Que se llama *Dividendo.* —
Y mientras campa la Prima,
Buena fe, incauta doncella,
Siempre saca alguna mella
Si toma parte en la esgrima. —
Ni al que de astuto blasona
Siempre su estrategia vale,
Pues alguna vez le sale
La criada respondona;
Que allí el *Similia Similibus*
Abunda, y es personaje
De cuenta un tal Agiotaje....,
Como quien dice *Agibilibus.* » —
Mas dijera don Vicente
Si rápido como el viento
No cruzara un *Tres-por-ciento*
Atropellando á la gente.
Dió fin con un ¡guarda, Pablo!,
Tomando por otra via,
A su extraña algarabía
De que no entendí vocablo.
Pero entré luego en la estancia
De donde mi hombre salió,
Y un *Corredor* me sacó
De mi feliz ignorancia.
Allí supe ¡ay, á mi costa!,
Merced á mi mala maña,
Que de las plagas de España
No es la peor la langosta.
Allí aumenté por mi mal
La turba inocente y crédula
Que piensa que es una *Cédula*
La piedra filosofal.
Allí en una *Operacion*
Que me costó algunos miles
Supe que hay mas de un Aquiles
Vulnerable en el *Talon.*
Allí (y con esta plumada
Pongo término á la rima)
Entré á buscar una Prima
Y pagué ¡ay Dios! la *primada.*

—

A CARMEN...

Si por hermosa y discreta
Ya el derecho no gozaras

De que consagre á tus aras
Su pluma y su alma un poeta;
Y si á fuer de caballero
Ne te debiese esta ofrenda
Por ser dama y por ser prenda
De amigo á quien tanto quiero,
Cármen, de tu nombre solo
Yo cedería al prestigio,
Aunque arrostrase un litigio
Con las hermanas de Apolo.
Cármen, *cárminis*, — el verso:
Así, dice el Calepino;
Así lo llamó el latino
Vencedor del universo;
Y de esta etimología
Es prueba, oh *Cármen*, muy clara
Esa tu divina cara
Tan llena de *poesía*. —
Al pié de Sierra-nevada
Alza su galana frente
La perla del Occidente,
La voluptuosa Granada.
Y aunque á mas de un alarife
Dado á morisca cultura
Sorprenda la arquitectura
De *Alhambra* y *Generalife;*
Y alto renombre demande
Desde Cádiz á Tampico
Por la ruina de un *Rey Chico*
Y el prez de una *Reina grande*,
Su mayor gloria se funda,
Pese al *Triunfo* y *Zacatin*,
En el plácido jardin
De aquella vega fecunda.
Ahora bien, lo mas ameno, —
Para volver á mi asunto, —
De aquel risueño trasunto
Del Paraíso terreno,
En verjeles mil y mil
El agrícola divide
Donde perene reside
Toda la gala de abril;
Y en cada verjel de aquellos
Tu gracia se simboliza,
Y *tu nombre* los bautiza
Para lauro tuyo y de ellos.
¡Oh venturoso pensil
Donde amor unce á su carro
En *los* cármenes del Darro,
Las Cármenes del Genil! —
Y siendo tantos los nombres
Con que adoramos á aquella
Que parió siendo doncella
Al Redentor de los hombres,
En preces con que desarmen
Dos católicos al diablo
El mas frecuente vocablo
Con que la invocan es *Cármen*.
No hay ya templo que no ocupe
Con su imágen celestial;
Ya *Atocha*, ya *Tremedal*,
Ya *Pilar*, ya *Guadalupe;*
Mas siempre entre visigodos
Que no han perdido la fe,
El nombre de *Cármen* fué
El mas popular de todos.
Vírgen del *Pez*, de la *O*,
Todo es uno, — no lo ignoro, —
Domus áurea, (casa de oro)
Y *Rosa de Jericó:*
Mas si le rompen la crisma
A un prójimo; ó suelta un taco,
O exclama en tono elegiáco:
¡ Vírgen del Cármen Santísima!
Y en prueba de que este título
Merece iguales loores
A justos y pecadores,
Diré por postrer capítulo
Que apenas hay bajo el cielo
Bandido patibulario
Que no lleve escapulario
De la Vírgen del *Carmelo*.

ROMANCES.

TRADUCCION

DE LA SEGUNDA ELEGÍA DE TIBULO.

Dame vino, y que Liéo
Mis nuevas angustias calme,
Y mis párpados cansados
Apacible sueño embargue.
Dormir anhelo beodo :
¡No me desperteis, mortales!...
En tanto mi triste amor
Cesará de atormentarme.
¡Triste, que guarda al bien mio
Un Argos inexorable!
Duro cerrojo defiende
La su puerta de diamante.
Puerta que al amor te cierras,
¡Mala nube te maltrate!
¡Maldígate el alto Jove
Y á rayos te despedace! —
¡Ay! no. Mis ruegos te venzan.
A mí, solo á mí te abre;
Y en silencio..., no rechinen
Tus goznes, y me delaten.
Perdona las maldiciones
A un desesperado amante.
¡Plegue á los cielos, oh puerta,
Que solo á mi frente alcancen!
Recuerda cuántas plegarias
Del labio mio escuchaste,
Y las guirnaldas floridas
Con que enlace tus pilares.
Y tú, mi Delia, no temas :
Burla á tu guarda. —¿No sabes
Que al audaz protege Vénus
Y abandona á los cobardes?
Por ella el mozo novel
Huella vedados umbrales,
Y las muchachas se mofan
De cerrojos y de llaves.
Del tálamo aborrecido
Aprenden á deslizarse,
Y de puntillas se huyen
Al seno de sus galanes.
Y ante el imbécil marido
De agudas señas se valen,
Y de los ojos emplean
El elocuente lenguaje.
El que aspire á tus favores,
Oh del amor blanda madre,
No por inercia ó temor
En yermo lecho descanse.
No teman los amadores
Que los roben ó los maten :
Seguros van, que es sagrado
Quien inciensa tus altares.
¿Qué á mí la escarcha en las noches
De diciembre perdurables?
¿Qué á mí la lluvia prolija
Ni los recios huracanes,
Con tal que mi Delia amada
A abrirme la puerta baje,
Y, con el dedo en la boca,
A su regazo me llame?
¡Oh tú, varon ó mujer
Que á mi lado pasas! ¡Guárte;
No me veas!; que sus hurtos
Ocultar á Vénus place.
Ni me preguntes mi nombre,
Ni el pié con rüido estampes;
Ni con antorcha atrevida
Reconozcas mi semblante.
Si ya me has visto imprudente,
No se lo digas á nadie.
Jura por todos los dioses
Que nada ves, nada sabes.
¡Ay de aquel que me descubra!;
Que de procelosos mares
Vénus le será nacida,
Tintos en hórrida sangre.
Ni fe le dará el marido;
Que una hechicera muy hábil
Me lo ofreció, y no hay ejemplo
De que á sus promesas falte.
Yo he visto á su voz moverse
Las estrellas inmutables,
Y retroceder de un rio
Los impetuosos raudales;
Y hender la tierra su canto,
Y evocar los yertos manes;
Y los huesos animar
Resto de llamas voraces.
Ora á sus ecos parecen
Las catervas infernales;

Con alba leche rociadas
Ora tornan á abismarse.
Ora del cielo enlutado
El torvo nublo deshace;
Ora en el estío ardiente
La nieve inverniza atrae.
Es fama que de Medea
Guarda las yerbas fatales,
Y que de Hécate ella sola
Domó los rabiosos canes. —
En quieta noche le plugo
Con teas purificarme,
Víctima negra inmolando
Del Averno á las deidades.
Y dióme mágicos versos
Con que á tu zeloso engañes.
Basta cantarlos tres veces,
Y escupir cuando los cantes.
Y despreciará al chismoso
Que nuestro amor le declare;
Y dirá: « Soñando estoy »
Aunque en tus brazos me halle.
Mas no los cantes por otro,
Que los cantarás en balde.
Ciego es para mí tu dueño;
Lince para mis rivales.
Pues ¿no me dijo la maga
¡Tan peregrina es su arte!
Que sus conjuros y yerbas
De mi amor pueden curarme? —
Premio te pido, le dije,
No el fin de mi amor constante,
Y que jamás de mi Delia
Desterrar pueda la imágen.

—

A LOS OJOS NEGROS.

En contestacion á otro en alabanza de los ojos azules escrito por mi amigo el señor don JUAN BAUTISTA ALONSO.

En vano, Anfriso, tus versos
Tan sonoros como dulces
Donde los negros imperan
Ensalzan ojos azules.
Tan agudas sutilezas
Tal vez la mente seducen,
Mas el corazon rebelde
Te niega, Anfriso, que triunfes.
De los azules alabas
La paz y la mansedumbre;
Pero Amor, hijo de Marte,
Jamás sin lidiar sucumbe.
Si cielos basta á llamarlos
La color de que se cubren,
Mas celestes son los negros
Porque el sol les da su lumbre.
¡Tú á la noche los comparas!...
No temo que los insultes:
¿Qué mucho si son estrellas
Que embelesando relucen?
Y travesuelo Cupido
Los rayos febeos huye;
Y no hay pecho enamorado
Que á las tinieblas injurie.
En buen hora tu pasion
De fementidos los culpe.
En ellos quiero perderme,
Y no helarme en los azules.
Mas ¿de qué valen razones
Donde los hechos arguyen?
¡Cuántos pastores amantes
En silencio te confunden!
Si tal vez de alguna palma
Los azulados presumen,
Blasonan los ojos negros
De mil trofeos ilustres.
Ora lánguidos te miren,
Ora entre-abiertos fluctúen,
Ora alevosos te hieran;
No hay pecho que no sojuzguen.
Tal vez agradan mirando
Los que tú al Olimpo subes;
Mas los negros enamoran,
Que amor en ellos se nutre.
¿Y tú, que en la faz morena
Del alma el fuego descubres,
De azules rayos, Anfriso,
La cobarde llama sufres?
El semblante mas deforme
Como ojos negros le alumbren
Con cien mágicos donaires
Su deformidad encubre.
¿Y qué es de una cara fea
Do niñas turquíes lucen?
Ociosa al hijo de Vénus
En lágrimas se consume.
O tú no has visto ojos negros
Y las gracias que reunen,
O hechizos te dió esa rubia
Que tu claro ingenio ofusquen.
¡Qué es ver dos negros volcanes
Que negras cejas circuyen
Sobre una cara trigueña,
Porque la tuestan sus luces!
¡Qué es ver su lindo contraste
Que inefable gozo infunde
Con una cándida tez
Que á los jazmines desluce!
Tal de Moncayo gigante
Sobre la nevada cumbre
Grávida de ardientes rayos
Se posa la parda nube.

¡Ah! Ven al hogar de Silvia,
Que es mi bien, mi amor, mi númen;
Ven á ver sus ojos negros,
Y no los verá impune.
Y aunque ella no ha de mirarte
Cual me mira de costumbre
Ardida del fuego inmenso
Que en todas mis venas cunde;
Postrada á sus piés tu lira,
Harto será no renuncies
A tu sonrosada Clóris
Y á sus ojuelos azules.

—

MI DAMA.

Licio, si quieres saber
Cuál es la bella sin par
Que en amor mi pecho enciende
Y esculpida en él está,
Oye: pintártela quiero,
Y de inflexible metal
Tu corazon es formado,
O tú la conocerás.
Erguida lleva la frente
Que nunca supo inclinar
Ni á los encantos del oro
Ni á la lisonja venal.
No adorna el negro cabello
Con las perlas del Catay,
Y antes la encina le anuda
Que el nardo y el arrayan.
Es hechicera su boca
Por hermosa y por veraz;
Grandes, rasgados sus ojos,
Y atrevido su mirar.
Vence su pié en ligereza
Al Austro y al Vendaval:
Su talle esbelto y airoso
Desdeña el peto falaz.
Su mano, blanda y süave
A quien amante la da,
Tambien la lanza guerrera
Sabe robusta empuñar.
Verde manto prende al hombro,
Y apenas leve cendal
Cubre su nevado seno
Que esconde ardiente volcan;
Y aunque sus formas celestes
No cuida de recatar,
Es puro candor en ella
Lo que en otras liviandad.
Adoradores sin cuento
Sacrifican en su altar,
Y aunque á todos corresponde
Nadie envidia á su rival.
Sabe cual otro Proteo
Mil y mil formas trocar,
Que, á fuer de hembra, es caprichosa,
Y á fuer de potente, audaz.
Ora á Belona imitando
Se ciñe el casco marcial;
Ora Minerva la brinda
Con el ramo de la paz.
Ora la embriaga y la ciega
El aplauso popular
Y cambia la dulce oliva
Por el tirso bacanal.
Niña siempre por instinto,
Bien que adulta por la edad,
Si no la guian se pierde;
Sin firme apoyo caerá.
Mas la celan dos hermanas
De mayor autoridad.
¡Plegue al cielo que las dos
No la abandonen jamás!
Una es de las grandes almas
Idolo, á veces fatal;
La otra forma los lazos
De la humana sociedad.
Venturosa la nacion
De las tres unidas van;
Que sin *Gloria* y sin *Justicia*
¿Qué vale la *Libertad?*
Mas ya la nombré; ya sabes
Cuál es la bella sin par
Que enciende en amor mi pecho
Y esculpida en él está.

—

UNA NOCHE DE BROMA.

Sepa el curioso lector
Que el señor don Nicolás
Tolentino Gil García
Es un señor muy formal.
Item mas: es contador,
Y lo era treinta años ha,
De un conde... de no sé cuantos,
Que nunca supo contar.
Item mas: ama en extremo
A Inés, su dulce mitad,
Aunque esta tiene un compadre
Con el item de galan.
Item mas: su dulce Inés
Manda al buen don Nicolás,
Y él dice: En eso consiste
La ventura conyugal.
La casa de su excelencia
Me toca á mí manejar,
Y ella maneja la mia:
No hay cosa mas natural.

¡Oh! y ella sabe de cuentas,
Y es mucha su habilidad
En las reglas sobre todo
De dividir y restar.
Item mas: don Tolentino
Tiene diez vástagos ya;
Si, señor: que tambien sabe
Su esposa multiplicar.
Item mas: tiene un sobrino
Que come como un gañan;
Item mas: una cuñada...
¡Este sí que es item mas!
Item: la contaduría
Da á toda esta gente pan,
Porque en la partida *doble*
Es ducho don Nicolás.
Ayer que fué su cumpleaños; —
Y en esto no hay que admirar,
Porque hay contador de grande
Que es casi una eternidad, —
Con danza y broma nocturna
Lo quiso solemnizar,
Y convidó á sus amigos
Y á toda la vecindad.
Yo vivo en el cuarto bajo
Y él habita el principal,
Y fuí por tanto admitido
En su amable sociedad.
Dos docenas de mozuelas
Deseosas de bailar,
Unas codiciando amante
Y otras por tenerlo ya:
Otros tantos señoritos
Que con talante marcial
Por no haber sillas vacantes
Iban de acá para allá:
Las madres en el brasero
Hablando del temporal,
De tenderos y criadas
O de alguna enfermedad:
Cuatro viejos que bostezan,
Y engolfados acullá
Otros cuatro en el tresillo
Regañando por un real:
Los diez vástagos citados,
De trece años el que mas,
Y otros seis de los vecinos
Armando un ruido infernal;
Hé aquí bien numerada
La concurrencia... Item mas:
El compadre de Inesita,
Que se me olvidaba ya.
Debiendo advertir que un decem-
Viro de menor edad
De los ya citados, — y era
El mas grato á la mamá; —
Digo que un rapaz de aquellos
¡Notable casualidad!
Se parecía al compadre
Del señor don Nicolás.
Mas de una hora pasó
Celebrando cada cual
Dos hechizos infantiles
Del consabido rapaz.
¡Con qué gracia el angelito
Gritaba, comía pan!
A uno le pedía cuartos;
A otro le ensuciaba el frac...
Hizo treguas un momento,
Cansado ya de jugar,
Mientras todos celebraban
Su viveza natural.
Vaya, haz algo; no te duermas;
Vaya, luego dormirás;
Le decía doña Inés,
Con ternura maternal.
¿Y qué hace entonces Carlitos?
Levanta la mano y ¡zas!
Sacude una bofetada
A su hermanito carnal.
El pobre Juan..., ya se ve;
Coge y échase á llorar,
Y su madre le regaña;
Y ¿qué ha de hacer? Llora mas.
¡Calla, mal criado! ¡Bruto! —
¡Si me duele! Voto á san
¡Calla! ¡Vete! ¡Lucifer!...
Este hijo me va á matar.
En fin, sobre el bofeton
Llevó su azotaina Juan... —
¡Y era un sol el pobrecillo!
¡Y parecido á papá!
Al cabo de media hora
Se restableció la paz,
Y otra media se pasó
En mirarnos y callar.
¿Cuándo se baila, señores?
Dije yo. ¡Fatalidad!
Los músicos no vinieron.
Aun faltaba este item mas.
Una guitarra con muermo
Lo pudo al fin remediar,
Y se bailó un rigodon
Con harta dificultad.
Quiso obsequiarme Inesita
Dándome para bailar
Una intendenta honoraria
Con mas años que el Coran.
Y aun pensó hacerme Inesita
Una gracia singular,
Que la intendenta era allí
La primera autoridad.
Un zángano de treinta años
Entre mico y sacristan
Bailó luego la gabota
Con una niña, y muy mal.

Pero como así lo mandan
Las leyes de urbanidad,
Fuí cómplice á mi despecho
Del aplauso universal.
Que cante ahora Luisita.—
¡No, no! Me voy á cortar.—
¡Que cante!—¡Si estoy tan ronca!—
¡La modestia! — No, no tal.
Una coplita del *Chairo*.
Te acompañará don Blas.—
Con mucho gusto.—No, no:
La guitarra está fatal.—
¡Con una voz tan bonita!—
¡Que no! Otro dia será.—
¡Vaya! una copla siquiera.
¿Nos quiere usted dejar mal?—
Bien: ya que ustedes lo exigen...
Pero ¡si no sé cantar! —
¡Señorita, por favor!—
¡Señorita, por piedad!—
Yo solo sé cantar arias.—
Y yo las sé acompañar.—
No hay excusa.—¡Qué porfía!
¡Si luego se burlarán...!
Yo no sé si estoy en voz.—
Pruébela usted con don Blas.—
Bien: hablen ustedes fuerte;
No me oigan tatarear.—
Después de veinte minutos
De probar el *mí* y el *lá*,
Y de templar la guitarra,
Y de volverla á templar,
Impone don Blas silencio
A toda la sociedad;
Se suena Luisita, tose,
Y decídese á cantar.
Mas con labio balbuciente
Y enredando con el chal,
Apenas ahulló el andante
De *una voce poco fa*.
No hubo fuerzas que la hiciesen
Hasta el alegro avanzar.—
Me da vergüenza; no puedo;
¡Ba! no hay que cansarse; ¡ba!—
En esto dieron las doce
Y empezó el ceremonial
De despedidas y besos,
Y lo de *esa casa está...*
Yo que no era de los que...
Se quedaban á cenar,
Sin decir Dios guarde á ustedes
Dí á correr hasta el zaguan;
Y tal estoy de la broma,
Que antes me dejo empalar
Que otra vez ser convidado
De ningun don Nicolás.

—

EL GENIO.—LOS GENIOS.

¡Ay de tí, Madrid, decía
San Vicente el de Ferrer,
Cuando todo seas tiendas
En tu confuso Babel!
Si ya se ha cumplido ó no
Su profecía, no sé,
Pero el santo fué sin duda
Mas santo que mercader.
Yo, ni mercader ni santo,
No merezco tanta fe
Y mi lengua no presagia
Lo que mis ojos no ven,
Porque pájaro agorero
Nunca me ha gustado ser,
Y antes que gemir un pésame
Regodeo un parabien.
¡Sí, que faltan Jeremías
Que destemplando el rabel
Clamen en prosa y en verso:
¡Ay de tí, Jerusalen!!!
Llevando, pues, la contraria,
¡Oh tres veces y otras tres
Beato Madrid, exclamo,
Y otras veinte y otras cien!
¡Dichoso pueblo, que encierra
Del Barquillo al Avapiés
Tantos *genios* creadores
Como hay vecinos en él!
En el siglo de Cervantes
Floja la cosecha fué.
¡Al fin siglo de tinieblas!
¿Qué había de suceder?
Pero el siglo en que vivimos...
¡Friolera! Ya se ve;
¡Si es el siglo de las luces,
Y la propaganda, y...! ¡Pues!
Cuenta la historia que entonces,—
Rutinas del tiempo aquel,—
No osaba nadie escribir
Si no sabía leer,
Y decían á sus hijos
Los padres — ¡otra sandez! —
Aprende si has de enseñar;
Trabaja si has de comer.
Hoy para ser grandes *genios*
Y varones de honra y prez
No es fuerza que lo seamos;
Basta con quererlo ser.
¿A qué estudiar nuestro idioma
Si á gatas en la niñez
Lo aprendemos? ¿No es mejor
Un poquito de francés?
¡Y echen guindas al que sabe
Dónde se vende el papel
Y dónde está la copiosa
Librería de *Denné*;

Y al pié de la letra puede
Traducir en solo un mes
A *Balzac*, y á *Jorge Sand*,
Y á *Federico Soulié*.
Y mas si sabe un tantico
De taquigrafía; ¿eh?
Menos corre que su mano
La góndola de Aranjuez.
Al pié de la letra dije,
Aunque resulte un pastel
Que ni se lea en Paris
Ni se comprenda en Jerez;
Que aquella frase famosa
Que articuló cierto rey,
La de *No mas Pirineos*,
Así se debe entender.
Mas si descubre agudeza
Para rimar *ten* con *ten*,
Y sabe formar *en masa*
Sílabas de diez en diez;
Si gimiendo en *pié quebrado*,
Aunque no tenga por qué,
Dice : mi *mision* es esta,
Que me la dió... no sé quién,
Cátele usted dispensado
De Dios, de patria y de ley;
Cátele usted *archigenio*
Por siempre jamás amen.
Y mil *genios* brotan hoy
Por cada *genio* de ayer,
Que en Madrid son tan fecundos
Como en su campo la mies.
El uno es *genio* varon,
El otro es *genio* mujer,
Y presumo que los hay
Hermafroditas tambien;
Porque esa especie de tifus,
Con permiso de *Broussais*,
No hay edad, sexo ni clase
Donde no tenga cuartel.
Si quieres que algunas señas,
Lector amable, te dé
Por donde *el genio* y *los genios*
Sea fácil conocer; —
Y te advertiré de paso,
Por si aun no lo sabes bien,
Que *ser genio* y *tener genio*
No es uno, aquí y en *Brest;*
Porque bien puede un vocablo
Ser cosa y hombre á la vez;
Y esto va en *genios;* y basta,
Que es artículo de fe; —
Si quieres saber, repito,
Quién *tiene genio*... y *lo es*,
Préstame atencion, que en pocas
Palabras te lo diré.
Genio, además de los *genios*
Del coplero somaten,
Es el niño de doce años
Que *ya fuma y va al café.*
Genio es la linda doncella
Que, mirando con desden
Bajas faenas, *no tiene*
Genio de hilar ni coser;
Pero sabe analizar
Las telas de un almacen
Y hácia dónde necesita
Apéndices el corsé.
Genio es tambien *inspirado*
La que se suelta á leer
En el *Optimismo* y otras
Obrillas de ese jaez.
Genio es la mujer casada
Que su materno deber
Traslada á pasiega inmunda,
Plus ultra del interés,
Que aunque robusta se vea
Mas que un mozo de cordel,
Pudiera con la lactancia
Perder el brillo su tez :
La que oye y ve desde un palco
Con inefable placer
La lógica de *Antony*,
De *Marion* el *burdel* :
La que el alma de su esposo
Tiene por baja y soez,
A no ser *alma de cántaro*
Como algunas que yo sé;
Y como la suya es alma
De mas sublime troquel,
Solo se aviene con otra
Que *la sepa comprender;*
Que si ayer llamaba amante
Al que hoy tirano cruel,
Fué por falta de experiencia
Y sobra de sencillez,
Y su *mision* en el mundo
Fué casarse... con cualquier,
Salvo el innato derecho
De arrepentirse después.
Y es *genio privilegiado*
El excéntrico doncel
Que á una *prójima* anticipa
Consuelos de la viudez,
O exclama, si ella resiste :
¡Maldita seas, mujer!!!,
Y amartilla una pistola,
Y se la apunta á la sien...
Mas ella ¡ay Dios! se desmaya...,
O lo finge, y Lucifer
Anda listo, y la tragedia
Se convierte en entremes. —
Genio es tambien, pero *genio*
Del Limbo, manso y sin hiel,
El estúpido marido
Que tiene ojos y no ve.

Genio, otrosí... Mas si á todos
Hubiera de comprender,
Mi catálogo de *genios*
Llegaría hasta Jaen.
Baste decir que pasando
Por un meson anteayer
Oí decir: « ¡Y qué *genio!*
No lo hay en Madrid como él. »
Me acerco al amo, y le digo:
« Aunque sea descortés,
¿Qué raro portento es ese?
¿De qué *genio* hablaba usted? » —
« Vale un doblon, me responde,
Cada pelo de su piel.
Mire usted ... » Y miro; y era...
¡Un caballo cordobés!

—

¡ SALGAMOS DE MADRID !

Si es verdad, mi dulce Flérida,
Que tu corazon angélico
Corresponde al fuego plácido
Con que te amo hasta los tuétanos,
Sube conmigo á la góndola
Y caminito de Arévalo
De Madrid salgamos prófugos,
Que es pueblo dañino y pérfido.
Rápidos como la pólvora
Huyamos del vulgo tétrico
De poetillas misántropos,
Plañidores y epilépticos,
Que, maldiciendo sacrílegos
Del buen Horacio y su método,
Llaman talento á la crápula
Y creacion al retruécano,
É invocando al hondo Tártaro
Con chirridos de murciélago,
Fulminan rudas apóstrofes
Contra el pobre humano género
Que apenas pasiega bárbara
Los emancipa del cuévano,
Pesa la vida en sus vértebras
Como el Etna sobre Encélado.
Huyamos del Judas íntimo
Que al amigo franco y crédulo
Prodiga falaces ósculos
Y despues le quita el crédito.
No oigamos la necia cháchara
De aquel orador acéfalo,
Que presume de Demóstenes
Y no sabe los pretéritos.
Huyamos de esos apóstatas
Que gritando á ignaro séquito
« ¡Viva la patria y su código!... »,
La venden despues á Wellington.
Un ¡adios!, y sea el último,
A esa caterva de médicos
Que si visitan diez prójimos
Dan con los nueve en el féretro;
Y al que la echó de demócrata,
Y hoy con sus estafas, émulo
De ricos-hombres y príncipes,
Arrastra carrozas de ébano;
¡Y niega un pan á los míseros
En cuyos hombros intrépidos
Se alzó á grandeza ridícula
Muy superior á su mérito!
¡Fuego al proyectista trápala
A quien das el oro inédito,
Fiado en sus lindos cálculos
Que pintan seguro el éxito;
Y luego figura pérdidas
En la bolsa ó en el piélago,
Y solo cobras en lágrimas
El capital y los réditos.
¡Maldicion al vil hipócrita
Que bajo exterior ascético
Cubre la avaricia escuálida
Con que despoja á los huérfanos!
No mas Madrid, que su atmósfera
Impregnan vapores fétidos,
Y en laberinto de crímenes
Mas confuso que el de Dédalo.
¿Qué importa á placeres frívolos
Renunciar? Sin tanto estrépito
Podemos vivir mas prósperos
En cualquier parte...; en Cintruénigo.
Bástanos cabana rústica
Bajo limpio sol benéfico
Donde nuestro amor sin límites
Nunca desmaye decrépito;
Y bajo los verdes árboles
Oler de la rosa el pétalo
Y oir á la viuda tórtola
Fiar sus quejas al Céfiro;
O á la mariposa alígera
Perseguir con vano anhélito
De la clavellina al pámpano
Y del tomillo al orégano;
Y así en ventura recíproca,
Sin enemigos malévolos,
Con serenidad de espíritu
Llegar de la vida al término.

—

CURIOSO ROMANCE

Y VERDADERA RELACION.

« Gervasia, preven las velas: —
Roque, limpia los quinqués. —
¿Ha venido el repostero? —
Préndeme aquí un alfiler. —

Que ponga el coche Toribio
Y vaya por Isabel. —
Tú, Juan, arregla las mesas
De tresillo y de *ecarté*,
Y en la chimenea luego
Echa dos troncos ó tres. —
Llamad al afinador,
Que el piano está cruel. —
El farol de la escalera
¿Está ya corriente? — Bien. —
¡Jesus, Jesus, qué muchachos!
No nos dejan entender.
¡Ea, á la cama! — ¡Así no!
Póngase en medio el pastel,
Mas allá la *galantina*,
Y el jamon *á la Jerez:*
Lo demás á estotro lado...
¡Y no manches el mantel!
Aquí las conservas... ¡Bueno!
Y los helados después. —
Usted se encarga del ponche.
¡Cuidadito, don Miguel!
No muy cargado. A la una
Se ha de servir. ¿Está usted? —
Tal algarabía mueve,
Traginando como diez,
Doña Próspera Ruivamba,
Condesa del Alcacer. —
El bueno de su marido
Nada dice, ó dice: amen.
Hombre del antiguo régimen,
O se está cazando un mes
En su soto de la Alcárria,
No sin riesgo, á mi entender,
Mientras él apunta á un gamo,
De que le apunten á él
Si entre dos luces le toman
Por una cabra montés;
O, si reside en la córte,
No conoce otra placer
Que comer, dormir, rezar
Y acariciar al lebrel;
Y, para pintarle, en fin,
Con solo un rasgo, diré
Que va al café de *Levante*
Y es jugador de ajedrez. —
Mas dejemos al marido,
Loando su buena fe,
Que en ser tonto le da Dios
Todo lo que ha menester;
Y si algun lector sinónimo
No ha conocido por qué
Con tantos preparativos
Se atosiga su mujer,
Digo que hay baile en su casa,
¡Vaya! y concierto tambien.
Lo que se llama un sarao...
Mal he dicho: una *soaré*.
Y ¿qué va á sacar en limpio
De ostentar todo ese tren?
Tengan ustedes paciencia,
Que pronto lo van á ver.
Siempre que entra alguna dama..., —
¡Son ciento! — ponerse en pié,
Y dar cien pares de besos,
Y recibir otros cien
Con acentos cariñosos
Y risita de ojimiel,
Aunque esta la quiera mal
Y aquella no huela bien.
Andar como un zarandillo
De la una á la otra pared,
Porque la llama Luisita
Y le dice una sandez;
Porque otra quiere sentarse
Al lado de su doncel;
O á los nervios inocentes
Achaca Flora tal vez
La tortura del zapato
Y el suplicio del corsé;
O Laura tiene calor,
O Casilda tiene sed;
O la llaman con tres luegos
Urgencias de doña Inés. —
Allí viene un elegante,
Que fué presentado ayer,
Y hoy con derecho se juzga
Para presentar á seis;
Y ella, aunque mas de una mano
Cortada quisiera ver,
Tiene que besarlas todas,
O pasar por descortés.
Otro disputa en el juego
Por el valor de una nuez,
Y tiene que recordarle
Que su casa no es café.
Otro le pide dos onzas,
Que nunca piensa volver,
Y otro le rompe un florero
Por dansar un *balancé*. —
¿Y el concierto? ¡Qué de afanes!
Faltó á la cita Isabel;
Se han olvidado los coros
Del aria de *Mahomet;*
Está ronco don Ciriaco
Y ha parido Salomé. —
Pues que empiece Fulanita. —
No, señor, no puede ser. —
Arreglemos este duo...
Bien por mi parte. ¿Y con quién? —
Con Casimiro. — ¡Imposible!
No puedo cantar con él.
No entra á tiempo, desafina,
Y todo lo echa á perder. —
Conchita es mas complaciente
Y nos hará la merced... —

Lo haria con mil amores,
Mas no puedo dar el *re*.
Si no estuviera indispuesta... —
Pues ¡ cómo...! ¿Qué tiene usted?...
Y Concha la habla al oido
Y la dice... no sé qué. —
Vaya, pues será preciso
Que supla don Ecequiel... —
Al momento. ¿Cuatro piezas
Faltan? Yo las cantaré.
Y canta; y tras de la voz
Dura, estentórea, soez,
Por un tris no arroja el bárbaro
Los pulmones y la hiel. —
¿Y el *ambigú?* ¡Santo Dios!
No con igual avidez
Entra á saco una ciudad
Famélico somaten,
Como á la opulenta mesa
Se abalanzan de tropel
Una legion de heliogábalos...,
Pero de *buen tono...* ¡ pues!
Fiambres, dulces, sorbetes...;
A nada se da cuartel.
En vano reclama el órden
La desdichada mujer.
En vano su vanidad
Pagó cincuenta por diez,
Malbaratando su hacienda,
A los hijos de Israel;
Que el opíparo banquete
Merienda de negros fué
Entre aquella turba-multa
Sin Dios, sin patria y sin ley;
Y sin poder obsequiar
A tantas damas de prez,
La mejor fuente de china
Rota por el suelo ve;
Y para mayor desgracia
Torpe beodo novel
¡Zas! derrama una ponchera
En su traje de *moaré*.
Así acaba la funcion
Cerca del amanecer;
Y unos al marchar se rien,
Y otros le quitan la piel;
Y el que entró muy derretido
Se despide con desden.
Y la casa ¿cómo queda?
Hecha un confuso Babel.
Y Madrid se ha divertido;
¡Mucho! ¿Y el ama?... ¡Aprended!
La que pócas horas antes
Pensó hacer un gran papel,
Sola, mustia, desairada,
Gime sobre un canapé. —
¡Oh! los bailes, los conciertos...
¡Gran cosa! ¿Y con cena? Miel
Sobre hojuelas. — ¿Me convidan?
Mil gracias. Puntual seré;
Pero ¿en mi casa? *¡Abrenuncio!*
¡Fuego de Dios, amen, amen, amen!

—

EL BAILE.

Diz que inventaron la danza
La alegría y el amor,
Y que tal vez la inocencia
Tuvo parte en la invencion,
Cuando eran los hombres tales
Como el cielo los crió,
Y nadie osaba enmendar
La plana al sumo Hacedor;
Mas la sociedad moderna
De otra forma lo ordenó
Creando del *baile serio*
La singular locucion.
Es cierto que de la danza
Arte bello se formó
Que un *Vestris* y una *Taglioni*
Hicieron encantador;
Y aunque no faltan filósofos
Que miren con irrision
Un arte en que al hombre igualan
El perro, el oso, el jocó;
Y no pueden tolerar
Que se llame *profesor*
Quien tiene el alma en las corvas
Y el ingenio en el talon,
Ya á los públicos teatros
El arte se refugió
Y á la ambulante maroma
De algun italiano histrion.
Y el baile de sociedad
¿Merece este nombre? No,
Bien que lo llamen así
Los tontos de profesion.
Lo que fué danza animada
Insulsa parodia es hoy,
O ridícula fatiga
Sin placer ni diversion.
¿Qué es ver ochenta figuras
Frente á frente y dos á dos
Como autómatas moverse
Sin espíritu y sin voz?
¿Qué inspiran á los sentidos,
Qué anuncian al corazon
Cojeando la *mazurca*,
Galopando *la galop?*
¿Qué sustancia, don Remigio,
Saca usted de un rigodon
Arrastrando el pié dengoso
Ora delante, ora en pos?
¡Miradlos! Ellos y ellas,

Mas serios que un facistol,
Danzan como si danzaran
Así,... de órden superior.
Apenas el aire agita
La leve falda de *gró*,
O de un zanquilargo fraque
El escurrido faldon.
Si Laura te da una mano,
Lo hace... por amor de Dios,
Y con guante, y de los cinco
Tres dedos sisa el *pudor*.
Si ella te abraza, es mentira;
Vas tú á abrazarla y ¡voló!;
Que te esquiva la cintura...
Por guardar el *polisson*.
La destreza es *de mal tono*,
El regocijo, *¡fi donc!*;
La gala está en el desden
Y en el fastidio el primor.
Y esos que por tal bobada,
Sin piedad de su pulmon,
Perdidos tiempo y hacienda,
Vuelven á casa con sol,
Antes que hombres y mujeres
Parecen en el salon
Santos de confitería
O muñecos de reloj.
Y luego pregunta Carlos
A la hermosa Leonor:
« ¿Qué tal en casa del conde?
¡Gran baile! ¡Gran reunion! —
¡Sí; magnífica!, contesta
La dama. Tengo una tos... —
Usted se divertiría
Mucho... — Nada: no, señor.
Yo me aburrí, pero tengo
La dulce satisfaccion
De poder asegurar
Que me aburrí *comme il faut*. »
¡Tal presente nos ha hecho
La extranjera ilustracion,
Y el prurito de la moda
A tal extremo llegó!
Tales bailes no me den;
Que no entiendo, voto á briós,
Cómo pueden asociarse
La danza y el mal humor.
Denme el brioso *bolero*,
Y la *jota* de Aragon,
Y el *fandango* saleroso
Y el *polo* jaleador;
Y aunque sirva de saráo
La cocina de un meson;
Y mas que cuelguen candiles
Y espejo sea un perol;
Y mas que en humilde poyo
Suplan con rasgado són
La guitarra y la bandurria
Al *obóe* y al *fagot*.
¡Y alegría, pese al diablo!
¡Y vaya otro trago, Anton!
¡Y brinco que cante el credo!
¡Y que se muela el arroz!
Y la mano, sea *mano*,
Y en lo que fuere razon
No le anden con regateos
A ningun hombre de pro;
Y haga Juana otra cabriola,
Y mas que sea una coz;
Y sepamos si esa liga
Es verde, ó de qué color. —
Esto será *de mal tono*,
Y vulgar, y ¿qué sé yo...?
Pero es fruta de mi tierra,
Y yo soy muy español.

—

LA POLITICA APLICADA AL AMOR.

———

CARTA ERÓTICA EN ESTILO PARLAMENTARIO.

Mariquita idolatrada,
Mi bien, mi amor, mi deidad,
Mi *programa*, mi *turron*;
Mi *frase sacramental*:
Tú, cuyos ojos me roban
La *independencia* y la *paz*
Poniendo á mi corazon
En *estado excepcional*,
Permite que un *ciudadano*
Te *interpele* en puridad
Sobre *cuestiones vitales*
De su *situacion normal*. —
Si yo te amo y tú me quieres,
¿Por qué, pesia Barrabás,
Con un *pacto de familia*
No das término á mi afan?
Enemigo del *progreso*
Nos condena tu papá
A vivir *estacionarios*
En la flor de nuestra edad.
Con su horrible catadura
Y su *instinto monacal*,
Tambien, dos veces *feota*,
Me rechaza tu mamá.
Mas si tanta es de los dos
La injusta arbitrariedad,
¿Por qué no nos *pronunciamos*
Contra el *yugo* paternal?
Coliguémonos, Maruja,
Y válgame en el altar
Contra el *veto* de tu padre
La *sancion* del capellan;
Y cuando *hecho consumado*

Sea el vínculo nupcial,
Pediremos, alma mia,
Un *voto de indemnidad.*
Por dicha el *antiguo régimen*
Murió en este suelo ya;
Bien que algunos *sicofantas*
Lo quieren resucitar.
¿No ha de alcanzar al amor,
Que de suyo es *liberal*,
Ya que no *el poder omnímodo*,
Un cacho de *libertad?*
Es acto de *vandalismo*
Nuestras almas *divorciar*
Con infraccion manifiesta
Del *Código*... natural.
Tú rica y yo *proletario*,
¿No somos hijos de Adan?
¿No somos parte integrante
Del *edificio social?*
Biógrafo de mí mismo
Me voy á *espontanear*
Aunque no es *parlamentario*
El que dice la verdad. —
En primer lugar, las *Cámaras*
No me abren de par en par
Porque ni soy *financiero*
Ni alta *notabilidad.*
No temo que me sorprenda
Polizonte suspicaz
Elucubrando en el *club*
Algun *tenebroso plan.*
No tengo, rancio *aristócrata*
O *demagogo* procaz,
La exaltacion del *tribuno*
Ni el orgullo del *bajá.*
Ni *contratos clandestinos*
He celebrado jamás
Ni me comprende el apodo
De *sanguijuela voraz.*
Ni aspiro á la *teocracia*,
Ni *Ayacucho* es mi lugar,
Y así soy yo *cigarron*
Como *cangrejo* fluvial.
Solo á los *hojalateros*
Me pudieran comparar,
Porque siempre que te miro
Digo para mí: *¡ Ojalá !...*
Sin embargo, me parece
Que pertenezco á la *gran*
Familia, porque *los pobres*
Siempre hemos sido *los mas.*
Con el santo *sacerdocio*
De la prensa gano el pan,
Mas soy *partícipe lego*
En esa comunidad.
Folletinista infeliz
Y siempre hecho un azacan,
Habito en el *piso bajo*
Si otros en el *principal.*
No en *artículos de fondo*
Afirmo con gravedad
Que el *equilibrio europeo*
Corre peligro en *Tetuan.*
No es dado á mi humilde pluma
Discutir, amalizar
Los *negocios* que en *San James*
Palpitan de actualidad.
No expongo en discursos lánguidos
Con estilo doctoral
El *admirable artificio*
Del *sistema... trinidad.*
Por ser de contrario *dogma*,
No en *polémica* mordaz
Acuso de *farisáico*
Al *colega* Pedro ó Juan.
No soy *tránsfuga*, ni *apóstata*,
Ni acostumbro á *involucrar*
Los rayos del Vaticano
Con *la ley municipal.*
En materia de *agiotaje*
No conozco el Cristus, A,
Y el *ostracismo* sin *ostras*
Para mí está en aleman.
En fin, ni sé de las *masas*
Las pasiones *agitar*,
Ni entiendo jota de *gu-*
Bernamentabilidad.
Mi destino es traducir
Por un módico jornal
Novelas de municion,
Ya de *Paul*, ya de *Balzac.*
Por cierto que malas lenguas
Dicen que suelo dejar
En *vascuence* medio tomo
Y en *francés* la otra mitad. —
Ahora bien, dulce Maruja,
Si has podido barruntar
Las *tendencias* de esta epístola
Escrita en lenguaje usual,
Da *solucion* á mi *crísis*,
Y sepa yo ¡ voto á san !
Si es llegado el *casus fœderis*...
¡ O he de tirarme al canal !

—

LA VIDA DEL HOMBRE,

POEMA PEDESTRE JOCO-SERIO (1).

I.

LA INFANCIA.

Nueve meses encerrado
En oscuro calabozo,

(1) El autor dió á luz por primera vez esta serie de

Con las piernas en cuclillas
Y los puños en los ojos,
Desde que fué concebido
El hijo de cada prójimo, —
No siempre lícito fruto
De legítimo consorcio, —
Llora y gime á su manera
De su prision en el fondo,
Por ver los rayos del sol
Que ilumina nuestro globo.
¡En vano!, que para ahogar
Sus inocentes sollozos,
Conspira aleve el corsé,
Invencion de los demonios;
Y á saber lo que le espera
Cuando salga de aquel lóbrego
Presidio, preferiría
Ser víctima de un aborto. —
Cumplida ya su condena,
Antes de asomar el rostro
Paga á la madre en dolores
Lo que ella le dió en sofocos.
Si no tiene vocacion
De trapense ó de jerónimo,
Él mismo rompe la celda
Que le servía de estorbo.
Si la vida motilona
De aquel antro cenagoso
Le era grata, se resiste
A dejar el refectorio.
Pero ¡inútil resistencia,
Que con furor demagogo
Le *exclaustra*, mal de su grado,
El comadron antropófago!
Revuelto como tortilla
Y amasado como bollo
¡Feliz si de tal maniobra
No sale tullido ó cojo! —
Pero demos de barato
Que salga ileso el pimpollo
Y naturaleza próvida
Triunfe del barbero indocto.
¡Oid al nieto de Adan
Cómo en destemplado lloro
Maldice el funesto don
De vivir entre nosotros! —
Su vida desde el Oriente
Es inaguantable potro,
Y si supiera quejarse
Le escucharían los sordos.
Uno le quita la caspa;
Otro le limpia el meconio;
Aquí apósitos y vendas;
Acullá unturas y polvos.
¡Qué de friegas y estirones,
Qué de frotes y de sobos
De la cabeza á los piés
Y desde la mano al hombro! —
Piensa descansar el mísero
Después de mondo y lirondo,
Mas de mayores tormentos
Aquel ha sido el exordio.
Ahora comienza el suplicio
Del consabido envoltorio
Que oprime sus coyunturas
Y estruja sus hipocondrios.
Metedores y pañales,
Mantillas, chambras y gorros
Con una y otra corteza
Cobijan el débil tronco;
Y al fajarle el operario
Tal vez le disloca un codo
O con agudo alfiler
Pincha al indefenso rorro;
Y sobre prensarle tanto
Le dan vueltas como á un torno;
Que no sé como no vuelven
Al pobre muchacho loco. —
Por fin, menos semejante
Al hombre, de que es retoño,
Que al cilindro de una máquina
O á una colmena de corcho,
Chupa voraz de su madre
Los túrgidos promontorios,
Y breve tregua á su llanto
Da el suculento calostro. —
Entre tanto, veinte brujas
Formando gárrulo coro
Bendicen — ¡otra les queda! —
El fruto del matrimonio.
¡Oh qué linda criatura!
Dice fulana: es un rollo
De manteca. ¡Dios le libre
De viruelas y mal de ojo!
Otra en tono de sibila
Hace inspirada su horóscopo
Y larga vida le anuncia
Con montes de plata y oro.
Otra exclama: se parece
Lo mismo que un huevo á otro
A su papá; y el papá
No cabe en sí de alborozo.
Pero quizá, aunque sonríe
Y dice en público «apoyo»,
Tiene el padrino razones
Para pensar de otro modo. —
No lamento lo que sufre
En el acto meritorio
Del bautismo, que me precio
De ser cristiano ortodoxo;
Pero cuando siente el párvulo
Sobre su cabeza el chorro
Y en su boca el *sal sapientiæ*,

romances en el festivo periódico *La Risa*, dirigido por el señor don *Wenceslao Ayguals de Izco*.

Que no le sabe á bizcocho,
Tal vez — ¡ humana miseria ! —
Se obstinaría en ser moro
Si al oir *vis baptizare*
Fuese él quien dijera « *volo.* » —
¿Y quién ¡ay Dios! enumera
Las dolencias y soponcios
Que mortifican al nene
Entre lágrimas y mocos?
Hoy le aflige la alfombrilla;
Mañana el usagre hediondo;
Otro dia el sarampion
Le convierte en fiero monstruo.
A cada diente que asoma
Le atacan pujos y vómitos,
Y tal vez males ajenos
Se le agregan á los propios;
Que si antes de descubrirse
El americano golfo
El pecado original
Era, aunque grave, uno solo,
¡Hoy son dos...; y vive Cristo
Que hizo España buen negocio
Quedándose con la peste
Y perdiendo el territorio ! —
Sin consultar — ¡ angelito ! —
Su paladar ni su estómago,
Antes de cumplido el año
Llenan su cuerpo de bodrio,
Y antes que adquieran sus miembros
El preciso desarrollo
Le desnudan de mantillas
Para vestirle de corto.
Mas no por eso el menguado
Respira con desahogo,
Que su pulmon deterioran
Los andadores diabólicos;
Y cuando de ellos le alivian,
Si con afan engañoso
Para librarse del yugo
Hace pinitos heróicos,
Cada paso es un peligro,
Cada mueble es un escollo,
Que sus piés son de manteca
Y su cabeza de plomo. —
Por fin, á fuerza de dias
Y coscorrones de á folio,
Logra andar la criatura
Sin necesitar socorro,
Y su labio balbuciente,
Menos precoz que el de un loro,
Articula á los tres años
Papá, *teta*, *mamá* y *chocho;*
No sin que antes las comadres,
Interpretando su tosco
Guirigay, al rudo niño
Levanten mil testimonios. —
Hasta en los mismos halagos
Y caricias y piropos
Que le tributan ¡ay! pasa
Las penas del purgatorio.
Objeto de diversion,
Como puede serlo un mono,
Para vecinas lechuzas
Y aduladores ociosos,
Le hacen reir cuando llora,
O turbando su reposo
Cuando mamara ó durmiera
Le hacen bailar como trompo.
Llamándole serafin
Le aturden con su alboroto
Y el amor con que le besan
Tiene apariencias de encono.
Uno al cutis infantil
Aplica el suyo cerdoso;
Otro le inspira su aliento,
Que no huele á cinamomo;
Otra vieja fementida,
Mostrando insolente pólipo
En su alevosa nariz,
Que parece un sable corvo...
¡No mas, impía canalla!
¡No con vuestro impuro soplo
Sequeis en flor ese vástago
Que acariciaba el Favonio! —
Pero ¿qué diré — ¡ infeliz! —
Si á falta de madre — ¡oh tósigo! —
Te cría bestial pasiega
O la madre de algun choto?
¿Qué diré, si te condenan
A la congoja, al engorro
De chupar los *biberones*
Aspirantes de Ibarrondo?
¿Qué diré, en fin, si hacinado
En una casa de expósitos
Lloras de ignorada madre
El criminal abandono?
Si al hambre y la desnudez
Sobrevives, suyo el gozo,
Suyo habrá sido el pecado,
¡Y tuyo será el oprobio!!! —
Y exclamarán todavía:
¡Dichosa edad! los filosofos...
O nunca fueron *chiquillos*,
O siempre han sido unos tontos.

II.

LA NIÑEZ.

Yo, aquel del romance en *óo*
Que los vitales preludios
Narré del cuitado párvulo
Recien-venido á este mundo;
Yo que con amor paterno

Le seguí desde el columpio
De la cuna hasta dejarle
En los límites de un lustro;
Hoy que marcha por su pié,
Y aunque con poco discurso
Muestra en su lengua expedita
Que no nació sordo-mudo,
Voy á proseguir su historia
Con otro romance en *úo*;—
Y basta de introduccion
Al capítulo segundo.—
El niño es pobre, ó es rico;
El niño es hábil, ó es rudo;
Dócil ó díscolo; — tres
Verdades de Pero-Grullo. —
Si engendro fué suspirado
De padres de alto coturno,
¡Venturosa criatura!
Dirá el envidioso vulgo.
¡Se engaña! Todo viviente
Nació para el infortunio,!
Y con otra disyuntiva
Voy á probar lo que anuncio.—
O temiendo á cada instante
Que le acometa el singulto
De la muerte, le sujetan
A planes de higiene absurdos;
Y aunque llore y se desgreñe
El infeliz ¡no hay recurso!,
Que hacen con el tierno vástago,
Sin que le obligue el ayuno,
Lo que el doctor *Tirteafuera*
Hizo con *Sancho* el panzudo;
Y todo goce le daña
Y todo juego es abuso
Para él, y hasta del aire
Le merman el usufruto.
¡Así se cría canijo
El que naciera robusto
Y *á fuerza de amor* sus padres
Se convierten en verdugos! —
O bien, con necio cariño,
Halagan todos sus gustos
Y de un mocoso rapaz
Hacen un rey absoluto.—
Y no es mas feliz por eso
El acariciado alumno,
Que con el mimo y los años
Crece en su pecho el orgullo.
Llega dia en que no bastan
Las riquezas del Gran Turco
Para dejar satisfechos
Sus caprichos importunos.
Cuando le ofrecen faisanes
Se le han de antojar besugos,
Y pide peras al olmo,
O que nazca Dios en junio.
Fáciles goces le cansan;
Que, como dijo Licurgo,
Cuando no hay pena, no hay gloria;
Donde no hay lucha, no hay triunfo.
Así la mitad del dia
Pasa en hastío infecundo,
Y la otra mitad rabiando
Como si fuera energúmeno.—
Mas si al hijo del magnate
Tan mala fortuna cupo,
¿Qué no sufrirá de un *quidam*
El desdichado producto?
¡Y al santo Dios de Israel
En sus altos juicios plugo
Que los ricos sean pocos
Y los pobres sean muchos!—
Primero que la razon
En él ejerza su influjo,
Al brazo seglar le entregan
De un maestro ceji-junto.
¡Cuánto le cuesta aprender
La primer letra de *burro*!
¡Cuánto el escribirla luego
Con intercadente pulso!
¡Cuántos tirones de orejas
Y cuántos azotes crudos
Para meterle en la cholla
Que *uno* es *tres* y *tres* son *uno*!
¿Y qué diré ¡santo Dios!
Del *quis vel qui* y el gerundio,
Y de *Cornelio Nepote*
Y de *Fedro* y *Quinto Curcio*?—
Si inhábil para las letras
Le dispensan del estudio,
Confinado en un taller
Suda gotas como el puño.
Y en su casa y en la ajena
Su destino es siempre zurdo,
Ora maneje el escoplo,
Ora interprete á Salustio.—
Si la tiña no le aflige,
Tendrá al menos, de seguro,
Sabañones en invierno
Y seguidillas en julio.—
Jamás acierta el pobrete
A dar á sus padres gusto:
Si habla, «¡charlatan maldito!»,
Y si no chista, «¡cazurro!»
Siempre pagan sus mofletes
Los domésticos disturbios,
Que no hay leyes para él...
Excepto la del embudo.—
En vano voraz su estómago
Pide sin cesar condumio,
Que si abundan los sofiones
Escasean los mendrugos.—
Cuando le compran zapatos
Los pantalones son nulos,
Y cuando estrena chaqueta

El cogote va desnudo;
Y todo trapo es inútil
Antes que lo gaste el uso;
Que no crece la corteza
A medida del arbusto;
O *retrógrada* su ropa,
Como dirían algunos,
No sigue el *progreso rápido*
De sus brazos y sus muslos. —
Así en su niñez vegeta
Entre desprecios y ayunos
Y llega á la pubertad
Escuálido y larguirucho. —
¿Será mas dichoso en ella?
Ni lo afirmo ni lo dudo
Por hoy. Al tercer romance
Dará está cuestion asunto.

III.

LA ADOLESCENCIA.

En el romance anterior
Dejamos, lector insigne,
A nuestro héroe de marras
En una especie de crísis;
Que así se puede llamar
Aquel tránsito difícil
De los pueriles instintos
A los humos juveniles.
Crepúsculo de la vida; —
Que en efecto, menos *vive*
Que *vegeta* el individuo
En sus primeros abriles; —
Crepúsculo de la vida
La adolescencia; — otros dicen
La pubertad; — se inaugura
Con los síntomas que siguen. —
A las doce navidades
En unos se hace ostensible;
En otros, menos precoces,
No se muestra hasta las quince.
Sombrea leve pelusa;
Esto es, la barba en su orígen,
Aquella parte del labio
Que raya con las narices.
Pasa la voz á la boca
Desde la hueca laringe
En problemático són
Misto de *tenor* y *tiple*.
Hierve la sangre en las venas,
Cuyo humor *acre*, *proclive*,
Que dijo el otro, rebosa
Por la humana superficie.
Panadizos y diviesos
Al protagonista afligen,
Y el corazon palpitante
Quiere salir de sus lindes.
Ignoradas sensaciones,
Deseos indefinibles
En el cerebro le bullen
Y en el pecho le sonríen.
No bien cambia el tonelete
Y la valona de nípis
Por la levita y demás
Atavíos varoniles,
Mira con fiero desden
Los trompos y los confites,
Y si le llaman muchacho
Se le amontona la bilis. —
Si antes estudió los *géneros*
Sin saber en qué consisten,
Lo que va de *primo* á *prima*
Hoy sin vacilar distingue.
El desarrollo de Adela
Sigue con ojos de lince
Y observa que con el suyo
Simpático coincide;
Que, mientras juzga su padre
Que otros estudios prosigue,
En la *historia natural*
Hace progresos visibles;
Y es con las *primas* cordero
El que con los *primos* tigre
Sin descifrar todavía
La clave de este busilis. —
Mas de la inocencia cándida
Pronto quebrados los diques,
Se convierten en demonios
Los que fueron serafines.
Ni es maravilla que al Céfiro
Cuando susurra apacible
La frágil caña se meza
Y se doblegue la mimbre.
Naturaleza nos habla
Halagüeña, inteligible;
Su copa exhala perfumes...
¿Cómo rehusar el brindis?
No es culpa de un pobre mozo
Si hay sátiros que le pinten
La virtud ruda y amarga,
Fácil y goloso el crímen.
Ni ¿qué mucho si el neófito
Lo que mas le agrada elige
Entre el *veto* de su *dómine*
Y el *exsequatur* de Filis? —
Pecará...; yo no lo niego,
Mas si, en efecto, delinque,
Él purgará sus pecados
Y exclamará: *¡parce mihi!* —
¡Mirad! Su lustro primero
A duras penas fué triple
¡Y ya aquella flor lozana
Inclina su tallo humilde!
El que ayer dió culto á *Vénus*

Hoy á *Mercurio* lo rinde,
Y el pecho que amor henchía
Lenta consume la tísis.
¡Qué dolor! ¡Oh adolescencia
Estúpida! — ¿Y es posible
Que aun hagan muchos mozuelos
Alarde de sus deslices?
Por el flujo de *hombrear*
¡Cuántos publican la triste
Vergonzosa pestilencia
Que abrevia sus dias! ¡Títeres!...
¡Y hay mueble tan presumido
Que sin sentirla la finge
Mintiendo palmas de *mártir*
Cuando las llora de *vírgen!* —
A otros les da por la *gloria*,
Como á aquellos por la sífilis,
Nuevo linaje de buhos,
Aunque blasonan de cisnes.
Genios son *no comprendidos;*
Es decir, *incomprensibles*,
Cuya *mision en la tierra*
Es renegar de su estirpe.
Sus númenes son vampiros,
Brujas, espectros, caribes...;
Su paraiso el infierno;
Su vida, suplicio horrible. —
Oye el lúgubre ronquido
Con que del mundo maldicen
Que solo han visto pintado
En biombos y tapices,
Y el afan con que pretenden
En fuego y sangre fundirle,
Como el que abrasó la cama
Para acabar con las chinches.
Observa el raro contraste
De sus gracias infantiles
Con la seriedad ridícula
De sus pláticas bilingües.
Míralos, cómo ponderan
Desengaños que no existen,
Pesares que no conocen,
Placeres que no conciben.
Para ellos todas las hembras
Son Mesalinas ó Circes,
Ponzoña sus atractivos,
Prostitucion sus melindres. —
Y es porque ellas al muñeco
Que arriesga amoroso envite
Responden: «Límpiese el moco
Y aparte, que no me sirve.» —
¡Paciencia, pobre zagal!
Si al tormento sobrevives
De no ser *hombre* cual piensas
De *niño* como lo fuiste,
Yo prometo que algun dia
Con ellas te reconcilies
Y llames diosa del mundo
A la que hoy llamas esfinge. —
Entonces... Mas para entonces
Con otro romance en ristre
Te emplazo. Este ya llegó
Al *opus coronat finis*.

IV.

LA JUVENTUD.

Ya el canijo adolescente
Es fuerte y gallardo jóven
Y el tenue disperso bozo
Es ya cerdoso bigote;
Ya en su total incremento
Ostenta fueros de roble
La débil rama y, en fin,
Ya nuestro hombre es todo un hombre.
¡Grata edad de los placeres
Y las dulces ilusiones
Y los hechos generosos
Y los pensamientos nobles!...
Pero yo que en mi poema, —
Si puedo dar este nombre
A perdularios romances
Que no ha dictado Calíope, —
Las miserias masculinas
Cantando con tres bemoles
Siego punzantes abrojos
Donde otros rebuscan flores,
Dejo al dichoso optimista
Narrar, Juventud, tus goces,
Y voy á exponer la serie
De tus desdichas enormes. —
Presa de insanos deseos
Y de indómitas pasiones,
El *Mundo*, el *Diablo* y la *Carne*
Llevan tu vida á remolque. —
Ambicion te inspira el *Mundo*
Con que al Este, al Sur, al Norte
Sobre mal seguro leño
Surcas el ponto salobre;
O de las cándidas musas
Fervoroso sacerdote
Pides al genio las alas
Que hasta el cielo te remonten;
O la vara de Esculapio, —
Otros dirían azote, —
O la balanza de Témis,
O la lanza de Mavorte. —
Y el mar te traga en su abismo,
O cuando llegas al borde
Del puerto ansiado te abrazas...
¡Con el *tifus icteróides!*
Y si las musas te brindan
Con la copa de sus dones,
O la enturbia la ignorancia
O la envidia la corrompe.

Médico, pasas la vida
Oliendo y tocando horrores.
¿Curas? No te pagan. ¿Matas?
Te abruman á maldiciones.
Letrado, aunque docto seas,
Te quedas á buenas noches
Si bendicen tu justicia
Los huérfanos y los pobres.
Soldado, piensas medrar
Con asaltos y mandobles
Y sufriendo hambres y frios
Por los valles y los montes;
Y mientras coges allí,
Amen de heridas y golpes,
Laureles que te escabechen
Y réumas que te joroben,
Te usurparán los cobardes
Grados, empleos y honores
Patrioteando en la plaza
O serpeando en la córte. —
Del *diablo* ¿qué te diré,
Si apenas sus tentaciones
Conjuraron eremitas
San Anton y san Onofre? —
¡La *carne!*. . Este es el mayor
Enemigo de los jóvenes,
Porque entre rosas y mirtos
Como víbora se esconde. —
« ¡La *MUJER!* Obra maestra
Del cielo, y gala del orbe,
Regalo de los sentidos
Y prez de los corazones,
Nuestra áncora en las borrascas,
Nuestro alivio en los dolores... »
¡Bravo, amigo! ¡Deliciosa
Letanía! *Ora pro nobis.*
Mas la especie en general,
Aunque hay muchas excepciones,
Da mas penas que placeres,
Mas maulas tiene que dotes. —
Si entre doncellas y viudas
Tu dulce tormento escoges; —
Que perseguir á mujeres
Casadas no está en el órden, —
O del suplicio de Tántalo
Sufres las ansias atroces
Cuando parientes y escrúpulos
Son de su jardin dragones;
O si temes que Himeneo
Dos veces tu sien corone,
Para que ella no te venda
Es forzoso que la compres. —
Aun sin el yugo nupcial,
Con el cual no estás conforme,
Habrá quien te ame de *gorra*
Si otras taimadas la *ponen;*
Y no expondrás cada dia,
Porque no habrá quien la ronde,
Tu corazon á amarguras,
Tu cabeza á coscorrones;
Y sobre ser á tu amor
Leal, cariñosa y dócil,
Alguna habrá que te pague
El teatro, el sastre, el coche; —
Pero será vieja ó fea,
Si no es graduada *in utroque*,
Y en tal caso, con tu pan
Te lo comas ¡si eso comes! —
Si huyendo, en fin, de solteras
A las casadas te acoges,
Por no estrellarte en Caribdis
Quizá en Escila te ahogues;
Que si te pilla entre puertas
El ofendido consorte
Podrá medida de frac
Tomarte con un garrote. —
Rara contingencia es esta
En los tiempos que ahora corren;
Que para un toro bravío
Hay cabestros diez ó doce;
Pero cabestros y todo,
Te causan mil sinsabores
Antes que de prisa engullas
Lo que de su mesa sobre;
Y si cansar no temiera
A quien lea estos borrones,
O escandalizar á alguno
De los de *¡ oh témpora, oh mores !*,
Me atrevería á probar
Con argumentos *ad hóminem*
Que los maridos no son
Los verdaderos cabrones.

V.

LA VIRILIDAD.

Ya cumplió mi ciudadano
Las cuarenta navidades.
Ya por frívolos placeres
No sufre necios afanes.
Ya su suerte asegurada
Por buenos ó malos trámites,
Serio y barrigudo, tiene
Cierto aquel..., cierto carácter,
Y casa y hogar, y lleva
El dulce nombre de padre
Y esposo... En fin, cate usted
A Periquito hecho fraile.
Y si no ha sacado ya
De este mundo miserable
Todo el partido posible
Y todavía es un nadie,
Lo mejor que puede hacer,
En mi concepto, es tirarse
De la torre de san Luis

O al canal de Manzanares. —
¡La virilidad! Ahora
Es el gozar, pero en grande
Cuando la razon modera
Los ímpetus de la sangre! —
¡Ilusion! Nuevos cuidados,
Contratiempos y pesares
Te hacen en la edad madura
Mas desventurado que antes. —
Dejo aparte tus pasiones,
Que no por menos audaces
Dejan de ser de tu vida
Lento y silencioso cáncer;
Mas ¡ay! amen de las tuyas
Las ajenas te combaten,
Que á tu lado gozan todos
Y tú solo eres el mártir. —
¿Quién se libra en este mundo
De criados que le estafen,
O de amigos que le vendan,
O de suegras que le arañen? —
¡Y haber de sufrir, gran Dios,
A cada niño que nace
O el furor de la pasiega
O los dengues de la madre!
¡Y que el ángel de tus ojos
No permita que un instante
Los cierres cuando rendido
Des con tu cuerpo en el catre,
Ya con agudos clamores
Los oidos te taladre,
Ya se le aflojen los muelles
Y la nariz te regale! —
Mas le amas; que para ahogar
Afecto tan entrañable
Fuerza es tener corazon
O de usurero ó de cafre;
Y cuando mas te enamoran
Sus infantiles donaires
Y en él perpetuar esperas
Los timbres de tu linaje,
O le enteca la alfombrilla
O le encanija el usagre
¡Y aquella temprana flor
Herida del cierzo cáe!
O crece hermosa y lozana
Al abrigo de tus lares,
Y procurando su dicha
Para cuando sea grande,
Te impones mil privaciones,
Sudas por mañana y tarde...
Pero ¡tal vez en tu seno
Estás abrigando un áspid! —
Si es varon, suele salir
Aficionado á los naipes,
Quimerista, libertino,
Insurgente, botarate...
Si hembra, caprichosa, frívola,
Coqueta, nerviosa, frágil,
Y en fin, *romántica*, que es
El peor mal de los males. —
Mas dado que ángeles sean
Los hijos que procreaste,
¿Cuál no será tu tormento
Cuando de ellos te separes?
Quintas, duelos, proscripciones,
O tumultos en las calles,
O facciosos en los campos,
O esbirros en todas partes,
Te arrebatan sin piedad
El varon hecho á tu imágen;
Y con sus manos lavadas
Llega cualquier badulaque
A privarte de tu niña
Y llevarla á los altares,
Mas como víctima pingüe
Que como consorte amante.
Es decir que, cuando piensas
Poner una pica en Flandes
Cumpliendo la ley que dice:
Créscite et multiplicámini,
Crías *carne* para *pícaros*
O *pícaros* para *carne*. —
¡Y gracias si tu mujer,
En vez de ser dulce, amable,
Y ayudarte á conllevar
Flaquezas y adversidades,
No es díscola, ó jugadora,
O amiga de coche y baile
Y sortijas y aderezos
Y terciopelos y encajes
Y ópera y máscaras!... ¡Oh!,
Las máscaras son fatales! —
¿Y qué diré si tu sino
Es tan aciago, compadre,
Que por la puerta de *Géminis*
Entras en *Tauro* y en *Aries*?
¡Qué horror!!! Y del mal el menos
Si en desventura tan grave
O ignoras tu deshonor,
O lo aguantas si lo sabes.
Pero ¡las dudas amargas
Y las sospechas tenaces
Que el corazon te laceran
Como aguzados puñales;
Pero haber de acariciar
En tus brazos paternales
Al intruso motilon
Fruto de adulterio infame!...
Basta, que ya me enternezco,
Y no es justo ¡voto al Draque!
Que, redactor de LA RISA,
Llore yo como un vinagre.
No; en vez de exclamar con Persio:
¡Quantum in rebus inane!
Con el buen Horacio Flacco

Diré : *¿risum teneatis?*
Y pues ya es largo el sermon,
Solo añadiré una frase,
Oh lector, para decirte...
Que aquí acaba este romance.

VI.

LA VEJEZ.

« ¡ Qué ridículo vejete !
No sé cómo hay quien le sufre.
Tose cuando no regaña;
Cuando no predica, gruñe. —
Aguante él solo la gota
Y el asma que le consume,
Dolorosas consecuencias
De livianas juventudes,
Y no con su adusto ceño
Desde el martes hasta el lunes
Contra el reposo de deudos
Y criados se conjure.
Cuente solo sus miserias
Entre rezos y menjurjes
Al confesor que le exhorte
Y al médico que le pulse,
Y deje á la juventud
Que sin tregua ría y triunfe,
Ya con felices verdades,
Ya con ilusiones dulces.
Deje gozar á Melisa,
Pues hierve su sangre y bulle,
Y cuando quiere bailar
No la lleve al *via-crucis*.
Deje retozar al niño
Y no impaciente murmure
Si gusta mas de su trompo
Que del *uniuscujusque*.
Harto es hacernos peinar,
Aunque tanto nos repugne,
La perdurable *peluca*
Que su calva inmunda cubre,
Sin *las* que á cada momento
Nos está echando con fútiles
Apotegmas que su boca
Antes que articula escupe. » —
Tales ausencias te guardan,
Pobre anciano, enfermo, inútil,
¡ Y dichoso cuando tienes
Riquezas por que te adulen !
Que al menos en tu presencia
Con fingida dulcedumbre
Su inicua aversion disfrazan
A tus surcos y á tu mugre. —
¡ Cuitado ! Cuando amorosos
Los que heredarte presumen
Te ponen los sinapismos
Y los colchones te mullen,
« ¡ Cuánto mejor descansara, —
Para su saco discurren, —
En la córte celestial
Entre ángeles y querubes ! —
Jaletinas y conservas
Traigan de casa de *Nuñez*,
Que sin dañar el estómago
Lo restauran y lo nutren, »
Dice otro; y si fuera médico,
Su receta, no lo dudes,
Diría: « *récipe...* horchata
De rejalgar, media azumbre. » —
« Ese es un mal pasajero
Que en dos dias se destruye,
Exclama Juan; no hay motivo
Para tanta pesadumbre.
Teneis complexion de atleta
Y resistencia de yunque.
Largos años vivireis :
Yo á Dios se lo pido... » — ¡ Embuste!
Allá en sus adentros dice,
Recordando lo de *in pulverem*
Reverteris, « ¡ plegue á Dios
No llegues al mes de octubre ! » —
Y en tanto, ¿de qué te sirven
Pingüe renta, cuna ilustre,
Si tus sentidos flaquean
Y tus potencias sucumben ?
¿Qué sensaciones aguardas
De lo que tus manos urguen
Si descarnadas y trémulas
La muerte en ellas se esculpe?
¿Cómo gozar de *Rossini*
El grato, armonioso númen
Si apenas hiere tu tímpano
El fragor de los obuses?
¿Qué han de oler esas narices,
Aunque flores te circunden,
Si el rapé las embadurna
Y el catarro las obstruye?
¿Cómo gozar de las tintas
Rosadas, verdes ó azules
Con que el sol viste los campos
Y colorea las nubes,
Si miope y legañoso,
Dando acá y allá de bruces,
No ves siete sobre un asno
Aunque *Rudaguas* te ayude?
¿Qué vale que el *ambigú*
De la Risa te estimule
Con perdices y faisanes
O con salmones y atunes,
Si despoblada tu boca
De muelas con que manduques
No puedes cubrir la mesa
Sino de sopas ó puches,
O relajado tu estómago
Por antiguos ambigúes

Apenas consiente el pábulo
De demócratas legumbres? —
Y si á tantas privaciones
Cuando doce lustros cumplen
Se ven ¡ay dolor! sujetos
Los marqueses y los duques,
¿Qué diré del desdichado
Que en su ancianidad recurre
A pedir de puerta en puerta
Mendrugos para su buche?
Si hay uno que le socorra
Hay cuarenta que le injurien,
Y cuando va por la calle
No hay perro que no le ahulle. —
Si logra un dia que *san*
Bernardino le refugie,
Aun para el bodrio que come
Fuerza es que trabaje y sude;
O con cepillo en cintura,
Y sombrero que fué de hule,
Y en la blusa remendada
La imágen de un mapamundi,
Sirve en el Prado candela,
Que nadie le retribuye;
O comparsa de difuntos
Les entona el de *profundis*. —
Pues ¿y el infeliz inválido
Lleno de heridas y cruces
Que mutilado se arrastra
Sin pan, sin cama, sin lumbre? —
Pues ¿y el mísero cesante,
Muerto de hambre cuando impunes
Le insultan con su opulencia
Cien ambiciosos gandules? —
Mas si no atajo la pluma
Voy á escribir un volúmen. —
Aquí acaba este romance
Y aquí el poema concluye.

He dicho; y añado ahora,
Por epílogo y resúmen,
Que desde el lecho en que nace
A la tumba en que se pudre,
El que los sabios titulan
Animal bípedo, implume...
Es el mas triste animal
Que en el mundo se rebulle.

ROMANCILLOS.

LA VIVANDERA.

A cuarto la copa
De leche de anís.
A cuatro el cuartillo
De buen chacolí.
Y el tinto de Falces
Que está en el barril,
A siete; no bajo
Ni un maravedí.
Venid á mi tienda,
Muchachos, venid.
Lo barato y bueno
Lo hallareis aquí.
¡Qué hermosas arenques!
Miradlas bullir
En la blanca harina,
Que no es de maíz.
Ya en el fuego saltan:
No hay mas que pedir.
Tres doy por un cuarto,
Que yo no soy ruin.
Y aquí, que no hay guardas
Como allá en Madrid,
Tabaco os ofrezco
De Habana y Brasil.
Comiendo y trincando
En torno de mí,
Jurad como libres
Vencer ó morir;
Y llore vencida
La hueste servil
Que en luto y oprobio
Nos quiere sumir.
Tambien vuestras glorias,
Aunque hembra nací,
Cual vuestras fatigas
Merezco partir:

Yo que al claro Deva
Bizarra os seguí
Desde el márgen bello
Del Guadalquivir :
Yo que con vosotros
Canté veces mil :
« Soldados, la patria
Nos llama á la lid. »
Y con este mio
Que llamais gentil
Ya serena el rostro
De la muerte ví :
Y el pecho que amante
Aprendió á latir
Tal vez sin espanto
Dispara un fusil. —
Mas si entre vosotros
Por mirarme aquí
Solita y no fea
Y en mi verde abril,
Alguno ha soñado
Rendirme feliz
Y hacer de mis gracias
Villano botin;
Mejor que Lucrecia
Con alma viril
Sabré defenderme
Del torpe adalid.
Halagos de pico,
Cuantos quieran, sí.
Al largo de manos
Le tiro el badil;
Que con alma y vida
Soy del cabo Ruiz,
Y no me camela
Gente baladí. —
¡Ea, que se acaba!
Muchachos, venid.
A cuarto la copa
De leche de anis.

—

A PILAR.

Pilar hermosa,
Sal de Jesus,
Tu linda cara
Vale un Perú.
Al ver tu talle,
Que es el *non plus*,
Y de tus ojos
La viva luz,
Algun amante...,
Y mas de algun,
Suspira ¡y le oye
Calatayud!
Mas, fiel costilla
De aquel gandul,
Al que te ronda
Dices: no hay mus,
Aunque su inútil
Solicitud
Le ponga á pique
De un patatús.
Así en la córte
Corre un run-run
Contrael exceso
De tu virtud;
Y hay quien te pone
De oro y azul
Porque le aflige
Tu ingratitud;
Y dices que eres —
¡Dios de Saul! —
Fiera enemiga
Del procomun. —
No yo con ellos
Corro el albur,
Aunque me gustas
Mas que el tisú;
Que ya en el gremio
Dije *ego sum*,
Y para un hombre
Basta una cruz.
Mas desde Cangas
Hasta Agramunt
Mejor amigo
No tienes tú. —
¡Ay! ya de vuelta
Para Guipúz-
Coa dispones
Saco y baul.
¿Será posible?
¡Mondiú, mondiú!
Dios te conceda
Mucha salud.
Cuando nos digas
Abur, abur,...
¡Cuántos suspiros
Irán á Irun!

ANACREONTICAS.

LA ROSA.

¡Guarda, mi Silvia, guarda!
¡Ay! No por una rosa
Tu delicada mano
A lastimar te expongas.
Vénus que las produjo
Como suprema diosa
Al estampar su huella
Sobre la verde alfombra;
Vénus vivió cien siglos
Ufana de su obra
Hasta que tú naciste,
Dulcísima pastora.
Dos el Amor ha puesto
En esa cara hermosa
Que las suyas afrentan
Y el corazon me roban.
Así el rosal ameno
De Vénus envidiosa
Crudas espinas cubre
Entre lozanas hojas.
¿No temes su venganza?
¡Tente!... Quizá se esconda
Cabe el risueño arbusto
Víbora ponzoñosa.
Si engalanar deseas
Tu cabellera blonda,
Deja que yo la arranque
Con esta mano tosca.
¡Y oh si por serte grato
Fuera tanta mi gloria
Que las sutiles puntas
La desgarrasen toda!
Y mas que no pudiera
Valerme de la honda
Ni tocar en un año
Mi rústica zampoña. —
¡Oh, déjame, importuno!
Responde la pastora.
¿Qué importa que me clave
Si es *para tí* la rosa?

EL TURNO DE BACO.

Si llevo mis ofrendas
A los altares hoy
Del hijo de Semele,
No del vendado Dios;
Perdona, Licia mia;
Mi ardiente corazon,
Pues númenes son ambos,
Divido entre los dos.
Su cumpleaños celebra
Menalcas el pastor,
Y á fuer de buen amigo
Su convidado soy.
Nos da rica cecina
Del jabalí feroz
Que no ha mucho este valle
Cubría de terror.
Y entre el hollin curado
Opíparo morcon,
Que á cien varas trasciende
Su regalado olor;
Y anchóas malagueñas,
Y arenques del Ferrol,
Amigas entrañables
Del vino de Chinchon. —
Por cierto que un pellejo
Nos guarda del mejor,
Y un cántaro de Yepes
Que trajo á prevencion.
Adios; no me detengas,
Que ya se ha puesto el sol.
Hoy Baco me hace sordo
Al eco de tu voz.
Perdona si á embriagarme
De dulce mosto voy;
Que mañana en tus brazos
Me embriagaré de amor.

—

VINO Y AMOR.

Médico que me privas
Del vino y de mi Clóri,

No así como mi pulso
Mi corazon conoces.
Si á tanta costa quieres
Que la salud recobre,
Huye, que de la Parca
No es tan funesto el golpe.
Vino y amor dictaron
Al dulce Anacreonte
Sus versos que le ascienden
Al trono de los dioses.
Vino y amor alivian
Fatigas y dolores;
Vino y amor infunden
Las ínclitas acciones.
¿A quién, doctor, no alegran
Si no es de helado bronce
Los ojos de una hermosa,
La espuma del aloque?
Aquí en mi hogar humilde
Que alumbra medio roble,
Aunque ignorado, limpio,
Y tranquilo, aunque pobre;
Mi Clóri á la siniestra,
Y á la derecha el odre,
Sin miedo á las borrascas
Del cielo y de la córte;
Déjame que entre sorbos,
Y besos y canciones,
O me cure... ó me muera,
Que á todo estoy conforme.
Y guarda tus preceptos
Para el cuitado jóven
Que pueda amar la vida
Sin vino y sin amores.

—

LA PUBERTAD.

Madre, ¿qué llama oculta
Circula por mis venas
Que al paso que me halaga
Me aflige y desespera?
Hechizos son ¡ay triste!
Que en ponzoñosa yerba
Recelo me haya dado
La encantadora Lesbia.
Mas ¿cómo, si la vida
Me abruma y me atormenta,
Jamás me ha parecido
Tan plácida y tan bella?
Si tú culpas al tiempo
Porque rápido vuela,
¿Cómo yo desolada
Maldigo su pereza?
Tú empero ya á la tumba
La débil planta llevas;
Y yo respiro el aura
De dulce primavera.
Enigmas son, oh madre,
Mis gozos y mis penas.
Descífralos, te ruego;
Mi lloro te conmueva.
Ayer entre las niñas
Al són de muelle avena
Gozosa, infatigable
Danzaba en la floresta.
La rosa nacarada
En mi cabello presa,
La poma aun no madura
De la vecina huerta,
La risa, la algazara,
La cinta, la pandera...,
No mas apetecía
Mi cándida inocencia.
Hoy los pueriles juegos
Mi corazon desdeña;
Y no sé qué me pide
Que de latir no cesa.
Y en tanto que á las niñas
Lanzo de mi soberbia,
Las adultas zagalas
Me esquivan, me desprecian.
Si algun pastor me mira,
Me turba y me enajena;
Y á mi despecho clavo
Los ojos en la tierra.
Si me habla lisonjero,
Si la mano me estrecha,
Yo tiemblo, y mis mejillas
Colora la vergüenza.
¿Qué crímen ignorado,
O cuál desdicha acerba
De dia me acongoja,
De noche me desvela?
Repíteme incesante
Aquí una voz secreta:
Para el placer naciste,
Donosa zagaleja.
Y del placer en tanto
La prometida senda
Natura á mis afanes
Cubre de opaca niebla. —
Así á los trece mayos
Triste, llorosa, inquieta,
Razona con su madre
La niña Galatea. —
Calla la adusta anciana;
La niña se impacienta;
Y Tirso mas piadoso
La instruye y la consuela.

—

EL INVIERNO.

¿Oyes bramar, serrana,
Los yertos aquilones
Que el enconado invierno
Desata de los montes?
¡Desolacion amarga!
Del campo los verdores
Ya el crudo hielo torna
En áridos terrones.
¿Adónde, adónde huyeron
Las matizadas flores?
Los sazonados frutos
Del rico otoño ¿adónde?
Mira á aquel arroyuelo
Gemir entre prisiones;
Mira al olmo copado
Desnudo, seco y pobre.
Ni cantan ya las aves,
Ni tienden ya veloces
Sus alas por el viento,
Region negada al hombre.
Ni el blando caramillo
Resuenan los pastores,
Ni vaga susurrando
La abeja por el bosque.
Avara sus riquezas
Naturaleza esconde;
Y en soledad y nieve
Se pierde el horizonte.
El sol como asombrado
Mas presuroso corre,
Y vela opaca niebla
Sus rayos creadores.
Todo es terror el cielo;
Todo es silencio el orbe;
Y si hórrido es el dia,
Mas hórrida la noche.—
¿Y aun del amor, serrana,
Esquivas los arpones?
¿Quién vive en el invierno,
Quién vive sin amores?
No mas á mi ternura
Tu pecho sea bronce;
Verás como burlamos
Del tiempo los rigores.
Si piensas que te miento
Pregúntaselo á Clóri,
Y á Laura, y á Dalmira;
Verás que te responden:
« Serrana, no hay hoguera
Como abrazar á un hombre
Cuando enconados braman
Los yertos aquilones. »

ODIO A LA SUJECION.

¡Ea, no quiero, tia!
¡El diantre de la rueca!
¿Siempre he de estar hilando?
¡No es mala impertinencia!
Dejadme que me ponga
La saya de franela
Que ogaño el tio Bartolo
Me trajo de la feria.
Dejadme al aire libre
Triscar por la pradera;
Que de chupar estopa
Me voy quedando seca.
Dejadme que tañendo
Mi linda pandereta
Cabe el arroyo cante
La jacarilla nueva.
Si no es que los donceles
Por adularme mientan,
En gracia y en donaire
No hay una que me venza.
Ayer me dijo Tirso:
« ¡Lástima de mozuela
Perdida en los tizones
De rancia chimenea! »
Y dice bien. Quince años
Cumplí por la cuaresma.
Bullendo está mi sangre;
Saltando de las venas.
¿Temeis que me requiebren
Los mozos de la aldea?
Dejadlos. No hay peligro
Que en público me pierda.
Peor será que alguno,
Si amor me desespera,
A media noche salte
Las tapias de la huerta.
Que á las niñas..., anoche
Lo dijo la tendera,
Inútil es guardarlas
Si no se guardan ellas.
Hilando, no hay remedio,
Voy á caer enferma.
Dejadme de mis años
Gozar la primavera.
Cuando al invierno llegue...
Como vos; cuando vea
Arrugas en mi cara,
Canas en mi cabeza;
Entonces, sin cuidarme
De amor ni panderetas,
Lo juro, de las manos
No soltaré la rueca.

VENTURA CONYUGAL.

En el ALBUM *de una muy bella dama, amiga mia.*

Recuerdo en este instante,
Bellísima Dolores,
Que tu amable marido
Es diputado á córtes;
Y á fuer de buen patriota
Y orador no mediocre,
Es *pro-hombre* entre tantos
Como son *pobres-hombres.*
Él se honra en el Congreso,
Y honra á los electores,
Y yo tambien me honro
Con ensalzar sus dotes.
Pero aunque es diputado,
Y mas que fuera prócer,
Su mayor gloria funda
En tener tal consorte.
¿Qué mucho? Te ama tierno,
Y tú le correspondes,
Y tu alma no inficiona
La peste de la córte.
¡Ay! El que no es dichoso,
En los tiempos que corren,
Dentro de sus hogares,
¿Dónde ha de serlo, dónde?
Yo con la edad curado
De vanas ilusiones,
Que es viejo en este siglo
Quien fuera en otros jóven,
Huyendo de tribunas
Y de áulicos salones,
A la quietud me atengo
De mi casita pobre.
Aquí con mi morena,
Fiel, cariñosa y dócil,
Tal soy, que me envidiaran
Los príncipes del orbe.
¡Feliz, breve asamblea
Do nadie está discorde,
Ni hay míseros *vencidos*
Ni fieros *vencedores!*
Aquí sin embusteros
Taquígrafos veloces,
Ni tribunas que silben,
Ni maceros que estorben,
Amor presenta *leyes*
Que excusan discusiones.
¿Qué mucho, si ambos *Cuerpos*
Están siempre conformes?
No consta á quién incumbe
La iniciativa, porque
Aquí no hay estatuto,
Ni carta, ni año doce;
Mas puedo asegurarte,
Así Dios me perdone,
Que la palabra *veto*
Aquí no se conoce.
Ni son jamás dañinas
Las interpelaciones;
Ni hay derecha ni zurda,
Radicales, ni *torys;*
Ni nadie cabecea,
Gruñe, bosteza, ó tose;...
Y eso, que son á veces
Muy largas las sesiones;
Ni nimio reglamento
Nuestros debates rompe,
Ni hay en fin campanillas
Que nos llamen al órden.—
Vale mas; y concluyo,
Bellísima Dolores,
Ser marido dichoso
Que diputado á córtes.

FIN DE LAS POESIAS.

OPÚSCULOS EN PROSA.

TIPOS ESPAÑOLES.

I.

LA CASTAÑERA [1].

Arbol nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó menos ilustres; ¡y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones!* Un *castañar* era el feudo que tenía en mas estima aquel *García* de *idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *don Francisco de Rojas y Zorrilla;* aquel que se envanecía con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aunque no humillaba su cerviz *del Rey abajo á ninguno*, contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó:

. . . .
« Que aqueste es el *Castañar*,
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar. »

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas mas bellas de nuestra moderna historia. *Don Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por bisoños soldados las aguerridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y á cada bayonetazo escarnecían *los nuestros* á los *guiris* con un *¡toma para castañas!* ¡Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien — ¡vicisitudes humanas! — puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Frondoso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *castaño* uno de los arboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpintería, excelente su leña para el hogar; bien en rajas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal... menos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradía los ricos y suculentos jamones de *Caldelas y Avilés;* y tambien el animal implume y bipedo que llaman hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potaje por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es el haber dado nombre á un color. A cada instante oimos decir pelo *castaño;* esto pasa de *castaño oscuro.* Hasta un autor, que fué gracioso..., al menos en las listas de las compañías á que perteneció, fué mas conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó pias, se ha distinguido, y en algunas partes se distingue todavía, con la misma denominacion. ¿Qué mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de castañas, los sonoros instrumentos de la *crotalogia;* de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar*

(1) Este opúsculo y los dos siguientes se publicaron por primera vez en la galería de caractéres nacionales dada á luz por los años de 1843 y 1844 con el título de *Los españoles pintados por sí mismos.*

las castañuelas, *ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa Terpsícore de nuestros dias, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus *castañuelas*, tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Washington* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño... *Castaña*... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo están diciendo: *casta*-ña... ¿Y cómo poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema *comestible* del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdico zurron erizado de punzantes espinas, como si el Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonarse es la desesperacion de los golosos; fruta inverniza, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entonces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y rudos palos; antes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta vírgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavía resiste á la vergonzosa desnudez que tanto teme y esquiva; todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes inmaculadas aquella tenue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinion de tan benemérita *clase*, á la cuál no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *Castañeras* del estado que llaman honesto, las hay tambien empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres; y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesario el requisito arriba mencionado.

Dejo á los eruditos y *curiosos parlantes* la meritoria, bien que ímproba tarea de escudriñar desde cuándo empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesion* de *Castañera*, y quién fué la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos...; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fué coetánea de *el rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que la *clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputacion que supo adquirir. Durante el periodo citado, mas de una heroina de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo *las Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *don Ramon de la Cruz*, *Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy dia, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, sí, muchos de sus rasgos característicos; pero aquella fiereza varonil de que un tiempo blasonaron, y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenecen ya en gran parte á la historia; y para admirarlas, sinó en su orígen, á lo menos en copias bastante fieles, es forzoso asistir á las representaciones de los ya indicados sainetes del referido *don Ramon de la Cruz*, *Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces*, y yo llamaria *de los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está menos gastado, si del todo no

ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorumpían en estas enérgicas palabras:

U te he de echar las tripas por la boca,
U hemos de ver quién tiene la peseta;

ó decían, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los héroes como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en *castañas*.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos, ha ido degenerando de dia en dia aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaido en riqueza y autoridad la aristocracia. Las clases medias absorben visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilizacion, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos *chisperos* cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de algun célebre personaje de la córte de Carlos IV, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suyas y que hay todavía en cada plazuela varias *cátedras*, no reconocidas por la Direccion de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas. Hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme *legal* que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinacion que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡*Oh tempora! ¡Oh mores!*

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense gerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaría el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan* las *castañas así*, y otras las *asan*... *asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas*..., quiero decir, las *Castañeras* que *cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad: tanto por la vida nomada y aperreada que llevan, porque regularmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las castañas, sirve de almacen para guardarlas y de mostrador para venderlas. El anís con que las sazonan vale poco, el carbon que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilon de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pelo* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las castañas cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las Castañeras *que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilacion de una *carrera* mas activa, relacionada en cierto modo con la de *san Jerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fué convento de padres *de la Vitoria* hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por órden de la autoridad superior política; medida cuya constitucionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarian á ser funestos á las *libertades públicas* y al derecho de *propiedad*, si se repitiese y generalizase de-

masiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas expedito y menos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos jefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas ajenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino;* la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolucion, cualesquiera que hayan sido los *precedentes* de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil; un cañon de hoja de lata que dé salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes; un fuelle; unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilite después la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigar la ya tostada mercadería; una espuerta bien provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra;* á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y además de todo esto, y de algun otro adminículo que puede habérseme olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, siquiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres *que tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus *funciones*, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, y lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los desacatos del humo y las insolencias del carbon, son otros tantos preservativos contra los estímulos de la ajena concupiscencia.

Sin embargo, como de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las Castañeras que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Sí; *Castañeros!* ¡Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á menos la galantería española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas *labores* análogas á su tierna complexion y blandas costumbres! ¡Qué es ver á un tagarote holgazan manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta!... Pero, ¿quién sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas?...*

Y los *Castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economía, han sustituido la prosáica cacerola, ó sarten sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañeril; —¡sacrílegos! —y los que han suprimido el elegante tubo que reprimía y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado; —¡vándalos!... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del *arte*, mantienen y alimentan con loable perseverancia *el fuego sagrado*. Estas heroinas contumaces, que constituyen la *aristocracia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas?* Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas:*

Al són de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Echa *vino*, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Hay, en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina...; pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el *vino*, sopena de morir estrangulado..., ó de beber *agua*, que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide *vino* con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino, bien venido seas, amigo.*

Razones de amor propio, además del atractivo de la ganancia, aconsejan á las Castañeras el situarse en los peristilos de

los templos de Baco; que si los *devotos* apetecen solamente *las castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetecen... *la Castañera.*

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna, acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al númen de *Anacreonte.* Ya se ve; sus miembros se entumecen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: *¡gordales, seis al cuarto! ¡Que se arrematan! ¿Cuántas, que queman?;* y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojar la palabra.* Por otra parte, si algun cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el labio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de *honra*, ¿cómo ha de resistir á un brindis tan *macareno?* Tratándose de *copas* entre gente de *caliá*, una mujer de su *aquel* nunca se excusa de *echar su cuarto á espáas.* Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades previas y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algun majo llevó su galantería mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, *¡aparte usté*, le dice, *desgalichdo!*, y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos, ó no semos; donde yo estoy no paga naide.*

Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas del teatro, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta *el papel que ha salido nuevo* con noticias de las potencias extranjeras que los *ciegos* han recibido por *extraordinario.* Ella pescuda, y husmea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en torno tanto quizá como el memorialista de en frente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio.* Es mujer de pro, que ejerce en su distrito cierta jurisdiccion moral, y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*, así promueve una camorra como la apacigua, segun el humor que tiene; ó para expresarlo en términos mas castizos, segun *se lo pide el cuerpo.* Sarcástica y decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pregona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos.* Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y canta en octava mayor: *¡Ahora salen las calientes!*

II.

LA NODRIZA.

¡Ay! no siempre una madre cariñosa
Te cabe en suerte, malhadado infante,
Que en su seno te abrigue
Y á tu labio anhelante
Dulce néctar solícita prodigue.
No por tu cara linda
Es justo que prescinda
Del baile doña Flor, del coliseo,
Del público paseo,
De visitar las tiendas de la plaza,
O tal vez de la cita misteriosa,
Do en adulterio torpe se solaza.
«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, qué empacho!
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre paredes
No ha de pasar su juventud amena.
Pues ¡no faltaba mas! ¡Y este muchacho
Que mama sin conciencia! Yo me seco.
¡Eh! que se desgañite en hora buena,
O que le den gazpacho.
No he de morirme yo por un muñeco.»
Así razona, y razonando engulle
Ya el cangilon de pingüe gelatina,
Ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
Ya la pintada trucha,
Ya un piélago de espeso chocolate
Con esponjado bollo, ó con tomate
Luenga magra se embucha
Del animal grasiento que abomina
El pueblo de Israel. El apetito
Del cuitado angelito
Con lacónico sorbo satisface,
Y, mármol á su queja,
Préndese la mantilla
Y eternas horas huérfano le deja.
En tanto al jugo del materno pecho
De insípida papilla
El glutinoso pábulo reemplaza,
Que ha de tragar el nene á su despecho,
Aunque su llanto el alma despedaza.
¡Vieras allí la reiterada pugna
De la fámula hedionda que la embute,
Y del labio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,

Que no es tan infernal la de una foca,
A la del puro y cándido retoño
Trasegar la bazofia Maritornes!
Y si la arroja el desgraciado y chilla,
¡Erre que erre, y vuelta á la escudilla,
Y á la carga otra vez! — Crudo tormento,
¡Oh Tántalo!, castigo do tu crimen
Te depara de Júpiter la ira
Cuando á tu labio hambriento,
Que por ella sin término suspira,
Te defiende llegar la rubia poma
Que de fácil arbusto se desgaja;
Mas tal vez en crudeza le aventaja
La bàrbara porfía
De forzar á que coma
Contra su gusto al prójimo ó sin gana,
Aunque le den olímpica ambrosía.
Ciertas madres, y abundan en la córte;—
Yo pudiera citar una cohorte, —
Criadas entre oro y los placeres,
Desde que nace el niño — ¡qué mujeres!...
Como odioso embarazo
Le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres — ¡me horripilo! —,
Mas feroces quizá compran el quilo;
Que arrebatadas de codicia inmunda
Y con el rostro enjuto,
El que dieron á luz misero fruto,
Ya de casta coyunda,
Ya de torpe concúbito, almacenan
En público hospital, y al fruto ajeno
Despues alquilan el ingrato seno
¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿Qué diria á las madres de la Iberia
Una madre de Esparta ó de Corinto,
Si de Madrid se alzara en el recinto
Desde la yerta losa
Do su ceniza secular reposa?
No cual vosotras en serviles manos
Sus hijos entregaban;
Y no valian ellos
Menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
Por conservarlos túrgidos y bellos.
¡Santa Naturaleza!,
Embelesada en su materno arrullo,
Les inspirabas tú mas noble orgullo,
Y en mengua de su nombre y su memoria,
De efímera belleza
Abreviar no temian el imperio.
Si el público respeto granjeaban
Y á la virtud robustos y a la gloria
Los Leonidas, lo Héctores criaban.
No entonces cual enjambre
Esgüizaros con faldas se veian
Infestar la metrópoli opulenta
Que su sangre y su afrenta
Al que mejor pagaba revendian.
¡Qué es ver á la prolífera Cantabria,
Desde Irun á la Puebla de Sanabria,
Cual allá de sus mares
Acarrea besugos y salmones,
Madres acarrear al Manzanares!
¡Qué es ver tan mofletuda y tan rolliza
Ostentar en landó por ese Prado
Aureo galon sobre la verde falda
La pasiega *Nodriza*,
Que ocho arrobas ayer sobre su espalda
De colon ambulaba y de terlices
En público mercado,
Y á riesgo de romperle las narices
Un robusto mamon de añadidura
En el cuévano inmenso postergado!
¡Qué es ver sobre su seno exorbitante
Sonreir un infante
Que otra mujer parió, y el dulce nombre
Prodigaria de madre, y de la propia
Algun beso tardío
Con desden rechazar y con hastío!
¡Oh de las *Amas* pernicioso flujo,
Trampas de la infeliz naturaleza,
Cual si hartas ya no hiciera en esta córte
Al crédulo marido
La pérfida consorte!
¡Oh mundo corrompido!
¡Oh del soberbio, extravagante lujo,
Desvario fatal, plaga ominosa!...
Pero hablemos en prosa
Y dejemos el tono de cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este discurso, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. Tambien puede haber algo de ficcion poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros, y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche* y *Amas de cria;* y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas; por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es, á las *Amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al *amor de madre no hay afecto que le iguale*, es el título de una comedia que no tiene mas de bueno que el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazon humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo, mas desinteresado, ni mas capaz de inspirar acciones heróicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al novicio influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educacion de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüirseme diciendo que la multitud, todos los dias creciente, de Amas de leche, que hormiguean en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confian con harto dolor sus niños á zafias y descatadas pasiegas, no por punible desvío hácia ellos, ni por conformarse á las

absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoismo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que, obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad, muy culta, muy galante y muy entendida; eso sí, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturon, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartos afanes lleva consigo el embarazo, sin hacerlo ma penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar *en cinta* una dama no se ha de incomunicar como una lechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que *los orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujecion se desordenen y *traslimiten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideracion y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegacion hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *víveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanicion. Semejantes trabajos no suelen afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados excedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heróica Villa necesitan, pues, por varios motivos delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y jerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las Amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya pacido las yerbas del septentrion, ó las del oeste de la Península, es forzoso que la Nodriza sea *montañesa* para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun así no está segura de conseguirlo si el médico no certifica después de un prólijo exámen — ¡diantre de médicos!... que el Ama carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podria en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares; ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales y se le permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata; así tambien aquellas, quiero decir las madres de alquiler estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entre tanto, hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ajeno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante enjundia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoría, sinó la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocacion se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia, ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redaccion del *Diario de avisos* con este ú otros anuncios semejantes :

NODRIZAS. — *Encarnacion*
Valmojado, natural
De la villa de *Alcobendas*,
Busca cría. Abonará
Su conducta el *limpia-botas*
De la calle de la Paz.

Hay tambien nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo mas de una vez que la flaqueza de las unas sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la fragilidad de las otras. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!..., sino de su credulidad é inexperiencia.

Una vez instalada la Nodriza (hablo de las que crian en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes); una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cría, sino sobre toda la familia, y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *Ama de leche* únicamente y acaba por ser *ama* en toda la extension de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su pais dentro de un apolillado arcon tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condicion que se la vista de piés á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro mas fino y lujoso para los dias de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro, ó por hacer ostentacion de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto, ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideracion; pero el lujo de unas pasiegas excita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultas den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendicion*, ó porque con una prójima de *Pas* no haya entrado todavia la *maldicion* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa expiacion de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces á las mas inofensivas amonestaciones, y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los dias tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no exploten en su provecho. ¿Llegan los dias ó cumpleaños del señor, de la señora y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Asciende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. —Pero la mina inagotable para una Ama de cria es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adealas. Que se rie : que dice : *ajó*, *ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operacion de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium;* todos son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la denticion? A cada huesecillo que cuaja en las tiernas encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva peticion de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *heroinas* se presentan

en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admision y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica extraccion y su insolente obesidad; y llega dia en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la córte y arrabales para satisfacer su *voraz* inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota*, *caballo* y *rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demás criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un dia prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloteras y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana; se desdeñan de alternar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! Pues ¿qué diré si el *pobre ciudadano* es además *ciudadano pobre?* No hay ahorros y economias que basten á sufragar tantos dispendios. El Ama es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las *Nodrizas* en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encariñarse con los chiquillos á quienes crian tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticinio*, confesaré tambien que aun las *Amas* de mas áspera condicion se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete; mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la Nodriza de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. O despues de criar á un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un rapto de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individua de esas en la situacion *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona; — y tambien alguna vieja maligna que mas adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.

« Pero, tia fulana, responde la tia mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente... — No hay tu tia, replica la otra tia. ¡Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*. »

III.

LA LAVANDERA.

Pero, señor don Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo sér humano haya usted de ver un *tipo* digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Qué quiere usted que diga yo ¡pobre de mí! de una pobre *Lavandera?* Si me pidiera usted la biografía de aquella *Felipa Catánea*, la famosa *Lavandera de Nápoles*, que tanto dió que hacer y que decir en las márgenes del Se-

beto, me vería yo menos embarazado para complacer á usted; pero usted dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades sino de clases y categorías. Tiene usted mucha razon; pero ¿dónde están los rasgos distintivos de una *Lavandera* española? La lejía, la paleta, la tabla, el jabon ¿bastan, por ventura, á imprimir carácter en una mujer? Y dado que yo tropiece con lo característico de la especie, ¿ha meditado usted bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales á que me provoca? Ya me ha enemistado usted con las *Castañeras* y las *Nodrizas;* ¡y tambien quiero echarme encima la tremenda animadversion de las *Lavanderas* obligándome *á sacar sus trapitos á la colada!...* En fin, lo haré porque usted me lo ruega; pero sea de usted toda la responsabilidad. *Me lavo las manos*, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia.

Hubo un tiempo en que la *honrada* profesion de Lavandera (y vaya por delante este encomiástico adjetivo para predisponer en favor nuestro á las que la ejercen); hubo un tiempo en que la susodicha *profesion* fué desconocida : primero; porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles ó las pieles de los animales, nada habia que lavar; y después porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo...; su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuando le digo á usted que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asuntillo que me ha propuesto! Sí, señor; en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mujeres, cualquiera que fuese su gerarquía, y lo mismo las hijas de *Laban* que las encumbradas princesas, ora se llamasen *Penélopes* ó *Nausicáas* (estas debieron de ser algo nauseabundas), hacían por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., mas ó menos serenísimas, cargaban con el lio de la ropa pecadora, llevábanlo al arroyo mas inmediato, y allí con amable llaneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcían; ó, lo que es lo mismo, *purificaban en primera, segunda y tercera instancia*, palios y tocas, túnicas y peplos.

Andando los siglos se fué domesticando y puliendo la sociedad; los progresos de la industria y del comercio crearon cada dia nuevas comodidades y placeres; estos progresos de la civilizacion engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporcion, ni para todos soplaba igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarajuste social que en vano pretenderian ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados...; y por consiguiente, hubo, hay y habrá *Lavanderas;* y el número de estas fué creciendo paulatinamente conforme se fué aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras exteriores é interiores de ambos sexos, y á medida que las gentes se han ido convenciendo de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzoncillos mas de una vez á la semana.

Ahora será bueno que hagamos la debida clasificacion entre las *Lavanderas públicas* y las *privadas*, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jabonan sus propias *profanidades* y las que lavan *pecados ajenos*.

Respetemos á las que se sirven á sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos tambien y compadezcamos á algunas que pueden tener motivos *reservados* para no aceptar semejantes servicios, y sigamos al rio ó á la fuente á la moza de servicio, sea manchega ó valenciana, andaluza ó madrileña; sea, si usted quiere, asturiana, siempre que sea moza.

Confesemos, señor don Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el *polisson*, y los nervios de una damisela insustancial y epiléptica al donoso aunque agreste desenfado con que una de esas zagalonas se despoja sin melindre del pañuelo de muleton y hasta del corpiño de estameña ó de percal, si el tiempo lo permite; y se remanga hasta el hombro, y deja que flote á su albedrio sobre la morena espalda la no comprada trenza; y sentada sobre los talones, y medio de bruces sobre la tabla de jabonar, presentando al oriente su cara trigueña, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, extraño á los *miriñaques* y peregrino á las

hemorróides, se columpia, se cimbrea, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de sí misma, hasta que á fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras, y estregones restituye al lienzo su eclipsada limpieza y su prístina blancura. ¿Qué *Ratel* ni qué *Auriol* imitarian los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelgue en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos.

Verdad es que, como se juntan muchas mujeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso. ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amartelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oidos el jaque de su particular devocion. Otra llora en secreto *y rabia de zelos aparte* recordando la mala partida que le ha jugado su chulillo plantándola por otra hija de Eva; pero no da su brazo á torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte á su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabon el nublado de los suyos. Otra, cuyo galan, *héroe por fuerza*, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un *sobrestuto*, salvo el firme propósito de hacerle ella *sustituir* mañana; no en el rancho, en el cuartel y en el destacamento, sino en el corazon vivo y palpitante, de que le envia *copia auténtica* en las cartas que cada correo le escribe de *mano ajena*. Mas afortunadas que las anteriores Ambrosia y Ceferina, tienen en su presencia á sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan á la *santimperie* en la obra del Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolin desde un piso tercero; ó *cautivando la tierra* sudan lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término á las sabrosas pláticas amatorias antes que concluya el trajin y el tejemaneje del lavado, los mismos paños, menores ó mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar mas de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas, y los camisones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosazas no dirian? ¿Qué de usurpadas reputaciones no naufragarian? ¿Cuántos ídolos no caerían derrumbados al pié de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, así del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrían de ser relegados á *sucio lazareto?* Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavía no ha dado en la gracia de *espontanearse*, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas de sus prójimos. ¡Loor á la circunspeccion de la holanda y la coruña! ¡Bendicion al silencio de la muselina y el elefante! Su reserva nos ha excusado tal vez una revolucion mucho mas espantosa y *radical* que las veinte ó treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aun serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nacion privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las *Lavanderas* domésticas y algunas de las públicas saben interpretar, como otras tantas sibilas, el sentido de los reservados caractéres y misteriosos jeroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte mas recóndita y curiosa, si bien no la mas inmaculada y pulcra de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, ó el fuego de la colada extingue esos *testimonios periódicos* ó sean *hojas volantes* de la miseria humana, y tambien se lleva el aire una parte de los discretos é incisivos comentarios á que dan ocasion entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradicion lo mas precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto, antes que poner sus pingos, y con los pingos su *hoja de servicios* en manos de *Lavanderas*, se resignarían á imitar el laudable ejemplo de la susodicha modesta princesa *Nausicáa*. No, empero, todas las *Lavanderas* son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan á tal cual indirecta inofensiva y á alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mia, quizá porque las prendas de su uso personal tienen tambien *mucho por que callar;* y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven á destrozar, amen de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace mas tolerable

la faena, suelen además sazonarse con alegres y por lo regular expresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras á solo, otras á duo, y por el són mas popular y corriente en sus paises respectivos, ya sea jota ó fandango, caña ó muñeira, habas-verdes ó playeras, seguidillas ó zorcicos.

A propósito de zorcicos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las *Lavanderas*. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, á las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brio y desparpajo. Son mujeres que profesan su *arte* con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles y los castaños que crecen en sus montañas, desafian denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol... en los quince ó veinte dias que durante el año osa amanecer por aquellos andurriales el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas ó pudorosas dentro de un cajon, como *Kelinigique* en el *Circo* ó como las *Lavanderas* de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdi-negra y asquerosa rana. Diríase que son *impermeables* segun se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas *bases* de su edificio corporal..., *piernas*, que dice el vulgo, no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo coma el transeunte que, al ver tan incitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gala de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demás, como decia el otro, *¡que lo parta un rayo!...* Es que, vamos, ¡aquello tiene que ver! ¡Sobre que no cabe mas perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las *funciones* de las *Lavanderas* son prosaicas en extremo, pero allí..., ¡allí hay *poesía!* No me atreveré á comparar á aquellas criaturas (hablo de las jóvenes; ¿quién mira á una vieja?... ¡y desnuda!); no me atreveré, digo, á compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con Anfitrite y su córte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mujeres-peces, especialmente si son ciudadanas de *Azpeitia* y *Azcoitia*, bien pudieran entrar en parangon con las *náyades* fabulosas. ¡Y vea usted lo que es el mundo, señor don Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvas algunas aberraciones á que hayan dado lugar los desafueros de la guerra civil, las mujeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvajes; y no se les ocurre que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los hombres del país no hacen mas aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se ve; nadie da valor á lo que no se le escatima y regatea.

Ahí tiene usted, señor editor, en la breve, y acaso un tanto cuanto hiperbólica descripcion que antecede, un tipo de *Lavanderas* asaz pintoresco y apetecible. ¿Quiere usted otro que le sirva de contraste? ¿Quiere usted que le muestre la *Lavandera* en todo *el bello ideal de la fealdad* y en todo el apogeo de la inmundicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honrosas excepciones, es la *Lavandera pública de Madrid*. Entienda usted que por *Lavandera pública* entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está á la disposicion de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos ó muchos parroquianos le confian en otro estado menos grato á los ojos y á las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de *Lavanderas*, es necesario indicar sus dotes *negativas*. Este *respetable gremio* excluye principalmente en la que haya de pertenecer á él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última; á saber, la gracia, el garbo y la presuncion. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid á otro género de manufacturas, ó ejercen el *comercio* á la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, *toíto agrio;* ora *torráos* y pasas, *muñuelos* y piñones; ora ramilletes, *arvellanas* y *raaabános;* ó bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo y de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la córte ofreciendo *consuelos* á los *tristes;* ó ya, á fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de *dar posada al peregrino*. Otras se someten á la condicion de criadas, dando

no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio á los amos, á los memorialistas y á los alcaldes de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo *Hospicio*. Téngase, pues, por *intrusa* á toda *Lavandera de oficio* que cuente menos de cuarenta navidades, y á toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgreñada á recoger de casa en casa los repugnantes *mapa-mundis* acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la *Lavandera de parroquia* que no tenga un *querido*, cuando su mal *sino* le ha impedido proveerse de un esposo; que este último *artículo de consumo* no se obtiene así como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnicion de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es *la romana del diablo*, y cuando *faltan* las *sobras* ¿con qué no apechuga un granadero? ¿Qué pierde él en dejarse querer por una *prójima*, de cuya cuenta corre el excusarle reprimendas y lapos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es *partícipe lego* en los ventorrillos de la *Vírgen del Puerto*, cuya munificencia le facilita algunos realejos para fumar, beber, jugar y demás gastos religiosos, y á cuyas caricias puede impunemente responder con ultrajes y ternos y cintarazos?

Pero estas ya son personalidades reprensibles, y no es lícito á un escritor, por satírico que sea, el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al *bello sexo*, y volviendo á la *Lavandera*, confesemos que la de *Mantua Carpetana* no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza. Sea que lo denegrido y demacrado y fiero de su rostro y el mal perjeño de su vestimenta haga resaltar mas la blancura de la ropa que le fué encomendada, ó que realmente se esmere en agradar á los que la dan de comer, ello es, que no cumple del todo mal con su obligacion. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta ú otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente; que una *Lavandera* veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, ó cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apenas habrá una que no cobre cuarenta ó cincuenta reales adelantados á cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; ó, para decirlo con mas decoro, á cuenta de lo que vaya ella lavando. Antes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega, protesta que le han robado un mantel, ó que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta á las andadas algunas semanas despues, ó torna al empréstito, ó á llevar á una casa la hacienda de otra, y *vice-versa*, y así sucesivamente. Con semejantes estratagemas se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si antes no las destituye de mano airada una pulmonía, llegan á ser inevitables confidentes de las *interioridades* de una familia en tres ó cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una *Lavandera*, con mas ó menos buena fe, lo que hacen en España cada diez ó doce años los ministros de Hacienda; es á saber, *corte de cuentas*, ó por otro nombre, bancarrota. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está mas llena; declárase entonces insolvente la operaria, y... sabido es que al que nada tiene el rey le hace libre.

Tambien hay sus diferentes graduaciones ó categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras en fin, dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden á la plebe, y es excusado decir que son las mas numerosas, aquellas que, por tener poca *clientela*, acarrean ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de *peccata mea*, de cuyo *munda me* son responsables: comprenderemos en la clase media á las que ganan lo bastante para endosar la carga, *á falta de acémila*, á un mozo de cordel; y por último, no serán impropiamente llamadas aristócratas de la profesion las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila borrical, *á falta de mozo de cordel*. Estas *próceres* residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugarcillos de la comarca, y se guardan muy bien de asistir á los lavaderos de la capital; que si lo hicieran, ¡pobres de ellas! correrían mucho peligro de volver á sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moco y sin orejas. Pues ¡apenas es crecida y formidable la legion de *Lavanderas* que puebla los orillas del Manzanares desde *Pórtici* hasta el embarcadero del Canal! Y si á la falange femenina agrega-

mos la de sus parientes, amigos y paniaguados, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina, ¿quién osaría provocar su terrible saña? Y esta saña terrible ha estado á punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagracion en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heróica Villa del *oso y el madroño!*

El *vapor*, ese omnipotente resorte de la moderna civilizacion, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa y subitánea muerte á la industria inmemorial del lavado *en detalle*. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba á dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda á infinidad de máquinas vivientes. Una empresa (las empresas son el bú de la gente menuda) iba á monopolizar la *decencia pública*, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los *fabricantes de limpieza al vapor* prometian ¡oh escándalo! restituir al vecindario matritense su sucia y deteriorada ropa blanqueada en un *santiamen*, recosida por ensalmo, y aplanchada y sahumada por arte de birlibirloque. Por fortuna para la comunidad de *lavanderas* matriculadas, ó los empresarios temieron que estas se declarasen en abierta y desesperada insurreccion, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, ó los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron á las esperanzas del público, y aun de la misma empresa: ó, lo que parece mas verosímil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad mas ó menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, segun tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse á las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente á las *ninfas* del Manzanares en la omnímoda posesion de sus fueros, inmunidades y privilegios.

Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con excesivo rigor á las que viven de limpiar á costa del suyo el *sudor del prójimo*, felicito sinceramente á esas pobres mujeres cuando veo disipada la nube que estuvo próxima á tronar sobre ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las *Lavanderas á precios fijos* blasonan de patriótica adhesion á las actuales instituciones, ó cuando menos reconocen y acatan los *hechos consumados* en la presente *década feliz*, ni mas ni menos que acataron y reconocieron los de la *década ominosa*, no se consideran por eso obligadas á acoger sin exámen toda casta de *reformas*. Es decir, están por el *progreso* y lo aceptan...; pero *á beneficio de inventario*. Y ¿no es verdad, señor don Ignacio Boix, muy señor y editor mio, que usted y yo conocemos á muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo?

Digamos, además, en apoyo de las jabonadoras madrileñas, que estas merecen por su parte ciertas consideraciones sobre las que deben guardarse á toda *Lavandera* española. Las de la metrópoli son bastante equitativas en la remuneracion que exigen por su ímprobo y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabon y *demás comestibles*, como he leido en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por *la mucha distancia* que hay entre las casas á que acuden, y desde cualquiera de ellas *al rio*, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan á los arrendatarios de los lavaderos y á los administradores de la colada pública.

Rio dije, y si Manzanares me oyera pediría la palabra *para rectificar un hecho*. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos *exhausto* que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavía le hacen despiadadas sangrías para una cosa que llaman *baños* por antífrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos, que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencanijar la ropa. ¡Así queda aquello que da grima!

¡Es mucho cuento el rio de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran *Lavanderas*, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos... Solo falta allí una bagatela... ¡el *rio*! Y á pesar de eso, todo se lava en él tarde ó temprano, y bien ó mal,... menos los *lavaderos* y las *Lavanderas*.

UNA NARIZ,

ANÉCDOTA DE CARNAVAL.

— ¿Permites que me siente junto á ti, serranita?

— Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salon. ¿Me conoces por ventura?

— No; hasta ahora no; y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero ¿qué importa? Esta noche podemos empezar á conocernos y á tratarnos, si tú quieres. Los conocimientos que se hacen en un baile de máscaras no suelen ser los peores.

—Tambien suelen dar terribles petardos.

— No seré yo quien te lo niegue, que algunos he llevado; pero...

— Y algunos habrás dado tambien.

— No. Poco puede engañar quien acostumbra á presentarse en todas partes, sin exceptuar los saráos de carnaval, con su cara descubierta.

— En efecto. Tú no tienes por qué ocultarla, y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

— Gracias, amable serrana. ¿Me conoces, segun eso?

— Sí; de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

— Te los haré si los deseas, porque siempre me he preciado de complaciente con las damas; pero sepa yo primero tu nombre...

— Atribúyeme cualquiera : Filis, Laura, Filena : uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mio verdadero, sino e primero que me ocurra; con que, mas vale que tú propio lo finjas á tu gusto.

— Pero sin ver al menos el rostro cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer el dulce objeto de mis inspiraciones...

— ¿Eso dice un poeta? A vosotros que vivís siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto? Yo por mi parte no fio tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginacion, que me aventure á descubrirme.

— Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasear nuestro espíritu por los espacios imaginarios; pero no nos alimentamos solo de ilusiones, y de mí sé decirte que en materia de placeres estoy y estaré siempre por lo positivo.

— ¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

— El de admirarla, si es bonita como presumo; el de adorarte...

— ¡Siempre teneis la adoracion en la boca! Mereceríais los poetas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

— ¿Por qué, bien mio?

— Si decís lo que siente vuestro corazon, por idólatras impíos; y si lo contrario, por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitais para mentir. Siempre estais de máscara.

— Si eso es cierto, con mucho gusto acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

— ¿Tan fingidas somos las mujeres?

— Sí, mascarita. En cuanto á eso no podeis decir que os acusan los hombres sin fundamento; pero es preciso confesar al mismo tiempo que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasionan vuestra falta de sinceridad, y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia porque os obliga á ellas el mismo deseo de agradarnos. Pero ¿es posible que no he de verte la cara?

— No puede ser. *El deseo de agradarte* me aconseja que conserve la careta.

— Tu conversacion me encanta, y cada palabra aviva mas mi justa impaciencia de conocerte.

— ¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla llena de *perfecciones?* ¿No me llamaste de buenas á primeras *dulce objeto de tus inspiraciones?* Créeme; tu interés y el mio se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada estoy segura de oir en tu boca frases lisonjeras á que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡adios ilusion! La yerta cortesanía, la adusta seriedad sucederán á los elogios, á los requiebros, á la tierna adhesion con que, sinó engreida, me tienes á lo menos divertida y contenta.

— Esa modestia es para mí la prueba mas evidente de tu mucho mérito.

— Sí; ya que carezca de otro, tengo el mérito de ser modesta... Digo mal. De ser sincera.

— A poder yo confundirte con el vulgo de las mujeres, no me costaría ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es

otra cosa que el reverso de la medalla del mundo, y sin duda las damas á la sombra del tafetan, que parece convidarlas á mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir la verdad impunemente!... Pero tú... Tú no eres fea. Lo puedo jurar. A fuerza de errores y desengaños he llegado á adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto á calificar máscaras... No me equivoco así como quiera. ¡Oh! ¡Tengo yo buena *nariz!*

Al decir esto advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa ó de disgusto. Me figuré que había sonado mal á sus oidos una frase tan vulgar, y me apresuré á disculparme por no haberme expresado con la cultura que ella merecía: pero riéndose mi serrana, y apretándome la mano, me manifestó con suma finura y amabilidad que perdonaba de buena gracia un *lapsus linguæ* de tan poca trascendencia, y yo continué:

—Solo por una cosa sentiría que te desmascarases.

—¿Por qué?

—Porque ya no me sería lícito hablarte como á una serrana, como á una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar á esta cariñosa familiaridad, á este delicioso tuteo que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como se hablan los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, los amantes...

—Pues. Y si cometo la indiscrecion de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte, y apenas podrás articular un tibio y desapacible: *¡á los piés de usted!*

—¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tú capaz de semejante desatencion? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías con la careta que me está desesperando de los atractivos de tu conversacion, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una mujer con tales dotes? Si tu cara es fea, yo te lo perdono.

—Mira lo que dices. ¿Serás tú mas indulgente que los demás hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una mujer.

—O yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata sinó esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposicion. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elegancia de tu talle? ¿No estrecho en la mia tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pié donoso y pequeñuelo? ¿No me revela mayores hechizos la palpitacion de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son sino tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza que no haya visto ya sonreir deleitosa tu boca divina?

—Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro què soy una vision y que has de horripilarte si me descubro.

—¡Oh, que no! ¡Si es imposible...! Tu cuerpo, tus facciones...

—¿Las has visto todas?

—Puedo decir que sí. La nariz es lo único... (Aquí me interrumpió con una carcajada.) ¿Te ries? ¿Eres acaso... roma?

—O Cartago... ¿Qué sé yo?... No te empeñes en averiguarlo.

—No; no es posible que una naris anómala y heterogénea desluzca el inefable conjunto de tantas gracias. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos, con esas formas incomparables, yo te permito que seas chata ó narigona.

—¡Imprudente!

—¡Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

—¡Temerario!

—¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas? ¿Me expondrás á ser la irrision del baile?

—Basta; bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero á lo menos no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

—¿Eso mas? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, oh musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo...

—En este momento eres un insensato.

—¡Qué rabia! No acierto á desatar este nudo... Lo cortaré... ¡Ah! Ya está.—¡Hermo...!

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror.

¡Qué nariz! ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!!! No hubiera creido que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonasmo, la hipérbole, la amplificacion. El soneto de Quevedo

Érase un hombre á una nariz pegado...

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquello no era nariz humana, aquello era una remolacha, un alfanje, un guardacanton, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando! Pues ¿cómo se consienten todavía tamaños abusos? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva de nuestras caras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*, ¿cómo no se da una ley contra la *exageracion* de las narices?... En medio del horror que me causaba aquella funesta mutacion de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increibles esfuerzos para articular algunas frases de galantería... ¡Imposible! Si hubiera tenido delante un espejo estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mia la serrana, que sin duda había aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella, se reía muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osar mirarla otra vez me despedí con un seco y displicente: *A los piés de usted.*

El rubor daba alas á mis piés; la cólera me cegaba. Me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía una hambre tan desaforada... como la nariz á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al ambigú; me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que mas pronto me pudieran traer: comí, no ya con apetito; con ira, de cuatro platos diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando hé aquí que se sienta enfrente de mi... ¡Justicia divina! la misma serrana, ó por mejor decir, la misma nariz por quien dado estaba á todos los demonios. Mi primer impulso fué levantarme y correr, pero la chusca serrana me dejó petrificado diciéndome con una dulzura infernal:

—¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio, y la *nariz* se reía, y por mi desgracia no se reía el galan que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

—Señora...

—No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada mas.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

—Tendré muchísimo gusto en obsequiar á usted, señorita, pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted *la careta*, no sé cómo...

—Claro está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

—¡Cómo!... ¿Qué dice usted?... Pues...

En esto, echó una mano á su nariz y... ¡se la arrancó!

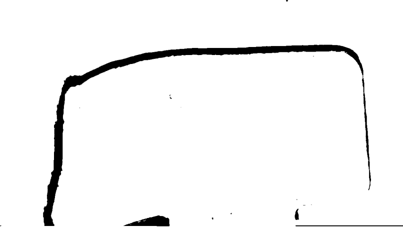
¡Pecador de mí! Era postiza; era de carton; y quedó descubierta la suya verdadera; no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desesperacion al ver tan preciosa criatura, y al recordar la ligereza, la indiscrecion, la iniquidad de mi conducta? Iba á pedirle mil perdones, á llorar mi error, á besar postrado el polvo de sus piés; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa, y desapareció diciéndome friamente: *Beso á usted la mano.*

FIN.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª,
Calle Racine, 26, cerca del Odeon.


613
·LISTO·
T. B. M. Mason.




613
LISTO
T. B. M. Mason.

